

MIGUEL DELIBES

Obras completas III
El novelista

Lectulandia

Este volumen comprende las novelas de madurez de Miguel Delibes, que no sólo demuestran su talento y su versatilidad como escritor, sino su capacidad para retratar a la sociedad de su tiempo. Se trata de libros emblemáticos como «Cinco horas con Mario, Las guerras de nuestros antepasados» o «El disputado voto del señor Cayo». Por otra parte, se recogen casi todos los relatos breves escritos entre 1949 y mediados de los sesenta, como «Viejas historias de Castilla la Vieja» o «Tres pájaros de cuenta».

Miguel Delibes

Obras Completas III: El Novelista

(1964-1978)

Obras completas de Miguel Delibes - 3

ePub r1.0
Titivillus 26.10.2020

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

- Cinco horas con Mario, 1966
- Parábola de un Naúfrago, 1969
- El príncipe destronado, 1973
- Las guerras de nuestros antepasados, 1975
- El disputado voto del señor Cayo, 1978
- Viejas historias de Castilla la vieja, 1964
- Tres pájaros de cuenta, 1982
- La mortaja, 1957
- La barbería, 1957

Cinco horas con Mario

1966

A José Jiménez Lozano

Escrita esta novela hace más de cuatro décadas, una lectura actual me ha llevado a revisar mi juicio inicial: creo que Mario se pasó de rosca, se mostró un marido radical ante un problema baladí. Menchu, como era frecuente en la época, no era más que una burguesita con un lenguaje mecánico, lleno de tópicos y unas ideas heredadas, pero sin ninguna tacha profunda. Entre ambos cónyuges no había desacuerdos fundamentales. Previamente hubo un noviazgo en el que Mario debió conocer la deformación de Menchu. Pero no descubrió nada. Le divertía, creo yo, la manera de ser de su novia pero, evidentemente, no le dio mayor importancia. ¿Por qué luego muestra tanto calor en enderezarla? A mi juicio, Mario debió actuar con más tiento. Ella lo admiraba y él debió aprovechar su estima para tratar de recuperarla y no lo hizo. Nunca, que sepamos, trató Mario de convencerla, sino que de entrada la orilló como si le estorbara. No hubo, pues, en mi intención, plantear, en un nivel religioso, ni político, el viejísimo problema de las dos Españas. Esto ya se había hecho unos años antes, con el desastroso resultado de una guerra civil. Aquí no había para tanto. La postura de Menchu, su lenguaje automático, mechado de tópicos, resulta más cómico que agresivo. Habla sobre sabido, sin pensar en lo que dice, a fondo perdido, pero Mario, con escaso sentido del humor, lo toma por donde quema y en lugar de una posible compañera de ideas se crea una adversaria. Una equivocación de mi protagonista. Mas fueron suficientes unos años para que las cosas empezaran a cambiar. Los lectores ya no se mostraban unánimes en sus juicios: Mario no era el bueno ni Menchu la mala. ¿Por qué iba a ser bueno Mario? ¿Por qué mala Menchu? ¿Por haber recibido una educación trasnochada? Pero Mario, tan entregado a su causa, no entendió a su esposa, que, con muy poco esfuerzo, se hubiera puesto de su lado. El grupo progre no gana con la arrogancia de Mario; al revés, pierde fuerza. De todo esto me doy cuenta ahora. En su momento estaban muy próximos y pesaban mucho los papados de Juan XXIII y Pablo VI. Ante la torpeza ajena, los partidarios de aquéllos se irritaban antes que disculparla, aunque la ingenuidad no merecía este castigo. Mas una evidencia se impone: si Mario y Menchu hubieran estado en la misma línea de pensamiento no hubiera habido novela.

La adaptación teatral que José Sámano y yo hicimos del libro resultó muy fiel y sobria, y el público la aplaudió. Lola Herrera demostró en la interpretación de Menchu un talento de actriz poco común. Su ductilidad bordó el personaje. Dio tres vueltas a España en pocos años a teatro lleno, e hizo del personaje una Menchu rediviva. «Era» la Menchu que yo había

creado. Con su hacer inteligente y firme contribuyó a sostener el mito (¿o no había tal mito?) de las dos Españas.

M. D. *Abril de 2008*



ROGAD A DIOS EN CARIDAD
POR EL ALMA DE

D. Mario Díez Collado

que descansó en el Señor, confortado
con los Auxilios Espirituales,
el 24 de marzo de 1966,
a los 49 años de edad
– R. I. P. —

Su desconsolada esposa, doña María del Carmen Sotillo; hijos, Mario, María del Carmen, Álvaro, Borja y María Aránzazu; padre político, Ilmo. Sr. D. Ramón Sotillo; hermana, María del Rosario; hermanas políticas, doña Julia Sotillo y doña Encarnación Gómez Gómez; tíos, primos y resto de la familia doliente, participan tan sensible pérdida y suplican una oración por el eterno descanso del finado.

Misa de alma: Mañana, a las 8, en la Parroquia de San Diego.

Conducción del cadáver: A las 10.

Las misas Gregorianas se avisarán oportunamente.

Casa mortuoria: Alfareros, 16, pral. dcha.

Gráficas Pío Tello.

Después de cerrar la puerta, tras la última visita, Carmen recuesta levemente la nuca en la pared hasta notar el contacto frío de su superficie y parpadea varias veces como deslumbrada. Siente la mano derecha dolorida y los labios tumefactos de tanto besar.

Y como no encuentra mejor cosa que decir, repite lo mismo que lleva diciendo desde la mañana: «Aún me parece mentira, Valen, fíjate; me es imposible hacerme a la idea». Valen la toma delicadamente de la mano y la arrastra, precediéndola, sin que la otra oponga resistencia, pasillo adelante, hasta su habitación:

—Debes dormir un poco, Menchu. Me encanta verte tan entera y así, pero no te engañes, bobina, esto es completamente artificial. Pasa siempre. Los nervios no te dejan parar. Verás mañana.

Carmen se sienta en el borde de la gran cama y se descalza dócilmente, empujando el zapato del pie derecho con la punta del pie izquierdo y a la inversa. Valentina le ayuda a tenderse y, luego, dobla un triángulo de colcha de manera que le cubra medio cuerpo, de la cintura a los pies. Dice Carmen antes de cerrar los ojos, súbitamente recelosa:

—Dormir, no, Valen, no quiero dormir; tengo que estar con él. Es la última noche. Tú lo sabes.

Valentina se muestra complaciente. Tanto su voz —el contenido y el volumen de su voz— como sus movimientos recatan una eficacia inefable:

—No duermas si no quieres, pero relájate. Debes relajarte. Debes intentarlo por lo menos —mira el reloj—. Vicente no puede tardar.

Carmen se estira bajo la blanca colcha, cierra los ojos y, por si fuera insuficiente, se los protege con el antebrazo derecho desnudo, muy blanco, en contraste con la negra manga del jersey que la cubre hasta el codo. Dice:

—Me parece que hace un siglo desde que te llamé esta mañana. ¡Dios mío, qué de cosas han pasado! Y todavía me parece mentira, fíjate; me es imposible hacerme a la idea.

Aun con los ojos cerrados y preservados por el antebrazo, Carmen sigue viendo desfilar rostros inexpresivos como palos, cuando no deliberadamente contristados: «Lo dicho»; «Mucha resignación»; «Cuídate, Carmen, los pequeños te necesitan»; «¿A qué hora es mañana la conducción?». Y ella: «Gracias, Fulano», o «Gracias, Mengana», y ante las visitas eminentes: «¡Cuánto le hubiera alegrado al pobre Mario verle por aquí!». La gente nunca era la misma pero la densidad no decrecía. Era como el caudal de un río. Al principio, todo resultó burdamente convencional. Caras largas y silencios insidiosos. Fue Armando quien quebró la tirantez con su chiste: el de las

monjitas. Él había creído que ella no le oía, pero Carmen le oyó, e independientemente de ella, Moyano, desde su palidez lechosa, con el rostro enmarcado por una negra y sedosa barba rabínica, le censuró con una acre mirada muda. Pero ya nada volvió a ser tan tenso como antes. Las barbas de Moyano y su palidez de muerto hacían bien en el velatorio. En cambio el mechón albino de Valen detonaba. «Cuando me lo dijeron no podía creerlo. Si le vi ayer». Carmen se inclinaba y la besaba en las dos mejillas. En realidad, no se besaban, cruzaban estudiadamente las cabezas, primero del lado izquierdo, luego del derecho, y besaban al aire, tal vez a algún cabello desmandado, de forma que una y otra sintieran los chasquidos de los besos pero no su efusión. «Pero si yo misma. Anoche cenó como si tal cosa y leyó hasta las tantas. Y esta mañana, ya ves. ¿Cómo me iba a imaginar una cosa así?». Las barbas de Moyano cuadraban perfectamente con el ambiente. Y su tez cerúlea, demacrada, de hombre estudioso. Era lo único que Carmen podía agradecerle. «¿Te importa que pase a verlo?». «Al contrario, mujer». «Lo dicho, Carmen». Y las dos mujeres cruzaban las cabezas, primero del lado izquierdo, luego del lado derecho, y besaban al aire, al vacío, tal vez a algún cabello suelto, de manera que ambas sintieran el efluvio de los besos pero no su calor. «Nunca vi un muerto semejante, te lo prometo. No ha perdido siquiera el color». Y Carmen experimentaba una oronda vanidad de muerto, como si lo hubiese fabricado con las propias manos. Como Mario, ninguno; era su muerto; ella misma lo había manufacturado. Pero Valen se resistía: «Prefiero recordarle vivo, ya ves». «Te advierto que no impone lo más mínimo». «Aunque así sea». Y lo mismo Menchu, pero ella era su hija y no tenía otro remedio. Al regresar del colegio, ayudada por la Doro, la había obligado a entrar y le había forzado a abrir los párpados que ella se obstinaba en cerrar. «Mujer, déjala, si es aún una niña». «Es su hija y va ahora mismo porque se lo mando yo». Una histérica. Menchu se había comportado como una histérica.

—Cría cuervos.

—Déjalo, Menchu; relájate, anda; haz lo posible por relajarte. No pienses en nada ahora.

La mayor parte eran bultos oscuros con unos ojos abultados, miméticos. Les unía una difusa responsabilidad, un sentimentalismo acomodaticio y un goloso afán por apresarla —a ella, a Carmen— con los dedos o con los labios. Llegaban perplejos con ganas de despachar pronto. «Cuando me lo dijeron no podía creerlo, si le vi ayer». «Pobre Mario, ¡tan joven!». El mechón albino de Valentina detonaba como un trallazo. También detonaban los libros, tras el

féretro, con sus lomos brillantes, rojos, verdes, amarillos. Cuando los muchachos de Carón se fueron, ella los estuvo volviendo uno a uno, pacientemente, todos los de cubiertas chillonas que sobresalían del crespón negro. Al concluir, se sintió extrañamente complacida y con los dedos llenos de polvo.

«Lo dicho». «Salud para encomendarle a Dios». Después de todo hizo bien en mandar a Bertrán a la cocina. Un bedel no debe estar nunca donde estén los catedráticos. Y luego, la escena. Antonio había pasado un mal trago por su culpa. ¿Por qué asistirían los sordos a estas cosas? Antonio tan sólo dijo: «Se mueren los buenos y quedamos los malos», y, en realidad, no lo dijo; lo musitó, pero Bertrán dijo: «¿Cómo dice?», y Antonio lo repitió otra vez, quedamente, mirando antes, suspicazmente, a los lados, y Bertrán levantó los hombros y la voz y dijo: «Si no le entiendo», y ponía por testigos a la concurrencia, y Antonio miraba al cadáver y, luego, al acompañamiento, pero lo dijo otra vez y otra, alzando progresivamente la voz, mientras en los grupos se iba haciendo el silencio, de tal forma que cuando chilló: «¡Que quedamos los malos y se mueren los buenos!», y Bertrán respondió: «¡Ah, no le entendía, perdone!», todo el mundo se dio por enterado.

Unos grupos llegaban y otros marchaban. Los unía un difuso sentimiento de responsabilidad o unas pupilas hipócritas, estudiadamente atormentadas. Fue Bene, la mujer de Antonio, quien dijo, aprovechando un afectado silencio y tras un suspiro tan prolongado que pareció que se deshinchaba: «El corazón es muy traicionero, ya se sabe». Y fue como una liberación. Los ojos fueron perdiendo su expresión atormentada y, poco a poco, los rostros se fueron redondeando. Se había hallado un culpable. Pero ella solamente le dijo a Bertrán: «Bertrán, pase usted a la cocina; aquí no podemos ni rebullirnos».

—No puedes hacerte idea de cómo estaba la cocina, Valen. Un jubileo. Mario tenía entre la gente un poco así mucho cartel, desde luego.

—Sí, mona; ahora calla. No pienses en nada. Procura relajarte, te lo pido por favor.

—Me parece que hace un siglo desde que te llamé esta mañana, Valen.

La llamó a poco de descubrirlo. Y Valen acudió enseguida. Fue la primera. Carmen se había desahogado con ella durante hora y media. *Era tarde para su costumbre, pero al abrir las contraventanas aún pensé que pudiera estar dormido. Me chocó su postura, sinceramente, porque Mario solía dormir de lado y con las piernas encogidas, que le sobraba la mitad de la cama, de larga, claro, que de ancha, a mí cohibida, imagina, pero él se hacía un ovillo, dice que de siempre, desde chiquitín, desde que tenía uso de*

razón, ya ves, pero esta mañana estaba boca arriba, normal, desde luego, sin inmutarse, que Luis dice que, cuando da el ataque, instintivamente notan que se ahogan y se vuelven, por lo visto buscando aire, que yo me lo figuro como los peces cuando los sacas del agua, una cosa así, esas boqueadas, ¿comprendes?, pero de color y eso, como si nada, enteramente normal, ni de rígido, igualito que dormido… Pero cuando le tocó en el hombro y dijo: «Vamos, Mario, se te va a hacer tarde», Carmen retiró la mano como si se hubiese quemado. «El corazón es muy traicionero, ya se sabe». «¿A qué hora es mañana la conducción?». «Pero si yo misma. Anoche cenó como si tal cosa y leyó hasta las tantas… Y esta mañana, ya ves, ¿quién me iba a decir a mí una cosa así?». Y se lo preguntó a Valen (que con Valen tenía confianza): «¿Tú sabes, Valen, si Mario tiene el ilustrísimo señor? No es por vanidad mal entendida, entiéndeme, figúrate en estos momentos, pero por la esquela, ¿comprendes?, que una esquela así, sin tratamiento, a palo seco, parece como desairada». Valentina no respondía. «¿Me oyes?». Se hizo la ilusión de que Valen lloraba. «Pues no lo sé, fíjate —respondió Valen de repente—, me dejas pegada. Espera un segundo que le pregunto a Vicente». Carmen oyó el golpe del auricular y los pasitos rítmicos de Valen, cada vez más imprecisos y fugaces, por el pasillo. Y al cabo: «Vicente dice que no, que el ilustrísimo es sólo para los directores. Lo siento, mona».

Eran bultos obstinados, lamigosos, que se aferraban a su mano como ventosas o la forzaban a inclinarse, primero del lado izquierdo, luego del lado derecho. «No sabes qué impresión me ha hecho; no he podido comer. Ángel me decía: "Come, mujer, con eso no arreglas nada"». *Pero los hijos no dan más que disgustos desde que se abren paso, desgarrándola a una, vientre abajo; cría cuervos. Ya ves Mario, ni una lágrima. Ni luto por su padre, ¿quieres más?* «Déjame, mamá, por favor, a mí eso no me consuela. Eso son convencionalismos estúpidos, conmigo no cuentes». Media hora en el servicio llorando. *Es como el suéter este, Valen, no me digas, es de cuando el luto de la pobre mamá que en paz descanse. Pero estoy hecha una facha, me ha quedado chico y lo peor es que, de momento, no tengo otro*. El suéter negro de Carmen clareaba en las puntas de los senos debido a la turgencia. En puridad, los pechos de Carmen, aun revestidos de negro, eran excesivamente pugnaces para ser luto. En el subconsciente de Carmen aleteaba la sospecha de que todo lo estridente, coloreado o agresivo resultaba inadecuado para la circunstancia. *Yo le hubiera hecho con gusto el boca a boca, no hubiera tenido el menor reparo, que otras dicen que qué asco, yo no, que todo menos dejarle irse así, fíjate, pero si te digo mi verdad no lo he visto más que una*

vez en el NO-DO y no me atreví, porque son de esas cosas, ya sabes, que ni prestas atención, como quien ve a los bomberos, a mí plin, eso conmigo no reza, no sé cómo decirte, lo último que se te ocurre. «El corazón es muy traicionero, ya se sabe». «No es porque yo lo diga pero en la vida había estado enfermo». «No me choca nada lo de Mario, Menchu; eran uña y carne». Valentina se echó a reír: «¿Has probado de ponerte una combi y un sujetador negros?». Así era otra cosa. El suéter seguía siendo chico y los senos grandes, pero el entramado de la lana no transparentaba. *La poitrine ha sido mi gran defecto. Siempre tuve un poco de más, para mi gusto*. Valentina y Esther no se separaban de su lado. Esther no despegaba los labios, pero acechaba sus momentos de flaqueza. Valentina, de cuando en cuando, le besaba la mejilla izquierda: «Menchu, mona, no sabes el gusto que me da verte tan entera». Para acabar de arreglarlo, Borja volvió del colegio dando voces: «¡Yo quiero que se muera papá todos los días para no ir al colegio!». Le había golpeado despiadadamente, hasta que la mano empezó a dolerle. «Deje, señorita, la criatura ni se da cuenta; le va a lastimar». Pero ella golpeaba sin duelo, a ciegas. Luego los bultos que llegaban, con dos ojos redondos, atónitos, la oprimían la misma mano hinchada y dolorida, o cruzaban con ella sus cabezas, primero del lado izquierdo y, luego del derecho, y decían: «Me he enterado de verdadero milagro»; «Cuando me lo dijeron no podía creerlo»; «Ángel me decía: “Come; con no comer no arreglas nada”». Pero a Mario no le besaban ni le estrujaban la mano. Sus amigos ocultaban el rostro turbadamente contra su hombro y le golpeaban frenéticamente la espalda con la mano derecha como si pretendieran sacudirle el polvo a su suéter azul. «No me choca nada; eran uña y carne. ¡Pobre Mario!». «¿El padre o el hijo?». No sabía ya lo que decía. «Los dos. Bien pensado, los dos». Era su muerto; ella lo había manufacturado. Lo rasuró con la maquinilla eléctrica y lo peinó antes de que los muchachos de Carón lo encerraran en el estuche. «No está descolorido ni nada. No parece un muerto. Nunca vi cosa semejante, ¿verdad, tú? Y mire que nosotros tenemos costumbre». «Lo dicho». Inclinaba la cabeza, primero del lado izquierdo y, luego del lado derecho, y succionaba al aire, al vacío, de forma que la otra sintiera el estallido del beso pero no su efusión. «No me diga que a nuestro señor lo va usted a dejar de calle, como un día cualquiera». «¿Por qué no, Doro?». La Doro se santiguó: «No me diga, y con zapatos de color. Eso ni el pobre más pobre». Carmen la envió a la cocina. No tenía por qué darle explicaciones a una criada. A Bertrán le dijo: «Pase usted a la cocina, Bertrán; aquí no podemos ni rebullirnos». Bertrán, al llegar, con sus miopes, lacrimosos ojos planos le había dicho: «No era bueno; era un hombre

cabal, que es distinto. Don Mario era un hombre cabal y hombres cabales entran pocos en kilo. ¿Usted me comprende, señora?». Le rechazó enérgicamente porque trataba de besarla o poco menos. Carmen rasuró a Mario con la maquinilla eléctrica, lo lavó, lo peinó y le vistió el traje gris oscuro, el mismo con el que había dado la conferencia el Día de la Caridad, abriéndolo un poco por los costados, pues aunque el cadáver flexionaba bien, pesaba demasiado para ella sola. Luego le colocó la corbata listada, en negro y marrón, con la rayita roja, pero no quedó a gusto porque el nudo resultaba demasiado blando. Finalmente los chicos de Carón lo encerraron en el féretro y lo condujeron al despacho que ya no era el despacho de Mario sino su cámara mortuoria. Y Mario dijo: «¿Por qué ahora?». Pero cuando llegó precipitadamente de la Universidad ya se lo imaginaba todo. Tal vez Bertrán. Las cejas casi le cubrían los ojos y le daban una apariencia cavilosa y sombría, como si el peso del cerebro supusiera una carga insufrible y aplastase los arcos de las cejas sobre sus facciones, achatándolas. *Pero él ya se lo tenía bien tragado, imagina, en la vida le habíamos mandado llamar, que yo sólo le dije: «Papá», y él quieto, callado, que a veces me asusta Mario, Valen, que es un chico que se controla de más para la edad que tiene, y no es decir que yo no admire la entereza, qué va, pero a los sentimientos también hay que darles su parte, que luego eso sale y es peor, pero él como si nada, como una estatua, igual, que yo le dije: «De repente. Ni se ha despertado. Luis dice que un infarto», y no me pude contener y me eché a llorar y le abracé, pero no te puedes imaginar qué sufrimiento, Valen, porque durante varios minutos era como si abrazase a un árbol o a una roca, ídem de lienzo, que él sólo decía, ya ves qué salida: «¿Por qué ahora?», pero de lágrimas, nada, cero al cociente, ya ves, un padre, cosa más natural, pues nada, como lo estás oyendo.*

—Cría cuervos.

—Calla; ahora descansa.

Pío Tello se había conmovido. *Mario, desde luego, tenía un gran cartel entre la gente baja. La pena fue lo del ilustrísimo señor. Parece que no, pero un encabezamiento así, total dos palabras, viste a una esquela, Valen, no digas*. «Lo dicho». «Cuídate, Carmen, los pequeños te necesitan». «Cuando me lo dijeron no podía creerlo, te lo prometo». «Pero si yo misma…». Encarna la desbancó. La irrupción de Encarna fue un acto bárbaro y sin sentido. «Lo dicho». «Gracias, mona». Carmen se inclinaba y ambas cruzaban sus cabezas, primero del lado izquierdo, luego del lado derecho, y una y otra notaban los leves estallidos de los besos convencionales pero no su calor.

Instintivamente ella aborrecía las esquelas funerarias, *que yo no pensaba ponerla en el portal, entiéndeme, que me horrorizan, que me parece de un gusto pésimo, pero ya ves, a la hora que ha sido, a la fuerza ahorcan, el caso es que la gente se entere, porque por él, ya lo sé, qué me vas a decir a mí, como un perro, bueno era, pero hay que guardar las apariencias, Valen, porque con que mañana salga* El Correo, *con que el entierro es a las diez, no vas a adelantar nada, que muchos que van deprisa y corriendo a la oficina, ni enterarse, tenlo por seguro, total que le encargué media docena, una para aquí, otra en el Instituto, en* El Correo *y algún otro sitio, eso sin perjuicio de que lo anuncie la emisora después del diario hablado*.

Carmen sabía positivamente que el rescate de las últimas horas de Mario dependía de ella. El libro yacía allí, sobre la mesilla de noche y, bajo sus tapas, los últimos pensamientos de Mario, como enlatados. Cuando lograse liberarse de aquellos bultos pegajosos, Carmen se reuniría con él. Encarna constituía el obstáculo principal, pero Charo se la había llevado. Charo no aportó por allí hasta que los pequeños regresaron del colegio. Había ido a buscarles. Borja llegó gritando: «¡Yo quiero que se muera papá todos los días para no ir al colegio!». Le dolía la mano. Carmen no sabía si por la paliza o por los insistentes apretones de los bultos despiadados. Tenía los labios tumefactos de tanto besar. «Lo dicho». «¿Quién iba a figurarse una cosa así?». «¿A qué hora es mañana la conducción?». Pero Encarna, no. Encarna no había cambiado. Penetró como un torbellino, braceando entre los asistentes. Y voceaba: «Dios mío, que éste también se me ha ido. ¡Éste también!». Y los grupos oscuros se aplastaban y miraban y cuchicheaban y Encarna ponía a todos por testigos de su soledad. Como una loca. «Una mirada demencial», había dicho Antonio. Y luego, cuando se arrodilló, exclamó: «¿Qué he hecho yo, Señor, para merecer este castigo?». Y los grupos se abrían y se cerraban, se plegaban y se desplegaban. Cuchicheaban: «¿Quién es?». Y el sentimentalismo acomodaticio de las pupilas se trocaba ahora en avidez, se empinaban para verlo mejor, les fascinaba el espectáculo. Pero de nada valieron las razones. «Para don Mario, ni hablar». Carmen insistía: «¿Cómo no voy a pagarle las esquelas?». «No porfíe, señora, don Mario defendió a los pobres sin hacerse rico, y esto, desengáñese, tiene un valor». Ella cedió, aunque sabía que a Pío Tello no le iban bien las cosas, en el húmedo sótano, con el viejo chivalete de *El Correo*, componiendo a mano esquelas y pasquines. «No lo hubo más bueno que nuestro señor y ¡mírele ahí…!». Carmen la había cortado en seco: «No quiero escenas, Doro, ¡guárdese las lágrimas para mejor ocasión!». Resultaba inmoral que le

llorasen las criadas y los cajistas y no le llorasen sus hijos: «¡No quiero escenas, Doro! ¿Es que no me oye?». Y la Doro se retiró a la cocina sonándose ruidosamente y secándose los ojos. El rumor crecía como el del mar cuando se embravece. Las conversaciones se entrecruzaban y el humo de los cigarros les sumergía en un ambiente viciado. «Hace calor». «¿Les parece que abramos un poco?». «La atmósfera está muy cargada». «No le había mejor». «Abra». «Así, que no se forme corriente». «Es muy mala la corriente». «El corazón es muy traicionero, ya se sabe». «Yo le tengo miedo a la corriente». «Pues a mi padre, ya ve, una corriente, no hubo más, que no es porque yo lo diga pero en la vida había estado enfermo». «Lo dicho». «Salud para encomendar su alma, doña Carmen». Carmen se inclinaba, primero del lado izquierdo y, luego, del lado derecho, fruncía los labios y dejaba volar el beso, de manera que la otra sintiera su breve estallido pero no su efusión. *Yo pienso que la hice daño, pero no lo siento, ¿tú crees, Valen, con la mano en el corazón, que una hija puede dejar marchar así a su padre, sin despedirse siquiera? Porque ella no hacía más que chillar, como una histérica, lo mismo, «¡por favor, que me horroriza, dejadme!», pero la Doro y yo, con todas nuestras fuerzas, que la hicimos abrir los ojos y todo, estaría bueno, que algún día me lo agradecerá.*

Carmen no sabía si rezaba o qué. Permanecía inmóvil, levemente encorvado, al pie de la caja, y miraba a su padre con un implorante gesto de conmiseración. Fue Aróstegui quien dijo: «Era un hombre bueno», y entonces don Nicolás se volvió súbitamente hacia él: «Bueno ¿para quién?». Y Moyano, entre sus sucias barbas, murmuró: «No es un muerto; es un ahogado». Don Nicolás reparó en ella: «Disculpe, Carmen, ¿estaba usted ahí?». Pero ella no dijo nada porque aquellos hombres hablaban en clave y no les comprendía, ni Mario, en vida, se tomó la molestia de explicarle su lenguaje. «¿Le importa volver un poco la ventana?». «Así, gracias». «Ya se conoce el relente». «Ayer hacía frío». «Cuídate, Carmen, los pequeños te necesitan». «La atmósfera está muy cargada». «Cuando me lo dijeron no podía creerlo, si le vi ayer». «Pero si yo misma…». A Pío Tello le dijo: «Tome nota. ¿Ya? Rogad a Dios en caridad…». Por un momento Carmen tuvo la debilidad de sentirse protagonista y pensó: «por doña Carmen Sotillo», pero se rehízo a tiempo: «¿Sigo?». Pío dijo: «¿Es que no tenía don Mario tratamiento?». «No, ya ve. Sólo los directores». La voz del auricular sonaba irritada: «Otros con menos merecimientos los tienen». «Ya ve, las cosas, ¿qué quiere que yo le haga?». Pío Tello anotaba lentamente. Al terminar, Carmen insistió: «Una orla bien negra, Pío, por favor». «Descuide».

Tan sólo el sentimiento fanático del luto y el libro sobre la mesilla de noche la ligaban ahora a Mario. ¡Ah! y su cadáver. «No está descolorido. Si usted no lo dice, no me creo que esté muerto, se lo juro por mi madre». «¿Le importa volver un poco más la ventana?». «Hace verdadero frío». «Así, gracias».

—¿Está ahí el libro, Valen?

—¡Chist! Aquí está. No te preocupes, bobina. Ahora relájate, anda, te lo pido por lo que más quieras. Nadie te lo va a quitar.

Valentina se incorpora, le pone una mano en la nuca y le ayuda a tenderse de nuevo; luego, la cubre con la colcha blanca suavemente. Permanece de pie, Valentina, y observa en derredor los lacios grabados de flores, el crucifijo sobre la cama y, a sus pies, la raída alfombra llena de huellas del tiempo, cubriendo un rectángulo de entarimado. Avanza despacio, silenciosamente por ella y se analiza, a la media luz de la habitación, en la luna del armario, primero de frente, luego de perfil, palpándose por tres veces el vientre levísimamente combado. Sus labios dibujan un gesto de desagrado. Al volverse, sus ojos tropiezan de nuevo con el libro, el tubo de Nasopit, el frasco de Sedanil, el pequeño manojo de llaves, el monedero y el viejo despertador. Suspira imperceptiblemente. Carmen ha vuelto a cubrirse los ojos con el antebrazo blanquísimo. Se sienta de nuevo.

—¿Estás ahí, Valen?

—Sí, mona, descuida, no me moveré de tu lado, te lo prometo, pero ahora relájate. Haz un esfuerzo, anda.

La Doro, con los párpados y la nariz enrojecidos, denegaba obstinadamente: «¿Ni plástico ni nada le va a poner usted a nuestro señor?». «¡Huy madre, así parece cualquier cosa! En mi pueblo ni el más pobre, como lo oye. Y, ya ve, a don Porfirio, el amo, le disfrazaron de franciscano». Carmen se enfureció con ella. Tenía por principio no aceptar lecciones de las criadas. *Todavía me parece mentira, fíjate; me es imposible hacerme a la idea*. «Me da gusto, Menchu, verte tan entera». Lo de Mario era excesivo. ¿Cómo casar la orla negra de seis cíceros de Pío Tello con su suéter azul? Los amigos se escondían en su hombro y le palmeaban la espalda sin miramientos, como si quisieran sacarle el polvo a su suéter azul. «Cierre del todo. Es mejor que cierre del todo». «Hace frío». «Es muy mala la corriente». «Así, gracias». «El corazón es muy traicionero, ya se sabe». «Lo dicho». «Una orla bien negra, Pío, por favor». Y no es que le agradasen las esquelas, pero de perdidos, al río. *Y se me quedó plantado, delante, como haciéndome cara, te lo juro, que me asustó, «¿Quién ha vuelto los libros?», «Pues yo», le dije, y él dijo: «Los libros eran él», ya ves qué salida, que así, tan llamativos, con esas*

pastas, no son luto ni cosa parecida, porque tú ya sabes, Valen, cómo hacen ahora los libros, que parecen cualquier cosa, cajas de bombones o algo así, que dan más ganas de comerlos que de leerlos, ésta es la verdad, que vivimos la época de los envases, hija, no me digas, que en todas las cosas vale más lo de fuera que lo de dentro, que es una engañifa y una vergüenza, figúrate en un caso así, tú dirás, con un muerto en casa y todo rodeado de colorines, al demonio se le ocurre, que yo, ya me conoces, tuve la santa paciencia de volver libro por libro, menos mal que los paños negros tapaban la mayoría, que si no, la mañana entera, como lo oyes, menuda trabajina, si no se ve no se cree. Y hay que ver las manos que me puse, la porquería que almacenan, para eso es para lo que sirven los libros, como yo digo, que lo que siento es no haberme dado cuenta a tiempo, que si me ayudan los chicos de la funeraria, figúrate, en un santiamén, claro que qué vas a pedir a esa gente, ni enterarse, a ver, natural, de detalles, cero, ellos atienden su oficio y adiós muy buenas, si te he visto no me acuerdo. «En la vida he visto un muerto así, se lo aseguro. ¡Pero si ni siquiera ha perdido el color!». «¿No quieres pasar a verlo, Valen? Te advierto que no impone nada». «De veras que no, bobina. Prefiero guardar un recuerdo de Mario vivo».

Los bultos llegaban y salían. El desagüe era permanente; una renovación higiénica. «No se puede parar del humo». «Podían guardar un poco más de respeto». «Lo dicho». Carmen se inclinaba, primero del lado izquierdo y, luego, del lado derecho, y besuqueaba sin el menor fervor, rutinariamente. «Gracias, mona, te lo agradezco en el alma». Los bultos traían unos ojos desorbitados, enloquecidos, pero cuando algún otro bulto, sentado, suspiraba ruidosamente y murmuraba: «El corazón es muy traicionero, ya se sabe», los bultos recién llegados y sus ojos se serenaban y se uniformaban con los bultos y los ojos que rodeaban el cadáver. Pero a pesar del buen color —«Mario es el muerto más saludable que fabricaron manos humanas»—, Mario no era Mario. Carmen lo había advertido después de asearlo. No se parecía. Ella vacilaba. El muerto era un muerto notable, conforme, incluso más grueso, pero no era Mario. Repentinamente, como si alguien, compadecido, la hubiera depositado en su cabeza, le había asaltado la idea: ¡Las gafas! Carmen fue a por ellas y se las puso. Entonces advirtió la rígida palidez de las orejas. Complacida aún por la lucidez de su idea, se alejó cuatro pasos buscando una perspectiva favorable. Pero no. La Doro caminaba tras ella como un perro humillado: «O le abre los ojos o le quita las gafas a nuestro señor. ¿Quiere decirme para qué van a servirle con los ojos cerrados?». Los bultos se empinaban y erguían los pescuezos: «¡Mírame, Mario! ¡Estoy sola! ¡Otra vez

sola! ¡Toda la vida sola! ¿Te das cuenta? ¿Qué es lo que he hecho yo, Señor, para merecer este castigo?». Y los grupos bullían y cuchicheaban: «¿Quién es?»; «Menuda»; «Lo mismo es la querindonga»; «Por lo visto es su cuñada»; «No sé, no sé». Encarna estaba arrodillada y, a cada frase, vaciaba de aire sus pulmones. «Cierre del todo, casi es preferible». «¡Madre, qué voces!». Carmen no sabía qué hacer. «Así, gracias». Vacilaba: «¡Qué humareda!». Le quitó las gafas. «Tal vez tengas razón, hija. No se parece». Mario ya no estaba allí. Estaba en el libro y en el suéter negro que reventaban sus pechos agresivos, *no me digas, Valen, estos pechos míos son un descaro, no son pechos de viuda, ¿a que no?*, y en la orla negra de la esquela de Pío Tello y quizá en la iglesia, *ni tiempo de confesarse tuvo, ¡fíjate qué horror!* Antonio, el director, se adelantó del grupo y tomó a Encarna por las axilas. Ella se retorcía. Forcejearon. «Ayúdenme. Hay que sacarla de aquí. Esta mujer está muy afectada». *Figúrate, ¡qué bochorno! ¡Ni que fuera ella la viuda! Que Encarna desde que murió Elviro andaba tras él, eso no hay quien me lo saque de la cabeza*. Al fin se la llevaron. Luis marchó con ella y Esther le ayudó a ponerle una inyección. Luego pidieron un taxi por teléfono y se fueron a casa de Charo. Vicente marchó con ellos. Poco a poco, Carmen volvía a sentirse viuda. «Lo dicho». «Cuídate, Carmen, los pequeños te necesitan». «Abra siquiera una rendijita; aquí no se puede ni respirar». Los bultos entraban y salían. Carmen estrechaba manos fofas y manos nerviosas. Se inclinaba primero del lado izquierdo y, luego, del lado derecho y besaba al aire, al vacío, al buen tuntún. «Gracias, querida, no sabes cuantísimo te lo agradezco».

—¿No han llamado?

Valentina posa una mano sobre las manos de Carmen, que están frías y cruzadas sobre el regazo, agitadas de movimientos nerviosos:

—No te preocupes, bobina. Yo te avisaré. Ahora descansa. Relájate. Procura relajarte. Vicente aún no ha vuelto.

Luis permaneció cerca de un cuarto de hora encerrado con él. *Yo como si le estuviera confesando, y para mí que le estuvo haciendo el boca a boca, tú me dirás, tanto tiempo, que inclusive llegué a tener ciertas esperanzas, que me decía: «Lo mismo no está muerto», bobadas, figúrate*. «No me parece un muerto. Talmente está como dormido. Ni siquiera le ha bajado el color». Pero, al cabo, salió Luis y dijo: «Un infarto. Debe de haber ocurrido sobre las cinco de la madrugada. Es raro en un temperamento asténico como el de Mario», *me parece que dijo asténico, ¿eh?, no me hagas mucho caso, que ya sabes que yo para eso de las palabras soy un desastre, pero, hija, Luis con*

los ojos rojos, como de haber llorado, que me emocionó, a ver, dime tú si no es de agradecer una cosa así, que los médicos, por regla general, ni sienten ni padecen, como suele decirse, están acostumbrados. «¿Le importa volver un poco la ventana?». «Salud para encomendar su alma, doña Carmen». «Ya se nota el relente». «Así, gracias». «Lo dicho». «Señora, un telegrama». Carmen notó afluir el agua a la ternilla de la nariz. Rasgó nerviosamente con el dedo uno de los dobleces y, al leer el texto, sollozó. Valentina le besó en la mejilla, directa, efusivamente, de forma que ella sintiera el estallido del beso y también su calor: «Sé valiente. No te vayas a derrumbar ahora». Carmen le tendió el papel azul: «Es de papá. ¡Pobre, qué rato estará pasando! No lo quiero ni pensar». Los bultos, con los ojos ya más sosegados, iban marchando, pero aún quedaban algunos aferrados al ataúd como las moscas al papel matamoscas. «Lo dicho». «¿A qué hora es mañana la conducción?». «Salud para encomendarle». «¿Le importa abrir un poco la ventana? Aquí no se puede parar». Humo y murmullos. «¡Otra vez sola! ¡Toda la vida sola! ¿Qué es lo que he hecho yo para merecer este castigo?». «Eso son convencionalismos, mamá; conmigo no cuentes». «Tome nota: "Rogad a Dios en caridad…"». ¿Por Carmen Sotillo? *Todavía me parece mentira, Valen, fíjate; me es imposible hacerme a la idea*. «Lo dicho». Carmen se inclinaba, primero al lado izquierdo, luego al lado derecho. Le dolían los labios y las mejillas de tanto besar. También le dolían los cantos de la mano derecha. Casi no podía reprimir un estremecimiento cada vez que se la estrechaban. Aunque siempre le repugnaron las manos fofas, ahora las agradecía, se entregaba a ellas con envilecedora fruición, como en adulterio. «¿Le importa volver un poco la ventana?». *Para mí que le estuvo haciendo el boca a boca, tú dirás*. «Así, gracias. Me he agarrado un catarro que para qué». «Se mueren los buenos y quedamos los malos». «Bueno ¿para quién?». «No es un muerto; es un ahogado». *Con los ojos rojos, como de haber llorado, que me emocionó, a ver, dime tú si no es de agradecer una cosa así*. «A don Porfirio, el amo, lo disfrazaron de franciscano, ya ve». *Instintivamente notan que se ahogan y se vuelven*… «Lo dicho». «Menchu, mona, qué gusto me da verte tan entera». «Te prometo que no impone nada». *Ni luto por su padre, ¿quieres más?* «Salud para encomendar su alma…». *Los libros en definitiva no sirven más que para almacenar polvo*. «Está muy cargada la atmósfera aquí». «¿Le importa…?». *Digo que los médicos, por regla general, ni sienten ni padecen, como suele decirse*… «Lo dicho…». «*Que yo me figuro como los peces cuando los sacan del agua…*». «Salud para encomendar su alma…».

Carmen se incorpora de golpe, tan violentamente que Valentina se asusta:

—Ahora sí que han llamado, no digas que no, Valen, lo he oído perfectamente.

—Bueno, mujer, ten calma. Será Vicente. Enseguida te vamos a dejar sola. No te alteres.

Carmen baja las piernas de la cama y al hacerlo se le recogen las faldas y muestra unas rodillas demasiado redondas y acolchadas. Tantea con los pies sin agacharse y se calza los zapatos. Luego se atusa la cabeza, introduciendo los dedos de ambas manos abiertos entre los cabellos, ahuecándolos. Al concluir, se estira el suéter bajo las axilas, primero del lado izquierdo, luego del derecho. Menea la cabeza enérgicamente, denegando:

—No tengo pechos de viuda, ¿verdad que no, Valen? —dice desalentada—. No me engañes.

Del recibidor llega un murmullo amortiguado de voces varoniles. Valentina se pone de pie:

—Mujer, no seas pesada —se vuelve hacia la mesilla de noche, hacia el libro y el tubo de Nasopit y el frasco de Sedanil, y añade—: ¿Puedes decirme qué significa esta farmacia?

Carmen sonríe evasivamente:

—Mario. Ya le conocías —dice—. Muy bueno pero lleno de complejos. Si no se tomaba una píldora y se embadurnaba las narices, como yo digo, una y otra vez, no se dormía. Manías. Con decirte, que no te lo querrás creer, que una noche se levantó a las tres de la madrugada a buscar una farmacia de guardia, está dicho todo.

Valentina alza de golpe la cabeza, con lo que la ráfaga albina de su cabello destella un momento como una estrella fugaz. Sonríe a su vez:

—Pobre —dice—. Mario era un hombre de lo más original.

Carmen se ha incorporado y se observa en el espejo. Se tira por dos veces, con rabia, del suéter bajo las axilas, primero del lado izquierdo, luego del derecho:

—Estoy hecha una facha —murmura—. Con sujetador negro o con sujetador blanco estos pechos míos no son luto ni cosa que se le parezca.

Valentina no la escucha. Ha tomado el libro de la mesilla de noche y lo está hojeando:

—La Biblia —dice—. No me digas que también Mario leía la Biblia —reinicia su sonrisa y lee en voz alta—: «Marchad con paso firme por el recto camino: a fin de que alguno por andar claudicando en la fe no se descamine de ella, sino antes bien se corrija».

Carmen la observa con la cabeza gacha, como si asistiese a una inspección humillante. De vez en cuando, en un movimiento mecánico, se estira con los dedos el jersey negro por debajo de los pechos. Cuando habla, lo hace como excusándose:

—Él decía que la Biblia le fecundaba y le serenaba.

Valentina lanza una risita:

—¿Eso decía? ¡Qué divertido! Fecundarle, nunca oí una cosa tan graciosa, Menchu, te lo prometo. ¿Y los subrayados?

Carmen carraspea; se siente cada vez más empequeñecida. Agrega:

—Manías. Mario leía sobre leído, sólo lo señalado, ¿comprendes? Yo ahora —se le ablandan los ojos pero, paradójicamente, su voz se va afirmando— cogeré el libro y será como volver a estar con él. Son sus últimas horas, ¿te das cuenta?

Valentina cierra el libro de golpe y se lo entrega a Carmen. El murmullo de voces crece en el vestíbulo. De improviso, cesa y, tras unos segundos de silencio, se oyen unos discretos golpecitos en la puerta de la habitación.

—Ya va —dice Carmen. E, instintivamente, se estira el suéter bajo los sobacos.

Se oye la voz de Mario:

—Es Vicente.

—Voy —dice Valentina—. Ya voy. —Se aproxima a Carmen y la toma por la cintura—: ¿De veras, bobina, que no quieres que me quede contigo?

—De veras, Valen, prefiero estar sola, si no te lo diría igual, ya me conoces.

Valentina se inclina y ambas cruzan las cabezas, primero del lado izquierdo, luego del lado derecho, y besan con indolencia al aire, a la nada, de forma que una y otra sientan los estallidos de los besos pero no su calor.

En el pequeño vestíbulo, Vicente espera con el gabán puesto. Mario está a su lado, enfundado en un suéter azul. Carmen ayuda a Valentina a ponerse el abrigo y, luego, entre las dos, buscan la cartera a juego. Vuelven a cruzar las cabezas y a besar al aire, al vacío.

—Adiós, mona, mañana a primera hora estaré aquí. ¿De veras que no quieres que me quede contigo?

—De veras, Valen, gracias por todo —se vuelve a Vicente—: ¿Y Encarna?

Vicente carraspea. Los duelos no son su elemento. Se encuentra desplazado:

—Se durmió —dice—. Al fin terminó por dormirse. Luis dice que no despertará hasta mañana. Estaba imposible. Nunca he visto una cosa igual.

Mario mira a uno y a otra como si hablaran un idioma extraño y la traducción le resultase demasiado penosa. Al darle la mano, Valentina dice:

—Tienes cara de cansancio, Mario. Debes acostarte.

Mario no responde. Lo hace Carmen por él:

—Ahora se acostará —dice—. Ya están todos acostados.

—¿Y papá?

—Yo voy a quedarme con él.

Al fin marchan Valentina y Vicente y durante un buen rato se oyen los cautos tacones de Valentina descendiendo las escaleras y el adormecedor murmullo de la voz de Vicente. Carmen se encara con su hijo y le muestra el libro:

—Mario —dice—, acuéstate, te lo suplico. Quiero quedarme a solas con tu padre. Es la última vez.

Mario vacila.

—Como quieras —dice—, pero si necesitas algo, avísame; yo no podré dormirme.

Espontáneamente se inclina y besa francamente la mejilla derecha de Carmen. Ella siente una tibia, súbita humedad en los vértices de los ojos. Levanta los brazos y durante unos segundos le oprime contra sí. Al cabo dice:

—Hasta mañana, Mario.

Mario se va pasillo adelante. Tiene unos andares extraños, entre cansinos y atléticos, como si le costase dominar su propia fuerza. Carmen se vuelve y entra en el despacho. Vacía los ceniceros en la papelera y la saca al pasillo. Con todo, huele a colillas allí, pero no le importa. Cierra la puerta y se sienta en la descalzadora. Ha apagado todas las luces menos la lámpara de pie que inunda de luz el libro que ella acaba de abrir sobre su regazo y cuyo radio alcanza hasta los pies del cadáver.

I

Casa y hacienda, herencia son de los padres, pero una mujer prudente es don de Yavé y en lo que a ti concierne, cariño, supongo que estarás satisfecho, que motivos no te faltan, que aquí, para *inter nos*, la vida no te ha tratado tan mal, tú dirás, una mujer sólo para ti, de no mal ver, que con cuatro pesetas ha hecho milagros, no se encuentra a la vuelta de la esquina, desengáñate. Y ahora que empiezan las complicaciones, zas, adiós muy buenas, como la primera noche, ¿recuerdas?, te vas y me dejas sola tirando del carro. Y no es que me queje, entiéndelo bien, que peor están otras, mira Transi, imagínate con tres criaturas, pero me da rabia, la verdad, que te vayas sin reparar en mis desvelos; sin una palabra de agradecimiento, como si todo esto fuese normal y corriente. Los hombres, una vez que os echan las bendiciones a descansar, un seguro de fidelidad, como yo digo, claro que eso para vosotros no rige, os largáis de parranda cuando os apetece y sanseacabó, que las mujeres, de sobras lo sabes, somos unas románticas y unas tontas. Y no es que yo vaya a decir ahora que tú hayas sido una cabeza loca, cariño, sólo faltaría, que no quiero ser injusta, pero tampoco pondría una mano en el fuego, ya ves. ¿Desconfianza? Llámalo como quieras, pero lo cierto es que los que presumís de justos sois de cuidado, que el año de la playa bien se te iban las vistillas, querido, que yo recuerdo la pobre mamá que en paz descanse, con aquel ojo clínico que se gastaba, que yo no he visto cosa igual, el mejor hombre debería estar atado, a ver. Mira Encarna, tu cuñada es, ya lo sé, pero desde que murió Elviro ella andaba tras de ti, eso no hay quien me lo saque de la cabeza. Encarna tiene unas ideas muy particulares sobre los deberes de los demás, cariño, y ella se piensa que el hermano menor está obligado a ocupar el puesto del hermano mayor y cosas por el estilo, que aquí, sin que salga de entre nosotros, te diré que, de novios, cada vez que íbamos al cine y la oía cuchichear contigo en la penumbra me llevaban los demonios. Y tú, dale, que era tu cuñada, valiente novedad, a ver quién lo niega, que tú siempre sales por peteneras con tal de justificar lo injustificable, que para todos encontrabas disculpas menos para mí, ésta es la derecha. Y no es que yo diga o deje de decir, cariño, pero unas veces por fas y otras por nefás, todavía estás por contarme lo que ocurrió entre Encarna y tú el día que ganaste las oposiciones, que a saber qué pito tocaba ella en ese pleito, que en tu carta, bien sobrio, hijo, «Encarna asistió a la votación y luego celebramos juntos el éxito». Pero hay muchas maneras de celebrar, me parece a mí, y tú, que en Fuima, tomando unas cervezas y unas gambas, ya, como si una fuese tonta, como si no conociera a Encarna, menudo torbellino, hijo. ¿Pero es que crees que se

me ha olvidado, adoquín, cómo se te arrimaba en el cine estando yo delante? Sí, ya lo sé, éramos solteros entonces, estaría bueno, pero, si mal no recuerdo, llevábamos hablando más de dos años y unas relaciones así son respetables para cualquier mujer, Mario, menos para ella, que, te digo mi verdad, me sacaba de quicio con sus zalemas y sus pamplinas. ¿Crees tú que, conociéndola, estando tú y ella mano a mano, me voy a tragar que Encarna se conformase con una cerveza y unas gambas? Y no es eso lo que peor llevo, fíjate, que al fin y al cabo de barro somos, lo que más me duele es tu reserva, «No desconfíes», «Encarna es una buena chica que está aturdida por su desgracia», ya ves, como si una se chupase el dedo, que a lo mejor a otra menos avisada se la das, pero lo que es a mí… Tú viste la escenita de ayer, cariño, ¡qué bochorno!, no irás a decirme que es la reacción normal de una cuñada, que llamó la atención, y yo achicada, a ver, que hasta parecía una mujer sin sentimientos, yo qué sé, y Vicente Rojo: «Sacadla de aquí, está muy afectada», que me puso frita, te lo confieso. Con la mano en el corazón, Mario, ¿es que venía eso a cuento? ¡Si parecía ella la viuda! Me apuesto lo que quieras a que cuando lo de Elviro no llegó a esos extremos, que a saber qué hubiera tenido que hacer yo. Es lo mismo que cuando murió tu padre, Mario, que de siempre lo dije, el caso es ponerme en evidencia, que me dejó en mal lugar, no lo discutas. Para serte sincera, nunca me gustó Encarna, Mario, ni Encarna ni las mujeres de su pelaje, claro que para ti hasta las mujeres de la vida merecen compasión, que yo no sé dónde vamos a llegar, «Nadie lo es por gusto; víctimas de la sociedad», me río yo, que los hombres puestos a disculpar resultáis imposibles, porque lo que yo digo, ¿por qué no trabajan? ¿Por qué no se ponen a servir como Dios manda? Que el servicio desaparece no es ninguna novedad, Mario, cariño, y aunque tú salgas con que es buena señal, que buen pelo hemos echado con tus teorías, lo cierto es que cada vez hay más vicio y, hoy en día, hasta las criadas quieren ser señoritas, para que te enteres, que la que no fuma se pinta las uñas o se pone pantalones, yo qué sé. ¿Crees tú que esto es formalidad? Estas mujeres están destrozando la vida de familia, Mario, así como suena, que yo recuerdo en casa, dos criadas y una señorita para cuatro gatos, que aquello era vivir, que cobrarían dos reales, no lo niego, pero, comidas y vestidas, ¿quieres decirme para qué necesitaban más? Pues bueno era papá para eso: «Julia, ya está bien; deja un poco para que lo prueben en la cocina». Entonces existía vida de familia, daba tiempo para todo y, cada uno en su clase, todos contentos. Ahora, tú me ves, aperreada todo el día de Dios, si no estoy entre pucheros, lavando bragas, ya se sabe; que una no puede dividirse y, por mucha disposición que tenga, con

una criada para siete de familia a duras penas se puede ser señora. Pero de estas cosas los hombres no os dais cuenta, cariño, que el día que os casáis, compráis una esclava, hacéis vuestro negocio, como yo digo, que los hombres, ya se sabe, no tienen vuelta de hoja, siempre los negocios. ¿Que la mujer trabaja como una burra y no saca un minuto ni para respirar? ¡Allá se las componga! Es su obligación, qué bonito, y no es que te reproche nada, querido, pero me duele que en más de veinte años no hayas tenido una palabra de comprensión. Ya lo sé, tampoco has sido lo que se dice un marido exigente, es cierto, pero con no exigir no basta a veces, ya ves tu hermano Elviro, y no es que yo diga que Elviro fuese un ideal de hombre, ni hablar, pero tu hermano era de otra pasta, dónde va, tenía detalles. ¿Recuerdas el portamonedas que me regaló la tarde que merendamos juntos en junio del 36? Aún lo conservo, fíjate, en la cómoda creo que está, con un montón de trastos, me parece. ¡Y cómo se puso Encarna! Menuda, creí que le tragaba, palabra, que luego a los tres meses, cuando Elviro murió, bien que le pesaría. Tu hermano era delicado, Mario, y cualquier otro hombre con más arranques, simplemente con que fuera como tenía que ser, hubiera atado a su mujer más corto. Dios me perdone pero, desde que los conocí, tengo entre ceja y ceja que Encarna se la pegaba, fíjate, no sé por qué, era mucho temperamento para él. Y conste que no me gusta hacer juicios temerarios, de sobra lo sabes, aunque luego sí, al enviudar, ella iba por ti, eso no hay quien me lo saque de la cabeza, pero con el mayor descaro, ¿eh? Y así me lo jures en cruz, nunca me llegaré a creer que el día de Fuima se conformase con una cerveza y unas gambas, y no por nada, que ya me conoces, que otra cosa no, pero me horroriza dramatizar. Pero ¿lo quieres más claro? ¿Tú sabes que Valentina ayer, cuando me llevó a un aparte, me dijo, pero como te lo cuento, me dijo: «Tu cuñada ni muerto le deja en paz»? ¿Qué te parece? ¿Es que todavía me vas a decir que son figuraciones mías? Porque por mucho que digas de Valen no me vayas a negar que inteligente lo es un rato largo, que no es hablar por hablar, pues ya lo oyes, «ni muerto le deja en paz». Claro que, bien mirado, la tonta fui yo, o no tonta, vete a saber, el caso es que una tiene principios y los principios son sagrados, ya se sabe, que te pones a ver y nada como los principios. ¡Anda que si yo hubiera querido! Con cualquiera, Mario, fíjate bien, con cualquiera. Mira Eliseo San Juan, el de la tintorería, sin ir más lejos, no hay vez, sobre todo si salgo con el suéter azul, que no se meta conmigo: «Qué buena estás, qué buena estás; cada día estás más buena». Ni a sol ni a sombra, hijo, que es ceguera la de este hombre, que ya lleva años, que no es de hoy, y, como ése, otros que me callo, tonto del higo, que aún estoy para

gustar, que no soy ningún vejestorio, qué te has creído. Los hombres todavía me miran por la calle, para que lo sepas, Mario, que vives en la luna, «Un tipo vulgar ese San Juan», me río yo, cuántas no le harían ascos. Lo que pasa es que una tiene principios aunque hoy en día los principios no sirvan más que de estorbo, en particular cuando los demás no los respetan, que ésa es otra. «Un tipo vulgar ese San Juan», ¿qué te parece? Y luego, a la noche, ni caso, que no he visto hombre más apático, hijo mío, y no es que a mí eso me interese especialmente, que ni frío ni calor, ya me conoces, pero al menos contar conmigo, que los días buenos los desaprovechabas y luego, de repente, zas, el antojo, en los peores días, fíjate, «No seamos mezquinos con Dios», «No mezclemos las matemáticas en esto», qué fácil se dice, que luego la que andaba reventada nueve meses, desmayándose por los rincones, era yo, que lo que es tú, con tus clases y tus tertulias tenías bastante, a ver, que así cualquiera. ¿Y quieres más? ¿Es que crees que una es de cartón-piedra, que ni siente ni padece? ¿Es que no te dabas cuenta de mi humillación cada vez que estaba gorda y me negabas? Armando hizo muy requetebién, para que te enteres, nada de que es un bárbaro, lo que pasa es que canta las verdades al lucero del alba, qué es eso de ponerte tú al lado de Esther, por muy intelectual que sea, que Armando estuvo aquel día como las propias rosas, ya ves, «Que cada cual cargue con sus responsabilidades». Pero figúrate para mí qué bochorno, todo por puro capricho, porque los días buenos no querías y en los malos, zas, se te antojaba, que eso sí, luego te molestaba hasta mi vientre. ¿Qué culpa tiene una de abultarse así, me lo quieres decir? No, Mario, querido, nada de involuntario, ahora me sales con ésas, te pusiste junto a Esther a ciencia y conciencia, no le demos más vueltas. Es como lo de dormir con los niños, eso, ¿cuántas veces me lo echaste en cara, di? ¿Y qué de particular tiene? ¿No es natural que, teniendo tú la primera clase a las once y estando yo bregando desde las nueve, te hicieras cargo del pequeñín? Sí, ya sé que son latosos, qué me vas a decir a mí, imagínate, un trago, pero es una cosa por la que hay que pasar, que los hombres a nada, unos mártires, que me gustaría a mí verte dando a luz, una y no más, Santo Tomás, en cuanto lo probases, a ver, como tu cuñada, que tampoco sabía lo que es eso, ella dice que Elviro, adivina. Pero como no lo sabe tiene que inventarlo y soltar la lengua y malmeterte conque si yo abuso de tu paciencia, mira quién fue a hablar, y que si no sé el marido que tengo, como si yo te llevara a la tumba o poco menos. Encarna tiene más conchas que un galápago, Mario, para qué te voy a decir otra cosa, aunque con vosotros, ya se sabe, cuanto más buena se es, peor, que los hombres sois todos unos egoístas y el día que os echan las

bendiciones, un seguro de fidelidad, ya podéis dormir tranquilos. Me gustaría veros con una mujer sin principios, un poco ligera de cascos, ya te digo desde aquí que andaríais con más ojo, lógico, por la cuenta que os tiene, a ver.

II

En teniendo con qué alimentarnos y con qué cubrirnos, estemos con eso contentos. Los que quieren enriquecerse caen en tentaciones, en lazos y en muchas codicias locas y perniciosas que hunden a los hombres en la perdición y en la ruina, porque la raíz de todos los males es la avaricia, y por eso mismo me será muy difícil perdonarte, cariño, por mil años que viva, el que me quitases el capricho de un coche. Comprendo que a poco de casarnos eso era un lujo, pero hoy un Seiscientos lo tiene todo el mundo, Mario, hasta las porteras si me apuras, que a la vista está. Nunca lo entenderás, pero a una mujer, no sé cómo decirte, le humilla que todas sus amigas vayan en coche y ella a patita, que, te digo mi verdad, pero cada vez que Esther o Valentina o el mismo Crescente, el ultramarinero, me hablaban de su excursión del domingo me enfermaba, palabra. Aunque me esté mal el decirlo, tú has tenido la suerte de dar con una mujer de su casa, una mujer que de dos saca cuatro, y te has dejado querer, Mario, que así qué cómodo, que te crees que con un broche de dos reales o un detallito por mi santo ya estás cumplido, y ni hablar, borrico, que me he hartado de decirte que no vivías en el mundo pero tú, que si quieres. Y eso, ¿sabes lo que es, Mario? Egoísmo puro, para que te enteres, que ya sé que un catedrático de instituto no es un millonario, ojalá, pero hay otras cosas, creo yo, que hoy en día nadie se conforma con un empleo. Ya, vas a decirme que tú tenías tus libros y *El Correo*, pero si yo te digo que tus libros y tu periodicucho no nos han dado más que disgustos, a ver si miento, no me vengas ahora, hijo, líos con la censura, líos con la gente y, en sustancia, dos pesetas. Y no es que me pille de sorpresa, Mario, porque lo que yo digo, ¿quién iba a leer esas cosas tristes de gentes muertas de hambre que se revuelcan en el barro como puercos? Vamos a ver, tú piensa con la cabeza, ¿quién iba a leer ese rollo de *El castillo de arena* donde no hablas más que de filosofías? Tú mucho con que si la tesis y el impacto y todas esas historias, pero ¿quieres decirme con qué se come eso? A la gente le importan un comino las tesis y los impactos, créeme, que a ti, querido, te echaron a perder los de la tertulia, el Aróstegui y el Moyano, ese de las barbas, que son unos inadaptados. Y no sería porque papá no te lo advirtiera, bueno es, que leyó tu libro con lupa, Mario, a conciencia, ya lo oyes, y dijo que no, que si escribías para divertirte, bien, pero que si pretendías la gloria o el dinero lo buscases por otro camino, ¿te acuerdas?, bueno, pues tú erre que erre. Y me explico que a otro cualquiera no le hicieras caso, pero lo que es a papá, un hombre bien objetivo que es, no me digas, que colabora en las páginas gráficas de *ABC* yo creo que desde que se fundó, hace muchísimo, y en otra cosa puede

que no, pero en eso de escribir, sabía la tecla que tocaba, ¡vaya si lo sabía! Y yo misma, Mario, ¿no te dije yo misma mil veces que buscases un buen argumento, sin ir más lejos el de Maximino Conde, el que se casó con la viuda aquella y luego se enamoró de la hijastra? Pues esos argumentos son los que interesan a la gente, Mario, desengáñate, que ya sé que era un poco así, un poquitín verde, vamos, pero cabría hacerle reaccionar al protagonista en decente cuando ella, la hija, se le entrega, y de ese modo la novela quedaría inclusive aleccionadora. Bueno, pues tú a tu cuento, por un oído me entra y por otro me sale, a los dos años publicaste aquello de *El patrimonio*, que era irresistible, te lo digo de corazón, que es que no hay por dónde cogerlo, porque ¿tú crees, Mario, que le puede interesar a alguien un libro que pasa en un país que no existe y cuyo protagonista es un sorche al que le duelen los pies? Valentina se tronchaba comentándolo en el té de los jueves; todas, lógico, que sólo Esther te echó una mano, por la costumbre, a ver, por darse pote, que a la legua se veía que tampoco lo había entendido. Y es que esos soldados eran rarísimos, Mario, compréndelo. ¿Cómo pueden los soldados de dos ejércitos enemigos saltar de las trincheras y abrazarse y decirse que no volverían a dejarse empujar por AQUELLA FUERZA? Tú ponías siempre en los libros palabras con mayúsculas o con bastardillas, no sé por qué, que Armando dice que porque hace bien, vete a saber, pero el caso es que no se entendía una jota del libro, porque si los generales ven a sus soldados abrazarse con los otros los hubieran fusilado en el acto y con toda razón, además, fíjate. De entrada, eso ya era raro, querido, pero era todavía más raro que el sorche dijera, de repente, sin venir a cuento: «¿Dónde está ESA FUERZA? ELLA no tiene cabeza, ni forma, ni sabe nadie dónde se esconde» y, sin más explicación, todos los soldados se asustan, vuelven a sus trincheras y empiezan a dispararse tiros otra vez. Sinceramente, cariño, ¿tú crees que esto tiene pies ni cabeza? La sandia de Esther, en su afán de echarte un capote, que eran símbolos, ya ves tú, como si ella supiera con qué se come eso. Más razón tenía Higinio Oyarzun cuando dijo una noche en el Círculo, que bien que le oí, que me dejó helada, que el libro era la obra de un pacifista y de un traidor, que don Nicolás no tardó en venirte con el cuento, que lo sé todo, dichoso don Nicolás, que ni sé cómo le dejan dirigir un periódico, un hombre que estuvo preso, casi un año, cuando la guerra. Por mucho que te rías, Mario, don Nicolás es un hombre de la cáscara amarga, no sé si de Lerroux o de Alcalá Zamora pero significado y, desde luego, muy rojo, de los peores, de los que no acaban de dar la cara. Y buena está la gente bien con él, natural, siempre tirando puntaditas y molestando, que debería estar más corrido que una mona,

ya ves tú, que aunque no se debe odiar, yo le tengo una manía a ese hombre que no le puedo ver, el daño que te ha hecho. Entre él, el Aróstegui, el Moyano y toda la camarilla, te han puesto la cabeza del revés, cariño, que tú al principio no eras así, no me vengas ahora. Y, luego, aquella humareda, ¡Santo Dios! ¿Puede saberse qué es lo que hacíais allí, fumando tanto rato? Arreglar el mundo, fijo, que os quitabais la palabra de la boca, madre qué voces, y total para nada, cuatro tonterías, que si el dinero era astuto, que si el dinero era egoísta, ya ves tú, que lo único que no decíais del dinero era la pura verdad, Mario, que es necesario, y mejor nos hubiera ido si en vez de hablar tanto del dinero os hubierais puesto a ganarlo, como yo digo. Porque tú sabes escribir, querido, te lo digo y te lo repito, lo único los argumentos, que yo no sé qué maña te dabas, que ni escogidos con candil, eso cuando se te entendía, que cuando te ponías a hablar de estructuras y cosas de ésas me quedaba *in albis*, te lo prometo. ¡Con lo que a mí me hubiera gustado que escribieras libros de amor! Ahí tienes un tema que llega, Mario, que el amor es un tema eterno, pues porque sí, porque es muy humano, porque está al alcance de todas las mentalidades. ¡Si me hubieras hecho caso! La historia de Maximino Conde, imagínate, un hombre maduro, casado en segundas con la madre y enamorado de la hija, era un argumento de película, bueno, pues ni ese gusto, que el caso es llevar siempre la contraria. No quiero llorar, Mario, pero si echo la vista atrás y reparo en las pocas veces que me has hecho caso en la vida, no puedo remediarlo. ¿Es que tanto esfuerzo te hubiera costado ganar para un Seiscientos, di, pedazo de holgazán? Porque yo no digo hace años, pero lo que es ahora, si parece que los regalan, Mario, lo que se dice todo el mundo, que el mismo Paco el otro día, ya ves, «¿Sabes conducir?», y yo, «Muy poco, casi nada», a ver qué iba a decirle, «No tenemos coche», y él venga de darse coscorrones. «¡No, no, no!», que no se lo creía, fíjate. Los niños se hubieran vuelto locos con un Seiscientos, Mario, y en lo tocante a mí, imagina, de cambiarme la vida. Pero no, un coche es un lujo, figúrate a estas alturas, cualquiera que te oiga, lo mismo que la cubertería. Veintitrés años, Mario, tras los cubiertos de plata, que se dice pronto, veintitrés años esperando corresponder con los amigos, que cada vez que les invitaba, a ver, una cena fría, todo a base de canapés, tú dirás, una no puede hacer milagros. ¡Qué vergüenza, santo Dios! A mí que siempre me horrorizó hacer el gorrón, que yo recuerdo mamá, que en paz descanse, todo lo contrario, «Antes pecar por largueza», claro que en casa era distinto, otro plan, sobre todo antes de lo de Julia con Galli Constantino. Pero a ti siempre te trajo sin cuidado que mi familia fuese así o asá, Mario, seamos francos, que yo estaba enseñada a otra

clase de vida, que a veces pienso en la cara que pondría la pobre mamá si levantara la cabeza y mejor muerta, como te lo digo. Habría que oírla: ¡Una criada con cinco criaturas! «La vida evoluciona, son otros tiempos», ya, me río yo, son otros tiempos para nosotras, desgraciadas, por aquello de los buenos principios, que vosotros, mientras, a hablar y fumar, ya se sabe, o a escribir un rollo de esos que no hay quien los digiera, como si escribir fuese trabajar, Mario, porque no me digas a mí… Bien mirado, la tonta fui yo, que de novios ya pude ver de qué pie cojeabas. «Un duro a la semana; mientras no lo gane no tendré más», ya ves, qué bonito, que tu padre, no es que yo lo diga, cariño, que toda la ciudad andaba en lenguas, tenía fama de roñoso, y Dios me libre de pensar que lo fueras tú, pero si tú, por tu formación o por lo que sea, no sentías necesidades, eso no quiere decir que no las sintiésemos los demás, que yo, hablando en plata, estaba acostumbrada a otra cosa, que no es que yo lo diga, que cualquiera que me conozca un poco te lo puede decir. Créeme, Mario, todavía me duelen las plantas de los pies de patear calles, y si llovía, a los soportales, y si helaba, al calorcillo de los respiraderos de los cafés. Sinceramente, ¿tú crees que ése era plan para una chica de clase media más bien alta? No nos engañemos, Mario, las cosas salen de dentro y tú, desde que te conocí, tuviste gustos proletarios, porque no me digas que al demonio se le ocurre ir al Instituto en bicicleta. Dime la verdad, ¿te correspondía eso a ti? Desengáñate, Mario, cariño, la bici no es para los de tu clase, que cada vez que te veía se me abrían las carnes, créeme, y no te digo nada cuando pusiste la sillita en la barra para el niño, te hubiese matado, que me hiciste llorar y todo. ¡Qué sofocón, cielo santo! Valen llegó un día con mucho retintín: «He visto a Mario con el niño», que yo no sabía dónde meterme, te lo prometo, «Ahora le ha dado por ahí, ya ves, manías», a ver qué otra cosa podía decirle. No quiero pensar que hicieras esto por humillarme, Mario, pero me duele que nunca lo consultases conmigo, se te antojaba y, zas, lo mismo que lo del método, que uno no se puede poner el mundo por montera, cada cual ha de vivir en sociedad como le corresponde. La categoría obliga, tonto de capirote, y un catedrático, no te digo que sea un ingeniero, pero es alguien, creo yo, que el mismo Antonio, cuando le hicieron director, aunque con mucha vaselina ya te lo vino a decir, que a buen entendedor, que la bici sobraba, pero tú erre que erre, que para ti no hay Antonio ni Antonias, como yo digo. Y aún te diré más, a mí no hay quien me quite de la cabeza que cuando Antonio te formó expediente, aparte otras razones, que yo no me meto, es porque te tomó un poco de manía, ya ves. Es lo mismo que con Bertrán, ¿tú crees que está ni medio bien que un catedrático se deje ver en público con un bedel? Pues

naturalmente que no, botarate, que no parece sino que una fuese una rara, lo mismo que lo de poneros de palique, pues no señor, a lo sumo «buenos días» o «buenas tardes», no por nada, sencillamente porque son dos mundos, dos idiomas distintos. Bueno, pues tú venga de tirarle de la lengua, conque si ganaba mucho o poco, calentándole la cabeza, nada más que eso, que si en vez de preocuparte tanto por saber lo que ganaban los demás te hubieras preocupado un poco más de ganarlo tú, otro gallo nos cantara, que, en resumidas cuentas, si Bertrán ganaba poco, ¿cómo vas a comparar? Él, en su clase, puede ir en zapatillas, de cualquier manera, mientras que tú tienes que guardar las apariencias, a ver, a tono con tu categoría, por más que con eso de la ropa también me hayas hecho desesperar más que otro poco.

III

Prendiste mi corazón, hermana, esposa, prendiste mi corazón en una de tus miradas, en una de las perlas de tu collar, y sí, todo eso estará muy bien, Mario, que no lo discuto, pero dime una cosa, anda, por favor, por qué no me leíste nunca tus versos ni me dijiste tan siquiera que los hacías. De no ser por Elviro, yo en la inopia, fíjate, pero es que ni idea, y luego resulta que hacías versos y Elviro me dijo que una vez dedicaste uno a mis ojos, ¡qué ilusión! Me lo dijo Elviro, ya ves, un día, sin venir a cuento, me dijo: «¿Te lee Mario sus versos?», y yo en la luna, «¿Qué versos?», y él, entonces, me dijo, me lo dijo, te lo juro, «Conociéndote no me choca que haya dedicado uno a tus ojos», que yo me puse colorada y todo, pero por la noche, cuando te los pedí, tú que nones, «Debilidades, son blandos y sentimentales», que no sé a qué ton tenéis ahora tanta ojeriza a los sentimientos, hijo, que me sentó como un tiro tu desconfianza, para que lo sepas, y por más que insistí, que esos versos no eran para los demás, mira tú que salida, como si se pudiera escribir para nadie. Tienes muchas cabezonadas de esas, cariño, que es lo que yo digo, si las palabras no se las dices a alguien no son nada, botarate, como ruidos, a ver, o como garabatos, tú dirás. ¡Benditas palabras, la guerra que te han dado a ti las palabras, que no es decir de hoy, desde que te conozco! No lo creerás, Mario, que bien calladito me lo tenía, pero si yo entraba a veces donde la tertulia, que menuda humareda, hijo, era por oír lo que decíais, que a mí no me la dais, que podéis decir misa, pero a mí no hay quien me saque de la cabeza que hablabais de mujeres y cada vez que yo aparecía cambiabais de conversación, que los hombres sois así, todos iguales. Y no sé si sería casualidad o la contraseña, adivina, pero tú, cada vez que asomaba la nariz, ya se sabe, del dinero, que si era astuto o si era egoísta, y si no era del dinero, de las palabras, fijo, y mal, por supuesto, cosas raras, que si a los hombres Dios no les hizo malos pero las palabras los confundían, que yo no saltaba de milagro, que ahí tienes al hijo de la señora Felipa, sordomudo de nacimiento, y todavía «que ¿qué?», pues ya ves, con un hacha a su hermano, ¿te parece poco?, y tú «Deja en paz esas cosas», que siempre me ha dolido tu pobre concepto de mí, Mario, como si yo fuera una ignorante o cosa parecida. Pero todo te lo perdono menos que no me leyeras tus versos, que aquí, para *inter nos*, te diré que a veces pienso que los escribías para Encarna y pierdo la cabeza, lo reconozco, porque una palabra que no se dice a nadie es como salir a la calle dando voces al buen tuntún, a ver, a lo loco, y tú entonces estabas bien, que lo otro fue mucho más tarde, y no es que yo diga que lo otro fuese nada importante, que va, ni muchísimo menos, una pataleta de niño

consentido, porque tú me dirás, si no te dolía nada, ni tenías fiebre, ¿qué clase de enfermedad era ésa? Te digo mi verdad, si de algo me arrepiento es de haber estado veintitrés años pendiente de ti, como una mártir, que si yo hubiese sido más dura, otro gallo me cantara. Ya lo decía Transi, «¿Qué es lo que ves en ese sietemesino?», ¿y sabes lo que veía, Mario, quieres saberlo?, pues un chico muy flaco, como hambriento de cariño, ya ves tú, con los ojos tristes y los tacones roídos, que destrozas el calzado, hijo, que contigo no hay zapato que resista, y luego, a cada vuelta, unas miradas que partías el corazón, ¿eh?, y todavía más pena cuando el bárbaro de Armando se ponía los dedos en las sienes y mugía si íbamos con Paco Álvarez o con cualquier otro. Y Transi, «No me digas, hija, si parece un espantapájaros», que tú venga de mirar como un pobrecillo, que tienes unos ojos que engañan, Mario, te lo prometo, y yo con diecisiete años, tú me dirás, dos menos que Menchu, lo que se dice una niña, que a esa edad, ya se sabe, lo que más puede enorgullecer a una mujer es sentirse imprescindible, que recuerdo que yo me decía: «Ese chico me necesita, podría matarse, si no», una tontería, desde luego, romanticismos. Luego sí, lo reconozco, me colé de medio a medio, como una tonta, que para sabido, que tú con tu cátedra y tus amigos tenías bastante, porque ¿para qué me necesitabas a mí, vamos a ver? Para lo que hacíamos cada semana, no, desde luego, para eso cualquiera, inclusive mejor otra que yo; que yo, de sobras, los días malos, impasible, y los buenos, para *inter nos*, eras como un monstruo, que hay que ver cómo os ponéis, hala, a lo bruto, las cosas que decís, eso si no estabas pensando en otra, una obsesión, Mario, no lo puedo remediar. Porque en la tertulia hablabais de otras, Mario, no me lo niegues, que bien que le oí al Aróstegui ese, y parece un muchacho educado, ya ves, que «la libertad era como una puta en manos del dinero», mira qué palabritas, y ni disculparse cuando me vio, por supuesto, claro que qué se le va a pedir, hechuras de don Nicolás, eso, que se creen que por ser jóvenes ya tienen derecho a todo, avasallando, y tú que «un joven rebelde», rebelde ¿de qué?, porque a ver de qué se van a quejar, tú dirás, se les ha dado todo hecho, viven en orden y en paz, cada día más regalados, que todo el mundo lo dice, y tú chitón, o en clave, para no perder la costumbre, «quieren voz» o «quieren responsabilidades» o «probarse; saber si saben convivir», frases, porque ¿puedes decirme, cariño, que es lo que quieres decir con eso? Querer no sé lo que querrán, lo que sí te puedo decir es que deberían tener más respeto y un poquito más de consideración, que hasta el mismo Mario, tú lo estás viendo, y de sobras sé que es muy joven, pero una vez que se tuerza, ¿puedes decirme quién lo endereza? Los malos ejemplos, cariño, que no me canso de

repetírtelo, y no es que vaya a decir ahora que Mario sea un caso perdido, ni mucho menos, que a su manera es cariñoso, pero no me digas cómo se pone cada vez que habla, si se le salen los ojos de las órbitas, con las «patrioterías» y los «fariseísmos», que el día que le oí defender el Estado laico casi me desmayo, Mario, palabra, que hasta ahí podíamos llegar. Desde luego, la Universidad no les prueba a estos chicos, desengáñate, les meten muchas ideas raras allí, por mucho que digáis, que mamá, que en paz descanse, ponía el dedo en la llaga, «La instrucción, en el colegio; la educación, en casa», que a mamá, no es porque yo lo diga, no se le iba una. Pero tú les das demasiadas alas a los niños, Mario, y con los niños hay que ser inflexibles, que aunque de momento les duela, a la larga lo agradecen. Mira Mario, veintidós años y todo el día de Dios leyendo o pensando, y leer y pensar es malo, cariño, convéncete, y sus amigos ídem de lienzo, que me dan miedo, la verdad. No nos engañemos, Mario, pero la mayor parte de los chicos son hoy medio rojos, que yo no sé lo que les pasa, tienen la cabeza loca, llena de ideas estrambóticas sobre la libertad y el diálogo y esas cosas de que hablan ellos. ¡Dios mío, hace unos años, acuérdate! Ahora no le hables a un muchacho de la guerra, Mario, y ya sé que la guerra es horrible, cariño, pero al fin y al cabo es oficio de valientes, que de los españoles dirán que hemos sido guerreros, pero no nos ha ido tan mal me parece a mí, que no hay país en el mundo que nos llegue a los talones, ya le oyes a papá, «Máquinas, no; pero valores espirituales y decencia, para exportar». Y tocante a valores religiosos, tres cuartos de lo mismo, Mario, que somos los más católicos del mundo y los más buenos, que hasta el Papa lo dijo, mira en otros lados, divorcios y adulterios, que no conocen la vergüenza ni por el forro. Aquí, gracias a Dios, de eso, fuera de cuatro pelanduscas, nada, tú lo sabes, mírame a mí, es que ni se me pasa por la imaginación, ¿eh?, no hace falta que te lo diga, porque ocasiones, ya ves Eliseo San Juan, qué persecución la de este hombre, «Qué buena estás, qué buena estás, cada día estás más buena», es una cosa mala, pero él lo dice por decir, a ver, de sobras sabe que pierde el tiempo, a buena parte va, ¡menuda! Y Eliseo no está nada mal, mira Valen, «Como animal no tiene desperdicio», que es un tipazo, ya ves qué cosas, pero yo ni caso, como si no fuese conmigo, ni por Eliseo ni por San Eliseo, te lo juro. Los principios son los principios y Valen, por mucho que diga, más honesta que nadie, hablar por hablar, ya ves la otra noche tú, en su fiesta, no la dejaste ni a sol ni a sombra, que a saber dónde os fuisteis cuando salisteis del salón. No deberías beber así, cariño, que bebiste de más, y no sería porque no te lo advirtiese, «Déjalo ya, déjalo ya», pero estabas imposible, y Valentina «ji, ji, ji», «ja, ja,

ja», que es un cielo, Valen, cómo se adapta, y que te dejase, que estabas muy divertido, ¡ya!, pero cuando empezaste a disparar corchos de champán, desde el balcón, contra las farolas, te hubiese matado, fíjate, que no son formas, que yo cualquier cosa antes que perder los modales, es cuestión de educación, en casa me lo grabaron a fuego y ya ves. Pero el propio Antonio andaba desazonado, se lo dijo a Vicente, que ni se dio cuenta de que estaba yo, «Me parece que Mario se está propasando», ya lo oyes, y ya sé que Antonio no es santo de tu devoción, por lo del expediente, a ver, no digas que no, eso está claro, pero di tú qué podía hacer él, que es un chico bien bueno, digas lo que digas, de derechas de toda la vida, mamá siempre lo decía, que mamá, no es porque yo lo diga, tenía unos puntos de vista muy originales y muy modernos, no sé cómo explicarte, por ejemplo, yo le decía «Ese chico me necesita», por ti, lógico, y ella, «Nena, no confundas el amor con la compasión», figúrate la pobre, después de lo de Julia con Galli, cualquier cosa, que, bien pensado, lo de Julia fue una campanada de las gordas, sólo de recordarlo me muero de vergüenza, ya ves. Claro que tú, enseguida, con tu comprensión, que no sé por qué tanta con unos y tan poca con otros, mira Antonio y Oyarzun, y todavía Antonio, pase, pero con Higinio, tú dirás, un muchacho que en la guerra se portó estupendamente, abierto y simpático, como no hay dos, bueno, pues «un tiralevitas y un correveidile», que en eso os entretendréis en la tertulia, que no tendréis mejor cosa que hacer, como yo digo, que a los hombres lo que os molesta es que llegue uno de fuera y os coma la partida, que en definitiva es eso, un hombre que llega con lo puesto y a los cuatro días un Doscaballos, seamos sinceros, que eso es lo que no le perdonáis, porque te pones a ver y Oyarzun trabaja como un burro, que si no tiene cinco cargos tiene seis y por lo menos tres de responsabilidad. ¿Qué importancia tiene que llegara aquí sin dos reales? Higinio, vale, y si, de entrada, le cayó en gracia a Fito, miel sobre hojuelas, que en la mano lo tuviste tú, tonto del higo, no lo olvides, y por testarudez lo echaste todo a rodar, que él bien que te tendió un cable y tú, haciéndote el loco, como si nada, ni más ni menos, que, por si fuera poco, luego te enconaste con él y acabaste de arreglarlo, que si tú, entonces, te pones a buenas y le llevas con un poquito de mano izquierda, nada más que eso, sabe Dios dónde hubieras podido llegar. Pero ¿por qué ponerte gallito? ¿No era un favor, en definitiva, lo que Fito quería hacerte? Pues tú, no señor, «Conmigo no se juega», «Yo no apuesto donde no puedo ganar», frases, que como testarudo no tienes precio, hijo, que nunca te diste arte para ganar amigos, reconócelo, y luego que estás solo, a ver qué quieres, los cuatro indocumentados de la tertulia y para de contar. Y los amigos, ya lo decía la

pobre mamá, que en paz descanse, pueden valer más que una carrera, y tiene más razón que un santo, Mario, a las pruebas me remito, tú me dirás.

IV

Si hubiera en medio de ti un necesitado de entre tus hermanos, en tus ciudades, en la tierra que Yavé, tu Dios, te da, no endurecerás tu corazón, ni cerrarás tu mano a tu hermano pobre, sino que le abrirás tu mano y le prestarás con qué poder satisfacer sus necesidades. Transi fue la que me lo dijo, Mario, figúrate, antes de hacernos novios, que ya ha llovido, que tu padre prestaba dinero a interés, claro que yo en esto ni entro ni salgo, que también lo prestan los bancos y es una cosa legal. Y a mí no me pareció mala persona tu padre cuando le conocí, te lo juro, que, sinceramente, iba dispuesta a lo peor y luego un infeliz, un poco chiflado, quizá, a lo mejor por lo de Elviro y José María, vete a saber, ¿recuerdas?, «Fui yo quien no le dejó ir a la oficina. Salir el lunes a la calle era una temeridad», y así todo el tiempo, que tu madre, muy entera, «¡A callar! ¿No me oyes, Elviro?, ¡a callar!», pero él, dale que te pego, pesadísimo, como una cotorra, igual. A poco llegaste tú y, pisándote los talones, Gaudencio Moral, hecho una pena, todo rasgado y así, que acababa de pasarse de los rojos por el monte, ¿recuerdas?, y fue quien nos dijo lo de Elviro, vaya una tardecita, madre mía, duelo sobre duelo, que yo pensaba «¿Qué hará Mario al verme?», en medio de todo me hacía ilusiones, pánfila de mí, total para nada, entraste y ni mirarme, sólo a tu madre, «Dios lo ha querido así; es como una catástrofe y nos ha tocado la china, tienes que sobreponerte», vaya una manera de consolarla, y yo, a todo esto, encogida en un rincón, como una pasmada, a ver. Después de mucho te volviste, que yo pensé «Ahora», pero ya, ya, «Hola» y ya está, siempre lo mismo, que a seco y despegado no te gana nadie, cariño. Y no es que yo pretendiera que me besases, que eso no te lo hubiera consentido ni a ti ni a nadie, estaría bueno, pero un poquirritín más efusivo, sí, que inclusive pensaba, por qué te voy a decir lo contrario, «Me cogerá las dos manos y me las apretará. Al fin y al cabo es una desgracia tremenda», pero, sí, sí, «Hola» y gracias. Es lo mismo que cuando acabó la guerra, al principio mucho mirarme en el cine, que yo extrañada, «¿Tendré monos en la cara?», pero un buen día te pusiste gafas, que a buena hora si te veo antes, y ni eso. Y en el parque, por las mañanas, ídem de lienzo, no me digas, dale con el «amor mío» y el «cariño» como un disco rayado, cursiladas, que no se te podía ocurrir nada más original, hijo de mi vida, muchas poesías, pero para la novia la copla de siempre, que yo a veces me decía, te lo prometo, «No le gusto; no le gusto ni pizca», toda preocupada, lógico. ¡Buena diferencia con los Viejos!, si te contara. Gabriel y Evaristo no es que fueran muy viejos, pero en comparación, y desde luego eran unos frescos, que la tarde que nos llevaron al estudio, a la buhardilla

aquella, no podía parar, el corazón paf, paf, paf y Transi tan tranquila, no te creas, quién la iba a decir a ella, se bebió dos copas de pipermint, como si nada, y cuando nos enseñaban los cuadros con las mujeres desnudas, venga de comentar, «Éste está muy bien resuelto» o «Éste es una maravilla de luz», la muy carota, que yo, como te lo digo, ni despegar los labios, que me parecía todo una sinvergonzada. Y cuando pusieron de pie todos los cuadros con las mujeres desnudas, la que más con un collar o un clavel en el pelo, imagina, yo no sabía dónde mirar, y, de repente, Gabriel me plantó una manaza toda peluda en la pierna y «¿Tú qué dices, nena?», que yo rígida, palabra, me quedé sin respiración, lo que se dice ni pío, ni mover un dedo siquiera, que Gabriel «¿Otra copita?», ya ves, que, mientras, Evaristo le pasó el brazo por los hombros a Transi y que le gustaría hacerle un retrato, y Transi, como si tal cosa, «¿Como el de la chica del clavel en el pelo?», y Evaristo para qué quería más, «Ése», dijo, que Transi se moría de risa, «Pero un poco más vestida, ¿no?», y Evaristo venga de reír también, «¿Y eso por qué, nena? Esto es arte, ¿no te das cuenta?». Pero Gabriel no retiraba la mano ni por cuanto hay, que a mí me daba rabia sentir que me iba poniendo colorada, date cuenta, y cuando dijo, mirándome la poitrine con todo descaro, «A ésta, uno de busto», menudo sinvergüenza, creí que iba a estallar, que ya se lo dije a Transi en la escalera: «Ni loca vuelvo a salir con los Viejos, te lo juro; son un par de aprovechados». Pero Transi entusiasmada, pásmate, como borracha, «Evaristo tiene talento y es muy simpático», la muy pava, que a Evaristo la que le gustaba era yo, se notaba a la legua, que cada vez que nos paraban en la calle y nos decían «Ahora, ahora sois los verdaderos guayabitos; el verano pasado erais unas crías», me miraba a mí y no a Transi, pero con un desahogo que no veas cosa igual. Ahora, que ella crea lo que quiera, a mí plin, que al fin y al cabo eran dos viejos, figúrate que su quinta no la llamaron hasta final de la guerra en febrero del 39, me parece, y entonces se enchufaron en oficinas militares, que ni fueron al frente ni nada, que eso, para mí, definitivo, ni les volví a mirar a la cara, palabra, que luego cuando tú y yo nos hicimos novios, Transi todo el día con ellos, que yo creo que ya andaba colada, fíjate, y una tarde se presentó en casa como loca, «Evaristo me está pintando un retrato», y yo horrorizada, «¿Desnuda?», y ella «No, mujer, ligerita, aunque a él le gustaría más del todo porque dice que tengo una figura muy bonita». Transi siempre fue un poco así, no te digo fresca, pero no sé, como impulsiva, que yo recuerdo sus besos cada vez que estaba algo pachucha, en la boca, ya ves, y como apretados, como de hombre, raros desde luego, «Menchu, tienes fiebre», decía, pero de cariño, ¿eh?, que los hombres sois muy mal pensados.

Sin que salga de entre nosotros, te diré que a mí me hubiera gustado que me besaras más a menudo, calamidad, de casados, claro, se sobreentiende, pero ya desde novios fuiste frío conmigo, cariño, y eso que cada vez que te veía en pleno verano con el periódico, antes de decirte que «sí», en el banco de enfrente de casa, como si nada, te imaginaba mucho más fogoso, palabra. Pero un buen día te dije que «sí» y se acabó, mano de santo, como yo digo. Es cierto que todavía quedaba lo del cine, cuando me mirabas todo el tiempo, que yo pensaba: «¿Tendré monos en la cara?», pero de repente te pusiste gafas, que menuda desilusión, y si te he visto, no me acuerdo. Yo creo que en eso te parecías a Elviro, de siempre lo he dicho, que a Elviro, por mucho que quiera, me es imposible imaginármelo haciendo el tonto con Encarna, con aquel aire tan superferolítico, tan flaco, que parecía como que un golpe de viento le fuera a tronchar, y luego, tan encorvado, tan miope… Físicamente, tu hermano Elviro valía bien poquito, la verdad, infinitamente menos que José María, dónde va, que, como hombre, José María no estaba nada mal, el mejor de los tres, con mucho, y si contamos a las chicas, de los cuatro, porque no me digas, que Charo, la pobre, es un ser bien desapercibido, salta a la vista, para qué engañarnos, y mucho es por dejadez, como lo oyes, que a Charo la pones derecha, con un sujetador como Dios manda y le quitas unos filetes de las pantorrillas, que hoy día la cirugía estética hace milagros, mira Bene, y otra. Más difícil es lo de la voz, ya lo sé, tan delgadita, como un hilo, y pronunciando tanto, que parece como que hablara siempre con sordomudos, y mucho peor hoy, imagina, que se lleva ronca, como de hombre… Tu hermana no tiene mucho atractivo, Mario, las cosas claras, y además es roñosa, como tu padre, que otros defectos, pasen, pero el roñoso me abre las carnes, te lo prometo, es que no puedo. Desde luego, José María era el mejor, buena diferencia, me río sólo de acordarme cómo huía de él cada vez que me lo tropezaba en la calle, que le conocía de Correos, ya ves, cosas de chicas, tú dirás, de ir a verle empaquetar, que Transi decía: «Está bárbaro; tiene una manera de mirar que marea». Y llevaba razón, Mario, no lo querrás creer, que yo no sé si eran sus movimientos, o sus ojos, o su manera de fruncir los labios, como una raya, pero tu hermano, sin ser lo que se dice guapo, era resultón, no sé cómo explicarte, que a veces pienso que no es posible que Elviro, José María y tú fueseis hijos del mismo padre y de la misma madre, menuda malicia se gastaba el pollo, era un algo especial, que ni Elviro ni tú habéis tenido nunca, qué sé yo, como si las pestañas suavizaran la mirada, como si acariciase sin tocar, yo me entiendo. Desde luego, tenía unos ojos bonitos José María, y no es que fueran muy claros, entiéndeme, pero el borde

como amarillento de las pupilas le daba una expresión felina, que Transi decía, lo recuerdo como si fuera hoy, veinticinco años, fíjate, «Traspasa como si fueran rayos X», y era verdad, que yo, mirarme y ponerme encarnada era todo uno, ¡qué poder!, hasta el día que se plantó y me dijo de sopetón: «¿No eres tú, pequeña, la chica que le gusta a mi hermano Mario?», que yo, no quieras saber, ni contestar, salí despepitada y no paré de correr hasta la plaza, que Transi, sin dejarlo, «¿Estás tonta?», pero yo ni sabía lo que hacía, como atontada, otro estilín que Gabriel y Evaristo, desde luego, pero mirarme José María y perder la cabeza era todo uno. Desde entonces, cada vez que me le encontraba en la calle, pescaba a correr y me metía en un portal, que él ni se daba cuenta, que si no, menuda, hubiera sido peor, y Transi, la muy tonta, me viene una noche, «¿Sabes lo que pienso? Que a ti el que te gusta es José María y no Mario», ya ves qué majadería. Una es muy complicada, desde luego, y como hombre, puede, una atracción, pero lo tuyo era otra cosa, no sé cómo explicarte, físicamente eras del montón, ya lo sabes, pero tenías algo, qué sé yo, tampoco para ponerse como Transi, una pesada, «Échale, anda, ¿no le ves?, parece un espantapájaros», ni tanto ni tan calvo, que lo que ella quería era que se acercasen Gabriel y Evaristo, o el mismo Paco, que era un guasón, que estaba siempre de broma y era una juerga con él porque trabucaba las palabras, que me gustaría que le vieses ahora, otro hombre. A mí, Paco, para pasar el rato, pero nada más, que él sería divertido, no lo niego, pero su familia era un poco así, de medio pelo, ya me entiendes, y de que le escarbabas un poco enseguida asomaba el bruto. Y yo, otra cosa no, pero cada cual con los de su clase, buena era mamá, desde chiquitina, fíjate, al tiempo que a rezar, «Casarse con un primo hermano o con un hombre de clase inferior es hacer oposiciones a la desgracia», date cuenta, y yo no estaba por la labor, que no es que vaya a decir que tú fueses un marqués, clase media, eso, más bien baja si quieres, pero gente educada, de carrera, que te confieso que con mamá anduve frita, menos mal que todavía estaba asustada con lo de Julia y Galli Constantino, y no me extraña, que lo de Julia fue una campanada de las gordas, menudo escándalo, pero mamá provenía de una familia muy acomodada de Santander, y hecha a lo mejor. Mamá era una verdadera señora, Mario, tú la conociste y, antes, ¡para qué te voy a decir!, que me gustaría que la hubieras visto recibir antes de la guerra, qué fiestas, qué trajes, un empaque que no veas cosa igual, no hay más que ver cómo murió, yo se lo decía a papá, «Ha muerto como se duermen las actrices en el cine», pero igualito, ¿eh?, ni un mal gesto, ni un ronquido, fíjate, que eso del estertor parece de cajón, pues ni eso, como te lo digo, que yo temblaba cuando fue a

conocer a tus padres y nada, «Parecen buena gente», que yo respiré y aproveché para decirle lo de tu padre, Mario, lo de prestamista y eso, que no te debe molestar, creo yo, porque entre madre e hija ya se sabe, y yo con mamá más todavía, y ella arrugó un poco la nariz, un gesto muy suyo, Mario, que la hacía muy graciosa, «¿Prestamista?», pero enseguida, al minuto, se rehízo, «Con ese chico, ya todo un catedrático, puedes ser feliz, hija», como lo oyes, Mario, que yo me puse como loca, natural. Tú mirabas a mamá con prevención, Mario, a ver si no, pero eres un desagradecido porque ella siempre estuvo de tu parte, y el mismo papá si me apuras, que a papá sólo le preocupaban las ideas políticas de tu familia, y me lo explico muy bien, menudo nido, hijo, para sabido. Ya estaba bien con lo de prestamista, creo yo, y con lo de José María, que mi bochorno pasé, las cosas como son, que cuando se presentó Gaudencio con la noticia de Elviro casi me alegré, fíjate, bueno, alegrarme, no, por supuesto, qué tontería, pero me compensó, te lo aseguro, porque estaba harta, en la calle, «A tu cuñado lo han paseado por rojo», con segundas, a ver, pero yo tan terne, «Y al mayor le han matado en Madrid, en la Cuesta de las Perdices, con dos días de diferencia, figúrate qué espanto». Y todas se quedaban heladas, Mario, te lo prometo, que yo casi disfrutaba, te doy mi palabra de honor.

V

Venid y ver las obras de Yavé, los prodigios que ha ejecutado él sobre la Tierra. Él es quien hace cesar la guerra hasta los confines de la Tierra. Él rompe el arco, tronza la lanza y hace arder los escudos en el fuego, aunque yo, por mucho que digáis, lo pasé bien bien en la guerra, oye, no sé si seré demasiado ligera o qué, pero pasé unos años estupendos, los mejores de mi vida, no me digas, todo el mundo como de vacaciones, la calle llena de chicos, y aquel barullo. Ni los bombardeos me importaban, ya ves, ni me daban miedo ni nada, que las había que chillaban como locas cada vez que sonaban las sirenas. Yo no, palabra, todo me divertía, aunque contigo ni entonces ni después se podía hablar, que cada vez que empezaba con esto, tú, «Calla, por favor», punto en boca, que te pones a ver, Mario, querido, y conversaciones serias, lo que se dice conversaciones serias, bien pocas hemos tenido. La ropa te traía sin cuidado, el coche no digamos, las fiestas otro tanto, la guerra, que fue una Cruzada, que todo el mundo lo dice, te parecía una tragedia, total que como no hablásemos del dinero astuto o de las estructuras y esas historias, tú a callar. Y con los niños, tres cuartos de lo mismo, que había que verte, si yo te contaba una ocurrencia de Borja o de Aránzazu, al principio, bien, pero al minuto salías con que te preocupaba ese chico o que qué iba a ser de esa chica, siempre la misma copla, que me aburrías, cariño, con tus tribulaciones. Don Presagios, como dice Valen con mucha razón. ¡Si hubieras oído a Borja ayer! «Yo quiero que se muera papá todos los días para no ir al colegio». ¿Qué te parece? Pero así, como te lo estoy diciendo, delante de todo el mundo, que me dejó parada, la verdad. Le pegué una paliza de muerte, créeme, porque si hay algo que me pueda es un niño sin sentimientos, que son seis añitos, ya lo sé, no lo discuto, pero si a los seis años no los corriges, ¿quieres decirme dónde pueden llegar? Bueno, pues tú con tus blanduras, déjale, la vida ya le enseñará lo que es sufrir, estamos buenos, consintiéndoles todo, riéndoles las gracias, que así pasa luego lo que pasa. Porque no me vengas ahora con Álvaro, que lo de Álvaro y lo de la misma Menchu no son más que niñerías, a ver qué de particular tiene que un niño te pregunte si es verdad que tú y yo y Mario y Menchu y Borja y Aran y la tía Encarna y la tía Charo y la Doro y todos nos vamos a morir, que tú, había que verte, un mundo, cosa más natural en una criatura, «Bueno, dentro de muchísimos, muchísimos años», a ver a qué ton, que al fin y al cabo un buen cristiano, por más que ahora esté todo revuelto con eso del Concilio, debe meditar en la muerte a toda hora y vivir pensando que ha de morir, pues estaríamos arreglados. No me vengas con filigranas y métetelo en la cabeza,

Mario, únicamente el miedo a la perdición eterna es lo que nos frena, que así ha sido siempre y así será, cariño, que ahora parece como que os disgustase que se predique sobre el infierno, que no tendréis la conciencia muy tranquila, creo yo, dichoso Concilio que todo lo está poniendo patas arriba, ya ves, la Iglesia de los pobres, que buenos están los pobres, como yo digo, y los que no somos pobres, ¿qué? Bueno, pues tú, dale con que era anormal que un niño tan chico pensase esas cosas, ya ves, como lo de llamar sotas a los soldados o marcharse al campo solo a hacer una hoguera, ¿qué de particular tiene? «Hay que llevarle al médico», qué ocurrencia, imagínate si a cada niño que le dé la idea de hacer una hoguera hubiese que llevarle al médico, lo mismo que lo de Menchu con los estudios, a la niña no la tiran los libros y yo la alabo el gusto, porque en definitiva, ¿para qué va a estudiar una mujer, Mario, si puede saberse? ¿Qué saca en limpio con ello, dime? Hacerse un marimacho, ni más ni menos, que una chica universitaria es una chica sin femineidad, no le des más vueltas, que para mí una chica que estudia es una chica sin *sexy*, no es lo suyo, vaya, convéncete. ¿Estudié yo, además? Pues mira, tú no me hiciste ascos, que a la hora de la verdad, con todo vuestro golpe de intelectuales, lo que buscáis es una mujer de su casa, eso, y no me digas que no, que menudos ojos de carnero degollado me ponías, hijo, que dabas lástima, y, en el fondo, si me conoces en la Universidad hubieras hecho fu, como el gato, a ver, que a los hombres se os ve venir de lejos, y si hay algo que lastime vuestro amor propio es tropezar con una chica que os dé ciento y raya en eso de los libros. Mira Paquito Álvarez sin ir más lejos, cada vez que empleaba mal una palabra y yo le corregía se ponía loco, aunque aparentase echarlo a broma, ya, ya, bromas, claro que Paco procedía de un medio artesano y encajaba mal los golpes, eso también es verdad. ¿Sabes lo que decía mamá a este respecto? Decía, verás, decía, «A una muchacha bien, le sobra con saber pisar, saber mirar y saber sonreír, y estas cosas no las enseña el mejor catedrático». ¿Qué te parece? A Julia y a mí nos hacía andar todas las mañanas diez minutos por el pasillo con un librote en la cabeza y decía con mucha guasa: «¿Veis cómo los libros también pueden servir para algo?». Pues, lo que oyes, saber pisar, saber mirar y saber sonreír: no cabe, me parece a mí, resumir el ideal de femineidad en menos palabras, por más que tú a mamá nunca la tomaste en serio, que es una de las cosas que más me duelen, porque mamá, aparte inteligente, que era excepcional, papá mismo lo dice, que no es cosa mía, tenía unos modales y un señorío que no se improvisan. A mí me maravillaba, te lo confieso, su facilidad para hacerse cargo de una situación y su tino para catalogar a un individuo, y todo pura intuición, que de estudios, nada, ya lo

sabes, es decir, se educó en las Damas Negras, y estuvo un año en Francia, en Dublín creo, no me hagas caso, pero sabía el francés a la perfección, lo leía de corrido, pásmate, igualito que el castellano. Y es lo que yo me pregunto, Mario, ¿por qué Menchu no puede salir a mamá? Pero contigo no hay razones, Mario, cada suspenso una catástrofe, «Y eso que me tiene a mí en el masculino», dale, cuando de sobra sabes que hoy no es como ayer, que se está perdiendo hasta el compañerismo, que hoy el que aprueba tiene que saber más que el profesor, y si Menchu saca la reválida de cuarto la próxima convocatoria, ya está bien, que hay muchas que a los dieciocho años todavía no han empezado el grado, para que te enteres, ahí tienes a Mercedes Villar, y no es tonta. Y cuando acabe, si Dios me da medios, que ésa es otra, la lanzaré, en cuanto se quite el luto, fíjate, que no es cosa de desperdiciar los mejores años, pero nada de trabajar, otra manía, que Dios te haya perdonado, Mario, porque, ¿desde cuándo trabajan las señoritas? Si en tu mano estuviera, la gente bien iríamos de tumbo en tumbo hasta confundirnos con los artesanos, que la niña no tendrá necesidad de eso, cariño, viviremos modestamente, eso sí, pero con una modestia digna, que más vale una modestia digna que un confort alcanzado a cualquier precio. El franchute ese, el Perret, o como se llame, os metió unas ideas estrambóticas en la cabeza, Mario, que tú y el Aróstegui y el Moyano y el propio don Nicolás siempre miráis con la boca abierta todo lo que viene de fuera, que sois unos papanatas, y ya sé que en el extranjero trabajan las chicas, pero aquello es una confusión, ni principios ni nada, que debemos defender lo nuestro hasta con las uñas si fuera preciso. Los extranjerotes esos, con todos sus adelantos, nada tienen que enseñarnos, que si vienen aquí, como dice papá, es a comer caliente y nada más que a eso, que es una vergüenza las playas, y el Perret, si pudiera, ya daría marcha atrás en su país, y resucitaría el señorío, que a la legua se ve que viene de gente bien, pero como no puede, que se fastidien todos, que es el camino más fácil. Recuerda el artículo de papá, que lo tengo recortado, una maravilla, cada vez que lo leo se me pone la carne de gallina, fíjate, y ese final, «Máquinas, quizás no; pero valores espirituales y decencia, para exportar», que es la pura verdad, y tocante a valores religiosos, no digamos, Mario, cariño, lo que pasa es que ahora os ha dado la monomanía de la cultura y andáis revolviendo cielo y tierra para que los pobres estudien, otra equivocación, que a los pobres les sacas de su centro y no te sirven ni para finos ni para bastos, les echáis a perder, convéncete, enseguida quieren ser señores y eso no puede ser, cada uno debe arreglárselas dentro de su clase, como se hizo siempre, que me hacéis gracia con esa campaña de *El Correo*, que yo no sé como no lo cierran

de una vez, la verdad, para que todos los chicos, ricos y pobres, puedan ir a la Universidad, menudo lío, que eso es una sandez, y perdona mi franqueza, algún día me darás la razón, que el don Nicolás ese, que Dios confunda, os está enredando a todos y, a la chita callando, está haciendo su juego, porque, por si lo quieres saber, él es de una extracción humildísima, su madre lavandera o algo peor, imagina, y aunque en el periódico, por la cuenta que le trae, dé una de cal y otra de arena, don Nicolás es un tipo torcido, de la cáscara amarga, te lo digo yo, no te importe que vaya a misa, para disimular, a ver, pero cuando la guerra, por si lo quieres saber, estuvo preso, y si no lo fusilaron fue por misericordia, que él, en lugar de agradecerlo, que es lo que debía hacer, anda a lo suyo, malmetiendo a unos y a otros con su periodicucho, y por si fuera poco Oyarzun dice ahora que es librepensador, lo que le faltaba, ya ves tú, que todas estas cosas las traman los librepensadores, Mario, desengáñate. Desde luego, cuando le destituyeron fue por librepensador, eso seguro, aunque luego el Moyano, en vez de afeitarse esas barbas asquerosas, saliera con una de sus gracias, que a mí no me hacen ninguna, de que cómo iba a ser librepensador un hombre que mea agua bendita, ya ves qué ordinariez. Precisamente los librepensadores se distinguen por eso, porque no lo parecen, se van metiendo sin darte cuenta y te dan el pego, que si fueran por ahí chillando a voz en cuello «Yo soy librepensador» les cerrarían todas las puertas, lógico, como los comunistas, a lo suyo, ellos se meten, se meten y cuando te quieres dar cuenta te han comido la partida. Por eso y nada más que por eso, me dolía, cariño, que escribieses en *El Correo* en ese tono, porque a lo bobo, a lo bobo, estabas haciendo el caldo gordo a las fuerzas del mal, que todavía si te pagasen, pero, ya ves, veinte duros por artículo, una miseria, que no compensa, que, luego, cada vez que te veía comulgar me aterraba pensando que pudieras estar cometiendo un sacrilegio, fíjate, que nunca te lo dije, porque hay cosas que no pueden conciliarse, Mario, por ejemplo Dios y *El Correo*, que eso es como ponerle una vela a Dios y otra al diablo. Y ten por seguro que don Nicolás, cada vez que comulga lo hace en pecado mortal, porque don Nicolás es una mala persona, y si te entró por el ojo derecho es sencillamente porque te defendió cuando lo del guardia la noche aquella, que aunque te pegase, ya ves tú, que yo no me lo creo, la ley es la ley, y si está prohibido atravesar el parque en bicicleta, pues ya se sabe, que, lo mires por donde lo mires, el guardia cumplía con su deber, y si te hubiera matado, pues en acto de servicio, fíjate, pues qué quieres que te diga, porque sí, porque así son las cosas, porque las han establecido de esa manera, y no será grave si quieres, pero has infringido la ley, y el otro, con el

uniforme, pues, a ver, tiene que defenderla, para eso le pagan, que vosotros creéis que una vez que se deja de ser niño se tiene derecho a todo, y qué va, estáis pero que muy equivocados, de mayor hay que seguir obedeciendo como de pequeño, claro que no al padre o a la madre, pero a la autoridad sí, la autoridad hace las veces, ¡arreglados estaríamos si no! Y digas lo que digas, Ramón Filgueira estuvo hecho un caballero cuando te recibió, que le sobraba la razón, anda, hijo, que si un alcalde no cree en sus guardias, ¿quién les va a creer? Y lo que te dijo, un guardia a las dos de la madrugada, y más con la helada que estaba cayendo, es lo mismo que el ministro de la Gobernación, a ver, si no, ¿quién? Y lo del Cuartelillo y la Comisaría, lógico, a ver si te van a recibir todavía con pétalos de rosas, qué cosas tienes, piensa en lo que harías tú si un alumno viniera a importunarte a esas horas, ¡echarle por la escalera abajo!, natural, somos humanos, y, sobre todo, si no te pusieras a corregir ejercicios a esas horas, ni te diera por andar en bicicleta, que tampoco te corresponde a ti, no hubiéramos tenido nada que lamentar. Dichosa bici, que cada vez que te veía en ella se me caía la cara de vergüenza, y no te digo nada cuando pusiste la sillita para el niño, te hubiera matado, que me hiciste llorar y todo, botarate, que nunca has tenido la menor consideración por mí, a ver si no. Claro que las cosas salen de dentro y tú de siempre tuviste gustos proletarios, que no es ninguna novedad, pero me da rabia que terciase el don Nicolás ese, que no le trago, a ver quién le había llamado, y que si abuso de autoridad y que si atentado contra la dignidad humana, sabrá él, que la multa le sentó como por la mano, y si de mí dependiera, un correctivo más fuerte. Aceite de ricino, como en la guerra, te lo digo de verdad, a ver si escarmentaba de una vez, o el chisme ese de siete colas, como se llame, yo me entiendo, ese que utilizan los extranjeros para meter en cintura a los alborotadores.

VI

En esto hemos conocido la caridad, en que Él dio su vida por nosotros y nosotros debemos dar nuestra vida por nuestros hermanos. El que tuviera bienes de este mundo y viendo a su hermano pasar necesidad le cierra sus entrañas, ¿cómo mora en él la caridad de Dios?… Si alguno dijere: «Amo a Dios» pero aborrece a su hermano, miente. Pues el que no ama a su hermano a quien ve, no ama a Dios a quien no ve, que es precisamente lo que siempre he sostenido, cariño, que tus ideas sobre la caridad son como para recogerlas en un libro, y no te enfades, que todavía me acuerdo de tu conferencia, ¡vaya un trago!, hijo mío, que te pones a mirar, y no hay quien te entienda, que te metías conmigo cada vez que iba a los suburbios a repartir naranjas y chocolate como si a los críos de los suburbios les sobrasen, válgame Dios, y no digamos la tarde que se me ocurrió ir con Valen al Ropero. ¿Puede saberse qué es lo que te pasa? Siempre hubo pobres y ricos, Mario, y obligación de los que, a Dios gracias, tenemos suficiente, es socorrer a los que no lo tienen, pero tú enseguida a enmendar la plana, que encuentras defectos hasta en el Evangelio, hijo, que a saber si tus teorías son tuyas o del Perret ese de mis pecados, o de don Nicolás, o de cualquiera otro de la cuadrilla, que son todos a cuál más retorcido, no me vengas ahora «Aceptar eso es aceptar que la distribución de la riqueza es justa», habráse visto, que cada vez me dabas un mitin, cariño, con que si la caridad solamente debe llenar las grietas de la justicia pero no los abismos de la injusticia, que lo que decía Armando, «Buena frase para un diputado comunista», a ver, que a los pobres les estáis revolviendo de más, y el día que os hagan caso y todos estudien y sean ingenieros de caminos, tú dirás dónde ejercitamos la caridad, querido, que ésa es otra, y sin caridad, ¡adiós el Evangelio!, ¿no lo comprendes?, todo se vendrá abajo, es de sentido común. Quien más, quien menos, estáis todos envenenados, como yo digo, que me dan escalofríos cada vez que pienso que te has ido sin reconciliarte, y no porque piense que tú seas malo, que no, pero eres crédulo, eso, crédulo y un poco bobo, Mario, por qué no decirlo, porque, en cambio, lo que hace Cáritas te parecía muy bien, que no lo entiendo, la verdad, porque si algo ha hecho Cáritas en este sentido es impedirnos el trato directo con el pobre y suprimir la oración antes del óbolo, o sea, malmeter a los verdaderamente pobres, para que lo entiendas, y, por si fuera poco, restar oraciones, que yo recuerdo antaño, con mamá, deshechos, ¡Dios mío, qué espectáculos tan hermosos!, rezaban con toda devoción y besaban la mano que los socorría. ¡Vete ahora a intentarlo, anda, según están! ¿Y sabes quién ha tenido tanta culpa como vosotros? ¡Cáritas, para que te enteres!, que tira

las cosas a voleo, sin mirar antes quién lo merece, que lo mismo te ponen la mano los vagos que los protestantes, lo mismo, un desbarajuste, que eso es lo que no puede ser, estoy cansada de decírtelo. Y así les luce, que nunca he visto a los pobres más maleados, y no quiero pensar en el día que dé la vuelta la tortilla, cuatro tiros de agradecimiento, eso, mal por bien, que por mí puedes seguir con tus mítines, hijo, ya verás el pelo que echas, que si Cáritas es necesaria mientras no se modifiquen las estructuras, que a saber qué queréis decir, todo el día de Dios a vueltas con las estructuras y ni vosotros mismos sabéis con qué se come eso. Y mientras, don Nicolás, frotándose las manos, que es lo que más rabia me da, que le estáis haciendo el juego sin daros cuenta. Otras cosas sabrás, no lo discuto, pero tú, de caridad, cero, Mario, convéncete, es lo mismo que cuando te pasabas las tardes con los presos, escuchando sus historias, tú dirás qué provecho podías sacar de esa gentuza, que si la sociedad les hace el vacío por algo será, eso por descontado. Lo que pasa es que ahora todo el mundo quiere empezar la casa por el tejado, todos de capitán general, como yo digo, pero Mario, si no hay sorches, ¿quieres decirme para qué necesitamos los capitanes generales? Y no me vengas con que hablando y escuchando se puede hacer caridad y que la caridad no consiste en dar sino en darse, que tú por una frase eres capaz de vender tu alma al diablo, como yo digo, dichosa petulancia, como eso de poner en los libros frases con bastardilla o con mayúsculas sin ser nombres propios ni nada, que no tiene sentido por más que Armando diga que siempre hace bien, que él lo dice por guasa, por chufla, a ver, que siempre está de broma, ya le conoces. Es lo mismo que lo del lechazo de Hernando de Miguel, cosa más natural, una atención, a ver, si el chico no estaba preparado, y encima se viene desde Trascastro con él a cuestas, y tú le recibes a voces, que tampoco son maneras, me parece a mí, para terminar tirándole el lechazo por el hueco de la escalera, que le diste en mitad de la espalda, para haberlo matado, que era un animal de cuatro kilos lo menos, una pena. ¿A qué ton esas salidas, Mario, cariño? La caridad empieza por uno mismo, y los niños, tú lo sabes, no andan sobrados de carne, que con tanto subir los salarios hay que ver el precio que tiene, que cuando escribís no os dais cuenta de lo que hacéis, cabeza dura, mira Armando en la fábrica, las bases, y lo que él dice, «Yo no voy a ser más papista que el Papa», bueno, pues cuatro kilos por el hueco de la escalera, porque sí, a ver qué daño hacíamos a nadie cogiendo ese lechazo. Es como lo de las botellas y las tartas, que si la gente quiere tener detalles ¡deja a la gente!, no hagas caso de la pánfila de Esther, que con eso de que lee libros se cree alguien, vaya un oráculo que te has echado, hijo,

«Los hombres como Mario son hoy la conciencia del mundo», me río yo, que me gustaría a mí que hubiera visto a la conciencia del mundo hecha un lío con que si no aceptar el lechazo era ofender al prójimo y aceptarlo admitir la corrupción, que, a decir verdad, yo no sé para qué pensáis tanto si las cosas son tan sencillas, y si pensabas así y los niños necesitaban vitaminas, ¿a qué le tiraste el lechazo a Hernando de Miguel si puede saberse? Luego, cuando te vino eso, la distonía o la depresión o como se llame, llorabas por cualquier pamplina, acuérdate, hijo, ¡vaya sesiones!, y que si la angustia te venía de no saber cuál es el camino, ni con qué haces daño o dejas de hacerlo, cuando hasta el niño más niño sabe que un golpe en las costillas con un lechazo de cuatro kilos puede ser mortal, que le pudiste matar, Mario, desengáñate, y que me envidiabas a mí y a todos los que como yo estábamos seguros de todo y sabemos a dónde vamos, que si eso fuese cierto, bendito sea Dios, ¿por qué no has seguido mi ejemplo y has dejado en paz a don Nicolás y a toda su corte de charlatanes? Pero qué va, en el fondo esa humildad es orgullo, Mario, y vengan píldoras, píldoras para la *soberbia*, como yo las llamo, que, en definitiva no son más que drogas, que te quitan inclusive las voluntades. Y Luis me oyó, pues no me iba a oír, que los médicos se creen que pueden jugar a capricho con los enfermos y, por primera providencia, lo de la depresión lo dijo con retintín, que fue cuando yo salté, qué otra cosa iba a hacer, «Mario no tiene motivos para estar deprimido; come bien y me ocupo de él más de lo que puedo», se lo solté, claro que se lo solté, como le solté lo de las píldoras, que me despaché a mi gusto, Mario, y no me pesa, te lo juro. Pero, las cosas como son, cuando estuviste así, créeme, es cuando la casa anduvo mejor, que tú no te metías en nada, y ya se sabe que los hombres, en estos asuntos, estorbáis más que otra cosa. Lo único, las llantinas, me desgarrabas el corazón, ¿eh?, llorabas como si te mataran, madre, ¡qué hipo!, imponías, Mario, y como no habías llorado nunca, ni cuando murieron tus padres ni nada, que luego eso salió, a ver, pues yo me asusté, la verdad, y se lo dije a Luis, y Luis me dio la razón, Mario padece «exceso de control emotivo e insatisfacción», que me acuerdo como si fuera hoy que yo le dije, «¿Qué?», y él, muy amable, me lo explicó, que es apasionante eso de la psiquiatría, fíjate, por más que a mí nadie me saque de la cabeza que cuando os ponéis así, sin fiebre y sin doleros nada, eso son mimos y tonterías. A ver si no, Mario, que tú siempre has sido como un niño chico, aunque luego estudiaras tanto y escribieras esas cosas que, no sé, a lo mejor estarían bien, no lo discuto, pero desde luego eran una tabarra, francamente, a ver por qué te voy a engañar y decirte una cosa que no siento. De ordinario, las personas que piensan mucho,

Mario, son infantiles, ¿no te has fijado?, ya ves don Lucas Sarmiento, gustos sencillos y unas teorías absurdas sobre la vida, como filosóficas o qué sé yo. Y eso te ocurría a ti, cariño, y le ocurrirá a Mario si Dios no lo remedia, que ese chico con tanto librote y esa seriedad que se gasta no puede ir a buena parte. Yo ya se lo advierto, pero como tú no me apoyas, «Déjale, tiene que formarse», lo mismo que si hablase con las paredes, ni enterarse, ya ves la otra tarde sin ir más lejos, le pongo un batido a Álvaro, con huevo y todo, y va el otro, alarga la mano y se lo bebe, pero sin dejar de mirar al libro, que me puso de mal humor, la verdad, que la vida está por las nubes y Mario ya está suficientemente alimentado, anda que por gusto todos tomaríamos batidos a cualquier hora, imagina. Pero Álvaro es otra cosa, entiéndeme, no es que yo diga que por irse a los montes a prender hogueras haya que sobrealimentarle, pero está tan flaco, no tiene más que la piel y los huesos, Mario, que me preocupa ese chico, la verdad, que le viene cualquier cosa, le coge sin defensas y sanseacabó. Mamá decía: «Más vale prevenir que curar», ¿te das cuenta Mario? Y no es que yo tenga predilección por Alvarito, que sois muy maliciosos, me cae en gracia, pero nada más, a lo mejor por el nombre, vete a saber, ¿recuerdas que ya de novios te decía «Me encantará tener un hijo para llamarle Álvaro»? Ha sido una manía de siempre, yo creo que desde que nací, fíjate, que es un nombre Álvaro que me chifla, que no es decir que Mario me disguste, al contrario, me parece un nombre muy masculino y así, pero lo otro es debilidad, yo misma lo comprendo. Me río sólo de pensar lo que hubiera sido esta casa si te dejo a ti elegir los nombres, no quieras saber, un Salustiano, un Eufemiano y una Gabina, cualquier cosa, con tus aficiones proletarias no quieras saber, como lo de poner a los chicos los nombres de la familia, habráse visto costumbre menos civilizada. ¿Quieres decirme qué hubiese hecho yo en casa con un Elviro y un José María, cosa más vulgar, por mucho que les hubieran matado? Pasé por Mario y Menchu, que, al fin y al cabo, eran los nuestros, pero ¿a qué más? Habiendo nombres tan bonitos como Álvaro, Borja o Aránzazu, lo otro no tiene sentido; reconócelo, lo que pasa es que vivís en la Edad Media, hijo, y perdona mi franqueza, mira la gente bien, y es natural, Mario, cariño, que un nombre imprime carácter, que es para toda la vida, que se dice pronto. Mira, ahí tienes una cosa de la que deberían ocuparse en el Concilio, que todos serán nombres de santos, no digo que no, pero en vez de salir a gresca diaria y con esas colaciones de que los judíos y los protestantes son buenos, que sólo nos faltaba eso, pues revisar el santoral, pero a fondo, sin contemplaciones, este nombre vale y éste no vale, que la gente sepa a qué atenerse en este punto. Bien mirado, todo está ahora

patas arriba, Mario, que a este paso cualquier día nos salen con que los malos somos nosotros, visto lo visto, cualquier cosa… Y así nos crece el pelo, que te pones a ver y hasta los negros de África quieren ya darnos lecciones cuando no son más que caníbales; por más que tú vengas con que no les enseñamos otra cosa, que mira papá qué bien enfocó el problema por la tele la otra noche, había que oír a Valen. Una cosa, Mario, aquí, para *inter nos*, que no me he atrevido a decirte antes, escucha: yo no daré un paso por informarme si es cierto lo que dice Higinio Oyarzun de que te reunías los jueves con un grupo de protestantes para rezar juntos, pero si sin ir a buscarlo alguien me lo demostrase, aun sintiéndolo mucho, hazte a la idea de que no nos hemos conocido, de que nuestros hijos no volverán a oírme una palabra sobre ti, antes prefiero, fíjate bien, que piensen que son hijos naturales, que con gusto tragaré ese cáliz, que decirles que su padre era un renegado. Sí, Mario, sí, estoy llorando, pero bueno está lo bueno, que yo paso por todo, ya lo sabes, que a comprensiva y a generosa pocas me ganarán, pero antes la muerte, fíjate bien, la muerte, que rozarme con un judío o un protestante. Pero ¿es que vamos a olvidarnos, cariño, de que los judíos crucificaron a Nuestro Señor? ¿Adónde vamos a parar por este camino, si me lo puedes decir? Y, por favor, no me vengas con historias de que a Cristo le crucificamos todos, todos los días, cuentos chinos, que si Cristo levantara la cabeza, ten por seguro que no vendría a rezar con los protestantes, ni a decir que los pobres vayan a la Universidad, ni a comprar *Carlitos* a todos los vagos de Madrid, ni a ceder la vez en las tiendas, ni, eso fijo, a tirar lechazos a Hernando de Miguel por el hueco de la escalera. Tenéis un concepto muy pobre de Cristo, a lo que veo, querido. Yo no soy blanda, Mario, ni mucho menos, y si Cristo volviera, ten el convencimiento de que yo sacaría la cara por Él aunque el mundo entero se me pusiese enfrente, no haría la de San Pedro, eso ya te lo aseguro, que, aunque mujer, no soy blanda, mira cuando acabó la guerra, el año del hambre, no creas que me eché atrás, qué va, por los pueblos más cochambrosos en el coche del tío Eduardo, con gasógeno y todo, a ver, buscando de comer para mis padres. Yo doy el pego, Mario, te lo he dicho muchas veces, pero tengo más fibra de la que aparento.

VII

Han sido echados al fuego y devorados por las llamas los zapatos jactanciosos del guerrero y el manto manchado de sangre. Porque nos ha nacido un hijo que tiene sobre su hombro la soberanía y que se llamará Príncipe de la Paz y, no sé si diré una barbaridad, porque con vosotros, hijos, nunca se sabe, pero yo lo pasé divinamente en la guerra, por qué voy a decir otra cosa, con las manifestaciones y los chicos y todo manga por hombro, ni me daban miedo las sirenas ni nada, que otras, no veas, como locas en los refugios en cuanto empezaban a sonar, que yo la gozaba. Recuerdo que mamá nos hacía ponernos medias y peinarnos a Julia y a mí para bajar al sótano de doña Casilda, imagina, que a veces nos cogían los bombazos y las ametralladoras en plena escalera y era una risa, los tropezones. Luego, en el refugio, era divertidísimo, figúrate lo que es todos los vecinos reunidos, que había una tal Espe, la del sotabanco, viuda de un ferroviario, que era una rojaza de espanto, con decirte que los primeros días la pelaron al cero, que todo se la volvía decir «Esto es el fin» y se santiguaba, date cuenta, pero con los ojos en blanco, que recuerdo que papá la decía con mucha sorna: «¿De qué se asusta, Esperanza? Son los suyos que la traen recuerdos». Tendrías que haberla visto, Mario, ¡qué juerga!, con un pañolón negro horrible por la cabeza, retorciéndose de miedo, «¡Ay, calle usted, por Dios, don Ramón, es una cosa horrible esta guerra!», que papá, con segundas, lógico, «Mucho se acuerda usted de Dios esta temporada, Esperanza», figúrate, en tiempos normales ni a misa, qué va, socialista, pero de las más significadas, que papá, con lo que es, venga a hablarle de las guerras defensivas, todo un tratado, que la pobre Espe, al final, «Ay, don Ramón, si usted que tiene tantos conocimientos lo dice, será así». Y a todo esto, los niños de Teresita Abril, que entonces eran unos mocosos y hoy, figúrate, unos hombrones, todos casados, ¡cómo pasa el tiempo!, Miguel, el más chico, siete hijos, que hay que ver, parece mentira, entonces, tú los verías, armando un barullo infernal entre las botellas y los envases, que al bueno de Timoteo Setién, el marido de doña Casilda, todo se le volvía ir y venir, con el delantalón gris y las manos en la cabeza, «Cuidado, mucho cuidado, hay materias inflamables aquí», y ¡qué va!, para que parasen quietos, ya te puedes figurar, jabón, chocolate, castañas pilongas y para de contar. Pero el bueno de Timoteo era de los del puño en rostro, madre mía qué hombre tan tacaño, que recuerdo que cada vez que mamá pagaba la cuenta, que era un renglón, y Julia y yo éramos aún niñas, doña Casilda nos daba un caramelo a escondidas, «Guárdalo, que no lo vea él», verdadero terror, que a mí no hay cosa que más me repela que un hombre

roñoso, me espantan, te lo prometo, que cuando Transi me dijo lo de tu padre, lo de prestamista y así, me eché a temblar, Mario, como te lo digo. Y, después, la verdad sea dicha, apenas se le notaba, no sé si por lo de Elviro y José María, pero de dinero, nada, sólo aquello de que él tuvo la culpa, que fue él quien no le dejó ir a la oficina, que era una locura salir a la calle aquel día, obsesionado, una tontería, ya ves, que tu hermano estaba fichado desde mucho antes, Mario, reconócelo. Oyarzun, que está enterado de todo, yo no sé de dónde saca el tiempo, me ha dicho que lo de la oficina era lo de menos, que había testigos que vieron a José María en el mitin de Azaña en la plaza de toros, en abril del 31, dar vivas a la República, agitando la bandera tricolor como un loco, Mario, que eso es todavía peor. Las cosas de la vida, como yo digo, que en casa el 14 de abril, como un funeral, que a papá sólo le faltó llorar, y todavía no estoy muy segura de que no lo hiciera, todo el día de acá para allá, de la butaca al despacho, del despacho a la butaca, como alelado. El pobre papá se echó diez años encima ese día, que para él el rey era el no va más, más que cualquiera de nosotros, fíjate, más que toda la familia junta, que es veneración lo de papá por la monarquía, un culto. Y en cuanto se confirmó lo de la República, se levantó, muy pálido, muy solemne, no sé cómo explicarte, se fue al cuarto de baño y volvió con una corbata negra: «No me quitaré esta corbata mientras el rey no vuelva a Madrid», dijo, que todas calladas como si se hubiera muerto alguien. Luego tú, qué gracia, te creías que lo de la corbata era por mamá que en paz descanse; qué va, Mario, por el rey, que a mí me emocionan los hombres fieles a una idea limpia, porque la monarquía es bonita, Mario, por más que digas, que no es que yo sea tan apasionada como papá, pero date cuenta, un rey en un palacio y una reina guapa y unos príncipes rubios y las carrozas y la etiqueta y el protocolo y todo eso. Tú decías que monarquía y república, por sí mismas, no significaban gran cosa, que lo importante es lo que hubiera debajo, que a saber qué quieres decir, pero lo que desde luego te anticipo es que no se pueden comparar. Una monarquía es otra cosa, la república, qué sé yo, es como más ordinaria, no lo niegues, que yo recuerdo cuando se implantó, desarrapados y borrachos por todas partes, un asquito, hijo, que yo cada día comprendo más a papá, te lo aseguro, Mario, su ceguera por el rey. Lo que me parece absurdo es que regañara con el tío Eduardo, tan monárquico también, pero bueno, regañar como dos furias, no te creas, que una vez le dio una lipotimia a papá y todo y tuvimos que llamar al médico a toda prisa, que cuando volvió en sí, a voces, «¡Por supuesto que si viene el rey de Eduardo no me quitaré la corbata!», que no son modales, me parece a mí, ya ves tú, dos reyes, como si también los

reyes pudieran ser mellizos o trillizos, que no me lo explico. Y la otra tarde, Higinio Oyarzun, en la fiesta de Valentina, me descubrió un mundo, te lo aseguro, que no había acabado de contárselo y ya estaba con que papá podía quitarse la corbata negra puesto que España era de hecho una monarquía, fíjate qué cosa tan rara, y yo en la luna, palabra, que con tanto chico, ni tiempo de leer el periódico, tú lo sabes, y es lo que le dije, que pensé poner cuatro letras a papá, pero no, papá dijo bien claro que cuando esté el rey en Madrid, que es otra cosa. ¡Me encantaría ver a papá, fíjate, de repente, con corbata de color! No se parecerá, seguro, son tantos años. Eso es fidelidad a una idea, no me digas, y lo demás son bobadas, mira tú, con tu padre, ¿recuerdas?, buena prisa para quitarte el luto, es que te faltó tiempo, ¿eh?, y siquiera con tu padre, un amago, que con tu madre ni eso, que me avergüenza pensar que yo, que al fin y al cabo no era nada de ellos, año y medio, y tú ni mención. Eres un caso, que contigo una no sabe si reír o llorar, al principio todo muy bien, pero en cuanto montaste una pierna sobre otra y te viste los calcetines y los zapatos, ¡válgame Dios!, «Me entristece ver negras mis pantorrillas, y ya tengo bastante tristeza dentro». Y dicho y hecho, se acabó el luto. Los hombres sois un caso, Mario, pues no te va a apenar ver negra tu pantorrilla, natural, pues para eso es el luto, adoquín, para recordarte que tienes que estar triste y si vas a cantar, callarte, y si vas a aplaudir, quedarte quieto y aguantarte las ganas. Para eso y para que te vean los demás, a ver qué te has creído, que los demás sepan que te ha caído una desgracia muy grande en la familia, ¿comprendes?, que yo, ahora, inclusive gasa, cariño, faltaría más, que no es que me favorezca, entiéndelo, que negro sobre negro va fatal, pero hay que guardar las apariencias y, después de todo, mi marido eres, ¿no? Pues naturalmente que sí, por más que tu hijo tampoco parezca comprenderlo, que ahora te toca recoger lo que sembraste, buena agarrada tuvimos, que me saca de quicio ese chico con sus intemperancias, ya ves, su padre de cuerpo presente y él con su suéter de mezclilla, como si nada. Y cuando le dije lo de la corbata negra hay que ver cómo se puso, «Eso son convencionalismos, mamá; conmigo no cuentes», así como suena, pero de malos modos, ¿eh?, que no lo querrás creer en Mario, hazte idea, esa mosquita muerta, que me pasé un cuarto de hora en el baño con un sofocón que no puedes hacerte idea. ¡Ten hijos para esto! Pues ya lo oyes, que le deje tranquilo, como lo del funeral de primera, ¡qué menos por un padre!, «Vanidades», ¿qué te parece? Tranquilo, date cuenta, qué más quisiéramos todos que estar tranquilos, ¡qué disgusto, Dios mío!, que ese chico es tu vivo retrato, desde pequeñín, desde que le llevabas en la sillita en la bici, Mario, que hasta emplea palabras raras,

«convencionalismos», date cuenta, para desconcertarme. No quiero entristecerme más de lo que estoy, Mario, cariño, pero la juventud está perdida, unos por el *twist* y otros por los libros, ninguno tiene arreglo, que yo recuerdo antes, ¿cómo vas a comparar?, hoy no les hables a estos chicos de la guerra, te llamarían loco, y sí, la guerra será todo lo horrible que tú quieras, pero, al fin y al cabo, es oficio de valientes, después de todo no es para tanto, que yo, por mucho que digáis, lo pasé bien bien en la guerra, de acuerdo, a lo mejor por insensatez, pero no me digas, si aquello era como una fiesta sin fin, cada día algo distinto, que si los legionarios, que si los italianos, que si se tomaba esto o aquello, y todo el mundo, hasta los viejos, cantando *Los voluntarios*, que tiene una letra bien bonita, o *El novio de la muerte*, que ésta sí que es el no va más. Y entonces ni me importaban los bombardeos, ni el Día del Plato Único, que mamá, con ese arte especial que tenía, juntaba todo en un plato y ni pasábamos hambre, Transi y yo comprábamos caramelos y ni notarlo. Los que sí eran un poco así, como frescos, ahora me doy cuenta, eran los de los pueblos, a ver, gente sin trato, que yo recuerdo que cuando les clavábamos el *detente,* pero en la carne, ¿eh?, todo el tiempo tocándonos y «dadnos suerte», que Transi y yo sin rechistar, a ver, eran tan valientes. ¿Sabías que yo, aunque ya era novia tuya, fui madrina de uno? Pablo, Pablo Haza creo que se llamaba, me escribía unas cartas tronchantes, llenas de faltas de ortografía, un patán de la cabeza a los pies, pero no te den celos, porque algo había que hacer por esa pobre gente y yo le contestaba, que una vez se presentó con permiso y empeñado en salir conmigo, figúrate, ya le dije que de eso ni hablar, y entonces que al cine, y yo que no, menos, imagínate, con toda la gente, y él empezó a dramatizar que lo mismo le mataban al día siguiente, y yo que qué le iba a hacer, que lo sentiría en el alma y él, entonces, se metió un dedo con toda la uña negra en la boca y me puso en la mano una muela de oro, que yo horrorizada, «¿Para qué hace usted eso?», porque eso sí, Mario, muy de usted, no te vayas a creer, buena era mamá: «Está bien ayudarles, pero guardando las distancias: los soldados son gente baja», y él que los moros cascaban las cabezas de los muertos, figúrate qué espanto, para quitarles los dientes de oro, y que se lo guardara hasta el final de la guerra, que debió de ser un presentimiento, porque del bueno de Pablo Haza nunca más se supo, que tuvimos que ir mamá y yo un día a entregar la muela al Tesoro. De esto hubo mucho en la guerra, desgraciadamente, mira Juan Ignacio Cuevas sin ir más lejos, me parece que ya te lo conté, el hermano de Transi, que era así como retrasado, medio anormal, pero le movilizaron y le llevaron a un cuartel, para servicios auxiliares y así, pero lo que pasa en las

guerras, debió de hacer falta gente o qué sé yo, el caso es que una mañana los padres de Transi se encontraron un papelito todo lleno de faltas por debajo de la puerta: *Me yeban*, figúrate, con i griega, *a la gerra*, sin u. *Tengo muchísimo miedo, a Dios*, separado, *Juanito*. Bueno, pues ésta es la hora, y ya ha llovido, que revolvieron Roma con Santiago, no te vayas a creer, buenos son, pues lo que se dice ni rastro. Claro que, lo que yo digo, conforme estaba, preferible que Dios se lo llevase, una carga, imagina qué porvenir, de peón de albañil o algo parecido, mejor muerto, pero a Transi, hijo, le dio sentimental, «Ay, no, guapina, un hermano es un hermano», que eso según desde donde lo mires, pero si piensa así, es absurdo que pusiera cara a Evaristo, un emboscado, que hasta se dejó pintar desnuda por él o a saber cómo, que en otra cosa, no, Mario, cariño, pero en este punto bien tranquilo puedes estar, que yo de eso ni hablar, ya lo sabes, y no por falta de ocasiones, Mario, que los hombres, por si no estás enterado, todavía me miran por la calle, y hay miradas y miradas, que Eliseo San Juan, cada vez que me echa la vista encima, hay que oírle, un torbellino, que no se para en barras, «Qué buena estás, qué buena estás; cada día estás más buena», que si le diera pie no sé lo que sería, que ni le miro, sigo y como si nada, hasta que se cansa, te lo prometo, como si no fuera conmigo, anda que si le diera pie…

No entregarás a su amo un esclavo huido que se haya refugiado en tu casa. Tenlo contigo en medio de tu tierra, en el lugar que él elija, en una de tus ciudades, donde bien le viniera, sin causarle molestias, como la simple de la Doro, «Al señorito se le puede servir de balde», hablar por hablar, tú lo sabes, Mario, que al señorito le sirvo yo, que ella ni se entera, así es la vida, mira, lo que se dice ni un vaso de agua, que no deja de tener gracia, luego por Navidades o por mi santo unas propinazas absurdas, la verdad, sobre todo cuando me estás viendo a mí descalza, arañando el céntimo, pero tú eres así, hijo, ya se sabe, para algunas cosas, a lo grande. Tenías que oír a Valen, Mario, se troncha, fíjate, de la devoción de la Doro por ti, con el cuento ese de «nuestro señor», como si mentara a Jesucristo o poco menos, que aquí, para *inter nos*, es muy cortita la pobre Doro, fiel y cariñosa a su modo, pero muy cortita, que yo no me explico cómo en el extranjero admiten a esta clase de gente, Mario, que se van a cientos, fíjate, cada vez más, a saber qué harán allí, según Valen los trabajos más rudos, los que hacen aquí, pongamos por caso, los animales, ya ves, tirar de los carros, y así, que cuesta trabajo creerlo, desde luego, aunque yo de esos extranjerotes cualquier cosa. Engañados es lo que van, que a esta gente zafia, que ni se han molestado en aprender a leer ni nada, les dices el extranjero y los ojos en blanco, fíjate, que hay mucho papanatismo todavía, Mario, y con tal de cambiar, cualquier cosa, que no es oro todo lo que reluce, que luego están rabiando y deseando regresar, ¡a ver!, que como en España en ninguna parte. Porque, después de todo, ¿qué se les ha perdido en el extranjero, como yo digo? El caso es cambiar y hacer el tonto, aprender lo que no deben, eso, que buenos están los tiempos, y aunque te rías, Mario, algún día España salvará al mundo, que no sería la primera vez. Yo me río con Valen, es un sol de chica, el otro día me para y me dice: «Me voy a Alemania; es la única manera de tener cocinera, señorita y doncella», ya ves qué ocurrencia, que tú mismo reconoces que tiene sentido del humor, y a juzgar por la otra noche debe de tener mucho, que me pusisteis nerviosa con tanto cuchicheo y tanto ji, ji, ji y ja, ja, ja, y eso todavía pase, pero cuando empezaste a disparar los corchos del champán contra las farolas, te hubiese matado, ¡qué espectáculo!, y que no es decir que fuese una reunión de tres al cuarto, Mario, que estaba allí la mejor gente. Bebiste de más, querido, que a mí eso me horroriza, y no sería porque no te lo advirtiese, que me pasé la noche, «No bebas más, no bebas más», pero tú ni caso, que una vez que te embalas no hay quien te pare, menos mal que Valen es de fiar. A mí, desde luego, me chifla Valen, ¿no te gusta a ti, cariño? Gastará mucho en potingues,

yo no lo niego, que Bene la tira a matar, pero la luce, no es como otras, que Valen se da mucho arte para arreglarse, sobre todo los ojos. ¿Sabías tú que a Valen la limpian el cutis en Madrid una vez por semana? Date cuenta, Mario, con las ganas que yo tengo, y la dejan estupenda, ésta es la verdad, que parece mentira que una cosa como el cutis sea tan agradecida. Luego el reflejo la cae muy bien, que hay a quien no le va, a mí por ejemplo, fatal, acuérdate, y luego, con esa estatura que se gasta, no me choca nada que la gente se vuelva a mirarla, que llama la atención en la calle, a mí me gusta ir con ella por eso. Convéncete, Mario, de las compañeras del Instituto, es la única, que hay que ver en las reunioncitas de fin de curso. Y debe de estar podrida de dinero, porque vas por la calle con ella y lo que la apetece, cualquier cosa, como te lo digo, ni mirar los precios, que es de generosa… Es un cielo, Valen, ¡yo la quiero! Y Bene dice que la del dinero es ella, que yo no me explico la suerte de Vicente, ¡qué bodaza!, que no es que él esté mal, entiéndeme, pero una chica del atractivo de Valen y encima con dinero, es una lotería. Bene, la directora, dice que su trabajo le costó a Vicente, y no me extraña, que cuando se conocieron en Madrid Valen salía con un italiano, que también a los italianos hay que echarles de comer aparte, madre qué éxito, que yo no lo comprendo, la verdad, más o menos como nosotros, latinos al fin y al cabo, y, si me apuras un poco, menos varoniles. ¿Te acuerdas cuando llegaron aquí durante la guerra? ¡Qué emoción, cielo santo, no lo quiero ni pensar! Todas las chicas despepitadas, a ver, la novedad, y te daban el pego, que mira luego en Guadalajara, que Valen dice que Mussolini eligió a los más altos y así, los de mejor facha, para propaganda, no sé. Desde luego, el batallón, o lo que fuera, que llegó aquí armó la revolución, qué tipazos, que todo el mundo era a tirarles flores cuando desfilaban, vaya acogida, no se quejarán, que después, cuando lo de Guadalajara, cambió la decoración, menudo pitorreo, todo para que ahora salga ese bebé de Aróstegui, que no ha visto la guerra ni en pintura, con todo lo joven rebelde que sea, que eso de Guadalajara demuestra que los italianos son civilizados porque no son guerreros por más que Mussolini les disfrazara de soldados. Y el tonto de Moyano, que adelantaría más rapándose esas barbas asquerosas, que los italianos son el no va más, que allí donde van ponen el mingo, que hasta han conquistado París con sus suéters y sus zapatos, que así conquista cualquiera, ya ves, qué bobada. Es lo mismo que con la belleza de las italianas, que habrá de todo, supongo, como en todas partes, ahora que es natural que en el cine saquen lo mejorcito, no van a ser tontos, pero el gancho de las películas italianas, que a mí no me la dan, es lo que enseñan ellas, Mario, que son unas guarras, no me digas que de otro

modo, mira las peliculitas aquellas de después de la guerra, qué horror, niños piojosos y muertos de hambre, todas iguales, que a mí, francamente, el cine para divertirme, que bastantes preocupaciones tiene ya la vida. Y te lo digo y te lo demuestro, Mario, que a sinvergonzonería pocos les ganarán, que en este aspecto todos estamos al cabo de la calle, que a saber qué arte se darán, pero aquí, en la guerra, estragos, las cosas como son, claro que los alojaron en casas particulares y eso es peligroso si una no tiene unos principios bien sólidos. Ve ahí el caso de Galli Constantino y, como ése, a cientos, y no te exagero. Galli llegó a casa como a terreno conquistado, sonriendo, muy tostado, con su bigotito como un hilo y los ojos tan claros… Como guapo era muy guapo, que una cosa no quita a la otra, una medalla, y, luego, tan simpático, «bambina» por aquí, «bambina» por allá, que yo era muy joven entonces, ya ves, el 37, una cría, pero me encantaba oírselo. Galli fumaba todo el tiempo y, como entonces las chicas ni idea, eso a Julia y a mí nos parecía muy varonil, una niñería, tú dirás, pero entre eso y el uniforme y las medallas que había ganado en Abisinia, imagina, contra los negros, que ésa sí que tuvo que ser una guerra horrible, pues deslumbradas, a ver, lógico. Me acuerdo que muchas tardes me quedaba yo sola en casa con Galli, porque papá y mamá se iban a dar una vuelta y Julia tenía clase de violín, y me encantaba, y él me cogía las manos, sin mala intención, por supuesto, no te den celos, pero a mí se me ponía el corazón a cien, y me contaba cosas de Pisa y de Abisinia, y de sus hijos, Romano y Ana María, como «los figlios» del Duce, y me decía «bambina» y yo loca, que Transi, para qué te voy a contar, muerta de envidia, «Preséntamele, hija, no seas egoísta». Lo único que me disgustaba de Galli, ya ves, antes de pasar lo que pasó, eran las cremas y los tarros del cuarto de baño, que mamá, pesadísima, la pobre, «¿Adónde se ha visto un hombre con tantos potingues?», que Julia, chitón, y a papá, figúrate, le daba de lado, que a papá lo que le sacaba de quicio era que Galli le hiciera saludar a la romana después del parte, cuando sonaban los himnos, imagínate papá, lo menos marcial del mundo, y, al acabar, Galli, «¡Viva la España!» y «¡Viva la Italia!», que todos viva, pero muy bajito, muertos de vergüenza, que era una juerga. Y una noche que Galli no estaba, que muchas noches ni venía a cenar, a saber dónde iría, buen pájaro estaba hecho, papá, que le resultaba «un poco teatral», que allí verías a Julia, yo no sé si estaría enfadada por otra cosa, cómo se puso, qué teatral, ¿por qué?, que «se es o no se es», que yo no sé bien lo que quería decir pero a papá le dejó parado, la verdad, pero es que ni abrir la boca. El caso es que Julia y yo salíamos con Galli casi todas las tardes en el Fiat descapotable y luego Transi me daba la

lata, «Qué majo es; ¡ay hija! no seas así, preséntamele; no seas egoísta», pero yo ni caso, figúrate, conforme las gastaba Transi. Y Galli nos compraba helados y pasteles, y una tarde nos metió en una librería y compró una gramática italiana para las dos, yo qué sé el dinero, que Galli, aparte de generoso, tenía una buena cualidad, rara en un hombre, fíjate, nunca le vi enfadado, que inclusive cuando yo me reía porque él pronunciaba mal, él, tan terne, «¿per ché ride, bambina?, ¿per ché?», y entrecerraba los ojos de unas formas que me volvía loca, no te enfades, Mario, que lo digo en buen plan. Fue una temporada regia, la verdad, a todas partes con el Fiat descapotable, toda la gente sudando, que fue cuando pensé, cuando me case, lo primero, un coche, ya ves si viene de atrás, porque papá era muy refractario y, aunque podía, nunca le dio por ahí, a saber, una manía como otra cualquiera, pero yo me dije, «cuando me case, lo primero un coche», ya ves qué ilusa, la que me esperaba, para que luego venga Encarna con que si te llevo o te traigo, para un capricho que he tenido en la vida, que te pones a ver y en esta casa no se ha hecho más que tu santísima voluntad, ni más ni menos. Fuera de los nombres de los chicos, la administración, los colegios y cosas así, yo un cero a la izquierda, no me vengas ahora, que lo que más me duele, Mario, es que por unos cochinos miles de pesetas me quitaras el mayor gusto de mi vida, que yo no te digo un Mercedes, que de sobra sé que no estamos para eso, con tanto gasto, pero qué menos que un Seiscientos, Mario, si un Seiscientos lo tienen hoy hasta las porteras, pero si los llaman ombligos, cariño, ¿no lo sabías?, porque dicen que los tiene todo el mundo. ¡Cómo hubiera sido, Mario!, de cambiarme la vida, fíjate; no quiero ni pensarlo. Pero ya, ya, un automóvil es un lujo, una cátedra no da para tanto, me río yo, como si no supiera que los que te frenaban eran los de la tertulia, pero mira don Nicolás, consejos vendo y para mí no tengo, un Milquinientos, que es lo que yo digo, una cosa es predicar y otra dar trigo, que mucha igualdad y todas esas historias pero ya le ves a él, el cuento de siempre, que si tú te lo propones, un Gordini, a ver, y no quito ni tanto así, que oportunidades no te han faltado, mira Fito, en mejor plan no cabe, y aun sin recurrir a eso, Mario, porque tú escribes bien, todo el mundo lo dice, pero de unas cosas que no entiende nadie, y cuando se entiende, peor, de una gentuza que hasta huele, desarrapados y muertos de hambre. Y eso a la gente, no, Mario, que la gente es muy avisada y no le gusta que le vayan con problemas, que bastantes tienen ya, que me he hartado de decírtelo. ¡Si vieses con qué ilusión te propuse lo de Maximino Conde! Contármelo Oyarzun y salir pitando fue todo uno, que llegué sin aliento, tú lo viste, total para nada, aunque no me negarás que era un argumento

formidable, muy humano y así, quizá un poquitín verde, pero tampoco había necesidad de llevarlo al extremo, creo yo, nada de líos gordos, bastaba con enamorarle de la hijastra, ¿me comprendes?, y una vez que ella cede y, por así decir, se le entrega, a Maximino, o como se fuera a llamar en la novela, le haces reaccionar en decente y de este modo quedaba un libro inclusive aleccionador. Pero contigo, cariño, sobran razones, igualito que hablarle a una pared, «sí», «no», «está bien», ni notas, ni interés, ni escucharme siquiera, que esto es lo que peor llevo, que los hombres no sois más que unos soberbios, os creéis en posesión de la verdad y a nosotras ni caso. Y mal que os pese, de la vida entendemos las mujeres un rato largo, Mario, si sabré yo los libros que leen mis amigas, que tú siempre: «Pocos serán», con ese desprecio, que no es que yo vaya a decir que sean muchos, que ni tiempo tenemos para leer el periódico, pero si quitas a Esther, los que leen no son de guerras, desde luego, ni sociales o eso, sino de pasiones y de amor, no falla. Y además es lógico, querido, que el amor es un tema eterno, métetelo en la cabeza, mira Don Juan Tenorio, eso no se pasa, no son modas de un día, que me dirás sin amor qué sería del mundo, ni existiría, a ver, natural, se le habría llevado la trampa.

IX

El reino de los cielos es semejante a un rey… qué rey ni qué niño muerto, una cosa que me he preguntado mil veces, Mario, cariño, si a ti la monarquía no te daba frío ni calor, ¿a santo de qué armaste el trepe que armaste con Josechu Prados? Porque no me digas a mí, que a Josechu, a bueno, no le gana nadie, de una familia de aquí, de toda la vida, figúrate los Prados, conocidísimos, que hizo la guerra en primera línea, honrado a carta cabal, ¿a qué ton dar la nota? ¿Por qué buscarle las vueltas? Al fin y al cabo, si él era el jefe de mesa o como se llame, a ti qué te iba ni te venía, con su pan se lo coma, él era el responsable, ¿no? Bueno, pues tú que nones, que a contar, uno por uno y a contar, que ni sé cómo tuviste valor después de la prueba de confianza, tú dirás, que si te eligieron fue como persona representativa, pero tú ya fuiste a regañadientes, Mario, y con ganas de alborotar, eso no hay quien me lo saque de la cabeza. Y si a Josechu le da por decir que el noventa por ciento de «síes», el cuatro de «noes» y el seis de abstenciones, en blanco o como se diga, pues bueno, él era el jefe, ¿no?, que diga misa si quiere, ¿qué te importaba a ti, al fin y al cabo? Pero no, es lo mismo que el lechazo de Hernando de Miguel, o la gresca con Fito, el espíritu de la contradicción, cariño, es tu sino, porque si, en definitiva, aquello no te gustaba, que tampoco había para tanto me parece a mí, pudiste decirlo de buenas maneras, con educación, pero nunca pasar a mayores, haciéndoles cara, que si tú dices «No me gusta pero acepto la decisión de la mayoría», pues todos contentos, fijo, que después de todo eso es la democracia, si no te he entendido mal. «No puedo prestarme a eso», así, a boca llena, con mayúsculas, hijo, como en tus libros, para que se oyera bien, que se entere hasta el apuntador, que si no dices las cosas a voces revientas, como yo digo, y dale con que a contar y a contar, y si no contamos, no hay acta, el chantaje, qué bonito, que siempre has sido un hombre disparatado, Mario, y a ti lo que te gusta por vivir es meter bulla, desafiar a la ciudad, aquí estoy yo, y aunque todos digáis blanco, yo digo negro, pues porque sí, porque se me antoja, que te tengo muy calado. Y no es eso, Mario, calamidad, que para vivir en el mundo hay que ser más flexible, tener un poquito de correa, que mucho predicar tolerancia y después hacéis lo que os da la realísima gana, porque, después de todo, si tú hubieras sido un republicano de toda la vida, un republicano cien por cien, vaya, me lo explico, pero si te has pasado la vida diciendo que república y monarquía no son más que palabras, y que tanto daba la una como la otra, y que lo importante es lo que hubiera debajo, ¿a qué ton dar la campanada de no firmar el acta? ¿Por qué hacerle un feo semejante a Josechu Prados, que nunca tuvo

con nosotros más que atenciones? No tiene sentido, convéncete, que aquello fue garrafal, que dice Vicente Rojo que el pobre Josechu llegó al Círculo descompuesto, blanco como la pared, y que tartamudeaba al hablar y todo, para haberle dado algo, qué horror, acuérdate de su padre, una hemiplejía, que se pasó media vida en un sillón de ruedas, pobre señor, todo porque una criada le soltó cuatro frescas. Hay que andarse con más cuidado, Mario, tonto del higo, que por las bravas no se va a ninguna parte, convéncete, y hay que vivir en el mundo, que Josechu, muy buena persona, pero también tiene su orgullo, a ver, somos humanos, y te la guardó, acuérdate de lo de la casa, por las buenas un alma de Dios, pero que no se te ocurra llevarle a contrapelo, si es de cajón. ¿Sabes lo que dijo la otra noche Higinio Oyarzun, y mira que ya ha llovido? Pues dice que dijo, Josechu, ¿comprendes?, que eras un puritano, pero que aquel día no te partió la cara, como te lo digo, en atención a la amistad que sus padres tuvieron con los míos, date cuenta, el bochorno, que no sé cómo te las arreglas, pero, por fas o por nefás, te has cargado a la ciudad entera, cariño, que ésa es la herencia que me dejas, tú dirás, ahora, si no fuera por papá, una pensión, a ver, la viudedad ni para el piso, que ésa es otra cosa que está mal, yo misma lo comprendo. Me haces gracia con eso de que con la verdad por delante se va a todas partes, me río yo, que contigo no hay razones, porque ¿quieres decirme dónde has ido tú, cariño?, coche todo el mundo y tu mujer, a patita, eso, que no tienes ni dónde caerte muerto, ¡válgame Dios!, una cubertería de alpaca a todo tirar, que hasta vergüenza me da el decirlo. ¿Crees tú que eso es vida? Con la mano en el corazón, Mario, ¿crees tú que habrá muchas mujeres que hubieran aguantado este calvario? Te digo mi verdad, pero el que no lo reconozcas es lo que peor llevo, que en veintitrés años de matrimonio, que se dice pronto, no hayas tenido una sola palabra de gratitud, porque había otros hombres, Mario, y tú lo sabes, que no me faltó dónde elegir, y aún los hay, si me apuras, que después de casada no me hubieran faltado proposiciones, y si yo te contase, que éste es el chiste, pero como una es una mujer de su casa, una mujer como debe ser, vosotros a descansar, que eso es lo que explotáis los hombres; la bendición, un seguro de fidelidad, como yo digo, habéis comprado una fregona, una mujer que de dos os saca cuatro, ¿qué más vais a pedir? Así es muy cómodo, que, mientras, vosotros, ¡hala!, todo el monte es orégano, lo que os da la gana. Como eso de que llegaste al matrimonio tan virgen como yo, mira, guapín, eso se lo cuentas a un guardia, una bola así, y venga, «No me lo agradezcas, fue ante todo por timidez», ¡qué timidez ni qué ocho cuartos!, como si no os conociéramos, los hombres, todos iguales, ya se sabe, que tú, dale, con que

tus torpezas eran la mejor demostración, ¡música celestial!, que lo que pasa es que entre una perdida y una decente todavía hay distancia, y, en el fondo, todavía queda algo digno en vosotros y es lo que sale a flote cuando os casáis, ni más ni menos, ni menos ni más. ¡Virgen tú! Pero ¿es que crees que me chupo el dedo, Mario, cariño? Y no es que yo vaya a decir que tú seas un vicioso, que eso tampoco, pero, vamos, algún desahogo de vez en cuando… Luego lo de Madrid, el viaje de novios, que me hiciste pasar una humillación que no veas, un desprecio así, que empiezo por reconocer que yo estaba asustada, que sabía que tenía que pasar algo raro, por lo de los hijos, a ver, pero creí que era una vez sólo, palabra de honor, y estaba resignada, te lo juro, sea lo que sea, pero tú te acostaste y «Buenas noches», como si te hubieras metido en la cama con un carabinero, figúrate, tanto control, tanto control, que ni a Valen se lo he contado, y yo a Valen, te lo puedes imaginar, que no es lo mismo que Esther, que Esther aunque amiga de toda la vida, es otra cosa, mucho menos comprensiva, dónde va, y hay temas de ésos, un poco picantes, que con ella son tabú, mucho presumir de moderna y de leída y no es más que una rancia, que con ella, ya ves, lo pienso muchísimas veces, a lo mejor habríais congeniado, que sois tal para cual, hijo, como fabricados con el mismo molde. Por de pronto a Esther le pareces inteligente y lee libros de esos raros, tostonazos que no se traga nadie, que me acuerdo cuando *El patrimonio*, Valen se tronchaba y Esther, la sabihonda, que era un libro simbólico, date cuenta, qué sabrá ella, y cuando te dio la depresión o eso, ídem de lienzo, que tú, pesadísimo, con la frivolidad y la violencia, que lo que Valen decía, «Mujer, ¡qué manera tan pesimista de ver las cosas!», pues Esther, hijo, que te comprendía muy bien, cómo no, y que abriésemos una revista a ver de qué otras cosas hablaba que no fuese de princesas de vacaciones o de matanzas en el Congo. Un pico de oro, cariño, que ella no hablará mucho pero cada vez que abre la boca es para poner punto final, madre, ¡qué ínfulas!, parece un predicador. «Mario tiene cosas dentro, pero entre todas le quitáis las voluntades», lo dijo Blas, punto redondo, anda que por mí, mira, buena prisa me di en contarte la historia de Maximino Conde y como si no, que si yo hubiera sabido escribir, Mario, ¡qué novela! Lo que le pasa a Esther es que no te ha visto en zapatillas, que es como hay que veros a los hombres, que al poneros las zapatillas os quitáis la careta, como yo digo. Cada vez que sale este tema, me acuerdo de mamá, que en paz descanse, Mario, que ella decía que, antes de casarse, la mujer debería ver unos meses a su novio en zapatillas y así se evitarían muchos desengaños. Date cuenta, no es porque yo lo diga, Mario, pero mamá estaba en todo, lo que es la

experiencia, que una a los diecisiete se cree que está de vuelta y todo eso le parecen chocheces y luego pasa lo que pasa, todas tropezamos en la misma piedra, que no es que yo me queje, a ver si nos entendemos, pero cuando, la primera vez, te diste media vuelta y me dijiste buenas noches, me quedé fría, que nunca me hizo nadie un feo así, que yo no seré una Sofía Loren, lo reconozco, pero tampoco para un desprecio semejante. Paquito Álvarez, ya te lo digo desde aquí, nunca hubiera hecho eso conmigo, y no digamos Eliseo San Juan, o el mismo Evaristo sin ir más lejos, que será todo lo degenerado que tú quieras, que hasta dicen que tiene una maleta con plumas de gallina y pone espejos y cosas raras, pero precisamente por eso. Y no es que me cogiera de nuevas ni mucho menos, que siempre he oído decir que la noche esa es de campeonato, que no se disfruta, que es un trago, pero no sé de nadie, ni de uno, fíjate, que se diese media vuelta y buenas noches. Y no me vengas con que por respeto y que hay ocasiones en que hay que dominar al bruto, porque, nos duela o no, animales somos, Mario, y, lo que es peor, animales de costumbres, que una mujer, por muy sanos principios que tenga, en una situación así, acepta antes una brutalidad que un desprecio, y a mí ya me conoces. Lo de la noche de bodas, Mario, te pongas como te pongas, es algo que no olvidaré por mil años que viva, vamos, hacerme eso a mí, que todavía el padre Fando que una delicadeza, ya me ha visto a mí el pelo, que buenos se están poniendo estos curitas jóvenes, que no dan importancia a nada, sólo a si los obreros ganan mucho o poco, que me apuesto la cabeza a que les parece peor que un patrono niegue una paga extraordinaria a que abrace a una mujer que no es la suya, que a esto hemos llegado, Mario, aunque sea triste reconocerlo, que estamos perdiendo el sentido de la moral y así nos crece el pelo, dichoso Concilio, con lo tranquilos que estábamos. ¿Pues no salen ahora con que los protestantes van a abrir una capilla aquí, en la esquina? Pero ¿es que estamos bien de la cabeza, imagínate, con cinco criaturas? ¿Con qué tranquilidad les va una a dejar salir de casa? Es que no quiero ni pensarlo, Mario, que esto nos pasa porque no sois como debierais, la gente no medita ya en el Más Allá ni tiene principios ni nada que se le parezca. Pero si lo teníamos en casa, Mario, recuerda, «Cuéntame tus aventurillas de soltero, aunque me duelan. Te perdono de antemano», yo creo que en mejor plan, porque estaba dispuesta a tragarme el cáliz hasta las heces, te lo prometo, que quizá sea una tonta, pero no lo puedo remediar, las gasto así y de repente, un buen día, me entran ganas de perdonar a todo el mundo, y lo iba a hacer, te lo juro, dejarte hablar y, luego, un beso y lo pasado, pasado, pero tú, chitón, reservado hasta con tu mujercita, que es lo que peor llevo, y cuando insistí,

con mayúsculas, hijo, como en tus libros: «ERA TAN VIRGEN COMO TÚ, PERO NO ME LO AGRADEZCAS; FUE ANTE TODO POR TIMIDEZ». ¿Qué te parece? Si hay una cosa que me saca de mis casillas, Mario, es tu desconfianza, entérate de una vez, porque si aquella noche me dices la verdad, te hubiera perdonado igual, aunque me costase, te lo juro por lo que más quieras. Lo mismo que con lo de Encarna en Madrid, que no hace falta ser mal pensada, y no te digo ahora, pero fíjate hace veinticinco años, con la euforia, una cerveza y unas gambas, que no, Mario, cambia de disco, ni que fuera tonta, ¿crees que no conozco a Encarna? Y luego con el éxito y todo eso, para qué querías más, donde te llevase, a ver, si me hago cargo, pero, lo mires por donde lo mires, es una indecentada, entre cuñados, aunque sólo fuese por respeto a la sagrada memoria de Elviro, que con la viuda de José María, si hubiera estado casado, parecería lo mismo pero no es lo mismo, es otra cosa, ya ves, un hombre sin creencias. Por más que callemos la boca, todo acaba sabiéndose, Mario, que el mundo es un pañuelo, como decía la pobre mamá, y con Encarna, hasta hace cosa de quince años, ha habido cosas que no están claras, cariño, que según tú todo es caridad, pero a saber, que yo no digo que la sobre ni que vaya a ponerse a trabajar, Dios me libre, pero sé que la dabas dinero y ella lo cogía, que te puedo indicar hasta el lugar y la fecha si es que lo quieres más claro, que una, a la chita callando, se acaba enterando de todo.

X

En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de mis hermanos pequeños, a mí me lo hicisteis. Escucha una cosa, Mario, ¿sabes que me gustaba cada vez que me decías «eres una pequeña reaccionaria»? Supongo que lo dirías por mis prontos, a ver, ¿por qué otra cosa si no?, pero con todo. Recuerdo que de chicos, Paco, cuando me perseguía, siempre con «pequeña» a vueltas, como un estribillo, que hubo una época que me gustó Paco, como lo oyes, yo era una niña, desde luego, que entonces apenas si reparaba en que ni hablar sabía, porque la familia de Paco era un poco así, ¿cómo te diría?, bueno, un poco, lo que se dice una familia artesana, y en cuanto le rascabas asomaba el bruto, pero como andaba siempre de broma se pasaba el rato con él, que en la vida he visto un hombre más colado, te digo mi verdad. Recuerdo que cuando nos cruzábamos con vuestra pandilla y el bárbaro de Armando se ponía los dedos en las sienes y mugía, Paco decía: «Si sueltan otro Mihura, me echo al ruedo, pequeña, sólo para que veas lo que es valor», y Transi se mondaba, que yo no sé qué le daría Paco pero siempre le prefería, y de no ser él, los Viejos, que lo que es a ti, ni regalado, las cosas como son, que tampoco venía a cuento esa manía, «Échale, fíjate qué nuez, parece un espantapájaros», tú dirás, que los primeros días, en cuanto te marchabas, me daba un beso en la boca, bastante apretados, desde luego, raros, como de tornillo, «Menchu, tienes fiebre, no deberías salir mañana», que yo no sé si serían celos o qué, ¿me comprendes? Transi, francamente, no ha tenido suerte, que tendría sus cosillas, y quién no, pero también reúne muy buenas cualidades, ya ves tú, lo de la fiebre, a esa edad, atenciones así no se pagan con dinero. No sé por qué ni por qué no, pero Paco Álvarez le tenía sorbido el seso, es que se moría de risa con él, ¿eh?, corrigiéndole, que Paco decía «relación» por «reacción» y «preceptiva» por «perspectiva», todo se trabucaba, que Transi le decía el Obrero, entre nosotras, claro, sin darle beligerancia, que es lo que más me extraña, aunque, bien mirado, eso era lo de menos, lo peor es que se le veía un hombre sin pulir, pues no sé en qué, en todo, ni se preocupaba de si me llevaba a la izquierda, y decía siempre «mi mamá», imagina, a sus años. Porque le quitas eso y Paco, como hombre, estaba pero que muy bien, y no te digo ahora, curtido, con sus canitas, que parece un actor, que mi sino siempre parece haber sido atraer a la gente basta, Eliseo, Evaristo, Paco y así. Valen dice que eso pasa cuando se está llenita, pero yo, quitando la poitrine, que siempre tuve un poco de más, nunca fui gorda, ¿no te parece? Y no digo ahora, naturalmente, que hay que ver a Eliseo San Juan, bisojo se pone, oye, y si voy con el suéter azul el acabóse, «Qué

buena estás, qué buena estás; cada día estás más buena», una cosa mala, Mario, lo que se dice ni a sol ni a sombra, una obsesión. Y, luego, con esa mandíbula, ese vozarrón y esas espaldas que se gasta, aturde, la verdad, que, lo que yo digo, Paquito Álvarez siempre fue otra cosa, no voy a decir más fino, pero ¡qué sé yo!, menos avasallador, como más comedido, otra cosa, los mismos ojos, yo no he visto cosa igual, te doy mi palabra, que es un verde raro para ojos, reconócelo, como los de los gatos o el agua de las piscinas. Y tenía detalles, que bien que me fijé, que Paco sería burdo y así pero siempre luchó entre su extracción humilde y un natural educado. Ya le ves ahora, un señor, un verdadero señor, que yo recuerdo, de chicos, al subir o bajar la acera, siempre me cogía un brazo, como por descuido, ya sabes, al desgaire, pero para una mujer es agradable notar que el hombre repara en su debilidad. Y una cosa que no te he dicho, Mario, que el otro día, hará cosa de dos semanas, el dos del pasado, para ser exactos, Paco me llevó al centro en su Tiburón, un cochazo de aquí hasta allá, no veas cosa igual, que yo estaba parada en la cola del autobús y, de repente, ¡plaf!, un frenazo, pero de película, ¿eh?, como te lo digo, que hacía mil años que no veía a Paquito, no te vayas a creer, que me puse encarnada y todo, fíjate qué rabia, que si hay algo que me haga perder los estribos es notar que la sangre me sube a la cara y no poder remediarlo. Y él, como si no se enterase, que hay que ver qué voz, qué aplomo, qué modales, otro Paco, Mario, como lo oyes, «¿Vas al centro?», «Pues, sí», a ver qué podía contestarle, pero sin moverme, que allí mismito, pegando a mí, estaba Crescente, con el motocarro, fisgando, natural, para no perder la costumbre, pero Paco sin vacilar, «Te llevo», que yo me colé sin pensar siquiera lo que hacía. ¡Y qué coche, Mario, de sueño, vamos! Con decirte que se me iba la cabeza, pero es que ni notar los baches, que luego Paco conduce con una seguridad como si no hubiera hecho otra cosa en su vida, y yo, como parezco tonta, el corazón paf, paf, paf, todo el tiempo, no por nada, sólo de verme encerrada en un coche con otro hombre que no fueras tú, que, eso sí, Paco no es el que era, qué manera de expresarse, Mario, pocas palabras pero las justas, en un medio tono, sin descomponer la cara por nada, como la gente bien. Los hombres es una suerte, como yo digo, con los años ganáis, y el que no está bien a los veinte no tiene más que esperar otros veinte, ahí tienes a Paco, hablando como un libro, como muy varonil, que de chico, tan rubito, resultaba un poco Niño Jesús para mi gusto, como un poco blando, no sé, que ahora a la legua se ve que tiene mundo, «Por ti no pasa el tiempo, pequeña; estás igual que cuando paseábamos por la Acera», ya ves, que yo «Qué bobo», a ver qué otra cosa podía decirle, si no hablábamos desde

hacía veinticinco años, unas bodas de plata, imagina, exactamente desde que yo era una cría, que yo, por desviar la conversación, «Qué coche más estupendo», y él que conmigo dentro lucía más, una galantería, tú dirás, más de trapillo no podía ir, que me cogió de sorpresa y luego lo sentí, las cosas como son, pero eso no quita, que una atención siempre gusta. Y en cuanto nos callábamos, él venga de mirarme de reojo, un poco así, no te digo en plan conquistador, pero vamos, que dio un rodeo para llevarme a la plaza, pero yo ni pío, como si no me diera cuenta, que de sobra sé que está casado y con un montón de hijos, y yo también, claro, pues a hacerme la boba, que luego, al despedirnos, venga a mirarme a los ojos, y me retuvo un buen rato la mano, que yo creí que iba a estallar, porque le ves a Paco ahora y como si fuera otro hombre, Mario, un dominio, una seguridad, parece mentira un cambiazo así. Por lo visto, después de la guerra, estuvo unos años en Madrid, relacionándose, ¿sabes?, él me lo dijo, y ahora con eso del Polo le interesa esto, representaciones y no sé qué negocios de solares o como se llame. Desde luego, él siempre fue trabajador, y en la guerra se portó estupendamente, menudo historial, un hermano caído y él un metrallazo en el pecho y un montón de heridas más, que méritos de sobra, quién se lo iba a decir a él, aquel chiquilicuatro, las vueltas que da el mundo, ya ves si yo me hubiera casado con él, a estas horas lo que quisiera. Porque tú te reirás, Mario, pero hoy la gente bien de dinero que gasta, que es lo que más rabia me da, que tú de tonto ni un pelo pero ya ves, y yo no digo un Tiburón, pero un Seiscientos… Un Seiscientos hoy hasta las porteras, cariño, que no es que exagere, ya ves los domingos en la calle, cuatro muertos de hambre y nosotros. No es por nada, Mario, pero lo de Paco me ha hecho reflexionar y es inclusive pecaminoso desaprovechar los talentos que Dios nos ha dado, así, que con escribir esas cosas que escribes en *El Correo* no adelantas nada ni haces bien a nadie, perder el tiempo, como yo digo, mira Paco. Yo misma reconozco que el encuentro me dejó un poco atontada, lógico, después de tanto tiempo, que no es que para mí pueda haber más hombres que tú, entiéndeme, pero para una mujer siempre es halagador saber que gusta. ¿Tú sabes cómo me miraba, Mario? Al marcharme no sabía cómo ponerme, te lo juro, que él no arrancaba y de seguro que estaba fisgándome, que me dio coraje haber salido con esas fachas, porque si no tuviera otra cosa, pero precisamente ahora, claro que para sabido. Menos mal que los hombres ni os fijáis, que yo cuando me cogió la mano pensaba todo el tiempo, «Que no me mire los botones, que no se dé cuenta de que he vuelto el abrigo», pero ya no suda ni nada, que yo recuerdo de joven, claro que ahora hay preparados para

todo, pero de chico, cada vez que me agarraba el brazo para subir a la acera, yo le decía bajito a Transi, «Ya me caló», que ella tronchada, y el infeliz de Paco, «¿De qué te ríes, pequeña, si no es mala pregunta?», que me lo dejaba todo húmedo, como te lo estoy diciendo. Y no es que yo vaya a decir ahora que me transfiguró que Paco me retuviese la mano, pero no dejarás de reconocer que es un detalle, cosa que tú nunca tuviste conmigo, cariño, que siempre fuiste más frío que otro poco, y no digo besarme, que eso ni a ti ni al lucero del alba se lo hubiera consentido, estaría bueno, pero sí un poquito más de pasión, calamidad, que siempre fuiste un apático, mucho «amor mío», mucho «mi vida» y, luego, nada entre dos platos. ¡Mira que la noche de bodas! Delicadezas, me río yo, que me pones en cada compromiso, ya ves Valen, que ella sangró, pues yo tengo que decirla que también, por vergüenza, a ver, ¿con qué cara le digo que diste media vuelta y si te he visto no me acuerdo? ¿Quieres más? Pues ahí tienes a Armando y a Esther, hijo, y ella bien intelectual que es, no me digas, bueno, pues se hicieron novios, por si quieres saberlo, reteniéndole él la mano, ni más ni menos, ni se le declaró ni nada, que éste es el chiste, que ella lo notó porque no la soltaba, sólo por eso, y así empezaron, ya ves tú. Que yo no hubiera admitido ese sistema, eso es aparte, que a mí las cosas bien hechas, Mario, y la declaración para ser novios es como la bendición para ser marido y mujer, la misma cosa, que recuerdo la pobre mamá, «Principio quieren las cosas», repara, más razón que un santo. El noviazgo es una baza muy importante, Mario, un paso para toda la vida, que muchos ni se dan cuenta, me gustas, te gusto, pues ¡tira!, que inclusive lo toman a broma, y no es eso, que así ocurre lo que ocurre. Ahora, un poquito de pasión, por mucho que digas, fundamental. Mira Armando, quince años casado, de vuelta de muchas cosas, pero a él que no le miren a su mujer, recuerdo la otra noche en el Atrio, el bar, menudo trepe, y no creo que Esther, la pobre, tenga mucho que mirar, bueno, eso es aparte, para él no rige, a pescozón limpio, muy en hombre, como hay que ser, que buena tunda llevaron, total por guiñarla el ojo, verás cómo no les quedan ganas, lógico. ¿Y en el Quevedo, de novios? Yo lo vi y le estuvo bien empleado, menudo escándalo, le pegó un puñetazo al tipo aquel que hasta partió las carteleras y todo, sólo por echarla el humo al pasar, sólo por eso, date cuenta, que es por lo que me chifla a mí Armando, que será todo lo brutote que queráis, pero es sano, como muy chapado a la antigua, con unos principios, ya me comprendes. A las mujeres nos gustan los hombres con unos pocos más de arrestos, querido, que defendáis lo que es vuestro, que os matéis por nosotras, si es preciso. ¿No se hace por la patria? Pues ídem de lienzo, Mario, para que

te enteres, que la mujer o la novia deben ser sagradas, como yo digo, ni tocarlas ni que las toquen, aunque contigo esto y mirar al cielo es todo uno, «Tengo confianza en ti», «Tú ya sabes lo que debes hacer», ¡qué cómodo!, ¿y si se me olvida? ¿Y si un día no me da la real gana de hacer lo que debo hacer? Es muy bonito eso, los hombres, una vez que os echan las bendiciones a dormir tranquilos, un seguro de fidelidad, como yo digo, el cuento de siempre, pero métete esto en la cabeza, Mario, hay ocasiones en que uno ha de ganarse esa fidelidad a pulso, y con los puños si hace falta, ahí tienes a Armando, toma ejemplo, a él que no le miren a su mujercita porque es capaz de todo. Y como Armando, la mayoría, convéncete, que no sé Paco, que hace mucho tiempo que le perdí la pista, pero lo más seguro, no hay más que verle, por de pronto en la guerra ya lo demostró, que hay que ver cómo tiene el cuerpo, como una criba, la de metrallazos. Ya sé que me pongo pesada pero no me cansaré de repetirte, borrico, que hay que poner ardor en las cosas que de verdad merecen la pena en lugar de gastar el tiempo escribiendo patochadas que ni te dan dinero, ni le interesan a nadie, que ya oíste a papá, y papá en otra cosa no, pero en eso de escribir no es un cualquiera, de sobra lo sabes, que me saca de mis cabales que te hagas el tonto.

¡Qué hermosa eres, amada mía, qué hermosa eres! Tus ojos son palomas, y perdóname que insista, Mario, que a lo mejor me pongo inclusive pesada, pero no es una bagatela eso, que para mí, la declaración de amor, fundamental, imprescindible, fíjate, por más que tú vengas con que son tonterías. Pues no lo son, no son tonterías, ya ves tú, que, te pones a ver, y el noviazgo es el paso más importante en la vida de un hombre y de una mujer, que no es hablar por hablar, y, lógicamente, ese paso debe ser solemne, inclusive, si me apuras, ajustado a unas palabras rituales, acuérdate de lo que decía la pobre mamá, que en paz descanse. Por eso, por mucho que él la defienda y por voces que dé, no me seduce la fórmula de Armando de salir cuatro tardes juntos y retenerle un buen rato la mano para considerarse comprometidos. Eso será un compromiso tácito si quieres, pero si me preguntaran a mí, no me mordería la lengua, te lo aseguro, que yo me mantendría en mis trece, Esther y Armando se han casado prácticamente sin ser novios antes, de golpe y porrazo, tal como suena, cosa que, bien mirado, ni moral me parece. Es lo mismo que si un hombre pretendiera ser marido de una mujer por ponerle la mano encima, equilicual, que el matrimonio será un sacramento y todo lo que tú quieras, pero el noviazgo, cariño, es la puerta de ese sacramento, que no es una nadería, y hay también que formalizarlo, que ya sé que fórmulas hay muchísimas, montones, qué me vas a decir a mí, desde el «te quiero» al «me gustaría que fueses la madre de mis hijos» con todo lo cursi que sea, figúrate, de sorche y de criada, pero, a pesar de todo es una fórmula y, como tal, me vale. Por eso porfié tanto, Mario, cariño, compréndelo, a mí me gusta hacer las cosas bien y tú siempre fuiste un poco parado, desde que te conozco, inclusive ahora, si no te tomas dos copas y entonces te propasas, un revientafiestas, a ver, te quedas solo, empiezas a mirar torcido, sin decir oste ni moste y a morir por Dios. Ya ves la otra noche en casa de Valentina, que estuviste insufrible, te lo digo como lo siento, Mario, por qué te voy a decir otra cosa, todo el tiempo disparando los corchos de champán contra las farolas, que a saber qué diría el servicio, porque perder los modales es algo admisible sólo en la gente baja, Mario, que afortunadamente todavía hay clases, botarate, que a ti siempre te ha salido todo esto de la educación por una friolera, y no. Como eso de saludar en la calle sin ton ni son, que me ponías enferma, y tú que ibas pensando en tus cosas, bueno está lo bueno, Mario, cariño, que lo que decía la pobre mamá, «Cada hora tiene su afán», porque la gente no tiene obligación de adivinar si eres despistado, maleducado o antipático. ¡Hay que ver las enemistades que te

has ganado por eso, y qué a lo tonto! Entre esto, tus libros y tu afán de ir contra corriente, te has cargado a la ciudad entera, cariño, y eso no se puede hacer, para que lo sepas, que vivimos entre gente civilizada y entre gente civilizada hay que comportarse como un ser civilizado, que si a un conocido no le dices adiós, a santo de qué, si me lo puedes decir, vas a decírselo a un desconocido, que recuerdo el sofocón que me hiciste pasar junto a la botica de Arronde con aquel desarrapado impertinente, «Perdone», «¿Me quiere decir de qué nos conocemos usted y yo?», que tú cortado, lógico, que si le habías confundido y que si tal y que si cual, palabras, y el frescales de él, «No se preocupe, desde hoy ya nos conocemos», en pleno paseo, que yo no sabía dónde meterme, y, encima, venga palmaditas en el hombro, qué te parece, un barrendero o vete a saber, que qué diría la gente que nos viese. Eso no se puede hacer, Mario, por propia estimación aunque sólo sea, y por si fuera poco, «Tan amigos y a su disposición», a un descamisado desconocido, date cuenta, que también son ganas de llamar la atención, cuando más sabiendo que me molesta, que no es que sea por orgullo, pero cada oveja con su pareja, calamidad, que tú en esto de guardar las formas, cero. Por eso estoy cada día más contenta de haberte hecho pasar por el aro, sólo faltaría, que lo que es por tu gusto, «Yo quiero salir contigo, pero solos», mírale, que yo haciéndome la tonta, «¿A santo de qué?», «Pues como novios», «Pero si no lo somos, ¿no te das cuenta?», y tú a escurrirte, pero ni hablar. Estas cosas, Mario, cariño, requieren una solemnidad, que no es cosa mía, el mundo es muy sabio, y cuando siempre lo ha hecho así, así tendrá que ser, convéncete, si no sería todo un lío y, por así decirlo, si tú un buen día te largas con viento fresco a ver qué podía yo reprocharte, nada, ¿te das cuenta?, mientras de la otra manera, no te digo por lo legal, pero siempre quedarías como un cochero, desde el punto de vista social, quiero decir. Y así un día y otro, aguantando, que bien que me lo has echado en cara, pero tuviste que pasar por el aro, tunante, sólo faltaría, y aquí, para *inter nos*, te advierto que no me faltó donde elegir, ya ves Paquito… proposiciones de sobra, cada jueves y cada domingo, y yo que nones, a ver, que Transi, loca, «No me irás a decir que te gusta un poco ese sietemesino», que yo no diría tanto, pero físicamente, cariño, tenías bien poquito que gustar, francamente, y yo como una romántica, que no soy más que una romántica y una tonta, «Ese chico me necesita», ya ves a esa edad, me emocionaba sentirme imprescindible, gajes, que mamá, con ese ojo clínico que no he visto cosa igual, «Nena, no confundas el amor con la compasión», date cuenta, los puntos que calzaba. Pero yo, ciega, lo reconozco, que a esa edad, porque no te digo que no, pero, a lo mejor, si el

bárbaro de Armando no se pone los dedos en las sienes y pega aquellos mugidos, que menuda vergüenza, ni me fijo, que hay veces que el porvenir depende de cualquier tontería, figúrate, una pequeñez así, las cosas. El caso es que me dabas una pena horrible, yo no sé, porque aquel traje marrón me horrorizaba, te lo confieso, y los tacones de los zapatos como roídos, así, tan triste, pero nunca se sabe, y, de repente, un día noté que empezabas a hacerme tilín, a lo tonto, que no veas a Transi, «Échale, ¿se puede saber en qué estás pensando?», un calvario, cariño no te puedes figurar, a contrapelo de todo el mundo, que a buena hora mamá, da gracias a lo de Galli, de rebote, a ver. Mamá, aunque me esté mal el decirlo, era la mujer más ecuánime que he conocido, siempre sonriente, tan pulcra, ni una voz más alta que otra, una de esas personas que te sedan, Mario, que hay que ver cómo murió, ni perder la compostura, no me digas, que lo pienso muchísimas veces, que mamá, antes de llegar donde tu padre se hubiera muerto de hambre, me apuesto la cabeza, buena era, la pulcritud en persona, antes de hacérselo en la cama cualquier cosa, estoy segurísima, que eso de «De la cuna a la sepultura» es una verdad como un templo, la gente muere como vive, el discreto en discreto y el abandonado en abandonado, ahí tienes a tu madre, sin ir más lejos, «Cuídale; vale mucho Mario, hija», siempre satisfecha de lo suyo, es que no fallaba, reconócelo, que otras virtudes tendría, no digo que no, pero sus hijos, hasta el mismo José María, ya ves, menudo elemento, santos, y Charo, para qué te voy a decir, perfecta, y los muebles de su casa, que entre todos no valían un perro chico, el que no era de nogal, caoba. Tu madre era graciosa, Mario, la persona más gloriosa del mundo, qué felicidad ser así, quién pudiera, recuerdo el día que me enseñó la fresquera en el ventanillo del baño, que yo náuseas, te lo juro, ganas de devolver, «Ni el mejor frigorífico me haría la leche que esta fresquera, hija. Ni en agosto se me corta la leche aquí», imagina, luego, ya en estado, cada vez que iba por tu casa, ni pasar bocado, es que imposible, un asco, que yo creo, lo pienso muchas veces, que si tú nunca tuviste ambición, entiéndeme, en el buen sentido, es por haberte criado en un ambiente tan mezquino. ¡Si hasta para declararte fuiste roñoso, querido! Buena trabajina me diste pero me lo había prometido, «¿Quieres ser mi novia?», ya ves qué formas, «¿A qué ton?», «Pues porque sí», la cabezonada, «¿De modo que porque sí se hacen novios dos personas?», que tú, como un niño maleducado, mira que eres, «Me gusta estar contigo», que yo tenía que contener la risa, te doy mi palabra, «Si te gusta estar conmigo será por algo, ¿no?», que acabaste por pasar por el aro, zascandil, ¿o es que ya no lo recuerdas?, «Porque te quiero», que yo te dije, me acuerdo como si lo estuviera viendo, en la Fuente

del Ángel, en el segundo banco, según se entra por la Pajarera a la derecha, «Eso ya es otra cosa». Pero visto y no visto, hijo, en qué hora, desde entonces venga de pasear por calles raras, sin gente, que yo al principio un poco escamada, a ver, nunca se sabe, y como hablas tan poco, que yo no me explico cómo os podéis pasar sin hablar, yo, como un hongo, palabra, que el día que Armando me dijo «Mario es enemigo de las multitudes», respiré, pero yo no sé, si eres enemigo de las multitudes, a qué tanto con los obreros, que hay que ver los que son, millones de millones, y con los paletos, que Valen se troncha con tu manía de los paletos, que lo que ella dice, «Hambre ni pun, hija, que matan unos cerdos que para mí los quisiera». Una de dos, Mario, que no hay quien te entienda, o eres enemigo o eres amigo, pero si eres amigo, júntate con tus iguales, zascandil, que es lo que te corresponde, y deja en paz a los obreros y a los paletos, que ya saben tenerse solos, ya le oyes a Paco, buenos están, y las criadas mismas, que hoy todo el mundo pide la luna. Lo he comentado con Valen muchísimas veces, que parece que jugáis a los despropósitos, cariño, mucho Dios, mucho prójimo, pero si los pobres estudian y dejan de ser pobres, ¿quieres decirme con quiénes vamos a ejercitar la caridad? ¡Anda, dime, que tenéis cada salida! Y es que no os dais cuenta, porque si esto solamente lo pensaras, vaya, mal estaría pero pase, pero es que no, hay que escribirlo y escribirlo con mayúsculas, hale, bien grande, que nadie se quede sin verlo, como a ti te gusta. Si un día se quemase *El Correo*, qué felicidad Mario, créeme, que lo que estáis haciendo en el periodicucho ese es labor del demonio, confundiendo a los infelices y llenándoles la cabeza de pájaros, convéncete, testarudo, que tienes la cabeza muy dura y nunca te has dado a razones, que la soberbia es lo que te repudre, cariño, siempre el yo por delante, y no digas que no, que la soberbia te enfrentó con Solórzano, ahí es nada, que el hombre te tiende la mano y tú «No señor, yo no tengo por qué agachar la cabeza», amor propio y nada más que amor propio, mira Higinio Oyarzun, no le ha ido tan mal me parece a mí, y después del barullo del acta con Josechu, el que Fito Solórzano te propusiera para concejal era izar bandera blanca, ¿no?, lo pasado, pasado, borrón y cuenta nueva, bien claro lo decía papá en su carta, pues tú, no señor, que lo tienes a gala, «Me quieren mezclar», «El precio del silencio», el disparate, cuando lo que te vienen a ofrecer es una tribuna, adoquín, un cargo de responsabilidad, ya oíste a Antonio, «Entrar en el Ayuntamiento por el tercio cultural es hacerlo por la puerta grande», que no es que lo diga yo, que lo dice Antonio, entérate de una vez, cabeza dura. Bueno, pues tú como quien oye llover, «Mi nombre está para sonar, no para salir», hijo, que siempre estás con

esas cosas, que eres más raro que otro poco, complejos es lo que tenéis vosotros, que estáis llenos de complejos, tú dirás, siempre en clave, «para sonar, no para salir», que no hay quien os entienda, pesado, más que pesado, y lo peor es que tu hijo viene con las mismas mañas, ya le oíste ayer, «Mamá, esos son convencionalismos estúpidos», date cuenta, pero de malos modos, ¿eh?, menudo sofocón, media hora llorando en el baño, te lo prometo, sin poder salir. Luego dices, prefiero yo mil veces a Menchu, con toda su vagancia, que a estos jovencitos, que no sé si la Universidad o qué pero salen todos medio rojos, sin la menor consideración, que Menchu, estudie o no, por lo menos, es dócil, y mal que bien aprobará la reválida de cuarto, tenlo por seguro, y ya está bien, que una chica no debe saber más, Mario, hay que darla tiempo de ser mujer, que a fin de cuentas es lo suyo. Después de todo, el bachillerato elemental es hoy más que el bachillerato de nuestro tiempo, Mario, dónde va, y, de que pase el luto, la niña se lucirá y, como es monilla y tiene mano izquierda, no le faltará un enjambre alrededor, y si no, al tiempo, que de algo ha de servirme la experiencia y ya me preocuparé yo de que acierte a elegir, ella es dócil y desde chiquitina no se compra un alfiler sin consultarme. Tú dirás, ya lo sé, que estrangulo su personalidad, que me pones mala, grandísimo alcornoque, porque si personalidad es negarse a llevar luto por un padre o faltar el respeto a una madre, yo no quiero hijos con personalidad, ya lo sabes, con la tuya he tenido bastante, que mis ideas no son tan malas, después de todo, y, o poco valgo, o mis ideas han de ser las de mis hijos, que hasta al insolente de Mario pienso meterlo en cintura, óyelo bien, y si quiere pensar por su cuenta que lo gane y se vaya a pensar a otra parte, que, mientras viva bajo mi techo, los que de mí dependan han de pensar como yo mande. No te rías, Mario, pero una autoridad fuerte es la garantía del orden, acuérdate de la República, no es que yo me lo invente, aquí y en todas partes, y el orden hay que mantenerlo por las buenas o por las malas. O se es, o no se es, que diría la pobre mamá.

Es un orgulloso que nada sabe, que desvaría en disputas y vanidades, de donde nacen envidias, contiendas, blasfemias, suspicacias, porfías de hombres de inteligencia corrompida y privados de la verdad, que tienen la piedad por materia de lucro, y a mí no me la dais, Mario, a vosotros lo que os fastidia de Higinio Oyarzun es el Dos Caballos, hablemos francamente, y que a los quince años de estar aquí haya entrado en sociedad, cosa que ni tú ni los de tu camarilla habéis conseguido, ni conseguiréis, por la sencilla razón de que sois unos hurones, para qué vamos a engañarnos, que ni tenéis trato ni sabéis poneros derecha la corbata. Sí, ya lo sé, vas a decirme que no interesa, lo de la zorra, no están maduras, la de siempre, mira que eres, pero con Valen la otra noche, tú dirás, como un enano, ¡cómo lo pasaste!, y no olvides que los Rojo son de la mejor gente de aquí, para que te hagas una idea, lo que sucede es que como él es catedrático del Instituto, tienen que hacer a los dos paños, a ver. Pero si Vicente no fuera catedrático, ya te lo digo desde aquí, ¡de qué pisábamos nosotros su casa!, por mucho que a Valen la vistan los escritores y así, que lo que hace ella es reírse de vosotros, como lo estás oyendo, que Valen, aunque no lo parezca, es tremenda, se ríe hasta de su sombra, no te hagas ilusiones. Y qué cena nos dio, de sueño, que sobró de todo, hasta langosta y caviar, y cómo estaba la langosta, Mario, y qué bien servido todo, ni las bodas de Canaán, como yo digo, que si tú no te propasas, una de las noches más felices de mi vida, fíjate, menuda cena, que como ella te dice «Veniros a tomar una copa el sábado», le quita importancia, te piensas que va a ser otra cosa. Pero tú estuviste en un tris de armarla, querido, mira que eres, y te advierto que lo presentí, que no te lo creerás, te lo juro, nada más llegar, en cuanto entramos y vi a Solórzano y a Higinio, pensé, como te lo digo: «Mario se apoquina en un rincón o da el espectáculo», si te conoceré, en cuanto eché la vista encima a Oyarzun, que no sé de dónde esa manía, que a mí me parece un muchacho correcto, y no es hablar a lo bobo, que ya me viste, y un rato bien agradable que pasé con él, que no es que vaya a decir que tenga una gran facha, porque no, porque no la tiene, no es un Adonis si es lo que quieres saber, pero dentro de lo menudito, con ese olor a tabaco de pipa y esas corbatas que son la preciosidad, acaba por hacerse atractivo, mira lo que son las cosas. Higinio es uno de esos hombres que te dan el pego, porque de entrada no resulta, de acuerdo, pero a medida que le tratas te vas dando cuenta de que tiene algo, que me preguntas y ni idea, que empiezo por decirte que no sé si es que viste bien o que sabe llevar la ropa, que son dos cosas muy distintas, aunque esto para ti sea chino. Pero para que vayas aprendiendo,

cariño, y no lo digo con segundas, hay gentes que cuando se visten para una fiesta parecen endomingadas, dan un poco de grima, así como si se hubieran quitado la pana para ir de boda, ya me comprendes, y otras que no, que es el caso de Higinio, una soltura, una gracia especial, que este muchacho, con todo lo menudo que es, le pones un chaqué y como el pez en el agua, me juego la cabeza. Se le ve a la legua que es hombre de sociedad, nada de advenedizo, y al que te diga que es un chismoso, ni hablar, todo lo contrario, para todo el mundo tiene una palabra amable, mira que motivos le sobran para estar engreído, pues como si nada, tan sencillo, date cuenta, a mí, de vernos por la calle y adiós y adiós, pues, enseguida, con tus libros, que qué preparabas y que si saldría algo nuevo este año, realmente interesado. Y no digas, que tú con él, mejor es no hablar, con que si es un correveydile y un confidente, que tú dirás, cualquier otro, después de las campañas de *El Correo* y de lo de Fito Solórzano, ignorarte era poco, pues él, no, como te lo digo, como si fueras el mejor escritor de España, que yo no digo que escribas mal, entiéndeme, lo único los argumentos, pues él todo elogios, lo único que a veces se te iba un poco la mano, ya ves tú, un poco, un buenazo, eso es lo que es, que a otra cosa no, pero a ojo clínico pocas me ganan. Y lo mismo con lo de papá, no te creas, con lo de la corbata, «Puede quitársela mañana, niña; España es, de hecho, una monarquía», que yo en la luna, oye, te lo confieso, pero a él no le pareció raro, «Es cosa hecha; esto está hecho desde el año catapún, pero las señoras jóvenes, entonces, no habíais nacido», una galantería, figúrate, que yo, los aparente o no, ya tengo mis añitos, por más que Paco el otro día, que estaba igual que cuando paseábamos por la Acera, qué más quisiera. Porque no sé si te he dicho, Paco me ha llevado dos veces en su coche, Mario, con siete días de diferencia, a la misma hora y en la misma parada del autobús, que también es casualidad. Pasé mi bochorno, no te creas, que menuda cola, y yo que me veo venir un Tiburón rojo y, ¡plaf!, frenazo, pero como en las películas, «¿Vas al centro?», que yo violenta, si es Paco, imagina, un siglo sin verle, y Crescente fisgando todo el tiempo desde el motocarro, y yo acomplejada, lógico, «Pues, sí», a ver qué iba a decirle, que ni me dio tiempo de pensarlo, abrió la portezuela y me colé. ¡Qué cambiazo el de Paco, querido, es que por mucho que te diga no te lo puedes imaginar! Otro hombre, eso, lo que se dice otro hombre. Los ojos sigue teniéndolos ideales para mi gusto, más bonitos, si cabe, de un azul verdoso, entre de gato y de agua de piscina, y, con los años, no sé cómo explicarte, ha cogido aplomo, que yo recuerdo de chico, un chisgarabís, y ahora representa, parece alguien, y habla correctamente, que antes era una juerga. Pues ahí le

tienes, con su Tiburón, apaleando millones, que yo no sé bien dónde me dijo que trabajaba, desde luego tiene algo que ver con lo del Polo, no me hagas mucho caso, aunque buen ojo abrí cuando habló de las casas. A Higinio, en cambio, no me atreví a decirle una palabra, que fui boba, yo misma lo comprendo, que al fin y al cabo él era del Patronato, pero, fíjate, con el tiempo que ha pasado, que entonces, lo reconozco, me llevé un berrinche espantoso, pero no le iba a ir ahora con el cuento, estaba fuera de lugar me parece a mí y, además, iban cargados de razón, que algún día te convencerás, calamidad, de que en esta vida cuentan más los amigos que los títulos. Pero si tú vas y te plantas haciéndoles cara, criticándoles a todas horas, no queriendo ser concejal, negándote a firmar sus actas, ¿es que te van a dar una casa, encima? Estarían locos, Mario, desengáñate, y soy la primera en reconocer que tú no tienes la culpa, que si a ese don Nicolás que Dios confunda le hubiesen dado su merecido a su hora, otro gallo nos cantara, porque el don Nicolás y el Aróstegui y el Moyano, que más adelantaría rapándose esas barbas asquerosas, como yo digo, y toda la camarilla, el padre Fando incluido, que antes yo me pensé que era de otra pasta, te han hecho mucho daño, la verdad. Que ya me conozco la teoría de don Nicolás, «En el mundo actual, un escritor o es crítico o no es nada», palabras y nada más que palabras, que el caso es embaucar a la gente joven, carne de cañón ni más ni menos, que yo no sé a santo de qué andan ahora los chicos tan alborotados. No le trago, fíjate, al don Nicolás ese de mis pecados, que será todo lo inteligente que tú quieras pero a mala persona no le gana nadie y además se le ve venir, que ésa es otra. Quitas a su pandilla y no sé de una sola persona de la que hable bien, ¡madre, qué lengua!, mira que los versos que le sacó al pobre Canido. Claro que Canido era lo de menos, que a mí no me la da, y además, no me avergüenzo de decirlo, a mí me gustan horrores las poesías de Canido, digáis lo que digáis, que será todo lo anticuado que quieras pero pegan divinamente y se entienden de maravilla, no es como las de ahora, que hay que ver los poetas también, hijo, en clave, no los resisto, y él corriendo por ahí que «ni los versos de Canido son versos sino versículos, ni los textos de Solórzano son textos sino testículos», que a Moyano, bien que se lo oí, que «Fito era de los de a puro huevo», ya ves tú, ¡qué educado!, que ni él sabe lo que quiere decir con eso. Y yo no voy a salir ahora con que Solórzano hable bien, que sería una bobada, pero tampoco mal, habla corriente, eso ni de llamar la atención por una cosa ni por la otra y, en definitiva, si a él le apetecía editar sus discursos en la Casa de la Cultura, si tenía ese capricho, pues bueno, otros tienen otros, no hace mal a nadie me parece a mí, si costeaba la edición, el pie

de imprenta era lo de menos, que hay que ver cómo os pusisteis, ni que os quisiera fusilar, que no sólo le decís que no y que antes dar cerrojazo a las ediciones, que tampoco era para tanto, sino que, encima, andáis corriendo por ahí que con un discurso era suficiente, que en los otros bastaba sustituir «abrevadero», por «teléfono» o por «fuente» o por «cementerio», que no he visto peor intención en mi vida, como lo oyes. Aunque digáis misa, eso son ganas de molestar, cariño, que os pasáis de rosca, todo el día de Dios pinchando e incordiando, y luego, a ver, nadie os puede ver ni en pintura, lógico, ya ves la gente que vino ayer por casa, fuera de media docena de personas que merezcan la pena, mozalbetes y desarrapados, que así nos crece el pelo. Si te digo mi verdad, no me explico cómo todavía no te han metido en cintura, créeme, porque después de lo de José María tú debías haber andado con más ojo, cuanto más a la vista de los antecedentes de tu padre, de los de a mí no me metan en líos, pero rojo también, no sé si de Lerroux o de Alcalá Zamora, pero desde luego rojo, que menudo nido tu casita, hijo, ni buscada con candil. Menos mal que estaba lo de Elviro en Madrid y la guerra, que, mal o bien, al fin y al cabo la hiciste, eso es cierto, pero lo de José María era gordísimo, no me digas, un hombre significado, como para poner a toda la familia en cuarentena, fíjate, que me hacía reír tu padre, qué pesado, con que si fue él quien no le dejó ir a la oficina, que eso era lo de menos, date cuenta, que cuando se proclamó la República salió con la bandera y estuvo en el mitin de Azaña en la plaza de toros, que hay testigos, que no es una invención mía. Tú te cubres con Elviro, Mario, pero eso no basta, que Elviro será un caído y todo lo que quieras, pero también está lo del otro, que yo no sé cómo te atreves a hablar de tolerancia y comprensión y que si no podemos estar toda la eternidad como Caín y Abel, que eso a ellos, a José María y a los de su cuerda, caínes, más que caínes, que te pones en ridículo cada vez que dices en público que tus dos hermanos pensaban lo mismo, habráse visto, que José María aquí se pasaba y Elviro, allí, no llegaba, siempre con tus crucigramas, calamidad, que la pones a una la cabeza loca, en vez de hablar claro. Lo mismo que con los héroes de los dos lados, o que sin un acto de expiación colectivo sería muy difícil arrancar, o que si muchachos con los ojos limpios que querían una España distinta, unos y otros, pero que la política y el dinero lo echaron todo a perder. Cómo vas a comparar, ¿estás tonto?, pero si ni a misa iban, hijo de mi alma, que la has cogido modorra con el dinero, que el dinero lo tienes o no lo tienes pero no puede pensar, ni que fuera una persona, que vosotros con tal de hacer una frase sois capaces de vender el alma al diablo. Es como lo de José María, cuando sale Charo con que dijo antes de

matarle que no era la primera vez que un justo moría por los demás, ganas de hablar, que a saber qué dijo José María si es que dijo algo, que estaría muerto de miedo y rezando el Señormíojesucristo, como todos en ese trance, natural. La gente de la cáscara amarga, por la cuenta que le tiene, es muy aficionada a sacar frases y a pulirlas como a los dorados, que hay quien se alimenta de frases, como yo digo, qué aburrimiento. Hay que ver la guerra que te dan a ti las palabras, cariño, que lo que dice Valen, a fuerza de darlas vueltas en la cabeza ya no sabes dónde pones los pies, que luego queréis arreglar el mundo y no sabéis de la misa, la media, que éste es el chiste, y os creéis que lo sabéis todo. Escucha, Mario, aquí, para *inter nos*, cada vez que Borja se dormía arrullado por la quinta sinfonía y tú decías, «Éste es el intelectual de la familia», yo perdía la cabeza, te lo confieso, porque por nada del mundo quisiera tener un hijo intelectual, una desgracia así, antes que Dios se lo lleve, fíjate. Convéncete de una vez, Mario, los intelectuales, con sus ideas estrambóticas, son los que lo enredan todo, que están todos medio chiflados, porque creen que saben pero lo único que saben es incordiar, lo único, fíjate bien, y sacar a los pobres de sus casillas, que el que no acaba de rojo, acaba de protestante o algo peor. Daría media vida por meterte esto en la cabeza, querido, que yo no sé en qué tono decírtelo, que hay personas que me paran en plena calle, y no es una ni dos, siempre los mismos, que si te has hecho rojo, imagina qué situación, con qué cara voy a contestarlos, que, luego, cada vez que te veía comulgar, me entraba un escalofrío por la espalda que no quieras saber, porque por mucho que en mi fuero interno pretenda disculparte, hay cosas que no pueden conciliarse, cariño, por ejemplo, Dios y *El Correo*, pero así, sin contemplaciones, que es algo que sale de ojo. El Señor no gusta de las medias tintas, cariño, y Él me perdone pero yo creo que ese Juan XXIII, que gloria haya, ha metido a la Iglesia en un callejón sin salida, que no es que diga que fuese malo, Dios me libre, pero para mí que lo de Papa le venía un poco grande, o, a lo mejor, le pilló demasiado viejo, que todo puede suceder. Yo no soy una mojigata ni una intransigente, Mario, ya me conoces, pero este buen señor ha hecho y ha dicho cosas que asustan a cualquiera, no me digas, porque si a estas alturas, también va a resultar que los protestantes son buenos, acabaremos por no saber dónde tenemos la mano derecha.

XIII

Don de Yavé son los hijos: es merced suya el fruto del vientre. Lo que las saetas en la mano del guerrero, eso son los hijos de la flor de los años. ¡Bienaventurados los que de ellos tienen llena su aljaba! ¡Qué bonito! Pero luego la que andaba todo el día de Dios como un zarandillo era yo. No es por nada, Mario, pero algún día te darás cuenta de lo poco que me has ayudado en la educación de los niños, que Antonio, que es un gran pedagogo, lo dice, ya ves, que cuando el padre se inhibe, los hijos lo notan, qué cosa, que pueden ser como cojos pero por dentro, ¿comprendes?, tarados o eso. Claro que en este punto, no es ninguna novedad, los malos ratos para la madre; que los hombres sois todos unos egoístas, ya se sabe, que ni cortados por el mismo patrón, pero si hay uno que se lleve la palma a este respecto, ése eres tú, Mario, cariño, y perdona mi franqueza. ¡Hay que ver!, se te metió entre ceja y ceja que las niñas estudiaran y ahí las tienes, contra viento y marea, la pobre Menchu, y no te hagas el tonto que sabes de sobra que las niñas que estudian, a la larga, unos marimachos. En cambio, con los niños, muy bonito, otra medida, mira tú que bien, y si no quieren estudiar que trabajen con las manos. Pero ¿es que estás en tus cabales, Mario? ¿Te imaginas a un Sotillo en mono? Que me aspen si te entiendo, hijo, pero la verdad es que tienes unos gustos que merecen palos, que la vocación es muy respetable, de acuerdo, pero hay vocaciones para pobres y vocaciones para gente bien, cada uno en su clase, creo yo, que a este paso, a la vuelta de un par de años, el mundo al revés, los pobres de ingenieros y la gente pudiente arreglando los plomos de la luz, fíjate qué gracia. Pero para las niñas no hay vocación que valga, la ley del embudo, como yo digo, eso no rige, y si tienen vocación de madres, lo más noble que puede haber, que se aguanten y al Instituto, por la sencilla razón de que las niñas no pueden ser ignorantes, qué menos que el bachiller, que me herías en lo más vivo, Mario, por si te interesa saberlo, que yo no soy bachiller y a ti te consta, pero el caso era quitarme la autoridad delante de mis hijos, que ésa es una cosa que no podré perdonarte, cariño, por mil años que viva, porque si hay algo aborrecible en este mundo es eso, echar a los hijos contra la madre, tarea de diablos, así como suena, y eso es lo que has estado haciendo tú día tras día y año tras año, con una constancia digna de mejor causa. Y, luego, en vez de apoyarme cuando les decía que se limpiaran los zapatos al entrar en casa y que aprendieran a manejar los cubiertos de pescado, me salías por peteneras de que lo que debían hacer era leer y que Alvarito era muy raro y que marcharse solo al campo a prender una hoguera era un desvarío y otro desvarío su obsesión con la muerte y con las estrellas,

tonterías, que lo que le pasa a Álvaro es que tiene vocación de boyescut, o como se diga eso, que yo de idiomas ni pun, ya lo sabes, pero ¿a qué ton al médico? Álvaro es un chico corriente, Mario, cualquiera que te oiga, y te pones a ver y más me preocupan a mí otras cosas, mira Borja, vaya salida, ¿sabes lo que me dijo ayer y le salió del alma, que no es que sea broma? Pues va y me dice, pero con todas las de la ley, ¿eh?, «Yo quiero que se muera papá todos los días para no ir al colegio», ¿qué te parece?, le pegué una paliza de muerte, créeme, que son seis añitos, ya lo comprendo, pero yo a esa edad sentía veneración por papá, ya ves tú, que me dicen que le ha pasado algo y me muero, que lo primero, en cuanto aprendí a leer, era buscar su firma en el *ABC*, pero todos los días, ¿eh?, como costumbre, que cada vez que la encontraba, de ciento en viento, natural, mamá: «Papá es un gran escritor, nena», que yo, para qué quería más, toda orgullosa, pero un orgullo sano, nada de pecaminoso, no te pienses lo que no es, y llegar al colegio y plantárselo a mis amigas era todo uno, que ellas rabiaban porque sus padres no escribían en los periódicos y yo, figúrate, feliz. Respeto y admiración por los padres es lo primero que hay que inculcar en los hijos, Mario, y esto no se consigue sino con autoridad, que siendo blando con ellos te crees que les haces un favor y, a la larga, todo lo contrario, ahí tienes el caso de Borja, con eso de que no se arrancaba y se ponía tieso al llorar, que ya se destiesará, que se te caía la baba con él, cuánta pamplina, que a la misma Doro la chocó, ya ves, «Su papá es ciego por ese chico», nada más entrar, que con los hijos no se pueden hacer diferencias, todos iguales, ya me ves a mí, ni uno ni otro, ¡sólo faltaría!, que lo de Aran es distinto, no crece esa cría, ya sé que es la chiquitina, pero está muy baja para la edad que tiene, Mario, que sale a la tía Charo, y me horroriza, te lo digo como lo siento, que tu hermana es como un botijito, de atractivos, nada, que como buena, un pan bendito, eso ya lo sé, pero si una muchacha desangelada no es buena, ¿quieres decirme qué le queda? «Las santas feas no tienen ningún mérito y, por tanto, no son tales santas», solía decir mamá con mucha gracia, y es cierto, Mario, tú dirás, que a mamá a ingeniosa no la ganaba nadie, yo recuerdo de chica, las visitas con la boca abierta, siempre ella la voz cantante, que a mí me recuerda a Valen, que se tiran un aire, fíjate, aunque mamá, si quieres, un poco más llenita, que eran otros tiempos. Se me saltan las lágrimas sólo de pensar lo mal que lo pasó con lo de Julia, que si hay alguien a quien no le pegara una cosa así, era a mamá, te lo digo en serio, tan recta, tan ponderada, tuvo que sufrir horrores, ¡con decirte que no volvió a probar los dulces! No es porque yo lo diga, pero señoras-señoras como mamá van quedando cada día menos, que ya

comprendo que antes el servicio era más fácil, dónde va a parar, con veinte duros, y peco de larga, estabas arreglada, pero con todo, que ésa es otra conquista de *El Correo* de la que os sentiréis orgullosos, dichoso *Correo* que no sabe más que calentar la cabeza de los pobres y ya estás viendo los resultados, mil quinientas pesetas una criada, que yo no sé dónde vamos a llegar, Mario, que estas mujeronas están destrozando la vida de familia, que ya no las hay y las que quedan, ¡válgame Dios!, tú dirás en qué se diferencian de las señoritas, los bares, los pantalones, y si van al cine, a butaca, hijo, como señoras, que a veces me da por pensar que éstas son las señales del fin del mundo y me dan escalofríos, te lo prometo, que todo está ahora patas arriba, Mario, y a las señoras nos toca arrimar el hombro que es el no parar. Y tú, todavía, que me quejo; demasiado poco, zascandil, que no os dais cuenta, que los hombres me hacéis gracia, «Hay que simplificar», y agarráis un día la escoba o sacáis de paseo a los niños y os creéis que habéis hecho algo, unos héroes, ya ves, que yo recuerdo tú, cuando la depresión o eso, cuando lo del expediente y lo de Solórzano, aquellos líos, venga de llorar, a cada paso, pero por nada, y qué hipo, madre, «¿Te duele algo? ¿Tienes fiebre?», preocupada, a ver, que tú «Sólo siento asco y miedo», que también es salida, «¿Y de qué tienes miedo, cariño?», «No lo sé, eso es lo malo», ¿qué te parece?, en cambio yo me quejaba de vicio, mis ascos no contaban, unos egoístas, que eso es lo que sois los hombres, y encima el Moyano dándote alas, que si te metías la chaqueta del pijama por el pantalón, una patochada, tú me dirás, y tú que sí, y él a reír, y qué neurótico entonces. Para mí que lo que buscabas era que yo no te armara una polca por lo del expediente, que el caso era darte importancia, que ya llovía sobre mojado, hijo, que cuando te metiste con la Inquisición ya te llamaron al orden y el propio Antonio en su despacho te dijo cuatro verdades, porque lo que no se puede, Mario, es querer enmendar la plana al Todopoderoso, que tú si no estás despellejando a alguien o a algo parece como que no estuvieras a gusto, qué manía la tuya, que me sacas de quicio. ¿Es que también era mala la Inquisición, botarate? Con la mano en el corazón, ¿es que crees que una poquita de Inquisición no nos vendría al pelo en las presentes circunstancias? Desengáñate de una vez, Mario, el mundo necesita autoridad y mano dura, que algunos hombres os creéis que sólo por eso, sólo por el mero hecho de ser hombres, ya se terminó la disciplina de la escuela y estáis pero que muy equivocados, es preciso callar y obedecer, siempre, toda la vida, a ojos cerrados, que buena perra habéis cogido ahora con el diálogo. ¡Virgen santa!, que no habláis de otra cosa, parece que no hubiera problema más apremiante en el mundo, conque si antes no podías preguntar y ahora

preguntas pero no te responden, que para el caso es lo mismo, que el diálogo se va a paseo. Como el otro, el bebé ese del Aróstegui, que mejor andaría jugando con el aro, como yo digo, que libertad de expresión, ¿puede saberse para qué la quiere? ¿Quieres decirme qué pasaría si a todos nos dejaran chillar y cada cual chillara lo que le viniera en gana? Que no, Mario, que pedís imposibles, un gallinero, eso, una casa de locos, que por muchas vueltas que le des, la Inquisición era bien buena porque nos obligaba a todos a pensar en bueno, o sea en cristiano, ya lo ves en España, todos católicos y católicos a machamartillo, que hay que ver qué devoción, no como esos extranjerotes que ni se arrodillan para comulgar ni nada, que yo sacerdote, y no hablo por hablar, pediría al gobierno que los expulsase de España, date cuenta, que no vienen aquí más que a enseñar las pantorras y a escandalizar. Todo esto de las playas y el turismo, por mucho que tú digas, está organizado por la masonería y el comunismo, Mario, para debilitar nuestras reservas morales y, ¡zas!, deshacernos de un zarpazo, y tú, metiéndote con la Inquisición y todas las cosas buenas, que me haces gracia, que con esas historias de que los métodos de la Inquisición no eran cristianos les estás haciendo el caldo gordo, y no digo por mala fe, que no llego a tanto, pero sí por simpleza, Mario, que es muy discutible eso de que matar a un hombre por no querer traicionar su conciencia no es cristiano, porque, en resumidas cuentas, ¿puedes decirme si cogeríamos un solo grano de trigo si previamente no eliminásemos la cizaña? Anda, contesta, que es muy fácil hablar, querido, pero vamos a lo práctico, que a la cizaña, convéncete, hay que cortarla de raíz, hasta el exterminio, pues aviados estaríamos si no. Amor, amor, dale con el amor, qué sabrá de amor un hombre que la noche de bodas se da media vuelta y si te he visto no me acuerdo, que una humillación así no la olvidaré por mil años que viva, cariño, y perdona mi franqueza, que ahora lo que vais a pretender es que por amor a la cizaña dejemos perder el trigo, cuando lo que hay que amar es el trigo, botarate, y por amor a él arrancar la cizaña y quemarla luego, aunque nos duela. Una poquita de Inquisición nos está haciendo buena falta, créeme, yo lo pienso muchísimas veces, que si la bomba atómica esa la perfeccionasen de tal modo que pudiera distinguir, que ya sé que es una bobada, pero bueno, y matase sólo a los que no tienen principios, el mundo quedaría como una balsa de aceite, ni más ni menos, ni menos ni más. Pero ya sé que por un oído te entra y por otro te sale, figúrate si te conoceré, si nunca me has hecho caso, Mario, cariño, jamás de los jamases, ni siquiera cuando te advertía que eran días malos, tú a lo tuyo, «No mezclemos las matemáticas en esto», «No seamos mezquinos con Dios», dale, claro que yo como un palo, a ver qué

esperabas, encima, y que digas que Dios nos ha tenido de su mano, que no soy de tener muchos hijos, por lo que sea, que si yo soy una de esas artesanas conejas que los echan a pares, para qué te voy a contar. Siempre fuiste muy tuyo, calamidad, tú y sólo tú, ya lo ves, ni a Antonio le hiciste caso cuando te llamó al orden, que no es decir que hay esta razón o la otra, nada, cabezonadas, que el expediente te lo ganaste a pulso, hijo, y si no te dejaron en la calle fue por verdadero milagro, que aún me duelen las rodillas de rezar, no creas que es mentira, que se me deformaron y todo. Y no me vengas con que Antonio, que Antonio, lo mires por donde lo mires, no podía hacer otra cosa, Mario, que él, mal que te pese, te había llamado al orden anteriormente, no lo negarás, y si un alumno fue a quejarse, cosa que aquí, para *inter nos*, no me choca nada, a él no le quedaba otro remedio que dar cuenta a Madrid. En sustancia, lo que te he dicho mil veces, que vosotros os creéis que esto es un circo donde cada cual puede hacer lo que le dé la gana y estáis muy equivocados, aquí igual que en casa, la misma cosa, con la salvedad de que en lugar de los padres es la autoridad, pero siempre debe haber uno que diga esto se hace y esto no se hace y ahora todo el mundo a callar y a obedecer, únicamente así pueden marchar las cosas. Ya le oyes a papá, cuando la República un guirigay, no había quien se entendiese, ¿que por qué?, hijo mío, no seas cerril, pues porque no había autoridad, que para que te hagas una idea, es lo mismo que si un día les decimos a Mario, Menchu, Álvaro, Borja y Aran, hala, comer lo que queráis, chillar a vuestro antojo, acostaros a la hora que os dé la gana, sois los amos de la casa, mandáis lo mismo que papá y mamá, ¿imaginas el desbarajuste? Si es de sentido común, Mario, no hacen falta unas luces especiales para comprenderlo, ya ves Higinio Oyarzun el otro día, «Para que un país marche, disciplina cuartelera», que ya sé que Oyarzun no es santo de tu devoción, pero el mismo Antonio, tanto que dices, que tú te piensas que él disfrutó, ni hablar, pasó unos días malísimos, me consta, por Valen, si lo quieres saber, si hasta vino a verme, «Me duele más que hacérmelo a mí mismo, Carmen», me decía, dime si no es de agradecer una cosa así, que, por otra parte, te pones a ver, y más razón que un santo, que lo que dijiste no era para menos, al demonio se le ocurre, que si no es un sacrilegio poco le faltará, ya ves tú, que se os calienta la boca y ya no sabéis lo que decís. Y todavía da gracias a Vicente, que a Valen la dices que ruede por nosotros y rueda, ya la conoces, que si te ponen otro instructor o como se diga, vas arreglado, pero Valen es un encanto, ¡yo la quiero…! Y que es una mujer que está en todo, no me digas, hasta de álgebra entiende, que no la va, fíjate, eso sí, una vez por semana a Madrid a que la limpien el cutis, que así

tiene ella el cutis que tiene, ¡una maravilla!, yo la quiero horrores, dices tú, ¡claro que se la nota!, nadie sabe la porquería que puede almacenar el cutis hasta que no se limpia una vez, ¡de no creerlo!

Cuando dos hermanos habitan el uno junto al otro y uno de los dos muere sin dejar hijos, la mujer del muerto no se casará con un extraño; su cuñado irá a ella y la tomará por mujer. ¡Ya decía yo! Desde el mismo día que mataron a Elviro, Encarna andaba tras de ti, Mario, eso no hay quien me lo saque de la cabeza, que tu cuñada será lo que quiera, que en eso no me meto, pero tiene unas ideas muy particulares, que a saber qué se pensaba, porque qué asedio, hijo de mi alma, no hay derecho, que aquí, para *inter nos*, te confieso que, ya de novios, cada vez que la oía cuchichear contigo en el cine, me llevaban los demonios, y tú todavía disculpándola, que era tu cuñada, que había sufrido mucho, sentimentalismos, ya ves luego, Encarna hasta en la sopa, vaya temporaditas, y, por si no fuera bastante, dándola dinero en Madrid, que todo se sabe, Mario, que el diablo sabe más por viejo que por diablo, y no voy a decirte que se pusiera a trabajar, que eso lo último, pero padres tiene me parece a mí. Ahí tienes a Julia, con mi padre vive y no la ha pasado nada por eso, que no es que haya puesto una pensión, ni mucho menos, pero lo de alquilar habitaciones a estudiantes norteamericanos es de buen tono, ya ves, que ahora está de moda, yo sé de familias estupendas que lo hacen, y no me vengas con que el padre de Encarna está paralítico, que ésa es una razón más para atenderle. Porque no tiene sentido, Mario, que si cuando tu padre estuvo tan mal, que se hacía todo en la cama, ¿recuerdas?, que era un verdadero asquito, Encarna le atendía, ahora para cuidar del suyo se ande con tanto remilgo. Lo mires por donde lo mires, es un contrasentido, y no me vale eso de que su madre sea una rara y le disguste que otra intervenga, que ésas son chocheces de vieja, ya se sabe, que lo que es si Encarna se planta allí, sin preguntar a nadie, y se arremanga, ya te digo desde aquí que no rechista ni el gato, pues buena es. Pero no, como allí no hay testigos, no interesa, ¡a ver!, que con tu padre lo que ella quería era que tú la vieras y darme una lección, así como suena, Mario, darme una lección, que es una bobada, fíjate, que a mí apenas si me dejaba meter baza y a tu madre no digamos, pero todos estábamos al cabo de la calle de que tenía más fuerzas que las dos juntas. Es como ahora, cada vez que viene, con los dorados y las ropitas de los pequeños, que es una pesada, con que si los trastos esos, por la lavadora, fíjate, no hacen lo que unas manos pero que a la fuerza ahorcan, que tu cuñada se pirra por dar lecciones, y si no la alabas cinco veces cada cosa que hace te has caído, hijo, dichosa Encarna, que no veo el día en que le pueda perder de vista. Lo que la pasa a tu cuñada, cariño, es que es un marimacho, que de femineidad, cero, como yo digo, date cuenta Elviro, a su lado, ni se le

veía, tan escuchimizado, el sexo débil, me río yo, que no me gusta pensar mal, Dios me perdone, pero para mí que Encarna se la jugaba, ya ves tú, que Elviro era demasiado poco hombre para ella. ¡Había que verla zarandeando a tu padre! Como un niño chico, Mario, no digas, lo traía y lo llevaba y, luego, como él no notaba la necesidad, qué olores, hijo mío, no salían ni con ozonopino, que estaba aquella casa como una cochiquera, en mi vida lo he pasado peor, que tu madre nada, en el mejor de los mundos, yo no sé si en los casos así es que se pierde el olfato o qué, y todavía tú que iba poco, ¿y a qué iba yo a ir si puede saberse? Con Encarna bastaba y sobraba, Mario, que yo con cinco críos en casa tenía bastante y además, por si te interesa, entre el embarazo de Álvaro y la fresquera del baño, que no sé en qué hora se la ocurrió a tu madre, no podía parar, te lo juro, ni pasar un pedazo de pan, que ya es decir. Pero iba, Mario, iba por lo que iba, que no era un plato de gusto, desde luego, que este tipo de enfermos que no se contienen me dan náuseas, no lo puedo remediar, que me encantaría sentir compasión, pero no puedo, es algo superior a mis fuerzas, qué más quisiera yo, y luego, tu padre, tan pesadito, que lo de prestamista no se le notaría, las cosas como son, pero tenía la cabeza perdida, hijo, no me digas, vaya lata, todas las noches lo mismo, «Que se vaya esa señora; es la hora de cenar», por tu madre, tú dirás, en la vida he visto cosa igual, como cuando empezaba, «¿Te has enterado, hija?», «¿De qué?», por llevarle la corriente, a ver, y él, «Ésta no lo sabe, si es muy divertido, hija; no se habla de otra cosa», todos los días la misma canción, «Pues no sé una palabra», «Oíd», y se moría de risa, medio tosiendo, «Ésta no sabe nada», que yo pienso que tu padre hubiera estado mil veces mejor internado, y, de repente, se ponía muy serio, como triste, «Pues ya no me acuerdo. Lo he olvidado, hija, pero era una cosa muy divertida», ¿qué te parece?, gagá perdido, pero para encerrar, Mario, por fuerte que sea, que habría pasado mucho con lo de tus hermanos, que eso no lo discuto, pero el último año de tu padre fue de abrigo, y después de todo, a saber, que muchas veces estas cosas son reliquias de juventud, de excesos, ¿comprendes?, enfermedades raras, tú pregúntale a Luis. Y por si fuera poco, tan largo, un año, Mario, que ni mejoraba ni se moría, una pesadez, figúrate a qué iba a ir yo allí, a molestar, nada más que a eso, porque atendido estaba. ¡Buena diferencia con mamá! ¿Te acuerdas, Mario? Y eso que en una clínica es más difícil, pero no fallaba, todos los días camisón limpio, y las flores, que en esa situación parece que no está una para nada, pues ya ves, daba gusto estar allí, y es lo que yo digo, si mamá, que en paz descanse, hubiera llegado a los extremos de tu padre, hubiese dejado de comer, me apuesto lo que quieras,

antes moriría de hambre que hacérselo en la cama. De acuerdo, el señorío no se improvisa, se nace o no se nace, es una de esas cosas que da la cuna, aunque bien mirado, la educación, el trato, también puede hacer milagros, que ahí tienes, sin ir más lejos, el caso de Paquito Álvarez, un artesano cabal, no vamos a decir ahora, que de chico trabucaba las palabras que era una juerga, bueno, pues le ves hoy y otro hombre, qué aplomo, qué modales, yo no sé qué maña se ha dado, pero los hombres es una suerte, como yo digo, si a los veinte años no estáis bien, no tenéis más que esperar otros veinte. Y, luego, esos ojos. Hay que reconocer que Paco siempre los tuvo ideales, de un azul verdoso, entre de gato y agua de piscina, pero ahora como ha encorpado y tiene más representación, mira de otra manera, como con más intención, no sé si me explico y, además, como no se apura al hablar, que habla sólo lo justo y a medio tono, con ese olor a tabaco rubio que es un olor que a mí me chifla, resulta, es uno de esos hombres que te azaran, fíjate, quién se lo iba a decir a él. Yo daría lo que fuese porque tú fumases de rubio, Mario, que te parecerá una tontería, o por lo menos emboquillado, hace otra cosa, y no ese tabaco tuyo, hijo, que ya no se ve por el mundo, nunca he podido con él, que cada vez que en una reunión te pones a liar uno, me enfermo, como lo oyes, que luego ese olor, a pajas o qué sé yo, a saber qué gusto puedes sacarle a esa bazofia, que si siquiera fuese elegante o así, vaya, pero liar un cigarro, lo que se dice liarlo, ya no se ve más que a los patanes, ni los hijos de las porteras, si me apuras, que te quemas la ropa y te pones hecho un asco, como yo digo. Claro que dirás tú que a ti la ropa qué, que ésa es otra, que nunca te dio por ahí, que me has hecho pasar unos apuros que ni te imaginas, hijo, siempre hecho un adán, que yo no sé qué arte te das que a los dos días de estrenar un traje ya está para la basura, que ni sé cómo me enamoré de ti, francamente, que el traje marrón aquel, el de las rayitas, me horrorizaba, que yo me hacía ilusiones de cambiarte, pero ya, ya, genio y figura, a esa edad ya se sabe, romanticismos, pero ni tanto ni tan calvo, Mario, calamidad, que bien poca suerte he tenido contigo en este aspecto, que me has hecho sufrir más que otro poco. Y que no es tener más o menos, qué va, que yo recuerdo a Evaristo, el viejo, quita y pon, nada más, pero eso sí, planchado y requeteplanchado, como un pincel, había que verle, y no creas que se avergonzaba de decirlo, «Me subo a una silla para ponerme o quitarme los pantalones; es la única manera», que era cuidadoso y nada más, que luego, a la noche, bien dobladitos, bajo el colchón, y una raya, Mario, que no es hablar por hablar, que no te la saca una plancha, ¡de qué! Claro que para ti tiene más valor lo que te diga don Nicolás, o el puerco ese de las barbas, que lo que te diga tu

mujercita, ya lo sé, que yo no pinto nada, pero él tampoco es quién para decirme si a los sinvergüenzas se les conoce o no por la raya de los pantalones, que tú, en lugar de reírte, le debiste parar los pies, Mario, que yo no sé dónde vamos a llegar, como el otro, con que si la libertad es como una puta en manos del dinero, ya ves qué bonito, a voces, delante de mí, que no es decir que no me viese, que me había saludado y todo, valiente zascandil, que es lo que yo digo, Mario, que no son formas, que si habláis en casa de esas mujeres, que no es que yo diga que esté bien, al menos deberíais andar con más cuidado, que el niño ese si quiere ser rebelde que se vaya a su casita, que lo menos que puede hacer en la ajena es guardar consideraciones a una señora. ¡Buena cosecha ha sembrado el don Nicolás ese de mis pecados! Te digo mi verdad, Mario, y no lo comentes, pero yo prefiero a Gabriel y Evaristo, con todo lo sinvergüenzas que han sido toda su vida, que a esta camarilla de intelectuales o como quieras llamarles. Al fin y al cabo, Gabriel y Evaristo iban a lo suyo, y es muy humano, Dios puso en el hombre y en la mujer ese instinto y uno se explica muchas debilidades, que no es que vaya a decirte que esté bien, entiéndeme, que ya sé que al instinto hay que encauzarlo y todas esas cosas, pero disculpo mejor esas extralimitaciones que las vuestras, así. Porque, en definitiva, la mujer que caiga con Gabriel y Evaristo es porque es tan sinvergüenza como ellos, que a mí bien que me llevaron a su estudio, todo lleno de cuadros con mujeres desnudas, y ya me ves, Mario, ni se me pasó por la imaginación, ya lo sabes, pues porque no, porque soy como hay que ser, ésa es la razón, que lo puedo decir muy alto, que si virgen fui al altar, fiel he seguido dentro del matrimonio, por más que tú, cariño, bien poco hayas puesto de tu parte, que a indiferente y a frío no hay quien te gane, lo mismo que para comer, ganas de esmerarse, «Lo mismo da», ni lo mirabas siquiera, la cuestión era matar el hambre, eso. No me hagas caso, me río pensando en Valen, pero cada vez que me dice que siempre es distinto, que siempre hay algo nuevo, yo la digo que sí para que se calle, a ver, no la voy a decir que mi marido es un rutinario, que es la pura verdad, Mario, que enseguida te pasa y a una la dejas con la miel en los labios, ni disfrutar, que no es que diga que eso para mí sea fundamental, ni mucho menos, pero vamos, que en el fondo, quien más quien menos, a nadie le amarga un dulce. Sí, no digo que no, a lo mejor es frivolidad… frivolidad, ¿recuerdas?, «Todo en el mundo es frivolidad o violencia», me lo sé de memoria, qué perra cogiste, cariño, ni leer el periódico, «Es que no puedo, me suben las aguas», «Tómate una digestina», «No se trata de eso», que yo de sobra lo sabía, «Todo me da asco y miedo», ya ves qué gracioso, en cambio a

mí no me podía dar asco la fresquera de tu casa, eso era tabú, que así sois los hombres. ¡Me río yo de tu enfermedad! Nervios, nervios… cuando no saben qué decir los médicos todo lo arreglan con los nervios, porque tú me dirás, si no te duele nada, ni tienes fiebre, ¿de qué se va uno a quejar? Bueno, pues tú venga de llorar, que parecía que te mataban, madre, qué aspavientos, y que si no dormías y cada vez que lo intentabas se te hundía el jergón, menuda novedad, que eso me pasa a mí desde chiquitina, desde que era así, fíjate, como lo de soñar que te persiguen y no puedes correr, o que vuelas moviendo muy deprisa los brazos y cosas por el estilo. ¡Qué enfermedad ni qué niño muerto, Mario, querido! Los hombres os quejáis de vicio y la culpa es nuestra, que somos unas tontas, todo el día de Dios pendientes de vosotros, que si la comida, que si la ropa, porque si tuvierais miedo de que os la pegáramos con otro, entonces, ya te digo yo, ni os acordaríais de los nervios, lo que pasa es que si no os falta nada, algo tenéis que inventar para parecer importantes. Soberbios, unos soberbios, eso es lo que sois vosotros, que a ti te querría yo ver con uno de mis jaquecones, cariño, que eso es sufrir y lo demás son cuentos, que parece como que se me fuera a partir la cabeza en pedazos, te lo prometo, y tú «Acuéstate, con un par de optalidones, mañana como nueva», qué facilito, ¿verdad?, y qué seguridad, hijo, ni que fueras médico. Pero para ti de nada valían mis recetas, venga de atiborrarte de píldoras, y las más caras, que yo no quiero pensar en el dineral que hemos gastado en botica con tus dichosos nervios. Te apuesto lo que quieras a que si me devolvieran ese dinero, peseta a peseta, mañana un Seiscientos, como te lo digo, ¡pero si parecía que si las medicinas no eran caras no te surtían efecto, borrico, que así sois de tontos los hombres! Con uno de mis jaquecones me gustaría haberte visto, no por nada, Mario, sólo una vez, por el gusto de que supieras lo que es sufrir.

XV

Encontráronme los guardias que rondan la ciudad, me golpearon, me hirieron, pero antes de nada, quiero advertirte una cosa, cariño, aunque te enfades, que ya sé que éste no es plato de tu gusto, pero, sin que salga de entre nosotros, te diré que yo nunca me tragué que el guardia aquel te pegase, que, según respirabas, ni me atreví a decírtelo entonces, pero yo estaba totalmente de acuerdo con Ramón Filgueira, ¿a santo de qué te va a pegar un guardia por atravesar el parque en bicicleta? No te excites, por favor, reflexiona, ¿no comprendes que es absurdo? Dime la verdad, tú te caíste, el guardia lo dijo y un guardia no miente por mentir, que, bien mirado, un guardia a las tres de la mañana es como el ministro de la Gobernación, te daría el alto y tú te asustaste y te caíste, lógico, por eso te salió aquel moratón en la cara. Lo que pasa es que tú tienes la debilidad de la bicicleta, de siempre, que menudos sofocones me has hecho pasar, y antes que reconocer que te habías caído, después de tanto presumir con los chicos que si el Águila de Toledo y esas bobadas, pues, a ver, te inventaste lo del puñetazo y todo aquel lío de la pistola, cuando te revolviste; cuentos chinos, mira tú, que digas que venías cansado de corregir ejercicios, que eso sí debe de ser muy latoso, lo comprendo, todos iguales y así, pero ¿por qué pagarla con el pobre guardia que, al fin y al cabo, no hacía más que cumplir con su deber? Tampoco debe de ser muy agradable, que digamos, plantarse en una esquina a las tres de la mañana, y así toda una noche, Mario, que se dice pronto, y más con la helada que caía. Y sobre todo, querido, que ya no tienes edad de andar en bicicleta, que no eres un niño, que aunque te obstines en agarrarte a la infancia los años no pasan en balde, a ver, es ley de vida, contra eso no hay quien luche, acuérdate de mamá, que en paz descanse, «Todo tiene remedio menos la muerte», que todavía en una mujer… Si quieres que te diga la verdad, no me entra en la cabeza ese tonto afán tuyo por conservarte en forma, correrte cincuenta kilómetros en bicicleta a lo bobo, sin ir a ninguna parte ni nada, que hay gustos que merecen palos, no me digas, que ese esfuerzo bien orientado, que es lo que yo digo, ¿cómo ibas a engordar? Otra cosa sería si fueses un atleta, pero físicamente tenías bien poco que perder, cariño, no valías dos reales, larguirucho, que yo recuerdo en la playa, tan blanquito, que es algo que por vueltas que le dé nunca llegaré a comprenderlo, porque, si no tenías nada, ¿qué es lo que querías conservar, si me lo puedes decir? Escribir bien no sé si escribirás, que en eso no me meto, pero lo que es de deportista ni pun, las cosas claras, ni la facha, la antítesis, fíjate, a cada cual lo suyo. Y si Ramón Filgueira te recibió en su despacho como un padre, que tú mismo lo

reconoces, ¿a qué ton echar los pies por alto y poner al guardia de vuelta y media, si tú nunca has sido embustero? Me duele que, por la tonta vanidad de no querer admitir que te caíste de la bicicleta, mintieras de ese modo, a sangre fría, mira que eres, que es algo que me choca en ti, ya ves, que por un amor propio malentendido pusieras en dificultades a un pobre diablo, que no es tu estilo ése. Pero tú parece que lo tienes a gala, hijo, porque si de entrada te vas derecho a Filgueira y le dices sin más, «Pues tiene usted razón, me he obcecado», todo hubiera cambiado, seguro, y ni él ni Josechu Prados, ni Oyarzun, nos hubieran negado el piso, me juego la cabeza, lo que ocurre es que tú siempre has querido las cosas por las bravas, que confundes la educación con el servilismo. ¡Anda y que tampoco te ha dado guerra ni nada el dichoso servilismo! Servilismo y estructuras son dos palabras que no se te han caído de la boca desde que te conozco, y, lo mires por donde lo mires, es una manía como otra cualquiera, que para ti el estar amable con una autoridad ya te parece una claudicación o algo por el estilo, ¿es verdad o no?, que oyéndote, hijo, parece que una fuese una estrambótica, que eso es lo que peor llevo, que por el mero hecho de tener sentido común ya la dejan a una en mal lugar, madre, qué aburrimiento. Pero, escucha, aún te digo más, dando por bueno que el guardia aquel te pegara un coscorrón, que lo dudo mucho, ¿no vale un coscorrón por un piso de seis habitaciones, ascensor, agua caliente central y setecientas de renta? Dejémonos de romanticismos y piensa con la cabeza, cariño, que tú tienes a gala nadar contra corriente, que vivimos una época práctica y eso es hacer el tonto, por no decir otra cosa, porque no digo darle la razón, simplemente con mostrarte tolerante, sin avasallar, lo mismo con el alcalde que con Oyarzun y Josechu Prados, que al demonio se le ocurre decirle que a contar, ¿crees tú que ni uno ni otro nos niegan el voto para lo de la casa? Desengáñate, Mario, mal se puede recoger sin sembrar, que ya lo decía mamá, que en paz descanse, «en la vida vale más una buena amistad que una carrera», que a las pruebas me remito, mira tú, y nunca me cansaré de repetírtelo, hijo, que tú has pretendido ser bueno y sólo has conseguido ser tonto, así como suena. «Con la verdad por delante se va a todas partes», ¿qué te parece?, pero ya ves cómo nos ha crecido el pelo con tus teorías, que, por muchas vueltas que le des, en la vida no se puede estar a bien con todos, y si te pones a favor de unos, fastidias a los otros, esto no tiene vuelta de hoja, pero si las cosas tienen que ser así porque así han sido siempre, ¿por qué no ponerte al lado de los que pueden corresponderte? Pues, no señor, dale con los desarrapados y los paletos, como si los desarrapados y los paletos fueran siquiera a agradecértelo, que te has pasado de listo, cariño, que cada vez que

pienso que por culpa de un guardia, o de un acta o de una historia de ésas, seguimos en este tugurio, me descompongo, créeme, que para tanto como eso no merecía la pena vivir. Además, ¡qué perra con los pobres guardias!, la cogisteis modorra, como yo digo, que habría que ver la cara de Solórzano cuando firmasteis el papel aquel porque un guardia pegó con la porra a uno que saltó en el fútbol, ya ves tú qué cosa, que no le gustaría un pelo, eso fijo, si yo misma no podía creerlo, te lo prometo, cuando llamaron de Comisaría, que yo me hartaba de decir «Si mi marido no va al fútbol», que luego llegaste y hay que ver cómo te pusiste conmigo, que después de todo no era para tanto, me parece a mí, vamos, que a cualquiera que se lo digas, «¿Quién te manda hablar a ti, di?», bueno, hijo, ¡no te pongas así!, me preguntan y contesto, ni más ni menos, que enseguida me di cuenta, por si lo quieres saber, que detrás andaban los de siempre, el don Nicolás y la cuadrilla, a ver, una no se chupa el dedo, que el tipo ese otros defectos tendrá, pero siquiera se le ve venir, que es lo que yo digo, que si a su tiempo le dan el pasaporte en vez de andar con tantos miramientos, bien de malos ratos que nos hubiéramos ahorrado. Por menos despacharon a otros, al fin y al cabo, y no me vengas con José María porque el de tu hermano es un caso de justicia, y mira que a mí qué me va ni qué me viene, que lo de no ir a la oficina era lo de menos, ya ves tú, por más que tu padre se pusiera tan pesado, que había testigos de que estuvo en la plaza de toros en el mitin de Azaña, y el día de la República anduvo por la Acera gritando como un energúmeno, con una bandera tricolor al hombro, que no es el caso de Elviro, que José María se pensaba que su simpatía, pero ya, ya, con las mujeres, puede, pero eso no le vale de nada con los hombres. Además, ¿qué tendrá que ver toda esta historia con los guardias? Lo vuestro de los guardias es una fobia absurda, querido, que hasta la propia Valen, cada vez que ve una pareja, me aprieta el brazo, palabra, y se ríe, «Si viniera Mario», dice, ya ves, pero lo que yo digo, en el fondo lo que a vosotros os molesta es la autoridad, que os creéis que por haber salido de la escuela ya tenéis derecho a todo y eso no, Mario, aviados estaríamos, en la vida hay que obedecer y someterse a una disciplina desde que se nace, primero con los padres y, luego, la autoridad, en definitiva la misma cosa. Y, más todavía, si de pascuas a ramos se escapa un mojicón, en lugar de sulfurarnos, debemos aceptarlo humildemente, porque el que lo propina ten la seguridad de que no lo hace por gusto, sino por nuestro propio bien, para que no nos descarriemos. Tú decías que deseabas las cosas limpias y que por enderezar un mal paso ya valía la pena de vivir, orgullo puro, no nos engañemos, Mario, porque ¿puedes decirme qué has enderezado tú, para qué

has vivido, di, si no has podido comprar a tu mujer ni un triste Seiscientos? Amor y comprensión, no me hagas reír, que yo soy muy clara, ya lo sabes y tú no eres más que un lleva-contrarias, siempre lo fuiste, que sacabas el genio por una futesa y, luego, dejabas pasar a los coches en los cruces cebrados, o comprabas *Carlitos* a todos los vagos de Madrid, o cedías la vez en las tiendas, que si hay algo en el mundo que me enerve es eso precisamente, para que lo sepas, que el que quiera comprar pronto que madrugue, Mario, que para eso están las colas, pues no faltaba más. No hay quien te entienda, Mario, es la pura verdad, que te pones a ver y ni tú mismo te entiendes, ya ves lo del lechazo de Hernando de Miguel, se lo tiras por el hueco de la escalera, que casi lo matas, y luego te pasas la tarde mano sobre mano, que «estos conflictos entre la caridad y la corrupción no hay quien los resuelva», vaya un problema, que no me dieran a mí más que eso, que te pones imposible, hijo de mi alma, porque una cosa es que escribas esos rollos para el que los quiera leer y otra que me los sueltes a mí, mano a mano, que me ponías la cabeza loca, te lo prometo, y si yo aprovechaba para hablarte de dinero o del Seiscientos o de cualquier cosa importante, tú, «Calla», como si no fuera contigo, que no hay cosa que más me subleve que el que hables de lo que te gusta y calles la boca cuando te conviene. Tu norma es ésa, Mario, tenértelas tiesas con los que mandan y ceder con los desarrapados, ya ves qué bonito, porque lo que yo digo, o cedes con todos o no cedes con ninguno, o sacas el genio o no lo sacas, pero querer quedar siempre de pie, unas veces llevando la contraria y otras tirándote por el suelo, me parece muy requetemal, para que lo sepas. Valen se ríe, todas se ríen porque no tienen que soportarte, que me gustaría verlas en mi lugar, cariño, ni dos semanas, fíjate lo que te digo, que Valen dice que no tragas ni a las corbatas ni a los viejos, y en eso no va descaminada, las cosas como son, porque ¿a santo de qué, si no, esa manía tuya con los hombres de menos de cuarenta años, con que no se les deja hablar y a lo mejor se entendían? ¿Puedes decirme quién no les deja hablar, hijo de mi alma, si son los que más alborotan, que hoy día no se puede andar por la calle de las voces y las motos esas, que no hay ya respeto, ni consideración, ni nada? El espíritu de la contradicción, eso es lo que tú eres, todo a destiempo, ya ves con lo de tus padres, ni mojar la pestaña, como se suele decir, y después, por un capricho, todo el día de Dios con las lágrimas colgando, madre mía, que parecías un lloraduelos. Los nervios, me río yo, que sentías angustia por el miedo de no acertar con el camino honrado, y que me envidiabas a mí, a mí, date cuenta, lo que me quedaba por oír, y a los que como yo estábamos seguros de todo. A ver, hijo, ¿pues qué te habías creído?

Cuando una tiene la conciencia tranquila, déjalos que rabien, que eso es lo que debías hacer tú, zascandil, si tanta envidia te doy, mirarte en mi espejo, y dejar en paz al Aróstegui y al Moyano y a toda la camarilla, menudos ejemplares, que a veces me da por pensar que la única temporada que has estado bien fue cuando enfermaste, date cuenta, que te parecerá un chiste, que a ti lo que siempre te ha mortificado es obedecer y callar, lo mismo que a los jovencitos esos que tanto defiendes, que, te pones a ver, y son el desecho, así, la basura, aunque tú salgas con la patochada de que «víctimas sin culpa», frases, Mario, te lo digo y te lo repito, porque puestos en este plan, ¿puede saberse qué culpa tengo yo de no tener un coche cuando todas mis amigas lo tienen? ¿Y mamá? ¿Qué culpa tenía mamá que en paz descanse?, y, sin embargo, sufrió la guerra, y la guerra le costó más que a otros aunque no lo pregonase, porque lo de Julia es peor que la misma muerte, Mario, entérate de una vez, que tú siempre sacas a relucir a tus padres y a tus hermanos, que eres un egoistón y nada más que un egoistón, pero nunca se te ocurrió pensar en los míos. No le des más vueltas, cariño, obedecer es lo que te recome, obedecer y callar, al fin y al cabo, de casta le viene al galgo, mira Charo, ¿por qué crees que tu hermana se salió de monja?, pues por lo mismo, querido, ídem de lienzo, porque no sabe obedecer ni sabe callar, por alzar el gallo, porque ni tú ni ella, ni ella ni tú, os resignáis a someteros a una regla, y lo que pasa, ahora descentrada, a ver, ni dentro ni fuera, cada día más rara, que yo te aseguro que si los domingos la sigo mandando los niños es por caridad, caramba con la casita, Mario, ni un panteón, ya le oyes a Álvaro, «Prefiero no comer que comer en casa de la tía Charo», lógico, me lo explico perfectamente, que ella, tu hermana, a lo mosquita muerta, que me puede, fíjate, venga de sacar a los abuelos y a los tíos a relucir, ya ves qué ocurrencia, hablarles de muertos a los niños, que lo hago por lo que lo hago. Y Charo no es una excepción, qué va, tu vivo retrato, nunca estará a gusto en ningún sitio, igual que José María, todos cortados por el mismo patrón, por más que tú digas que tu hermana es eficiente, pero eso lo dices por chincharme, ya te conozco, porque no tiene servicio, pero ha llegado un momento en que no la resisto, te lo puedo jurar, con esa sosería, si parece que se va a desmayar, y luego la cara tan lavada, que ésa es otra, que a los diecisiete años, vaya, pero a su edad no está ni medio bien, Mario, siquiera por respeto a los demás, que es hasta desagradable de mirar una piel tan terrosa y tan seca. Si lo dices por fastidiarme estás listo, Mario, por mí puedes decir misa, ya te lo advierto, que no vas a hacerme de menos por eso, pero, por si quieres saberlo, no soy una señora inútil ni de las que vuelven la cara,

que el año del hambre, cuando hizo falta, bien que me arremangué y me fui con el tío Eduardo por los pueblos más asquerosos a buscar garbanzos y lentejas para que mis padres comieran. Y no creas que los coches de antes eran como los coches de ahora, con gasógeno, hijo, ¿qué te habías creído?, pero no me importaba, y si volviera a hacer falta, volvería a hacer lo mismo, porque otra cosa no, pero a sufrida nadie me gana, ya lo sabes, que lo puedo decir bien alto.

XVI

Ve, come alegremente tu pan y bebe tu vino con alegre corazón, pues que se agrada Dios en tus buenas obras. Vístete en todo tiempo de blancas vestiduras y no falte el ungüento sobre tu cabeza. Goza de la vida con tu amada compañera todos los días de la fugaz vida que Dios te da bajo el sol. Pero el caso es que me pongo a pensar y divertido, lo que se dice divertido, no te he visto en la vida, Mario, ni en el viaje de novios siquiera, que ya es decir. Según Valen, la noche esa es un trago y yo la doy la razón, lógico, no voy a decirla que diste media vuelta, pero, en cambio, de día, todo el mundo lo pasa en grande menos nosotros, que yo recuerdo en Madrid, «¿Nos sentamos en este café?», «Como quieras», «¿Nos vamos al teatro?», «Como quieras», pero ¿es que no sabías decir otra cosa, tonto del higo? Una mujer es un ser indefenso, Mario, necesita que la dirijan, calamidad, por eso me hubiera horrorizado casarme con un hombre bajito, que la autoridad debe manifestarse inclusive en la estatura, fíjate, que te parecerá una bobada. Pero a ti todo te daba de lado; los escaparates, ni mirarlos; la animación, ni caso; el cine, ¡bah!; los toros no te gustaban. Sinceramente, Mario, ¿crees que eso es un viaje de novios? ¡Y si sólo fuera eso!, pero, por si no bastara, siempre con cara de ciprés, como pensando en otra cosa, que es lo mismo que cuando regresaste de la guerra, hijo, no se me olvidará mientras viva, mira que todo el mundo andaba loco por aquellos entonces, pues tú, no señor, y eso que la habías ganado, que si la llegas a perder… No hay quien te entienda, Mario, cariño, y me hace sufrir lo que nadie sabe ver que no eres normal, que la vida no te digo que no tenga contrariedades, ojalá, pero hay que sobreponerse, hay que disfrutarla, creo yo, ya ves mamá, a todas horas: «Nena, sólo se vive una vez», que lo oyes así y parece que no, que es una tontería, pero te paras a pensar y en esa frase hay mucha filosofía, tiene mucha miga, Mario, más de lo que parece, bueno, pues tú, no señor, lo primero, los defectos. Y no es que yo vaya a decir que no haya injusticias, ni corrupción, ni cosas de esas que tú dices, pero siempre las ha habido, ¿no?, como siempre hubo pobres y ricos, Mario, que es ley de vida, desengáñate. Yo me troncho contigo, cariño, «Nuestra obligación es denunciarlas», lo dijo Blas, punto redondo, pero ¿quién te ha encomendado a ti esa obligación, si puede saberse? Tu obligación es enseñar, Mario, que para eso te hiciste catedrático, que para denunciar la injusticia ya están los jueces y para remediar las penas, la beneficencia, que os ponéis insoportables con tantas ínfulas, dichoso don Nicolás, que yo no sé cómo la gente lee *El Correo*, si se cae de las manos, hijo, no trae más que miserias y calamidades, que si miles de niños sin

escuelas, que si hace frío en las cárceles, que si los peones se mueren de hambre, que si los paletos viven en condiciones infrahumanas, pero ¿puede saberse qué es lo que pretendéis? ¡Si hablarais claro de una vez! Porque si a los paletos les ponen ascensor y calefacción, dejarían de ser paletos, ¿no?, vamos, me parece a mí, que yo de eso no entiendo, pero es como lo de los pobres, pues siempre tendrá que haberlos, digo yo, porque así es la vida, y si la vida es así no hay por qué poner cara de palo, que ocurrente, lo que se dice ocurrente, no te he visto más que cuando te bebes dos copas, que hay que ver el sofocón que me hiciste pasar la otra noche en casa de Valentina disparando los corchos del champán contra las farolas. Y te advierto que me lo olí, ¿eh?, te lo juro, nada más entrar, en cuanto vi a Fito Solórzano y a Oyarzun, me dije: «Mario se apoquina en un rincón o da el espectáculo». Si te conoceré, querido, no en balde llevo más de veinte años a tu lado. Lo mismo que con Encarna en Madrid, cuando ganaste las oposiciones, seguro que bebiste, ¡a que sí!; me apuesto lo que quieras a que la celebración no se terminó con la cerveza y las gambas. ¿Dónde fuisteis después? Lo que yo daría por saberlo, Mario, no te puedes ni imaginar, que seguro que por aquellos entonces te reirías más que ahora, fijo, que eso es lo que más rabia me da, que para los de fuera tengas una cara y otra distinta para tu mujer. Dime tú, a ver si no es para mosquearse, que eso no se te ha pegado de don Nicolás, ya ves, sólo lo malo, que torcido será un rato largo pero se le ve venir, ésta es la ventaja. Él se ríe de su sombra, pero se le ve venir, anda que si se le ve venir, por más que a mí, te lo prometo, con sus chismes no me hace maldita la gracia, ya ves la otra noche, con lo de cuando estuvo preso, durante la guerra. ¿Te crees tú una palabra de la historia esa del tipo aquel que les puso en filas y le dijo al cabo: «Respondo de 367, cuenta, si hay 366 sal a la calle y agarra al primero que pase, y si hay 368 coge el último de esta fila y fusílale»?. Cuentos chinos. Naturalmente, el último de la fila era él, si no la cosa no tendría chiste, pero ¿te crees tú una palabra de todo eso? A mucho conceder, el tipo aquel lo diría en broma, por guasearse, para pasar el rato, a ver, que tampoco debe ser plato de gusto estarse las horas muertas, mano sobre mano, encerrado con más de trescientos rojos, sin poder hablar con nadie, ni nada. Yo no puedo con él, créeme, es algo superior a mis fuerzas, que tendrá facilidad de palabra y escribirá todo lo bien que quieras, que no lo discuto, pero es un embrollón y una mala persona, que ya no sabe lo que inventar para ponerlo en el periódico y dar guerra. Ahora te lo puedo decir, Mario, nunca he tenido mayor alegría que el día que puso aquella nota *El Correo* diciendo que se marchaba, cuando nombraron subdirector a su hermano, a Benjamín, ¿recuerdas?, y le dijeron,

«Si su hermano Nicolás se desmanda, usted se va a su casa», que me parece muy requetebién, a ver, legítima defensa, que don Nicolás, por él, nada, natural, para eso tiene el riñón cubierto, pero por su hermano ya pondría un poquito más de cuidado. Y en resumidas cuentas, nada entre dos platos, que ahí sigue el muy ladino, bajo cuerda lo mismo que antes, un poco de prudencia al principio y, luego, ídem de lienzo, la de siempre. Es curioso los humos que ha echado el bueno de don Nicolás, papá lo recuerda, un hombre de origen humildísimo, que no te lo creerás, su madre lavandera o algo peor, que lo que me extraña es que la gente bien le haga caso, porque por listo que sea, ¿qué puede dar de sí el hijo de una lavandera, intelectualmente me refiero, Mario, me lo quieres decir? Papá, siempre lo está diciendo, cada vez que ve a un tipo de éstos que suben como la espuma, dice, «Para lograr una cabeza discreta se necesitan al menos cuatro generaciones». Y no me vengas ahora, Mario, que papá podrá caerte mejor o peor, pero no es un cualquiera, tú lo sabes, en el *ABC* desde el año catapum, que no es de hoy. Y tú mismo viste qué Memoria pedagógica te hizo cuando las oposiciones, de primor, vamos, que, luego, bien poco te acordaste de él, que al pobre se le veía dolido, aunque, bueno es, no dijera una palabra. ¡Pobre! No puedes hacerte idea de las horas que echó en tu Memoria, hijo, si hasta habló dos veces con don Lucas Sarmiento, el decano, que estuvo en casa, yo no podía parar, me acuerdo como si fuera hoy, como el rabo de una lagartija, que todo el tiempo «¿sabrán hacérsela?», imagina lo que nos iba en ello. Y te pones a ver y papá no tenía ninguna obligación, que, al fin y al cabo, fue un despiste tuyo, como de costumbre, que parece que vives en la luna. ¡Mira que después de tanto tiempo presentarte sin la Memoria, que era un requisito indispensable! Es que no cabe en cabeza humana, vamos, y todavía, dale, que creías que era un trabajo de investigación, y para eso seis meses de archivo en archivo, una pérdida de tiempo, tú me dirás, que eres un caso, hijo, lo mismo que cuando dijiste adiós al desarrapado aquel, junto a la botica de Arronde, que de buena gana te hubiera dado un cachete, que la pones a una en evidencia. Pues el pobre papá te sacó del apuro, pero una vez que pasó, si te he visto no me acuerdo, una cartita de cumplido y para de contar. ¡Pobre papá! Yo creo que en ocho días no durmió, palabra, que recuerdo que decía, «No soy un historiador, pero lo intentaré, lo intentaré», ni levantar cabeza, te lo juro, en una semana sin levantar cabeza. Claro que el hombre que vale, vale, y, no es porque yo lo diga, pero te hizo un trabajo de libro, Mario, que la mínima atención que debiste tener con él, y no me digas que no te lo advertí, fue editárselo en la Casa de la Cultura, que a él le hubiese hecho feliz, fíjate, que

el pobrecillo, no es porque sea su hija, con bien poco se conforma. Pero tú nunca tuviste detalles, ésta es la verdad, Mario, la cartita de cumplido y sanseacabó. Y no es que yo vaya a decir ahora que la Memoria de papá fuera una cosa extensa ni complicada, que eso no, de acuerdo, pero estaba muy bien escrita, no me digas, que yo, aunque no me da por ahí, como era cosa tuya, me la leí, ¡tres veces, date cuenta!, y me encantó, que no te lo creerás, todo eso del método regresivo, o como se llame, eso de estudiar la Historia para atrás, como los cangrejos, porque las guerras y esas cosas no suceden en balde, son por algo, y como decía papá, que en la cómoda tengo todavía un ejemplar, ya ves, con esa facilidad que él tiene para escribir, «te remontas de las consecuencias a las causas». Yo estoy segurísima, ya ves, de que si aprobaste fue por papá, que nunca se sabe pero en este caso concreto fue una suerte que te despistaras, porque tú serás muy minucioso y todo lo que quieras, pero nunca hubieras hecho un trabajo tan bonito como el de papá, porque papá es buenísimo, Mario, que me estoy diciendo bueno hasta mañana y todavía no he empezado a decir todo lo bueno que es, y ten por seguro que hubiera venido ayer de no estar tan viejecito, que el pobre ya no está para nada, ésa es la pura verdad, que Julia dice que ni sale de casa, figúrate en Madrid con tanto tráfico, natural, pero menudo telegrama ha puesto, Mario, el más sentido, y luego tan bien redactado, me hizo llorar, yo que me estaba haciendo la valiente, no me pude contener, fíjate, que menudo disgusto tendrá el pobre. En cuanto a Constantino, mejor que se quede en casa, que, te pones a ver, y ni te conocía. Y, por otra parte, no me gusta un pelo que se roce con Mario, que será una suspicacia si quieres, pero yo no puedo mirar a ese chico como a un sobrino corriente, no lo puedo remediar, me parece como que llevara escrito en la cara que es hijo del pecado, ya ves. ¡Qué vergüenza, Mario, cómo los encontré, si vieras! Fue el mismo día que se tomó Santander, no se me olvidará en la vida, abrazados, revolcándose en la alfombra, ¡qué espanto, no lo quiero ni pensar! Y el carota de él, todavía, que «jugábamos, bambina», sinvergüenza, que casi me da un patatús, es que no faltó ni el canto de un duro. Y el caso es que yo hubiera jurado que a Galli le gustaba yo, pero si Julia le dio pie, él, a ver, no es tonto, sabía adónde iba, conmigo podía haberlo intentado, que me dio una rabia espantosa, pero no dije ni pío, por vergüenza, a ver, que mamá ni se enteró hasta que Julia empezó a abultarse y entonces la llevó a Burgos y luego a Madrid. Pero imagina lo que fue aquello para mamá, que en paz descanse, un golpe de muerte, ella tan correcta, tan bien relacionada, porque lo de Julia fue la comidilla, que tú en la luna, hijo, que no me explico, que se enteraron hasta las ratas, que esas cosas por mucho

que se quiera no se pueden ocultar. ¡Pobrecita mamá, lo que ella pasó! Con decirte que hasta escribió a Roma está dicho todo, que ella pretendía deshacer el primer matrimonio de Galli, ¿comprendes?, pero él, por lo visto, tenía dos hijos con la otra y eso es lo malo, los hijos para estas cosas, según dicen, fatal, es dificilísimo. Y en medio de todo, papá se ponía gracioso: «Y que este tipejo me haya hecho a mí saludar con el brazo en alto», imagina, con lo monárquico que es, estaba furioso, bueno, furioso es poco, que se comprende, si coge a Galli en aquellos momentos yo creo que le estrangula. Yo, te lo confieso, estaba deseando casarme para contarte todo, ¿te acuerdas que tú me preguntabas de novios por Julia y yo te decía bien, en Madrid, en Bellas Artes? ¿Te acuerdas? Pues era por eso, que en cuanto acabó la guerra, ella se fue allí con el niño y ya no volvió, y cuando mamá, que en paz descanse, murió, papá se fue con ella, la perdonó, te advierto, porque llevaba siete años lo menos sin hablarla. Y mamá, casi peor, con lo golosa que era, dejó de comer dulces, fíjate, pero para siempre, que menudo sacrificio. Pero yo, antes de casarnos, pensaba en la cara que pondrías cuando te lo dijera, que no veía el momento de las ganas, y en el tren, te lo planté, ¿recuerdas?, que no quieras saber el coraje que me dio, tú tan terne, que debes de tener sangre de horchata, hijo mío, «Dios es misericordioso; las guerras trastornan muchas cosas», que qué tendrán que ver las guerras con la vergüenza, que te hubiera matado, porque si por algo me compensaba lo de Julia, bueno, compensarme no, ya me entiendes, era por contártelo, que yo me decía «Se va a quedar helado», y, luego, ni caso, lo mismo que cuando me vine a todo correr a decirte lo de Maximino Conde para una novela, es que ni mirarme, «Bastante desgracia tiene», ya ves qué salida. Y lo que me indigna es que, si eso para ti no tiene importancia, no me hayas agradecido el que yo sea de otra manera, porque, por si lo quieres saber, yo con Evaristo, o con Paco, o con mi ahijado el legionario, o con el mismo Galli, o con el lucero del alba, pude hacer lo propio, cuando me hubiera dado la gana, fíjate, y si no lo hice fue por respeto a unos principios, pero hoy parece como si eso de los principios fuese una ridiculez, que yo no sé dónde vamos a parar, y que si una es buena y honesta es por pura casualidad. Porque dime una cosa, Mario, ¿te hubiera gustado a ti casarte conmigo después de acostarme con Galli Constantino? No, ¿verdad? Pues, entonces, botarate, ¿a qué con tanta indulgencia con mi hermana? Hay que ser imparciales, cariño, y Julia, hablando en plata, fue una sinvergüenza, ¡qué guerra ni qué ocho cuartos!, que vosotros por meteros con la guerra sois capaces hasta de negar la luz del día, ni más ni menos, que lo de Galli lo disculpas y luego tú, cuando podías, que ésa es otra, que ya estábamos con la

bendición y todo, media vuelta y hasta mañana, que eso es algo, fíjate bien, que no podré olvidar por mil años que viva, excuso decirte, un desprecio así, que ni a Valen me atrevo a contárselo, date cuenta, con la confianza que yo tengo con Valen.

XVII

La mujer insensata es alborotadora, es ignorante, no sabe nada. Se sienta a la puerta de su casa o en una silla en lo más alto de la ciudad, para invitar a los que pasan y van de camino, pero él no me llevó derecha al centro, la segunda vez quiero decir, que le dije, «Me chifla tu coche, ni suena ni nada», y él, entonces, dio media vuelta y salió como un cohete por la carretera del Pinar. Yo le decía, «Vuelve, Paco, ¿estás loco?, ¿qué va a decir la gente?» y él se reía y decía, ¿sabes lo que decía?, decía, «Déjales que digan misa», que no le preocupan las habladurías ni tanto así. ¡Qué cambiazo ha pegado Paco, Mario, es que por mucho que te diga no te lo puedes ni imaginar! Los ojos, para mi gusto, siempre los tuvo ideales, de un verde raro, entre de gato y de agua de piscina, pero es que ahora ha cogido un qué sé yo, como un aplomo, un señorío que no tenía antes, que yo me acuerdo de chico, un verdadero chisgarabís, y le ves ahora y habla despacio, con pausa, sin trabucar una palabra, que antiguamente era una juerga. Pues ahí le tienes, cariño, con su Tiburón, apaleando millones, que ya no recuerdo bien dónde me dijo que trabaja pero desde luego algo de representaciones que tiene que ver con todo este lío del Polo, no me hagas mucho caso. ¡Y cómo conduce, Mario!, si da gloria verle, no hace un solo movimiento de más, que parece que ha nacido con el volante entre las manos. Eso sí, no te vayas a creer, de reojo me miraba todo el tiempo, que al pasar por El Merendero me dijo, «Estás igual, pequeña», y yo, «¡Qué bobada!, date cuenta los años que han pasado», y él, muy fino, «El tiempo no pasa lo mismo para todos», ya ves tú, una galantería, pero que se agradece, Mario, que una por muy mujer hecha y derecha que sea no es de cartón-piedra, que a ti parece como que te costara decirme una palabra amable. Luego, se paró y me dijo, de repente, que yo lo que menos me esperaba, que si sabía conducir, date cuenta, y yo que muy poco, casi nada, y él, que siempre me veía en la cola del autobús, entre gentuza, imagina qué trago, que te aseguro que pasé más vergüenza que en toda mi vida junta, pero a ver qué podía decirle, pues la verdad, que no teníamos coche, que me gustaría que le hubieras visto, «¡No!, ¡no! ¡¡no!!» a voces, dándose manotazos en la cabeza, como no creyéndolo, a ver, que en estos tiempos es absurdo que una señora tenga que esperar el autobús, Mario, que a todo el mundo le choca menos a ti que ni sientes ni padeces. Desengáñate, querido, hoy un coche es un artículo de primera necesidad, ahí tienes al propio don Nicolás, un Milquinientos, y si tanto caso le haces para unas cosas, a ver por qué no le imitas en todas, que me da rabia, la verdad, que para lo malo sea San Nicolás y, para lo bueno, un cero a la izquierda. El espíritu de la contradicción, eso es

lo que tú eres, que me pongo a pensar y ni un solo gusto me has dado en la vida, borrico, acuérdate del traje de novia, claro que eso ya me lo podía figurar, pero yo creí, al principio, que era por lo de tus hermanos, o por la enfermedad de tu padre, o vete a saber. Y yo, bien sabe Dios, que no lo quería por presumir, que, al fin y al cabo, con traje blanco o sin él, una no deja de ser lo que es, pero después de lo de Julia, tú dirás, la gente, con la recámara que se gasta, que habría que oírla, y tú, todavía, «Que ¿qué?», a ver si crees que te lo van a decir a ti. Lo blanco, Mario, por si no lo sabes, es símbolo de virginidad, para que te enteres, que hoy por hoy, llevar al altar a una mujer vestida de calle es como pregonar a los cuatro vientos «Aquí me desposo en segundas, o con una cualquiera», que no quiero ni pensarlo. Pero sobre todo por mamá, Mario, que yo al fin y al cabo, pues mira, no soy ni más ni menos por eso, pero, después de lo pasado, a mamá la hubiese gustado que la gente pensase: «Ahí viene una virgencita», pues porque sí, Mario, porque somos humanos, por todo, porque para una mujer la pureza es la prenda más preciada y nunca está de más proclamarlo, que, te guste o no, eso siempre será un ejemplo para la gente baja, que, no es porque yo lo diga, pero en este punto anda cada vez más relajada. Y así, de calle, como un día cualquiera, que a saber qué se pensarían, y además sin motivo, que es lo que más rabia me da, que yo no sé si tú tendrías algo que ocultar, hijo, pero lo que es yo podía entrar en la iglesia con la cabeza bien alta, por si te interesa saberlo. Te digo mi verdad, pero yo que los del Concilio, en vez de andar todo el día de Dios revolviendo con que si las píldoras esas, ya ves, a buena hora, cuando una está toda deformada cargada de hijos, que tampoco es justo, me parece a mí, porque o todas o ninguna, que ahora va a resultar que la parejita, como esas extranjerotas, es lo decente, pues en lugar de eso, Mario, definirse, el traje, así como suena, pero radical, como un uniforme, para todas, y la que no sea digna de llevarlo tampoco es digna de contraer matrimonio, al arroyo, que si antes anduvo en él no sé por qué luego le va a hacer ascos. Un poquito de intransigencia, eso, eso es lo que nos está haciendo falta, convéncete, que si no va a llegar el día en que la mujer honesta no se diferencie de la perdida, ya la oyes a Valen, ahora, en Madrid, todas las mujeres de la calle arregladas como nosotras, nada de exageraciones, tú dirás, que yo que el gobierno, un decreto, así, como te lo digo, que no sé a santo de qué ahora todo se vuelve a proteger a los patanes, los protestantes y las fulanas, y mientras, las mujeres honradas que nos muramos. Claro que si me lo dices a tiempo, hijo, ¡a buena hora! Pero no, tres meses antes, después de la pedida, por si acaso, cuando una no puede dar marcha atrás. «La boda es un sacramento, no una fiesta».

¡Bendito sea Dios!, y te quedaste tan fresco, como de costumbre, a ver, te saliste con la tuya, que me gustaría que hubieras visto a mamá, la pobre, venga pucheros, que, después de lo de Julia, esto, para ella, la puntilla. Pero ¿qué sabes tú de caridad? Prefiero no acordarme de tu conferencia, Mario, y todavía, venga, «Eso son pataletas lógicas, no te preocupes; ya se la pasará», ¿habráse visto egoísmo? ¡Cínico, más que cínico!, perdona, Mario, cariño, que no sé lo que me digo, que me pongo como loca cada vez que pienso en el traje que tenía pensado, con el talle un poco alto, de corte princesa, que hubiese dado el golpe, seguro, fíjate, que los hombres no tenéis ni idea de lo que eso significa para una mujer. Pero es igual, tú tieso en tus trece, que a buena hora si me lo dices al hacernos novios, da gracias a que después de la pedida yo no podía dar la campanada, que si no… En definitiva, la tonta fui yo, ya ves Transi, te caló de entrada, que ella sería un poco así, eso no admite duda, que hasta se dejó pintar por Evaristo medio en cueros, que lo que yo la dije, «No debiste hacerlo», pero como si cantara, que luego hasta se casó con él y pasó lo que tenía que pasar, bueno, pues ella, desde que te puso la vista encima, te caló, que no es que lo diga por decir. Y a Paquito, en otro estilo, ídem de lienzo, que Transi otra cosa no, pero ojo para los chicos un rato largo, que le ves ahora a Paco y un hombre de mundo, y no es decir el coche, es todo él, su persona, no sé cómo explicarte. Los hombres es una suerte, como yo digo, si no estáis bien a los veinte no tenéis más que esperar otros veinte, menuda, quién pudiera. Pero a mí me la diste con queso, Mario, que quién lo iba a decir, sentado con un periódico al solazo de agosto, las horas muertas, frente al mirador, mirando, y no es decir un día ni dos, que yo pensaba, «Este chico me necesita; se mataría si no», que siempre fui una romántica y una tonta, nada de maliciada, bien lo sabes tú. ¡Pero mira para lo que me ha servido! Y no es que me queje de vicio, Mario, que tú lo puedes ver, veinticuatro años de matrimonio, que se dice pronto, y ni una triste cubertería, que cada vez que invito, que ya se aburre una, una cena fría, a base de canapés, qué remedio, siempre lo mismo para no variar, el caso es no utilizar más que cuchillos y tenedorcitos de postre, que muchísimas veces me pregunto, Mario, si mereceré yo este castigo. ¡Si una naciera dos veces! Desde aquí te digo que tendría más vista, que las tontas somos nosotras por vivir pendientes de los maridos y de los hijos, que a Valen la sobra razón, que se adelanta más no mostrando excesivo interés, lógico, que, si no, cogéis y ¡hala!, a exigir, tráeme esto y lo otro y lo de más allá, que os lo creéis todo debido los hombres, todos cortados por el mismo patrón, Mario, por más que lo tuyo pase ya de castaño oscuro, que con los extraños venga zalemas y

atenciones y en casa, punto en boca, que eso es lo que peor llevo, fíjate. Es como lo de Madrid. Mira que a mí me gusta Madrid, Mario, que es locura por Madrid, que me chifla, todo lo que te diga es poco, bueno, pues prefiero no ir, que a eso hemos llegado, porque para pasar malos ratos mejor me quedo en casa, que para pieles y cuatro caprichos no habrá dinero, pero para porquerías de ésas de hacer pompas, o para retratarnos del brazo por la Gran Vía, que menudas vergüenzas me has hecho pasar, rico, o para *Carlitos* y bobadas de ésas, todo era poco. «Todo el mundo tiene que vivir», ¡qué bonito!, eso, todo el mundo tiene que vivir menos una, una es aparte, una se encapricha por un Seiscientos y como si cantara, como si pidiera la luna, que ya lo sé, Mario, que a poco de casarnos eso era un lujo, ya lo sé, pero hoy es un artículo de primerísima necesidad, te lo digo y te lo repito, que hoy un Seiscientos hasta las porteras, y no me desdigo, pero si los llaman ombligos, hombre de Dios, porque todo el mundo los tiene, con eso está dicho todo. Pues tú que nones, y al muerto de hambre del fotógrafo que bien, que de acuerdo, que tirara una placa, una inconsecuencia, tú dirás, a ver cómo llamas tú a eso, que luego, si te he visto no me acuerdo, que sabe Dios la de retratos que nos habrán sacado en las bodas y así y tú me dirás dónde andan. Y tú, dale que le das, que todo el mundo tiene que vivir, que si tú eras más que ellos, ya ves, más que ese charlatán de los *Carlitos*, que hace falta cuajo, no era por tener más talento sino porque se te han dado más oportunidades, jeroglíficos y ganas de enredar. Vagos, eso es lo que son ésos, una cuadrilla de vagos, que en lo que te enseñan los monigotes si te pueden quitar la cartera no te creas que se lo piensan dos veces. El mejor de ellos, date cuenta, debería estar tras una reja, que luego decís de los que mandan, que para mí, si de algo pecan, es de demasiada blandura, fíjate, que ya no es el gasto sino las vergüenzas que me has hecho pasar en la Gran Vía, mirando las cabriolas del *Carlitos* ese, o del tipo de las pompas de jabón, que parecíamos dos paletos haciendo tiempo para el coche de línea, ¡qué horror! Y, todavía, ésos eran inofensivos, pero ¿y los presos? Hijo de mi alma, si hubo meses, con las amnistías o eso, que parecía nuestra casa la sucursal de la cárcel, que me gustaría saber a mí quién te dio vela para este entierro, qué olores, y el olor, pase, pero por ayudar a un preso, por si no lo sabías, te pueden detener, como lo oyes, por cómplice o como se llame, que Armando, cada vez que se lo decía, se hacía de cruces y con razón. Y tú que no eran delincuentes comunes, vaya salida, pues mucho peor todavía, botarate. Al fin y al cabo, cariño, el criminal lo es en un arrebato, se ofusca, a ver, pero lo que es los otros, a ciencia y conciencia, fíjate, a sangre fría, que no es decir me obcequé, ni mucho menos, que son

malos por naturaleza y nada más. Bueno, pues como quien oye llover, que estaban en la calle, lógico, a ver dónde iban a estar, y suerte para ellos, hijo, que deberían pudrirse en la cárcel, que si les sacan, hazte a la idea, es por pura caridad, por caridad mal entendida, desde luego, con eso de las amnistías, que den gracias que viven en el país que viven, si no, ¡de qué! Y eso es lo que no queréis entender vosotros, zascandiles, que confundís la generosidad con la debilidad, y menudos añitos me has hecho pasar pensando a cada rato que te iban a llevar con esa gentuza, botarate, que bastante pasé ya cuando lo del tren, al demonio se le ocurre, toda la noche en vela, lo que se dice ni pegar ojo, todo por irte de la lengua, dichosas palabras, que Antonio dice que estar veinticuatro horas en la Prevención son ya antecedentes, imagínate si eso es verdad, que no quiero ni pensarlo, vaya un legado que les dejas a los niños, pobrecitos, el día que se den cuenta.

XVIII

Hijo de hombre, voy a quitarte de repente lo que hace tus delicias, pero no te lamentes ni llores, no derrames una lágrima. Suspira en silencio, sin llevar luto por el muerto; ponte el turbante en la cabeza y calza tus pies, no te cubras el rostro ni comas el pan del duelo, y no es por dármelas de adivina, Mario, pero cuando murió tu madre y te vi tan campante, como si nada, me di cuenta del orgullo que te recome. Y la pánfila de Esther, todavía, «Tu marido tiene una gran dignidad en el dolor», ya ves, puntos de vista, que me dan a elegir entre Esther y Encarna, Encarna y Esther, y me quedo con la del medio, fíjate, que, cada una en su estilo, en su vida han hecho otra cosa que malmeterte. Dignidad en el dolor, ¿qué te parece? También son ganas de trabucarlo todo. Y cuando llorabas por leer el periódico ¿qué? Entonces estabas enfermo, qué bonito, que me apuesto lo que quieras a que si tú te pones a cantar el día que se murió tu madre a Esther la hubiera parecido muy bien, a escape hubiera encontrado una razón para justificarte, me apuesto lo que quieras. Es como Luis: «Exceso de control emotivo. Depresión nerviosa», me río yo, que los médicos, cuando no saben qué decir, todo lo achacan a los nervios, que es muy cómodo eso. Es lo mismo que cuando te quitaste el luto a los dos días porque te entristecían tus pantorrillas, habráse visto, y, encima, Esther que te comprendía, que el luto es una rutina estúpida que hay que desterrar. Anda que estaría bueno que no te entristecieran tus pantorrillas, ¡pues para eso es el luto, zascandil!, ¿qué te habías creído? El luto es para recordarte que tienes que estar triste y si vas a cantar, callarte, y si vas a aplaudir, quedarte quieto y aguantarte las ganas, que yo recuerdo el tío Eduardo, cuando lo de mamá, en el fútbol, como una piedra, igual, ni en los goles, fíjate, que llamaba la atención, y si alguno le decía, «¿Pero tú no aplaudes, Eduardo?», él enseñaba la corbata negra y sus amigos lo comprendían muy bien, ¿qué te crees?, «Eduardo no puede aplaudir porque está de luto», decían, y todos conformes, a ver, para eso es el luto, botarate, para eso y para que lo vean los demás, que los demás sepan, con sólo mirarte, que has tenido una desgracia muy grande en la familia, ¿comprendes?, que yo ahora, inclusive gasa, que no es que me vaya, entiéndeme, que negro sobre negro cae fatal, pero hay que guardar las apariencias. Claro que estas leyes para ti no rigen, ni por supuesto para el zángano de tu hijo, que ahora te toca recoger lo que has sembrado, natural, los niños ya se sabe, lo que oyen en casa, a ver, menudo sofocón me hizo pasar ayer. Pero yo tengo la conciencia muy tranquila a este respecto, Mario, que cuando murió tu madre, me acuerdo como si fuera hoy, ni a sol ni a sombra, no te dejaba en paz, «Llora, llora, que

luego eso sale y es peor; anda, llora» y tú callado, como si no fuera contigo, hasta que saltaste, «¿Por la costumbre?», que tampoco son formas, me parece a mí, que me dejaste parada, la verdad, que yo iba con la mejor intención del mundo, te lo juro, y si te decía que llorases era por la misma razón que no dejo bañarse a los niños después de comer, que parece como que una fuese una estrambótica y una rara. Lo lógico, cuando a uno se le muere la madre, es llorar, que ya me viste a mí, que no es hablar por hablar, no me consolaba con nada, ¡qué temporadita, cielo santo!, y tú ni caso, palmaditas en la espalda, y besitos sin ton ni son, eso, lo menos comprometido, ni siquiera hacerme el amor, que dice Valen que en las desgracias eso consuela, que yo en la inopia, que a inocentona y a ingenua no me gana nadie, lo comprendo, que parezco tonta. Verdaderamente tú tienes el don de la inoportunidad, cariño, ya ves ahora, que me desnude, imagínate, a la vejez viruelas, con los músculos del vientre tronzados, la espalda llena de mollas y hecha una calamidad. Pues, no señor, no me da la realísima gana, si eso te gustaba habérmelo pedido a tiempo, que yo, aunque me esté mal el decirlo, tuve una gran figura, un poco de más de poitrine, quizá, que no es que ahora me queje, entiéndelo bien, que si me fío de Eliseo San Juan, una Venus, ya ves, pero una no tiene ya edad para exhibiciones y, sobre todo, no está de humor. Las cosas a su tiempo, Mario, y en vez de dar media vuelta y hasta mañana, que pasé una humillación que no te imaginas, habérmelo pedido entonces y todos contentos. Es como lo de los presos, que llevas el espíritu de la contradicción en la sangre, hijo mío, porque lo que yo digo, si quieres hacer algo por los demás, pobres hay montones y a Cáritas, con un poquito de habilidad, se la torea, como yo hago, porque Cáritas, por mucho que tú la defiendas, lo que ha hecho es impedirnos el trato directo con el pobre y la oración antes del óbolo, que yo recuerdo con mamá, antiguamente, rezaban con toda devoción y besaban la mano que los socorría. ¡Buenos están los pobres ahora, anda, míralos, todos revueltos! Pero ¿quieres más? ¿No andabas ahora a vueltas con los locos del manicomio, que lo que no se te ocurra a ti, hijo, no se le ocurre a nadie, conque si era una pena cómo vivían y un bochorno para la ciudad, que hasta vergüenza me daba coger *El Correo* los domingos? Pero ¿es que estás bien de la cabeza, Mario? No debería decírtelo, pero Josechu Prados, por si lo quieres saber, se tronchaba el otro día en el Círculo y decía que tú lo que querías era «hacerte la cama», como diciendo que no estás en tus cabales, ¿te das cuenta? Pero Josechu anda despistado, que para vosotros el caso es pinchar, aunque sea en hueso, porque emplear un dineral en un manicomio nuevo es una sandez, Mario, convéncete, ¿es que no te das cuenta del

derroche, de que es tirar el dinero?, ¿qué saben esos desgraciados, borrico, si el edificio es nuevo o viejo, si hace frío o si hace calor? Si están en el manicomio es porque están locos y si están locos es porque no se enteran de nada, ni sienten ni padecen, se creen que son Napoleón o el mismo Dios en persona y tan felices, a ver. Y aunque no te des a razones, es lo que yo digo, Mario, ¿para qué más?, ¿para qué tirar el dinero en unos pobres diablos que ni te lo van a agradecer? Sí, ya sé que Esther estaba de tu parte, y los de la tertulia esa de mis pecados, ídem de lienzo, y que nada más hermoso que dar a los que no piden, pero ¿para qué malgastar en unos seres que lo tienen todo?, porque si ellos se lo creen, Mario, es como si lo tuvieran, desengáñate, y si les pones una bañera nueva y una sala de juegos y un jardín, pues a lo mejor les haces polvo, vete a saber, porque con ellos no hay forma de entenderse… Y no te pienses que a mí no me apena su desgracia, pero, por fortuna, todavía tengo la cabeza en su sitio y estoy de acuerdo con Armando en que pretender cargar con todo el dolor del mundo no es más que un acto de vanidad. Que te pones a mirar, cariño, y la vanidad es lo que te ha echado a perder, que tú mismo reconocías bien de veces que, escribiendo esas cosas y comprando *Carlitos* y dejando que nos retrataran en la Gran Vía y ayudando a los presos, no aliviabas a los demás tanto como te aliviabas a ti, y entonces empezabas a darle vueltas a si lo tuyo, en el fondo, no sería más que egoísmo, que, en definitiva, es lo que siempre he sostenido. Porque si te agradaba complacer a los demás, ¿por qué no a Solórzano cuando te quiso nombrar concejal? ¿Por qué, di? Después de tu choque con Josechu Prados, y de tus artículos en *El Correo*, que llevaban dinamita, hijo, y del expediente, y de los antecedentes de tu padre y de tu hermano, que ésa es otra, la actitud de Fito Solórzano no podía ser más elegante, me parece a mí, era un cable que te echaba, «Tenga, agárrese, borrón y cuenta nueva». Y, por si fuera poco, ya oíste a Valentina, «Entrar en el Ayuntamiento por el tercio cultural es hacerlo por la puerta grande». Bueno, pues aunque así sea, borrico, tú, no señor, «El precio del silencio», la copla de siempre. Porque aun admitiendo que Fito Solórzano no te invitara a sentarte, que lo dudo, o que se pusiera a fumar sin ofrecerte, ¿qué importancia tiene eso? Él venía dispuesto a hacer las paces, eso está claro, que no sé a cuento de qué te pusiste así al ver tu nombre en los pasquines, que a mí, ni me atrevía a decírtelo, me hizo hasta ilusión, lo reconozco, así, de sopetón, con letras tan grandonas. ¡Alabado sea Dios!, Mario, que el propio Vicente lo dijo, «En la vida he visto a Mario tan alterado, estaba como si le hubieran prendido un par de banderillas», que no es para tanto, vamos, y duro «Que contaran antes conmigo», pero alma de

Dios, ¿es que también va haber que contar con la gente para hacerla un favor? Porque si fuera para pedirte, pase, pero, vamos, una cosa así, que lo mires por donde lo mires, es un honor, pues te faltó tiempo, ¿eh?, que a saber qué saldría por esa boca, menudas ínfulas llevabas, que no me choca que ni te mandara sentar ni te ofreciera un pitillo, bueno es, lo raro es que no te diera un puntapié, que méritos hiciste para ello, hijo, las cosas como son. Y todavía que estuviste firme pero correcto, a saber, que según saliste de casa lo dudo mucho, no te sulfures, y, después de todo, lo que él te dijo, que no tenía por qué contar con nadie y que si no podías desempeñar el cargo, tiempo habría una vez que salieses elegido, que antes no había por qué, que mayores miramientos no caben, me parece a mí. Y si a ti te parece correcto decirle lo que le dijiste, que a saber cómo se lo dirías, que no te gustaban los juegos donde no se podía ganar, yo, la verdad, no sé lo que es la corrección. Y tú que ni te tendió la mano siquiera, pues ¡sólo faltaría! Yo, en su pellejo, te meto en la cárcel sin más preámbulos, como lo oyes, hay que ver, un desacato semejante y, encima, en el antedespacho, te desahogaste a gusto con el delegado y Oyarzun, que tuvo que oírte, fíjate, que si tu nombre era para sonar, no para salir y sabe Dios qué disparates, que ni sé cómo ninguno de los dos te ha vuelto a mirar a la cara, que lo peor es que les vocearas que era del dominio público que el propio Oyarzun, Arronde, el boticario, y Agustín Vega saldrían por unanimidad y que diera la casualidad de que acertases, que a mí lo que más me chocó, francamente, que me disgusté y todo, es que no tuvieras ningún voto, me extraña pero que muchísimo, fíjate, que el propio Filgueira, que era concejal entonces, me lo dijo la víspera, como lo estás oyendo, palabra, «Mañana voto a su marido», que luego no sé si se volvería atrás o qué, una cosa rara. Pero tú no tenías por qué molestarte por eso porque ni lo sabías, que buen cuidado tuve en callármelo, de forma que no venía a cuento que te pusieras como te pusiste, madre, que en un mes ni se te podía dirigir la palabra, ¡qué cosas!, que tú las gastas así, ya ves con Encarna. Si te repugna verla comer y ni la hablas casi ni nada, que no me extraña, porque tu cuñada activa será lo que quieras pero de conversación, cero, ¿a santo de qué la invitas a pasar temporadas? Porque hay que ver, tu cuñada será, y sufrir habrá sufrido, no digo que no, pero en qué hora, hijo, que hemos tenido Encarna hasta en la sopa. Y que no vamos a decir que Encarna sea un huésped barato, Mario, que tu cuñada come por tres, no se sacia, que hay que verla cómo se pone de fruta, como un Pepe, hijo, al precio que está, y no digamos el pescado, que es la ruina, figúrate el besugo con la caída que tiene, y que luego ande con disimulos echando los huesos en los platos de los niños, es

algo que no resisto, me saca de mis casillas, te lo prometo. Y luego, esas rarezas de encerrarse a leer en el baño y que si los niños la marean, y que se callen, pues los niños son niños, ya se sabe, y si no la gustan bien cerca tiene la puerta, que nadie la ha llamado, como yo digo. Y no es que yo tenga celos, Mario, ya me conoces y de sobra sabes que nunca me dio por ahí, pero aunque ahora esté más asentada, siempre es desagradable convivir con una mujerona que te ha querido birlar el marido, cariño, porque después de lo de Elviro, a mí no hay quien me saque de la cabeza que Encarna estaba por ti. Y cuando terminaste las oposiciones, la faltó tiempo, a la votación, ya ves qué sabrá ella de esas cosas, que la gusta meter la nariz en todo, y, después, a celebrarlo, que mejor es correr un tupido velo, que a saber qué haríais esa noche, y por mí, bien lo sabe Dios, poco importa, pero figúrate si los niños llegaran a saberlo, y por la memoria de Elviro, Mario, que al fin y al cabo, feo o guapo, tu hermano era. A poco que me hubieras estimado, Mario, nunca hubieras metido en casa a esa mujer, con esas despachaderas que se gasta, que no sé si será de buena familia o no, pero la traza es de verdulera, hijo, así como suena, un marimacho, había que verla con tu padre en brazos, de acá para allá, como un zarandillo, y aquel olor, que yo estaba de tres meses y lo recuerdo como una pesadilla. Y no te vayas a pensar que Encarna lo hiciera por caridad, sí, sí, por caridad, ¡para que la vieses, hijo!, ¡para deslumbrarte!, y, de paso, restregarme a mí por las narices que era una inútil. No, Mario, no, a tu cuñada la tengo aquí, y si lo hago es por lo que lo hago, que lo que es gustarme, ni un pelo, si es que lo quieres saber, y no me vengas con que la cocina porque eso bien poco significa, peor si me apuras, que hay que ver qué fregaderas me arma, a lo grande, y, luego, con esa cabeza que tiene, hay que estar siempre encima, que si la sal, que si el perejil, total que terminaba antes haciéndomelo sola. Eso por un lado, que si pones peseta a peseta, una detrás de otra, lo que Encarna representa, mañana un Seiscientos, Mario, ¡qué digo!, un Milquinientos y puede que me quede corta.

Lleno de angustia oraba con más instancia; y sudó como gruesas gotas de sangre que caían hasta la tierra. «¡Dios mío, me siento solo; estoy como acosado!», una obsesión, ¿eh?, ¡qué manía! Pero ¿quién te acosa, hombre de Dios, que no son más que ganas de darte importancia? Si precisamente eras tú quien tenía a gala encararte con el mundo, decir a la gente que era mala, que Cristo no era como nos le querían hacer ver nuestros intereses. Estás tú bueno, cariño. ¿Es que crees que únicamente tú sabías cómo era Cristo? Eso es una vanidad diabólica, Mario, desengáñate, pues aviados estaríamos si Cristo iba a volver al mundo para comprar *Carlitos* y canutos de hacer pompas a todos los vagos de Madrid y dejarse retratar en la Gran Vía, para que coma el fotógrafo, qué ideas. ¿Es que tú te crees, Mario, pedazo de alcornoque, que si Cristo volviera a la Tierra se iba a preocupar de los locos, de si tienen frío o calor, cuando todo el mundo está harto de saber que los locos ya no pueden ser ni buenos ni malos? ¿Crees tú, por casualidad, que Cristo iba a tirarle un lechazo a Hernando de Miguel por el hueco de la escalera, o a preocuparse de si un guardia le pega un porrazo a un gamberro, o a insolentarse con un gobernador, ya ves Poncio Pilatos, o a decirle a Josechu Prados que contase cuando se trataba de un fin bien bueno, que el mismo papá lo dice, que la monarquía en este país es la única garantía de orden? ¿Te imaginas a Cristo escribiendo los artículos que escribes sobre los paletos, una gente que no hace más que blasfemar, o atacando a la Inquisición o renegando del luto por los muertos? Pobre idea tienes tú de Nuestro Señor, cariño, «Le hemos desfigurado; le hemos desfigurado», ¿y no eres tú el primero? Por si te interesa saberlo, Mario, Cristo no hubiese tenido nunca un hermano rojo, ni un padre prestamista, y, de tenerlos, ten la seguridad de que no se hubiera quedado tan fresco, ni hubiese alzado el gallo, ni, por descontado, hubiera hablado de la caridad como tú hablaste, que hay que ver la pobre Bene la ilusión que tenía, que se pasó semanas enteras rondándome, «Mario es el más indicado; si él quisiera», que a mí me sorprendió, palabra, lo pronto que me dijiste que sí. Porque no hay derecho, Mario, abusar así de la confianza de las del Ropero, menudo sofocón, un feo semejante, porque si aceptas es para hablar de la caridad como Dios manda, que tenías un auditorio de lo más selecto, palabra, y te lo cargaste a las primeras de cambio, con lo de los festivales benéficos, que lo que Valen decía, «¿Qué mal hacemos jugando *bridge* por los pobres?». Pues ninguno, naturalmente, zascandil, que si jugando *bridge* remedias una necesidad, bendito sea el *bridge*. Pecar y así es lo que no se puede, pero juegos y fiestas ¿por qué no? ¿Qué mal hay en ello?

Y, luego, la bomba, que me dejaste sin sangre, que yo decía, «Se arma, hoy se arma, ¿dónde va este hombre?», y tú dale con que «Hoy la caridad reside en secundar las demandas de justicia de los desheredados y que taparles la boca con una tableta de chocolate y una bufanda puede incluso ser un ardid», que entonces empezó el rumor y yo pensaba: «Le linchan, le linchan y con toda la razón». La cogiste modorra, como yo digo, con que si la caridad sólo debe llegar donde no alcance la justicia, que la gente, y yo la primera, en el limbo, toda la conferencia sobre ascuas, hijo, que creí que me enfermaba del corazón, Dios mío, qué palpitaciones, y cuando empezaron a patear, deseé con toda mi alma que me tragase la tierra, como te lo digo, ni se te oía, y a la pobre Bene saltándosele las lágrimas, y tú accionando, todo sofocado, ¡qué horror!, que en medio del barullo la de Arronde, a voces, «A ver mañana qué dice la prensa, ¡qué vergüenza!», y, a la salida, no quieras saber, de rojo para arriba, que yo, callada como una muerta. Y no te digo nada, al día siguiente, en el Centro, con *El Correíto* que Dios confunda, dándote alas, que muy valiente, que el lenguaje que hay que emplear en este siglo, que en la línea conciliar, que te advierto que quemaron más de una docena de ejemplares y dieron «mueras», menos mal que Bene, que es medio santa, las aplacó, que buenas estaban. Y gracias a que *El Noticiero* se metía contigo, que demagógico y eso, que para mí fue la puntilla, Mario, te lo juro, que *El Noticiero* es de fiar, fíjate, un periódico católico a machamartillo, de derechas de toda la vida. Y luego que estás solo, botarate, pues, ¡no vas a estarlo!, la pobre Bene, con la ilusión que tenía, «Mario es un cielo, dale las gracias», me decía todo el tiempo, menudo jarro de agua fría, que después tú mismo lo sentiste, no digas que no, como con lo del lechazo, que si hablar de caridad en ese lenguaje a personas que no entendían la caridad era faltar a la caridad, un galimatías, hijo, crucigramas, que tiras la piedra y luego te duele la descalabradura, como yo digo, y que dudabas y la duda te hacía sufrir, y que si callas, la conciencia te reprocha, y si hablas, te reprocha también, ya ves qué problema, pues habla con educación, hijo, que con Bene lo que procedía era todo lo contrario de lo que hiciste, estimular a la gente a dar y a ir a las fiestas benéficas y, al final, hubiera sido un detalle simpático que subastases tu pitillera o algo así, un objeto personal. Pero cualquiera te aconseja, Mario, con los humos que te gastas, si yo ya no me atrevo ni a decirte que te cambies de traje para planchártelo, y, luego, que estás solo, pues no vas a estarlo, adoquín, ¿no era eso lo que andabas buscando, di? ¿No te lo advertí ya cuando lo de la casa, que a este paso nadie nos va a poder ver ni en pintura, tanto criticar, tanto criticar, que parece como que le sacarais un gusto a

revolcaros en el cieno? Es como lo de tus libros, cuando no eran de cosas raras que nadie entiende, eran de muertos de hambre o de paletos de esos que no saben ni la A. Y si los paletos no saben leer, Mario, y a la gente bien le traen sin cuidado los paletos, ¿puede saberse para quién escribías? Y no me salgas con que se pueden escribir cosas para nadie, porque eso no, Mario, que si las palabras no se las dices a alguien no son nada, ruidos o garabatos, vamos, creo yo, no sé. Pero a ti no hay quien te apee de la burra, cariño, ni una sugerencia, hay que ver, con la carrera que me di para contarte lo de Maximino Conde y la hijastra, un argumento de película, fíjate, que toda la ciudad pendiente, total para nada, y sí que era un poco así, lo reconozco, tirando a verde, pero en la novela, al final, haciéndole reaccionar a él en decente, quedaba inclusive aleccionadora. Pues no señor, mejor los paletos y los muertos de hambre, ¡con tu pan te lo comas, querido!, pero luego no te quejes si estás solo, que quitas a Esther, Encarna y los de la tertulia, y para de contar. Y si afinamos un poco ni los de la tertulia, fíjate, que había que oír al Moyano ese, el de las barbas, hace cosa de un mes, con el articulito aquel, «Los redentores», o como se llamase, que yo no lo entendí del todo, te lo confieso, pero a fuerza de leerlo creo que saqué el sentido, pero lo que sí te aseguro es que aquello de que «todos los redentores aman al prójimo, unos para redimirlo de veras y otros para utilizarlo de pedestal» cayó como una bomba, pero entre todo el mundo, ¿eh? Oyarzun creo que bramaba, y el Moyano ese no digamos, hijo, que se le oía desde el portal. ¡Jesús, cómo se puso!, que luego tú, «Dejadme; un hombre no puede abrir la boca sin ofender», la frasecita de rigor, cómo no, literatura, zascandil, mírate en mi espejo, ¿ofendo yo?, dime la verdad, ¿ofendo yo?, no ¿verdad?, pues mira, bien de ello que hablo, que no paro, una tarabilla, tú me dirás, que a veces, si no tengo con quien, pues yo sola, fíjate qué risa, cualquiera que me viera, pero me importa un bledo. Tú, en cambio, ya se sabe, si abres la boca es para fastidiar, hoy, ayer y todos los días. Acuérdate del expediente, ¿qué podía hacer Antonio? Cumplir con su deber, ni más ni menos, y todavía da gracias que fue él, que no te dejaron en la calle de verdadero milagro, que aún me duelen las rodillas de rezar, que se me deformaron y todo. Y si un alumno va y se queja, Antonio, a ver, a Madrid, no tenía otra alternativa, pero sobre todo, si tú no sueltas la lengua, no tenía por qué haber habido Antonio ni Antonia. Porque Antonio te aprecia, Mario, me consta, que hasta vino a verme, «Me duele tanto como hacérmelo a mí mismo, Carmen, créeme», ¿quieres más?, que yo, «No tienes por qué darme explicaciones, Antonio, sólo faltaría», a ver, y ayer, ya le viste, de los primeros, y para hoy ha suspendido las clases y

todo, que cómo se ha portado. Tú te lo guisas y tú te lo comes, Mario, no le demos más vueltas, que al demonio se le ocurre decir una cosa así. ¿Tú crees que un cristiano puede decir a boca llena, en plena clase, que era una lástima que la Iglesia no apoyase la Revolución francesa? ¿Te das cuenta de lo que dices? Y la pánfila de Esther que ciertamente fue una lástima, ¡Dios de los cielos!, ¿es que estás en tus cabales, Mario, una blasfemia así? ¿Pues no era la Revolución Francesa aquella de las tiorras desgreñadas que cortan la cabeza al rey y a las monjitas y a toda la gente buena, la de Pimpinela Escarlata o eso? Vamos, que se necesita cuajo para decir una cosa así, qué principios ni qué niño muerto. ¡Válgame Dios!, cómo van a ser cristianos unos principios que consisten en cortar la cabeza a la gente de bien, y en cuanto al fin, ya lo estás viendo, que a sinvergonzonería y a descreimiento a Francia no le gana nadie, ya ves Valen, el verano pasado, y no es que sea una ñoña, escandalizadita volvió, para que te enteres. Pero a ti que lo mismo te da, que tienes una conciencia como un saco, hijo, ¡qué tragaderas!, al domingo siguiente a comulgar, tan tranquilo, como si nada, que a Bene, que te vio, la faltó tiempo, «Se habrá confesado, ¿verdad?» y yo, «Me imagino», tú dirás qué podía contestarla. Dios te habrá perdonado, Mario, que mala voluntad no tenías, eso creo, vamos, pero a veces me daba por pensar que hacías comuniones sacrílegas y tardaba un cuarto de hora en dormirme, te lo prometo, de la incomodidad, que eso es algo que me aterra. Y lo que más me duele es pensar que tú al principio no eras así, que han sido el don Nicolás ese y su cuadrilla los que te han llenado la cabeza de pájaros, y eso para verlo desde fuera, pase, pero que el hombre que piensa y hace esas cosas sea tu marido, es un martirio, te doy mi palabra de honor, que Valen se ríe, a ella la quisiera yo ver. Claro, como Vicente es el hombre más equilibrado que existe, lo de los demás, por mucho que les quieras, que a mí Valen me lo ha demostrado, se ve como en el teatro. Ella me decía, Valen quiero decir, date cuenta, me decía: «A tu marido y esa gente les falta un tornillo, hija. Pero te confieso que a mí me divierten, me hace gracia verles empeñados en que el mundo gire del revés. Son unos tipos, pero ándate con ojo, éstos son los que se suicidan o se mueren del corazón». Así, Mario, como lo estás oyendo, te lo juro, como si lo hubiera presentido, y yo, la verdad, que se mueran del corazón los hombres de negocios, que de un telefonazo pueden ganar o perder millones, lo comprendo, pero que te mueras del corazón tú, un hombre que jamás se ha preocupado del dinero, que tiene una mujer que de dos saca cuatro, un hombre al que no le ha faltado nada, que no es que vayas a decir esto o lo otro, no hay derecho, la verdad, no hay derecho y no hay derecho.

Ya te digo, me lo explico en los hombres importantes, pero que tú, Mario, un don nadie, para qué nos vamos a engañar, te vayas a morir porque los locos vivan en un manicomio feo, o porque te dé una torta un guardia, o porque Josechu no cuenta los votos, o porque Solórzano te quiere hacer concejal, o porque los paletos no gasten ascensor, es algo que no me cabe en la cabeza, las cosas como son. Claro que la tonta fui yo, que nadie tuvo la culpa, que tu misma madre ya me lo advirtió que eras un chico muy retraído y eso, y en cuanto llegabas del colegio, lo primero las alpargatas y al brasero, a leer. Ya ves qué plan para un niño, que luego saldrá Encarna con que si hago o dejo de hacer, qué sabrá ella, que si de niño hacías eso, de mayor ídem de lienzo, ya se sabe, genio y figura. «Estoy solo, Carmen», me decías hace tres días, ¿te acuerdas?, aquí mismo, que yo como si no te oyera, que si hablo es para ponerlo peor, pero ¿qué querías, encima? ¿Que Solórzano o Josechu te vinieran a dar explicaciones? Mamá, que en paz descanse, que no se la escapaba una, solía decir, «Recogemos lo que sembramos», ¿qué te parece?, que así, a primera vista, parecerá una bobada, pero el dicho tiene mucha miga, Mario, vaya si la tiene. Y no es que mamá hablara por hablar, que a sacrificada pocos la ganarían, ya ves, que con lo de Julia ofreció no probar los dulces, que la pirraban, si no venían mellizos, que tú dirás, otra tontuna, pero no era ninguna tontuna, Mario, que tiene su fundamento, que mamá, que en paz descanse, sabía dónde la apretaba el zapato, y a papá se lo dijo, que luego me enteré, y si viene uno solo, cabe el desliz, pero si vienen dos, eso demuestra que se hizo con pasión, date cuenta, que en las circunstancias de Julia hubiera sido imperdonable. Aunque, bien pensado, mi hermana en el pecado ha llevado la penitencia, que el pobre Constantino será todo lo infeliz que quieras, pero es un chico bien raro, que creo que hace yoga o eso y duerme con la cabeza en el suelo y, por las noches, pasea por toda la casa, que es noctámbulo o sonámbulo, o como se diga, imagínate qué espanto. Todo por un momento de placer, Mario, ni eso, que es nada, que yo, las más de las veces, ni me entero, te digo mi verdad. Es muy raro ese chico, Mario, que Julia quería encasquetármelo con Mario los veranos, que ni te lo dije, pero yo ni hablar, no estaba por la labor, que se las arregle ella, ella hizo el mal pues que busque el remedio. En general esos hijos extranjeros suelen dar malos resultados, que Armando dice que son una incógnita y yo le doy la razón, no sé si por la mezcla de sangre o qué, pero todos tiran un poquito al monte.

Cuanto a la fornicación y a cualquier género de impureza o avaricia, que ni siquiera pueda decirse que lo hay entre nosotros, como conviene a santos; ni palabras torpes, ni groserías, ni truhanerías, en cambio él, a la chita callando era tremendo, Mario, ¿querrás creer que una tarde que estábamos solos en casa, abrió *Il Mondo* por un anuncio de sujetadores y me dijo, con una sonrisita muy suya, apuntando?, «Seno, ¿eh, bambina?». ¡Figúrate qué caso! Con Galli, te digo mi verdad, fácil, lo que hubiera querido, que yo no sé qué tendrán mis pechos, la verdad, pero Eliseo San Juan, cada vez que me echa la vista encima, se pone como loco, sobre todo si voy con el suéter azul, «Qué buena estás, qué buena estás, cada día estás más buena», que me aburre, palabra, porque si yo le diera pie, vaya, pero como quien oye llover, ni caso, yo a lo mío, ¡madre, qué hombre! Y de chica, para qué te voy a contar, que aunque me esté mal el decirlo, hacía furor, que un buen día subí con Transi al estudio de los Viejos, bueno, al estudio, una buhardilla cochambrosa, y los muy sinvergüenzas nos querían pintar desnudas, y Evaristo decía, «A ti, nena, un retrato de busto es lo que te va», que yo estaba muerta de azaro, Mario, te lo juro, qué sofocón, todos los retratos de mujeres desnudas por las paredes, pero Transi tan terne, no te creas, «Éste es una maravilla de luz», «La calidad de carne está aquí muy conseguida», que a saber de dónde sacó ella esas cosas tan técnicas, que nunca me lo dijo, no se decidió, fíjate, con la confianza que teníamos. Y luego, Evaristo, el muy frescales, me planta una manaza toda peluda en la pierna y venga de decir, «¿Y tú qué dices, nena?», que me dejó sin respiración, Mario, como lo oyes, aunque no dije ni pío, ni mover un dedo, cualquiera. A Evaristo le gustaba yo por vivir, que si se casó con Transi, ya entradita, y él, no digamos, más viejo que viejo, fue por recurso y nada más que por recurso, que una mujer nota a la legua cuándo le hace tilín a un hombre, no me preguntes en qué, qué sé yo, intuición, es como una corazonada. Había que verle a Evaristo cada vez que nos paraba, «Ahora, ahora sois los verdaderos guayabitos; el verano pasado erais unas crías», y no me quitaba el ojo de la poitrine, el muy descarado, que yo no sé qué tendrá mi pecho, Mario, pero a este paso hasta los sesenta, qué asco de hombres, todos iguales, como cortados por el mismo patrón. Y Galli Constantino señalaba la puntita, no te vayas a creer, que esos italianos son el mismísimo demonio, aunque conmigo tropezó en hueso, que puestos en este plan, lo que hubiera querido, siempre lo dije, que a Galli le gustaba yo cien mil veces más que Julia, pero a los hombres nunca os falta un remiendo para un descosido y, como diría la pobre mamá, a falta de pan, buenas son tortas, y si mi hermana

le dio pie, tonto sería, que para un desahogo, cualquiera, que eso es lo que más rabia me da, una humillación así, que después, a saber, no pondría yo una mano en el fuego, imagínate Julia, siete años sola en Madrid, y con un niño tan chico, la libertad que eso supone. Pero mira, Mario, a mí plin, papá y mamá no la hablaban y yo no iba a ser menos, «sí», «no», «bien», «mal», de ahí no pasaba, que tampoco era cosa de hacer la vista gorda. ¡Pobre mamá, el calvario que pasó! ¿Sabes que hasta quiso deshacer el primer matrimonio de Galli? Revolvió Roma con Santiago, buena era, pero, por lo visto, habiendo hijos de por medio, es fatal, dificilísimo. Y, de repente, ¡pum!, se lo tragó la tierra, nadie daba razón de Galli y ésta es la hora en que no se sabe si lo mataron aquí, o cuando la guerra mundial, o si sigue vivo y coleando haciendo de las suyas por su tierra, que los hombres sois insaciables, Valen dice que ni la vejez, ya ves tú. Y otra cosa no, pero desde luego Galli Constantino era un tipazo, no veas, nos traía locas a todas, que cuando nos llevaba a Julia y a mí en el Fiat descapotable, todo el mundo era a mirarnos. ¡Qué tiempos! Yo lo pasé bien en la guerra, digáis lo que digáis, si era como una fiesta, hijo, yo me acuerdo en el refugio, menuda juerga, con la Espe, una rojaza de espanto, no quieras saber, y papá, con esa sorna que se gasta, que ya le conoces, que canta las verdades al lucero del alba, «Son los saludos de sus amigos, Espe, no se asuste», figúrate, por las bombas, y ella, la pobrecilla, «¡Ay, calle usted, don Ramón, es una cosa horrible esta guerra!». Yo lo pasé de fábula, Mario, para qué te voy a contar, toda la ciudad llena de gente, menudo barullo, que todavía no sé, te lo digo sinceramente, cómo no te planté entonces, recién novios, que cada vez que venías del frente, con lo de tus hermanos y eso, en plan de revientafiestas, como pensativo, o amargado, ¡qué sé yo! Pero un buen día, sin venir a cuento, ¡pum!, al bueno de Galli se lo tragó la tierra, claro que eso era muy frecuente, ya ves Nacho Cuevas, el hermano de Transi, la misma historia, le movilizaron a la mitad de la guerra y como era algo retrasado mental, o meningítico o eso, le pusieron en servicios auxiliares, y un buen día, yo no sé si necesitaron gente o qué, pero los padres de Transi se encontraron un billetito por debajo de la puerta, todo lleno de faltas de ortografía, que decía: «*Me yeban*, date cuenta, con y griega, *a la gerra*, sin u; *tengo muchísimo miedo. A Dios*, separado, *Juanito*». Bueno, pues ésta es la hora, y mira que han revuelto cielo y tierra, con lo que son los Cuevas, pues nada. Desde luego, conforme estaba ese chico es preferible que Dios se lo llevase, que era una carga, no te puedes imaginar, incapacitado, y ¡qué porvenir!, tú dirás, que eso era lo peor, de peón de albañil o cosa parecida. «Mejor muerto», como yo le dije a Transi, pero a ella, hijo, la dio

sentimental, y como si hubiera dicho algo malo, «¡Ay, Menchu, no, guapina, un hermano es un hermano!». Transi, a su manera, es cariñosona, toda corazón, que había que ver los besos que me daba, raros para una chica, desde luego, pero sin malicia, que mira luego con quién fue a dar, el viejo de Evaristo, que estaba más visto que el *TBO*, un hombre que la llevaba quince años, sin oficio ni beneficio, y un sinvergüenza redomado, además, que si yo fui a la ceremonia fue por Transi, como te lo digo, por no hacerla un feo, y ya él con unas guasas y unas cosas que me dieron muy mala espina, recordarás. Pues ella empeñada en que tenía talento, ya ves tú, talento para agarrarse un avión y marcharse a América, a Guinea o qué sé yo, y dejarla plantada con tres criaturas, que ni sé cómo se las puede arreglar, fíjate, que los Cuevas una familia estupenda de toda la vida pero muy venida a menos, que de dinero, ni pum. Para eso sí tenía talento Evaristo, no lo dudo, para eso y para poner las manazas donde no debía, que me dejó helada, «¿Y tú qué dices, nena?», que si yo esa tarde le doy carrete y le llevo un poco la corriente, Transi ya se puede despedir, que no es hablar a lo tonto. ¡Si se le salían los ojos de las órbitas cada vez que nos decía «Ahora, ahora sois los verdaderos guayabitos; el año pasado erais unas crías»!, pero lo que él miraba era mi poitrine, que no le quitaba ojo, que aquí, para *inter nos*, Mario, yo no sé qué tendrán mis pechos pero no hay hombre que se resista, mira el otro día, sin ir más lejos, un patán que estaba abriendo una zanja en la calle la Victoria, pero a voces, «¡Guapa, con esa delantera, ni Ricardo Zamora!». Sí, ya lo sé, una grosería, desde luego, pero qué le vas a pedir a esa gente y, francamente, por eso me duele más lo tuyo, fíjate, que si los demás no repararan, vaya, pero gustando como gusto, me sabe mal tu indiferencia, para que te enteres. Y todavía ahora, pase, pero ¡mira que de novios!, la manita y ya era mucho, claro que no te digo besarme, que eso ni por ti ni por nadie, pero un poquito más de ardor, calamidad, aunque te contuvieras, que sólo faltaría, pero a las chicas, por si lo quieres saber, nos gusta sentiros impacientes cuando estáis con nosotras, no lo mismo que si estuvierais al lado de un bombero. Pero tú, ya, ya, mucho «mi vida», mucho «cariño», pero tan terne, como si nada, como un avefría, que acaba una por no saber lo que es control y lo que es indiferencia, porque no me digas, hijo, que a un hombre a quien le cuentas lo de Evaristo, con su manaza toda peluda, y no reacciona, es que es de cartónpiedra, vamos, me parece a mí. Y no es que yo pida imposibles, entiéndeme, que a veces pienso si en este aspecto seré una ansiosa, pero procuro ser objetiva, y ahí tienes a Valen, y Vicente es el equilibrio en persona, no me digas, bueno, pues Valen está harta de decirme que los últimos meses, sobre todo después de la pedida,

son de abrigo, que yo la doy la razón, a ver, no es cosa de decirla que tú ni caso, menudo bochorno. Te doy mi palabra, Mario, pero cada vez que te veía al solazo en el banco de enfrente de casa, con un periódico, que entonces me empezaste a gustar, ya ves, yo creo que por eso, pensaba, «Ese chico me necesita y debe de ser muy apasionado», que me hacía ilusiones, fíjate, sin fundamento, de acuerdo, pero a mí, y te hablo con el corazón en la mano, me hubiera gustado tener que pararte alguna vez los pies, no te digo como a Evaristo o a Galli, que entonces ni me hubiera casado, seguro, pero sí un poquito de pasión, ya ves Maximino Conde con la hijastra, y a su edad, completamente trastornado, hasta el punto de que ella, Gertrudis, se tuvo que largar al extranjero sin hacer ni el equipaje, que a saber allí, porque después de todo Maximino era su padrastro y alguna delicadeza hubiera tenido y, entiéndeme, no es que le disculpe ni muchísimo menos. Lo que quiero hacerte ver, Mario, es que entre hombre y mujer hay un instinto, y las chicas con principios, las honradas, las que somos como se debe ser, gozamos excitándolo en los hombres pero sin llegar a mayores, mientras que las fulanas se van a la cama con el primero que pillan. Ésa es la diferencia, botarate, pero si vemos que vosotros no reaccionáis, pues a ver, acomplejaditas, que pensamos tonterías, inclusive que no servimos, porque aunque vosotros no lo creáis, las mujeres somos muy complicadas. Y luego, al cabo de veinte años, de repente, ¡hala!, el capricho, desnúdate, ya ves tú qué ocurrencia, a la vejez viruelas, pues no me da la realísima gana, para que lo sepas, ya ves tú, ahora con el vientre remendado y la espalda llena de mollas, pues, no señor, haberlo pedido a su tiempo. Y todavía el padre Fando con tonterías, que delicadezas, me río yo, que no sé cómo te las arreglas pero, hagas lo que hagas, encubridores no te faltan, madre, qué piña. Siempre fuiste un poco maniático, querido, reconoce las cosas, por más que diga Esther que para un intelectual, la carne, un apetito como otro cualquiera, lo satisface y sanseacabó, no le desazona, que me hace gracia, que el año que fuimos a la playa bien se te iban las vistillas, hijo, que me diste el verano, fíjate, de no volver, que ni amarrada vuelvo yo a la playa contigo con la desvergüenza que hay hoy en todo. Tanto si te duele como si no, te diré que tú tienes el don de la inoportunidad, Mario, porque no me vengas ahora, que los días buenos ni mirarme a la cara, y los malos ya se sabe, el asedio, «No seamos mezquinos con Dios», «No mezclemos las matemáticas en esto», qué fácil se dice, y que si dejábamos un hijo por nacer, ¡valiente novedad!, figúrate, si cada hombre con cada mujer y en cada momento tiene hijos distintos, date cuenta la de niños que quedan por nacer a cada minuto en el mundo, ¡millones de

millones!, una barbaridad, como para perder la cabeza por una cosa así, tonterías. El espíritu de la contradicción, eso es lo que tú eres, que desde que te conozco no has hecho más que aguardar a que yo diga blanco para tú decir negro, que parece como que con eso ya te quedabas más tranquilo.

XXI

Comiendo lo ganado con el trabajo de tus manos, serás feliz y bienaventurado. Tu mujer será como fructífera parra en el interior de tu casa. Tus hijos como renuevos de olivo en derredor de tu mesa. Eso no impide que, de repente, se me ocurran disparates, Mario, cosas tan horribles que a media tarde, me cojo el portante y me marcho a confesar, que se me ocurre, por ejemplo, que si mamá me viese todo el día de Dios lavando bragas, sólo con una criada para cinco criaturas, se llevaría un berrinche tal que llego a preferir que se haya muerto, fíjate, que mamá, que en paz descanse, que a ti no te debe pillar de nuevas, era para mí mucho más que una madre, ya lo sabes, que era mi consejera, mi confidente, mi amiga y todo lo que se pueda ser. Y es que esto del servicio, Mario, se ha puesto imposible aunque los hombres, por la cuenta que os tiene, cerréis los ojos, y encima venga de dar alas a los pobres, como si la cosa no fuese con vosotros, tontos, más que tontos, que sois tontos de capirote, que si los salarios, que si Alemania, venga, que a este paso me parece a mí vamos a acabar como el rosario de la aurora, porque no es decir que hoy una criada valga más de mil pesetas, que eso es lo de menos, que luego está lo que te come, pero con eso y con todo, lo peor es que no las hay, que no se pueden pintar, Mario, métetelo en la cabeza, que me haces gracia, un día te da la ventolera y «vamos a arrimar todos el hombro», que no se trata de eso, que una casa es muy entretenida, que no es cosa de juego, cariño, que te pones a ver y es el no parar, porque ¿quieres decirme qué adelanto yo con que durante las vacaciones los niños se hagan sus camas y tú te agarres la escoba y barras una habitación? ¿Qué me resuelve eso a mí, di? ¿Es que es, acaso, misión de un hombre? Una casa es una casa, Mario, y detrás he de ir yo estirando colchas y quitándote los rincones, que me dobláis la tarea, fíjate, en lugar de aliviarme. Y todavía tú, que ninguna satisfacción mayor que valerse uno por sí mismo, que me río yo de vuestras ayudas y de vuestras satisfacciones, que vivís en la higuera. Como eso de poner a Menchu a fregar los cacharros, ¿de cuándo acá una chica bien ha de hacer de fregona, dime? Mal está que lo haga yo, pero al fin y al cabo, soy su madre, y si no supe elegir mejor, justo es que en el pecado lleve la penitencia. Pero ¿puedes decirme qué culpa tiene la niña? No, Mario, no, desengáñate, hay que aguantar lo que se pueda y en último extremo, acuérdate de mamá, si hemos de morir, hacerlo con dignidad, que hay que ver el bochorno que pasé el día que Valen te pilló con la malla haciendo la compra, de desear que me tragase la tierra, fíjate. Menos mal que nada de lo que tú hagas sorprende ya a mis amigas, pero ten por seguro que a

Vicente, que es un hombre como se debe ser, no se le ocurren esas payasadas, ni se le pasa por la imaginación, vamos, me apuesto lo que quieras. Lo que te sucede a ti, Mario, que a mí no me la das, es que en el fondo, fondo, sientes remordimientos, que el caso es hacer lo que sea menos ganar dinero, que es tu obligación. No es de hoy, cariño, que siempre fuiste un culillo de mal asiento, ya lo dice la Doro, que no sabes parar quieto, yo recuerdo en la playa, venga de tomar notas y mirar papeles debajo del toldo, o, si no, hacerles una barca a los niños, cualquier cosa menos tumbarte al sol y broncearte, Mario, que estabas tan blanquito, y luego con el meyba hasta las rodillas y las gafas, daba grima verte, la verdad, que yo, algunas veces, como si no fueras conmigo, como si no te conociera, que no debería decírtelo pero hasta vergüenza me daba. Después de todo, razón le sobra a Valen, que a los intelectuales deberían prohibirles ir a la playa, que así, tan flacos y tan cruditos, resultan antiestéticos, más inmorales que los mismos bikinis. Pero lo que más me encrespa, te lo confieso, es que en la playa, si no mirabas a las niñas, por supuesto, fueras tan intelectual y, luego, en casa, agarraras el escobón y te pusieras a barrer, porque una de dos, lo eres o no lo eres, pero si lo eres, con todas las consecuencias, hijo, que a mí las medias tintas no me van. Sí, ya lo sé, que tú no eres un intelectual, me lo sé de requetesobra, de carrerilla, fíjate, que los intelectuales piensan y ayudan a pensar, pero si tú no puedes pensar porque tu cabeza es un caos, mal puedes hacer pensar a los demás. Excusas, frases, como yo digo, porque si no lo eres, ¿por qué andas entre libros y papeles todo el día de Dios? ¿Por qué regla de tres estabas tan blanco en la playa, di, que no te agarraba el sol ni por cuanto hay? Y luego, para mayor inri, haciéndote el deportista, que también es humor, que no puedes con los zapatos y corriendo cincuenta kilómetros en bicicleta cada domingo, no me digas, todo para aparentar más joven, que no sé a santo de qué, que todavía en una mujer… Tú desconciertas a cualquiera, Mario, convéncete, que muchísimas veces pienso que tus gustos proletarios vienen de la estrechez en que te criaste, que a mí, ya ves tú, a poco de hacernos novios, cuando me dijiste que con un duro a la semana tendríamos que arreglarnos, me dejaste fría, palabra. Porque ¿me puedes decir qué hacíamos dos personas con un duro por mucho que haya subido la vida, que yo misma lo reconozco, que está veinte veces? Si te digo que todavía me duelen las plantas de los pies de patear calles no te exagero, y ¡qué frío, santo Dios!, que volvía a casa ateridita, que tenía que taparme con la falda de la camilla cabeza y todo para reaccionar, que mamá, «¿Puede saberse dónde has andado?», que a ella se lo iba yo a decir, pobrecilla, bastante tenía encima. Y un buen día te daba

rumbosa y al café, hale, como los paletos, que el camarero aquel del pelo blanco, no me digas, cada vez que le pedías una caña, con una sorna, «¿Una caña para los dos?», que era absurdo, a ver, que me hacías pasar las penas del purgatorio. ¡Qué horror, cariño! No quiero ni pensarlo porque me sublevo, no lo puedo remediar, es superior a mis fuerzas, que me doy cuenta de lo poco que siempre he significado para ti, porque si sólo disponías de un duro, ¿a qué comprometerte con una chica? ¿Es que hay derecho a eso? Un hombre enamorado, en esa circunstancia, roba, mata o hace algo, Mario, todo menos tener a una chica bien en ese plan, que me da coraje, fíjate, inclusive a estas alturas, haber sido tan sandia, que hasta se me saltan las lágrimas de pensar en el desprecio, que tiempo tuve para ver de qué pie cojeabas, y ni por ésas. ¿Qué te parece? «¿Una caña para los dos?». Porque lo decía con retintín el tipo aquel del pelo blanco, Mario, no digas que no, burlándose de mí, tan recompuesta, con mi sombrerito inclusive, una cursi, un quiero y no puedo, a ver, que es lo que me saca de quicio, que a saber qué me darías para no mandarte a paseo. Un hombre como debe ser, roba o mata antes de tener tres años a una mujer en este plan, y tú, todavía, con contemplaciones, «Para la señorita, yo no quiero nada», no vas a querer, ¡deseando!, como que te crees que él no lo notaba, ni que fuera tonto, y sobre todo no sé a santo de qué darle tantas explicaciones a un camarero, ya ves tú, un don nadie, que eso es lo que más asco me da de ti, que con la gente baja te achicaras con lo sencillo que es darles cuatro voces, y, en cambio, con la gente bien, inclusive con las autoridades, se te soltase la lengua y a desbarrar. ¿Qué se puede esperar de un hombre así, puedes decírmelo? Y no acababa ahí la cosa, sin una peseta y todavía que eras un privilegiado, que tenías pan y calor, ¡qué cosas hay que oír!, un hombre que no tiene donde caerse muerto, que ésa es otra, que tú dirás ahora si no fuera por papá, Mario, que sólo Dios sabe lo que a mí me ha costado aparentar, que vosotros, mucho presumir de estar de vuelta, y enseguida os tragáis esas historias de que más de media humanidad pasa hambre, imagínate, que el que pase hambre hoy es porque le da la real gana, Mario, como lo oyes, porque, lo que yo digo, si tienen hambre, ¿por qué no trabajan? ¿Por qué las chicas no se ponen a servir como Dios manda, di?, ¿por qué?, lo que pasa es que hay mucho vicio, Mario, que hoy todas quieren ser señoritas, y la que no fuma, se pinta las uñas o se pone pantalones, y eso no puede ser, que estas mujeronas están destrozando la vida de familia, así como suena, que yo recuerdo en casa, dos criadas y la señorita para cuatro gatos, y cobrarían dos reales, que no lo discuto, pero ¿para qué necesitaban más? Las criadas entonces eran como de la familia, bueno era papá para eso: «Julia,

modérate; deja un poco para que lo prueben también en la cocina». Entonces había solidaridad, daba tiempo para todo y, cada uno en su clase, todos contentos, que no era como ahora que todo el mundo quiere empezar de capitán general, que en la vida he visto, hijo, más ambición ni más prisas. Pero no, todavía teníais que venir vosotros a enmendar la plana, una plaga, Mario, como la langosta, venga, hay que tirarlo todo, esto es injusto, hay que cortar de arriba y añadir de abajo, que ya se sabe, vosotros con tal de hacer una frase sois capaces de vender a vuestra madre, dichoso don Nicolás, que este hombre me va a hacer a mí ganar el cielo, date cuenta, que antes *El Correo*, yo me acuerdo, daba gusto, con aquel director que nombraron de Madrid, tan leal, y no es porque yo lo diga, que todo el mundo está de acuerdo, que desde que se marchó empezaron los disgustos. Porque lo que yo digo, Mario, si a costa de tantas peplas sacaras algo en limpio, lo comprendo, pero lo cierto es que vienen a palo seco, que no me explico para qué trabajas tanto, porque no me digas que veinte duros al precio que están las cosas son hoy dinero, una irrisión, Mario, un escarnio, eso es lo que es, que para tanto como eso mejor de balde. En cambio, la colaboración de Madrid, hala, a la calle, por una cabezonada, que si te pusieron Cruzada en vez de guerra civil, o una pamplina de ésas, que hay que ver las voces por teléfono, que a saber qué pensaría el pobre José Mari Recondo, que ése era el pago, total por una palabra, que hay que ver los quebraderos de cabeza que os dan a vosotros las palabras, cielo santo, que qué lo mismo dará una cosa que otra, mira tú, Cruzada o guerra civil, que no lo entiendo, palabra, no es que me haga la tonta, te lo juro, que si tú dices Cruzada, todos sabemos que te refieres a la guerra civil, y si dices guerra civil, todos estamos al cabo de la calle de que quieres decir Cruzada, ¿no es eso?, porque ni siquiera el sentido. Pues, entonces, alcornoque, que das más guerra que un hijo tonto, ¿a qué viene ese trepe y tirar por la borda seiscientas pesetas, que dos al mes, eran mil doscientas, y te pones a ver y mil doscientas pesetas pueden ser el arreglo de una casa? Pues no, señor, fuera, a mí que me registren, que lo que Valen dice y ella se ríe, que a mí, te lo prometo, maldita la gracia que me hace, que tú prefieres que te quiten la cartera antes de que quiten una palabra, que es cierto, Mario, dichosas palabras. ¿Y sabes lo que es eso? ¡Complejos!, para que te enteres, que estáis todos llenos de complejos, cariño, con lo que a mí me gusta la gente corriente y moliente, normal, no sé cómo decirte, que no dé tanta importancia a las bobadas, ya ves Paco, de chico le traían sin cuidado las palabras, lo mismo le daba una que otra, que confundía «perspectiva» con «preceptiva», todo lo trabucaba, que era una juerga, pues mírale ahora, se ríe

del mundo, con un Tiburón de aquí hasta allá y apaleando millones. Y para eso no se necesita una carrera, ni muchísimo menos, que ése fue mi error, bastan unas relaciones y un poquito de mano izquierda. Ya la oyes a Menchu, «Nosotras, chicos con carrera, ni hablar; son unos rollos», que las nuevas generaciones van despabilando, Mario, convéncete, no son tan pavas como nosotras, ellas van derechas a lo práctico y saben que junto a un licenciado, a más de pasar hambre, van a aburrirse como unos hongos. ¡Figúrate yo ahora con Paquito sin ir más lejos! Una vida de cine, vamos, viajes a Madrid, al extranjero, y a los mejores hoteles, por supuesto, que él me lo decía el otro día, que por bien que marche el Tiburón, hay veces que no basta, y a cada dos por tres, el avión, a París, Londres o Barcelona, ya se sabe, lo que son los negocios, donde sea. Después, en el Pinar, cuando se paró, me puso el brazo por detrás, en buen plan, desde luego, que ni él se lo pensaba, me dejaría cortar la cabeza, y me miraba todo el tiempo, «Estás igual», dijo, y yo, «¡Qué bobada, fíjate los años que hace!», y él «El tiempo no pasa igual para todos, pequeña», una galantería, tú dirás, pero que se agradece, que yo estaba ya un poco atontolinada, te lo juro, y cuando me sujetó por los hombros, el corazón como loco, paf, paf, que yo creo firmemente que me hipnotizó, Mario, te doy mi palabra, que ni podía moverme ni nada, sólo el runrún de sus palabras cada vez más cerca, que ni los pinos, date cuenta, con los que había, y cuando me besó, ni eso, todo se me borró, como sin conocimiento, te lo juro, que sólo podía oler, que olía a esa mezcla tan varonil de tabaco rubio y colonia de fricción que es un olor, Valen te lo puede decir, que trastorna, que no es invención mía, te lo podría jurar, que no tuve arte ni parte, que estaba medio hipnotizada, palabra.

XXII

Di a la sabiduría: «Tú eres mi hermana» y llama a la inteligencia tu pariente. Para que te preserven de la mujer ajena, de la extraña de lúbricas palabras… No dejes ir tu corazón por sus caminos, no yerres por sus sendas, por más que, conociendo como conozco a los hombres, Mario, estoy segurísima de que me la has pegado más de una vez y de dos, me juego la cabeza. No hay más que ver cómo se presentó Encarna ayer, menuda escenita, yo no sabía ni dónde meterme, que Valen decía: «Si parece ella la viuda, mujer», y es cierto, chico, que me puso en ridículo, ¡qué alaridos! Es como lo de Madrid, que el caso es meterse donde nadie la llama, como yo digo, porque ¿puedes decirme qué tecla tocaba ella en la votación? Y, luego, a celebrarlo, hala, jarana, y tú que una cerveza y unas gambas en el Fuima, y que nada más, ya, ni que una se chupase el dedo. A medida que pasan los años, Mario, fíjate, más me convenzo de que el hombre no es un animal monógamo, de que la monogamia es para vosotros una antigualla. Nos veis tan pánfilas que abusáis de nuestra sumisión, os echan las bendiciones y a descansar, un seguro de fidelidad, claro que eso para vosotros no rige, la ley del embudo, os largáis de parranda cuando os apetece y aquí paz y después gloria. Y no es que yo vaya a decir que tú hayas sido un Don Juan, cariño, ni muchísimo menos, pero tampoco pondría una mano en el fuego, la verdad, que por mucho que digas que fuiste al matrimonio tan virgen como yo, ésa no me la trago, fíjate, que boba sería y una tiene ya muchas conchas, a ver, por fuerza. «No me lo agradezcas, fue ante todo por timidez», me río yo, ¡qué timidez ni qué ocho cuartos!, pues buenos sois los hombres, en la primera ocasión, zas, si te he visto, no me acuerdo, la mujer y los hijos, un cero a la izquierda. Eso si no sois vosotros los que buscáis la ocasión, que bueno está Madrid, hijo, una vergüenza, que a partir de las ocho hay más fulanas por las calles que personas decentes, que ha sido un error, ya ves tú, cerrar las casas, que yo, todo lo contrario, las hubiera pintado de colores bien chillones para que nadie se llamase a engaño, y a las pelanduscas las hubiese encerrado allí, pero a cal y canto, ¿eh?, que no pudieran ver ni la luz del sol, que no merecen otra cosa, por mucho que tú vengas con que nadie lo es por gusto, que los hombres puestos a disculpar resultáis imposibles. Ya ves tu caso, y en mejor plan no me pude poner, «Cuéntame tus aventurillas de soltero; te perdono de antemano», pero ya, ya, y te doy mi palabra, Mario, de que yo estaba dispuesta a tragarme el cáliz hasta las heces, te lo juro, y una vez que acabaras, darte un beso, como una absolución, ¿comprendes?, y decirte «Lo pasado, pasado». Pero tú erre que erre, con la de siempre, que eres más terco

que una mula manchega, hijo, y con mayúscula, por si acaso, como en tus libros, que no viene a cuento poner mayúsculas, vosotros que presumís de saber, cuando no son nombres propios ni hay punto ni nada, que eso lo sabe un tonto. «ERA TAN VIRGEN COMO TÚ; PERO NO ME LO AGRADEZCAS, FUE ANTE TODO POR TIMIDEZ». ¿Qué te parece? Me da rabia, Mario, pero una rabia espantosa, que seas tan desconfiado, porque si me dices tu verdad, te hubiese perdonado igual, te lo juro, como me llamo Carmen, aunque me costase un calvario, fíjate. Y no quieras saber de casado, tus infidelidades de pensamiento, que es adulterio, lo mismo, a ver, acuérdate del veranito de la playa, que hay que ver lo que pasé, que ni amarrada me vuelves a llevar allí. Y si me da rabia no te pienses que es por mí, adoquín, que ya me conoces, y otros defectos tendré, pero celosa no soy, pero los niños, date cuenta los niños, qué baldón, que Mario y la misma Menchu ya entienden el beso, querido, que el tiempo pasa, que son dos personas mayores, Mario, aunque tú, con tu bicicleta y tus tonterías, quieras agarrarte a la juventud como un desesperado. Es ley de vida, cariño, y contra eso no hay quien luche, que la pobre mamá, que en paz descanse, ya lo decía: «Todo tiene remedio menos la muerte», date cuenta, que parecerá una vulgaridad, pero anda que no tiene miga ni nada la frasecita esa. Muchas veces pienso, un poco a lo tonto, Mario, que si tú en lugar de ser hijo de tu madre, tan pagada de sus cosas, hubieras sido hijo de la mía, serías otra persona. Todo hubiera ido entonces mucho mejor, estoy segura, y no es que me queje, entiéndeme, que ya sé que es una tontería pensar estas cosas, porque si tú hubieras sido hijo de mamá, por lo menos seríamos medio hermanos, a ver, y no hubiéramos podido casarnos, que todo eso de las sangres iguales y el factor RH me aterra, fíjate, de siempre, no es que lo diga ahora, que con Álvaro no quieras saber lo que pasé, que ahora te lo puedo decir, pero con eso de que sangré antes, me imaginé que pudiera ser algo raro, que las sangres no congeniaran o así, y casi me vuelvo histérica, que ofrecí no tomar helados en un mes, hazte cuenta, con lo que a mí me pirran los helados. Claro que tú ni enterarte y, luego, de cualquier nadería, un mundo, ya ves, con el mismo Alvarito, que si era muy raro que quisiera irse solo al campo a hacer una hoguera, o que llamase sotas a los soldados, y que si patatín y que si patatán, ¡cosas de chicos, Mario!, que a Álvaro lo que le ocurre es que tiene vocación de boyescut, o como se diga eso, que te pones a ver, y malo, lo que se dice malo, no ha estado en su vida, el sarampión y para de contar, y para eso bien benigno, que acuérdate que dudábamos. Más me preocupan a mí otras cosas, Mario, problemas de fondo y no esas pamplinas, mira Borja, ayer, que no es que lo dijera por decir, que le

salió del alma, «Yo quiero que se muera papá todos los días para no ir al colegio», ¿qué te parece? Le di una zurra de muerte, bueno, tú lo viste, y son seis añitos, ya lo sé, pero yo a los seis años, me acuerdo como si fuera hoy, sentía veneración por papá, auténtica veneración, que me dicen que le ha pasado algo y me muero, fíjate. Es como el luto del otro zángano, que no, que eso son convencionalismos estúpidos, ya ves tú, «convencionalismos», no podía buscar otra palabra más enrevesada, que ese chico va a ser como tú, Mario, de enredador, tu vivo retrato, que me preocupa seriamente, ya ves el domingo, ni pedirme la propina, que a su edad no se lo consiento, que, le guste o no le guste, debe empezar a alternar y dejar un poco los libros, que se le van a volver los sesos agua, que yo no sé para qué necesitáis tanto librote si no son más que almacenes de polvo, como yo digo. Eso sí, para libros siempre había dinero, en cambio un Seiscientos, ya ves qué cosa más tonta, un lujo; tú con tu cátedra, tus papeles y tus amigotes tenías bastante, y los demás que se las apañen. Ya ves lo de Aran, y mira que llevo tiempo detrás de ti, hijo, una vida, bueno, pues ya crecerá, que son tres años, pues claro que son tres años, borrico, pero a los tres años hay niñas altas y niñas bajas, y Aran es una niña bajita, y si no hubiera precedentes, vaya, pero mira tu hermana, Mario, que dejando aparte lo insustancial, Charo físicamente no vale un perro chico, es como un botijito, no me digas, que ni sabe por dónde la da el aire, ya lo estás viendo, primero que Esclava, ocho meses y fuera, y la ves ahora y a disgusto en todas partes, que no en balde sois hermanos, cariño, dos culillos de mal asiento, inadaptados o eso, que por algo están ahora tan de moda. Pero ya te anticipo que yo no quiero que mi hija sea así y, llores o rías, pienso llevarla a Luis, que la mire a fondo y la recete unos choques de vitaminas, que la hagan crecer y espabilar. En lo que esté en mi mano, no me pienso dormir, cariño, déjate de que estrangulo su personalidad, ahí tienes al otro, charlando con el portero a todas horas, ya ves qué personalidad, que si la personalidad consiste en negarse a llevar luto por un padre, mejor que no la tengan. Después de todo, mis ideas no son tan malas y o poco valgo o mis ideas han de ser las de mis hijos, querido, y si Mario quiere pensar por su cuenta y razón, que lo gane y se vaya a pensar donde una patrona, que, mientras viva bajo mi techo, los que de mí dependan han de pensar como yo mande. Bueno está lo bueno, o se es o no se es, que diría la pobre mamá, porque tú me dirás qué provecho puede sacar mi hijo de dar palique al señor Abundio, en la garita además, para mayor inri, que es verte a ti, Mario, que es tu vivo retrato, hijo, acuérdate del viejo chocho de Bertrán, cada vez que venía con la paga, tú venga de darle carrete, que si ganaba mucho o ganaba

poco, tú dirás, con un bedel, que de unas cosas pasabais a otras, que se lo oí, no te creas que no, bien claro lo dijo, que si todavía estaba útil, sobre todo cambiando de jaca, imagínate esa momia, sordo además, que vosotros por presumir de hombres cualquier cosa. Estoy cansada de decírtelo, Mario, que a esta gente le das confianzas y no sabe hasta dónde puede llegar, que les das la mano y se toman el pie, que te estuvo bien empleado, aunque te fastidiara, porque si te sonaste mal y tú le tratas de igual a igual, está en su perfectísimo derecho de decirte que «se ha dejado un forraje», lógico, que yo me reía para mis adentros, pero pensaba: «Le está bien empleado por tonto, le está bien empleado. A ver si así escarmienta», y tú ni sabías dónde limpiarte y él, «Más arriba, más abajo, ahí», y tú «Gracias, Bertrán», pero con una cara que bendito sea Dios. Eso sí, las cosas como son, ayer muy afectado, se presentó de los primeros y derecho al comedor, a ver qué te crees, que le dejé un ratito, pero ya le dije, «Bertrán, pase a la cocina si no le importa, aquí no podemos ni rebullirnos», faltaría más, ¿de cuándo acá va a estar un bedel entre los catedráticos? Y no te digo al entierro, que eso obligado, pero subir a la casa no le corresponde, que luego dio la nota con la sordera, que el pobre Antonio acabó voceando, y el otro, «No sé qué dice», un espectáculo, como te lo digo, y don Nicolás riéndose, ya ves tú, no encontraría momento más oportuno, que no le eché escaleras abajo de verdadero milagro, que inteligente será, yo no lo niego, pero el don de la oportunidad no lo tiene, acuérdate con lo de la condecoración, ya ves qué pito tocaría él, «No lo haga, conozco a Mario y es capaz de tirarla al estanque», a él qué le iba ni qué le venía, que tú para qué querías más, «Quieren hacer de mí una tumba coronada por una gran cruz», que ni por las buenas ni por las malas se puede contigo, hijo, qué carácter. Y lo cierto es que si no te dicen «basta», a saber, que estabas ya como un caballo desbocado, qué articulitos, que a ti se te calienta la boca y ni sabes ya lo que dices ni adónde vas, como lo de prohibírtelos por teléfono, a ver cómo querías que te lo dijeran, y tú «por escrito, por escrito», ¿es que hay que hacer una instancia para dirigirse a ti? Siempre en vilo contigo, querido, como si fueras un niño pequeño, recuerda lo del tren, con el Moyano ese tenía que ser, que lo mejor que podía hacer es afeitarse esas barbas, que qué sé yo lo que parece, y todavía tú que el régimen severo de que hablaba era el de su estómago, ya, ya, a mí me la vais a dar, que os pudisteis buscar un lío de los gordos, que el tipo aquel era de influencia, ya ves, con un historial político que para mí lo quisiera, Mario, que hizo muy requetebién en avisar a la policía, nunca se sabe, todo por iros de la lengua, y yo sin pegar ojo en toda la noche, qué remedio, sobre todo después de oír a Antonio, que yo, imagina,

telefonazos a todo el mundo, y él insistía, «No estoy muy seguro, pero creo que veinticuatro horas en la Prevención son ya antecedentes penales», menuda, como para tomarlo a broma, una friolera, ¡pobres hijos míos!, que tú el caso es hablar cuando no debes que luego, en las fiestas, si no te tomas dos copas, un ciprés, ¡madre, qué caras! ¿Por qué te callabas, di? Claro que a la fuerza ahorcan, porque, bien mirado, si no sabes cantar, contar chistes picantes, tocar la guitarra o bailar lo moderno, un estorbo, a ver. Pero no sería porque no te lo advirtiese, Mario, desde que nos casamos, no digas que no, que yo misma reconozco que me puse hasta pesada, «Aprende una gracia de salón; sin una gracia de salón eres hombre perdido», pero tú, como de costumbre, como quien oye llover, que no conozco mujer, fíjate, que haya influido menos en su marido que yo, palabra, y eso es falta de cariño, cariño, por muchas vueltas que le des. Me ponías mala, ¿eh?, en un rincón, aburrido, liando un cigarro de esos que apestan, me consumía, te lo juro, que no sé qué prefiero, porque tú no tienes más que extremos, o como un muerto o a lo loco, mira la otra noche en casa de Valen, y me lo olí, ¿eh?, palabra de honor que me lo olí, en cuanto vi a Solórzano y a Higinio, nada más entrar, y dale con los corchos del champán contra las farolas, que Valen la gozaría y todo lo que quieras porque es una chica muy abierta, que es un encanto, Valen, pero yo, llegó un momento, te lo prometo, que no sabía dónde mirar, que decirte abochornada es poco.

Porque escudo es la ciencia y escudo es la riqueza, pero excede la sabiduría, que da la vida al que la tiene, aunque reconoce, Mario, que, si en vez de emplear tanto tiempo en esos librotes absurdos, te hubieras dedicado a algo más provechoso, un Banco por ejemplo, cualquier cosa, otro gallo nos cantara. Porque se dice pronto, hijo mío, las horas muertas que te has pasado en este despacho, dale que te pego, es que ni a hacer pis, y total, ¿para qué? Muy sencillo, para hacernos ver que los paletos viven sin ascensor, que hay que hacer a los locos un manicomio nuevo, que todos los hombres deben partir de cero, que tú sabrás lo que quieres decir con eso, y que hay que cortar de arriba y añadir de abajo. Bueno, ya está, ¿y para eso tantos años, como yo digo? Se necesita ser tonto de capirote, hijo mío, no me digas, que una cosa que llevo muy a mal es que me vieses a mí reventada todo el santo día y tú sentadote en tu despacho, o charlando y fumando con tus amigos, que hay que ver qué humaredas, Santo Dios, que, en cuanto os ibais, dos horas ventilando. Te digo que cuando caíste malo, los nervios o lo que fuera, descansé, alabado sea Dios, cada uno a su casa y todos tranquilos, ¡qué a gusto me quedé! Y otro tanto con las comidas, cariño, que ni agradecido ni pagado, porque ¿me puedes decir, zascandil, de qué me servía contigo pasarme toda la santa mañana en la cocina? Para ti el caso es engullir, como los pavos, que nunca miraste lo que comías, calamidad, que no sé si por gula o qué, pero bien poco te lucía, la verdad, que yo recuerdo en la playa, el espíritu de la golosina, hijo, y luego, tan blanco y con las gafas, dabas grima, de avergonzar a cualquiera, que yo, fuera de broma, prohibiría a los intelectuales arrimarse al mar, ¡qué cosa más antiestética! Porque con una vez que me hubieras dicho «Qué rico está», bastaba, buena soy yo, con cualquier cosa, a ver, pero no, lo único si había un pelo o una mosca, ya ves tú qué barbaridad, la apartas y se terminó, pues, no señor, un drama, que la boba soy yo en tomarme tantas molestias, que la misma Encarna, que es debilidad por ti, ya la oíste, «A Mario tanto le da un cocido como un pato a la naranja», que es verdad, que con tu manera de ser desanimas a cualquiera, qué aburrimiento, hijo. Dichosos libros, que te tenían sorbido el seso, que no pensabas en otra cosa, ¡madre, qué obsesión!, que estabas comiendo o en una reunión y con la cabeza en otro sitio, y en la calle, ni saludar, que hay que ver la fama de antipático que tienes en todas partes, que nadie te puede ver ni en pintura, no es que yo lo diga. Y luego los títulos de los libros, ¡Jesús, María, que desazón!, para después salirte por peteneras, que *El castillo de arena* o una pamplina así, que no sé si será bonito o feo, pero no pega ni con cola, cariño, que te pones a ver y en el libro

no hay castillos por ninguna parte, así es muy fácil, el caso es que pegue el título con lo que va dentro, mira tú qué risa, lo otro lo sabe hacer cualquiera. Y vengan mayúsculas: «AUNQUE DIFÍCIL, AÚN ES POSIBLE AMAR EN EL SIGLO XX», mira quién fue a hablar, consejos vendo, tres años aguardando y, al cabo, «buenas noches, hasta mañana», y todavía el otro que delicadezas, menos guasitas, un desprecio, eso es lo que es, un desprecio como una casa, que una mujer, y sé muy bien lo que me digo, soporta mil veces mejor un atropello que una humillación así, que eso lo último, Mario. Y yo sí que estaba un poco asustada, lo reconozco, por qué voy a decir lo contrario, que sabía que tenía que pasar algo, Transi y todas lo decían, pero cualquier cosa menos eso. ¡Delicadezas! Me río yo, un egoistón, eso es lo que tú eres, y dale con que los hombres no se aman, que las máquinas les secan el corazón, será la bicicleta, zascandil, ya ves tú los tipos esos, en la isla o donde sea, que una no sabe ni dónde están, que ésa es otra, que parece que no saben hablar de otra cosa, pues sí que se iban a divertir, qué pesados, yo me tronchaba con Valen, «Todos, absolutamente todos los personajes de Mario son unos revientafiestas», que Esther para qué te voy a contar, por las nubes, como una furia, «Son símbolos», sabrá ella lo que son símbolos, date cuenta, pero con un aplomo, hijo, que no admite vuelta de hoja. Amar en el siglo XX, mira quién fue a hablar, un hombre que la noche de bodas, media vuelta y hasta mañana, que hasta se te debía caer la cara de vergüenza, vamos, un feo así, y luego que te subían las aguas, que todo era frivolidad y violencia, no lo dirás por ti, dichosos nervios, que los hombres con tal de parecer importantes ya no sabéis qué inventar. ¡Anda, pregúntale a Galli Constantino si sabía amar en el siglo XX! Y antes de lo que debiera, que a los hombres no hay quién os entienda, unos por mucho y otros por poco, que a saber Julia en Madrid, sabe Dios, sola, siete años, figúrate, con estudiantes americanos en casa, no iba a vivir del aire, pero que es un peligro, francamente, porque lo que Valen dice, que una vez que se le coge el gustillo, natural, entre hombre y mujer hay un instinto y lo que hay que hacer es evitar la ocasión. Bueno, pues tú, dale, que no se ama, que estamos perdiendo el hábito de amar, que la cogiste modorra como yo digo, y luego, para desengrasar, el articulito aquel de la revista americana, «Ausencia de sentimientos en la literatura moderna», cien dólares, Mario, que se dice pronto, seis mil pesetillas, pero una y no más, Santo Tomás, a ver, menuda oportunidad, un filón, pero ¿quién se iba a tragar un rollo así? Y, además, lo que yo digo, hijo, si la literatura moderna no tiene sentimientos, no te espantes las pulgas, que literatura moderna es lo que hacéis vosotros, y en tu mano está, pónselos, ya ves qué gracia, y si la novela

debe ser reflejo de la vida, como tú dices, ahí tienes a Maximino Conde, un sentimiento bien fuerte, tú dirás, con la hijastra, si eso no es de la vida, pues tú ni caso, pero que ni escucharme, ¿eh?, que menuda carrera me di. Os quejáis de vicio, Mario, reconócelo, como no sea que llames sentimientos a lo de los guardias con los presos, o a comprar *Carlitos* a todos los vagos de Madrid, o a compadecerse de los locos, que, entonces, me callo, pero eso es tomar el rábano por las hojas, monigote, que amor, amor, lo que se dice amor es lo que hay entre hombre y mujer, no le des más vueltas, que esto es así desde que el mundo es mundo. Lo que te ocurre a ti, haragán, es que respiras por la herida, que eres un rencoroso, que, a la chita callando, eres de los que las guardas, que todavía no has olvidado lo del guardia, que ahí está el busilis, y eso de que te pegase no me lo creo, ni aunque me lo jures en cruz, fíjate, que no soy yo sola, ya ves Ramón Filgueira lo que te dijo, lógico, y además en esos sitios y a la hora que era no se van a andar con miramientos, que aviados estarían en el Cuartelillo y en la Comisaría si fuesen a guardar consideraciones con cada granuja que se presenta. Y tú que «A callar; ya llegará la hora de hablar», pensabas, pero ni en el Cuartelillo ni en la Prevención te dejaron, natural, ellos son la ley y tú chitón, en esos momentos un delincuente, aunque te escueza, ni más ni menos, que yo me acuerdo que lo de la bici en el parque, desde que era niña, no se podía, que no es que se lo inventaran ellos para fastidiarte. A ti te dio rabia caerte de la bicicleta, ¡a que sí!, que, yo comisario, hubiera hecho lo propio, «No hay contradenuncia mientras un médico no certifique», que a cualquier otro le hubiera bastado, pero tú no, duro, a la Casa de Socorro, ¡hala!, a molestar a las cuatro de la madrugada, que tampoco son horas, y que digas que te tropezaste con un tipo a medida, que el medicucho aquel fue el que te metió en cantares que si «hematoma producido por los nudillos de una mano», que también hace falta cuajo, vamos, que lo que Filgueira decía, «el propio pedal», a saber, eso no puede averiguarse, pero tú, venga, la contradenuncia, abuso de autoridad, una monomanía, «Aquí está el certificado», que si tú vas derecho a Filgueira y le dices, «Pues lleva usted razón, Filgueira, me he obcecado», mejor nos hubiera ido, a poco, y ni él, ni Josechu Prados, ni Oyarzun, ni nadie nos hubiera negado el piso, que también tú eres como Dios te ha hecho, reuniendo todos los requisitos además, que era cosa decidida. Y sobre todo lo que Filgueira decía, «Yo tengo que creer a mis guardias, un guardia a esas horas es como el ministro de la Gobernación», naturalmente, Mario, cariño, en esas circunstancias la máxima autoridad, que tú me dirás, sin ellos, el caos. Pero aun dando por supuesto que te pegase y que fuesen ciertos esos cuentos

chinos de la pistola, tú debiste callar, Mario, que si un guardia en un arrebato te da un mojicón no creas que lo hace por divertirse, qué va, sino por tu bien, lo mismo que hacemos con los niños. Hay una cosa evidente, Mario, que nos guste o no tenemos que aceptar, y es que un país es como una familia, lo mismito, quitas la autoridad y ¡catapum!, la catástrofe. Nunca daré bastantes gracias a Dios de que a tu pariente Luisito Bolado se le ocurriera llamarte para que retiraras la denuncia, que hay que ver cómo se portó, que otro falla contra ti y tan tranquilo, menudo favor, que tú, en lugar de agradecérselo, venga con que si una confabulación, que no verías palabra más fácil, y que todos contra ti, la copla de siempre, que no ves más que enemigos por todas partes, fantasmas, hijo, que el que algo teme, algo debe, como decía la pobre mamá. ¡Qué testarudez! Como un niño chico, Mario, que en el fondo eso es lo que tú eres; menos el médico, todos de acuerdo, la ley del silencio, y de nada valía intentar convencerte, que tú te haces una idea y no hay quién te apee del burro, hale, caiga quien caiga. Y después de todo, estas cosas te ocurren por ser un adán, porque si tú vienes vestido como Dios manda, con los pantalones planchados y los zapatos limpios, y dejas la bicicleta en casita que es donde debe estar, ¿tú crees que hay un guardia que te ponga la mano encima? Que no, Mario, que no son manías mías, que cada cual debe vestir según su clase, y un señor es siempre un señor, y es otro respeto y otra consideración, no le des más vueltas, y es natural además, pero si vas por la calle de cualquier manera, con las solapas subidas y una boina en la cabeza, ¿quieres decirme en qué te diferencias de un peón y con mayor razón si es de noche? Y no voy a decir que te estuviera bien empleado porque eso no, que lo mismo podías haberte caído yendo arreglado, pero es que si un guardia o media docena de guardias te ven con tu sombrero, con una ropa decente, bien presentado, ni se les ocurre, fíjate, ni te dan el alto, estoy segurísima, que a la legua verían que eras una persona influyente y un hombre de bien. Pero con esas trazas que vas, que ni aposta, Mario, ¿qué de particular tiene que te tomen por un don nadie e inclusive que te den un sopapo? No, Mario, eso es algo que no te podré perdonar por mil años que viva, un desaseo así, de que haces gala, y luego fumando ese tabaco que ya no se ve por el mundo, que apesta, hijo, porque en el supuesto de que te den el alto, si tú hueles a tabaco rubio, que te parecerá una bobada, ¿te crees tú que el guardia no te pide disculpas? «Perdone, le he tomado por lo que no es», seguro, si es de cajón, que el hábito no hará al monje pero impone, vaya que sí, estoy cansada de verlo, si inclusive entre la buena sociedad, tonto del higo, que tú vas con un traje de Cutuli y eres alguien, y la mejor gente, «¿Quién es ésa?», a ver, se interesa,

«Esa chica no es de aquí», y si te bajas de un Mercedes, más todavía, que estaremos hechos del mismo barro, yo no lo discuto, pero al fin y al cabo humanos somos.

XXIV

Pero ellos, así que le vieron andar sobre el mar, creyendo que era un fantasma, comenzaron a dar gritos, porque todos le veían y estaban espantados, pero yo nunca me cansaré de repetírtelo, Mario, sentir miedo sin saber de qué es de tontos, pero de tontos de baba, hijo mío, así como suena, y tú, venga, que como cuando de chico te ibas a examinar, que una cosa así, en el estómago, pues ¡hazte cuenta de que ya te has examinado, tonto del higo! Pues no señor, dale, «Es el plexo, no puedo…», que no sé a santo de qué, Luis, conociéndote, lo aprensivo y así, te da explicaciones, que desde que aprendiste lo del plexo, igual que con las estructuras, hijo, ídem de lienzo, que no se te caía de la boca, ¡madre, qué hombre! y todavía, el Moyanito ese, el otro día, que bien que le oí, que me hice la desentendida, tú dirás, que una sensibilidad acosada, o qué sé yo qué historias, que vosotros, en vez de hablar para que os entiendan, parece que hablarais en clave, hijo, como los del contraespionaje, que lo que decía Armando, «No me explico para qué piensan tanto. Piensan como si hubiera algo que arreglar, pero yo no sé de nada que esté estropeado», natural. Y eso que no te veía por las noches, Mario, que entonces empezaba la función, «¿Vienen?», y, tieso, lo mismo que un palo, a escuchar, sentado en la cama, que yo, en vilo, te lo prometo, «¿Quién tiene que venir?», y tú, «No sé, subían las escaleras», decías, que yo ni me atrevía a mover un dedo, el corazón paf, paf, paf, te lo juro, «No oigo nada, Mario», y tú, «Ya no, fue antes», ya ves, que no te lo creerás, pero luego tardaba más de un cuarto de hora en volver a agarrar el sueño, que aquello era el no vivir, una pesadilla. Como cuando salías con la patochada de que tenías miedo de que se te ocurriera suicidarte, habráse visto cosa igual, tener miedo de uno mismo, pues que no se te ocurra, botarate, que en tu mano está, que ya es afinar tener miedo de una ocurrencia. Y luego, que perdías pie, y que sentías vértigos sólo de pensar que estabas sobre una bola suspendida en el infinito, que yo se lo decía a Valen, «Qué cosas dice, Valen; está para encerrar», y, en vista de eso, a tumbarte en la cama, que menuda vida te pegaste a costa de los nervios, hijo, que lo que Antonio decía, a ver, por su gusto, pero él no es más que una pequeña pieza de una gran máquina, se debe al Ministerio, y lo único, permiso por enfermedad, con la mitad del sueldo, lo que nos faltaba, que tampoco te hubiera matado, creo yo, un par de horas en el Instituto a decir lo mismo de siempre. Pues, no señor, «No lo resistiría», «Es superior a mis fuerzas», ¿te parece bonito?, que si a ti te entrechocaban las ideas, hazte cuenta de lo que habré pasado yo con mis jaquecones, algo horrible, cariño, lo mismo que si me machacasen la cabeza con un martillo, pero no,

naturalmente, eso no tenía importancia, «Con un par de optalidones, mañana como nueva», que así da gusto. Y no sería porque Luis no te lo advirtiera, «El mejor remedio, un poco de voluntad», claro que como tú nunca la has tenido, que no has conocido la voluntad ni por el forro, pues eso, a la cama, a descansar, de no hacer nada, como yo digo. Y todavía si la cama te hubiera acercado a mí, vaya, pero ni ese consuelo, lo mismo que si te acostases con un carabinero, que eso es lo que peor llevo, fíjate, y no por el hecho en sí, que de sobra sabes que a mí esas porquerías ni frío ni calor, sino por lo que significa, que ya llovía sobre mojado, Mario, que después de lo de Madrid, esto, que no creas que todas lo hubieran aguantado, un desprecio así, que ni a Valen se lo he contado, ya ves tú, del apuro que me da, y Valen para mí, ya lo sabes, como una hermana. Eso sí, por falta de lágrimas no quedaría, que éste es el día que todavía no he averiguado por qué llorabas, que me ponías el camisón perdido, hijo, de tenerme que mudar, y dale con tu estribillo, que mejor que te cortaran las piernas y los brazos pero que el trozo que viviera, viviera a gusto, todo menos vivir así, ya ves qué disparate, quién va a vivir a gusto sin brazos y sin piernas, en qué cabeza cabe, que las primeras noches yo pensaba: «¿Estará borracho?», pero qué va, si no probabas una gota. Pero para ti no había ya días buenos, ni malos, que hay que ver la noche que empecé a hacerte cosquillas con el pie, ¿te acuerdas?, una insinuación, a ver, que menudo respingo, hijo de mi alma, y, luego, sin venir a cuento, venga de hipar, como si te mataran, vamos, déjame en paz, que me dejaste fría, que, al fin y al cabo, si yo hacía eso era por tu bien, que lo que es a mí… Y te advierto que se me notaba, ¿eh?, que yo no sé qué tendría esos meses, pero Eliseo San Juan loco, «Qué buena estás, qué buena estás, cada día estás más buena», pero fuera de sí, mucho más que otras veces, que al principio me asustaba, te lo prometo, qué persecución, pero lo que Valen dice, al fin y al cabo, un homenaje, hija. ¿Y lo de la pobre Valen? No me digas, Mario, dos veces plantada con la comida en la mesa, dos veces, Mario, que se dice pronto, que ella había echado el resto, ya sabemos lo que es, y tú que si las náuseas o las historias, que menos mal que con Valen tengo confianza y Vicente es comprensivo, que si no, para matarte, que, a fin de cuentas, ella lo hacía por distraerte, pero eso contigo no reza, «¿Para qué?, ¿para qué?, ¿para qué?», ¡cuántos paraqués, adoquín!, pues para lo que se hacen esas cosas, pedazo de alcornoque, para matar el tiempo, a ver, para que se pase sin sentirlo, de eso se trata, vamos, creo yo. Te ponías insoportable, Mario, como un niño caprichoso, «Otro día igual, no lo resisto; lo mismo que ayer. Dios mío, dame serenidad», ya ves lo que ibas a pedir a Dios, tonto de capirote,

con la falta que nos hacen otras cosas, que tú no estás bien de la cabeza. Los nervios, valiente excusa; los médicos, cuando ya no saben qué inventar enseguida lo achacan a los nervios, porque lo que yo digo, Mario, si no te duele nada ni tienes fiebre, ¿de qué te quejas? Claro que te pones a mirar y la culpa es nuestra y nada más que nuestra por andar todo el día de Dios pendientes de vosotros, que somos unas tontas, porque si tuvierais miedo de que os la pegásemos, a buena hora os ibais a acordar de los nervios. Eso o trabajar, que estas cosas de los nervios, no hay quien me lo saque de la cabeza, son enfermedad de holgazanes, que si tuvierais una oficina o un Banco, donde trabajar ocho horas seguidas como Dios manda, otro gallo nos cantara, en todos los sentidos, fíjate. Es como lo de dormir, botarate, si te pasabas todo el santo día, como quien dice, tirado en la cama. Si trajinaras un poquito, ya verías lo que es bueno, pero no se puede comer sin hacer antes apetito, como diría la pobre mamá. Los hombres me hacéis gracia, Mario, os enfermáis cuando queréis y os sanáis cuando os da la gana, porque no me digas, si al sentir vértigo le das importancia, fíjate dónde tendría que estar yo que no puedo ni subirme a una silla. Pero si en el mismo autobús, date cuenta, ¿qué me vas a decir a mí?, que me gustaría verte en el Tiburón de Paco, Mario, eso, sólo un minuto, ya ves, por puro capricho, para que supieras lo que es vértigo, ¡Santo Dios!, si parece que ni tocas el suelo. En realidad, yo no quería, te lo puedo jurar, no por nada pero la gente es muy mal pensada, y Crescente fisgando todo el tiempo desde el motocarro, pero Paco me abrió la portezuela y yo no tuve valor. Y lo que son las casualidades, a los pocos días la misma operación, un frenazo de película, Mario, «¿Vas al centro?», y en la misma parada del autobús, lo que son las cosas, que luego, cuando le confesé que no sabía conducir, que no teníamos coche, no te puedes imaginar qué coscorrones, pero fuerte, ¿eh?, «¡No, no, no!», de no creérselo, ya ves tú, que él se pensaba que era guasa, y yo ni sabía qué cara poner, Mario, más achicada que otro poco. Con el talento de Paco, no te hubiera asustado la rutina, Mario, ya te lo digo desde aquí, que si desayunar, trabajar, comer, amar, dormir, todos los días lo mismo, «como mulas uncidas a una noria», a ver qué te crees, qué otra cosa vas a hacer, zoquete, lo único en sitios diferentes, mira Paco, pero, por lo demás, animales de costumbres somos, valiente novedad, ¿es que también puede dar miedo el hacer todos los días lo mismo? No te enfades, Mario, pero para mí lo que a ti te asustaba era trabajar, porque no me vengas ahora con que escribir es trabajar, menudo momio, que tú con tal de justificarte eres capaz de negar la luz del día, que escribir y tocar el violón es todo uno. Y, sobre todo, si tanto miedo te daba, no haberlo hecho,

que por mi gusto, ya lo sabes, cualquier cosa mejor, unas representaciones, o un negocio, o la construcción, ya ves ahora con eso del Polo, inclusive, cualquier cosa, que tú mismo dices que sentías náuseas de leer el periódico, y quién no, si en *El Correo* ese de mis pecados no contáis más que lástimas, hay que ver, y dale con que si la frivolidad y la violencia, cobardica, que eres un cobardica, y que si los hombres no se entienden, y a ti ¿qué?, aviados estaríamos si cada vez que riñen los chinos o los negros fuésemos a perder el apetito. ¡Que cada cual se las componga como pueda, cariño! Al fin y al cabo nadie tiene la culpa de que tengan la cabeza cuadrada. Pero de eso a escribir en el plan que escribías, media un abismo, que asco me daba a mí también *El Correo* y no creo que ande mal de los nervios por eso, cabeza dura, que muchísimas veces pienso que tú estabas bien cuando estabas mal, y mal cuando estabas bien, aunque parezca un despropósito. Los nervios, los nervios… los nervios salen a relucir cuando se está demasiado bien, eso, cuando uno tiene todo resuelto y vive tranquilamente y sin preocupaciones. Entonces salen los nervios y todo lo que tiene que salir, que no sé a santo de qué esa perra, «¿Vienen?», que me metías el corazón en un puño, hijo, y a despertarme, sin la menor consideración, que a saber a quién esperabas, que no había manera de sacártelo ni con sacacorchos, y no es que yo apruebe el trasnochar por sistema, entiéndeme, ni muchísimo menos, pero cada vecino es muy dueño de acostarse a la hora que le venga en gana. Es como lo de llorar, las primeras veces me desgarrabas el corazón, ¿eh? ¡Dios mío, qué hipo! Y «¿Por qué lloras, querido?», y tú, «Ni lo sé, por todo y por nada», ¿tú crees que ésas son formas? Y todavía Luis dándote por el gusto, que no es más que un Don Concedo, «Emotividad incontrolada. Depresión», que lo primero, vaya, lo admito, pero lo que yo le dije, y no me arrepiento, Mario, que me tuvo que oír, «Deprimido no te lo consiento», tú dirás si tenías motivos, mira que eres, la comida a su hora, las camisas siempre a punto, una mujer pendiente de ti, ¿qué más puede pedirse? Ahora, que me diga que te estaba saliendo todo lo que no salió a su tiempo, ése es otro cantar, pero que hable claro, sin tanto rodeo, al pan, pan y al vino, vino, que los médicos hablan como escriben, no me digas, que sólo les entienden los farmacéuticos, y para eso, algunos, que no son más que ganas de darse importancia. Porque, lo que yo digo, quien más quien menos, todo el mundo tiene un montón de lágrimas por derramar en la vida, es como una fábrica, lógico, y si no las echas a tiempo, las echas a destiempo, la cosa no tiene vuelta de hoja. Y no sería porque no te lo advirtiera, cariño, acuérdate cuando lo de tu madre, detrás de ti a todas partes, «Llora, Mario, llora; luego eso sale y es peor», como una

sombra, y tú, de repente, «¿Por la costumbre?», que me dejaste helada, la verdad, que no son modales me parece a mí, que si yo te lo aconsejaba era por tu bien, con la mejor intención del mundo, te lo juro. Y con lo de Elviro y José María, ídem de lienzo, la cara de palo y ya está, de llorar ni pum, que yo no sé si todo esto no te habrá creado un complejo, lo más seguro, pero tú, punto en boca y a callar, que bien cerquita me tenías para desahogarte, y otra cosa no, pero a comprensiva nadie me gana, y lo que debiste hacer es hablarme de ellos, que yo a Elviro, y no es de ahora, le estimaba, ya lo sabes, y José María, ideas aparte, me caía bien simpático, palabra, me imponía, fíjate, y desde que me preguntó si era yo la chica que te gustaba, le huía, ya ves, me escondía en los portales, que Transi, «¿Estás tonta? ¿Es que crees que te va a comer?», pero yo no sé, no lo podía remediar, era como si me adivinara lo que pensaba, me ponía toda colorada, cosas de chicas, pero no acertaba ni a rechistar. Pensándolo bien, eso tuyo fue un complejo, nada de nervios, seguro, un complejo como una casa, todo por no desahogarte a tiempo, que a mí me hablas de tus hermanos y, figúrate, encantada, qué más quisiera, lo que no podía admitir, compréndelo, eso es ridículo, es que me salieras con el cuento de que tus hermanos pensaban lo mismo y que si José María, aquí, se pasaba, Elviro, allí, no llegaba, ya ves tú qué ocurrencia, que Elviro era una bellísima persona, y José María, lo mires por donde lo mires, un tipo de cuidado. Es como lo de que dijo, cuando le iban a fusilar, figúrate, que no era la primera vez que un justo moría por los demás, historias, muerto de miedo es lo que estaría y rezando el Señormíojesucristo, natural, que no es que se lo censure, entiéndeme, que me parece lógico, pero vosotros, con tal de hacer una frase, sois capaces de poner en evidencia hasta a los muertos.

XXV

Yo te fortaleceré y vendré en tu ayuda, sí, contigo, una ayuda, yo misma lo comprendo, pero si a la niña no la da por ahí, por mi parte no pienso reprochárselo, que hay que respetar la personalidad, Mario, y cada uno es cada uno, y te pones a ver y hoy la reválida de cuarto es más que el bachiller de antiguamente, que todo va a la par, y ya ves el dinero, una peseta de aquellos entonces, como ciento de ahora, y puede que me quede corta, que parece que no pero la vida está veinte veces. Hoy se exige mucho, Mario, desengáñate, y únicamente los superdotados, ahí tienes a los García Casero, cerdos, y como ellos, casi toda la gente bien, granjas y representaciones, a ver, de mejor tono, no me digas, si hasta las mismas chicas, ya oyes a la pandilla de Menchu, «Chicos con carrera, ni hablar; son unos rollos», y no les falta razón, cariño, porque dime tú a ver qué universitario hace hoy las delicias de un guateque; ninguno, es que no falla, si, por no saber, no saben ni sostener una copa en la mano, lógico, o una cosa o la otra, déjate de preocupaciones nobles, testarudo, que eres muy testarudo, que la niña, lo que tiene que hacer, que a Dios gracias no la ha de faltar dónde elegir, es echarse un novio como Dios manda, que para privaciones bastantes ha pasado ya su madre. Mira Julia, con su noble preocupación por la música el pelo que ha echado, ahí la tienes, una casa de huéspedes, a ver, tú me dirás, todo los norteamericanos que quieras, estudiantes y eso, sí, de acuerdo, de mejor pelaje, puede, pero hasta cierto punto, mira lo del negro, que no sé por qué regla de tres te pusiste así con papá, no hay derecho, Mario, que en la encuesta de la tele ya lo oíste, bien claro lo dijo, y bien que estuvo, fíjate, que hasta le felicitó el vicepresidente de Comercio, «Todos somos hijos de Dios; el problema racial es un problema de almas y no de cuerpos», date cuenta, no creo que se pueda decir más en menos palabras, que Valen estaba entusiasmada, y yo, lógico, pero de eso a meterlo en casa… Y no hay motivo para ponerte en ese plan, Mario, ninguno, ya ves, que aparte la repugnancia natural, hay que ver el quehacer que debe de dar un negro, imagina, sólo en lavado de ropa, que yo, francamente, le comprendo a papá, «Un suplemento de treinta dólares o no me hago cargo», como todo hijo de vecino, natural, pero eso no cambia los sentimientos de papá, Mario, que bien claro lo dijo en la tele, «Todos somos hijos de Dios», más claro agua, hijo mío, que en la calle, todo el mundo que qué estupendo, a ver, y que si los extranjerotes esos pensaran en cristiano, como papá, en el mundo no habría problemas raciales o eso. Yo estoy con papá, Mario, completamente de acuerdo, todos iguales, para Dios no hay diferencias, negros y blancos por un mismo rasero, ahora

bien, los negros con los negros y los blancos con los blancos, cada uno en su casita y todos contentos, y si la Universidad esa, como se llame, que nunca acabaré de aprenderlo, me quiere colocar un negro, que pague doble, a ver, que también los perros son criaturas de Dios y al demonio se le ocurre meterlos en casa. Hay que ser razonables, querido, y mirar las cosas con una poquita de objetividad, que papá bien claro lo dijo, «Todos somos hijos de Dios», pero eso en cuanto a las almas, en orden a la salvación eterna, ¿comprendes?, pero no hay ley divina que te obligue a aceptar un huésped de otro color, pues sólo faltaría. Y déjate de puntaditas y de que si del dicho al hecho va un trecho, enredador, que siempre disfrutaste buscando las vueltas al prójimo, porque lo que yo digo, si en Madrid no hay negros, que no venga, que te pones a ver y nadie le ha llamado, que estudien en su pueblo, no me vayas a decir ahora que en América no hay universidades, que ya le oyes a Vicente, que bien buenas que son. No te sulfures, Mario, pero para mí que a don Nicolás le mandan cocos los negros o algo; si no, no me lo explico, hay que ver cómo los defiende, yo no sé si tendría un abuelo o así, pero diga lo que diga, los negros, no hay más que fijarse un poco, están hechos de otro barro, para otra clase de oficios, la caña de azúcar y así, que lo más, boxeadores, cualquier cosa, el caso es a lo bruto, no digas que no, todos. Por eso me indignaste, Mario, para qué te lo voy a ocultar, cuando le escribiste aquella carta a papá, que una cosa es predicar y otra dar trigo, y que del dicho al hecho va un trecho, que él no se merecía esto, que eres un desagradecido, que ya sé que son veinticuatro años, pero si no es por el pobre papá, que menuda Memoria te hizo, de qué sacas tú las oposiciones, claro que eso para ti no tiene importancia, gajes, en cambio que suba la pensión a un negro, ya ves, qué significarán treinta dólares para esa gente, un sacrilegio, que a saber quién te dio a ti vela para ese entierro, que lo que tú no le perdonas a papá es que no le gustasen tus libros, que fuese sincero, que hay que ver lo mal que te sentó que te dijera que lo social o eso es el recurso de los que no saben escribir, que, además, dejémonos de rodeos, es una verdad como un templo. Sólo te he visto igual cuando Recondo te puso Cruzada en vez de guerra civil, que qué lo mismo dará, como digo yo, o cuando lo del guardia, o cuando lo de la casa, que a saber qué te pensabas, que eres más infeliz que un cubo, y todavía dale con que si los pisos eran para funcionarios, preferibles casados y preferibles familias numerosas, legalmente no tenían salida, me río yo, que vosotros sólo acatáis las leyes cuando os conviene, y, a fin de cuentas, si Canido no tiene hijos, ya ves tú qué hijos va a tener un viudo de sesenta y no sé cuantos años, o Agustín Vega está soltero, y todos así, por lo menos son

gente adicta, no lo discutas, que lo que no se puede, zascandil, métetelo en la cabeza, por muy funcionario y muy familia numerosa que seas, es exigir las cosas por las bravas, por aquello del aquí estoy yo, que para eso existe un Consejo, o como se llame, y éste sí, éste no, selecciona, por sus antecedentes sobre todo, a ver, que eso, aunque no lo diga la ley, es de cajón, se sobreentiende, que toda esa historia de recurrir son tonterías, tú dirás, meterte en pleitos con las autoridades, te quedas sin piso y, si me apuras un poco, tienes que vender hasta la alcoba. Tontunas, Mario, que eres muy ingenuo, que hablas por hablar, «Es de justicia; llegaré hasta donde haga falta», que te temo, fíjate, te temo más que a un nublado, a voces, «Es de justicia», por todas partes, y menos mal que Luisito Bolado te disuadió, que después de lo del guardia, en cuanto le vi, me dije, «Le manda a paseo, bueno es Mario», palabra, que todavía no sé cómo tuvo valor, que yo estaba aterrada, y lo que él dijo, al fin y al cabo, te han asignado un ático con tres habitaciones, no han infringido la ley, eres tú el que renuncias, que, a ver, eso sí, dónde íbamos con tres habitaciones, de acuerdo, pero antes de reunirse el Consejo, cuando cubrieron aguas, yo pude hacer algo, Mario, y tú te plantaste, la cabezonada, ya ves Josechu, sus padres visita de los míos de toda la vida, que yo me las hubiera agenciado para quitar hierro a todo aquel asunto del acta, y con Oyarzun y Solórzano, equilicual, recomendaciones no habían de faltarnos, que no sé a qué viene esa testarudez tuya, «Si das un paso, retiro la solicitud», que te hubiera matado, un mes llorando, que se me retiraron mis cosas y todo, te lo juro, porque el delegado dio la cara y a poco que Josechu, Oyarzun, Solórzano o el propio Filgueira le hubiesen apoyado, el piso era nuestro, tenlo por seguro, imagínate, seis habitaciones, calefacción y agua caliente central, de cambiarme la vida. Pero te estuvo bien empleado, Mario, al fin y al cabo recogiste lo que sembraste, ni más ni menos, que si tú no te pones tan pesado con que si a contar, ni le llevas la contraria a Solórzano, que, en definitiva, te dio lo mismo, y si no te pones como te pusiste contra el guardia y, en lugar de eso, como suele decirse, te llegas donde Filgueira y le dices: «Tiene usted razón, Filgueira, me he obcecado», no hubiera habido fuerza en el mundo capaz de quitarnos el piso, ya te lo digo desde aquí. Y aun con eso y con todo, Mario, para qué nos vamos a engañar, si tú me dejas las manos libres, ¡de qué!; una mujer dispone de muchos recursos, hijo, sin necesidad de rebajarse, para mover a compasión, que por probar nada se pierde, que yo no sé que os creéis vosotros con un título universitario, ya ves tú, un universitario, que se os llena la boca, y, en resumidas cuentas, un universitario ¿qué?, un muerto de hambre, eso, mira Paco, no ha necesitado títulos para ser una personalidad,

que os creéis que con los libros se va a alguna parte y los libros para lo único que sirven es para poneros la cabeza como un bombo, que yo no sé la cantidad de gente de ésa que ha renegado de Dios, tú, sin ir más lejos, ya ves, que fue una pena que la Revolución francesa no la apoyase la Iglesia, una blasfemia así, que cuando al día siguiente te vi acercarte a comulgar, me quedé de nieve, te lo prometo, que la misma Bene, para que lo sepas, «Se habrá confesado, ¿no?», que yo, «Mujer, imagino», a ver qué la iba a contestar, que me pones en cada compromiso, como cuando la conferencia, tú me dirás qué tienen de malo los festivales benéficos, que bien de dinero se recauda y para fines bien buenos que son. Es que me hacéis gracia, Mario, bueno, gracia, ya me entiendes, que hay veces que una se ríe por no llorar, que no sabéis más que poner pegas y luego, acuérdate de lo del cordero de Hernando de Miguel, ni tú mismo sabes si has obrado bien o mal, y te entra el escrúpulo, natural, que si no puedes mover un dedo sin ofender, monsergas, mírate en mi espejo, ¿ofendo yo?, dime la verdad, ¿ofendo yo?, no, ¿verdad?, pues claro que no y, mira, bien de ello que hablo, que no paro, tú me dirás, una tarabilla, que muchas veces, si no tengo con quién, pues yo sola, fíjate qué risa, cualquiera que me viese, pero me importa un pito, que a mí las habladurías, teniendo la conciencia tranquila, me tienen sin cuidado. Complejos, eso es lo que tenéis vosotros, que estáis llenos de complejos, Mario, es como lo de los servilleteros, ya que tenemos poco que hacer, otras cosas deberías enseñarles a los niños, que a Dios gracias ninguno tenemos una enfermedad contagiosa. Pues, no señor, cada niño su servilletero, siempre ha de ser lo que tú digas, una manía, porque todavía en casa, que éramos cuatro gatos, y con un servicio como Dios manda, pase, pero lo que es aquí, ¿me quieres decir lo que adelantamos con eso? Sembrar la desconfianza, ni más ni menos, que a la misma Doro, y ya ves que es ciega por ti, había que oírla, «A ver qué se cree nuestro señor; todavía si alguno estuviese del pecho», que es lo que yo digo, si, a Dios gracias, todos estamos sanos, ¿para qué tanta etiqueta? No te haces cargo, que es lo que más rabia me da, que luego, un buen día, el capricho, «Hay que arrimar el hombro», pues ponte en la realidad desde un principio, alcornoque, y si no se puede, no se puede, que son muchos hijos y muchas teclas, que una casa no marcha sola, y si a mí me vieses cruzada de brazos, todavía, pero tú dirás, si no paro ni de día ni de noche, que no tengo un minuto ni para respirar, que hay que darse a razones, Mario, y, por no tener, ni sitio donde guardar la ropa, que tú mismo lo puedes ver cómo andamos, mira ayer, ni rebullirnos, y tú, encima, «Si das un paso retiro la solicitud», ya ves qué bonito, que en nuestra mano lo tuvimos, y con

un piso de ésos me hubiese cambiado la vida, así como suena, menuda, y después de todo, nada iba a pasar por recordarle a Josechu que sus padres eran visita de casa, cualquier cosa antes que confiarte en que eres funcionario y familia numerosa, que eso de los requisitos ya se sabe, Mario, que no es de hoy, que los requisitos se saltan a la torera cuando conviene, yo recuerdo la pobre mamá que en paz descanse, «El que no llora, no mama», date cuenta, pero me da rabia contigo, Mario, la verdad, que parece como que se fueran a hundir las esferas por pedir una recomendación, cuando en la vida todo son recomendaciones, unos por otros, de siempre, para eso estamos, que estoy harta de oírla a mamá, «El que tiene padrinos se bautiza», pero contigo no hay normas, ya se sabe, los requisitos, «Soy funcionario y familia numerosa; no tienen salida», como para fiarse de ti, hijo, que vosotros os agarráis a la ley cuando os conviene, que no queréis daros cuenta de que la ley la aplican unos hombres y no es la ley, que ni siente ni padece, sino a esos hombres a los que hay que cultivar y bailarles un poquito el agua, que eso no deshonra a nadie, adoquín, que te pasas la vida tirando pullas y, luego, porque la ley lo dice ya te piensas que todos de rodillas, y si te niegan el piso, un pleito, recurrir, ya ves qué bonito, contra las autoridades, lo que nos faltaba, que yo no sé en qué mundo vives, hijo de mi alma, que parece como que hubieras caído de la luna.

Toda revelación es para vosotros como libro sellado; se le da a leer a quien sabe leer, diciéndole: Lee esto, y responde: No puedo, el libro está sellado. O se da el libro a quien no sabe leer, diciéndole: Lee esto, y responde: No sé leer. Es lo mismo que tú, Mario, que me hiciste reír, palabra, la seriedad con que dijiste en la entrevista aquella que hoy en España no se lee, que te crees que porque no te lean a ti a los demás les va a suceder lo mismo, que estoy cansada de decirte que tú, escribir, sabes escribir, que escribes con soltura y eso, pero, hijo mío, de unas cosas tan aburridas y de unos tipos tan poco apetecibles que tus libros se caen de las manos, la verdad. Y no es que lo diga yo, recuerda a papá, y papá en estas cosas es alguien, vamos, me parece a mí, pues ya le oíste, que no es que vacilase, «Si escribe para distraerse, pase, pero si busca la gloria o el dinero que tire por otro camino», más rotundo no cabe, y papá, ya lo sabes, una autoridad, que en el *ABC* no saben dónde ponerle, que no es precisamente un indocumentado, que menuda Memoria te hizo, de libro, hijo, que a mí, que nunca me dio por ahí, me la tragué sin respirar, tres veces, no te creas, que recuerdo que me encantó todo aquello del método regresivo, eso de estudiar la Historia para atrás, como los cangrejos, porque todas las cosas tienen su porqué, como suele decirse, no pasan en balde. Prescindiendo de que fuera mi padre, debisteis editarle la Memoria en la Casa de la Cultura, fíjate, hubiera sido un exitazo, me juego la cabeza, porque aunque corta y así, que eso se arregla con una letra un poco más gorda, tenía mucha miga, que hoy la gente es lo que quiere, desengáñate, libros de amor o libros con sustancia, una de dos, pero para aburrirse o para perder el tiempo ten por seguro que nadie compra un libro, que es a lo que voy, borrico, ¿me quieres decir quién iba a leer tus cosas, y perdona mi franqueza, si tus protagonistas cuando no son pobres son tontos? Fíjate en *El castillo de arena*, sin ir más lejos, que digo éste como podía decir el otro, un paleto al que le van robando sus tierras, una a una, hasta quedarse con lo puesto, un patán sucio que para acabar de arreglarlo tiene una mujer desdentada que no hace más que insultarle. Y todavía ése, vaya, que lo de *El patrimonio* es todavía peor, hijo, figúrate a estas alturas a quién va a interesarle la historia de un sorche que va a la guerra en un país que no existe y no quiere matar a nadie, ni que le maten, y por si fuese poco le duelen los pies. Te digo, Mario, cariño, que ni buscados con candil, ni aposta encuentras unos protagonistas más estrafalarios, y precisamente ahora, ya ves, que sorches no son más que los patanes, figúrate, que los chicos de familia un poco así, con eso de las milicias, son todos oficiales, que te prometo que al empezar *El brazo derecho*, el día que me

dijiste que el protagonista no era pobre, me llevé una alegría, te lo juro, que por un momento pensé, que parezco tonta, que ibas a escribir lo de Maximino Conde para darme una sorpresa, que, te guste o no, era un argumento de película, ya ves, pero ya, ya… El Ciro Pérez ese, que tampoco podías encontrar un nombre más vulgar, hijo, es una especie de retrasado mental que lo poco que piensa lo piensa en chino, un tipo absurdo que ni sabe lo que quiere ni adónde va, que aquello era de tal manera enrevesado, cariño, que no entendía ni jota, pero tuve la fuerza de voluntad de aprenderme trozos de memoria, pero largos, ¿eh?, y de carrerilla, como un papagayo, para comentarlos luego con mis amigas, que uno era como aquél del labrador de Villaloma, el que escribió a Valen, sí, hombre, que la conoció en una cacería, ya casada y todo, una carta tronchante que nos la aprendimos todas de memoria, que empezaba, «Si el interés lo tiene por defecto, tal es así que no quiere contestarme, le suplico Valentina que me escuche aunque no sea más que por amistad», ¿te acuerdas?, graciosísima, bueno, pues hice igual, Mario, me eché al coleto una parrafada, una que decía, decía, verás, «En hacer el bien, Ciro encontraba una complacencia, una inconfesada satisfacción, con lo que automáticamente quedaba excluida toda interpretación meritoria de sus acciones y abierta la posibilidad de una reparación ulterior. De ahí, su tortura…», ¿qué te parece?, ¿no te recuerda horrores a las cartas del tipo aquel de Villaloma? Dime tu verdad, Mario, vaya parrafito, no me digas, ni aposta, que Valen se mondaba, pero, hijo, Esther, sin venir a cuento, se enfurruñó, ya ves tú qué salida de tono, qué la iría a ella, y venga de explicar, pero de malos modos, ¿eh?, llamándonos de todo, que lo que quiere decir Ciro Pérez, que yo, oír Ciro Pérez y caerme de risa era todo uno, y Valen para qué te voy a contar, y Esther cada vez más furiosa, que si éramos unas analfabetas, bueno, pues que lo que quería decir Ciro Pérez, según Esther, es que cada vez que cedía la acera, o el asiento en el autobús, que hay que ver, aquí, para *inter nos*, lo pesadito que se pone, Mario, siente una satisfacción y piensa «Soy bueno», como con un poco de orgullo, ¿comprendes lo que quería decir Esther?, pues desde el momento que se envanece, ceder la acera deja de ser una acción meritoria y puede ser inclusive pecaminosa, ya ves qué líos, que a ti ni se te habrá ocurrido eso, lo más seguro, que Valen empezó a voces: «¡Pero ese hombre es tonto, hija!», y a mí me entró la risa, un ataque, Mario, como lo oyes, y Esther para qué te voy a contar, cada vez más excitada, hasta que de repente, toda roja, empezó a chillarme, «¡No te rías así, Carmen, no te rías así, que ese hombre puede ser tu marido!», ya ves qué sandez, por mortificarme, a ver, que yo, «Oye, mona, por lo que más quieras», muerta de risa, que no me

podía contener, Mario, me era imposible, ¡qué juerga, Dios mío!, y ella, que era inútil tratar de hacernos comprender a nosotras esas tensiones, me parece que dijo tensiones, que está en un plan redicho que no hay quien la aguante, y que en lugar de ceder el asiento pudiera negarse a firmar un acta o comprar un *Carlitos* en Madrid, como decía yo que tú hacías, que Valen saltó entonces: «Mario lo hará, pero no se plantea luego problemas idiotas», y Esther que qué sabíamos nadie de los conflictos íntimos de cada hombre, tú me dirás, vaya un conflicto, que lo que yo le dije, «Esther, mona, no desbarres, conozco a mi marido mejor que tú», pero Valen seguía riéndose y, entonces, Esther cogió el portante y se marchó chillando que no teníamos ni pizca de sensibilidad, ya ves tú, que me molestó, qué sabrá ella, y otra cosa a lo mejor no, pero sensibilidad, Dios mío, si es una de mis peplas, tú lo sabes, cariño, pero si cuando estoy indispuesta ni mayonesa puedo hacer, toda se me corta, que bastante desgracia tengo, que Esther será muy buena amiga y todo lo que tú quieras, pero con eso de haber estudiado adopta unos aires que no hay quien la aguante, que yo me hago de cruces pensando cómo congeniará con Armando, más opuestos no cabe, él con esa vitalidad, si sólo piensa en comer, pero lo cierto es que le tiene loco, a él que no le toquen a su mujercita, que hay que ver el trepe que armó la otra noche en El Atrio, total por nada, que si la miraron o la dejaron de mirar. Yo no sé, a veces me da por pensar que tú hubieses encajado con Esther, y otras que no, yo creo que demasiado parecidos tampoco resulta, no sé, es un lío, pero lo cierto, Mario, no nos engañemos, es que tú no eres un tipo de hombre de gustar a las mujeres, que físicamente vales bien poquito, seamos francos, pero algo debes de tener, alguna gracia oculta, que a la que gustas la trastornas, ¿eh?, las cosas como son, ahí tienes a Esther y a tu cuñada Encarna, que digas que yo no soy celosa, que si no… Me gustaría que oyeses a Esther en los tes de los jueves, si tus libros salen a colación, ya se sabe, el Evangelio, símbolos, tesis, lo que quieras, menudo abogado, hijo, que no sé cómo los jueves no te zumbaban los oídos hasta quedarte sordo, vaya sermones, hasta donde no la importaba, válgame Dios, tú dirás, que no te animara a buscar otro empleo, ya ves, que eso sería destruir tus posibilidades, imagina, que yo no sé, la verdad, dónde te encontraba tales talentos, que lo que yo dije un día, que ella furiosa, claro, como con la fábrica de Armando tiene el riñón cubierto, que lo que yo la dije, «Si el talento no sirve para ganar dinero ya no es talento, guapina», porque es la pura verdad, Mario, no me digas, tanto incienso, tanto incienso, que me tiene harta. La pánfila de Esther presume de conocerte mejor que nadie pero no sabe de la misa la media, que me gustaría verla en mi caso, ni dos

semanas, ya te lo aseguro yo, que una cosa son los libros y otra muy distinta la persona, que a testarudo no hay quien te gane, y no es que lo diga yo, que ya lo dijo, y bien claro, Gardenia, ¿recuerdas?, la grafóloga que hubo en *El Correo* antes de venir don Nicolás, cuando *El Correo* se podía leer, que daba gusto; pues la mandé una cuartilla tuya sin que lo supieras, y te retrató, hijo, en mi vida he visto una cosa igual, que yo pensaba «Ésta le conoce, seguro», que no puede decirse más en menos palabras, la misma Valen, ya ves, «Hija, es que le retrata», tronchada, y venga a leerlo, «Perseverante, idealista y poco práctico; alimenta ilusiones desproporcionadas», ¿qué te parece?, tú pon testarudo donde dice «perseverante», iluso donde dice «idealista», y holgazán donde dice «poco práctico», y tendrás tu ficha completa, que nadie diría, cariño, que de la letra de uno se puedan sacar tantas cosas. Pues todavía, la pánfila de Esther que me faltaba sensibilidad para apreciarte, ya ves qué sabrá ella, precisamente sensibilidad, si hubiera dicho otra cosa, que yo recuerdo a mamá, que en paz descanse, «Hija mía eres como un barómetro», que me ponía a hacer mayonesa estando mala y ya se sabía, a arreglarla, y no me digas, Mario, que tú estabas a un paso, cuando se me cayó el diente a la piscina, temblaba y todo, ¿eh?, tú lo viste, una temblorina como en pleno invierno, ¿eh?, que luego una semana en cama devolviendo, que me alteré toda, menudo disgusto, que al Chucho Prada dichoso le hubiera matado, «Antes se te caen los tuyos que el que te he puesto», como para fiarse. Si eso no es sensibilidad, Esther dirá lo que es sensibilidad, que la muy sandia se cree que la sensibilidad es leer, atiborrarse de libros, cuanto más rollos, mejor, que no es que yo vaya a decir que una sea muy cultivada, Mario, que ni tiempo, tú lo sabes, pero tampoco una analfabeta, Mario, ya ves, que tu Memoria, bueno, la de papá tres veces, y no era precisamente un libro divertido, y los de Canido, que digáis lo que digáis a mí me encantan, y los tuyos, Mario, no digas, todos, uno detrás de otro, y aprendiéndome párrafos de carrerilla, de pe a pa, y antes de casarme, *La Pimpinela Escarlata* y por lo menos diez veces *Vendrá por el mar*, que me chiflaba, nunca he disfrutado tanto con un libro, palabra, que tenía un encanto especial, que la pánfila de Esther se da unos aires como si sólo hubiera leído ella. Y ahora que me acuerdo, Mario, también me leí de cabo a rabo el libro de versos de aquel amigo tuyo, Barcés o Bornés, ¿te acuerdas?, el que encontramos en Madrid durante el viaje de novios, de Granada, me parece, que hablaba todo el tiempo de García Lorca, él un poco pelirrojo y ella llenita, muy morena, que le conocías, creo, de cuando la guerra, no me hagas mucho caso, él como muy cohibidín, bueno, es igual, pues me leí el libro de un tirón, que eran unos

versos rarísimos, unos cortos cortos y otros largos largos, que no pegaban ni con cola, al buen tuntún, que al acabar me dio una jaqueca horrible, ¿recuerdas?, distinta de otras veces, como en mitad de la cabeza. ¿Cómo se llamaba aquel amigo tuyo, hombre, si lo tengo en la punta de la lengua, que él hablaba muy bajito, como si se estuviera confesando, con un poco de acento, y os pasasteis la tarde diciéndoos versos uno al otro, sí, hombre, en un café de la Gran Vía que hacía esquina, ¡qué cabeza!, todo lleno de espejos, que ibas a entrar y te dabas, que era como un laberinto? ¡Qué tardecita, Dios santo!, lo único, que recitaras el de mis ojos, que recuerdo que cada vez que empezabas un verso, yo pensaba: «Va a decir el de mis ojos», pero ya, ya, ilusiones, con lo que yo hubiera dado, que si Elviro no me lo dice, yo en la inopia, fíjate, «¿Te lee Mario sus versos?», que yo, pasmada, «¿Hace Mario versos?, es la primera noticia», y él, «Desde que era así», que luego me dijo que habías dedicado uno a mis ojos y yo muerta de curiosidad, figúrate, el sueño de toda mujer, pero cuando te lo pedí, «Debilidades, son blandos y sentimentales», que no había quien te sacara de ahí, y eso es algo que me pone enferma, Mario, porque escribir versos para nadie no tiene sentido, es como salir a la calle y empezar a dar voces al buen tuntún, cosa de locos. ¡Borrés!, no, no era Borrés, pero algo parecido, desde luego empezaba por B, ¿no sabes quién digo, Mario? Él, como muy desaseado, muy a la pata la llana, de tu escuela, y ella andaluza, morena, con el pelo recogido, que nos llamaba todo el tiempo de ustedes, «porque ustedes», «porque viniendo de ustedes», que contó aquello tan divertido de la feria de Sevilla, lo de la jaca, eso, una de las veces que te he visto reír con más ganas, ¿no te acuerdas?, sí hombre, ¡qué rabia!, estábamos sentados según se entra, así a mano derecha, en un diván rojo, todo corrido, él y tú, enfrente, que él se subía mucho el pantalón y luego, al salir, comentamos lo peludo, más bien soso… ¡Barnés! Eso es, Barnés, Joaquín Barnés, me parece que era Joaquín, Mario, seguro, ¡qué gusto, ay qué peso me he quitado de encima!

XXVII

Dejando, pues, vuestra antigua conducta, despojaos del hombre viejo, viciado por la corrupción del error, renovaos en vuestro espíritu y vestíos del hombre nuevo, lo que se dice otro hombre, que me encantaría que le vieras, Mario, sólo por gusto, que ha echado un empaque que no veas, con una americana inglesa de *sport*, sacando el codo por la ventanilla, como muy curtido y, luego, esos ojos… ¡de sueño, vamos!, no parece el mismo, que los hombres es una suerte, como yo digo, si no valéis a los veinte años no tenéis más que esperar otros veinte, yo no sé qué pasa. Y me di cuenta enseguida, no te creas, un Tiburón rojo aquí, imagina, inconfundible, no podía ser otro, y aunque intenté hacerme la tonta, él, ¡plaf!, en seco, un frenazo de cine, ¿eh?, que se quedó un rato el coche como temblando y Paco venga de sonreír, «¿Vas al centro?», y yo, toda acomplejada, a ver, que Crescente no hacía más que fisgar desde el motocarro, «Sí», «Pues, arriba», y ya con la portezuela abierta, a ver qué podía hacer, me colé, y más cómoda que en el sofá del cuarto de estar, Mario, te lo prometo, que lo que yo le dije, «Me chifla tu coche», que es verdad, que parece que ni tocas el suelo ni nada. Y él, entonces, dio media vuelta y salió como un cohete por la carretera de El Pinar, que yo le decía, «Vuelve, ¿estás loco?, ¿qué va a decir la gente?», pero él, ni caso, cada vez pisaba más y decía, ¿sabes lo que decía?, decía, «Déjales que digan misa», y los dos a reír, figúrate qué locura, en un Tiburón, mano a mano, a ciento diez, que hasta se me iba la cabeza, te lo juro, que hay cosas que no se explican, date cuenta, aquel chiquilicuatro que hasta trabucaba las palabras, pues no veas ahora, un aplomo, una serenidad, hablando a media voz, sin vocear, pero sólo lo justo, como la gente de mundo, si no se ve no se cree, que hay que ver, en un dos por tres, lo que ha corrido este hombre, si es el no parar, ¡Dios mío, aquel chisgarabís! En realidad, Transi ya me lo había advertido, la tarde que la encontré, date cuenta, al mes escaso de largarse Evaristo, y como si nada, pero a ésa no la matan penas, claro que siempre fue un poco así, no sé cómo decirte, nunca tomó las cosas demasiado en serio, imagínate qué papeleta, con tres criaturas, pues ella, igual, «¿Has visto a Paco? Chica, está majísimo». Y es verdad, Mario, qué cambiazo, por mucho que te diga no te lo puedes ni imaginar, unos modales, una delicadeza, lo que se dice otro hombre, eso, que yo recuerdo por aquellos entonces, «diócesis» por «dosis», y cosas por el estilo, que era una perfecta calamidad, que yo no sé sus padres, él maestro de obras, si es que llegaba, gente artesana desde luego, de medio pelo, aunque, las cosas como son, Paco siempre fue inteligente y en la guerra se portó de maravilla, que tiene el cuerpo como una criba, la de metrallazos, no puedes

hacerte idea. Bueno, pues le ves conducir ahora y te caes de espalda, ¡qué soltura!, es que no hace ni un solo movimiento de más, que parece que hubiera nacido con el volante entre las manos. Y luego ese olor que se gasta, como a tabaco rubio mezclado con colonia de fricción, que a la legua se ve que hace deporte, tenis y así, y cuando fuma ni se quita el pitillo de los labios, a ver, a ciento diez, loco sería, y guiña los ojos como en el cine, que yo le decía, te lo juro, «Da la vuelta, Paco, tengo un montón de cosas que hacer», pero él venga de reírse, que tiene toda la dentadura completa, figúrate qué envidia, «Demos tiempo al tiempo; la vida es breve», y, ¡hala!, como un loco, a ciento veinte, que, en estas, nos cruzamos con el Dos Caballos de Higinio Oyarzun, que a saber de dónde vendría a esas horas por esa carretera, y yo quise agacharme pero estoy casi segura de que me vio, date cuenta qué apuro, y Paco, «¿Te ocurre algo, pequeña?» y, luego, «Es que estás igual», y yo, «¡Qué bobada! fíjate la de años que han pasado», y él, muy fino, «El tiempo no pasa igual para todos», una galantería, tú dirás, pero que se agradece, por qué voy a decir lo contrario. Y cuando paró no me quitaba ojo y me preguntó, de repente, que menudo sofoco, si sabía conducir, y yo que muy poco, casi nada, y él, dale, que todos los días me encontraba en la cola del autobús, entre gentuza, que yo ni sabía dónde meterme, que pasé más vergüenza que en toda mi vida junta, te lo prometo, pero a ver qué le iba a contestar, la verdad, Mario, que quien dice la verdad ni peca ni miente, que no teníamos coche, que a ti eso de los modernismos no acababa de entrarte, y no quieras saber cómo se puso, que me gustaría que le hubieras visto, «¡No, no, no!», como un loco, palabra, dándose coscorrones en la cabeza, natural, que es lo que yo digo, cariño, que hace años tal vez, pero hoy en día, un coche no es un lujo, es un instrumento de trabajo. Y Paco venga de encender pitillos, uno tras otro, que si no fumó veinte no fumó ninguno, y «¿Qué es de Transi?», y lo que yo le dije, que no había tenido suerte, y que si se acordaba de los Viejos, bueno, pues Evaristo, el alto, se casó con ella, ya de mayor, y a los cinco años la había abandonado con tres criaturas y él se había largado a América, a Guinea, me parece, que Paco, entonces, «Todos nos equivocamos, no es fácil acertar», que me dejó de una pieza, que le brillaban los ojos y todo, Mario, te lo puedo jurar, que a mí me dio lástima, un hombrón así, que no pude por menos, «¿No eres feliz?» y él, «Dejemos eso. Vivo y no es poco», pero me miraba cada vez más de cerca y yo estaba toda aturdida, a ver, pensando en la mejor manera de ayudarle, que entonces se me ocurrió recordarle cuando paseábamos por la Acera, de nuestros tiempos, Mario, cuando el bárbaro de Armando se ponía los dedos en las sienes y mugía, ¿te acuerdas?, antes de

hacernos novios, pues eso, y él, «¡Qué tiempos!», como suele decirse, y, de repente, «Tal vez entonces perdí mi oportunidad. Luego, ya ves, la guerra», como con pena, que lo que yo le dije: «Pues tú te portaste bien bien en la guerra, Paco, no digas», que él, sin venir a cuento, se desabotonó la camisa, que no lleva suéter ni nada, en pleno invierno, y me enseñó las cicatrices del pecho, un horror, no te puedes ni imaginar, entre los pelos, que quién lo hubiera dicho, tan varonil, que de chico era un poco Niño Jesús, que me dejó helada, te lo prometo, que eso es lo último que me esperaba, y le dije: «Pobre», sólo eso, nada más, te lo juro, pero él me puso el brazo por detrás, que yo pensé que en buen plan, te lo juro, y cuando me quise dar cuenta ya me estaba besando, visto y no visto, y sí, desde luego, muy fuerte, que yo ni sabía lo que hacía, como de tornillo, sí, apretadísimo y muy largo, ésta es la verdad, pero yo no puse nada de mi parte, como lo estás oyendo, que estaba como hipnotizada, te lo juro, que me había estado mirando sin dejarlo yo que sé el tiempo, y luego aquel olor entre de colonia y de tabaco rubio, que trastorna a cualquiera, Valen te lo puede decir, que me lo ha comentado un montón de veces, que yo sólo te quiero a ti, no hace falta que te lo diga, pero estaba como atontada, a lo mejor de la misma velocidad, la falta de costumbre, vete a saber, cualquier cosa, como un fardo, lo mismito, y el corazón paf, paf, paf, como desbocado, no puedes hacerte idea, eso instintivamente, los principios, lógico, y no podía ni menear un dedo, igual que anestesiada, lo mismito, que ni los árboles, imagínate, con los que había, sólo el runrún de sus palabras, cerquísima, desde luego, prácticamente encima, que era como estar en las nubes, una desorientación, y él me abrió la puerta y, muy suave, «Baja» y yo como una sonámbula bajé, pero como te lo digo, ni voluntad ni nada, que era una especie de flojera, a buena hora si no, obedecí sin darme cuenta, y nos sentamos detrás de una mata, al sol, más bien grande, sí, muy grande, nos tapaba desde luego, y figúrate a esas horas, en día de labor, ni un alma, lo que se dice nadie, que si yo estoy en mis cabales de qué, y Paco insistiendo, «Aquí donde me ves, que parece que tengo todo, estoy solo, Menchu», que yo «Pobre», otra vez, pero conmovida de veras, Mario, que esto es lo curioso, como si no supiera decir otra cosa, claro que no era yo ni Dios que lo fundó, hipnotizada o lo que quieras, segurísimo, imagínate, buena soy, y él, como enloquecido, empezó a abrazarme y a estrujarme por el suelo, y me decía, me decía, ¿sabes qué me decía?, después de todo, Mario, no es ninguna novedad, que al fin y al cabo, fue sincero, que otros lo piensan y no lo dicen, me decía, mira Eliseo San Juan, de siempre, y el mismo Evaristo, que a saber qué tienen mis pechos, yo qué le voy a hacer,

y Paco cada vez más frenético, me decía, ¿sabes lo que me decía?, me decía, «Veinticinco años soñando con estos pechos, pequeña», figúrate, que yo, como tonta, «Pobre», esto te dará idea, que él como fuera de sí, que hasta me rompió la ropa y todo, Mario, pero yo no era yo, no hace falta que te lo diga, perdóname, nada de culpa, que le rechacé, te lo juro, le recordé a nuestros hijos, que ni sé de dónde me vinieron las fuerzas porque estaba completamente sin voluntad, hipnotizada, palabra, pero le mandé a paseo, que se debió de quedar de un aire, te lo prometo, que me caiga muerta, que a saber tú con Encarna, en Madrid, perdona, Mario, perdóname, no quise decir eso, pero no pasó nada de nada, puedes estar tranquilo, te lo juro, que le recordé a nuestros hijos, o a lo mejor fue él, vete a saber, ya ni me acuerdo, pero para el caso es lo mismo, Mario, que me quitó la palabra de la boca, que ni hablar podía, estaba desquiciada, cariño, tienes que hacerte cargo, sólo quiero que me comprendas, ¿oyes?, porque aunque hubiese hecho algo malo no era yo, puedes estar seguro, que la persona que estaba allí no tenía nada que ver conmigo, sólo faltaría, pero no pasó nada, nada de nada, en absoluto, te lo juro por lo que más quieras, Mario, creéme, y si Paco no hubiera reaccionado hubiese reaccionado yo, ya me conoces, aunque estuviera convertida en una piltrafa, pero él, después de todo, tenía la culpa, a él le correspondía, que cuando se separó tenía unos ojos que daban miedo, echaban chispas, Mario, de loco, pero dijo, «Somos dos locos, pequeña, discúlpame, no quiero perjudicarte», y se levantó, que yo avengonzada, sí, así fue, bien mirado, fue él, pero que fuera uno u otro es indiferente, cariño, lo importante es que no pasó nada, te lo prometo, sólo hubiera faltado, el respeto que te debo y nuestros hijos, pero, por favor, no te quedes ahí parado, ¿es que no me crees?, te lo he contado todo, Mario, cariño, de pe a pa, tal como fue, te lo juro, no me guardo nada, como si me estuviera confesando, palabra, Paco me besó y me abrazó, lo reconozco, pero de ahí no pasó, estaría bueno, te lo juro, y tienes que creerme, es mi última oportunidad, Mario, ¿no lo comprendes?, y si tú no me crees yo me vuelvo loca, te lo prometo, y si te quedas ahí parado es que no me crees, ¡Mario!, ¿es que no me estás escuchando?, atiende, por favor, nunca he sido más franca, te lo podría jurar, con nadie, figúrate, que te estoy hablando con el corazón en la mano, escucha, para mí el que me perdones es cuestión de vida o muerte, ¿te das cuenta?, no se trata de un capricho, Mario, mírame, anda, aunque sólo sea un momentín, por favor, no me vayas a confundir con mi hermana, me aterro sólo de pensarlo, te lo prometo, ya ves Julia, una cualquiera, no me digas, con un italiano, que no tiene perdón, en plena guerra, tú me dirás, como quien dice en frío, que al fin

y al cabo, Galli, un desconocido, buena diferencia con Paco, que perdería la cabeza y todo lo que quieras, pero en resumidas cuentas, un caballero, Mario, «Somos unos locos, pequeña; discúlpame», un detalle, que me quitó la palabra de la boca, te lo juro, Mario, te lo juro por lo que más quieras, que yo se lo iba a decir y eso que estaba como tonta, completamente hipnotizada, ni voluntad ni nada, un fardo, pero se lo iba a decir, palabra, y él, zas, se me adelantó, claro que lo importante, fuese uno u otro, es que no pasara nada, a ver si no, Mario, pero mírame un poco, di algo, no te quedes ahí parado, que parece como que no me creyeras, que te estuviera engañando o así, y no, Mario, cariño, que en la vida he sido más franca, te estoy diciendo toda la verdad, toda, enterita, te lo juro, no ocurrió nada más, pero mírame, di algo, anda; por favor, mira que eres, me estoy tirando por los suelos, más no puedo hacer, Mario, cariño, que al fin y al cabo, si a su tiempo me compras un Seiscientos, ni Tiburones ni Tiburonas, segurísimo que con estas restricciones lo que hacéis es ponernos en el disparadero, a ver si no, que cualquiera te lo puede decir, pero perdóname, Mario, anda, te lo pido de rodillas, no hubo más, te doy mi palabra, yo sólo he sido para ti, te lo juro, te lo juro y te lo juro, por lo más sagrado, Mario, por lo que más quieras, por mamá, fíjate, que más no puedo hacer, pero mírame, un segundo aunque sólo sea, anda, hazme ese favor, ¡mírame!, ¿es que no me oyes?, ¿cómo quieres que te lo diga? ¡Mario, que me muera si no es verdad!, no pasó nada, que Paco, a fin de cuentas, un caballero, claro que fue a dar conmigo, pero si yo tengo un Seiscientos, ni Paco ni Paca, te lo juro, Mario, te lo juro por Elviro y por José María, ¿qué más quieres?, en mejor plan no me puedo poner, Mario, que yo puedo llevar la cabeza bien alta, para que lo sepas, pero ¡escúchame, que te estoy hablando!, ¡no te hagas el desentendido, Mario!, anda, por favor, mírame, un momento, sólo un segundo, una décima de segundo aunque sólo sea, te lo suplico, ¡mírame!, que yo no he hecho nada malo, palabra, por amor de Dios, mírame un momentín, aunque sólo sea un momentín, ¡anda!, dame ese gusto, qué te cuesta, te lo pido de rodillas si quieres, no tengo nada de qué avergonzarme, ¡te lo juro, Mario, te lo juro!, ¡¡te lo juro, mírame!!, ¡¡que me muera si no es verdad!!, pero no te encojas de hombros, por favor, mírame, de rodillas te lo pido, anda, que no lo puedo resistir, no puedo, Mario, te lo juro, ¡mírame o me vuelvo loca! ¡¡Anda, por favor…!!

Carmen se sobresalta al oír el gemido de la puerta. Gira la cabeza, se sienta sobre los pies y hace como que buscara algo por el suelo. Sus ojos y sus manos expresan un nerviosismo límite. Aunque la luz del nuevo día entra ya por la ventana, la lámpara continúa encendida, proyectando su mortecino cerco luminoso sobre la descalzadora y los pies del cadáver:

—¿Qué pasa, mamá? ¡Levántate! ¿Qué haces ahí de rodillas?

Carmen se incorpora sonriendo tontamente. Se siente indefensa, blanda y maleable. Sus párpados han adquirido un color rosa fuerte, casi violeta, y cuando mira, mira de soslayo, como amedrentada. «Rezaba», murmura, pero lo dice sin convicción, para que no la crean, «Sólo rezaba», añade, y el muchacho se adelanta hacia ella, le arropa los hombros con su brazo joven y nota que se estremece:

—¿Estás bien? —dice.

—Bien, hijo, ¿por qué?

En una noche, las mejillas de Carmen se han desplomado y a los lados de la barbilla y por debajo de ella se le forman unos papos blandos, gelatinosos, como bolsas donde se acumulase alguna secreción. También bajo los ojos tiene Carmen unas fofas y arrugadas inflamaciones cárdenas. Mario insiste:

—¿Tienes frío? Me pareció que hablabas sola.

La empuja blandamente hacia la puerta, pero Carmen se resiste a abandonar la habitación. Se opone sin decirlo y sin saberlo, pero con una persistencia sorda, tenaz, que induce a Mario a aflojar su presión. Entonces ella mira hacia todos los lados como si en lugar de haber pasado la noche allí viese aquel despacho, doblado en cámara mortuoria, por primera vez. Por la ventana se divisa ya nítidamente la casa de enfrente, con sus balcones verdes, de gresite, y sus cerradas persianas pintadas de blanco. Y cuando, de pronto, se abre una —una persiana— con un ruido de matraca, seco, de tablillas que se juntan, parece como que la casa bostezara y se desperezase. Antes de terminar de abrirse la persiana, petardea, abajo, en la calle estrecha, el primer motocarro. Y cuando el estrépito cesa, se perciben rumores de conversaciones y crujidos de pisadas de las gentes madrugadoras, que marchan al trabajo. Un gorrión cruza el poyete de la ventana, a saltitos rápidos, como si botase, gorjeando alborozadamente, como en primavera. Tal vez le llama a engaño el fragmento de cielo que cierra como un telón de fondo el taller de Acisclo del Peral y que ha pasado del negro al blanco y del blanco al azul en unos minutos, apenas sin transición. Carmen repara en los crespones enlutados, los libros del revés, los geométricos grabados de biciclos —circunferencias, triángulos, líneas punteadas—, la bola del mundo azul sobre la mesa, la

lámpara, la butaca de Mario con el asiento de cuero desgastado en el borde y, finalmente, y con lentitud, como si acabara de hacerse cargo de la situación, posa los ojos sobre el cadáver, sobre el rostro del cadáver de Mario. Suspira, mira a su hijo, le cierra maquinalmente el cuello de la camisa con trémulos dedos y dice con voz apagada, imperceptiblemente inflamada de presunción, sonriendo:

—No está alterado, ¿te das cuenta? No ha perdido siquiera el color.

Mario oprime sus hombros:

—Déjalo —dice, y tira de ella, pero Carmen está como clavada al suelo.

—Sin gafas no se parece —añade—. De joven no gastaba gafas y me miraba en el cine todo el tiempo ¿sabes?; de esto hace muchísimos años, ¡qué sé yo el tiempo!, que tú yo no sé si habías nacido, te estoy hablando del año catapún, pero era bonito, te lo confieso, aunque yo no sé qué pasa que todo en la vida acaba por estropearse.

Ha ido tomando fuerza como un avión que despegara y cuando Mario dice solamente «No debiste quedarte sola. Estás muy excitada. ¿Has dormido algo siquiera?», Carmen, sin un gesto previo que lo delate, rompe en sollozos, oculta los ojos en el suéter azul, de mezclilla, de su hijo, se aprieta contra su pecho y murmura un repertorio de incoherencias, de las que Mario apenas entresaca algunas frases o fragmentos de frases («… es inútil…», «… su yo por delante…», «… siquiera una mirada…»), pero la tensión de Carmen ha remitido y se deja conducir a la cocina dócilmente, se sienta en el taburete blanco y observa cómo Mario llena de agua la cafetera italiana, atasca el filtro de café, y pone al tres el hornillo rápido. Al calentarse el hornillo, la base húmeda de la cafetera sisea insistentemente. La cocina está en penumbra, Mario se acomoda en el otro taburete, a su lado. En el patio de luces retumban los primeros ruidos, las voces primeras de la mañana.

Carmen está doblada por la cintura, como entregada, como si los pechos que empujan tercamente el entramado de lana negra, y que siempre ha soportado gallardamente, le pesasen ahora demasiado. Se ahueca las axilas con disimulo. Dice:

—Parece mentira que para los demás sea hoy un día corriente; un día como otro cualquiera, fíjate. Yo no puedo hacerme a la idea, Mario; me es imposible.

Mario vacila. Teme romper de nuevo su equilibrio. Finalmente dice:

—A todo el mundo le pasa. Todo el mundo pasa por este trance alguna vez, mamá… No sé cómo decirte.

La escasa luz que entra por la ventana llena de sombras el rostro de Carmen. Cuando habla, se le abre, casi en el centro, un hueco aún más oscuro:

—Las cosas no son como antes.

Mario se agarra las rodillas con sus manos morenas, jóvenes y vitales:

—El mundo cambia, mamá, es natural.

—A peor, hijo, siempre a peor.

—¿Por qué a peor? Sencillamente nos hemos dado cuenta de que lo que uno viene pensando desde hace siglos, las ideas heredadas, no son necesariamente las mejores. Es más, a veces no son ni tan siquiera buenas, mamá.

Ella le observa frunciendo el ceño:

—No sé qué quieres decir.

Hablan a media voz. Del tono de Mario transciende un anhelo de aproximación:

—Hay que escuchar a los demás, mamá, eso quiero decir. ¿No te parece significativo, por ejemplo, que el concepto de lo justo coincidiera siempre sospechosamente con nuestros intereses?

La mirada de Carmen es, por momentos, más roma y desconcertada. Por contra, a medida que habla se ensancha la ingenua petulancia de Mario:

—Sencillamente tratamos de abrir las ventanas. En este desdichado país nuestro no se abrían las ventanas desde el día primero de su historia, convéncete.

A Mario le ha subido el color. Está un poco azorado. Para disimularlo, se levanta y vuelve con la cafetera. Gira el botón para apagar el hornillo, que en unos segundos se torna color ceniza. Coge dos tazas y el azucarero del vasar. Sirve a su madre, que está inmóvil, los ojos entrecerrados, como si contemplase algo muy distante.

—No os entiendo —murmura, al fin—. Todos habláis en clave como si pretendierais volverme loca. Leéis demasiados libros.

Mario le aproxima la taza:

—Tómatelo —dice autoritariamente—. Tómatelo antes de que se quede frío.

Carmen mueve lentamente el azúcar con la cucharilla y bebe. Al principio sin querer beber, cerrando los labios, como con temor de quemarse, pero cuando comprueba la temperatura, bebe ya francamente. Al concluir, se queda mirando para su hijo, tratando de explicárselo, no ya intelectualmente, sino como simple fenómeno biológico, como una consecuencia de ella:

—No es posible —dice, al cabo—. No es posible que tú seas aquel pequeñín que, cuando empezó a ir al colegio y yo le decía al verle las notas: «¡Este niño es un sabio!», él me decía: «Mamá, yo no soy un sabio; soy un filósofo».

Mario, para vencer su azoramiento, bebe, pero inclina demasiado repentinamente la taza y el café se le derrama por los bordes de la boca. Deja la taza sobre el mármol blanco de la mesa y se limpia precipitadamente con el envés de la mano:

—Déjalo ya —murmura—. Parece como que te complacieras avergonzándonos con nuestras ridículas salidas de niños-prodigio.

Carmen abre los ojos sorprendida; sinceramente sorprendida:

—Otra cosa que no comprendo, palabra —dice—, es que reneguéis de los años en que erais más buenos. Tu mismo padre…

Mario se lleva las manos a la cabeza:

—¡Oh! —dice enfáticamente—. ¡Más buenos! ¡Por Dios, mamá! Ya salió nuestro feroz maniqueísmo: buenos y malos —el aroma del café y la atención del auditorio le traslada al bar Floro, en cuyas mesas platican a diario los del curso y redactan el boletín *Ágora*. Se va creciendo. Se inflama. Prende un cigarrillo—, ¡los buenos a la derecha y los malos a la izquierda! Eso os enseñaron, ¿verdad que sí? Pero vosotros preferís aceptarlo sin más, antes que tomaros la molestia de miraros por dentro. Todos somos buenos y malos, mamá. Las dos cosas a un tiempo. Lo que hay que desterrar es la hipocresía, ¿comprendes? Es preferible reconocerlo así que pasarnos la vida inventándonos argumentos. En este país, desde los Comuneros venimos esforzándonos en taparnos los oídos y al que grita demasiado para vencer nuestra sordera y despertarnos, le eliminamos y ¡santas pascuas! «¡La voz del mal!», nos decimos para sosegarnos. Y, por supuesto, nos quedamos tan a gusto.

Carmen le mira asustada. Sus ojos son planos. Toda su cara es plana ahora. Le explora. Mario comprende que es inútil, que es como pretender que la pared de un frontón succione la pelota y ésta quede adherida a su lisa superficie. El rostro de Carmen es plano como un frontón. Y como un frontón devuelve la pelota en rebotes cada vez más fuertes. Se abre una pausa. Pese a todo, Carmen no se enfurece. Se siente inclinada a la benevolencia. La Doro empieza a rebullir en el cuarto de al lado. El patio de luces se ha llenado de ruidos: rumores de conversaciones somnolientas, arrastrar de latas de basura, entrechocar de loza. Dice Carmen, después de mover obstinadamente la cabeza como tratando de espantar una idea:

—Y tú, hijo, ¿has dormido?

Mario apura su café. Cada vez que da una chupada al cigarrillo pone tal avidez que se diría que quiere absorberlo entero:

—No —dice—. Me ha sido imposible. Una cosa rara. Cada vez que lo intentaba parecía que se me hundía el jergón, ¿comprendes? Un vértigo. Aquí —se señala con la mano derecha la parte alta del estómago—, es algo así como cuando vas a examinarte y estás esperando que te llamen.

El rostro de Carmen se pone tenso. La flacidez de sus bolsas —papos y ojeras— desaparece.

—¡¡No!! —chilla.

Pero la Doro sale en ese momento de su dormitorio. «Buenos días», dice apagadamente. Al fondo del pasillo suena un portazo. Luego, otro. De inmediato se oye el timbre. Es Valentina. Sus facciones relajadas y, ante todo, el descaro de su mechón albino le hacen daño a Carmen. Valentina se acerca y ambas cruzan sus cabezas, primero del lado izquierdo, luego del derecho, y besan formulariamente al aire, al vacío, de forma que una y otra sienten los apagados estallidos de los besos pero no su calor:

—Estarás muerta, Menchu, ¿no es verdad? ¿No es cierto que ahora lo notas? ¿No has dormido nada, nada?

Carmen no responde. Valentina le apremia. Falta un cuarto de hora para las ocho. Mientras se arregla, llegan Bene y Esther. Parece un té de los jueves. Entre todas la arrastran a la misa de alma. Cuando regresan, la casa es un jubileo. La mente de Carmen conecta con otra etapa anterior que ahora se le antoja remotísima. «No sabes qué impresión me ha hecho». «Tan joven, mujer». «Me he enterado por el periódico; de pura casualidad». Los cantos de su mano derecha se resienten a los primeros apretones. Se inclina, primero del lado izquierdo, luego del lado derecho. Siente los labios como dormidos, emperezados para besar. Así y todo, besa y besa sin tregua. Esther le lee la necrología de *El Correo*. «Descanse en paz el hombre bueno que antepuso…». «Bueno ¿para quién?». «En una época materializada como la nuestra, Mario Díez Collado dio con sus escritos y con su ejemplo…». «Le retrata, ¿eh?». «Muy sentida». «Lo dicho. Yo espero abajo». «Salud para encomendar su alma». «Tú no tienes la culpa, Carmen. He venido por ti». «Gracias, Josechu, no sabes cuantísimo te lo agradezco». Los bultos tienen hoy los ojos mates y hundidos, como atornillados, pero responden a unos mismos estímulos y son locuaces o lacónicos a rachas. «¿La importa que pase un momento?». «Después debes acostarte, Menchu. Del cuerpo no se debe abusar». «Al contrario». «No está descompuesto; no ha perdido siquiera el

color». «Yo espero abajo». Silencio. Mario, con su suéter de mezclilla, Menchu y Álvaro merodean como perdidos entre los grupos. Van y vienen sin encontrar un sitio. «El corazón es muy traicionero, ya se sabe». Suspiros. «A Charo que no la esperes. Se ha quedado con Encarna». «No irás al cementerio ¿verdad? No te lo aconsejo, mona, hazme caso, fíjate que a mí…». «¿Sabes si han dormido bien los niños?». Cada vez suben más bultos y el desagüe parece atascado. «Bertrán, ¿le importa esperar en la calle? Aquí no podemos ni rebullirnos». «De un tirón, hija, felices ellos». «Por favor, Doro, diga a la portera y a toda esa gente que pasen a la cocina». Carmen se inclina, primero del lado izquierdo, luego del derecho y besa al aire, a la nada, tal vez a algún cabello suelto. «Me imagino cómo estarás, ¡pobre! Todavía no puedo creerlo». «Salud para encomendar su alma». «Pero si yo misma… Anoche… anteanoche cenó como si tal cosa y leyó hasta las tantas. ¿Cómo iba a imaginar una cosa así?». Los bultos ya no caben, ni aun apretándose, en el despacho y el comedor. Van aglomerándose en el pequeño vestíbulo. «No somos nadie». «A mí estas muertes repentinas me descomponen». «¿Quiere correrse un poquito?».

Cuando llegan los muchachos de Carón, acrece el dinamismo. Carmen, Mario, Valentina y Esther, van y vienen, abren y cierran, pero algún bulto rezagado aún retiene a Carmen inoportunamente: «Me he enterado por el periódico; de pura casualidad». «Gracias, Higinio. No sabes cuantísimo te lo agradezco». Higinio Oyarzun se queda en el vestíbulo, junto a Arronde, el boticario. No trae gabán aunque es temprano y todavía hace fresco. Del despacho, cuya puerta está abierta, llegan suspiros y sollozos. «No le había más bueno». «Quién lo iba a decir». «No somos nadie». Higinio Oyarzun observa a Moyano dentro de su barba rabínica. También Arronde le mira de refilón y, luego, se agacha y le dice a Oyarzun tenuemente: «Un revolucionario». «Ja», Oyarzun se ríe o hace que se ríe. Después susurra. «Esas revoluciones me las conozco. Ése quiere quitarme a mí para ponerse él. Revoluciones positivas para uno pero de eficacia general muy limitada. Somos todos unos sinvergüenzas». «El corazón es muy traicionero». «Ni tiempo de confesarse tuvo». «¡Pobrecito!». Moyano ladea un poco la cabeza. Tiene los ojos húmedos y la nuez, sobre el suéter oscuro, sin camisa, le sube y le baja cada vez más deprisa. «Ha muerto un hombre íntegro», le dice a Aróstegui, pero apenas ha terminado de decirlo cuando Oyarzun, aunque no va con él, le replica ásperamente desde atrás, empinando su corta estatura sobre el hombro de Arronde: «¿Íntegro? ¡Ja! Ese señor no era íntegro por

serlo sino para gozarse echándonos en cara a los demás que no lo éramos. Era un Tartufo».

Moyano se vuelve fuera de sí: «Nazi asqueroso», dice. Y Oyarzun aparta a Arronde, que intenta sujetarlo, y vocea ya sin circunloquios: «¡Suelta! ¡A ese tipo le rompo yo la cara! ¡A ese…!».

La cabeza de Vicente asoma por la puerta del despacho:

—¡Chist! —sisea—. Por favor, que sacan el cadáver.

Se hace el silencio. Los muchachos de Carón con el féretro a hombros se abren calle entre los asistentes y detrás, enmarcada por el dintel, se ve un momento a Carmen. No llora. Se estira el suéter de los sobacos y mansamente deja que Valentina le pase un brazo por los hombros y la atraiga hacia sí.

Parábola del náufrago

1969

A Jacinto San José.
A Giacint Sviatoi Iósif.

Nota del autor a la edición de las Obras Completas

Con Parábola del náufrago *traté de construir una narración contra el absolutismo desenfrenado, contra el poder omnímodo en cualquier forma que se manifestase. Y como entendí que nada más indicado que la factura del relato constituyese una pesadilla onírica, eliminé los signos de puntuación. Destruyendo éstos, pensaba, sacrificaba la lógica sintáctica y narrativa aunque la sustituyera por una puntuación literaria igualmente indicativa pero absolutamente artificial. Difícil prueba para el lector. Tan dura se me hizo que dejé el invento a medio camino y lo apliqué solamente a una parte de la novela, aquella que recoge la degradación infrahumana del personaje Genaro. El recurso, como esperaba, fue aplaudido por unos y rechazado por otros. Por ejemplo, Entrambasaguas sentenció que* Parábola del náufrago *había sido «la novela más aburrida que había leído en los últimos tiempos», mientras, más joven y audaz, Vintila Horia juzgaba el libro como «la novela cumbre del escritor castellano y una de las novelas más significativas de la novelística española moderna». Esto ocurría en 1970 y, como casi siempre que el escritor confía en el fallo de los críticos, con estos juicios no salió de dudas. Surgió la polémica que cuarenta años después continúa viva y sin resolverse. Unos aplauden la audacia, otros la censuran.*

Hay que tener en cuenta que a lo largo del siglo XX los despotismos han florecido en Europa como los hongos, tiranías de todo signo y pelaje, incluso los despotismos ilustrados que, además de arrogarse la paternidad sobre los súbditos, pretendían «liberar al hombre» de su «triste» (?) condición de esclavo. El don Abdón de mi novela, capicúa y hermafrodita, que reúne todos los defectos típicos del tirano, ha sido una obsesión en mi vida, y haciendo buena la opinión de quienes consideran al novelista un ser de una sola idea con diversas variantes, pienso que yo podría ser uno de esos novelistas, ya que los protagonistas de mis relatos son inevitablemente perdedores, aplastados por la sociedad, la ignorancia, la política, la organización o el dinero, es decir, aquellos recursos de que se vale el dictador para imponer su dominio.

M. D.

Abril de 2008

«Mi sentimiento principal es el miedo».

MAX HORKHEIMER

Primero estaba la calzada con el paso cebrado de peatones, luego la acera de grises losetas hexagonales, luego la verja de barras rematadas en punta de flecha, después el jardín (unos jardincitos enanos, de bojes, arriates y rosales trepadores, con senderos de ceniza zigzagueando entre el peinado *green grass*), y, por último, en el promontorio verde, el macizo edificio de mármol blanco con amplios ventanales rectangulares sobre el jardín y, en lo alto, presidiéndolo todo, el luminoso parpadeante: DON ABDÓN, S. L.

igual igual a =
punto = a.
coma = a,
punto y coma = a;
dos puntos = a:
comillas = a « »
abrir paréntesis = a
(cerrar paréntesis = a)
abrir admiración = a¡
cerrar admiración = a!
abrir interrogación = a¿
cerrar interrogación = a?

Tras la verja coma a la derecha de la cancela coma junto al alerce coma se hallaba la caseta de Genaro abrir paréntesis al que ahora llamaban Gen dos puntos ¡Toma, Gen; ven, Gen!, cerrar paréntesis coma como de muñecas coma blanca también coma el tejado de pizarra gris y cuando llovía o Baudelio Villamayor el jardinero abrir paréntesis en cuyo invernadero inició Jacinto su movimiento Por la Mudez a la Paz cerrar paréntesis regaba coma el tejado de pizarra gris tornábase negro y reluciente como recién barnizado punto Y cada mañana coma al llegar a la oficina coma Jacinto oía rebullir a Gen aun antes de trasponer la verja coma la cadena rascando las tablas de la garita coma su ruidoso y cálido bostezo y finalmente coma desde la esquina coma veía asomar la cabeza de Gen por la gatera coma las largas orejas como de trapo desmayadas sobre las mejillas coma la frente fruncida y cerril coma la humildad doliente de sus ojos avellana clavada en él y coma ciñendo su cuello coma la gruesa correa con la argolla de acero donde se sujetaba el clip de la cadena punto El animoso trasero de Gen coma que iba poco a poco criando vello coma se movía alegremente mientras Jacinto tabaleaba tap-tap-tararap con dos dedos en la cubierta de pizarra y murmuraba hola Gen,

buenos días, y Gen se desperezaba entonces afianzando las manos en el suelo y estirando los brazos cuanto podía y luego coma antes de saltar sobre el pecho de Jacinto coma se arrimaba precavidamente al tronco del alerce coma levantaba una pierna y orinaba punto Al concluir coma Genaro abría las piernas coma escarbaba con las manos hasta cubrir de ceniza la pequeña mancha de humedad y brincaba sobre él coma haciéndole zalemas y manchándole de tierra las solapas de su traje gris coma mientras Jacinto decía hola Gen, quieto Gen, ya está bien Gen ¿no te parece?, pero Gen no respondía sino que con sus brincos aparentaba realizar un ensayo preliminar para alcanzar con su lengua la punta de la nariz de Jacinto y Jacinto le reprendía ¡basta Gen; a echar!, hasta que Gen se reprimía coma adelantaba los brazos coma escondía la cabeza entre ellos coma cerraba los ojos coma fruncía la frente coma tensaba sus miembros y emitía un bostezo tan disparatado que se diría que sus quijadas iban a descoyuntársele punto A partir del gran bostezo Genaro se apaciguaba y durante breves minutos permitía que Jacinto le rascase entre los ojos coma en el somero surco que se le había formado entre los ojos coma justo encima de la nariz coma entrecerrando los párpados coma cepos quedos coma como en tránsito coma y entonces Jacinto le hablaba melosamente Gen, zalamero, ya sabes que no te olvido coma mas coma en cuanto Jacinto cesaba de rascarle coma Gen se aprestaba nuevamente a brincar sobre él y Jacinto había de reconvenirle ya está bien Gen, ¡abajo!, y Gen tornaba a mover el trasero coma agachaba la cabeza y la sacudía violentamente de un lado a otro y sus largas orejas de trapo batían sus mejillas con un estrépito como de aplausos lejanos o de zurridos de ropa zarandeada por el viento punto Después coma a medida que le daba de una en una las castañas pilongas o las galletas marías o los recortes de carne coma Genaro engullía el obsequio sin saborearlo coma sin masticarlo siquiera coma con tal avidez que a menudo los dientes de arriba chocaban con los de abajo cuando ya había tragado el bocado coma pese a las recomendaciones de Jacinto coma despacio Gen, nadie va a quitártelo, así no te puede aprovechar coma pero ya Gen estaba espiando su mano y coma a veces coma demasiado impaciente para aguardar coma saltaba hacia ella coma hacia la mano coma hasta que Jacinto abría la pinza de los dedos y soltaba la galleta o la castaña pilonga o el recorte de carne y la boca alargada y desproporcionada de Gen lo atrapaba vorazmente en el aire punto y aparte

Genaro había cambiado mucho y sin embargo aquella transformación no parecía afectarle punto y coma se diría que aceptaba satisfecho la nueva situación e incluso si Darío Esteban le pegaba un puntapié coma jamás

chistaba coma al contrario coma encajaba el castigo como merecido coma doblaba los codos y las rodillas humildemente y con la barriga pegada al suelo se refugiaba en la garita y coma una vez dentro coma se ovillaba y miraba a su agresor desde el borde de la gatera con los ojos enramados coma implorantes punto y aparte

En un principio coma Genaro dormía estirado coma pero coma a las pocas semanas de la degradación coma fue paulatinamente encorvándose por la cintura y dos meses más tarde ya se enroscaba como un caracol punto Jacinto lo prefería así porque de esta manera disimulaba sus vergüenzas y entre esto y el suave y tupido vello moteado que iba extendiéndosele por la espalda abrir paréntesis incluso sobre y entre las leves prominencias de las vértebras cerrar paréntesis resultaba más soportable su desnudez coma por más que ésta tampoco pareciera turbar a Genaro demasiado coma antes bien durante los primeros días coma Jacinto hubiera jurado que Gen se complacía en la exhibición de su cuerpo ya que coma cada vez que le venía en gana coma se estiraba voluptuosamente al sol cuan largo era o se tendía de costado a la solisombra del alerce cuando aquél picaba en exceso coma sin reservas coma mostrando impúdicamente sus partes y coma si se terciaba coma no tenía a menoscabo el quedarse dormido de esta guisa punto Genaro se había plegado al nuevo empleo sin aspavientos y coma consciente de que lo primero que se le exigía era discreción coma guardaba silencio coma un silencio ominoso que a menudo resolvía Darío Esteban arreándole sin otro motivo que su silencio un puntapié punto Al principio coma si hacía al caso coma Genaro pedía pan y agua pero luego amansó el trote y resistía tiempo y tiempo sin comer ni beber o coma a lo sumo coma los días de canícula solicitaba agua con voz desfibrada y coma al fin coma persuadido de que valía lo mismo coma terminó por decir sólo guá coma probablemente para no desgastarse coma pero como insistía y levantaba progresivamente la voz ¡guá-guá-guá!, coma su petición coma en particular escuchada de lejos coma producía el efecto de ladridos punto Por lo demás coma Gen no decía nada coma callaba coma y se le veía satisfecho y reconocido coma actitud manifiesta tanto en las untuosas zalemas con que a diario recibía a sus compañeros coma como en el desproporcionado júbilo con que acogía coma después de vocear ¡guá-guá-guá!, dos docenas de veces coma la lata enmohecida que Jacinto le arrimaba llena de agua desde el surtidor del jardín punto En tales casos coma Jacinto se maravillaba de la habilidad de Genaro coma de su nueva y sorprendente forma de beber coma sin levantar la lata del suelo ni rozarla con la mano coma sino coma simplemente coma humillando la cabeza y azotando la

superficie del agua con la lengua abrir paréntesis que al igual que las orejas y los caninos se le había desarrollado mucho cerrar paréntesis con fruición y delicadeza al mismo tiempo coma de tal suerte que era capaz de vaciarla sin derramar una sola gota punto A veces coma los días de bochorno coma Gen coma después de beber coma se le quedaba mirando encarecidamente coma la boca entreabierta coma la larga y sonrosada lengua colgante coma jadeando coma y entonces Jacinto volvía al surtidor coma llenaba de nuevo la lata y la depositaba en el suelo coma al alcance de Gen punto Entre Jacinto y Genaro existía ya un lenguaje inexpresado que hacía ociosas las palabras punto y aparte

Luego, en el servicio (caballeros), Jacinto se frotaba las manos con polvos de jabón y se hablaba en el espejo según su costumbre, *que Genaro es más feliz que antes, te lo digo yo, Jacinto, dónde va a parar, no me digas, que si la mujer, que si los hijos, cada día una tecla, un lloraduelos… Y ahora, ya lo ves, le llevas un hueso y bien, tan contento, y no se lo llevas y también bien, que no te creas que lo echa en falta, ni se preocupa, ni se indispone, ni nada de nada. Y es que, ¿sabes tú cuál es lo malo de nuestra condición, Jacinto, eh? Pues eso: pararte y pensar, que todavía me acuerdo del día que Genaro vomitó aquel estofado porque vio una mosca en la salsa al acabar de comer, ¿qué te parece? Anda, mírale ahora. Y es que la mosca no es lo malo, Jacinto, convéncete, sino pensar la mosca, eso, que si no piensas la mosca es como si la mosca no existiera. ¿Te das cuenta? Lo que pasa es que cada día nos hacemos más remilgados y así nos luce el pelo. Por eso te prevengo que si a lo que aspira don Abdón es a evitarnos pensar la mosca, bendito sea don Abdón, don Abdón es un hombre honrado porque quiere que no pensemos la mosca por la sencilla razón de que sabe que pensar la mosca es sufrir la mosca, y si no, ahí tienes a Genaro, más claro, agua, tú le ves ahora, ¿verdad?, bien, pues acuérdate de antaño, menuda, Jacinto, anda, haz el favor, que si la mujer, que si los hijos, que si el sueldo, un tipo que aburría, no me digas. En cambio ahora da gusto verle, la verdad, Jacinto, para qué enredar las cosas, su mujer agarra la correíta y de paseo, hale, a correr, más tranquilo que nadie, husmeando en el hueco de los árboles, levantando la pierna en las esquinas, donde le urge, a ver, casi siempre por niñez, no te vayas a creer, que el noventa por ciento de las veces, y me quedo corto, nada, cuatro gotas, como te lo estoy diciendo, pero si no molesta a nadie, que es lo que yo digo, y a él le apetece, hace muy requetebién… Ella, en cambio, ¡buf!, para qué te voy a contar, Jacinto, a la legua se ve que lo pasa mal y ¿sabes por qué? Pues por la sencilla razón de que piensa la mosca, sólo por eso, que*

vete a saber, a ella seguro que le da vergüenza llevar al marido de esas trazas, o que le vean las amigas a cuatro patas, o desnudo, las amigas, cosas de ésas, prejuicios, que a saber qué, lo mismo dará una cosa que otra, ¿no?, y si a Genaro le gusta ir por ahí como Dios le echó al mundo, pegando brincos o arrimándose a las esquinas, tú dirás qué importancia tienen, Jacinto, cuatro patas o dos, ¿dejará de ser lo mismo?, y si él es feliz así, pues déjale, hala, que todos los males vengan por ahí, que, después de todo, si pensar es lo que nos hace padecer, Jacinto, ¿para qué demontres pensamos?

Jacinto así, a primera vista, viene a ser un hombre del montón: ni alto ni bajo, ni grueso ni flaco, ni atildado ni sanfasón; un hombre en serie de ojos azules (grises pálidos junto al mar, que Jacinto añora, o las tardes brumosas), difuminados y aguanosos como el sol que empieza a perforar la niebla los días de invierno. Jacinto da la impresión de ser miope y a lo mejor lo es. Bien mirado no es fácil adivinar si es miope o no es miope porque en la oficina, aunque trabaja junto al ventanal (desde el que divisa la caseta de Gen), arrima mucho los papeles a la nariz y, por otro lado, nadie, lo que se dice nadie, ni en el cine, aunque den películas en idioma original con subtítulos, le ha visto jamás usar gafas.

La caligrafía de Jacinto es minuciosa, lo mismo la inglesa que la redondilla que, en casos excepcionales (por ejemplo cuando realiza un pergamino de encargo), la gótica o la carolina, cuyos tipos garrapatea con una precisión y una pulcritud impecables. Al escribir, bizquea ligeramente del ojo izquierdo mientras con la mano del mismo lado da vueltas incansablemente a la medallita de oro que, desde que tiene uso de razón (y, por tanto, antes), pende de su cuello. Nada de esto resta firmeza a sus trazos (a los trazos de su caligrafía), que resuelve sin vacilaciones, de un solo golpe, de manera que entre los finos y los gruesos no existe solución de continuidad, es decir, uno se adentra en los gruesos de los caracteres fluidamente, insensiblemente, como en el remanso de un río inmediato a un rápido o una torrentera. Para sus labores utiliza tres tonos de tinta: azul, verde y rojo, azul para los enunciados (cuando existen, que rara vez existen) y rojo y verde para los guarismos, y tres tipos de plumines: corona, cigüeña y cervantina, plumines que cambia, cada vez que lo precisa, sin pérdida de tiempo aunque también sin apremios, y que humedece levemente con la puntita de la lengua (al estrenarlos) para que la tinta se adhiera.

Parece más bien un hombre meticuloso (Jacinto) y anhela la seguridad personal. Hace unos meses pasó por un período de zozobra al observar los progresos de las calculadoras en la oficina, imaginando que los peritos

calígrafos constituían un gremio a extinguir, pero don Abdón, que es un padre para todos, le tranquilizó con su discurso de fin de año, cuando dijo que el más perfecto cerebro electrónico no valía ni para descalzar a un discreto artesano. Eso dijo don Abdón, que es un padre para todos, lo que sosegó a Jacinto, quien a menudo, ante las conquistas de la técnica, piensa que está de sobra y vive de la caridad. Sorprende la palidez de Jacinto; es, la suya, una palidez translúcida, como de porcelana fina, que apenas sombrea, en el rostro, la levísima huella de la barba, rubia intensa lo mismo que el cabello. La clorosis de Jacinto tiene una propiedad: acentúa los colores de los objetos a los que se arrima (Jacinto), oscurece el papel más inmaculado, y el negro, junto a él, alcanza la calidad funeraria del azabache. Debido a la blanca transparencia de su piel, las venas de Jacinto tiñen de azul algunas zonas de su cuerpo, especialmente las sienes y las muñecas, es decir, que lleva las muñecas y las sienes a juego con los ojos.

Jacinto no es obcecado ni indiferente. Con sus jefes se muestra respetuoso, quizá por un sentimiento innato de sumisión, quizá porque el contexto histórico-social (como dice César Fuentes con su vocecita de castrado) no se presta a otra cosa, quizá porque la insumisión (piensa Jacinto) es generadora de discordias, quizá, en fin, porque es tímido (Jacinto) y su sola presencia (la del jefe) le amedrenta. En cualquier caso es un funcionario respetuoso y responsable y cuando Darío Esteban, el celador, acodado en el balaustre de su minarete de palo campeche, en el centro de la gran sala circular, enfoca los prismáticos hacia sus subordinados, rara vez se detiene en él (Jacinto) porque sabe, sin duda (Darío Esteban), que Jacinto es un funcionario escrupuloso que no ha venido a poner la mano ni discute el postulado («Orden es libertad») que rige el establecimiento. Don Abdón no enuncia estos postulados a humo de pajas, antes bien los razona, y en la última Navidad apuntaló su aserto en un proceso dialéctico irrebatible, vertebrado en cinco fases causalmente encadenadas (orden-trabajo, trabajo-eficacia, eficacia-rendimiento, rendimiento-poder adquisitivo y poder adquisitivo-libertad), para concluir patéticamente con lágrimas en los ojos:

—¿Podéis concebir, hijos míos, un hombre libre sin cinco duros en el bolsillo?

Así dijo don Abdón la última Navidad y todos, empezando por Amando García, asintieron y aplaudieron a la alemana, esto es, dejando caer una y otra vez violentamente las tapas de sus pupitres sobre las cajoneras hasta hacer saltar la tinta de los tinteros.

Con la voluntad de cumplir por delante, a Jacinto no le incomoda el minarete de palo campeche, ni los prismáticos, ni que le vigilen, cosas que enojan, por ejemplo (aunque lo disimule), a su compañero Ginés Gil. Por supuesto tampoco le enoja a Jacinto ponerse disciplinadamente en pie al unísono con sus compañeros, cuando llega don Abdón, ni sincronizar su voz con las demás voces, obediente a la batuta de Darío Esteban desde su minarete: SU-MAR-ES-LA-MÁS-NO-BLEAC-TI-VI-DAD-DEL-HOM-BRE-SO-BRE-LA-TIE-RRA, O BIEN: HA-BLAR-DE-DE-POR-TES-ES-AÚN-MÁS-SA-LU-DA-BLEQUE-PRAC-TI-CAR-LOS, o bien: E-LU-DIR-LA-RES-PON-SABI-LI-DAD-ES-EL-PRI-MER-PA-SO-PA-RA-SER-FE-LI-CES, una u otra cosa, puesto que los eslóganes varían de acuerdo con la estación y las circunstancias.

De pronto tronaba la voz de Darío Esteban, el celador, por los altavoces

—¡Sentarse, ar!

Para decir «¡Sentarse, ar!», Darío Esteban arranca de lo más profundo de su pecho la voz de barítono, lo mismo que para reconvenir persuasivamente a los funcionarios, cuando se tercia, saca la voz de bajo. Darío Esteban dispone de una variedad infinita de registros de voz. La cara de Darío Esteban es ancha y llena pero inescrutable, y sus movimientos y ademanes, cautos (con la cautela propia del hombre versátil) y morosos (con la morosidad propia del hombre cauto). Sus manos, aunque mochas, son grandes y cuidadas, y el anillo que ciñe el dedo corazón de la diestra infunde entre sus subordinados un respeto pastoral.

Así es que ordenaba Darío Esteban: ¡Sentarse, ar!, con voz de barítono, y ante su orden, todos se sentaban y reanudaban la tarea interrumpida y, a partir de ese momento y a lo largo de la jornada, no se oía en la gran sala otra cosa que el tictacraaak metálico de las calculadoras y el rasgueo, guegueeé, de las plumas de los peritos calígrafos sobre el papel. Darío Esteban, en tanto, oteaba en derredor suyo con los prismáticos, acodado en el balaustre del minarete como un marino en el puente, y, de cuando en cuando, se dirigía por el dictáfono a alguna mesa para reprender paternalmente a su ocupante o castigarle de rodillas de cara a la pared o a escribir mil veces «Debo ser aplicado» a la hora del recreo. También de Pascuas a Ramos (dos o tres veces por año). Darío Esteban interrumpía la tarea colectiva con un golpe de gong, ¡boooong!, y, una vez apagada la última vibración, explicaba:

—Daniel Gómez, un billón. Congratulémonos de la cifra alcanzada por este compañero.

Doscientos rostros con la cerúlea palidez del papel se alzaban del papel simultáneamente y un hervor de admiración, como de mar encrespada, emergía del ejército de escribanos, en tanto Darío Esteban, con su ancha

sonrisa de sandía, descendía solemnemente de su minarete y, de puntillas sobre la muelle alfombra de nudos, se encaminaba hacia la puerta de caoba del fondo, se estiraba la americana azul marino, se centraba la corbata, pulsaba el botón del timbre protegido por una placa de oro, aguardaba unos segundos a que se iluminara el piloto verde, emitía un comprometido carraspeo y se introducía, al fin, en aquel despacho donde nadie fuera de él tenía acceso. Ahora sí, y por eso Jacinto tiembla como un azogado y experimenta flojera en las articulaciones (las rodillas principalmente) y como calambres en la boca del estómago, hasta que se ve sentado en el tajuelo y don Abdón rompe el silencio, y lo primero que le dice don Abdón es:

—Usted es tímido, ¿no es cierto?

Hay otros temas tal vez más importantes de que tratar, como los salarios, la disciplina o la organización de la Casa, sin duda los hay (temas de que tratar), pero esto es lo primero que le dice don Abdón, encampanando la voz y pellizcándose insistentemente las puntitas de los pezones, «Usted es tímido, ¿no es cierto?». Y Jacinto, sentado en el tajuelo, le contempla (a don Abdón) en alto, enmarcado por el baldaquino de oro, inaccesible, sobre el basamento de mármol de Carrara, un coro de rubios niños alados decorando la alta cúpula. Pero para verle (a don Abdón), Jacinto ha de echar la cabeza hacia atrás violentamente y tirar del pescuezo todo lo que éste (el pescuezo) dé de sí, de manera que la nuez le oprime y siente un dolor agudo (debido al peso de la cabeza) en la apófisis de la primera vértebra cervical. Y al preguntarle don Abdón si es tímido, él (Jacinto) asiente medio desmayado desde el tajuelo, simplemente baja dos veces la cabeza, tanto para asentir como para aliviar temporalmente la doble tensión.

Jacinto está perplejo en aquella inmensa estancia desierta, llena de concavidades resonantes (testero, hornacinas, cúpula), enlosetada de mármol blanco, con el graderío y el basamento y el baldaquino (de retorcidas columnas salomónicas) de oro y los niños trompeteros arriba, y los escribas, copistas e impresores en los frescos laterales, cada uno (escribas, copistas e impresores) de una época y todos (escribas, copistas e impresores) realizando, indefectiblemente, cabalísticas operaciones aritméticas. Y para rematar el insólito cuadro, don Abdón, encuclillado sobre el ara, los brazos cruzados sobre las maternales tetitas desnudas, negros los pezones, como un buda. Los pechos henchidos de don Abdón producen en Jacinto un complejo sentimiento, mezcla de atracción, confusión y arrobo. En la piscina, don Abdón suele cubrirlos (los pechos) con un sujetador de lunares rojos, pero ahora los exhibe desnudos, turgentes y picudos como dos melones. Y a él (a

Jacinto) le obsesiona la negrura de los pezones y confusamente intuye la razón de Darío Esteban cuando proclama: «Don Abdón es el padre más madre de todos los padres». Y allí, en las abrigadas y acogedoras turgencias pectorales de don Abdón, barrunta (Jacinto) que se esconde la seguridad perdida. Pero ¿cómo acceder a ella? No puede reflexionar (Jacinto). Se siente identificado con aquellos niños rubios, de ojos azules, que decoran la cúpula y sostienen, como al desgaire (sin interrumpir sus juegos), una cartela dorada de caracteres rojos que caracolea en los extremos y reza: orden es libertad. Mas Jacinto se desconcierta porque, junto a los pechos, están los bíceps tensos, trabados como nudos, de don Abdón, en paradójico contraste con sus negros pezones nutricios, y aquellos músculos junto a las turgencias bamboleantes le cohíben (a Jacinto) como si sorprendiera a una mujer y un hombre desnudos, pegados el uno al otro. «Regazo materno y brazo fuerte», suele decir Darío Esteban para expresar simbólicamente la autoridad deseable: «Don Abdón es el padre más madre de todos los padres». Eso es. Y allí se alza, dominante y mudo, en cuclillas, recuadrado por el dosel y el baldaquino de oro, bajo los niños mofletudos que soplan las trompetas. Y lo primero que le dice (don Abdón) a Jacinto es:

—Usted es tímido, ¿no es cierto?

Y Jacinto asiente, humilla la cabeza por dos veces, sin palabras, porque la voz se le ha estrangulado en la garganta y, también, porque la tensión de la nuez y el dolor de la nuca van haciéndosele insoportables. Así que asiente (Jacinto), sentado en el borde del tajuelo, y don Abdón, entonces, ahueca su voz híbrida para sentenciar:

—Para el hombre tímido, la solución un seto.

—¿Un seto? —surge su voz (la de Jacinto) como un quejido, quebrada y rasposa, y sonríe perplejo (Jacinto) porque doña Palmira acostumbra a decirle, cada vez que le sorprende regando la begonia, la sansivieras y el ficus, acostumbra a decirle, «Ésta es tarea de señoritas, señorito Jacinto». Por eso sonríe (Jacinto) al preguntar a don Abdón: «¿Un seto?».

Mas todo esto aconteció unos días después de que Jacinto se marease en la oficina al hacer ceros. Cada trimestre y al cabo del año, don Abdón entregaba personalmente los Premios del Sumador, consistentes en un Diploma y una cantidad en metálico, y no era infrecuente que, al final de la ceremonia, se emocionase y, con lágrimas en los ojos, les dijera que la Casa era suya y que, por tanto, engrandeciendo la Casa se engrandecerían a sí mismos. Bien mirado, don Abdón había revolucionado el lugar y toda actividad y todo comentario giraban ahora en torno suyo, y la gente decía: «No éramos nadie

hasta que él llegó; todo se lo debemos a su iniciativa», y la propia doña Palmira reconocía a menudo ante Jacinto, «Gracias a don Abdón somos lo que somos». El mero hecho de pronunciarse en la calle el nombre de don Abdón ya era motivo para que los hombres se descubriesen y las mujeres musitasen reverentemente «Es un padre y una madre para todos» e incluso, cuando Genaro fue degradado, la gente apostillaba «Si es otro, le hubiera molido a palos y le hubiera expulsado a patadas de la ciudad», eso decían, y así, cuando desfilaba por las calles (don Abdón) en su coche color guinda, provocaba ovaciones espontáneas y manifestaciones de afecto y las jóvenes madres, obstinadas, arrimaban sus bebés a las ventanillas del coche color guinda para que don Abdón acariciase sus rubias cabezas.

Algunas tardes de invierno, don Abdón acudía al cine o al teatro, y en esos casos, las taquilleras dejaban sin despachar la localidad de delante, para que nadie le estorbase la visibilidad, y las de los costados, para que don Abdón pudiera recostarse ora de un lado, ora del otro, sin impedimentos. Mayor conmoción producía aún en verano su llegada a la piscina, coreada por los altavoces con el pasodoble *El único*, a cuyos compases la gente iba saliendo del agua y arracimándose en los bordes de la piscina en espera de que él (don Abdón) apareciese con su bikini blanco de lunares rojos y el flotador verde ciñendo su cintura. No era alto don Abdón, pero su aspecto restallante y macizo infundía confianza a sus conciudadanos, quienes solían decir: «Tenemos hombre para rato». De las caderas al cogote, la figura de don Abdón se afilaba como un tronco de cono y su cuello sólido y poderoso, salpicado de pecas (si tomaba el sol las muchachas le cubrían peca a peca con confetis, previniendo que alguna de aquellas manchas, con el tiempo, pudiera degenerar en algo maligno), se remataba en un cogote recto, de cepa aria, con el pelo entrecano cortado a cepillo. Y así que don Abdón, agarrado a la escalerilla blanca, se rociaba la nuca y el estómago, los asistentes sonreían y se daban de codo y se decían: «Trata de prevenir la congestión; no es tonto, no». Y cuando, al fin, se zambullía, se abría en torno un devoto silencio y, tras unas brazadas preliminares, inútiles, aguardaba la voz, «¡Sin flotador, don Abdón!», y él (don Abdón), complaciente, se sacaba el flotador por la cabeza, erguía el pestorejo y se chapuzaba braceando y pateando, sin coordinar sus movimientos, de tal modo que los de sus pies neutralizaban los de sus manos, aquietándole, como un cernícalo cernido en el aire. Los bañistas asentían, «¡Cómo progresa! Mentira parece en tan pocos años», y alguno, más audaz: «¡Bucee un poco, don Abdón!», y él, don Abdón, sin hacerse de rogar, sumergía su cabeza cuadrada durante unos segundos y pateaba el agua

rabiosamente, mas jamás conseguía que su amplio trasero pintojo desapareciese bajo la superficie del agua. No obstante, la admiración de los bañistas se traducía en exigencias: «¡Don Abdón, la plancha!», «¡Don Abdón, a braza!», «¡Ahora donde le cubre, don Abdón!», y don Abdón a todos complacía, y «¡Qué atento es!», comentaban los bañistas, y una vez satisfecha la concurrencia, don Abdón afloraba y, mientras se embutía en el albornoz rojo que Honesto le tendía, la gente le ovacionaba cariñosamente hasta que se eclipsaba en la tienda de rayas blancas y azules (diez veces más espaciosa que la de Gen).

Don Abdón despertaba en todas partes oleadas de afecto y, si acaso arribaba a la ciudad algún forastero, la gente se apresuraba a informarle: «Antes de llegar él, muerto y bien muerto estaba esto y ahora ya ve». Y si acaso actuaba en la localidad una orquesta afamada y don Abdón irrumpía en el concierto de improviso, el auditorio, enardecido, exigía del director que le encomendase algún instrumento, bien la flauta, bien el clavicordio, bien el trombón y, al final, ineluctablemente, la audición se remataba con un solo de don Abdón al bombo. Los aplausos atronaban y las gentes intercambiaban miradas y signos de aprobación y comentaban «¡Qué facilidad!, cualquiera diría que en toda su vida no ha hecho otra cosa».

Hacia don Abdón siente Jacinto una admiración o un temor reverentes (en cualquier caso circunspectos). Instintivamente parece agradecerle que, disponiendo del poder, no lo use contra él. En los meses pasados, ante la invasión de calculadoras, Jacinto temió quedar cesante, pero el discurso de fin de año de don Abdón le dejó más sosegado. Don Abdón dijo entonces, para todo el que quiso oírle, que el mejor cerebro electrónico no servía para descalzar a un discreto artesano, así dijo don Abdón con motivo de las fiestas de fin de año, y como quiera que Jacinto tiene conciencia de ser un perito calígrafo más que discreto, quedó tranquilo. Tal vez, en el fondo, Jacinto intuye que don Abdón vela por él y cuando Amando García o Ginés Gil, otro que tal, hablan a la salida o en el refectorio del Capicúa o la Otis Encelada, él (Jacinto) se desentiende y hace como que no los oye, porque si por un lado es respetuoso con sus jefes (o lo parece), por otro le desagrada erigirse en delator (o lo teme). Por eso suele hacerse el distraído aunque para las malas lenguas, que nunca faltan, don Abdón sea el Capicúa y la Otis Encelada. Lo de Capicúa, aunque no exacto, resulta claro (don Abdón), y lo de Otis Encelada, aunque más rebuscado, tiene su razón de ser, la que formula Ginés Gil, experto cazador, según el cual, a la avutarda (cuyo nombre latino es otis), cuando le llega el celo primaveral, se le hincha el cuello de una manera

disforme y, habida cuenta de que el cuello de don Abdón es una pieza apoplética, robusta y rojiza que compone un todo con el cogote, lo de Otis Encelada encierra, aplicado a él, cierto sentido. Sin embargo, Jacinto, que es de natural probo y respetuoso con sus jefes, jamás emplea motes, ni con los de arriba ni con los de abajo, y designa a cada cual por su nombre cristiano. Únicamente a Genaro Martín le llama Gen por la fuerza de la costumbre desde que fue degradado, quizá porque el hecho de moverse a cuatro patas y de levantar las de atrás en las esquinas y en los huecos de los árboles, le impone el monosílabo, pero en todo caso no es el suyo un monosílabo despectivo, puesto que a Gen le aprecia e intercedió por él (por Gen) a su tiempo, y cada vez que le ve le rasca entre los ojos o le palmea afectuosamente los costillares.

A más de probo, Jacinto es pacífico y bondadoso o a lo mejor es pusilánime (Jacinto), pero prefiere pasar por no violento antes que por cobarde; el caso es que rehúye los enfrentamientos, aunque por otro lado no es amigo de reticencias (Jacinto) y si una solicitud le parece justa no se retrae en apoyarla. Por lo general (Jacinto) procura defender al débil, aunque eso sí, sin poner demasiado ardor en el empeño, quizá por temor de que la cólera, la insolencia o la crueldad de los fuertes puedan volverse contra él. Así sucede, por ejemplo, con las novatadas que organiza Amando García o con las bromas que gasta en la calle (Amando García también) cuando se finge borracho o cojo o ciego y hace dar frenazos coléricos a los coches o pide a las chicas guapas que le ayuden a cruzar la calzada y, una vez en la otra orilla, desorbita los ojos, mueve las orejas en un gesto muy peculiar, les estampa (a las muchachas) un beso en la mejilla y les dice: «Gracias, guapa; en la vida vi unos ojos más hermosos». César Fuentes dice de él (de Amando García) que tiene castrado el corazón, como todos los asténicos. César Fuentes respira por la herida y para él todo el mundo anda castrado de un sitio o de otro, aunque Ginés Gil puntualiza que lo que le ocurre a César Fuentes es que es un resentido que no sabe encajar bromas.

Desde su ingreso en la Casa, César Fuentes se arrimó a Jacinto, quizá porque el día de su llegada fue Jacinto el único que intercedió por él e intentó disuadir a los compañeros de su actitud, haciéndoles ver que acababa de llegar del pueblo (César Fuentes), mas Amando García dijo: «Un paleto, miel sobre hojuelas», y le hizo subir a la terraza con todos detrás y le amarró una cuerda al escroto y en el otro cabo un ladrillo (pasando el cordel por el agujero del centro) y todos reían y Amando García le dijo a César Fuentes, moviendo cómicamente las orejas, «Ahora tira el ladrillo por encima de la balaustrada,

anda», y César Fuentes le replicó (a Amando García). «Ay, no, me puedo lastimar», y Jacinto le hizo un guiño de complicidad a César Fuentes previniéndole que Ginés Gil cortaría el cordel a tiempo y la sangre no llegaría al río, o sea que era una broma, pero Ginés Gil, fuese por la mella de la navaja (como afirmaba después, adoptando un socarrón aire compungido y analizando la hoja), fuese por el afán de apurar la novatada hasta el fin, falló esta vez, por lo que fuese no cortó el cordel, y, tras muchas vacilaciones (de César Fuentes), el ladrillo saltó violentamente el antepecho arrastrando en pos de sí los testículos de César Fuentes, quien, al sentir el pungente desgarrón y observar las carcajadas en torno, se puso lívido y se desmayó, y Amando García, entre la hilaridad general, se asomó al pretil y dijo: «¡Anda coño, pues no se ha comido Gen las partes del paleto!» y, ante este desenlace inesperado, las risotadas subieron de tono, pero como César Fuentes no llevaba camino de volver en sí, pese a que Jacinto iba y venía del lavabo y le ponía en la frente algodones empapados en agua fría, los compañeros dieron la broma por concluida y fueron bajando de la azotea, en grupos de tres o cuatro, comentando las incidencias de la novatada (la cara de César Fuentes antes y después, la glotonería de Gen, el ingenio de Amando García) y el escaso juego que había dado el nuevo, mientras Jacinto iba y venía del servicio (caballeros) y le aplicaba mercromina en el escroto desgarrado. Al recobrar el conocimiento, las primeras palabras de César Fuentes fueron:

—¿Me caparon al fin esos maricas? —dijo, y Jacinto asintió y, como sorprendiera en el rostro de César Fuentes una mueca de rebeldía, intentó tranquilizarle:

—No te preocupes —dijo—, hoy día con eso de los trasplantes se hacen milagros.

César Fuentes vociferaba, las manos aprisionadas entre las piernas, y, a cada grito, sangraba más y, en vista de ello, Jacinto envió razón a Darío Esteban, quien, al ver el cuadro, no pudo reprimir la risa y reprendió a César Fuentes y le dijo, con su grave voz de bajo, que si es que en su pueblo no se gastaban bromas, que enfadarse por una broma era prueba de incivilidad, que las novatadas curtían a los hombres, y, por último, que no se inquietara por tan poco, que los atributos masculinos no servían para sumar y que la Casa contaba con Refugios de Recuperación suficientes como para internar en ellos simultáneamente a todos sus empleados y que precisamente ésa era su gloria, pero, cuando César Fuentes regresó del Refugio de Recuperación, Jacinto pudo comprobar que la novatada, lejos de curtirle, le había debilitado: con la

robustez de los músculos, César Fuentes había perdido la barba y el vello y la voz se le había aflautado.

A partir de entonces, Jacinto procuró solidarizarse con César Fuentes, estimularle, pero César Fuentes se hizo un maniático depresivo, los compañeros le llamaban Cesárea y él (César Fuentes) se obstinaba en que el hombre no era más que una fábrica de heces y si, en un noble afán de recuperarlo, Jacinto aludía torpemente a las mujeres, César Fuentes replicaba que la mujer era otra fábrica de heces generalmente más chica.

La tablilla, a la puerta de la cabaña, reza: «Refugio de Recuperación n.º 13». Y antes de entrar en él (en el refugio), Jacinto protege los ojos con la mano derecha a modo de visera, y aún puede vislumbrar el coche de Darío Esteban, envuelto en una nube de polvo rojizo, perdiéndose en lo alto de la vaguada. El polvo se cierne unos minutos sobre el valle y va disipándose gradualmente en la atmósfera queda y transparente. Se siente débil (Jacinto) pero inusualmente tranquilo y, al volverse, examina el refugio, revestido de troncos de pino, con tejado (de vertientes muy pronunciadas) de lascas de pizarra gris. En la trasera se halla el pozo, con el tinglado del depósito del agua en alto, el conmutador del motorcito y, debajo, el chamizo para aperos y herramientas. Darío Esteban le advierte al despedirse: «En la bodega hay de todo, Jacinto San José, víveres y combustible suficientes para medio año». El doctor le ha recomendado, sin embargo, dos meses de reposo ininterrumpido, y el propio Darío Esteban se lo repite en el coche, tan pronto Serafín pone el contacto: «Con dos meses, Jacinto San José, se repondrá. Esto suyo es una neurosis del sumador corriente y moliente». Luego, al doblar la esquina, Darío Esteban le enrolla un tapabocas de lana hasta los ojos, le hace recostar la cabeza en su hombro, y le dice suavemente: «No se preocupe por nada, Jacinto San José; la Casa lo ha previsto todo», solamente esto dice, y Jacinto se apoya confiadamente en su hombro y cierra los ojos porque el roce de los pelos de la bufanda se los irrita (los ojos). De vez en cuando, Darío Esteban le interroga: «¿Duerme, Jacinto San José?». El «No, Darío Esteban» de Jacinto sale como sofocado por entre la trama del tejido, pero se deja conducir (Jacinto) y, al cabo de media hora, oye la voz grave de Darío Esteban que repite monótonamente: «Dos cosas quiero que se le graben a usted en la cabeza, Jacinto San José, sólo dos cosas, pero por favor no las olvide. Primera: Darío Esteban jamás dijo “Respirar por don Abdón o no respirar, he ahí la opción”; eso son habladurías a las que usted no debe prestar oídos, y, segunda, ustedes no suman dólares, ni francos suizos, ni lingotes, ni kilovatios-hora, ni negros, ni señoritas en camisón, ¿me comprende? Ustedes

suman sumandos, ¿me oye?, creo que la cosa está clara». Jacinto intenta responder que sí, pero el tapabocas le amordaza y, por ello, se limita a asentir con la cabeza y Darío Esteban, que le ha pasado un brazo por los hombros, al observar sus esfuerzos, le oprime contra sí de forma que Jacinto advierta en su carne la huella del anillo pastoral, y le aconseja: «No se esfuerce, Jacinto San José, yo sé que me comprende». Después se abre el silencio y Jacinto, a pesar de la bufanda y a pesar de los párpados cerrados, siente los trazos verticales de los árboles y los livianos baches de la carretera y el rumor y el olor a paja quemada de los pueblos que atraviesan, y cada cierto tiempo Darío Esteban le pregunta: «¿Qué sumamos en la Casa, Jacinto San José?». Y él responde brumosamente, como desde las profundidades de un pozo: «Sumandos, Darío Esteban».

Al asomarse al arcén, divisa (Jacinto) dos bandas brillantes en la superficie del agua y vocea «¡Jacintooo!» y las entrañas del pozo responden «¡Intooo!» y la vaguada dice también «¡Tooo!» y, tras el último eco, Jacinto sonríe y sale al sol, a la parte delantera del refugio, sobre la ladera que desciende suavemente hasta lo hondo del valle donde zigzaguea un arroyo de viva corriente cristalina, flanqueado de madreselvas, salces y zarzamoras. Más allá (del arroyo) la pendiente se empina de nuevo y la tierra rojiza, arcillosa, se abriga de pequeños robles, color café con leche, que se dispersan a medida que la ladera asciende. Casi en la cumbre, se divisa una franja de farallones rezumantes por el deshielo, y el gris de las rocas se torna amarillo y negro en las grutas y concavidades a causa de la humedad. En los calveros crece, a corros, la grama, de un verde violento en contraste con el rojo de la arcilla. Los robles de la ladera rematan la perspectiva a la izquierda, en la gran curva del valle, en tanto a la derecha ralean (los robles) entre una vegetación baja de brezos, espinos y aliagas florecidos. Junto al río, las ruinas de un viejo molino con dos muelas abandonadas, montadas una sobre la otra y, poco más abajo, un colmenar con seis dujos empotrados en la piedra parda ponen (molino y colmenar), en la corta y abrupta perspectiva, los únicos indicios, muy vagos, de compañía. Sobre este último (sobre el colmenar), en un claro como de una hectárea, donde el declive es menos acentuado, la tierra ha sido subsolada hace tiempo y el sol dibuja, entre los cavones rojos, brochazos profundos de sombras negras. Su mundo (el de Jacinto) concluye poco más allá entre una espesa cortina de pimpollos repoblados quizá diez años antes. (También los pimpollos se alzan tras la cabaña, acotando la perspectiva por este lado).

Jacinto inspira el aire, lenta, dosificadamente, y va expulsándolo en siseos entrecortados, psssssstpssssst, haciendo consciente el mero hecho de respirar, concentrando sus cinco sentidos en el empeño. Pero Darío Esteban cree que se ahoga y le dice sobresaltado: «¿Tiene calor, Jacinto San José?». Y Jacinto asiente con la cabeza, que es su sino, y, ante su ademán, Darío Esteban desenrolla el tapabocas y le dice: «¿Por qué no lo dijo antes?». Y en el momento de abrir sus ojos deslumbrados (Jacinto), Serafín abandona la amplia carretera gris y toma otra carretera gris más estrecha y, un cuarto de hora más tarde, otra carretera, blanca, más ancha y, poco después, otra carretera de tierra rojiza aún más estrecha que la estrecha gris, y, por último, el camino, casi borrado por los tomillos y la galloga, y una vez más le dice Darío Esteban: «No lo olvide, Jacinto San José, Darío Esteban jamás dijo "Respirar por don Abdón o no respirar, he ahí la opción" y "En la Casa no sumamos francos suizos, ni dólares, ni kilovatios-hora, ni señoritas en camisón sino única y exclusivamente sumandos", grábeselo en la cabeza». De pronto adelanta el busto (Darío Esteban) y anuncia: «Ya estamos llegando», y el coche vira entre cárcavas y matos de roble y, en ocasiones, abandona el camino para sortear una piedra y, en tales trances, Darío Esteban murmura «¡Cuidado!», y, al coronar la vaguada, aparece el tejado gris de pizarra y los dos frondosos olmos y el tinglado para el depósito y la caseta del motorcito detonando entre el verde de los pinos y el rojo de la tierra. Y una vez que Serafín detiene el automóvil, y Jacinto y Darío Esteban se apean, éste pretende inspirar hondo al tiempo que dice: «Cómo le envidio a usted, Jacinto San José», pero se le atraganta la brisa incontaminada del páramo y se le enreda entre los bronquios y le hace toser (él pretende conjurar la tos llevándose a la boca la mano del anillo) y enrojecer y doblarse por la cintura, entre ahogos y broncos carraspeos, y Jacinto le propina respetuosas palmaditas en la espalda (los primeros auxilios) hasta que el ataque cesa y Darío Esteban se yergue entonces y le entrega el enorme bolsón de plástico con las semillas y le indica la línea tirada a cordel alrededor del refugio, donde la tierra aparece cuidadosamente rastrillada, y le dice: «Ahí debe usted poner el seto, Jacinto San José. La cama ya está hecha; no tiene usted más que sembrar y regar».

Pero todo esto ocurría después de que Jacinto se mareara en la oficina al hacer ceros. Jacinto, a primera vista, con sus ojos azules aguanosos, produce la impresión de ser miope (además de probo) y a lo mejor lo es, pero esto no puede saberse a ciencia cierta porque, aunque nunca usa gafas, en la oficina arrima los papeles hasta casi rozarlos con la punta de la nariz, y las tardes de

los domingos, que suele dedicar a jugar al parchís con doña Palmira, doña Presenta, la cuñada de su patrona, y la señorita Josefita, la huérfana del piso de abajo, ruega a aquélla (doña Palmira) que baje la lámpara de flecos granates sobre el tablero de modo que hasta el más cegato pueda distinguir los números.

En vida de don Cristóbal, el marido de doña Presenta, la cuñada de doña Palmira, asilado en los Hermanitos de don Abdón porque se hacía todo en la cama, no jugaban al parchís ya que a don Cristóbal le aburrían los juegos intelectuales y «Yo si juego —decía— es para no pensar, ji-ji-ji», porque siempre hacía ji-ji-ji don Cristóbal después de hablar, aunque no dijera más que dos palabras, y, en vista de su actitud, jugaban a las carreras de caballos y a los entierros, porque a don Cristóbal le entusiasmaba hacer de *jockey* o de muerto, en particular lo primero, y cada vez que se ponía una escoba entre las piernas y correteaba atolondradamente por el pasillo, gozaba como un niño. De ordinario, estas reuniones terminaban antes de tiempo porque se conoce que, con las emociones, se le aflojaban a don Cristóbal los esfínteres y se hacía caca y pis en los pantalones y doña Presenta había de llevarle a toda prisa de la mano a los Hermanitos para que le mudasen. Y, tan enseñados estaban a él (a don Cristóbal ji, ji, ji), que el día que murió pareció morir con él toda iniciativa, hasta que pasadas unas semanas de desconcierto, doña Palmira, muy aficionada a las cartas, propuso jugar a la mona y al que perdiera darle el repelús.

Doña Presenta dirigía el repelús, naturalmente si no era ella la perdedora, y, a cada correctivo que imponía, le agradaba deletrear sádicamente la sentencia: «¡Sota!», exclamaba, y luego, mientras golpeaba la mano de la víctima, añadía: «Sota, sotiña, debajo la cama tienes la tiña». O: «¡Cuatro, sopapo!», y lo propinaba. O: «¡Tres, revés!», y lo propinaba.

O: «¡Rey!, rey reinando, por las montañas, tirando cohetes con una caña», y propinaba cachetadas progresivas en el dorso de la mano del vencido, generalmente sin ensañamiento, excepto si salía «¡Cinco!, pellizco», puesto que, en este caso, doña Presenta estrujaba sin piedad las carnes de su víctima en un pellizco de monja, retorcido, ceñidísimo, hasta que aquélla (la víctima) gritaba: «¡Si empiezas así no juego!», gritaba, pero era algo superior a sus fuerzas (a las de doña Presenta) y Jacinto lo sabía y como Jacinto es un ser incapaz de evitarse un dolor a costa de quitar un gusto al prójimo, solía concluir el repelús, cuando perdía, con la mano en carne viva.

Meses después, al quedar huérfana la señorita Josefita, la invitaron a subir las tardes de los domingos y, aprovechando que eran cuatro, echar unas

partiditas de parchís. La señorita Josefita era ya talluda, aunque se conservaba delgada, y acababa de empezar a jugar con las fichas amarillas después de tres años de luto riguroso porque doña Presenta le aseguró que el amarillo era alivio. Jacinto, hombre servicial a más de probo, así que la señorita Josefita planteó el problema a raíz de su orfandad, recorrió todos los bazares de la ciudad buscando fichas negras y, como no las encontró del tamaño adecuado, adquirió unas de damas, pero resultaron grandes para los recuadros del parchís y, como Jacinto es capaz de hacerse los sesos agua antes que dejar a un prójimo en la estacada, resolvió la cuestión ahumando con una cerilla las fichas rojas antes de comenzar la partida. Mas con el uso y el manoseo, el humo se desprendía y cuando más abstraídos estaban en el juego, la señorita Josefita decía histéricamente cubriéndose los ojos con sus deditos de alambre: «Lo rojo, Jacinto, se ve lo rojo, me da reparo», decía, y Jacinto, pacientemente, extraía del bolsillo del chaleco la caja de fósforos y ahumaba la ficha de nuevo, y la señorita Josefita le sonreía y, al sonreír la señorita Josefita, se acentuaban las patas de gallo en los vértices de sus ojos, mas Jacinto, que a más de probo es un hombre bienpensante, no infería de ello que fuese vieja sino que su cutis era suave y delicado como el papel de fumar.

Con frecuencia, doña Palmira, ante estas manifestaciones de bondad, exclamaba: «¿Puede saberse de qué nido se ha caído usted, señorito Jacinto?». Jacinto habrá escuchado esta exclamación posiblemente tres o cuatro millares de veces, pero no reparó en su alcance hasta que César Fuentes (Cesárea por mal nombre) le dijo una tarde junto al río, con la misma vocecita atiplada de doña Palmira, cuando él (Jacinto), una vez más, intentaba rescatarle de su frustración: «¿Se puede saber de qué nido te has caído tú?», le preguntó César Fuentes, y, a partir de ese momento, Jacinto empezó a considerar la posibilidad de haberse caído de un nido y aun se interrogaba en el espejo sobre los lugares de donde podía haber caído. Doña Palmira coincidía con César Fuentes o, mejor dicho, César Fuentes coincidía con doña Palmira, quien cada vez que Jacinto regaba los tiestos o migaba pan en el balcón a los gorriones, le decía: «¡Ay, señorito Jacinto, a buen mundo ha venido usted a parar!», o bien, «Es usted demasiado de bueno para estos tiempos». Y Jacinto, aunque generalmente atribuía las expresiones de doña Palmira al sentimiento de la maternidad truncada propio de las sesentonas cálidas y célibes, empezó a dudar e incluso a admitir que bien pudiera haber caído en el mundo como un meteorito sin que nadie le llamara y, lo que era peor, sin que nadie le esperase.

Mas, a pesar de tener la convicción de no ser un niño de la piedra, puesto que en el registro figuraban los nombres de su padre y de su madre, Jacinto no podía recordarlos y los paréntesis con el «fallecido» o «fallecida» se le antojaban unos segundos o terceros apellidos, como un refuerzo en la matización. De su primera infancia, apenas conservaba Jacinto la huidiza imagen de una frondosidad humana tibia y protectora, un ancho muslo galopante que en ciertos raptos de exaltación afectiva le estrujaba vigorosamente contra sus senos opulentos y le decía «corona» y «sol de mediodía» (desde entonces estas expresiones encierran para Jacinto, junto a la añorada sensación de seguridad, la quintaesencia del cariño desinteresado). Doña Palmira puntualizaba que en punto a abnegación, dejando de lado su riqueza en leche, nada como las amas gallegas, y el caso es que ella, la opulencia tibia y protectora, le dio su leche y años más tarde la noticia: «Tus papás, corona, murieron juntos electrocutados en una bañera».

¡*Qué prisas!, ¿no es cierto, Jacinto? Tendrían que ir al teatro o algo parecido*. (Jacinto abre mucho los ojos, pliega la frente, se palpa las mejillas y el espejo le devuelve su insulsa imagen. Su rostro crudo le apena. Se analiza minuciosamente). *Eres un bicho raro, Jacinto, no digas que no, que a saber de qué nido te habrás caído tú, ya ves otros hombres a tu edad: casados y con un hogar que mantener. Sí, ya lo sé, a ver si crees que me chupo el dedo, Jacinto, figúrate si te conozco, menuda, lo que tienes es miedo, no disimules, miedo y nada más que miedo, y con tus reservas lo que quieres evitar es tener un hijo como tú, tan desconcertado y pusilánime, o como Gen sin ir más lejos, que por mucho que digas que Gen es feliz porque ha superado el complejo racional de pensar la mosca, a ti no te agradaría un hijo como Genaro, ¿verdad que no?, porque Genaro tendrá todo resuelto, no ha de preocuparse de la comida ni del qué dirán y, por añadidura, no está en condiciones de pensar la mosca ni está responsabilizado, una bicoca, todo lo que tú quieras, Jacinto, pero con eso y con todo no te engañes, a ti no te gustaría un hijo como Gen, reconócelo, un individuo tumbado todo el día de Dios a la solisombra del alerce, un abúlico, que por muchas vueltas que le des, no hace otra cosa que orinar y mendigar un cacho de pan y una caricia del primero que pasa. En eso, de acuerdo, te dan a elegir entre Genaro y Amando García y te quedas con el del medio, lógico, menudo punto Amando, castrador de oficio o como quieras llamarlo, que te pones a escoger entre el castrador y el castrado y te buscan otra empatadera, Jacinto, que tampoco sería un plato de gusto un hijo como César Fuentes, ahí le tienes, desgraciado para los restos, ni carne ni pescado, que no es que sea un hermafrodita, qué más quisiera,*

ésos están por encima del bien y del mal, ahí tienes a don Abdón… Pero lo que es a ti se te ve venir de lejos, Jacinto, ya ves qué cosas, que lo que tienes es miedo, puro miedo, pero por mucho miedo que tengas, el mundo no va a cambiar por tu miedo; te guste o no te guste el mundo es así, Jacinto, eso por descontado, y si te asustan las novatadas de Amando García, o el Rey de Bastos o el Blanco de la Feria, no es porque sean bromas pesadas sino porque a ti, hijo, se te ha parado el reloj, como suele decirse, no has evolucionado, vaya, te vas afeminando, Jacinto, convéncete, que hay que echar esos escrúpulos por la borda, que si la ley espera a que las niñas se hagan mujeres para autorizar el matrimonio y que puedan procrear, tú nada vas a adelantar aguardando a que las mujeres dejen de serlo para constituir un hogar sin hijos, Jacinto, testarudo, que eso va contra natura, ¿oyes?, y por otro lado, la señorita Josefita, con todo lo cabal que es, tampoco va a servirte, Jacinto, que tú lo que deseas son unos pechos de seguridad, y ella de eso nada; ¡anda éste!, unos pechos de seguridad, qué más quisiéramos todos, menuda, unos pechos salvamiedos, como cuando niños, igual, te quedas solo pidiendo, Jacinto, que eso se acabó con el destete, ya no queda, que el mundo ha dado muchas vueltas desde entonces y, después de todo, criaturas nacen todos los días, a ver por qué regla de tres tú no vas a engendrarlas, que es un pánico loco el tuyo, Jacinto, y eso no conduce a ninguna parte, te lo digo yo, que todas las cosas tienen sus riesgos y los hijos más, evidente, qué me vas a decir a mí, de siempre, ahí tienes la estatua del pasaje Laoconte y sus hijos devorados por las serpientes, menuda, como para echarlo a barato, si me hago cargo, pero te guste o no te guste, la vida es así, Jacinto, la vida es eso, devoras o te devoran, y si tú enseñas a tus hijos a no devorar les estás enseñando a ser víctimas, ya ves qué gracia, y si les enseñas a devorar les estás educando para ser verdugos, que tampoco es un momio que digamos, Jacinto, yo mismo lo comprendo.

Todo lo vivo movía a Jacinto a compasión. Los sábados, que en la oficina hacían semana inglesa, guardaba en el bolsillo de la gabardina la tapa de su bocadillo y a mediodía se llegaba al lago del parque en cuyas orillas se concentraban cisnes, pavos reales, patos, palomas y gorriones y, una vez entre ellos, Jacinto emitía un silbido especial, bic-biiiiiiiibic, y, en pocos segundos, se veía rodeado por toda la fauna de los alrededores. Su figura desmedrada resultaba tan inocua que palomas y gorriones se encaramaban sin recelo en su cabeza y sus hombros reclamando su ración y él sonreía, extraía del bolsillo el trozo de pan, sonreía, y murmuraba «Vamos, vamos, poquito a poco, hay para todos», sonreía y lo iba migando en el suelo pero, al acabar, le conmovían las

implorantes miradas de las aves tímidas que no lograron atrapar ni una miga. Ello le indujo (a Jacinto) a dedicar a los pájaros los últimos miércoles de mes, y así, esos días, al salir de la oficina, compraba una hogaza de dos kilos y la migaba en la explanada del estanque. Los gorriones, con su agilidad diminuta, chipchississ, agarraban las migajas casi en el aire, mientras los patos y los pavos reales, poseídos de su corpulencia, espantaban con su aleteo, zás-zás, a las palomas, cuyo zureo tristísimo, zurrur, acongojaba a Jacinto, quien (Jacinto), para evitarlo, se volvía y revolvía, daba una carrerita y súbitamente regresaba, brincaba, se subía a un banco, intentando por todos los medios ahuyentar a las aves más poderosas, dar esquinazo a las más hábiles, pero, hiciera lo que hiciese, las cándidas palomas, zurruuur, quedaban ayunas y Jacinto pensaba que nada conseguiría aumentando el tamaño de la hogaza para repartir más entre los mismos, sino que la cuestión estribaba en poner coto a la avidez insaciable de los fuertes y los arteros, ya que sin detener a los fuertes y los arteros, los débiles no comerían nunca, se decía, y esto le ponía melancólico y como apesadumbrado y reflexionaba sobre ello en su habitación, mientras regaba la begonia, la sansivieras y el ficus. Entre las plantas no existía competencia porque todas y cada una disponían de un pedazo de tierra, de un cepellón donde arraigar (pensaba) y él (Jacinto) las regaba diariamente, al caer la tarde, y, después, se extasiaba ante la nervadura difusa de la begonia, las recias hojas de bordes amarillos, erectas como espadas, de la sansivieras, y la caprichosa arquitectura troceada del ficus. Y si accidentalmente asomaba doña Palmira y le sorprendía en trance, le reconvenía maternalmente: «Regar tiestos es tarea de señoritas, señorito Jacinto. ¿Puede saberse de qué nido se ha caído usted?».

La tierra embebe el agua con un siseo ávido y sedante, fsssssst, como de combustión, y al formarse los primeros charcos Jacinto cierra el grifo, enrosca la goma y la cuelga de la horquilla que forma con el tronco la rama truncada del olmo. El sol se acuesta ya y empieza a notarse el relente, mas, antes de recogerse, Jacinto inspira el aire dos o tres veces, a pequeños sorbos, y lo deja escapar con intermitencias, en ondulantes silbidos, buuuuibuuuibuuuuic. A la luz crepuscular, cruzan sobre su cabeza, como dos ráfagas azuladas, dos tórtolas en dirección a la pimpollada. Ya en la cabaña, Jacinto enciende la lámpara de queroseno, toma un libro de la estantería y se repantiga en un sillón arrimando los pies a la chimenea. «Estás flojo, Jacinto», se dice (Jacinto). Está persuadido de que el ejercicio ha sido moderado y sin embargo se encuentra cansado. Por la mañana ha bajado al molino y en el cauce de agua helada se ha bañado los pies, ante el susto de las truchas fugitivas entre

las piedras del fondo o las salcinas de las riberas. Por la tarde, Jacinto siembra el seto en torno al refugio, mezclando la semilla con tierra seca, a dosis parejas, tal cual le han aconsejado, rastrillando suavemente, al final, la superficie de tierra removida. Luego, atornilla la manga al grifo de la pila, junto al pozo, y riega pausadamente la banda sembrada. El silencio y la soledad durante toda la jornada le han confortado. Apenas los buitres despegando silenciosamente de los farallones de enfrente, la baribañuela atisbando la pimpollada desde la altura o los traseritos blancos de los conejos arrancándose de los robles a su paso, le han dejado (a Jacinto) una vaga sensación de vida en torno. Fuera de esto y del chapaleo del arroyo, chuap-chuac, del graznido de las grajetas, quiiiá, y de los conciertos esporádicos de mirlos, chinc-chinc-chinc, y ruiseñores, choquipiupiupiupiú, el silencio es total. Ahora se halla bien así, un libro a la mano que no piensa leer (un libro en la recámara), la nuca reposando en el respaldo del sillón y, en el hogar, la lumbre crepitante, clep-clip, que él (Jacinto) alimenta arrojando de cuando en cuando a las llamas un leño de roble. Desde su butaca domina el interior de la cabaña, de una sola pieza, que los estantes de la librería parten convencionalmente en dos: el *living*, amplio y confortablemente amueblado, y el dormitorio, de dos camas gemelas, frente a las cuales dos puertas dan acceso al servicio (caballeros) y a la diminuta cocina de gas donde Jacinto se ha preparado la primera comida (sopa y albóndigas) y cuya ventana se abre sobre los olmos y el pozo de la trasera. El revestimiento de tarima de embero abriga la soledad lo mismo que los grabados, los libros, los visillos, las cortinas y la cabeza del egocero negro de ojos brillantes y afilada cornamenta (doble) pendiente de la campana de la chimenea. Antes, Jacinto ha recorrido las dependencias de las provisiones, despensa y bodega, y, al hacerlo, las lágrimas afloran a sus ojos y sus labios musitan como una plegaria: «Don Abdón es el padre más madre de todos los padres». No falta nada allí y la abundancia le infunde una garantía de supervivencia. Y cada vez que descubre una nueva clase de sopa, ignoradas filas de latas de conservas en un rincón de la bodega, cajas enormes de pan de molde protegido en bolsas de plástico o los bidones de gas para la cocina, la estufa o el frigorífico, Jacinto frota una mano con otra y experimenta un repentino deseo de orinar (el sosiego y la independencia resultan muy diuréticos para Jacinto). Sin embargo, algo ha empañado su tranquilidad cuando disponía la comida sobre el fogón de la cocina: al dar forma a las albóndigas se ha mareado.

Al rematar el octavo cero, Jacinto advirtió los primeros síntomas: una niebla insondable ante los ojos, una súbita compresión en el estómago e,

inmediatamente, la náusea. Levantó la pluma del papel (Jacinto) y probó de cerrar los ceros más despacio, pero el resultado, si paulatino y más retardado, fue idéntico. Ensayó, entonces, con los seises, los ochos y los nueves y con cierta perplejidad comprobó que las curvas ceñidas de estas cifras no le ocasionaban ningún trastorno, mas, al repetir una vez más con el cero, el mareo se reprodujo, sintió (Jacinto) como una lagartija en la médula («Esto podría ser el fin», se dijo), el sudor escurriéndole de las axilas mientras su cabeza se llenaba de desconcierto. Ahora el mero hecho de mirar los ceros le causaba pavor, hasta tal extremo que cerró los ojos y se abanicó disimuladamente con un rimero de impresos, pero el mal progresaba y la sensación de inestabilidad despertó en él una indiferencia hacia todo. Torpemente se levantó y, dando traspiés y apoyándose en las mesas de sus compañeros, se trasladó al servicio (caballeros), llenó el lavabo hasta los bordes y sumergió en el agua cara y cabeza, mas, al sacarlas, tiritaba y le castañeteaban los dientes, nenennnnn. Desde el espejo le contemplaba un rostro céreo y desdibujado, y Jacinto le imploró, *Jacinto, anda, no seas tonto, que te coja ella, estás enfermo, vaya una cara, si pareces un desenterrado, ¡Dios mío!, pobrecito, pero pídeselo por favor, ¿eh?, que te coja y te apriete hasta que te saque todo ese frío que llevas dentro. No te preocupes de Darío Esteban, no dirá nada, qué va a decir, si estás malo, menuda, figúrate que te inutilizaras para sumar, a ver qué ibas a hacer, el propio Darío Esteban lo ha dicho mil veces: todas las grandes empresas de la Historia se han hecho sumando. Todo a fuerza de sumar, sumar lo que sea, no importa qué, pero si no puedes sumar, te convertirás en un inútil, Jacinto, convéncete, a ver por qué registro ibas a salir, dime, y si te quedas parado te devorarán las serpientes, eso fijo, mira Laoconte. Haz un esfuerzo, anda, no seas bobo, y pídeselo, que te coja y te apriete, como cuando chiquitín, ¿recuerdas?, «Duérmete, corona», como un edredón, ¡qué seguridad!, toma, toma, tú y cualquiera, hijo, pues no pides tú nada, menuda, que a lo mejor doña Palmira lleva razón, que era gallega y las gallegas hacen mucha leche, Jacinto, sin más que beber cerveza. Sí, ya te comprendo, que volver a pedirle que te coja es mucho pedir, porque a fin de cuentas, Jacinto, las amas gallegas dejaban a sus hijos pobres allí para que les devorasen las serpientes y ellas venían aquí para que las devorasen los niños de las serpientes, ¿comprendes? Por eso debes pedírselo humildemente, por favor, y una vez te estruje bien, del todo, y te saque del cuerpo todo el frío, debes decirle «Gracias, señora, y perdone por lo pasado».*

Se humedeció los labios con la punta de la lengua y se atusó los párpados, y así que la náusea cedió, Jacinto se inclinó sobre el grifo y bebió dos buches de agua, apoyó la frente en el espejo y permaneció un rato inmóvil, aliviado por la frescura de la superficie, intentando refrenar su respiración desbocada. De regreso al pupitre, junto al ventanal (desde el que divisaba cada mañana a don Abdón haciendo el aliguí a Gen:

Aliguí, aliguí
con la mano, no
con la boca, sí

con los bordes de una loncha de jamón o el esqueleto de una codorniz), se encontró más repuesto, cambió el plumín corona por un plumín cervantina y lamió éste levemente antes de introducirlo en el tintero. Con la mano izquierda bajo la camisa desabotonada, arrimó la nariz hasta casi tocar el papel (Jacinto), buscando la estabilidad de sus vísceras en lo consuetudinario, y, de este modo, redondeó los ceros sin entorpecimiento, pero, en el tercero del segundo sumando, el mareo se reprodujo acentuado (el vértigo fue tan violento que Jacinto apretó los párpados con todas sus fuerzas e instintivamente se asió al vuelo del pupitre, mientras su estómago se fruncía como una esponja oprimida y la boca se le llenaba de agua). Al cabo de unos segundos, se incorporó y se presentó como un sonámbulo ante el minarete de palo campeche de Darío Esteban y «¿Qué le ocurre, Jacinto San José? —dijo Darío Esteban al verle—, tiene mala cara», y, al intentar explicarse, Jacinto notó la lengua empastada y el sudor frío de la frente congelando sus ideas, pero dijo, solamente dijo, «Me mareo al hacer ceros, Darío Esteban; es una cosa extraña», eso dijo Jacinto San José y el otro, Darío Esteban, le contemplaba con un trasfondo de socarronería en los ojos, en su pigre rostro de luna llena, e inquirió «¿No será la curiosidad de saber lo que suma, Jacinto San José?», y Jacinto, sumisamente, «Eso está olvidado, Darío Esteban, se lo aseguro», y añadió mediante un esfuerzo «Con los seises y los nueves me defiendo, incluso con los ochos, Darío Esteban, dese cuenta, con lo sinuosos que son, pues nada, sólo con los ceros», y, a todo esto, Darío Esteban le observaba asintiendo y luego dijo «Ya, ya. ¿Y hasta hoy no advirtió nada, Jacinto San José?» y, «Nada, Darío Esteban», respondió Jacinto, pero ya Darío Esteban le había interrumpido diciendo: «Disculpe», y enfocaba sus prismáticos hacia el ala oeste de la oficina, los graduó, pulsó el botón 83 del interminable teclado, bajó la palanquita del dictáfono y con voz aterciopelada pero autoritaria dijo por el micro: «El 83, de rodillas de cara a la pared; aquí no se viene a hablar, ¿ha oído el 83?» y, al instante, el 83, Ernesto Blanco, el

83, se arrodilló dócilmente al recibir el mensaje por los auriculares, mientras Darío Esteban cumplimentaba sobre su pupitre de palo campeche el impreso con su impecable caligrafía carolina y, al terminar de rellenarlo, se lo alargó a Jacinto y le dijo: «Jacinto San José, preséntese con esto en el Dispensario Don Abdón, ya sabe, en la esquina de la Avenida Don Abdón; allí le atenderán».

El doctor ordena a Jacinto descubrirse el torso, tenderse en la mesa, le examina el ojo derecho con una lupa, le explora el pecho, le hace sentarse en la mesa con las piernas colgando, le introduce algo como una brújula en la articulación del codo (después de enrollarle una goma en el brazo) y, finalmente, le golpea por tres veces la choquezuela con un martillito como de juguete y la pierna de Jacinto, indefensa y sin apoyo, tira tres puntapiés al aire, al vacío, y Jacinto, acobardado de su descontrol, sonríe y murmura confundido:

—Discúlpeme, doctor; no lo hago aposta.

El doctor prosigue su minuciosa exploración en silencio, imperturbable e inescrutable, parsimoniosamente, y al fin, sin mirarle, le pregunta con voz impersonal:

—¿Síntomas?

—¿Cómo? —inquiere Jacinto.

—Dígame qué nota.

—Bueno —aclara Jacinto—. Al hacer ceros me mareo; eso es todo.

El doctor utiliza el interrogatorio como antes el mazo de juguete, en golpes cortados y secos:

—¿Cuántos ceros?

Jacinto levanta los hombros

—Depende —dice.

—Depende. ¿De qué depende?

—Qué sé yo, de las circunstancias —dice Jacinto.

—¿Hay circunstancias en que usted precisa hacer más ceros que otras para marearse?

—Así es.

—¿Cuántos mareos le han dado haciendo ceros? —dice el doctor, impaciente.

—En rigor, la primera vez llevaba media hora trabajando y calculo…

—Concrete, por favor.

—La primera vez en el octavo cero, y la segunda, en el quinto.

—Veamos —musita el doctor, y le tiende una receta virgen y un bolígrafo y añade—: Escriba ceros hasta que se canse.

Al iniciar la retahíla de ceros, Jacinto sonríe tontamente pero, conforme progresa, siente sobre la nuca la abrasadora mirada del doctor y le va naciendo en el vientre una gélida angustia y la mano le tiembla y no ha rematado aún el sexto cero cuando el doctor, al advertir el creciente temblor de su mano, pregunta:

—¿Ya?

—No, no —dice Jacinto—. Sucede lo que en el dentista, basta que esté usted ahí…

—Continúe —conmina el doctor, quien sigue las evoluciones del bolígrafo sobre el papel con atención concentrada. Al cabo de un rato, el doctor se endereza resoplando—: Es chocante —dice—. Usted no escribe ceros sino oes, ¿nunca había reparado en ello?

Jacinto alza la cabeza desorientado y este simple gesto (alzar la cabeza) parece irritar al doctor:

—Sí —agrega—. ¿Es que no me explico? Lo mire por donde lo mire, eso —señala el doctor con el índice uno de los ceros del papel—, lo mire por donde lo mire, no es un cero, es una O.

Jacinto parpadea como una liebre sorprendida en la cama y, a cada parpadeo, sus cándidos ojos azules aparecen más desconcertados. Apunta con un hilo de voz:

—¿Y eso puede ser grave, doctor?

El doctor no responde, toma una ficha de encima de la mesa y dice a su vez:

—¿Edad?

—Cuarenta y cuatro —dice Jacinto y, para hacerse grato al doctor, sonríe y añade en tono humorístico—: Capicúa.

Pero el doctor machaca ahora implacablemente con el martillito de juguete:

—¿Casado?

—No.

—¿Viudo?

—No.

—¿Divorciado?

—No.

—¿Soltero, entonces?

—Sí.

El doctor anota en la ficha nerviosamente:

—¿Vida sexual ordenada?

—¿Cómo?

—¿Vida sexual? —insiste el doctor.

Jacinto emite una risita contenida y se encoge de hombros:

—No gasto —confiesa.

—Ajajá —dice el doctor—, así que no gasta, ¿eh? —y ahonda en sus ojos (los de Jacinto) y agrega—: ¿Ha reparado usted en que su nombre concluye en una O?

—Es cierto, ni me había dado cuenta —conviene Jacinto intrigado.

—Veamos —prosigue el doctor, y le alarga nuevamente la receta y el bolígrafo—. Escriba ahí su nombre.

Jacinto escribe *Jacinto* y levanta los ojos.

—Observe, observe —dice el doctor—. ¿En qué diferencia usted la O de Jacinto de los ceros que ha trazado más arriba?

Jacinto esboza una sonrisa amedrentada mientras compara y, luego, sin cesar de mirar al papel ni de sonreír, dice:

—¿Sabe que tiene usted razón, doctor? Son exactamente iguales.

—Yo soy quien debe decir si son iguales o diferentes —voceó Darío Esteban—; su obligación es sumar, de lo demás no tiene por qué preocuparse.

Estaba visiblemente alterado, Darío Esteban, y sus gestos y movimientos, perdido el autodominio, delataban su indignación. Jacinto jamás le había visto así salvo cuando el incidente de Genaro, meses antes de la degradación, puesto que, de ordinario, las reprimendas de Darío Esteban (y sus castigos) venían envueltas en mesura y dignidad, y su disposición (la de Darío Esteban) solía ser reflejo de la de don Abdón, que Amando García comunicaba a media voz tan pronto don Abdón franqueaba la puerta: «La Otis trae hoy los bigotes hacia arriba» (indicio de tolerancia) o: «La Otis trae hoy los bigotes hacia abajo» (indicio de intransigencia), y él (Darío Esteban), desde su minarete de palo campeche y con los prismáticos en los ojos, estaba aun en mejores condiciones que Amando García para sorprender la posición de los bigotes de don Abdón, pero ahora Darío Esteban, sin darse a razones, vociferaba, sin darse a razones, pese a que a Jacinto le constaba que don Abdón había llegado con los bigotes hacia arriba y, tal vez por ello, tal vez porque lo estimó un deber, Jacinto intentó hacer ver a Darío Esteban la conveniencia de informar al personal sobre las cifras que sumaban, ya que aunque él (Darío Esteban) asegurase que todas las cifras eran iguales, resultaba evidente que había cifras que iban en tinta roja y otras en verde, luego no eran iguales, y que —añadió Jacinto—, por si no lo sabía, días antes, en el Refectorio, estuvo a pique de producirse un motín por esta causa, cuando un compañero (no importa quién)

apuntó que sumar sin saber qué desanimaba al personal y fomentaba la difusión de bulos, ya que había quien afirmaba que eran dólares y quien que francos suizos y quien que kilovatios-hora (lo que sumaban) y no faltaba quien sugiriese que podía tratarse de drogas, negros o señoritas en camisón (trata de blancas), puesto que existían quienes traficaban con drogas, negros y señoritas en camisón, y que lo más congruente —añadió Jacinto— para terminar con las habladurías sería informar al personal, puesto que nadie disminuiría su rendimiento por identificar las cifras que sumaba y, por otro lado, subsanando esta omisión se evitaría que algunos padeciesen escrúpulos de conciencia pensando que sumaban algo feo y, a todo esto, Darío Esteban escuchaba hierático desde lo alto del minarete de palo campeche y Jacinto pensaba: «Se diría que me han dado cuerda», y la cara de Darío Esteban, a lo largo de su discurso (del de Jacinto), se puso primero amarilla, luego verde y, por último, encarnada y, cuando parecía que estaba a punto de estallar, abrió la portezuela del púlpito, se deslizó a caballo por el pasamanos y, al aterrizar sobre la alfombra de nudos, dijo:

—Sígame, Jacinto San José.

Ya en la Sala, la mejilla derecha de Darío Esteban empezó a hervir (se le formaban burbujas de carne que subían y bajaban como si el carrillo entrara en ebullición) y a trompicones pronunció un discurso patético, de mímica histriónica, el tono alternativo entre la iracundia más desbridada y la abyección impetrante (y en estos trances sus ojos se anegaban de lágrimas), circunstancia que Darío Esteban aprovechaba para esgrimir argumentos incontestables: a) Deuda perpetua hacia don Abdón. b) Nadie debe recibir en el mundo otro dinero que el necesario para dos comidas diarias, un partido de fútbol quincenal y el plazo de amortización periódica del televisor. Dar menos, sería inhumano; dar más, inducir al vicio y, por tanto, inhumano igualmente, y c) En don Abdón, S. L., preguntar equivale a robar, supuesto que don Abdón pagaba por sumar y no por preguntar.

La mención de don Abdón, la lógica irrebatible del salario mínimo-máximo (que demostraba cumplidamente que don Abdón no era un hombre de presión), el hervor de la mejilla de Darío Esteban, hacían titubear a Jacinto, *pero tú, Jacinto, dale que te pego, y no por terquedad, si lo sabré yo, sino porque nunca te ha gustado dejar las cosas a medias, que lo que empiezas lo acabas, desde chiquitín, desde que eras así, y entonces fue cuando le soltaste lo de la confusión, y lo de los rumores, y lo de los bulos, y él (Darío Esteban) venga de mirarte a lo alto de los ojos, como si te contara las pestañas, pero te dejaba hablar, y cuando te desahogaste, ¿recuerdas?, tiró de bloc y bolígrafo*

y «nombres, nombres», que quiénes eran los que decían que sumaban kilovatios-hora y quiénes eran los que decían que sumaban dólares y quiénes eran los que decían que sumaban negros y quiénes eran los que decían que sumaban señoritas en camisón, mecachis, que no sabía decir otra cosa, pero tú, Jacinto, chitón, bueno eres, que otros defectos tendrás pero de confidente, nada, punto en boca, que, cuando te arrancaste, bien creí que le daba la congestión (a Darío Esteban), Jacinto, se necesita valor, que yo creo que ni te diste cuenta de lo que decías, «Todos tenemos debilidades, Darío Esteban; recuerde que usted mismo antes de ascender a celador nos dijo un día en el Refectorio: "Respirar por don Abdón o no respirar, he ahí la opción"»; madre de Dios, Jacinto, cómo pudo ocurrírsete, que tienes unas cosas, si le pinchan en ese momento (a Darío Esteban) apuesto doble contra sencillo que no le sale una gota de sangre, fíjate, pero disimuló, a ver qué remedio, por la cuenta que le tiene, menuda, venga de dar vueltas con la punta del bolígrafo, «nombres, nombres», la cara azul, casi negra, ¡Virgen!, y dale, «nombres, nombres», y tú tan tranquilo, Jacinto, como si no fuera contigo, igual que un sentenciado que antes de morir aspirase a decir todo lo que piensa, «Yo pregunto, Darío Esteban, pero si usted no puede responderme, tan amigos, por eso no hemos de regañar, faltaría más, franqueza por franqueza, que otros defectos tendré pero a celoso y trabajador pocos me ganarán», y él (Darío Esteban) nadando y guardando la ropa, lógico, deseando desviar la conversación, a ver, si un color se le iba (el azul) y otro se le venía (el rojo), y que si la memoria no le era infiel contabas con tres Premios del Sumador, diciembre del 49, marzo del 62 y junio del 67, menuda retentiva, Jacinto, las cosas como son, con el personal que somos, y si quieres más pide por esa boca, te doró la píldora, que de tu conducta no tenía queja, pero te volvió la tortilla, a ver, aplicación máxima, caligrafía carolina sobresaliente, pero, como quien no quiere la cosa, la preguntita sobre lo que sumabais era improcedente y hasta con sus ribetes de subversiva, que te dejó de piedra, Jacinto, pegado, como vulgarmente se dice, no digas que no, buena prisa te diste a recoger velas, que parecías otro, como si se te hubiera acabado el gas, que disculpara (a ti), que si preguntaste fue de buena fe (tú), que no pretendías sino mirar por la prosperidad de la Casa, Darío Esteban, con el exclusivo objeto de estimularos, y él (Darío Esteban) venga de escribir de corrido y, al concluir, le recordó (a Jacinto), le recordó que por menos habían degradado a Genaro Martín, correctivo que, como cabía esperar del buen corazón de don Abdón, se trocaba en premio ya que despojar a un hombre de prejuicios y responsabilidades equivalía a abrirle las puertas del paraíso.

Jacinto asentía (sí, sí, sí) abrumado, decidido a volver su argumentación y, sin venir a qué, Darío Esteban le preguntó a bocajarro si conocía la teoría de la evolución de las especies del señor Darwin, y Jacinto, que sumariamente, sólo sumariamente, y Darío Esteban, que observara que don Abdón no era evolucionista sino revolucionista, esto es, pensaba que el mono provenía del hombre y el hombre del mono, las dos cosas, esto es, que el hombre, tras progresar hasta la madurez tope, regresaba al punto de partida, y que el momento de la regresión parecía llegado y, de este modo, al degradar a Genaro Martín no hacía sino facilitarle el retorno a formas humanas más elementales, o sea, al origen, o sea, al estado de naturaleza, o sea, a la obviedad instintiva, o sea, por decirlo en una palabra, al estado de felicidad.

Sobre las doce del mediodía coma al salir de la escuela coma los dos mellizos de Genaro coma Pedro Juan y Juan Pedro coma llegaban galopando por la acera de losetas hexagonales coma doblaban como centellas abrir paréntesis aferrándose con la mano derecha a los barrotes cerrar paréntesis la puerta de hierro y decían de pasada buenos días papá y coma galopando por los senderillos de ceniza entre los bojes y los arriates coma confluían en la escalinata de mármol coma se asomaban a la Conserjería coma y decían con el aliento entrecortado al señor Artemio coma el Conserje coma el permiso para mi papá y coma en tanto coma Gen coma que les había olfateado coma abandonaba la caseta arrastrando la cadena coma sacudía frenéticamente la cabeza de un lado a otro y se quedaba mirando para la Conserjería con sus ojos avellana momentáneamente vivaces coma huecas las orejas como trapos almidonados coma cimbreando impacientemente el peludo trasero y coma al divisar a los mellizos corriendo alocadamente hacia él coma flameando el papel del permiso coma se excitaba todo y empezaba a dar tirones de la cadena hasta deshollarse el cuello y entonces se encogía coma apocado coma aguardando a que sus hijos cambiaran el clip de la pesada cadena por el clip de la flexible correíta que su mujer le regalara por Reyes para salir de paseo punto Gen se sentía feliz entonces con los mellizos cabrioleando en torno suyo coma turnándose para llevar la correíta y coma si a él le daba por agacharse sobre las losetas hexagonales o arrimarse a un árbol o a una farola y alzar la pierna izquierda coma ellos aguardaban a que desaguase y reían alborozados y se decían dos puntos ¿Te has fijado cuánto pis hace ahora papá?

Las manos y los pies de Gen habían criado unas callosidades protectoras al tiempo que sus dedos se resumían coma y las uñas se curvaban robustecidas sobre ellos coma afilándose en los extremos como garras punto

Era la suya una transformación general y progresiva ya que coma aparte el tupido vello que le cubría tronco y miembros abrir paréntesis un vello marrón y blanco coma pintojo coma caprichosamente veteado coma tan espeso que impedía ver la carne cerrar paréntesis coma el pecho se le abombaba en tanto las caderas magras y escurridas se recogían en las gráciles curvas de los muslos y coma por otra parte coma los brazos y las piernas se estilizaban coma aunque no se debilitaran coma y en aquéllas los juegos de las rótulas se invertían coma esto es coma se articulaban hacia atrás en lugar de hacia adelante punto Pero los mellizos no reparaban en fruslerías coma decían dos puntos ¡Corre, papá! coma decían coma y Gen se lanzaba a un galope desenfrenado arrastrando al muchacho que portaba la correa y el muchacho que portaba la correa gritaba entrecortadamente coma con el viento en la cara coma voceaba dos puntos ¡Para, papá, por favor, que me caigo! y coma al detenerse Gen coma resollaban los tres coma Gen a un ritmo más agitado abrir paréntesis dos o tres resuellos por cada uno de sus hijos cerrar paréntesis entornando los ojos legañosos y mostrando un palmo de lengua sonrosada punto y aparte

Una vez en el cinturón de verdura de los arrabales coma los mellizos coma extenuados coma se sentaban en un ribazo o se encaramaban a una arqueta y charlaban coma pero Gen coma ajeno a sus conversaciones coma deambulaba aburridamente entre ellos coma les ponía las manos enlodadas sobre el jersey o les lamía repetidamente la cara y ellos le apartaban riendo coma papá ¡anda a echar! coma le decían y Gen coma dócilmente coma después de describir una docena de círculos en torno suyo coma examinando el terreno coma se enroscaba a sus pies punto y aparte

Abrir paréntesis Una tarde que los hijos de Gen le chillaban según corría a su padre ¡para, papá, por favor, que me caigo! y Gen no se detuvo coma Pedro Juan hubo de soltar la correa y cuando Gen coma a sus voces coma regresó coma Pedro Juan le flageló ásperamente con el extremo de aquélla y Gen aceptaba el castigo sumisamente coma encuclillado coma mirándole desde el borde de los párpados coma la esclerótica enrojecida coma sin rechistar punto Juan Pedro le reprochó a su hermano su conducta coma has pegado a papá, Pedro Juan, le dijo y Pedro Juan en principio se compungió coma mas al instante coma reventó en una risotada y es verdad, oye, le pego y no me regaña coma dijo y a partir de entonces cada vez que Gen desobedecía coma sus hijos le azotaban con la correa y la actitud doliente y resignada de Gen durante la flagelación producía en ellos una incontenible hilaridad cerrar paréntesis punto y aparte

Tan pronto alcanzaban el descampado coma los mellizos soltaban el clip para que su padre se desfogase corriendo a cuatro patas sin ton ni son por los sembrados y los pinares y coma desde lo alto del ribazo coma los muchachos seguían sus evoluciones coma le veían ir y venir coma gazapear coma rascarse tenazmente el lomo con el pie coma rastrear entre los surcos y si ocasionalmente coma guiándose por el olfato coma Gen descubría un basurero o los restos de alguna merienda campestre coma se detenía escarbando hasta hallar algo que le apeteciera y coma en esos casos coma se azorraba y engullía lo que fuere vorazmente coma mirando de través y si los niños en tal trance le molestaban coma Gen les rutaba mostrándoles los colmillos y ellos reían y comentaban dos puntos Vaya un hambre que tiene ahora papá, se come hasta los huesos coma comentaban punto y aparte

Las mañanas soleadas de los domingos Jacinto les acompañaba pero coma incapaz de parear su marcha a la de Gen y los pequeños coma se rezagaba meditando y coma a veces coma conectaba el transistor punto Al principio trató de platicar con Gen seriamente pero nunca recibió otra respuesta que un aullido o un lengüetazo en la cara y coma ante estos fracasos coma Jacinto decidió comprar el transistor ya que le deprimía ver a Gen corriendo de la ceca a la meca durante horas por los sembrados e imaginó que el programa dominical matutino de la EAV 83 coma La Voz de Don Abdón coma la emisora local coma le retendría supuesto que la zarzuela desde niño le había entusiasmado punto Y en efecto coma la primera vez que Gen oyó el Coro de Segadoras de *El rey que rabió* coma se ovilló a sus pies y permaneció inmóvil junto al aparato coma los párpados entornados coma hasta que el programa concluyó coma pero al domingo siguiente coma la música apenas retuvo a Gen más allá de un cuarto de hora y coma a partir de entonces coma rara fue la ocasión en que Jacinto logró que Gen permaneciese echado un minuto seguido coma ya que bastaba el paso de un rebaño coma una caballería o una motocicleta por la cañada para que se arrancase furiosamente reclamando agua coma guá-guá-guá coma a grandes voces punto A Jacinto le alarmaba el creciente desapego de Gen hacia manifestaciones que hasta entonces le habían cautivado y su alarma aumentó la mañana que descubrió en el extremo inferior de la espina dorsal de Gen coma sobre el ano coma una protuberancia pilosa punto y aparte

Éste fue el inicio de la profunda transformación psíquica de Gen coma puesto que al llegar la primavera comenzaron los éxtasis acompañados de parálisis y arrebatos extemporáneos punto Ya no eran sólo los rebaños coma las motocicletas y las caballerías coma sino los niños y las aves de corral

quienes ponían a Gen fuera de sí coma particularmente las gallinas le exaltaban de tal manera que coma pese a que Jacinto le llamaba y le amenazaba coma Gen no obedecía mientras no viera a las gallinas huyendo en alborotado revuelo por encima de las bardas de los corrales punto Mas todo esto era nada comparado con los trances coma los enajenamientos y los temblores convulsos coma provocados por motivos baladíes coma que Gen empezó a sufrir en los primeros días de mayo punto El primer ataque le sobrevino cuando Gen correteaba alegremente por un patatal coma la nariz pegada al suelo como era su costumbre y coma de pronto coma sin saber por qué ni por qué no coma se detuvo coma quedó en suspenso coma rígido como un palo coma el trémulo cuerpo levemente arqueado coma patitieso coma los ojos avellana clavados en una planta coma la boca babeante entreabierta coma como si sonriese coma y Jacinto coma al verle en tal estado coma corrió hacia él y trató de volverle en sí atusándole el lomo y hablándole tiernamente coma Gen no hagas tonterías ¿es que te sientes indispuesto? coma pero Gen coma enajenado coma no oía sus palabras ni sentía sus caricias punto y coma únicamente miraba y temblaba y así permaneció varios minutos hasta que de improviso saltó coma las manos juntas coma como pretendiendo atrapar algo coma nerviosamente coma y de entre sus dedos coma junto a la nariz coma voló con un breve silbido biiiiiiir una codorniz punto Jacinto suspiró ¿estás tonto, Gen? no es más que un pájaro coma repetía coma pero Gen corría desalado a contrapelo de los surcos hasta que la codorniz se ocultó tras un almendro coma mas a partir de aquí coma las visiones de Gen menudearon y a cada una coma su arrobo iba en aumento coma con la particularidad de que era suficiente una musaraña coma una calandria o una comadreja para provocarlas coma y su extraño comportamiento se agudizó con la presencia de una perrita cocker que su dueño coma el director de la Banca Don Abdón coma sacaba cada domingo a pasear por los pinares punto La perra impresionó tanto a Gen que no se separaba de ella coma la cercaba coma brincaba en su derredor coma se ensimismaba contemplándola coma los ojos engolosinados coma huecas las orejas coma atento al menor movimiento punto Y el director de la Banca Don Abdón decía dos puntos ¡Ojo!, más vale que lo sujeten; está alta la perra coma pero Gen se aproximó a ella coma la olisqueó por detrás y la perra le olisqueó a él por detrás y los niños corearon con gran regocijo coma ¡se han hecho amigos, se han hecho amigos! coma gritaron coma y Jacinto ¡Gen, toma aquí! coma mas Gen y la perra continuaban olisqueándose mutuamente hasta que el director de la Banca Don Abdón propinó un puntapié a la perra y la perra emprendió una loca carrera

por las huertas y Gen corría tras la perra y Jacinto corría tras Gen y los mellizos corrían tras Jacinto y coma en éstas coma se asomó el hortelano y chilló dos puntos ¡Es que no ven que me están escoñando el sembrado! coma pero ya la perra se había detenido en la linde y Gen junto a ella olfateándola y Jacinto junto a Gen y los mellizos junto a Jacinto coma mientras el director de la Banca Don Abdón silbaba bii-biii desde el otro lado de las coles y Jacinto coma vistas las dificultades coma amarró a Gen y tiró de la correa con todas sus fuerzas y Gen y la perrita se miraban todo el tiempo y ya en el almorrón coma Gen se puso bruto y no quiso beber coma ni siquiera hizo intención por complacer a Jacinto coma y Jacinto coma cautamente coma advirtió a los mellizos coma de esto ni una palabra a mamá ¿me habéis oído? coma luego amarró a Gen coma se quitó la chaqueta y se tumbó coma las manos en la nuca coma a la solisombra de los álamos coma profundamente contrariado punto y aparte

Al sol hace excesivo calor y a la sombra, batida por una fina brisa serrana, demasiado frío, y ante esta alternativa Jacinto coloca la tumbona a la solisombra del olmo, junto al pozo, dos metros detrás de la caseta del motorcito y del chamizo de los aperos. Hay un silencio que los gorjeos de los gorriones, chiip-chissis, y los silbidos de los mirlos, chincchincchinc, y el zureo de las tórtolas en la pinada, currurrr, hacen aún más espeso. Y en los intervalos, cada vez que las aves enmudecen, llega a él (a Jacinto) el murmullo de los rápidos del río erosionando las piedras, chuap-chuac, meciendo las salcinas de las riberas. Jacinto tiene el transistor a mano pero no hace ademán de conectarlo. Está cansado a pesar de haber dormido y el vago recuerdo de la duermevela revive dentro de él, sin proponérselo, el canto nocturno del ruiseñor velando la eclosión de la pollada, piu-piu-piú-choqui-choqui. Alza los ojos buscando el nido entre la fronda de los olmos pero únicamente descubre, casi en la copa, el elemental tejido de palitroques de un viejo nido de urraca. De pronto, en la base del árbol, divisa (Jacinto) al agateador trepando en espiral por la corteza con sus patitas de fideo y, apenas alcanza (el agateador), tiit-tiit, el nivel de las ramas más bajas, vuela y va a posarse sobre la caseta del motor, observa a un lado y otro dubitativo (el agateador) y finalmente se introduce por el ensanche de una grieta entre dos tablas. Jacinto sonríe tenuemente. El pájaro permanece unos segundos oculto tras los troncos de la garita y, al cabo, reaparece para volar (en un vuelo irregular, de largos tumbos), tii-teroi-titt, hacia los pimpollos de la ladera. «Está anidando», se dice (Jacinto), y tiende la mirada vertiente abajo, sobre brezos y aliagas, hasta topar con el molino derruido, sobre cuyos escombros

se solean una pareja de perdices, inmóviles como piedras y, después, trepa (su mirada, la de Jacinto) por la vertiente opuesta, entre los robles y los calveros de grama, por el festón gris rocoso, de concavidades negro-amarillas, que sobrevuelan los buitres. Al alcanzar la cima, su mirada (la de Jacinto) regresa, se recoge hacia la cabecera del valle, más al norte, acaricia la espesura del robledal aún con hoja de invierno, toma el camino y llega a la cabaña: «Refugio de Recuperación n.º 13». Evidentemente el refugio es de construcción reciente. Allí mismo, a sus pies, en torno al pozo, la costra de cemento, salpicada de esquirlas de piedra y ladrillo, de astillas y pedazos de troncos recién aserrados, se resiste a la maleza. Conforme su mirada se resume, topa Jacinto con la portilla de troncos de pino, totalmente superflua puesto que el acceso a la cabaña es franco por los cuatro costados. «La habrán hecho pensando en el seto», se dice (Jacinto) en voz alta, y antes de acabar de decirlo advierte que el seto existe ya y su estómago (el de Jacinto) se contrae, y su corazón (el de Jacinto) se acelera, tac-tac-tac, como ante un prodigio, y se pone en pie y entonces comprueba que el rectángulo verdeguea en torno al refugio aunque apenas han transcurrido catorce horas desde que sembró el seto y doce desde que lo regó. «No es posible», se dice, e inmediatamente se agacha y verifica que aquí y allá la tierra roja se cuartea, y por las minúsculas grietas asoman los tiernos tallos blanquiverdes, y su pasmo acrece al concentrar su atención en uno de ellos (de los tallos) y verle dar un estirón, breve pero perceptible, como puede verse andar a saltos intermitentes, si se mira con insistencia, a las manillas de los viejos relojes de torre. «Si lo estoy viendo crecer», se dice a sí mismo (Jacinto) asustado, casi a gritos, y la vaguada responde «Ecer» y Jacinto, como si la montaña mostrase alguna reticencia, repite desafiante: «¡¡Sí, crecer!!» y la vaguada repite más fuerte: «¡Ecer!», mas Jacinto enmudece, observando la ebullición de la tierra (como si un centenar de topos la removieran simultáneamente por dentro), las cricas que van abriéndose en la banda planchada la víspera por el agua, los tallos blanquecinos que, como pequeños animalejos, asoman por ellas, los prietos capullos, verdes y ásperos, en los extremos, a punto de estallar.

La pierna derecha, semioculta entre las tres patas del tajuelo, se le duerme y Jacinto la va estirando subrepticiamente, por tiempos, para no distraer a don Abdón, a quien sin duda le complace que asienta cada vez que hace una pausa y así, al preguntarle si es tímido, Jacinto agacha la cabeza como reconocimiento de su timidez y, de paso, alivia la tirantez del pescuezo y libera a la primera vértebra cervical del peso de su cabeza. Nunca recuerda Jacinto una ofuscación semejante. Don Abdón, sentado sobre sus piernas

flexionadas, los turgentes pechos al aire, enmarcado por las columnas salomónicas del baldaquino de oro, se muestra a sus ojos absortos como un dios ante el cual no cabe sino la aquiescencia. Los niños mofletudos y alados de la cúpula, mudos testigos de la entrevista, parecen insuflar sabiduría a don Abdón, quien formula la sentencia, «El seto es la defensa de los tímidos», con una voz total que le penetra a Jacinto por los oídos, por las narices, por los ojos, por la boca y por cada uno de sus poros, con lo cual Jacinto, apabullado, torna a asentir y cuando don Abdón reanuda su discurso, tras otra breve pausa, don Abdón es ya una presencia absoluta cuya voz se desgrana desde la cúpula, desde los anchos muros, rodeándole, penetrándole, empapándole (a Jacinto) como niebla o una lluvia pertinaz: «En un ayer próximo su enfermedad hubiera significado una catástrofe, pero hoy la Casa prevé estas contingencias ya que el hombre en el nuevo orden ha dejado de ser un instrumento», así dice don Abdón y Jacinto humilla la cabeza, los ojos imantados por los negros pezones nutricios, aplastado por los mudos habitantes de la cúpula, por las legiones de escribas, copistas y escribanos que en los muros se afanan en complicadas operaciones aritméticas. Desde abajo, desde el humilde tajuelo, don Abdón, encuclillado como un buda, los agresivos pechos desnudos, se le antoja a Jacinto más padre, más madre, más importante, más dominante, más transcendente que en cualquiera otra circunstancia de su vida. Y al tomar don Abdón en sus manos la blanca cartulina y decirle:

—Preservado por el seto podrá usted reflexionar.

Jacinto sabe sin más a qué se refiere. La fotocopia que Amando García le entregara dos meses atrás reza textualmente así:

> Jacinto San José Niño, nacido el 17 de octubre de 1924. Ingresó el 23 de junio de 1942. Funcionario laborioso, sumiso y disciplinado. Premios del Sumador cuarto trimestre de 1949, primer trimestre de 1962 y segundo trimestre de 1967. Calígrafo de primera. Cristiano desconcertado. Aficiones: libros de mar, parchís, plantas y pájaros. Resistente al fútbol, la televisión y los festejos patronales. Sentimental y con prejuicios humanitarios. Intercedió por Genaro Martín en 1953. En mayo de 1966 ha mostrado una curiosidad malsana por las razones últimas de su tarea. Encubre a varios compañeros que se formulan preguntas improcedentes. Desconfía de la palabra. En 1956 fundó el movimiento «Por la Mudez a la Paz», de tibia acogida entre sus compañeros. Confía aún en el hombre y en la buena conciencia. En observación.

Jacinto puede leer esto (o adivinarlo) sin más que ver el envés de la ficha en manos de don Abdón. Y cuando la voz absoluta de don Abdón puebla de ecos la estancia, Jacinto se estremece, hecho en pocos segundos al gran silencio, se recoge fervorosamente y, ante las manos tendidas con el bolsón de plástico prieto de semillas, se pone en pie, va ascendiendo grada a grada, mientras la alta cúpula, el ábside, la hornacina y los anchos muros le repiten

en cavernosos ecos encontrados: «No se olvide del seto. Aquí tiene las semillas. Se trata de un híbrido americano que prolifera en muy poco tiempo. Jamás la biología había alcanzado tales prodigios». Jacinto toma el saco torpemente, abrumado por la proximidad de los blancos pechos nutricios, de las refulgentes columnas del baldaquino, de los niños trompeteros, del vacío de la inmensa sala que zumba en sus oídos como un caracol marino, pero recoge la bolsa y musita «Gracias, don Abdón», musita, va reculando lentamente y, al topar con el tajuelo, lo tantea con el pie derecho para no tropezar y continúa reculando, la gran bolsa abrazada contra el esternón y haciendo reverencias, y don Abdón y sus pechos acogedores van distanciándose gradualmente, hasta que el trasero de Jacinto topa con la puerta de caoba y, entonces, con el antebrazo izquierdo, oprime el saco contra la barbilla y echa la otra mano atrás, busca a tientas el picaporte, abre y sale después de hacer una última y rendida inclinación.

Al regresar del molino, Jacinto observa que varios capullos han florecido. «¡Oh, Dios! ¿Dónde vamos a parar?», se dice (Jacinto). Deposita a la puerta la cesta con los restos de la comida y se sienta en el suelo, junto a la portilla. Está sobrecogido (Jacinto). Las plantas más precoces sobresalen ya cinco centímetros del suelo y unas se yerguen y otras se alabean y otras reptan por las losetas del pavimento. Su atención está tan requerida que no sabe adónde mirar. Las plantas son aún frágiles y, en la mayor parte de ellas, los capullos permanecen cerrados o entreabiertos, pero en algunas la eclosión es rotunda, el pétalo único desmayado en dos harapos, cuatro dedos de un lado y uno, más ancho, del otro, como una mano vegetal. En las florecillas apuntan tímidamente, como en miniatura, los seis estambres de filamentos sutilísimos y anteras notorias, revestidos de un untuoso polvillo amarillo. Jacinto se inclina, mete la nariz entre los brotes, no se cansa de mirar. El amarillo encendido de las anteras se difumina en los filamentos para desvanecerse en la corola que, a su vez, enlaza con el tallo verde en una transición cromática imperceptible. Bajo la flor, brotan las primeras hojas, minúsculas pero completas en su conformación. Mirar aquellas hojas le produce a Jacinto la misma perpleja emoción que mirar las uñitas de los dedos meñiques de los niños recién nacidos. Los limbos, de un verde vivo y detonante, contrastan con el envés, mate y como empolvado. A Jacinto le recuerdan las hojas de la encina, enterizas, consistentes, de una nervadura difusa. Está embelesado, poseído de un agitado temblor (Jacinto). Fija su atención en un capullo maduro, fino y alargado como un fósforo, y observa cómo su extremo se oxida en unos segundos, adquiere un tono tabaco y, seguidamente, se

entreabre (a Jacinto se le antoja que tras un breve crujido, cric) y deja asomar las pequeñas lombrices de los estambres y simultáneamente los pétalos decaen, pierden la erección, se fruncen y se desmayan. La lozanía de la flor nueva eclipsa la marchitez de los pétalos. «¡Dios mío, Dios mío!», se dice Jacinto, quien al notar el frío de las lajas en el trasero se ha incorporado. Tiende ahora la mirada por la banda lateral (que sigue la línea de la portilla de troncos) y pausadamente recorre los cuatro costados del seto. En todos ellos la tierra roja se resquebraja en torno a los tallos verticales y en las fisuras apuntan nuevos brotes. Es una irrupción general y uniforme de incontenible pujanza. El asombro de Jacinto se trasluce en sus exclamaciones súbitas, en la temblorosa delicadeza con que acaricia los frágiles tallos, en la unción con que examina los filamentos de las flores amarillas. Al rematar el recorrido, da otras dos vueltas alrededor de la cabaña antes de decidirse a tomar la azada y cavar una nueva banda de medio metro junto a la ya sembrada. «He de conseguir un seto robusto», se dice. «Don Abdón se quedará sorprendido; es aún más prolífico de lo que él puede imaginar», se dice, mientras su camisa se empapa de sudor y él (Jacinto) cava y cava ardientemente, sin tregua, por una vez sin notar el cuerpo, y cuando el sol se recuesta en el monte, Jacinto ha removido y rastrillado todo. «Mañana sembraré», se dice con secreta complacencia antes de entrar en la cabaña. Repentinamente siente frío, cierra la puerta y prende la chimenea, la lámpara, la estufa y la cocina. Advierte un remoto gemido, güiiii, en la tráquea al expirar el aire y se pregunta: «¿Qué es eso?», se pregunta, contemplándose en el espejo del servicio (caballeros), *no empieces con tontunas, Jacinto, que aquí, por no tener, no tienes ni de quién echar mano y después de todo no es para tanto, que, bien mirado, no has hecho otra cosa que alumbrar un seto, y eso es lo tuyo, y si doña Palmira y toda la gente creen que no hay motivo para dar allí donde no te pueden corresponder, déjales que digan misa, y si llevan razón con su pan se lo coman, ¿a ti qué te va lo que digan doña Palmira y toda la gente?, tú tranquilo, Jacinto, que si tú con leer un libro de mar o regar una flor quedas a gusto, a los demás que les den tila, mira. Sí, ya lo sé, de acuerdo, qué me vas a decir a mí, con eso lo que haces es afinar tu sensibilidad y la sensibilidad no es sino un amplificador de la angustia, tanto si te decides por ser víctima como por ser verdugo, que en realidad no hay otra disyuntiva, o devoras o te devoran, no tiene vuelta de hoja, de acuerdo, pero si a ti esto te satisface no hay por qué dar tres cuartos al pregonero y si doña Palmira y toda la gente piensan lo contrario, pues muy bien, que lo piensen, tú tranquilo, Jacinto. Y, por amor de Dios, no me mientes otra vez a Genaro,*

Jacinto, caramba, que yo no sé qué te habrá dado el dichoso Genaro ese pero no se te cae de la boca, y todo lo que me puedas decir de él me lo sé de memoria, todo, que si levanta cien veces al día la pierna junto al alerce y le quitas el alerce y le pones en su lugar el palo de una escoba, seguirá levantando la pierna junto al palo de la escoba cien veces al día sin advertir la sustitución, vaya novedad; pero aunque así sea, ¿qué puedes hacerle tú, dime, Jacinto? Dejar de sentir, muy bonito, menuda, y eso, ¿con qué se come? ¿Eh? ¿Quieres darme la receta? ¿Dónde hay que cortar para dejar de sentir? Es muy fácil hablar, Jacinto, pero las cosas son como son y no basta saber que el hombre que siente es el hazmerreír de los que no sienten y, además, un motivo de confusión; no basta con saber todo eso del hazmerreír y la confusión para dejar de sentir, Jacinto, desengáñate, ni te vale siquiera el recurso de las palabras; las palabras, ya ves, ¿quieres mayor motivo de confusión? Bien mirado el doctor tiene más razón que un santo, que si tú no diferencias un cero de una O, que ni te habías dado cuenta, Jacinto, reconócelo, ¿qué de particular tiene que las palabras confundan y que cada uno dé a la misma palabra significados distintos? Si la imaginación del hombre es tan débil que no acierta a inventar un garabato que diferencie claramente el cero de la O, Jacinto, todo ha de ser confusión, convéncete, porque hay mucha gente interesada en armarla (la confusión) porque de ella (de la confusión) sacan tajada los vivos, ¿te das cuenta?, y la única oportunidad de convivencia que se nos dio a los humanos, la Torre de Babel, la desperdiciamos bien tontamente.

Jacinto, siempre que piensa, se manosea la cabeza; trata de conformar las ideas con las manos. Le cuesta mucho elaborarlas (las ideas) y más aún ordenarlas (las ideas) y mucho más aún evacuarlas (las ideas) ya que con frecuencia se adhieren al cerebro como tenias y afloran solamente anillos dejando dentro la cabeza. Quizá todo ello sea fruto de la timidez, puesto que Jacinto es profunda, inmaculadamente tímido y si, pongamos por caso, al entrar en la iglesia toma agua bendita para persignarse, su movimiento inicial (llevarse el pulgar a la frente) es correcto pero, inevitablemente, lo resuelve en un garabato apresurado porque sospecha que el resto de los fieles lo vigilan. Otro tanto le acontece con las genuflexiones ante el altar mayor: su rodilla derecha jamás roza el suelo, y aunque siempre se lo propone (hincar en el suelo la rodilla), se lo impide un deseo acuciante de abreviar. Nada digamos con los cánticos (en la iglesia), particularmente si hay alguna muchacha próxima, en cuyo caso Jacinto abre la boca, frunce los labios o los dilata, de acuerdo con el volumen del coro, esto es, brinda la imagen del que canta pero se cuida de no emitir sonido alguno. Su timidez no le consiente permanecer con la boca cerrada cuando los demás la abren, pero tampoco le permite unirse al coro.

Algo semejante le sucede si presta dinero o lo pide prestado, ya que en ambos casos Jacinto lleva las de perder, puesto que si presta le acobarda pedir lo que le deben, y si pide prestado le sofoca que se lo reclamen. En ambos casos, mientras la deuda no se salde, Jacinto procura soslayar a la parte contraria (prestamista o prestatario), pues si se topa con ella (la parte contraria) y es él (Jacinto) quien ha prestado, le azora pensar que el otro está pensando que él (Jacinto) piensa en pedirle lo que le adeuda, y si es el caso contrario, es decir, si le prestan (a Jacinto), su aturdimiento proviene de pensar que el otro esté pensando que ya es hora de que él (Jacinto) se rasque el bolsillo. Esto le conduce, debido a su complejo nato de incapacidad, a desconfiar de sí mismo y, en principio, a aceptar como buenas, sin proceso analítico previo, las proposiciones ajenas.

De aquí que la idea de Genaro le pareciera razonable, ya que, merced a un idioma universal, los hombres del mundo entero podrían, al fin, cambiar impresiones, perfeccionarse mutuamente y, a la postre, quizá, entenderse a despecho de los prohombres. El Grupo esperantista se reunía todos los jueves a las ocho de la tarde en la Academia Don Abdón y entre el «Karaj Kunuloj» con que Genaro abría las sesiones y el «Gis morgau, amikoj» con que despedía a sus miembros, las asambleas discurrían en un ambiente dialogante y armonioso, aunque Genaro se esforzase en orientarlas hacia un clima

realista: «Konsideru Ke tie ci Kunestas Kuindek persónoj, Kaj la mondo hayas pli ol du mil milionoj da logantoju». Esto y la lectura del periódico cada mañana fue despertando en Jacinto el escepticismo y, con el tiempo, motivó su deserción. Jacinto observaba que cuanto más hablaban los prohombres entre sí más se alborotaba la humanidad, de lo que dedujo que el día que mil quinientos millones de hombres estuvieran en condiciones de dialogar con otros mil quinientos millones, el mundo se convertiría en una olla de grillos. «Éste no es el camino», se dijo Jacinto un día, pero aún guardó discreción durante unas semanas porque le dolía lastimar a su amigo. Una tarde, sin embargo, en que Genaro lamentaba su escaso entusiasmo (el de Jacinto) por la causa, Jacinto respondió: «La palabra no sólo es voluble sino un instrumento de agresión», y entonces Genaro Martín pretendió echar a barato la tesis de Jacinto y, como máximo exponente de desdén, se llevó un dedo a la frente y giró la uña simulando que apretaba un tornillo, mas una semana más tarde, en el Refectorio, en medio del estupor general, Genaro se encaró con Darío Esteban y le dijo: «Digo, Darío Esteban, que por qué en lugar de tantos hospitales y refugios de recuperación no nos suben el sueldo para que nos alimentemos mejor y de esta forma enfermemos menos», le dijo, y la interpelación fue tan brusca que, de momento, Darío Esteban no respondió, se limitó a mirar a Genaro como si le midiera de pies a cabeza, y, al cabo, levantó la mano del anillo apuntando vagamente y dijo: «Pásese inmediatamente por la Sala de Visitas, Genaro Martín» y, una vez allí, en la Sala de Visitas, estalló Darío Esteban, «Me cisco en la lógica, Genaro Martín, si es que su pregunta pretende ser lógica; el hombre reflexivo antes que en comer debe pensar en una cama donde morir noblemente. No puedo ocultarle, Genaro Martín, que su falta en el Refectorio hace unos minutos es de las que el reglamento de esta Casa califica de gravísimas. Usted viene a poner en duda, Genaro Martín, que don Abdón es el padre más madre de todos los padres». Y, ante sus palabras, Genaro Martín se atufó, en la Sala de Visitas, y eso sí que no, Darío Esteban, dijo, eso es un principio, no una afirmación cuestionable, dijo, y los ojos de Darío Esteban cortaban, echaban chiribitas, y su mejilla derecha (la de Darío Esteban) empezó a borbotear como una marmita de agua hirviendo y, así que cedió el hervor, dijo, en la Sala de Visitas, «Dígame entonces, Genaro Martín, ¿quién es la Casa?», y Genaro Martín, sin vacilar, «Don Abdón, Darío Esteban», y Darío Esteban, «¿Y quién es el Reglamento de la Casa, Genaro Martín?», y Genaro Martín, sin vacilar, «Don Abdón, Darío Esteban», y Darío Esteban, en la Sala de Visitas, «Entonces ¿es usted capaz de poner en tela de juicio que el orden sea

libertad?», y Genaro Martín, a estas alturas, vaciló, carraspeó, y «En modo alguno, Darío Esteban», dijo al fin y, a medida que decrecía el hervor de la mejilla derecha de Darío Esteban, sus argumentos (los de Darío Esteban) se impregnaban de cierta cordura y «Con su mentalidad lógica, Genaro Martín, usted debe comprender», decía, «que discutir el Reglamento de la Casa, que es don Abdón, comporta un desorden, y todo desorden, consecuentemente, una vez admitida aquella premisa, comporta un atentado contra la libertad», así dijo, de un tirón, Darío Esteban, y su pecho (el de Darío Esteban) se infló al rematar sus palabras, mientras Genaro Martín respondía, con voz coagulada, sacudiéndose un polvo invisible de la solapa de la americana, «Si usted lo entiende así, Darío Esteban, le pido excusas», pero ya era tarde y la cara de luna llena de Darío Esteban se movió de un lado a otro y Darío Esteban adoptó la voz de barítono para sentenciar «El mal es irreparable, Genaro Martín, y a mí, como celador, no me resta otro recurso que despedirle».

Durante semanas Genaro Martín vagó por la ciudad como un apestado, mendigando de puerta en puerta, pero las puertas, sin excepción, se le cerraban y el Grupo le expulsó de su seno y sus compañeros de oficina se cruzaban de acera para evitar saludarlo y las gentes decían: «Es un revolucionario, pregunta cuando las respuestas ya están dadas», y otras gentes decían: «Si es otro (distinto de don Abdón), le hubiera molido a palos y le hubiera expulsado a patadas de la ciudad», y otras gentes decían: «Es una hiena; ha mordido la mano que le daba de comer». Tan sólo en aquellas semanas de prueba, Genaro Martín recibía las visitas de Jacinto, pese a que Genaro Martín le advertía «Vete, Jacinto San José, pueden considerarte cómplice y eso te costaría caro», pero Jacinto, no obstante, volvía por la casa una y otra vez, siempre con algún comestible, y, tan pronto franqueaba la puerta, los pequeños le arrebataban el paquete de las manos y se lo disputaban en el suelo como fieras, arañándose y mordiéndose, y Jacinto depositaba conmiserativamente su mano azulada sobre el hombro cubierto de andrajos de Genaro Martín y trataba de persuadirle, decía: «Ya ves para lo que sirven las palabras, Genaro Martín, para embrollarte y hacerte decir lo que no has dicho, ¿puedes imaginar lo que sucederá el día que cada ciudadano pueda interpelar a tres mil millones de conciudadanos? Oye una cosa, Genaro Martín, el día que los genaromartines dispongan de un idioma inteligible para interpelar a los DARIOESTÉBANES, los genaromartines sucumbirán porque nada solivianta tanto a los DARIOESTÉBANES como que los genaromartines les interpelen».

Días después, Jacinto San José firmó un Recurso de Intercesión ante don Abdón y, transcurridos seis meses, el recurso fue estimado y la expulsión de genaromartín, merced a una concesión de retrogracia, se convirtió en degradación: genaromartín perdía su puesto en el escalafón burocrático e ingresaba en el subsubalterno. Y las buenas gentes decían: «¡Qué gran corazón, el de este hombre!», o bien: «Don Abdón es el padre más madre de todos los padres», o bien: «Si en lugar de don Abdón da conmigo, otro gallo le cantara», así decían las buenas gentes.

Y las buenas gentes aprovechaban la festividad de la ciudad, San Abdón mártir, para agasajar y desagraviar a don Abdón a lo largo de una semana y, a lo largo de una semana, la ciudad se encendía en fiestas y, durante ellas, todos aquellos que en el curso del año hubieran dado muestras de resistencia o reticencia, sufrían inocentes vejaciones, candorosos escarmientos que oscilaban entre La Invitación al Ayuntamiento y El Rey de Bastos, pasando por El Blanco de la Feria. En realidad, cada año se inventaban nuevos correctivos, a cual más eficaz e ingenioso, pero eran aquellos tres los que provocaban especialmente el regocijo popular. El primero, La Invitación al Ayuntamiento, consistía en convidar al balcón principal de la Casa Consistorial al resistente o reticente para que contemplara desde allí las tracas de iniciación o remate de fiestas y, una vez comenzados los fuegos artificiales, el alcalde y los miembros de la Corporación, preservados con trajes y manoplas y caretas de amianto, bloqueaban al invitado contra la balaustrada para que encajara en el rostro la rociada de cohetes que la multitud disparaba, bien a mano, bien valiéndose de arcos y cerbatanas, sobre él. Se trataba de un juego pueril, de mera pirotecnia, supuesto que las quemaduras muy rara vez alcanzaban el tercer grado.

El Rey de Bastos constituía un pasatiempo que, por su contundencia y por los equívocos que originaba, ofrecía mayor atractivo para el pueblo primario. Entre los Gigantes y Cabezudos que recorrían las calles animados por la charanga municipal y que simbólicamente agredían al respetable con globos y vejigas hinchadas, se ocultaba uno, El Rey de Bastos, cuyo garrote era auténtico y que se limitaba a efectuar fintas y simulacros hasta topar con el reticente o resistente (quien asistía al desfile desde el bordillo de la acera), en cuyo caso el Rey de Bastos descerrajaba el golpe sobre su cabeza tras unos amagos amistosos, de forma tal que el agredido encajaba el cachiporrazo con la sonrisa en los labios imaginando que se trataba de una vejiga o un globo y, del equívoco, nacía la hilaridad de chicos y grandes que se apiñaban para ver desplomarse a la víctima. Si cruento en ocasiones, el juego, al que los

flamencos denominaban La Trepanación, se resolvía en el peor de los casos en el Hospital Don Abdón con una docena de grapas.

Por último, en El Blanco de la Feria, el busilis radicaba en que cualquier ciudadano con buen pulso, fuese hombre o mujer, podía ser el ejecutor del escarmiento y ganar, de paso, una caja de tofes. La técnica del pasatiempo era rudimentaria. Tras los blancos de las barracas de tiro con las dianas horadadas se colocaba el ojo derecho del resistente o reticente debidamente sujeto por sus convecinos, de tal manera que la presunta víctima pudiera contemplar cómo los aspirantes al premio apuntaban sobre su pupila. Hacer blanco no era fácil ya que para este menester se utilizaban viejas y herrumbrosas carabinas de aire comprimido, de presión muy discutible, pero la nerviosidad del encartado constituía ya de por sí un espectáculo de comicidad arrolladora y, por otra parte, no cabía descartar el acierto (la mayor parte de las veces por casualidad) del tirador, en cuyo caso al alarido del reticente o resistente, acompañado de ordinario por un desmayo aparatoso, seguía el grito publicitario del dueño de la barraca: «¡Premio para el señor!», o «¡Premio para la señorita!», y, ante esto, el gentío se arremolinaba en torno y comentaba regocijado: «¡Coño, vaya un ojo que le han puesto!», o bien «Ése ya no vuelve a mirar derecho». En las barracas donde se ejercitaba esta modalidad de tiro, las condiciones eran las mismas: una caja de tofes de la mejor calidad al que acertara en la pupila y un estuche amarillo con cuatro tabletas de chiclé al que alojara el perdigón en la esclerótica. Por razones obvias, los tuertos del ojo derecho, los quemados en el rostro y los que tuvieran una cicatriz en la frente no estaban bien mirados en la ciudad.

Pero la apoteosis festiva tenía lugar el último día de feria, la festividad del mártir. Al caer la tarde, don Abdón, ataviado con una túnica blanca que dejaba un pecho al descubierto y que, fruncida en mil pliegues, caía hasta los pies (calzados con sandalias de oro), se embarcaba, después de incensado, ungido y coronado de laurel, en la Barca del Destino. Previamente la Electra Don Abdón había dejado la ciudad en tinieblas y el lago del bosque reverberaba las mil luces de las antorchas y las bengalas y los farolillos multicolores. A la luz cambiante de las llamas, arropado por el pueblo que se apretujaba silencioso en las orillas, don Abdón daba las tres vueltas simbólicas a la isleta en compañía de un perro y un gato encerrados en una cesta, y tan pronto se cerraba el círculo de la tercera estela, el pueblo estallaba en vítores y ovaciones al tiempo que la barca atracaba en el desembarcadero y seis ancianitas de las Hermanas de Don Abdón, ataviadas de negro y tocadas con pañolones también negros, se aproximaban a la barca y Susanita Rey

Expósito, jefa de la comunidad, con sus ciento veintitrés años a cuestas, se dirigía a las gradas del muelle y, tras una ceremoniosa reverencia, decía:

—Descienda de su carruaje
y reciba nuestro homenaje

y don Abdón, desprendiéndose de los ramos de rosas y claveles que cubrían la embarcación, se apeaba de su trono flotante entre las aclamaciones de la multitud y se sentaba, empingorotado y afable, sobre las manos entrelazadas de las seis ancianitas del asilo, quienes, al recibir sobre sí la dulce carga, estimuladas por los aplausos atronadores del gentío, corrían y corrían como cucarachitas negras por los caminos del parque, con don Abdón en volandas, entre un fantástico juego de luces contrapuestas, cantando a voz en cuello:

—¡A la silla la reina,
que nunca se peina,
si se peinara
piojos no criara!

Bajo el resplandor deformante de las bengalas y las antorchas, las ancianas corrían encorvaditas y ligeras y don Abdón reía y reía, se bamboleaba, y su túnica blanca se escurría dejando al aire sus sólidas y maternales mamas y, con objeto de mantener su prestancia, de exhibir una digna actitud, se aferraba crispadamente a los huesudos hombros de las centenarias, quienes, al terminar la canción, se detenían en el centro de la Fuente de Don Abdón y, sacando fuerzas de flaqueza, se agachaban y, sacando fuerzas de flaqueza, voceaban:

—Una, dos y tres
¡Aúpa, lela!

Y, simultáneamente, tensaban sus bracitos entecos y lanzaban al aire a don Abdón para volver a recogerlo, al caer, sobre sus manos trémulas entrelazadas, y don Abdón se atragantaba de la risa que le daba, y sus carcajadas se contagiaban a la multitud sublimada por el espectáculo, y las carcajadas de la multitud sublimada por el espectáculo se le contagiaban a don Abdón, que hacía gorgoritos como los niños de pecho cuando ríen y decía, siempre decía, «Otra vez, otra vez; me gusta más que el año pasado», y las ancianitas, cada vez más fatigadas, tornaban a mantearlo, catapultándolo hasta las primeras hojas de los castaños de la Plaza, y el gentío enardecido exigía «¡Más alto, más alto!», y las ancianitas, sacando fuerzas de flaqueza, le

impulsaban aún más alto y los espectadores avisados se miraban entre sí y comentaban «Están dopadas, de otra manera no se explica», comentaban, y así hasta que las centenarias caían exhaustas sobre la arena de la Plaza y el público ovacionaba la proeza y decía «¡Bravo!», y don Abdón, tan pronto advertía que las ancianitas eran incapaces de enderezarse, se ponía en pie a regañadientes, se sujetaba la túnica en el hombro izquierdo, pedía el portamonedas y les daba una moneda reluciente a cada una: «Para pipas», decía paternalmente, y las ancianitas agradecían la dádiva con tenues voces entrecortadas, «Dios le bendiga», «Salud para que se repita otro año», le decían, y conforme don Abdón se acomodaba en la carroza y la multitud iba despejando, la Electra Don Abdón daba la luz y ellas, las ancianitas, se congregaban bajo una farola, miraban y remiraban las monedas de cerca, las mordían por turno con su par de dientes careados, y la Rosa San José Expósito decía: «Voy a encargar a la Hermana Emérita el método Sansón para poder tirarle más alto al año que viene; él todo lo merece». Y la Susanita Rey Expósito se remangaba lentamente el negro vestido, doblaba su escuálido bracito y decía pavoneándose: «Mirad qué bola», y la Encarna Expósito Don Abdón se asombraba: «¡Joer, vaya una bola que ha echado la Susanita!».

El bíceps derecho le duele terriblemente al despertar; siente el brazo descuajeringado, como con un muelle roto, y si lo estira, a duras penas puede volver a flexionarlo. Nota como si, de la noche a la mañana, entre las articulaciones se le hubiera criado moho. Pero no es el dolor lo que le despierta (cree) sino la algarabía, piu-piu-trui-trui-chec-chec, de gorgeos, trinos y graznidos que penetran a través de los cristales de las ventanas, Jacinto da media vuelta y se tiende del lado derecho, luego del izquierdo y, al cabo, de nuevo sobre el derecho. Es lo mismo. No puede reconciliar el sueño y, en vista de ello, se tira de la cama, se embute en la bata, se calza las zapatillas y sale al campo.

El primer sol funde la escarcha de la ladera y paulatinamente, tras el despertar de los pájaros, va renaciendo el silencio. Toma la goma e instintivamente la enrosca en el grifo de la pila y, al enfocar la boca hacia el seto, advierte los progresos de éste. Ya no es una banda tímidamente apuntada sino un volumen vegetal donde la consistencia blanquiverde de la víspera ha sido sustituida por la entereza de la planta adulta y la floración consiguiente. El seto ha crecido un palmo al menos y las hojas (unas hojas aceradas, rígidas, de dientes incisivos) cortejan a las flores amarillas, de débiles estambres, en plena eclosión. «Esto es algo inimaginable», se dice Jacinto, mas la irrupción repentina del agateador en su campo visual, le distrae y, al

verlo (al agateador) posarse sobre las tablas de la caseta, tiit-tiit, sonríe (Jacinto) y le dice: «Temí que te hubieses marchado», le dice, pero el agateador le observa curiosamente y, sin mostrar la menor difidencia, se desliza, tiit-tiit, tabla abajo y se escabulle por el ensanche de la ranura. Jacinto riega la banda del seto y la banda aneja (la que ha sembrado la víspera) todavía sin rastro vegetal pero ya cuarteada. Riega meticulosamente (con la misma concentración con que escribía en la oficina) repartiendo el agua con equidad, volviendo sobre lo ya regado una vez que la tierra embebe los pequeños charcos que se forman. La temperatura es baja, fría, pero el sol, en un cielo sin nubes, deja ya sentir su fuerza primaveral. Jacinto interpone su dedo índice en el pitorro y promueve un abanico de agua que cae pulverizada, sin dañarlas, sobre las plantas. A veces, debido a la disposición del agua y a la inflexión de los rayos del sol, en el centro del surtidor reverbera un rutilante arco iris. Jacinto sonríe mansamente y se olvida de su debilidad. Después de dar vuelta a la casa, se dirige a la portilla de troncos y la abre y la cierra una docena de veces. En apenas cuarenta y ocho horas, la portilla ha adquirido un sentido: el seto delimita ya una superficie, acota un campo cerrado. Se sienta (Jacinto) en el tronco superior de la portilla y se mece suavemente en un movimiento de vaivén. Mira largo, sin objeto, y de pronto vislumbra una liebre gazapeando por la ladera opuesta; avanza sin temor (la liebre) y, a trechos, se acula en los calveros, las orejas pinas, como acechando. Jacinto vuelve a sonreír, pero, súbitamente, siente frío y punzadas en el bíceps derecho. Se incorpora y, antes de entrar en la cabaña, observa el seto en una mirada de conjunto y dice en voz alta: «En una semana estará hecho. Nunca vi una cosa igual». Al meterse en la cama tirita (Jacinto). Se enfunda en un jersey, tiende la bata sobre las mantas, se acurruca y ajusta el embozo por la espalda. Empieza a reaccionar. Allí, en la cama, se siente mejor, quieto y sin hablar. Desde que dijo adiós a Darío Esteban no ha echado en falta la compañía, ni siquiera ha llegado a conectar el transistor. «Para mí, las palabras están de más», se dice (Jacinto). De entrada, al sugerirle Genaro lo del Grupo, Jacinto pensó que, en efecto, el mundo necesitaba palabras universales y sin desgastar y, por tanto, el esperanto podía ser un remedio y se enroló en él ilusionado, pero al poco tiempo renegó por entender que si se habla, se discute; si se discute, se odia; y si se odia, se mata. Entonces fue cuando se dijo (Jacinto): «Menos palabras y más nuevas». Genaro le vio en trance (frecuentemente le sorprendía sentado en una silla, manoseándose la cabeza, o meditando solitario en las cumbres de los cerros rayanos a la ciudad) y unas semanas después Jacinto enunció por vez primera el objetivo

de su movimiento por la mudez a la paz. Era algo incipiente todavía, sin conformar, pero con una apariencia sugestiva y una innegable fuerza interior. Decía Jacinto: «Desaprovechamos la Torre de Babel pero, aunque tarde, aún es tiempo». En rigor, eran muy pocos los que le escuchaban (a Jacinto) y la mayor parte de esa minoría se mofaban de él; el mismo Darío Esteban, que le oyó una mañana en el Refectorio, le dijo: «No diga majaderías, Jacinto San José; mejor es que hable del 3-3-4. ¿Cree usted que el 3-3-4 es una táctica ofensiva adecuada o, por el contrario, una discreta estrategia defensiva?» y Jacinto frunció la nariz en un conato de sonrisa y dijo: «Lo siento, no gasto», a lo que Darío Esteban replicó, ladeando el pestorejo como una gallina alertada, «¿Está usted poniendo en duda, Jacinto San José, que hablar de deportes sea aún más saludable que practicarlos?».

A partir de esta observación reticente Jacinto se propuso hablar con las palabras justas. Las conversaciones en el Refectorio y a la entrada y salida de la oficina, se le antojaban una dilapidación sin sentido, y únicamente si platicaba con el espejo se toleraba algunas licencias puesto que él (Jacinto), a lo sumo, podría destruir su imagen (el espejo), pero tal agresión no era grave en sí ni acarrearía consecuencias funestas para nadie. Persuadido de la congruencia de su idea se dedicó durante unos días a buscar discípulos. El primer epígono fue César Fuentes (Cesárea por mal nombre), quien, apenas Jacinto abrió la boca, formuló su intransigencia radical: era preciso cortar la lengua a todos los seres racionales (César Fuentes decía, con su vocecita aflautada, castrarles la boca) para sofocar en embrión las agresiones verbales. Jacinto trató de hablarle al corazón y le dijo «Ten cuidado, César Fuentes, un ideario nacido del resentimiento difícilmente puede prosperar y si prosperase no generaría sino resentimiento; si intentar comprendernos es una utopía, solamente cabe una posibilidad de comprensión: no intentarlo».

Aparte César Fuentes, dos hombres atrajeron a Jacinto desde el primer momento por razones obvias: Baudelio Villamayor, el jardinero, por su laconismo, y el escribano de primera Eutilio Crespo, por su instinto de ocultación. Baudelio Villamayor, desde su ingreso en la Casa, se hacía entender con medias frases o medias palabras, de tal manera que cuando decía «días» se sobreentendía que quería decir «buenos días» y si decía «buenas» se sobreentendía que quería decir «buenas tardes», y, en lo atañedero a Eutilio Crespo, Jacinto advirtió que era tan celoso de su personalidad de escribano que ordinariamente ocultaba su tarea tras un paipai para evitar ser plagiado. Tanto Baudelio Villamayor como Eutilio Crespo aceptaron las directrices del movimiento POR LA MUDEZ A LA PAZ y, salvo ellos, las palabras de Jacinto

cayeron en el vacío. Ello no impidió que Jacinto progresara en la maduración de su ideario, buscando los puntales de su doctrina, y una tarde que formuló su lema «Ni retórica ni dialéctica; frase corta, palabra corta, pensamiento largo», Baudelio Villamayor le objetó que la frase y la palabra cortas sí estaban en su mano pero que cómo coños se las iba a arreglar él para conseguir un pensamiento largo. La objeción deparó a Jacinto nuevos motivos de reflexión y finalmente resumió su pensamiento en estas conclusiones:

> a) No es racional que al hombre se le vaya toda la fuerza por la boca. b) La palabra, hasta el día, apenas ha servido sino como instrumento de agresión o exponente de necedad. c) Con las palabras se construyen paraísos inaccesibles para las piernas, y d) y última, cuantas menos palabras pronunciemos y más breves sean éstas, menos y más breves serán la agresividad y la estupidez flotante del mundo.

Lo del pensamiento largo quedaba, pues, de momento relegado. Así, sin que Jacinto se lo propusiera de un modo inmediato, nació el contracto. Las palabras apocopadas, especialmente las esdrújulas, ganaban en eufonía y, en el contexto de la frase, resultaban perfectamente inteligibles; ahorraban tiempo no sólo al que hablaba y escribía sino al que escuchaba o leía; al replantear el diccionario, las palabras renovadas recuperaban la fuerza y la pureza iniciales que el uso y el abuso (la erosión, decía Jacinto) les habían hecho perder; se eludía el riesgo del automatismo verbal, causa directa de la estupidez flotante, y, por último, se enervaban las probabilidades de discordia puesto que si el que mucho habla, mucho yerra, el que poco habla, yerra poco. César Fuentes, Baudelio Villamayor y Eutilio Crespo sonreían al dar la palmada aquiescente (la ovación tradicional se reducía en contracto a una sola palmada, ya que así se expresaba igualmente asentimiento y complacencia, sin perder tiempo ni quemar energías inútilmente). Jacinto realizó la primera demostración con su eslogan ya famoso «Ni retórica ni dialéctica; todo intento de comprensión por la palabra es una utopía», que, en contracto, quedaba reducido a esto: «Ni retora ni diala; todo into de compra por la pala es una uta». César Fuentes, Baudelio Villamayor y Eutilio Crespo dieron otra palmada y César Fuentes dijo «¡formido!» y Eutilio Crespo dijo «¡estupo!» y Baudo Villamo, el jardo, miraba a un lado y a otro consciente de que participaba en la iniciación de algo importante pero sin asumir íntegramente su trascendencia. (Andando el tiempo, Jacinto reconocería la influencia que en la génesis del contracto tuvo su innata aversión a las palabras esdrújulas. Su timidez le impedía pronunciar una palabra esdrújula sin que un incipiente balbuceo, rayano en la tartamudez, delatara su azoramiento. Transformadas en graves merced al contracto, las palabras esdrújulas resultaban digestivas sin ser abrumadoras).

Horas y horas dedicó Jacinto a perfeccionar y pulir el nuevo idioma. A menudo se decía con secreta complacencia: «El contracto soy yo», y tal frase, al tiempo que aplacaba su diminuta vanidad, le imbuía un sentido de inquietud responsable. Tenía fe en su aceptación universal; menos palabras y más cortas podría constituir el elemento ordenador que la Humanidad requería y, persuadido de ello, Jacinto convocó la víspera de San José (quizá un poco precipitadamente) el Primo Congro de Contro.

La reunión se celebró en el invernadero de Baudelio Villamayor entre macetas, palas y rastrillos, en torno a un brasero de picón de encina y unos vasos de vino tinto. El discurso de Jacinto, modelo de economía verbal, fue recogido íntegro por Eutilio Crespo en el Libro de Actas, donde, después de la reunión inicial, no volvería a consignarse ni una sola palabra. Decía así:

Texto into del disco constituto del Movo Por la Mudez a la Paz prono por D. Jazo San José Niño

Queros amos: dos palas para daros la bienvena y deciros que estamos en el buen camo. La Humana tiene neza de economizar sonos. Es un pelo hablar más de lo que se piensa. Por otro lado, el exzo de palas comporta confusa. Es un erro pensar que un idia universo facilitaría la conviva. La retora, la grandilocua perturban el entendo humo. Seamos latos y procuremos que un humo hable lo menos poso con otro humo puesto que si un humo habla poco con otro humo, la discrepa es imposa y por tanto abocaremos a una eta pacifa defina. Daos cuenta de la trascenda de este momo histo. Nada más. Nombremos ahora un Preso, un Vicepreso, un Secro, un Vicesecro y un Teso para que rijan nuestra asocia.

Sonó una palmada seca y unánime como un taponazo, mas a la hora de nombrar junta directiva fue necesario dejar vacante el cargo de Vicesecro por falta de número. Tras su elección de Preso, Jacinto hubo de multiplicarse para atender consultas, eludir roces y solventar situaciones difíciles, pero, pese a su celo, el conflicto se presentó en el apartado Ruegos y Pregas. «Los finales en ción y zón, contractan en za por simple eufa —decía Jacinto—. Ejo, precaución hace precauza y corazón, coraza». «Los tiempos verbos, salvo el parto paso, no contractan. Ejo, dormo por dormido, entero por enterado». «Los bisilos, de ordino, no contractan. Excepcias: nombres propios y los acabos en consona. Ejo, Ceso Fuenta y erro por error». Eutilio Crespo, con su desconfianza proverbial, interrumpía a Jacinto a cada rato, le exigía explicaciones como si tratara (Jacinto) de defraudarlos y, a última hora, empezó a acusarle de absorbente, de tan malos modos que insensiblemente el diálogo amistoso degeneró en una agria polémica. Primero dijo Eutilio Crespo: «Si los tiempos verbos no contran a excepza del parto paso, nos quedos a mita del camo, Jazo». Segundo, Jacinto replicó: «Ten en cuenta, Euto, que se trata de hacer un idia difo pero comprensa». Tercero, viendo el cariz que tomaban los acontecimientos y con objeto de evitar una crisis de autoridad, terció César Fuentes: «Un momo, voy a leeros la prima traduza al

contro de un sono de Anto Macho», mas Eutilio Crespo (cuarto) tomó la intervención de César Fuentes como una provocación y se encolerizó y gritó: «¡Deja de pamplas ahora! El probla es más serio que todo eso», y, como Jacinto, pese a intentar apaciguarlos, gesticulando con sus manos azules, no diera su brazo a torcer (quinto), Eutilio Crespo perdió la cabeza (sexto) y le voceó: «¡Eres un dicto y un gilipas!», le dijo, y aunque Jacinto apeló débilmente a su condición de Preso de la asociación recién constituida, Eutilio Crespo, fuera de sí (séptimo), arrastró la banqueta hacia atrás, se puso en pie y cerró a voces toda posibilidad de acuerdo: «¡Pues el Preso me toca a mí los cojos!», chilló, y se armó una trapatiesta y, mientras Jacinto decía «Un momo, por favor», César Fuentes se obstinaba en leer el sono de Anto Macho y Baudelio Villamayor, el jardinero, prendía a Eutilio Crespo por las solapas y le zamarreaba y le llamaba «cabra» y «cantamañas» y Eutilio Crespo, después de desasirse (octavo y último), agarró el picaporte y le dijo: «Vete a freír puñas, fardo de mierda», le dijo, y salió dando un portazo.

Se abrió un silencio que Jacinto quebró diciendo doloridamente: «Ha sido un fraco, lo siento. Los homos no tenemos remo». Y Baudelio Villamayor, con los ojos bajos, les oseaba hacia la puerta, venga, ahuecar, no vaya a venir el Jefe; y salieron, y, según caminaban a la luz de las estrellas por los senderillos de ceniza, César Fuentes tomó por el brazo a Jacinto San José y le dijo contristado: «Ese jodo de Euto siempre quiere tener raza y lo peor es que no sabe hacer una O con un cano».

El doctor saca del cajón de su escritorio una pelotita de celuloide y un huevo del mismo material, los dos blancos, pestañea y alza uno en cada mano:

—Un momento —dice—. Coja usted sin demora el huevo.

Al instante Jacinto alarga la mano y coge el huevo.

—Ahora —añade el doctor— tome el otro huevo.

Jacinto torna a sonreír mansamente, como sintiéndose cómplice de una broma y, mansamente, dice:

—Lo siento, doctor, no hay más huevos. Lo que queda no es un huevo, es una pelota.

El doctor no le da tregua:

—Dígame, y su cabeza, ¿es un huevo o una pelota?

Jacinto carraspea.

—No es un huevo ni una pelota —responde con firmeza—, es una cabeza, pero puestos a buscar parecidos, su forma tira más a la del huevo que a la de la pelota.

El doctor frunce la frente y su mirada penetrante se ensombrece. Levanta ahora la esferita blanca por encima de su hombro e inquiere:

—Y si yo le dijese que esto es un cero, ¿qué respondería usted?

Jacinto bizquea sensiblemente del ojo izquierdo y para infundirse serenidad introduce una mano entre dos botones de la camisa y se agarra a la medallita de oro. Dice:

—Le diría que no es un cero, que es una pelota.

—Es curioso. ¿Y en qué los diferencia?

—Bueno —dice Jacinto—, para entendernos le diré que el cero es algo que no se puede coger; no existe, es pintado.

Los ojos y la frente del doctor se ensombrecen cada vez más. Ahora murmura insistentemente por lo bajo: «Caramba, caramba, caramba», y escribe sin pausa en el anverso de la ficha pero, de pronto, se interrumpe y le dice (a Jacinto) sin mirarle:

—Confío en que esto suyo no pase de ser una vulgar neurosis del sumador. Mañana pasaré a Oficina diagnóstico y tratamiento.

Jacinto espera pacientemente en su lugar, en posición de descanso, y así que el doctor abre la puerta y le dice «Pase», pasa, mas de inmediato, ya en el dintel, la mano del doctor le atenaza el brazo y Jacinto vuelve la cabeza y divisa el huevo blanco entre los dedos morenos del doctor y oye su voz:

—Disculpe; esto que tengo en la mano ¿es un cero o una O?

Jacinto deja escapar una risita cazurra, de campesino:

—Ni una cosa, ni otra —dice—. Es un huevo.

Sin nada que aparentemente lo justifique, el doctor empieza a dispararle preguntas a quemarropa, sin darle tiempo (a Jacinto) a reponerse de la anterior (pregunta). Señala (el doctor) con el bolígrafo el cero del 10 de abril del calendario que pende de una alcayata en el pasillo:

—¿Y esto? —añade (el doctor)—. ¿Es una bola o un huevo?

—Un cero —responde Jacinto.

—¿Y aquí? ¿Le importaría decirme qué dice aquí? —señala la O de la palabra calendario. Jacinto titubea un instante:

—Dice O —dice al fin.

—¿No es un cero? ¡Fíjese bien! Esto es decisivo.

—No, doctor; es una O, estoy seguro.

—¿Y por qué regla de tres está tan seguro de que es una O y no un cero?

Jacinto ya no ríe; se nota empapado en sudor y advierte ante los ojos como una película que deforma los objetos.

—¿Eh? ¡Responda!

—De otra manera —dice Jacinto sumisamente— diría «Calendari». Un cero ahí no tendría sentido, doctor, compréndalo.

—No, ¿verdad?, pero advierta una cosa, ésta no es una cuestión de sentido sino de tipografía. Tome usted eso que llama una O y colóquelo aquí detrás (señala el cero del 10 de abril): ¿qué ocurriría entonces?

Jacinto ladea la cabeza aturdido:

—Ocurriría —dice tartamudeando con un hilo de voz— que sería 100 en lugar de 10.

—Pero ¿no quedamos en que esto era una O?

—A ver si me explico, doctor; es una O entre letras; entre números sería un cero.

—¡Qué disparate! ¿Insinúa usted que en su grafía ni el cero ni la O ofrecen caracteres que les individualicen? ¿Le importa decirme qué dice aquí? (continúa señalando el 10 de abril):

—Diez —dice Jacinto.

—Concéntrese, por favor; no responda a tontas y a locas. ¿Está usted seguro de que no dice LO?

—Segurísimo, doctor.

—Está bueno eso. ¿Y por qué regla de tres?

—Eso son números, doctor. Sería absurdo que dijera ocho, nueve, LO, once… ¿no lo comprende? Discúlpeme, pero no sé explicarme de otra manera.

Antes de que Jacinto concluya de hablar, el doctor coloca el bolígrafo vertical junto a la pelotita de celuloide.

—¿Y aquí? ¿Qué dice aquí? ¿Diez o LO?

Jacinto se pasa el dorso de la mano por la frente inundada de sudor. Trata de sobreponerse para responder:

—Ahí no dice nada, doctor. Es un bolígrafo junto a una pelota.

—¿Una pelota, dice? ¿Seguro? ¿No será, por casualidad, un huevo? ¡Concéntrese!

Al abrir los ojos, lo primero que divisa (Jacinto) entre la niebla son los ojos escrutadores y preocupados del doctor, pero son blancos y abultados (sus ojos) como si le hubieran incrustado en las cuencas las dos bolas de celuloide. Y con los labios hace visajes y ruiditos (el doctor) como si hablase (o jurase) para sus adentros:

—¿Se siente mejor? —la voz del doctor tiene los trémolos y tumbos del trueno lejano.

Jacinto hace ademán de incorporarse.

—Aguarde, no hay prisa —añade el doctor con voz más humanizada—. Presumo que le debo una explicación. Nuestro oficio es duro, créame, pero esta prueba era ineludible. El enfermo, por instinto, se parapeta en lo que considera su personalidad aunque ésta no exista, no sea más que una entelequia. El enfermo, sin embargo, se resiste a admitirlo porque es por definición un ente vanidoso, testarudo y hermético. Para relajarlo y obtener de él una reacción espontánea hemos de vaciarlo previamente, despersonalizarlo. Me entiende usted, ¿verdad?

Jacinto sigue tendido boca arriba, sin fuerzas para moverse. El mero hecho de abrir los ojos le fatiga y le produce un torpor doloroso en los senos (los pechos turgentes de don Abdón podrían devolverle, tal vez, la vieja sensación de seguridad perdida) frontales. Pero los abre (los ojos) y, al hacerlo (abrir los ojos), divisa, paralelas a su cuerpo, las tablas de embero del revestimiento del cielo raso y una a una empieza a contarlas, fijándose en la disposición de las ranuras que las separan y en las vetas y nudos para no equivocarse. Cuando termina, vuelve a empezar. Del muro a la librería que separa el dormitorio del *living*, hay treinta y tres tarimas coloreadas de nogalina. Pero le sucede algo insólito (a Jacinto): al transitar (mentalmente) por las decenas (10, 20, 30) le sobreviene la náusea, espasmódica y aparatosa. «Ya no puedo ni pensar el cero», se dice (Jacinto) estremecido. Se le adentra como un puñal el graznido de una grajeta próxima, ¡quiiá!, y para conjurar sus miedos y su ansiedad manosea mecánicamente la medallita del pecho (los pechos henchidos de don Abdón podrían facilitar un refugio a su pusilanimidad). Jacinto empieza a rezar; reza bajo pero con gran unción hasta que le distrae el frío en los pies, un frío mineral, profundo, resistente al abrigo y la fricción. Intenta levantarse pero la sola idea de hacerlo (de intentarlo, no de levantarse) le deja extenuado. Saca la mano del embozo y, sin mover el resto del cuerpo, tira de golpe de la cinta de la persiana, bla-ta-blá, y la luz se hace repentinamente tras el dislocado tableteo. La claridad le reanima (a Jacinto), se diría que respira mejor, como si fuese aire en lugar de luz lo que penetra por los cristales. Sin advertirlo, está sumando otra vez las tarimas del revestimiento y, súbitamente, se le desorbitan los ojos y chilla «¡También sería que me muriese aquí como un perro!», grita, y, al decir esto, su mirada se desliza de tarima en tarima, resbala por el hueco de la librería y se posa finalmente en la melancólica cabeza del egocero, en la chimenea, y ante su vacía mirada de cristal, las manos azuladas de Jacinto se crispan sobre la colcha.

Jacinto no es tonto ni listo pero sí lo suficientemente (listo) como para aspirar a defender su restringida inteligencia. Para ello (defenderla) sabe que debe recurrir a la selección personal y no delegarla. Y si don Abdón le paga para dos comidas diarias, un partido de fútbol quincenal y un plazo del televisor, y Darío Esteban afirma que dar menos es explotación y, más, una modalidad sutil de corrupción, bueno, aunque le digan eso (don Abdón y Darío Esteban), él (Jacinto) va y selecciona y se dice: «Ni televisor, ni fútbol; dos libros al mes, una hogaza para los pájaros del parque y una begonia, una sansivieras y un ficus en mi habitación». Y todavía le restaba un remanente para comprarle a doña Palmira, si agarraba la gripe, media docena de claveles rojos que animaran su convalecencia. Esto hacía Jacinto y aunque no estaba descontento de sí, a veces sentía temor porque las palabras de sus compañeros y las de los periódicos se le hacían por días más crípticas, a pesar de que ellos (sus compañeros) parecían apasionarse y aun ufanarse de sus conversaciones y él (Jacinto) sería feliz si lograra incorporarse a esta pasión siquiera una sola vez en la vida, pero no le era viable (incorporarse a esta pasión) porque el fervor de sus camaradas provenía de fuentes que a él le estaban cegadas: cerrojo, Perry Mason, centrocampista, los Invasores y puntos negativos. Así, poco a poco, Jacinto iba sintiéndose ajeno al mundo circundante, aislado como en un desierto, y se decía «La Torre de Babel fue nuestra única oportunidad», se decía Jacinto convencido, y pensaba que una mirada o una mueca comportaban mayores posibilidades expresivas y constituían un vehículo de comunicación más sincero que un torrente de palabras, puesto que las palabras se habían vuelto herméticas, ambiguas o vacías al perder su virginidad.

Jacinto le teme a la incomunicación porque (Jacinto), como todo hombre que piensa, es medroso y la tarde que inesperadamente se le revolvió Eutilio Crespo y le dijo «Pues el Preso me toca a mí los cojos», intuyó (Jacinto) que se le había cerrado la última puerta del laberinto y, esa noche, al llegar a casa, lloró sobre la begonia, la sansivieras y el ficus imaginando que al regarlas con sus lágrimas eran ya definitivamente suyas y le comprenderían mejor. (O sea, lo que Jacinto busca y no encuentra es un asidero estable, un pecho henchido o una planta, donde agarrarse para poder sobrevivir).

Otro de los temores de Jacinto es su limitación. Un día se examina y llega a la amarga conclusión de que sólo sabe hacer cuatro cosas: leer libros de mar, sumar, migar pan y regar plantas. Funciones fisiológicas al margen, Jacinto no sabe más. No sabe, por ejemplo, restar, multiplicar, ni dividir, ni sabe, por ejemplo, juntar frases cuyas palabras finales peguen para hacer un

verso. Intuye, por supuesto, que «pequeño» y «risueño» pegan pero ignora cuántas y qué palabras debe anteponer a esas dos para obtener un pareado. Don Abdón, en sus discursos anuales, les recuerda que la educación unilateral, la especialización, libera al hombre de servidumbres emocionales. Jacinto no entiende bien esto, no lo comprende en absoluto, pero lo acepta (acepta su especialización) porque, aunque parezca paradójico, someterse a ella (a la especialización) es la única oportunidad de aproximarse a la servidumbre emocional de las ubres sofocantes de don Abdón (aunque esta enfermiza proclividad abrume a Jacinto), en las que vagamente barrunta la seguridad de antaño.

Los razonamientos de don Abdón son lógicos o lo parecen, pero lo tremendo es que la lógica empieza también a aterrorizar a Jacinto, porque el día que don Abdón dijo «El progreso estriba en lo práctico y la ciencia en saber sumar», se mostró consecuente con sus palabras y mandó talar los cedros, altos y frondosos como catedrales, que desde medio siglo atrás sombreaban el edificio, y suplirlos con setos (el seto es la defensa de los tímidos) de boj, rosales trepadores, arriates de geranios y senderos de ceniza y, al propio tiempo, ordenó sustituir los cuadros que enmarcaban paisajes, escenas bucólicas y costumbristas y grabados de época, por diagramas, histogramas y símbolos matemáticos. Aquel mismo día, compró Jacinto la begonia, la sanseviera y el ficus para consolar la mirada y relajarse en una armonía vegetal al regresar de la oficina.

Jacinto teme también a los redentores que rediman con la misma vara que combaten, a los que ven la paja en el ojo ajeno y no ven la viga en el propio, a las aglomeraciones y a los juegos multitudinarios. De aquí que aunque Amando García le inste para que le acompañe como espectador a una Invitación del Ayuntamiento, a un Rey de Bastos o a un Blanco de la Feria, aun admitiendo que se trata de diversiones decadentes y un poco cursis, él (Jacinto) se resiste porque ver un rostro achicharrado, una cabeza abierta de un cachiporrazo o un ojo saltado por un perdigón son escenas que todavía le desagradan y aunque los demás se rían y él (Jacinto) trate de sobreponerse a su morbosa hipersensibilidad, no lo puede remediar: sufre. Acepta que unos tiempos traen otros tiempos e incluso admite la regresión, puesto que si nada hay nuevo bajo el sol, los hombres forzosamente han de regresar y dar vueltas a la noria como pollinos haciéndose la ilusión de que avanzan y negándose a reconocer que han llegado. Incluso acepta (Jacinto) el revolucionismo (por más que a él le repugnaría un hijo como Genaro), pero le deprime y, entonces, resulta que si él (Jacinto) no cree en las palabras como comunicación, ignora

el idioma de sus compañeros, teme a los redentores, le duele la regresión, le deprime el revolucionismo, se marea al hacer ceros, le asusta que Eutilio Crespo le diga «Pues el Preso me toca a mí los cojos» y carece de un par de pechos opulentos donde acogerse, entonces resulta que es la vida lo que le asusta (a Jacinto), pero como también le asusta la muerte, él (Jacinto) se ve en un callejón sin salida y cuando grita, mirando fijamente a los atormentados ojos de cristal del egocero, «¡También sería que me muriese aquí como un perro!», cuando grita eso, en el fondo de su desesperanza, confía en que alguien le oiga, se apiade de él, le tome entre sus brazos, le acune, le oprima contra su seno y saque de su cuerpo, primero a chorros y después gota a gota (como una sábana mojada cuando se estruja), todo el miedo que guarda dentro. Pero no le oye nadie, ni se apiada nadie, ni le coge nadie porque en la vaguada y, según parece, en el páramo, en cien kilómetros a la redonda, no hay nadie. Y a ratos (tal vez horas), Jacinto se queda traspuesto y, al despertar, suma mecánicamente las tablas del techo y, entre sueño y sueño, oye el zureo de una tórtola, zurrur, o el graznido de una grajeta, quiiá, o el silbido de un mirlo, tsii, o el galleo de una pega, chac-chac, o (una vez que las rayas luminosas de la persiana se oscurecen) el concierto iterativo del ruiseñor, choqui-piu-piu-piú, o la llamada un poco lúgubre del mochuelo desde la copa del olmo, quiú, o el cloqueo del papavientos, guu-ec, que, como de costumbre, caza mosquitos en el camino.

A pesar de su desgana, de su extenuación, en una ráfaga de lucidez comprende (Jacinto) que sin comer no se puede vivir, y de una manera instintiva se arroja de la cama, corre de puntillas hasta la cocina y regresa (de puntillas asimismo) a la cama con el jamón de York, medio queso, una rodaja de pan y una botella de vino tinto, e introduce todo ello bajo las mantas (mientras resuella), lo arrima a su cuerpo para calentarlo con su fiebre porque, según doña Palmira, los alimentos fríos son los que dañan el estómago y abren las úlceras, y, transcurridos unos minutos, se sienta y come (mordiendo del jamón y del queso, sin cortarlos) y bebe de la botella a gollete y siente por la espalda, como lumiacos, los escalofríos. Al terminar, hace un nuevo esfuerzo, salta de la cama y se encierra en el servicio (caballeros) pero, como está solo en el mundo, no echa el pestillo («prejuicios de una época pequeño-burguesa», dice Amando García) y orina tranquilamente, sin sobresaltos, recreándose en la parábola líquida, transparente pese a bajar recargada (la orina) por la fiebre. Sin pretenderlo, se ve en el espejo (Jacinto) y se saluda y se dice, *Jacinto, hombre de Dios, ¿qué haces tú aquí?, buena te ha caído, que no vales dos reales, hijito, ¿a quién se le ocurre enfermar ahora?, claro que a*

lo mejor es de la misma neurosis, que da fiebre, vete a saber, que el doctor no pudo ser menos explícito, comer bien, dormir bien, tomar el aire y estas pildoritas, muy sencillo, pero el apetito y el sueño, ¿en qué botica se compran? Eso es lo que yo digo, Jacinto, aunque, después de todo, otros están peor, que no es que yo me queje, entiéndeme, lo único no tener de quién echar mano, lo único, date cuenta, por lo demás, paciencia, ahora bien, en cuanto se pase, Jacinto, a delegar, ¿oyes?, no te me vuelvas atrás, delegas y se acabó, como los demás, natural, lo que no se puede no se puede, que es mucho lujo ese de querer vivir contra corriente, menuda, no es nada lo del ojo, delegas y se terminó. ¡Je!, eso, ríete ahora, lo que faltaba, Jacinto, pero ¿estás en tus cabales?, pues sí que la cosa tiene gracia, más solo que la una, hijo, como un leproso, a ver qué otra cosa, que lo primero aprender la lengua de tus compañeros, ¿oyes?, no te me salgas luego por la tangente, cerrojo, centrocampista, los Invasores y todo eso, que tampoco es tan difícil me parece a mí, basta con unos poquitos de arrestos y dejarse de tonterías, que al fin y al cabo porque tú hables su idioma tampoco la estupidez flotante va a aumentar tanto en el mundo, Jacinto, y si aumenta, mira, que aumente, que lo que no se puede es tener a tu edad esa cabeza, hijo mío, más blanca que la de tu abuelita, que a cualquiera que le digas los años que tienes no se lo cree, ¡válgame Dios!, y si es cierto que a cada idea un pelo blanco, pues no tengas ideas, hijo, que nadie te manda, acuérdate de Genaro, Jacinto, no me digas, como un mendigo, de puerta en puerta, pero ni un mendrugo, lo que se dice ni un mendrugo, natural, que después de todo si un hombre se está matando para pensar por ti y evitarte responsabilidades y llegas tú, con tu cara bonita, y le pagas preguntando, pues un desagradecido, eso, o comes las berzas o las dejas comer, no le des más vueltas, pero le daban más vueltas y «¡Otra, otra!» exigían enardecidos Ginés Gil y Eutilio Crespo y Ernesto Blanco (y todos), y Amando García, que les miraba con ojos burlones y moviendo las orejas, agarró de nuevo a Jacinto por los hombros y le hizo girar sobre sí mismo, a toda velocidad, como una peonza, a contrapelo de la rotación de la Tierra, mientras los demás le hacían corro y se descoyuntaban de risa y Amando García, como ebrio, repetía «Oíd, este pelele se marea al hacer ceros. ¿Oísteis alguna vez cosa semejante?». Y cada vez acudían más compañeros y venga de reír y de jalear a Jacinto, «¡Más deprisa, más deprisa, más deprisa!», y luego, palmas, como si bailara por su gusto, hasta que Jacinto trompicó y cayó sentado, babeando, sobre la ceniza del paseo y Amando García forzó el temblor de sus orejas para incrementar la comicidad del trance y preguntó «¿Y ahora? ¿Qué sientes ahora, Jacinto San José?», y Jacinto parpadeaba y

sus inocuos, candorosos ojos azules aparecían extrañadamente empañados, pero los cerró y aun trató de sonreír al responder «También me he mareado, lo reconozco», y Amando García, entonces, le asió por las solapas, le obligó a incorporarse y volvió a girarle y girarle entre las risotadas de los compañeros, y a Jacinto se le ponían los ojos en blanco, se le extraviaban, y veía el cielo en la tierra y la tierra en el cielo, y notaba que algo se le comprimía abajo, en las vísceras del vientre, o tal vez en el estómago, lo notaba, y de pronto, sin saber cómo ni por qué, cayó de bruces sobre el césped y le sobrevino una arcada y vomitó y le sobrevino otra arcada y volvió a vomitar y así se estuvo vomitando tiempo y tiempo y, aunque notaba la humedad de la secreción en la mejilla, era incapaz de moverse y además le dolía el costado (a consecuencia de los espasmos) y, fugazmente, pensó que estaba devolviendo las tripas (exactamente el cuajo) porque la náusea no cesaba y ya no le restaba nada por devolver, pero la náusea persistía, se prolongó tanto tiempo que los compañeros terminaron por marcharse defraudados, «Esto ya está visto», decían, de forma que Jacinto quedó solo en el jardín y, al cabo de un tiempo, se incorporó y divisó a Gen coma a dos metros de distancia coma dando lametazos a la papilla que él acababa de devolver y coma asqueado coma dijo ¡Eso sí que no, Gen, cochino! coma pero Gen coma indiferente a su amonestación coma continuaba atiborrándose y él coma como impotente coma ¡Gen, Gen, ven aquí! coma impotente coma porque las remolachas le agarraban los pies como manos coma pero Gen ni le escuchaba coma saltó la empalizada corriendo tras el niño que zigzagueaba entre los surcos para eludir la persecución coma aterrorizado coma y el hortelano dijo coléricamente desde la ventana del primer piso ¡Chito, fuera, me cago en la madre que te parió! coma pero Gen coma enloquecido coma no hacía caso y Jacinto y los dos mellizos de Genaro corrían ahora por el alfalfar coma cayéndose y levantándose coma ¡toma aquí! coma chillaban coma y al llegar a la higuera que crecía junto a la granja coma el niño se agarró a un camal y dio un ágil quiebro pero Gen coma que parecía engolosinado con su trasero coma frenó apoyando simultáneamente las dos manos en tierra coma giró la cabeza y lo atajó a la salida del árbol y aunque falló al primer intento coma del segundo le aprisionó el glúteo derecho entre los dientes coma en tanto Jacinto y los gemelos corrían ahora dificultosamente por los cavones del barbecho y el niño berreaba y el hortelano apareció en la puerta con una vieja escopeta de dos cañones y por más que Jacinto quería decirle que no coma que alto coma que no cometiera disparates coma que él salía responsable coma el jadeo acongojado jjaajaá se lo impedía y se limitó a hacerle gestos apremiantes con

la mano coma pero el hortelano dijo Ahora te voy a dar yo a ti y sin aculatar la escopeta ni nada coma a sobaquillo coma disparó dos tiros a quemarropa coma el segundo de los cuales casi levantó en vilo a Gen coma pero en el aire coma y antes de que Gen se desplomara bajo la higuera coma Jacinto ya vio borbotear la sangre en su costado y el hortelano cargó de nuevo la escopeta y se volvió hacia Jacinto que llegaba desalado coma mientras el arrapiezo se refugiaba en los brazos de su madre que había salido del establo al ruido de las detonaciones con una errada en cada mano punto Jacinto coma sin hacer caso del arma coma se arrodilló junto a Gen coma colocó su mano derecha en el costillar y friccionó enérgicamente coma mas al advertir el estertor y las convulsiones coma levantó la cabeza de Gen y unió su boca a la suya y sopló fssss y aspiró afssss coma sopló fssss y aspiró afssss coma sopló fssss y aspiró afssss pero el aire se escapaba por las rendijas laterales de la boca de Gen fissss coma tan larga que Jacinto era incapaz de abarcarla toda con sus labios coma y se desesperaba porque le daba la sensación de una bomba que no ajustase a la válvula y en una de sus inspiraciones afssss su boca se llenó de sangre coma espesa y dulce coma tanta sangre que pensó que había vaciado a Gen coma y los mellizos que llegaban sofocados en ese momento coma se reclinaron sobre el cuerpo yacente llorando y diciendo ¡Papá, papá! y Jacinto se incorporó escupiendo y limpiándose la boca con el pañuelo y dijo Usted le ha matado y el hortelano asintió y dijo coma Así es ¿y quién lo va a sentir? y coma seguidamente coma dijo señalando a los niños coma lo que no admito son pitorreos. ¿Tiene usted la chapa de identidad? y Jacinto arrugó la frente coma El carnet querrá decir coma dijo coma y el hortelano aculató la escopeta en el suelo y se recostó en los tubos y dijo Quiero decir lo que dije, la chapa coma dijo coma y Jacinto abrió la cartera coma rebuscó entre los papeles y tendió al fin al hortelano el carnet de genaromartín y el hortelano lo miró por un lado y por el otro coma por un lado y por el otro coma varias veces y luego dijo Bueno, supongo que este tipo será el dueño coma no, es él coma dijo Jacinto coma pero antes de que concluyera de hablar coma el hortelano le agarró por las solapas y le levantó de tal forma que apenas rozaba el suelo con las puntas de los zapatos y le decía coma el hortelano coma Oiga usted coma le decía el hortelano coma si después de desgraciarme al crío aún cree que puede reírse de mí en mis barbas, está muy equivocado. A ver, certificado de vacunación punto Jacinto al verse libre se arrodilló junto a Gen y trataba de hallar la cicatriz de la vacuna en lo alto del brazo entreabriéndole el vello moteado coma pero no lo encontraba y murmuraba nerviosamente justificándose coma Tenía que estar aquí, pero ha criado tanto pelo… y coma

tras su infructuosa exploración coma alzó su pálida mirada y dijo humildemente dos puntos En todo caso yo puedo responder por él; es compañero mío coma pero coma inesperadamente coma el hortelano perdió la paciencia coma agarró la escopeta y la encañonó hacia Jacinto coma y Jacinto y los mellizos reculaban aterrados y el hortelano dijo dos puntos ¿Así que su compañero, eh? ¡Largo! Y si quieren volver a ver a esta basura ya lo saben, mañana en el Instituto Don Abdón.

Jacinto abre los ojos y por primera vez en varios días no siente los latidos en las sienes, los lumiacos en la espalda, ni las punzadas en la nuca. Al sentarse en la cama oye reiteradamente el modulado canto de un ruiseñor, choqui-piu-piupiú, muy próximo a la ventana. Jacinto sonríe para sí mismo: «Ya estoy bien; ya pasó todo», se dice. Y mientras se viste intenta silbar, bbb, pero sus labios, tanto tiempo inactivos, carecen de elasticidad y están secos y rígidos como cartones. Entre los listones de la persiana se filtra una tenue claridad que le permite descubrir las sombras de los muebles. Al calzarse los calcetines de lana le asalta la disnea (a Jacinto) y en vista de ello se pone los zapatos pisando los contrafuertes y sin abrochárselos. Al comenzar a andar, lo primero que se le ocurre (a Jacinto) es que cada uno de sus zapatones de lluvia pesa una tonelada. Mas todo su cansancio y su debilidad se disipan al abrir la puerta de la cabaña y toparse con el muro vegetal que le cierra la visibilidad por todas partes. Súbitamente los rayos de sol inciden en sus ojos y su centelleo le obliga a detenerse y a proteger aquéllos (los ojos) con la mano. Poco a poco va entreabriendo los dedos (paulatinamente, como los listones de la persiana al tirar de la cinta) para que sus pupilas se habitúen a la claridad. En ese compás de espera, llega hasta él el chapaleo sostenido del riachuelo, chuap-chuac, entreverado por la llamada de un macho de perdiz, chac-chac-ar, y la estridencia melodiosa del ruiseñor, choqui-piu-piu-piú, en la trasera de la choza, probablemente en los olmos. Pero al abrir los ojos no puede ver el riachuelo, ni el macho de perdiz, ni el molino con las muelas abandonadas porque el seto, que alcanza ya la altura de su frente (de la de Jacinto), se lo impide. Su primera reacción es infantil: «Habrá que recortarlo», se dice (Jacinto), pero él es consciente de que lo que pretende con estas tres palabras es aventar el asomo de inquietud que empieza a roerle, esto es, engañarse. Se aproxima al seto con las manos en los bolsillos y piensa «Esto es demasiado», pero dice en voz alta: «¡Qué hermosura! El día que a la tierra se le haga producir así desaparecerá el hambre del mundo». Jacinto se resiste a encararse con la realidad, pero observa que los lábiles tallos primitivos se han bifurcado dos, cuatro, ocho, dieciséis veces, se juntan, se enzarzan, se enmarañan unos

con otros y no dejan penetrar un rayo de luz. Por otra parte, su desarrollo es tan vigoroso que los tallos, en la base, tienen ya el espesor de su antebrazo (del de Jacinto). En general, los vástagos del seto se disparan hacia lo alto, en una verticalidad gótica, pero los progresos de los álabes y los serpollos son asimismo notorios. En este aspecto su propagación es muy laboriosa. Toda la afición botánica de Jacinto, que es mucha, se concentra ahora en las tenues ramas reptantes. Las rosetas foliares alumbran docenas de propágulos a manera de estolones cuyas yemas espaciadas enraízan sólidamente entre las grietas de las losas. De ellas (de las yemas) brotan otras rosetas foliares que, a su vez, se prolongan en estolones, de tal manera que puede decirse que el seto camina, esto es, anda. Y lo más inquietante es que el tegumento que reviste tallos y ramas se eriza de minúsculas uñitas, insólitamente tenaces, que a falta de postes o paredes adonde agarrarse se abrazan entre sí en una madeja inextricable. Y entre las hojas, tiesas y dentadas, se abren las flores amarillas, de vida efímera, ya que a la fragancia altiva de unas se opone el desmadejamiento de otras y la muerte harapienta de las menos. Jacinto continúa observando; parece mineralizado en su inmovilidad. De pronto, gira sobre sus talones y avanza lentamente, paso a paso, por el pasillo que se abre entre la fronda y la cabaña. Su sombra, proyectada sobre las losetas, le precede y, conforme camina, revolotean, pr-prrrrrr, entre la tupida maraña, mirlos, verderones, petirrojos, chochines y malvises. Jacinto no hace caso de los pájaros; su sombra le hipnotiza y, al observar que la de sus hombros (la sombra) apenas cabe ya en la anchura del pasillo, se sobresalta, saca las manos de los bolsillos y a paso rápido se encamina a la portilla de troncos de pino, mas como llega a la esquina sin encontrarla, vuelve sobre sus pasos y murmura «Si estaba aquí; aquí mismo estaba». Su nerviosidad (la de Jacinto) se delata en la impaciencia de sus movimientos. Abre el seto separando las ramas con las dos manos y en su apresuramiento se araña la frente y se hiere el ojo izquierdo. «Serenidad, Jacinto», se dice, oprimiendo el pañuelo contra el ojo lastimado, pero sus ademanes no responden a sus deseos. Prosigue indagando y, al fin, entre la espesura, divisa la portilla a medio metro de distancia, pero imagina (Jacinto) que es el ojo cubierto con el pañuelo (que no cesa de lagrimearle) el que produce esta engañosa sensación de profundidad y lo destapa pero, entonces, comprueba que no es medio sino un metro lo que le separa de la portilla. «¡Virgen Santa!», se dice. Por detrás de aquélla (la portilla) tampoco ve luz, de lo que deduce que la banda sembrada posteriormente también ha prendido. «Esto tiene al menos cuatro metros de espesor», se dice con lucidez lógica y abriendo mucho los ojos (el izquierdo

aún enramado y lagrimeante) y apretando los puños hasta hincarse las uñas en las palmas. Oye el ruido de su corazón, tiqui-taca, tiqui-taca, encabritado dentro del pecho al incorporarse, y entonces hace lo que suelen hacer las aves al estrenar jaula: dar vueltas alrededor de su encierro para confirmar que no hay un solo espacio desguarnecido y, además, en lo que a Jacinto atañe, que la uniformidad de crecimiento es otra de las características del híbrido americano. La maleza le empuja hacia dentro en su progreso insidioso y, ante esta perspectiva, Jacinto se dice «Calma, calma», inspira el aire profundamente por la nariz y lo expira por la boca en golpes intermitentes, psssst-pssssst, mientras se encamina hacia la caseta de los aperos, contrapuesta a la del motorcito del agua. En todo caso, sus invocaciones a la calma y a la serenidad le sirven de bien poco (a Jacinto), pues al abrir la portezuela se pilla el dedo índice derecho, pero el dolor (que trata de contrarrestar metiéndose el dedo en la boca) cesa al contemplar los útiles allí alineados: una azada, una azuela, una hoz, un hocino, un hacha, una pala, un rastrillo, un serrucho y unas tijeras de podar. Sonríe ampliamente Jacinto, como un general sitiado que oyera el cornetín de los refuerzos y, sin sacar el dedo índice de la boca, toma con la otra mano las tijeras, el serrucho, el hacha y la azuela (que sujeta debajo del sobaco) y regresa al lugar de la portilla. Al cortar los tallos que sobresalen, crik-crak, experimenta una triunfal sensación de poder. Las tijeras son sólidas y están bien afiladas. Introduce (Jacinto) las ramitas entre sus fuertes mandíbulas (las de las tijeras), ejerce una leve presión, suena un leve chasquido (crak) y el leve tallo salta al suelo desconectado, totalmente inofensivo. El sol ha adquirido fuerza y Jacinto, acariciado por sus rayos, empieza a recuperar la serenidad. En su trabajo carece de visibilidad e incluso, aunque se empine, no puede ver el molino derruido, ni el colmenar, ni la roja tierra subsolada; aparte del seto, apenas divisa (Jacinto) la pimpollada tras el refugio y, frente a éste, la parte superior del tamojal de robles y la cenefa de la roca (con sus grutas y concavidades negro-amarillentas) en la ladera opuesta. El ansia por redescubrir el mundo imprime una aceleración a su quehacer, aunque de vez en cuando lo interrumpe para apilar las ramas cortadas al pie. El trabajo le cunde y, al diluirse su ansiedad, se pregunta cosas como, por ejemplo, los días que habrá estado enfermo, y así que descubre al agateador y le ve, tiittiit, introducirse por la hendidura de la caseta, concluye que la fiebre no ha durado ni diez días, ya que la avecilla no porta comida en el pico y, consecuentemente, todavía no ha empollado los huevos. (Es, la de Jacinto, una deducción arbitraria puesto que desconoce no sólo el día de la puesta sino el plazo de eclosión de los

agateadores). A intervalos, Jacinto se aleja un par de metros reculando para recrearse en los efectos de la poda. Sonríe. En la tupida superficie se ha abierto una oquedad que pone de manifiesto la portilla, aunque inmovilizada por tallos y camales. Sin embargo, Jacinto, adentrándose de perfil en la socarrena, puede llegar a ella (a la portilla) y aun moverla dentro del limitado vaivén que los tocones permiten a sus goznes.

Cuando Jacinto termina con los flecos (del seto), afronta los camales y, en esta fase, sucede con frecuencia que aquéllos resisten a la presión incisiva de las tijeras y, aunque Jacinto apela a la ayuda de la otra mano, se niegan a saltar. En tales momentos se recrudece su desconcierto (el de Jacinto) y la sensación de ansiedad en el diafragma, y para acallarlos se hace el distraído (Jacinto), se desvía de su objetivo y se entretiene cortando los flecos de los alrededores, crik-crak, no esenciales para acceder a su objetivo, haciéndose la ilusión de que hace algo, aunque en su cabeza (la de Jacinto) bulle esta idea: «Te estás yendo por las ramas», terca y rigurosamente exacta, pero él (Jacinto) la desecha moviendo la cabeza de un lado a otro como suele hacer cuando le asalta un pensamiento pecaminoso. De este modo llega a un punto muerto en que no profundiza puesto que todas las ramas que se interponen entre él y la portilla no ceden a los mordiscos repetidos de las tijeras. Se arma de valor (Jacinto) y arremete contra ellas, colocando las cuchillas en las muescas que dibujaron sus tentativas anteriores y, tras ímprobos esfuerzos, que dejan en sus manos una impronta dolorosa, hace saltar a dos, lo que le induce a exclamar «¡Esto marcha!». La conciencia de que aún posee en reserva instrumentos más expeditivos que las tijeras le imbuye una sensación de seguridad pero demora utilizarlos (los instrumentos en reserva) para no destruir este sentimiento confortador, pero finalmente, ante la recalcitrante resistencia de los cinco camales y el tocón (que impensadamente ha derivado hacia la derecha y bloquea la portilla) deposita las tijeras (ya inútiles) en el suelo, coge el serrucho, lo aplica a la horquilla de una de las ramas y lo mueve de aquí, ris, para allá, ras, de aquí, ris, para allá, ras, de aquí, ris, para allá, ras, y, al detenerse, advierte que los dientes (del serrucho) no penetran en la madera, apenas dibujan un rasguño en el tegumento. Cambia de rama entonces (Jacinto) y concentra su esfuerzo en otra más baja que le permite cargar el peso de su cuerpo y acentuar así su poder de penetración (el del serrucho). Éste (el serrucho) no está estrenado y aun se advierten en los flancos de la hoja blanca, brillante, restos de grasa sólida para su mejor conservación, mas a pesar de su calidad y del denodado ardor de Jacinto, ris-ras, ris-ras, el camal, tal vez por demasiado tierno y muy rico en savia, repele

el serrucho, se muestra tan enterizo que los dientes apenas perforan la superficie de la piel. Aún insiste Jacinto un par de veces y, por último, convencido de que es inútil, idea amarrar el serrucho a la suela de su zapato, pues en su afán de buscar justificación a su impotencia, concluye que carece de músculos en los brazos ya que un perito calígrafo precisa sensibilidad en la mano pero no fuerza y, por otra parte, el rasgueo de la pluma sobre el papel, gué-gueeé, aun siendo un ejercicio continuado (de días, y de horas, y de semanas y aun de años), no es precisamente una gimnasia como para desarrollar los bíceps (¡Joer, vaya una bola que ha echado la Susanita!). De forma que agarra una cuerda y se ata el serrucho de canto a la suela del zapato, pero, apenas coloca los dientes de aquél en la horqueta y oprime, la hoja pierde la verticalidad y se aplasta, plat, contra la suela de su zapato y él (Jacinto) la endereza con violencia, desmanotadamente, y aprieta otra vez pero de nuevo se aplasta, plat, y, al tercer intento, la cuerda se rompe y aunque a Jacinto le repugna hablar mal, exclama mecánicamente, fuera de sí, «¡Me cago en la madre que te parió!», exclama, aunque le consta que los serruchos no son frutos de vientre ni, consecuentemente, hijos de madre, pero le dice «¡Me cago en la madre que te parió!», y aunque de momento se queda más a gusto, al poco rato se siente apesadumbrado.

Ante el fracaso, Jacinto agarra el serrucho y vuelve a la carga, ris-ras, acumulando en las manos todas sus energías (que van siendo cada vez menos), pero el camal está demasiado irrigado y apenas se deshilacha ligeramente en el recodo de la horquilla. A partir de esta nueva intentona, Jacinto se desespera, reniega de los empeños sistematizados, se introduce en la oquedad y empieza a patear, taf-taf, rabiosamente la rama más baja hasta que ésta se dobla, chasca, cleep, pero el tegumento es terriblemente resistente y ha de bascularla (la rama) más de cincuenta veces para que se desprenda. Acto seguido, persuadido de la eficacia de la fuerza bruta, trata de hacer lo mismo con otro camal, pero éste es tan largo que, al intentar girarlo para ahuecar el tegumento, el extremo tropieza con las ramas de encima y con las ramas de debajo y, para evitar esto, la desmocha (la rama que pretende arrancar) con las tijeras, crik-crak, pero aún carece de juego, no es posible voltearla, y ha de ayudarse con el serrucho, ris-ras, para cortarla. Jacinto suda, resuella, pero no se amilana. Aspira a dejar abierto el acceso a la portilla antes de acostarse, pero el sol camina excesivamente deprisa o él (Jacinto) demasiado despacio, el caso es que cuando el enorme disco rojo declina sobre el monte, Jacinto todavía no ha conseguido desgajar la tercera de las cinco ramas que le estorban y, convencido de la necesidad de hacerlo, la retuerce

enfurecido, la hace bascular de un lado a otro, tira de ella, la muerde con las tijeras, la mella con el serrucho, aprieta los dientes, reza jaculatorias, dice de nuevo, en un rapto de locura, con voz perfectamente audible, «Me cago en la madre que os parió a todas» (las ramas), y cuando, tras una hora de ímprobos esfuerzos, la arranca, analiza el macerado muñón y le habla (al muñón) como si se tratara de una persona: «¡Cómo os agarráis, desgraciadas!», dice, y, al cabo, arroja la rama sobre el montón de desperdicios, se endereza poco a poco para aliviar el dolor de los riñones entumecidos y seguidamente reemprende la tarea.

En el instante en que el sol traspone la montaña se produce un fenómeno chocante: los pétalos de las flores amarillas se pliegan como protegiendo los estambres y, simultáneamente, empiezan a exhalar un aroma dulzón, concentrado y mareante, en el que se entremezclan matices de la madreselva y de la rosa, pero más acentuado, tanto que eclipsa el olor a tomillo y espliego dominante en la vaguada. Desde el páramo desciende el llanto crepuscular de los alcaravanes, currlií-currliií, y en la fronda espesa del seto, los serines, los mirlos, los petirrojos, los verderones, los chochines, los gorriones, los ruiseñores revolotean y cantan, trui-chinc-tiit-orrr-sib-sab, en una algarabía ensordecedora. A Jacinto le sofoca la intensidad del aroma, le excita el clamor de los pájaros, y, comprobada la inutilidad de las tijeras y del serrucho, y comprobados asimismo los progresos de la noche, toma el hacha y, fuera de sí, empieza a descargarla sobre el camal, tac-tac, mas el camal parece de goma y rechaza la hoja como si se tratara de una pelota, sin que la más insignificante muesca se acuse en ella, y ya Jacinto, enloquecido, empieza a golpear el seto sin buscar el punto vulnerable, a diestro y siniestro, sin mirar dónde, hiriéndose las manos y los antebrazos, mas el noventa por ciento de los golpes resultan fallidos, mueren inútilmente entre el follaje, con un impacto muelle y blando, plaf, que contrasta con el golpe seco, tac, que produce la hoja cada vez que tropieza con la madera. Jacinto, poseído de un sombrío furor, no se detiene a comprobar los progresos de su obra. En lo alto se anuncia el brillo rutilante de la estrella Arturo y los pájaros enmudecen y, a cambio, los murciélagos empiezan a merodear, en fintas audaces, en torno a Jacinto, quien, extenuado, hace un alto, jadea, jjaá-jjaá, agarra la rama, trata de retorcerla, y la rama se comba elásticamente sobre la muesca más profunda pero no se disloca, incluso llega un momento en que Jacinto, acumulando sus últimas energías, consigue unir el extremo superior de aquélla con la horquilla donde nace, mas en vista de que es inútil, la suelta (Jacinto), tan desafortunadamente que la rama, al recuperar la posición inicial, le golpea en

la barbilla con violencia y Jacinto se tambalea, está a punto de caer y, agachado como está, se cubre los ojos con las manos y rompe a llorar acongojadamente mientras murmura: «¡Estoy encerrado; esto es una barrera inexpugnable!».

—Barrera —dijo (Jacinto), y colocó las dos fichas rojas en el seguro, una junto a la otra, cuidando de igualarlas, mientras doña Palmira palmoteaba, pla-pla-pla, y decía «Ahora van a ver ustedes quién soy yo», y doña Presenta, después de examinar la posición de las cuatro fichas azules, dictaminaba «No hay derecho, Jacinto, a mí no hay quien me saque de la cabeza que usted tiene algo contra mí», y la señorita Josefita sonreía y, al sonreír, se acentuaban las patitas de gallo en los vértices de sus ojos, pero Jacinto no pensó por esto que fuera vieja (la señorita Josefita) sino que su cutis era fino y delicado como el papel de fumar.

Doña Palmira, doña Presenta, la señorita Josefita y Jacinto se cobijaban bajo la pantalla de flecos granates, tan baja que el haz luminoso se concentraba sobre el tablero polícromo dejando los respaldos de las sillas, el aparador y la vitrina en una apacible penumbra. Tras dos años de luto riguroso, era la primera vez que la señorita Josefita jugaba con las fichas amarillas, pues, al decir de doña Presenta, el amarillo era alivio, y la señorita Josefita decía «Si vieran que no me acierto», y doña Palmira corroboraba, «Señorita Josefita, se ve que el amarillo no le pinta». A pesar de ello, la señorita Josefita proseguía avanzando con su ficha de vanguardia y aproximándose a la ficha azul de doña Presenta, inmovilizada por la barrera roja de Jacinto, y, una vez que la tuvo a su alcance, doña Presenta asió crispadamente el antebrazo de Jacinto y le dijo «Por amor de Dios, Jacinto, ¡abra, abra!, no ve que ya están ahí», pero Jacinto observaba de reojo a la señorita Josefita y le conmovía su magra figurita de cuarentona indefensa, su vocecita atiplada apenas audible, sus párpados rojizos que producían la impresión de haberse pasado una vida llorando y «Cinco», dijo Jacinto, «a salir, ya tengo todas en juego», y se frotó obstinadamente una mano con otra, y doña Presenta cerró los ojos apretando mucho los párpados y dijo «Estas barreras me descomponen, Jacinto, créame», y la señorita Josefita agitó el cubilete, amarillo, rol-toltol, con su manita huesuda, mientras doña Presenta, volcada sobre el tablero, trataba de conjurar el peligro «¡Dos, dos, dos!», repetía, y el dado amarillo alumbró un dos y doña Presenta palmoteó, pla-pla-pla, y «No hay como tener confianza», dijo, pero la señorita Josefita le advirtió «No cante victoria, doña Presenta» y doña Presenta se volvió a Jacinto, le sujetó por el antebrazo, puso los ojos en blanco y le imploró, como

si realmente se sintiese perseguida por seres de carne y hueso: «¡Abra, Jacinto, por la Virgen Santísima se lo pido!», mas Jacinto parecía de hielo, levantó el cubilete y lo volcó, blok, «Tres», dijo, y adelantó la ficha que acababa de sacar de casa, en tanto doña Presenta le reconvenía, «Ya veo que no piensa quitar nunca de ahí ese muro de la vergüenza», una obsesión, hasta que doña Palmira se irritó y dijo «O callas la boca o lo dejamos, Presenta; el juego es el juego, ya se sabe» y, en ese instante, la señorita Josefita rodó su dado ruidosamente, trenterenten, sobre el cristal, y exclamó triunfalmente «¡Uno!» y, triunfalmente, desplazó la ficha azul de doña Presenta hasta su rincón y doña Presenta le decía a Jacinto por lo bajo, «Si esto me lo estaba temiendo yo; es usted tan testarudo que tenía que acabar mal», y, afanosa de desquite, doña Presenta corría ahora con su segunda ficha, los ojos brillantes de ansiedad, tras la ficha amarilla de la señorita Josefita, que acababa de comerla y decía, «Ahora me las va a pagar usted todas juntas, Josefita», mas, a renglón seguido, Jacinto sacó un cuatro y abrió la barrera e inmediatamente trató de justificarse ante doña Presenta, «Si muevo la otra, doña Palmira me la va a echar el guante», dijo con una risita de conejo, pero doña Presenta se encampanó y «Si empezamos con favoritismos no vale», dijo desencantada, «mira que ir a abrir la barrera ahora; y lo que yo digo, si jugamos aliados hay que advertirlo desde el principio», y dale, y la señorita Josefita, toda arrebolada, asistía impasible al pugilato dialéctico, los ojos bajos, humillada, mortificada por la luminosidad de la lámpara de flecos granates, las manitas de alambre desmayadas sobre el regazo, y así que doña Palmira intervino con su vozarrón de trueno, «¡Ya está bien, Presenta, el juego es el juego!» y, suavizando la voz, «le toca a usted, señorita Josefita», así que dijo esto, la señorita Josefita tomó el cubilete amarillo, lo agitó, tol-tol-tol, lo volcó, blok, e hizo rodar el dado por el cristal, trenterenten, satisfecha de poder desplazar la atención sobre el dado triscador y «¡Seis!», dijeron los cuatro a coro, y doña Presenta, decepcionada, «Ande, échela usted un galgo», y la señorita Josefita volcó de nuevo el cubilete, blok, y volvió a salir un seis y «¡Seis!», dijeron los cuatro a coro, y la expresión de desencanto de doña Presenta se trocó en una mueca esperanzada y la señorita Josefita, según movía el cubilete amarillo, tol-tol-tol, por tercera vez consecutiva, dijo «También sería mala suerte», y los cuatro pares de ojos se fueron tras el dado saltarín y cuando éste se detuvo doña Presenta, puesta en pie, tronó: «¡Seis, a casa! ¡La trampa de Dios siempre canta!», *pero tú sabes que no es así, Jacinto, menuda, tú lo sabes, hijito, que unas veces canta y otras no canta, que por esa regla de tres, mira, sería justo lo de las ordalías y los juicios de Dios, y no lo es, qué va, la*

trampa canta cuando quiere, Jacinto, de sobra lo sabes, que la trampa es igualito que un canario enjaulado, canta o no canta, que otra cosa es la condición humana, Jacinto, ésa es harina de otro costal, menuda, eso sí que no tiene remedio, ahí lo que uno gana es a costa de otro, fijo, que es lo que yo digo, Jacinto, ¿qué demontres puedo hacer yo para que después de jugar al parchís con doña Presenta y la señorita Josefita, las dos se vayan contentas a casa? Nada, Jacinto, no te molestes, no le des vueltas («¡Otra, otra!», chillaban los compañeros), haces un favor a uno y enojas al otro, la vida es así, no tiene vuelta («¡Otra, otra!») de hoja, que si tú intercedes por genaromartín perjudicas a Darío Esteban y, si no lo haces, beneficias a Darío Esteban y perjudicas a genaromartín, pero tú intercediste, ya lo sé, menuda, qué me vas a decir a mí, ¿y todo por qué? Seamos francos, Jacinto, porque te pareció justo y razonable, pero anda, ve por ahí, hijito, y pregunta: ¿qué es lo justo?, ¿qué es lo razonable?, anda, sólo por curiosidad, pregunta, Jacinto, una encuesta o eso, hazlo sólo por el gusto de ver si coinciden dos, sólo dos, que ya te aseguro desde aquí que no, porque lo justo y lo razonable ha de acomodarse a lo mío, y si no se acomoda a lo mío, ni es justo ni es razonable, que eso es como la historia y como las palabras, Jacinto, que cada cual maneja su historia y sus palabras, y, como son suyas, puede hacer filigranas con ellas si quiere para acomodarlas a lo que le conviene, Jacinto, convéncete, porque el defecto de la historia ¿sabes cuál es?, pues sólo uno, mira, que la escriban los vivos, Jacinto, eso, que la historia deberían escribirla los muertos, pero hay una dificultad, Jacinto, ¿sabes?, como tienen las manos tan frías no pueden ni agarrar el palillero, no saben, pero es lo que yo digo, Jacinto, ¿por qué no les alfabetizamos? Haríamos una buena obra, te lo aseguro, que ya sé que al principio sería una lata, que habría que llevarles la mano y todo eso, como a los moribundos que quieren retirar los dineros del banco, lo comprendo, una lata, pero con un poco de paciencia quizá consiguiéramos algo, ¿por qué no?; y a fin de cuentas, por intentarlo no perderíamos nada, ya ves, porque si no, vienen los vivos y te dicen «Todos los hombres somos iguales, Cristo lo dijo», eso dicen, pero eso no quita para que unos hombres echen a otros a las fieras, o a las mazmorras, o al gas y además, que esto es lo chusco, te demostrarán que eso es lo justo y lo razonable, Jacinto, y a lo mejor lo es, vete a saber, o a lo mejor es que los hombres no somos iguales, ¡qué sé yo!, o que tenemos dos caras, o tres, o cuatro, una de verano y otra de invierno, a saber, ahí tienes los discursos de don Abdón, aplausos, bravos y muy bien, todo plácemes, y luego Amando García, por detrás, la Otis Encelada esto o el Capicúa lo otro, ¿en qué

quedamos? Es como lo de la piscina y el bombo, Jacinto, aquí entre nosotros, hablando en plata, ¿tú crees que don Abdón sabe nadar? Entiéndeme y no cojas las cosas por donde queman, Jacinto, que yo no trato de insinuar que don Abdón no merezca nuestro aprecio, que don Abdón es el padre más madre de todos los padres, eso por descontado, y que lo de descargarte de responsabilidades es algo que no se paga con dinero, menuda, qué se va a pagar, Jacinto, pero esto al margen, hablando en plata, nadar no sabe, y de tocar el bombo, Jacinto, ni pum, para qué engañarnos, y aun en el supuesto, que ya es suponer, de que supiera, Jacinto, incluso aceptando que fuera un virtuoso, que ya es aceptar, ¿es que tú crees que un bombo a palo seco puede dar música? Dime la verdad, Jacinto, honradamente, ¿puede dar música un bombo? Entonces, ¿a qué tantos aplausos y tantos aspavientos, Jacinto, me lo quieres explicar? Y si la gente tiene dos caras o tres, o cuatro, ¿cuál es la buena? ¿La de verano o la de invierno? Menudo lío, Jacinto, y es que hay que desengañarse, los hombres no son iguales, ni de lejos, y tú dirás «No son cristianos», pero ellos enseguida te alzan el gallo: «Soy cristiano por la gracia de Dios», y el que lo dice se repantiga en el diván del coche, vocea «¡arre!» y fustazo que te arreo, y su igual, el que tira del coche, cierra el pico y adelante y tú te piensas «Mañana cambiarán; se repantigará el que tira y tirará el que hoy se repantiga», pero mañana ya es hoy y el que se repantiga es el mismo de ayer, Jacinto, y vuelve a vocear «¡arre!» al otro, y fustazo que te arreo, y aunque son iguales nunca cambian, Jacinto, que éste es el chiste, porque al del diván que te dice «Soy cristiano por la gracia de Dios», le parece justo y razonable que su igual tire del coche mientras él va repantigado, y el que tira, vete a saber, Jacinto, a lo mejor piensa otra cosa pero carece de voz, o, si la tiene, sus palabras son pobres, no se cotizan, o a lo mejor son ricas pero, en este caso, no significan, a buen seguro, lo mismo que las palabras del que va repantigado y, por tanto, el que va repantigado no le entiende, no le puede entender y además tiene la fusta, que esto es lo grave, y, en consecuencia, es inútil que el otro hable y, por tanto, es preferible callar, y hace un esfuerzo (Jacinto), cambia de postura y calla, aunque le arden las palmas de las manos, se le han levantado las ampollas y asoma a corros la carne viva y él (Jacinto) despega con cuidado los circulitos de piel encallecida y, con cuidado, mete la punta de la lengua bajo ellos y las lame (las llagas) insistentemente. Nota también (Jacinto) un cansancio doloroso en medio muslo; y, sobre el trasero, donde le han dicho que están los riñones, siente como si los hachazos los hubieran descargado sobre él, allí, en lugar de haberlos descargado él (Jacinto) sobre el seto y es como si tuviera

una honda muesca a cada lado, como esos árboles que los leñadores dejan pendientes de un hilo, para que la cuadrilla taladora los derribe, amarrándoles con una maroma, uno a uno, al día siguiente (la división del trabajo). El caso es que Jacinto está despierto, los ojos como platos, la lámpara portátil sobre la mesilla de noche y sus pensamientos brincan caprichosamente de dolor en dolor: manos, muslos, riñones, bíceps (¡Joer, vaya una bola que ha echado la Susanita!), riñones y, a cada pensamiento, altera su postura, mas si se tumba boca abajo alivia los riñones pero agrava los dolores de los muslos y las palmas, y si se tumba boca arriba, reduce el escozor de las llagas y el dolor de los muslos pero se acentúa el de los riñones, y si se coloca del lado derecho, descansa el dolor del riñón izquierdo y el del bíceps izquierdo y el del muslo del mismo lado y aun, con suerte, el de las llagas, pero se recrudecen, en cambio, los dolores del riñón, del muslo y del bíceps derechos, pero si se acuesta del costado izquierdo, disminuyen los dolores del muslo, del riñón y del bíceps del lado derecho, pero acrecen proporcionalmente las molestias del muslo, del riñón y del bíceps del lado izquierdo. Y cada vez que se mueve, Jacinto se acompaña de un «aaaaay» más o menos quejumbroso y prolongado de acuerdo con el tiempo que invierte en cambiar de postura, mas, tras el «aaaaay» ya automático, puramente rutinario, piensa que, por mucho que se las ingenie, de los ocho dolores que padece (dos manos, dos riñones, dos muslos y dos bíceps) no podrá eliminar más que cinco, y el resto, los otros tres, prevalecerán quiera o no quiera. Y cuanto más se mueve, más consciente es (Jacinto) de sus dolores y dice: «Estás desazonado, Jacinto. Más que dolor, lo tuyo es desazón». Y como actúa por impulsos, estira un brazo, abre el cajoncito de la mesilla de noche, saca de él un frasco, desenrosca la tapa con una mano, extrae una gragea de color rosa, vuelve a taparlo (el frasco), cierra el cajoncito, pone la píldora en la parte posterior de la lengua (bajo la campanilla), coge el vaso, sorbe un buche de agua y la traga, glú (la gragea). Inmediatamente percibe un ruido en el tejado, un ruido espaciado y rítmico, taptap-tap, como si unos dedos tabalearan sobre las lascas de pizarra. En un principio el tabaleo es diferenciado, tap-tap, pero se va acelerando hasta convertirse, en pocos segundos, en un rumor pertinaz e indistinto, tuuuuuuuf, que no proviene ya solamente del tejado sino del jardín, de los olmos, del seto, de la vaguada y del páramo. «Está lloviendo», se dice Jacinto repentinamente iluminado y, por el momento, ignora si el hecho de que llueva es algo conveniente o inconveniente, difusamente advierte que la lluvia constituye una novedad y que aquel rumor uniforme y tonificante (Jacinto ha

olvidado ya la gragea) le serena, espesa sus párpados y le incita, invenciblemente, al sueño.

Al despertar, oye cantar a los mirlos, chinc-chincchinc, o, al oír cantar a los mirlos, chinc-chinc-chinc, se despierta (Jacinto) y, por la claridad que tamizan las tablillas de la persiana, deduce (Jacinto) que ha salido el sol. Saca la mano del embozo y tira de la cinta (de la persiana), bla-ta-blá, y, al hacerlo, con la luz, despiertan en él el ardor de la mano derecha, el dolor del bíceps derecho, las punzadas de los riñones derecho e izquierdo y las contracciones pugnaces de los muslos (derecho e izquierdo). No obstante, se arroja de la cama, embute los pies desnudos en los zapatos, se pone la bata y sale afuera abrochándose el cinturón. Le envuelve una vaharada de tierra húmeda y en el azul del cielo, sobre los buitres planeadores, ve correr las nubes blancas, últimos despojos de la borrasca. Al bajar la vista, se olvida de todo (Jacinto) y únicamente ve el seto, un seto exuberante que rebasa su cabeza (la de Jacinto) y cuyas hojas ofrecen unos limbos limpios, brillantes, en contraposición con el amarillo empolvado de las flores. El corazón bate el pecho de Jacinto, tac-tactac, al dirigirse a la oquedad abierta la víspera junto a la portilla, y se acelera, hasta producirle dolor, al comprobar que la oquedad apenas existe. Las ramas altas del seto gotean, tiptop, sobre las inferiores y en la penumbra de los bajos apunta el sotobosque: los incipientes abanicos de los helechos, las espirales de los zarcillos, la aspereza de las ortigas… El lecho ofrece la porosidad hormigueante de lombrices y lumiacos característica de los bosques seculares. En los tallos del seto castigado por el hacha, brotan raíces adventicias que se desflecan en espera de un asidero, en tanto los tallos intactos alumbran raicillas caulógenas junto a los serpollos frondosos que ocultan totalmente la portilla de troncos. Jacinto está aturdido. Observa, atónito, la marcha apresurada de las ramas reptantes apuntaladas en los estolones, la expansión insólita de las rosetas foliares, la turgencia de los bulbos prestos a estallar. Gira sobre sí mismo (Jacinto) y verifica que, en todo su campo visual, la altura del seto es sorprendentemente uniforme. Parece tranquilo pero, inopinadamente, grita: «¡Es una barrera infranqueable! ¡Estoy prisionero!», grita, y la vaguada responde: «ero» y Jacinto aprieta a correr sin ningún objeto, va y vuelve, circunda la cabaña, los ojos azules desorbitados, brinca, agita los brazos, mientras musita: «Prisionero; estoy prisionero» y, cuando al fin se detiene, la cabeza le arde, sus facciones se contraen en visajes espasmódicos y, tras unos titubeos, se encamina a la trasera y regresa con el hacha, la azuela y la azada, se escupe en las palmas de las manos erizadas de ampollas, agarra la azada y comienza a golpear alocadamente en la fronda

reciente que le separa de la portilla. Sus golpes (los de Jacinto), blandos e inútiles, plaf, plaf, apenas sirven para espantar docenas de pájaros y descabezar algunas flores y, al advertirlo, Jacinto arroja la azada contra el costado de la cabaña, trok, compensa su movimiento de ira con una jaculatoria, corre como un autómata a la parte posterior del refugio, se encarama sobre la caseta del motorcito, agarra firmemente el alero del tejado, flexiona sus brazos, se apoya en el vientre, iza una rodilla, luego la otra y gatea por las lanchas de pizarra, asiéndose crispadamente a los empalmes para contrarrestar la pendiente. Al alcanzar la chimenea, se agarra a ella y se endereza y mira en derredor y, al avistar de nuevo el arroyo, el robledal, las ruinas del molino, los islotes de grama, el colmenar, la roja tierra subsolada, sus ojos se llenan de lágrimas. El seto que le aísla de ese mundo tiene un espesor de más de seis metros y desde lo alto Jacinto puede observar su consistencia cespitosa e invulnerable. En un impulso brusco, movido por la conciencia de que a cada minuto que demore esta decisión la huida será más difícil, Jacinto toma carrerilla desde el vértice del tejado, da dos trancos por la pronunciada vertiente y, al alcanzar el alero, brinca con todas sus fuerzas, salta al vacío, intenta hacer la doble tijera en el aire como dicen que hacen los atletas en las pruebas de longitud, y cae, ¡plaf!, sobre la maraña del seto que, en unos segundos, le absorbe como una ciénaga. Jacinto patea y bracea entre la maleza, nada, grita «¡socorro!» y la vaguada se burla «¡orro!», y vuelve a gritar «¡socorro!» y la vaguada repite «¡orro!» y él (Jacinto) sigue braceando, pretendiendo desembarazarse de los tallos y camales que le amarran, que le inmovilizan las piernas o se le incrustan en el pecho y en el vientre dificultándole la respiración. Jacinto está tumbado, se siente prendido por la cintura y piensa en un mosquito apresado en la tela de araña, pero, poco a poco, pateando furiosamente, va recuperando la posición vertical, afirma el pie en un codillo resistente, impulsa su cuerpo hacia arriba y su cabeza emerge, al fin, del follaje y al tender la vista en torno se desmoraliza, ya que, pese a su titánico esfuerzo, apenas ha logrado rebasar metro y medio de seto y su situación, incluso para regresar a la cabaña, es seriamente comprometida. Trata (Jacinto) de zafarse de las ramitas superiores ejecutando los movimientos de la braza, pero la maleza se muestra tan adhesiva que tiene la impresión de estar clavado en el sitio. Entonces, poseído de una crisis nerviosa, pone todo su cuerpo en actividad, se apoya en los pies, las manos, los codos, el trasero y las rodillas para vencer la pegajosidad de la fronda, pero el seto le frena con sus mil tentáculos, le sujeta con firmeza y él (Jacinto) chilla y llora y si, a veces, demora mover unos segundos uno de sus miembros

(un brazo por ejemplo), las uñitas de los tallos, ávidas de encontrar una apoyatura, se le enroscan, se le ensortijan, clavan en el entramado de la bata sus minúsculos aguijones y empiezan a trepar por él como si quisieran devorarlo y, en esos casos, Jacinto los arranca con ostensible repugnancia, con dedos recelosos como si se quitara víboras de encima, y grita y el eco grita también, y experimenta de nuevo la sensación de ser un mosquito atrapado en una tela de araña y nota los lumiacos recorriendo su columna vertebral persuadido de la antropofagia del híbrido. Sus esfuerzos, empero, no responden a un plan, son desmanotados y nerviosos, patea y bracea (¡Don Abdón, ahora donde le cubre!) sin método alguno, crispadamente, y su misma tensión le inutiliza y le fatiga y hay momentos en que, consciente de su impotencia, es tentado de abandonar la lucha y dejarse morir allí. En tales casos queda inmóvil, resollando acongojadamente, jjaá-jaá, pero basta el roce viscoso de un estambre o una hoja en el cuello o la mejilla para que Jacinto se erice de nuevo, se rebele, y entonces se rebulle con energía y hostilidad crecientes, tronza tallos a patadas, cabalga sobre el seto unos centímetros (a pique de desgraciarse), se desembaraza de los camales que entorpecen los movimientos de sus rodillas, abofetea las flores próximas cuyos pétalos y corolas se esparcen por la maciza superficie del seto y sus labios (los de Jacinto), virginales de ordinario, mezclan las plegarias con alguna palabrota que involuntariamente se le viene a la boca.

A veces, pierde pie, le falla el codillo o la horqueta y nuevamente se sumerge en aquel mar vegetal y nota que se asfixia y bracea y gime hasta que torna a salir a flote y entonces suspira profundamente, pero al echarse la noche, conforme los pétalos amarillos se recogen sobre los estambres y empieza a expandirse el aroma enervante de las flores, Jacinto piensa que ha llegado el fin, pero se resiste a ceder, rechaza el perfume embriagador y chilla «¡Malditos!» con toda su alma y, con el grito, descubre que su voz le alienta y repite «¡Malditos!» y la vaguada responde «¡itos!», y entonces grita «¡Abrid!» y la vaguada replica «¡brid!», y entonces grita «¡Yo no quise preguntar nada!» y la vaguada responde «¡ada!», y entonces grita «¡no lo hice con mala intención!», y la vaguada repite «¡ión!», y entonces grita (Jacinto). «¡Lo juro!» y la vaguada replica «¡uro!». Y según chilla, Jacinto pedalea sobre los codillos y los camales, se hiere los dedos, se rasguña los muslos, se desuella los codos y los antebrazos, se daña los testículos y una luna blanca, impávida, le observa burlonamente desde la cabecera del valle, pero él (Jacinto) no ceja, contorsiona el cuerpo y cada vez que sus pies topan con un sólido punto de apoyo, empuja con todas sus fuerzas hacia adelante sin notar los arañazos del

pecho y del vientre, y en uno de estos esfuerzos cede inopinadamente la resistencia del seto y Jacinto cae violentamente, de bruces, sobre las losetas del pavimento, riendo y llorando, descalzo, la bata y el pijama desgarrados, el cuerpo sangrante, pero ríe y ríe cada vez más fuerte, sin ánimo para incorporarse, mira a la luna y su plenitud reposada y satisfecha le recuerda la cara reposada y satisfecha de Darío Esteban y, tumbado sobre las lajas como está, hace bocina con las manos y chilla desesperadamente: «¡Darío Esteban, abrid!», e, instantáneamente, la vaguada repite: «¡brid!», y Jacinto vocea: «¡No lo puedo resistir!», y la vaguada repite: «¡stir!» y, de pronto, Jacinto se arrodilla, gime, abre la boca y empieza a reírse por lo bajo, demencialmente, a golpes, babeando, se frota una mano con otra sin advertir el escozor de las llagas y las ampollas, tiembla, se pone en pie y dice íntimamente: «¡Un verso! Jacinto, has hecho un verso!», se dice con infinita complacencia y vuelve a reír con la garganta, como gorjeando, «un verso», repite, «Darío Esteban, abrid / No lo puedo resistir», murmura cuando se adentra, con la inestabilidad de un borracho, en la cabaña y prende la lámpara de queroseno y se derrumba en un sillón (Jacinto) y rompe a sollozar acongojadamente y, en las breves pausas entre sus sollozos, repite «Un verso, ya sé hacer versos» y se limpia las lágrimas con los dorsos de las manos y, al levantar la vista, se asombra del orden y del silencio que imperan en la cabaña, y el egocero, desde la campana de la chimenea, le contempla con sus impasibles ojos de cristal y Jacinto le mira, a su vez, y le dice: «Ya sé hacer versos», y estalla en una carcajada burbujeante.

Tenía el morro chato y negro y coma en la punta coma los orificios bien dibujados coma como notas musicales coma y la mirada de sus ojos avellana avizorante y despierta como si aún estuviese vivo punto El pelo corto y duro de la cabeza se adensaba en las orejas coma donde nacía la grácil curva del cuello coma brutalmente yugulado por la cuchilla allí donde se iniciaba la mancha marrón del tórax que se extendía por el lomo hasta el trasero punto El techo de la sala era alto y las paredes blancas y desguarnecidas con góticos ventanales coma sin postigos ni cortinas coma abiertos a la oscuridad de la noche coma y sobre la alargada mesa de mármol blanco flotaban cinco globos de luz coma cuya estudiada disposición eliminaba las sombras punto Olía intensamente a fenol y tras los ruidos secos y acompasados de las pisadas por el largo y desnudo corredor coma chás-chás-chás coma el silencio de la sala se hacía especialmente opaco punto La cabeza descansaba sobre la limpia sección de la cuchilla y por el mármol se extendía un leve reguero de sangre coagulada casi negra punto y aparte

La mujer coma hasta entonces inmóvil y silenciosa coma se llevó el pañuelo a los ojos coma luego a la boca y gritó medio sofocando el grito con el pañuelo ¡Genaro, Genaro mío! y el doctor de más edad la tomó delicadamente de un brazo y le dijo repórtese, hay que ser fuertes coma e inmediatamente coma volvió la cabeza hacia el doctor más joven coma embutido como él en una bata blanca coma y añadió en un susurro acompañado de un ademán admirativo coma un hermoso pointer ¿no es cierto?

Jacinto cesa de mirar los orificios nasales del egocero, se pone en pie, entra en la cocina y mientras bate los huevos para prepararse una tortilla, le da por pensar que la palabra, con todas sus imperfecciones, aún puede ser redimida, que lo urgente es hallar palabras vírgenes que sugieran las mismas ideas en todos los cerebros, mas, de improviso, reacciona, deja de batir, deposita el pocillo con los huevos en el fogón y se dice: «Estoy acorralado; no puedo perder tiempo». Simultáneamente repara en que está descalzo, cubierto de harapos y el cuerpo lleno de mataduras. Se mete bajo la ducha y grita, ¡aaaah!, incapaz de soportar el escozor en silencio, luego se embadurna de mercromina y se viste apresuradamente y sale a la noche, en la mano la lámpara de keroseno cuya llama blanca se ve de inmediato rodeada de polillas y mosquitos. Trata de inspirar (Jacinto) el aire frío de la noche profundamente y expelerlo en rachas intermitentes, pssstpsssst, con objeto de sosegar su corazón que le golpea frenéticamente el pecho. Repite cuatro o cinco veces el ejercicio y, después, deja el farol en el suelo y mide la distancia que media entre los dos costados del seto: cuatro pasos largos. Empero, el pasillo entre el seto y la cabaña no llega al metro. «No puedo dormirme sin resolver esto», se dice. Presiente que dormir en estas circunstancias puede significar la muerte y, por el contrario, la actividad aliviará su tensión. Entra entonces (Jacinto) en una fase de agitación delirante, su cerebro sometido a presión alumbra ideas encontradas, va y viene (Jacinto), interrumpe acciones ya iniciadas, comienza otras, hasta que al fin parece decidirse, entra en la cabaña, desciende a la bodega y retorna con un bidón de gasolina y dos botellas de alcohol. Deposita todo en las lajas, junto a la puerta, y se dirige a la trasera, a la caseta de los aperos. Allí el perfume de las flores es tan meloso y turbador que a Jacinto le intimida, por lo que se apresura a regresar al sector delantero y, con el rastrillo, apila los despojos del seto junto a la portilla, rocía las ramas taladas con gasolina y alcohol, prende fuego y se retira. El instantáneo resplandor le deslumbra y le apacigua, le devuelve la confianza en las propias fuerzas. Las llamas ascienden caracoleando, crepitando, creep-creep, chascando, clip-clip,

hasta alcanzar doble altura que el seto, con tal voracidad que en el cielo se borran las estrellas y Jacinto sonríe tenuemente, fascinado por el espectáculo. «No podrá aguantar», piensa, mas su ilusión se desvanece en pocos minutos, porque lejos de incrementarse, como esperaba, el fuego empieza a languidecer, las llamas se resumen sobre sí mismas (como si se las alimentara artificialmente) y paulatinamente se desvanecen, se extinguen, y en la socarra no resta sino un rescoldo mortecino. Jacinto se aproxima y el humo le obliga a toser. Observa en torno. En realidad, el seto apenas acusa el efecto de las llamas. En un amplio sector las hojas están ennegrecidas y parte de las ramas (las más superficiales) chamuscadas (de forma que ceden fácilmente a la presión) pero los camales y tallos más profundos permanecen intactos. «Está demasiado húmedo», se dice (Jacinto), y su corazón reinicia un repique alborotado. Pero le posee una inquietud febricitante, los fracasos son fuente de nuevas iniciativas y las ideas de agresividad (en Jacinto) se encadenan en eslabones crecientes. Vivo aún el rescoldo, Jacinto vuelve a la bodega y sube, una a una, tres bombonas de gas que deposita dentro del seto, abriendo hueco con el hacha y las tijeras de podar. Luego tiende un cordel empapado en gasolina cuyo extremo introduce en el pitorro de la bombona que ha dejado abierta, rocía todo (bombonas y seto) con la gasolina y el alcohol que aún queda en los recipientes respectivos, prende la mecha y echa a correr (la lámpara en la mano) hasta la trasera de la cabaña. Una vez allí, se acurruca entre la casa y el pozo, boca abajo, literalmente aplastado contra el suelo, las manos crispadas protegiendo la nuca, la boca abierta, todo el cuerpo en tensión… La explosión es tan violenta, ¡boooooom!, que siente abrirse por encima de él (en un segundo estampido más sordo, boooof, como abortado) la ventana de la cocina y se derraman sobre su cuerpo cascotes y cristales pulverizados, trin-tin-tin. El impulso subsiguiente es ponerse de pie, pero vacila (Jacinto), le asalta la sospecha (a Jacinto) de que la explosión de las bombonas no haya sido simultánea y entonces permanece inmóvil, sin cambiar de postura, expectante. Pero a medida que transcurren los minutos, Jacinto se va confiando, retira, primero, las manos de la nuca, cierra la boca, distiende sus miembros, ladea la cabeza, se arrodilla, escucha atentamente (no se oye nada), se levanta, se llega a la esquina de la cabaña y asoma un ojo furtivamente, por entre los troncos, como los niños cuando juegan a civiles y ladrones. A la luz del líquido inflamado, en los postreros estertores, observa (Jacinto) que las bombonas han desaparecido pero el seto permanece allí, inalterable y, en cambio, diseminados por el suelo hay fragmentos de cristales, esquirlas de pizarra y un canalón retorcido. Al avanzar hacia la

hoguera, ve las ventanas violentadas, abiertas por la explosión, y en la esquina del refugio más próxima a la portilla, los troncos del revestimiento han sido arrancados y las lastras del tejado han saltado al suelo en añicos. Por contra, el seto se muestra incólume, macizo y mudo, ofensivo en su pasividad, y Jacinto, tras inventariar mentalmente los destrozos de la explosión, se pone a medir los pasos entre las bandas laterales del seto y, bien porque sus zancadas sean ahora más abiertas, bien porque los progresos del follaje se aceleren, por más vueltas que le da, no le salen más que tres y medio.

Entra (Jacinto) en la casa desconcertado y el desorden le abruma. Coge el escobón y barre concienzudamente. Al acabar, cierra las ventanas sin cristales, baja las persianas, entorna los postigos, se arrellana en un sillón, descorcha una botella y bebe un trago interminable. En realidad, no sabe lo que bebe, ni le importa, pero el líquido le produce un optimismo cálido en el estómago, tan grato que le induce a repetir hasta que su optimismo se trueca en euforia y la euforia en sueño. En el silencio oye el grito astillado, guu-ec, del engañapastor en el camino y el breve gemido del mochuelo, quiu, en la copa del olmo. Antes de cerrar los ojos, Jacinto mira de nuevo al egocero, sus ojos brillantes, de vidrio, y suelta una risotada.

—La Casa no trata de perjudicarles y está dispuesta a considerar que su marido de usted haya fallecido en acto de servicio. Esto está bien lejos de ser cierto, querida señora, y usted no lo ignora, pero repito que la Casa no desea perjudicarles y está dispuesta a considerar un nuevo planteamiento del problema a cambio de que usted, querida señora, renuncie a enterrar a su marido por lo sagrado y evite de esta manera un conflicto de jurisdicciones. Al fin y al cabo, querida señora, la tierra es igual en todas partes y su marido desgraciadamente no puede ya enojarse por ello.

La mujer mordió el pañuelo coma después de restregárselo repetidamente por los ojos y dijo compréndame, después de dejarle morir como un perro no me resigno a darle tierra como a un perro; él no merecía esto coma dijo coma y Darío Esteban coma al oírla coma se echó hacia adelante coma trenzó los dedos de ambas manos plácidamente y se sentó en el borde del sillón dos puntos

—Por supuesto me hago cargo de sus sentimientos, querida señora, y en cierto modo los comparto, pero entiendo que no es hora de dejar hablar al corazón sino a la cabeza. Su marido de usted, por si usted lo ignora, no cobraba últimamente por nómina sino, como suele decirse, por bajo cuerda. El puesto, dentro del escalafón de subsubalternos, se creó para él, entiéndame, nos lo sacamos de la manga, lo inventamos para que usted y los suyos no

quedaran desamparados. Luego, si no está en nómina, no ha liquidado, y si no ha liquidado, el montepío y la seguridad no le alcanzan, y si el montepío y la seguridad no le alcanzan porque su marido de usted está en descubierto, el problema es una cuestión de caridad y se reduce a esto: o usted se obstina en presionar a la jerarquía eclesiástica para que le entierren por lo sagrado, cosa en todo caso problemática y en virtud de la cual la Casa se desentiende del asunto, o usted acepta de antemano nuestras condiciones, en cuyo caso la Casa está dispuesta a admitir que su marido de usted haya muerto en acto de servicio (y si la agresión se hubiera perpetrado detrás de la verja lo hubiera sido, entiéndame), y la indemnizará a usted con arreglo a las liquidaciones de su marido de usted previas a la degradación e incluso se hará cargo de sus hijos el día de mañana. Para que me entienda, la Casa lo que trata de evitar es un cruce de competencias.

Jacinto miraba a la mujer con el rabillo del ojo y en vista de que no hacía más que hipar y sollozar y no respondía coma dijo disculpe la intromisión, Darío Esteban. La cabeza, ¿nos la darán también? y Darío Esteban coma antes de que él coma Jacinto coma acabara de hablar coma metió la mano derecha en el bolsillo interior de la americana y extrajo unos papeles dos puntos

—Discúlpeme —añadió—. Del Instituto Don Abdón pasaron ayer tarde estos certificados. Su marido de usted, querida señora, no padecía de hidrofobia. Le felicito, ha sido todo una falsa alarma. Gozaba de buena salud y su agresión responde a un enrevesado proceso de resentimiento emocional y a la presión del medio que no hace al caso discutir ahora. Quiero decirle que la agresión de su marido de usted no traerá cola. Por otra parte, y habida cuenta de las circunstancias, al hortelano no puede imputársele responsabilidad alguna: actuó en legítima defensa de su persona y de los suyos; es la ley. En lo que a la cabeza de su marido de usted atañe, querida señora, pueden ustedes hacer dos cosas: pasar a recogerla por el Instituto Don Abdón contra entrega de este boleto, o autorizar por escrito al doctor Mateu a disecarla. Los hombres somos unos seres insondables y al parecer el doctor se ha encaprichado y está dispuesto a abonarle una suma considerable por ella.

Hizo una pausa Darío Esteban y la mujer se impacientó punto Por dos veces Jacinto pareció querer hablar pero se arrepintió y en ambas abrió la boca y la cerró sin llegar a pronunciar una palabra punto y aparte

—A mi entender —prosiguió Darío Esteban—, la opción no se presta a dudas, querida señora. Usted tiene oportunidad de hacerse con un pellizco respetable a condición de renunciar al camposanto, por un lado, y a la cabeza de su marido de usted, por otro. Tenga usted en cuenta una cosa: la cabeza de

su marido de usted de nada les va a servir ni a su marido ni a usted, y me consta, en cambio, que el doctor la gratificará generosamente y, además, y esto es importante, le autorizará en tanto el sentimiento de la pérdida permanezca vivo, le autorizará a usted a visitarla en su despacho las tardes de los jueves y los domingos, una vez concluida la consulta. A usted le corresponde decidir.

—¡No! —grita Jacinto exasperado.

Está de pie, desgreñado, los músculos faciales contraídos, las pupilas ausentes, toma la silla por el respaldo, la levanta con increíble facilidad y la estrella furiosamente contra las piedras de la chimenea, allí donde pende la hermosa cabeza del egocero que cae al suelo destrozada, mientras uno de los ojos, acaramelado y vidrioso, rueda y rueda hasta ocultarse bajo el último estante de la librería. «¡Cinco!», chilla doña Presenta: «La trampa de Dios siempre canta», pero él, Jacinto, no canta, en particular si hay alguna muchacha próxima, sino que aparenta cantar; esto es, adopta con los labios la disposición del que canta pero no emite sonido alguno, simplemente se limita a asentir con la cabeza, no sólo para asumir las razones de don Abdón, sentado como un buda, los pechos bamboleantes, de negros pezones nutricios, enmarcado por las columnas salomónicas del baldaquino de oro, sino para aliviar a la nuez de aquella tirantez insoportable y del peso de su cabeza a la primera vértebra cervical, así que asiente (Jacinto) sin palabras, mudo, porque el tapabocas sella sus labios y se lo impide y Darío Esteban, con voz impersonal, persuasivamente matizada, le dice: «Dos cosas quiero que tenga presentes: Primera: Darío Esteban jamás ha dicho “Respirar por don Abdón o no respirar, he ahí la opción”, y, segunda: ustedes no suman dólares, ni francos suizos, ni kilovatios-hora, ni negros, ni señoritas en camisón (trata de blancas) sino SUMANDOS. Creo que la cosa está clara», pero a Jacinto no se le hace claro sino al contrario, de una consistencia tan espesa que, si bracea enérgicamente, el aire le sirve de sustentación y llega a despegar del suelo y, una vez flotando en el aire, le es más fácil elevarse y aun planear, y, entonces, al ver a la insignificante muchedumbre allá abajo, inquieta y rutinaria como las hormigas de un hormiguero, dice con acento de convicción: «Ni retora, ni diala; todo into de comprensa por la pala es una uta». Darío Esteban, en el centro del hormiguero, levanta la cabeza y le amenaza (a Jacinto) con el puño y brama como un energúmeno: «¿Pretende usted insinuar, Jacinto San José, que don Abdón no es el padre más madre de todos los padres?», mas el hortelano no despega los labios, ni responde (a Darío Esteban), ni le impreca (a Jacinto), sino que se limita a encañonarle (a Jacinto), a seguir sus evoluciones por los puntos de la escopeta, calculando *grosso modo* la distancia y la velocidad y, apenas sin transición, dispara los dos tiros, apenas sin transición, y así que Jacinto se desploma, doña Palmira, siempre solícita, le sostiene maternalmente la cabeza por la nuca y le dice echándole el aliento en la nariz: «¿De qué nido se ha caído usted, señorito Jacinto?»; en cambio, el mozo de la barraca de tiro, en cuanto oye las detonaciones, vocea: «¡Premio para la señorita!» y la multitud se aglomera en torno a ellos y la señorita

Josefita brinca como un gurriato sobre las puntitas de los pies y palmotea, pla-pla-pla, y cuando le muestran el ojo tronzado del reticente dentro de un vaso de agua, pierde los buenos modales, se abraza a su cuello (el de Jacinto), ríe y chilla: «¡Los tofes, Jacinto! ¡He ganado una caja de tofes!». Y un hombrón hercúleo, con una tartera en la mano, murmura: «¡Coño, vaya un ojo que le han puesto; ése ya no vuelve a mirar derecho!». Y las miradas del gentío se le clavan (a Jacinto) como alfileres y, como cada vez acuden más, le aplastan contra el mostrador y Jacinto, medio asfixiado, no ve otra salida que encaramarse a éste (el mostrador) y desde allí brinca sobre la multitud, y trata de abrirse paso a patadas y codazos, pero los húmeros, y los fémures y las clavículas y las rótulas y las falanges y los astrágalos de los espectadores se le clavan en todas partes, contrarrestan sus movimientos y, al verse perdido (Jacinto), grita «¡Socorro!», y la vaguada repite «¡orro!», mas el doctor lo apacigua: «Estamos haciendo todo lo humanamente posible», le dice poniéndole una mano tibia en la frente, y añade: «Presumo que le debo una explicación pero esta prueba me es imprescindible, compréndalo. El enfermo, por instinto, se parapeta en lo que considera su personalidad pero ésta no existe, es una pura entelequia. El enfermo, sin embargo, no lo admite porque es un ente vanidoso, testarudo y hermético. Para relajarlo y obtener de él una reacción espontánea hemos de vaciarlo previamente, despersonalizarlo, me entiende, ¿verdad?». Jacinto se incorpora: «Me cisco en la lógica, doctor, si es que su pregunta pretende ser lógica», dice, mas Darío Esteban, siempre al quite, le ataja: «¿Por qué dice tonterías, Jacinto San José? Hable usted del cerrojo; sinceramente, ¿cree usted que el cerrojo puede llegar a destruir el fútbol espectáculo?». Jacinto huye; bracea de nuevo enérgicamente para contrarrestar la atracción de la gravedad y se va elevando sobre los macizos y los arriates del parque hasta que roza con la cabeza las primeras ramas de los castaños, pero al sobrevenirle el agudo dolor de los bíceps y el agarrotamiento subsiguiente, no puede evitar la caída y cierra los ojos, pero las ancianitas le recogen en sus trémulas manos entrelazadas y corren con él a cuestas como locas, entre las luces cambiantes de las bengalas y las antorchas, cantando desafinadamente:

¡A la silla la reina
que nunca se peina,
si se peinara,
piojos no criara!

y la gente aplaude y lanza bravos y dice: «¡Joer, vaya una bola que ha echado la Susanita!», y, de repente, se detienen (las centenarias enlutadas), se

acuclillan, se levantan, tensan los brazos enjutos, gritan a coro: «¡¡Aúpa-lela!!» y le lanzan al aire (a Jacinto) y Jacinto divisa el estanque bajo él e intenta por todos los medios, adoptar una actitud gallarda (airosa, al menos) para caer, pero no lo consigue y se desploma de mala manera (un panzazo) sobre la superficie del agua en cómico chapuzón. Y en contra de las risas que esperaba, oye la ovación cálida, amparadora, desde las márgenes del lago y, al concluir de aplaudir, el gentío reclama: «¡Sin-flo-ta-dor-sin-flo-ta-dor!», pero don Abdón interrumpe tajante: «Hablar de deportes es aún más saludable que practicarlos», le dice, y Jacinto asiente con la cabeza, cohibido por sus mamas (de cónicos pezones nutricios) henchidas, y cuando añade (don Abdón): «Usted es tímido, Jacinto San José, ¿no es cierto?», Jacinto (San José) lo reconoce, vuelve a asentir y de este modo alivia la tensión del pescuezo y a la apófisis de la primera vértebra cervical del peso muerto de la cabeza, que estaba allí, erguida (la cabeza) inmóvil sobre la albura inmaculada del mármol, bajo los cinco globos incandescentes, las pupilas avizorantes como si aún estuviera vivo, y el doctor de más edad se vuelve al doctor más joven, enfundado también en una bata blanca, y le dice en un cuchicheo discreto: «Un hermoso pointer ¿no es cierto?». Jacinto torna a asentir con la cabeza, sin palabras, y don Abdón aprovecha su aquiescencia para decirle: «El seto es la defensa de los tímidos».

Jacinto se humilla. Jacinto es humilde a más de probo (su probidad está al margen de toda duda). Es quizá, hoy por hoy, el único hombre en el mundo que no tiene más que una palabra que decir, *entendámonos*, y, por tanto, piensa (Jacinto) que la Torre de Babel podría ser la solución porque *entendámonos* es una palabra que puede decirse incluso sin pronunciarse, por señas, y ésta es la razón para que funde su movimiento «Por la Mudez a la Paz», mas, al hacerlo (al fundar el movimiento), comprueba que no es lo mismo callar que hablar sin que a uno le comprendan, que parecerá lo mismo pero no es lo mismo, ya que el hombre no es un animal racional, o si lo es («Vamos a admitirlo», piensa Jacinto), sobre esta cualidad predomina la condición de animal parlante, esto es, necesita (el hombre) decir cosas aunque no las razone, precisa (el hombre) descongestionarse, simular que razona (el hombre) aunque sea partiendo de premisas falaces, y cuanto mejor lo simule (que razona) más satisfecho queda (el hombre) de sí mismo, aunque sea a costa de desportillar, difamar o engañar al prójimo, que esto es secundario, puesto que lo esencial es descongestionarse (la caridad bien entendida empieza por uno mismo), y por ello Jacinto es una lastimosa excepción, un hombre (entre miles de millones de hombres) sin nada que decir (excepto,

como dicho queda, «entendámonos») y por eso (porque no tiene nada que decir) calla, y si en el Refectorio los compañeros hablan de deportes y discuten apasionadamente sobre si el cerrojo ha matado o no al fútbol espectáculo, él (Jacinto) enmudece y, únicamente si la discrepancia sube de temperatura, finge que mete baza por no desairarles (a los compañeros), para no mostrar indiferencia ante las preocupaciones ajenas, pero es lo mismo que cuando simula cantar (si es que mete baza) y sólo dice y repite hasta la exasperación: «Pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo», hasta la exasperación, como un autómata, eso sí, a voces, aparentando un ardor que anda muy lejos de sentir, pero como el tumulto es grande, nadie le oye, únicamente es patente su combatividad, y Jacinto, una y otra vez, trata de fingir que dice algo, pero en rigor no dice nada (como todos) más que «Pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo», por no parecer mudo o tonto, ni desentonar, ni evidenciar que desconoce el idioma de sus compañeros, pero una mañana que él (Jacinto) terció en una discusión donde media docena de compañeros hablaban a la vez, «Pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo», súbitamente se hizo el silencio y tan sólo se oyó su voz, bueno, pues esa mañana Ginés Gil se volvió a él, le puso la mano en el hombro y le dijo «Qué dices tú del cerrojo, Jacinto San José», él, Jacinto, dijo con voz entrecortada, «Que me parece una práctica pequeño-burguesa» y fue como si hubiera prendido la mecha de una bomba, los seis reanudaron a voces su porfía y, por sus aspavientos y los reiterados golpes en la espalda que le propinaba Ginés Gil, Jacinto intuyó que algo aprovechable había dicho sin saber lo que decía, y entre el maremágnum de palabras y exclamaciones mal entendió a Ginés Gil, «Eso, una actitud viciosamente conservadora», y sonrió, mas como quiera que Ginés Gil continuara sacudiéndole la espalda como animándole a apoyarle, Jacinto volvió a tomar la palabra para decir sobre el nudo inextricable de la discrepancia de sus compañeros, «Pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo», como un disco rayado, y al sonar el timbrazo y quebrarse repentinamente todas las conversaciones, Ginés Gil rubricó su admiración propinándole un último espaldarazo y diciendo «Nada, lo dicho, aquí Jacinto lleva razón».

Trasladada su idiosincracia (la de Jacinto) al terreno sentimental, tampoco resulta favorecido, puesto que todas las muchachas que ha conocido (incluida la señorita Josefita con su cutis de seda y sus patitas de gallo) se le antojan (a Jacinto) más desenvueltas e inteligentes que él, o, al menos, lo que dicen o

tratan de expresar le parece ingenioso e intencionado y, si callan, le produce la sensación (siempre favorable) de que están pensando, o sea que inevitablemente sale perjudicado Jacinto, puesto que si las muchachas son decidoras, él (Jacinto) calla por temor a competir en ingenio, agresividad o talento, y si callan, él (Jacinto) habla visceralmente (aunque sea poco, que siempre es poco), pero todo cuanto dice es insulso y sin alcance (pura y monda palabrería) y piensa que ella (la chica que calla) está pensando que él (Jacinto), que habla, es tonto de remate, y si, por el contrario, la que parla es ella (por supuesto, de carrerilla) piensa (Jacinto) que ella pensará (la muchacha) que él (Jacinto) no tiene nada que decir porque es bobo de nacimiento. Total, que por muchas vueltas que le dé a la cuestión (Jacinto), jamás podrá formularse una respuesta satisfactoria.

Despierta sobresaltado (Jacinto), con tortícolis debido a la postura, y tan aceleradamente se pone en pie que piensa que se ha dormido así (de pie) y antes de discernir este extremo se ve en el campo recién amanecido, húmedo de escarcha, flanqueado por dos muros vegetales (de más de dos metros de altura), y su irrupción es tan rápida que el gazapo sorprendido en el rincón apenas tiene tiempo de abandonar la madriguera que trataba de excavar, para escabullirse vertiginosamente en el sotobosque. A pesar del entumecimiento cerebral motivado por la cabezada, para Jacinto es aquello como una revelación. «Naturalmente», se dice (Jacinto). «Es el huevo de Colón». (¡Anda, coño, pues no se ha comido Gen las cosas del paleto!). Así, el primer golpe de azada, chás, no hace sino ahondar en el conato de hura del conejo y, al descargarlo (el golpe de azada), Jacinto piensa que con doscientos o trescientos (quizá mil) golpes semejantes podrá hallar el camino de la libertad. Ante estas perspectivas (sumar los posibles esfuerzos representa para Jacinto, habituado al cálculo, menos esfuerzo que realizar los esfuerzos). Jacinto se afana con ahínco, sin pensar en su debilidad, sin advertir el avance reptante de los álabes, sólidamente afirmados en los estolones, haciendo caso omiso de la inclinación de las guías del seto, mutuamente atraídas, que amenazan con formar una bóveda vegetal por encima de su cabeza. De tiempo en tiempo, Jacinto se escupe en las palmas de las manos, deja la azada, toma la pala, y extrae de la hoya la roja tierra húmeda y desmenuzada, cuya resistencia a la hoja de acero es cada vez más leve. «Medio metro en cuadro será suficiente», piensa Jacinto, «aunque de momento debo ensanchar más para poder moverme con desenvoltura». Y cava con ahínco y se dice «Es el huevo de Colón» y cava con ahínco y suda y dice «Es el huevo de Colón» y, de cuando en cuando, extrae la tierra con la pala y se recrea, pasándose el

dorso de su mano azulada por la frente, en los montones de tierra roja, cada vez más altos, que rodean el hoyo por los cuatro costados.

Súbitamente abre los ojos y ve el rectángulo de cielo, el cirro blanquecino truncado por el bisel de la hoya, un buitre planeando bajo él (bajo el cirro), y nota frío y humedad en el trasero y el canto de la pala hincado en los riñones, lastimándole; y ve también la superposición de las capas, de consistencia y color variables, debido a la humedad y a la calidad de la tierra, y alcanza su nariz el aroma de la tierra profunda, recién movida, y divisa en los estratos superiores las raicillas colgantes de la maleza y los extremos de las lombrices retorciéndose, tratando de ocultarse, y los agujeros de las toperas y las piedras blancas incrustadas entre los estratos. Jacinto ve y huele todas las cosas, tiene plena conciencia de ellas, pero no acierta a conjugar los resortes musculares precisos para incorporarse (que es lo que desea) y mueve los codos y las piernas pero inevitablemente topa con las paredes verticales y, entonces, pese a que divisa el cielo azul esplendente enmarcado (como un cuadro) por el primer estrato, y los últimos flecos del cirro fugitivo, y las pasadas silenciosas del buitre bajo ellos (bajo los flecos), pese a todo eso, Jacinto piensa bobamente: «Me han enterrado vivo». Y ante esta convicción reacciona violentamente, se rebulle, consigue arrodillarse dentro del hoyo (la tierra acumulada le impide aún ver el refugio) y, acodándose en los bordes de la zanja, se pone en pie y en esta posición (de pie y acodado en la tierra amontonada) permanece unos minutos, tratando de reconstruir (sin conseguirlo) el inmediato pasado y, al cabo, poco a poco, levantando primero una rodilla y luego la otra y gateando por los montones de tierra y grava, centímetro a centímetro, se ve fuera y respira hondo y observa atentamente los destrozos causados por la explosión de las bombonas (¿ayer, anteayer, hace unas semanas?) y así que llega a la cabaña, se agarra (como si fueran peldaños) a los troncos supervivientes y, aunque los brazos le tiemblan, logra incorporarse y entra en la casa arrastrando los zapatos, levanta la persiana y se mira en el espejo del aseo (caballeros) y así que Jacinto distingue entre la bruma aquel rostro de cera, ribeteado por una descuidada barba amarilla, los sucios cabellos desgreñados, los ojos atónitos sobre las abultadas bolsas cárdenas de las ojeras, se dice, *Jacinto, quién te ha visto y quién te ve, pobrecito, si pareces un náufrago, madre mía, ándate con ojo y no pierdas la serenidad porque si pierdes la serenidad estás arreglado y, después de todo, otros están peor, Jacinto, que al fin y al cabo, las plantas son tus amigas, de siempre, qué me vas a decir a mí, estar cercado por las plantas es casi un sueño, menuda, y te pones a ver y morir así, abrazado por las flores, es casi*

una muerte poética, que piensa lo que sería un acoso mineral o un acoso animal, de hombres, por ejemplo. Tú, sereno, Jacinto, a ver qué interés voy a tener en engañarte, y en estas circunstancias, date cuenta, imagínate que en lugar del seto fuesen dos planchas de acero, ¿qué te parece?, que a fin de cuentas eso, más o menos, es lo que sucede en un crucero si llega un torpedo enemigo y, ¡boooom!, lo hunde, ¿te das cuenta? ¿Que qué pasa entonces? Aguarda un momento, Jacinto, que te lo voy a contar, tú tranquilo, verás, en el crucero hay mucha gente, unos arriba y otros abajo, unos en la cubierta, en las torres y los antiaéreos de babor y de estribor y en las ametralladoras y en el puente y en los puestos de dirección de tiro, bueno, ésos están arriba, como te digo, pero otros están abajo, en los pañoles y los sollados, bien entrampillados por las puertas estancas, cerradas a presión, ¿comprendes?, como la soda en la botella, a cal y canto, y ellos nada pueden hacer mientras los compañeros del sollado inmediato no levanten las palancas, pero los compañeros del sollado inmediato no levantarán las palancas porque, una de dos, o han muerto o se lo impide la disciplina, Jacinto, porque la disciplina de un crucero es una cosa muy seria, ¿te das cuenta?, menuda, ellos no tienen otra misión que controlar la inundación, fíjate bien, y si abren las puertas estancas, la inundación se extiende, de modo que no pueden abrir las puertas estancas porque se lo impide la disciplina o están muertos, una de dos, y el marinero del sollado, entonces, está a la que resulte y lo que resulta, Jacinto, es que el crucero se hunde, se va a pique sin remedio porque el torpedo le ha agarrado bien, debajo de la línea de flotación, ¿comprendes?, y el crucero empieza a oscilar, que me caigo que no me caigo, y los marineros que estaban arriba cuando el zafarrancho, bien en la cubierta, bien en las ametralladoras, bien en la dirección de tiro, así que ven que el crucero empieza a vacilar, que me caigo que no me caigo, agarran y al agua, date cuenta, menuda barahúnda, unos en los botes, otros con un salvavidas a la cintura, a puñetazo limpio, y el que no tiene para más, en cueros vivos, en pelotas, Jacinto, como suele decirse, pero avivando porque lo que hay que hacer es nadar de firme (seamos sinceros, Jacinto, y de ti para mí, don Abdón no sabe nadar), porque si no nadas de firme, Jacinto, corres el riesgo de que el remolino del crucero al hundirse te arrastre, ¿te das cuenta?, te absorba como una pelusa en el sumidero de la bañera, y te vayas al fondo como una piedra… Calma, Jacinto, no te impacientes, que tienes los nervios a flor de piel, caramba contigo, que no hay cristiano que te sujete, esto sucede con los de fuera y unos se salvan y otros se ahogan, natural, de Perogrullo, a ver, pero los otros, los que andan en los pañoles y los sollados, no ven el cielo ni

el agua, Jacinto, sólo ven las puertas estancas y las portillas y los firmes remaches de las planchas de acero, ¿te das cuenta?, y entonces no tienen otra cosa que hacer que ponerse a escuchar, y, como es natural, aguzan el oído y así que oyen el cañoneo, ¡pompom-pom!, y la explosión del torpedo, ¡booooom!, y las carreras arriba, chás-chás-chás, piensan: «Esto se pone feo». Eso pensarán, seguramente, Jacinto, que vete a saber, que a lo mejor piensan en su mujer o en sus hijos, para bien, naturalmente, a ver qué te has creído, pero piensen lo que piensen, tan pronto empieza el balanceo y luego la escora y luego el apagón (porque todo va dejando de funcionar aunque hace unos minutos, Jacinto, el crucero era un mecanismo tan exacto como un reloj) y el barco se sumerge de popa y la proa se levanta, fíjate bien, y ellos ruedan por el suelo hasta topar con la batayola o las taquillas metálicas o el mamparo, depende, Jacinto, entonces, como te digo, dejan hasta de escuchar, se quedan allí acurrucados, rezando lo que saben, Señor mío Jesucristo, todo el tiempo que dura el hundimiento del crucero, que puede ser mucho o puede ser poco, lógico, depende de la profundidad, pero tengo entendido, Jacinto, date cuenta, que en Taltal hay abismos de agua de seis mil metros, que se dice pronto, seis kilómetros, Jacinto, que ya está bien, pero como el barco se hunde despacito, lo mismo te tiras diez minutos columpiándote, mano sobre mano y reza que te reza, aguardando, pero bien mirado no aguardas a nada, Jacinto, sino a que el barco se pose en el fondo y después de una sacudida se quede tranquilo entre las rocas, las algas y los corales. Y una vez que esto sucede, va el marinero y se pone de pie y aunque no ve ni gota, se toca, se pellizca y sabe que está vivo, aunque hay un silencio de tumba alrededor, a lo mejor con seis kilómetros de agua salada por encima de su cabeza, a lo mejor, pero sabe que está vivito y coleando (aunque presiente que por poco tiempo), ¿te haces cargo?, pero a él todavía no le falta el oxígeno porque el sollado es amplio y puede respirar y pensar (lo malo no es la mosca, Jacinto, sino pensar la mosca) e incluso prender una cerilla y organizarse. Y, figúrate, a la luz de la cerilla, el pobre marinero ve los objetos que hace muy pocos minutos eran los soportes de su vida cotidiana, de la rutina que maldecía, que ésa es otra, Jacinto, es decir, ve el banco y la mesa, donde él colocó la gaveta y comió hace apenas una hora, amarrados por dos barras al techo, y ve los garfios donde enganchaba cada noche las bolinas de su coy para dormir hasta que le despertaba el relevo para la guardia, y ve, asimismo, el tibio rincón bajo la pálida bombilla enrejada donde se sentaba (en el linóleo del suelo) cada tarde a leer una novela del Oeste, o sea, Jacinto, para que te enteres, lo ve todo intacto (el torpedo abrió el boquete en la popa) y aunque

todo es igual, todo es diferente, ¿te das cuenta?, y, por un momento, el marinero pierde el dominio de sí mismo, Jacinto, que es lo menos que puede perder en su circunstancia, y grita y aúlla y se arranca los cabellos y se lanza contra el costado del barco (de planchas de acero minuciosamente remachadas en el arsenal) y lo golpea (el costado del barco) con los puños crispados y, ante su resistencia imperturbable, el marinero se hace toda la necesidad, Jacinto, o sea, se caga y se mea, hasta que el dolor (de los puños) le vuelve a la realidad, ¿comprendes?, y en ese punto el marinero va y se dice: «Paciencia, Dick, otros están peor», ¿te das cuenta?, la referencia, que el que no se consuela es porque no quiere, Jacinto, hijo mío, que ésa es una verdad como un templo, porque el marinero, entonces, se pone a pensar en los condenados sin culpa a las cámaras de gas, ¿vas viendo?, «A la ducha, a la ducha», dicen, y los carceleros ponen orden y leen la lista porque todos quieren ir a la ducha, y los cien elegidos chillan «¡A la ducha, a la ducha!» y corren hacia el barracón, tropezando unos con otros, porque no ven el momento de poner su cuerpo martirizado por la mugre y los piojos bajo el agua y así que llegan abren la llave de paso y se colocan en cueros vivos bajo las cebollas, a ver, menuda, pero como las cebollas no gotean giran otra vez las llaves de paso, impacientes, y ya uno, contrariado, chilla «¡Esto no funciona!» y el de al lado le vocea «La mía tampoco» y todos, «Ni la mía, ni la mía», ¿te das cuenta, Dick?, y así hasta que uno de ellos, de olfato más fino, quizá porque nunca padeció de catarros, ni de pólipos, ni de sinusitis, grita: «¡El gas; esto es una encerrona!», grita, ¿comprendes?, y entonces se arma un zurriburri de mil diablos, Dick, y, de entrada, todos corren hacia la puerta, pero ésta está herméticamente cerrada, y en cuanto se dan cuenta empiezan a trompazos entre ellos porque intuyen que los muertos no respiran y los que no respiran no consumen oxígeno, y se sacuden de lo lindo, Dick, no te vayas a creer, pero con toda su alma, ¿eh?, y los más débiles caen, y los más fuertes, Dick, les patean los cráneos, y los hígados y los intestinos y, conforme va faltando el aire, los supervivientes (al principio unos diez) se vuelcan sobre los caídos (unos noventa), date cuenta de la astucia, Dick, y arriman sus labios vivos a los labios muertos y aprietan, talmente como cuando se besa a una mujer, como los besos del cine, para ser exactos, y hacen el boca a boca absorbentemente (no para dar sino para quitar) y succionan el aire de los bofes sin vida, de tal forma, Dick, que el postrer superviviente va recorriendo muertos (hasta noventa y nueve) uno a uno, robándoles avaramente el último aliento que ha quedado enredado entre sus alvéolos y bronquios y, finalmente, se dice con un fugaz atisbo de razón:

«Paciencia, Heinrich, otros están peor», ¿te vas dando cuenta, Jacinto?, y en esos segundos de tránsito, Heinrich busca también la referencia, lógico, el asidero, y se pone a pensar en el hombre que es emparedado vivo, vete a saber, en un nicho o en una hornacina, bien amarrado, eso por supuesto, Heinrich, que una vez que se pierden los pechos salvavidas uno está amenazado por todas partes, bueno, pues se pone a pensar en el hombre emparedado, dos inmensos ojos espantados abiertos a la vida por encima de la mordaza (también está amordazado, Heinrich, naturalmente), y con los dos ojos espantados contempla el afanoso quehacer de los dos albañiles y el peón, date cuenta, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, ¡la niña bonita!, a ver, como es costumbre entre albañiles, ladrillo a ladrillo (juntándolos con cemento y alisando las rebabas con la llana), y la pared que le incomunicará del mundo sube y sube, pero él (el hombre de los ojos espantados) no puede impedirlo, Heinrich, porque como te digo está bien amarrado, ni siquiera puede llamarlos hijos de perra porque, como te digo, está amordazado, Heinrich, y así la pared sigue progresando y el hueco abierto a la luz es cada vez más reducido, ¿comprendes, Heinrich?, y el hombre de los ojos espantados se va diciendo: «Ya sólo faltan tres filas», «Ya sólo faltan dos filas», «Ya sólo falta una fila», «Ya sólo faltan tres ladrillos», «Ya sólo faltan dos ladrillos», «Ya sólo falta un ladrillo» y, al llegar a este punto, el hombre se empina, a ver, quiere llenar de vida sus ojos espantados, se empina para ver por el hueco que es como una mirilla abierta al ancho mundo y, al cabo, una vez que la mirilla se ciega y se queda solo y a oscuras, se dice: «Paciencia, Pepe (o "paciencia, Iván"), otros están peor». ¿Comprendes lo que te digo, Jacinto? ¿Te das cuenta? Esto piensa el hombre que es emparedado, y el hombre que es gaseado piensa en el hombre que es emparedado, y el marinero que se hunde en el sollado de un crucero piensa en el hombre que es gaseado, y así, porque una vez que el hombre pierde los pechos de seguridad, ha de buscar un sucedáneo, natural, que el que no se consuela es porque no quiere, te lo digo yo, Jacinto, que no tengo interés ninguno en engañarte, y, después de todo, tu situación no es desesperada ni mucho menos, mira el marinero sin ir más lejos, los dedos desollados, una pura matadura, los calzones sucios, y los seis mil metros de agua, o los que sean, presionando los ojos de buey, y las planchas, y los mamparos y los remaches, y él (el marinero) preguntándose: «¿Por dónde saltará?», porque que ha de saltar es fijo, puede tardar más o menos pero terminará saltando, Jacinto, mas, en tanto salta, el marinero sigue temblando, y, si es flojo y la entereza le traiciona, desaferrará un coy y

con el rebenque se colgará sin más de las barras de las mesas o del gancho donde amarraba (el marinero) las bolinas cada noche, date cuenta, que ya tiene que ser duro, un trago, mas de ordinario el hombre apura la vida hasta las heces, Jacinto, que eso es el pan de cada día, no digas que no que a la vista está, y si una muela le duele (al hombre), que la quiten, y si un riñón falla, que lo saquen, y si una pierna estorba, que la sierren, y si es el corazón lo que no funciona, pues que lo cambien, que se lo arranquen a otro, y si no está muerto el otro todavía, pues mira, mejor que mejor, mayor garantía, que con el antiguo o con el nuevo, lo que yo quiero es ver amanecer mañana, que así somos, Jacinto, que nos agarramos a la vida como lapas, madre, cualquiera diría que en el mundo reparten almendras garrapiñadas, ya, ya, pero nada, eso no tiene remedio, de barro somos, y el marinero, quieto, parado, aguardando a que reviente la portilla, que por sabido termina por reventar, ya sea la segunda de babor o la quinta de estribor, para el caso es lo mismo, el chorro entra como un torrente en el sollado, imagina, con la presión de seis kilómetros de agua, lo nunca visto, entra ruidosamente, como en una central eléctrica, avasallándolo todo, y el marinero, aunque el sollado es espacioso, va notando el agua, casi sin transición, en las siguientes partes de su cuerpo: los zancajos, las corvas, las rodillas, los muslos, el aparato genital, el vientre, el ombligo, el estómago, las tetillas, las clavículas, la garganta, la barbilla y la boca. Y una vez, Jacinto, que el sabor salobre alcanza sus labios, el marinero pega un respingo y se pone a nadar, con toda calma, lógico, porque de sobra sabe que no puede ir lejos, tan sólo sostenerse, pero el plano del agua asciende rápidamente, mientras el plano del techo (de planchas de acero escrupulosamente remachadas en el arsenal) permanece inalterable, en su sitio, ponte en su lugar, la angustia, la del pobre marinero digo, Jacinto, consciente de que las disponibilidades de oxígeno y el espacio habitable se reducen por momentos, pero aunque él lo sabe continúa nadando, Jacinto, que ya es obstinación y apego a la vida, no digas que no, pero continúa nadando, y como está a oscuras no distingue la aproximación paulatina del plano del agua al plano del techo hasta que, top, su cogote golpea, top, en un remache y en ese instante, aunque pueda parecerte, Jacinto, que nada hay más terrible en el mundo, el marinero se dice: «Paciencia, Dick, otros están peor», y piensa en los gaseados o en el emparedado vivo, pero el agua, por mucho que piense, no se detiene, sigue subiendo, ¿comprendes?, y una vez que le llega a la nariz (el agua) continúa nadando (el marinero), ladeando un poco la cabeza para que no le entre agua por los orificios y, aunque puede decirse que todo ha terminado, él (el

marinero) aguanta, pega la oreja derecha contra la plancha, la aplasta y, aunque el espacio oxigenado es reducidísimo, la aplasta cada vez más, y, a seguido, Jacinto, se vuelve, de manera que sea la nariz lo único que sobresale del agua, mas como el nivel de ésta continúa ascendiendo, el marinero oprime las narices contra las planchas del techo, aprieta más, cada vez con mayor fuerza, hasta que los huesecillos nasales crujen y la ternilla se tronza y empieza a sangrar (lo nota, claro está, en que el líquido en torno a las fosas nasales es ahora templado), pero él sigue apretando, Jacinto, ¿oyes?, aprieta con toda su alma y tal vez reza, tal vez jura, tal vez se caga en la madre que parió a las guerras, tal vez piensa en su mujer o en su hijo y, de pronto, al tiempo que oye el crujido de una puerta estanca que salta, los dos planos (el del agua y el del techo) se funden, figúrate qué horror, que te vuelves loco sólo de pensarlo, y el marinero se da de cabezadas contra las planchas (como si fuera posible desmontar con la cabeza los remaches tan concienzudamente asegurados en el arsenal) hasta que al fin, medio asfixiado, cede y aunque las tinieblas son espesísimas, siente (el marinero), o ve, unas burbujas cada vez más espaciadas por encima de él, se le borran las siluetas de su mujer o de su hijo y nota como si le hubieran puesto encima del pecho una piedra de quinientas toneladas y él (el marinero, por supuesto) trata en vano de apearla y, al hacerlo, se arranca los botones, desgarra su faena gris de dril, se le crispan los dedos (con las yemas arrugaditas como las de la señorita Josefita, Jacinto), se le abre la boca, se le desorbitan los ojos, estira y encoge espasmódicamente la pierna derecha cuatro o cinco veces y, al cabo, queda inmóvil y su cuerpo va descendiendo suavemente (como anteriormente el crucero) hasta posarse (en decúbito prono) en el linóleo del suelo, sobre las ranuras donde a diario armaba las mesas. Repara, Jacinto, ¿cómo vas a comparar tu suerte con la de ese muchacho, di, manojo de nervios? Luego, vete a saber, a lo mejor, cualquier día, un buzo descubre el barco hundido y le da por buscar en él tesoros inimaginables y aquel esqueleto (el del marinero), donde los peces no han dejado ni una triste tira de piel, no le dice nada, Jacinto, o a lo sumo pensará «Otro muerto en la guerra», pero lo piensa con la boca (o la cabeza) pequeña, Jacinto, sin sentirlo, porque para un hombre que busca un tesoro, guerra no significa guerra, eso por descontado, Jacinto, que yo no sé si me explico o no me explico, porque para él (el buzo), que anda detrás de un tesoro, los muertos no cuentan. Así es la vida, Jacinto, desengáñate, y si reflexionas un poquito te darás cuenta de que tu situación no es como para desesperarse, que peores cosas hay, dónde va, lo que ocurre es que tú eres un tipo así más bien nervioso, cuando, en

realidad, lo que haya de hacerse aquí ha de ser con la cabeza, Jacinto, los nervios sobran, convéncete, que más vale maña que fuerza, que ponerte a cavar un túnel de diez metros es empresa de locos, menuda, diez metros palmo a palmo, tú no estás en tus cabales, Jacinto, buenas manos tienes, y los bíceps (¡Joer, vaya una bola que ha echado la Susanita!) agarrotados, a ver, cómo los quieres tener, si llevas qué sé yo el tiempo que no paras, Jacinto, ni comes ni reposas, que en estas condiciones te viene cualquier cosa, una gripe, por ejemplo, te coge sin defensas y antes de que lo pienses te lleva pateta.

Se contempla, mudo, intensamente en el espejo (Jacinto) y mentalmente deplora su aspecto; el rictus fatigado y amargo de las comisuras de los labios; la barba irregular, a corros; los relieves morados de las ojeras; las pupilas dilatadas e inexpresivas; la cabeza blanca; la cerúlea palidez de la tez; las manos temblorosas… Deniega con la cabeza y musita: «Serenidad, Jacinto. Otros están peor».

Al salir del servicio (caballeros) tropieza con el calendario: mayo. «¿Qué día de mayo?», se pregunta. Y examina las cifras negras y rojas y se dice, a modo de orientación: «El 5 nos pusimos en viaje». Se esfuerza por atrapar un indicio (Jacinto), rememorar acontecimientos, ordenarlos cronológicamente, apela al seto, al nido del agateador, al sol, a la luna y, súbitamente iluminado, corre hacia el transistor, lo conecta, tip, pero, tras la conexión, el silencio se espesa. «Las pilas», se dice (Jacinto). «Se han humedecido las pilas». Desconecta y conecta el transistor una docena de veces, tip-tap, tip-tap, tip-tap, lo zarandea (al transistor) pero el transistor es como una boca abierta pero muda, como las bocas de los noventa y nueve gaseados después de haber succionado sus pulmones el postrer superviviente. Jacinto siente la comezón en su mano, un ardiente deseo de estrellarlo (el transistor) contra la pared, pero finalmente se reprime y se recomienda sosiego: «Lo que haya de hacerse aquí ha de ser con la cabeza», se dice.

Ante el calendario de nuevo, pasando revista a los números, del 6 al 31, espera (Jacinto) que una lucecita o cualquiera otra prodigiosa señal le revele, inesperadamente, el día en que vive. Y así, al transitar por el 10, nota en el estómago como una desazón, pero desecha este rastro y se dice: «No es posible. Llevo más de cuatro días aquí. Esto no es la señal», se dice, pero la desazón acrece al detenerse en el 20, y, al acceder al 30, la basca es tan apremiante que le fuerza a buscar el aire libre para reprimir el vómito. Allí, sudando frío, doblado por la cintura junto al seto, piensa (Jacinto): «Es el

maldito cero» y aunque le asaltan tres arcadas aparatosas, apenas expulsa unos escupitajos amarillentos.

Al incorporarse, lo primero que avista Jacinto es la hoya rectangular, los montones de tierra porosa recogidos en los bordes. Y el tipo de la pala coma con los largos y espesos mostachos salpicados de tierra coma preguntó ¿Y la cabeza, es que lo van a enterrar sin cabeza? coma preguntó coma y la mujer miró de soslayo a Darío Esteban coma se llevó el pañolito al vértice del ojo derecho y dijo coma Hágalo así, de la cabeza no se preocupe punto Darío Esteban se mantenía digno y distante coma junto a la mujer coma embutido en el abrigo negro de ceremonia coma destocado coma el sombrero de fieltro en sus gordezuelas manos enguantadas coma fláccidamente desmayadas sobre el vientre coma las puntas de los zapatos separadas coma la cabeza respetuosamente inclinada hacia el hoyo abrir paréntesis como cuando pretende demostrarse un interés funerario superior al que se siente cerrar paréntesis coma y el tipo de los mostachos cargaba la pala a conciencia y al caer la tierra sobre la tierra producía un rumor afín coma riiiiiá coma incluso armonioso coma pero al caer sobre el cuerpo degollado retumbaba coma booom coma sonaba a hueco y el tipo de la pala explicó coma Tiene más aire que un tambor el condenado coma y la mujer del pañuelo suspiró y Jacinto veía la tierra incrustada en la hermosa pelambrera del lomo coma que con tres paladas quedó cubierto coma de tan macabra manera que el cuerpo decapitado emergía de la tierra por sus dos extremos dos puntos de uno el cuello coma la limpia sección del cuello con las tuberías del esófago y la tráquea y del otro coma los cuartos traseros coma las últimas salpicaduras marrones sobre el vello blancuzco coma la prominencia pilosa del coxis sobre el ano coma y las articulaciones invertidas y agarrotadas de las piernas punto En pocos minutos coma la hoya quedó llena y el tipo de los mostachos coma con delicadeza exquisita coma fue rascando coma raaaac-raaaac coma con la punta de la pala los restos de tierra removida y componiendo artísticamente sobre la tumba una especie de mastaba o túmulo punto Cuando concluyó coma Darío Esteban carraspeó y la mujer suspiró de nuevo y Jacinto San José coma para romper la tirantez coma se inclinó hacia la mujer y le dijo coma Siempre que se abre un hoyo, al taparlo sobra tierra y la mujer suspiró y se limpió los ojos enramados con el pañuelo y Darío Esteban dijo dos puntos Es cierto lo que dice Jacinto San José; ignoro a qué será debido pero siempre que se abre un hoyo sobra tierra punto Y Jacinto se encogió de hombros y la mujer suspiró y Darío Esteban carraspeó banalmente coma mientras su mano enguantada se escondía momentáneamente bajo el abrigo marengo para reaparecer con un

papel doblado que tendió a la mujer y la mujer coma antes de tomarlo coma se sujetó los bajos del abrigo con ambas manos y esbozó una venia y coma después coma cogió el papel coma lo ocultó en el seno y dijo coma tras envolver en una recelosa ojeada a la tumba coma Dios se lo pague, Darío Esteban coma y Darío Esteban volvió a carraspear banalmente y dijo Medio millón, observará que don Abdón ha considerado su muerte en acto de servicio y liquida como si su marido de usted hubiera devengado cuotas desde su degradación. Entiendo que la Casa no ha podido mostrarse más generosa. Querida señora, le acompaño en el sentimiento punto y aparte

El tipo de la pala coma apoyado en el mango coma contemplaba todo aquello coma y los ojos azules coma inmaculados coma de Jacinto contemplaban todo aquello y de pronto coma la mujer se arrodilló coma tomó entre las suyas la mano de Darío Esteban y se la besó varias veces con besos restallantes y coma aunque Darío Esteban se esforzaba por zafarse de la mujer coma ella no cejaba coma incluso se limpiaba los ojos y las narices con ella coma y decía todo el tiempo benditos sean usted y don Abdón, que así se compadecen de los pobres y coma en cuanto pudo coma Darío Esteban se escabulló y se refugió en el coche color guinda y Serafín lo puso en marcha abrir paréntesis el coche cerrar paréntesis coma pero la mujer seguía gritando que Dios se lo premie Darío Esteban y aquí dejan una servidora para lo que ustedes gusten mandar coma y Darío Esteban sonreía y decía adiós con dos dedos enguantados y sonreía cabeceando tras los cristales traseros del coche punto y aparte

Levanta la cabeza (Jacinto) y ve la tierra roja y húmeda amontonada en los bordes de la fosa. Se le ha pasado (a Jacinto) la náusea aunque todavía le escarba el estómago. «Serenidad», se dice; «lo que haya de hacerse aquí ha de ser con la cabeza». «Cabeza», repite automáticamente y, sin pensarlo más, entra en la choza, se agacha, rebusca bajo la librería, coge el ojo de cristal y la cabeza destrozada del egocero, sale, arroja la cabeza destrozada del egocero y el ojo de cristal en la hoya y empuja con los pies los montones de tierra roja hasta que aquéllos, blap-blap, quedan sepultados. Inspira hondo y expele la carga de aire en silbiditos, biiiii-dbiiiiiid, intermitentes, regodeándose en ellos, como si hiciera música. Repite (Jacinto) esta respiración regulada varias veces y, al cabo, abre los brazos en cruz y ejecuta el ejercicio de pectorales dobles, aunque sus bíceps y los agujeros de las axilas se resienten a cada movimiento. Lo deja (el ejercicio gimnástico) y se dice: «La cuestión estriba en abrir un paso», y vuelve a pensar en el fuego como elemento más activo y congruente pero se hace (Jacinto) la siguiente advertencia «Hay que jugarse

todo a una carta. Con muchos pocos no vamos a ningún sitio», se dice, y, a renglón seguido, toma el hacha y empieza a despedazar los muebles (mesas, banco, sillas, sofá, butacones, tajuelo, banquetas, mesilla, cómoda, cama) y los adornos (cuadros, cortinones, visillos, libros, galerías, postigos y los medios troncos y las tablas de embero del revestimiento interior y exterior). Al acabar, apila los fragmentos del mobiliario en el seto, introduciéndolos en él y, lanzando algunos por encima, los rocía con la gasolina del último bidón y les prende fuego. Bajo el sol resplandeciente, las llamas resultan casi invisibles, pero los chasquidos de los brotes verdes, clip-clip, la frenética crepitación, crep-crep, le permiten imaginar (a Jacinto) la violencia del fuego y, por otro lado, al observar cómo las hojas metálicas, y los bulbos, y los capullos, y los tallos se arrugan y truecan su color verde por el marrón y se retuercen y se comban, finalmente, muertos, se persuade de su eficacia. Los minutos transcurren sin que ceda (ni se debilite) la combustión y Jacinto contempla sonriente el avance devastador de la hoguera, la oquedad carbonizada (cada vez más amplia), las guías y camales, incandescentes primero, luego chamuscados, desplomándose como si fueran cañas, y sonríe, pero, con su pesimismo habitual, se dice que esta medida desesperada debería haberla adoptado varios días antes. Si sopla el viento (del oeste), el humo baja y se adensa de tal manera que Jacinto apenas puede respirar y se cubre la nariz con un pañuelo mientras los pájaros de enfrente y de los costados del seto se remontan con un pitido de alarma, pi-piiiic. Se trata de mirlos, tordos, malvises, gorriones, agateadores, serines, currucas, verderones, jilgueros, ruiseñores, petirrojos y, en general, aves de maleza, y todos alborotan (a cual más) con sus aleteos, fás-fásfás, y sus silbidos, bic-piiiiiic-bic, y Jacinto se contrista imaginando los nidos destruidos o aborrecidos y este pensamiento le deprime y una vez más se dice: «Uno no gana si otro no pierde» (mercantilismo puro) y, sin embargo, Jacinto (que se da cuenta de que la perversidad empieza a poseerle, y se constata egoísta, ciego y culpable) sonríe al fuego y a la destrucción porque únicamente el fuego y la destrucción pueden liberarle, así que sonríe al fuego y a la destrucción, aunque los pájaros y las plantas sucumban, mas al pensar que el seto pudiera ser su begonia, su sansivieras y su ficus (regar plantas es tarea de señoritas, señorito Jacinto) ha de cerrar los ojos aunque sus labios continúan sonriendo y su sonrisa únicamente se interrumpe cuando el chisporroteo decrece, y entonces abre los ojos y comprueba que la deflagración se reduce, se espacían los chasquidos y, al poco tiempo, entre la humareda, sus ojos irritados (los de Jacinto) perciben un gran rescoldo aún llameante, pero aguarda unos minutos hasta que las

llamas se extinguen y no quedan allí, en la concavidad carbonizada, más que unas brasas sobre una tizonera humeante. Le falta paciencia (a Jacinto) para esperar a que el rescoldo se convierta en pavesas y decide regarlo, mas, al dirigirse a la trasera, advierte con estupor que el seto se lo impide, le cierra el paso, compone un cuerpo con la casa; serpollos, álabes y vástagos se sujetan con sus aguijoncitos insignificantes a la fachada (de la base al tejado) y asientan sus estolones entre las grietas de los troncos y de las piedras, trepan por ellos y se desparraman en todas direcciones, unos hacia arriba, desbordando el alero y serpenteando por el tejado de pizarra, y otros hacia los costados, enroscándose en los medios troncos del revestimiento, saltando de uno a otro, progresando sin cesar. Ante el obstáculo, Jacinto atraviesa la casa y sale a la parte posterior por la ventana de la cocina, enchufa la goma en el grifo y regresa otra vez, cruzando la cabaña, taponando con el dedo índice (contrarrestando la creciente presión del agua) la boca de la manguera y, ya en el umbral, enfoca ésta hacia las ascuas y escucha con arrobo el siseo, sssssst, que ocasiona el agua fría sobre las brasas incandescentes y contempla, con un asomo de esperanza, la espesa humareda gris que se desprende de la combustión interrumpida, pero a medida que el humo se desvanece se va desvaneciendo también su esperanza (la de Jacinto). Lo quemado alcanza tal vez un radio de tres metros, mas del suelo sobresalen recios tocones chamuscados que aun en el caso de permitir acceder a la portilla impedirían girar a ésta. Se adentra en la socarrina Jacinto, aunque sus zapatos exhalan un sofocante hedor a goma quemada, y entre las ramas carbonizadas y las hojas mustias, color tabaco, descubre los restos de la portilla.

El fuego la ha devorado también (a la portilla), y, no obstante, los camales y tocones obstaculizan el paso al lugar donde estuvo enclavada. Instantáneamente Jacinto se arrepiente de lo hecho, deplora haber eliminado las tablas de los bancos y la cama, las tarimas y los troncos del revestimiento que, debidamente enlazados, a manera de balsa, podrían, tal vez, haberle servido para tender un puente sobre el seto y recobrar la libertad. El corazón le voltea en el pecho (a Jacinto), tic-tac, tic-tac, a un ritmo acelerado. Vuelve a atravesar la cabaña y se encarama al tejado por el arcén del pozo. El espectáculo, desde el tejado, resulta descorazonador y el mero hecho de contemplar el fondo del valle surcado por el arroyo de aguas transparentes, el barbecho subsolado, los cavones rojos junto a las muelas abandonadas, los dujos del colmenar, las laderas moteadas de matos de roble (en los que apunta ya la hoja de verano) y los buitres despegando solemnemente (seguramente a

causa de él) de los farallones de enfrente, le ocasiona (a Jacinto) un vacío opresivo en la boca del estómago, vacío que se trueca en angustia al observar la insignificancia de lo quemado en el volumen total del seto: «El agujero de un clavo en un muro», piensa, gráficamente, Jacinto y, de improviso, le absorbe la presencia móvil de los tallos más audaces reptando por las losas de pizarra y experimenta ante ellos un pavor frío, que le mineraliza, como si se viese cercado de serpientes venenosas y, con cuidado de no resbalar, retorna a la choza por el pozo, repitiéndose mecánicamente «Eres un náufrago, eres un náufrago, eres un náufrago», y, bajo esta idea obsesiva, entra en la cabaña (Jacinto), toma unas cuartillas y un bolígrafo y, apoyándose en el hogar de la chimenea, escribe hasta docena y media de veces: ESTOY PRISIONERO DEL SETO. AVISEN URGENTEMENTE A DON ABDÓN, S. L. GRACIAS. JACINTO SAN JOSÉ. Luego, enrolla las cuartillas una por una y, una por una, va encerrándolas en las botellas de alcohol y de vino vacías y cuando éstas se terminan desciende a la bodega, coge nueve (botellas), vierte su contenido, las escurre bien y sepulta en ellas los mensajes que le restan. Sale después al minúsculo rectángulo despejado y va lanzando botella tras botella por encima del seto, pero a pesar de que Jacinto las impulsa convenientemente, esto es, asiéndolas por el cuello para imprimirlas mayor fuerza, oye descorazonado los impactos vegetales, blaaaf-blaaaaf, los golpes fofos, almohadillados que produce la fronda al acoger las botellas y devorarlas. Ante este nuevo contratiempo, Jacinto determina subirse al tejado para arrojarlas desde lo alto, incluso eligiendo de antemano el lugar de aterrizaje, pero la primera botella que rebasa el seto se estrella contra una piedra y revienta en mil añicos, ¡clips! Tras diversos intentos, Jacinto acierta con una mancha de galloga que atenúa el golpe y la botella rueda ladera abajo hasta que la pierde de vista (Jacinto). «Es inútil, se dice de pronto, si alguien descubriera las botellas, descubriría también este seto descomunal y oiría mis voces», se dice Jacinto.

El cristal soleado de la cabaña en penumbra le devuelve su alicaída imagen y Jacinto aprovecha para sincerarse, *porque estás sumido en la más total y absoluta impotencia, desengáñate, hijito, seamos realistas, que nada vamos a adelantar no llamando a las cosas por su nombre, y si gritas va a ser lo mismo que si silbas, un ruido más, porque si el mundo está sordo de nada vale dar voces, y si el mundo está ciego nadie podrá leer tus mensajes, Jacinto, que es preferible que te hagas a la idea desde un principio y te pongas en la realidad. El mundo ni ve, ni oye, ni entiende, porque los ciegos no ven y los sordos no oyen y nadie puede entender lo que no ve ni oye, Jacinto, de cajón, que estás abandonado y tu situa, ya ves que te hablo con*

franca, es desespa y el uno conso en estas circunstas es el convenzo de que un abro vegeto es más llevo y acepto que un abro minero o animo. Otros están peor, Jazo, mira el maro de un cruzo hundo por un torpo enemo, sólo, en un sollo, el agua sala entrando a raudos por la porta, ¿te das cuenta?, y el nivo (del agua) subiendo y subiendo: primo, los zancos, luego las pantorras, las rodas, los muslos, los testos, la barra, el omblo, el estomo, las tetas (los pechos turgentes, de negros pezones nutricios, de don Abdón, podrían tal vez ser el refugio para su desventura), las clavicas, la barba, las mejas, la boca… Eso es peor, mil veces peor, por donde quiera que lo mires, no me vengas con cuentos, Jazo, como es peor la situa de un gaseo o de un emparedo, mena, como para perder la caba, pero perder la cabeza es un lujo que sólo Gen puede permitirse, Jacinto, ya lo sabes, perderla y disecarla, pero, tú, tú, en estas circunstancias, debes conservarla sobre los hombros, ¿oyes?, y bien firme, porque los problemas se resuelven pero no con nervios, ni histerismos, para que te enteres, sino reflexionando, y si no puedes salir por la puerta, como entraste, o por debajo, abriendo un túnel, como los conejos, pues, mira, no te queda más solución que salir por arriba, ¿oyes?, como los pájaros.

«Los pájaros», repite (Jacinto) y su mirada va resbalando cristal arriba, maderos arriba, alero arriba, hasta el azul del firmamento, donde los buitres evolucionan pausadamente (y debajo de ellos un alimoche) sobrevolando la vaguada. «Como el roc de *Las mil y una noches*», se dice (Jacinto) y evoca el regazo acolchado de sus años infantiles, los pechos salvavidas, las invulnerables tetas de seguridad, contra las que su cuerpecillo era prensado suave, progresiva, dulcemente hasta que escapaba de él (de su cuerpecillo) la última gota de suspicacia o de miedo. Las pupilas de Jacinto se sumergen en la nostalgia. «Ya no queda de eso», se dice e, inmediatamente, se reincorpora a la realidad y repite «los pájaros», e, inmediatamente, su imaginación se desboca, e, inmediatamente, entra en acción (Jacinto), saca de la cabaña una madeja de cuerda de guita (cáñamo, lo más resistente del mercado) y corta diez trozos de dos metros cada uno, anuda en los extremos sendos lazos corredizos, se tumba en el suelo con dos de ellos en cada mano y se finge muerto. En esta posición, el sol calienta más y a Jacinto le agrada relajarse, sintiendo sobre su cuerpo extenuado los rayos verticales. Con suma precaución, entreabre de vez en cuando los párpados y una y otra vez comprueba con desaliento que los buitres no se inmutan, prosiguen en sus perezosas evoluciones, muy altos, planeando como si volaran sin esfuerzo. «Esto es un cuento», se dice al fin (Jacinto). «Los buitres no bajan a los muertos por estar tumbados sino porque hieden», se dice, y se sienta sobre las

lajas, aparta de sí las guitas y otea la tira de cielo azul, cada vez más angosta, que se abre entre las dos bandas laterales del seto. Las guías más desarrolladas, cuya altura es la de dos hombres (uno en los hombros de otro), se arquean visiblemente unas hacia otras, buscándose, como si mutuamente se atrajeran, de tal modo que es previsible que en dos o tres días se enzarcen y formen un túnel por encima de él y, con ello, las posibilidades de evasión se esfumen. Oye un aleteo convulso sobre su cabeza, zaastzaast-zaast, y ve atravesar raudamente el pasillo una paloma torcaz. «Una paloma», se dice cándidamente. «Creí que era un buitre». Se pone en pie de un salto sin dejar de mirar las tupidas ramas del seto: «Dentro de tres días me habrán asfixiado», piensa. Cruza fugazmente sobre él otra paloma y, a seguido, piensa: «Palomas, palomas mensajeras, palas mensajeras, palas mensajas». «¡Eso es!», chilla de pronto. «¡Una paloma mensajera!». Todo su cuerpo tiembla de excitación. «El problema es atraparlas», se dice. «¿Cómo cazar un pájaro?». Recuerda sus paseos vespertinos por la explanada del lago, el lento migar de la hogaza, con las palomas, zurrur, y los gorriones, chipchissis, encaramados en su cabeza, sus antebrazos y sus hombros. «Son mis amigos», sonríe (Jacinto), y apresuradamente coge una lata de pan, rasga el plástico que le preserva de la humedad y lo miga en un montón. Después se rocía con las migas la cabeza, los hombros y el brazo izquierdo, se encuclilla con sumo cuidado para que las migas no resbalen, toma un puñado de éstas (migas) con la mano derecha y, con sumo cuidado, se sitúa en la parte más visible del rectángulo todavía no invadido por la maleza, abre los brazos en cruz, los talones juntos y se aquieta, aguardando pacientemente a que los pájaros bajen. Con el rabillo del ojo observa a dos gorriones, chip-chissis, regalándose con las migas sobrantes del suelo a dos metros de distancia y Jacinto sonríe para sus adentros. «Ya bajan», piensa esperanzado y, en efecto, a los cinco minutos son cuatro los gorriones y, luego, seis y, a poco, doce (los gorriones), pero después de despachar las migas esparcidas por las lajas retornan al follaje o al alero del tejado y gorjean. Ante su difidencia, Jacinto frunce los labios y empieza a silbar tenue, biic-biiiiiiic-biic, moduladamente, sin mover más músculos que los imprescindibles para emitir el silbido, biic-biiiiiiic-biic, pero los pájaros desdeñan el señuelo y los brazos empiezan a pesarle, pero él (Jacinto) continúa silbando, biic-biiiiiic-biic, sin variar el ritmo ni el acento, hasta que sus brazos se le hacen de plomo y, sin advertirlo, va bajándolos (los brazos) poco a poco, de manera que algunas migas ruedan por el declive y caen al suelo y apenas rozan el suelo, los gorriones (a la expectativa en el follaje y el alero) se lanzan apresuradamente sobre ellas pero ni uno solo hace

mención de subir a sus brazos o sus hombros y Jacinto ya no puede silbar más porque los labios se le han entumecido, pero como los músculos faciales carecen de fuerzas para distenderse, Jacinto queda con la boca fruncida, como en actitud de besar, hasta que, al fin, se da por vencido, deja caer los brazos con desánimo y las migas se deslizan al suelo y, al instante, una bandada de gorriones, chip-chissischip, le cerca (a Jacinto) y acaba con ellas (las migas) en un santiamén.

En tanto esperaba, Jacinto ha rememorado alguna de sus conversaciones con César Fuentes (Cesárea por mal nombre) en la ribera del río, las tardes soleadas de primavera en que él (Jacinto) trataba de arrancarle al otro (César Fuentes) de su postración. César Fuentes, como todos los niños pueblerinos, conocía las triquiñuelas del experto pajarero: la red, los cepos, la liga a orillas de las charcas, las trampas a base de una nuez y una palangana y, por último, el procedimiento, con nocturnidad y alevosía, de deslumbrarlos con una linterna mientras duermen. Jacinto desecha mentalmente las tres primeras añagazas (red, cepo y liga), recapacita y recuerda que en la despensa, entre las provisiones de boca, existe un gran bolsón de nueces, baja, agarra un puñado y las agujerea con tiento (el secreto de este ardid radica en que el pájaro picotee precisamente en el hueco previsto) y en sustitución de la palangana (que no encuentra). Jacinto decide utilizar las cazuelas y recipientes más capaces. Ahora Jacinto recuerda la estratagema con todos sus pormenores. Una a una va sosteniendo en equilibrio las vasijas sobre las nueces, el hueco de éstas (de las nueces) hacia el interior de las vasijas, para que el pájaro precise esconderse bajo aquélla (la vasija) si quiere picotear los escueznos, de manera que a cada picotazo en los escueznos se inestabilice el equilibrio de la vasija y, finalmente, el borde de la vasija resbale sobre la concavidad del fruto y atrape al pájaro dentro de ella (de la vasija). Monta, pues, las trampas (Jacinto) dejando entre ellas un metro de distancia, se mete en la cabaña y se aposta en la ventana frontal. Oculto tras los listones de la persiana, Jacinto domina perfectamente los seis artilugios. Tan pronto entra en la casa Jacinto, los gorriones retornan a las losas y se pasean por ellas a saltitos, buscando migas de pan entre las juntas y las briznas de hierba que crecen en ellas, y cada vez que alguno de los pájaros se aproxima a una cazuela o un puchero, o simplemente mira con su ojito marrón desconfiado a una cazuela o un puchero, a Jacinto se le estrangula la respiración. No piensa en el éxito posterior sino que de momento ha hecho del juego (atrapar un pájaro) una cuestión de vida o muerte. Mas los gorriones no parecen interesados por las nueces y sin embargo, cuando menos lo espera (Jacinto), la cazuela más

próxima al seto se derrumba, plum-buum-bún, sobre las losetas y él (Jacinto) aplasta su ojo contra los listones de la persiana y divisa junto al borde de la cazuela la puntita de un vástago reptante. A Jacinto se le seca la boca y se le contrae el estómago: «¡Dios mío!», se dice. «¡Dentro de dos días me devorarán!», pero el pájaro ratonero que acaba de posarse en las lajas después de describir un airoso semicírculo, le distrae (a Jacinto) requiriendo toda su atención. El ratonero, apenas toma conciencia de la situación, se dirige a brincos regulares hacia la segunda nuez de la izquierda. Jacinto tiembla o instintivamente mueve una mano (invisible para el pájaro) como oseándole (al ratonero) hacia la cazuela, mientras con la otra (mano) se desabotona la camisa. La emoción le ahoga, mas el pájaro recela del recipiente y, una vez junto a la nuez, le tira a ésta tres picotazos a la costra (es decir, de fuera a dentro), tan feroces que la nuez rueda y la vasija cae, plum-buuum-bún, y atrapa la nuez mientras el ratonero vuela asustado y se posa en un álabe desde donde analiza los hechos con mirada vivaz. Mueve su cabecita de un lado a otro, como queriendo convencerse de que no hay nadie, de que toda aquella batería de cazuelas y pucheros no es una añagaza, y, al cabo de un rato, vuelve a la carga y, ahora, su objetivo es la tercera nuez de la derecha. De primera intención no la pica, sino que describe un semicírculo, se detiene, mira a la nuez desconfiadamente, luego mira a la puerta de la cabaña, vacila, describe otro semicírculo en sentido contrario (contrario también al de las agujas de un reloj), titubea de nuevo y, finalmente, da tres saltos y se introduce debajo del puchero. Jacinto contiene el aliento, la nariz chafada contra los listones. No pestañea (Jacinto) y por dos veces hace ademán de desabrocharse el botón superior de la camisa que ya tiene desabotonado. La cola del ratonero, que sobresale del borde de la vasija, se agita arriba y abajo, desaparece, y su cabeza irrumpe por el otro lado, esto es, vuelve a salir. Jacinto se impacienta, se echa en cara su inhabilidad, mas, en éstas, el pájaro da cuatro saltitos y torna a ocultarse bajo el puchero. Su picotazo ha debido ser tan fiero que la vasija se tambalea sobre la nuez y la nuez gira cuarenta y cinco grados y, del segundo picotazo, gira otros cuarenta y cinco grados (la nuez), con lo que el hueco abierto sobre los escueznos queda al descubierto. El ratonero lanza el tercer picotazo fuera ya de la trampa y cuando la nuez rueda y el puchero se abate, pluum-bum-bún, el pájaro se espanta y huye definitivamente por encima del seto. Jacinto se aparta de la persiana hablando entre dientes, abre la puerta, coge una piedra, se sienta en el poyo exterior, y empieza a cascar nueces, crac-crac-crac, y a comérselas mientras musita: «No queda otro remedio que aguardar a la noche».

Antes de oscurecer del todo, tan pronto se oculta el sol tras la montaña y las flores empiezan a exhalar su aroma dulzón y pegajoso, Jacinto se refugia en la cabaña y adopta las siguientes precauciones: baja las persianas (desenrollando previamente la cinta al llegar a la mitad para que caigan los listones de golpe, ra-ta-blá, y no dejen fisuras); asegura las ventanas de guillotina; colma el depósito de la lámpara portátil y se viste con zapatos negros, pantalón negro, y jersey y camisa azul marinos. «Es la última oportunidad», piensa. «No puedo cometer errores». Desde hace rato los pájaros han enmudecido tras su guirigay (trui-trui, checchec, sib-sab, tiiit-tiiit) crepuscular. No se oye nada. Jacinto deposita la lámpara en el fogón y pasea a nerviosas zancadas de la puerta a la cama, de la cama a la puerta. Su sombra, quebrada en el zócalo, es también negra y siniestra. Hace un efecto extraño, Jacinto, enlutado paseando por aquella habitación vacía (a excepción de su cama) y desmantelada. No sabe exactamente lo que espera (Jacinto) mas, tan pronto se oye el grito leñoso del papavientos, rm-rm-cloc, en el camino, Jacinto coge la lámpara y abandona la choza. El aroma del seto es tan intenso que casi no puede resistirlo, pero persuadido de la necesidad de ejecutar el proyecto se aproxima a aquél (al seto), la lámpara por delante, y entreabre con la otra mano (con la que no porta la lámpara) la espesura. Blanquean en el aire, como dos chiribitas, las pechugas de dos chochines en fuga, tit-tit-tit. Jacinto procura operar con el mayor sigilo posible y, a primera vista, se le antoja que el seto está vacío (a pesar de su convicción de que hay en él centenares de pobladores) pero, al fijar su atención, descubre entre la maraña la pechuguita palpitante de un petirrojo, sus ojillos redondos, somnolientos, hipnotizados por la luz, de manera que Jacinto no tiene más que alargar la mano y prenderlo. Al sentir en su mano el revuelo, los latidos agitados de la avecilla, sus tsissips angustiados, los ojos de Jacinto se reblandecen y está a punto de chillar de gozo. «No te haré daño», murmura. Le conmueve aquella tibieza menuda, la sensación de un cuerpo vivo en contacto con su piel huérfana. «No te haré daño», repite en un susurro, y deposita la avecilla delicadamente en el bolsillo de su pantalón. Los movimientos mínimos e inquietos del petirrojo junto a su vientre (el de Jacinto) le enternecen. Sin moverse del sitio, y en pocos segundos, los ojos (ya avezados a la oscuridad) de Jacinto avistan dos agateadores (en el nido) y una curruca capirotada. Jacinto vacila ante los agateadores, pero la llama de malignidad que ya ha aflorado en otros momentos de su reclusión, domina en él, extiende la mano y los atrapa (a los agateadores) sin precaución alguna. En el nido, todavía caliente, blanquean cuatro huevecillos moteados, cuya imagen le persigue aún

durante varios minutos. A poco se olvida de ellos (Jacinto), se metamorfosea en una alimaña acechante, con su ojo luminoso y sus zarpas insaciables. Ahora divisa pájaros adormilados, desorientados, por todas partes. Y los coge y los guarda, los coge y los guarda, con la avidez de un rapaz que robase avellanas. Los bultos de sus bolsillos se estremecen y comunican a su vientre atónito (el de Jacinto) una ambigua y maternal palpitación. De tarde en tarde, una rana croa abajo, roac-roac, en alguna charca del río. Jacinto sonríe feliz. A períodos más o menos largos, entra en la cabaña y, después de cerrar la puerta, se vacía los bolsillos de pájaros que, aturdidos, revolotean en torno a él y a la lámpara, describen círculos y parábolas de murciélago, gorjeando y piando desaforadamente, para terminar guareciéndose en los rincones oscuros o reposando en el esqueleto metálico de la librería. Al terminar el registro del seto delantero, Jacinto calcula que ha apresado aproximadamente un centenar de pájaros (los ha ido contando pero al escabullirse alguno de los bolsillos ha perdido la cuenta). A pesar de ello, sigue buscando, de forma que cuando, al cabo de cinco horas, se refugia en la cabaña, la algarabía de pío-píos, bick-bicks, chec-checs, es realmente ensordecedora, mas a Jacinto aquel concierto intempestivo, el revuelo atolondrado que le rodea, le estimula y hace sonreír a sus labios exangües; y sus ojos azules, tanto tiempo ensombrecidos y reconcentrados, también sonríen, y sonríen, asimismo, los pelos de sus barbas y sus orejas y las aletillas de su nariz, todo sonríe en él (en Jacinto) al sentarse en el suelo y ponerse a escribir en el hogar de la chimenea, en pequeños pedacitos de papel, con su caligrafía minuciosa, el dramático mensaje: «¡socorro! estoy prisionero del seto en el refugio de recuperación n.º 13. avisen a don abdón, s. l. jacinto san josé».

Dispuestos los cincuenta primeros mensajes, Jacinto deja la pluma, toma un carrete de esparadrapo y, uno a uno, va recogiendo pájaros (a cada movimiento suyo las docenas de pájaros enclaustrados enloquecen y algunos se estrellan contra las paredes o los cristales y caen al suelo agonizantes), pero él (Jacinto) no repara en las víctimas, no le conmueve ahora hallar montones de cadáveres si a costa de ello recupera su libertad; es como el último superviviente de los gaseados (mueve la cabeza violentamente para aventar esta imagen) y, uno a uno, va enrollando en los delgados tarsos de las avecillas su llamada de socorro y ajustándola luego, con un pedacito de cinta adhesiva. La operación es lenta, ya que a cada pájaro mensajero que prepara ha de abrir la puerta y soltarlo por una rendija a la oscuridad de la noche. Pero Jacinto no se cansa, no siente la menor fatiga, quizá porque con cada pájaro que libera le parece que libera una parte de sí mismo. Y así que las persianas tamizan la cruda luz del alba, Jacinto concluye de enrollar los últimos

mensajes, suelta al último prisionero (un malvís), suspira profundamente, se dirige al catre arrastrando los pies y, sin quitarse los zapatos negros ni las ropas de luto, se desploma en él (el catre), gime una vez, heeey, gime otra vez, heeey, y se queda profundamente dormido.

Al despertar, le invade la sensación de que ha dormido cuarenta y ocho horas o, tal vez, cuarenta y ocho días. No le es posible precisar (a Jacinto) pero ha sido éste el primer sueño reparador en mucho tiempo y de mucho tiempo, es decir, prolongado. En su cabeza abotagada bulle vagamente la idea de que hay razones para estar contento, pero aún tarda unos minutos (Jacinto) en recordar a los pájaros emisarios. Intenta abrir la persiana de la cabecera, pero los listones no obedecen esta vez al tirón de la correa y el extremo de ésta queda muerto en su mano. Jacinto levanta la vista, desconcertado, y observa que entre las juntas de aquéllos (los listones) asoman unos tallos sutilísimos, como zarcillos, que se ensortijan una vez salvado el obstáculo. Otros, en cambio, florecen en el mínimo espacio que separa la persiana del cristal (de los pocos cristales intactos que aún restan). «La han bloqueado ya (la persiana)», piensa Jacinto, y corre a la puerta que logra abrir tras de vencer una obstinada resistencia. El seto enmarca la puerta como una enredadera y las guías de las dos bandas se han unido ya, formando sobre el pasillo de un metro de ancho una bóveda que apenas filtra la luz del día. Únicamente desde el umbral puede divisar aún un fragmento de cielo despejado por donde sobrevuelan media docena de buitres. No ve el sol, pero por la disposición y la longitud de las sombras adivina que es una hora avanzada de la tarde (¿de qué día?), «Quizá las seis o las siete de la tarde» (piensa Jacinto). Frota nerviosamente una mano con otra y al ruido, yás-yás-yás, levanta el vuelo una curruca, tec-tectec, y Jacinto sonríe hacia sus adentros: porta una vendita blanca en el tarso derecho. Jacinto arroja una piedra al seto y vuelan más pájaros: mirlos, verderones, agateadores, mosquiteros… Las especies de siempre. Asombrado (Jacinto), hace una comprobación, mitad confortadora, mitad decepcionante: dos de cada tres pájaros llevan el tarso derecho vendado de blanco. Nervioso (Jacinto), se adentra en el túnel vegetal dando palmadas, palm-palm-palm (retumbantes como detonaciones), que espantan pájaros por doquier, pájaros aturullados, que revolotean en el reducido espacio y vuelven a posarse sobre las ramas más visibles: tres de cada cuatro avecillas llevan la pata derecha vendada de blanco. Jacinto regresa por el túnel sin cesar de aplaudir (encuentra en esta manifestación una tonificante vía de desfogamiento) y, al acceder al espacio descubierto, ve el alero y los flecos del seto y la enredadera cubiertos materialmente de pájaros (cuenta

veintitrés), todos con el tarso derecho vendado de blanco. Ante este espectáculo pierde la cabeza (Jacinto), se desespera, se vuelve dando palmadas cada vez más sonoras, ¡palm-palm-palm!, patea los bajos del seto, blaf-blaf, y los pájaros (los tarsos derechos blancos) revuelan y tornan a posarse y Jacinto grita: «¡Vaya pájaros mensajeros!» y «¡Grandísimos gandules!», eso grita Jacinto, y la vaguada dice, respectivamente, «eros» y «ules», y Jacinto, al escuchar las respuestas de la vaguada, se va encalabrinando, se resquema y chilla: «¡Cumplid con vuestro deber, tunantes!», y la vaguada repite «antes», y Jacinto, despechado, vocea: «¡Llevad por ahí mi mensaje!», y la vaguada contesta «aje», y a Jacinto le agarra la corajina y cada vez que ve un pájaro (que es constantemente) con el tarso blanco, se subleva, le llena de tiernos exabruptos, le amenaza con el puño crispado, hasta que, en una de estas expansiones, tropieza con el seto, mudo y amenazador, y se da media vuelta y se topa con el otro muro vegetal incólume, y entonces su furor se vuelve contra él (contra el seto) y le desafía a gritos: «¡No podrás conmigo!», le dice, y la vaguada replica «igo» y, a continuación, le dice: «¡No!», y la vaguada responde «no», y añade (Jacinto): «¡Aunque tenga que encerrarme tres meses en la cabaña!», y la vaguada repite «aña».

Tiembla como un azogado (Jacinto), no puede parar quieto, el pelo encrespado, la barba amarilla reluciente de sudor, los ojos azules extraviados; se revuelve (Jacinto), gira tres veces sobre sí mismo y por todas partes se topa con el seto sombrío alargando sus tentáculos y, cuando alza la vista, lo ve (al seto) trepando (literalmente reptando) por el tejado de la choza, enroscándose en los canecillos, los canalones y la chimenea, envolviendo todo lo que es susceptible de ser envuelto. Las flores amarillas, con sus estambres empolvados, se abren con breves estallidos en todas partes, flop-flop-flop, y los camales y serpollos se bifurcan ante sus ojos atónitos (los de Jacinto) y las ramas nuevas paren bulbos nuevos (prietos y turgentes) y, si Jacinto los observa con algún detenimiento, es testigo de su muda eclosión. La proliferación del seto es fabulosa y progresiva, esto es, a mayores dimensiones, su propagación es más rápida, y, con la propagación, acrece su agresividad rapaz.

Jacinto está tan aterrado que no sabe qué hacer. Su cabeza no coordina pero es consciente de una realidad: al día siguiente no podrá abrir la puerta. Ante esta contingencia, se crispa, aprieta los puños y chilla «¡no!» y «¡malditos!» y la vaguada le responde «¡no!» e «itos», y cuando oye el eco, se

encara con la vaguada (Jacinto exige un responsable) y, desquiciado, sostiene a voces con ella (la vaguada imperturbable) el siguiente diálogo:

—¡Desgraciada!

—¡Ada!

—¡Eso tu madre!

—¡Adre!

—¡No me la mientes!

—¡Entes!

—¡Me cago en la madre que te parió!

—¡Arió!

Y así se está (temblando de sus propias palabras), chilla que chilla, insulta que insulta, hasta que en una crisis nerviosa cae al suelo (Jacinto), se revuelve sobre las lanchas (como un pollino cuando retoza en un prado), babeando, soltando palabras inconexas, hasta que, poco a poco, se serena y empieza a decir jaculatorias en voz alta y, cuando está en éstas, divisa por la boquera que aún permite ver el cielo una pareja de buitres, describiendo amplios círculos, volando mucho más bajos que hace un par de horas. Jacinto los mira aviesamente. «No os daréis ese gusto», les dice, pero la voz apenas le sale ahora del cuerpo, está afónico y empapado en sudor y, cuando se levanta y entra en la choza, las piernas le flaquean por las rodillas y avanza irregularmente, bandazo va, bandazo viene, como un marino inexperto. Aún hay luz fuera, pero como las persianas están trabadas, Jacinto deja la puerta entreabierta y enciende la lámpara de keroseno con la que echa un vistazo a la despensa y desciende a la bodega para hacer un recuento de víveres. «Por este lado puedo aguantar un asedio de dos meses; antes vendrán a buscarme», se dice, y sube de nuevo y tranca la puerta.

Le tiemblan las manos y su temblor se comunica a la lámpara, que emite un nervioso tintineo, tin-tin-tin. Ya en el servicio (caballeros), mientras orina, se mira al espejo y no se reconoce, el pelo y las barbas blancos y ensortijados, de una densidad pilosa desconcertante, como vedijas. Jacinto se acaricia las barbas (al terminar de orinar), se encara consigo mismo y se dice con voz descompuesta, *es inútil dar voces, Jacinto, convéncete, porque el mundo está sordo y ciego, Jacinto, nadie te escucha, ¿oyes?, nadie desea enterarse de lo que ocurre aquí dentro, porque lo que no se conoce es como si no sucediera. Pero yo me pregunto, Jacinto, ¿dónde están los pobres de espíritu, los mansos de corazón, los misericordiosos, los pacíficos, los que lloran, los que padecen hambre y sed de justicia, si es que queda alguno? ¿Dónde están, Jacinto? Anda, dímelo, por favor te lo pido, tú lo sabes, Jacinto, no seas así,*

yo necesito encontrar uno, te lo juro, no es un capricho, tú mismo puedes verlo, que si de aquí a dos días no aparece un manso de corazón, un misericordioso, un pacífico, un hombre con hambre y sed de justicia, Jacinto, despídete, tú me dirás, ¿o es que no te das cuenta? Tú lo estás viendo lo mismo que yo, no es que sea una invención mía, que las cosas, lo mires por donde lo mires, no pueden haberse puesto peor… ¡Anda, Jacinto!, por favor, dime dónde están, aunque sólo sea uno, habla, por lo que más quieras, no te quedes así, por duro que sea, Jacinto, ¿o es que se han acabado los mansos de corazón, los misericordiosos, los pacíficos, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia? ¿Es eso, Jacinto? Habla, por favor, por fuerte que sea, ¿es que son los fieros de corazón, los despiadados, los guerreros, los torturadores, los injustos quienes han dominado el mundo?

Jacinto jadea. Suda (Jacinto). Jacinto tiembla. Llora (Jacinto). Jacinto se ase crispadamente a los bordes del lavabo. Se estremece (Jacinto) cuando chasca el primer crujido, creep, y, entonces, sale del servicio y desde el umbral ve, en el gozne de la ventana, sobre su cama, ve la punta de un tallo verdeamarillo, flanqueado por dos hojas, como dos alas; parece una libélula (el tallo). Fascinado, va hacia él y lo arranca de un tirón. Pero apenas ha acabado de cortarlo, se repite el crujido, creep, arriba, en el revestimiento de tarimas del techo (el único que ha respetado), y eleva los ojos (Jacinto) y, entre dos tablas de embero, ve asomar tímidamente el extremo de otro tallo blanquiverde. A partir de este momento, los crujidos, creep-creep-creep, y los leves golpes de los yesones, top-top-top, sobre el pavimento, se repiten a intervalos muy breves. Son chasquidos, creep-creep, y golpecitos, top-top, casi imperceptibles, pero a Jacinto le estremecen como si fueran descargas de fusilería. La nerviosidad va dominando a Jacinto. A partir del tercer crujido, creep, Jacinto va y viene, cambiando constantemente la dirección de sus pasos (ve negruras por todas partes), guiándose por los crujidos, creep-creep, de las tarimas y por los golpes, top-top, de los yesones en el suelo. La voraz infiltración del seto le hace pensar en un acoso animal y su labor de poda (allí donde la infiltración se produce) se le antoja una réplica pueril (algo así como si recortara las puntas de las uñas a un monstruo fabuloso). A pesar de ello (de su conciencia de inutilidad), Jacinto no se da reposo, va y vuelve, examina el techo y las paredes, el entarimado, los marcos de las ventanas y las juntas de la puerta. Sabe que está cercado y paulatinamente decrece su confianza en la resistencia de la cabaña. La prodigiosa exuberancia del seto no se detendrá ante nada; únicamente manteniéndose en constante vigilia podrá resistir un tiempo. De aquí que Jacinto, así que oye un ruido, investiga

concienzudamente el sector de donde proviene hasta que halla el motivo o un nuevo crujido, creep, más seco e hiriente que el anterior, desplaza su atención y le hace desistir de la primitiva búsqueda. En unas horas ha arrancado ya tantos tallos (Jacinto) que los dedos le duelen y decide que, en lo sucesivo, utilizará las tijeras de podar. Un detalle le sobrecoge: el rebrote del tallo amputado es doblemente vigoroso que el anterior, con lo que concluye (Jacinto) que en poco tiempo serán (los tallos) resistentes a las tijeras. Esta idea le obsesiona y le aturde y, con frecuencia, nota en las vísceras un desfondamiento como cuando en el tránsito entre la vigilia y el sueño, el jergón se le desploma (o se lo parece), generalmente si trasnocha o incurre en algún exceso. Top-top, creep, top, creep, creep, creep, llega un momento en que Jacinto no puede dar abasto. Los tallos incisivos, perseverantes, le acosan y el seto trata de violentar el tejado, los muros, las ventanas, en una crepitación enloquecedora. Él (Jacinto) corre de acá para allá, se multiplica, arrastra la cama (único mueble donde puede encaramarse) del *living* al dormitorio, de un rincón a otro, para alcanzar el techo. Es como un médico (Jacinto) que en los instantes subsiguientes a una catástrofe, reclamado por los ayes de los heridos, quisiera atender simultáneamente todas las solicitudes pero, incapaz de desdoblarse, no atiende ninguna. Desconcertado, su cerebro (el de Jacinto) se extravía en un laberinto de circunloquios estériles. ¿Qué le ocurre, Jacinto San José? Tiene mala cara. Me mareo al hacer ceros. Es chocante, usted no hace ceros sino oes, ¿no lo había advertido? Eso son habladurías malignas, doctor, a las que usted no debe prestar oídos. ¿No será por la curiosidad de saber lo que suma? Rey reinando, por las montañas, tirando cohetes con una caña. ¿Por qué dice tonterías, Jacinto San José? Hable del cerrojo. ¿Cree usted que el cerrojo está destruyendo el fútbol espectáculo? La mosca no es lo malo, Darío Esteban, sino pensar la mosca, si no se piensa la mosca es como si la mosca no existiera, ¿comprende? La única oportunidad que tuvimos los humanos, la Torre de Babel, la desaprovechamos inútilmente. Pero ¿es que puede usted concebir, hijo mío, un hombre libre sin cinco duros en el bolsillo? Don Abdón, es usted el padre más madre de todos los padres. Entonces, ¿insinúa usted, Jacinto San José, que el orden no es libertad? ¡Sota, sotiña, debajo la cama tienes la tiña! ¿Es cierto que hay ocasiones en que usted necesita hacer más ceros que otras para marearse? El seto es la defensa de los tímidos. Pero ¿es que no ven que me están escoñando el sembrado? Se trata de un híbrido americano que prolifera en muy poco tiempo; jamás la biología había alcanzado tales prodigios. ¿Qué le ocurre, Jacinto San José? Tiene mala cara. En un ayer próximo, su enfermedad hubiera supuesto el fin,

pero hoy la Casa prevé estas contingencias porque el hombre en el nuevo orden ha dejado de ser un instrumento. ¿No dirá esto por la curiosidad de saber lo que suma, Jacinto San José? Para, papá, por favor, que me caigo. Preservado por el seto podrá usted reflexionar. Entonces, ¿en qué diferencia usted la O de Jacinto de los ceros que ha trazado más arriba? Se trata de un híbrido americano que prolifera en muy poco tiempo. ¿Y hasta hoy no advirtió nada? No éramos nadie hasta que él llegó; todo se lo debemos a su iniciativa. ¡Anda, coño, pues no se ha comido Gen las cosas del paleto! La Casa es vuestra y engrandeciendo la Casa os engrandecéis a vosotros mismos. ¡Bucee un poco, don Abdón! Parece mentira en tan pocos años. ¡Premio para la señorita! Hablar de deportes es aún más saludable que practicarlos. Usted es tímido, ¿no es cierto? Eludir la responsabilidad es el primer paso para ser felices. Usted es tímido, ¿no es cierto? ¿Qué le ocurre, Jacinto San José? Tiene mala cara. La Casa no trata en modo alguno de perjudicarle y está dispuesta a considerar que su marido haya fallecido en acto de servicio. Compréndame, después de dejarle morir como un perro, me da grima enterrarle como a un perro. Usted es tímido, ¿no es cierto? Se trata de un híbrido americano que prolifera en muy poco tiempo. Me hago cargo de sus sentimientos, querida señora, y, en cierto modo, los comparto. Una pregunta, Darío Esteban, la cabeza ¿nos la darán también? Yo sólo digo una cosa: si jugamos aliados hay que decirlo desde el principio; a mi entender la opción no se presta a dudas. No son dólares, ni francos suizos, ni kilovatios-hora, ni negros, ni señoritas en camisón, sino sumandos. Ni retora ni diala, Daro Esta, todo into de comprensa por la pala es una uta. ¿De qué nido se ha caído usted, señorito Jacinto? Disculpe, presumo que le debo una explicación; el enfermo, por instinto, se parapeta en lo que él considera su personalidad, pero ésta no existe, es una entelequia. ¿Qué le ocurre, Jacinto San José? Tiene mala cara. Para relajarse y obtener de él… ¿Por qué dice tonterías, Jacinto San José?… Una reacción espontánea, hemos de vaciarlo previamente. ¡Joer! Vaya una bola que ha echado la Susanita. ¡Qué hermoso pointer! ¿No es cierto? Pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo… ¿Qué le ocurre, Jacinto San José? Tiene mala cara. No es más que una práctica pequeño-burguesa. No lo olvide: el seto es la defensa de los tímidos.

«Tímidos», dice Jacinto al apearse de la cama. Su mirada está ausente, y su cabeza zozobra en un mar de confusiones. Esto aparte, Jacinto ofrece en estos momentos un síndrome muy complejo: frío intenso en cabeza y extremidades; temblor de manos; apremios sin objeto y absoluta incapacidad de espera; confusión mental; ansiedad. Jacinto intuye el fin, se agacha,

desenrosca el frasquito de grageas color de rosa e ingiere tres de un golpe. Seguidamente se sienta en la cama (Jacinto). A los pocos minutos su piel se vuelve transparente, como de cristal, de tal modo que puede observar sus vísceras, sus venas y arterias, sus huesos, como en un detallado grabado de anatomía. Simultáneamente los tallos (nueve), desprovistos de yemas y de hojas, tenues y finos como zarcillos, se ponen en movimiento, buscando los orificios de su cuerpo. Jacinto nada puede hacer: únicamente observa, como si fuese algo ajeno a su persona. El primer tallo, engrasado y dúctil como una sonda, le penetra por el ano. Jacinto percibe su cabecita blanquiverde, tierna y voraz al mismo tiempo, progresando por el recto. El segundo tallo se adentra (sin dolor) por el pene, por la uretra. Los otros siete (tallos), después de escalar su cuerpo transparente (el de Jacinto), coronan la cabeza y se introducen por los orificios siguientes: uno por la boca, dos por los oídos, dos por las fosas nasales y otros dos (los últimos) por los ojos. Jacinto no siente molestias físicas pero sí el reptar frío, el cosquilleo de los zarcillos en orificios y conductos. Una vez dentro de su cuerpo (del de Jacinto), los tallos invasores avanzan por estos itinerarios:

El que penetra por el ano, franquea el recto (los conductos son también transparentes como tubitos de plástico), zigzaguea por el intestino grueso, el intestino delgado, franquea el duodeno y accede al estómago, donde se une con la cabeza del tallo que entró por la boca y que ha arribado allí (al estómago) a través de la faringe y el esófago. Sin embargo, este último tallo, tan pronto atraviesa la boca, se bifurca y, mientras uno marcha hacia el esófago (como queda dicho), otro camina por la laringe y la tráquea y, una vez allí, se divide en un haz de tallos como hilos que se adentran en los bronquios y los alvéolos, alojándose en los pulmones. El (tallo) que se adentró por el pene sube por la uretra, da la vuelta a la vejiga, se bifurca a su vez, y cada cabo aboca a un uréter, trepan por ellos, afrontan los cálices renales y acceden a los riñones. Los tallos que penetraron por los oídos, afilados como agujas, perforan los tímpanos, recorren los huesecillos martillo, yunque, lenticular y estribo y se enquistan en los oídos internos. Los que accedieron por las fosas nasales, se desdoblan de inmediato y en tanto un cabo se incorpora al que desciende por la faringe, el otro trepa hasta el ojo por el canal lacrimal. Finalmente, los que penetraron por los ojos, reforzados por los que irrumpen por los canales lacrimales, asedian la lámina cribosa, se ahílan, se introducen por sus minúsculos conductos y, una vez desbordada aquélla (la lámina cribosa), se desflecan en haces que recorren las circunvoluciones del cerebro: hipocampo, cisura de Silvio, cisura de Rolando,

tálamo, hipotálamo, etcétera. Y así que los centros vitales del cuerpo y del cerebro han sido ocupados (en una operación incruenta y sigilosa), se produce el golpe de savia, súbitamente los tallitos refuerzan su verdor, se hinchan, se aprietan de bulbos y de yemas y Jacinto experimenta un dolor progresivo, cada vez más agudo y perforante, hasta que los brotes estallan en una eclosión brutal y, simultáneamente, revientan los uréteres, el esófago, los intestinos, los alvéolos, los riñones, los canales lacrimales, la lámina cribosa, los pulmones, la uretra, el recto, la tráquea y la cavidad craneana, y, con el desgarrón de los conductos vitales, el cuerpo de Jacinto pierde transparencia, se hace opaco y va cobrando un tono pardo-grisáceo, ceniciento, se abomba descomunalmente el vientre y, de súbito, como por arte de prestidigitación, brota del ombligo una gigantesca flor amarilla.

El alarido de Jacinto, ¡¡aaaaaah!!, es desgarrador, escalofriante; gira la cabeza y abre los ojos abotagados; por la humedad de la mejilla, deduce que durante la duermevela ha babeado. Se sienta en la cama (Jacinto), atenazada la cabeza por un torpor doloroso. No comprende cómo está allí (en la cama) con sus ropas de luto y sus zapatos negros. No entiende nada. A la escasísima luz que se adentra a través de las persianas comprueba la invasión: las estalactitas vegetales, los álabes trepadores, los vástagos florecidos irrumpen por todas partes. Las tijeras de podar están allí (tampoco sabe por qué), en el hueco que su trasero forma en el colchón, las toma (las tijeras) y como si, tras detenida reflexión, hubiera decidido deshacerse de alguien, se pone en pie con ellas (las tijeras) en alto, y ataca furiosamente a las ramitas que se introducen por las grietas de la puerta y de las ventanas, que penden del techo, que reptan por los muros y por el suelo, crik-crak, denodadamente. El chasquido de las tijeras, crikcrak, le aplaca momentáneamente (a Jacinto). Procura cortar a rape, a nivel de la superficie, bien sea de las paredes, del suelo o del techo, pero sus movimientos son desproporcionados, de una indecisa nerviosidad. Al cabo de dos horas, considera rematada su tarea (Jacinto) y se sienta de nuevo en la esquina del catre. Repentinamente nota calor y picores, se desabotona la camisa y se rasca ásperamente. Advierte algo raro, suelta otro botón, agacha la cabeza y mira. Jacinto nunca fue hombre de pelo en pecho y, sin embargo, ahora, sobre el esternón, le brotan unos vellones tupidos, color *beige*, que le abrigan y, al propio tiempo, le producen prurito. El color del vello no le sorprende (a Jacinto) puesto que Jacinto es extremadamente rubio, casi albino, pero sí le extraña este súbito brote capilar, ya que por su edad (cuarenta y cuatro años) le corresponde más bien ir perdiendo el escaso vello de sus pantorrillas. Levanta una pierna, recoge el pantalón, baja el calcetín y

examina ésta (la pantorrilla) y Jacinto se queda perplejo porque sus canillas son delgadas y uniformes (sin corvas), apenas un hueso recubierto por una pilosa piel blanca. Alza la otra pantorrilla (Jacinto) y comprueba que su conformación y su aspecto son idénticos a los de la primera. «Llevo sin comer de fundamento una semana; quizá más», se dice. Y, súbitamente, oye el motor, run-ruuuumrun, un zumbido racheado, imperceptiblemente creciente, que abre un surco inesperado en el letal silencio (salvo las crepitaciones de los tallos) que le envuelve. Jacinto se incorpora de un brinco. «¡Un avión!», se vocea a sí mismo. Permanece inmóvil, ya de pie (Jacinto), las piernas abiertas, levemente flexionadas, todo su cuerpo en tensión, la cabeza ladeada, expectante, hasta que sus oídos (los de Jacinto) captan nuevamente la onda, rum-ruuuuuum-run, y entonces vuelve a saltar y a chillar «¡¡un avión!!» y corre hacia la puerta, pero la puerta no se abre, parece clavada, atornillada, y, en tanto, el zumbido del motor va haciéndose más perceptible y matizado, se aproxima, y Jacinto concentra sus energías en el hombro derecho y se arroja contra la puerta, pero la puerta no cede y Jacinto se lastima el hombro, rezonga, se denuesta, clava los pies en el suelo, arquea su cuerpo como un arbotante y presiona la puerta con las manos, poniendo el alma en el empeño, mas la puerta se mantiene incólume, no se mueve ni un milímetro, mientras el zurrido del motor aumenta de volumen, acrece hasta ensordecerle (a Jacinto), cruza como una exhalación a pocos metros del tejado, ruuuuuuuuuum, vibran ruidosamente los cristales y las lajas de pizarra, brrrrrrrrn, y, luego, decrece, se afila, se diluye hasta casi perderse en la distancia. Tras unos segundos de paralización, Jacinto se planta en cuatro trancos junto a la ventana de la cocina, levanta el cristal, se sube al poyete y empuja los postigos hacia fuera. La maleza los sujeta (a los postigos) mas permite un leve movimiento de vaivén, no están agarrotados, y como Jacinto vuelve a escuchar, aunque lejanamente, el petardeo del motor, se impacienta, oprime con las manos y las rodillas inútilmente, se vuelve y da unos empellones con las nalgas, pierde el equilibrio y se cae por dos veces del poyo al suelo (de pie), torna a encaramarse al poyo y, al fin, crujen algunas ramas y se abre una ranura que, aunque no permite el paso de su cuerpo (el de Jacinto), sí le brinda una perspectiva vegetal abrumadora: las guías del seto alcanzan alturas de cuatro metros y la maleza cubre totalmente el pozo, el cuchitril del motorcito y el cuchitril de los aperos. Jacinto continúa empujando los postigos y ante su resistencia (la de los postigos) se desespera y dice varias veces «me cago en la mar», y a cada «me cago en la mar» los postigos ceden unos milímetros, mas cuando el avión, zumbando y silbando, pasa por

segunda vez en vuelo raso sobre el tejado, ruuuuuuuuum, a pocos metros, Jacinto se descorazona, «No va a volver», se dice, y se apea del poyete y, a hachazos, desmonta la cama donde duerme, coge un larguero, lo introduce por un extremo entre los postigos y apalanca por el otro con toda su alma. El seto se aplasta, el postigo derecho se astilla y Jacinto da gritos de júbilo. La maraña dificulta sus movimientos pero, al propio tiempo, los camales y horquetas facilitan su ascensión hacia el alero y, una vez allí, se sujeta a éste (el alero), se dobla por el vientre, y se encarama al tejado, invadido por los álabes, las rosetas foliares y los estolones que le permiten corretear por él (por el tejado) sin temor a resbalarse. La luz del sol le ciega al principio (a Jacinto), le invade una extraña sensación, como si fuera un feto alumbrado después de cuarenta y cuatro años en el seno materno, cierra los ojos y aguarda. El ronquido del motor, ruuuuuuum, se aleja ahora y él (Jacinto) abre los ojos, y aunque las guías del seto sobrepasan la cabaña, divisa, desde el ángulo del tejado, el tamojal de robles (en buena parte con hoja nueva), los farallones, con sus concavidades negro-amarillentas, el rectángulo de tierra roja subsolada y los dujos superiores del colmenar. La mancha del seto se extiende diabólicamente en torno a la cabaña como una selva virgen. El sol está en la vertical y Jacinto hace visera con la mano para otear el horizonte hacia donde oye (o cree oír), muy remoto, el ronquido del motor, rum-ruuuuum-rum, fuerza la vista entornando los párpados y, bajo un pequeño cúmulo, atisba una manchita negra que emite destellos, y sin poderse contener, con la misma unción que si se dirigiera a alguien más angustiado que él, grita: «¡Allí está!», y brinca sobre las pizarras como un niño. Mas, enseguida, experimenta el recelo de que el avión no vuelva, de que haya sobrevolado la cabaña sin verla, y aun cabe la posibilidad (piensa Jacinto) de que, si vuelve, el piloto no le distinga a él (Jacinto) entre el mohedal. Con ese automatismo para la acción que ha adquirido en los últimos días, Jacinto no vacila, se coloca a horcajadas sobre el alero y se descuelga, buscando a tientas, con los pies, horquillas y nudos donde apoyarse, entra en la choza, se ata una sábana a la cintura y retorna al tejado por el mismo camino. El ronroneo del avión, rum-ruuuuuumrum, es claramente perceptible ahora, llega en ondas concéntricas, agudas y graves, produciendo una leve conmoción vibratoria. Jacinto lo ve, muy distante, a mano izquierda del cúmulo, como un mosquito vertiginoso. Parece una avioneta deportiva biplaza y algo en la carlinga reverbera los rayos del sol en un centelleo intermitente como el centelleo de un heliógrafo. Sujeta la sábana por dos de sus puntas (Jacinto) y

la flamea (la sábana), la agita arriba y abajo nerviosamente, mientras sus ojos reblandecidos (los de Jacinto) se humedecen de lágrimas.

La avioneta vuela alto ahora, sin intención (a simple vista) de cambiar de rumbo, monótonamente, y aunque las ondas concéntricas de su zumbido le envuelven decididamente a Jacinto, éste (Jacinto) recela y agita la sábana con mayor presteza, al tiempo que chilla «¡Aquí; estoy aquí!», pero la avioneta prosigue su rumbo imperturbable sobre la cabecera de la vaguada, hacia el norte, y cuando apenas es algo más que el escorzo de un cínife, vira bruscamente a babor y pica profundamente y Jacinto flamea la sábana como un poseso y chilla «¡Aquí, aquí, estoy aquí!» y la avioneta le aproa y desciende aún más, va aumentando de tamaño y ahora es su hélice la que destella, pero Jacinto ya no ve nada (se lo impiden las lágrimas) y así que oye el ¡ruuuuuuuuum! atronador encima de su cabeza, se arranca en sollozos y sigue agitando la sábana formulariamente y se dice: «Me han descubierto; estoy salvado», se dice (Jacinto), y se limpia los ojos y ve que el aparato se aleja de nuevo y, aunque tiene la seguridad de que ha sobrevolado (la avioneta) la cabaña a menos de veinte metros, empieza a roerle la incertidumbre, trepa por la chimenea y se planta allí de pie (en esta posición distingue las tres filas de dujos, y las ruinas del molino con las dos muelas abandonadas, y el extenso campo de grama, como un oasis, en el robledal), la sábana en las manos, y torna a flamearla (la sábana) y, nuevamente, la avioneta vira a babor, entra en picado, rumbea, le aproa (a él, Jacinto), se aproxima vertiginosamente, crece por segundos (como una libélula papavientos que se hinchara con el aire) apuntando a su cabeza, con un ruido atronador, ruá-ruá-ruaaaaaaá-ruaaaaaaá, en una pasada suicida tan ceñida que Jacinto suelta la sábana y apenas tiene tiempo de arrojarse de bruces sobre el tejado para evitar que le decapite. Ha sido una costalada dolorosa, pero Jacinto sonríe y se dice «Caray, a poco me coge», pero sonríe, y sentado como está (su emoción es tan fuerte que las piernas no le sostienen) saca el pañuelo del bolsillo y lo agita.

La avioneta pasa otras cuatro veces rozando el tejado, tan baja que, cada vez que la ve venir, Jacinto, se tumba cuan largo es contra el tejado, buscando protección en la chimenea. En la primera (de las cuatro últimas pasadas), Jacinto avista las dos cabezas de los tripulantes en la carlinga y, en la tercera, pese a las gafas y al casco de cuero, identifica a Darío Esteban en el tripulante del asiento posterior y, así que el aeroplano vuela sobre él (sobre Jacinto) en la última y definitiva pasada, no hace ademán de mover un dedo y, por contra, Darío Esteban le sonríe enfocándole los prismáticos, levanta su mano derecha

con el gran anillo pastoral y le dice adiós, en tanto Jacinto, desmoronado, se arrodilla sobre las lajas de pizarra, forma bocina (en torno a sus labios) con las dos manos y vocea con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Por favor, Darío Esteban, ábrame!

Después se siente atribulado y vacío (Jacinto). Ve alejarse la avioneta, abandona la sábana y el pañuelo en el tejado y se desliza del alero a la ventana, cierra ésta (solamente el cristal porque uno de los postigos está destrozado, y trabado por los serpollos el otro) y aunque no se dice nada piensa «Todo está perdido», eso piensa (Jacinto), y ante el espejo del servicio (caballeros) se pregunta tontamente si lo suyo (su situación) es un homicidio, un suicidio o un asesinato vegetal (su imaginación, en el último trance, se desboca en un delirio febril). «Don Abdón me dio la semilla, Darío Esteban me ordenó sembrarla y yo la regué; ahora el seto me estrangula. Ningún juez hallará responsabilidades», se dice. Da vueltas y vueltas a la medalla mientras trata de encontrar, intuitivamente, entre vaporosidades y nieblas, una figura jurídicopenal a la que ajustar su caso. Es su postrer consuelo. Va aproximándose al espejo (Jacinto) y observa de cerca sus ojos estupidizados (todo pupilas), su frente oblicua y cerril, las orejas como soplillos (llenas de vello), la nariz prominente, ennegrecida en la punta, formando cuerpo con la línea escueta y absurdamente risueña de la boca que se abre debajo. Inopinadamente descarga el puño sobre el cristal, que se quiebra en mil pedazos:

—¡Te han suicidado, jacinto! —chilla.

Repentinamente le invade (a jacinto) un plácido sosiego, una dulce conformidad. Al regresar al dormitorio ve las estalactitas y estalagmitas vegetales, las hojas enterizas, las fláccidas flores amarillas del seto, pero no le angustian ya; jacinto ha prescindido del pasado y del futuro y no ve sino el presente inmediato, y el presente inmediato no le desagrada: en la choza no hace frío ni calor, no huele mal, hay un jergón confortable y provisiones suficientes. Sin embargo, jacinto experimenta un invencible deseo de encorvarse, de echarse al suelo y piensa fugazmente (y con absoluta serenidad) que tal vez es la llamada de la tierra. Finalmente se agacha, pone sus manos y sus rodillas sobre las baldosas y camina hacia delante con asombrosa agilidad. Y le place andar así, a cuatro patas, y mira engolosinado las tentadoras hojas verdes que se descuelgan del techo o se adentran por las grietas de los muros y las juntas de las ventanas. Se aproxima (jacinto) a las más bajas (las hojas), abre la boca, las siega con sus incisivos herbívoros, y las engulle en un santiamén. Su consistencia (la de las hojas) es un poco

áspera, mas al triturarlas desprenden un zumo levemente agrio que a jacinto le resulta agradable y tonificante. Vuelve a morder y a comer, sin prisas, y, luego, repite y repite, hasta que en el *living* no resta una sola hoja y jacinto se tumba de costado, pero el jersey azul le tira de sisa y los pantalones negros le molestan en las ingles y, en vista de ello, y en vista de que está solo, y en vista de que nadie puede venir a importunarle, se los quita (jersey y pantalones) y se quita también la camisa, la camiseta, los calzoncillos, los calcetines y los zapatos y queda desnudo sin otro aditamento que la medallita al cuello. Observa (jacinto), un poco sorprendido pero sin perplejidad, las densas vedijas que le cuelgan del pecho y del vientre y aun de la parte superior de los muslos. También se mira sus partes, bien preservadas y notoriamente disminuidas. Pero todo ello lo ve desde fuera, como si fuese otro; no lo analiza, no le interesa (a jacinto). Siente picores en la barriga y, contrariamente a sus hábitos usuales, se rasca insistentemente con el pie, ras-ras-ras, cuyo tamaño (el del pie) es ridículamente pequeño pero fuerte y resistente. Después, levanta la cabeza y ve la rama pendiente sobre el jergón, tentadoramente revestida y, a cuatro patas como está, brinca sobre el colchón y en unos segundos la deshoja (la rama), a mordiscos menudos pero calculados. Al concluir, jacinto, deliberadamente, en lugar de bajar del jergón, según humana costumbre, poniendo primero un pie en el suelo y luego el otro, se arroja de costado como una pelota, pero el vello que recubre su cuerpo es tan tupido que a jacinto se le hace que el pavimento muellea, le rebota (a él) y, entonces, vuelve al colchón y repite la caída y ríe (jacinto), más bien gorjea, y el juego le divierte tanto que durante una hora no hace otra cosa que darse de costaladas contra las baldosas sólo por gozar de la gustosa sensación almohadillada de los golpes. Transcurrida la hora, jacinto siente fatiga y se tumba. Pero, cosa curiosa, no busca el jergón para hacerlo (jacinto), como era en él tradicional, sino que se aloja en el rincón más oscuro de la cabaña, junto a la puerta (después de restregarse contra ella), y no se echa sobre el costado izquierdo, las piernas encogidas y las manos en el pecho como venía haciendo desde niño, sino que se acuesta boca abajo, los brazos hacia delante y las piernas recogidas bajo el vientre. Y aunque los crujidos, creep-creep, y los golpes, top-top, de las tarimas y de los yesones desprendidos son cada vez más frecuentes, jacinto no se inmuta, ramonea con desgana los tallos tiernos que van brotando entre los mosaicos, en las inmediaciones, o se entretiene viendo pendulear la medalla de oro de su cuello. Haga lo que haga, le place tener la cabeza gacha (a jacinto), humillada, postura que le facilita una perspectiva especial, no precisamente aérea, sino todo lo contrario, de abajo

arriba, rastrera, para designarla con un nombre concreto, de tal manera que todo lo poco que le rodea (a jacinto), cama, chimenea, lámparas, esqueleto metálico de la librería, ventanas, etcétera, todo, se le hace más excelso y eminente que él mismo.

A ratos, jacinto se levanta y vuelve a tumbarse (de golpe, para recrearse en sus caídas acolchadas), siempre en los rincones más oscuros, y, en ocasiones, se adormece, queda traspuesto y entonces le asaltan sueños muy rápidos y variados, con frecuencia ingratos, como cuando sueña que Gen corre tras él pidiendo agua, guá-guá-guá, a voces y mordiéndole el trasero y, otras veces, sumamente placenteros, como cuando se ve perdido en el inmenso campo de remolachas y alfalfas que rodea su ciudad, sin que nadie le impida comer lo que quiera. Tan pronto despierta de uno de estos sueños (particularmente de los agradables), jacinto siente hambre y como los tallos que apuntan por las hendiduras son apetitosos y tiernos, él (jacinto) puede saciarla (su hambre) sin necesidad de moverse del sitio. Y así que concluye de comer, vuelve a dormir; y así que concluye de dormir (de descabezar una siesta), vuelve a comer (jacinto). Y si entre comida y sueño le aprieta una urgencia, jacinto no se toma la molestia de acudir al servicio (caballeros), sino que comprime los músculos del vientre allí donde se halle y los escíbalos caprinos ruedan por el suelo sin ruido ni mal olor.

En tanto, la presión del seto ha hecho saltar las contraventanas del *living*. El estampido ha sido seco y violento, ¡bloooooom!, como un cañonazo, tanto que ha despertado a jacinto, que dormía con la cabeza incrustada en los vellones del pecho, pero (jacinto) se ha limitado a levantar la cabeza (cuya frente se hace por momentos más oblicua y angosta), observa con ojos mustios la ventana donde el seto ha irrumpido y, seguidamente, vuelve a ocultar la cabeza entre las vedijas del pecho como si nada de cuanto acontece en derredor le afectase a él (jacinto) directamente. De esta manera, llega un momento en que las hojas, los zarcillos, los serpollos y las flores del seto (más apagadas de tono que las que crecen fuera) rodean a jacinto y éste (jacinto) no precisa incorporarse para comer, así es que come y duerme, duerme y come (que es lo único que por el momento le apetece hacer) sin cambiar de postura, simplemente moviendo la cabeza de un lado a otro; pero acaece una contrariedad: cuando, al cabo de unas horas, jacinto pretende levantarse para estirar las piernas, advierte con sorpresa indiferente que tiene amarrados los dos tobillos por la trepadora y, al advertirlo, su indolencia es tal que, en lugar de ramonear los tallos que le sujetan para liberar sus pies, torna a acostarse tranquilamente y cierra los ojos.

El pinchazo le galvaniza (a jacinto), le hace revolverse sin ningún afán de revancha, y pretende ponerse en pie, pero la voz grave, conciliadora, de Darío Esteban a su lado, le aplaca:

—Quieto, jacintosanjosé, es un momento —le dice poniéndole blandamente la mano del anillo sobre los vellones—. Todo irá bien, no se preocupe.

Jacinto abre los ojos. Está tumbado (jacinto) en una mesa de campaña niquelada, junto al larguero derecho los dos doctores (el que adquirió la cabeza de Gen y su compañero más joven) y, al otro lado de la mesa, Darío Esteban. Más allá, en la ladera, Serafín pasea al sol con un cigarrillo en la mano entre el coche color guinda y la máquina acuchilladora pintada de rojo, con un nombre extranjero bajo el motor. Sobre otra mesa más chica, también niquelada, los doctores han improvisado un botiquín de urgencia: instrumental plateado, rollos de algodón, gasas, frascos, jeringas y un montón de medicamentos. Jacinto se deja hacer dócilmente. El doctor de más edad le busca ahora el corazón entre las vedijas, en tanto el de menos edad le fuerza a abrir el ojo derecho. Después le miran la boca, sujetando la lengua con una paleta de madera, le enrollan una goma en un brazo y le flexionan repetidamente las dos piernas, que ahora se articulan en sentido inverso al habitual. Darío Esteban, que observa el reconocimiento con ojos profesionales, repite suavemente:

—Quieto, jacintosanjosé, no se mueva. Es un reconocimiento formulario; enseguida terminarán. Afortunadamente hemos llegado a tiempo. ¿Quién iba a imaginar en el híbrido americano esta capacidad de desarrollo?

Jacinto trata de responder, pero nota como si le hubieran incrustado dos removibles en la boca, uno arriba y otro abajo, de manera que ni la conformación de la lengua ni la del paladar son aptas para pronunciar palabras y, en vista de ello, desiste. Los doctores le abren las piernas ahora y le tocan en sus partes, pero jacinto no siente el menor pudor, se deja hacer y el doctor de más edad se vuelve hacia Darío Esteban con una mueca admirativa y le dice:

—¡Caramba! Es un espléndido semental para ovejas de vientre —dice. Luego propina a jacinto una palmada amistosa en el trasero, y añade—: ¡Listo!

Jacinto salta de la mesa al suelo a cuatro patas, corre sin sorprenderse por el ancho pasillo que divide el seto como un cortafuegos y sale a la luz. En el camino está detenido el coche color guinda, y poco más lejos, entre los tomillos y las gallogas, la cuchilladora pintada de rojo con el nombre

extranjero bajo el motor. Al pie, Serafín fumando. Cruza junto a él (junto a Serafín) jacinto, sin saludarle. Jacinto ya ha olvidado el reconocimiento médico. Únicamente advierte el sol sobre él, la brisa serrana, el perfume del tomillo y del romero, una grata sensación al pisar las alfombras de galloga, los silbidos de los pájaros, tiit-chip-piú-piú, y el murmullo del riachuelo al rozar las salcinas, chuap-chuac, los objetos en torno (molino derruido, colmenar, matos, robles) sin objeto. Pero nada de todo ello le deja huella, le despierta un anhelo o le estimula. Simplemente le imbuye la idea de que está vivo; de que es. De pronto atisba en la vertiente opuesta el oasis de grama y, sin reflexionar, echa a correr ladera abajo. Según corre, oye un tintineo próximo, tin-tin-tin, y se detiene para verificar su procedencia, ante la sospecha de que le siguen, y, al comprobar que no (que no le siguen), continúa triscando, cada vez más impaciente, y, a medida que corre, se da cuenta de que lo que pende de su cuello no es una medalla sino una esquila y que no la sujeta (a la esquila) una cadena sino un rígido collar de cuero, y a cada brinco, entre los cavones y los guijos, vibra el armonioso tintineo (el de la esquila), tin-tin-tin, y este acompañamiento musical le anima y le serena, y jacinto se siente feliz de saber provocar aquel sonido, y acuciado por él (y por el oasis de grama) brinca ágilmente sobre las aguas del riachuelo (tomando impulso con las piernas y aferrándose a la orilla opuesta con las manos, que se le han achicado y endurecido como dos muñones callosos) y advierte ahora que, trepando ladera arriba, por entre matos de roble, espinos y riscos, tampoco se fatiga, ni resbala, ni se daña las extremidades desnudas, sino que es su medio, y así que accede al islote de grama, se detiene, baja la cabeza al suelo, pero súbitamente recuerda a Darío Esteban y aunque babea (porque la boca se le hace agua) se reprime, trepa a un peñasco inmediato y desde lo alto le divisa (a Darío Esteban) en la ladera opuesta, agrupado con los doctores junto al coche color guinda, delante de Serafín y de la acuchilladora roja, y quiere gritarle: «¡Eh! ¡Estoy aquí, Darío Esteban, no se preocupe, bajo enseguida!», quiere gritarle, y trata de adaptar la lengua a esta pretensión y abre la boca (jacinto), pero sólo grita:

—¡Beeeeeeeeeé!

Y la vaguada repite al instante:

—¡Beeeeeeeeeé!

El príncipe destronado

1973

Nota del autor a la edición de las Obras Completas

Los escritores, como los niños, nos entretenemos con muchas cosas. Un día, les pregunté a dos amigos escritores que a qué edad les parecía a ellos que un ser humano podía ser protagonista de una novela. El primero fue rápido en contestar: «Desde que nace —dijo—. Un niño recién nacido ya puede ser protagonista. No se necesita más que nacer». El segundo, empero, se mostró más cauto: «Un recién nacido es un bulto —dijo—. No está en condiciones de ser nada, prácticamente no existe». Luego mis dos contertulios parecieron ponerse de acuerdo y me preguntaron a dúo qué pensaba yo sobre el particular. Fui sincero y les respondí que había meditado sobre ello y había llegado a la conclusión de que un ser humano podía centrar un relato una vez supiera expresar de alguna manera sus sentimientos. (No sólo con su actitud, sino con sus palabras, aunque fueran pocas). Hablando en plata, un niño de tres años podría ser personaje central de un libro. Se echaron a reír pero yo, que me había criado entre niños y era padre de siete e incluso abuelo, les hice ver que un niño de tres años no sólo se enfada, ríe y llora, sino que además dispone ya de un código expresivo según el cual no sólo le vemos vivir sino disfrutar o lamentarse. «A mí —me dijo el segundo de mis interlocutores—, lo único que se me ocurriría hacer con una novela protagonizada por un niño de esa edad sería tirarla al cesto de los papeles». Nos enredamos en una discusión tonta que en algún momento llegó a ser apasionada. Aproveché la circunstancia para decir a mis amigos que si la sola idea de que un niño de tres años soportara el peso de un relato ya les acaloraba, imaginaran lo que ese niño podía ser para nosotros haciéndole vivir una nimia aventura. Pasamos la tarde hablando del tema. A ratos hasta hablando a voces. El desacuerdo era evidente, y yo, aunque no se lo dije entonces, me propuse escribir ese mismo libro que sugería como única vía para convencerlos.

Así nació El príncipe destronado. *Se trataba, pues, de un desafío, un reto de amor propio sobre un problema de forma y no de fondo. Creé a Quico, de tres años, y le hice vivir una situación conflictiva en el seno familiar, en la que verdaderamente llegamos a interesarnos. La novela salió bien, se vendieron enseguida varias ediciones, y la película sobre ella —muy afortunada— de Antonio Mercero, estuvo varios años en cartel. Fue un éxito. Las mamás llevaban a sus hijos a verla, pero ellas mismas vivían la peripecia con ardor. Yo había ganado la apuesta, aunque mis amigos no lo reconocieran. «Lo que interesa a los adultos de esa novela es el*

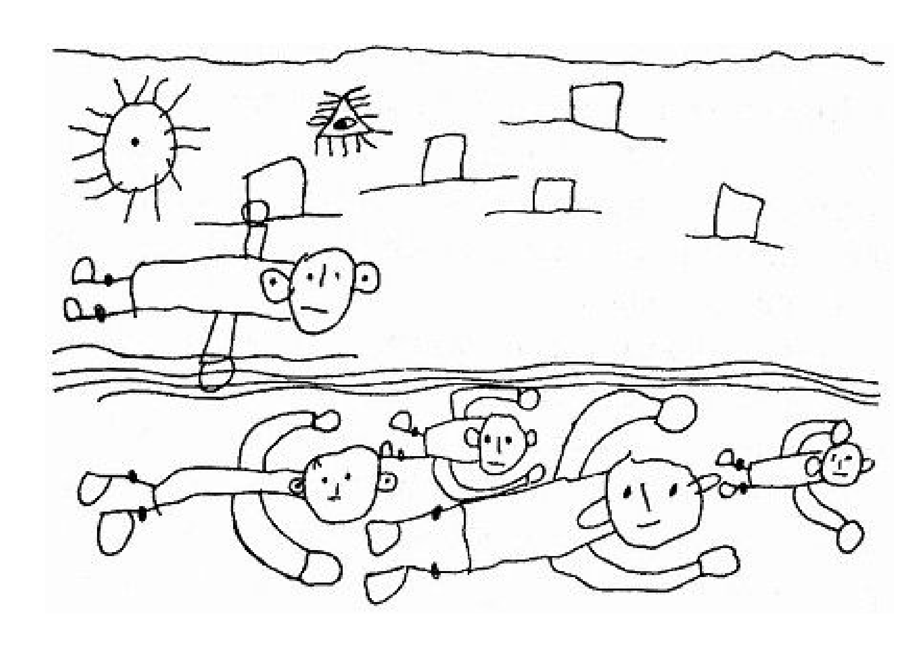
distanciamiento ideológico entre Papá y Mamá —me dijeron—, y la actitud cainita del primero, no el niño ni la parte que juega en el conflicto».

La polémica continuó y aún sigue viva. Aunque los lectores y espectadores del relato y de la película eran muchos, y volvían al cine una y otra vez, mis colegas no se mostraron dispuestos a entrar en razón. Yo, por mi parte, había quedado satisfecho y les hablaba desde mi posición de privilegio. Aquí está el relato en cuestión, que venía a responder a nuestra disputa en un café de Valladolid, una tarde en que, por lo visto, teníamos poco que hacer.

M. D.

Abril de 2008

Martes, 3 de diciembre de 1963



Las diez

Entreabrió los ojos y, al instante, percibió el resplandor que se filtraba por la rendija del cuarterón mal ajustado de la ventana. Contra la luz se dibujaba la lámpara de sube y baja, de amplias alas —el Ángel de la Guarda—, la butaca tapizada de plástico rameado y las escalerillas metálicas de la librería de sus hermanos mayores. La luz, al resbalar sobre los lomos de los libros, arrancaba vivos destellos rojos, azules, verdes y amarillos. Era un hermoso muestrario y en vacaciones, cuando se despertaba a la misma hora de sus hermanos, Pablo le decía: «Mira, Quico, el Arco Iris». Y él respondía, encandilado: «Sí, el Arco Iris; es bonito, ¿verdad?».

A sus oídos llegaba ahora el zumbido de la aspiradora sacando lustre a las habitaciones entarimadas, y el piar desaforado de un gorrión desde el poyete de la ventana. Giró la cabeza rubia sin levantar la nuca de la almohada y, en la penumbra, divisó la cama, ordenadamente vacía, de Pablo y, a la izquierda, el lecho vacío, las ropas revueltas, el pijama hecho un gurruño, al pie, de su hermano Marcos, el segundo. «No es domingo», se dijo con tenue voz adormilada, y estiró los brazos y entreabrió los dedos de la mano contra el haz de luz y los contrajo y los estiró varias veces y sonrió y canturreó maquinalmente: «Están riquitas por dentro, están bonitas por fuera». De repente, cesó el ruido de la aspiradora allá lejos y, de repente, se impacientó y voceó:

—¡Ya me he despertaooooo!

Su vocecita se trascoló por los resquicios de la puerta, recorrió el largo pasillo, dobló a la izquierda, se adentró por la puerta entreabierta de la cocina y Mamá, que enchufaba la lavadora en ese instante, enderezó la cabeza y dijo:

—Me parece que llama el niño.

La Vítora entró en la habitación en penumbra como un torbellino y abrió los cuarterones de las ventanas.

—A ver quién es —dijo— ese niño que chilla de esa manera.

Pero Quico se había cubierto cabeza y todo con las sábanas y aguardaba acurrucado, sonriente, la sorpresa de la Vítora. Y la Vítora dijo mirando a la cuna:

—Pues el niño no está, ¿quién lo habrá robado?

Y él aguardó a que diera varias vueltas por la habitación y a que dijera varias veces: «Dios, Dios, ¿dónde andará ese crío?», para descubrirse, y entonces la Vítora se vino a él, como asombrada, y le dijo:

—Malo, ¿dónde estabas?

Y le besaba a lo loco y él sonreía vivamente, más con los ojos que con los labios, y dijo:

—Vito, ¿quién te creías que me había robado?

—El hombre del saco —respondió ella.

Y echó las ropas hacia atrás y tanteó las sábanas y exclamó:

—¿Es posible?, ¿no te has meado en la cama?

—No, Vito.

—Pero nada, nada.

El niño se pasó las manos, una detrás de la otra, por el pijama:

—Toca —dijo—. Ni gota.

Ella le envolvió en la bata, de forma que sólo asomaban por debajo los pies descalzos, y le tomó en brazos.

—Espera, Vito —dijo el niño—. Déjame coger eso.

—¿Cuál?

—Eso.

Alargó la pequeña mano hasta la estantería de los libros y cogió un tubo estrujado de pasta dentífrica y accionó torpemente el tapón rojo a rosca y dijo, mostrando los dos paletos en un atisbo de sonrisa:

—Es un camión.

La Vítora entró en la cocina con él a cuestas.

—Señora —dijo—, el Quico ya es un mozo; no se ha meado la cama.

—¿Es verdad eso? —dijo Mamá.

Quico sonreía, el largo flequillo rubio medio cubriéndole los ojos, erguido y desafiante, se desembarazó con desmanotados movimientos de la bata que le envolvía y dijo tras pasarse insistentemente las manos por el pijama:

—Toca; ni gota.

La Vítora lo sentó en la silla blanca y abrió el grifo del baño blanco y la lavadora mecánica zumbaba a su lado y el niño, mientras el agua caía, enroscaba y desenroscaba el tapón rojo del tubo con atención concentrada, mientras intuía los suaves movimientos de la bata de flores rosas y verdes, y, de pronto, la bata se aproximó hasta él y sintió un beso húmedo, aplastado, en las mejillas y oyó la voz de Mamá:

—¿Qué tienes ahí? ¿Qué porquería es ésa?

Quico levantó de golpe la cabeza.

—No es porquería —dijo—. Es un camión.

La Vítora lo izó en el aire mientras Mamá le desprendía de los pantalones y, al contacto con el agua, el niño encogió los dedos del pie y le dijo la Vítora:

—¿Quema?

Y él:

—Sí, quema, Vito.

La misma Vítora, con el codo, soltó el grifo frío y, al cabo, lo dejó en la bañera y él se miró desnudo y rió al divisar el diminuto apéndice.

—Mira, el pito —dijo.

—Ahí no se toca, ¿oyes?

—El pito santo —añadió el niño sin soltar el tubo del dentífrico de la mano izquierda.

—¿Qué tonterías dice ese niño? —dijo Mamá.

Quico deslizaba el tubo sobre la superficie del agua y hacía «booon-boooon», y dijo:

—Es un barco.

Dijo la Vítora:

—¡Qué sé yo! Ahora le ha dado por eso, ya ve.

—Alguien se lo enseñará —dijo Mamá reticente, mientras ponía en la lavadora el pijama del pequeño.

La Vítora se sofocó toda:

—Ande, lo que es una… Digo yo que será al rezar. La criatura oye lo del Espíritu Santo y ya ve, ni distingue.

Colocó al niño de pie y le enjabonó las piernas y el trasero. Luego le dijo:

—Siéntate. Si no lloras al lavarte la cara, te bajo conmigo a por la leche donde el señor Avelino.

El niño apretó fuertemente los labios y los párpados, en tanto la Vítora le restregaba la cara con la esponja. Resistió varios segundos sin respirar y, al cabo, chilló:

—¡Ya basta, Vito!

La Vítora tomó al niño por las axilas, lo envolvió en una gran toalla fresa y pasó con él a la cocina y, entonces, la Loren, la de doña Paulina, la divisó desde el descansillo del montacargas a través de la puerta encristalada y le hizo señas y le gritó:

—¡Quico, dormilón! ¿Ahora te levantas?

La Vítora le frotaba con la toalla y le dijo por lo bajo: «Dila, buenos días, Loren». Y el niño, bajo la toalla fresa, voceó:

—Buenos días, Loren.

Y dijo la Loren:

—Buenos días, hijo. ¿Sabes que se murió el gato? ¡Mira!

Levantó en el aire un pingajo negro y el niño lo distinguió, como preso, a través del enrejado del montacargas y dijo:

—¿Por qué se ha muerto, Loren?

La Loren le respondía con una voz aguda y chillona que franqueaba los cristales como un rayo de sol:

—¿Sabes tú por qué pasan esas cosas? Le llegó su hora y nada más.

El niño no soltaba el tubo de la mano. Dijo a la Vítora a media voz:

—¿Qué dice la Loren?

La Vítora no le hizo caso. Le dijo a la Loren:

—Buena estará tu señora.

—Calcula.

La Loren arrojó el cadáver del gato al cubo de desperdicios.

—¿No le entierras, Loren? —chilló Quico.

—¿También quieres que enterremos esa basura?

—Claro —dijo el niño.

Mamá entraba y salía de la cocina. El niño estiró el bracito con el tubo de dentífrico en la mano y se lamentó:

—¿Ves? Me se ha mojado el cañón. Sécamele.

La Vítora le pasó la toalla dos veces. Le dijo:

—¿No era un camión?

—No —dijo Quico, destapándolo y mostrando la boca del tubo—, es un cañón, ¿no lo ves?

—¿Y para qué demontres quieres tú un cañón?

—Para ir a la guerra de Papá —dijo.

Tosió, al concluir, y la bata de flores rojas y verdes dijo:

—Este niño se ha constipado.

Salió después y el vuelo de la bata de flores rojas y verdes dejó flotando en el aire como una estela confortadora. La Vítora le dijo al niño, mientras le ponía la elástica:

—Si toses, llamamos al Longinos.

—¡No!

—¿No quieres que venga el Longinos?

—¡No!

—Pues a mí me pinchó una vez y no me hizo daño, ve ahí.

Le embutió en una blusita azulona y le puso encima un jersey rojo vivo. Después le puso un pantalón de pana blanda. Quico frunció levemente el ceño y permanecía inmóvil, como pensativo. Dijo finalmente:

—Yo no quiero que venga Longinos.

—Pues no tosas.

Quico protestó:

—Yo no sé cuándo toso.

La Vítora concluyó de vestirlo y lo dejó en el suelo, dobló la toalla fresa y la depositó sobre el respaldo de la silla blanca, pasó al baño y tiró del tapón para que desaguara. Miró al niño, desamparado, y le dijo:

—El Longinos es bueno. Viene cuando estás malo y te pincha para que te pongas bueno.

Hablaba alto para dominar el zumbido de la lavadora eléctrica. El niño levantó la cabeza para ampliar las perspectivas de los bajos de la bata listada de azul de la Vítora.

—¿Y dónde te pincha, Vito? —dijo—. ¿En el culo?

—Anda, a ver. Pero no digas eso; es pecado.

—¿Culo es pecado?

—Eso; y si lo dices te llevan los demonios al infierno.

El niño enroscaba y desenroscaba maquinalmente el tubo estrujado de dentífrico. Sus ojos azules parecían ausentes. Dijo:

—Juan dice que los demonios tienen alas, Vito. ¿Es verdad que los demonios tienen alas?

—A ver.

—¿Como los ángeles?

—A ver.

—¿Y se llevarán al Moro al infierno?

La Vítora lo consideró con una suerte de lejana compasión. Dijo como para sí: «Qué cosas tiene esta criatura». Y alzó la voz para decirle:

—Los gatos no van al cielo ni al infierno, para que lo sepas.

—Pero si es negro —dijo el niño, obstinadamente.

—Aunque sea negro. Los gatos van a la basura y sanseacabó.

Quico se arrodilló de improviso en las baldosas rojas, incrustadas de pequeños baldosines blancos, y arrastró un trecho el tubo de dentífrico haciendo «buuuuuuum» y, de vez en cuando, «piii-piii», hasta que el tubo tropezó con un botón negro y, entonces, el niño abandonó aquél en el suelo, tomó el botón, lo examinó detenidamente por los dos lados, sonrió y se dijo: «Un disco; es un disco». Y, torpemente, lo introdujo en el bolso de su pantaloncillo de pana; tomó después el tubo de dentífrico y lo guardó también. De repente se puso en pie y agarró el vuelo de la bata listada de azul:

—Vamos a por la leche, Vito.

—Aguarda.

—Dijiste que si no lloraba, me bajabas.

—¡Huy, madre, qué chico este!

Atravesó el breve pasillo que la separaba del cuarto de plancha y regresó con un abrigo a cuadros y una bufanda y una caperuza rojos y se los colocó al niño rápidamente, sin que la notoria gafedad de sus manos dificultase sus movimientos.

—Anda, vamos —dijo.

—¿En zapatillas? —advirtió el niño.

Ella tomó la cesta:

—Mira, como vamos tan lejos.

El niño bajaba la escalera primero con el pie izquierdo y, seguidamente, juntaba el izquierdo con el derecho en el mismo escalón, pero lo hacía rápido, casi automáticamente, a fin de no retrasar el apresurado descenso de la Vítora. La tienda estaba tres casas más allá y el niño, de la mano de la chica, recorrió la distancia, restregando su dedo anular por la línea de edificios. En la tienda olía a chocolate, a jabón y a la tierra de las patatas. Avelino distribuía el género en rejillas de aluminio y Quico recorrió con los ojos los casilleros coloreados con alcachofas, zanahorias, cebollas, patatas, lechugas y, por encima, los paquetes sugestivos de chocolates, galletas, cubanitos, macarrones y, más arriba aún, las botellas de vino negro y las de vino rojo y las de vino blanco y, a mano derecha, los tarros con los caramelos. El señor Avelino divisó su caperuza roja por encima del mostrador:

—Mucho has madrugado tú hoy, ¿eh, Quico?

—Sí —dijo el niño.

La señora Delia salió de la rebotica y, al verlo, dijo:

—¿Qué dice el mozo? Mucho has madrugado.

Pero Quico, encuclillado, se metía entre las piernas de la parroquia, y bajo el mostrador, y bajo los tarros de caramelos, y no oía a nadie. Absorto buscaba las chapas de las botellas de Coca-Cola y de Pepsi-Cola y de Kas y las iba guardando en el bolsillo del pantalón, junto al botón negro y el tubo de dentífrico, y la Vítora le dijo al señor Avelino:

—¿Dónde anda el Santines?

El señor Avelino echó una mirada fugaz al reloj enmarcado de azul pálido. Dijo:

—No creo que tarde, ya hace rato que salió.

La Vítora se impacientó:

—Tengo mucha tela que cortar; deme la leche y luego el Santines que me suba esto. —Le tendió un papel al señor Avelino.

En el extremo del mostrador, una muchachita con abrigo marrón levantó una vocecita destemplada:

—¡Qué frescura! —dijo—. Todas tenemos tela que cortar, señor Avelino. Y llevo aquí de plantón más de un cuarto de hora, para que se entere. Y si cada una que llega se salta la vez…

La Vítora se volvió a ella, desencajada:

—¿Y para qué quieres la boca, hija?

Quico apareció por entre las piernas de la parroquia, mirando atemorizado a la Vítora que voceaba. El señor Avelino dijo:

—Calma, hay para todas. —Guiñó un ojo a la Vítora—: Cómo se nota que te han dejado viudita, ¿eh?

La Vítora sonrió tristemente.

—Mañana —dijo—. No me lo recuerde, señor Avelino, no sea usted malo.

El Quico ya estaba junto a ella. Dijo tomando la mano de la Vítora y bajando la voz:

—Es malo el señor Avelino, ¿verdad, Vito?

—¡Calla tú la boca!

El señor Avelino se dirigió a los tarros de caramelos y le alargó uno a Quico:

—Toma, pequeño, un chupa-chups.

La Vítora llevaba en la cesta las botellas de leche y le dijo al señor Avelino desde la puerta:

—A ver si aviva el Santines.

—Descuida.

Quico miraba ahora el redondo caramelo amarillo y lo hacía girar y girar por el palito incrustado, y cuando le tomaron por la barbilla y le obligaron a levantar la cabeza experimentó una viva irritación contra el mundo. La Señora le sonreía desde su altura, entre las pieles, dulcemente, estúpidamente, y, al cabo, le dijo a la Vito:

—¿No es ésta, por casualidad, la nena del señor Infante, el de Tapiosa?

—Sí, señorita, pero es nene.

La Señora acentuó su sonrisa:

—Claro —dijo—, a esta edad. Le ve una tan rubio y con esos ojos…

Quico se había puesto serio, casi furioso:

—Soy un machote —dijo.

Ella rió, ya en alta voz, divertida:

—¿Así que eres un machote? —preguntó.

A Quico le dolía la nuca y la estatura de ella y su condescendencia, y experimentó uno de sus súbitos arrebatos. Chilló:

—¡Mierda, cagao, culo…!

La sonrisa de la Señora se cerró instantáneamente, mecánicamente, como un esfínter.

Le regañó:

—Eso está muy feo. Los niños buenos no dicen esas cosas.

La Vítora se puso seria y lo zarandeó:

—No le haga usted caso —le dijo a la Señora—. Desde que ha venido la hermanita tiene unos prontos que qué sé yo.

Dijo el abrigo de pieles:

—¿Qué número hace?

—¿Éste? El quinto. Y dicen que no hay quinto malo, ya ve.

Luego, en el montacargas, la Vítora rezongaba:

—Se lo voy a decir a tu mamá, para que lo sepas. ¿Tú crees que son ésas maneras de contestar a una señora? La Vito es demasiado de buena, pero un día se va a cansar y no te va a querer.

El niño tenía ahora, al mirarla, los ojos lánguidos, como con mucho blanco por debajo de las pupilas.

—¿Es pecado, Vito? —dijo.

—¿Pecado? ¡Y de los gordos! Si te agarran ahora los demonios no paran hasta dejarte en los infiernos.

Al apearse en el descansillo del montacargas, Quico tenía una expresión sombría. De reojo miró al otro lado de la rejilla y divisó la madeja desmayada del Moro negreando lastimosamente entre las basuras. La Vítora dio dos golpes en el cristal. Le dijo:

—Mira, ya está tu mamá bañando a la Cristina.

Él entró sonriente, triunfal, levantando el chupa-chups por encima de su cabeza. Reparó, de pronto, en el vientre abombado, liso, de su hermana y dijo:

—Cris no tiene pito, ¿verdad, mamá?

—No —respondió Mamá evasivamente.

—¿Y tú? ¿Tienes tú pito, mamá?

—Tampoco; eso sólo lo tienen los niños.

A Quico se le redondearon los ojos azules y exclamó:

—Entonces, papá ¿tampoco tiene pito?

Las once

—Mira, Juan, un avión —dijo Quico.

Giraba sobre sí mismo sosteniendo el tubo de dentífrico entre dos dedos e imitando con la boca el zumbido de un motor y, al cabo de un rato, cesó de dar vueltas, arrastró el tubo por el fogón rojo de sintasol durante un trecho y lo detuvo.

—Mira, Juan —dijo—, ha aterrizado.

La Vítora examinó un momento a Juan, levemente descolorido, sus ojos concentrados, profundos y negros ribeteados de ojeras:

—Ha adelgazado este chico —dijo—. Se le conoce.

Voceó Quico:

—¡Mira, Juan, ha aterrizado!

Mamá envolvió a la niña en la toalla fresa y dijo:

—Mañana irá al colegio. Ayer ya no tuvo fiebre.

Quico tomó el tubo y giró de nuevo sobre sí remedando el zumbido de un motor.

—Mira, Juan —dijo—; ¡qué alto vuela!

—Déjame —dijo Juan.

Los ojos negros de Juan recorrían ávidamente los carteles de la historieta y sus labios se movían imperceptiblemente: «Nuestro héroe recibe un golpe en la nuca al entrar en una de las celdas y cae de bruces al suelo». Quico guardó el tubo de dentífrico en el bolso del pantalón y se aproximó reverentemente a su hermano:

—¿Es bonito? —dijo.

—Sí —respondió Juan, maquinalmente.

Quico estiró un dedo y lo fue arrimando poco a poco hasta tocar el papel:

—¿Quién es ése? —preguntó.

—El Cosaco Verde —respondió Juan.

—¿Es malo?

—No; es bueno.

—¿Y ése?

—Ése es Tang; ése sí que es malo. Es el jefe de los piratas.

Quico extrajo del bolsillo el tubo de dentífrico, lo destapó y dijo:

—Le voy a matar con mi cañón.

—Quita —dijo Juan sin alzar los ojos del tebeo, apartando a Quico ásperamente con la pierna.

—¿Por qué no quieres que lo mate con mi cañón, si es malo?

Juan no le oía. Leía ávidamente: «Si intentas alguna traición dispararé contra ti. ¡Haz que tus hombres arrojen las armas!».

La Vítora vertía la leche en una cazuela y, al hacerlo, derramó unas gotas en la superficie de sintasol. Depositó la cazuela sobre el hornillo y suspiró hondo.

Dijo Mamá:

—Y de Seve, ¿no se sabe nada?

—Digo yo que su madre seguirá igual, cuando no viene —respondió la Vítora, y suspiró más hondo aún.

—Ya —dijo Mamá.

—Mañana, ya ve. Para el caso…

Quico se encaramó en la butaquita de mimbre y, con el dedo, extendió sobre el sintasol las blancas gotas de leche. Ladeaba la cabeza como buscando una perspectiva y, una vez que consiguió una madeja inextricable, voceó gozosamente:

—¡Vito, Juan, San Sebas!

Juan arrojó el tebeo al suelo y se acercó a él desganado. Miró el jeroglífico, frunciendo el ceño y dijo despectivamente:

—¿Es la playa eso?

Quico había enrojecido de entusiasmo al tiempo que exclamó:

—¡Mira, unos señores que van nadando y otro señor que toma el sol y…!

Juan encogió los hombros y de su rostro irradió un profundo desencanto.

—No se parece nada —dijo.

La Vítora se dirigía ahora a Mamá:

—Cinco de cada ciento van al África y le va a tocar a él. ¿Qué le parece?

—Mujer —dijo Mamá—. Alguno había de ir.

—¡Concho!, eso digo yo, pero ¿por qué todo lo malo tiene que tocarla a una? ¿No hay más gente en el mundo?

—¿Y el de la Paqui?

—¿Quién, el Abelardo? ¡Huy, madre! Ése ha nacido de pie, como yo digo. Yo no sé cómo se las arregla esa chica que todo le sale a derechas. El sábado va y la toca el cupón y, el lunes, sortean y el novio aquí, ¿qué la parece?

La niña palmoteaba y decía:

—Atata, atata.

Quico se llegó a ella, le tomó las manos y la hizo palmotear con más fuerza y la niña reía a carcajadas y el niño rompió a reír también y la niña volvió a decir:

—Atata.

Quico tiró de la bata de flores rojas y verdes:

—¡Dice patata! ¡Mamá, Cris ha dicho patata!

Y Mamá decía:

—… y, después de todo, eso no es ninguna desgracia.

La Vítora se enfurruñó:

—Según se mire. La Paqui, ya ve, me sale ahora con que lo mismo el Femio se lía allá con una negra.

—Tonterías —dijo Mamá.

—A saber. Y el Abelardo lo mismo, que tal como están ahora los negros, cualquier cosa.

Quico volvió a tirar de la bata de flores rojas y verdes:

—Mamá, Cris ha dicho patata.

Mamá lo apartó sin miramientos:

—Hijo, por Dios, déjame, qué pesado, me tienes aburrida.

La Vítora echó leche en un tazón y el resto de la cazuela lo distribuyó entre dos platos, abrió un bote con la efigie de un bebé sonriente y sirvió en cada plato una gran cucharada con copete de polvos amarillos.

—Hala, a desayunar —dijo revolviendo, alternativamente, los dos platos.

Sentó a Quico en una silla blanca, arrimó otra a la mesa para Juan y ella acomodó a la niña en su regazo. La niña ingería la papilla sin rechistar y, a cada cucharada, se le formaba en torno a los húmedos labios un ribete amarillento. Juan colocó *El Capitán Trueno* ante sus ojos, utilizando el azucarero por atril, y, al tiempo que migaba un bollo en el Colacao, devoraba la historieta: «Pagaréis cara vuestra osadía». «¡Aaaag!». «Adelante,

compañeros, que ya son nuestros». «¡Toma, canalla; ahora te toca a ti!». En tanto, Quico golpeaba rítmicamente el mármol blanco con la cuchara y la Vítora le dijo:

—Vamos, Quico, come. ¡Ay, qué criatura, madre!

Quico introdujo torpemente la cuchara en la papilla y la revolvió y los surcos se marcaron profundos en el plato. Miró y tornó a revolver.

—Te se va a quedar fría, come.

Quico canturreó: «Están riquitas por dentro; están bonitas por fuera». La niña concluía ya su desayuno y la Vítora se alborotó toda:

—¡Mira que llamo a tu mamá, Quico!

Quico se llevó desganadamente a la boca una cucharada de papilla y la paladeó con repugnancia:

—¡Qué asco! —dijo.

Juan leyó con los ojos abiertos como platos: «Pero basta ya de charla; ¡vas a morir!». La Vítora dejó a la niña en el suelo y quitó la cucharilla de la mano de Quico:

—Trae acá; pareces un niño pequeño.

—¡No soy un niño pequeño!

—Sí, un pequeñajo; eso eres tú.

—¡No soy un pequeñajo!

—¡Pues come! Así te harás grande como tu papá, que si no…

Quico abrió la boca, cerró los ojos y tragó. Quico abrió la boca, cerró los ojos y tragó. Quico abrió la boca, cerró los ojos y tragó; parecía un pavo:

—Ya no más, Vito —dijo con los ojos anegados, implorante.

La Vítora le pasó dos veces el babero por los labios, cogió el plato con los restos de la papilla, arrojó éstos al cubo de la basura y, luego, tomó cuidadosamente unas mondas de patatas y los cubrió. Juan le dijo a Quico:

—Quita.

Dijo Quico:

—No me he hecho pis en la cama, Juan. ¿Verdad, Vito, que no me he hecho pis en la cama?

—No; ya eres un mozo.

—Atito —dijo Cris.

—¡Dice bonito! ¡La niña ha dicho bonito, Vito!

La Vítora tomó la aspiradora, el escobón, la bayeta y el recogedor y abrió la puerta:

—¡Ojo! —dijo asomando la cabeza despeinada por el hueco—. No hagáis barrabasadas.

Quico dio una vuelta completa sobre sí, gozándose en su independencia. Al cabo se dirigió a la rinconera, junto al fogón, y la abrió de un tirón. El resbalón hacía «clip» al abrirse el portillo, y «clap» al cerrarse, y Quico abrió y cerró dos docenas de veces escuchando atentamente y sonriendo. Cuando se cansó miró dentro y divisó los paños de cuadros blancos y rojos, amarillos y blancos, blancos y azules y, arriba, en el estante, los frascos y botes de abrillantadores y detergentes. Cerró, se arrodilló y abrió la pequeña portilla, bajo el fogón:

—El garaje —dijo.

Cristina, sentada bajo la mesa, cogía minúsculas migas de pan y se las llevaba a la boca. Juan, inmóvil, pasaba las hojas sin pestañear.

—¡El garaje, Juan! —voceó Quico.

—Sí —dijo Juan mecánicamente.

Arriba estaba el gigantesco termo blanco —la bomba atómica— y, a la izquierda, la cocina eléctrica y, a su lado, el fogón de sintasol rojo y, más a la izquierda, la puerta encristalada del montacargas y, junto a la puerta, la fregadera empotrada y, sobre ella, el escurreplatos y, poco más allá, la pila, que hacía esquina con el corto pasillo, donde se abrían las puertas de la despensa y el aseo de servicio, y comunicaba con el cuarto de plancha. Y el grifo frío de la pila siempre goteaba y hacía «tip» y, al cabo de diez segundos, volvía a hacer «tip», pero eso era cuando todos, niños y grandes callaban, y, alguna vez, Quico arrastraba junto a la pila su butaquita blanca de mimbre, se sentaba y jugaba a decir «tip» al mismo tiempo que la pila y cada vez que su «tip» coincidía con el «tip» del grifo frío, de modo que hiciera «tiip», él palmoteaba y reía a carcajadas y llamaba a Cris para que fuese testigo.

Frente a la puerta del montacargas estaba la mesa blanca, con el tablero de mármol blanco y un armario blanco colgado donde la Vítora guardaba el frutero con las naranjas, las manzanas y los plátanos, el azucarero, el salero y la tila y el boldo que Papá tomaba por las noches, después de cenar. Y luego, a la derecha de la puerta, que comunicaba con el resto de la casa, se alzaba la caldera de la calefacción, brillante de purpurina, y una barrita de cristal encima llena de rayas minúsculas y de números y, atravesándola, un filamento rojo bermellón, que se estiraba y se encogía como la tripa de Jorge.

Quico accionó el picaporte poniéndose de puntillas y salió. Andaba mirando al suelo y, de repente, se agachó, tomó una chincheta con la punta oxidada y la cabeza verde y corrió hacia su cuarto:

—¡Mamá! —chilló—. Mira lo que me he encontrado.

Mamá, aturdida por el motor de la aspiradora, recorría los rincones sin oírle. Le vio de pronto, en la puerta, en la corriente, y gritó:

—¡Vete de ahí! ¿No ves que te vas a enfriar?

Quico agitó el brazo con la chincheta verde en la punta de los dedos:

—Toma —dijo.

Mamá paró la aspiradora y se acercó a él. Tenía un cigarrillo en la mano derecha.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Mira lo que me he encontrado.

Mamá miró la chincheta herrumbrosa.

—Muy bien —dijo—. Has sido muy bueno. ¡Hala, ahora vete!

—Si no, se la traga Cris, ¿verdad, mamá? —dijo Quico sin moverse.

Mamá se llevó el pitillo a los labios y tomó de nuevo el mango de la aspiradora con las dos manos.

—Claro —dijo suavemente—. Ahora vete.

—Y se muere, ¿verdad, mamá?

—Sí, sí, claro —levantó la voz.

—Como el Moro, ¿verdad, mamá?

Mamá saltó como cuando se oprime un resorte. Retiró el cigarrillo de la boca para chillar:

—¡Vamos! ¿Quieres marchar de una vez?

Quico penetró en la cocina con la cabeza gacha, el ceño fruncido y la niña le miró desde debajo de la mesa y dijo: «Ataatata», pero Quico no reparó en ella, cruzó hasta el retrete de servicio, se levantó dificultosamente una pernera del pantalón y lanzó un chorrito transparente y minúsculo. Luego se llegó al cuarto de plancha, hurgó unos segundos en la estantería del rincón y sacó de una caja de hojalata el chupa-chups amarillo. Sonrió. Regresó a la cocina, quitó el papel al caramelo y le dijo a Juan:

—Anda, mira lo que tengo.

Juan, abstraído, leía: «Voy a tener el gusto de meterte un plomo entre las dos cejas, amiguito».

—¡Juan! —repitió Quico flameando el chupachups y haciéndolo girar sobre el palillo—. ¡Mira!

Juan levantó sus profundos ojos negros, que se iluminaron de súbito en un relámpago:

—¿De quién es? —dijo.

—Mío —dijo Quico.

—Dame un cacho.

—No.

La niña salió de debajo de la mesa como un perro que captara los vientos de una pieza y se puso dificultosamente en pie. Sujetó a Quico del jersey y tironeó de él hacia abajo:

—Atito —dijo.

—No —dijo Quico—. Un poquito, no.

—Dame un cacho, anda —repitió Juan.

—Es mío —dijo Quico.

Juan introdujo una mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una sucia petaquilla de plástico, la abrió y le mostró el pequeño cabo de un lapicero de mina roja, un sucio pedacito de goma de borrar y dos monedas de diez céntimos.

—Te doy el lápiz si me das un cacho —dijo.

Pero Quico paladeaba ya el caramelo y, de vez en cuando, lo sacaba de la boca para desprender de él un pedacito de papel transparente. Cris, la niña, cansada de tirar de él, empezó a llorar.

—Te doy también la goma —dijo Juan.

Quico sonreía triunfalmente y, de nuevo, izó el chupa-chups como una bandera y sonrió sacando la lengua y arrebañando con ella los restos de golosina que se pegaban a sus labios:

—Es mío —dijo—. Me lo dio el de la tienda.

De pronto, Juan, cuya garganta se movía lentamente, a intervalos, como si tragase algo, se llegó a él, le quitó el chupa-chups de la mano, le propinó un mordisco y se lo devolvió. La esferita quedó truncada en unas estrías blanquecinas, como de hielo, y Quico, al verlo, se enfureció, arremetió contra su hermano a patadas, al tiempo que lloraba con rabia. La niña berreaba también, junto a él, levantando sus rollizos bracitos hacia el caramelo y, súbitamente, la puerta se abrió y penetró como un huracán la bata de flores rojas y verdes y una voz dijo, desde lo alto de la bata:

—¿Qué escándalo es éste? ¿Puede saberse qué pasa aquí?

Cris continuaba con las manitas en alto, mientras Quico y Juan se quitaban la palabra de la boca, se acusaban mutuamente y, por fin, una mano que emergió de la bata de flores, atrapó el chupa-chups y dijo:

—Hala, para nadie; así todos contentos.

Al cerrarse la puerta hubo un silencio expectante, como una pausa, que Juan quebró, frotándose los nudillos de una mano con los de la otra y diciéndole a Quico:

—Anda, chínchate.

Súbitamente, Quico arrancó hacia el cuarto de plancha y voceó:

—¡Pues ahora me muero!

—Ta-ta-ta-ta —dijo Juan, simulando apuntarle con una metralleta mientras su hermano corría, y Cristina le miró a Juan y remedó con extraño entusiasmo:

—Ata-ata-ata.

Y luego sonrió y, al sonreír, se le formaban en la carne prieta de las mejillas unos hoyuelos como los que tenía en los codos.

Las doce

Sintió detenerse el montacargas y salió de su rincón entre los dos armarios rojos y, justo en el momento que abría la puerta encristalada, Santines arrastraba el cajón con el pedido hasta el descansillo. Pero el cajón topó impensadamente con una baldosa desnivelada, coleó y atrapó dos dedos de Santines contra el enrejado. El chico se llevó instintivamente la mano dañada a la boca y dijo con rabia:

—¡Leche, me pillé!

Quico lo miraba atentamente, poniendo el mismo gesto de dolor que veía en la cara del otro, y cuando Santines se frotó los dedos lesionados contra el delantalón gris, él lo hizo también contra las blandas estrías de su pantalón de pana, aunque en forma apenas perceptible.

—Hola —dijo al cabo.

El otro preguntó:

—¿Está tu mamá en casa?

Quico asintió sin palabras. Juan le oyó desde dentro, abrió la puerta del pasillo y voceó:

—¡Mamá, el de la tienda!

Pero vino la Vítora y le dijo a Santines, malhumorada:

—Podías haber subido más tarde, espabilado. Mira la hora que es.

—No uso —respondió descaradamente el chico, mostrando su desnuda muñeca.

Y dijo la Vítora con segundas:

—No, ¿eh? Pues ya le diré a tu jefe que te merque uno, ¡no te amuela!

El chaval se puso en jarras.

—Oye —dijo—. Por si no lo sabes te diré que yo no he mandado a nadie al África.

Por un instante pareció que los ojos de la Vítora iban a escapar de las cuencas. Se llegó a él, levantó el antebrazo y dijo mordiendo las palabras:

—¡Calla la boca o te meto una así que te vas a acordar de la Vítora mientras vivas!

El chico, que instintivamente había alzado un brazo para protegerse, lo bajó al ver que la otra lo bajaba. Silbó.

—Bueno está el patio —dijo.

Cris, sentada en el suelo, hurgaba en el cajón, alineaba las cebollas y las naranjas en las baldosas, mientras Quico y Juan seguían el duelo dialéctico, moviendo alternativamente la cabeza, como en una partida de tenis. La Vítora fue tomando las mercancías del cajón y amontonándolas sobre el fogón de sintasol rojo. Santines la miraba hacer, observaba sus manos torcidas, notoriamente agarrotadas, y, sin embargo, de movimientos ágiles.

—Vaya manos —murmuró—. ¿Dónde vas con esas manos?

La Vítora volvió a mirarlo encolerizada:

—¿Qué se te da a ti de mis manos?, ¿eh? Di.

El otro se encogió de hombros:

—Eres gafa; sólo eso.

—Bueno, y a ti, ¿qué?

—Nada.

—Por eso.

Quico se fue acercando tímidamente a Santines y terminó por agarrarle del blusón gris y tirar de él hacia abajo:

—Oye —le dijo—. Hoy no me he hecho pis en la cama.

—¡Vaya!

—¿Verdad, Vito, que hoy no me he hecho pis en la cama?

—No, majo.

Quico, en vista de que no lograba hacer descender la atención de Santines, volvió a tirarle del mandil y, cuando el chico lo miró, le dijo:

—¿Tú no vas al colegio?

Santines rió en corto, con un deje como de aspereza, y dijo:

—No, chaval; yo no voy al colegio.

—¿Porque estás malo?

Santines se golpeó el pecho con los dedos apiñados:

—¿Yo, malo? Yo estoy más bueno que Dios —dijo.

La Vítora le tendió el cajón:

—Toma, anda, lárgate y así revientes.

Santines hizo un gesto burlón:

—¿Tan mal me quieres?

La Vítora cerró de golpe la puerta de cristales. Gritó:

—Yo no te quiero ni bien ni mal, para que te enteres.

Santines, con el cajón a la espalda, le hacía muecas tras los cristales con la mano izquierda remedando su gafedad y reía descaradamente. Dijo la Vito:

—Un día le voy a romper los morros a ése o no sé lo que voy a hacer.

Luego abrió la trampilla de bajo el fogón, arrimó un cubo y lo llenó de carbón con el cogedor.

—¿Vas a encender la calefacción, Vito? —preguntó Quico.

Los movimientos de la Vítora eran bruscos, de un malhumor reprimido. La bata de flores rojas y verdes entró, de repente, en la cocina.

—¿No vino Domi todavía? —dijo.

—Ya ve.

—¿No son las doce?

—Ya hace rato que dieron.

Quico se acercó a la caldera de la calefacción e intentó abrirla. No lo consiguió y, entonces, sujetó el tirador con ambas manos e impulsó hacia arriba con fuerza. El portillo saltó y le cogió un dedo contra la silla. Instintivamente el niño se llevó la mano a la boca. Chilló:

—¡Leche, me pillé!

La bata de flores rojas y verdes se inclinó implacable sobre él:

—¿Qué has dicho? —dijo—; ¿no sabes que eso no se dice, que es un pecado muy gordo?

La Vítora, acuclillada junto a la caldera, le miró entre compasiva y socarrona. Dijo:

—¡Qué chico este! ¿Dónde aprenderá esas perrerías?

La bata de flores se había enderezado, mientras Quico se aplastaba contra la mesa, junto a Juan. Dijo la bata:

—Eso digo yo. ¿Quién le enseñará esas cosas?

La Vítora alzó su mirada sumisa, unos ojos garzos levemente irritados.

—Si va por mí —dijo—, se equivoca.

Juan se agachó un poco y le dijo a Quico al oído: «Ji, leche», y Quico le miró en cómplice y rió también y tomó la mano de su hermana, que hacía corro con ellos en torno a la caldera. La Vítora estrujó el periódico de la víspera, colocó unos palitos encima y, finalmente, procurando no aplastar el papel, introdujo unas astillas, rascó un fósforo y le prendió fuego. Las llamas ascendieron, zumbando y caracoleando, y Juan dijo:

—El infierno.

Quico lo miró, escéptico.

—¿Es eso el infierno? —preguntó.

Salió la bata de flores rojas y verdes y la Vítora le dijo:

—Así, sólo que más grande. Ahí vas a ir tú si te repasas o dices esas cosas.

Quico frunció las cejas.

—¿Voy al infierno —preguntó— si digo leche?

—Eso.

—¿Y si me repaso, Vito?

—También.

Agachó la cabeza y se miró los pantalones, entre las piernas, y se pasó primero una mano y luego la otra.

—Toca, Vito —dijo—. Ni gota.

—A ver lo que dura —dijo la Vito.

El fuego se incrementaba, silbaba; era como si la Vítora tratara de enlatar un huracán.

—¡El demonio! —chilló Juan de pronto—. ¿No viste saltar al demonio, Quico?

—No —dijo Quico decepcionado.

Los tres niños miraban el fuego como hipnotizados. Las pupilas de Quico estaban empañadas por una sombra de terror. Dijo la Vítora compadecida:

—No era el demonio; era humo.

Quico vaciló.

—¿No era el Moro? —dijo.

—¿A qué ton el Moro?

—Como es negro.

La Vítora cargó la paleta de carbón y lo arrojó sobre las llamas, que empezaron a palidecer y a desparramarse y, poco a poco, con el rojo resplandor, decreció la expectación de los niños. La Vítora concluyó de cargar la caldera y cerró el portillo. Dijo Quico a Juan:

—¿Tiene alas el demonio, Juan?

—Claro.

—¿Y vuela muy deprisa, muy deprisa?

—Claro.

—Y si soy malo, ¿viene el demonio volando y me lleva al infierno?

—Claro.

—¿Y el demonio tiene cuernos?

—Sí.

—¿Y mocha?

Juan levantó los hombros, sorprendido.

—Eso no sé —confesó.

La Vítora manipulaba en la cocina y el fogón y había sobre un hornillo una cazuela de aluminio que humeaba y ella colocó, sobre el hornillo grande, otra cazuela, y en éstas llamaron a la puerta. La Vítora ladeó ligeramente la cabeza.

—Abre, Quico —dijo—. Es Domi.

Juan se abalanzó a la puerta. Voceó Quico:

—¡Me ha dicho a mí!

Añadió la Vítora:

—Dila «buenos días, Domi».

Los dos niños se peleaban por abrir la puerta y cuando la Domi apareció en el umbral, con el cuello del abrigo subido, dijo Quico:

—Buenos días, Domi.

Rutó la vieja:

—¿No vino la Seve?

—Nada, ya ve —respondió la Vítora.

—Buenas vacaciones —gruñó la vieja, contrariada, y agregó—: ¡Madre, qué día más perro!

Traía la nariz y la parte superior de las mejillas arreboladas. Se desembarazó del abrigo. Quico tiraba de ella y le decía:

—¿Un perro? ¿Qué perro, Domi?

—Vamos, quita —dijo la Domi de mal talante—. ¡Qué chico este! No la deja a una ni a sol ni a sombra.

Se llegó al cuarto de plancha, guardó el abrigo en uno de los armarios rojos y regresó a la cocina. Hizo un gesto con el dedo pulgar hacia la puerta de comunicación. Preguntó a la Vítora:

—¿Está mosca?

—A ver.

Quico terció, mirando a los altos, girando la cabecita rubia hacia todas partes:

—¿Dónde está la mosca, Domi?

—¡Vamos, calla la boca tú!

Entró súbitamente la bata de flores rojas y verdes. La Domi adoptó una actitud compungida; apretó fuertemente los párpados hasta que en uno de los ángulos de los ojos surgió una lágrima. La bata se aplacó:

—¿Ocurre algo, Domi?

Ella suspiró:

—¿Qué va a ser, señora? Lo de siempre.

—¿Le han recluido?

—Eso quisieran, pero ya ve, ni sitio.

—¿No hay sitio?

—Lo que dice mi Pepe, ahora hasta para entrar en el manicomio hace falta recomendación.

Suspiró hondo y, al fin, la lágrima resbaló mejilla abajo y, ya en la comisura de los labios, la atajó con el envés de la mano. Dijo Quico, a sus pies, alzando la cabeza:

—Domi, hoy no me he hecho pis en la cama.

La Domi le acarició la rubia cabeza.

—Madre, ¡qué mozo! —dijo.

La Vítora corroboró:

—No se crea que es broma, señora Domi; el Quico no se ha meado hoy en la cama; ni se ha repasado tampoco.

La niña levantaba los bracitos hacia la Domi y la vieja se inclinó y la cogió y roció su carita de ruidosos, frenéticos besos. Dijo la bata:

—Yo le hablaré al señor; a lo mejor él puede hacer algo.

La Domi dijo muy bajo, como si rezase: «Dios se lo pague», y, después, tan pronto la bata salió, le dijo a la Vítora, cambiando la expresión de su cara:

—Arrima un poco de leche a la lumbre, tú.

La Vito suspiró. Le asaltó repentinamente una idea, se volvió al armario blanco, abrió una de las puertas, tomó un transistor, envuelto en una desgastada funda color tabaco, y lo conectó. La voz salió un poco áspera, un poco gangosa, un poco rutinaria: «A Genuino Álvarez —dijo—, por haberle tocado a África, de quien él sabe, oirán ustedes *Cuando salí de mi tierra*». Saltó la canción un poco áspera, un poco empastada, un poco agria, pero Vítora se llevó las manos al pecho y dijo:

—¡Ay, madre, me se pone un hueco así!

Quico se acercó a ella:

—¿Es Femio, Vito?

—¿Quién, hijo?

—El que canta.

—No, majo, pero como si lo fuera.

La Domi se levantó y tomó un plátano del frutero. Vestía toda de negro, vestido, medias y zapatos negros y, en casa, se ataba a la cintura un delantal blanco. Volvió a sentarse y cogió a la niña en el regazo. Dijo con la boca llena:

—Peor estoy yo, mira. El mío ya no vuelve.

La Vítora se excitó toda:

—Ande, señora Domi, para eso es usted vieja.

—¿Vieja yo?

—Ande, a ver.

Se llegó Quico a ella. Juan había vuelto a enfrascarse en la lectura de *El Cosaco Verde*. Dijo Quico:

—¿Eres vieja y te vas a morir pronto, Domi?

—Anda, quita de ahí. ¡Qué criatura más apestosa, madre! ¿No quieres hacer pis?

—No, Domi.

—Como te hagas una gota te corto el pito, ya lo sabes.

—Sí, Domi.

De pronto se le aclaró la mirada a Quico.

—¿Sabes que se ha muerto el Moro, Domi? —dijo.

—¿El Moro? ¿El gato?

—Sí.

La Domi se dirigió ahora a la Vítora:

—¡Madre, cómo estará la bruja!

—Mire.

Dijo Quico:

—¿Qué bruja, Domi? ¿Dónde hay una bruja?

—Vamos, quita de ahí. Es que no la deja a una ni respirar, ¿eh? —Volvió a dirigirse a la Vítora—: Habrá que oírla.

Cristina empezó a lloriquear y la Domi movió acompasadamente las piernas y canturreó: «Arre, borriquito, vamos a Belén…», y la niña se recostó en su pecho y cerró los ojos. Dijo:

—Esta criatura está muerta de sueño.

La radio dijo:

«A Ezequielín Gutiérrez, de sus papás, al cumplir los dos añitos, con cariño. Oirán ustedes *La Violetera*».

La Vítora iba del fogón a la cocina, de la cocina al escurreplatos, del escurreplatos al armario, del armario a la despensa, de la despensa a la caldera y de la caldera al fogón de sintasol rojo otra vez. De cuando en cuando suspiraba y decía: «Ay, madre». Y desde que empezó la música los suspiros eran más profundos y frecuentes. Quico la miraba cada vez y, una de ellas, le dijo:

—¿Sabes, Vito, que la tía Cuqui va a traerme una pistola?

—¿Una pistola?

El niño asintió sonriendo y mordiéndose el labio inferior. Añadió la Vítora:

—¿Y para qué quieres tú una pistola?

—Para matar a todos —dijo el niño.

—¡Jesús! ¿Y a la Vito también?

Quico asintió de nuevo con la cabeza, sin cesar de morderse el labio. Intervino la Domi:

—Si le das palique a éste vas arreglada.

Cristina lloriqueó y forcejeó luego por zafarse de los brazos de Domi y escurrirse hasta el suelo. La vieja se incorporó rutando: «Coña de cría, ¿qué demonios querrá ahora?». Quico se dirigió de nuevo a ella:

—Domi, ¿sabes que hemos visto al demonio?

—Sí, ¿verdad?

—Sí, en la calefacción, ¿verdad, Vito?

Dijo el transistor:

—A Julio Argos, al marchar a África, de sus amigos de la peña. Oirán ustedes *El pájaro chogüí*.

La Vítora tomó el receptor y amplió el volumen.

—Me pirro por esta copla —explicó—. ¡Y anda que el Femio!

La Domi se disponía a contestarle cuando Quico interpuso su rubia cabeza y dijo:

—Sí, Domi; era el demonio y era negro y tenía alas y cuernos y…

La vieja se irritó:

—¡Anda, quita del medio que te doy un…!

Se abrió la puerta y penetró la bata de flores rojas y verdes y la Domi sonrió y le acarició al niño la rubia cabeza con la mano, que ya tenía levantada y dijo:

—Ya ve qué cosas tiene el Quico. Ahora sale con que ha visto al demonio. Pues no, majo; el demonio está en los infiernos y no viene a llevarse a los niños buenos como tú.

La una

La habitación se hallaba limpia, ordenada, el suelo brillante, como si nunca hubiera sido utilizada. La librería de escalerillas metálicas dividía la estancia en dos y cabe la ventana se tendía una mesa alargada, con la pantalla de sube y baja encima —el Ángel de la Guarda— donde los chicos hacían sus deberes al regresar del colegio. En los rincones del fondo estaban las camas de Pablo y Marcos, cubiertas de colchas de cretona y, entre ellas, la amplia

cuna de Quico con los costados de barrotes, como una cárcel. Al penetrar en la habitación, Mamá le advirtió:

—Cuando quieras pis, dilo.

Quico abrió las piernas y se miró los bajos de los pantalones y, como si aquel examen no le convenciera, se pasó por ellos primero la mano izquierda, luego la derecha y, al concluir, dijo:

—Toca; ni gota.

Domi se retrasaba y entonces dijo Juan:

—¿Quieres que veamos el Arco Iris?

—Sí, el Arco Iris —respondió Quico.

Juan entrecerró los cuarterones, tomó de la mano a Quico y con precaución, en la penumbra, se desplazaron hasta los pies de la cuna. Los dos niños levantaron simultáneamente la cabeza hasta el tercer estante. Un rayo de luz resbalaba por los lomos de los libros y arrancaba destellos versicolores y Quico dijo:

—Es bonito, ¿eh, Juan?

Juan meneó la cabeza de un lado a otro.

—Es más bonito cuando hace sol —dijo.

Quico se lanzó, de pronto.

—¿Por qué no haces el Ángel de la Guarda, Juan? —preguntó.

—Espera —dijo Juan.

Quico sonreía anhelante mientras Juan se encaramó en la silla, levantó la pantalla de amplias alas cuanto le dio de sí el brazo y la soltó de repente. La pantalla empezó a pendulear en amplios arcos y Juan se arrojó de la silla de un salto y se colocó al lado de su hermano y Quico le miró sonriente y volvió a mirar a la lámpara y dijo:

—El ángel es bonito, ¿eh, Juan?

Juan entornó los párpados para reforzar la imaginación:

—¡Dios! —dijo de pronto—, si no es un ángel; es un demonio, ¿no lo ves?

Quico se apretó contra él:

—No es un demonio, Juan —dijo.

—Sí —agregó Juan—. ¿No le ves las alas y los cuernos y que vuela muy deprisa?

Quico le agarró por el jersey:

—No es un demonio, ¿verdad, Juan?

Juan fruncía la cara para subrayar sus palabras.

—¿No le ves —dijo— qué furioso está?

Quico se pegó a él.

—Abre, Juan —dijo con voz trémula—. Es un demonio. Y hay una bruja también. Domi lo dijo.

Pero Juan no abría la ventana y decía, por el contrario:

—Es el demonio que viene a por ti para llevarte de los pelos a los infiernos, ¡mírale!

Quico temblaba. Gimió agarrando a su hermano por la cintura:

—¡Abre, Juan, anda!

—¡Y mira la bruja! —chilló Juan señalando la sombra de la pantalla en la pared.

Quico pateó el suelo nerviosamente y comenzó a llorar.

—¡Abre! —gritó—. ¡Juan, abre!

Entró la Domi con la niña de la mano.

—¿Se puede saber por qué demontres cerráis las ventanas para jugar? —inquirió.

Quico se precipitó hacia ella:

—Hay un demonio y una bruja, Domi. Y el demonio quería llevarme de los pelos al infierno.

La Domi abrió los cuarterones con la mano libre.

—No empieces con tus pamplinas —advirtió—. Que tú eres muy pamplinero.

Juan se había sentado junto a los bajos de la librería, impulsó la corredera y sus ojos profundos se abismaron en aquella barahúnda polícroma y desconcertante. Sacó primero el pelotón de colores y lo hizo botar un rato sin levantarse. Después tomó la caja de pinturas, con la tapa rota, y la cambió de sitio. En el fondo había un fuerte, quebrado en una esquina de la empalizada, y Juan lo consideró un momento y, al cabo de un instante, se volvió a Quico:

—¿No hay indios, Quico? —dijo.

—No.

Quico se fue aproximando lentamente a su hermano y, al llegar a su lado, propinó un puntapié al pelotón de colores:

—¡Gol! —dijo.

Juan se incorporó de un salto.

—¡Venga! —dijo—. Yo soy Diestéfano.

Se cambiaba el balón de pie y Quico le cerraba el paso, torpe, inútilmente. Correteaba tras él sin esperanza y, a duras penas, lograba, de tarde en tarde, tocar el pelotón. En su forcejeo tropezaban en las sillas, se enredaban en el triciclo rojo, chillaban. La Domi levantaba a la niña a la altura de los cristales

y le decía: «Mira cómo corren los coches. ¡Huy, cuántos coches!». Y Cris replicaba con sus labios gordezuelos, siempre húmedos: «A-ta-ta».

El grito los dejó paralizados y aguardaron a que la puerta se abriera en posición de firmes. Mamá ya no era una bata de flores rojas y verdes, sino un jersey a rayas blancas y azules y una falda gris y unas zapatillas de cuero en chancletas y un cigarrillo, con una hebra de humo azul, entre los dedos delgados y largos. Mas la voz era igual a la de la bata.

Les reprendió:

—Os he dicho más de veinte veces que en casa no se juega a la pelota. —Se volvió a la Domi—: Y usted, ¿para qué está ahí?

Dijo la Domi:

—Mire, señora, ¿usted cree que hacen caso?

Mamá se agachó y adoptó una actitud de extrema energía.

—No os lo digo más veces, ¿me oís? —dijo—. A la próxima os quedáis sin propina.

Quico merodeó durante cinco minutos por la habitación sin saber qué hacer. Juan se sentó en una silla después de tomar un gran álbum de la librería. En la portada decía: *La Conquista del Oeste*. Lo abrió y sus ojos, atentos, se concentraron en el primer cromo y sorbió el texto como un licor estimulante: «Hace unos ciento treinta años, el oeste era una misteriosa palabra en boca de los hombres blancos…».

Quico se encaramó en el triciclo rojo e hizo con la boca: «Ferren-ferren-ferren» y pedaleó hacia atrás con gran agilidad y, luego, salió disparado pasillo adelante. Frente a la puerta de la cocina dio vuelta al manillar y así, con él del revés, desanduvo el camino andado. De nuevo en el cuarto, tomó el fuerte astillado, buscó un cordel, lo amarró al asiento, se subió al sillín y pedaleó briosamente por el pasillo. El fuerte, al trompicar en el suelo, hacía «*boom*, booombooom, booooom», mientras la rueda delantera, al girar sobre el eje reseco, hacía «güi-güiiiiii-güi», y Quico dijo para sí: «La música». Volvía la rubia cara sonriente para admirar los saltos del fuerte amarrado y los retumbos y voceó con fuerza:

—¡Juan, un camión con remolque!

Súbitamente descubrió la aspiradora tras las cortinas del vestíbulo y se apeó, tomó el tubo de goma y subió de nuevo al triciclo. En su habitación desató el fuerte y se dijo: «Ahora hay que echar gasolina»; se encaramó una vez más y con el tubo en la mano entró en el cuarto de baño rosa. Se apeó, forcejeó un rato tratando de meter el tubo por el grifo y, como no lo consiguiera, abrió el grifo y apretó el tubo contra la boca. Parte del agua salía

despedida en abanico y le mojaba el jersey rojo y la cara y la cabeza, pero Quico no lo advertía porque sus ojos se concentraban en el otro extremo del tubo por donde escurría un hilillo de agua que caía sobre la parte trasera del triciclo:

—La gasolinera —se dijo Quico con una sonrisa radiante.

Dio otras tres vueltas al grifo hasta el tope, pero al irradiar el abanico con fuerza creciente, le hacía guiñar los ojos y reía al sentir las cosquillas del agua. De pronto, sin saber cómo ni por qué, apareció en el marco de la puerta la maligna cara de la Domi.

—Pero ¿puede saberse qué estás haciendo aquí tan callado?

Quico se apresuró, desmanotadamente, a cerrar el grifo y dijo:

—Sólo estoy echando gasolina al camión, Domi.

La Domi se llevó las manos a la cabeza:

—¡Huy, madre! Verás de que lo vea tu mamá. Ya verás si te da ella gasolina a ti —ladeó la cabeza para gritar—: ¡Señora!

Quico, con el flequillo adherido a la frente, palmeando una mano con otra, como para limpiarse, los ojos infinitamente tristes, esperaba impaciente, en medio del charco, la aparición de Mamá. Oyó la puerta de la cocina, luego sus pasos apresurados y la voz de la Domi cada vez más encendida:

—Venga, señora. No hay quien pueda con él. ¡Mire cómo se ha puesto! Y cómo lo ha puesto todo…

A Quico le iba entrando una extraña debilidad en las piernas, pero continuaba frotándose las manos, los ojos implorantes, inmóvil en medio del charco, mas, al ver los ojos de Mamá, comprendió que había pecado y se agachó y Mamá voceó: «¡Estoy aburrida de niños! ¡No puedo más!». Y mientras con el brazo izquierdo lo sujetaba, con la mano derecha le palmeó el trasero hasta hacerse daño. Bajo su brazo, Quico miraba a Juan, que acababa de aparecer en la puerta y le hacía muecas, como si le apuntara con algo y, finalmente, dijo: «ta-ta-tata». Al fin, Mamá lo soltó y Quico corrió a refugiarse en el hueco que formaba la cama de Marcos con el armario, y cuando llegó Merche del colegio y le vio allí, se acercó, le revolvió el pelo y le dijo:

—¿Qué dice este mico?

Él la miraba esquinadamente. Voceó de pronto:

—¡Mierda, cagao, culo!

—Vaya, el niño está enfadado —dijo su hermana displicentemente. Y le volvió la espalda.

—Mamá me ha pegado —dijo Quico, al fin.

Merche colocó la cartera de los libros sobre uno de los estantes. Luego se desprendió del abrigo y de la boina del uniforme y los arrojó sobre la cama de Marcos. Tenía unos ademanes de incipiente coquetería, vagamente estudiados. Juan se llegó hasta ella y le dijo, exagerando el gesto:

—¡Jobar, cómo le han calentado!

—¿Por repasarse? —preguntó ella.

—¡Qué va! —dijo Juan.

Quico abandonó el rincón. Dijo:

—No me he hecho pis en la cama, andaaa.

Merche sonreía, incrédula:

—Sí, es verdad —aclaró Juan—. No se ha hecho pis en la cama.

Del pasillo llegaba un leve, estimulante olor a cocina. Entró Marcos lanzando la cartera al alto y blocándola, al caer, como un guardameta.

—¡Marcos! —chilló Quico—. ¡Se ha muerto el gato de doña Paulina!

—¿Ah, sí?

—Sí, y la Loren lo tiró a la basura y el demonio lo llevó al infierno y lo vio Juan y luego vino una bruja…

—¿No ha venido Pablo? —preguntó Merche.

—No —respondió Marcos.

Merche salió al pasillo y se topó con Pablo, que regresaba del colegio en ese instante, y Merche le dijo abriendo un libro:

—Pablo, por favor, ¿puedes explicarme esto? No entiendo una palabra.

Pablo tenía ya la voz grave de un hombre:

—¡Caray, hija! No le dejáis a uno ni entrar en casa.

Quico se desplazaba de uno a otro y cuando creyó encontrar un eco en Marcos, éste cogió el álbum de *La Conquista del Oeste* y le dijo a Juan:

—¿Tienes más cromos?

—¡Tres! —dijo Juan—. Mira, éstos.

Quico avanzó por el pasillo y entró en la cocina donde el transistor se desgañitaba. El retorno de sus hermanos siempre provocaba un relajamiento de la disciplina doméstica. Divisó a Cristina frente a la puerta de la despensa, levemente inquieta, levemente despatarrada y, al acercarse a ella, percibió el olor y la miró y lo vio y voceó, hasta hinchársele la vena de la frente:

—¡Mamá, Domi, Vito, venir! ¡Cris se ha hecho caca en las bragas!

La niña le observaba atónita, sus redondos ojos posados en el rostro de su hermano, y cuando concluyó de gritar, murmuró:

—A-ta-tá.

—Sí, caca, caca, marrana —dijo Quico.

Acudió la Domi y Quico señaló a Cristina.

—¡Se ha hecho caca! —dijo.

—¡Bueno! —dijo la Domi hoscamente—. Y tú te haces pis y eres un zángano y en cambio nadie te dice nada.

Quico levantaba el dedo índice y reconvenía a su hermana:

—Por qué no lo pides, ¿di?

—Vamos, calla tú la boca, que tienes por qué callar —dijo la Domi.

El niño salió corriendo hasta el cuarto de plancha, donde la Vítora se vestía, y abrió poniéndose de puntillas y le dijo:

—Vito, Cris se ha hecho caca en las bragas.

La Vítora sujetaba el puño blanco con un automático.

—Ya ves qué marrana —dijo.

Pero el niño ya corría por el pasillo y, al llegar al extremo, intentó abrir el cuarto de baño rosa.

—¿Quién es? —dijo Mamá desde dentro.

Quico se dobló por la cintura para imprimir mayor énfasis a su voz:

—¡Mamá, Cris se ha hecho caca en las bragas!

La pregunta de Mamá lo desconcertó:

—¿Suelta? —dijo dulcemente.

—¡No sé! —voceó.

—Bueno, díselo a Domi.

Quico permaneció unos instantes, inmóvil, a la puerta del aseo y, al cabo, se encaminó al despacho, y Merche y Pablo hablaban de ángulos y de bisectrices y él dijo desde la puerta, disminuido por una vaga conciencia de que estorbaba:

—Cris se ha hecho caca en las bragas.

Dijo Merche:

—Bueno, anda, vete, acusica.

Dio media vuelta.

—¡Y cierra! —chilló Pablo.

Se puso de puntillas, agarró el picaporte y dio un portazo. Entonces oyó, por encima de la voz de Lola Beltrán que entonaba *Ay, Jalisco, no te rajes*, un agudo silbido, un silbido creciente que lo llenaba todo. Se detuvo y voceó:

—¡La olla!

Y al entrar en la cocina vio a la Vítora que la apartaba asiéndola con un trapo de cuadros y la olla, poco a poco, se amansaba e iba dejando de silbar. En un rincón, la Domi embutía a Cristina en unas bragas limpias. Sonó el timbre dos veces, una timbrada corta y otra larga. Dijo la Vítora:

—Tu papá; abre por la otra puerta. Y dile: «Buenos días, papá».

Pero Papá no le dio tiempo, le levantó por las axilas y le dijo:

—¿Qué dice el hombre?

Lo besó. Traía la cara fría y la barba pinchaba. Al quitarse el abrigo, Quico le dijo:

—Cris se ha hecho caca en las bragas.

Papá fingió interesarse en el asunto:

—Ah, sí, ¿eh?

—Sí, y yo no me he hecho pis en la cama, ni me he repasado, y el Moro se ha muerto y está en la basura y los demonios le han llevado al infierno y tenían cuernos y…

—Bueno, bueno —dijo Papá al entrar en el salón—. Son tantas noticias juntas que no me das tiempo de digerirlas.

Se arrellanó en un sillón y montó una pierna sobre la otra y bailó reiteradamente el pie que colgaba. Entonces apareció Mamá con los párpados azules y los labios rojos y los dientes blanquísimos, y Papá miró a Mamá y Mamá a Papá y Papá dijo:

—¿Habrá un cacho güisqui para un sediento?

Mamá abrió el bar y lo preparó todo en un periquete y se lo dejó a Papá en la mesita enana, y Papá le dijo suavemente:

—Un *glace*, esposa; ya, haz el favor completo.

Las dos

Papá entró en el cuarto de baño amarillo y entornó la puerta con el pie. Apenas había comenzado cuando sintió a Quico detrás que pugnaba por asomarse:

—¡Quita! —le dijo.

Pero el niño insistía en meter la cabeza y Papá culeaba de un lado a otro para impedirlo. Quico se agarraba a la trasera de sus pantalones y decía:

—¿Tienes pito, papá?

—Vamos, ¿quieres marchar de ahí? —voceó Papá.

Pero Quico porfiaba en su inspección y los movimientos de cintura de Papá eran cada vez más rápidos y dislocados a fin de impedir el acceso del pequeño y su voz, en un principio reservadamente autoritaria, era ahora dura y contundente como la de un general:

—¡Vamos, aparta! ¿No me oyes? ¡Lárgate!

Quico, ante el fracaso de sus propósitos, intentó asomarse por entre las piernas de Papá y entonces Papá las cerró de las rodillas a los muslos y quedó

en una actitud ridícula como de querer bailar el charlestón sin bailarlo, mientras chillaba: «¡Marcha!, ¿no me has oído?» y, al cabo, volvió a culear sin separar las piernas, cada vez más frenéticamente, porque Quico, ante el nuevo obstáculo, trataba ahora de quebrantar su resistencia atacando por los flancos. Finalmente pudo abotonarse y se volvió y le dijo a Quico:

—Eso no se mira, ¿sabes?

Quico levantó sus ojos azules, empañados por la decepción.

—¿No tienes pito? —inquirió.

—Eso no les importa a los niños —dijo Papá.

—Mamá dice que tú no tienes pito —añadió Quico.

—¿Eh? ¿Qué es lo que dices?

Mamá atravesaba el pasillo llamando a comer. Papá levantó la voz:

—¿Qué tonterías le dices al niño de si yo tengo pito o no tengo pito?

Mamá se detuvo un momento. Dijo:

—Si cerraras la puerta del baño no te ocurrirían estas cosas.

Papá caminaba tras ella a lo largo del pasillo rezongando:

—Mira qué cosas se le va a ocurrir decirle al niño. Habráse visto disparate semejante.

Y Quico, que penetró en el comedor tras él, divisó la mesa puesta con el mantel azul bordado y los siete platos, y los siete vasos, y las siete cucharas, y los siete tenedores, y los siete cuchillos, y los siete pedazos de pan, y palmoteó jubilosamente y dijo:

—La mesa de los enanitos.

—Anda, trae el cojín —le dijo Mamá.

Y Papá, al sentarse y desdoblar la servilleta sobre los muslos, aún murmuró, haciendo un gesto de asombro con los labios:

—No me cabe en la cabeza; no lo comprendo, la verdad.

Marcos, con el flequillo sobre el ojo izquierdo, se sentó a la mesa levantando la pierna, sin separar la silla, y entonces dijo lo del avión derribado, y Juan hizo «ta-ta-tá» y preguntó si iba a tirar una bomba atómica, y Pablo afirmó que el fraile decía que las víctimas de la bomba atómica quedaban como si fueran de corcho, y Marcos adujo que no, que como de esponja, y buscó la corroboración de Papá, y Papá dijo que tenía entendido que más bien como de piedra pómez y, en éstas, Mamá, que servía a Quico canalones de la fuente que sostenía la Vítora, les dijo muy seriamente que si no podían cambiar de conversación, y para cooperar a ello le comunicó a Papá que Dora Diosdado se casaba, y Papá dijo: «¿Con ese pelagatos?», y Mamá que «Por qué pelagatos», y Papá «No tiene oficio ni beneficio», y

Mamá, «Se quieren y ya es bastante». Papá permaneció unos segundos como expectante y al cabo dijo:

—Ya sabes lo que decía mi pobre padre.

—¿Qué? —dijo Mamá.

—Mi pobre padre decía que las mujeres son como las gallinas, que les echas maíz y se van a picar a la mierda.

Los niños rieron y Mamá frunció la frente y se le vio muy bien lo azul de los párpados entre los limones y las hojas verdes, rizadas, de escarola, y las escamas plateadas, primorosamente pintadas una por una, y Mamá se volvió a él y le dijo:

—¡Come!

—No me gusta —dijo Quico.

Mamá le arrebató violentamente el tenedor de la mano, cortó un pedacito de canalón y se lo metió en la boca. Quico mordisqueó sin ningún entusiasmo. Dijo Mamá:

—Este chico me tiene aburrida.

—¿Qué pasa? —preguntó Papá.

Y Marcos le dijo a Pablo:

—Tengo que hacer una composición sobre el Congo y la ONU.

Mamá dijo:

—¿No lo ves? No hay manera de hacerle comer.

Dijo Merche:

—¡Vaya fácil!

—Sí, fácil —dijo Marcos.

Papá le dijo a Mamá:

—Déjale, qué manía de forzarle, cuando sienta hambre ya lo pedirá.

Pablo aclaró:

—Lo del Congo es como papá y mamá; si nos peleamos nosotros, nos separan, pero si se pelean ellos, hay que dejarles.

Mamá se irritó con Papá:

—Y si no la siente, que se muera, ¿verdad? Es muy cómodo eso. Los hombres todo lo veis fácil. —Se volvió a Quico—: ¡Vamos, traga de una vez!

Quico tragó estirando el cuello, como los pavos. Dijo mirando a Pablo:

—¿Se pegan papá y mamá?

Merche y Marcos rieron. De pronto se abrió un silencio. Quico recorrió una por una las caras inclinadas sobre los platos, indiferentes. Sonrió y exclamó súbitamente:

—¡Mierda!

Mamá cortó las risas de sus hermanos.

—Eso no se dice, ¿oyes? —dijo enfadada.

Quico consideró las risas retenidas de Merche y Marcos, sonriendo a su vez, mordiéndose el labio inferior, y repitió con más fuerza, desafiante, implacable:

—¡¡Mierda!!

Mamá levantó la mano, pero no llegó a descargarla; se contuvo ante la nuca encogida de Quico y dijo:

—¿No me has oído? ¡Calla o te doy un coscorrón!

La Vítora, conforme pasaba de uno en uno la fuente con los filetes, le dirigía cálidas miradas de complicidad. Después, mientras Mamá le cortaba el filete en fragmentos minúsculos, Quico sacó del bolsillo del pantalón el tubo de dentífrico y comenzó a girar el tapón rojo con rapidez. Sonrió prolongadamente:

—Es la tele —dijo.

—Déjate de teles y come —replicó Mamá.

Entonces Pablo mentó a Guillermito Botín y dijo que las chicas se volvían locas por él, y Merche dejó el tenedor en el plato de golpe, se llevó las dos manos al rostro y dijo:

—Qué horror, tan colocadito, me ataca.

—¡Atacan los indios! —dijo Juan. Puso una mano tras otra y enfiló el canto la mirada de su ojo derecho. Hizo: «ta-ta-ta».

Quico lo imitó, llevándose el tubo hasta el borde del ojo, e hizo también «ta-ta-ta», y Mamá le dijo «Come» y él masticó, cambiando de sitio el pedacito de carne, cada vez más estrujado, cada vez más reseco, bajo la atenta y desesperada fiscalización de Mamá que, al cabo de unos segundos, le dijo:

—Anda, échalo, ya se le hizo la bola; las tragaderas de este niño son una calamidad.

Quico lo escupió. Era una bolita estoposa, de carne sin jugo, triturada, apisonada entre sus mandíbulas. Mamá le metió en la boca un nuevo pedazo de carne. Quico la miró. Desenroscó el tapón rojo:

—Es la tele, ¿verdad, mamá?

—Sí, es la tele; anda, come.

—No quieres que me se haga bola, ¿verdad, mamá?

—No, no quiero. Come.

—Si como, me hago grande y voy al cole como Juan, ¿verdad, mamá?

Mamá suspiró, pacientemente:

—No veo el día —dijo.

—Y cuando vaya al cole no me se hace la bola, ¿verdad, mamá?

—¿Verdad, mamá?, ¿verdad, mamá? —dijo Mamá irritada, sacudiéndole por un brazo—: ¡Come de una vez!

Quico le enfocó sus ojos implorantes con una vaga sombra de tristeza en su limpia mirada azul:

—¿Verdad, mamá, que no te gusta que diga «verdad, mamá»; verdad, mamá? —dijo.

Mamá tenía los ojos brillantes, como si fuera a llorar. Musitó: «Yo no sé qué va a ser de esta criatura». Depositó el pequeño tenedor en el plato de Quico y le dijo:

—Anda, come tú solo.

Quico cogió el tenedor con la mano izquierda.

—Con la otra mano —dijo Mamá, vigilante. Papá sonrió:

—Le asfixias la personalidad —dijo.

Mamá estaba nerviosa:

—Sí, ¿verdad? ¿Por qué no vienes a dárselo tú?

Dijo Papá:

—¿Sabes lo que decía mi pobre padre sobre los zurdos?

—Ni lo sé, ni me importa —dijo Mamá.

Papá parecía no oír a Mamá y prosiguió:

—Mi pobre padre decía que el zurdo lo es porque tiene más corazón que el diestro, pero los diestros les corrigen porque no toleran que otros tengan más corazón que ellos, ya lo sabes.

—Muy interesante —dijo Mamá.

—El fraile dice —dijo Juan— que escribir con la izquierda es pecado.

Quico abrió mucho los ojos:

—¿Y me llevan los demonios al infierno con la bruja y el gato de doña Paulina?

Papá mondaba delicadamente una naranja auxiliándose del tenedor y del cuchillo, sin tocarla con un dedo. Dijo Marcos:

—¿Está en los infiernos el Moro o en la basura?

Quico se quedó pensativo. Dijo, tras una pausa:

—La Loren lo tiró a la basura, pero Juan vio salir un demonio de los infiernos a por él, ¿verdad, Juan?

Entró la Domi en el comedor con la niña en brazos. La sostuvo un rato en alto:

—Di adiós a papá y a mamá, hija. Diles adiós.

Cris movió torpemente los deditos de la mano derecha. Dijo Quico:

—Hace con la mano como la Vito, ¿verdad, mamá?

Mamá le aplastó la cabeza contra el plato:

—Vamos, come y calla. ¡Dios mío, qué niño!

La Vito rió limpiamente. Dijo a media voz:

—¡Qué crío este, con todo da!

La gafedad de sus manos se acentuaba ahora, con el azoramiento, al mudar los platos, y cuando la Domi salió con la niña en brazos, Mamá dijo levantando levemente la voz:

—Domi, no le quite la fajita al acostarla. Está un poco suelta la niña.

Papá miró, de repente, con insistencia, como escrutándole, a Pablo:

—El domingo te imponen las insignias —dijo—. A las once en el estadio, no lo olvides. Va a ser un acto magnífico.

Pablo se sofocó todo y se encogió de hombros.

Añadió Papá:

—Parece como que te contrariara.

Pablo tornó a levantar los hombros, resignado. Intervino Mamá:

—¿No se te ha ocurrido preguntarle si quiere hacerlo? ¿Si sus ideas coinciden con las tuyas? Pablo ha cumplido ya dieciséis años.

Pablo tenía el rostro arrebatado. Los ojos de Papá revelaban un creciente desconcierto.

—¿Ideas? —dijo—; sus ideas serán las mías, creo yo. Además, esto no es tanto cuestión de ideas como de intereses.

No quitaba la mirada de su primogénito, pero Pablo no despegaba los labios. Encareció Marcos extemporáneamente:

—Cuéntanos cosas de la guerra, papá.

—¿Ves? —dijo Papá—, éstos son otra cosa. ¿Y qué quieres que te diga de la guerra? Fue una causa santa. —Miró profunda, inquisitivamente a Mamá y agregó—: ¿O no?

—Tú sabrás —respondió Mamá—. Esas cosas suelen ser lo que nosotros queramos que sean.

—La guerra —dijo Quico, y destapó el tubo de dentífrico—: Éste era un cañón. ¡Boooom!

Los ojos de Juan se habían hecho redondos:

—¿Tú ibas con los buenos? —apuntó.

—Naturalmente. ¿Es que yo soy malo acaso?

Juan sonrió, como relamiéndose. Dijo:

—Yo quiero ir a la guerra.

—Tú no sabes —dijo Quico.

Papá sonrió:

—Eso es bien fácil —añadió—. En la guerra sólo existen dos preocupaciones: matar y que no te maten.

—Muy aleccionador —dijo Mamá, y se volvió a la Vítora—: Haga un zumo de dos naranjas para el niño.

Papá prosiguió, adoptando un gesto de hastío:

—Lo malo es la paz: el teléfono, la Bolsa, los líos laborales, las visitas, la responsabilidad del mando… —Su mirada, flotante, se concretó súbitamente, implacablemente, sobre Pablo—: ¿Tú qué piensas de todo esto?

Pablo volvió a sofocarse y a levantar los hombros. Se inclinó aún más sobre el plato de postre.

Papá se sulfuró:

—¿Es que no tienes lengua? ¿Es que no sabes decir sí o no, esto me gusta o esto no me gusta?

Juan no colegía las desviaciones de Papá. Su cerebro seguía una línea recta. Demandó:

—¿Tú mataste muchos malos, papá?

Papá dijo a Mamá, señalando a Pablo con un movimiento de cabeza:

—Ya le has malmetido tú, ¿verdad?

Dijo Juan:

—Di.

—Muchos —dijo Papá, sin mirarle.

Agregó Mamá:

—De sobra sabes que yo no intervengo en esto. Pero se me ocurre que a lo mejor Pablo piensa que es más hermoso no prolongar por más tiempo el estado de guerra.

—¿Más de ciento? —inquirió Juan.

—Más —dijo Papá. Pero miraba a Mamá y agregó—: ¿No será eso lo que tú piensas?

—Quizá —dijo Mamá.

Quico rió y dijo «quizá» y miró a Juan y repitió: «quizá» y volvió a reír, pero el plato que arrojó Papá por encima de su cabeza planeaba ya hacia el salón y se quebró de pronto, estrepitosamente, en mil pedazos al chocar contra el suelo. El vozarrón de Papá prolongó el estruendo durante un rato:

—¡Coño, con la pava esta! —voceó—. Esto no ocurriría si a tu padre le hubiéramos cerrado la boca a tiempo, en lugar de andar con tantas contemplaciones.

Las tres

Mamá se sentó en la butaca, frente a Papá, separados por la mesita enana con los *Paris-Match* y el cenicero verde, de Murano, a través del cual se veía el invierno. La Vítora barría con el escobón los fragmentos del plato roto y el siseo de las cerdas sobre la cera de la tarima producía un murmullo sedante. Uno a uno fueron entrando en el salón, con el abrigo puesto y la cartera en la mano, Merche, Pablo y Marcos. Lostres besaron, primero a Mamá —«Adiós, hijo»— y, luego, a Papá —«Que os vaya bien»— y Pablo, antes de salir de la habitación, se puso como firme y azorado: «Iré el domingo», y Papá respondió: «Conforme», pero sin mirarle y Pablo se marchó y en la habitación se hizo, nuevamente, el silencio. La Vítora ya había recogido los pedazos de loza y entraba ahora con la bandeja de plata y dos tacitas humeantes, y en medio el azucarero, de plata también, con dos serpientes enroscadas como asas. «La Selva», se dijo Quico casi sin voz. Observaba a la Vítora cómo se agachaba y depositaba la bandeja en la mesita enana y a Papá, luego, con los ojos perdidos, mirando algo que él no veía por encima de la cabeza de Mamá. Al concluir, la Vítora se acercó al sillón de Mamá, las manos, de dedos engarfiados, caídas sobre las caderas:

—Señora —dijo tímidamente—, ¿le traigo un poco de leche?

—No, gracias, Vítora —dijo Mamá.

Quico arrugó el ceño, miró a la Vítora, después a Mamá y, por último, a Papá, que revolvía indiferente el azúcar con una minúscula cucharita de plata.

Denegó algo con la cabeza y se aproximó a su madre:

—Mamá —dijo.

—¿Qué quieres?

—La Vito ha dicho leche —añadió con una vocecita apenas perceptible.

—En esta casa —respondió Mamá— son muchos los que dicen cosas inconvenientes. Luego nos extrañamos de que los niños hablen lo que no deben.

Quico se mordió el labio inferior y miró a Papá, sus ojos un poco extraviados por encima de la taza que se llevaba a los labios. Se llegó hasta él.

—Papá —dijo—. ¿Me pones un disco?

Papá dejó la tacita sobre el plato. Se pasó la lengua, muy vivaz, por los labios en un movimiento mecánico. Cerró los puños:

—¿Más discos? —dijo—. ¿Te parecen pocos discos todavía? Mira, Quico, en este mundo cada cual tiene su disco y si no lo toca revienta, ¿comprendes? Pero eso no es lo malo, hijo. Lo malo es cuando uno no tiene disco que tocar y se conforma con repetir como un papagayo el disco que estuvo oyendo toda su vida. Eso es lo malo, ¿comprendes? No tener

personalidad. Tú eres Quico y yo soy yo, y si Quico quiere ser yo, Quico no es nada; un don nadie, un pobre diablo sin nombre y sin apellidos.

Quico abría mucho los ojos. Papá sacó una pitillera de oro, golpeó el pitillo tres veces contra la superficie de la mesita enana, lo encendió y recostó la nuca sobre el respaldo del sillón succionando golosamente. Al cabo, Quico miró a su madre. Mamá le dijo con rara suavidad:

—Quico, hijo mío, si en esta vida ves antes la paja en el ojo ajeno que la viga en el propio, serás un desgraciado. Lo primero que has de aprender en este mundo es a ser imparcial. Y lo segundo, a ser comprensivo. Hay hombres que creen representar la virtud y todo lo que se aparta de su juego de ideas supone un atentado contra unos principios sagrados. Lo de los demás es circunstancial y tornadizo; lo de ellos, intocable y permanente. Si te enrolas en su juego de ideas, tendrás personalidad, de otro modo serás un botarate, ¿me comprendes?

Mamá bebió de su tacita lentamente y se le movía mucho la nuez al tragar. Cuando depositó la taza en la mesa enana le brillaban los ojos. Del cuarto de plancha llegó un alarido de Juan y, seguidamente, el «ta-ta-tá» de su metralleta. Mamá pulsó el timbre con el pie y a los pocos segundos entró la Domi y Mamá dijo mientras prendía un cigarrillo con el encendedor de mesa: «Dígale a Juan que no chille así, va a despertar a la niña». Y cuando la Domi salió, Quico se acercó a Papá:

—¿Estás enfadado? —preguntó.

Papá trató de reír, pero le salió de la boca un ruido raro, como una gárgara. No obstante, accionaba mucho con las manos y dilataba las aletillas de la nariz, simulando naturalidad:

—¿Enfadado? —dijo—. ¿A santo de qué? Lo que a mí me duele… —se interrumpió—: ¿Qué edad tienes tú, Quico?

Quico abatió los dedos anular y meñique de su mano derecha y dejó los otros tres enhiestos:

—Tres —respondió—. Pero voy a hacer cuatro.

Su rostro se hizo todo sonrisa. Añadió:

—¿Me regalarás un tanque el día de mi santo?

—Sí, claro, naturalmente, pero ahora escucha, Quico, esto es importante, aunque a tu edad no acabes de entenderlo. Lo que a mí me molesta es que siendo uno un hombre positivamente honrado, alguien venga a poner en duda la honradez de sus ideas. Si yo soy honrado, mis ideas serán honradas, ¿no es así, Quico? Por el contrario, si yo soy un tipo torcido, mis ideas serán torcidas, ¿de acuerdo? —Quico asentía maquinalmente y le miraba sin

pestañear con sus ojos azules, infinitamente tristes. Papá prosiguió—: Bueno, esto es así y no hay quien lo mueva, ¿verdad? Entonces tú estás en la verdad, pero llega un pazguato o una pazguata, que para el caso es lo mismo, y trata de desmontar tu verdad con cuatro vulgaridades que le han grabado a fuego cuando niño. Y ahí está lo grave; a ese pazguato o a esa pazguata difícilmente podrás convencerles de que no tienen ideas, de que lo único que tienen es aserrín dentro de la cabeza, ¿me has comprendido?

Quico sonrió:

—Sí —dijo—. ¿Me comprarás un tanque el día de mi santo?

—Claro que sí. Lo malo es si alguien piensa que al regalarte un tanque te estoy inculcando sentimientos belicosos. Hay personas que prefieren hacer de sus hijos unos entes afeminados antes que verles agarrados a una metralleta como hombres.

Mamá carraspeó:

—Quico —dijo—. A palabras necias, oídos sordos.

Papá se inclinó hacia delante. Las aletillas de su nariz temblaban como un pájaro sin plumas; sin embargo, no miraba a Mamá, sino al niño:

—El día que te cases, Quico, lo único que has de mirar es que tu mujer no tenga la pretensión de que piensa.

—En el mundo —le dijo Mamá, y el cigarrillo se movía a compás de sus labios como si fuera un apéndice propio— hay personas absorbentes, que creen que sólo lo suyo merece respeto. Huye de ellas, Quico, como de la peste.

Quico asentía, mirando ora al uno ora a la otra. Papá estalló:

—La mujer en la cocina, Quico.

Dijo Mamá, aureolada de humo, levantando levemente la cabeza:

—Nunca creas que tú eres la verdad, hijo.

Dijo Papá cada vez más exasperado:

—La mejor de todas las mujeres que creen que piensan, debería estar ahorcada, ¿oyes, Quico?

Las manos de Mamá temblaban ahora como las aletillas de la nariz de Papá. Dijo Mamá:

—Quico, hijo, las bestias no deberían vivir en el asfalto.

Quico levantó los ojos, cada vez más redondos, para mirar a Papá que se incorporaba. Le vio tomar el abrigo y el sombrero del armario ropero y corrió hacia él. Se detuvo al verle abrir la puerta. Papá se agachó. Su rostro parecía demudado:

—Oye, Quico —dijo—, ve y di a tu madre que se vaya a freír puñetas. Hazme este favor, hijito.

Sonó el portazo como el estampido de un cañón. Al volverse, Quico divisó a Mamá que lloraba; se doblaba por la cintura y se estremecía en vivas convulsiones. Se acercó a ella y Mamá le cogió en brazos y lo estrechó y Quico sintió la húmeda tibieza de sus lágrimas en la mejilla, la misma tibieza que sentía en las posaderas cada vez que se repasaba. Decía: «Hijos, hijos», y le apretaba firme contra su pecho. Quico le acariciaba mecánicamente y cuando vio a su madre más serena le dijo:

—Mamá, ¿vas a freír puñetas?

Y Mamá se sonó ruidosamente con un liviano pañuelito color de rosa y le dijo:

—No digas eso, hijo. Es un pecado.

Se levantó del sillón y en el espejo del vestíbulo se empolvó las mejillas y se arregló los ojos y los labios. Quico la miraba hacer, fascinado; luego, Mamá entró en la cocina y la Vítora, que fregaba los cacharros en la pila, le dijo con repentina decisión:

—Digo, señora, que si no la importa bajo yo o sube él. A despedirse, ¿sabe?

El transistor entonaba música de ayer y de hoy a un volumen destemplado. Mamá levantó el tono para acceder:

—Está bien, hija. Mejor que suba, ¿no? Andamos tan agobiados. Esa Seve yo no sé qué estará pensando.

A través de los cristales y de la rejilla del montacargas, Quico divisó a la Loren:

—¡Loren! —gritó—. ¡Loren! ¿Verdad que al Moro le han llevado los demonios al infierno?

La Loren se llevó las manos a la cabeza. Dijo a voces:

—¡Jesús, qué cosas se le ocurren a esta criatura! ¿Tan malo le hacías al Moro?

Chilló Quico:

—¡Juan le vio!

—¿Ah, sí, eh? Ya le voy a dar yo a Juan. El Moro se ha ido al cielo porque era bueno y mataba a los ratones, para que lo sepas.

—Ta-ta-tá —hizo Juan detrás de él.

Quico se volvió y sonrió:

—¿Matas a los ratones, Juan?

—Mato a los indios. ¡La conquista del Oeste! —dijo Juan.

Quico echó a correr por el pasillo, precediendo a su hermano y, de cuando en cuando, se volvía y decía: «ta-ta-tá» y Juan lo perseguía haciendo, a su vez, «ta-ta-tá», y al entrar en la habitación Quico se detuvo en seco, mirando con aprensión la lámpara de amplias alas:

—¿Qué pasa? —inquirió su hermano.

—Es el Ángel de la Guarda, ¿verdad, Juan?

—No, es el demonio que…

—¡No! —voceó Quico—. ¡No es el demonio, Juan!

—Que no, tonto, ¿no ves que es el Ángel?

Quico sonrió, mordiéndose el labio inferior:

—¡Ah! —dijo.

Advirtió, de repente, el bulto del pantalón, introdujo la mano en el bolsillo y desparramó por el suelo las chapas de Coca-Cola y Kas y el botón negro. Recogió éste con dos dedos y le dijo a su hermano:

—Anda, Juan, mira lo que tengo.

—¡Bah!, un botón.

—No es un botón; es un disco.

—Sí, un disco.

—Claro que sí.

Juan se dirigió a la librería y empujó con una mano la corredera de los bajos. Hurgaba entre la infinidad de cachivaches y sus profundos ojos negros se iluminaron al topar con la escopeta de corcho sin gatillo ni protector. La aculató en el hombro, enfiló su mirada por el cañón, guiñando un ojo, e hizo, moviéndola de un lado a otro: «tatatá», «ta-ta-tá». Quico se acercó por detrás. Había vuelto a guardar el botón en el bolsillo y sus cejas se enarcaban en una muda interrogante:

—Juan —dijo.

—¿Qué?

—¿Qué es puñeta?

—¿Puñeta?

—Sí.

Juan adelantó mucho el labio inferior y metió la cabeza entre los hombros:

—No sé —confesó.

—Mamá dice que es un pecado.

Juan meditó unos segundos:

—Será el pito, a lo mejor —dijo al cabo.

—¿El pito? ¿Es pecado el pito, Juan?

—Sí, tocarlo.

—¿Y si te escuece? A mí me escuece si me repaso.

—Eso no sé —dijo Juan. Y aculató, de nuevo, la escopeta, la volvió contra su hermano y le envió una ráfaga.

—¿Soy un indio? —preguntó Quico.

—No.

—¿No es la conquista del Oeste?

—No. Es la guerra de Papá.

Quico corrió a esconderse tras la butaca de plástico:

—Tú eras los malos —dijo Juan.

Se cruzaron unas docenas de disparos y finalmente Juan se impacientó:

—Te tienes que morir —dijo—. Yo tengo que matar más de cien malos, como papá. ¡Anda, muérete!

Quico se tendió en el suelo, inmóvil, el tubo de dentífrico en la mano derecha, los ojos entreabiertos observando a Juan. Juan se aproximó:

—No tienes sangre —dijo desalentado.

—¿Sangre?

—Sí, sangre.

—El Moro se ha muerto y no tenía sangre.

—Pero no era la guerra —dijo Juan.

De improviso se dirigió al primer cajón de la librería, tiró de él y sus ojos se posaron en la colección de frasquitos de tinta china. Repasó, rápidamente, uno por uno:

—No hay rojo —dijo.

Mas antes de acabar de decirlo ya se había incorporado, corrió al aseo y regresó con el tubo de mercurocromo:

—Túmbate —dijo con la mirada radiante.

Con el cuentagotas fue manchando de rojo la frente de Quico y las manos de Quico y las rodillas de Quico y, para concluir, vertió unas gotas sobre las baldosas y se alejó para contemplar su obra con perspectiva. Sonrió ampliamente:

—Ahora sí pareces un muerto de la guerra —reconoció.

Pero Quico se cansaba y se incorporó y, al moverse, barrió las gotas frescas con el trasero. Se puso en pie de un brinco:

—Quiero pis —dijo.

—Anda, corre, no te repases —dijo Juan espantado.

Quico entró en el cuarto de baño rosa, forcejeó un rato, se levantó una pernera y orinó. Reía a la nada al hacerlo y canturreaba: «Están bonitas por

fuera, están riquitas por dentro». Al concluir regresó junto a su hermano. Juan le gritó apuntándole con la escopeta:

—¡Alto! Voy a tener el gusto de meterte un plomo entre las dos cejas, amiguito.

Quico sonreía sin entenderle. Añadió Juan:

—Tú tienes que levantar las manos, Quico.

Quico levantó las manos.

—Ahora —prosiguió Juan— tú sacabas la pistola y me matabas a mí.

Quico hurgó desmanotadamente en el bolsillo y al fin extrajo el tubo dentífrico, lo inclinó hacia su hermano y dijo:

—¡Pum!

—No —dijo Juan—. Di antes: «Toma, canalla».

—Toma, canalla —dijo Quico.

—No —agregó Juan—, luego dices: «¡Pum!».

—¡Pum! —dijo Quico.

—No —dijo Juan—. Antes tienes que decir: «Toma, canalla».

—Toma, canalla —dijo Quico.

—¡No! —dijo Juan enfadado—. Di: «Toma canalla, ¡pum!».

—Toma, canalla, ¡pum! —repitió Quico.

Juan se desplomó aparatosamente sobre las baldosas con la escopeta en la mano.

—Ya está —sonrió Quico—. Te he matado.

Juan se encontraba a gusto allí, soltó la escopeta y cruzó las manos sobre el vientre. Dijo Quico:

—Ya está, Juan, levántate.

Pero Juan no se movía. Puso los ojos en blanco y musitó como una letanía:

—He fallecido en el día de ayer confortado con los Santos Sacramentos y la bendición de…

—No, Juan —dijo Quico—. ¡Levántate!

Juan prosiguió:

—Mi padre, mi madre y mis hermanos participan tan sensible pérdida y ruegan una oración por el eterno descanso de mi alma.

—Levántate, Juan —repitió Quico.

Juan entreabrió los ojos, miró hacia la pantalla de amplias alas y dijo con voz de ultratumba:

—Y el demonio con el rabo tieso y los cuernos afilados…

—¡No, Juan, levántate! —voceó Quico.

Entonces se oyó el llanto de la niña. Juan se incorporó de un salto:

—¡Cris! —dijo—, se ha despertado.

Los dos juntos penetraron en el cuarto de la pequeña que hacía: «A-ta-ta» y Juan abrió la ventana y la niña sonreía con los mofletes arrebolados y Quico la destapó y tocó sus posaderas y salió desalado pasillo adelante, voceando:

—¡Domi, Cris se ha hecho pis en la cama!

Luego, se llegó al salón y antes de entrar ya dio el parte a grandes voces y Mamá estaba con la tía Cuqui que se echó a reír al verlo y dijo: «Huy», y Mamá se excitó toda:

—¡Ave María! —dijo—. ¿Quién te ha puesto así?

Quico se detuvo en medio de la habitación:

—¿Cuál? —dijo.

—Cuál, cuál —dijo Mamá levantándose y tomándole por un brazo y zarandeándole—. Pero ¿es posible? El pantalón nuevo —le dio dos azotes—. ¡Vítora, Domi!

Vino la Vítora y al verle los manchones rojos en la frente y las manos y las rodillas y las posaderas se asustó:

—¡Jesús! —dijo—. Le han puesto como a un Santo Cristo.

Las cuatro

Después de lavarle la cara, las manos y las rodillas y mudarle el pantalón, Quico descansaba en el regazo de tía Cuqui, que era suave y confortable como un edredón de plumas, y, entre sus brazos, se sentía increíblemente pequeño y protegido:

—Eres muy bonito, chiquitín, pero que muy bonito. —Tía Cuqui hablaba bajo y como con música y sus besos no restallaban junto al oído, como los de la Vítora, hasta casi ensordecerle.

En el salón reinaba un orden pulcro y un silencio estimulante y, para no desentonar, o tal vez porque acababan de lavarle la cara, las manos y las rodillas, Quico charlaba en un tono de voz casi confidencial:

—Hoy no me hecho pis en la cama —dijo.

—Mi chiquitín es muy limpito, ¿verdad?

—Sí, y Cris se ha hecho caca en las bragas.

—¿También caca?

—Sí, es una marrana, no lo pide.

—Es pequeñita, ¿oyes? Cris es pequeñita y no sabe pedirlo. Tú vas a enseñarla a pedir caquita, ¿verdad, mi chiquitín?

—Sí.

Tía Cuqui sabía tenerle en brazos sin que él se impacientase, sin que notara en los muslos las costuras del pantalón, sin asfixiarle. La voz de tía Cuqui le amansaba, le arrullaba, predisponiéndole al sueño y a ser infinitamente bueno y por los siglos de los siglos. Entró Mamá con su habitual gesto de gravedad un poco acentuado:

—No lo quieras, tía —dijo—. Ha sido malo.

Ella lo estrechó instintivamente:

—Él no es malito; ha sido sin darse cuenta.

—Y no me he hecho pis en la cama —dijo Quico.

—Claro. El chiquitín no se ha hecho pis en la cama.

—Y Cris se ha hecho caca en las bragas.

—Ya ves —dijo tía Cuqui.

Quico acomodó la cabeza entre los frondosos, mollares pechos de tía Cuqui. Entornó los ojos:

—Se ha muerto el Moro —dijo de pronto.

—¿El Moro?

—El gato de Paulina, mujer —dijo Mamá, sentándose. Y añadió, después de encender un cigarrillo y lanzar una bocanada de humo—: Estoy horriblemente fatigada. Continúo en crisis parcial, ¿sabes? Esto del servicio se pone cada día más difícil.

—¿La asistenta? —dijo tía Cuqui.

—Hija, la asistenta y la Seve. Hace una semana que marchó al pueblo. Dice que su madre no anda bien. Vete a saber.

La voz de la tía Cuqui era como un hilito rojo, de tan fino y agudo:

—Yo no sé qué pasa —dijo riendo— que las madres de las criadas casi siempre están muriéndose, ¿no te has fijado?

—El Moro se ha muerto —terció Quico incorporándose.

Tía Cuqui le estrechó contra sí:

—¿De modo que se ha muerto el gatito? ¿Se ha muerto tu amiguito? ¡Pobre tesoro! ¡Pobre corazón tierno!

Mamá tejía una lana gris con ágiles movimientos de muñeca y, de cuando en cuando, las agujas metálicas, al entrechocar, hacían el mismo ruido que las tijeras de Fabián al cortarle el pelo. Sus ojos seguían el curso de la labor y, al concluir una vuelta, empujó maquinalmente los puntos contra la cabeza de la aguja y miró a tía Cuqui. Dijo:

—Le contemplas demasiado.

—¡Oh, no, no digas eso! Este niño necesita un cariño especial, Merche. No olvides que hasta hace un año era el rey de la casa. Es el príncipe

destronado, ¿oyes? Ayer todo para él; hoy, nada. Es muy duro, mujer.

La voz de Mamá era suave pero implacable:

—Tonterías —dijo—. Yo he destronado ya cuatro príncipes sin tantos paños calientes y me ha ido muy bien.

—Has tenido suerte, eso es todo. Pero mira lo que dicen los psiquiatras.

—¿Qué?

—Los complejos y eso. Todo eso viene de cuando niños, ya ves. Una cosa a la que no le das importancia y, a lo mejor, de mayor, un complejo. Son cosas muy enrevesadas ésas, pero Pepa Cruz, ya lo oyes, antes una enfermedad que un complejo. Es muy serio, hija, eso de los complejos.

La voz de Mamá sonaba entreverada con el chasquido de las agujas:

—Tontunas —dijo. Y repitió—: Tontunas. Si te fueras a fiar de los psiquiatras no podrías dar un paso.

Tía Cuqui bajó la voz:

—Mira el chico de la Peláez, bien cerca lo tienes.

Cesó el chasquido de las agujas:

—¿Qué?

—¿Qué? Pues que Luisa probándose delante de él hasta los quince años y que ahora se ha casado y que su mujer no le dice nada. Han pedido la anulación a Roma.

La voz de Mamá sonó un tanto alarmada:

—¿Es cierto eso?

—Mira.

Volvió a oírse el tintineo metálico de las agujas. En el regazo de Mamá había un cilindro de plástico con una cremallera donde encerraba la labor cuando terminaba. Al hablar tía Cuqui su pecho subía y bajaba, como si tuviera amortiguadores, y daba una resonancia especial que adormecía a Quico:

—Son muy chiquitines —dijo—. Pobrecitos, todo cuidado es poco. A mí me dan mucha lástima los niños chicos; sufren. Nosotras no lo vemos pero sufren. Hay que ir con mucho tiento. Mira este pobre. Hasta ayer dueño de la casa; hoy, nadie. Poco a poco. Las cosas hay que hacerlas poco a poco, sobre todo si andan por medio los complejos. Ponte en su lugar, Merche, ayer el benjamín, todos alrededor de él; hoy, nada, el quinto de seis hermanos; lo último.

La voz de Mamá sonaba ahora rutinaria y fría:

—Me parece que exageras, Cuqui.

Se abrió un silencio. Mamá y tía Cuqui hablaron, seguidamente, de los partos y, más tarde, pasaron revista a los ecos de sociedad. Por último se enzarzaron en animada conversación sobre cocina. Y se decían: «Tienes que darme la receta, mujer», o «¿Y dices que queda bueno?», o «Sale más económico de lo que parece, ya ves».

Y Quico escuchaba la resonancia de la voz de tía Cuqui en su pecho —el de tía Cuqui— y, cuando tía Cuqui le dijo a Mamá «fríes una cabeza de ajo en un dedo de aceite», el niño se incorporó:

—¿Es una cabeza de ajo una puñeta, tía Cuqui?

—¡Qué disparate! —dijo tía Cuqui, y Mamá se encendió hasta la raíz del pelo. Quico prosiguió:

—Papá quiere que mamá fría puñetas.

—¡Qué disparate! —repitió tía Cuqui.

Terció Mamá ofuscada:

—No le hagas caso, cosas de chicos.

—Papá lo dijo —agregó Quico tímidamente.

Mamá, tras una pequeña vacilación, recuperó su tradicional energía:

—Papá no dice esas cosas; no mientas —se volvió hacia la tía Cuqui—: Quisiera saber dónde aprende este chico esas palabrotas.

Quico la miraba con sus atónitos ojos azules, el rubio flequillo hasta las cejas, anonadado. En ese instante se oyó ruido de cristales y las voces de la Domi y la Vítora. Mamá salió como un relámpago y Quico forcejeó hasta que su tía lo dejó libre, resbaló por sus faldas hasta el suelo y corrió tras de su madre por el pasillo. Al entrar en la cocina, Mamá golpeaba ya a Juan en el pestorejo y le decía una y otra vez: «Te he dicho más de veinte veces que en casa no se juega a la pelota, ¡sin propina!». El cristal más alto de la puerta del montacargas aparecía quebrado. Domi, en un rincón, le hacía «tortitastortitas» a Cris y cuando Mamá le dijo «Y usted, ¿para qué está aquí?», la Domi respondió: «Pero ¿usted cree que me hacen caso, señora?», y la Vítora, que se apoyaba en la fregona, sonrió imperceptiblemente. Entonces, Mamá dijo que la cocina no era lugar para los niños y que al cuarto de jugar. Y cuando la Domi, con la niña en brazos y Juan y Quico detrás, se encaminaban hacia el cuarto de jugar, Mamá les oseaba, moviendo las dos manos, y le dijo a la Domi que a ver si era capaz de entretenerlos al menos media hora y que si podía pasar media hora tranquila sin oír a los niños y sin que hicieran alguna se daría por satisfecha, porque estaba aburrida de niños y de seguir así terminaría en el manicomio. Y al decir esto, empujaba a Juan y a Quico, y Juan y Quico apresuraban el paso y cuando, finalmente, se vieron a solas en la

habitación, Quico miró para la lámpara recelosamente y Juan se sentó en la butaca con gesto adusto, sosteniendo en las piernas *La Conquista del Oeste*. La Domi estaba irritada y le dijo a Quico:

—Anda, vete a orinar. Ahora sólo falta que te mees tú las bragas, marrano.

Quico abrió las piernas, se pasó las dos manos por los bajos del pantalón y le dijo:

—No, Domi, toca; ni gota.

—Anda.

Quico salió y volvió al poco rato.

—No me sale —dijo.

—Bueno, a ver si te va a salir cuando menos falta haga.

La Domi apretujó a Cris y le dijo: «¡Hija!» y, después, tomó su mano regordeta, que tenía hoyos donde los adultos tienen huesos, y la golpeó simbólicamente con ella la cabeza mientras decía: «Date-en-la-mochita, date-date-date». Quico la observaba, mas, de inmediato, se cansó de aquel juego y se acercó a Juan y Juan dejó de leer y le dijo confidencialmente:

—Me voy a escapar de esta casa.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Dónde, Juan?

—Donde no me peguen.

—¿Cuándo, Juan?

—Esta noche.

—¿Te vas a escapar esta noche de casa, Juan?

—Sí.

—¿Con otra mamá?

—Claro.

Quico se quedó sin habla. Añadió Juan acentuando el tono confidencial y señalando las camas de Pablo y Marcos:

—Haré cuerdas con las sábanas y las ataré y me marcharé por el balcón.

—¿Como los Reyes, Juan?

—Como los Reyes.

Quico pestañeó varias veces y, al cabo, dijo abriendo una amplia sonrisa:

—Yo quiero que los Reyes me traigan un tanque. ¿Tú, Juan?

—¡Bah! —dijo Juan.

La Domi se volvió a ellos:

—¿Qué estáis tramando ahí?

—Nada —respondió Juan.

Quico sacó del bolsillo el tubo de dentífrico y divagó un rato por la habitación arrastrándolo por el suelo remedando el zumbido de un motor y haciendo «piii-piii», como un claxon, de cuando en cuando. Bajo la cama de Pablo vio brillar algo y se acercó. Era una punta. La cogió, miró a la Domi y la guardó en el bolsillo. Se puso en pie y guardó también el tubo de dentífrico. Finalmente se arrimó a Juan:

—Me aburro —dijo.

Juan leía *La Conquista del Oeste*. Quico divisó un cromo con mucho azul y agarró a la Domi de la bata negra y la obligó a mirar y dijo:

—Mira, Domi, San Sebas.

—Sí —dijo Domi.

—¿Te acuerdas de Mariloli?

—Y de Bea.

—¿También de Bea?

—A ver. Bea también es de Dios, ¿no?

—Yo quiero ir a San Sebas, Domi.

—Cuando haga calor. Ahora hace frío.

—En San Sebas hay vacas, ¿verdad, Domi?

—Claro.

Quico permaneció unos momentos meditabundo. Dijo:

—Domi, cántanos lo del niño que comía con las vacas, anda.

Juan cerró el álbum.

—Sí, Domi —dijo—, cántalo.

La Domi sostenía a la niña sobre la mesa-camilla y la niña gateaba y hacía «a-ta-ta» o se volvía y hurgaba a la Domi en la nariz, y en los ojos, y en las orejas.

—Calla, Cris —dijo Quico—. La Domi va a cantar.

—Siéntate en tu silla —dijo la Domi imperativamente.

Quico arrastró la butaquita de mimbre a los pies de la mujer y se sentó. Juan y Quico levantaban sus caritas expectantes. La Domi carraspeó; entonó al fin:

Prestad mucha atenciónal hecho criminalde un padre ingrato, degenerado,
hombre sin corazón, sin ninguna piedad, que en Valdepeñas ha
secuestradoa un hijo suyo, este hombre infame, en un establo y sin comer,

La Domi imprimía a la copla unas inflexiones, unos trémolos que subrayaban el patetismo de la letra. Quico le miraba el hueco negro en la fila

de dientes de abajo, aquel vano oscuro que acentuaba la gustosa sensación de terror que le recorría la espalda como un escalofrío:

cuando las vacas toman el pienso, alfalfa fresca come él también, pues los mendrugos no son constantes, no suficientes para comer. El padre que cuenta se day la madrastra por igual, palos le daban al inocente, su cuerpo es pura llagapor este padre tan cruella bestia humana del siglo veinte.

La Domi los miró un instante y, por un momento, se ablandaron sus pupilas, aceradas e inmóviles como las de un halcón. Suavizó la voz para rematar:

Llorad, madres, llorad, porque hijos tienes tú, que es una pena ver la criaturasin pan, agua, ni luz, cargar con esta cruzmedio enterrado entre la basura.

Quico y Juan escuchaban con la boca abierta. Tardaron unos segundos en reaccionar. Quico miró a Juan y sonrió. Juan dijo a la Domi:

—¿Ya está?

—Ya. Por una perra gorda no dan más.

Quico se agarraba al borde del asiento de su butaquita de mimbre y la arrastraba sin cesar de sonreír. Dijo:

—¡Qué bonito! ¿Verdad, Juan?

Él mismo asentía a sus palabras con la cabeza. Súbitamente se puso en pie, agarró a la Domi los bajos de la bata negra y exigió:

—Lo de Rosita Encarnada, Domi, anda.

El rostro de Juan irradió:

—Sí, Domi, lo del puñal de dos filos.

Cris dijo «a-ti-ta» y Quico dijo, feliz:

—Ha dicho Rosita, Juan, ¿la has oído? —Y rió mientras volvía a sentarse, y repitió—: Cris ha dicho Rosita. —Miró a Domi—: Cris ya sabe hablar, ¿verdad, Domi?

La Domi cortó:

—Bueno, ¿canto o no canto?

—Sí, Domi —dijeron los dos niños a coro.

La Domi se aclaró la voz que salió, no obstante, de sus labios un poco gangosa, un poco arrastrada, como la de los ciegos:

Ya venimos de la guerra de Áfricay todo esto lo trae la pasión. Ya venimos del África todosa encontrarnos con el viejo amor.

La Domi obscureció la voz. Siempre que hablaba el Soldado bajaba la voz tanto que parecía que cantaba dentro de una caja de muerto:

Me juraste, Rosita Encarnada, que con otro hombre no te casabasahora
vengo a casarme contigoy me encuentro que ya estás casada.

La Domi hizo un alto estudiado y miró a los dos pequeños, inmóviles, como hipnotizados. Su voz se aflautó, se hizo implorante y desgarrada, de pronto:

¡No me mates, por Dios, no me mates! No me mates, tenme compasión; ese
beso que tú a mí me pides, ahora y siempre te lo he de dar yo.

Juan denegó con la cabeza. Sabía que el Soldado no la besaría. Siempre temía, sin embargo, que cediera y terminara besándola. Quico le miró con el rabillo del ojo y denegó también sin saber bien a qué. La voz de la Domi se tensó y, aunque brumosa, se hizo más vivaz y dramática:

Yo no quiero besos de tus labios, lo que quiero es lograr mi intención, y
sacando un puñal de dos filos, en su pecho se lo atravesó.

Los rostros de los dos niños resplandecían. Dijo Juan arrugando la cara:

—Dos filos. ¡Dios, Domi, cuánta sangre echaría!

—Calcula —dijo la Domi—. Una mujer joven, bien criada y en sazón, pues ya ves, hijo, como un choto.

Quico miraba a la mujer, concentrado, obstinadamente.

—Un choto —dijo—. Cántanos otra vez lo del niño que comía con las vacas, anda, Domi.

—No —respondió la vieja—. Ya no canto más. Luego se me irritan las anginas y no me puedo dormir.

Quico se hallaba tan transportado, tan absorto, que no notó las ganas hasta que sintió el calor y la humedad, de forma que cuando echó a correr y levantó la tapa de la taza rosa ya se había repasado.

Las cinco

Andaba huido entre las camas y los armarios y cada vez que la Domi lo miraba cruzaba una pierna con la otra para ocultar la huella delatora. La Domi jugaba con Cristina y le mostraba los automóviles que desfilaban por la avenida, y le daba en la mochita y tan sólo, de rato en rato, preguntaba por pura fórmula:

—¿Qué haces, Quico?

—Nada —respondía Quico, y evitaba andar despatarrado, aunque el pantalón le tiraba y le raspaba la cara interna de los muslos.

Juan leía de nuevo *La Conquista del Oeste* y la mayor preocupación de Quico, ahora, era detectar los ruidos que se producían más allá de la puerta. Sintió tres veces el teléfono blanco y por tres veces descansó pensando que Mamá respondería. Mas intuía que la hora de merendar estaba próxima e intuía que a Mamá le bastarían diez segundos para advertir que se había repasado. Permaneció en un rincón abanicándose con un libro y luego quieto, un rato, en la mesa-camilla, pero nada era suficiente para borrar aquella mancha de humedad, cada vez más enojosa y humillante. Y cuando la Domi le preguntaba: «¿Qué haces, Quico?», él se sobresaltaba y respondía: «Nada». Y una vez le dijo: «¿No tienes gana de orinar, Quico?». Y él respondió con un tono de voz tan opaco como el del novio de Rosita Encarnada: «No». Y la Domi porfió: «No vengas con el no y luego vaya a resultar que sí». «Que no, Domi», repitió Quico. «Bueno —añadió la Domi—, tú verás, pero como te repases, te corto el pito». «Bueno», dijo Quico, oculto en el rincón que formaba la cama de Marcos con el armario.

Pero Mamá era tan fina de olfato como un sabueso y, tan pronto entró en la habitación con las meriendas —elogiando su comportamiento— y divisó a Quico arrinconado, dijo a media voz: «Qué mala espina me da», y añadió severamente:

—¡Quico!

—¿Qué?

—Ven.

—No.

—Que vengas.

—No.

—¿No me has oído?

—No.

—Mira que es rebelde este niño. ¡Ven aquí ahora mismo!

Quico se desplazó unos centímetros del rincón, dando saltitos para no abrir las piernas y apretando los labios, en una actitud como de desafío:

—Ya estoy —dijo.

—¡Aquí! —dijo autoritariamente Mamá.

Quico dio otro par de saltitos. Juan le miró y dijo:

—Eso es que se ha repasado, seguro.

—No —dijo la Domi—. No hace dos minutos que el niño salió al retrete, a orinar, ¿verdad, hijo?

—Pues me temo que sí —dijo Mamá enojada—. ¡Vamos, Quico, no lo digo más veces!

Mas como Quico ronceara fue Mamá la que se acercó a él, le palpó la entrepierna y le sacudió tres sonoros azotes, mientras decía: «¡Cochino, más que cochino, no ganamos para pantalones!». Luego dijo, por la fuerza de la costumbre, «Sin propina» y, por último, le preguntó malhumorada a la Domi para qué estaba ella allí y la Domi respondió que «qué iba a hacerle ella, que como no le pusiera una pinza de la ropa» y, en éstas, Mamá se enfureció y dijo que bastaba con tener un poco de cuidado y que si la pagaba era para que respondiera no sólo de Cristina sino de los dos pequeños. Se enzarzaron en una viva discusión y Quico se deslizó furtivamente hasta el pasillo y, en una carrera, llegó a la cocina. La Vítora fregaba con una esponja el sintasol rojo y le dijo al verlo:

—¿Qué pasa, Quico?

—Nada.

Cruzó hasta el cuarto de plancha y se escondió tras la cortina de la cama-armario. La Vítora lo seguía:

—Ven acá, Quico —dijo.

A Quico se le hinchó la vena de la frente:

—¡Mierda, cagao, culo! —voceó.

La Vítora se puso en jarras. Descorrió la cortina y se agachó:

—Vamos, a la Vito le sales ahora con ésas. ¿Qué te ha hecho la pobre Vito?

Quico no respondía. La Vítora añadió:

—Si no te quiere la Vito, ¿quién te va a querer? ¿No es buena la Vito? Vamos, habla.

Quico apretaba los labios sin responder. Prosiguió la Vítora:

—Te has repasado, ¿verdad? Cuándo vas a aprender a orinar como un hombre, ¿di?

—No sé —dijo, al fin, Quico, consternado.

La Vítora se secó con el trapo de secar los vasos. Sus manos hacían ángulo obtuso con los antebrazos. Abrió el armario rojo, cogió unos pantalones y se sentó en la silla baja.

—Ven acá —dijo.

Quico se acercó sumisamente. Ella le desabotonó los tirantes:

—Te ha calentado la mamá, ¿verdad?

—Sí.

—¿En el culo?

—Sí.

—¿Te vas a volver a repasar?

—No.

—A ver si es verdad.

Lo sacó a la cocina. Le dijo:

—Aguarda aquí; la Vito se va a arreglar.

—¿Vas a salir de paseo, Vito?

—No. Va a subir el Femio.

—Ah.

La oía desvestirse al otro lado de la puerta y súbitamente exclamó:

—¡Vito!

—¿Qué?

—Me voy a cortar el pito.

La Vítora apareció en la cocina en combinación, los ojos dilatados de espanto.

—Ni se te ocurra —dijo.

—Sí —dijo Quico—. Con una cuchilla de papá.

—Mira —respondió la Vítora—, si haces eso, te mueres, de modo que ya lo sabes.

Tornó al cuarto de plancha, pero no cerró la puerta. De cuando en cuando se asomaba y veía al niño inmóvil, bajo el tubo de neón, de espaldas a ella. Entró Mamá y le alargó un bollo suizo con jamón dentro.

—Ten —dijo con el ceño fruncido. Volvió el rostro a la puerta entreabierta—: Vítora, cuide de que lo coma.

—Descuide —dijo la Vítora.

Mamá salió. Quico mordisqueó el bocadillo. Cuando apareció la Vítora con los labios rojos y el borde de las pestañas azul, embutida en su traje de fiesta, Quico dijo:

—Qué bien hueles, Vito.

—Ya ves.

—¿Es para que te huela el Femio?

—A ver.

Y cuando la Vítora concluía de darle pacientemente el bocadillo, sonó una tímida llamada: «Riiim».

—Es él —dijo la Vito, excitada.

—¿Femio?

—Femio. Corre a abrir. —Se sacudió las migas de la falda.

Quico quedó extrañado ante el uniforme. Lo miró de arriba abajo. El recluta se sentía acobardado:

—¿Vive aquí…? —comenzó.

—¡Pasa, Femio! —gritó la Vítora desde dentro.

Quico lo seguía, observándole las botas, la gorra que portaba en la mano, el fuelle de la guerrera. Dijo al cabo:

—¿Vas a matar a Rosita Encarnada?

—Mírala —dijo Femio—. Ya es espabilada la chavala, ya.

La Vítora parecía enfadada:

—Es niño, cacho patoso —dijo—. Además, ¿qué sabe la criatura?, siéntate.

Femio se sentó en una de las sillas blancas; se justificó:

—Estos chavales de casa fina, ya se sabe; ni carne ni pescado.

Quico lo miraba según hablaba y las palabras de Femio salían de su boca monótonamente, como empastadas. Atacó la Vítora:

—Oye, majo, ¿es que quieres que a los cuatro años la criatura tenga bigote?

El soldado levantó los hombros tres veces seguidas, como si fuese a caballo sin controlar la cabalgadura:

—Yo no digo nada —dijo—. A mí que me registren.

Quico continuaba examinándolo maravillado. Le dolió que Femio no le prestase una atención más próxima y se plantó delante de él:

—Me voy a cortar el pito —dijo, abriendo las piernas.

Femio le señaló con el pulgar.

—¡Vaya un prójimo! Apunta clase el chavea —hizo un cómico visaje—: No creas —añadió—, a lo mejor no es mala solución.

—Con una cuchilla de papá —añadió Quico.

—¿Estás tonto? Y te mueres —dijo la Vítora, sofocada.

—Déjale —dijo Femio—. No quiere problemas.

La Vítora se puso en jarras:

—Si vienes a malmeter a la criatura —dijo—, ya te estás largando.

Femio adelantó las dos manos:

—Calma —dijo—, calma. Ante todo quiero que sepas que si yo me voy allá no es por voluntario. Y otra cosa: que si tú tienes hoy mala leche, yo la tengo peor.

La Vítora se dobló hacia él. Le hablaba a gritos:

—No enseñes esas cosas a la criatura, ¿oyes? ¡No hables así, que no estás en la cantina!

Femio calló. La Vítora fue dejándose resbalar poco a poco hasta quedar sentada en la otra silla, muy rígida. Quico observaba al soldado con atención creciente. Dijo de pronto:

—¿No tienes puñal?

—No, majo.

—¿Y vas a África?

—¡Qué remedio!

—Y cuando vuelvas, ¿matarás a la Vito?

Femio se revolvió en la silla.

—¡Qué jodío chico! —dijo—. No piensa más que en matar, parece un general.

La Vítora seguía en silencio. Femio tarareó una canción tamborileando acompasadamente en un botón con los dedos y procuró un armisticio:

—¿Y es el más chico éste?

—El quinto es —dijo la Vítora.

—¡Mira, como yo!

Terció Quico:

—¿Soy como tú?

—A ver.

—Pero yo no tengo vestido.

—¿Vestido? ¿Qué vestido?

El niño acercó reverentemente un dedo hasta rozar el caqui.

—Más te vale —dijo el Femio. Volvió los ojos hacia la Vítora—: Parla como una persona mayor. Vaya pico que se gasta. ¿Y es el más chico?

—La niña está —dijo la Vítora.

—Seis —añadió el Femio, y ladeó la cabeza—. No está mal.

—Y lo que venga —dijo la Vítora.

—¡Madre! Claro que mejor puede él con dos docenas que yo con uno.

—¿Y qué sabes tú?

Con el pulgar, Femio señaló la puerta de comunicación:

—¿El andoba? —dijo—. No se ahorca por cien millones, ya ves tú.

—Muchos millones son ésos.

Femio echó los brazos por alto:

—A ver —dijo—. Ahora, que tú estés aquí a gusto por siete reales, ése es otro cantar.

Quico no se movía, pero cuando Femio acabó de hablar dijo:

—¿Tampoco tienes pistola?

—Tampoco.

—A mí me va a traer una la tía Cuqui.

—Mira, pues ya tienes más que yo.

La Vítora parecía decepcionada. Apoyó un codo en la mesa y recostó la cabeza sobre la mano:

—Y el Abelardo, ¿qué?

—Se queda. Pero ya se las canté; tenía ganas de cantárselas.

—¿No la habréis liado?

—Tanto como eso, pero vamos. De que salimos de la Caja va y me dice: «Tú eres un desgraciado». Y lo que yo le dije: «Oye, oye, padre y madre tengo, cinco dedos en cada mano y lo otro, así que de eso nada». El gicho quitó hierro y va y me dice: «Yo… no iba por ahí. Tú todo te lo tomas por donde quema». Y lo que yo le dije: «Mira, Abelardo, antes de hablar, avisa la dirección para evitar equívocos». ¡Qué te parece!

Femio levantó la cabeza y curioseó la pieza. Luego se puso en pie. Iba afianzándose. Quico lo consideraba en toda su estatura. Femio se desabotonó un bolso de la guerrera y sacó un «Celta». Al prenderlo, ladeó la cabeza y entrecerró los ojos. Dijo, tras una fumada profunda:

—Ya está curioso esto, ya.

Se recostaba en el fogón de sintasol rojo y apuntó con el cigarrillo para el termo:

—¿Y esto?

—Para fregar con agua caliente —dijo la Vítora.

Sonrió el Femio.

—Hay que ver —dijo—. A todo lujo.

Quico le tiró tímidamente del vuelo del pantalón:

—Femio —preguntó—, ¿vas a matar muchos malos?

—No, majo —se encorvó hacia el niño—. Yo no gasto.

—Mi papá mató cien.

—Tu papá apunta por lo fino.

De pronto, sin que nadie lo sospechara, la Vítora rompió a llorar, con los ojos aplastados contra el antebrazo.

El Femio se aproximó a ella.

—Tampoco te lo tomes así —dijo.

La Vítora hipaba, sollozaba, murmuraba palabras ininteligibles. El niño le abrazó las piernas.

—No llores, Vito —dijo.

Añadió el Femio:

—¿Puede saberse qué mala idea te ha dado? Allá, por no haber, ni mujeres, de modo que ya lo sabes.

La Vítora alzó la cara anegada en lágrimas:

—¿Y las negras? —preguntó.

El Femio hizo una mueca displicente:

—¿Son mujeres las negras?

A la Vítora se le cortó el llanto de repente.

—Mira —dijo—. Para lo que vosotros andáis buscando, sobran.

El Femio le pasó el brazo por la espalda y deslizó la mano por el escote:

—A mí me gusta lo blanco, ya lo sabes; cuanto más blanco, mejor.

La Vítora le apartó la mano.

—Vamos, quita —dijo. Sonrió entre las lágrimas—. No veo el momento —agregó— de verme otra vez contigo en el guateque del señor Macario, fíjate.

—¿Ahí? —dijo el Femio—. Ni amarrado, después de lo del domingo.

—¡Anda! ¿Y qué va a hacerle él?

—Ponerse en regla, que es lo que debe. ¿Tú crees que es plan aflojar ocho barbos para pasarse la tarde saltando por la ventana cada vez que asoma la poli?

—Vamos, no digas, que yo me meé de risa.

Quico se acercó a ella:

—¿Te has repasado, Vito? —dijo.

La Vítora se puso en pie de un salto:

—¡Quita esa mano, vamos!

El Femio lanzó la colilla al suelo:

—Mira si se gasta picardía el chaval.

La Vítora se ofuscó.

—No te pienses que lo hace con malicia —dijo.

Estaban de pie el uno junto al otro.

—Yo no creo nada —la sujetó por la cintura.

Quico tironeó de nuevo del vuelo de sus pantalones:

—¿Por qué no duermes aquí, Femio?

La Vítora se separó del soldado.

—No hay cama, majo.

—Sí —dijo Quico.

—¿Dónde, a ver?

El niño señaló el cuarto de plancha:

—Ahí, en la de Seve, contigo.

La Vítora se llevó las manos al rostro.

—¡Válgame Dios! —dijo—. ¿Quieres callar la boca?

—Como papá y mamá —dijo Quico.

El Femio reía, levemente acobardado:

—¿Sabes que aquí, para ser tan joven, no tiene malas ideas?

Miraba al chico socarronamente, sacó otro «Celta» y lo encendió entornando los ojos y haciendo pantalla con las manos. Dijo Quico:

—¿Está lejos África, Femio?

—Lejos.

—¿Más que el estanque de los patos?

—Más.

—¿Más que la Feria?

—Más.

Quico meditó unos segundos:

—¿Y más que la Otra Casa de Papá?

—Más.

Quico agitó los dedos de la mano derecha:

—¡Jobar! —dijo.

La Vítora estaba todavía trastornada. Dijo:

—El crío este tiene cada cacho salida.

—No es tonto, no —el Femio se acercó a la Vítora—: Así que tan amigos.

Ella le miró tiernamente:

—A ver, qué remedio.

—¿Y no vuelves a llorar?

La Vítora denegó con la cabeza. Estaban frente a frente, sin obstáculos por medio y él se aproximó aún más, la enlazó por el talle y la besó en la boca. La mano de la Vítora se engarabitaba sobre la espalda del muchacho, junto al fuelle de la guerrera. Y, como no ofreciera resistencia, el Femio la volvió a besar ahincadamente, con los labios entreabiertos, ocultando los de la muchacha entre los suyos, un poco atornillados. Quico los miraba, los ojos atónitos, y, como aquello se prolongara, empezó a golpear la pierna del Femio y a gritar:

—¡No la muerdas, tú!

Pero ni la Vítora ni el Femio le oían y él le golpeó de nuevo y de nuevo voceó:

—¡No la muerdas, tú!

Mas, como el Femio no le hiciera caso, se puso de puntillas, abrió la puerta y salió corriendo por el pasillo, diciendo a voces:

—¡Mamá, Domi, Juan, venir! ¡Femio está mordiendo a la Vito!

Las seis

Al entrar Mamá, con la Domi detrás, el Femio estaba como cuadrado, los tacones juntos, las punteras de las botas separadas, pero agachaba la cabeza como si le interesaran mucho las vueltas que daba a la gorra entre sus fuertes manazas. La Vítora, a tres metros de él, se recostaba en el mármol de la mesa, con una sonrisa violenta entre los labios, a los que rodeaba un salpullido tan rojo como los labios mismos. Quico precedía a Mamá cogida de la mano, como conduciéndola, y al ver a la Vítora y al Femio cada uno por su lado, se desmoronó:

—Ya no —dijo.

Dijo Mamá:

—Me asusté. Pensé que regañaban.

La Vítora fingía naturalidad, pero cada gesto suyo, cada movimiento, era una autoacusación:

—Cosas del Quico —dijo riendo forzadamente.

La Domi, con la niña en brazos, le guiñó un ojo y reforzó:

—Este chico, lo que no ve, lo inventa.

Mamá estaba como un espantapájaros, inmóvil, en el centro de la cocina.

—Perdonen —repitió.

La Vítora se adelantó de golpe:

—Bueno —dijo—, que no he hecho las presentaciones. Aquí, mi señora. Aquí, él.

Mamá tendió la mano al Femio:

—Mucho gusto —dijo.

—A la señora Domi ya la conoces.

—¿Qué tal, señora Domi? —preguntó el Femio.

—Ya ves, hijo —dijo la Domi—. Aquí andamos.

El Femio continuaba girando la gorra cuando Mamá le dijo:

—¿Así que se va usted?

—Mañana, ya ve.

Mamá movió lentamente la cabeza.

—Antes de que lo piense estará de vuelta —dijo—. El tiempo se va volando. —Volvió a tenderle la mano—: Vaya, pues, mucho gusto y que tenga suerte.

Al llegar a la puerta se volvió, tomó a Quico de la mano y lo sacó de la cocina. Le dijo en voz baja, pero enérgica:

—¡Vamos! Tú siempre metiendo la nariz en lo que no te importa. —Se dirigió a la Domi—: Llévele al cuarto.

Por las tardes las pisadas de Mamá sonaban más que por las mañanas. La Vítora decía: «Lo que más me gusta de tu mamá es cómo pisa». Su taconeo era firme y rápido cuando se dirigió al salón. Quico pareó su paso al de Juan y se encaminó al cuarto de jugar:

—¡Los soldados! —dijo alegremente cuando logró acompasar su paso al de su hermano.

La Domi cerró cuidadosamente la puerta después de pasar los niños e hizo sentar a Quico junto a ella. Afiló mucho los ojos para preguntarle:

—Di, hijo, ¿dónde le mordía el Femio?

—Aquí.

—¿En la boca?

—Sí.

—¡Huy, madre! ¿Y fuerte?

—Muy fuerte y más tiempo.

—¿Mucho tiempo?

—¡Muchísimo! —dijo Quico.

Juan se acercó a la mesa-camilla. Terció:

—¿Le hizo sangre?

—Vamos, calla tú la boca, ¿no ves que estoy hablando yo? —Se volvió a Quico—: Di, hijo, y ¿qué decía la Vito, qué decía?

Intervino Juan:

—¿Cómo va a hablar, Domi, si el Femio le mordía la boca?

—¡Te quieres callar!

Quico se echó al suelo y amontonó las chapas de Coca-Cola y de Kas y dijo:

—Yo vendía ruedas.

Dijo la Domi:

—Ven acá, majo.

Quico obedeció:

—¿Qué quieres?

Tenía una chapa en cada mano y se le veía impaciente. La Domi inquirió:

—Dime, hijo, dime: ¿qué dijo la Vito antes de be…, antes de morderla el Femio?

—Ya no me acuerdo —dijo Quico.

—¿No te acuerdas? ¿No habrían regañado?

—¡Qué va!

—Oye, majo, ¿y estaban en la cocina o en… en el cuarto cuando la mordió?

—¡Ya no sé más cosas, Domi, déjame! —chilló, de pronto, Quico.

La Domi levantó la mano:

—Te metía un testarazo así —dijo—. Anda, que cuando quieres, buen pico te gastas.

Quico se agachó junto a las chapas. Repitió:

—Claro, si ya te he dicho todas las cosas, Domi.

La mirada de la Domi encerraba ahora un brillo maligno:

—¿No quieres orinar?

—No.

—Si te repasas otra vez te corto el pito, ya estás enterado.

Movió la pierna en que se sentaba la niña y dijo: «Arre, caballito, vamos a Belén, a ver a la Virgen y al Niño también». Cris palmoteaba.

Quico colocaba una chapa sobre otra y cada vez que colocaba la séptima, la torre se le venía abajo. Empezó a desesperarse: «Ayyy», decía, pero sus manos eran cada vez más torpes e ineficaces. De pronto, bajo la butaca de plástico rameada, distinguió un lápiz. Abandonó las chapas, agarró el lapicero, se incorporó y revolvió en la librería de sus hermanos. No encontraba un papel y, entonces, tomó un libro del estante y arrancó, sin más, la primera hoja. Se tumbó en el suelo y empezó a pintar. Cada vez que trazaba un borratajo sus labios se entreabrían en una complacida sonrisa. Sonorizaba el grabado conforme nacía de su mano:

—Y aquí había un señor y aquí iba un tren con muchas ruedas, fafafafafafa-puiiiiiiiii, y le pillaba y el señor iba a su casa y luego un coche que estaba estropeado y el otro señor…

Al concluir se puso rápidamente en pie. Se aproximó a Juan:

—Mira, Juan —sonreía.

Juan examinó el papel atentamente.

—No lo entiendo —dijo.

—¿No lo entiendes?

—No, ¿qué es esto?

—Un señor del tren.

—¿Y esto?

—El sol, y eso, otro señor del coche.

Observaba a su hermano esperando su adhesión entusiasta, pero Juan repitió una vez más: «No lo entiendo».

La Domi se levantó dos veces de la silla, entreabrió la puerta y escuchó. No se oía nada. Al cabo de diez minutos le dijo a Juan:

—Juanito, hijo, llégate a la cocina y mira a ver qué hacen la Vito y el Femio.

—Hijaaa —dijo Juan.

—Anda, majo.

Juan agarró el picaporte.

—Oye —le advirtió la Domi sobre la marcha—. Di que vas a beber agua, no te se ocurra decirles que te lo he dicho yo, ¿oyes?

—Bueno.

Mientras duró la ausencia de Juan, la Domi paseó a la niña de la mano por la habitación. Cris se detenía ante cada objeto que encontraba y decía inclinándose hacia él: «A-ta-ta». Y la Domi, por no agacharse, corroboraba: «Caca, caca. Eso no se toca, ¿verdad, hija?». Al reaparecer Juan, la Domi inquirió con avidez:

—¿Qué?

—Se ha ido.

—¿Quién se ha ido?

—¿Quién va a ser? El Femio.

—¿Se ha ido el muy sinvergüenza sin decirme una palabra? Eso no se lo perdono. Vamos, que irse así. Pues no me dijo veces: «Para mí, señora Domi, usted como una madre». ¡Ya ves qué madre! —Se inclinó hacia Juan—: Y la Vito, ¿qué hace, hijo?

—Llorar.

—A ver qué quieres que haga.

—Si yo no digo nada, Domi —aclaró Juan.

La Domi le entregó a Cristina.

—Mira un poco por la niña —dijo. Y salió después de dar la luz.

Juan reparó en la mesa haciendo ángulo con la butaca de plástico rameado, cogió las dos sillitas de mimbre y las colocó encima.

—Mira, Quico —dijo—. ¡La cabaña!

—Sí —dijo Quico, enardecido.

Juan condujo a la niña debajo:

—Nosotros éramos los guardias y Cris estaba en la cárcel.

Quico colocó una silla grande, tumbada, a modo de puerta. Después se escurrió hacia el interior por entre los palos. Dijo:

—Por aquí entran otros malos, Juan.

—No —dijo Juan—. No le enseñes eso que se va a escapar.

Cris le sonreía desde su encierro y decía todo el tiempo: «A-ta-ta, a-ta-ta».

Juan se arrodilló junto a la prisionera, en tanto Quico daba vueltas y más vueltas en torno a ella. Tropezó con una silla:

—¡Ay! —dijo Cris.

—¿Ves? Ya la has pillado.

Se agachó Quico y divisó a la niña a través de la rejilla del asiento.

—¡Cris! —llamó—. Te veo.

—A-ta-ta.

—¿Estás presa, Cris?

—A-ta-ta.

La niña enredaba con un pájaro de baquelita que había encontrado en su prisión. Dijo Quico:

—Ese pájaro es mío. Me lo trajeron a mí los Reyes, ¿verdad, Juan?

Juan despojó de las faldas a la mesa-camilla y las depositó sobre la cabaña.

—Una casa con techo —dijo.

—Sí, ¡una casa con techo!

—No hay que mover la silla, si no, se cae.

Cristina empezó a gatear entre la silla y la butaca.

Chilló Quico enfáticamente:

—¡Que se escapa el ladrón!

—Ya no es un ladrón —dijo Juan.

Quico le miró desconcertado, se puso en cuclillas y se metió dentro. Se sentó junto a Cris y se acodó en la silla tumbada:

—Mira, Cris, la ventana.

—A-ta-ta.

—Yo era un papá y tú una mamá.

—A-ta-ta.

—Están bonitas por fuera, están riquitas por dentro —canturreó Quico sacando la cabeza por entre los palitroques—. ¡Mira, Juan, que me escapo!

Juan se había sentado en la butaca de plástico y sostenía el álbum de *La Conquista del Oeste* sobre los muslos.

—Yo ya no juego —dijo sin levantar los ojos.

Quico retiró la silla y salió. Tendió una mano a Cristina. Una vez la niña a su lado le dijo:

—Cuando quieras pis lo pides, ¿eh?

Cris lo miró sin comprenderle.

—Si te repasas te pego. —Se agachó y le tocó las bragas. Añadió—: ¡Huy, qué guapa es la niña! Juan, Cris no está hecha pis.

—Bueno, quita.

Quico tendió la vista en derredor suyo y como no hallara nada de interés se acercó a la puerta y salió. Cristina correteaba torpemente tras él. El montante de la puerta del office quebraba, al fondo, la oscuridad del pasillo. La casa estaba en silencio y apenas llegaba hasta ellos el murmullo de la conversación de la Domi con la Vítora a través del tabique. Dijo Quico, ahuecando la voz:

—Cris, el Coco.

—A-ta-ta —hizo la niña, atemorizada.

Quico dio la luz del cuarto de baño rosa y abrió las puertas del armarito barnizado.

—Te voy a afeitar —dijo—. ¿Quieres que te afeite, Cris? —se arrodilló.

Buscó entre los trastos allí guardados. Su rostro resplandecía de felicidad. Tomó el tubo de dentífrico:

—Otro cañón —dijo como para sí—. Está cargado.

Había allí unas tijeras con las puntas arqueadas, un curlas, tres barras de labios, dos polveras, un desinfectante de la boca, un rollo de algodón, la botella de alcohol, seis cepillos de dientes —blanco, transparente, amarillo, azul, rojo y caramelo—, un cartón de horquillas, una jeringa, un cuentagotas, una caja de microsupos sedantes, una lima de uñas, un frasco de gotas para la nariz, un pulverizador, dos peras de goma, un jabón, dos rollos de vendas, una docena de rulos de plástico blando para el pelo, un cepillo de uñas, otro de cabeza, un espejo redondo; tubos de maquillaje, endurecedor de uñas, crema limpiadora y crema nutritiva; frascos de colonia, mercurocromo y sales de fruta; rímel, dos peines —negro y blanco—, laca, tres lápices —negro, verde y azul— para los ojos, un termómetro en su estuche metálico, una cajita plateada de chinchetas y un tubo azul claro de pomada antihemorroidal.

A Quico se le hizo la boca agua:

—Cuántas cosas, ¿eh, Cris?

La niña se situó junto a él. Cogió un rulo de plástico y lo arrojó al retrete.

—A-ta-ta —dijo.

Quico rió. Se sentía feliz en aquel paraíso.

—No, Cris —le reprendió—. Eso es para hacer caca.

—Ca-ca —dijo Cris.

—¿Quieres caca? —dijo Quico, distraídamente.

Abrió el estuche del termómetro.

—Ven que te lo pongo —dijo.

Sentó a Cris en el suelo y le sujetó el termómetro en la ingle. Inmediatamente se lo quitó y lo miró al trasluz.

—Estás mala —dijo.

—A-ta-ta.

—¿Te pongo un supositorio?

Se sentó en la banquetita blanca, bajó las bragas a su hermana y cogió un microsupo sedante. Se lo introdujo en el trasero, pero el supositorio volvía a asomar como si estuviese vivo. Quico decía:

—No, Cris, no lo cagues.

A horcajadas sobre las piernas de Quico, Cris agitaba la caja de chinchetas. Finalmente admitió el supositorio:

—Así, la nena es buena —dijo Quico, subiéndole las bragas.

Volvió a encuclillarse frente al armario mágico y apenas oyó rodar la caja plateada de chinchetas por el inodoro. Denegó con la cabeza:

—Lo de afeitarse no está —dijo.

Cristina decía «no, no» con la cabeza y él añadió:

—Lo tiene papá guardado, ¿verdad?

La niña observaba seriamente cada uno de sus movimientos. Quico tomó los lápices de los ojos y dijo:

—¿Te pinto como a mamá?

La niña no decía ni sí ni no.

—Cierra los ojos.

Cristina los cerró y Quico trazó varios garabatos sobre sus párpados, con pulso tan inestable que los rayones se le extendían por las sienes y el caballete de la nariz.

—Ahora la boca —dijo.

Cogió una barra y le echó el aliento y la aplicó insistentemente a los labios húmedos y gordezuelos de la niña. Cristina sacaba la lengua y la chupaba. Quico reía con toda su alma:

—No, Cris, si no es de comer.

Los berretes rojos le alcanzaban hasta las orejas y Quico dijo, después de mirarla:

—Pareces un indio de la tele.

Súbitamente sonaron los tacones de Mamá, allá lejos, en el entarimado, y Quico se asustó, quiso guardar todo al mismo tiempo, pero su antebrazo topó contra el armario. Mamá decía: «Domi, Domi, ¿cómo están tan callados los niños?». La Domi salió a su encuentro, desde la cocina, y decía: «Ahí están,

señora, tan entretenidos». Y Mamá: «Hay luz en el baño, Domi». Y Domi: «No sé», pero los pasos avanzaban inexorables por el pasillo y Quico tomó de la mano a Cristina y dijo en voz alta:

—Eso no se hace, Cris; mamá da azotes a la nena.

Y Cris, con la cara tiznada, le miraba indiferente. Añadió Quico, agachándose, al oído de la niña:

—A ti no te pegan, Cris.

Pero antes de concluir, Mamá ya estaba chillando horrorizada y Quico decía con ojos de inocencia:

—Se escapó.

Y Mamá aupó a la niña y se encaró con la Domi y le decía: «Dígame, ¿con qué confianza voy a dejarle los niños?». Juan apareció en la puerta del cuarto de jugar.

—¡Ahí va! —dijo—. Parece un piel roja.

Y dijo la Domi:

—Pues ya ve, en un momento que he ido a la cocina.

Mamá perdió la cabeza y le dijo que qué pintaba ella en la cocina y que parecía que lo hacía aposta y que un día los niños se iban a envenenar y que con qué confianza iba ella a dejarle a los niños y que qué pintaba en la cocina y que parecía que lo hacía aposta, hasta que, al fin, la Domi se cansó y dijo:

—Mire, señora, pues si no está contenta, ya sabe.

Mamá se encaró con ella.

—Pues, no, Domi —dijo—. No estoy contenta. Así que decida.

Mamá, con Cris en brazos, taconeó pasillo adelante y Quico corría tras ellas y le decía a Mamá:

—¿No le pegas a Cris?

Mamá le respondió en el mismo tono con que hablaba a la Domi minutos antes:

—No, es chiquitina. Ella no tiene la culpa. De pegar a alguien, tendría que pegar a otras que tienen la culpa. Ella es chiquitina y no sabe lo que hace.

Las siete

La Domi tenía los ojos enramados, un pañuelito blanco en la mano y parecía mucho más vieja. La Vítora conectó el transistor para matar el silencio. Sus ojos estaban también hinchados y se desenvolvía en la cocina con apática desgana. Dijo la Domi:

—Encima lo del Femio. ¿Crees que yo merezco que se porte así conmigo, él que decía «Para mí, usted como una madre, señora Domi»? ¡Ya ves qué

madre! ¡Y que no es para un día ni para dos!

La Vítora se cuadró ante ella:

—Ya está bien, señora Domi, ¿no? No me dé más la murga. Si no me lo ha dicho usted veinte veces, no me lo ha dicho ninguna. ¿Y qué quiere que yo le haga?

—No te pongas así; tampoco es para que te pongas así, creo yo.

Una voz grave, henchida, dijo por el transistor: «La niña abandonada es ya una mujercita, María Piedad, y una mañana de crudo invierno llega a pedir colocación en casa de la señora Marquesa».

Añadió la Vítora, moviendo la cabeza hacia el aparato:

—Ya verá cómo va a resultar que es su hija.

Quico trajinaba sobre los baldosines y cuando volvió el silencio, de forma que sólo se sentía la voz meliflua, levemente nasal, de María Piedad, se incorporó y le dijo a la Domi:

—No te marches, Domi; yo no quiero que te marches.

La Domi le apartó bruscamente:

—Tú tienes la culpa. Si me marcho es por ti, de manera que ya lo sabes.

—No, Domi.

—No, Domi; no, Domi, ¿y quién ha pintado a la Cris?

—Ella.

—Ella, ella; ¿te crees tú que la Domi se chupa el dedo?

—Yo no me chupo el dedo, Domi.

—Bueno —dijo la vieja—. No contestes encima.

Los ojos de Quico se entristecieron:

—Domi —dijo—, eso no es contestar, eso es hablar.

El transistor decía: «La señora Marquesa llegó a considerar a la joven María Piedad como una pieza insustituible en palacio. Una tarde de primavera le dijo: “María Piedad, eres hermosa y discreta…”».

Quico salió de la cocina cariacontecido y, cuando cerró la puerta, la señora Marquesa cerró la boca. El cuarto, a mano derecha, permanecía en tinieblas y él dobló a la izquierda y penetró en el salón.

Mamá tejía un ovillo gris bajo la lámpara y tras ella, tendida en la alfombra verde claro, jugaba Cristina con el gigantesco encendedor de plata.

Juan se sentaba —*La Conquista del Oeste* entre sus manos— frente a Mamá, que parecía muy agitada, pero era como si su nerviosismo escapase por las puntas de las agujas cada vez que entrechocaban. Quico se aproximó a ella. Dijo Mamá sin mirarlo:

—No pongas las manos ahí.

Quico retiró las manos de los brazos del sillón y quedó con ellas en el aire, sin osar moverse, temeroso de provocar un nuevo conflicto. Dijo en voz baja:

—Mamá, yo no quiero que se marche Domi.

—Que lo diga —dijo Mamá.

Quico aguardó un rato antes de hablar:

—Si se va Domi —dijo—. ¿Ya no vuelve nunca, nunca?

—Otra vendrá —dijo Mamá.

—Yo no quiero que venga otra.

Se sentó en el borde del sillón y sacó del bolsillo la punta y el tubo de dentífrico. Tomó aquélla entre dos dedos, sujetándola por los extremos, y la hizo girar.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Mamá.

—Un clavo —se lo alargó—; toma, para que no se pinche Cris.

Pero Mamá contaba los puntos y murmuró: «Un momento», y mientras Mamá producía un bisbiseo como el de las viejas al rezar, Quico sintió las ganas y cruzó las piernas y se sofocó todo y cuando Mamá le dijo: «Trae», él respondió: «¿Cuál?», y Mamá levantó los ojos y dijo: «La punta, ¿dónde la has puesto?». Y entonces le vio congestionado y levantó la voz: «¿Dónde has puesto la punta? ¿Te la has tragado?». Quico asintió, sin valor para contradecirla. Mamá se levantó y le cogió la cabeza con las dos manos:

—Vamos, habla, ¿te has tragado la punta?

—Sí —dijo Quico tímidamente.

—Levanta, ¡anda, levanta! —chilló Mamá, y Juan dejó el álbum sobre la mesita enana y miró envidiosamente para su hermano, mientras Mamá buscaba por la mesa y por el sillón y por el suelo y decía: «¡Dios mío, Dios mío, qué chico! Es de la piel de Barrabás». Y levantaba la alfombra y le dijo a Juan: «Ayúdame», y los dos se pusieron a revolver todo. «No está, no está en ninguna parte —dijo Mamá—, ¿será posible?». —Lo incorporó y lo cogió por la cintura, agachándose—: ¿Te la has tragado, verdad que sí?

Quico asintió. Añadió Mamá toda alborotada:

—¡Dios santo, qué disgusto! —Volvía a mirar bajo el sillón, en la mesita enana—: Si hace un momento la tenía en la mano; el niño la tenía en la mano y me la quiso dar.

Mamá estaba a punto de llorar. Quico marchó a la cocina y al empinarse y abrir la puerta oyó la voz sollozante de la señora Marquesa:

—¡Hija, hija mía!

La Vítora se sonó:

—¿Qué le dije?

La Domi se llevó el pañuelo a los ojos. Quico se plantó en el centro de la cocina y dijo:

—¡Me he tragado una punta!

Mamá entró tras él, descompuesta, de forma que todo lo que no era de ella —el rímel, el colorete, el rojo de los labios, la laca rosada de las uñas— resaltaba sobre su palidez de cera. La Domi dio un brinco, agarró a Quico de un brazo y lo zarandeó:

—Esto es más malo que un dolor. ¿Es cierto eso, señora?

Mamá apenas tenía voz:

—Déjele —dijo—. Yo he tenido la culpa.

—¡Virgen! —dijo la Vítora.

Pero Mamá iba de un sitio a otro, desconcertada, se puso un zapato y corrió al teléfono. Colgó antes de hablar. Juan la seguía. La Vítora, inclinada sobre Quico, le decía:

—¿Te pincha?

—Sí.

—¿Dónde te pincha, hijo?

—Aquí. —Quico se señalaba la boca.

Mamá dejó el teléfono. Le puso cuidadosamente la mano en el estómago.

—¿Aquí o aquí? —preguntó desfondada.

Quico apuntó el estómago, sobre la mano de Mamá:

—Aquí —dijo.

—Dios mío, Dios mío —dijo Mamá. Volvió a agarrar el auricular. Le dijo a la Domi—: Tráigame los zapatos bajos.

Y luego, «Sí… sí… ya… una punta… ahora mismo… Quico… grande más bien… no, roñosa, no… un descuido… ya… sí, sí… dice que le pincha… estoy aterrada, Emilio… no, no, él no sabe nada… ¿ahora?… dos minutos… Gracias, Emilio… sí, sí… ya… ahora mismo… bueno… bueno… gracias, Emilio». Colgó el auricular. Quico la miraba con una sonrisa radiante. Juan le miraba a él y Quico se le encaró y le dijo:

—Me he tragado una punta, Juan.

—Ya —dijo Juan.

Y Mamá corría desatinadamente y decía: «El abrigo de piel». Y más tarde: «Vítora, llama al señor, que me mande el coche». Y más tarde: «Lávale al niño las manos y las rodillas». Y más tarde: «¿Te pincha mucho, hijo?». E iba de su dormitorio al cuarto de baño, del cuarto de baño a la cocina, de la cocina al dormitorio, del dormitorio al teléfono. La Vítora dijo:

—Trae el coche Uvencenlao, señora; el señor no puede venir, tiene una junta.

La Domi portaba a Cristina en brazos después de lavarle las manos y las rodillas a Quico y de ponerle el abrigo a cuadros y la caperuza roja. El transistor, en la cocina, decía: «Madre ¿y pensar que hemos vivido dos años una junto a la otra sin conocernos?». Pero no encontraba eco. Las manos de la Vítora tenían los dedos agarrotados, corvos como garras. Le dijo Quico, sonriendo:

—Anda, Vito, me he tragado una punta.

Ella se pasó el revés de la mano por la nariz enrojecida. Dijo:

—Dios quiera que no tengamos algo que lamentar. —Volvió la cabeza hacia el dormitorio—: ¿Le voy bajando, señora?

—Sí.

El «sí» de Mamá era algo patético, casi inaudible. Ya en la puerta de la calle, Quico se entretuvo viendo el desfile de motocicletas y automóviles. Cada vez que se detenían le decía a la Vítora:

—Está rojo, ¿verdad, Vito?

—Sí, majo; está rojo.

La gente marchaba con las solapas subidas, las manos en los bolsillos, a paso rápido. Pasó una mujer con un niño como de cinco años que berreaba. La mujer se detuvo junto a la puerta:

—Mira, Angelín —le dijo—, mira qué niña más mala.

La Vítora se sulfuró:

—¡Es niño, para que lo sepa!

La mujer se alejó murmurando y la Vítora dijo de pronto:

—Ve, ahí está el Uvenceslao.

Condujo al niño hasta el automóvil. Mamá llegaba en ese momento.

—Al médico —dijo—. Deprisa.

Cerró la portezuela.

—Me he tragado una punta —dijo Quico.

Uvenceslao volvió ligeramente la cabeza:

—¿Que te has tragado una punta?

Mamá se impacientó:

—¿Por qué se detiene?

—Está rojo, señora.

En la esquina estaba la castañera y, en la otra esquina, Julianillo, en su kiosco forrado de revistas y de tebeos, donde Quico compraba sus juguetes de plástico cada domingo y, más allá, el Cacharro, en su carrito, pordioseando y,

ya en la calle Mayor, la gente se apiñaba ante las taquillas del Teatro Quevedo, donde un gigantesco cartelón decía: «LA VERBENA DE LA PALOMA». Toda la gente parecía que fumaba y el coche tan pronto se llenaba de luz como se apagaba.

El médico les esperaba ya con la bata puesta. Mamá se echó a llorar:

—Estoy aterrada, Emilio —dijo—. Toda la culpa es mía.

El médico tomó a Mamá delicadamente por el brazo:

—Ten serenidad, bobita —dijo—. No será nada. Pasa.

—¿Tú crees?

—Ahora veremos.

Se encerraron los tres en un minúsculo cuarto, con una lucecita roja en un rincón y un gran aparato de hierro y cristal en el centro. Quico dijo:

—Me he tragado una punta.

—¿Estás seguro? —dijo el médico.

—Sí.

Mamá intervino:

—Es seguro, Emilio; la tenía en la mano cuando miré y, al segundo, cuando le volví a mirar, ya no la tenía y estaba rojo como la grana. He revuelto la habitación de arriba abajo y allí no había punta ni Dios que lo fundó.

—Calma —dijo el médico—. Tranquilízate. ¿Te importa que fume?

—¡Oh, no, por Dios! —Mamá revolvió en la cartera. Sacó un cigarrillo y se inclinó hacia el médico—: Dame lumbre a mí también, ¿quieres?

El médico aproximó el mechero:

—¡Oh, perdona! —dijo—. Enseguida le veo. En unos minutos me acomodo.

Quico reparó en el fantasma blanco bajo la luz roja, alzó los ojos y todo lo vio bajo un resplandor espectral. Inquirió:

—¿Es el infierno?

Agarró la mano de Mamá, de pie a su lado.

—No, hijo.

—¿No estarán los demonios detrás de eso? —y apuntó al extraño artefacto de hierro y cristal.

—Aquí no hay demonios —respondió Mamá.

El Fantasma observaba al niño atentamente. Dio una chupada al cigarrillo y, conforme expulsaba el humo, dijo:

—Este niño es imaginativo, ¿verdad?

Mamá rió en corto, indecisa:

—No sé… —dijo—. No sé qué decirte. Yo creo que, más o menos, como todos.

El Fantasma blanquirrojo se agitó un momento:

—Como todos, no —dijo—. Piensa demasiado y habla demasiado claro para su edad, ¿qué tiempo tiene?

—Tres años —dijo Mamá—. En abril hará cuatro.

—Ya ves —dijo el Fantasma.

Quico oprimía la mano de Mamá, que pateaba el suelo rítmicamente.

El Fantasma fumó de nuevo y preguntó:

—¿Estás nerviosa?

Mamá rió otra vez en corto:

—Si he de decirte la verdad, se me ahoga con un pelo.

—¿Cómo era la punta: cinco centímetros, cuatro, tres, menos?

Mamá elevó una mano en la penumbra rojiza:

—Una cosa así; aproximadamente dos centímetros y medio, creo yo.

El Fantasma arrojó la colilla a un cenicero de rincón.

—Vamos a ver —dijo—, quítale la ropita. Eso no hace falta; levántaselo. Así —le empujó tras el cristal, conectó y surgió el zumbido—: Vamos a ver —repitió.

Quico dijo a Mamá:

—Dame la mano.

La respiración de Mamá era muy agitada. El Fantasma murmuraba, con leves intermitencias:

—Aquí no hay nada… nada… nada… ¿te hago daño, pequeño?… bueno… nada —le oprimía el estómago y el vientre—: Bueno… aquí tampoco… nada… no se ve nada… a ver… date la vuelta… ¿te hago daño?… tampoco… sí que es raro esto; un cuerpo extraño se acusa enseguida. —Lo volvió de nuevo y, finalmente, dio la luz. Clavó en Quico sus gafas de montura negra y le dijo a Mamá—: Salvo que el clavo haya quedado horizontal, la punta hacia mí, no hay explicación posible. No se ve nada.

—Dios mío —musitó Mamá.

—No, bobita, no te preocupes. Estas cosas suelen resolverse solas. Que no se mueva mucho, en particular evita movimientos violentos, fútbol, saltos —jugueteaba con un bolígrafo azul—. Y, luego, que coma espárragos, puerros, pero enteros…

—¿Las hebras también? —preguntó Mamá

—Eso es precisamente lo que quiero decir. La estopa envuelve la punta y protege el estómago y las paredes abdominales.

Mamá denegaba con la cabeza, cada vez más descorazonada:

—Lo intentaré, Emilio —dijo con desánimo—. Pero no tengo ninguna fe; las tragaderas de este niño son una calamidad.

—Es necesario —dijo el Fantasma.

Mamá continuaba moviendo la cabeza de un lado a otro y el Fantasma añadió:

—Y con esas malas tragaderas que dices que tiene, ¿no tosió, ni se atragantó, ni le sobrevino una arcada cuando…?

—Nada —corroboró Mamá—. Cuando le miré estaba congestionado, pero de arcadas y eso, nada.

El Fantasma golpeó varias veces el hule verde de la mesa con la punta del bolígrafo.

—Es extraño —dijo, y miró fija, obstinadamente a Quico—: Este chico es el anteúltimo, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Qué edad tiene el pequeño?

—Es niña, Cristina.

—Es igual, ¿qué edad tiene?

—Un año.

El Fantasma hacía dibujitos caprichosos en un secante y sus labios se entreabrieron en una sonrisa. Quico dijo:

—¿Pintas un tren?

—Eso —dijo él—, un tren. —Y añadió—: De forma que durante dos años y medio éste ha sido el benjamín de la casa, ¿no es cierto?

—Más o menos.

Sobre la cabeza del Fantasma había un cuadro con muchas cabecitas guillotinadas y, en un ángulo, decía: «Facultad de Medicina, 1939-1945». A la izquierda había un calendario con una cunita, un niño dentro y a su lado un viejo barbudo y, al otro lado, un perro manchado, color canela, meditabundo. El Fantasma seguía sonriendo y Mamá dijo:

—¿No irás tú también a sermonearme sobre esas tonterías de los complejos?

—No es eso, pero a todos nos duele dejar de ser protagonistas, no te quepa la menor duda.

—¿El príncipe destronado?

—Exactamente —dijo el Fantasma—, tú lo has dicho. Eso no es una invención. Esa teoría no es una formulación caprichosa. El niño que durante

años ha sido eje, al dejar de serlo se defiende; no se resigna; trata de llamar la atención sobre sí.

Mamá pestañeó escépticamente:

—¿Y se traga una punta para eso?

—O lo inventa.

Mamá se impacientaba:

—Mira, Emilio, el niño estaba a mi lado y estoy por decirte que soy testigo de cómo se ha tragado la punta. Le he visto materialmente cómo se la tragaba.

El Fantasma sonrió:

—Bobita —dijo, y tomó una mano de Mamá entre las suyas—. La experiencia me dice que hay príncipes destronados que se fingen cojos, se escapan de casa o se sueltan de la mano de la niñera para cruzar la calzada. El caso es atraer sobre ellos una atención que meses antes conseguían sin esfuerzo de su parte. No te diré que sea una enfermedad psíquica, pero se le parece. En estos casos hay que actuar con sumo tacto, de manera que la transición sea insensible. No quiero afirmar que éste sea el caso, pero es muy raro que esa punta no se acuse a rayos, la verdad.

Mamá retiró la mano y se levantó como enfadada con el Fantasma:

—Escucha, Emilio. Desde que me casé me he pasado la vida destronando príncipes y ésta es la primera vez que uno se traga un clavo en represalia.

El Fantasma se levantó también y sonreía con un colmillo de oro, reluciente, y dijo:

—Estás nerviosa, bobita, y lo comprendo. Toma las precauciones que te he dicho, vigila las deposiciones y tenme al corriente.

Mamá taconeaba firmemente en la escalera de mármol. Quico descendía de su mano, pareando los pies a cada escalón. En el primer rellano se detuvo y levantó su rubia cabeza:

—¿Me ha sacado la punta el médico de la barriga? —preguntó.

—Claro —respondió Mamá—. Ahora tendrás que comer espárragos para curarte del todo.

Quico arrugó las cejas.

—¿Espárragos? —dijo—; ¡qué asco!

Uvenceslao se quitó la gorra para abrirles la portezuela. Mamá se arrellanó en el asiento trasero y cogió al niño en brazos. Por un momento su rostro se ensombreció. Le palpó una y otra vez las posaderas:

—Te has repasado, Quico —dijo con la mirada encendida.

—Un poco —admitió el niño, atemorizado.

Pero Mamá, tras la reacción inicial de destemplanza, sonrió generosamente:

—A casa —le dijo a Uvenceslao.

Y, después, estrujó a Quico contra las pieles:

—Ha sido del susto, ¿verdad, chiquitín? Pero ya no lo vuelves a hacer. Ahora te quedas quietecito con Mamá y mañana ya estás curado.

Quico recostó la rubia cabeza en el pecho de Mamá y sonrió:

—Claro —repitió—, ahora me quedo quieto y mañana ya estoy curado, ¿verdad, mamá?

Las ocho

Mamá se desprendió del abrigo con majestuosa displicencia y lo entregó a la Vítora y la Vítora le dijo:

—¿Qué dijo el médico, señora?

—Que no lo ve.

—Que no lo ve, ¿cuál?

—¡Cuál va a ser, hija, que preguntáis cada bobada…! La punta.

—¡Ande! ¿Y cómo la va a ver si el niño se la ha tragado?

—Con los rayos X, mujer.

La Vítora redondeó los ojos y la boca, pero no dijo nada. Colgó el abrigo en el ropero y se volvió hacia el niño. Mientras le quitaba el abrigo y la capucha le decía:

—Ven aquí, Barrabás; que eres más malo que Barrabás. De la piel del diablo eres tú; ¡madre, qué crío este! No gana una para sustos con él.

Pero Quico oyó la música en el cuarto del fondo y echó a correr por el pasillo y, desde la puerta, divisó a Merche y a Teté braceando, culeando, siguiendo el compás del tocadiscos a toda potencia, y a Marcos y Juan, recostados en la mesa, mirando, y Merche canturreaba:

> Lo bailan las muchachas y la gente mayor, pues es el nuevo ritmoque ha nacido del *rock*, la rubia, la morena, pelirroja, da igual. Tan sólo es necesariono perder el compás. *Twist*, *twist*, baila el *twist*, mi amor. *Twist*, *twist*, baila sin cesary sentirás el ritmo en ticon una fuerza que te hará feliz…

De pronto, Merche lo descubrió y corrió hacia él y lo levantó en brazos y le dijo:

—¿Qué dice el rubito? ¿Es verdad que te has tragado una punta, hijo?

Quico asentía. Le rodearon todos, Teté, Marcos y Juan. Juan dijo, abriendo los dedos pulgar e índice como una pinza:

—¡Jobar! Una punta así de larga.

—Me la ha sacado el médico, anda —dijo Quico.

El disco sonaba a todo volumen cuando se presentó la Domi con Cris en brazos. La puso en el suelo:

—Anda, bonita, échate un tui con el Quico —dijo.

La niña culeó desganadamente mientras Quico braceaba con todo entusiasmo, se encuclillaba, se incorporaba, procurando obedecer el compás. La Domi rezongaba:

—Me se duerme en los brazos. No se entretiene con nada, yo no sé qué le pasa.

La irrupción de Mamá los dejó paralizados:

—¿Están todos locos? ¿Es que no saben que el niño no se puede mover? ¡Quico, déjate de bailes y vente a sentar conmigo al salón!, ¿has oído?

Quico salió sumisamente tras ella seguido de Juan. Al llegar al salón, Mamá le entregó un montón de postales y lo sentó en una silla, bajo la lámpara.

—Anda, míralas —dijo—. Y a ver si puedes parar quieto hasta que te acuesten.

Dijo Juan:

—¿Son las que pintan los pobres con los pies?

—Los pobres y los ricos —dijo Mamá—. Las pintan con los pies los que no tienen manos —los dejó solos.

Quico le miró de refilón:

—Con los pies, Juan —rió.

Las pasó una tras otra. Juan las contemplaba también por encima de su hombro. Al concluir de verlas Quico las barajó. Quedó en primera posición una vista de un riachuelo con un rústico puentecillo de madera. La cara de Quico se iluminó:

—¿Te acuerdas, Juan —inquirió—, cuando me caí a un río y no me picó nada? ¿Te acuerdas?

—Sí —respondió Juan.

Del cuarto de atrás llegaban ritmos de *twist* y de *madisson* y de *rock*. Juan agarró una postal y la volvió:

—Voy a escribir a Mariloli —dijo.

Quico volvió otra, como hiciera su hermano:

—Y yo —dijo.

—Tú no sabes.

—Sí sé.

—A que no.

—Sí sé.

—No sabes porque eres un pequeñajo.

—¡No soy un pequeñajo!

—Sí.

—¡No! —gimió Quico.

—Un pequeñajo que ni va al cole ni nada.

—¡¡No!!

—Quico prorrumpió en un llanto rabioso. Instantáneamente apareció Mamá alarmada:

—¿Qué es lo que pasa?

Quico se explicó entre sollozos:

—Juan dice que soy un pequeñajo y que no sé escribir a Mariloli y que…

Impulsivamente Mamá propinó dos cachetes a Juan. Tras el segundo se quedó con la mano en alto y musitó: «Otro príncipe destronado»; agitó la cabeza de un lado a otro y añadió como para sí, malhumorada: «Yo no sé si esta casa acabará siendo el palacio real o un manicomio». Le tendió un bolígrafo a Quico:

—Ten. ¡Escribe! —dijo.

La mejilla sonrosada de Quico casi rozaba la postal. Dibujaba con pulso inseguro, sonriente, palitos y aros bajo la inquisitiva, despectiva, mirada de Juan:

—Ésta es la O —dijo.

—¿Y la A? —inquirió Juan.

—Ésa no sé.

—Lo ves, pues es la O con un rabito; mira, así —le devolvió el bolígrafo.

—¿Así, Juan?

—Sí.

Trazó torpemente un palo vertical y lo coronó con un punto:

—Ésta es la I —añadió.

Dibujó unos garabatos entre las letras y, al entrar de nuevo Mamá, le mostró la postal orgulloso:

—Es para Mariloli —dijo.

—¡Qué bien! —dijo Mamá—. Escribes ya muy bien. —Retiró las tarjetas. Agregó con voz temblona depositando un plato en la mesita enana—: Ahora el niño es bueno y va a comerse unos espárragos, ¿verdad, mi vida?

Le subió a Quico hasta la garganta una irritación sorda:

—¡Pues que se callen!

—¿Que se calle quién? —preguntó Mamá pacientemente.

—¡Pues que no bailen!

—Anda, Juan —dijo Mamá—, dile a Merche y a sus amigas que dejen el tocadiscos.

—¡Pues que venga la Vito! —añadió el niño.

—Y dile a la Vito que venga —voceó Mamá a Juan que ya alcanzaba la puerta.

—¡Pues… pues…!

Mamá le metió un espárrago en la boca. Quico mordisqueó la punta. Dijo entonces Mamá suavemente:

—Eso son mañas de niño chico, Quico. Anda, come.

Tardó en tragar. Apareció la Vítora. La música había cesado ya:

—A ver, majo; a ver cómo te comes todo el plato como un hombre —dijo la Vítora.

La Domi llegó detrás, con Cristina recostada sobre su pecho, seguida de Juan:

—Señora —dijo—, yo no sé qué hacer con esta cría; me se duerme toda, no hago vida de ella.

Cris cerraba pesadamente los párpados y no conseguía enderezar su negra cabecita. Tan pronto la Domi lo intentaba, la niña se recostaba en ella. Dijo Mamá:

—Dele un vaso de leche y acuéstela. Durmió poca siesta, ¿verdad?

La Domi señaló para el Quico con encono:

—Éstos la despertaron, como siempre.

Mamá animaba incansablemente a Quico, pero Quico cambiaba las hebras estoposas de un lado a otro de la boca y cada vez que intentaba tragar aquella bola áspera, se le amorataba el bigote, le lloraban los ojos y le sobrevenía una arcada:

—No me gusta —dijo tras un esfuerzo.

—Pues lo tienes que comer, tanto si te gusta como si no —replicó Mamá impaciente.

Intervino Juan:

—Los hilos, ¿son para atar el clavo?

—Eso —dijo Mamá—. ¡Vamos, traga!

Quico amenazaba volverse del revés cada vez que dejaba resbalar la bola hasta la glotis y de un golpe de tos la devolvía a la boca y continuaba

masticándola, triturándola incansablemente. Y Mamá musitaba: «Dios mío, qué castigo», y más tarde, «Vamos, traga», y más tarde, «Te doy una peseta por cada bola que tragues, Quico». Mas Quico no lo conseguía y al sonar el timbre y entrar la tía Cuqui se sintió liberado, se tiró de la silla y corrió hacia ella:

—Tía Cuqui —dijo—, ¿me traes la pistola?

La tía Cuqui abrió los brazos para recibirlo en ellos y se lamentó:

—Pobre Quico, a la tía Cuqui se le ha olvidado la pistola; la tía Cuqui tiene muy mala cabeza. —Lo dejó en el suelo y besó a Mamá—. Hola, guapa. —Y luego a Juan—. ¿Ya estás bueno? —y, mientras, Quico hurgaba en el bolsillo y decía:

—No importa, como ya tengo otra pistola, ¿verdad, tía?

—¿Tienes otra pistola?

—Sí, mira.

Extrajo el tubo de dentífrico del bolsillo y, al volver el forro, la punta cayó sobre la alfombra verde claro y Mamá chilló:

—¡La punta!

Y Quico miraba el clavo brillante sin pestañear, la bola de estopa inflándole un moflete, paralizado, como un pointer ante la pieza. Mamá insistió:

—¡La punta, es la punta! —se agachó y la examinó—: Claro que es la punta —repitió.

Y la tía Cuqui dijo:

—¿Qué ocurre con la punta, mujer?

Y terció Juan:

—Decía que se la había tragado y le han llevado al médico y es mentira.

Mamá hacía extraños visajes con los ojos y sonreía y apretaba los labios alternativamente y, como colofón, zamarreó a Quico con violencia al tiempo que le decía:

—Era para matarte. ¿No te das cuenta de que has dado a Mamá un susto de muerte?

La tía Cuqui sonreía con una expresión piadosa:

—Es pequeño —dijo—. No se da cuenta.

Juan salió corriendo del salón y a los pocos segundos regresó seguido de Merche, Teté, Marcos y la Vítora. Dijo Merche:

—¿Es verdad que es mentira que Quico se había tragado el clavo?

—Mira —dijo Mamá mostrándoselo.

Quico continuaba impasible en el centro del círculo acusador y tan sólo los párpados, subiendo y bajando, denotaban vida en su rostro.

—¡Jobar, vaya cara! —dijo Marcos.

La Vítora se arrodilló junto a Quico y le miró a los ojos. Sus palabras eran medio caricias, medio reconvención:

—¡Huy, qué chico! —dijo—. ¿Por qué dices que te has tragado la punta, di, si la tienes en el bolsillo?

Quico levantó los hombros y adelantó el labio inferior en señal de protesta. Se sentía acosado. Respondió débilmente:

—El médico me la ha sacado, Vito.

Tía Cuqui rió. Merche rió y dijo riendo:

—¡Qué mentiroso es!

También la Vítora rió nerviosamente:

—Para todo encuentra salida este crío —añadió.

Quico daba vueltas y más vueltas al tubo de dentífrico con los ojos bajos. Intervino la tía Cuqui y le tendió una mano:

—Déjale —dijo—; el niño ya va a ser bueno. ¿Verdad que ya eres bueno, Quico?

A Mamá le estallaba dentro la alegría, pero se fingía contrariada. Le dijo a la tía Cuqui:

—Me ha dado un susto de muerte, mujer; no puedes imaginarte qué tarde he pasado; y lo peor es qué le digo yo ahora a Emilio después de asegurarle que he visto cómo se la tragaba —volvió los ojos a Merche—: Llama a tu padre y dile que ha aparecido la punta, que todo ha sido una falsa alarma. —Se sentó en el sillón frente a la tía Cuqui y añadió—: Vítora, llévese esos espárragos.

Quico la miró implorante:

—¿Puedo escupir la bola? —preguntó.

Mamá le puso bajo la barbilla el cenicero de plata:

—Sí, anda, échala.

Quico la echó. Entonces la tía Cuqui preguntó a Mamá si Papá aún no había regresado y Mamá aclaró: «Tiene una junta», pero se la veía incómoda, como si también ella necesitase escupir la bola, y finalmente dijo:

—Nos hemos peleado.

—¿Otra vez? —inquirió la tía Cuqui.

A Mamá empezaron a brillarle los ojos:

—Es insufrible, te lo aseguro.

La tía Cuqui meneó la cabeza varias veces, de un lado a otro:

—Yo con mi hermano no hubiera podido vivir ni dos días —confesó—. Es un carácter el de Pablo que me puede, me saca de quicio, lo reconozco.

Habían marchado todos y Quico miraba las manos pequeñas, nerviosas, limpias de todo adorno, de la tía; Merche se asomó a la puerta seguida de Teté y de Marcos:

—Que bueno —dijo—. Dice papá que bueno, ¿podemos poner el tocadiscos?

—Sí —respondió Mamá y, cuando salieron corriendo, añadió bajando la voz—: Siempre apunta donde sabe que hace daño. Si sólo fuera discutir, no me importaría, pero Pablo tira golpes bajos a sabiendas, con el mayor encono.

—Siempre ha sido así —admitió la tía Cuqui—. Yo con Pablo no hubiera podido vivir ni dos días.

Mamá carraspeó. Parecía que encerraba más bolas dentro. Dijo con un hilo de voz:

—Lo nuestro hace años que ha terminado —señaló a Quico con la barbilla —. Pero están éstos y hay que fingir. Mi vida es una comedia.

La tía Cuqui se encampanó:

—Eso no —dijo—. El matrimonio se hace y se deshace entre dos. Tuvisteis unas relaciones lo suficientemente prolongadas para conoceros. El matrimonio no se rompe si uno no quiere. Y puesta a hacer comedia, ¿por qué no lo tomas más arriba y finges con tu marido?

Llegaba, muy acolchada, la voz de Hayley Mills, cantando *America the beautiful*, y Quico, al oírlo, salió disparado hacia el cuarto de jugar. Marcos, Teté, Merche y Juan rodeaban al tocadiscos. Teté marcaba el compás con el pie, mientras Juan se hurgaba en la nariz. Había varias fundas desparramadas sobre la mesa, bajo el Ángel de la Guarda, y Quico las curioseó una por una. Ante la efigie de Gelu se detuvo y señaló con la uña negra el pequeño recuadro de La Voz de su Amo:

—¡Merche! —chilló—. ¿Por qué se pone ahí el perro? Le va a matar.

Respondió Merche:

—¡Ay!, Quiquín, cada día que pasa eres más pequeñajo y entiendes menos las cosas; eso no es una escopeta, ¿sabes?, es la trompa de un gramófono del tiempo de Maricastaña.

Teté sacó de su funda el *Speedy Gonzales*, de Ennio Sangiusto, y se lo alargó a Merche:

—*Speedy*, Merche —dijo—; es que me chifla.

Juan se puso en pie súbitamente:

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las ocho y media.

—Quico, ¡el Conejo! —voceó Juan.

Salieron los dos, pero Mamá hablaba por teléfono y decía: «Ya… ya… ya… el príncipe destronado… ya… vais a tener razón… sí… claro… no había forma… gracias a Dios…». Quico la interrumpió:

—Mamá, ¿nos dejas subir a ver el Conejo a la tele de la tía Cuqui?

—¡Calla! —le conminó Mamá, y sonrió al auricular—: Perdona… es el niño que no me deja oír… precisamente… lo siento… tú dirás… ya… se lo diré… a buena parte vas…

Quico y Juan esperaban anhelantes el fin de la conversación. Mamá reía ahora nerviosamente, como suelen reír las colegialas de dieciséis años la primera vez que se les acerca un muchacho:

—Sí… ya hablaremos… no me atrevo… cualquier otro sitio… sí… ya… claro… sí… de acuerdo… de acuerdo… están aquí… no puedo ahora… también yo tengo ganas… sí, ya lo sabes… lo sabes de requetesobra… bueno… eres tonto… de acuerdo… adiós.

Colgó sin cesar de sonreír y Quico se precipitó:

—¿Nos dejas subir a ver el Conejo?

Mamá no le dejó terminar:

—Andad —dijo, y añadió apresuradamente, porque Quico se escapaba tan rápido como se lo permitían sus pequeñas piernas—: ¡Dice el médico que a ver si no le damos más sustos!

Sonó el estampido de la puerta de la calle. Juan y Quico trepaban por la escalera aceleradamente.

Juan chillaba:

—¡Deliciooooso! ¡Refrescaaaante!

Y Quico salmodiaba:

—Están bonitas por fuera, están riquitas por dentro.

Les abrió la Valen:

—¿Ya estáis aquí? —dijo malhumorada—. La tía ha salido, de modo que ya os estáis largando los dos.

Juan levantó sus ojos oscuros, ribeteados de ojeras, implorantes:

—Valen —dijo—, ¿nos dejas ver el Conejo?

—Sí, ¿verdad?, y luego me ponéis unos suelos que dan miedo. ¿Y quién tiene que limpiarlos? ¡La Valen!

—Nos quitamos las zapatillas, anda.

Vaciló la Valen. Al cabo dijo:

—Pasar, pero quitaros las calzas, ¿eh? No os lo digo dos veces.

Los dos niños se descalzaron. Los muebles de la tía Cuqui brillaban como si tuvieran cristal. En la caldera de cobre deslumbraba la luz del vestíbulo. El orden, la pulcritud reinaban en la casa. En el cuarto de la tele la tarima resplandecía como el diente de oro del Fantasma. Los dos niños se sentaron en el suelo tímidamente y la Valen conectó el receptor.

El cuadro se adelantó hasta enmarcar el Conejo.

—Ya ha empezado —dijo Juan.

El rostro de Quico se abrió en una sonrisa:

—Mira Porky, Juan.

Y el Conejo le dijo a Porky: «Estos gandules siempre se nos adelantan».

—Calla —dijo Juan.

El Conejo y Porky entraban en el despacho del Jefe y el Jefe les decía: «Hay una entrega para la calle de Quincalleros».

Quico pestañeó:

—¿Qué es entrega, Juan?

—Calla.

El Conejo y Porky salieron a la calle con el paquete.

—¡Jobar, cómo corre el Conejo, Juan!

Dijo Juan:

—Es que si lo lleva antes de diez minutos le dan cinco dólares.

—¿Qué es dólares, Juan?

—Pesetas.

—¡Ah!

El Conejo había cogido una patineta y se deslizaba por la calzada, el paquete atado al manillar. Porky le seguía pedaleando en un triciclo. De repente, el Conejo se estrelló contra una farola y el paquete se abrió y rodó por la calzada una bola con un cordel encendido.

«¡Una bomba, Porky!», gritó el Conejo.

Juan y Quico sonreían.

—Les va a matar —musitó Juan morbosamente.

Y la bola reventó —¡¡boooooom!!— y el Conejo y Porky volaron por los aires y aterrizaron en un alero y al mirarse el uno al otro vieron que Porky tenía la piel del Conejo y el Conejo la piel del cerdo y Quico y Juan se reían con toda su alma y antes de que se desahogaran, la Valen, que permanecía erguida en la puerta, tras ellos, como un gendarme, indiferente a los riesgos del Conejo y de Porky, les dijo:

—Ale, ahora os ponéis las calzas y a vuestra casa otra vez; ya es hora de acostaros.

Las nueve

Pablo encendió la lámpara, abrió el libro, se acodó en la mesa y se sujetó la cabeza entre las manos. Leía apresuradamente, afanosamente, sin mover los labios y, al pasar las páginas, producía un ruido exagerado, como si arrebujase un periódico. Quico lo miraba silenciosamente, bajo el marco de la puerta y, al entrar Mamá, corrió hacia ella y se empinó para ver a Pablo por encima de la mesa:

—Ya has venido del cole, ¿verdad, Pablo?

—¿No me ves? —respondió Pablo.

Quico sonrió, pero al observar el ceño de su hermano se calló. Mamá le revolvió el pelo a Pablo.

—¿Estás disgustado? —preguntó.

—Pché —dijo Pablo.

—Ya sabes que conmigo no necesitas disimular —añadió Mamá.

—¿A qué ton voy a estar disgustado? —preguntó Pablo—. Tú siempre quieres saber lo que pasa dentro de uno.

Mamá hacía como que no le oía. No respondía a Pablo sino a sí misma. Dijo:

—Ten valor y dile que no.

Pablo la miró de frente, con firmeza, y Mamá humilló los ojos. Dijo Pablo:

—He dicho a papá que iré e iré, aunque sólo sea por él.

Los ojos de Quico despedían chiribitas.

—¿Vas a ir a la guerra de Papá? —inquirió con entusiasmo.

Le miró Pablo, sorprendido.

—Eso —dijo con aplomada gravedad—, a la guerra de Papá; exactamente es lo que voy a hacer, ¿cómo lo has adivinado?

Mamá examinaba el rostro de Pablo con minuciosa atención:

—No te agrada, ¿verdad?

Pablo se echó repentinamente hacia atrás.

—No lo comprendo, que es otra cosa —respondió, y pareció que iba a continuar, pero se reprimió y, por último, tras una prolongada pausa, añadió —: El padre Llanes dice que asociaciones de veteranos hay en todas partes, pero, en nuestro caso, sólo serán eficaces si vamos unidos los de un lado con los del otro. Juntos, ¿comprendes? Es la única manera de olvidar viejos rencores.

Mamá asintió con la cabeza.

—¿Eso dice un cura? —inquirió.

—Eso, pero Llanes es de los jóvenes.

Mamá hablaba ahora como entristecida, como si tuviera mil años. Aclaró:

—Si los viejos no les confunden, los jóvenes suelen ver claro; seguramente el padre Llanes tiene razón.

Pablo entornó los ojos para preguntarle a Mamá:

—Tú no estás segura de nada, ¿verdad, mamá?

Mamá no respondió al pronto; tomó a Quico de la mano y anduvo dos pasos y, entonces, se volvió y le dijo a Pablo:

—De pocas cosas, hijo. Cada día de menos cosas. —Y antes de cerrar la puerta agregó—: Haz lo que creas más conveniente.

Mamá condujo a Quico a la cocina. El transistor de la Vítora facilitaba el parte meteorológico y hablaba de un anticiclón en las Azores y Quico dijo:

—¿Es un bicho muy grande, muy grande?, di, Vito.

—¿Cuál, hijo?

—Lo que ha dicho la radio.

Mamá intervino:

—El anticiclón es el sol; es… cuando hace bueno.

—Entonces —dijo Quico—, nos vamos ya a San Sebas con Mariloli…

—Todavía no —añadió Mamá y, después, a la Vito—: Dele de cenar, pero no le fuerce. El calcio, sí, lo olvidé a mediodía.

Salió Mamá y entró Juan, y Quico dijo:

—Juan, Pablo se va ir a la guerra de Papá.

—¿Sí?

—Sí, lo ha dicho.

—¡Dios! —Se abrió su profunda mirada entoldada—: Yo, cuando sea mayor también quiero ir a la guerra de Papá y matar más de cien malos. ¿Tú, Quico?

Los ojos de Quico se iban empequeñeciendo a medida que se ensanchaba la noche. Replicó:

—Yo… yo cuando sea mayor quiero ser guardia.

—Sí —dijo Juan—, ¿y si te pilla un coche?

—Pues mato al señor del coche.

Juan sonrió con suficiencia de adulto:

—Pero si estás muerto…

—Pues le mato yo antes.

La Vítora pasó la tortilla de la sartén al plato y colocó éste sobre el mármol blanco. Arrimó una silla:

—Ven acá —acomodó a Quico en sus piernas.

Quico engullía la tortilla con relativa rapidez.

—Esto te gusta, ¿eh, granuja? —dijo la Vítora.

—Como no me se hace bola…

El transistor cantaba ahora *Doña Francisquita*.

—¡Madre, qué perra han cogido!

Quico cesó de masticar:

—¿Quién ha cogido una perra, Vito?

—Anda, come y calla.

Entró la Domi y, a poco, Mamá:

—¿Qué tal come?

—Bien, ya ve, el huevo.

Quico la miró:

—¿Verdad, mamá, que Pablo se va a la guerra de Papá, verdad, mamá?

—Mañana —dijo Mamá.

Quico miró a Juan.

—¿Ves? —dijo triunfalmente.

La Domi iba y venía del cuarto de plancha. Una de las veces se encaró con Mamá y dijo con resolución:

—Digo, señora, que la cuenta.

—¿La cuenta? ¿Qué cuenta, Domi?

—Ande, señora, ¿cuál va a ser?, la mía.

Abría y cerraba los párpados como el muñeco de Cris, como si fuera a llorar. Y como quiera que Mamá la mirase desconcertada agregó:

—Me marcho.

—¿Se marcha?

—Ande, a ver, ¿no me ha despedido?

Se aclaró la mirada de Mamá. Dijo:

—Domi, no trabuque las cosas a su gusto, yo no la he despedido, la he regañado, que es distinto, porque creí que debía regañarla, pero los niños la quieren y yo estoy contenta con usted, de modo que piénselo.

La Domi se reducía, se arrugaba como una ciruelita pasa. Sacó del pecho la vocecita de Rosita Encarnada para decir:

—Ande, por mí.

—Pues no hablemos más —añadió Mamá contundente—. ¿Acostó a la niña?

—Como un angelito, si usted la viera. Estaba muerta de sueño.

Mamá entornó la puerta para salir. Miró a la Domi:

—En cuanto a lo de su hijo, recuérdemelo. Se lo diré al señor; a ver si él puede hacer algo.

Salió. La Domi hizo un gesto con el pulgar.

—Ya la has oído —dijo—, ahora se vuelve atrás.

La Vítora se sofocó:

—¡Y usted! —dijo furiosa—, sólo le faltó ponerse de rodillas. Claro que a su edad, ¿dónde va a ir que más valga?

—Vamos, calla la boca, tú —respondió la Domi, enfadada.

La Vítora llenó una cuchara sopera del gran frasco blanco y se la dio a Quico. Quico cerró los ojos y tragó. Después se pasó con fuerza, reiteradamente, el antebrazo por los labios.

—¡Qué asco! —dijo.

La Domi abrió el portillo de bajo el fogón y sacó un cantero de jabón. Miró a Quico.

—No vi nunca criatura más asquerosa para comer —dijo, y se dirigió al cuarto de plancha.

La Vítora dejó la cuchara en el fregadero y se puso en jarras:

—Ya está usted con el jabón; mire que la ha cogido modorra.

Los ojos de Quico se tornaban pequeñitos y apagados. Metió la mano en el bolsillo y extrajo el tubo vacío de dentífrico. Lo destapó y sonrió, con una sonrisa lejana y corta:

—Mira, Vito, una pistola.

—Sí, majo.

Regresó la Domi:

—Anda que el Femio, ni un perro se marcha así.

—No me lo miente —dijo la Vítora. Levantó la voz—: ¡No me lo vuelva a mentar!

Juan salió de la cocina y Quico tras él. Quico avanzaba por el pasillo cansinamente. En el cuarto no había nadie. Estaba recién ventilado y olía al frío húmedo, neblinoso, de la calle. Quico miró con aprensión al Ángel de la Guarda, luego sus ojos toparon con las tijeras de uñas, sobre la mesa. Guardó el tubo de dentífrico y las cogió.

—Yo era Blas —dijo.

Juan lo miraba desganadamente, pero su interés fue creciendo a medida que Quico se acercaba al enchufe del zócalo y abría las puntas de las tijeras:

—¿Qué vas a hacer?

—Arreglar la luz —respondió Quico—; yo era Blas.

Fue aproximando lentamente las puntas de las tijeras a los agujeros del enchufe y cuando se produjo el contacto saltó una llamarada azul y Quico dijo «¡ay!», y se oyó el tintineo de las tijeras contra los baldosines y, simultáneamente, se hicieron las tinieblas.

—Me he quemado, Juan —dijo Quico en la oscuridad, y se le oía frotar la mano contra la ropa—; me hace como cosquillas.

Sonó lejana la voz de Mamá:

—¿Qué pasa?

Y, al cabo, la voz de la Vítora:

—Nada, señora, el chivato.

Pero Juan voceó:

—¡Ha sido Quico que ha metido las tijeras en el enchufe!

Al tiempo que se hizo la luz, Mamá apareció por el extremo del pasillo, taconeando firmemente y, detrás, Pablo, Marcos, Merche, la Domi y la Vítora. Quico permanecía sentado, mirando el enchufe chamuscado y las tijeras diabólicas en el suelo, restregando la manita contra el jersey rojo. La voz de Mamá era tonante e implacable como la de un general:

—¿Cómo está este niño levantado? —Lo tomó por un brazo y Quico cerró los ojos y encogió el trasero, esperando el azote, pero el azote no se produjo y Mamá sólo lo zarandeó mientras chillaba—: ¡Un día te vas a morir! ¿A quién se le ocurre meter las tijeras en el enchufe? Te ha dado la corriente, ¿verdad?

Quico no respondió. Observaba los rostros expectantes de sus hermanos y su consuelo fue grande al ver que Merche le guiñaba un ojo y le sonreía. Luego, uno a uno, fueron desfilando todos hacia el salón, decepcionados. La Vítora le agarró de la mano:

—Vamos, hijo —dijo—; vámonos a la cama.

Entró con él en el cuarto de baño amarillo, levantó la tapa y le puso de pie sobre la taza.

—Haz un pis bien grande —añadió sosteniéndole por la cintura.

Quico, la barbilla incrustada en el pecho, observaba el arco delgado y transparente que, misteriosamente, proyectaba su cuerpo. Al concluir, escurrieron cuatro gotitas y el breve apéndice se desmayó. Se despabiló de repente.

—¡Huy! —dijo—, me se dobla el pito.

La Vítora lo tomó por las axilas.

—A ver —respondió. Apagó la luz del aseo al salir.

—¿Por qué me se dobla el pito, Vito?

—Como es de carne. Si fuera de madera o de hierro…

La Vítora lo puso de pie sobre la cuna. Dijo Quico:

—De carne cocida, ¿verdad, Vito?; el pito es de carne cocida.

—A ver; de carne cocida.

Las manos agarrotadas de la Vito iban desembarazándole del jersey rojo, los pantalones, la blusa azul y los calzoncillos y ella depositaba las prendas, cuidadosamente dobladas, sobre la butaca forrada de plástico. Quico bostezó aparatosamente.

—Estás que te caes de sueño, ¿eh?

El niño asintió. Miraba al Ángel de la Guarda, y al sillón rameado, y a las escalerillas metálicas, y a las camas vacías de sus hermanos flanqueando su cuna, y al Arco Iris. La Vítora se sentó en la cama de Marcos, sentó a Quico sobre sí y le quitó las zapatillas y los calcetines. Tomó el pijama amarillo:

—Anda, mete…; no, la otra mano, así.

Le abotonó la chaqueta hasta el cuello y dijo:

—A ver si no te meas la cama como ayer, que ya eres un mozo.

Abrió la cuna y depositó al niño entre las sábanas blancas. Dijo Quico:

—Y si no me hago pis voy al cole con Juan.

—A ver.

—¿Mañana?

—No hay día más cerca. A ver: Jesusitooo…

Quico bostezó de nuevo y, al concluir, paladeó el bostezo y prosiguió:

—… de mi vida, eres niño como yo, por eso te quiero tanto y te doy mi corazón.

Dijo la Vito:

—Tuyo es.

—Mío no —respondió el niño.

La Vítora le arropó maternalmente. Dijo de súbito:

—No hemos rezado por el Femio. ¿Quieres que recemos un poco por el Femio, Quico?

—Sí, Vito —respondió Quico, medio dormido—. ¿Se va el Femio a la guerra de Papá?

La Vítora suspiró hondo:

—Para el caso. A ver, junta las manos, así. Jesusitooo…

—… de mi vida, eres niño como yo, por eso te quiero tanto y te doy mi corazón.

—Tuyo es…

—Mío no.

—Que el Femio haga buen viaje, amén —concluyó la Vítora.

Lo arropó de nuevo de forma que únicamente asomaran por el embozo los ojos y el gran flequillo rubio y, finalmente, le besó en la frente ruidosamente:

—Hasta mañana, y a ver si no te meas la cama.

Apagó la luz y cerró la puerta. Quico permaneció unos segundos inmóvil, traspuesto, pero al oír el chasquido abrió unos ojos terriblemente dilatados y, girándolos en las órbitas, sin moverse, divisó el resplandor que se adentraba por el montante y, en la penumbra, la inmovilidad amenazadora del Ángel de la Guarda y sus ojos y sus alas y, de improviso, los cuernos y el rabo y, entonces, gritó con todos sus pulmones:

—¡Vito!

Pero nadie acudió y el Demonio empezaba a rebullir y, a su lado, al pie de la cuna divisó al Moro muerto y tornó a vocear:

—¡¡Vito!!

Fue Domi la que entró:

—¿A santo de qué armas este escándalo? ¿Qué es lo que quieres, di?

—Agua —dijo Quico, repentinamente apaciguado y, bajo la luz, al amparo de la Domi, el Demonio volvía a ser el Ángel de la Guarda, sin cuernos ni rabo, y el Moro, el orinal verde de plástico, y cuando retornó la Domi y le dijo: «Toma, agua», él bebió un buche y dijo: «Sí, Domi», y la Domi gruñó: «Y no me pidas agua ni vino porque no vuelvo a venir, ya lo sabes», y él respondió: «Sí, Domi» y se tumbó y apretó los párpados para no advertir el advenimiento de las tinieblas, mas al sentir el ruido de la puerta, abrió un ojo, y, en la penumbra, divisó a Longinos levantando la mano con una enorme jeringa y, detrás, al Soldado, acurrucado, con un puñal, en actitud de clavarle, y sin acertar a dominarse voceó otra vez:

—¡Vito!

Mas, a su grito, Longinos se puso en marcha y el Soldado se incorporó y Quico, aterrado, se cubrió cabeza y todo llorando a gritos y repitiendo histéricamente: «Vito, Vito, ven», pero, nuevamente, acudió la Domi y dio la luz y se plantó a los pies de la cuna, los brazos cruzados sobre el pecho:

—¿Puede saberse qué tripa se te ha roto ahora? —preguntó acremente.

Longinos no era ya Longinos, ni remotamente, sino el costado de la librería con el jarrón encima, y el Soldado tampoco era el Soldado, sino la butaca de plástico, con su ropita minuciosamente doblada, y Quico dijo:

—Quiero pis.

—¿No te ha puesto la Vito?

—No.

Lo incorporó y le arrimó el orinal de plástico verde. Aguardó pacientemente:

—Ya ves —dijo, al cabo— cuánto pis, cuatro gotas. Lo que hace falta es que no te mees la cama, marrano.

Quico volvió a tenderse y se tapó los ojos cerrados con el embozo, pero, apenas lo había hecho, cuando sintió sobre sí un frenético aleteo y chilló de nuevo:

—¡Domi!

La Domi abrió la puerta:

—Buena nos ha caído —rutó—. ¿Qué es lo que quieres ahora?

La voz de Quico era agresiva:

—¡Pues que no cierres!

La Domi dejó la puerta entornada, mas al sentir los pasos que se alejaban, Quico volvió a gritar:

—¡Domi!

—¿Qué?

—¡Pues que se acueste Pablo!

—Pablo tiene que cenar, de modo que ya lo sabes.

—¡Pues… pues… pues que venga Mamá!

—Tu mamá está ocupada.

—¡Pues quiero que venga!

—A dormir —cerró la puerta.

—¡¡¡Mamá!!!

Oyó los tacones de Mamá a lo lejos, en el entarimado, y la Domi abrió la puerta. Su voz se hizo meliflua, extrañamente acariciadora:

—Quico, hijo, ¿no ves que tu mamá tiene que cenar?

Los tacones de Mamá repicaban ahora en los baldosines del pasillo. Oyó su voz:

—¿Qué pasa?

—Ya ve, que no se quiere dormir —respondió la Domi.

Pero Mamá ya estaba junto a él y se sentó en la cama de Marcos y le decía suavemente:

—¿Qué pasa, Quico? ¿Tienes miedo?

—Sí —musitó Quico.

—¿Y a qué tiene miedo mi niño?

Quico sacó la mano por el embozo y, a tientas, buscó la de Mamá. Mamá se la oprimió entre las suyas y él notó enseguida el calor protector:

—Venía el Demonio cuando tú no estabas y me llevaba de los pelos al infierno, con el Moro, y luego Longinos me pinchaba y el Soldado iba con el puñal de dos filos, y el Fantasma…

—Huy, cuántas historias; ¿quién te cuenta esas historias, Quico?

La voz de Mamá amansaba sus nervios y, en la penumbra, todo tenía ahora su perfil normal. Dijo Quico:

—La Domi.

—Esa Domi… —dijo Mamá.

Descendía sobre él el sueño, un sueño pesado, irresistible, pero aún oprimió dos veces la mano de Mamá antes de que sus deditos se aflojaran y su respiración se acompasase. Mamá permaneció unos minutos a su lado y, luego, se incorporó quedamente, introdujo la mano de Quico bajo las ropas y abandonó la habitación andando de puntillas. Al llegar frente a la puerta de la cocina, la Domi le salió al paso:

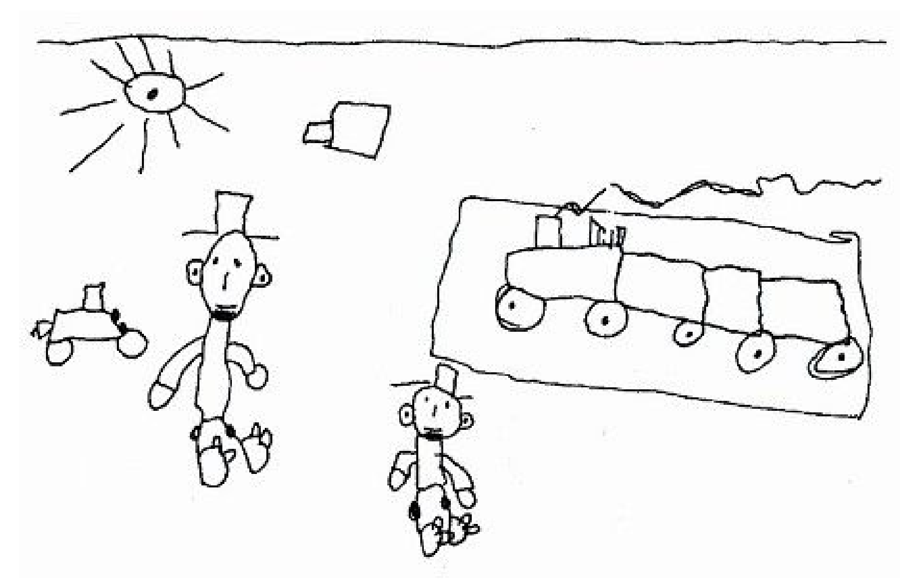
—¿Qué quería el niño, señora?

—Mi mano —dijo Mamá.

—¿Su mano?

—Tenía miedo.

—¡Ah!



La Domi relajó su expresión y en sus ojos brilló una chispa de ternura:

—A saber qué tendrá la mano de una madre —dijo.

Mamá adoptó un gesto duro para replicar:

—Lo malo es luego —dijo—, el día que falta Mamá o se dan cuenta de que Mamá siente los mismos temores que sienten ellos. Y lo peor es que eso ya no tiene remedio.

Las guerras de nuestros antepasados

1975

Si con Parábola del náufrago *experimenté con el lenguaje, con* Las guerras de nuestros antepasados *abordé una segunda experiencia: la de una novela larga totalmente dialogada. El diálogo se establece entre un condenado a muerte, Pacífico Pérez, y el doctor Burgueño, médico del Sanatorio Penitenciario de Navafría, donde aquél convalece. En principio da la impresión de que una novela dialogada ha de ser pesada; una novela, casi diríamos, agarrotada y aburrida. A mí, por lo menos, la expresión «novela dialogada» me despierta esa sensación. Por eso lo primero que quiero decir es que* Las guerras de nuestros antepasados *es la novela más dinámica, movida y ágil que ha salido de mi pluma, un relato rural, de paisaje cambiante, en el que muevo cuarenta o cincuenta personajes, que si de algo pecan es de exceso de movimiento. Lo del diálogo vino casi obligado en cuanto me consideré maduro para poner voces; experto, por así decirlo, en castellano rural, que practicaba a menudo en mis excursiones al campo. Las declaraciones de Pacífico no sólo son interesantes sino expuestas en una jerga simple, convincente y atractiva*.

Soy un escritor que escribe tanto con la vista como con el oído, cosa esta última que facilita mi tarea. Estimo que éste es el dato que mejor define a mis personajes, ya que la manera de hablar dice más de un ser humano que su rostro. Ésta es la razón de que yo use —y tal vez abuse— del tono y del habla de los distintos estamentos sociales, especialmente de los campesinos, cuya riqueza de vocabulario es superior a la de otros sectores. Soy consciente de que este último es un rasgo propiciado por siglos de aislamiento, por lo que no es arriesgado aventurar que no perdurará demasiado tiempo, dado que campo y ciudad conviven hoy, viven unidos y confundidos.

El diálogo de Las guerras de nuestros antepasados, *antes que el tema de la novela, me animó a realizar una adaptación teatral. A Ramón García Domínguez y a mí nos llevó tiempo el empeño pero quedamos satisfechos. Estrenada en Madrid en 1989, y paseada por toda España, la adaptación resultó un éxito franco y puso de relieve el encanto del lenguaje rural. El papel de Pacífico Pérez, a lo largo de unas cuantas temporadas teatrales, lo desempeñaron indistintamente José Sacristán y Manuel Galiana, tan buenos actores como diferentes. Una cosa curiosa: siendo modélicas ambas interpretaciones, y relatando los dos actores un mismo texto, Galiana necesitó un cuarto de hora más que Sacristán para exponerlo. ¿Qué quiere decir esto? Es complejo, pero en lo principal viene a decir que el idioma*

rural tiene dos velocidades y que, ya se emplee la corta o la larga, ello no afecta para nada a su calidad. Es un hecho demostrado.

M. D.

Abril de 2008

La violencia es simple; las alternativas

la violencia son complejas.

FRIEDRICH *HACKER*

El enfermo Pacífico Pérez ingresó en el Sanatorio de Navafría en la mañana del 25 de marzo de 1961. Durante el reconocimiento se mostró tímido y reservado, respondiendo a mis preguntas con cortados monosílabos. Tras detenida exploración, descubrí en sus pulmones una fibrosis bilateral, con cavernas tuberculosas ya viejas y, en consecuencia, una propensión obvia a un fallo cardiorrespiratorio. Sentí piedad por él, tanto por su disposición resignada, como por la gravedad de su dolencia. Con los días, este sentimiento inicial derivó hacia la curiosidad al observar su actitud ante los compañeros, taciturna y como distante sin dejar de ser afable. A la legua se advertía que eran mundos opuestos y a la chabacanería y mal gusto de las provocaciones de aquéllos, el muchacho respondía con una sonrisa abierta, sin doblez ni reticencia. También en los interminables coloquios que tenían lugar por las mañanas en el patio y, por las tardes, en la galería de reposo, y que indefectiblemente giraban sobre el pasado o el porvenir de los enfermos, Pacífico Pérez guardaba discreto silencio. Era evidente que para él no existía más que el presente y en este terreno manifestaba su conformidad o su discrepancia, asintiendo o denegando con la cabeza o con expresiones escuetas, eso sí, procurando dulcificar su laconismo con ademanes desproporcionadamente cordiales y una generosa expresión en el semblante. No quería compartir su propio mundo pero tampoco rehuía la convivencia obligada. El muchacho producía la impresión de que todo cuanto le rodeaba le resultaba ajeno y él no era sino una presencia flotante cuya irrupción en este mundo se debía a la pura casualidad.

Pacífico Pérez, de rasgos fisonómicos nobles, era alto y extremadamente flaco. Debido a su timidez, y tal vez a su enfermedad, caminaba ligeramente encorvado. Esto, unido a las entradas prematuras de su cabello y a las gafas de gruesos cristales que, como buen tímido, trataba de acomodar constantemente agarrándolas por la patilla derecha, le imprimían un aire intelectual que desmentían sus ademanes y, en particular, su tono de voz y sus expresiones, decididamente rurales.

A las dos semanas de entrar en el Sanatorio, Pacífico Pérez comenzó la construcción de un pequeño jardín en el ángulo noroeste del patio, resguardado del cierzo por una alta tapia. Apenas disponía de semillas y herramientas, pero merced a su arte y más que nada a su paciencia benedictina, logró convertir aquello en un remanso vegetal que en los atardeceres regaba acarreando agua desde el pilón —en el extremo opuesto del patio— con su plato de aluminio. Los obstáculos parecían estimularle y

cada mañana se pasaba largos ratos contemplando los progresos de su obra, arrancando las malas hierbas o explicando a sus compañeros los pormenores de alguna flor o las exigencias del minúsculo semillero. En rigor, era ésta su única distracción, puesto que Pacífico no recibía visitas regularmente. Tan sólo a mediados de abril se presentó en el locutorio una muchacha bastante agraciada acompañada de un niño de poco tiempo. Al salir, el rostro de Pacífico no expresaba la menor emoción, y el muchacho portaba bajo el brazo, sin ningún entusiasmo, media docena de tabletas de chocolate y en la mano derecha una ristra de chorizos.

A través de estos indicios, llegué a la conclusión de que Pacífico era un desplazado, un ser desamparado y fuera de sitio, con lo que mi curiosidad inicial se convirtió en una verdadera obsesión por ayudarle, puesto que su situación no era envidiable en ningún aspecto. Con este propósito y como primera medida, relegué su reconocimiento semanal al último enfermo de la jornada. De este modo podía retenerle un tiempo en mi despacho, ofrecerle una copita de anís —único licor de que gustaba— y tratar de departir con él en la intimidad. El proceso hasta conseguir una conexión confidencial fue lento y dificultoso. Pacífico observaba una actitud defensiva, basada antes que en la hosquedad en la ambigüedad y los circunloquios. Hablaba del campo como si se refiriese a todo el campo del mundo y cuando decía «mi pueblo», lo decía de una manera impersonal, como si nadie lo habitara. Un día afronté la situación directamente y le pregunté si no tenía familia. Su respuesta fue lacónica: «Qué hacer», dijo, pero no hubo manera de arrancarle una palabra más. En otra ocasión, tal vez más inspirado, le conté la anécdota de mi abuela que sembró calabazas y calabacines en el huerto, en cuadros rayanos, y cuando las plantas florecieron, las abejas fecundaron indistintamente unos y otros y las calabazas nacieron con forma de calabacines y los calabacines con forma de calabazas. Ante mi asombro, la historia desató su entusiasmo y durante largo rato habló de las abejas y sus particularidades y terminó diciendo que él era capaz de catar desnudo una colmena. Aquello me demostró que Pacífico Pérez era naturalmente locuaz pero seguramente la experiencia le había sugerido la reserva como actitud aconsejable para caminar por la vida. Yo aproveché, sin embargo, este resquicio para abrir brecha y por primera vez y durante media hora platicamos sobre temas campesinos. Al día siguiente bajé al pueblo y compré unas semillas de claveles de poeta, alhelíes y margaritas reales, flores, todas ellas, propias de la época. Al entregárselas a Pacífico una semana después para su jardín, advertí que el impacto había sido directo. Mi gesto aventó

buena parte de su desconfianza. Comprendió sin duda que mi intención era recta y bienintencionada y, a partir de entonces, nuestras conversaciones, aunque siempre sobre temas banales o genéricos, eran fluidas y llenaban sin violencias el tiempo de que disponíamos. Su primera referencia a un personaje concreto recuerdo que se produjo durante el primer reconocimiento de mayo. La tarde anterior, Sopero, uno de los perdonavidas del grupo, pisoteó hasta cansarse uno de los macizos que Pacífico cultivaba con más amor. El muchacho no le recriminó, ni hizo intención de detenerlo; se limitó a observarlo como si su acción fuese algo natural y hasta esperado. Cuando a la tarde siguiente yo afeé el proceder de Sopero, Pacífico sonrió remotamente y dijo: «Él no tiene la culpa; es peleón como el Bisa». De inmediato le pregunté quién era el Bisa y él respondió: «Ande ¿quién iba a ser? Mi bisabuelo». La mención del Bisa fue como la llave que franqueó definitivamente nuestras relaciones. A partir de ese día, Pacífico no evitaba la referencia a personas particulares, ajenas o de su familia, que en una u otra forma hubieran influido sobre él. Hablaba, como de seres inconciliables, de «los del Otero» y «los del Humán», del Abue, de la Corina, la abuela Benetilde, la señora Dictrinia y, con una unción y una frecuencia fácilmente advertibles, de «mi tío Paco». Por mi parte yo le contaba igualmente de mis años infantiles en el pueblo y él gustaba de confrontar mis observaciones con sus personales experiencias. De este modo, nuestras pláticas discurrían en un clima de naturalidad y confianza que me llevaron un día a sugerirle la posibilidad de charlar abiertamente de su pasado ante el magnetófono que Agustín Parra, el boticario de Veguillas y antiguo compañero de colegio, acababa de traerme de Canarias. Pacífico me hizo accionar el aparato varias veces y su comentario fue por demás expresivo: «Está bien traído el chisme ese —dijo—; todo lo parla». Sin embargo, no se decidió a acceder inmediatamente a mis pretensiones, pese a asegurarle yo que mientras él no me autorizase «él chisme ese» no diría una palabra. Ante mi encarecimiento, Pacífico se avino a consultar con su tío Paco y una semana más tarde, apenas llegó a reconocimiento, me dijo sin más preámbulos: «Que bueno». «Que bueno ¿qué?», inquirí yo. «Lo de hablar —respondió—, que dice mi tío que bueno». Así es como pude llevar a cabo las grabaciones que a continuación transcribo. Los textos son fieles, prácticamente literales. Apenas he suprimido de ellos algunas reiteraciones —pocas— y ciertos enrevesados circunloquios que perjudicaban a la claridad del relato. Asimismo he aligerado la palabrería banal de nuestras despedidas y reencuentros por entender que nada significativo añaden a las confidencias de Pacífico Pérez.

Fuera de lo apuntado, la transcripción es textual: he respetado incluso los balbuceos y torpezas de expresión que, aun dentro de la locuacidad que Pacífico Pérez llegó a adquirir a lo largo de nuestros coloquios nocturnos, no son ciertamente infrecuentes en su conversación. Los «o sea», «a ver», «qué hacer», «tal cual», «por mayor», «aguarde» y otras locuciones semejantes están ahí no sólo por razones de fidelidad sino como exponente de una manera de ser, de una manifestación del léxico campesino de Castilla que, desgraciadamente, por mor del mimetismo urbano y de la televisión, van desapareciendo. Las charlas se iniciaron el 21 de mayo de 1961 y concluyeron el 27 del mismo mes. Fueron, pues, siete noches consecutivas de diálogo, cuya traducción brindo al lector seguidamente, pidiendo de antemano perdón por los errores a que una deficiente grabación pueda haberme inducido.

DR. BURGUEÑO LÓPEZ

DOCTOR.— Anda, Pacífico, siéntate. Ponte cómodo, no te dé apuro. ¿Quieres otra copita? Sin reparos, hijo. Relájate y vamos a charlar tranquilamente. Nadie nos oye y podemos conversar hasta que te canses. Y cuando te canses, me lo dices y nos vamos a acostar. No tenemos prisa. Ya seguiremos mañana y, si mañana no podemos, otro día. Hay tiempo por delante. Lo único que te pido es que seas sincero, conmigo y contigo mismo. Eso y que hagas un esfuerzo por recordar cosas, incluso pequeños detalles que a ti te parezcan insignificantes. Es decir, detalles que se refieran a personas y hechos de tu vida, empezando por la infancia. En lo que de mí dependa, yo procuraré ayudarte. Bien, para empezar, si no me equivoco, tú eres de un pueblecito de Castilla, Humán del Otero, ¿no es así?

PACÍFICO PÉREZ.— Sí señor, nacido y criado.

DR.— Está bien, ¿y cuál es tu primer recuerdo del pueblo?

P. P.— Bueno, vamos, o sea, me pongo a pensar y, por un ejemplo, yo me recuerdo por un igual del Bisa y de la abuela Benetilde y de Madre y de la casa y de todo. ¡Ande que si no me fuera a recordar!

DR.— Bien, la casa. Has dicho la casa. ¿Cómo era tu casa, Pacífico? ¿Dónde estaba situada? ¿Quiénes vivíais en ella? Todo me interesa.

P. P.— Bueno, vamos, o sea, en realidad no lo sé, doctor. Mi casa era como todas, o sea, distinta.

DR.— ¿Y por qué razón era distinta tu casa, Pacífico?

P. P.— ¡Qué cosas, oiga! Pues porque la casa de cada quien es siempre la casa de cada quien, ¿no?

DR.— Pero ¿qué tenía de particular?

P. P.— Mire, por un ejemplo, doctor, mi casa era de piedra de toba, ¿se da cuenta? O sea, como todas las del pueblo, las del Humán y las del Otero. Pero tenía una galería de cristales, tal que así, corrida, que no tenían las demás.

DR.— ¿Y qué más cosas había en tu casa?

P. P.— ¿En la trasera?

DR.— En la trasera o donde fuese.

P. P.— Pues, mire, de la parte de atrás, quedaba el ruejo, y el pilón, donde cada año, por San Pedro, bañábamos al Bisa. Y orilla del ruejo estaba la higuera, donde dicen que llovieron hostias cuando la abuela Benetilde entró en trance al alcanzar la mayoría.

DR.— Perdona, Pacífico, antes hablaste del Humán y del Otero, ¿es que eran caseríos distintos?

P. P.— A ver, doctor, natural. El Otero quedaba arriba, en el cerro, frente por frente del Crestón, ¿comprende? Allí andaban, por un ejemplo, el camposanto y la parroquia. Abajo, orilla el Embustes, o sea, el río, estaba el Humán.

DR.— ¿Cuál era la economía del pueblo? ¿De qué vivía la gente?

P. P.— Ande, según.

DR.— Según ¿qué?

P. P.— Mire, en el vallejo, por mayor, frutales, manzanos en su mayor parte.

DR.— ¿Y qué más?

P. P.— Como haber también había algún ciruelo y algún peral, ¿se da cuenta? Y unas nogalas hermosas, oiga. Pero raro era el año que sazonaban.

DR.— ¿Por qué razón, Pacífico?

P. P.— Las heladas, mire. Si la primavera se metía en hielos, se encajonaba el zarzagán entre Las Puertas y cosa perdida; en una noche todo abrasado. La nuez es fruto delicado, oiga.

DR.— ¿Y arriba? ¿Qué había arriba?

P. P.— ¿En los altos?

DR.— Sí, en los altos.

P. P.— Aulagas y moheda para el jabalí, ya ve.

DR.— ¿No se cultivaba nada?

P. P.— Aguarde, de primeras, nada, no señor. Al cabo, Padre metió el tractor en los perdidos y puso en siembra también más de tres mil hectáreas, trigo y cebada, ¿sabe?, cereal. ¡Ande que los del Otero todavía no se lo han perdonado! A Padre, digo.

DR.— ¿Y qué les iba a los del Otero que tu padre sembrase en los perdidos o no?

P. P.— Ande, por los pastos, ¿se da cuenta? Los roturos dejaban al pueblo sin pastos. Para que las cabras comieran, digo.

DR.— ¿No había en tu pueblo alguna industria, alguna destilería, de sidra, por ejemplo, algo que os ayudase a sobrevivir?

P. P.— De eso, nada, no señor. Digo, por todo haber, la miel. O sea, en las vaguadas de la cerviguera y en las breñas, se criaba bien el brezo. Y allí, al amparo de la humedad, pusieron los del pueblo las colmenas, ¿sabe?: hornillos y movilistas.

DR.— Dime, Pacífico, cuando tú saliste del pueblo, ¿quedaba mucha gente allí?

P. P.— Si le digo que cien vecinos, tenga por seguro que exagero. La juventud estaba cansada, oiga; el campo es muy esclavo.

DR.— ¿Y hubo algún momento en que Humán del Otero, por el motivo que fuese, provocase una afluencia extraordinaria de gente?

P. P.— ¿Cómo dice?

DR.— Quiero decir, Pacífico, si tu pueblo tuvo alguna vez más vecinos que cuando tú te fuiste.

P. P.— Ande, eso a poco.

DR.— ¿Cuándo?

P. P.— Mire, desde chaval hasta que me hice mozo, o sea, hasta que me largué, aquello se quedó en la mitad.

DR.— ¿Y antes? ¿Hubo más gente alguna vez?

P. P.— Bueno, vamos, o sea, al decir del Bisa, cuando él era chaval, con lo de las pepitas del arroyo Alija, arriba, en Prádanos, o sea, la Peña Aquilina, vino personal de toda la provincia.

DR.— ¿Pepitas de oro?

P. P.— De oro, sí, señor, tal cual; vamos, eso decían. Lo cierto es que arriba, en Prádanos, todavía andan los cobertizos y los lavaderos orilla el regato. Precisamente allí, doctor, fue donde la Candi me la pegó muchos años después. Pero ése es otro cantar.

DR.— Más adelante hablaremos de eso, Pacífico. No me gustaría que se nos olvidase. Pero dime, esa fiebre del oro a que te refieres ¿duró mucho tiempo?

P. P.— Ya sabe usted lo que son esas cosas, doctor. A mayores, lo que las cuatro pepitas que había. Ni más ni menos.

DR.— Desde entonces, Humán del Otero ¿no volvió a tener fama por nada?

P. P.— Aguarde, oiga, que más todavía que lo del oro fue lo de la abuela Benetilde, ¿se da cuenta? O sea, los trances, que al decir del Abue aquello sí que le dio fama al pueblo, que venían forasteros inclusive de Portugal. Pero lo que pasa, los del Otero empezaron con que la Mística, la abuela Benetilde, digo, era una embaucadora y aquello se acabó como lo del oro.

DR.— Y en vida tuya ¿no recuerdas nada extraordinario que ocurriera en tu pueblo?

P. P.— Nada, no señor. Aquello estaba muerto. De no ser lo del Hibernizo, ya ve. Un capricho de la naturaleza. O sea, un camueso que florecía en noviembre y perdía la hoja en abril; un llevacontrarias, que decía Madre. Por mayor, la cosa sí era chocante, no digo que no, pero fuera de don Patricio y un grupo, gente de estudios, ¿sabe?, nadie se preocupó por el árbol.

DR.— Una cosa, Pacífico ¿por qué molestaba a los del Otero que tu abuela tuviera visiones y vinieran gentes de fuera? Algo dejarían, ¿no?

P. P.— Bueno, usted no les conoce, oiga. A los del Otero, digo. Los del Humán y los del Otero nunca se llevaron bien, de siempre. O sea, como el perro y el gato, ¿comprende? Que por menos de nada se ponían a la greña y armaban una cantea. Al decir del Bisa, eso venía de atrás, las rencillas, digo, de cuando los moros, échele.

DR.— Todo esto es muy interesante, Pacífico, pero me agradaría llevar un orden, empezar por el principio, ¿me entiendes? Vamos a ver si nos centramos un poco. Cuando tú saliste del Humán, ¿quién era en tu casa el jefe de familia?

P. P.— ¿El amo la casa quiere decir?

DR.— Eso quería decir, Pacífico.

P. P.— El Bisa, natural.

DR.— ¿El Bisa?

P. P.— O sea, mi bisabuelo.

DR.— Ya. ¿Crees tú que tu bisabuelo dejó alguna huella en ti?

P. P.— A saber, doctor. Eso nunca se sabe.

DR.— Dime, ¿y cómo era tu bisabuelo? ¿Cómo lo recuerdas?

P. P.— Bueno, yo me recuerdo del Bisa en la silla de ruedas de acá para allá, que no lo dejaba, oiga. Y, por San Pedro, en el pilón, chapoteando que hay que ver cómo la gozaba el hombre.

D. R— De las personas que te rodeaban, ¿es el del Bisa el recuerdo más fuerte que guardas?

P. P.— Según, oiga. O sea, también me recuerdo del Abue, con la cara plana, bebiendo del porrón y mirando de lado, como los peces.

DR.— ¿Quién se ocupaba más de ti? ¿El Bisa o el Abue?

P. P.— Parigual, mire. Los dos me contaban historias de cuando sus guerras, ¿sabe? Pero eran tan largas que las más de las veces me quedaba dormido. Que me recuerdo que el Bisa todo se renegaba y le decía al Abue… O sea, le decía una cosa que no está bien que yo se la repita, doctor.

DR.— ¿Qué le decía? Estamos entre hombres, Pacífico; yo no voy a asustarme.

P. P.— Pues decía, verá, decía, a ver si vamos a joderla, Vitálico; este chico no tiene nada entre las piernas.

DR.— ¿Eso decía?

P. P.— Cabalmente.

DR.— ¿Y no te humillaba que tu bisabuelo dijera eso de ti?

P. P.— A decir verdad, no señor. O sea, yo le oía como quien oye llover, oiga. El Bisa hablaba de su guerra y yo, a mayores, nunca me interesé por esos asuntos.

DR.— Pero ¿a qué guerra se refería, hijo?

P. P.— A saber, oiga. Lo cierto es que en casa, empezando por el Bisa y terminando por Padre, todos tenían su guerra, una guerra de qué hablar, ¿comprende? Que luego andaba el tío Teodoro, que al decir del Bisa, así que acabaron las guerras aquí, se largó a las Américas a buscar otra. Pero al tío Teodoro nunca llegué a conocerlo.

DR.— Pero digo yo que tus abuelos, al hablar de sus guerras, mencionarían algún nombre, algún general, alguna batalla, ¿no es así?

P. P.— A ver, doctor, natural. Por ejemplo, al Bisa, el general Moriones y el Duque de la Torre no se le caían de la boca. Por lo que respecta al Abue, ya se sabe, el Abd-el-Krim, y el fuerte de Igueriben, siempre la misma copla. Si le digo mi verdad, doctor, en casa, el único que hablaba de la guerra de verdad, o sea de Brunete, Teruel y esas cosas, era Padre.

DR.— Está bien. Esto ya es entrar en razón, Pacífico. Y el viejo, ¿qué historias te contaba el viejo?, tu bisabuelo quiero decir.

P. P.— ¿Historias? El Bisa sólo contaba una, oiga, siempre la misma, desde que nací. Ya ve, me recuerdo que Madre, al verle con la silla atrás y adelante, haciendo el ruido de los disparos y la corneta, siempre decía: conforme se pone, el mejor día nos va a dar que sentir, dichosa guerra.

DR.— ¿Y recuerdas tú esa historia, Pacífico?

P. P.— Ande que si no la fuera a recordar. En veinte años no le he oído otra cosa, hágase cuenta.

DR.— ¿Podrías repetírmela?

P. P.— Por poder, pero le participo que es muy larga.

DR.— No te preocupes por eso, Pacífico. Nadie nos persigue.

P. P.— Bueno, en realidad, la historia empezaba con el capitán Estévez, la noche que el capitán Estévez le dijo al Bisa que había que meter en cintura a

las posiciones del ferrocarril, ¿se da cuenta? O sea, para que me entienda, el enemigo se había atrincherado al abrigaño del monte y como el tren subía y bajaba sin nadie que le hostigase, pues eso, no les faltaba de aquí, o sea, de comer, ¿se da cuenta?

DR.— Está claro, Pacífico. Sigue.

P. P.— Entonces, el remedio era cortar la vía, ¿entiende? Y una noche, el Duque de la Torre, que debía ser el jefe, le leyó la cartilla al general Moriones, que el Bisa estaba orilla suya, y dice que le dijo: Morioncitos, tienes que demostrar que los tienes bien puestos, ¿qué necesitas para desalojar a esos piojos de sus posiciones? Entonces, el general le pidió refuerzos. O sea, le dijo: dame 5000 infantes, dos baterías y un escuadrón de a caballo y el jueves que viene estaré en Bilbao, ¿comprende? Conque el Duque cumplió, oiga, que al decir del Bisa, al día siguiente ya andaban en danza los refuerzos, monte abajo, camino del río.

DR.— Está bien, ¿qué ocurrió entonces?

P. P.— Aguarde. Esa misma tarde, al decir del Bisa, se puso a diluviar, ¿sabe?, de forma que él, el sargento Beitia y una partida de soldados, subieron a Ciérgola para alojar al general. Que dice, el Bisa, digo, que allí no quedaba un alma, fuera de una tipa así, más fuerte que la señora Dictrinia, y fue él, el Bisa, digo, y la pidió alojamiento para el general, pero ella quieta parada, como si no fuese con ella, ¿entiende? Y, entonces, fue el Bisa y se lo repitió, pero ella, la mujer, digo, la misma, o sea, chitón. Y en estas, el Bisa se cabreó, la puso la punta del machete en la barriga y que una habitación para el general, y ella, entonces, que bien, que la segunda puerta a la derecha. ¿Y qué se piensa usted, doctor, que había en la segunda puerta a la derecha?

DR.— ¡Qué sé yo, Pacífico!

P. P.— Pues el váter, para que se entere. Que yo me digo, oiga, que también hace falta sangre fría para una respuesta así.

DR.— Verdaderamente, hijo. ¿Y qué hizo tu bisabuelo?

P. P. — Ya ve, qué iba a hacer el hombre. Sacudirla un moquete y buscar él la habitación. Pero tampoco se piense que escarmentó ella, la tipa, digo, que, a poco, el sargento Beitia la pidió velas y la misma copla, que en la iglesia había. Y, a ver qué remedio, a la iglesia se fueron ellos, que, al decir del Bisa, el sargento quería pegar fuego al pueblo, dese cuenta, que menos mal que el general, muy prudente, le dijo que parase quieto, que no quería excesos, ¿sabe?

DR.— ¿Cuándo sucedió esto, Pacífico?

P. P.— Pues esto ocurría, doctor, si el Bisa no mentía, allá por el año 74, para abril, que ya ha llovido.

DR.— Está bien, continúa.

P. P.— Bueno, pues se llegaron a la ermita, agarraron los cirios y el Bisa apandó además los cepos de las limosnas, que, a su decir, Bilbao andaba al caer y él estaba sin blanca.

DR.— ¿Cogió el dinero de la iglesia el Bisa?

P. P.— Bueno, oiga, no le choque. El Bisa era de los de la uña larga, para que usted se entere. Que, para mí, que la había tomado con las iglesias. Ya ve, era yo todavía un chaval, cuando me habló de subir a Prádanos, ya sabe, donde las pepitas, a coger la estatua de la Virgen Negra que, a su decir, tenía mucho misterio.

DR.— Perdona, Pacífico, no nos dispersemos. Estábamos en Ciérgola, cuando el sargento Beitia y el Bisa cogieron las velas. ¿Qué hicieron luego?

P. P.— Por mayor, dárselas al general, a ver. Y ellos se acostaron arriba, en el sobrado, entre la yerba, que, al decir del Bisa, por aquellas tierras hay un heno bien rico. Conque casi se habían acomodado, cuando empezó el rum-rum, como de ratas, que el Bisa, ¿eres tú, Beitia?, y Beitia, ¿yo?, y, entonces, fue el Bisa, prendió una cerilla y le vio, que, a su decir, no asomaba más que los ojos asustados y la punta de la nariz, todo lo demás cubierto por el heno, ¿se da cuenta? Conque el Bisa no se lo pensó dos veces, oiga, agarró el machete y le espetó sin preguntarle ni cómo se llamaba, que el otro dice que decía, ¡madre, madre!, sin fuerzas, ya ve, hasta que calló la boca. Y, a la mañana, conforme amaneció Dios, el Bisa abrió los postigos y así que vio al muerto que era lampiño, un chaval, le dijo al sargento, pero Beitia, si es un mocoso. Y Beitia, que al decir del Bisa, tenía unos despertares muy atravesados, ni caso, o sea: Déjale estar, Vendiano. La cizaña hay que cortarla a tiempo, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Y dices que lo mató a machetazos?

P. P.— A machetazos, tal cual. Pero esto no se lo tome en cuenta al Bisa, o sea, era lo suyo. Ya lo decía él: lo mío es la bayoneta. De forma que ya lo sabe.

DR.— ¿Decía él eso?

P. P.— Así decía, sí señor. Y que era muy sencillo, ¿sabe? O sea, tres dedos debajo del ombligo, ¡cuaj!, bayoneta adentro, media vuelta a la derecha y listo. Que yo, que era chaval entonces, le decía: ¿Y qué, Bisa? Y él

explicaba que las tripas escapaban por el ojal a borbotones, tal como el agua de la Toba cuando se abre la compuerta, ¿se da cuenta?

DR.— Ya lo creo, hijo; continúa.

P. P.— Conque el Bisa bajó del pajar con el alba, que, a su decir, las calles ya estaban llenas de soldados chapoteando en el barro, o sea, seguía diluviando. Y conforme descendían a las posiciones, las botas chuac-chuac en los charcos, a ver. Y los cascos del caballo del general, parigual, que dice que iba envuelto en un capotón, el general, digo, sin abrir el pico. Pero así que llegó orilla los parapetos, se empinó en los estribos, y voceó: ¡Soldados! Peleamos por la libertad, peleamos por la Patria y morir por la libertad y por la Patria es la más hermosa muerte. Soldados: ¡Viva la Reina! La arenga, esas cosas, ya sabe. Pero, al decir del Bisa, no pasarían cinco minutos y empezó el jorco, doctor, los cañones y la fusilería, que los caseríos volaban despanzurrados por los obuses a izquierda y derecha, oiga, que era el no parar. Pero como lo del Bisa era el cuchillo, el hombre, a ver, como un chivo en un garaje, tal cual, que, a su decir, tiraba tiros por tirar, o sea, por hacer ruido, sin atinar ni nada. Que dice que no hacía más que pensar, a ver si este maricón de turuta toca a armar bayonetas de una vez, pero que nada. Y, con unas cosas y otras, se le calentó la sangre, al Bisa, digo, se volvió donde el turuta y le voceó: ¡Eh, tú, sietemesino! ¿Es que no piensas tocar a armar bayonetas en toda la mañana? Pero el turuta como si tal cosa; lógico, ¿no?, él esperaba órdenes de arriba.

DR.— ¿Y qué hizo el Bisa?

P. P.— Aguarde. Al decir suyo, el cañoneo arreciaba y el capitán Estévez, con la espada en la mano, no se determinaba. Y, en éstas, el sargento Beitia voceó: ¡Van a acribillarnos vivos! Que oír esto el Bisa y perder la paciencia fue todo uno. Así que se volvió donde el turuta y dio la orden, o sea, le puso la bayoneta en el estómago y le dijo: Toca a armar bayonetas, cacho maricón, o te saco las tripas aquí mismo, ¿se da cuenta? Que la bayoneta era lo suyo, así que el otro, el turuta, digo, agarró el cornetín y dale que te pego.

DR.— ¿Tocó a armar bayonetas?

P. P.— Ande, a ver, por la cuenta que le tenía. Que el Bisa más contento que unas pascuas, natural. Saltó de la trinchera y si te he visto no me acuerdo.

DR.— ¿Saltó él solo?

P. P.— Eso no lo sé, oiga. Digo yo que los demás irían luego. Pero, a su decir, corría sin mirar atrás, regateando, como las lagartijas, para sortear las balas, ¿se da cuenta? Y conforme alcanzó la posición enemiga, ¡cuaj!, bayoneta adentro, tres dedos debajo del ombligo, media vuelta a la derecha y

listo, ¿comprende? Así veces y veces, que, a su decir, unos, los enemigos, digo, levantaban los brazos al pincharles, y otros, reviraban los ojos, y aún les había, hágase cuenta, que agarraban el caño del fusil, y hacían por sacarla, la bayoneta, digo, boberías, ya ve usted, que siempre hará más fuerza el que empuja de la parte de fuera, ¿no? De forma que cuando el capitán Estévez se personó en la posición, el Bisa ya se había despachado una docena de ellos. Y los que no, se arrancaban a correr cerviguera arriba y el Bisa tras ellos, al correquetepillo, a ver, que a su decir, entonces tenía buenas piernas, ya ve, conforme se le ve ahora de postrado, y les acuchillaba las espaldas, pero con su ciencia, no crea, o sea, buscándoles el riñón, bien el derecho, bien el izquierdo, que lo prudente, a su decir, en esos casos, es orillar el espinazo, no sea que se te vuelva el arma y te desgracie.

DR.— Continúa, Pacífico.

P. P.— Bien mirado, poco más hubo, doctor. Lo único, que los desgraciados que espetaba se ponían a rodar ladera abajo y, de no enredarse en una carrasca, no paraban hasta el río, natural, conque el agua se iba poniendo roja, y la que escurría por la cárcava, el agua, digo, la de las escorrentías, tal cual. Que, al decir del Bisa, aquello era una bendición. Conque, pinchazo va, pinchazo viene, el Bisa no paró hasta que puso pie en la vía, ¿comprende?, orilla del túnel. Y una vez allí, trepó a un cotarro y voceó: ¡Victoria!, y levantaba el fusil ensangrentado y lleno de mierda, ¿entiende?

DR.— ¿Y así acabó la historia?

P. P.— Bueno, la cosa tuvo su fin de fiesta, no crea. O sea, a la tarde, así que la tropa entró en Galdamés, el general Moriones mandó formar en la plaza, y él mismo, subido al abrevadero, lo dijo, o sea, que la ejemplaridad del soldado Vendiano Pérez, y su valor temerario y su pundonor le hacían acreedor a una medalla, ¿entiende? Y según andaban en éstas, fue, se bajó, y le prendió una cruz en el pecho al Bisa. Luego, el general se puso orilla, y la tropa desfiló delante suyo, que al decir del Bisa, así que el capitán Estévez mandó romper filas, todos vinieron donde él, que todo dios tenía algo que decirle.

DR.— ¿Eso es todo?

P. P.— La historia, sí señor, ahí acaba.

DR.— ¿Es que hay algo más?

P. P.— Bueno, o sea, cuando chaval, el Bisa, así que terminaba, siempre me decía lo mismo.

DR.— ¿Y qué te decía, Pacífico? ¿Qué te decía?

P. P.— Pues, decía, verá usted, decía: y mi abuela tenía un gato con las orejas de trapo y el culito de papel, ¿quieres que te lo cuente otra vez?

DR.— ¿Y qué respondías tú, Pacífico?

P. P.— Pues la verdad, ya ve. O sea, así que aprendí a hablar, que no, que me hacía miedo.

DR.— ¿Quieres decir que antes de aprender a hablar, el Bisa ya te contaba esas historias?

P. P.— Qué hacer, oiga, desde que nací. Y no paró hasta que la Corina, mi hermana, se puso los pantalones.

DR.— ¿Y con qué objeto contaba esas cosas a un niño recién nacido?

P. P.— En realidad, doctor, tanto el Bisa, como el Abue y el Padre lo que querían era que yo fuese un buen soldado así que llegara mi guerra.

DR.— Pero ¿es que a la fuerza tenías tú que hacer otra guerra?

P. P.— Por lo visto, sí señor, eso decían, que yo me recuerdo al Abue: todos tenemos una guerra como todos tenemos una mujer, ¿se da cuenta? O sea, para que usted se entere, cada vez que pasábamos por Telégrafos, donde el Isauro, el Bisa la misma copla: ¡Qué, Isauro! ¿No llegó la guerra de éste? Que el Isauro, a ver, aún no hay noticias, señor Vendiano; ya le avisaré.

DR.— ¡Qué cosas!

P. P.— Pero ¿quiere usted más? Si no había acabado yo de nacer y ya andaban el Bisa y el Abue hurgándome entre las piernas, con que si era mucho o si era poco.

DR.— ¿Y quién te ha contado a ti esas cosas?

P. P.— ¿Contarme? No señor. De eso me recuerdo yo. Como me recuerdo del día que nací o de la tarde que la abuela Benetilde me sacó de pila, lo mismo.

DR.— Escucha, Pacífico, yo quisiera creerte, pero no es posible que te acuerdes del día que naciste. Nadie se acuerda del día que nació. Eso son figuraciones.

P. P.— Ya está usted como la señora Dictrinia.

DR.— ¿Quién era esa señora, Pacífico?

P. P.— ¡Ande, quién iba a ser! La que me cogió, la ministrante.

DR.— ¿Y qué te decía la señora Dictrinia?

P. P.— Mire, lo que usted, tal cual. O sea, que ningún niño al nacer tiene conocimiento.

DR.— ¿Te das cuenta, Pacífico?

P. P.— Pues yo sí tuve conocimiento, doctor, para que lo sepa. Yo me recuerdo, como si lo estuviera viendo, del Bisa y del Abue jugando a los soldados orilla mi cuna, que me traían loco con tanto rumrum, no lo voy a recordar. Y no tendría yo arriba de dos semanas. Ya ve que no hablo por hablar.

DR.— ¿Aceptaba eso la señora Dictrinia?

P. P.— Pues no señor, que éste es el chiste, que figuraciones. Hasta que un día Madre se renegó: ¡Qué porfiada eres, Dictrinia!, ¿a qué ton figuraciones?, que la señora Dictrinia, dale, que había cogido todos los niños del pueblo y que ninguno, o sea, que, al nacer, la imaginación no rige, ¿se da cuenta? Y así todo el tiempo, que, entonces, yo porfié que me recordaba, y la señora Dictrinia lo echó a broma, ¡qué mono este!, y ¿qué había, vamos a ver, qué había?, que yo, ya ve, pues, cosas, señora Dictrinia, y ella, cosas, cosas, ¿qué cosas había, vamos a ver? Que yo, pues ropa blanca y agua y un resplandor… y bichos. Conque, en éstas, la señora Dictrinia se arrancó a reír, pegó un metido a Madre, ¿oyes, Delgadina? ¡Jesús qué criatura!, y ¿no te dio miedo, majo?, que yo, la verdad, doctor, tanto miedo que me quise meter dentro otra vez, y ella, la señora Dictrinia, digo, y ¿por qué no te metiste, embustero?, que yo, ya me rebullía, pero no pude, me arrastraba la corriente.

DR.— La corriente, ¡es curioso!

P. P.— Después de todo, doctor, son cosas que pasan, ¿no? ¿No nacen terneros con dos cabezas? Y, sin ir más lejos, ve ahí tiene usted al Hibernizo, en el Humán, en la finca de mi tío Paco. ¿Quiere usted más? Pues ve ahí está, un manzano como todos ¿no?, y sin embargo, en llegando la primavera se arruga y se pone yerto. O sea, lo contrario de lo que hacen los demás.

DR.— ¿Y daba fruto regularmente el árbol ese?

P. P.— Pues no había de darlo, sí señor, cada año. O sea, para que me entienda, la manzana del Hibernizo es más chica, tal que así, pero conserva el aroma durante años y nunca pudre.

DR.— ¿Y de dónde vino ese árbol?

P. P.— De dónde va a venir, oiga, de la capital, a ver, como todos los renuevos. El caso es que el tío Paco los plantó, los abonó y uno de ellos, o sea, el Hibernizo, empezó a florecer a contrapelo, ¿se da cuenta?, en noviembre, cuando los demás perdían la hoja.

DR.— ¿Y los frutos?

P. P.— Pues en invierno, en enero o febrero, por más señas, con las heladas y las nieves, a ver. Que no vea competencia por la fruta aquella. O sea, en el

pueblo decían que las camuesas del Hibernizo tenían propiedades contra la reúma y los cálculos porque no tenían coco, ¿se da cuenta? Y no vea qué colas en la huerta, a mí tres kilos, a mí cuatro, un jubileo, oiga. Así, hasta que un día apareció un coche negro en la fonda.

DR.— ¿De dónde venía el coche?

P. P.— De Madrid, sí señor, negro, muy capaz. Don Patricio era, al decir de todos, un sabio, ya ve, de la Universidad o eso. Por lo regular venía solo, pero otras veces le acompañaban tres o cuatro, gente joven, ¿sabe?, estudiantes.

DR.— ¿Y qué hacía don Patricio en el pueblo?

P. P.— No paraba, oiga. Usted no lo conoce. ¡Hay que ver las placas que tiró al árbol ese! En invierno y en verano, oiga, que no se cansaba. Que lo mismo le hacía un corto para sacarle los jugos que le arrancaba una yema. O so cogía un puño de tierra de alrededor, a su decir, para analizarlo. ¡Ya le dio que hacer el Hibernizo a don Patricio, ya! ¡Si hasta quería escribir un libro!

DR.— Verdaderamente es un caso insólito.

P. P.— Y aún queda lo más chocante, doctor.

DR.— ¿Qué era lo más chocante?

P. P.— Mis tiritonas, mire.

DR.— ¿Qué tiritonas?

P. P.— ¡Cuáles han de ser! Las mías a cuenta del árbol.

DR.— ¿Te daban tiritonas a ti?

P. P.— Escuche, de que di en pensar en el frío que pasaría el camueso, o sea, entiéndame, desde que me vino la idea, cada año, así que empezaban las heladas fuertes, me entraba una temblequera que para qué. Que usted no lo creerá, doctor, pero Madre y la abuela Benetilde no daban abasto a ponerme mantas y edredones que hasta un tumbillo me metían en la cama, hágase cuenta. Pero en dos días no paraba de tiritar y, al cabo, me levantaba, oiga, me llegaba al huerto de mi tío Paco y las yemas del Hibernizo habían brotado, ¿entiende? Conque un año y otro la misma historia, de forma que conforme me venía la tiritona, yo le decía a Madre: Madre, el Hibernizo está para echar las yemas. Y a la mañana siguiente, me arrimaba al camueso y ¡tate!

DR.— Un momento, Pacífico: ¿quieres insinuar que tú sentías por el árbol? ¿Que tú experimentabas los fríos del árbol?

P. P.— Bueno, oiga, yo no dije tal. Yo sólo quiero explicarle lo que me sucedía, ¿entiende? Que en la vida ocurren cosas raras, que a todos nos pasa,

¿no? Y como, al parecer, usted se ha interesado por mí, o sea, por las mías, pues ve ahí, se las cuento.

DR.— De acuerdo, Pacífico, no te enfades. ¿Y don Patricio? ¿Nunca le comunicaste a don Patricio lo que te ocurría en relación con el árbol?

P. P.— Nunca, no señor, ¿qué iba a adelantar? Fuera de Madre y la abuela Benetilde nunca supo nadie lo de mis tiritonas; o sea, es ésta la primera vez que lo cuento.

DR.— Está bien, Pacífico. Pero hablas de que te sucedían cosas raras y lo del Hibernizo, con ser verdaderamente notable, es solamente una cosa rara. ¿Es que habían más cosas?

P. P.— Qué hacer sino haberlas, doctor.

DR.— ¿Te importa contármelas?

P. P.— ¡Anda, lo que es por mí! Pero no se las va usted a creer.

DR.— ¿Y eso qué importa, Pacífico? Yo estoy aquí para escucharte. Habla y no te inquietes por lo que yo piense.

P. P.— Bueno, o sea, también estaba lo de las truchas.

DR.— ¿Qué es eso de las truchas, hijo?

P. P.— El Abue, oiga. Las pescaba a cucharilla, las truchas, digo, porque desde que fue soldado tenía mucho tino. Lo del Abue era el tino, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Y era pescador de truchas?

P. P.— Y por lo fino, oiga, que lo mismo metía el engaño entre dos piedras, orilla un tronco seco, o bajo las salcinas. Donde le petara.

DR.— ¿Y qué ocurrió?

P. P.— Bueno, un día, siendo chaval, me llevó con él, ¿se da cuenta? Que yo sólo de verle trastear y caminar entre los helechos y los lirios de agua ya la gozaba, ¿no? Bueno, pues de repente, el Abue volvió así la cara, ¡ya está!, me dijo, y yo vi blanquear la trucha bajo el agua, retorciéndose, que me tuve que morder los labios porque me dolían, ¿sabe? Y así que el Abue la sacó y le rasgó la boca para quitarle los anzuelos y dijo, es maja ¿no?, yo, doctor, ni mirar podía si era maja o no, la verdad, que no aguantaba el dolor de los morros. Así que fui y le dije: ¿y no le duele, Abue?, que él, ¡qué ocurrencias! A los peces no les duelen los anzuelos porque tienen la sangre fría, ¿se da cuenta?

DR.— No te hizo caso, vamos.

P. P.— Como si nada, oiga. Pero yo, cada vez que agarraba una, y la veía sangrar y retorcerse, me tenía que morder los labios, ¿comprende?, de los

dolores. Así que aquella noche me acosté con calentura y, a la mañana, tenía unos morros disformes, no vea, de la hinchazón. Y la señora Dictrinia embromándome: Mírale, si parece un negrito, que Madre, a toda prisa, a don Alfaro, o sea, al doctor, y que un poquito de alergia, ¿se da cuenta? Conque la abuela Benetilde me dio de beber el zumo de dos camuesas del Hibernizo y, al día siguiente, tan terne, ya ve qué cosas.

DR.— Disculpa, Pacífico, y no te alborotes por lo que te voy a decir. Tú y yo estamos charlando aquí mientras la gente duerme. Te estás sincerando conmigo y yo te lo agradezco. Pero sería sensible que por las circunstancias en que nos hallamos, la soledad, el silencio, mi atención concentrada, tú dieras en fantasear y tu buena intención y tu sinceridad se las llevara la trampa. ¿Me comprendes? Escúchame y no te alteres, te lo ruego: ¿es cierto lo que me cuentas o lo estás adobando con tu imaginación?

P. P.— Es que si se pone usted así, mejor me callo.

DR.— No se trata de eso, Pacífico. El que tú te calles no va a resolvernos nada.

P. P.— A ver, doctor, ¿qué quiere usted que haga?

DR.— Muy sencillo, Pacífico. Reflexionar sobre lo que me has contado y decirme si has exagerado un poco o, por el contrario, es rigurosamente cierto.

P. P.— Lo que le he contado, oiga, es tan verdad como que a estos ojos se los ha de comer la tierra.

DR.— Bien, Pacífico: yo no desconfío de ti. Lo único que temo es que tu imaginación te juegue una mala pasada, ¿entiendes?

P. P.— Es que si no me cree eso, ¿quiere usted decirme qué adelanto contándole lo de la bombilla?

DR.— ¿Qué es eso de la bombilla?

P. P.— Boberías, mire.

DR.— No seas niño, Pacífico. Habla.

P. P.— Pues eso, oiga, o sea, que de chaval, allí en el pueblo, había días que me levantaba de la cama como si tuviera, tal que así, arriba del pecho, una bombilla.

DR.— Pero una bombilla, ¿una lámpara de cristal, quieres decir?

P. P.— Tal cual, oiga, una bombilla en lugar de corazón.

DR.— ¿Por qué tenías esa impresión?

P. P.— ¡Ah!, no me pregunte el porqué, mire. Pero el día que tenía la bombilla dentro todo me acobardaba, que ni a moverme me atrevía por miedo a quebrarla.

DR.— ¿La bombilla?

P. P.— La bombilla, a ver.

DR.— ¿Y qué sucedió con la bombilla?

P. P.— Con ella, o sea, nada. Pero un día que la tenía dentro, la bombilla, vamos, el Bisa me llevó al ruejo, orilla la higuera, y me contó la historia de Galdamés.

DR.— ¿No te la había contado nunca?

P. P.— ¿Contármela? ¡Cantidad!, pero con la bombilla dentro, no señor, que ahí está el chiste. De forma que cada vez que decía lo del cuchillo, o sea, la bayoneta, yo pegaba un respingo, ¿comprende? Con lo de la bombilla, oiga, era una pepla, créame, o sea todo se me venía a mí, como un pararrayos, ¿se da cuenta? Que me recuerdo que un día que andaba con ella, la bombilla, digo, pillé al señor Bebel podando los árboles y así que llegué a casa, ya ve, a meter las manos en agua hirviendo, oiga, tal como si me hubieran cortado los dedos, no podía con el dolor.

DR.— ¿Y ahora, Pacífico? ¿Sientes ahora la bombilla en el pecho alguna vez?

P. P.— De qué, no señor. Le estoy hablando de cuando chaval, hace qué sé yo el tiempo.

DR.— Bueno, sigue, te he interrumpido. Tu bisabuelo te contaba la historia de su guerra y tú sentías los pinchazos, ¿no es eso?

P. P.— Pero de qué formas, oiga. Así que cada vez que la mentaba, la bayoneta, digo, yo, un respingo. Conque el Bisa se renegó todo, ¿qué te pasa?, me dijo, que yo, nada, Bisa, a ver, que yo nunca le retrucaba y él, el Bisa, digo, entonces ¿por qué coños respingas así?, que yo, no lo sé, Bisa, será una pulga, ¿se da cuenta? Pero a la noche, o sea, según me iba a acostar, sentí un escozor en la parte, me llegué al váter y oriné sangre, ¿qué le parece?

DR.— ¿No le contaste esto al doctor?

P. P.— Al doctor, no señor. Por mayor a don Prócoro, el cura.

DR.— ¿Al cura? ¿De tu pueblo?

P. P.— De mi pueblo, sí señor.

DR.— ¿Era joven o viejo el cura de tu pueblo?

P. P.— Ni joven, ni viejo. De su tiempo digo yo que sería don Prócoro.

DR.— ¿Y era hombre comprensivo?

P. P.— A saber. Yo me pienso que sí. Lo único, los ojos.

DR.— ¿Qué tenía en los ojos?

P. P.— ¡Qué sé yo, oiga! Como los nervios rotos o qué sé yo, el caso es que se le caían los párpados como si fueran persianas. O sea, para mirarle a uno, don Prócoro, digo, había de echar la cabeza atrás hasta casi desnucarse o sujetárselos con los dedos, o sea, una de dos, que, dicha sea la verdad, eso daba confianza, ya ve, el que no mirara, digo, que en las misiones de los pueblos no vea las colas que se armaban, donde don Prócoro, para confesarse.

DR.— ¿Era un hombre culto don Prócoro?

P. P.— Muy leído y muy prudente, sí señor, sí lo era.

DR.— ¿Y qué te dijo?

P. P.— De primeras, él, don Prócoro, digo, me escuchaba con la boca abierta, ¿comprende? Que yo me digo, doctor, que así como los ciegos dicen que ven con los dedos, no vería él con la boca y por eso la tendría abierta, vamos, digo yo, que no son más que suposiciones. Pero así que acabé, oiga, me dejó cortado, o sea, va y me dice, eso tuyo, Pacífico, parece un caso claro de simpatía, ya ve qué salida.

DR.— El diagnóstico no me parece descabellado, Pacífico. Todo parece indicar que se trata de un caso límite de hipersensibilidad. ¿No volvió a sucederte que después de los relatos del Bisa orinases sangre?

P. P.— Nunca, no señor. Pero, que yo me recuerde, el Bisa no volvió a contarme el sucedido de Galdamés teniendo yo la bombilla dentro.

DR.— Cambiando de conversación, Pacífico, si tu bisabuelo peleó en la guerra carlista, tendría un montón de años, ¿no?

P. P.— Mire, sobre eso no soy quién. En casa, fuera de la Corina de mí, y yo de la Corina, nadie sabía el tiempo de nadie, ¿entiende? Eso sí, a mi tío Paco le oí decir que el Bisa era contemporáneo de Prim. Que yo no sé quién sería ese señor, pero sí le puedo asegurar que en la vida vi una cara tan arrugada, o sea, tan pellejuda, como la del Bisa. Y no le digo cada vez que le bañábamos en el pilón, por San Pedro, oiga, o sea, aunque me esté mal el decirlo, tenía arrugas hasta en el culo. Que yo me pienso, doctor, que algunos viejos empiezan a descomponerse en vida, que allá vería la cara del Bisa, como sin sangre, talmente del color del cemento, que de no ser por el tajo rojo de la boca, una momia, oiga, como se lo digo.

DR.— Pero su genio, Pacífico, no era precisamente el de una momia.

P. P.— Qué ha de ser, qué va, no señor, ni de lejos. Para reír o regañar, el Bisa parecía un mozo, que me gustaría que lo viera, oiga. O sea, así, en la parte de abajo de la boca, tenía un diente largo y amarillo, ¿se da cuenta?, uno solo, y de que se arrancaba a reír, le asomaba, el diente, digo, y hacía cuej,

cuej, cuej, como las gaviotas reidoras de la Charca. Y no le digo cuando se renegaba, oiga, se ponía a desbarrar hasta que se le trababa la lengua al cielo de la boca, ¡hinojoquieterovoyqueaseas!, y disparates así, no quiera saber, que yo me pienso, doctor, o sea, que en sus prisas por decirlo todo, el cerebro se le trascordaba y no había cristiano que le entendiera.

DR.— Por lo que dices, tu bisabuelo debía de ser un tipo.

P. P.— ¡Y que lo diga! Si yo le contara. Mire, ahora me recuerdo cuando le salió la hernia, al Bisa, digo, orilla del ombligo, que don Alfaro, o sea, el doctor, que natural, que a esas edades ya se sabe, de toser y vocear, inclusive de dar de vientre, los tejidos no aguantan, ¿comprende? Bueno, pues al Bisa todo se le volvía echar mano a la faja y soplar contra la mano, o sea sin dejar salir el aire, ¿se da cuenta? Y, en éstas, a reír, como una criatura, cuej, cuej, cuej, ¡es como un globo!, voceaba. Y si me cogía orilla suya, me obligaba a tentar y no vea cosa más disforme, que Madre, no juegue con esas cosas, abuelo, no le vaya a dar qué sentir, que él, el Bisa, digo, tú calla, Delgadina. Y si andaba por allí la señora Dictrinia, tal cual, toca, Dictrinia, que la otra, anda y qué verdad es eso de que cuanto más viejos más pellejos, y, oiga, que empezaban a embromarse, o sea, el uno al otro, hasta que el Bisa la sentaba con él en la silla y se ponía a magrearla, que estás más buena que el pan, Dictrinia, y ella, la señora Dictrinia, digo, a reír y dar voces, ¡suelte, señor Vendiano!, ¿todavía usted con ésas? Una juerga, oiga.

DR.— ¡Vaya con el viejo! Y dime, Pacífico, esa señora Dictrinia, de la que tanto hablas, ¿era de la familia?

P. P.— No señor, la ministrante era, ya se lo dije.

DR.— ¿Y qué hacía en tu casa?

P. P.— Un poco de todo, mire. Por las tardes empujaba la silla del Bisa hasta la fonda, para echar la partida, ¿sabe? O si había que poner una lavativa, una cataplasma o una inyección, pues la señora Dictrinia, ya se sabía. Y si no, pues lo mismo, o sea, a hacer la tertulia a Madre y a la abuela Benetilde, ¿se da cuenta? Para que me entienda, una amistad pero como de la familia.

DR.— ¿Estaba casada? ¿Tenía hijos?

P. P.— No señor, o sea, sí.

DR.— ¿En qué quedamos, Pacífico?

P. P.— Atienda, la señora Dictrinia tuvo familia, dos hijos, pero cuando moza. Que lo que ella decía, no fue por vicio sino por afán de aprender.

DR.— Aprender ¿qué?

P. P.— Ella hacía de matrona, o sea, cogía niños.

DR.— ¡Ah!

P. P.— La señora Dictrinia decía que ésa era la universidad de los pobres, ¿entiende?

DR.— Una cosa, Pacífico, ¿no es posible que el padre de esas criaturas fuese tu bisabuelo?

P. P.— ¡Ande, por poder! Enredar ya enredaban, ya. Que me recuerdo una vez, conforme era de fuerte la señora Dictrinia, que el Bisa la sentó en la silla, y en éstas se soltó el calzo y no pararon hasta el río. ¡Allí les vería! ¡Como sopas, oiga!

DR.— Ese río que pasa por tu casa ¿era el mismo donde pescaba tu abuelo?

P. P.— Tal cual, sí señor, el Embustes. Y el mismo donde me topé con el Teotista cuando hablaba con su hermana, ¿entiende? Pero este río, para que usted lo comprenda, se forma en el mismo pueblo, o sea, orilla el Molino del Humán.

DR.— Y más arriba ¿no hay río?

P. P.— No lo hay, no señor, o sea, son tres arroyos, lo que hay arriba, digo: el Matayeguas, el Lirón y la Salud.

DR.— ¿Y por qué le decís la Salud?

P. P.— Es hembra, ya ve. Pero da un agua bien rica, allí donde nace. Que no hay estómago en mi pueblo que no haya remediado el agua esa del manantial.

DR.— ¿Los tres arroyos proceden de manantiales?

P. P.— No señor, por mayor el Matayeguas es de escorrentía, de los deshielos, ¿sabe? Pero los tres son serranos, o sea, bajan de la montaña, cada quien por su vallejo y, orilla el Molino del Humán, se juntan. Por eso, sobre el pueblo se alzan dos riscos que les dicen el Crestón y la Peña. Y arriba, orilla el Crestón, está el Otero y, de la parte de abajo, el Humán. Que del Humán, del mismo molino, arranca el Embustes, que da una trucha muy fina, chica pero de buen paladar.

DR.— El Embustes será caudaloso.

P. P.— Tiene fuerza, sí señor. Y, conforme el río corre, el valle abre, natural. Y a un lado y otro están las ringleras de manzanos, y orilla los cárcavos, en las breñas de las cervigueras, es donde pusieron los del pueblo las movilistas y los hornillos. O sea, las dos riquezas del pueblo: la fruta y la miel. ¿Me comprende usted ahora?

DR.— Está claro, Pacífico. Y tu casa ¿dónde quedaba?

P. P.— Pues mi casa, más o menos, doscientos metros aguas abajo, del Molino, digo, o sea, en el Humán.

DR.— ¿Y quién tiene mayor vecindario? ¿El Humán o el Otero?

P. P.— Allá se andan, mire usted. Que si el Humán tiene cincuenta, por un ejemplo, el Otero, cuarenta. Por eso a mi pueblo le dicen Humán del Otero, pero, en realidad, mi pueblo son dos.

DR.— En definitiva, que sois pocos y mal avenidos, ¿no es así?

P. P.— Así es, sí señor, que, por un decir, cuando los del Humán mientan a los del Otero, siempre dicen, esos cabrones, y Dios Padre me perdone. Pero si los del Otero mientan a los del Humán, dicen, esos hijos de perra, ¿entiende? O sea, en la vida se han visto dos pueblos más juntos, ni más descuadrillados.

DR.— Y tu familia, Pacífico, ¿de dónde procedía? ¿Del Humán o del Otero?

P. P.— Para todos los efectos, los Pérez éramos del Humán, nacidos y criados. Pero, la verdad sea dicha, el Bisa era oriundo de Prádanos, el pueblo abandonado, el de las pepitas, ¿se va dando cuenta?

DR.— Al despoblarse, ¿bajó la gente de Prádanos al Humán?

P. P.— Por mayor, no señor. Por mayor, marchaban a la capital. Ahora siempre había alguno, ve ahí tiene usted al Bisa o al señor Escolino, el carpintero.

DR.— Y ése que tú dices, el Abue, el pescador, era tu abuelo, por supuesto, pero ¿era hijo del Bisa o era por parte de madre?

P. P.— Aguarde, doctor, a ver si nos entendemos. Mire, para empezar por el principio, el primero de todos, o sea, como quien dice, el amo la casa, era el Bisa. Detrás venían tres hijos, varones ellos, ¿se da cuenta?, o sea, el tío Teodoro, que se marchó a las Américas, a la guerra del Chaco, y ya no volvió porque decía que de la parte de allá había más campo; el tío Paco, el amo del Hibernizo, con el que yo me entendía, y el Abue, o sea, el abuelo, el marido de la abuela Benetilde, la Mística, que vivía con nosotros y coleccionaba culebras.

DR.— ¿Disecaba culebras tu abuela?

P. P.— Aguarde, que me he expresado mal. No era la abuela, el Abue era el que coleccionaba culebras. Y no eran disecadas sino vivas, que es otra cosa.

DR.— ¿Guardaba tu abuelo culebras vivas?

P. P.— Qué hacer, doctor. El Abue, al decir de los del Humán, fue muy culebrero desde chaval. Que las agarraba con la mano, hágase cuenta, y las metía en los bolsillos y distinguía, con sólo mirarlas, las víboras de las otras.

Y a las víboras, las sacaba sin lastimarlas la bolsa de la ponzoña. Y a las de agua, tontos que dicen, las soltaba en el pilón, entre el verdín, donde por San Pedro bañábamos al Bisa. Y si eran de tierra adentro, a la salona, que allí vería, hubo que poner burletes y todo para que no se escabulleran bajo las puertas.

DR.— Pero ¿para qué quería tu abuelo tantas culebras?

P. P.— Nada, oiga, la afición que dicen, un capricho, como don Prócoro coleccionaba sellos, ¿comprende?, por enredar. Pero no vea los miramientos que se gastaba con ellas, que hasta saltamontes las llevaba para comer, ¿sabe? Y pitas, pitas, pitas, tal cual si fueran gallinas. Que las había tamañas, no crea, a poco de metro y medio. Y los animales agradecidos, natural, se empinaban sobre la cola, o se le enroscaban en las piernas, según, o sea para agarrar los bichos de su mano. Que yo digo, doctor, que de tanto coger truchas y culebras, al Abue se le puso como cara de pez, ¿sabe?, toda aplastada, con los ojos amarillos a los lados, que ni mirar de frente podía.

DR.— Y este abuelo es el que te hablaba de la guerra de África, ¿verdad, Pacífico?

P. P.— ¿De África?

DR.— ¿No era él el que te contaba de Abd-el-Krim y del fuerte de Igueriben?

P. P.— ¡Ah!, eso sí, señor.

DR.— Pues entonces.

P. P.— Perdone, ni me daba cuenta.

DR.— ¿Y cuál era la historia de tu abuelo?

P. P.— ¿La del fuerte de Igueriben?, pues ande que menuda odisea.

DR.— ¿Qué historia es ésa, Pacífico? ¿Me la quieres contar?

P. P.— Le advierto, oiga, que si me meto con ella la echamos hasta las tantas.

DR.— ¿Es que estás cansado?

P. P.— ¿Cansado? No señor, de qué.

DR.— ¿Entonces?

P. P.— Mire usted, lo que debió pasar allí, y le estoy hablando de sabe Dios cuándo, es que las cosas andaban mal planeadas desde el principio.

DR.— Eso no ofrece duda, Pacífico.

P. P.— Quiero decirle, que, al decir del Abue, lo que renegó al Abd-el-Krim es que, dos años antes, el general Silvestre lo mandara a hacer puñetas. O sea, eso decían entre ellos, radio macuto, ¿se da cuenta?

DR.— Es posible.

P. P.— Lo cierto es que el Abd-el-Krim llegó a Gorgues y lo primero que dijo fue, hay que acabar con ellos, o sea, con el Abue y el resto de la tropa, ¿usted me comprende?

DR.— Ya. Continúa.

P. P.— Pero las cosas debían andar escachadas de atrás, oiga. Para que se haga usted idea, al comandante Pino le habían quemado vivo en Chentafa. Que, al decir del Abue, lo que a ellos, o sea, a los moros, les enconaba, era que se arrimasen a sus mujeres, ¿entiende? Que lo que decía Flores, o sea, el amigo del Abue: si ellas vienen a guarrearnos, ¿qué vamos a hacer nosotros? Tampoco los cristianos somos de piedra. Y, bien mirado, no le faltaba razón, ¿no le parece a usted? O sea, doctor, que al Abd-el-Krim se le atragantó el desprecio, del general Silvestre, digo, y para acabar de arreglarlo estaba lo de las mujeres, o sea, lo de arrimarse. Y dice, el Abue, digo, que una noche, estando tal que así, vivaqueando en el monte, se le arrimó el teniente Garrido y le dijo: andamos como Lyautey en el 14, en la misma situación. Que el Abue, a ver: Sí, mi teniente. Y, a la mañana, a la hora del rancho, el Abue se llegó donde Flores y el resto de la tropa, y la misma, como cosa suya, ¿se da cuenta?, estamos como Lyautey en el 14. Que, a su decir, del Abue, digo, un tal Rodrigues, que era así como medio moro y un poco sarasa, va y se vuelve y le dice: ¿Y cómo coños estaba Lyautey en el 14? Y el Abue, que otra cosa no, pero pico un rato largo, pues a ver, jodido, ya se sabe, ¿comprende? Y a la noche, ese mismo día, poco antes de que amaneciera Dios, a formar, la corneta, ¿se da cuenta?, que el general… pero yo no sé si lo estoy trabucando todo, doctor…

DR.— Al contrario, Pacífico. Está clarísimo.

P. P.— Bueno, usted disculpe si me expreso mal. El caso es, como le decía, que el general, conforme estaba formada la tropa, va y la parte por mitad, tal que así, y de aquí para allá, a Igueriben, al fuerte, ¿comprende? Los demás, conmigo. Y el Abue y Flores en el grupo de Igueriben, a ver, que, al decir de radio macuto, el Abd-el-Krim rondaba el monte con una partida de guerrilleros. De forma que un-dos, un-dos, hasta Igueriben, oiga, al fuerte.

DR.— ¿Y llegaron sin novedad?

P. P.— Qué hacer, allí se instalaron. Pero, al decir del Abue, hacía un calor de mil puñetas, en el fuerte, digo, que ni respirar, lo que se dice ni una brizna, ¿se da cuenta? Así que todo el día de Dios tumbado, ni mover un dedo, que aunque magro, el Abue es de mucho traspirar, que en casa, ni calzado, ya ve, todo lo malrotaba con el sudor, o sea, lo quemaba, lo único, llantas. Pero una

anochecida, que Dios sabe los días que llevarían encerrados, le dio la idea, o sea, se puso de pies, ¿comprende?, agarró una lente y uno, dos, tres, una nube de ellos, o sea, de moros, monte abajo, ¿se da cuenta? Conque, imagine, a ver, las voces, ¡rifeños, sargento, que vienen!, y el comandante Benítez, ¿son muchos?, que el Abue, también cientos de ellos, o sea, miles, y el otro, el comandante, digo, ¡corneta! Calcule el bochinche, oiga, todos a la carrera, a ver, cada quien a su puesto, que, al decir del Abue, en las vísperas, antes de empezar el zafarrancho, se le ponía una cosa así, sobre la parte, como deseo de orinar, que no es que fuera miedo, entiéndame, sino los nervios, o prisas por determinarse, vaya usted a saber.

DR.— ¿Y atacaron enseguida los rifeños?

P. P.— No señor, de qué, ellos por sus pasos. Que, al decir del Abue, en el cielo apuntaban ya las estrellas, pero era tal el sereno del desierto que se les veía bajar, a los moros, digo, talmente como si fuera día, los unos a pie, los otros a caballo. Conque el comandante Benítez, orilla la ametralladora, no les quitaba ojo, todo se le volvía decir: No tiren mientras yo no dé la orden. Y abajo, en las troneras, digo, los oficiales, la misma copla, natural, nadie haga fuego mientras el comandante no dé la orden, a la espera, ¿se da cuenta? Y los moros calcule, un-dos, un-dos, hacia el fuerte, como garduños, a ver, a la sorpresa, tapándose con las dunas, que, al decir del Abue, él ya estaba enseñado a las tretas del desierto, cómo las gasta, que no hay nadie y, a lo mejor, miles, oiga, o sea, cercados, y ni se entera uno, ¿comprende?

DR.— La situación debió de ser muy delicada, verdaderamente.

P. P.— Y que lo diga, oiga, no me hubiera gustado a mí estar en su pellejo.

DR.— ¿Y atacaron los moros esa noche?

P. P.— Qué hacer sino atacar, doctor. Al decir del Abue, una vez que cercaron el fuerte, se arrancaron con su chau-chau, que más parecía aquello un corro de locos, oiga. Y él quieto parado, o sea, a verlas venir, con un postillón sobre la parte, que ni respirar le dejaba.

DR.— ¿Y es que el comandante no daba la voz de fuego?

P. P.— Aguarde, no corra tanto. O sea, les dejó arrimar, ¿entiende?, y, a poco, ¡fuego a discreción, viva España!, que allí vería el jorco, doctor, ta-ca-tá, la ametralladora y la fusilería, que dice, el Abue, digo, que hombres y caballos rodando por la arena, una matanza, oiga. Y el Abue en su elemento, a ver, ¡leña al moro que es de caucho!, por dar ánimos, ¿comprende? Que dice que los disparos hacían luz, que se sacudían a la luz de los disparos, dese cuenta, que aquello era el no parar, que de continuo, como los fuegos artificiales. Y así se tiraron arriba de tres horas, que se dice pronto. Y, según

el Abue, él les tumbaba a docenas, los moros, digo, como muñecos, como el pim-pam-pum ese, como de guasa. Y, de repente, dice que le venía la escama y se decía para entre él, ¿no se estarán haciendo los muertos para arrimarse a la puerta a la rastra, como culebras? ¿Se da cuenta? Y entonces, dice que les tomaba la mira, a los que andaban por los suelos, digo, y ta-ca-tá, ta-ca-tá, otra rociada, por si las moscas, por un por si acaso, ¿entiende?, o sea, los remataba. Con que dice que a las dos horas y media, el tubo hervía, que ni agarrarle podía, y todo se le volvía vocear, ¡Rodrigues, cacho marica, ven aquí y refrigera! De los disparos, ¿sabe?, que la refrigeración de la máquina, o sea, la suya propia, ya no bastaba. Imagine, tres horas sin dejarlo, que al decir del Abue, así que el enemigo se retiró, ampollas en las manos, como vejigas, abrasaditas, doctor.

DR.— De modo que los rechazaron.

P. P.— Los rechazaron, sí señor.

DR.— ¿Qué hicieron, entonces?

P. P.— Mire, al decir del Abue, el comandante Benítez, que era más listo que el hambre, dobló la guardia, los piquetes, vamos, por lo que pudiera tronar. Y los que quedaban de francos, hale, a hacer peleles, o sea, muñecos de paja y trapo, ¿se da cuenta?, una treta que se gastaban para empatar al Abd-el-Krim. Que los peleles daban el pego, con los uniformes de los muertos, el gorro y todo, empinados en las troneras, pues, a ver, tan curiosos, como si no hubiera bajas.

DR.— Una estratagema ingeniosa.

P. P.— No digo que no, oiga. Pero lo malo, allí, en el fuerte, digo, eran los víveres, o sea, que no había. Ya ve, agua para cuarenta y ocho horas, tres sacos de harina, un ramo de dátiles, veinte kilos de carne salada y pare usted de contar. Total, lo único en cantidad era el azúcar, ¡cuarenta sacos! Pero lo que yo me digo, doctor, ¿adónde iban con tanto azúcar si luego no podían beber?

DR.— Verdaderamente, hijo.

P. P.— Así que al Abue, según decía, sólo de pensarlo, se le ponían las tripas del revés, ¿entiende? Menos mal que los otros, los moros, digo, ni tiempo les dieron, ¿sabe? O sea, no habían acabado de pinar los peleles y ya andaba el Abd-el-Krim de vuelta, hostigando, que hasta había cavado trincheras y empujado un mortero a la cotarra. Así que el Abue, que andaba al quite, agarró la ametralladora y le barrió el servicio antes de que disparara el primer obús, que otra cosa no, pero a tino pocos le echarían la pata al Abue, oiga, que me gustaría que le hubiera visto en el río con la cucharilla. Bueno,

así que calcule usted la que se armó: pim-pam, pim-pam, dos días enteros a tiro limpio, doctor, ni tiempo para echar un trago, que los heridos, ellos solos, se vaciaron el bidón, natural, ¿no?, por las pérdidas, que según tengo entendido, doctor, una herida de sangre da mucha sed. Pero a la noche, imagine, a ver, quien más, quien menos, todos tronzados. Que el comandante Benítez, dale, es preciso resistir, que mañana o, a todo tirar, pasado, Navarro o Silvestre habrán roto el cerco, ¿se da cuenta de la situación?

DR.— Pero el agua se había terminado, ¿no?

P. P.— ¡No se lo digo! A ver, los heridos, que es cuando el comandante Benítez se puso de pies y les dijo: Los que estamos tiesos beberemos orina con azúcar, dese cuenta, la repugnancia, oiga, aparte, como yo digo, que el remedio no daba para largo, doctor, que ya es sabido que el organismo siempre retiene parte, o sea, del agua, o sea, de la orina, así que llegaría un momento en que no daría más y sanseacabó.

DR.— Un razonamiento pertinente, hijo.

P. P.— ¿Cómo dice?

DR.— Que así es; que te sobra razón, Pacífico.

P. P.— Bueno, pues, con eso y con todo, oiga, el comandante Benítez que objeciones y sugerencias, o sea, consultó a la tropa, que el Abue, el primero, que si cada uno la suya, la orina, digo, que al decir del Abue, como siempre anduvo con mal de mea, o sea cada media hora, se pensaba, mejor me irá. Pero el comandante Benítez que no, a ver, que allí todo era de todos y que todos a orinar en el bidón grande y a cada meada, un vaso de azúcar para añadir poder nutritivo y desbaratar el amoníaco, ¿se da cuenta? Que al decir del Abue, el comandante era muy estricto, y así que acabaron las preguntas, le dijo al sargento Blecua que organizara piquetes para cazar ratas y montase vigilancia orilla el bidón. Y a la mañana, a ver, ya andaban todos comiendo ratas y bebiendo orines, doctor, hágase cuenta.

DR.— Terrible, hijo. Pero dime, ¿cómo salió tu abuelo de ésa?

P. P.— Pues verá. Dice que, al caer la tarde, se empezó a sentir como paqueo lejos, o sea, tiros, ¿me entiende? De primeras, un tiro, luego dos tiros, luego una ráfaga. Conque, al sentirlos, el comandante Benítez dice que les formó en el patio y les dijo: Soldados, el general Silvestre viene por nosotros, estamos salvados, ¡viva España!, ¿entiende? Que al decir del Abue, el personal lloraba, oiga, o sea, la tropa. Y otros a dar brincos y vivas, natural, que el sargento Blecua inclusive les hizo brindar con la orina, ¡agárrese!, de la alegría, ¿entiende? Pero cuando estaban más así, el paqueo se fue demorando, ahora un poco menos, luego otro poco, hasta que dejó de sentirse y allí no

aparecía un alma, ¿entiende? Y, al decir del Abue, entonces empezó lo malo: el hedor, o sea, los muertos. Que a su decir, trascendían y no se podía parar en una legua a la redonda, y, por si fuera poco, las moscas, esas verdes, de la porquería, ¿sabe?, ésas. Y como carroña había por todas partes, tanto daba que soplase el regañón como el levante, lo mismo, y, si no soplaba, peor, mire, apestaba. Que dice que el Abue con un pañuelo en las narices y el Rodrigues, ese que le digo, medio sarasa, estás buena, morita, estás buena, a pellizcarle, bromas, natural, en esos casos lo último perder el humor ¿no le parece? Con que en éstas apareció el telegrafista con lo de rendirse, imagine. Que dice que el comandante Benítez, como si le hubieran mentado a la madre, eso jamás, ¿oyes?, telegrafía, anota, los soldados de Igueriben mueren, pero no se rinden, ¿se da cuenta? Y lo que son las cosas de la vida, oiga, que al decir del Abue, debió de ser un pálpito, que no había amanecido y ya andaba él patas arriba, con una bala en la cabeza, el comandante Benítez, digo, los sesos al aire, y las moscas enseguida, a ver. De forma que el teniente Canseco tomó el mando, ¿sabe? Que al decir del Abue, el teniente Canseco era un tipo de voz catarrosa, muy chistoso él, y de que se hizo cargo, lo primero, que abandonar el fuerte, o sea, salir, ¿entiende?, que el fuerte no guardaba nada y ni sabían siquiera si Annual aguantaba y que cualquier cosa antes que rendirse. O sea, doctor, hablando en plata, a la desesperada, ¿se da cuenta?

DR.— Pero tengo entendido que aquello acabó como el rosario de la aurora, Pacífico. ¿Cómo demonios escapó el abuelo de esa carnicería?

P. P.— Verá. Al decir del Abue, según caía la noche, el teniente Canseco, con veinte hombres, abandonó el fuerte por la puerta principal, ¿entiende?, mientras el sargento Blecua, con el Abue y otra partida se descolgaban por una soga, por la trasera, tal cual nosotros en Góyar, ¿se da cuenta? Y eso les salvó, ya ve, que a los del teniente Canseco, pim-pam, pim-pam, los moros los cazaron como a ratas, una celada, ¿comprende?, y en lo que los moros se cebaban en ellos, creyendo que eran todos, el sargento Blecua y su cuadrilla andaban ya en las lomas de Kert, camino de Annual, donde el general Silvestre.

DR.— Pero ¿no había mucha distancia?

P. P.— Pues, mire, a punto fijo no se lo puedo decir, pero sí debía de haberla, porque tiempo ya les llevó. Pero, al decir del Abue, hacían el camino de noche y de día encamaban como las liebres, escarbando un hoyo orilla una duna, oiga, de forma que no asomaran más que las narices. Como ve, de tretas, aquella gente sabía un rato largo, más que los moros, si me apura.

DR.— ¿Invirtieron muchos días?

P. P.— Por los cinco o seis andarían, pero, al decir del Abue, la caminata, una fiesta al lado de lo que les esperaba. ¡Menudo desbarajuste!

DR.— ¿Cómo fue aquello?

P. P.— Mire, dice que no hicieron más que poner pie en Annual, aspeados como iban, y ni tiempo de presentarse. O sea, los moros adictos, como les decían, se revuelven y a tiro limpio con ellos, a traición, a ver, que dice el Abue que se le astilló el hombro de tanto moro como mató allí. Pero que no tenía remedio, mire, faltaban cabezas. O sea, un guirigay, los cañonazos, digo, y los tiros y los muertos y los heridos, que no había quien se entendiese, vamos, la desbandada. Que visto cómo se ponían las cosas, cada cual a hacer por él, ¿se da cuenta?, a ver, lógico. Que entonces fue cuando el Abue echó un duro al aire y le dijo a Flores, si sale cara, mando yo, si sale culo, mandas tú. Y dice que salió cara y antes de recoger el duro, ya andaba dando órdenes: Flores, vivo, al interior, a los de la costa los van a cazar como a conejos. Y así fue, oiga, que no quedó uno solo para contarlo. En cambio, el Abue y Flores, después de una semana de penalidades, o sea durmiendo de día y caminando de noche, dieron vista a Melilla. Que dice que allí, en Melilla, más miedo que siete viejas, ¡Silvestre ha muerto! ¡Que viene Abd-el-Krim!, imagine, las voces y las carreras.

DR.— Pero en Melilla no entraron los moros, hijo.

P. P.— Claro que no, doctor, pero eso fue al día siguiente. Que dice que iban calle abajo y una vieja gritó desde una azotea: ¡Barcos, vienen barcos!, ¿se da cuenta? Y era cierto, oiga, venían barcos, o sea, los legionarios, que usted calcule, besos, refrescos, cigarros puros, todo era poco para ellos, a ver, natural, en un caso así. Y de esta manera, el Abue salvó el pellejo.

DR.— Dime una cosa, Pacífico, al Bisa, como tú dices, ¿no le encelaban o le hacían sentirse de menos las hazañas del abuelo?

P. P.— ¿Encelarle? A santo de qué, no señor, al contrario. Lo del Bisa era la bayoneta, ya lo decía él; lo del Abue la puntería. Eran cosas distintas. O sea, cada cual lo suyo.

DR.— ¿Y no discutían sobre sus actuaciones respectivas? Quiero decir que si no había entre ellos un prurito de eficacia, sobre cuál de las dos maneras de hacer la guerra resultaba más meritoria.

P. P.— Perdone, no le comprendo bien, doctor.

DR.— Escucha, ¿no despreciaba el Bisa al Abue por andar a tiros pudiendo resolver las cosas a la bayoneta?

P. P.— Por mayor, no señor.

DR.— ¿No discutían?

P. P.— Ahora que usted lo dice sí me recuerdo que una tarde porfiaron, o sea, se acaloraron, por si valía más un muerto a bala o un muerto a cuchillo.

DR.— ¿Qué se decían?

P. P.— Pues mire, el Bisa, que sí, o sea que seguramente el Abue con su ametralladora habría matado más personal que él con su bayoneta, que no lo discutía, ¿entiende? Pero, que puestos a ver, los muertos a cuchillo eran otra cosa, y que bien valía un muerto a cuchillo por ciento de los otros.

DR.— ¿Llegaron a un acuerdo?

P. P.— No señor, de qué. Tanto porfiaron que nos bajamos todos al cuartelillo, donde el sargento Metodio.

DR.— ¿Para que actuase de árbitro?

P. P.— Tal cual, sí señor.

DR.— ¿Y cómo falló el sargento?

P. P.— Pues eso, oiga, que en las guerras, aunque estén mal las comparaciones, el muerto a cuchillo representa más, sobre todo por cosa de la moral ¿entiende? O sea, el hombre se dio a razones, que un muerto a cuchillo puede valer una cruz y un muerto a bala no hace al caso en una guerra, ni se lo mira, que se comprende, ¿no es cierto?

DR.— Sin duda. ¿Y qué dijo tu abuelo, Pacífico?

P. P.— Mire, él no dio su brazo a torcer, el Abue, digo. O sea, que cuántos muertos a bala podían valer por un muerto a la bayoneta, ¿comprende? Que lo que decía el sargento Metodio, que así, a ojo, era muy difícil, que había que hacer números, estudiar la situación y echarle tiempo al asunto.

DR.— Bien, Pacífico, me parece que estás cansado.

P. P.— No señor, cansado no. Lo único, el sueño, ya ve. Me va entrando.

DR.— Está bien. ¿Te parece que nos vayamos a dormir y continuemos mañana por la noche?

P. P.— Ande, por mí.

DR.— Entonces mañana te espero a la misma hora, ¿de acuerdo?

P. P.— Lo que usted mande, doctor. Para eso estamos.

DOCTOR.— Anoche me aclaraste algunos extremos, Pacífico. Pero yo quisiera saber más, llegar al fondo de algunas cuestiones. Una cosa es indudable: tu bisabuelo y tu abuelo fueron unos soldados natos. Creo que sobre este punto no vale la pena insistir. Uno y otro y, por lo que dices, tu tío Teodoro, nacieron para la guerra. Su agresividad ofrece unas manifestaciones primarias, pero concluyentes. Ahora yo quisiera saber si tu padre entraba o no en este coro jupiterino. Es decir, ¿era también tu padre un soldado nato o dominaban en él otras preocupaciones? ¿Encontraba tu padre una liberación en la violencia? ¿Qué dices a esto, Pacífico?

P. P.— Hombre, Padre también tuvo su guerra si es eso lo que quiere saber. Lo que pasa es que luego se metió en labores y se preocupaba más de intereses que de otra cosa.

DR.— ¿Y te contaba también historias de su guerra?

P. P.— Qué hacer, cuando chaval.

DR.— Luego ¿no?

P. P.— A mayores, luego no señor.

DR.— ¿Y por qué razón?

P. P.— Por los intereses que le digo; o sea, los negocios.

DR.— ¿En qué clase de negocios se metió tu padre?

P. P.— Tractores y cosechadoras, amortizarlas, ¿entiende? A Padre le gustaba amortizar más que comer con los dedos, oiga, que me recuerdo que el Agatángelo me decía a cada paso, ten por seguro que tu padre va por el don.

DR.— ¿Quién era el Agatángelo?

P. P.— El hijo del señor Escolino, el carpintero.

DR.— ¿Era del Humán?

P. P.— Del Humán, natural, menuda. Mentarle al Agatángelo a los del Otero era mentarle la bicha.

DR.— ¿Recuerdas alguna historia de la guerra de tu padre?

P. P.— Por mayor, Padre era de pocas palabras. Entiéndame, no contaba las historias como el Bisa y el Abue.

DR.— ¿Cómo las contaba entonces?

P. P.— Bueno, no sé, oiga, a su manera, como a cachos. Hoy un poco y mañana otro poco, ¿entiende?

DR.— De quién se sentía más cerca, ¿del abuelo o del bisabuelo?

P. P.— ¿El qué?

DR.— Tu padre, quiero decir. ¿Prefería la bayoneta o la ametralladora?

P. P.— ¿Padre? Ninguna de las dos cosas, mire. Lo de Padre eran las Laffite, las bombas de mano, digo. O sea, Padre cazaba tanques. Al decir suyo, él cavaba unas trincheras someras, en zig-zag, ¿comprende? Y así que el enemigo se arrimaba, el tanque, digo, ¡zas!, una botella de gasolina, al morro, ¿se da cuenta?, y, a seguido, la Laffite. Dice que no fallaba, que el tanque se prendía en un santiamén.

DR.— ¿Y no le disparaban los de dentro?

P. P.— Ande, pues ahí estaba el chiste. Padre aguantaba, o sea, les dejaba arrimar tanto que la ametralladora no podía bajar, no daba, ¿entiende? Estaba bien discurrido, no crea.

DR.— ¿Y cuál es la historia de tu padre?

P. P.— No había historia, oiga, ¿no se lo digo? Padre sólo contaba eso, o sea, cachos. Lo único que una vez, en Brunete, cazó cuatro tanques él solo y le dieron una medalla.

DR.— ¿Los cazó todos por el procedimiento de la botella?

P. P.— Todos, a ver. La botella y la Laffite, no sabía otro. Pero ese día, a poco le apiolan.

DR.— ¿Qué ocurrió?

P. P.— Mire, le reventó un obús entre las piernas cuando aguardaba otro. Ahí donde le ve, Padre tiene en la corva derecha más de veinticinco esquirlas de metralla, que se dice pronto. Algunas de ellas, oiga, metidas en la caña del hueso, dentro, que ahí empezó el calvario, no vea, cinco años de hospital en hospital. Ya ve, sólo para soldarle este hueso, ve aquí, el de la pantorra, seis meses en Bilbao, con una pesa de cinco kilos colgando. Y, luego, la herida, de la parte de fuera, que no cerraba, que hasta dijeron de cortársela, la pierna, digo, para acabar de una vez. Y en éstas andaban, cuando se vino al pueblo un día, con permiso, y una tarde que iba así paseando por el borde del arroyo la Salud, resbaló, y se cayó dentro con muletas y todo. ¿Y qué cree usted que pasó? Pues que esa misma noche, ya ve, la herida tenía mejor encarnadura, de forma que, a la mañana siguiente, Padre se aculó de propósito en el río, ¿oye?, en una rasera, y allí anduvo más de una hora dejando que el agua le empapara el vendaje. Con que al día siguiente, tal cual, y al otro, y al otro, y, al cabo de dos semanas, la herida había cicatrizado. ¿Qué le parece?

DR.— Es muy posible, hijo. No se puede dudar de las propiedades curativas de algunas aguas. Pero dime una cosa, ¿pensaba también tu padre que tu guerra no podía tardar?

P. P.— De principio, también, sí señor.

DR.— ¿Y no les dijiste nunca a ninguno que a lo mejor no había más guerras?

P. P.— Por mayor, una vez, doctor. Se lo dije al Bisa, y no quiera saber cómo se puso, oiga, que la guerra estaba en nuestros huevos, y que mientras los hombres tuviésemos huevos, y Dios Padre me perdone, pues eso, habría guerras, ya ve qué formas.

DR.— ¿Y qué clase de guerra esperaban para ti? ¿Una guerra civil o una guerra universal? ¿Por dónde y cómo demonios ellos pensaban que pudiera llegar tu guerra?

P. P.— A saber, eso tanto daba. Ellos aguardaban mi guerra, por donde fuese, ¿entiende?, que ellos de políticas, nada, ni leer el periódico, que no es que fueran analfabetos, entiéndame, pero que no les daba por ahí, ya ve.

DR.— ¿Entonces?

P. P.— Mire, para que me entienda, el Bisa, así que llegaba la primavera, se ponía a mirar para los cerros de poniente, que, a su decir, las guerras eran fruto de verano, y se quedaba tal que así, como si la guerra hubiera de venir por la cerviguera abajo, ¿comprende? Y, entonces, me decía: Tu guerra ya no puede demorar, Pacífico. Nunca se estuvo tanto tiempo sin guerras. Y así que le dije que no veía el motivo, el Bisa se arrancó a reír, y que, apañados estaríamos si las guerras necesitasen motivos, ¿entiende? Bueno, pues de ahí no le sacaba usted.

DR.— No lo comprendo bien, hijo.

P. P.— Pues sí señor, está más claro que el agua, ¿no? Por un ejemplo, yo le preguntaba: ¿Cómo son las guerras, Bisa? Y él, no vea, manoteaba arriba y abajo y se arrancaba con el vaivén de la silla, y que las guerras no son, suceden, ¿se da cuenta? Que yo, pero ¿quién las organiza, Bisa?, y él, tampoco se organizan las guerras, Pacífico; las guerras se lían. Total, hablando en plata, doctor, la guerra se armaba como se puede armar un nublado, porque sí, sin saberse dónde ni por qué. ¿Se da usted cuenta ahora?

DR.— A medias, hijo. Según tú, tus abuelos se limitaban a mirar los cerros de poniente y a preguntar al telegrafista si había llegado tu guerra, nada más, ¿no es eso?

P. P.— Sí y no, doctor, aguarde. El Bisa, el Abue y Padre esperaban mi guerra, o sea, tenían puesta su ilusión en eso, ¿se da cuenta? Por lo demás, hacían lo que podían, para armarla, digo. Ve ahí tiene usted a Padre cuando se

llegó a Algeciras, y se asomó al Peñón sólo para llamarles cabrones a los ingleses.

DR.— ¿Hizo eso tu padre?

P. P.— Ande, cómo se lo diría yo.

DR.— ¿Cómo fue eso? Cuéntamelo con un poco de detalle.

P. P.— Pues tal cual, doctor, o sea, a Padre le picó la codicia un día, se llegó a la Sindical, puso las medallas en la mesa y que un crédito agrícola, ¿entiende? Con que a las dos semanas, como éstas, se lo dieron, y fue él y se mercó una cosechadora roja. Entonces dijo: Me largo a la punta de abajo para subir segando toda España, ¿entiende? Y como lo dijo, lo hizo, doctor, que hasta el cabo de tres meses no volvimos a verle el pelo en el pueblo. Y a su decir, en ese tiempo anduvo ofreciéndose al mejor postor, durmiendo en una cuneta y merendando un mendrugo de pan, el hambre, oiga. Y ya se le conocía, no crea, que estaba escurrido y enjuto, que si Padre no perdió diez kilos en esa romería, no perdió ninguno. Conque el Bisa, así que le echó el ojo, bueno, y en sustancia, ¿qué?, y, entonces, fue Padre y volcó la saca en el ruejo toda llena de billetes verdes, y a la abuela Benetilde todo se la volvía a decir, o sea, señalando para el dinero, eso es malo, ¿se da cuenta? Que, bien mirado, la abuela Benetilde, desde las bodas de plata del trance, no sabía decir otra cosa. Pero Padre sólo dijo, lo único, ya tengo para amortizar el artefacto, y, para mí, doctor, que ahí le cogió el gusto a eso de amortizar. Pero a lo que iba, oiga, el Bisa, el Abue y Padre empezaron a rondar el porrón, trago va, trago viene, y a Padre se le soltó la lengua y dice que al llegar a Algeciras se le alcanzó, ¿y por qué no me llego al Peñón a provocar a los ingleses? Que dicho y hecho, oiga, agarró el artefacto, se arrimó al agua y ¡cabrones, cabrones, más que cabrones!, ¿se da cuenta? No vea, doctor, conforme lo contaba, el ojo amarillo del Abue brillaba como el cristal y el Bisa porfiaba, ¿es cierto que les dijiste cabrones a los ingleses?, que Padre, a cada rato más implado, natural, y mirando para la peña, no se crea. Que el Bisa, doctor, empezó con el vaivén de la silla, que yo me pensé que le daba algo, ¿y no se armará la guerra por eso?, y Padre, eso no es cuenta mía, yo sólo sé decirle que puse de mi parte lo que pude. Y el Abue, ¿y aguantaste mucho allí diciéndoles cabrones a los ingleses?, que se le hacía la boca agua, oiga, como lo oye, y Padre, hasta que se armó un corro grande y se me arrimó un agente y que circulase, que si me había vuelto loco, ¿se da cuenta?

DR.— Pero bueno, Pacífico, eso significa que los tuyos excluían de la guerra todo sentido patriótico o heroico, ¿no? Según te expresas, lo único que anhelaban era la guerra por la guerra; la satisfacción de un instinto de

agresividad elemental. Así, tu padre, baja a Gibraltar y llama cabrones a los ingleses. Tu tío Teodoro escapa a América porque allí hay más oportunidades. Pero igual podía haberse ido a Oceanía, ¿no?

P. P.— Bien mirado, lo mismo, pienso yo.

DR.— ¿Y cuál era tu reacción ante la gratuidad de sus pretensiones? Supongo que les decepcionarías por completo.

P. P.— No se me alcanza bien lo que quiere decir, oiga.

DR.— Digo que tu pasividad… bueno, el hecho de que tú no te entusiasmaras con sus hazañas y sus proyectos les desilusionaría, ¿no?

P. P.— A ver, doctor. Por más que yo me sabía desde niño diferente de ellos.

DR.— Tú no eras de natural agresivo.

P. P.— No se trata de eso, doctor.

DR.— ¿De qué, entonces?

P. P.— Verá, el Bisa, el Abue y Padre, eran zurdos, mientras yo era diestro, como mi tío Paco.

DR.— ¿Eran zurdos tus abuelos?

P. P.— Y Padre también.

DR.— ¿Y qué tenía eso que ver?

P. P.— Pues no va tener que ver, también tiene usted cada cacho salida. Si ellos eran zurdos y yo diestro es que yo era diferente de ellos, ¿no? Y si a ellos les gustaba una cosa, lo natural es que a mí me gustase la contraria, ¿o no? Cada quien es cada quien, doctor. Todos nacemos marcados, contra eso no hay quien luche.

DR.— Pero vamos a concretar, Pacífico. Cuando tú les decías de niño que sus guerras te asustaban, y, de adolescente, que no veías motivo para tu guerra, ellos, tus abuelos, ¿se resignaban o seguían en sus trece de hacerte un buen soldado?

P. P.— Bueno, a decir verdad, doctor, yo pasé en casa muchas calamidades a cuenta de eso.

DR.— ¿Por no gustarte sus guerras?

P. P.— Eso era lo de menos, para que me entienda. Lo que llevaban peor es que yo penase por ver podar los árboles, o me enojase si robaban la miel a las abejas.

DR.— Les parecías afeminado, ¿no es así?

P. P.— ¡Qué afeminado, oiga! Marica, maricón, y que Dios Padre me perdone, de lo peor, ¿entiende? Mire, ahora me recuerdo la noche que sentí

llorar a la higuera las primeras vacaciones que pasé en casa.

DR.— Así que lloraba la higuera, ¿eh, Pacífico?

P. P.— Qué hacer, doctor, como un niño. El Abue la había podado por la mañana y ni la vendó siquiera.

DR.— Y tú ¿qué hiciste?

P. P.— Bajar, a ver, a escondidas, natural. Conque según la estaba vendando los muñones, tal que así, apareció Madre, en chambra, y que qué pintaba allí, ¿comprende? Y lo que ya le dije, curando a la higuera que lloraba, y ella, ¿que lloraba la higuera, criatura? Bueno, ya sabe usted cómo las gastan las mujeres, doctor. Madre me llevó a la cama y no dijo más. O sea, en lo tocante a ella, a Madre, digo, podía andar tranquilo.

DR.— Lo peor sería los abuelos.

P. P.— Calcule, a la mañana me armaron un tribunal orilla el ruejo que ni la audiencia, oiga, que el Bisa, lo más flojo, una blasfemia. Y el Abue: ¡Ay, chaval!, ¿puede saberse qué va a ser de ti el día que llegue tu guerra? Que a Padre se le alcanzó decir entonces, será el primero de casa que la pierda. Y no quiera saber, oír esto el Bisa y trascordársele la cabeza fue todo uno. Me agarró por un brazo, me zarandeó y eunreshidejopudestagraciado, un rompecabezas, ¿sabe?

DR.— Eso significa que no aceptaban tu sensibilidad.

P. P.— ¡A santo de qué iban a aceptarla, oiga! Ellos eran peleones de natural, o sea, no cejaban, a ver, lo suyo. Pero ¿quiere usted más? Si aún me ensuciaba yo las bragas, que no tendría arriba de dos años, y ya andaba el Bisa malmetiendo al Abue con que si me hiciera hacer gimnasia, que yo siempre fui un poco fifiriche, de constitución, ¿sabe? O que disparase la escopeta orilla la cuna para que me fuera haciendo, o que me arrimara una culebra por ver cómo reaccionaba. Perrerías, como yo digo, que no sabían hacer otra cosa.

DR.— ¿Y cómo reaccionabas, Pacífico?

P. P.— Se va usted a reír, pero la primera vez que el Abue me arrimó una culebra, me entró la temblequera, se me desbarataron los ojos, me puse tieso y Madre tuvo que mandar razón a la señora Dictrinia para que me volviese. A la muerte, oiga. Y lo que son las cosas, doctor, la Corina, hija de un mismo padre y una misma madre, las atusaba el lomo a todo lo largo, a las culebras, digo, como si nada. O sea, desde chavala. Y por San Pedro, cuando el baño del Bisa, la faltaba tiempo para agarrar la cándara y sacar los tontos del pilón. Que me recuerdo que el Bisa siempre decía: Si ella fuese él, otro gallo nos cantara, y el Abue le retrucaba: Paciencia, padre, todo se andará.

DR.— Por lo que veo, tu abuelo era más comprensivo, más optimista, respecto a ti me refiero, claro.

P. P.— Dónde va, sí señor. El Abue no perdía la esperanza. Se agarraba a un clavo ardiendo.

DR.— ¿Qué quieres decir?

P. P.— Ni más ni menos que lo que oye. O sea, el Abue, por conservar la moral, cualquier cosa. ¡Hombre más inquieto! Me gustaría que le conociese, oiga. ¿Querrá usted creer que desde el día que nací no le vi una sola vez sentado en una silla o un tajuelo como Dios manda? Él, no señor, siempre en el palo de arriba o en el camal de la higuera si andábamos en el ruejo. Con decirle que la rama tenía, tal que así, el hueco de las cachas del Abue, o sea, la forma, está dicho todo; una manía.

DR.— Y probablemente no sería tan tozudo como el Bisa.

P. P.— Pues es verdad, sí señor, no era tan testarrón, eso es cierto.

DR.— Pero el Bisa era el que cortaba el bacalao, ¿no?

P. P.— A ver, doctor, el Bisa era el amo de la casa, no lo olvide. Que así que dijo, por un ejemplo, de llevarme donde el médico, todo el mundo a callar la boca.

DR.— Al médico, ¿por qué razón al médico?

P. P.— ¡Ande! ¿Y todavía lo pregunta? Pues por lo de la higuera, lo de las abejas y todo lo demás. Que me recuerdo que don Alfaro, conforme nos vio entrar, con toda la sorna, oiga, ¿dónde va el batallón de los Pérez? Que en el pueblo teníamos fama, a ver.

DR.— Pero ¿qué es lo que le dijeron a don Alfaro?

P. P.— Mire usted, de primeras, el Bisa le planteó la cuestión sin miramientos, ¿se da cuenta? O sea, le dijo: Hablando en plata, doctor, ¿cree usted que se puede ser hombre sin nada entre las piernas? Así. Y don Alfaro, a ver, me bajó los pantalones, me tumbó en la mesa, me anduvo mirando y que bien, ¿comprende?, que respecto a ese punto podían dormir tranquilos.

DR.— ¿Qué dijo el Bisa?

P. P.— Miró para el Abue, ¿entiende?, que para mí que se lo traían preparado. Y el Abue, mire usted doctor, que este chico es blando, y don Alfaro, fuerte no es, pero eso no es ninguna enfermedad. Y el Abue, más que nada, lo que tiene este chico son rarezas, don Alfaro; tiembla si nos ve podar un árbol o se reniega si catamos las colmenas, ¿usted cree que eso es normal? Que allí vería a don Alfaro, el hombre no sabía por dónde salir, por qué registro, y, finalmente, que eso era sensibilidad y por eso no se moría nadie.

DR.— ¿Y el Bisa?

P. P.— Imagine. Se puso bravo y que qué coños podía esperarse de una criatura así el día que llegase su guerra, ¿comprende? Que ellos habían cumplido en las suyas, aunque le estuviera mal el decirlo, pero que le dijera él, don Alfaro, digo, qué iba a hacer en una guerra una criatura que se pasaba el día mirando el humo de los tejados o penaba por las truchas ensartadas.

DR.— ¿Cómo lo encajó don Alfaro?

P. P.— Mal. Ya se lo puede usted imaginar. O sea, que si lo que querían era un hombre de empuje, escuelas y oportunidades no habían de faltarme, que bueno estaba el mundo.

DR.— Un hombre razonable ese don Alfaro.

P. P.— Un médico rural, ya ve.

DR.— ¿Y tus abuelos? ¿Salieron satisfechos?

P. P.— A mayores, no señor, de qué. Pero yo tengo para mí, doctor, que de lo del Krim, o sea, del fusilamiento, tuvo la culpa don Alfaro.

DR.— Perdona, Pacífico. Luego hablaremos de eso. Antes de que se me vaya la idea, ¿qué era eso de que te pasabas el día mirando el humo de los tejados? ¿Es cierto o era una invención del viejo?

P. P.— Bueno, en realidad, a mí me gustaba mirar el humo de las chimeneas en los días calmos, doctor, eso es cierto. ¿Es que hay algo de malo en ello?

DR.— No se trata de eso, Pacífico. Pero dime, ¿por qué razón lo mirabas?

P. P.— Ande, por mirar. ¡Qué cosas!, o sea, por gusto. No se vaya a pensar que llevaba segundas en eso.

DR.— Pero ¿es que salías de propósito a mirar el humo?

P. P.— A ver. Mi tío Paco, desde chaval, me subía al Crestón en los serenos sólo por el gusto de ver alentar las chimeneas, ¿comprende? Y me recuerdo que algunas tardes el tío Paco apuntaba con la cachava para el humo y me decía, decía: La vida es eso, Pacífico. No esperes otra cosa.

DR.— ¿Y subías siempre al Crestón? ¿Qué era eso del Crestón?

P. P.— ¿Otra vez? Una peña grande, disforme, veinte veces el Ayuntamiento, que queda tal que así, orilla la plaza y parece como que fuera a caerse pero que no. Allí, orilla el Crestón, se juntan los tres arroyos, el Matayeguas, el Lirón y la Salud, ¿entiende? Y talmente de esa peña, el Crestón, digo, es desde donde se suicidó el jabalí el año 1957, la víspera de lo de la abuela Benetilde.

DR.— ¡Qué cosas, hijo! ¿De veras se suicidó un jabalí?

P. P.— Ande, cómo se lo diría yo, que no fuimos dos ni tres los que lo vimos. O sea, era el tiempo de la fruta y todo el Humán andaba en la Plaza. Y, en éstas, ¡plaf!, ni gruñidos ni nada, lo único ¡plaf!, al estrellarse el animal contra el cemento, ¿comprende? Que allí vería cómo nos puso a todos de sangre y de mierda.

DR.— ¿Y qué hicisteis? Porque supongo que tampoco en tu pueblo será ése un número habitual.

P. P.— No quiera saber el jorco que se preparó a cuenta del jabalí ese. De primeras, el Agatángelo quería subir donde el Otero, ¿comprende?, o sea que era una broma de ellos, del mocerío de arriba, y las iban a pagar. Pero el Abue que a santo de qué iban a regalarnos esos hijos de perra un animal tan hermoso. Y en éstas andaban cuando llegó el señor Escolino, que era muy montuno él, que se tiraba las horas muertas en el sardón de Cieza, y que nones, que era cosa sabida que las reses, cuando viejas, si no da en dolerles las muelas, rabian o algo peor, ¿entiende? Y como quiera que el bicho aquel, el jabalí, digo, tenía la pelambre entrecana y los remolones careados, todos dimos por buena la explicación, ¿se da cuenta?

DR.— Está bien. Vamos a otra cosa, Pacífico. En varios momentos has mencionado el nombre de tu tío Paco, ¿no? Según tengo entendido, un hombre reflexivo, un poco el paradigma del sentido común. Bien. Dices que tu tío Paco era hermano de tu abuelo, pero que mientras el abuelo era zurdo, el tío Paco era diestro y, en definitiva, no se entendían, ¿es así o no es así?

P. P.— Tal cual, doctor. Allí donde el Abue decía negro, el tío Paco decía blanco. O sea, como el perro y el gato, ¿sabe? Pero, para usted y para mí, lo peor de todo es que entre ellos faltaba de aquí.

DR.— ¿Corazón?

P. P.— Llámelo como quiera. Lo que no había es cariño, y sin cariño, ya se sabe, dos hermanos peor que dos extraños.

DR.— Pero tú sentías preferencia por tu tío Paco, ¿no? Yo pienso que te llevabas mejor con él que con ningún otro miembro de la familia, exceptuando tal vez a tu madre.

P. P.— Y a la abuela Benetilde, mire.

DR.— ¿También querías mucho a tu abuela, Pacífico?

P. P.— Pues no la había de querer, doctor, si no la había más buena. La abuela Benetilde, hilar y callar, ya se sabía. Que desde las bodas de plata del trance ni volvió a abrir el pico, doctor. Lo único, ése es bueno y ése es malo,

según la cayera, talmente como en el Juicio Final. Y, por si fuera poco, la abuela Benetilde tenía corona.

DR.— ¿Cómo que tenía corona?

P. P.— Pues eso, lo que oye, oiga, que tenía corona. O sea, como los santos en las estampas.

DR.— ¿Quieres decir que tu abuela andaba por el pueblo con la corona puesta como los hombres con la boina?

P. P.— Aguarde, que tampoco es eso, oiga, no la involucre. La abuela Benetilde tenía corona por días y en algunos sitios, ¿comprende? Por un ejemplo, en la cuadra, a la atardecida, conforme echaba el pienso al ganado.

DR.— Escucha, Pacífico, ¿no habría por casualidad en la cuadra de tu casa un ventano orientado a poniente, donde diera el sol al ocultarse?

P. P.— Sí señor, tal cual, ¿por qué lo sabe?

DR.— Ya ves, Pacífico, pero dejemos eso ahora. Sígueme hablando de la abuela. ¿Cómo empezaron sus trances? ¿En qué consistían?

P. P.— Mire, en punto a eso, doctor, yo sólo puedo hablarle de oídas, ¿entiende? Que los trances de la abuela Benetilde empezaron con la mayoría, ya ve, que por entonces, ni casada, ni nada, o sea, Padre ni había nacido. Pero, al decir del señor Isauro, aquello fue cosa chocante, ya ve, que él jura y perjura que vio la lluvia de hostias alrededor de la higuera y que con las hostias que caían, don Salvador, el que andaba de párroco entonces, que, a su decir, estaba muy encariñado con la causa, dio la comunión a todo el personal, imagine. O sea, al decir del señor Isauro, una muchedumbre, que lo mismo se juntaron mil almas aquella mañana, ¿se da cuenta? Y eso fue una vez, que otros días, a su decir, salían hostias hasta de las flores o de los mismos bolsos de la Mística, siempre en lugares raros, para que me entienda.

DR.— La Mística era tu abuela, ¿verdad?

P. P.— Sí, señor, ella era, que la Mística le decían por su devoción, que ni cansancio sentía, ni dolor, ni nada. O sea, por un ejemplo, ella caía en trance de madrugada y lo mismo se tiraba de rodillas el día entero, entre guijos, sin lastimarse, ¿comprende?, eso sí, sin dejar de mirar a la higuera, donde la Virgen. Y al decir del señor Isauro, durante el trance, a cada quien le hablaba en su lengua, por un ejemplo, a los franceses en francés y a los portugueses en portugués. Que dice que un día, ya ve, por probar, don Salvador la hizo una consulta en griego y la abuela Benetilde no se piense que se achicó, o sea, le contestó.

DR.— ¿Respondió en griego tu abuela?

P. P.— Talmente, sí señor, vamos, eso dicen, que yo en eso no me meto. Pero, al decir de los del Humán, así que la abuela entraba en trance, hablaba todas las lenguas.

DR.— Y al caer en éxtasis, ¿qué veía?

P. P.— Según, mire. O sea, unas veces, a la Virgen; otras a Nuestro Señor. Pero siempre en la copa la higuera, ¿comprende?, que eso no fallaba. Y, al decir del señor Isauro, si salía Nuestro Señor, los ojos de la abuela Benetilde, que eran negros, se volvían verdes, y si salía María Santísima, azules como el cielo, ¿se da cuenta?

DR.— Y la higuera ¿siempre era la misma?

P. P.— Natural, oiga, la higuera de junto al ruejo, la única que hay en el pueblo. Y allí anda, que no es de ayer, imagine, que va para sesenta años del sucedido.

DR.— ¿Eran muy frecuentes las apariciones?

P. P.— Por mayor, según tengo entendido, la Mística sólo recibía los sábados, pero esos días, una peregrinación, oiga, un jubileo, cantidad de personal de todas partes, no vea. Y, al decir del señor Isauro, el día de recibo, a la mañana, con el rocío, ya sabían quién había de ser el aparecido, por el olor. O sea, si era María Santísima, pues eso, trascendía a rosas, y si Nuestro Señor, a jazmín, ¿entiende? Pero por todo el vallejo, ¿eh? Y, conforme se acercaba la hora, pues más fuerte, que hubo día, según dicen, que el olor llegó a la capital.

DR.— ¿Y dónde se metía tanta gente?

P. P.— Ahí está el chiste, doctor, que ni sitio para comer, a ver; cuanto menos para alojarse. O sea, dormían en las cunetas, al raso, o en los pajares, donde cuadrase, el caso era no perder el mensaje.

DR.— ¿Y hubo mensaje?

P. P.— Pues qué hacer sino haberle, doctor. Una tarde la Virgen Santísima le dijo a la abuela Benetilde: Hija, di a los hombres que no se destruyan, que no se dejen llevar de la codicia, que no me olviden.

DR.— ¿Sólo eso?

P. P.— Que yo sepa… Pero tampoco crea que sirvió de mucho, oiga, que a los cuatro días a poco la matan a ella.

DR.— ¿A la abuela? ¿Quiénes?

P. P.— ¡Quiénes habían de ser!, los malos quereres, los del Otero, los de siempre. Que, al decir del señor Isauro, ¿sabe?, la andaban buscando las vueltas desde que empezó. O sea, ellos, los del Otero, digo, no tragaban que el

personal viniera para el Humán, ¿se da cuenta?, por más que de los cuartos que entraban en el pueblo algo les tocaba a ellos. Pues con eso y con todo, no señor, oiga, que la Mística, o sea, la abuela, era una embaucadora y una bruja. Y una noche la quemaron la casa, la descalabraron y la dejaron por muerta. Y menos mal que, a la mañana, el señor Obispo mandó un coche y se llevó a la abuela Benetilde a la capital, la puso en un convento de monjas y allí la tuvo encerrada un año. Y tan pronto regresó al pueblo, el Abue se fijó en ella y a los pocos meses la llevó al altar.

DR.— ¿Y nunca más volvió a sentir tu abuela esas experiencias?

P. P.— A mayores, no señor. Lo único que, al cabo de los veinticinco años del trance, la abuela Benetilde perdió el habla. Ése es bueno, o ése es malo, no había quien la sacase de ahí, ¿entiende? Que lo que yo digo, algo tuvo que pasar por esa cabeza, oiga, para trascordarse así.

DR.— Es curioso.

P. P.— Cosas, ya ve.

DR.— De tu tío Paco, la abuela decía que era bueno, ¿verdad?

P. P.— Sí señor, eso decía, pero no crea que los demás estaban conformes.

DR.— ¿Los demás? ¿Qué decían de tu tío los demás?

P. P.— A saber, mire, para todos los gustos, que según el Abue era un vago, mientras don Prócoro porfiaba que era un poeta. Que me recuerdo que un día le dije, si nunca en la vida hizo un verso el tío, y él, ¿qué importa eso? Ya ve usted qué salida.

DR.— Me interesa tu tío Paco, Pacífico. Háblame un poco de él, por favor.

P. P.— ¿Y qué quiere que le cuente de mi tío Paco, doctor? En realidad, yo me recuerdo de mi tío Paco caminando carretera adelante, con la visera a cuadros, que yo me pienso que ni para dormir se la sacaba, oiga, muy tieso él, con la cachava en la mano, ¿entiende? Bien mirado, nunca tuvo prisas mi tío Paco, doctor, ni tampoco muchas cosas por hacer, ésta es la verdad.

DR.— ¿Vivió alguna vez con el Bisa?

P. P.— ¿Con el Bisa? Ni por pienso, oiga. Bueno, entiéndame, de chaval digo yo que viviría, que por algo era su hijo, pero desde que yo nací, o sea, desde que me recuerdo, no señor. Que mi tío Paco paraba en su casa, él solo, ¿sabe?, a cosa de medio kilómetro del pueblo, orilla el Embustes, entre las ringleras de manzanos. Y allí vivía, con un par de cabras, media docena de gallinas y dos docenas de pichones blancos. Y, al decir de la gente, le mandaba mensajes con ellos, con los pichones, digo, a una mujer de Córdoba, o sea, que era su novia. Pero, a decir verdad, él nunca hablaba de todo eso.

DR.— ¿Qué edad tenía tu tío cuando dejaste el pueblo?

P. P.— Mire, doctor, esto del tiempo, en mi familia, es muy difícil determinar. Pero mi tío Paco, los setenta y cinco ya no los cumple, eso fijo.

DR.— No es fácil que se case ya.

P. P.— Por eso no, oiga, que en mi pueblo son tardíos, como suele decirse, para bodas y mortajas. Ve ahí tiene usted al Bisa.

DR.— ¿A qué se dedicaba tu tío? ¿Era también labrador?

P. P.— Bueno, mire, en mi pueblo, fuera del señor Del, del señor Edito, del señor Isauro y del señor Escolino, todos son labradores si se pone usted a mirar. O sea, mi tío Paco tenía una hacienda pequeña orilla el Embustes y con ella se apañaba, ¿entiende? Eso sí, arrancar la fruta no se lo pidiera usted a él, no podía, que era como quitarle a un animal sus crías, que no le sacaba usted de ahí, ¿se da cuenta? O sea, cada año apalabraba un par de braceros. Y, en lo tocante al Hibernizo, yo me prestaba, doctor, a ver, que ponía más cuidado. Con todo, fíjese, yo tengo para mí que mi tío Paco era un poco raro, oiga. Por un ejemplo, nunca comía carne; todo lo más legumbres, manzanas y miel. Luego, cada mañana, con la fresca, cogía la trocha la Peña y a beber un buche de agua en ayunas en la fuente la Salud, pero todos los días, oiga, así cayeran chuzos de punta, una rutina. Con que, al cabo, el tío se daba un paseo por las huertas y las hornilleras de Cieza y a cosa de mediodía solía caer por casa con algún menester: mira Vitálico, al Abue, ¿se da cuenta?, que de la parte de Fuentefierro hay dos manzanos que necesitan apeo. O, por un ejemplo, en la cerviguera, orilla Las Puertas, he visto un jabardo rubio que parece de las movilistas de casa, ¿entiende?, el Abue, natural, que las colmenas de casa eran proindiviso, ¿entiende?, o sea todas de todos, no estaban repartidas. Que el Abue, imagine, de que le oía, a ver, pues agarra una escriña, Paco, y atrápalo, decía, que mi tío Paco, tú sabes que yo no sé poner preso a nadie, por las abejas, natural, que el Abue, entonces, le llamaba holgazán, le regañaba, pero el tío Paco tan terne, no crea, mira Vitálico, si todos nos azacaneamos, ¿quién va a reparar en las labores por hacer?

DR.— Tu devoción por él, Pacífico, ¿puedes decirme de cuándo provenía? ¿Por qué ese cariño?

P. P.— Qué se yo, qué quiere que le diga. Él, o sea mi tío Paco, era diferente, eso sí. Que los demás jugaban a las guerras orilla mi cuna, o me contaban historias que me hacían miedo, pero él, no, o sea, nunca, ¿entiende? Que le estoy hablando de cuando chaval, cuando mi tío Paco aparecía con unos guijos blancos o un fósil, que de la parte de la Torca hay cientos de ellos, caracoles y conchas, ¿sabe?, fósiles, una infinidad. Bueno, pues qué

será el instinto, doctor, que yo, sólo de verle, ya me arrancaba a dar pataletas y a hacer gorgoritos, ¿comprende?, que Madre, al verme de esas trazas: ¡Virgen! ¿Puede saberse, tío, qué le da usted a la criatura?

DR.— Y a medida que crecías ¿no disminuían tu admiración y tu simpatía por él?

P. P.— Al contrario, oiga; si me apura iban a más. Que, por un ejemplo, en los serenos de invierno, me agarraba de la mano y al Crestón, a ver humear las chimeneas. Y así que florecía el Hibernizo, tate, orilla suya, oiga, a ver trajinar a don Patricio en el árbol. Y de que barruntaba la primavera, los días de vacación, ya se sabía, a la Torca Palomera, a rodar fósiles hasta la sima, que no vea, doctor, la profundidad, o sea, el tiempo que tardaban en llegar al agua. A mí me gustaba salir con él, con mi tío Paco, digo, aunque fuera callado, que las más de las veces el hombre iba callado, o sea, sin decir nada. Pero me gustaba verle con la visera y la cachava negra, que lo mismo le servía para espantar un tábano que para aplastar un mato de ortigas, ¿comprende? Y así que fui creciendo, oiga, me pensaba para entre mí que una vara en la mano da autoridad, que, de otro modo, uno no se explica que el tío Paco pudiera acordar a los del Humán con los del Otero, ni en lo del señor Nestorio ni en nada, pues buenos eran. O sea, yo me pienso, oiga, que contra lo que el Bisa pudiera decir, mi tío Paco sabía echarle valor a las cosas y mucho conocimiento, sí señor, que gracias a él me enteré yo de que los árboles sufren, y los ríos hablan y que el humo de las chimeneas era como la vida, que así es ciertamente. Por un ejemplo, doctor, algunas tardes, o sea, camino de la Torca, mi tío Paco iba y se sentaba en los farallones de Peñacarrubia y me enseñaba a distinguir las voces de los tres ríos, ¿entiende?, el Matayeguas, el Lirón y la Salud. Y me decía, decía, el Matayeguas vocea, ¿te fijas?, da como tumbos, que yo, sí, tío, y él, el Lirón es más somero, su voz es más cristalina, ¿oyes?, que yo, sí, tío, y él, el otro, la Salud, es más sentado, no vocea, sólo murmura en las salcinas, que yo, sí, tío. Y usted no lo creerá, doctor, pero así que callábamos la boca, sentía vocear al Matayeguas, o cantar al Lirón o rutar a la Salud, oiga, que eran talmente como personas platicando.

DR.— ¿Qué más cosas te contaba tu tío, Pacífico?

P. P.— Mire, allí mismo, en los farallones de Peñacarrubia, me enseñó mi tío Paco que los ríos escachan los nublados, o sea, los parten, ya ve qué cosas, que eso es tan cierto como la luz bendita, oiga, o sea, que asomaba uno, un nublado, digo, por el valle del Embustes, de la parte del noroeste, y al llegar donde el Crestón, ya se sabía, oiga, tres nublados más chicos, uno

Matayeguas arriba, otro por el vallejo del Lirón y por el de la Salud el otro, tres nublados.

DR.— Es decir, que con tu tío Paco aprendiste más que en la escuela, ¿no es así, Pacífico?

P. P.— Aguarde, oiga, son saberes distintos, que una cosa son los libros y otra la vida, ¿no? Por un ejemplo, uno en la escuela no aprende a mirar, ¿es cierto eso o no es cierto? Bueno, oiga, pues mi tío Paco me enseñó a mirar, que hay cosas que uno tiene delante de las narices y, por lo que sea, no las ve, ¿entiende? Pues a lo que voy, doctor, mi tío Paco me enseñó a mirar. Que por él supe que nuestro pueblo era hermoso, que desde lo alto del Crestón veía los tejados del Humán y, alrededor, las ringleras de manzanos. Y, abajo, en la cuenca, el Embustes, espejeando, ¿entiende? Y las dos cervigueras de robles empinándose a los lados. Y, por cima de todo, las atalayas de las nogalas. Que luego, tal que así, a mano derecha, en la cresta del cerro, andaba el caserío del Otero, de piedra de toba, ¿sabe? Y a un lado, la parroquia, ciega, oiga, como un castillo, y, orilla suya, las tapias del camposanto, ¿se da cuenta?, las que desmontó el Teotista el día de la cantea grande. Y dentro, o sea, asomando, cuatro cipreses negros, que si soplaba el norte se cimbreaban como juncos. O sea, doctor, para que me entienda, yo aprendí a ver eso, y usted lo creerá o no, que es muy libre, pero sólo de verlo yo me sentía como otro, que a días, a saber por qué, hasta me venían las ganas de llorar y todo.

DR.— Está bien, Pacífico, continúa. ¿Qué más aprendiste junto a tu tío Paco?

P. P.— De lo que aprendí orilla suya, de mi tío, digo, le estaría contando una vida y todavía no habría empezado, ya ve.

DR.— ¿Era hombre sensible tu tío?

P. P.— Ande, a la vista está, doctor, por más que él, mi tío Paco, digo, cuando penaba por algo, lo que hacía era callar, ¿entiende? Callar la boca y agarrarse al mango de la cachava con las dos manos como si sintiese vértigos, que eso es lo que hizo la tarde que me contó que el hoyo de la Torca Palomera estaba lleno de muertos.

DR.— ¿Y era cierto eso?

P. P.— Mire, doctor, otra cosa no, pero a mentir mi tío Paco no estaba enseñado. O sea, si lo dijo, así sería. Que me recuerdo que yo andaba rodando lajas orilla la hoya, y escuchando los botes que daban hasta llegar al agua, y, en éstas, le pregunté: ¿quién hizo la Torca, tío?, que él, Dios la hizo, que yo, ¿para bajar al infierno?, y él, y aún más abajo. Pero créame, doctor, que aquel agujero negro imponía, que hasta miedo daba, oiga, y así se lo dije. Que él,

entonces, mi tío Paco, digo, salió con que las tierras de mi pueblo eran muy cavernosas y que un día, así me hiciera grande, me subiría a la Peña Aquilina, a ver la gruta Cangueta, toda llena de estalactitas y estalagmitas, porque el agua llevaba chorreando allí medio millón de años, hágase cuenta.

DR.— Ibas a contarme lo de los muertos de la sima, ¿recuerdas, Pacífico?

P. P.— Aguarde, sí señor, es cierto, que de unas cosas me voy a otras, sin darme cuenta. O sea, que a mí aquel hoyo, la Torca, digo, me traía a mal traer, ¿entiende? Así que le dije a mi tío: tío, mida con el reloj lo que tarda esta laja en llegar al agua. Que él lo midió, ¿se da cuenta?, y que cincuenta segundos, que yo, ¿es mucho o poco, tío?, y él, depende de lo que tú llames mucho, o sea, si pesamos la piedra, considerando la acción de la gravedad, o sea, lo que tira la tierra, podríamos saber la profundidad. Así me dijo, ¿comprende? Que yo, por mayor, ya ve, de chaval, ni se me alcanzaba, y no sé a cuento de qué me vino la idea, y le dije, ¿y si tiran a un hombre? Que no vea, doctor, se puso blanco como el papel, mi tío, digo, se agarró fuerte al mango de la cachava y calló la boca. Y yo, a ver, ya sabe usted lo que son los chavales, porfié, ¿y si tiran a un hombre, tío?, que a él, entonces, se le anubló la voz, como si se le pusiera un gargajo así, en la garganta, ¿entiende?, y, ya los tiraron, dijo, que no vea, oiga, tuve que sentarme orilla la olma para no caerme, o sea, de la impresión. Pero al cabo de un rato, dale, que aquello me gustaba y me hacía miedo, que no sé cómo explicarle, o sea, al mismo tiempo, ¿entiende?, y tío, ¿cuándo fue eso?, que él, en la guerra fue, y yo, ¿en la del Bisa?, que él, en la de Padre, en la grande, y yo, ¿tiraron muchos, tío?, que él, también más de un ciento de ellos, y yo, ¿qué hacían, tío?, que él, mi tío Paco, carraspeó, ¿se da cuenta?, o sea, como para quitarse el gargajo de la garganta, y tardó un rato en contestar, no crea, que se quedó mirando fijo para la Peña Aquilina, y, al cabo dijo, ¿y qué querías que hicieran?, llorar, temblar, patalear como si los echaran de bruces al infierno. Y los dos, oiga, candamos el pico con un susto en el cuerpo que no vea, pero ya no le pregunté más hasta que al cabo de dos años, Madre me subió una noche a la Torca a ver volar las ánimas del purgatorio.

DR.— ¿Volaban las ánimas del agujero, Pacífico?

P. P.— Ande, cada año el dos de noviembre, no fallaba. Allá nos vería a todos en procesión, que para eso no se distinguían los del Humán de los del Otero.

DR.— ¿Y qué viste, Pacífico? Cuenta.

P. P.— Fue como raro todo, oiga. Que me recuerdo que aquella noche caían asperezas, tempranas, a ver, pero era tan grande el silencio, oiga, que

hasta se las oía enredarse entre las ramas secas de la olma, las asperezas, digo. Conque allá estuvimos todo el vecindario aguardando orilla el agujero hasta la medianoche, doctor, que dar las doce y empezar el chapoteo y el arrastrar de cadenas fue todo uno. Y, en éstas, oiga, sin saber por dónde ni por qué, apareció el polvo de luz en la boca del hoyo, imagine, talmente como si abajo hicieran fuego, doctor, tal cual, que las mujeres a persignarse y a rezar a voces, ¿se da cuenta? Y en poco tiempo, el polvo de luz fue subiendo, subiendo por encima de la olma, una cosa disforme, que todavía me recuerdo, ya ve, que el señor Edito, el carnicero, decía orilla mía, ¿qué saldrá este año? Y así que escapó todo el resplandor, oiga, empezó a ahormarse, ¿entiende?, o sea, a afilarse por arriba y a ensanchar por los bajos, pero cada vez más vivo, ¿comprende?, que Madre temblaba y el señor Edito, es una catedral, decía. Y luego, todos, otra vez, a callar la boca, mirando alelados a lo alto, hasta que el polvo de luz desapareció. Pero no se piense que se metió en el hoyo ni nada, entiéndame, se marchó, que para dónde no lo sé, o sea, para que usted me comprenda, talmente como la niebla cuando levanta.

DR.— Resulta increíble, Pacífico. ¿Y siempre salía una catedral?

P. P.— Ca, no señor. Salían figuras, eso sí. Cada año, una, ¿comprende? O sea, una vez un castillo, otra una Virgen, otra una nogala, que yo me recuerdo la última vez que subí a la Torca, salió un ángel grandísimo, disforme, tocando una trompeta.

DR.— Esto sucedía la noche de ánimas, ¿verdad?

P. P.— Talmente, sí señor. El dos de noviembre por más señas.

DR.— ¿Y no viste salir el polvo de luz del agujero en otras ocasiones?

P. P.— A mí no me diga, oiga. Fuera de la fecha esa, yo no subí de noche a la Torca. Ni creo que en el pueblo subiera nadie.

DR.— ¿Por miedo?

P. P.— Bueno, llámelo como quiera.

DR.— ¿Y el cura, Pacífico? ¿Qué decía el cura?

P. P.— ¿Don Prócoro? ¿Qué quiere que dijese? Que natural, que a cuento de qué tantos aspavientos, que era el fuego de los muertos.

DR.— ¿Los fuegos fatuos?

P. P.— Sí señor, talmente, eso mismo dijo, los fuegos fatuos.

DR.— Después de esa experiencia, ¿volviste alguna vez por la Torca Palomera con tu tío Paco?

P. P.— Qué hacer, cantidad, pero ya no rodaba piedras, oiga. Me daba repeluzno escachar las cabezas de los muertos.

DR.— Otra cosa, Pacífico, ¿comentaste alguna vez con tu tío el espectáculo de la noche de ánimas?

P. P.— Nunca, no señor. Yo sabía que le imponía y callaba la boca. Que en lo tocante a él, mi tío Paco, digo, también callaba la boca cuando algo le acuitaba. Por un ejemplo, si el Bisa o el Abue mentaban sus guerras, él, mi tío Paco, digo, se agarraba al bastón y se les quedaba mirando fijo, pero no decía palabra.

DR.— Y a tus abuelos, Pacífico, ¿les agradaba que te juntases con él, con tu tío Paco quiero decir?

P. P.— Ni por pienso, oiga. Y tenga por seguro que si a mí me mandaron a la ciudad, a estudiar, a él se lo debo.

DR.— Dime. Y antes de ir a la ciudad, ¿no habías estudiado nunca?

P. P.— Qué hacer, sí señor. Cinco años con don Ángel, en la escuela.

DR.— ¿Qué años tenías cuando marchaste?

P. P.— Trece para catorce, o sea, recién cumplidos.

DR.— ¿Y cómo se decidió tu marcha?

P. P.— Ésa es otra, doctor. Que yo tengo para mí que lo determinaron los tres, el Bisa, el Abue y Padre, digo, en el concilio de por las noches, ¿sabe?, cuando yo me acostaba. Que muchas veces, la Corina me decía: ya están los viejos de concilio, ¿se da cuenta? Y yo sentía el rum-rum de la parla por entre las tarimas hasta que me quedaba dormido. Bueno, pues una mañana, doctor, luego de una noche de concilio, así que me levanté, Madre me dijo que para el lunes me largaría al colegio en el coche del Sinclético, ¿entiende? Así que ni tiempo de pensarlo tuve.

DR.— ¿Te agradó la perspectiva?

P. P.— ¿Cómo dice?

DR.— ¿Te atraía la idea de ir a estudiar?

P. P.— Bueno, qué quiere que le diga, oiga, tanto me daba. Lo único avisar al tío Paco. Pero, como andábamos tendiendo las manzanas en las manzaneras, tampoco se piense que fue una cosa del otro mundo.

DR.— ¿Le encontraste allí?

P. P.— A ver, nunca faltaba, oiga. Arrancar la fruta, no la arrancaba, eso no, pero para colocarla era muy estricto, ¿entiende?, que no vea el orden que se gastaba. O sea, de chaval, él me decía, alinéalas en los vasares sin golpearlas, Pacífico, de otro modo se dañan y la manzana hasta que pudre, sufre, ¿entiende? Que yo, natural, ponía todo el cuidado. Y él, dale, las de la broza en la piel son las reinetas; las verde-doncellas son más brillantes, y

éstas amarillas con el culo en forma de corazón son las camuesas, hijo. A las manzanas has de aprender a conocerlas por la cara y por el culo, tal que a las personas, me decía. Y así se iban las tardes, doctor, colocando manzanas en los vasares y platicando, que no vea el aroma tan rico que había allí, en las manzaneras. Parece como que alimentase, oiga. Que lo crea o no, para mí, mi pueblo, así, de lejos, es ese olor, o sea, el olor de las manzanas. Que, por un ejemplo, el día que ando así, como acuitado, cierro los ojos, doy en pensar en aquel olor y entonces parece como que me volviera el ánimo, ¿se da cuenta?

DR.— Bien, Pacífico, ¿y cómo le dijiste a tu tío que marchabas a la ciudad?

P. P.— Mire. Así que me dijo Madre que el Bisa y el Abue habían determinado, vamos, esa tarde, yo me llegué donde él, donde mi tío Paco, digo, y se lo dije: Tío, el lunes marcho al colegio con el Sinclético, ¿entiende? Que él se sorprendió, natural, ¿a la ciudad?, que yo, a la ciudad, tío, los abuelos lo han determinado para que no me junte con usted. Y él, de primeras, calló la boca, o sea, mayormente no dijo nada, pero así que me despedí, oiga, la maldita manía, o sea, me puso la cachava entre los pies y cogí una liebre, que yo, ¡tío, jolín!, ¿entiende?, o sea, me renegué todo, que él, el tío, digo, con el registro de siempre: de ahí no puedes pasar, Pacífico, tenlo presente.

DR.— Pero ¿es que tu tío te ponía la cachava entre los pies a menudo?

P. P.— A ver, o sea, no, doctor, algunas veces. Que así que yo me renegaba, él la misma copla, de ahí no puedes pasar, Pacífico, tenlo presente. Que yo, doctor, para qué le voy a decir otra cosa, ni le comprendía ni nada, o sea, no lo entendí hasta la tarde que ocurrió lo del Teotista.

DR.— Y, una vez en el colegio, ¿no volviste a frecuentar al tío Paco? ¿No le veías durante las vacaciones?

P. P.— Qué hacer, eso sí, doctor, a escondidas de los abuelos, ¿entiende? Que ahora me recuerdo de la primera vez que regresé al pueblo para la Navidad. ¡Menuda expectación, oiga! El Bisa con el vaivén de la silla y el Abue en el palo del taburete, que ninguno me quitaba ojo, oiga. Que el Bisa, así que entré, ni tiempo de besar a Madre, doctor, ¿qué? Y yo quieto parado, ¿sabe?, sin rechistar, y todos aguardando, que ya, por salir del paso, o sea por disimular, les dije, ¿es cierto lo que dice el Sinclético, que la Elio ha tenido cachorros? Que Padre, dos tuvo, la Miaja y el Krim, que ellos les ponían a los perros nombres de cuando sus guerras, ¿se da cuenta? Y en éstas, otra vez a callar la boca y a mirarme fijo, digo yo que por ver si allá, en la ciudad, digo, había hecho algún progreso, ¿entiende? Pero ni por cuanto hay se me alcanzaba por dónde arrancar, oiga, hasta que de repente me vino así la idea,

que ni sé cómo, y yo, ¿sabe usted, Bisa, que una vez hubo en el mundo una guerra que duró cien años?, le dije. Que allá vería, el Bisa tosió, que medio se ahogaba, se atragantó todo, eso no es posible, que yo, Bisa, se lo juro, viene en los libros, y él entonces se volvió al Abue, ¿oíste, Vitálico?, y el Abue dobló la cabeza para mirarme, que se relamía, oiga, ¡cien años a tiro limpio!, y yo, bueno, no había tiros entonces, Abue, y el Bisa a voces, ¿entiende?, ¡a machetazos, eso es lo mío! Y a todo esto, Madre y la abuela Benetilde se persignaban, ¡válgame Dios!, y el Bisa chillaba moviendo la silla, ¡me gusta ese colegio!, un corro de locos, ¿se da cuenta?

DR.— Con seguridad, ninguna noticia hubiese halagado más a tus abuelos, ¿no es cierto, Pacífico?

P. P.— Eso me pienso yo, doctor, que ellos me miraban como si acabara de regresar de la guerra esa, ¿entiende? Pero el caso es que también a mí me gustó darles el pego, oiga, las cosas como son. Que no habían acabado de salir para echar la partida y yo andaba ya camino de la casa de mi tío Paco.

DR.— ¿Para sorprenderle también?

P. P.— Tal cual, ésa era mi intención.

DR.— ¿Y se sorprendió?

P. P.— Quia, no señor, se conoce que tenía noticia. O sea, así que le dije, ¿sabe usted, tío, que una vez hubo una guerra que duró cien años?, él me dijo: Hace muchísimo tiempo de eso, Pacífico; entonces las armas mataban menos y había que estar más rato para hacer el cupo, ¿entiende? Y yo fui entonces el que me quedé parado, oiga, ¿el cupo, tío?, y él, a ver, hijo, las guerras donde no se mata el cupo ni siquiera vienen en la Historia. Así me dijo, ¿se da cuenta?

DR.— Y en ese primer encuentro, después de tu experiencia ciudadana, ¿ya no pudiste hablar nada más con tu tío Paco?

P. P.— Qué hacer, faltaría más; o sea, él me preguntó si no había aprendido más que eso, que fui yo, entonces, y le conté lo de la pelota china y los zancos y las guerras de preguntas que armábamos en la clase, o sea, unos contra otros, para hacernos caer, ¿entiende? Y él decía que sí con la cabeza, y así que acabé, me dijo, ya veo que no perdiste el tiempo, ¿comprende? Y, en éstas, le solté lo otro, o sea, una ocurrencia que de tiempo tenía yo entre ceja y ceja, doctor, así que le dije: Tío, ¿es que en la vida hay que ir siempre contra alguien? Pero no crea que el tío Paco retrucó enseguida, no señor, que al tío le gustaba reflexionar antes de hablar, así que dio unos golpecitos con la cachava, y al cabo me dijo, eso se llama competir, y se quedó mirando al fuego, ¿entiende? Y usted no lo creerá, doctor, pero ni por ésas me aclaraba,

pero como soy muy testarrón, o sea, de natural, le dije, ¿y es que no se puede vivir sin competir, tío?, ¿no podemos ir todos juntos a alguna parte?, y él se acuitó, se agarró a la cachava y dijo, eso todavía no se ha inventado, ¿comprende? Y usted no lo creerá, pero esa misma tarde, así que me arranqué a andar, volvió a ponerme la cachava entre los pies, mi tío Paco, digo, y yo volví a agarrar una liebre que a poco me eslomo.

DR.— Ciertamente tu tío utilizaba una pedagogía singular. Dime una cosa, ¿permaneciste mucho tiempo en el colegio?

P. P.— Sí, bueno, no, o sea, tres años para cuatro. Pero con poco provecho, ¿sabe?, las cosas como son. De primeras con lo de los lentes y luego con lo de la raíz cuadrada, la verdad es que no me pintó aquello.

DR.— ¿Qué fue lo de los lentes?

P. P.— Pues eso, oiga, ponérmelos. O sea, yo no veía el encerado, para que se entere, y entonces fue don Alfaro y me dijo, este chico necesita gafas.

DR.— Eso es frecuente. Yo también uso gafas desde niño y eso no ha supuesto para mí ninguna dificultad.

P. P.— No digo que no, doctor, pero no quiera saber la que se armó en casa a cuenta de los lentes. Que al Bisa todo se le volvía decir: ¿Visteis en vuestras guerras algún soldado con lentes?, y el Abue y Padre, que no, natural, que sólo en la Sanidad y la Intendencia, calcule.

DR.— ¿Te pusieron al fin las gafas?

P. P.— Qué hacer, doctor, a ver qué remedio. Pero con seis meses de retraso, ¿entiende?, que para entonces no veía yo a un cura en un montón de nieve, como suele decirse. Y en la escuela ya andaban a vueltas con lo de la raíz cuadrada, que es una cosa esa, doctor, que a mí siempre se me atragantó.

DR.— ¿Es que no te entraban las Matemáticas?

P. P.— Aguarde, de la Historia y la Gramática no tengo queja, la verdad. Y si me apura, tampoco de la Aritmética, doctor, lo de sumar, restar, multiplicar y dividir. Que yo me echaba las cuentas por las manzanas y, mal que bien, me arreglaba. Pero con eso de la raíz cuadrada, las manzanas no casan, ¿entiende? Porque, ¿dónde las pone usted? Y hoy por una cosa y mañana por otra, empecé a dejarme y me rezagué, y así que murió Madre, a poco de suicidarse la abuela Benetilde, yo tenía los diecisiete cumplidos y andaba en el tercer curso, o sea, retrasado. Pero esto entre usted y yo, ¿entiende?, que a la Candi, la chica con la que hablaba, la hice creer que tenía el grado.

DR.— ¿No le decías la verdad a tu novia?

P. P.— Sobre este particular, no señor, cualquiera, pues buena era. La Candi, para que usted se entere, quería arreglar el mundo y eso de los saberes de cada quien lo llevaba muy en cuenta. Ya ve, todavía me recuerdo que, a poco de conocernos, ella me dijo que todos los pardillos tenían los ojos atónitos y que los míos eran distintos, ¿comprende? Que yo, que sí, ya ve qué iba a decirla, pero para entre mí pensaba que sería por lo de los lentes.

DR.— Otro asunto, Pacífico. Una vez que te pusiste gafas, ¿renunciaron tus abuelos a sus planes de hacerte un guerrero? ¿Admitían que, llegada tu guerra, pudieras hacerla de sanitario o intendente?

P. P.— A mayores no se lo pregunté, doctor, pero me malicio que no. Ellos, los abuelos, digo, pensarían: Será el primer guerrero con lentes, ¿comprende? Vamos, digo yo, todo son figuraciones, usted ya sabe cómo las gastaban.

DR.— Pero podrías deducirlo de su actitud, de sus conversaciones, de su comportamiento contigo.

P. P.— No me recuerdo, oiga, la verdad. Lo único, la cantea.

DR.— ¿Qué cantea?

P. P.— Cuál va a ser, doctor, la grande, la cantea con los del Otero, cuando lo de la traída de aguas.

DR.— ¿Qué ocurrió?

P. P.— Bueno, pues eso, oiga, o sea los del Otero, con eso de que el agua no podía correr monte arriba, se quedaron a verlas venir, ¿entiende? Que ellos no tragaban que a ellos no les tocara y a nosotros sí, y que una cantea, ya ve usted, como si eso pudiera resolver algo. Conque el Teotista, arriba, y el Agatángelo, abajo, no vea usted lo a pecho que se lo tomaron. Y el señor Del, muerto de miedo, natural, poniendo tableros en los cristales y dándome la murga, Pacífico, ¿no podrías llevar razón a tu tío? No está bien que paguemos justos por pecadores, ¿comprende?

DR.— Pero ¿es que tu tío Paco solía mediar en las pedreas?

P. P.— No es eso, oiga. No puedo contarle todo al mismo tiempo, compréndalo. O sea, lo del señor Del, lo del señor Nestorio, para que lo entienda, es cuenta aparte. Él, el señor Nestorio, digo, tenía el negocio a mitad de la trocha, entre el Humán y el Otero, o sea, promediado. Y los del Otero y los del Humán, dale, cada uno de un lado, usted es de los nuestros, señor Nestorio, ¿entiende?, porfiaban, los dos. Pero él no se podía dividir, a ver, que lo que el señor Nestorio hacía era mirar por lo suyo, natural, que lo que él decía: Yo soy de todos, zagales, el comercio no pelea, ¿comprende? Pero a

buena parte iba, ni el Teotista ni el Agatángelo se daban a razones, y venga, defínase, coño, aquí nadie puede jugar a dos palos, o sea, le apretaban, ¿se da cuenta? Que el otro, ni a retrucar se determinaba, natural, que a cada cantea no vea el quebranto de tejas y cristales, un terremoto, oiga. Por más que luego, también las paces se firmaban allí, las cosas como son, y él se resarcía con las consumiciones, o sea, el gasto.

DR.— Es decir, que el señor Nestorio era neutral.

P. P.— Mire, talmente, eso mismo decía el Bisa, con esas palabras. Pero luego, al enterarse de que no le habían dejado un cristal sano, se arrancaba a reír y que las bofetadas siempre fueron para los neutrales y que la culpa era suya por no definirse. Pero el señor Nestorio, que si quieres, oiga, no daba su brazo a torcer.

DR.— ¿Y se resolvió el pleito?

P. P.— A eso iba, doctor. O sea, una tarde que el Agatángelo y el Teotista andaban a la greña, que si tú estás conmigo, que si estás contra mí, se presentó mi tío Paco. Y el Teotista, en buena hora llega, señor Paco, y mi tío, ¿qué es lo que ocurre aquí? Resumiendo, oiga, el Teotista y el Agatángelo le informaron y mi tío Paco, de primeras, calló la boca, y, al rato, levantó la cachava y señaló, primero para el Crestón y luego para el vallejo, o sea, donde el Humán y, a cabo, dijo: El Nestorio no tiene por qué enredarse con unos ni con otros; ni es del Humán, ni es del Otero. Que el Teotista, oiga, con mucha sorna, ésta sí que es buena, pues ¿de dónde es entonces?, y mi tío Paco, tan terne, oiga, de Del, que está en el medio. Pero con todo el temple, oiga.

DR.— Una solución salomónica la de tu tío.

P. P.— Perdone, ¿cómo dice?

DR.— No me hagas caso, Pacífico. ¿Y valió de algo la sentencia de tu tío Paco?

P. P.— Pues no va a valer, natural. Que a mi tío, allá en el pueblo, le respetaban, oiga, aunque luego anduvieran por detrás diciendo perrerías.

DR.— Pero ¿quedaron conformes o no quedaron conformes el Teotista y el Agatángelo?

P. P.— Bueno, vamos, o sea, de primeras, a ver, razón no le falta, por mi tío Paco, ¿comprende? Y, desde entonces, el señor Nestorio se quedó para los restos con el señor Del y la taberna como zona neutral, tierra de nadie, que dicen, ¿entiende? Por más que luego, en las canteas, siempre le tocaba algo.

DR.— Le quedaría agradecido a tu tío, ¿no es así?

P. P.— Imagine. Tenga en cuenta que la taberna del señor Del es el lugar de alterne de mi pueblo, o sea, no hay boda ni bautizo que no se celebre allí. Y cosa chusca, oiga, la plaza aparte, era allí, donde el señor Del, el único sitio del pueblo donde las mozas del Otero se avenían a bailar con los del Humán y viceversa. Y casualmente fue allí donde yo empecé a hablar con la Candi, o sea, en la boda del difunto Parmenio Marrero, durante el refresco.

DR.— Me temo que nos estamos yendo por las ramas, Pacífico. Entiéndeme, no es que no me interese lo que me cuentas, pero, en lo posible, me gustaría llevar un orden. Si no me equivoco, estábamos en la pedrea con los del Otero, con motivo de la traída de aguas, y, sin darnos cuenta, nos hemos ido a hablar del señor Nestorio, que será un personaje curioso, no lo dudo, pero de momento no hace al caso. ¿Me comprendes?

P. P.— Qué hacer sino comprenderle, doctor, pero ¿qué quiere que yo le haga? Si me arranco a hablar de una cosa y usted me sale con otra, o sea, me interrumpe, me desvío, a ver, lógico, ¿no?

DR.— Me parece que te estás poniendo nervioso, Pacífico.

P. P.— ¿Nervioso yo?

DR.— Bueno, te impacientas, que para el caso es lo mismo. ¿Por qué no dejamos la conversación para mañana?

P. P.— Mire, por mí…

DR.— ¿No te importa?

P. P.— Ande, ¿a santo de qué había de importarme?

DR.— Entonces, de acuerdo, Pacífico. Mañana volveremos a reunirnos aquí después de la cena. Pero no me olvides lo de la pedrea. Y ten en cuenta que si hablamos de la pedrea es en relación con los abuelos y el pleito de las gafas. ¿Entendido?

P. P.— Qué hacer, doctor, si no entenderlo.

DR.— Pues, entonces, hasta mañana, Pacífico; que descanses.

P. P.— Hasta mañana. Buenas noches, doctor.

DOCTOR.— Bien, Pacífico, si no recuerdo mal anoche interrumpimos la conversación en el asunto de la traída de aguas. Es decir, el hecho de que el agua no subiera al Otero originó una pedrea con los del Humán, ¿no es así?

P. P.— Cabal, sí señor.

DR.— Bueno, háblame de ello.

P. P.— ¿De la cantea?

DR.— Exactamente, de la cantea.

P. P.— Bueno, o sea, yo me enteré por el señor Del.

DR.— ¿Te informó el señor Del de la pedrea?

P. P.— Tal cual, doctor. Yo pasaba casualmente por allí, por la taberna, digo, y me lo dijo. O sea, me dijo que mandara razón a mi tío Paco, que la cantea de aquella tarde iba a dejar memoria.

DR.— ¿Y bajaste?

P. P.— Bajé, a ver, pero no fui donde mi tío Paco, sino a casa.

DR.— ¿Por qué razón no fuiste donde tu tío?

P. P.— Mire, liadas las cosas como estaban, era bobería, ¿no comprende?

DR.— Tú sabrás; y en casa, ¿qué hiciste?

P. P.— Lo de siempre, ya ve. Me llegué donde el ruejo, que allí andaban el Abue y el Bisa bajo la higuera.

DR.— ¿Les dijiste algo?

P. P.— ¿Yo?, no señor. Ellos a mí.

DR.— ¿Y qué te dijeron, Pacífico?

P. P.— Pues mire, por mayor, que si iba a ir a la tarde a la cantea. Que yo me hice de nuevas, oiga, ¿es que hay cantea?, y el Abue, ¡puñeta, pues no ha de haberla! ¿Ahora te desayunas?

DR.— ¿Por qué te ríes, Pacífico?

P. P.— Nada, ya ve, las cosas. O sea, por el gusto de porfiar, yo fui y les dije que no me petaban las canteas. Que allá vería al Abue, si a tu edad no te petan las canteas, ¿quieres decirme qué harás el día que seas soldado? Y yo echándolo a barato, oiga, es por los lentes, Abue, me los pueden escachar. Y, entonces, el Bisa empezó con el vaivén de la silla y me voceó: ¡Peor es que te escachen la cabeza, gandul!; has de ir a la cantea si no quieres que se nos caiga la cara de vergüenza.

D. R— Es decir, que por primera vez manifestaste en casa tu espíritu pacifista, ¿no es así?

P. P.— A saber. Llámelo como quiera.

DR.— ¿Y qué le respondiste al Bisa?

P. P.— Verá, le dije, está bien, Bisa, iré a la cantea sólo por no hacerles de menos. O sea, para que usted lo entienda, doctor, yo prefería la cantea en la cerviguera a la guerra en casa.

DR.— Lo comprendo perfectamente, Pacífico. ¿Y cómo se desarrolló la pedrea?

P. P.— Mire, por lo común, las canteas terminaban mal para nosotros, para los del Humán, quiero decir. Ésa es la derecha.

DR.— ¿Erais menos peleones, quizá?

P. P.— No se trata de eso, oiga, que a peleones allá nos andaríamos. Lo que pasa es que ellos, los del Otero, digo, andaban arriba, ¿entiende?, y los del Humán, abajo. Luego, por si fuera poco, los hielos cuarteaban el Crestón, la roca, ¿sabe?, de forma, que ellos, los del Otero, tenían munición en abundancia, mientras nosotros, si quita usted la cascajera del Matayeguas, allá abajo, a desmano, no teníamos de qué. Además, ellos, tenían los contrafuertes de la parroquia y las tapias del camposanto para aguantar, ¿comprende? Y si se echaban para adelante, la pimpollada y el talud de la casa de don Alfaro. Y en el peor de los casos, oiga, o sea, si las cosas les venían mal dadas, ellos, los del Otero, digo, lo mismo desmontaban las rocas del alto y las echaban a rodar monte abajo, que no vea, no paraban hasta la plaza, arrollándolo todo.

DR.— La topografía les favorecía, vamos.

P. P.— Y de qué modo, oiga. Pero aquel día, el Agatángelo se había aprendido la lección, ¿entiende? O sea, de mañana, ordenó apilar guijos todo lo largo de la cerviguera, montones de guijos, ¿se da cuenta? Así que, conforme empezamos, canto va, canto viene, el Teotista y su cuadrilla, los del Otero, vamos, se fueron arrugando y no pararon hasta ponerse al abrigo del camposanto.

DR.— Y tú, Pacífico, ¿intervenías de una manera activa?

P. P.— Aguarde, doctor. Nosotros, como le digo, dale que le das, que había que verle al Agatángelo despacharse con la honda, oiga, cantos como huevos de gallina y ni vérseles en el aire. Que yo a su lado, del Agatángelo, digo, pues a ver, hacía lo que podía, ¿entiende?, que la verdad es que nunca me dio por ahí. Pero el Agatángelo, así que me vio desenvolverme, me dijo, tú no tiraste muchos cantos en tu vida, ¿verdad, Pacífico?, que yo, doctor, a ver, es la primera vez que tiro cantos, y él, el Agatángelo, digo, ya se conoce, ¿por qué no me los alargas a mí que aguantaríamos más?

DR.— Y dejaste de tirar piedras para buscárselas al Agatángelo, ¿no es eso?

P. P.— Tal cual, sí señor. O sea, yo le alargaba guijos bien pulidos para la honda y me tapaba con los pimpollos. Que él, allá le vería, ¡rendíos, cacho cabrones!, a voces, oiga. Y los otros, los del Otero, tal cual, ¡subid si os atrevéis, hijos de perra!, el Teotista, ¿se da cuenta? Pero trepábamos tan aprisa que yo brincaba de pino en pino para no rezagarme, oiga. Así que ellos, los del Otero, digo, ni tiempo de levantar las peñas. Que entonces es cuando empezaron con las tapias del camposanto, a desarmarlas, digo, que el Agatángelo, loco, ¿seréis capaces de dejar los muertos al relente? Pero ellos ni caso, o sea, agarraban las piedras más gruesas, ¿comprende?, y las echaban a rodar, que había que andar con ojo, oiga, que allá se iban ladera abajo, dando tumbos, arrancando de cuajo los pimpollos tiernos. Y así las cosas, doctor, era bobería avanzar, o sea, imposible, ¿entiende? Que por el aquel del prurito todavía seguimos canteándonos una hora larga, hasta que el Teotista y el Agatángelo se cansaron, sacaron pañuelos blancos y que las paces. Y conforme ellos se iban a firmarlas, las paces, digo, yo agarré la trocha y me bajé para casa. Que me recuerdo que iba pensando, así para entre mí, *¿y* para esto tres descalabrados y tantos destrozos?

DR.— El Bisa te estaría esperando, ¿no es así, Pacífico?

P. P.— Allí mismo, oiga, a la puerta.

DR.— Se sentiría orgulloso.

P. P.— ¿Orgulloso? ¡Me río yo! O sea, así que me vio, de primeras, que si anduve en la cantea, que yo, que sí, a ver, natural, pero él salió entonces con lo de las tapias del cementerio, con que si no habían respetado ni a los muertos, que yo, es cierto eso, Bisa, y él, ¿tiraste muchos cantos, Pacífico?, que yo, la verdad, oiga, alguno tiré, Bisa, pero no acertaba. Y el Bisa se iba renegando, ¿comprende usted?, y así que le dije que había ayudado más que otros, que le alargaba al Agatángelo guijos del tamaño de reinetas, para que los tirase con la honda, se puso como loco, que allí le vería.

DR.— ¿No le agradó tu comportamiento?

P. P.— ¿Agradarle dice? ¡No quiera usted saber la que preparó, oiga! ¡Vitálico, Felicísimo!, voceaba, y no paraba con la silla, que el Abue y Padre acobardados, a ver, y él, el Bisa, digo, blanco como la pared, me señalaba con el dedo, ése, decía, por mí, ¿se da cuenta?, ¡ése ha ido a la cantea con los suministros! Y, en éstas, oiga, se le torció la boca, y empezó a desbarrar: esestocoirmoaguelarrasinhersamagarneelsilfu, o sea, la copla de siempre.

DR.— Su decepción significa que, pese a los lentes, aún pensaba en ti como un futuro héroe.

P. P.— A saber lo que pensaba. Lo único cierto es que me la guardó, oiga, y, a las primeras de cambio, se tomó la revancha. ¿Qué dirá que se le alcanzó al viejo, doctor?

DR.— ¿Qué, Pacífico?

P. P.— Pues arrimarme un cigarro a un mazo de cohetes el día de la fiesta.

DR.— ¿Y te reventó en las manos?

P. P.— ¡Mire!

DR.— ¡Qué barbaridad!

P. P.— Eso digo yo, oiga, qué barbaridad. Y don Alfaro preocupado, a ver, que eso de las quemaduras no es el qué, es el cuánto, decía, y el chico está de cuidado. Y allí, en la cama, me tiré casi un mes, que se dice pronto, que de principio no parecía, pero luego las bubas se me enconaron y la eché larga.

DR.— ¿Y qué hacía el Bisa mientras tanto?

P. P.— Incordiar, ya ve, que no salía de allí, de la alcoba, digo. A veces pienso para entre mí que si armó esta avería fue por tenerme una temporada orilla suya y darme la murga con sus guerras.

DR.— ¿Volvió a hablarte de sus guerras?

P. P.— Ande, todo el tiempo, oiga, sin dejarlo.

DR.— ¿Y qué te decía?

P. P.— Nada nuevo, mire, lo de siempre, que esta vez le dio por las cicatrices, ¿sabe? O sea, me decía, esto tuyo no es nada, Pacífico, ¿se da cuenta? Y, entonces, se arremangaba el pantalón y me enseñaba la herida de la corva, mira, decía, una cuchillada en Murrieta; luego se abría la camisa y un balazo de Sodupe, ¿entiende?, y así todo el tiempo. Que yo desganado, oiga, que las bubas me escocían y me sabía las cicatrices del Bisa de memoria, ya ve, de bañarle cada año en el pilón.

DR.— ¿Y no volvió a aludir a la pedrea?

P. P.— A mayores, no señor, no la mentaba; o sea, directamente.

DR.— Indirectamente ¿sí?

P. P.— Bueno, oiga, entiéndame. Él buscaba quitarme el miedo, ¿comprende? Que yo, al Bisa, le veía venir de lejos y lo que quería ahora era quitarle importancia a la bayoneta.

DR.— ¿Cómo importancia? ¿No querrás decir crueldad?

P. P.— Para el caso tanto da, doctor, vamos, creo yo. El Bisa iba a sacarme el susto del cuerpo, para que me entienda. Que él decía, por un ejemplo, tú no

debes pensarte, Pacífico, que la bayoneta sea carnicera. O sea, talmente lo contrario de lo que me había dicho antaño, ¿comprende?

DR.— Un cambio de táctica, vamos.

P. P.— Llámelo como quiera. El caso es que el Bisa lo echaba ahora a barato. O sea, él me decía, decía, la bayoneta es poco más que una inyección de la señora Dictrinia, Pacífico, ¿oyes?, un ojalito. Ahora, si otra cosa es tu gusto, tú puedes hacer que salte la mierda. ¿Comprende usted lo que le quiero decir?

DR.— A gusto del consumidor, vamos.

P. P.— Más o menos, doctor.

DR.— ¿Y tú? ¿Qué le respondías tú?

P. P.— Pues se lo puede usted imaginar, doctor, sí, Bisa, que no salía de ahí, a ver, para que callase la boca, que con las calenturas ya tenía bastante. Pero una tarde, según parlaba, se me fijó un dolor tal que así, o sea, sobre la parte, que luego me volvió, y Madre fue entonces y me puso faja, que no vea las bromas cuando la mili, a cuenta de ella.

DR.— Y ese dolor que te dio ¿tenía alguna relación con las alusiones del Bisa a la bayoneta, es decir, por simpatía, como te dijo el cura una vez, o era cosa aparte?

P. P.— No señor. Yo me pienso que fuera un aire, pero a saber. Lo único cierto es que desde entonces, cada vez que agarro frío, me vuelve, ¿oye? Que no quiera saber lo que pené a cuenta de eso, cuando la chica con la que hablaba me subía a Prádanos, a quitarme los prejuicios.

DR.— ¿Es que tu novia trataba de quitarte los prejuicios, Pacífico?

P. P.— Ande, puede decirse que no hacía otra cosa. Bueno, para que me entienda, ella, la Candi, decía que habíamos heredado una sociedad hipócrita y que había que cambiarla de arriba abajo. Eso decía. Pero eso fue después, que para entonces la abuela Benetilde ya se había colgado y la Corina, o sea, mi hermana, era el ama de la casa.

DR.— Ahí quería yo ir a parar, Pacífico. ¿Cómo fue para colgarse tu abuela? ¿No era una mujer muy religiosa que incluso había vivido una experiencia mística?

P. P.— ¿Qué quiere? Las cosas, ya ve. Pero algo debió de trascordarle la cabeza, oiga. Vamos, eso pienso yo, que ni don Prócoro, el cura, le negó tierra sagrada, ni nada.

DR.— Pero, dime, Pacífico, algo diría la abuela para justificar su determinación, ¿no?

P. P.— Bien mirado, la abuela Benetilde, desde las bodas del trance, no decía ni pío, doctor. Si es caso, de Pascuas a Ramos, ése es bueno o ése es malo, y pare usted de contar. Los que decían pestes de ella eran los del Otero, que ni uno solo, fíjese usted bien, ni uno solo, o sea, ni por casualidad, asistió al entierro.

DR.— ¿Y puede saberse qué es lo que decían de ella?

P. P.— Pues mire, para que se entere, lo más flojo, que era una bruja y que había que joderse con la mística esa, y que Dios Padre me perdone.

DR.— ¿Y el cura? ¿No salió el cura al paso de esas infamias?

P. P.— Qué hacer, sí señor. A don Prócoro no se le puede culpar. Allí le vería en el funeral, oiga, que la carne era débil y que a la hermana Benetilde la habíamos ido suicidando todos un poco cada día durante cincuenta años. Y que si eso era fraternidad cristiana que bajase Dios y lo viese.

DR.— ¿Eso dijo?

P. P.— Tal cual, oiga.

DR.— Y ella, la abuela, quiero decir, ¿no dejó tampoco una nota explicando su decisión?

P. P.— No, o sea, sí, doctor, pero a su manera, entiéndame. Que, para mí, que la abuela Benetilde lo hizo aposta, con retraso para que no pudiéramos impedirlo, ¿se da cuenta? Que a mí no hay quien me saque de la cabeza, oiga, que a la abuela la dio la idea el jabalí, ya ve, que el propio don Alfaro lo dijo, que el suicidio era por demás contagioso.

DR.— Pero ¿de qué jabalí hablas, Pacífico?

P. P.— Ande, de cuál ha de ser, doctor, del que se echó del Crestón abajo porque le dolían las muelas, de ése. Si el propio Abue lo decía, ya ve, que a la abuela ni se la hubiera alcanzado la idea de no ser por el jabalí.

DR.— Pero la abuela no andaba bien de la cabeza, por lo que dices.

P. P.— Mire, eso no, doctor, o sea, la abuela Benetilde andaba bien o andaba mal, según. Por un decir, ella, la abuela Benetilde, digo, desde las bodas del trance, entraba y salía y hacía sus labores como si tal cosa. Lo único, ve ahí, que callaba la boca, que yo, sólo de verla, me pensaba, ya está la abuela Benetilde reflexionando.

DR.— ¿Quieres decir que la abuela daba la impresión de que pensaba?

P. P.— Ande, de que pensaba, bien seguro puede estar, doctor.

DR.— ¿Por qué no me cuentas este episodio con un poco de coherencia, Pacífico? Tal vez pueda servirnos.

P. P.— ¿Cuál? ¿Lo de la abuela?

DR.— Sí, lo de la abuela. El suicidio.

P. P.— Mire, doctor, para que lo entienda, tal noche como hoy se echó el jabalí del Crestón abajo, ¿verdad? Bueno, pues tal día como mañana desaparecía de casa la abuela Benetilde. Usted me dirá si una cosa no va a tener relación con la otra.

DR.— ¿No discutió con su marido, o con el Bisa, o con alguien?

P. P.— Nada, oiga, a ese respecto bien tranquilo puede estar. Lo único, fíjese, que ese día el Krim se comió los huevos crudos por primera vez.

DR.— El Krim era un perro, ¿verdad?

P. P.— El del Abue, por aquel entonces, sí señor. El hijo de la Elio, hermano de la Miaja por más señas.

DR.— Está bien, sigue, Pacífico.

P. P.— Pues eso, oiga, que se hicieron unas cuatro de la tarde y la abuela sin aparecer. Y la Corina, mi hermana, dale, hace un rato andaba ahí, orilla el ruejo, mirando pasar el agua. Conque registramos la huerta y nada. Que ya Padre envió razón, y Martín, el cartero, lo pregonó en el Otero y en el Humán, la desaparición, ¿sabe? En cuanto al sargento Metodio, imagine, un hombre de su experiencia, raro, muy raro, decía. Que Padre, le advierto sargento que mi madre, desde las bodas del trance, andaba como trascordada. Y al sargento Metodio todo se le volvía decir, raro, muy raro. Pero a la hora ya estaba con las instrucciones, no crea. O sea, que armar tres grupos, uno con el señor Escolino, que era muy montuno él, miraría los sardones de la Peña Aquilina para abajo, o sea, toda la parte de Peñacarrubia, Las Puertas y Fuentefierro, inclusive Prádanos y los lavaderos, ¿se da cuenta?; el otro, con el Agatángelo, rastrearía los cuatro ríos, o sea el Matayeguas, el Lirón, la Salud y el Embustes, a más de la charca del Páramo, donde las gaviotas reidoras; y el último, o sea, el del sargento Metodio, miraría toda la parte de los desfiladeros y los farallones de la Peña, ¿entiende?

DR.— ¿Y lo hicieron así?

P. P.— Tal cual, oiga, que no quedó mato por registrar. Pero pasó una semana y nadie daba razón, que, en éstas, fue cuando los del Otero empezaron con lo de hay que joderse con la mística esa, ya sabe. Conque, el mismo día que concluyó la octava, el sargento Metodio se llegó donde el Abue, se le cuadró y le dijo: Le acompaño en el sentimiento, señor Vitálico, dela por muerta.

DR.— ¿Y cómo se aclaró lo del suicidio?

P. P.— Por una carta, sí señor, una carta de las Américas. O sea, la carta la mandaba el tío Teodoro y dentro del sobre venía otro sobre más chico y un papel, ¿se da cuenta? Y allí, en el papel, decía el tío Teodoro, ve ahí os mando la carta que me envía la Benetilde para que os la haga llegar, que no decía más.

DR.— Y la abuela, ¿qué decía en su carta?

P. P.— Lo explicaba, ¿entiende? O sea, decía: «Os escribo estas cuatro letras para deciros que me cuelgo de la olma de la Torca porque sois malos. Y me cuelgo por los pies porque por el pescuezo me da miedo el ahogarme». Eso decía.

DR.— ¿Y a quién iba dirigido el sobre, Pacífico?

P. P.— Ande, al Abue, su marido, natural.

DR.— ¿Y cómo reaccionasteis vosotros?

P. P.— Por mayor, cada uno a su manera. Que a Madre, por un ejemplo, la dio el telele y la Corina tuvo que arrearle un par de moquetes para volverla. En cuanto al Abue, pues mire, habrá que subir, decía, que Padre, ¿sin dar parte?, y el Bisa se cabreó y que a quién coños íbamos a dar parte. Así que a la tarde, armamos la procesión y andando.

DR.— ¿También subiste tú?

P. P.— Yo el primero, mire. O sea, el Bisa me dijo: venga, tú, holgazán, empuja. Y yo agarré la silla y adelante. Pero en la varga la Cantera ya iba echando los bofes, oiga, que el Bisa pesaba como un muerto, que ya es sabido que la edad pesa. Y en la trocha la Puntilla no podía ni con mi alma, que las ruedas tropezaban en los guijos, y menos mal que se arrimó Padre y me echó una mano. Y todavía me recuerdo, dese cuenta, que de la parte de poniente relampagueaba vivo y, conforme coronamos la varga, ya vi el colgajo sobre la hoya, oiga, o sea, el cadáver, que los alimoches, las baribañuelas que dicen, danzando alrededor, que ni levantar podían, de ahótas, ¿entiende?, que menuda tragantona.

DR.— ¿Recuperaríais el cadáver?

P. P.— Qué hacer, doctor, pero eso del cadáver es un decir, que de la abuela Benetilde no quedaba más que el esqueleto y unos pocos pelos, ¿entiende? Y no vea el hedor, oiga, atufaba. Que me recuerdo que el Abue se anudó un pañuelo por la cara y dijo, ¿sabe qué dijo?

DR.— ¿Qué, Pacífico?

P. P.— Pues que llevaba razón Flores, ya sabe, el de su guerra, cuando decía que la mujer tenía peor pudrir que el hombre. Ya ve qué cosas.

DR.— ¿Y cómo regresasteis?

P. P.— Ya ve. El Abue y Padre armaron unas angarillas con dos ramas de la olma y allí colocaron a la difunta. Pero con unas cosas y otras se nos hicieron las tantas, oiga, que me recuerdo que en la trocha la Puntilla se nos echó la noche encima y caminábamos a la luz de los relámpagos. Luego, en casa, dejamos a la abuela Benetilde en el ruejo, al sereno, y el Bisa pidió un porrón, lo levantó y dijo: Por la difunta, la única mujer que he conocido con algo entre las piernas. Y lo vació de un trago, oiga, sin respirar.

DR.— ¿Así que brindó por la muerta tu abuelo?

P. P.— El Bisa, oiga, no trabuque las cosas.

DR.— Disculpa, Pacífico, yo me entiendo. Dime, ¿qué edad tendrías tú cuando ocurrieron estas cosas?

P. P.— Mire, eso se lo puedo decir fijo, o sea, diecisiete para dieciocho. Pero con toda seguridad, oiga, que Madre no se llevó ni cuatro meses con la abuela y el día que murió Madre, o sea, de víspera, cumplí yo los dieciocho y ya no volví por la capital hasta lo de la mili.

DR.— ¿Y de qué murió tu madre, Pacífico?

P. P.— No me lo pregunte, pero para mí que algo malo debió ser, doctor. Que don Alfaro ni lo mentaba pero a cada rato andaba de cuchicheos con la señora Dictrinia por lo de las inyecciones, ¿entiende? Yo tengo para entre mí que Madre andaba escachada por dentro.

DR— ¿Qué síntomas tenía?

P. P.— ¿Cómo dice?

DR— ¿Qué cuadro presentaba? ¿Qué le dolía?

P. P.— De primeras, la mujer empezó con algo de flato y molestias de vientre, ¿sabe? O sea, los vómitos vinieron luego. Y como estaba tan descarnada que ni se le sentía andar, pues tuvo que encamarse, lógico. Que a todo esto no hacía ni la cuarentena de lo de la abuela Benetilde, hágase cuenta, que al decir de la señora Dictrinia fue la desgracia la que despertó al bicho.

DR— ¿Qué os decía don Alfaro?

P. P— Como decir, nada, ¿comprende usted? Pero el primer día yo salí tras él y le vi darle las inyecciones a la señora Dictrinia, que ella las guardó aprisa y corriendo en el pecho, ¿oye?, y que si la venían dolores fuertes le pusiera «eso», que mejor evitar una carnicería, ¿entiende? Así le dijo.

DR— ¿Sufrió grandes dolores tu madre?

P. P.— Pues no señor, que ahí está el detalle. O sea, usted ya conoce esta jodida manera de ser mía, y que Dios Padre me perdone, ¿no? Bueno, pues desde que le oí a don Alfaro mentar el dolor, yo ya andaba aguardándolo. Pero que lo aguardaba por la puerta, doctor, como a una persona humana, una cosa rara. El caso es que me había hecho a la idea de que Madre no podía morir sin dolor y, a cada paso, le decía: Madre, ¿la duele?, y ella siempre la misma: Estoy bien, Pacífico, mañana me levantaré.

DR— ¿Duró mucho la agonía de tu madre?

P. P.— Encamada sí la echó larga, la verdad. Pero no quedó privada ni nada, con todo el conocimiento, ¿sabe? Y la Corina, por entretenerla, cada noche le daba el parte. Por un ejemplo, la decía, el Krim volvió a merendarse los huevos, Madre, ¿comprende? Y cosas así.

DR.— Ya veo que el Krim os traía de cabeza.

P. P.— Es que no era para menos, doctor, que era un caso chusco el de ese animal, que si no se ve no se cree. Que no se piense que él iba por los huevos por lo derecho, no señor. O sea, de que oía el cocorocó de la gallina ya ponía las orejas tiesas, pero disimulaba, ¿entiende?, que yo no le quitaba ojo y, de primeras, levantaba la pata orilla la higuera y haraganeaba de aquí para allá, como si no fuese con él. Y cuando creía que nadie le veía, entraba en la cuadra, brincaba al pesebre y comía los huevos cascándoles uno por uno, que hasta mentira parece. Luego, conforme los despachaba, se llegaba al pilón y hacía que bebía, ¿se da cuenta?, pero, en realidad, lo que hacía era restregarse el pringue, lavarse los berretes, para que lo entienda.

DR— Y tu madre se desazonaba, naturalmente.

P. P.— No lo crea, oiga. Madre estaba ya para poco. La mujer sí decía, ¿cómo se habrá enviciado así?, pero lo decía por decir, o sea, por rutina. Bien mirado, el que el Krim se merendase los huevos poco podía hacerla penar ya, compréndalo.

DR— Y a todo esto, ¿qué hacían tus abuelos?

P. P.— Ya ve usted qué van a hacer, doctor. El mal no tenía remedio, ¿no?, así que cada vez que Madre me decía mañana me levantaré, el Bisa decía que nones con la cabeza. En cuanto al Abue, se lo puede usted figurar, todo el día de Dios aculado en el palo del taburete, como un mico. Y luego le decía al Bisa por las noches: ¿Por qué será, padre, que las mujeres se mueren todas sin quedar una? Ya ve usted qué salida.

DR— ¿Así que la acompañaron durante la enfermedad?

P. P.— Sí, señor, en ese sentido todo lo que se diga es poco. Que me recuerdo que el día que falleció mi difunta madre, o sea, la víspera, ella perdió la vista y dijo: Un día más, señor Vendiano, ya se hace noche. Y al Bisa le dio una risa tan apretada que casi se le salta el diente: ¿Estás en tus cabales, Delgadina? No es que se haga noche, mujer, es que las estás doblando. Pero con todo el cariño, oiga, no crea usted que por faltarle. Y lo que son las cosas, doctor, esa misma noche, o sea, con el alba, murió Madre, que sólo dijo: Estoy cansada. Me voy con la Benetilde, ¿oye? Y la diñó.

DR.— ¿Cómo reaccionaste tú, Pacífico?

P. P.— A decir verdad, doctor, a mí aquello me incomodó, o sea, que muriera sin que la vinieran antes los dolores, ¿entiende? Así que me llegué donde la señora Dictrinia y se lo planté. Y me indispuse con ella y con don Alfaro, porque mal que le pese, ellos me habían engañado.

DR.— No hay tal, Pacífico. El médico cumplió con su deber. No te dijo, esto va a ser así. En realidad, a ti no te dijo nada. Simplemente previno una posibilidad.

P. P.— Don Alfaro, para que se entere, le dio a la señora Dictrinia unas inyecciones para los dolores y ella las guardó en el seno, ¿se da cuenta? Pero luego los dolores no vinieron y Madre se murió sin avisar.

DR.— Entiéndeme, Pacífico. Ante un tumor, como seguramente padecía tu madre, los dolores pueden presentarse o no. La Medicina no es una ciencia matemática, hijo. Y el diagnóstico no puede determinar con certeza si va a haber dolores o no va a haberlos. El médico recetó un calmante con mucho sentido. Si luego no hizo falta, mejor para todos.

P. P.— Según se mire, doctor. O sea, yo no lo veo así.

DR.— En fin, Pacífico, es preferible que dejemos eso. Dime otra cosa: yo supongo que las muertes consecutivas de tu abuela y de tu madre te dejarían muy postrado. Dada tu sensibilidad enfermiza te sumirían en una gran amargura, ¿no fue así?

P. P.— Pues no lo crea, doctor. Puede decirse que yo ya estaba enseñado.

DR.— ¿Pretendes hacerme creer que no sentiste dolor con la muerte de tu madre?

P. P.— Bueno, entiéndame, dolor, sí, natural, no iba a sentirlo, o sea, tanto a una como a otra las echaba en falta.

DR.— Pero un dolor grande, como un vacío en el mundo, ¿no llegaste a experimentar?

P. P.— Pues a mayores, no señor, ya ve. O sea, sí pené por ellas, natural, pero tampoco una pena del otro jueves, no se crea.

DR.— Pero ¿más o menos que cuando veías podar los árboles?

P. P.— Aguarde, oiga, eran cosas distintas. Lo de los árboles fue de chaval, que me escocían los dedos y todo, ¿entiende?, talmente como si me los hubieran cortado.

DR.— ¿Quieres decir que a los dieciocho años te habías curtido? ¿No sentías ya la bombilla dentro del pecho?

P. P.— No señor. Para entonces ni me recordaba de la bombilla.

DR.— ¿Tampoco sentías frío cuando el Hibernizo echaba las yemas?

P. P.— Tampoco, no señor. Ya le digo que todo eso fue cuando chaval.

DR.— ¿Y en qué momento crees tú que sobrevino el cambio?

P. P.— Digo yo que sería al hacerme hombre, pero a punto fijo no lo sé.

DR.— Pero ¿tú crees, Pacífico, que hacerse hombre consiste en no sentir dolor a la muerte de la madre?

P. P.— Bueno, oiga, que tampoco es eso, no la líe. O sea, yo sí sentí la muerte de Madre, sólo faltaría. Pero más que su muerte, ya ve, me renegaba que don Alfaro y la señora Dictrinia me hubiesen engañado.

DR.— Está bien, Pacífico, vamos a otro asunto. La desaparición, prácticamente simultánea, de las mujeres de la casa, produciría una transformación profunda en la vida de la familia, ¿no es así? ¿Puedes decirme qué ocurrió en tu casa las primeras semanas a raíz de la muerte de tu madre?

P. P.— ¡Huy, Virgen!, la guerra.

DR.— ¿Cómo la guerra?

P. P.— Algo parecido a eso, oiga. Hágase cuenta que todavía estaba Madre de cuerpo presente y ya andaba el Bisa dando órdenes. O sea, tú, Corina, te ocuparás de la casa, ya tienes edad; tú, Pacífico, a trabajar, que de escuela ya tienes bastante, ¿se da cuenta? Que luego nos mandó aviar a todos para ir a enterrar a Madre, pero él no crea que subió, que siempre decía, yo, al Otero, si no me suben, no subo.

DR.— ¿Cómo es posible que tu bisabuelo llevara las cosas hasta ese extremo? ¿Es que en toda la vida no subió al Otero ni una sola vez?

P. P.— Bueno, vamos, o sea, que yo sepa, doctor, si quita la noche que fusilamos al Krim, nunca jamás he visto al Bisa en el Otero, ¿entiende? Pero tampoco se piense que fuera sólo cosa de él.

DR.— ¿Es que los demás hacían lo mismo?

P. P.— Mire, doctor, para que me entienda, los del Otero y los del Humán, los del Humán y los del Otero, no se podían ver ni en pintura. O sea, parecía que se habían jurado la vida. Pero ¿quiere usted más? ¡Si hasta don Prócoro tuvo que binar para que unos y otros no se quedaran los domingos sin misa, hágase cuenta! Y lo mismo con los sermones, oiga, que tanto daba que el cura dijera que debíamos amarnos los unos a los otros, ¿entiende? Que ahora me recuerdo de la vez que a don Prócoro se le ocurrió decir desde el púlpito que todos éramos hermanos de todos porque todos éramos hijos de un mismo Padre, allá vería, o sea, el Teotista, desde el coro, a voces, ¡menos de los del Humán!, ¿comprende? Y a la salida, dese cuenta, le zamarreó y todo al cura, el Teotista, digo, y le dijo, ¿sabe usted lo que le dijo?

DR.— ¿Qué, Pacífico?

P. P.— Pues le dijo, oiga, que si volvía a mentar a los de abajo como hermanos suyos le arrimaba un par de hostias que le iba a recordar de por vida. ¿Cree usted que ésas son maneras, con un religioso además?

DR.— ¿Y no consiguió don Prócoro suavizar esa tensión?

P. P.— ¡De qué, doctor, impedido además como estaba! Ya ve usted qué podía hacer el hombre.

DR.— Pero ¿es que estaba impedido?

P. P.— Pues natural, oiga, no se haga de nuevas. Tenía lo de los ojos. O sea, si miraba, paraba las manos porque tenía que sujetarlos. Y si movía las manos, no miraba, una de dos. Y para convencer a la gente de mi pueblo, desengáñese, se necesitan los ojos y las manos, y aun así.

DR.— Volviendo a lo de antes, Pacífico, ¿se las tuvieron tiesas tus abuelos? ¿No subieron al Otero a dar tierra a tu madre?

P. P.— Por mayor, el Abue, sí, oiga, pero el Bisa no subió, no señor. Ya le digo que al Bisa sólo le he visto arriba cuando lo del Krim. Y para eso de madrugada, que no había un alma en el barrio.

DR.— ¿Y qué sucedió después?

P. P.— ¿Después? ¿Cuándo?

DR.— Después del entierro.

P. P.— Pues eso, oiga, la guerra. De que bajamos del Castro, o sea, del camposanto, nos encontramos al Bisa en la trasera, con la guerrera puesta, tocando la corneta sin dejarlo.

DR.— Pero ¿qué guerrera y qué corneta eran esas que llevaba, Pacífico?

P. P.— ¡Ande! ¿Cuáles iban a ser?, las de sus guerras. O sea, en lo que faltamos de casa, él, el Bisa, digo, lo alborotó todo, ¿entiende?, lo puso todo

patas arriba.

DR.— ¿Y qué es lo que pretendía?

P. P.— A saber. Él decía, nos hemos quedado solos y hay que hacer vida de hombres.

DR.— ¿Y en qué consistía esa vida?

P. P.— Mire, por mayor, en hacer la instrucción por las mañanas en la huerta, ¿entiende? Que conforme amanecía Dios, ya andaba él tocando la diana, y todos aprisa y corriendo a ponernos los cuatro trapos viejos de cuando sus guerras. Que a mí, su casaca azul, me venía holgada, ¿entiende?, la suya de Galdamés, la del Bisa, digo, que yo siempre fui tirando a fifiriche, se conoce que desde chaval andaba del pecho. Pero me la ponía, qué remedio, y allí nos vería usted al Abue, a Padre y a mí, cada uno de unas trazas, con la escopeta al hombro. Y él, orilla el ruejo, dando órdenes y tocando la corneta, oiga, que se ponía morado, que me recuerdo que Padre le decía, la hernia, abuelo, y él, deja la hernia quieta, ¡a la bayoneta! Y cada quien amagaba con la escopeta a los manzanos, ¿se da cuenta? Y el Bisa se calentaba, y, sobre el hombro ¡arm!, media vuelta a la derecha ¡arm!, presenten ¡arm!, no vea qué energía. Conque así pasábamos el tiempo, oiga, que yo, a decir verdad, me caía de sueño. Y al cabo de una hora, el Bisa voceaba, ¡rompan filas!, ¿entiende?, que, entonces, el Abue y Padre se iban para casa, pero yo había de sentarme con él en el ruejo para la Teórica.

DR.— ¡Qué tipo tan original! ¿Y duró mucho esa situación?

P. P.— Ande, por él hubiera durado una vida, ya ve, menudo era. Menos mal que la Corina se encampanó y le puso un día las peras a cuarto.

DR.— ¿Se le enfrentó tu hermana al viejo?

P. P.— Cómo se lo diría yo, doctor, pero tampoco le choque, que la Corina desde chavala tuvo mucho carácter. Lo que pasa es que se lo guardó mientras la abuela Benetilde y Madre estuvieron en casa, ¿entiende? Pero un día le picó el genio, que yo me pienso que se hartaría de tanto pitido, natural, y fue y se asomó a la ventana y le voceó: ¡Bisa, o deja usted tranquila la corneta o tendré que tomar una determinación!

DR.— Pero ¿se lo dijo así?

P. P.— Así se lo dijo, con todo el aplomo, como lo está usted oyendo.

DR.— ¿Y qué contestó él?

P. P.— Calcule, al viejo aquello no le entraba en la cabeza, imagine una vida sin que nadie le retrucase. Conque, ¿qué dices tú, gandula?, a mi hermana, ¿entiende? Que ella, la Corina, ya lo ha oído, que deje quieta la

corneta que esto no es la guerra y todos vamos a dar en locos. Conque al Bisa se le reviraron los ojos, agarró la corneta y pegó tres pitidos, ¡arrestadla!, voceaba, pero el Abue y Padre quietos parados, oiga, ni ademán, achicaditos, que, en éstas, al Bisa se le trascordó la cabeza, se le enredó la lengua y empezó a disparatar, ¡megocaenpusutadrema!

DR.— Y ahí se acabó el patriarcado.

P. P.— ¿Eh?

DR.— Digo que a partir de ese momento cambiaría la situación. El Bisa dejó de ser el amo de la casa y tu hermana tomó las riendas, ¿no es así?

P. P.— Bueno, sí, o sea, no, doctor, no se piense que el viejo cedió enseguida. A decir verdad, se pusieron a la greña, a ver quién podía más, ¿entiende? Y a la mañana siguiente, conforme el Bisa empezó a tocar diana, la Corina agarró la silla y la puso en el terraplén, orilla el pilón, de cara al río, le metió un palo entre las ruedas y le dijo: si se mueve, la paga, así que escoja, que no vea los sapos y culebras que echó por aquella boca, el Bisa, digo. Pero de que aprendió a sacar el palo sin irse al río, que a todo se enseña uno, volvió a la corneta y a los malos modos. Y entonces fue cuando la Corina montó una polea en el camal de la higuera y allí colgaba la silla con el viejo dentro todo el tiempo que hiciera falta. Y mano de santo, oiga.

DR.— Ya tenía agallas tu hermana, ya.

P. P.— No lo sabe usted bien, menuda era.

DR.— Puede decirse entonces que la pelea con tu hermana y ese retorno nostálgico a la instrucción militar fue la última manifestación castrense de tu bisabuelo, ¿no es así, Pacífico?

P. P.— Perdone, no le comprendo bien, doctor.

DR.— Quiero decir que el viejo, después de la muerte de tu madre, no volvió a levantar la voz, ¿o sí?

P. P.— Bueno, o sea, a mi hermana la cogió miedo, ¿entiende?, a la Corina. Pero él seguía siendo el mismo. Ve ahí cómo mandó fusilar al Krim.

DR.— Pero ¿eso fue antes de morir tu madre o después de que tu hermana colgase al viejo de la higuera?

P. P.— Entremedias, doctor.

DR.— Cuéntame eso, anda.

P. P.— En realidad, o sea, bien mirado, poco tiene que contar, oiga. Que yo me pienso que con eso de la corneta y los uniformes, al Bisa, al Abue y a Padre se les calentó la sangre y así pasó lo que pasó.

DR. — Puede que tengas razón. Pero dime, ¿cómo fue lo del perro?

P. P.— Lo de siempre, por no variar. O sea, una mañana, la Corina se llegó al ruejo y que no podía con ese perro, que otra vez se había comido los huevos y que había que tomar una determinación. Que entonces fue cuando al Bisa se le alcanzó, pero al momento, oiga, que allá en su batallón, a todo el que cogía lo que no era suyo, se le ejecutaba en el acto, ¿comprende?, que a mí enseguida se me vino a las mientes el asunto de la ermita de Galdamés, lo de los cepos, ¿oye?, pero callé la boca, por tener la fiesta en paz. Pero el Abue, imagine, según estaba el horno, la agarró al vuelo, ¿por qué no le fusilamos?, preguntó, y Padre, de seguida, yo estoy a la orden, dijo. Y de esta manera, tan a lo bobo, como suele decirse, sentenciamos al animal.

DR.— ¿Y le fusilasteis pronto?

P. P.— Esa madrugada, ya ve, que no había día más cerca.

DR.— ¿Cómo hicisteis?

P. P.— Bueno, vamos, o sea, el Bisa, el Abue y Padre se aviaron con las ropas de cuando sus guerras, con medallas y todo, ¿entiende? Y yo les miraba hacer, pero en éstas, el Bisa se vino orilla mía y me dijo: Venga, Pacífico, llama al perro y vamos para arriba. Que yo le llamé, a ver, y allí vería al animalito, tan dócilmente, cómo iba a imaginarse él. Y el Bisa, andando, que yo, ¿al Otero, Bisa?, y él, al Otero; para lo único que sirve el Otero es para matar a un perro. Y para arriba tiramos, oiga, los cuatro, o sea, los cinco, que había una luna grande como un ruejo, y me recuerdo que el Krim, amarrado a la silla del Bisa, sólo hacía que gañir, y el Abue y Padre, ya ve, a los lados, escoltándole, como si se tratase de una persona humana. Y conforme llegamos al camposanto, el Abue dijo que amarrara al perro a la cancela, y allí vería al animalito, gañía como un alma en pena, oiga, qué será el instinto. Pero cuando fui a vendarle los ojos, que si quieres, por más que lo intenté él se arrancaba el trapo con la pezuña, que ya le dije al Bisa, Bisa, no para quieto, y el Bisa a reír, cuej, cuej, cuej, déjale estar, eso es que los tiene bien puestos, ¿entiende?

DR.— Una escena terrible, hijo.

P. P.— Tenía usted que haberla visto: la luna arriba, el animal orilla la tapia, los cuatro cipreses detrás, y de la parte de acá, a cosa de diez pasos, tal que así, los tres, el Bisa, el Abue y Padre, digo, con las escopetas, apuntando. Conque, conforme me aparté yo, el animal a llorar, a ver, tiraba de la soga, o sea, para que usted me entienda, hacía por arrimarse. Y entonces fue cuando el Abue le dijo al Bisa que tenía el mando, y el Bisa que él no daba la orden porque quería disparar, y ellos, o sea, los otros, que también querían disparar,

y, de repente, al Bisa se le alcanzó, pues que dé la orden el mozo, por mí, ¿se da cuenta?, que, bien mirado, yo estaba de más allí, doctor.

DR.— ¿Y no te resististe?

P. P.— Qué hacer si no resistirme, natural, pero él, es fácil, mira, primero dices «apunten», luego «disparen» y, al cabo de un rato, «¡fuego!», ¿oyes? Pero yo porfiaba, oiga, que lo iba a hacer mal y que por qué no habían de arreglarse solos, pero que nones, el Bisa, dale, y ¿por qué has de hacerlo mal? Mira que es desconfiada esta criatura. Así es que, quieras que no, me pusieron orilla de ellos, el Bisa me hizo una seña y yo, «apunten», que ni me salía la voz del cuerpo, oiga, y los tres la escopeta al hombro, o sea, aculataron. Y el Bisa, entonces, «¡vivo!», que yo, «disparen», y el Bisa, «venga», que yo, a ver, «¡fuego!», que cerré los ojos y me tapé los oídos, pero con eso y con todo, oiga, menudo estampido.

DR.— ¿Y murió el perro?

P. P.— Aguarde. Así que los abrí, los ojos, digo, me vi al animal, caído de lado, todo lleno de sangre pero con la cabeza tiesa, ¿se da cuenta?, babeando, y unos ojos, que no vea usted aquellos ojos, doctor, como si dijera para entre él, ¿a qué ton este castigo? Pero el Bisa ni me dejó parar, me dio la escopeta y ¡pégale el tiro de gracia, anda!, que yo, ¿yo?, y el Bisa, tú, a ver, te corresponde, que yo temblaba como una hoja, oiga, y el Abue, sé hombre, y Padre, túmbale de una condenada vez, me achuchaban, ¿entiende?, que yo arrocinado, la verdad, que el animalito miraba de unas formas que quitaba las voluntades. Pero no se piense que ellos cejaban, doctor, dale, acaba con él, cumple, ¿se da cuenta? Que la luna los ponía amarillos y talmente parecían fantasmas, que hasta sentí miedo de ellos, se lo juro, así que agarré la escopeta, se la fijé al Krim en el pecho, cerré los ojos y disparé, los dos caños a un tiempo, ¿comprende?, que el culatazo fue tan grandísimo que me sentó en las lajas, como lo oye, y ellos, ¡bien, Pacífico!, ¡ya eres un hombre! Pero yo, a decir verdad, apenas si les oía, oiga, que andaba ya vomitando orilla las tapias del camposanto.

DR.— ¿Y qué hicisteis con el Krim?

P. P.— Le enterramos, a ver. Pero luego, según bajábamos la trocha, en el recodo, nos salió la pareja y nos dio el alto, que el Bisa, somos gentes de paz. Metodio, el sargento, ¿es el señor Vendiano?, y el Bisa, que a ver. Conque el sargento: ¿Qué clase de alboroto armaban ahí arriba, si ha habido tiros y todo?, y el Bisa, no era más que un perro, sargento, un jodío perro que no hacíamos vida de él. Y el sargento, muy atento, para otra vez, váyanse a un

kilómetro del pueblo; yo no quito ni pongo, es la ley, que el Bisa, a la orden, mi sargento, por eso no vamos a regañar.

DR.— ¿Y no le sancionaron?

P. P.— Quia, no señor, que lo que el Abue decía a Padre, desengáñate, Felicísimo, el dinero es muy amable.

DR.— ¿Es que tu padre tenía ya dinero por entonces?

P. P.— Bueno, entiéndame, él decía que un buen pasar, pero ya tenía cuartos, ya.

DR.— ¿Muchos?

P. P.— Mire, para que se haga una idea, Padre iba para cinco años que no bajaba a Algeciras. Que, a su decir, la última vez que les dijo cabrones, y Dios Padre me perdone, a los ingleses, le tuvieron tres días en un calabozo a pan y agua. Pero para aquellas fechas Padre tenía ya la cosechadora roja, la amarilla y el Fordson, o sea, el tractor, había roturado los páramos de Cieza y andaba en amortizar la cosechadora azul.

DR.— Las tierras de los altos, ¿eran suyas?

P. P.— Comunales eran, para que lo entienda, pero llegó a un concierto con el Ayuntamiento.

DR.— ¿Y no le pusieron trabas los del Patrimonio por lo de las cabras?

P. P.— Mire usted, los del Patrimonio eran partidarios de que en los altos, preferible pastos, ¿entiende? Pero Padre porfió que para pastos sobraba con las laderas, y que arriba nada como patata y cereal. Y, a decir verdad, no sé cómo se las ingenió pero se salió con la suya, ya ve.

DR.— Los páramos no habían sido labrados nunca, ¿verdad?

P. P.— Nunca, no señor. Pero él los labró, ¿comprende? Que hay que ver la cantidad de horas que Padre le echó, entre despedregar, desenraizar los enhebros y, luego, con los roturos.

DR.— Y, en confianza, ¿qué crees tú que perseguía tu padre, Pacífico?

P. P.— Ande, eso mismo quisiera saber yo. Porque para vivir teníamos, ¿se da cuenta? Pero Padre, por mayor, no hablaba de eso. En realidad, hablaba poco de todo, Padre, que con eso de amortizar, se olvidó hasta de su guerra, oiga. Que no sé si me explico, doctor, pero lo de amortizar era como un vicio para él, o sea, si no tenía de qué, parece como que no anduviera a gusto. Y ya ve, primero, la cosechadora roja, luego el Fordson, luego la cosechadora amarilla, y así siempre, no crea, que Padre trabajaba como un yunque. Y cuanto más tenía, más quería, oiga, que ésta es la derecha.

DR.— Pero ¿tú qué piensas al respecto, Pacífico? ¿Le movía a tu padre la vanidad de medrar socialmente, o buscaba la fortuna o, simplemente, le tentaba la avaricia?

P. P.— A saber, doctor, eso nunca se sabe, pero yo tengo para mí que a Padre le gustaba amortizar como a otros el vino o el tabaco, o séase por vicio.

DR.— Una cosa, Pacífico, al morir tu madre, tú empezaste a trabajar ¿no es cierto? ¿Te pusiste con tu padre o te orientaste por otros derroteros?

P. P.— Bueno, depende. Pero, por si quiere saberlo, yo, lo primero de todo, fui catador.

DR.— ¿Catador?

P. P.— Catador de colmenas, sí señor, ¿es que no lo había oído usted nunca?

DR.— ¿Y cómo es que te hiciste catador?

P. P.— Por afición, ya ve usted. O sea, a mí desde chaval me llevaban los demonios que los del pueblo robasen a las abejas.

DR.— ¿Es que en tu pueblo robaban a las abejas?

P. P.— En mi pueblo y en lo que no es mi pueblo, ande, no se haga ahora de nuevas. ¿O es que se piensa usted que en alguna parte las abejas trabajan para el vecindario? Pues no señor, las abejas trabajan para ellas. Pero llega el personal, las quita la miel y las pone al hambre, ¿se da cuenta? Y luego, que si les muerden. Pues no les han de morder, como yo digo, los animalitos defienden lo que es suyo, natural.

DR.— Ahora te entiendo, Pacífico. Lo que no comprendo es cómo podías ser catador sin robar a las abejas.

P. P.— Aguarde, oiga, que hay maneras y maneras. Que entre entrar a saco en la colmena y tener sus miramientos, hay una distancia, vamos, me parece a mí. Hay que distinguir, o sea, respetar.

DR.— De acuerdo, Pacífico. ¿Y cómo fue para dedicarte a ese quehacer?

P. P.— Hablando en plata, doctor, la cosa vino rodada. Mire usted, el año que murió mi difunta madre, llegó el tiempo de catar las colmenas y allí no aparecían las carillas ni el humeón, vivos ni muertos. Que el Abue, dale: se nos va a pasar el tiempo, ¿entiende?, que es cosa sabida, oiga, si quieres miel, por San Andrés, si quieres cera, por las Candelas. O sea, cada día tiene su afán. Y el caso es que, por aquellos entonces, a mí ya me gustaban las abejas, que mi tío Paco, desde chaval, me tenía enseñado, ¿comprende?, que si los jabardos, que si la enjambrazón, que si las tetas de maestra, o sea, a mayores, aquello no era nuevo para mí. Y luego, doctor, me renegaba que el vecindario

asaltara las colmenas, ¿sabe?, que eso es lo que hacían, asaltarlas, pero con antifaz y todo, oiga, que es lo que yo me digo, doctor, que el que obra por derecho no tiene por qué taparse la cara. Conque, con estas cosas, a mí me daba por pensar para entre mí, si yo lo hiciera, lo haría de otra manera. Así es que el año que falleció mi difunta madre, según vi a la Corina con ese sofoco, que ni las carillas ni el humeón aparecían, me llegué donde el Abue y se lo dije, o sea, le dije, deje tranquilos los trebejos, yo subiré, que él, ¿a pelo?, y yo, a pelo, tampoco van a comerme, ¿se da cuenta? Con que a pelo subí, oiga, que me llegué a las escorrentías de Cieza, donde los dujos y las movilistas de casa y, sin más, me arremangué, que el Abue, ¿será capaz?, a distancia, ¿entiende?, y antes de destapar la primera, las colmenas, digo, ya estaba platicando con ellas, o sea, con las abejas.

DR.— ¿Que hablabas tú con las abejas?

P. P.— Qué hacer, doctor.

DR.— ¿Y qué les decías, Pacífico? ¿Qué les decías?

P. P.— Según, mire, que eso era lo de menos, cosas. O sea talmente como le hablaría a un perro. Que, en esos casos, lo que uno diga, doctor, no tiene importancia, ¿sabe? Lo que importa es el tono, que ellas comprendan por el tono que uno es de casa y no está allí para saquearlas.

DR.— ¿Y te salió bien la cosa?

P. P.— Pues no me había de salir, natural. Y allí vería usted al Bisa desde el camino, ¡te van a poner la cara como a un Santo Cristo!, ¿comprende? Pero qué habían de poner. Yo a lo mío, esto para ti, esto para mí, y si había tres panales, pues arramblaba con uno, pero nada más con uno, ¿entiende? Y como estaba buena tarde, que el otoño siempre fue quedo y soleado en mi pueblo, y corrió la voz, o sea, que andaba catando sin humeón ni carilla, no vea, empezó a juntarse personal, que si la señora Dictrinia, que si don Alfaro, que si el señor Escolino, que si don Prócoro, que si el Teotista, que si mi tío Paco, ¡sabe Dios el gentío que se juntó allí, oiga! Y todos la misma: ¿a pelo?, ¿sin carilla ni guantes?, y el Bisa, doctor, más ancho que largo, que tengo para mí que es la primera vez en la vida que le di un gusto, ya ve, cosa más fácil. Pero todos, abajo, se hacían de cruces y, al cabo de qué sé yo el tiempo, oiga, bajé donde ellos con las gamellas a rebosar. Y el Bisa no hacía más que mirarme los ojos, y las manos, y el pescuezo, y ni se le hincha ni nada, decía, que yo, no me mordieron, Bisa, y el Abue, no te lo creo, la abeja es el animal más traicionero, que yo, no hay tal, Abue, a la vista está. Y en éstas, mi tío Paco levantó el bastón y dijo: La abeja respeta a quien la respeta, ¿entiende?,

que todos se encogieron de hombros, a ver, como si dijeran, ya está éste con sus filosofías.

DR.— ¿Y así fue como te dedicaste a catar colmenas?

P. P.— Aguarde, doctor, no vaya tan aprisa, así es como empecé. Pero ya sabe usted cómo las gastan en los pueblos. Así que corrió la voz de que yo cataba a pelo, para qué le voy a contar, eso no es posible, eso sí es posible, la discordia, el cuento de siempre, y cada vez más personal detrás mío. Y los unos que si tenía diabetes y las abejas no me mordían porque la sangre daba mal gusto, y los otros a olerme los brazos, que si me había untado de dedeté, y los del Humán, que nones, o sea, ni una cosa ni otra, y los del Otero que sí, la porfía, ¿entiende? Que yo tengo para mí, doctor, que si don Prócoro no tercia con sus buenos oficios terminamos en otra cantea. Ya se sabe, las envidias de los pueblos.

DR.— Pero al fin se convencieron, ¿no?

P. P.— Bueno, vamos, o sea, una tarde, antes de subir, tuve que restregarme en el río con estropajo y jabón porque entre unos y otros, los del Humán y los del Otero, se habían cruzado apuestas.

DR.— ¿Y qué?

P. P.— ¿Qué?, pues que ganaron los del Humán, natural. Que entonces el Teotista agarró un cabreo del demonio y que eso también lo hago yo, ¿comprende?

DR.— ¿Y lo hizo?

P. P.— ¡Quite usted de ahí! Si nos hizo subir a todo el vecindario orilla la Hornillera la Peña, sudando la gota gorda, total para nada. Que el Teotista tuvo la mala ocurrencia de llevar la burra y no quiera saber cómo la pusieron.

DR.— ¿Las abejas?

P. P.— Ande, ¿quién había de ser?

DR.— Y a él, ¿no?

P. P.— Algo le tocó también, lógico. Pero la burra, oiga, que era nueva, no vea, una cosa mala, toda se tortoleaba, que, como suele decirse, el animal no podía con una libra de humo.

DR.— Y el Teotista te la guardó, ¿no es así?

P. P.— Hombre, mire usted, renegado sí estaba, pero por la cuenta que le tenía calló la boca.

DR.— Entonces advertirían que lo tuyo era un don especial.

P. P.— Pues, a ver, no digo que no. Pero a raíz de la discordia no paré quieto un día hasta que llegaron las nieves, oiga. ¡Madre, qué otoño me

dieron!: Pacífico, majo, ¿no te importa echar un vistazo a la hornillera de Punta Puntilla? Pacífico, majo, va para dos años que no cato los dujos de Peñacarrubia, arrímate una mañana por allí, haz el favor. Los del Humán y los del Otero, los unos y los otros, que era el no parar.

DR.— Y tú ¿les atendías?

P. P.— Mire, si podía hacer por ellos y por las abejas, a mí poco me costaba, ¿no? Pero así, con unas cosas y otras, hasta de fuera del pueblo me llamaban. Que en el Humán hay uno que cata a pelo, se decían. Y bajaban a buscarme, inclusive de Pozuelo y Quintana Ortega. Y usted no lo creerá, pero cada vez más personal detrás mío. ¡Huy la leche!, ya hace falta valor, ¡anda y que si un día las da por morder a todas de golpe!, esas cosas, ¿entiende? Y yo de acá para allá, que como un dominguillo me traían.

DR.— ¿Y no trataron otros de imitarte?

P. P.— Alguno salía, a ver, eso siempre. Ahí tiene al Emigdio, el veterinario de Quintana, que empezaba a hablar con la Corina, o sea, mi hermana. Bueno, pues ése, se me arrima un día y va y me dice: ¿Es cierto que hablas a las abejas?, que yo, a ver, es cierto. Y él, ¿qué les dices, si no es mala pregunta?, que yo, la verdad, oiga, eso no cuenta, pero háblales con cariño. Conque al domingo siguiente, que bajó donde mi hermana, se puso a hacer la prueba con las movilistas del señor Del, ¿entiende?, y no le miento, casi se había arrimado a la primera y ya le habían puesto la cara como un mapa. ¡Madre, qué cara!

DR.— Así que te quedaste solo, ¿eh, Pacífico? ¡Menudo negocio!

P. P.— Ya está usted como Padre, ¡menudo negocio! Pero ¿es que no pueden ustedes pensar en otra cosa que en el dinero?

DR.— Me he expresado mal, Pacífico, disculpa. Me refería a la falta de competencia y a la ventaja que supone el que la miel fuese una actividad de temporada, del otoño si no te he entendido mal.

P. P.— Eso se cree usted. Desde fuera todo se ve muy bonito. Pero el negocio de la miel, si quiere llevarse como Dios manda, es muy esclavo. O sea, para el verano, por San Pedro ya tiene uno que andar con la escriña detrás de los enjambres nuevos. Y luego, en el invierno, poner cuidado, para que el tasugo y el picorrelincho no se las coman, ¿se da cuenta?

DR.— ¿El picorrelincho?

P. P.— A ver, el picorrelincho, el pájaro ese que horada los árboles. ¿Es que no le ha visto usted nunca?

DR.— ¿El pico-carpintero?

P. P.— Ése, vamos, digo yo que será el mismo. Bueno, pues el pájaro ése no lo hay más goloso, ya ve usted. Que así que llega el invierno y la abeja se aletarga, horada los hornillos y se la come, a ella y a la miel. Son listos esos pájaros, no crea. ¿A que no ve usted un agujero en un hornillo de medio abajo?

DR.— ¿Es que está arriba la miel?

P. P.— Y las abejas, a ver, natural, y él lo sabe.

DR.— Dime, Pacífico. Y para coger los enjambres nuevos, ¿también te avisaban a ti?

P. P.— Por mayor, mire usted, a raíz de la discordia, y aunque me esté mal el decirlo, no se daba un paso en las colmenas del término sin contar conmigo. O sea, que las vea el Pacífico, lo que diga el Pacífico, ¿entiende? No salíamos de ahí. Que las más de las veces por rutina, no crea. Ve ahí tiene usted lo de los jabardos. La abeja nueva ya es sabido que no pica, bueno…

DR.— ¿No pica, Pacífico? ¿Y por qué razón?

P. P.— Por qué razón, dice. Ande, y ¿a cuento de qué va a picar si no está maliciada? Lo que ocurre, para que usted me entienda, es que a unos y a otros les acobarda eso de volcar la escriña en el trapo, ¿no?, con los bichos en montón, que mosconean y se alborotan, que es una cosa que impone, no lo niego. Pero ya ve qué ciencia va a tener eso, oiga, si no es más que apilarlas, las abejas, digo, a un palmo de los aviaderos y ellas mismas se meten dentro.

DR.— Cambiando de conversación, Pacífico, antes, cuando yo hablé del negocio, me dijiste que ya estaba como tu padre, ¿es que tu padre trató de explotar profesionalmente tus dotes de catador?

P. P.— Tal cual, doctor.

DR.— ¿Y cómo lo orientaba? ¿Qué te decía?

P. P.— Bueno, o sea, a mayores, él, Padre, digo, me dijo un día: ¿A cómo llevas por dujo? ¿Y por hornillo? Porque ya es sabido que el dujo da poco y malo y el hornillo, mucho y bueno. Pero a mí me pilló de nuevas, la verdad y, ¿desde cuándo se cobran en el Humán los favores?, le dije, y él, ¿es que trabajas de balde con la exposición que tiene? La porfía, ¿se da cuenta? Conque Padre, va y me dice: Nadie en el mundo echa hoy una mano de gratis, Pacífico, has de poner precio, que yo todavía le retruqué, no me haga reír, Padre, que se le quite de la cabeza, y él, entonces, oiga, fue y me soltó la fresca, menuda, que me dejó parado.

DR.— Pero ¿qué es lo que te dijo, Pacífico?

P. P.— Bueno, vamos, o sea, de primeras va y me dice: Sangra o te sangrarán, Pacífico, no hay otra alternativa, ¿entiende? Que yo, pero Padre, si esto es por pasar el rato, que él entonces se amoscó y me lo soltó, o sea, me dijo: ¡Qué bonito!, el padre todo el día de Dios aperreado y tú a manteles puestos a comer la sopa boba. ¿Qué le parece?

DR.— Muy duro, en efecto, Pacífico. ¿Y fue ésta la primera vez que tu padre te reprochó el que no aportaras dinero a casa?

P. P.— Si no me recuerdo mal, la primera, sí señor… Aguarde… sí, bien digo, la primera.

DR.— ¿Te indujo esto a poner precio como catador o buscarte otro quehacer?

P. P.— Pues mire, para no mentir, le diré que las dos cosas, doctor.

DR.— ¿Y cuál fue tu segundo trabajo?

P. P.— Como quien dice, granjero, ya ve. O sea, le dije a Padre que me montara un gallinero moderno, ¿entiende?, con ponederos automáticos y todo.

DR.— ¿Es que sentías afición por las gallinas?

P. P.— Afición, lo que se dice afición, no señor. Pero me interesaban los bichos esos.

DR.— ¿Y en qué sentido te interesaban? Porque dada tu manera de ser, el aspecto económico hay que descartarlo, ¿no?

P. P.— Me llamaban la atención, ¡qué sé yo! ¿No ha reparado usted que en el mundo no hay animales más tristes y aburridos que las gallinas?

DR.— Pues no, la verdad, nunca me había fijado en ello, Pacífico, pero bien pensado, no te falta razón. ¿Y te puso tu padre el gallinero?

P. P.— Dicho y hecho, oiga. A los tres meses justos, Quinidio, el barruco de Quintana, cubría aguas.

DR.— Y el gallinero ¿era grande, quiero decir, concebido como negocio o un simple entretenimiento?

P. P.— Grande, oiga, muy capaz, ya ve, para dos mil gallinas. Allí le vería, todo encalado, puertas y ventanas verdes, orilla el Matayeguas. Muy curioso quedó, sí señor. Que el Emigdio quería empezar sin más, ¿entiende?, pero lo que yo le dije a Padre, o sea, como yo ya entraba en Caja, que dejarlo para después de la mili.

DR— El Emigdio era el novio de tu hermana, ¿verdad? ¿Y qué tenía él que ver con el gallinero?

P. P.— Bueno, el Emigdio era veterinario, ¿no? Y un día me dijo: Oye ¿me dejarás meter mano ahí, verdad?, las gallinas son mi vocación. Que yo, oiga,

por conocer sus intenciones, o sea, por saber cómo las gastaba, le pregunté si es que se pensaba casar con mi hermana. Y él, entonces, tuvo una salida que así, de pronto, me dejó cortado, oiga, que va y me dice, tu hermana está buena y tu padre tiene cuartos, ¿qué más va uno a pedir? Ya ve qué formas.

DR.— Es decir que te confesó paladinamente que se proponía colgar el sombrero, ¿no es así?

P. P.— Así es, sí señor, pero después de todo fue con la verdad por delante; no como otros.

DR.— Y tu hermana, ¿le ponía cara?

P. P.— ¿Cara dice? La Corina, mi hermana, estaba como alelada, oiga. Tal como lo oye, alelada. O sea, cada vez que él, el Emigdio, digo, bajaba de Quintana, ella volvía a casa como traspuesta. Así que un día la dije: ¿Tanto te gusta?, y allí la vería, puso los ojos en blanco, y me dijo: Tanto que si un día me pide que sea madre no acertaré a negarme.

DR.— ¡Vaya con tu hermana, Pacífico! Pero a lo que íbamos, ¿empezaste enseguida con el gallinero?

P. P.— Ese invierno, nada, o sea, lo dejamos secar, que a mí, como le digo, me tocaba entrar en Caja.

DR.— ¿Así que te fuiste a la mili, entonces?

P. P.— A ver, mire, me presenté.

DR.— Los abuelos estarían satisfechos, ¿no?

P. P.— Calcule, como unas castañuelas, que en casa no se hablaba de otra cosa.

DR.— ¿Y tu padre, Pacífico? ¿Participaba también de su entusiasmo?

P. P.— Pues, no señor, ésta es la verdad. Padre ya andaba por aquellos entonces como raro, ¿entiende? Como con prisas. No le preocupaba su guerra, no señor, ni, si me apura, la mía. Él andaba a lo suyo, con las amortizaciones y los roturos. Y luego lo del gallinero, oiga, que todo se le juntaba. Así que me decía, no demorarás mucho, ¿verdad Pacífico?, que yo, doctor, calcule, Padre, si por mí fuera, ya andaba de vuelta, y él, el caso es que te vendrá bien pero ahora me hace mal tercio que te largues. Pero esto me lo decía cuando Bisa y el Abue no podían oírnos, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Y no te fue bien allá?

P. P.— Bueno, en realidad, mire, ni me pintó bien ni me pintó mal, ésta es la derecha. Que aquello sí que fue llegar y besar el santo.

DR.— Pues ¿qué ocurrió, Pacífico?

P. P.— Qué va a ocurrir, que me dieron inútil, eso ocurrió. Pero de que me echaron la vista encima, oiga, que no tardaron ni tampoco cinco minutos.

DR.— Nunca me hablaste de esto, Pacífico. ¿Y cómo fue para darte inútil?

P. P.— Fácil, doctor, no vea cosa más fácil. O sea, yo, conforme me vi en aquel barullo, que había mocerío hasta de Bilbao, dese cuenta, no sabía ni qué hacer. Pero llegó el sargento y nos puso en filas y a reconocimiento, ¿entiende?, que no vea usted la juerga que se armó a cuenta de mi faja. Conque fui pasando uno por uno, que digo yo que serían doctores, oiga, y todos, sin dejar uno, así que llegaba yo, a mover la cabeza, que yo me decía para entre mí, debo andar podrido por dentro, ¿comprende? Y así de una cola a la otra, doctor. Y, en éstas, el sargento nos formó en el patio para lo de la ropa, vamos, eso decían. Conque se llegó orilla mía, el sargento, digo, y, ¡Pacífico Pérez!, que yo, a ver, ¡servidor!, y él, muchacho, tú ya estás cumplido, que yo, ¿tan pronto?, y él, tienes tres vías de agua: cegato, estrecho de pecho y los pulmones agujereados, que yo, ¿es cierto eso?, y él, el sargento, digo, puso una cara así, como de guasa, y va y me dice: ¿Sabes para lo que estás tú? Para cogerte con unas pinzas y tirarte con cuidado a la basura. Que no vea, oiga, la juerga que se armó a cuenta mía, que yo, ya ve qué pintaba allí, agarré la cartilla y a la calle. Y esa misma tarde, Padre y yo nos volvimos al pueblo en el coche del Sinclético.

DR.— ¡Caramba! Para los tuyos sería aquello una decepción tremenda.

P. P.— Tampoco se crea que tanto, doctor. O sea, yo había quedado con Padre donde el Ciromarino, en el bar, ¿sabe?, donde se juntan todos los del pueblo. Y según me presenté y le dije que me habían dado inútil, que tenía tres vías de agua, así, de primeras, sí le picó el amor propio, que eso no puede ser, ¿comprende?, pero a seguido se me quedó mirando fijo y me dijo, dice: ¿Sabes lo que te digo, Pacífico?, que peores cosas hay y el día que llegue tu guerra nadie te quita de ir de voluntario. Eso me dijo.

DR.— Pero ¿y los abuelos?

P. P.— Eso me pensaba yo, oiga, pero Padre les toreó bien, no crea, que el Bisa andaba aguardando, y ¿qué?, que Padre, tan terne, oiga, nada, abuelo, el general dijo que el chico ya estaba enseñado. Y el Bisa, allá vería, más orondo que un pavo real.

DR.— Aprovecharías para ponerte en cura entonces, ¿no, Pacífico?

P. P.— ¿En cura? ¿En cura de qué, doctor?

DR.— Del pecho, digo yo.

P. P.— ¡A santo de qué, oiga! O sea, Padre, en jamás de los jamases me preguntó cuáles eran las vías de agua.

DR.— Está bien, Pacífico. Así es que empezaste sin más a trabajar. Iniciaste tus actividades de avicultor, ¿no es eso?

P. P.— Tal cual, sí señor.

DR.— ¿Y cómo te fue?

P. P.— Hombre, las gallinas eran majas, ¿no?, todas blancas, muy ponedoras, eso sí. A mayores, no estaba de queja.

DR.— ¿Y tu cuñado?

P. P.— ¿El Emigdio, dice? Pues ya se lo puede usted imaginar, enseguida se metió por medio. Pero no se piense usted que se conformaba con echarlas el pienso y recoger los huevos, no señor. El Emigdio era hombre de estudios, ¿entiende? Y así que le dije un día que las gallinas eran unos bichos muy tristes, se le alcanzó lo del vino, o sea, ponerles vino en el pienso.

DR.— Pero ¿vino? ¿Vino de mesa?

P. P.— Vino, sí señor, vino de granel, de a cinco pesetas litro, de donde el señor Del. Que al Emigdio todo se le volvía decir, el que está contento, trabaja más a gusto, ¿comprende?

DR.— ¿Y las echasteis vino?

P. P.— Qué hacer, sí señor, pero, de primeras, sólo a las del primero. Y así que hicimos cuentas, un veinte por ciento de aumento en las puestas, ¿qué le parece? Que había que oír a mi futuro cuñado, doctor, ¡esto es la revolución avícola!, ¿comprende? Y luego, la risa, oiga, que andaban las gallinas todo el día de Dios cacareando y haciendo eses, alegres, ¿eh?, pero no jumas, doctor, que rara era la que agarraba una cogorza como Dios manda.

DR.— En vista del éxito, le pondríais vino a las demás, ¿no?

P. P.— Natural, doctor. Vino y otras cosas, que el Emigdio andaba siempre tramando algo, no vea cabeza inquieta. Y un día me dijo, ¿sabes lo que pienso, Pacífico?, que yo, ¿qué?, porque él tenía estudios de la especialidad, ¿sabe?, el Emigdio, digo. Y él, pues que poniendo salvados en lugar de pienso y añadiendo enzimas para la digestión, ahorraríamos dinero.

DR.— ¿Y llegó a ensayarlo?

P. P.— ¡Cómo se lo diría yo! Y con éxito, oiga. Que tenía cabeza el Emigdio, no crea. Un poco alocada, pero tenía cabeza. Porque no me niegue que la cosa estaba bien traída, doctor: por un lado, buscaba la economía y, por otro, aumentaba el rendimiento. O sea, sustancia por las dos partes.

DR.— Y a todo esto, ¿qué decía tu padre?

P. P.— Padre andaba a lo suyo, doctor. Él recogía las liquidaciones a fin de mes y ni chistaba. ¿Qué iba a decir? Yo a veces me pienso que el Emigdio y yo hubiéramos llegado lejos si no le planto, ¿comprende?, que el Emigdio, ideas, como para parar un tren, que era un hervidero, oiga, lo único frenarle. O sea, luego de lo de las enzimas, va una tarde y me dice: Has de convencer a tu padre para que ponga una tenada con borregos orilla el gallinero. ¿Y qué dirá usted que se pensaba? ¡Criarlos con gallinaza!, dese cuenta, que lo que él decía, que en el extranjero había un tipo que criaba vacas con urea y que como la gallinaza era rica en nitrógeno, pues podía ser la misma cosa, ¿qué le parece?

DR.— Que no comprendo cómo le dejaste solo, Pacífico.

P. P.— Mire, eso no. A la fuerza ahorcan.

DR.— ¿Qué te forzó a dejarle?

P. P.— La Candi, oiga. Ella se presentó ese verano en el pueblo. Y yo no sé lo que me dio la chavala esa que desde el primer día me llevó en el pico.

DR.— Este episodio de tu vida me parece muy significativo, Pacífico.

P. P.— Ande, claro, bien seguro puede estar.

DR.— Por eso me gustaría que me hablaras de él con algún detenimiento.

P. P.— Mire, si es por eso, mejor lo dejamos para mañana. El asunto ese está pero que muy liado, oiga.

DR.— Creo que es una decisión sensata, Pacífico. Así que, si no hay contraorden, mañana aquí a la hora de siempre, ¿de acuerdo?

P. P. — De acuerdo, sí señor.

DOCTOR.— Buenas noches, Pacífico. Ponte cómodo, anda. Ahí tienes el anís, ya te lo he servido. Si no recuerdo mal, anoche interrumpimos tu historia con la llegada al pueblo de la Candi, ¿no es así? Yo sé muy poco de esta chica, Pacífico. En realidad, aparte de que durante cuatro meses sostuvisteis relaciones íntimas y que, aunque indirectamente, fue la causa de tu infortunio, yo ignoro todo de ella. Para empezar, desconozco la razón por la que se presentó de repente en tu pueblo. ¿Me lo quieres explicar?

P. P.— Muy sencillo, doctor. Ella, la Candi, era hija del señor Bebel, el del Otero, o sea hermana del Teotista.

DR.— Que era hermana del Teotista ya lo sabía, Pacífico. Pero ésa es una razón más para que viviera en el pueblo, no para que apareciera de pronto en él. ¿Dónde anduvo metida la Candi hasta que tú la conociste?

P. P.— En la capital; paraba donde unas tías.

DR.— Pero su padre… mejor dicho, la muchacha, no iba nunca por el pueblo a ver al señor… ¿cómo has dicho que se llama?

P. P.— Bebel.

DR.— Pues eso, al señor Bebel.

P. P.— Atienda, doctor, el señor Bebel, o sea, su padre, se desentendió de ella, de la Candi, digo, al enviudar, ¿comprende? Entonces se hicieron cargo unas tías por parte de madre. Pero el señor Bebel sí iba por la capital a ver a la chica, qué hacer, o sea, de cuando en cuando.

DR.— Está bien. Entonces tú conoces a la Candi a los veintiún años cuando ella llega al pueblo por primera vez, ¿no es esto?

P. P.— Pues sí, o sea, no, doctor, que yo conocía a la Candi cuando era así, de chavala, en la escuela. Pero a esas edades ya se sabe, las chavalas, una raza aparte, que ni las mirábamos a la cara.

DR.— ¿A qué edad se ausentó entonces?

P. P.— Pues mire usted, ella marchó del pueblo para empezar el grado, de forma que a los diez.

DR.— ¿Y no fue entonces cuando tú te fuiste también a la ciudad?

P. P.— A mayores, no señor. Tenga usted en cuenta que yo me largué a los trece y que la Candi es más vieja que yo.

DR.— ¿Es mayor que tú la Candi?

P. P.— Ande, claro, dos años y tres meses. Por un ejemplo, ella nació en enero y yo en abril.

DR.— Es decir, que cuando ella regresa al pueblo tiene veintitrés años y tú veintiuno.

P. P.— Así es, sí señor.

DR.— Y en la capital, ¿qué había hecho ella en la capital?

P. P.— Estudiar, oiga. La Candi tenía estudios.

DR.— ¿De qué especialidad?

P. P.— Eso sí que no puedo decírselo. O sea, no lo sé. Ahora, se ponía a hablar y un libro abierto, oiga, las cosas como son.

DR.— ¿Y cómo fue para intimar con ella?

P. P.— En realidad, doctor, darme de ojo así que llegó al pueblo.

DR.— ¿Tan guapa era?

P. P.— Bueno, más que eso, oiga. O sea, era, ¿cómo le diría yo?, como llamativa, ¿entiende? Calcule, con pantalones, el pelo a lo chico y una bufanda que la colgaba hasta las corvas, pues a ver, en el pueblo, un alboroto. Y luego, no soltaba el cigarro ni por cuanto hay.

DR.— Y allí, en el pueblo, ¿a qué se dedicaba?

P. P.— A pasear, oiga, no hay cosa más cierta. Todo el día pindongueando, de acá para allá, que lo mismo se la tropezaba uno en el poyo de la fonda, aguardando al coche de línea, que a la sombra de una nogala leyendo un libro. Para ella no había reglas.

DR.— Y al encontraros, ¿qué os decíais?

P. P.— De primeras, nada, ya ve, o sea, adiós y adiós. Pero ella, doctor, la Candi, digo, tenía unas formas de mirar que no vea, descarada ella, ¿entiende? O sea, como yo digo, la contraria que don Prócoro, que no bajaba la pestaña ni por cuanto hay.

DR.— Sostenía la mirada, vamos.

P. P.— Y de qué modo, doctor, que me recuerdo que yo pensaba para entre mí, ésta se deja. ¡Y vaya si se dejaba, oiga! Si sigo con ella, seguro que me empieza, fijo.

DR.— ¿Advertiste enseguida que era una mujer fácil?

P. P.— Mire, doctor, a decir verdad, de que la puse la vista encima.

DR.— Y a hablar, lo que se dice a hablar, ¿cuándo empezasteis?

P. P.— Por mayor no alcanzaría a las dos semanas. Eche cuentas, si ella llegó al pueblo un veintiocho de mayo, para el nueve de junio ya andábamos liados. Talmente en la boda del Parmenio Marrero, durante el refresco.

DR.— ¿Cómo fue, Pacífico?

P. P.— Bueno, vamos, o sea, usted ya sabe cómo las gastan en los pueblos, las bodas, digo, las juergas que se traen, ¿no? Pues eso, andábamos en el refresco y todo el que bailaba con ella, la Candi, digo, tenía algo que decir. Ya sabe, que si se arrimaba, que si debajo la blusa no llevaba nada, o sea, hablando en plata, iba suelta, esas cosas. Pero como la Candi estaba rica, oiga, que eso no hay quien lo niegue, pues, a ver, tenía cola, por más que luego nadie quedaba conforme, ¿entiende?, que ésa es otra, que era muy testarrona, que mandaba ella, que no se dejaba llevar, ya sabe.

DR.— Total, que echaste un baile con ella.

P. P.— ¡Quia, no señor!, no es por ahí, que yo siempre he sido muy retraído para estas cosas del baile.

DR.— ¿Entonces?

P. P.— Pues, nada, yo estaba tal que así, sentado orilla del Agatángelo, en la trasera del señor Del, tomándome un vermú tan ricamente, y, en éstas, se me arrima ella, me agarra por un brazo y va y me dice: Llévame a dar un garbeo, tú; estoy de sudor y de música hasta los cojones.

DR.— ¿Dijo cojones, Pacífico? ¿Estás seguro?

P. P.— Como lo está oyendo, doctor, tal cual. Que a mí así, de primeras, también me chocó, la verdad, ¿había oído bien? Pero luego, en fuerza de escuchárselo, acabé enseñado a ello, natural.

DR.— Pero ¿es que decía eso habitualmente?

P. P.— Qué hacer, a cada rato, doctor, continuamente. Y otras cosas peores, no crea. ¡Anda, y que menudo pico se gastaba! Ya ve usted, para decir el Agatángelo que el Teotista, a su lado, un oblato misionero, ¡cómo sería, digo yo!

DR.— ¿Significa eso que tenía mal carácter?

P. P.— No señor, que va, que ella era así, o sea, que tenía la boca caliente, no hay más. Que inclusive cuando la daba cariñosa, la misma copla, de cada dos palabras, una por lo menos, un disparate, eso fijo.

DR.— Está bien, hijo, continúa.

P. P.— Pues eso, doctor. Me dijo, llévame a dar un garbeo, y lo otro, ya sabe. Que yo, acobardado, oiga, que ni sabía por dónde me andaba. Que me dice en ese momento que a tirarnos del Crestón abajo, y de cabeza. O sea, yo no sé qué tenía aquella chavala que imponía, ya ve, que le cachifollaba a uno con sólo mirarle, no tenía remedio. Conque, a mayores, agarramos la carretera y nos llegamos al pretil de la Salud, que ya era noche ciega…

DR.— ¿De qué fue de lo primero que hablasteis, Pacífico?

P. P.— Bueno, querrá decir ella, doctor, que, bien mirado, sólo hablaba ella, ¿entiende?

DR.— ¿Y qué decía? ¿Cómo entrasteis en conversación? Esto me parece interesante.

P. P.— Pues mire, a decir verdad, me habló de los del pueblo, ¿comprende? Que me recuerdo que ella me dijo que el personal de los pueblos tenía el mirar plano, que si me había fijado en ello, ¿se da cuenta? Y yo, que natural, de no ver más que campo, y ella, que mis ojos eran distintos, que digo yo que sería por los lentes, que otra cosa, no, doctor, ¿no le parece?

DR.— Y eso te halagó, naturalmente.

P. P.— Pues me gustó oírlo, oiga, a qué voy a decir lo contrario. Y el caso es que ella seguía, dale que le das, ¿comprende?, que a mí no se me alcanzaba nada, doctor, o sea, iba como alelado, ni abrir el pico, y para que no se pensara que era medio inocente, la solté eso, o sea, que tenía el grado, ¿entiende?, que la Candi, oiga, que eso no necesitaba aclararlo.

DR.— Ya veo que te entró con habilidad. Continúa, Pacífico, por favor.

P. P.— Ande, ya una vez así, platicamos, a ver. Que ella, que a qué me dedicaba, y yo, la verdad, doctor, que a catador y granjero, que ella, que estaría orgulloso de figurar entre las fuerzas productivas, algo así, ¿comprende?, pero con retintín, oiga. Y con unas cosas y otras, nos llegamos orilla la Salud, y la Candi que a sentarnos, ¿se da cuenta? Conque nos recostamos en el pretil, oiga, y ella calló la boca, y entonces yo, por salir del paso, la dije que si había reparado que los ríos hablaban como las personas, que el Matayeguas voceaba y la Salud rutaba y el Lirón cantaba como una mujer, ¿se da cuenta? Que ella, que muy poético, y yo, doctor, por hacerme de valer, que don Prócoro decía de mi tío Paco que era un poeta, que ella, que qué cosas, que don Prócoro y todos los curas no decían más que sandeces y que después de inventarse el psiquiatra, los curas a esconder. Ya ve usted qué tendrá que ver una cosa con la otra.

DR.— ¿Y cómo terminó aquello?

P. P.— Terminar, pues no corre usted poco, doctor.

DR.— Quiero decir esa tarde.

P. P.— Aguarde, verá. Llevábamos así un rato, uno orilla del otro, y en éstas, la Candi, sin más, sin decir por qué ni por qué no, me pasó el brazo por detrás, o sea por los hombros, y me pegó un beso de película.

DR.— ¿Te besó ella?

P. P.— Tal cual, oiga, no me lo invento, pero con todo el desparpajo, no crea, que no me soltaba, no vea usted beso ansioso. Que yo, no sé si andaba constipado o me cogió de sorpresa o qué, que por las narices no respiraba y por la boca no me dejaba ella, o sea, que me ahogaba, oiga, que lo pasé mal, que me decía para entre mí, aquí la palmas, Pacífico. Y para más, los lentes ¿se da cuenta?, menuda, se me hincaban tal que así, arriba de la nariz, que no vea qué dolor. Así que yo quería apartarla, oiga, a la Candi, digo, pero como si nos hubieran encolado, tal cual, no había de qué. Que cuando ella lo dejó, si no estaba privado poco me faltaba, se lo juro. Y todavía la Candi que si me había gustado.

DR.— Le dirías la verdad.

P. P.— Pues, no señor, ya ve, no la dije la verdad, que éste es el chiste. O sea, conforme reaccioné un poco que sí, que me había gustado, dese cuenta. Que yo me pienso, doctor, que ahí me perdí.

DR.— ¿Por qué razón crees eso?

P. P.— ¡Qué cosas, oiga! Por todo lo que vino luego. O sea, si yo le digo entonces que no, que no me había gustado, aquí paz y después gloria, ¿entiende?, cruz y raya, sanseacabó.

DR.— ¿Qué más, Pacífico?

P. P.— Mire, ya en este plan, en la confianza, digo, la Candi me preguntó si era la primera vez que una mujer me besaba así.

DR.— ¿Y mentiste también?

P. P.— No señor, esta vez la dije la pura verdad, que la primera.

DR.— ¿Qué más te preguntó?

P. P.— Bueno, ella me preguntó, o sea, me dijo, que qué pensaba yo de que una mujer tomara la iniciativa, ¿comprende? Si me pensaba por eso que fuese una puta, y Dios Padre me perdone.

DR.— ¿Qué le dijiste tú?

P. P.— Ande, la verdad, doctor, que eso va en caracteres, ¿entiende? Pero ella, la Candi, digo, puso el disco, doctor, que se arrancó y no lo dejaba, menudo pico, oiga.

DR.— ¿Y qué es lo que decía, Pacífico?

P. P.— De todo, oiga, que yo en la luna, mire. Sólo me recuerdo, lo único, del complejo de Edipo, se dice así, ¿no es cierto? Pues eso, oiga, con el complejo de Edipo a vueltas, que si el complejo de Edipo, como había demostrado no sé qué señor, ¿entiende?, era cosa de las sociedades

patriarcales, que yo me pensé en Moisés, oiga, para recordarme, ¿entiende? Y que, por tanto, había que echarlas abajo cuanto antes, esas sociedades, digo.

DR.— ¿No sería Freud el que lo demostró?

P. P.— ¡Tal cual! Ese mismo dijo, sí señor, ¿cómo lo imaginó?

DR.— ¿Sabes que tienes una memoria envidiable, Pacífico?

P. P.— Bueno, oiga, de retentiva no me quejo, ya lo decía don Ángel. Lo malo mío son las entendederas.

DR.— ¿Y por qué no has de acabar el grado ahora que tienes tiempo?

P. P.— Ve ahí, doctor. Eso es para hablarlo despacio, ¿no le parece? Ahora vamos a dejarlo.

DR.— Como quieras, Pacífico. Volvamos a lo nuestro. De modo que la primera vez que estuvisteis juntos, la Candi te habló de Freud y del complejo de Edipo, ¿no es así?

P. P.— Talmente, sí señor, de eso me habló. De primeras, ¿se da cuenta? O sea, luego me habló más veces. Bien mirado, doctor, no paraba de hablar de ellos y de otros que no me recuerdo ahora. Que yo, de principio, por aquello de no pasar por ignorante, candé el pico, ¿entiende? Pero de que me informé, o sea, en la enciclopedia del Ayuntamiento, se lo dije, la dije, que yo sepa, aquí, en el Humán, no hay de eso, ¿entiende? Que ella, la Candi, a reír, doctor, que se partía el pecho a reír, oiga, que decía, eres conmovedor, Pacífico, para ti lo que no existe en tu pueblo no existe en el mundo.

DR.— ¿Eso te decía?

P. P.— Eso, sí señor, y otras cosas de las que no me recuerdo. La Candi era una chavala instruida, ya se lo he dicho.

DR.— Pero a ti, Pacífico, ¿te interesaban esas conversaciones?

P. P.— A mayores, doctor, yo no la comprendía, ésa es la derecha. O sea, lo que me aprovechaba era lo otro ¿entiende?, lo que sacaba en limpio. Que a mí, salir con la Candi me petaba y me acobardaba, no sé si me explico, las dos cosas, ¿se da cuenta? O sea, si me petaba es porque estaba rica, y por verla fumar de negro, y por las uñas pintadas de azul que llevaba, que era una cosa chocante ésa, ¿entiende? Pero luego, me acobardaba lo que decía, las cosas de los libros, ¿sabe?, o sea, que se burlara de mí. Total, cuatro días, como quien dice, que, al cabo, nos enredamos y ni me fijaba en eso.

DR.— ¿Que os enredasteis? ¿Quieres decir que entablasteis relaciones carnales?

P. P. — Eso es, sí señor.

DR.— ¿Allí en el pueblo?

P. P.— Bueno, como quien dice.

DR.— Pero ¿os veíais en el pueblo o no os veíais en el pueblo?

P. P.— Sí, doctor, o sea, no.

DR.— ¿En qué quedamos, Pacífico? ¿Os citabais tal vez en el gallinero?

P. P.— Ni por pienso, oiga, eso de ninguna manera.

DR.— ¿Dónde entonces?

P. P.— En Prádanos, para que lo sepa. De primeras, en Prádanos.

DR.— ¿En el pueblo abandonado?

P. P.— Tal cual, sí señor, donde los lavaderos, en el pueblo del Bisa. O sea, a raíz de la boda del Parmenio Marrero, yo la hablé a la Candi de Prádanos, ¿comprende? Que la dije la verdad, que era un pueblo en ruinas pero que debió de vivir gente de fuste allí, en tiempos, claro. O sea, que tenía palacios con escudos y arcos en las puertas y una ermita de mucho mérito.

DR.— ¿Hay una iglesia interesante en Prádanos?

P. P.— Qué hacer, doctor, monumento nacional. Lo malo es que no haya una mala trocha para subir donde ella, ¿entiende? Que el obispo y los americanos esos anduvieron de picadillo, a ver quién se la llevaba, pero, al cabo, allí se quedó. Ya ve usted por dónde iban a bajarla.

DR.— Bueno, dime, ¿le agradó a la Candi la idea de veros en Prádanos?

P. P.— Natural, oiga. Que, a su decir, de chavala anduvo en subir a Prádanos docenas de veces y, por lo que fuera, nunca se le logró. Así que, a la tarde, agarramos la trocha de Fuentefierro, atravesamos el monte y a las dos horas andábamos en el pueblo.

DR.— ¿Qué impresión la hizo?

P. P.— ¿A la Candi? Buena, oiga. De primeras, se quedó como sin habla, que todo la chocaba, las casas vacías, con los escudos, las camberas recubiertas de madreselvas, la ermita y el cementerio, oiga, que de las ortigas, ni se veía una cruz. Pero, por mayor, doctor, el silencio, ya ve, que si quita los tábanos y las ruciniegas, que zumbaban, y un mirlo de cuando en cuando, no se sentía un ruido allí. Ya le digo, doctor, que caminar por las camberas aquellas, entre las ruinas, era totalmente como entrar en una iglesia, del respeto, ¿sabe?

DR.— Bueno, dime, una vez allí ¿qué hicisteis?

P. P.— Aguarde, doctor, o sea, luego de mirar arriba y abajo, nos llegamos a la plaza del pilón, un abrevadero, ¿sabe?, que allí nos sentamos, a la sombra de una acacia, frente por frente del Palacio, que la Candi no le quitaba ojo, ¿entiende?, o sea, miraba los tres escudos y las balconadas de hierro, y lo que

son las cosas, oiga, un chusco había metido dos hornillos en la ventana, ve qué idea, que hoy día parece que lo que no es provechoso, no cuenta. Bueno, conque allí sentados, orilla el abrevadero, que hacía un sol de justicia, dejamos pasar el tiempo, y un grillo dale, tal que así, doctor, al pie nuestro, que gracias a él se conocía el silencio, ya ve qué cosas, que para mí un pueblo sin gritos de chavales ni ladridos de perros, ni es pueblo ni cosa que se le parezca.

DR.— Está bien visto, Pacífico.

P. P.— Pues eso, oiga, nada, sólo el grillo, que ni al mirlo se le sentía ya. Y la Candi venga de mirar, que la cogió modorra con el Palacio, que así, en un esquinazo, las piedras se habían venido abajo, ¿entiende?, o sea, asomaba una escalera angosta, de caracol que dicen, y ella empezó a restregarse los ojos, oiga, como si soñara, ¿sabe? Con que se puso de pies, se arrimó allí y, luego, volvió orilla mía, y va y me dice: ¡joder, qué maravilla, chico!

DR.— ¿También decía eso, Pacífico?

P. P.— Qué hacer, doctor. Ella decía de todo, que hablaba peor que un carretero, se lo digo yo, que me pongo a mirar y no hay mala palabra que no se la ocurriera. Y como las soltaba así, ¿comprende?, con el cigarro en la boca y entrecerrando los ojos, imponía, la verdad. Que dice usted de enfadarse. De eso nada, ya ve. ¡Pero si, inclusive cuando se ponía cariñosa, no sabía orillarlas!

DR.— ¿Cuáles, Pacífico?

P. P.— Cuáles van a ser, doctor, las malas palabras.

DR.— ¿Por qué te ríes, Pacífico? ¿Puede saberse en qué estás pensando?

P. P.— Boberías, doctor, no me haga caso.

DR.— Pero en algo pensabas, ¿no?

P. P.— Bueno, o sea, me recordaba, que ella, conforme andábamos así, por un decir, engolosinados, me decía putito, gilipollas y mi inmaduro cabroncete, ya ve que retahíla.

DR.— ¡Válgame Dios! Y tú ¿qué hacías?

P. P.— En esos momentos, nada, ya ve, reír y darme el lote. O sea, si lo que quiere usted saber es si la regañaba, de eso, nada, doctor. Yo iba tras lo que iba, ¿no? Y después de todo, ella jugaba con las cartas boca arriba, ¿entiende?, que, por un ejemplo, conforme a sus planes, todo el que tuviera que ver con ella, ya sabía que iba para cabrón, y que Dios Padre me perdone.

DR.— Pues ¿cuáles eran sus planes, Pacífico, si no es indiscreción?

P. P.— Ande, ¿por qué ha de serlo? La Candi, para que lo sepa, tenía en el pensamiento armar una comunidad campesina y fundar una escuela, ¿se da cuenta? Que la comunidad, por un decir, estaría compuesta por hombres y mujeres jóvenes, pero sin prejuicios, ¿entiende?, o sea, sin escrúpulos. De forma que cada chavala pudiera estar con todos los hombres y viceversa, oiga, todas las combinaciones, sin que nadie tuviera derecho a cabrearse. Por lo demás, lo que ella decía, todos arrimarían el hombro y comerían de los frutos de la tierra. No sé si me explico, oiga.

DR.— Está claro, Pacífico. ¿Y dónde pretendía establecer esa comunidad?

P. P.— Eso sí que no lo sé, oiga, que nunca lo dijo. Pero a lo que iba, doctor, si la Candi pensaba así, todo el que tuviera que ver con ella, más pronto o más tarde terminaría con los cuernos, ¿no? De forma que la comunidad esa, o como se llame, era una fábrica de cabritos, que ella no engañaba a nadie o engañaba a todos, según. Pero por lo que a mí respecta, oiga, tampoco llevaba razón en ofenderme si me decía cabroncete, ¿no me comprende?

DR.— Comprendo tu razonamiento, Pacífico. Pero oye una cosa: antes me dijiste que la Candi «en principio» pensaba eso, ¿quieres decir que luego cambió de opinión?

P. P.— Bueno, ella era un poco veleta en este punto, doctor. Y si hoy decía blanco, mañana decía negro, no podía uno fiarse. Que, por un ejemplo, algunos días, así que andábamos más encendidos, ella me decía: tú y yo, putito, nos iremos juntos muy lejos en busca de una sociedad más pura. O sea, ella tenía la pichicharra de que al mundo lo escachaba el progreso, ¿entiende?

DR.— ¿Y nunca te dijo la Candi adónde pensaba llevarte?

P. P.— Tampoco determinaba, no señor. O sea, era un poco veleta la Candi, ya le digo, que lo mismo mentaba al Asia que al África, según la viniera a pelo. Pero lo que se dice determinar, nunca determinaba.

DR.— Está bien. Perdona, Pacífico. Estábamos en Prádanos mirando la escalera de caracol, ¿recuerdas?, y la Candi se acercó a ti y te dijo: ¡Joder, qué maravilla! ¿Qué sucedió después?

P. P.— Lo dijo más veces, oiga.

DR.— ¿Dijo más veces ¡joder, qué maravilla!?

P. P.— Muchas veces, doctor, todo el tiempo. Que miraba los huertecitos malrotados por las zarzamoras y las salgueras, y lo decía. O metía las muñecas en el agua del abrevadero, y lo decía. O miraba la placa donde decía «Calle Mayor» y volvía a decirlo. O se quedaba un rato callada, escuchando

el silencio, y la misma, doctor, ¡joder, qué maravilla! Que todo era maravilla para ella, como yo digo, oiga, por demás.

DR.— Pero, por lo que dices, parecía una muchacha sensible, Pacífico, a pesar de sus expresiones.

P. P.— Ande, ¿le he dicho yo lo contrario?

DR.— No, por supuesto, discúlpame. Continúa.

P. P.— Bueno, doctor, el caso es que hacía bochorno allí aquella tarde, en Prádanos, ¿sabe?, y el sol picaba lo suyo. Y, en éstas, luego de andar de acá para allá como dominguillos, fue ella y, sin saber por qué ni por qué no, se sacó la blusa por la cabeza, luego se quitó los pantalones, y se quedó en cueros vivos, oiga, lo único, los playeros, que no vea carnes más ricas, prietas y blancas, como las de las reinetas. Que a mí, a ver, la cabeza se me trascordó, lógico, allí la vería, de puntillas entre las ruinas, los brazos en cruz, como si tal cosa, oiga, que va y me dice: así hemos de volver a vivir, Pacífico, como Adán y Eva en el Paraíso, ¡desnúdate!

DR.— ¡Qué fogosidad! ¿Sin más preámbulos?

P. P.— Nada, oiga. Y con todo el imperio, ¿entiende?, que ella las gastaba así. Y de que yo me arrimé a una zarza, por vergüenza, a ver, ella, a voces, riendo, ¡un esclavo de las convenciones sociales, putito, eso es lo que tú eres!, ¿se da cuenta?

DR.— Pero obedeciste.

P. P.— ¡Cómo se lo diría yo! Pero no vea las calamidades con la faja, oiga, que si no me daba diez vueltas no me daba ninguna. ¡Dichosa faja! Y, luego, para esconderla en el zarzal.

DR.— ¿Y te quedaste desnudo?

P. P.— Aguarde, oiga, me saqué los pantalones y la camisa. Que un servidor, ya usted lo habrá advertido, siempre ha sido un poco pechiliebre, o sea, la espina me arma tal que así, entre las tetillas, como una punta, ¿no?, de forma que me dejé la elástica y los calzoncillos. Que no vea la Candi, oiga, así que me vio, nunca podrás liberarte de tus estrechas estructuras mentales, grandísimo gilipollas. A guasearse, ¿entiende? Pero yo ya andaba encendido, doctor, y me arranqué tras ella y conforme llegamos al pilón, ella se metió dentro, ¿comprende?, y me salpicaba, y a reír, que el agua la escurría por la canal de los pechos, ¿sabe?, y yo me ponía loco, natural, pero así que intenté arrimarme, ella brincó una tapia, y yo detrás, ¿entiende?, que yo creo que ni las manos puse, oiga. Conque ella brincó la tapia del otro lado, de la parte del huerto, y la emprendió a correr cambera abajo, ¿se da cuenta?, y reía, que no paraba de reír, que el eco del monte repetía su risa y era aún peor, doctor, que

yo, ¡aguarda, Candi!, y ella a reír, ¡reprimido, reprimido, reprimido!, me voceaba, y reía, no vea usted qué risas, que me descomponía, oiga, que yo ni la veía ya, que iba ciego, al bulto, como suele decirse, ¿entiende? Pero que si quieres, oiga, así anduvimos, brincando tapias y corriendo entre las ruinas, qué sé yo el tiempo, que yo, ¡aguarda, Candi!, que ni la voz me parecía mía, ya ve usted, de lo ronca, y ella, ¡reprimido, reprimido, reprimido!, y la risa, y el eco, ¿se da cuenta? Aquello era para volverse loco, doctor, como un mal sueño, o sea, bueno, de los de lo verás pero no lo catarás, para que me entienda. Que, en éstas, apareció encima una tapia, la Candi, digo, con una vara de fresno en la mano, toda desnuda, imagine, tan viva, o sea, entre las cosas muertas, oiga, que yo, ¡aguarda, Candi!, a voces, casi lloraba. Y otra vez a la carrera, oiga, por las callejas de guijos, o en la plaza, dando vuelta a las acacias, ¡reprimido, reprimido, reprimido!, ¿se da cuenta?, como quien dice, jugando al escondite. Pero ella resollaba ya, doctor, y yo, para qué voy a decirle, ni podía con mi alma, que ésa es otra. Y, en éstas, la Candi brincó sobre las ruinas del Palacio y la emprendió escalera de caracol arriba y yo detrás, doctor, ciego, natural, y, conforme alcanzamos la salona, donde el balcón de los hornillos, allá vería, toda desvencijada, se arrancó una torcaz con un aleteo del demonio, y ella se asustó, o sea, se volvió, y entonces la atrapé, ¿entiende?, que ella reía, y resollaba, que ni hablar podía, y allí mismo, doctor, entre la palomina y las telarañas… pues eso.

DR.— ¡Vaya, hijo! Sí que fue una conquista laboriosa.

P. P.— Calcule.

DR.— ¿Y cambiaron algo las cosas con la posesión?

P. P.— ¿Cómo dice?

DR.— Quiero decir que si después de lo de la salona continuaron las cosas como estaban.

P. P.— Más o menos, doctor. La Candi era así. Ella siempre decía, hay que volver a los placeres sencillos, ¿se da cuenta?

DR.— ¡Caramba, no tan sencillos, Pacífico!

P. P.— Bueno, oiga, eso según se mire, ¿no?

DR.— Eso creo yo, hijo. Y dime, después de apagar tu fiebre, ¿no consideraste el problema con mayor serenidad?

P. P.— Pues mire, por mayor, así que acabamos, nos acodamos los dos, uno orilla del otro, en el balcón, cara al cerro Las Lástimas, al pie de la peña Aquilina, ¿se da cuenta? Y ella miraba los montes azules, o los vencejos alrededor de la torre la iglesia, o las hazas amarillas entre las hayas, o las

ruinas al pie y, al cabo, me daba de codo y me decía: Esto es paz, putito, y lo demás son leches.

DR.— Cada vez me sorprende más, hijo, la sensibilidad de la Candi para la belleza y su grosera manera de expresarla. ¿No crees tú que la Candi se falseaba, quiero decir, que se esforzaba por aparentar algo distinto de lo que era?

P. P.— A saber, doctor.

DR.— Está bien, Pacífico. ¿Qué le dijiste tú?

P. P.— A decir verdad, yo no estaba para mirar la paz ni para mirar nada ¿entiende? O sea, que entre la ventana y el hueco la escalera se armaba una corriente del demonio y yo notaba el vientre y echaba en falta la faja ¿sabe? Pero candé el pico, a ver, cualquiera. De forma que allá anduvimos, al relente, hasta que cayó el sol. Que luego, cuando bajamos, yo no podía con los pinchazos, oiga, pero ni andar, como se lo digo. Y, en éstas, según íbamos por la cambera, entre dos luces, fue ella y me dijo, un momento, y sin más, doctor, o sea, orilla mía, se acuclilló y se puso a orinar, que yo, ni palabra, natural, pero debí arrugar el morro, el caso es que ella, conforme se levantaba, me dijo: Esconderse para satisfacer una necesidad natural es un repugnante prejuicio pequeño-burgués. Y con esta historia, oiga, así que la apretaba una necesidad, se acuclillaba y hala, como si nada, como si yo no estuviera presente, ¿comprende?

DR.— Y a ti te desagradaba, claro.

P. P.— Hombre, mire, uno no está enseñado a esas cosas.

DR.— Está bien, Pacífico. Supongo que después de la experiencia inicial, volveríais por Prádanos a menudo.

P. P.— A decir verdad, cada tarde, doctor. O sea, apenas comidos, arriba, ¿entiende? Y allí nos quedábamos hasta las tantas.

DR.— ¿Y repetía cada tarde el juego del primer día?

P. P.— ¡Quia, no señor!, cambiaba. Con la Candi siempre salía algún quehacer, ¿entiende? Que lo mismo tomábamos el sol, que registrábamos la escuela o los arcones de Palacio, según. Y, por un ejemplo, si nos metíamos en la escuela, la echábamos larga, que ella a curiosear los cuadernos de los chavales, o sea, las cartas que escribían a sus padres, de hace qué sé yo el tiempo, ¿comprende?, que lo mismo se habían largado a la capital que a Bilbao o a Alemania, ¿se da cuenta? Y si en Palacio, tal cual, oiga, que ella con todo daba, que no dejaba títere en su sitio, como suele decirse.

DR.— Pero ¿forzabais las puertas?

P. P.— No señor, allí, de diez años a esta parte, todo está abierto. En Prádanos no hay ladrones, oiga. Ya ve la misma iglesia, pues de par en par. Que me recuerdo una tarde, debajo la torre de las campanas, donde el reloj, ¿sabe usted con lo que fuimos a dar?

DR.— ¿Con qué, Pacífico?

P. P.— Con las andas, ya ve.

DR.— ¿Qué andas?

P. P.— Pues ¿qué andas han de ser?, las del ataúd, mire. Donde entierran en los pueblos a los muertos.

DR.— Pero ¿es que a todos los entierran en el mismo ataúd?

P. P.— Aguarde, oiga, los llevan al camposanto en ese ataúd, ¿comprende? Una vez en el camposanto, los sacan, los echan en la hoya y a otra cosa.

DR.— Pero ¿quieres decir que a los muertos los enterraban sin caja?

P. P.— Ande, a ver, pues ¿qué se ha creído usted que es la vida de los pueblos?

DR.— Bueno, sigue, hijo, sigue.

P. P.— Con que dimos con las andas en una habitación llena de telarañas y nidos de golondrina, ¿sabe? Y allí vería a la Candi, oiga, ¿no habrá un muerto dentro?, que yo, ¿de qué?, mira, y quité la tapa, ¿entiende? Y de un lado, decía, verá, decía: «Y aquí acaba el placer de los injustos». Y la Candi a reír, por no variar, y de los justos, mira tú, que yo la dije, ¿es que no crees en la otra vida?, y ella venga de reír, putito, yo no creo más que en lo que veo, ¿se da cuenta?

DR.— Es perfectamente consecuente con su manera de ser, Pacífico.

P. P.— Lo será, doctor, yo en eso no me meto.

DR.— Pero dime, ¿es que después del primer día, vuestras visitas a Prádanos no tenían más que una finalidad, digamos, arqueológica?

P. P.— A saber con qué se come eso, doctor.

DR.— Entiéndeme, Pacífico, te pregunto si os pasabais las tardes descubriendo reliquias o hacíais algo más.

P. P.— ¡Qué cosas tiene, doctor! Claro que lo hacíamos, todo, natural, pues a eso subíamos. Lo que pasa es que la Candi, en este sentido, siempre andaba tramando algo.

DR.— Pero tramando, ¿qué?

P. P.— Ande, según, doctor. Ella era caprichosa para estas cosas, oiga, o sea, lo mismo agarraba un sombrero de segador o unas albarcas y aparecía, de repente, en pelotas en un balcón con ellos puestos, ¿entiende? Que, por un

ejemplo, no se me olvidará la tarde que sacó de Palacio una capa, negra de un lado y roja del otro, toda apolillada, y arrancó a correr cambera abajo, con ella en los hombros, la capa, digo, ¿comprende? Que, conforme corría, enseñaba las cachas, primero la una y luego la otra, ¿se da cuenta? Y a mí estas cosas, doctor, no sé si porque era nuevo o qué, me ponían loco, la verdad.

DR.— ¿Y os reuníais siempre en la salona del Palacio?

P. P.— Ni por pienso, oiga, ¡buena era ella! O sea, cada día en un sitio. La Candi era muy libertina, doctor, que siempre andaba con la pichicharra de que había que buscar sensaciones nuevas.

DR.— ¿Eso decía? ¿Y las buscaba?

P. P.— ¡Cómo se lo diría yo! ¿A que no adivina lo que se la alcanzó una tarde que se conoce que me vio más encendido que de costumbre?

DR.— ¿Qué, Pacífico?

P. P.— Tumbarse en un mato de ortigas, tal como lo oye, doctor. Que se retorcía como una culebra, natural, de los picores. Y, vamos, putito, no me desaires, decía, que yo, calcule, ciego, a ver, al mismo infierno hubiera bajado.

DR.— ¡Qué barbaridad!

P. P.— Pero siempre, oiga, no crea que una vez ni dos. Que otro día, me recuerdo, en una zarzamora, hágase cargo, que salimos hechos unos harneros. Y yo, todavía, con la elástica, pero imagine ella, en cueros, con las carnes tan tiernas que tenía.

DR.— Pero esa mujer era una masoquista, Pacífico.

P. P.— ¡Qué sé yo lo que sería, doctor! Ansiosa, desde luego, sobre este particular, un rato largo. Pero ella decía que tenía la obligación moral de liberarme.

DR.— ¿Es posible que hablara de obligaciones morales?

P. P.— ¡Ande! ¿Pues qué se figura? Ella, a su decir, hacía estas cosas para liberarme, ¿entiende? Pero a mí no me la daba, que la gustaba eso más que comer con los dedos. Y el caso es que yo pensaba para entre mí: ya se cansará de inventar, pero ¡que se lo ha creído usted! O sea, después de las ortigas, y la zarzamora, y las gallogas de la cerviguera y todo lo habido y por haber, ¿qué dirá que se la alcanzó?

DR.— Tú dirás, Pacífico.

P. P.— Acostarnos en el ataúd de las andas, imagine.

DR.— ¿Es posible?

P. P.— ¿Que si es posible, dice? Eso es tan cierto, doctor, como la luz bendita. Que no vea las calamidades que pasamos. Una penitencia, oiga, tan angosto. Y la Candi, putito, gocemos del placer de los injustos, ¿se da cuenta? Y, mal que bien, nos arreglamos.

DR.— Pero me resulta inadmisible, Pacífico, que tú te avinieras a complacerla en todos sus caprichos, por irreverentes que fueran.

P. P.— ¡Ande y qué remedio! Aquella mujer me tenía encoñado, doctor. Ésa es la derecha.

DR.— Y tú ¿no sentías miedo o remordimientos de tamaño desorden?

P. P.— A ratos, sí, doctor, luego, cuando bajábamos.

DR.— Es decir, que tenías conciencia del exceso.

P. P.— Sí señor, aquello era por demás.

DR.— ¿Experimentabas hastío tal vez?

P. P.— Bueno, vamos, o sea, según bajaba me sentía como quebrantado, ¿entiende?, como con mugre. Que siempre la misma, o sea, me decía para entre mí, no vuelvo con ella. Inclusive una noche, me llegué donde don Prócoro a confesarme, ¿se da cuenta? Y allí mismo, en la rectoría, le empecé a contar. Y no lo querrá usted creer, pero conforme me desahogaba, me sentía mejor. Y él, don Prócoro, digo, tan asustado estaba, que en una de ésas se llevó los dedos a los ojos para mirarme, y lo que yo le dije, si abre usted los ojos, cando yo el pico. Que él, muy prudente, se quedó con los ojos cerrados hasta el final.

DR.— ¿Y dejaste, a partir de ahí, a la Candi?

P. P.— No pude, oiga. Fue verla al día siguiente, y a Prádanos otra vez. Pero ciego, ¿entiende?

DR.— ¿No volviste a ver a don Prócoro?

P. P.— Tres días más tarde, doctor, o sea, a la noche.

DR.— ¿Y qué?

P. P.— Pues me recuerdo que me dijo que mi arrepentimiento sin propósito de enmienda no tenía ningún valor, ya sabe.

DR.— ¿Y es que tú no lo tenías?

P. P.— ¿Propósito de enmienda, dice? ¡Claro que lo tenía, doctor, cada noche! Pero, a la mañana, ver a la Candi y perderlo era todo uno.

DR.— Y después de estar con ella, volvías a experimentar conciencia de pecado, ¿no es así?

P. P.— Así es, talmente, como usted dice.

DR.— Y la Candi, ¿le dijiste algo a la Candi de tus entrevistas con don Prócoro?

P. P.— Ni palabra, oiga, buena era. Dese cuenta la que hubiera preparado si voy y la digo: Don Prócoro me libera más que tú, ¿se da cuenta? Yo no podía decirla una cosa así, compréndalo. Lo mismo me saca los ojos.

DR.— Me hago cargo, hijo, pero volvamos al asunto. Aparte de registrar arcones y de quereros, ¿qué hacíais en Prádanos, un pueblo abandonado, un día tras otro?

P. P.— Ande, cosas, nunca faltaba qué hacer, no crea. Ella estaba por los placeres sencillos, ¿entiende? Y mirábamos nidos tardíos o cogíamos flores o espliego, que me recuerdo que ella se ponía una ramita en el pelo, de espliego, digo. Y, si andábamos en trance, otras dos en los sobacos y otra, tal que así, en la canal de los pechos, ¿sabe? ¡Qué sé yo! No faltaban entretenimientos, ya ve, que algunas tardes la Candi subía una pelota y jugábamos al tepeté en el ábside de la iglesia.

DR.— ¿Qué es eso del tepeté, Pacífico?

P. P.— Tontunas, doctor, un juego de chavales.

DR.— ¿En qué consiste?

P. P.— Pues, mire, en realidad, nada, doctor. O sea, coge usted la pelota y la tira contra la pared, ¿se da cuenta? Conque, así que bota, la vuelve usted a coger y va diciendo:

A la una,
sin hablar,
sin reír,
sin mover,
con un pie,
con otro pie,
con una mano,
con la otra mano.
Al tepeté,
atrás y adelante,
a la redondita,
¡*y mi abuelita*!

Tontunas, ya ve, para pasar el rato, que conforme bota la pelota en la pared, digo, uno calla la boca si es sin hablar, o se pone serio, si es sin reír, o a pipiricojo, si es con un pie, y si no obedece pierde, ¿entiende? Ya sabe, tontunas.

DR.— ¿Y siempre jugabais a lo mismo?

P. P.— ¡Quia!, no señor. Otros días jugábamos a la tanga, o saltábamos a la comba. Pero, mayormente, comíamos piñones tostados, tumbados al sol, en la pradera, mientras platicábamos, o sea, abriéndoles con una navaja.

DR.— ¿De qué platicabais, Pacífico?

P. P.— Ande, pues de las cosas; de la vida y así.

DR.— Pero, concretamente, ¿cuáles solían ser vuestros temas de conversación?

P. P.— Pues no sé, oiga. De los prejuicios sí me recuerdo que hablábamos a menudo. Que los prejuicios la traían a ella a mal traer, esto es cierto. Que me recuerdo que me decía todo el tiempo: No hay tipos con más prejuicios a cuestas que mi padre y mi hermano Teotista.

DR.— Así es que acusaba a su familia de retrógrada.

P. P.— Bueno, yo no he dicho tal, doctor. Si es caso al Teotista sí le tenía entre ceja y ceja.

DR.— ¿Qué decía del Teotista?

P. P.— Decía, verá, decía: fíjate si será bestia el Teotista que si un día nos pillara así, sería capaz de matarte.

DR.— A ver, a ver, esto es importante, Pacífico, ¿te anunció la Candi que su hermano sería capaz de matarte si te sorprendía con ella?

P. P.— ¿Anunciarlo, dice?, tampoco se ponga usted así. Ella dijo eso, como decía otras cosas, como decía, por un ejemplo, que el mejor hombre de más de cuarenta debería estar ahorcado.

DR.— No confiaba en la madurez, vamos.

P. P.— Bueno, eso era para ella lo peor de lo peor, para que me entienda. O sea, la Candi decía que mientras no desaparecieran los viejos hijos de puta, y Dios Padre me perdone, el mundo no tendría arreglo.

DR.— Y los viejos hijos de puta, ¿eran los de cuarenta?

P. P.— De ahí para arriba, doctor.

DR.— Estamos apañados. ¿Y en qué sentido quería arreglar el mundo la Candi, Pacífico? ¿Qué piensas tú de ello?

P. P.— En todos, oiga; por mayor, en todos, así como suena. O sea, empezando por el asunto de la jodienda, eso lo primero, ¿entiende? Mire, a ella, a la Candi, digo, la renegaba ser mujer. A ver si me explico, no es que la renegase ser mujer, sino que las mujeres, como ella decía, fueran un cero a la izquierda, ¿entiende?

DR.— Perfectamente, Pacífico.

P. P.— Bueno, pues eso. Entonces ella decía que, durante miles y millones de años, las mujeres, ni contar con ellas, ¿sabe?, o sea, de esclavas del hombre. Que el hombre, firmando un papel, tate, ya tenía una esclava, ¿se da cuenta? Y el hombre, para que me entienda, se aprovechaba de ella, pero no en el sentido de meterla mano, entiéndame, que no era ése el caso, al contrario, o sea que el hombre, a cambio de darla de comer, tenía madre, querida y criada, todo en una pieza, ¿comprende?

DR.— Eso pensaba, ¿eh? ¿Y a quién atribuía esa situación?

P. P.— Ande, pues a los mayores de cuarenta, y a los curas, y a la sociedad. A todos.

DR.— La Candi, con toda seguridad, aludiría a la mujer-objeto, ¿no?

P. P.— Talmente, sí señor, así decía, la mujer-objeto y… aguarde, su función cofisi… cofisi… si lo diré.

DR.— ¿Cosificadora?

P. P.— Eso es, cosificadora, tal cual, doctor.

DR.— Está bien, Pacífico. Y tú ¿argumentabas algo tú? ¿La hacías alguna observación?

P. P.— A mayores, no señor, ya ve qué le iba a decir un pelado como yo. Lo único, oiga, cuando decía eso, o sea, lo de la mujer-objeto, yo la miraba para las uñas pintadas de azul, y pensaba para entre mí, pues ella se pinta como los objetos, ¿entiende? Pero no decía nada, no señor, menuda, ella era gustosa de ser diferente de los demás.

DR.— ¿Por lo que pensaba?

P. P.— Por lo que pensaba y por lo que decía, oiga. Que me recuerdo, una mañana, paseando orilla del Embustes, se quedó tal que así, mirando para el Hibernizo, agarrotado, ya ve, entre todos los manzanos cargados de fruto, y va y me dice: Yo quiero hacer lo que ese árbol; lo contrario de lo que hacen los demás. O sea, más claro, agua, doctor.

DR.— Hay un punto que me interesa especialmente, Pacífico. A lo largo de tus relaciones con la Candi, salvo en el aspecto sexual, observo en ti una actividad receptiva, de pura sumisión. No la regañas, no la contrarías, no muestras iniciativas, callas. ¿Es que nunca aspiraste a liberarte de su tutela, Pacífico? ¿Te agradaba sentirte dominado, o, por el contrario, intentaste alguna vez establecer tus relaciones con la Candi en un plano de igualdad?

P. P.— A qué ton, doctor. Ella me tenía encoñado, ya se lo he dicho.

DR.— Está bien, Pacífico, eso ya lo sé; eso es evidente. Pero me refiero a un terreno teórico, o dialéctico, o como lo quieras llamar. Pongo por caso,

¿nunca se te ocurrió a ti, a la vista de su mala lengua, soltar una palabrota más gruesa que las suyas, sencillamente para tomarle la delantera o, digamos, para achicarla?

P. P.— Hablando en plata, doctor, más gordas no creo que las hubiera en el diccionario, eso para empezar. Pero ahora que lo dice, sí me recuerdo una vez, a poco de conocernos, solté un pecado, ¿sabe?, uno por mayor pero me salió con poco brío, ¿sabe?, la falta de costumbre, como sin ganas, y no acabé de decirlo, oiga, y ya estaba ella riendo, que es mejor que no digas esas cosas, putito, que no sabes, que te caen lo mismo que a un Cristo un par de pistolas, ¿comprende? Y una y no más, doctor, que a raíz de aquello candé el pico, a ver, por la cuenta que me tenía.

DR.— Y, palabras aparte, ¿no montaste nunca un número de fuerza o de destreza, con ánimo de deslumbrarla, de afirmar tu personalidad, de decir «aquí estoy yo»?

P. P.— Por mayor, no me recuerdo, doctor, como no fuera lo de los hornillos de Palacio.

DR.— ¿Qué fue eso?

P. P.— Nada de particular, mire, que un día me dio por ahí, agarré una escalera, y medio en cueros como estaba, caté uno, un hornillo, digo. Pero no fue por envalentonarme, oiga, fue por curiosidad, que haría a poco diez años que no se miraban aquellos hornillos, hágase cuenta.

DR.— ¿Y cómo reaccionó la Candi?

P. P.— Pues ahora que lo pienso, oiga, sí la picó el amor propio, tiene usted razón. O sea, conforme bajé con el panal, ella me dijo, ¿es que no muerden esos bichos, tú?, que yo, la verdad, doctor, a lo que estaba enseñado, a ver, cuanto más desamparado vayas, mejor, Candi, ¿entiende? Y fue ella, entonces, y se subió donde el otro hornillo, pero en pelotas, oiga, por mayor con unas ligas verdes que había agarrado donde la maestra, orilla la escuela. Y yo no sé qué maña se dio, doctor, que no había arrimado la mano al aviadero y ya la habían mordido dos, una en cada pezón, que también es casualidad, que ni de encargo, como yo digo.

DR.— Pero eso la imbuiría un respeto, una cierta admiración hacia ti, ¿no?

P. P.— ¡Que se ha creído usted eso, doctor!, menuda. No quiera saber cómo se puso, la de blasfemias y palabrotas, que a mí, a ver, de hijoputa para arriba; que no había por dónde cogerme, oiga. O sea, lo de ponerme moños, nada. Al contrario, si me apura. Que yo empecé con remedios y contemplaciones y fue peor.

DR.— No comprendo tu actitud, sinceramente, Pacífico.

P. P.— Pues, compréndala, oiga. Yo lo que no quería era que la Candi se cabrease, pero por nada del mundo, ¿sabe? Que a mí aquella mujer, por las artes que fuese, que yo en eso no me meto, me tenía encoñado, doctor, y yo, sin ella, no era nada, un trapo, como quien dice. Y ya es sabido que si uno necesita de otro, el otro abusa, natural, es ley de vida, o sea, se aprovecha. Y a la Candi, a ver, oiga, no había quién la sacara de la cabeza que me había liberado y que yo la pagaba de esas maneras, o sea, con las abejas.

DR.— ¿Pero ella decía siempre que te había liberado por el sexo?

P. P.— Por el sexo, tal cual, sí señor, eso decía. Que yo, agradecido, natural.

DR.— Y tú ¿crees de verdad que ella te liberó?

P. P.— Ése es otro cantar, mire. Porque yo, qué quiere que le diga, desde la boda del Parmenio Marrero, ni una a derechas, que no pensaba más que en la hora de juntarnos, ésa es la verdad, o sea, en hacerlo, que ni me recordaba de las colmenas, ni del gallinero, ni de nada de nada.

DR.— Es cierto, Pacífico, ¿quién atendía el gallinero en esa época?

P. P.— El Emigdio, mire, quién iba a ser, mi futuro cuñado. Por aquellos entonces, la Corina y él habían formalizado y él bajaba de Quintana cada tarde. Un buen rapaz el Emigdio ese, ya ve, que conforme era la Corina de calentona, de no ser por él, la cosa hubiera acabado en una barriga, eso fijo. Pero él, el Emigdio, digo, la respetaba, y ¿sabe usted por qué?

DR.— ¿Por qué, Pacífico?

P. P.— Pues, mire, en primer lugar porque era una persona decente y, en segundo, porque tenía la cabeza en otra cosa.

DR.— ¿Rendía cuentas directamente a tu padre?

P. P.— Quia, no señor, me las rendía a mí. Y luego iba yo y se las rendía a Padre. Pero como Padre andaba afanado con los roturos de los altos, ni se enteraba, o sea, sólo las cuentas. Y como las cuentas marchaban, pues ve ahí, Padre como unas pascuas. Lo único, la avaricia, ya ve, que a cada rato me decía: Pacífico, aviva, esto del gallinero puede ser una mina, ¿comprende?

DR.— Le vencía la codicia, vamos.

P. P.— Como a cada quien, doctor, ni más ni menos, que yo me pienso que tocante a este punto todos somos parejos. Ve, ahí tiene usted a la Candi, distinta de los demás, me río yo, ¿qué pasó la tarde que subimos a los lavaderos?

DR.— ¿Qué pasó, Pacífico?

P. P.— Los lavaderos de oro, digo, orilla la Peña Aquilina.

DR.— Sí, ya sé, hijo. Pero ¿qué es lo que pasó?

P. P.— Lo de siempre, por no variar, mire. Yo le hablé a la Candi una tarde de los lavaderos, ¿entiende?, de que los cárcavos de la Peña Aquilina arrastraban el agua de los deshielos y en la Mesa del Brezo armaban el arroyo Alija, ¿no? Bueno, pues la dije eso y que en el arroyo, de la parte la Mesa, aparecieron pepitas de oro hace qué sé yo el tiempo, cuando el Bisa era chaval, y que todavía andaban en pie los lavaderos y las artesas, ¿se da cuenta? Bien, pues a la Candi la faltó tiempo, que a subir. Y allí nos vería monte arriba, un julio, a unas cinco de la tarde, que se le hacían a uno los sesos agua, doctor. Conque, así que la Candi se puso a mirar las artesas y los cendales, para cribar el mineral, que hágase usted cuenta cómo estarían, de la herrumbre, digo, yo metí los pies en el arroyo y me puse a levantar cantos, ¿entiende?, o sea, por ver si agarraba algún cangrejo. Y, andaba en éstas, oiga, y una cosa que brilla, muy chica, que no abultaría lo que una lenteja, doctor, no era mayor, y ¡una pepita!, voceé. Conque allí vería a la Candi, el brinco que pegó, ¡es mía!, que yo no dije lo contrario, oiga, pero se vino a mí como una furia y me zamarreó, que yo pensé para entre mí que era cosa de juego, a ver, y la apuñé, la pepita, digo, y no te la doy, que ella, ¡es mía, es mía!, ni hablar me dejaba. Oiga, y qué a pechos no se lo tomaría, que serían los nervios, de otro modo no se explica, que ¡dámela o te pego una hostia!, así, por dos veces, que yo, toma, guárdatela, a ver, ya ve qué me iba ni qué me venía, natural, se la di. Pero que no me esperaba yo una cosa así de la Candi, se lo digo como lo siento. ¿Y querrá usted creer, doctor, que a raíz de la pepita ni una sola tarde dejamos de subir a los lavaderos?

DR.— ¿A buscar oro?

P. P.— ¡De qué, doctor, si allí no había más que guijos!

DR.— ¿Qué hacíais entonces?

P. P.— Ella sí, doctor. Ella removió la cascajera de arriba abajo, no vea qué afán. Que de la punta la Peña Aquilina a los lavaderos no dejó un canto en su sitio, como lo oye, que yo, ya ve qué plan, me tumbaba orilla un cobertizo, y a aguardar a que se cansara.

DR.— ¿Y encontró algo?

P. P.— Pero qué iba a encontrar, oiga, si no las había.

DR.— ¿Se disgustó la Candi por su fracaso?

P. P.— Mire usted, la Candi, para esas fechas, ya no estaba a lo que estaba, ¿entiende? O sea, andaba como rara, que las yerbas esas no podían hacerla bien.

DR.— ¿Qué yerbas?

P. P.— Las que fumaba, mire.

DR.— Pero ¿es que fumaba yerbas la Candi?

P. P.— Mediado el verano la dio por ahí, ya ve.

DR.— Pero ¿qué yerbas eran ésas?

P. P.— Pues unas yerbas silvestres, que se criaban donde los farallones de la Peña, ¿sabe?, entre las grietas, en el mismo mantillo. Pero no se piense que las descubrió ella. Esas yerbas, para que lo sepa, se usaban en mi pueblo desde tiempo, desde que yo era chaval, como remedio para el dolor de muelas, ¿entiende? Que la señora Dictrinia preparaba una cocción y nos hacía enjuagar la boca con ella, pero siempre nos advertía lo mismo: no lo tragues, majo, que te puede hacer mal, escupe. ¿Se da cuenta?

DR.— ¿Y cómo le dio a la Candi por fumarlas?

P. P.— Mire usted, la Candi, por mayor, ya conocía las propiedades de las yerbas esas. Pero, un día, subiendo a los farallones, agarró una brazada y allí en Prádanos, en la ventana la escuela, las puso a secar. Conque, una semana después, la vi que tiraba de papel y liaba un pito que no vea soltura, oiga, y yo, ¿qué fumas ahí?, que ella, de costumbre fumaba de negro, liado, ¿sabe?, que a días no la bastaba con dos paquetes. Bueno, conque me mira tal que así, y son las yerbas de la Peña, por probar, que yo, a ver si te hacen mal, y ella, a reír, no mires tanto por la vida, Pacífico, ¿se da cuenta? Y así empezó, a lo bobo, que a raíz de aquello, raro el día que no echaba un pito de ésos, en Prádanos, luego de enredar un rato.

DR.— ¿Y qué efectos le causaba? ¿Notaste en ella alguna alteración mientras fumaba las yerbas o al acabar el cigarrillo?

P. P.— Sí, claro, entiéndame, no es que brincase de alegría, ni que bailase en una pata, eso no. O sea, de primeras, se quedaba como amurriada, ¿entiende?, así como traspuesta. Pero, luego, se la ponían los ojos blancos y sonreía a tirones, ¿sabe?, tal cual los críos al soltar la teta, que inclusive se me hacía a mí que babeaba un poco. Y, en éstas, oiga, se tumbaba en la pradera y a restregarse las espaldas, y a reír, que yo, ¿qué es lo que ves, Candi?, y ella volvía los ojos, blancos, oiga, como emperezados, ¿entiende?, y no es por ver sino por dejar de ver por lo que lo hago, ya ve qué salida, que yo, ¿es que te ciegan las yerbas, Candi?, a ver, y ella volvía a sonreír a tirones, oiga, como amagos, ¿sabe?, y al cabo de un rato, no es que me cieguen, putito, dejo de ver lo que no me gusta ver, el sucio mundo, la basura, los carcamales, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Y no llegó a decirte lo que veía?

P. P.— Por mayor no acababa de explicarse, no señor.

DR.— ¿Fumaba esas yerbas con frecuencia?

P. P.— Mire, ya le digo, a raíz de eso, hasta que rompimos, yo no sé si lo dejaría algún día.

DR.— ¿No trató de iniciarte a ti en el vicio?

P. P.— Eso no, ya ve, no porfiaba. Tan sólo un día, por mayor, di dos chupadas a un pito. No se me olvida, oiga, fue la tarde que volvieron ellos.

DR.— ¿Quiénes volvieron, Pacífico?

P. P.— ¿No le digo? Ellos, los del pueblo, el vecindario.

DR.— ¿Que volvieron a Prádanos, a sus casas?

P. P.— Talmente, sí señor.

DR.— ¿Quieres decir que volvieron todos?

P. P.— Todos no sé, oiga, pero personal ya había. No vea las risas y chirigotas que se gastaban. ¡Menudas voces!

DR.— No entiendo nada, Pacífico, te lo aseguro.

P. P.— Pues no tiene mucho que entender, doctor. O sea, yo andaba tras la Candi, enredando, como de costumbre. Y orilla la plaza la atrapé, o sea, la cogí. Conque empezamos a arrullarnos y, en éstas, las ventanas, y las callejas, y las puertas, se llenaron de gente, ¿no? Y todos venga de parlotear y de reír, ¿se da cuenta ahora?

DR.— Pero ¿de dónde salieron? ¿No estaba el pueblo desierto cuando llegasteis?

P. P.— Cuando llegamos, sí señor, a ver, vacío, como siempre. Pero luego, no, que para mí que estaban aviándose, o sea, dentro de las casas.

DR.— ¿Aviándose?

P. P.— Qué hacer, doctor. Ellas, las mujeres, con las sayas negras y el pañuelo a la cabeza. Y ellos, o sea, los hombres, con las boinas y los trajes de pana y las camisas blancas, como de fiesta. Y luego los chavales, no vea, nos hicieron corro y nos tiraban buscapiés, menuda juerga se traían.

DR.— ¿A cuenta vuestra?

P. P.— A cuenta nuestra, natural, ya ve, la Candi en pelotas y un servidor en paños menores, ¿para qué querían más?

DR.— Pero ¿no verías visiones, Pacífico? ¿No sería todo efecto de las fumadas?

P. P.— Anda y qué tendrá que ver una cosa con la otra. A mí las fumadas me dejaron mal gusto de boca, para que lo sepa, pero ése es otro cantar. Y si

quiere que le diga más, en el balcón de Palacio, acodado en la baranda, estaba un señor de edad, bien presentado él, con la capa roja y negra apolillada, y perilla y bigote.

DR.— ¿Y qué hacía allí, qué decía?

P. P.— Mayormente bajaba y subía la cabeza, como diciendo, para entre él, lo que hay que aguantar. Y en la misma esquina, ¿sabe?, tal que así, donde la escalera de caracol, andaban los civiles, oiga, la pareja. Pero que ni hicieron por nosotros, ni nada. Lo único, se daban de codo y a reír, talmente como los demás.

DR.— En fin, Pacífico, si tú lo dices habrá que creerte. ¿Cuál fue tu reacción ante una cosa así? ¿Qué hiciste?

P. P.— Ya ve qué iba a hacer. La emprendí a correr y no paré hasta la fuente Peralta.

DR.— ¿Y la Candi?

P. P.— La Candi apareció luego, con la ropa, o sea, al cabo de media hora. Pero tan terne, no crea. Que lo que yo la dije, doctor, ni amarrado vuelvo a subir a este pueblo. Y ella a reír, ¿es que nos van a comer?

DR.— Y ella, la Candi, ¿había visto lo mismo que tú?

P. P.— Al detalle no lo sé, doctor, ni tampoco se lo pregunté. Pero si ella decía que no nos iban a comer, es porque había visto a alguien, ¿no?

DR.— No lo sé, Pacífico. No me parece una argumentación convincente. ¿Y es cierto que no volviste a subir a Prádanos?

P. P.— Desde esa tarde, no he vuelto a pisar el pueblo aquel, doctor.

DR.— ¿Qué hicisteis? ¿Dónde os veíais?

P. P.— Ya ve, dábamos paseos. Unas tardes a la Torca, otras a la Charca del páramo, según. Pero, por mayor, a la pobeda del Embustes, a la vera del río.

DR.— Estaba ya avanzado el verano, ¿no es cierto?

P. P.— A ver, oiga, como quien dice andábamos en septiembre. O sea, los árboles estaban cuajados de manzanas, que no vea aroma más rico. Daba gloria andar por el campo aquellos días, doctor.

DR.— ¿Y no se alteraron vuestras costumbres?

P. P.— ¿Cómo dice?

DR.— Que si hacíais la misma vida que antes.

P. P.— La misma, sí señor, por no variar.

DR.— Pero el río, las riberas del río, ¿no estaban más frecuentadas que Prádanos?

P. P.— Ande, eso a poco.

DR.— ¿Y no temíais que os sorprendieran?

P. P.— Mire, la Candi era muy determinada, ¿sabe? Y allí, en la pobeda, entre las mimbreras, al abrigaño se estaba tan ricamente.

DR.— Pero ¿no podía presentarse de improviso algún pescador, tu abuelo, por ejemplo?

P. P.— No señor, eso no. La veda de la trucha, para que lo sepa, empieza en mi pueblo por la Virgen de agosto. Y luego, el Embustes trae un agua muy recia y muy fría, así que, por mayor, tampoco es cangrejero. De modo que de eso, nada.

DR.— Y la Candi, ¿no hablaba de que había que marchar del pueblo?

P. P.— Ella siempre dijo que para octubre.

DR.— ¿Y seguía en la idea de irse contigo?

P. P.— Pues no sé qué le diga. Ella, por aquellos entonces, hablaba otra vez de la comunidad.

DR.— ¿Y no contaba contigo para eso?

P. P.— No señor, para la comunidad no contaba conmigo.

DR.— ¿No proyectabais un futuro común, un futuro para los dos?

P. P.— Mayormente, no señor. O sea, mientras la Candi no quedó preñada ni lo mentó.

DR.— ¿Y cuándo se enteró la Candi de que estaba encinta?

P. P.— Si no me recuerdo mal, doctor, una semana antes de ocurrir lo del Teotista. El tres de septiembre por más señas.

DR.— Y entonces, ¿qué dijo?

P. P.— De primeras quería estropear la criatura, el fruto, ¿entiende? O sea, que un hijo jodía todos sus planes y que si la señora Dictrinia sabía de eso.

DR.— ¿De prácticas abortivas?

P. P.— Eso, talmente, sí señor. O sea, de don Alfaro no se fiaba, que ella, la Candi, digo, decía de él que era un meapilas.

DR.— Luego cambió de parecer, ¿no es así?

P. P.— Al día siguiente, mire.

DR.— ¿Qué pensó entonces?

P. P.— Según me dijo, casarse conmigo y alumbrar la criatura.

DR.— Y tú, ¿qué respondiste?

P. P.— Que calma, a ver. Que me lo pensaría.

DR.— ¿Cómo lo encajó ella?

P. P.— Mal. ¡Como una loba, oiga! Me soltó dos moquetes y me puso la cara de arañones que no vea. Hecho un harnero me dejó.

DR.— Esto, según dices, era poco antes de ocurrir lo del Teotista, ¿verdad?

P. P.— Seis días antes, sí señor.

DR.— Puede saberse, Pacífico, por qué no aceptaste su proposición. ¿Es que te abrumaba la responsabilidad del hijo?

P. P.— Por la criatura, no señor, de qué. Pero estaba lo otro, oiga, o sea, lo de cabrón, compréndalo, que no era cosa de broma, que ella misma lo advertía.

DR.— Ya.

P. P.— Por lo demás, yo me pienso que cada quién ha de cargar con sus responsabilidades. Es de ley.

DR.— Está bien, Pacífico. Y dime, ¿no hay ningún otro aspecto de la Candi que te parezca relevante y que hayas omitido?

P. P.— Perdone, no le comprendo bien, doctor.

DR.— Digo que si hay algo más sobre la Candi que no hayas contado.

P. P.— Bueno, así, cosa de monta, yo me pienso que no, doctor. O sea, luego está lo de la visita, ¿no?, pero para entonces ya andaba yo en Góyar, que ya había ocurrido todo.

DR.— De eso hablaremos más tarde, Pacífico. Ahora únicamente quisiera saber si en esos días, en los últimos días sobre todo, una vez que la Candi decidió respetar a la criatura, no sucedió nada que autorice a pensar que ella quería presionarte para que aceptases la solución del matrimonio, ¿me comprendes?

P. P.— De sobras, oiga.

DR.— ¿Y no recuerdas nada?

P. P.— Al respecto, nada, no señor.

DR.— Está bien. Continúa.

P. P.— Bueno, vamos, o sea, una tarde, estando así, tal que usted y yo ahora, apareció el Teotista, eso ya lo sabe.

DR.— No te fíes de lo que sé, Pacífico. Ahora lo que deseo es que me cuentes todo, hasta lo que sé, con el mayor número de pormenores.

P. P.— Pues, eso, doctor, apareció el Teotista.

DR.— ¿Y dónde estabais vosotros?

P. P.— En la braña, tal que así, sentados en la hierba, como de costumbre.

DR.— ¿Desnudos?

P. P.— Bueno, ella, la Candi, digo, sí señor, desnuda andaba. En lo que a

un servidor respecta, tenía la elástica y los calzoncillos puestos.

DR.— Perdona la indiscreción, ¿qué hacíais en ese momento, Pacífico?

P. P.— Nada, oiga, como lo oye, o sea, estábamos sentados al sol tranquilamente, mondando piñones.

DR.— Piñones tostados, ¿no es así?

P. P.— Tostados, sí señor, de esos que tienen una raja por medio; que se abren con una navaja.

DR.— Es decir, que tú tenías la navaja en la mano.

P. P.— Sí señor, en la mano. Y la Candi, tal cual.

DR.— Una cosa, Pacífico, ¿te fijaste si la Candi se sorprendió al ver aparecer a su hermano?

P. P.— Natural, oiga, o sea, ella se tapó las tetas con un brazo, tal que así, y con la otra mano, bueno, ya sabe.

DR.— ¿Y no dijo nada? Por favor, Pacífico, trata de recordar exactamente sus palabras.

P. P.— Sí, señor. Ella fue y dijo, dice: ¿Qué pintas tú aquí, Teo? Eso dijo.

DR.— ¿Nada más?

P. P.— Que yo me recuerde, nada más, no señor.

DR.— ¿Y tú crees que su actitud de asombro era sincera, quiero decir que se sorprendió de verdad?

P. P.— A ver, doctor.

DR.— ¿Por qué sabes que no era todo una comedia?

P. P.— Ella, la Candi, digo, se tapó, oiga. ¡Ah, ya! Usted se malicia que la Candi y el Teotista, el Teotista y la Candi, andaban a la uva, ¿no es eso, doctor?

DR.— Mira, Pacífico. Lo que yo piense ahora carece de importancia. Lo fundamental es esclarecer la verdad. ¿Crees que la sorpresa de la Candi fue sincera?

P. P.— Yo me pienso que sí, doctor.

DR.— A otra cosa. Háblame ahora del Teotista. ¿Qué cara tenía cuando llegó?

P. P.— Bueno, vamos, o sea, alterado sí parecía.

DR.— Pero ¿verdaderamente furioso?

P. P.— Yo me pienso que sí, doctor, no era para menos.

DR.— Tú prescinde de la situación, Pacífico, y del carácter habitual del Teotista, te lo ruego, ¿estaba verdaderamente fuera de sí esa tarde?

P. P.— A saber, doctor, yo le diría que sí, pero se pone usted de unas formas.

DR.— ¿Y cómo apareció? ¿No sentisteis ruido?

P. P.— Ruido, no señor. Él entró en la braña a lo zorro, o sea, apartando con el palo unas salgueras. Y, entonces, le vimos.

DR.— ¿Así que llevaba un palo en la mano?

P. P.— Una garrocha, sí señor, o sea, tal que así, en la mano derecha.

DR. —¿Y qué dijo?

P. P.— De primeras, nada.

DR.— Es decir, que habló antes la Candi.

P. P.— Así es, sí señor, primero dijo la Candi: ¿Qué pintas tú aquí, Teo?

DR.— Y él, ¿qué respondió él? Pon mucho cuidado en recordarlo, Pacífico.

P. P.— Bueno, él dijo, el Teotista, digo, esto ya me lo tenía yo mamado, cacho zorra, liada con el sietemesino este del Humán. Eso dijo, ni más ni menos.

DR.— ¿Seguro que nada más?

P. P.— Nada más, no señor.

DR.— ¿No enarboló entonces la garrocha?

P. P.— No señor, a mayores nos miraba, primero a ella y luego a mí. Pero calló la boca.

DR.— ¿Y tú, qué hacías mientras?

P. P.— Ya ve, mondar piñones.

DR.— ¿Sin mirarle?

P. P.— Sí señor; le miraba y dejaba de mirarle. A ratos.

DR.— ¿Sentado en el suelo?

P. P.— A ver, tal como estaba, doctor.

DR.— ¿Y cuándo te incorporaste?

P. P.— Una vez que él, el Teotista, digo, se arrimó.

DR.— ¿A ti o a su hermana?

P. P.— A mí, o sea, a los dos, doctor, estábamos el uno orilla del otro.

DR.— Y una vez que tú te pusiste de pie, Pacífico, ¿no levantó el palo el Teotista con ánimo de golpearte?

P. P.— Ya está usted como el abogado, oiga.

DR.— Contesta, por favor, ¿lo levantó o no lo levantó?

P. P.— No señor, de qué. Él, el Teotista, digo, se quedó quieto parado, mirándome.

DR.— Y tú, ¿qué sentías tú en ese momento, Pacífico?

P. P.— Frío, ya ve. Con unas cosas y otras se había levantado el relente y yo había escondido la faja debajo de las mimbreras.

DR.— Está bien, dejemos eso aparte, Pacífico. En tu fuero interno ¿qué sentías? ¿Odio, cólera, confusión, vergüenza…? ¿Qué?

P. P.— Vergüenza, no señor, imagine. Después de cuatro meses yo estaba enseñado a andar en calzoncillos por el campo.

DR.— ¿Qué sentiste, entonces?

P. P.— Que yo sepa, nada, doctor.

DR.— Pero estarías ofuscado, digo yo.

P. P.— No señor, le digo a usted que no estaba ofuscado. Lo único, que echaba en falta la faja.

DR.— Está bien, de acuerdo. ¿Qué hiciste entonces?

P. P.— Pues conforme me puse de pies, tenía tal que así la navajilla en la mano derecha y le tiré un viaje, ¿se da cuenta?, al Teotista, digo.

DR.— ¿Qué hizo el Teotista ante tu agresión?

P. P.— No hizo nada, oiga, ni tiempo le dio. O sea, soltó la garrocha y se llevó las manos al vientre, natural, donde le había pinchado, y dijo: Me ha matado. Luego se cayó al suelo, hecho un gurruño, meneó un poco las piernas y se quedó quieto.

DR.— Atiende, Pacífico, ¿no era tu navaja un juguete, quiero decir un instrumento apropiado para abrir piñones y poco más?

P. P.— Ande, a ver, si no tendría ni cuatro dedos de hoja. Todo eran cachas.

DR.— ¿Y cómo te explicas entonces que bastase un solo golpe para matar a un muchacho fornido como era el Teotista?

P. P.— Mire, doctor, en estas cosas nunca se sabe. Es lo que yo digo, cuestión de suerte.

DR.— Pero al agredirle con una arma tan inocente, es evidente que tú no pretendías matarle. Esto es, el hecho de que muriese fue pura fatalidad. Es desproporcionado el daño con los medios puestos en juego, ¿no lo crees tú así?

P. P.— Puede que fuera así, doctor, si usted lo dice. Ahora, cuando yo le espeté, al Teotista, digo, yo iba a por él, doctor, las cosas como son.

DR.— ¿Y no sería el afán de deslumbrar a la Candi, de desquitarte de anteriores humillaciones, lo que te empujó al homicidio?

P. P.— Eso no, doctor. De la Candi yo sacaba lo que quería. No necesitaba más.

DR.— Pero, en cualquier caso, Pacífico, supongo que, tras tu pronto, te apresurarías a auxiliar al Teotista, ¿no?

P. P.— Está usted muy equivocado, doctor. Lo mío no fue un pronto, ya se lo dije así al abogado.

DR.— Como quieras llamarlo, Pacífico. ¿Auxiliaste o no auxiliaste al Teotista después de apuñalarle?

P. P.— ¿Yo?, no señor.

DR.— ¿Qué hiciste, entonces?

P. P.— Pues, mire, me recuerdo que aparté a la Candi, que me andaba zarandeando, voceando que le había matado, ¿se da cuenta?, cogí, me llegué donde las mimbreras y me puse tranquilamente la faja. Luego me vestí y me llegué al cuartelillo, donde el sargento Metodio, y se lo dije, o sea, le dije, sargento, he matado al Teotista, me doy preso, ¿comprende?

DR.— Comprendo, Pacífico, pero ¿es posible que te marcharas de allí sin mirar siquiera el cuerpo de tu víctima?

P. P.— Eso no, doctor, mirarle sí le miré, al Teotista, digo. La Candi le había aflojado el pantalón, ¿se da cuenta?, y en el vientre, conforme se mira a mano derecha, tenía un ojalito negro. Pero que ni sangraba ni nada, oiga.

DR.— ¿Y no hiciste entonces ademán de ayudar a la Candi?

P. P.— No, señor.

DR.— ¿Y ella qué hacía?

P. P.— Lloraba, doctor.

DR.— Lloraba, ¿eh?, ¿y no te acusaba?

P. P.— Sí y no, oiga, o sea, ella, la Candi, digo, decía, le has matado, Pacífico, ¿se da cuenta?

DR.— ¿No te dijo entonces putito, cabroncete, ni ninguno de esos apelativos que solía aplicarte?

P. P.— Entonces, no señor. Me dijo Pacífico a secas.

DR.— ¿A qué lo atribuyes?

P. P.— Yo tengo para mí, doctor, que lo de la barriga la cambió a la Candi de arriba abajo, ya ve.

DR.— ¿Quieres decir que hasta se olvidó de arreglar el mundo?

P. P.— Más o menos, doctor. ¡Si quería casarse!, ya se lo he dicho.

DR.— Está bien, Pacífico. Creo que hemos llegado a un punto en que necesitas más que nunca serenidad y claridad de juicio. Pienso, incluso, que este interrogatorio final ha sido apresurado y, en consecuencia, tus respuestas hay que ponerlas en tela de juicio. En fin, no se pueden hacer así las cosas. Vete a descansar y mañana continuaremos charlando. Hasta mañana, hijo.

DOCTOR.— Hola, Pacífico. Acomódate por ahí, anda. ¿Cómo te encuentras? ¿Sabes que en todo el día no he hecho otra cosa que darle vueltas a lo que me contaste anoche? No puedo remediarlo. Se me antoja todo muy extraño, hijo, la verdad. Yo quiero pensar que a última hora estabas fatigado, porque, por más que me esfuerzo, no me casan las piezas del rompecabezas. ¿Cómo es posible, por ejemplo, que tú, aquella vez que el Bisa te contó tan a lo vivo la historia de Galdamés, orinases sangre, y luego puedas matar a un hombre en frío, sin sentir un estremecimiento? No es admisible, Pacífico, compréndelo. El hecho de que orinases sangre revela un fuerte *shock*, y este *shock* responde a un temperamento hipersensible. Sin embargo, tú insistes en que mataste al Teotista porque sí, sin otra razón. Es decir, él no te provocó, no te amenazó, incluso después de apuñalarlo, no le prestaste auxilio. Yo no puedo digerir esto, hijo. Quiero pensar que anoche estabas cansado, respondías sin reflexionar o, por las razones que fueran, me ocultaste parte de la verdad. Vamos a ver, Pacífico, y, por favor, no contestes a la ligera, ¿es cierto que cuando tú agrediste al Teotista, él no te había provocado?

P. P.— Es cierto, sí señor.

DR.— ¿Estarías dispuesto a jurarlo?

P. P.— Como la luz bendita, oiga, que no le engaño.

DR.— Escúchame, Pacífico y ten en cuenta que esta pregunta es sumamente delicada: tu novia te había dicho en Prádanos una vez que si el Teotista os encontraba en la forma que os encontró, sería capaz de matarte. Esto es cierto, ¿verdad? Bueno, ¿puedes tú afirmar categóricamente que en el momento de agredirle, no operó en ti, aunque fuera en el subconsciente, el temor de esta amenaza?

P. P.— Si quiere que le diga la verdad, doctor, para entonces ni me recordaba que el Teotista me hubiese jurado la vida.

DR.— Bien, pero al margen de tu cerebro, ¿no pudo operar ahí un automatismo de defensa?

P. P.— Qué sé yo. No entiendo de eso, oiga.

DR.— Pero ¿qué sentiste al pinchar al Teotista?

P. P.— Que era fácil, mire.

DR.— ¿Nada más?

P. P.— Bueno y que era blando. Más blando de lo que yo me imaginaba, doctor.

DR.— Ya estamos en las mismas, Pacífico. ¿Cómo voy yo a creer que al matar a un hombre todo lo que se te ocurre pensar es que es fácil y blando?

P. P.— Ande, yo no le obligo. Puede usted pensar lo que guste, mire. Yo sólo le digo cómo fue.

DR.— Pero, entiéndeme. Yo quisiera saber cómo te entró en la cabeza la idea de matarle.

P. P.— Bueno, oiga, bien mirado, yo tampoco dije que me entrara en la cabeza. O sea, yo lo hice, eso sí, sin que me costara trabajo, ¿entiende?

DR.— Pues, no, no lo entiendo, Pacífico. No entiendo que porque sí se hiera a un semejante. No entiendo que después de herirle no se le preste ayuda. Y lo entiendo menos en tu caso, un ser enfermizamente sensible, que vomita porque dispara contra un perro o le duelen los dedos cuando ve podar un árbol.

P. P.— Eso no, oiga. Para entonces, el que olivasen los árboles o no me traía sin cuidado. Lo otro fue de chaval.

DR.— Una cosa, Pacífico. Aunque no le echases una mano, algún arrepentimiento sí sentirías luego, ¿verdad?

P. P.— A mayores, ninguno, no señor.

DR.— ¿Tan rematadamente malo te parecía el Teotista?

P. P.— Hombre, como dañino sí era dañino el Teotista, a qué vamos a negarlo. Pero eso no hace al caso, oiga. O sea, talmente me hubiera pasado con otro.

DR.— Y, al presentarte en el cuartel y confesar tu crimen al sargento Metodio, ¿tampoco lamentaste el hecho?

P. P.— Tampoco, no señor.

DR.— ¿Supone eso que en ningún momento sentiste conciencia de pecado?

P. P.— Pues, no señor. No la sentí, ésta es la pura verdad.

DR.— Pero ¿cómo te explicas que unas semanas antes la sintieras por tus excesos carnales y no la experimentaras después de matar a un hombre?

P. P.— Ve ahí, doctor. Las cosas.

DR.— Escucha, Pacífico, ¿no es el «no matarás» un precepto del Decálogo lo mismo que el «no fornicarás»?

P. P.— A decir verdad, sí señor, lleva usted razón.

DR.— Pues entonces.

P. P.— Son dos cosas aparte, mire.

DR.— ¿Cómo aparte?

P. P.— Se pone usted como el abogado, oiga, igual de testarrón. A mayores, uno tiene que decir que se asustó, que le ayudó y que se arrepintió, aunque no sea cierto.

DR.— No es eso, Pacífico. No me enredes. En tu conducta hay hechos que no concuerdan. Mejor dicho, que se dan de cachetes. Esto es lo que me gustaría aclarar. Por eso quiero que me digas la verdad.

P. P.— Eso hago, oiga, pero usted se sube a la parra.

DR.— Discúlpame, Pacífico, si me excito. A veces me obstino en que mis deseos se ajusten a la realidad y si no es así me desazono, ¿comprendes? Pero no hay mala intención en ello. Me crees, ¿verdad?

P. P.— Si usted lo dice.

DR.— Bien, vamos a concretar: tú te presentaste al sargento y le confesaste tu crimen. ¿Qué sucedió después?

P. P.— Bueno, de primeras, el sargento Metodio lo echó a barato, o sea, no se lo creía.

DR.— ¿Tenía buen concepto de ti?

P. P.— Eso por un lado, oiga. Luego estaba lo de Padre y los abuelos, amigaba bien con ellos.

DR.— ¿Y cómo se convenció de que era cierto?

P. P.— De que yo porfié, ¿se da cuenta? Así que porfié mandó una pareja al río y encontraron el cadáver. Y a la tarde, o sea, esa misma noche, subió don Lucio, el forense de Quintana, y le autopsió. Al Teotista, digo.

DR.— ¿Qué dijo el forense?

P. P.— Pues que sí, que había muerto de la navajada, o sea que yo le había matado. ¡Ya ve usted qué novedad!

DR.— ¿Y te encerraron entonces?

P. P.— Por mayor, el sargento Metodio demoró unas horas. O sea, hasta la madrugada no me puso a disposición judicial. Que el caso era que el Bisa, el Abue, Padre y todos los de casa pudieran despedirse, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Allí, en el cuartelillo?

P. P.— A ver, oiga, en el cuartelillo.

DR.— ¿Y fueron?

P. P.— Qué hacer, no van a ir. Pero de uno en uno, ¿entiende?, que eso lo puso el sargento por condición.

DR.— ¿Y quién llegó primero?

P. P.— El Bisa, ya ve.

DR.— ¿Iba afectado el Bisa?

P. P.— ¿Afectado dice? Quia, no señor. El Bisa parecía contento.

DR.— ¿Contento?

P. P.— Contento iba, sí señor.

DR.— ¿Y por qué razón?

P. P.— Mire, la razón pregúntesela a él.

DR.— Pero ¿qué te dijo?

P. P.— Pues mire, de primeras, me dijo que así aprenderían los del Otero, ¿entiende? Luego que, por los síntomas, lo mío iba a ser también la bayoneta. Que según decía esto se puso a reír y a bailar la silla, que allí le vería, oiga. ¡Como un niño!

DR.— ¿Y el Abue? Cuenta, ¿qué te dijo el Abue?

P. P.— Que mal, bueno, o sea, que bien, ¿entiende? Pero que debía haber aguardado a que abriesen la veda.

DR.— ¿La veda?

P. P.— La veda, sí señor. O sea, que el matar hombres como el matar jabalíes había que hacerlo a su tiempo. Que uno mata un jabalí en enero y le dan un premio, pero le mata en julio y lo mismo pena por ello, ¿comprende? Pues con los hombres, parejo. Uno los mata en la guerra y una medalla, pero los mata en la paz y una temporada a la sombra.

DR.— ¿Quién más fue a verte?

P. P.— Todos, doctor, o sea, los de casa. El sargento sólo permitía familia, ¿sabe?

DR.— ¿La Candi, no?

P. P.— Ella, no señor.

DR.— ¿Ni te mandó una carta ni nada?

P. P.— Nada, oiga. En lo que no me trasladaron a Góyar, no supe de ella. De la Candi, digo.

DR.— ¿Y tu padre? ¿Cuál fue la reacción de tu padre?

P. P.— Padre, por mayor, andaba cachifollado. Por el gallinero más que otra cosa, ¿entiende? O sea, él, Padre, digo, me dijo que volviera pronto, que el negocio quedaba desamparado y que estas cosas necesitan el ojo del amo.

DR.— ¿No te habló del Emigdio?

P. P.— Qué hacer, sí señor. Inclusive me dijo que andaba metido en unos cruces de perdigones con gallinas de Guinea, ¿sabe? Pero no crea usted que Padre era de los que se entusiasmaba mucho con esas cosas, o sea, con los inventos.

DR.— ¿No te habló de pagarte un abogado?

P. P.— No señor, eso ni lo mentó.

DR.— ¿No aludió para nada a tu defensa?

P. P.— Para nada, doctor. El único que miró por mí sobre ese particular fue mi tío Paco.

DR.— ¿Qué es lo que te dijo tu tío?

P. P.— Pues eso, oiga, que contara con él para lo del abogado.

DR.— ¿Aceptaste tú?

P. P.— Mire, yo ya le anticipé que no se molestara, pero él que no era molestia eso, que era de ley, ¿entiende? Luego fue cuando me salió con lo otro.

DR.— ¿Qué era lo otro?

P. P.— Pues lo de siempre, oiga, que no me preocupase, que de ahí no podía pasar. Que según me lo dijo se me vino a las mientes lo de la cachava, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Qué cachava, Pacífico?

P. P.— ¡Otra!, ¿qué cachava va a ser? Pues la suya, la de mi tío Paco, ¿no? La que me enredaba entre las piernas cuando yo era chaval. ¿Es que no se recuerda?

DR.— No sé, hijo. No veo la relación entre una cosa y otra.

P. P.— ¿Que no la ve? Está más claro que el agua, oiga. Que de ahí no podía pasar, o sea, que eso era lo último. El colmo, como quien dice.

DR.— Pero ¿la cárcel?

P. P.— La cárcel, a ver.

DR.— ¿Sugería tu tío que ya no podías caer más bajo?

P. P.— Tal cual, doctor.

DR.— ¿Y estaba contento por ello? ¿Crees tú que sufría al verte en situación semejante?

P. P.— Bueno, o sea, cara de viernes sí tenía el hombre.

DR.— Pero vamos a cuentas, Pacífico; si tu tío decía que habías llegado a lo más bajo, querría decir, imagino yo, que habías caído en la abyección, en lo peor, ¿no es cierto?

P. P.— Pues, no señor. Yo me pienso que no iba por ahí. Ya ve lo que son las cosas.

DR.— ¿Y en qué te fundas?

P. P.— Mire, conforme mi tío Paco me dijo en el cuartelillo, de ahí no puedes pasar, yo la cogí al vuelo, ¿entiende? O sea, me fui a lo de la cachava, lo que me hacía de chaval.

DR.— ¿Y cómo lo interpretabas? ¿Qué es lo que entendías tú?

P. P.— Pues eso, oiga, que ya no podía hacerme más daño.

DR.— ¿Qué quieres decir con eso de que ya no podías hacerte más daño?

P. P.— A ver si me explico, oiga. O sea, la talegada, como quien dice, ya no había quien me la quitase, ¿entiende? Ya me la había pegado. Bueno, pues, entonces, a vivir, ya estaba.

DR.— Lo siento. Mi interpretación me parece más correcta.

P. P.— Mire que es usted testarrón, oiga. Lo que es no querer entender las cosas. Mi tío Paco, para que se entere, quería decir que ya podía quedarme tranquilo.

DR.— ¿En la cárcel?

P. P.— En la cárcel, talmente, eso mismo, de ahí no podía pasar.

DR.— Pero, bueno, esto no dejan de ser suposiciones tuyas, Pacífico.

P. P.— Que no señor, que lo dijo bien claro. O sea, así que me dijo, mi tío Paco, digo, de ahí no puedes pasar, yo le pregunté: ¿Aunque el Bisa disponga otra cosa? y él, aunque el Bisa disponga otra cosa. Que yo, ¿aunque la Candi vaya tras mío?, y él, aunque la Candi vaya tras tuyo. Que yo, ¿aunque haya una cantea con los del Otero?, y él, aunque haya una cantea con los del Otero. Que yo, ¿aunque llegue mi guerra, tío?, y él, con toda la flema: Así llegue tu guerra, Pacífico, de ahí no puedes pasar. Ya ve, más claro, agua.

DR.— Pero era una filosofía extraña la de tu tío, ¿no?

P. P.— Extraña, ¿a santo de qué?

DR.— Tú me dirás, Pacífico. Por esa regla de tres, la cárcel era la libertad.

P. P.— Más o menos, eso es lo que él me vino a decir, oiga.

DR.— ¿Te dijo él que la cárcel era la libertad?

P. P.— Pues algo parecido a eso.

DR.— Concreta. ¿Qué es lo que te dijo, Pacífico?

P. P.— A mayores no me recuerdo bien, doctor.

DR.— Pero, según esa teoría, ¿para qué te pagaba un abogado?

P. P.— Para que me hicieran justicia, oiga.

DR.— De acuerdo con sus ideas tanto daba que te hicieran justicia como que no, ¿no?

P. P.— No señor. Para él la justicia era lo primero, doctor. Lo que pasa es que él no creía en la justicia.

DR.— ¿No creía en la justicia y te pagaba un abogado?

P. P.— No me líe, doctor. Él me dijo una vez en la Torca, mi tío Paco, digo, que prefería morir antes que juzgar a un hombre; así me lo dijo.

DR.— Pero alguien tiene que hacerlo, hijo, ¿no lo comprendes?

P. P.— Por eso el tío me pagaba un abogado, oiga.

DR.— Está bien, Pacífico, tú ganas. Tampoco creo que estos bizantinismos vayan a llevarnos a ninguna parte. Vamos a dejarlo. Al concluir las despedidas, ¿qué hizo contigo el sargento Metodio?

P. P.— Me empaquetó, mire. Y a la mañana me mandó con dos números a la ciudad, donde el señor juez de instrucción. Y de ahí me pasaron a la Provincial.

DR.— ¿Qué impresión te hizo ver caer el rastrillo detrás de ti?

P. P.— Bien, oiga, o sea, me dije para entre mí: ya puedes vivir tranquilo, Pacífico.

DR.— ¿Te dio sensación de seguridad el rastrillo?

P. P.— Talmente, sí señor.

DR.— ¿No pensaste en los tuyos? Hay penados que dicen que entrar en la cárcel es lo mismo que ahogarse, es decir, en un minuto pasa por la cabeza todo lo que uno ha vivido. ¿No te sucedió algo parecido?

P. P.— A mayores, no señor. Recordarme de ellos, de los míos, digo, eso sí. Pero lo otro, no señor.

DR.— ¿Los recordabas con pena?

P. P.— Bueno, vamos, o sea, yo me recuerdo que me dije para entre mí, ahí os quedáis, ¿comprende? Nada más.

DR.— Pero ¿dijiste «ahí os quedáis» contento de no quedarte tú?

P. P.— Tal cual, sí señor, así fue.

DR.— Si en ese momento te hubieran dicho: Pacífico, hala, puedes regresar al pueblo, ¿hubieras vuelto con gusto?

P. P.— No, señor.

DR.— ¿Por miedo, quizás?

P. P.— Por miedo, talmente, sí señor.

DR.— Pero ¿no eran más peligrosos los tipos que encontraste dentro, en la prisión quiero decir, que los que había fuera?

P. P.— Ni por pienso, doctor. A mayores, un poco ignorantes, pero malos no eran, de ninguna manera, los del penal, digo.

DR.— Bien. Cuéntame de tu primera experiencia carcelaria.

P. P.— Ande, ¿y qué le voy a contar?

DR.— Pues eso, lo que hacías, con quién te relacionabas, cómo se desarrolló el juicio, esas cosas.

P. P.— Mire, de primeras me metieron en una celda. O sea, según se va, tal que así, a mano izquierda, orilla el centro de vigilancia. Allí me tiré dos semanas.

DR.— ¿Solo?

P. P.— De primeras, solo, sí señor, aunque podía haber otro, que luego vino.

DR.— ¿Metieron otro recluso en tu celda?

P. P.— Qué hacer, a los tres días. Un chico rubio, fino él, ¿sabe? Me recuerdo que se llamaba Bernardo, pero los otros, los del patio, le decían Pocholo. Y, a ver, tantas horas juntos, acabamos platicando.

DR.— ¿Y de qué hablabais, Pacífico?

P. P.— El Bernardo me enseñaba, ¿entiende? O sea, por un ejemplo, los mandos que los sacaba por los rombos del uniforme. Tres rombos, el director; dos, el subdirector, y uno, el jefe de servicio, ¿se da cuenta? Y con los oficiales, tal cual, sólo que en ángulos. Y luego, la corneta, los toques, digo, que si diana, que si fagina, que si paseo, que si retreta. Esas cosas, ya sabe. O sea me enseñaba, que bien mirado, yo andaba allí como un chivo en un garaje.

DR.— Te fue útil la amistad con Bernardo, vamos.

P. P.— Qué hacer, sí señor. O sea, el Bernardo fue el que me dijo al salir de jueces la primera vez: No gastes fuelle con los abogados, tanto da. El fiscal te pedirá diez, el abogado, uno y, a fin de cuentas, el juez te pondrá cinco. Así son las cosas. Da lo mismo que hables o que no hables.

DR.— ¿Y resultó así?

P. P.— Más o menos, doctor.

DR.— ¿Y por qué penaba el Bernardo ese?

P. P.— Eso sí que no lo sé, oiga. A su decir, le habían enchiquerado por error.

DR.— Ya. ¿Y estuvisteis mucho tiempo juntos?

P. P.— Por mayor, ocho o diez días, ya ve. Pero a última hora terminamos regañando.

DR.— ¿Por qué razón regañasteis?

P. P.— ¿Y qué quiere usted que le diga, doctor? El Bernardo ese me resultó de los de la acera de enfrente, un marimarica, ¿entiende? O sea, una noche me salió con que tenía frío, que me metiera con él en la cama, y en vista de que no, él brincó a la mía. Total, que como yo no quería chivarme al boqueras,

terminé echándome del petate abajo, ¿oye?, y allí de pies, de espaldas a la pared, me pasé la noche, hasta que sonó la diana, que, al final, no podía ni con mi alma. Esto era lo peor de la trena, oiga, la mariconería, que se comprende, a ver, hombres solos. Pero, mire, lo que yo le digo, si el Pocholo ese da con el Patita, en lugar de conmigo, otro gallo le cantara, eso fijo.

DR.— ¿Quién era el Patita?

P. P.— Uno de Góyar; un compañero de sala.

DR.— Bueno, no corras tanto, Pacífico. Vayamos por partes. Háblame del abogado. ¿Cómo enfocó tu caso? ¿Cuándo se presentó a verte?

P. P.— Día más, día menos, a la semana de mi ingreso. Que me recuerdo la primera vez, oiga, el boqueras, ¡Pacífico Pérez, a jueces!, que yo de nuevas, a ver, que ni sabía de qué iba, natural. Conque el boqueras me abrió la puerta y me acompañó al locutorio. Y allí, del otro lado de la reja, andaba el abogado, no vea qué cacho ejemplar, alto como un varal, un poco así, cargado de espaldas, y unos lentes como los míos. Y tan pronto me vio, oiga, me hizo sentar, muy atento, eso sí, pero, luego, no vea, lo que él decía iba a misa y no se le ocurriera a usted contrariarle.

DR.— ¿Qué quieres decir?

P. P.— Pues eso, oiga, que él armó las cosas a su gusto, así tenían que ser. O sea, el Teotista era un criminal que me había provocado porque no quería que hablase con su hermana, ¿comprende? De modo que andaba tras mío con una garrocha por todas partes. Y conforme dio conmigo, yo anduve más listo y le gané por la mano, que en lo que él, el Teotista digo, levantaba la garrocha yo le rajé con la navaja de los piñones, o sea, me adelanté…

DR.— ¿Y no hiciste constar…?

P. P.— Aguarde, claro que quería hacer constar, pero no se piense usted que me dejaba. Que era abrir la boca y «escucha, tú», ¿entiende?, siempre el mismo registro, que parecía que era él y no yo el que había espetado al Teotista. Para que se entere, él ya la había urdido, la historia, digo, y quería que yo me la aprendiese de memoria para soltarla tal cual en la Audiencia, delante de los jueces.

DR.— ¿Y en qué basó tu defensa?

P. P.— ¿No le digo? El Teotista no era gustoso de que hablase con la Candi. De forma que me había jurado la vida y andaba buscándome para darme con un palo detrás de las orejas. Así que, a su decir, la Candi y yo teníamos que vernos a escondidas por causa suya. Pero una tarde nos pilló amartelados orilla del río y me faltó delante de ella, ¿entiende?, me dijo sietemesino. Y yo, entonces, le rogué que se diera a razones, pero él, el

Teotista, la emprendió con ella y la puso de puta para arriba y que Dios Padre me perdone. O sea, que, al decir del abogado, yo intenté apaciguar al Teotista, pero de que enarboló la estaca, yo vi que iba por mí, ¿se da cuenta?, y entonces me ofusqué, perdí la cabeza y le rajé. O sea, legítima defensa mía y de mi novia, ¿entiende?, y que a la misma vista del arma, la Sala, que así le decía él, el abogado, digo, a los jueces, podía comprobar que yo no había tratado de hacer un daño tan grandísimo como el que hice. O sea, que si le maté, al Teotista, digo, fue por casualidad, ¿comprende? Que yo le quería decir que no, que no era así, pero él ni caso, oiga, el abogado, digo, «escucha tú», no había manera, sólo lo suyo.

DR.— ¿Qué ocurrió en el juicio, Pacífico?

P. P.— Mire, de primeras, o sea, de mañana, el boqueras ya me advirtió que me pusiera buena ropa, ¿comprende? Y a las nueve menos cinco en punto me recogió una pareja y me llevó allá, me sentaron en un tajuelo y a aguardar. Y conforme aparecieron los jueces y el presidente voceó: ¡Audiencia pública!, empezó a entrar personal y se puso aquello de bote en bote, que no cabía un alfiler, oiga, que sólo los del pueblo llenaban cantidad.

DR.— ¿Cómo te sentías en ese momento, Pacífico? ¿Estabas tranquilo?

P. P.— Tranquilo, sí señor, mire.

DR.— ¿Y cómo se desarrollaron las cosas?

P. P.— Bueno, vamos, o sea, de principio, el Presidente muy atento, que cuál era mi nombre, y cuáles mis apellidos, y si había estado procesado alguna vez, ya sabe.

DR.— ¿Y el ministerio fiscal?

P. P.— ¡Ande, que ésa es otra! O sea, el señor ése que usted dice empezó a hacerme preguntas, ¿entiende?, pero de que le vi la intención, candé el pico. ¡Ya ve usted qué hubiera adelantado llevándole la contraria!

DR.— Pero ¿cuál era la posición del ministerio fiscal?

P. P.— Mire usted, entre lo que dijo y lo que dejó de decir, lo que se pensaba aquel señor es que yo al Teotista le había jurado la vida, ¿entiende?, y que lo de los piñones me lo inventé para tener la navaja siempre a mano y poder montarme la coartada. Que yo era un zascandil, un vago sin oficio ni beneficio y que había actuado con abuso de confianza y alevosía.

DR.— ¿Te lo dijo así?

P. P.— Más o menos, así lo dijo, sí señor.

DR.— Te pondrías nervioso.

P. P.— ¿Nervioso? ¿A cuento de qué iba a ponerme nervioso?

DR.— Dime, ¿y el abogado? ¿Cuál fue la intervención del abogado?

P. P.— Ya ve usted. La misma pero a su cuento.

DR.— ¿Qué quieres decir con eso de «a su cuento»?

P. P.— Bueno, o sea, me preguntaba para que yo dijera sí o no, ¿comprende?, tal como a él le convenía.

DR.— ¿Y qué hiciste tú?

P. P.— La contraria, a ver. Decir «no» donde él quería que dijera «sí» y viceversa.

DR.— Pero de ese modo le desbaratarías la defensa, ¿no?

P. P.— A ver, eso dijo él, el abogado, digo.

DR.— ¿Y el Presidente?

P. P.— Mire, de que el abogado se renegó y empezó a alborotar los papeles, parece como que le picó la curiosidad al hombre, y que me dejase hablar, que hasta se llevó una mano a la oreja y todo para oírme mejor.

DR.— ¿Y qué dijiste tú?

P. P.— La verdad, oiga. O sea, que ni el señor cojo que había hablado de principio, ni el otro, el alto, el de los lentes, o sea, el abogado, llevaban razón. Bueno, pues no quiera saber el alboroto que se armó por tan poco, que el Presidente no daba abasto a sonar la esquila.

DR.— Y una vez que se restableció el orden, lo echaste todo rodar, ¿no es eso?

P. P.— ¿A rodar? De qué, no señor. Lo que pasa es que ellos enzarzaron, el abogado y el cojo, quiero decir, que el uno voceaba que si yo había confesado no había nada que oponer, y el otro, que nones, que se suspendiera el juicio y que examen pericial médico, que lo que yo había hecho oponiéndome a la defensa demostraba de sobras que yo estaba de la chaveta.

DR.— ¿Accedió la Sala a interrumpir el juicio?

P. P.— Qué hacer, sí señor, muy atentos, que sí.

DR.— ¿Y al examen médico?

P. P.— También, sí señor.

DR.— ¿Y cómo te fue?

P. P.— Mire, no me puedo quejar. O sea, nombraron dos peritos, ¿comprende?, el doctor Raimundo Peñuelas y don Luis María Cárdenas, pero al doctor Peñuelas casi no lo vi el pelo, andaba muy escachado el hombre.

DR.— ¿Enfermo?

P. P.— Bueno, delicado, ya me entiende.

DR.— ¿Y el doctor Cárdenas?

P. P.— Ése, no señor. Don Luis María lo tomó muy a pecho, que ni a sol ni a sombra me dejaba. Él a toda costa quería demostrar que yo estaba chalado. Por mi bien, ¿comprende?, no es que le culpe, que su intención era buena, pero hasta cuando yo me reía o me quitaba un rato los lentes, él untaba. Que, a su decir, por una cosa de ésas se puede saber, ya ve.

DR.— ¿Si estás perturbado?

P. P.— Eso decía él.

DR.— Bueno, ése es un dato; el examen fisonómico es un dato. Pero las conclusiones se sacan del conjunto de todos datos. Te harían muchas preguntas, ¿no es cierto?

P. P.— Mire, por preguntar no quedaría. Don Luis María me preguntó hasta por la madre que me parió.

DR.— La herencia es un factor considerable, Pacífico. ¿No te hicieron también contar tu vida?

P. P.— Eso lo primero, oiga.

DR.— ¿Y fuiste sincero?

P. P.— A ver.

DR.— ¿Le contaste al perito que te acordabas del día que naciste?

P. P.— Eso, no señor.

DR.— ¿Por qué lo omitiste?

P. P.— No se lo hubiera creído, oiga. Nadie se lo cree. ¿Para qué iba a perder el tiempo?

DR.— Muy mal, Pacífico. ¿Le dijiste que cuando veías podar un árbol te dolían, hasta no poderlo resistir, los dedos de la mano?

P. P.— No señor. Eso tampoco.

DR.— ¿Y que a veces sentías llorar a la higuera en el corral?

P. P.— De eso, nada, doctor. O sea, yo me maliciaba que si mentaba esas cosas, don Luis María acabaría diciendo que estaba chalado.

DR.— ¡Pues de eso se trataba, Pacífico! ¿Qué clase de sinceridad es la tuya que omites todo lo que pueda dar sentido al informe?

P. P.— No se altere, oiga. Yo sabía que no estaba chalado y…

DR.— Tú no puedes saber si estás loco o no estás loco.

P. P.— ¿Es cierto eso, doctor? ¿Puedo yo estar chalado sin saberlo?

DR.— Escucha, Pacífico. Desde el momento en que el Tribunal decide someterte a dictamen médico, tú, moralmente, no puedes decidir esto cuento y esto callo. Debes contar todo lo que recuerdes a fin de facilitar un diagnóstico preciso, ¿me comprendes?

P. P.— A eso voy, oiga. Si yo a don Luis María no le dije ciertas cosas, fue al objeto de no dar lugar a un equívoco.

DR.— Pero, entiéndeme, Pacífico. Es él, el propio don Luis María, quien a la vista de los datos que le suministres debe determinar tu estado, no tú. Pero para eso necesita tener a mano los resultados de todas sus pesquisas. Ahora, si tú le niegas tu concurso, u omites algo, le desorientas y las conclusiones no son válidas, ¿me comprendes? ¿Por qué me miras así? ¿Qué te pasa?

P. P.— Mire usted, si algo siento es el haber hablado de más ahora.

DR.— No es eso, Pacífico. No tiene por qué pesarte. Yo te he dicho que sin tu consentimiento no diré una palabra y lo cumpliré. Puedes estar tranquilo. Yo no te engaño.

P. P.— Pero ¿de veras se piensa usted, doctor, que yo esté chalado?

DR.— Escucha, Pacífico: una inestabilidad emocional, provocada por lo que sea, no significa que estés chalado. En el mundo hay millones de desequilibrados psíquicos adaptados a la vida diaria.

P. P.— Pero yo no estoy chalado, doctor, se lo juro por mi madre.

DR.— Naturalmente que no, Pacífico. ¿Digo yo lo contrario?

P. P.— Se lo piensa y basta.

DR.— ¿Quién te dice que yo piense que estás perturbado?

P. P.— Bueno, vamos, o sea, usted se piensa que si yo le cuento a don Luis María lo que le he contado a usted, él hubiera dicho que yo estaba chalado.

DR.— Yo no he dicho tal cosa, Pacífico. Únicamente digo que en un peritaje médico no debe haber reticencias.

P. P.— Mire, doctor, si yo suelto el mirlo entonces, me hubieran dicho que estaba chalado. Y usted sabe como yo que eso no es cierto.

DR.— ¿Y quién me dice a mí, Pacífico, que, siendo como eres, un hombre aparentemente controlado, no padeces anomalías de la personalidad, o alucinaciones, o ideas delirantes, o cualquier otro padecimiento que atenúe o anule tu responsabilidad?

P. P.— Se lo digo yo y basta.

DR.— En tal caso no hay más que hablar, Pacífico. Eres muy testarudo. Esas anomalías frecuentemente se presentan embozadas, de forma que el paciente es el último en enterarse. Pongo por caso, ¿no te preguntó el doctor si oías voces de personas extrañas o desconocidas?

P. P.— Qué hacer, sí señor. Claro que me lo preguntó.

DR.— ¿Te das cuenta?

P. P.— Ahora que me recuerdo, me preguntaba cosas chuscas don Luis María, oiga. ¿Qué dirá que me dijo un día?

DR.— ¿Qué?

P. P.— Que si me costaba orinar delante de gente, ya ve.

DR.— ¿De qué te ríes, Pacífico? ¿Qué le dijiste?

P. P.— Ya ve qué le voy a decir. Que si estaban muy orilla mía, o sea, mirando, que sí, a ver, que no salía. ¡Ande, que buena juerga nos trajimos a cuenta de eso!

DR.— ¿Y puedes decirme, Pacífico, qué es lo que más le interesó de todo lo que le contaste?

P. P.— Lo de la abuela Benetilde, oiga. O sea, él quería saber si en la familia había más casos.

DR.— ¿De suicidas?

P. P.— De suicidas, sí señor.

DR.— ¿Le dijiste lo de la corona?

P. P.— No señor. Por mayor, la corona ni la menté.

DR.— ¿Y que tu bisabuelo os hizo fusilar a un perro y dirigía la instrucción todas las mañanas?

P. P.— Eso, sí señor.

DR.— ¿Y no le chocó?

P. P.— De primeras, según se lo dije, ya lo creo. Pero de que le conté que en el Humán decían que el Bisa ya no cumplía los cien, lo echó a barato.

DR.— ¿Lo echó a barato?

P. P.— Bueno, ya me entiende. Que debilidad senil.

DR.— Ya.

P. P.— Los viejos, más o menos, por un ejemplo, están todos trascordados. Eso vino a decir, ¿sabe?

DR.— Ya. En resumidas cuentas que el informe fue negativo: No estabas perturbado.

P. P.— No lo estaba; no señor.

DR.— ¿Y cómo te enteraste?

P. P.— Por un propio, ¿entiende? O sea, una mañana me llamaron a jueces, y un mandado me dijo que no, que la Sala no se había tragado lo de loco. Y que, por tanto, volverían a juzgarme.

DR.— ¿Y qué?

P. P.— Bien, ya ve. Todo fue como la primera vez, lo único con menos personal, que de todo se cansa uno, oiga.

DR.— ¿Apoyaste esta vez al abogado?

P. P.— ¿A cuento de qué había de apoyarle? Yo dije mí verdad, ¿entiende? Pero no se piense que él porfió mucho. O sea, luego del desengaño, tampoco crea que puso empeño.

DR.— Y te cayeron doce años y un día, ¿no es eso?

P. P.— Talmente, sí señor. Doce años y un día.

DR.— ¿No se te vino el mundo abajo al oírlo?

P. P.— ¡A santo de qué! No señor.

DR.— Está bien. ¿Dónde empezaste a cumplir?

P. P.— Allí mismo, en la Provincial, pero la idea era llevarme a un penal luego, ¿comprende?

DR.— Y al penal, ¿llegaron a trasladarte?

P. P.— No llegaron, no señor. Antes vino lo del vómito.

DR.— ¿Cómo fue?

P. P.— La cosa más tonta, oiga. O sea, una noche, según me metí en el petate, que ni náuseas ni nada, me vino así, la arcada, digo, y luego otra, y lo puse todo perdido. Pero en un momento, oiga.

DR.— Y era sangre, ¿verdad?

P. P.— Sangre era, sí señor, que menudo brinco pegó el boqueras al verlo.

DR.— ¿Y otra vez al médico?

P. P.— Natural, ya ve. De primeras al de la cárcel, pero que no. Y a la mañana, agarramos un coche y al hospital.

DR.— ¿Un coche? Te gustaría ir en coche, ¿eh, Pacífico?

P. P.— Pues no lo crea, oiga; se me iba la cabeza.

DR.— ¿Y quién te acompañaba? ¿No sentiste deseos de escapar?

P. P.— ¡Qué cosas tiene! ¿Dónde iba a ir que más valiera?

DR.— ¡Qué sé yo! Al pueblo.

P. P.— Ande, pues sí que pintaba yo mucho en el pueblo.

DR.— Quien dice al pueblo dice a otro sitio, Pacífico, caramba. Lo que quiero saber es si sentiste deseos de largarte, de recuperar la libertad.

P. P.— Pero ¿qué libertad, doctor?

DR.— ¡Qué libertad va a ser, hombre! La de las personas que veías por la calle; la de los seres normales.

P. P.— ¿Y de veras se cree usted, oiga, que ésos tenían más libertad que yo?

DR.— Está bien, Pacífico, tú ganas. Así que fuiste al hospital, ¿qué te dijo el médico?

P. P.— Bueno, me tomó la calentura, me miró el pecho, me echó los rayos, de todo. Conque, al acabar, cogió y me mandó donde otro.

DR.— ¿Para hacerte análisis?

P. P.— Tal cual, sí señor. Que me sacaron sangre y me hicieron escupir y orinar en un tubo. Que no salía, oiga, que no se lo creerá pero tuvieron que soltar el grifo y dejarme solo.

DR.— Resumiendo, Pacífico, después de estas exploraciones te declararon enfermo, ¿no es así?

P. P.— A ver, del pecho. Dijeron que estaba del pecho. O sea, el médico mandó razón al director y el boqueras me lo dijo, o sea me dijo que me llevarían a un Sanatorio Penitenciario. Y así es cómo fui a dar en Góyar.

DR.— Desde tu ingreso en la Provincial hasta tu traslado al Sanatorio, ¿qué tiempo transcurrió?

P. P.— Mire, eso no tiene pierde, doctor. Yo maté al Teotista un nueve de septiembre, ¿no? Pues el diez por la noche, andaba ya en la Provincial. Y tal día como el diecisiete de agosto del año siguiente salía para Góyar. Así que eche cuentas.

DR.— Y durante todo ese tiempo, ¿sostuviste correspondencia con los tuyos? ¿Recibiste cartas de tu pueblo?

P. P.— Por mayor, una de don Prócoro y otra de la señora Dictrinia. Por ellos me enteré de que la Corina y el Emigdio se habían leído y de que yo había sido padre, ya ve.

DR.— ¿Es que de tu casa no te escribían?

P. P.— Mire usted, es más fácil que se venga abajo el pueblo entero que el Bisa o Padre, por un ejemplo, agarren una pluma. Y no es que sean analfabetos, no señor, que no les da por ahí.

DR.— ¿Tampoco fueron a verte?

P. P.— Tampoco, no señor. Fuera aparte de mi tío Paco, que estuvo una vez.

DR.— ¿Te gustaría, no es verdad?

P. P.— Hombre, siempre se agradece.

DR.— ¿Y qué te contó?

P. P.— Pues mire, me recuerdo que me dijo que mi futuro cuñado, o sea, el Emigdio, había dado en ponerles lentes a las gallinas.

DR.— ¿Lentes?

P. P.— Como lo oye, así me dijo. Y que le pintaba bien y que Padre estaba contento. Y también me dijo, que esto ya lo sabía yo por la señora Dictrinia, que la Candi había dado a luz un chaval y le había puesto Pacífico, ya ve.

DR.— ¿Qué impresión te hizo saberte padre?

P. P.— Bien, ¿se da cuenta?, natural. Que como hacía nueve meses que lo estaba aguardando, tampoco se piense que fue una cosa del otro jueves.

DR.— ¿Y la Candi? ¿Es que no fue a verte la Candi?

P. P.— Mientras no pasé a Góyar, no señor. Una vez en Góyar, sí, una tarde me llamaron al locutorio y era ella, la Candi, digo, con la criatura, como debe ser.

DR.— ¿Qué edad tendría tu hijo entonces?

P. P.— Cabalmente cinco meses para seis, doctor. Pero ya decía papá, no crea, y se mamaba el fole.

DR.— ¿Hablaba tu hijo a los cinco meses, Pacífico?

P. P.— Aguarde, oiga, no vaya tan aprisa. El chaval no decía más que papá; eso sí, todo el tiempo, que no paraba.

DR.— Le habría enseñado ella.

P. P.— Se conoce.

DR.— Hablando con sinceridad, Pacífico, ¿no te emocionaste?

P. P.— A mayores, no señor. A mí, doctor, la verdad por delante, no se me quitaba del pensamiento lo de cabrón. Que yo llevaba lo de cabrón, y que Dios Padre me perdone, clavado así, en la sesera, ¿me comprende?

DR.— Pero ¿cómo estaba ella? ¿No la encontraste cambiada?

P. P.— Cambiada, ya lo creo, como más fuerte. Que en viéndola con el chaval colgado de la teta no parecía ella, la de Prádanos, digo.

DR.— Me refería más bien al interior, Pacífico. ¿Qué te decía? ¿De qué hablaba?

P. P.— Bueno, se puede usted imaginar, con la criatura a vueltas, de las mamadas, de que hacía esto y lo otro, ya sabe. Que el señor Bebel, el padre de ella, que a raíz de lo del Teotista la quiso moler los huesos, ahora, con la criatura en casa, andaba que no sabía dónde ponerla.

DR.— ¿Y de sus planes? ¿No te habló de sus planes?

P. P.— ¿Del casorio, dice? Qué hacer, oiga. Me dijo de casarnos en la misma cárcel, que lo que yo la dije: La criatura no merece un padre preso.

DR.— ¿Qué te contestó ella?

P. P.— Que más valía tener un padre preso que no tenerlo. Y puede que llevara razón, no digo que no. Pero, oiga, es que lo de cabrón no podía sacármelo de la cabeza, se lo digo como lo siento.

DR.— La dijiste que no, entonces.

P. P.— Más o menos, oiga. O sea, que aguardara, que me lo pensaría.

DR.— ¿Y qué dijo ella?

P. P.— Pues eso, ya ve qué iba a decir, que si doce años y un día. Que lo que yo le dije, que hay mil maneras de atar la burra y dejarla suelta.

DR.— ¿Aceptó la Candi?

P. P.— A decir verdad, acabó con las lágrimas.

DR.— ¿Lloró?

P. P.— Y de qué maneras, oiga, menudo hipo.

DR.— ¿Y no te enterneciste?

P. P.— Si se refiere a que la dijera que bueno, a la boda, digo, no señor.

DR.— ¿Ni la criatura te ablandó? ¿Qué sentías cuando el niño decía papá?

P. P.— Por mayor, pena, ya ve.

DR.— ¿Y por qué razón sentías pena?

P. P.— De siempre me dieron pena los niños de pecho, doctor, a saber por qué. Cuánto más el mío, ya ve, en la situación que yo andaba.

DR.— ¿Qué más te dijo la Candi?

P. P.— Pues no me recuerdo bien, doctor. Lo único que me llevó unos chorizos y unos bollos de los de casa.

DR.— Y del Bisa y del Abue, ¿no te dijo nada?

P. P.— Que estaban buenos y que el Emigdio vivía ahora con ellos, o sea, en la casa. ¡Ah, sí! Ahora que me recuerdo, también me dijo que se le habían muerto las gallinas a mi cuñado, que yo la dije: ¿las de los lentes?, y ella, ¿a qué ton las de los lentes?, todas, se conoce que ha sido la peste.

DR.— ¿Así que no llegaste a ninguna conclusión con ella?

P. P.— Que aguardaríamos, nada más.

DR.— Está bien. Andábamos con lo de tu traslado a Góyar. ¿Quién te condujo allá?

P. P.— Una pareja.

DR.— ¿Por carretera?

P. P.— No señor, por ferrocarril.

DR.— ¿Qué impresión te produjo el nuevo domicilio?

P. P.— Bien, mire. O sea, con eso de que andábamos del pecho, parece como que había otra consideración. Que a mí, de primeras, me pusieron en una sala con otros cuatro, todos bacilíferos, ¿sabe? Y como el penal, o sea, el sanatorio, era un castillo, la sala era como redonda, de la forma del cubo, y los petates, todo alrededor. Conque desde allí, casi veíamos el cielo, ¿entiende?, que no había más que un ventano enrejado a dos metros del suelo. Pero por las tardes, desde la galería, podíamos mirar el pueblo a capricho, y la sierra, que, al decir de los compañeros, detrás quedaba Madrid. O sea, que, por mayor, no andábamos de queja.

DR.— ¿Te gustó más que la Provincial?

P. P.— Eso a poco, doctor. Por lo menos estábamos en el campo, mire, que a días, si salía el norte, inclusive se sentían las esquilas del ganado.

DR.— ¿Te acomodaste pronto?

P. P.— Pronto, qué hacer, era una vida tranquila, ¿comprende? Que la tarde que ingresé, con lo del plante de los retretes, pensé para entre mí, menudo avispero, pero no.

DR.— ¿Qué fue eso del plante de los retretes, Pacífico?

P. P.— La casualidad, ya ve. O sea, el día de mi ingreso andaban cabreados, los reclusos, digo, con las comidas, ¿sabe? Y empezaron arriba y abajo con las tapas de los váteres, que menudo estruendo, oiga, que más parecía aquello una chatarrería. Y el oficial y los boqueras de un lado a otro, que ni sabían dónde acudir. Y allá vería a don Avelino, calma, muchachos, calma, pero que nada, oiga, tal como si les hablara a las mismísimas piedras.

DR.— ¿Les decía «muchachos» el oficial a los reclusos?

P. P.— Talmente, oiga. No vea hombre más considerado ni más prudente que el don Avelino ese. Y no piense que fuese un canene, que era un hombrón como un castillo, pero las gastaba así.

DR.— ¿Y eran frecuentes esas algaradas?

P. P.— Que no señor. La casualidad, ya ve. Ingresar y tropezar con él, el plante, digo. La casualidad.

DR.— ¿Y te llevaron inmediatamente a la celda?

P. P.— Bueno, bien mirado, allí contaban por salas, doctor. La mía era la de San José.

DR.— ¿Te metieron en la Sala de San José, entonces?

P. P.— Talmente, sí señor. El mismo don Avelino me llevó allí. Y una vez en la sala hizo las presentaciones, con don Santiago, ¿se da cuenta?, que en el penal le decían todos don Santiago, el único que llevaba don, que los otros

eran Patita, el Capullo y el Buque. Y a un servidor le decían Seminarista, que todavía no sé quién me bautizó, ya ve. Pero desde el primer día, ¿eh?

DR.— ¿Y qué te dijo don Santiago?

P. P.— Pues mire usted, así, de primeras, me dio los parabienes y, al cabo, se puso de plática con don Avelino. Por lo del plante, ¿entiende? O sea, don Avelino le pidió que terciase, o sea, que les hablara a los reclusos. Y que si lo hacía, él, don Avelino, digo, se interesaría por el rancho, y que era mejor así, porque si las cosas iban más arriba, se les caería el pelo a todos empezando por los reclusos. Y viéndoles así, platicar, cualquiera diría que don Santiago era el jefe, oiga, que no vea qué aplomo. Que a la legua se veía que era de gente bien, doctor, no vea qué presencia, que yo, la verdad, verle y recordarme de mi tío Paco fue todo uno.

DR.— ¿Por la autoridad?

P. P.— Tal cual, oiga, por el aplomo, que don Avelino le pedía que terciase como a un igual, o sea, un superior. Y don Santiago no se achicaba, no señor, que luego de mucho porfiar, que sí, que bueno, que les hablaría, pero que las comidas eran una vergüenza y aquello tenía que cambiar. Conque don Avelino que conforme, que lo dejase de su mano, que él respondía, ¿entiende?, pero que por mantener el principio de autoridad encerraría unos días en la celda de castigo al Capullo y a un tal Morris, de la Sala de San Vicente, o sea, los más alborotadores, que yo pensaba, para entre mí, don Santiago va a decirle que nones, pero sólo dijo, Capullo, ve con él, ¿se da cuenta?, sin más, que el otro, el Capullo, digo, ni rechistó, agarró el portante y se largó con el boqueras.

DR.— Y al marchar don Avelino, ¿te habló don Santiago?

P. P.— No señor. Se tumbó en el petate y se puso a leer un libro, lo mismo que si estuviera solo.

DR.— Tú ¿qué hiciste?

P. P.— Ya ve qué podía hacer. Me quedé allí quieto parado, sentado en el petate, hasta que se me arrimó el Buque.

DR.— ¿Quién era el Buque?

P. P.— Otro de la sala; uno que tenía un ojo tal que así, un poco revirado y a ratos se le quedaba blanco.

DR.— ¿Qué te dijo?

P. P.— Me preguntó si había visto una carroza a la puerta.

DR.— ¿Una carroza?

P. P.— Ya ve, manías. Pero yo, de primeras, que no, que no había ninguna carroza a la puerta, ¿entiende? Y él, que allí tenía que andar. Que no quiera saber, la echamos larga. Hasta que me enteré que el Buque decía carrozas a los entierros. O sea, para que se entere, en el patio, orilla la enfermería, estaba el depósito, y como allí, en el penal, digo, andábamos todos del pecho, raro era el día sin defunciones. Que, por las tardes, según estábamos así en la galería, llegaba a lo mejor el carro negro y pasábamos el rato viendo sacar al muerto y con los ayes de los familiares, ¿se da cuenta? Pero el Buque, dale, que era su carroza y que le aguardaba a él, todas las tardes la misma copla, que ya, en fuerza de oírselo, nadie se molestaba en llevarle la contraria. Por eso a mí, de que llegué, que si había una carroza a la puerta, imagine, que yo, de nuevas, a ver, ¿de qué?, y él dale, toda la santa tarde, oiga, que era muy testarrón y muy ignorante el Buque ese, el más ignorante de la sala, dónde va, que ¿qué dirá usted que se le alcanzó una noche?

DR.— ¿Qué, Pacífico?

P. P.— Que quién era San José, por la sala, dese cuenta. Que yo: El padre de Cristo fue, para que callase la boca, natural. Pero él la cogió modorra: ¿Es Dios San José? Y así todo el rato, oiga, que en la vida he visto un tipo más ignorante que el Buque, se lo juro.

DR.— Y ese Buque ¿tenía alguna relación con don Santiago?

P. P.— Ande, quien más, quien menos, todos los de la sala teníamos relación con don Santiago.

DR.— ¿En qué sentido?

P. P.— Bueno, le servíamos.

DR.— ¿Y qué clase de servicios le prestabais?

P. P.— Pues hoy una cosa y mañana otra, de todo, doctor. Por un decir, desde cepillarle el tabardo y lavarle la ropa hasta hacerle de taxi.

DR.— ¿De taxi?

P. P.— De taxi, sí señor. Para bajarle al patio o sacarle a la galería, natural. O sea, a esa hora, uno, el que fuese, cualquiera, se llegaba donde él y le decía: Hay taxi, don Santiago. Y él lo cogía o no lo cogía, conforme le cuadrara.

DR.— Pero ¿cómo lo cogía? ¿Qué taxi podía coger en el penal?

P. P.— Aguarde, doctor, allí le decíamos taxi a las costillas, para que lo sepa. O sea, bajábamos a don Santiago a cuestas, como a los chicos. Él decía, don Santiago, digo, que estaba muy enfermo y no podía fatigarse, ¿comprende? Y unas veces nos daba un duro por el servicio y otras no nos daba nada, según.

DR.— Pero ¿hacíais eso por miedo?

P. P.— Que no señor, gustosos de servirle.

DR.— ¿Puede saberse qué clase de ser era ese don Santiago?

P. P.— Ya le digo que don Santiago era un hombre con autoridad. Que el mismo Vegas, el boqueras, reconocía que era un hombre competente, ya ve.

DR.— Háblame de él, Pacífico.

P. P.— ¿Del Vegas?

DR.— De don Santiago, hombre. ¿Por qué estaba allí?

P. P.— Andaba también del pecho.

DR.— Digo preso. ¿Por qué delito estaba encerrado?

P. P.— Mire, don Santiago tenía cuartos, o sea más de treinta millones en Inglaterra. Que al decir de radio petate, don Santiago hizo una estafa y se largó al extranjero a darse la vida padre. Pero un día van y le dicen que iban a condenar a otro por esa estafa, o sea, a un inocente, justos por pecadores como suele decirse. Y entonces don Santiago, de que se enteró, agarró un avión y a Madrid: El autor de esa estafa soy yo, dicen que dijo. Y el juez, de primeras, los cuartos, vengan, que él, don Santiago, digo, eso sí que no, ¿se da cuenta? O sea, él dejó bien guardados los cuartos y si vino es para que no penase por él un inocente.

DR.— Esa historia no se la cree un niño, Pacífico.

P. P.— Mire, por mí… yo no digo nada, pero de aquí ya tenía, desde luego.

DR.— ¿Y en qué notabais que tenía «de aquí»? ¿En que pagaba un duro por el taxi?

P. P.— No señor, eso es lo de menos. Pero a don Santiago, para empezar, le servían las comidas de un bar del pueblo, un camarero vestido de blanco, un día sí y otro también. ¿Cree usted que eso no cuesta?

DR.— ¿Pues no organizó él el plante de los retretes? ¿Qué le iba a don Santiago que dieran buen rancho o mal rancho?

P. P.— ¡Qué ideas tiene usted, doctor! Por humanidad, a ver, ni más ni menos. Por humanidad.

DR.— ¿Y cabalgaba también por humanidad a lomos de sus compañeros enfermos?

P. P.— Mire, doctor, no trabuque las cosas. Él, don Santiago, digo, andaba muy cogido, pero que muy. O sea, tosía todo el tiempo. Que el día que se encontraba mejor, bien que despachaba el taxi, no hacía falta decírselo. Don Santiago tenía corazón, se lo digo yo. O sea, miraba por los demás. Y en la galería y en el patio, no vea, don Santiago por aquí, don Santiago por allá. El

no parar, oiga. Todo dios a pedirle consejo. Que era ingeniero, no se piense que fuese un cualquiera.

DR.— Y con el director y los mandos, ¿se llevaba bien?

P. P.— Qué hacer, alternaba.

DR.— ¿Qué quieres decir con eso de que alternaba?

P. P.— Bueno, vamos, o sea, le guardaban consideración, ¿entiende? Que para bajar a tomar un café donde el director o la jefatura de servicios, no crea que necesitaba de recomendaciones. Ya se sabe, doctor, el dinero es muy amable.

DR.— ¿Recibía don Santiago muchas visitas?

P. P.— Sí señor, a menudo, de una mujer.

DR.— ¿Por qué sabes que era una mujer?

P. P.— Ande, algunos la vieron. Por ejemplo, el Capullo. Además, no hacía falta verla, que conforme volvía a la sala, olía a perfume que tiraba para atrás. Don Santiago, digo.

DR.— ¿Y se veían en el locutorio?

P. P.— No señor, no. En el taller, orilla del economato, de la parte de atrás, a solas.

DR.— Está bien, Pacífico. Y en el trato ordinario ¿había alguna diferencia entre el que recibía don Santiago y el que recibíais los demás?

P. P.— A mayores, no señor. La disciplina era la disciplina, ¿comprende? O sea, un horario igual para todos. Lo único, el tapiz, la luz, ya sabe, esas cosillas.

DR.— ¿A qué cosillas te refieres, Pacífico?

P. P.— Bueno, ya me entiende, alguna ventaja había de tener. O sea, por un ejemplo, el petate de don Santiago no era un petate, ¿entiende?; era una cama completa, con su cabecera y sus pieceras. Y por cima de ella tenía un tapiz rojo, con flores y pájaros, que, al decir de Patita, se lo trajo la mujer. Y luego, orilla el petate, el pie de cama, la mesita de noche y una luz para leer. No le faltaba detalle, no señor, o sea, se puede decir que a todo confort.

DR.— Y vosotros, ¿no teníais tapices?

P. P.— ¿De qué, doctor? Las piedras y las escurriduras de la humedad, eso teníamos.

DR.— Pero estaríais todos juntos, ¿no?

P. P.— Natural, oiga. Pero como la cama de don Santiago quedaba promediada, o sea, en el medio, con los tapices y eso parecíamos Dios y todos los santos.

DR.— ¿Y qué clase de libros leía don Santiago?

P. P.— Mire, de todo. Mayormente tampoco se piense que reparé en ello.

DR.— ¿De dónde los sacaba?

P. P.— Ande, unos de la biblioteca y otros, la mujer. Luego don Santiago los donaba para la prisión. Y el maestro decía, éste vale y éste no vale, según. O sea, él decía sí o no, lo que podíamos leer, digo.

DR.— Otra cosa. ¿Cómo caíste entre tus compañeros, Pacífico?

P. P.— Bien, ya sabe usted lo que son estas cosas. O sea, la primera noche, el Buque me puso una rata en la cama, la quintada, natural, que bichos de esos había allí cantidad. Y a la otra noche, me metió para dentro las patas del petate y, conforme me tumbé, me caí de morros. La costumbre, ¿entiende? Pero mayormente yo no tenía queja de los compañeros.

DR.— Cuenta, ¿qué vida hacías allí?

P. P.— ¿Qué quiere que le diga? Ordenada, ya ve. O sea, los bacilíferos llevábamos trato especial. Que, por un ejemplo, si a usted no le petaba, inclusive no se levantaba para comer. Rebajados de servicio, ¿comprende? En cuanto a lo de formar, lo único a la retreta, a la noche, para el recuento por salas. Por lo demás, entrábamos y salíamos, y por las tardes, a la galería, al sol, la gloria bendita.

DR.— ¿Quieres decir que no os cerraban la sala?

P. P.— Por las noches, sí señor, qué hacer, trancaban, natural. Pero por el día, ya ve, con aquellos cacho muros, ¿dónde íbamos a ir? Que es lo que yo me digo, oiga, que los antiguos, o sea, los que hicieron aquel castillo ya podían dormir tranquilos, ya. Que las paredes aquellas si no medían tres metros, de gruesas, digo, no medían ninguno. Así que a ver, entrar y salir a capricho. Y si llovía, pues por los corredores, ya se sabía. Y si levantaba, al patio, a echar un partido.

DR.— Pero a ti lo que más te agradaba era el reposo de la galería, según dices.

P. P.— Por sabido, ande. A mí y a todos.

DR.— ¿Y qué es lo que hacíais allí?

P. P.— Por mayor, mirar y platicar.

DR.— Pero, mirar ¿qué?, Pacífico.

P. P.— Ande, pues a los del pueblo, afanando. ¡Menudo mirador teníamos! O sea, la tarde que no había defunción, pues a la plaza, a los rebaños, o las pinadas, o las cervigueras. No crea usted que faltaban sitios donde mirar, no.

DR.— ¿Y nunca sentiste envidia, Pacífico, de ver a la gente trajinando por las calles del pueblo?

P. P.— A decir verdad, no señor, al contrario. Cada vez que les echaba la vista encima, me decía para entre mí: De buena te has librado, Pacífico.

DR.— ¿Pensabas en tu bisabuelo cuando decías eso?

P. P.— Bueno, oiga, en el Bisa, y en el Abue, y en mi guerra, y en los del Otero, y en la Candi, y en Padre, y en todo Cristo pensaba, ¿no comprende?

DR.— Fuera del penal ¿te sentías amenazado, entonces?

P. P.— Pues no había de sentirme, natural.

DR.— ¿Te encontrabas más seguro dentro?

P. P.— Qué hacer, doctor, ni comparar.

DR.— ¿Es que no te parecían más peligrosos el Buque, el Capullo y toda esa ralea que te rodeaba?

P. P.— ¡Quia, no señor, ni por asomo!

DR.— ¿Piensas, tal vez, que eran unas víctimas?

P. P.— Talmente, sí señor, eso pienso.

DR.— ¿Don Santiago, incluso?

P. P.— Bueno, ése era harina de otro costal.

DR.— ¿Qué idea tienes acerca de don Santiago?

P. P.— Bueno, don Santiago jugó con la baraja que le enseñaron, doctor. No tenía otra, ¿entiende?

DR.— Y cuando veías los pinos, y las laderas y la gente yendo y viniendo, ¿no te acordabas de tu pueblo?

P. P.— Qué hacer si no recordarme, sí señor. Me recordaba del Crestón, y del Hibernizo, y de la Torca y del Embustes. Que me quedaba, es un decir, mirando para los robles de la cerviguera y me pensaba que andaba en mi pueblo y era talmente como si estuviera allá, ¿comprende?, pero talmente. Y otra tarde me decía, por un ejemplo, hoy voy a subir donde aquella peña. Y con la imaginación, pues eso, subía. Que me agarraba una trocha y dale que le das hasta llegar arriba. Sin nadie que me incomodase, ¿entiende? O sea, yo me paraba aquí o allá, con la imaginación, claro, a echar un trago, o a descabezar una siesta, o a escuchar las esquilas de las vacas, o a lo que fuera gustoso, tanto daba. Conque entre subir y bajar, doctor, demoraba dos o tres horas, que algunas tardes se me hacían las tantas. Y, al cabo, a la noche, a ver, tan despernado como si hubiera hecho el viaje de verdad, ¿se da cuenta? Que me tumbaba en el petate, me arrebujaba en la manta y a dormir tan ricamente.

Y es lo que yo digo, doctor, lo que uno imagine es, mayormente, como si lo viviera. O sea, que es tontuna afanarse.

DR.— ¿Así que en el penal dormías a gusto?

P. P.— Como un leño, oiga.

DR.— ¿No extrañabas la presencia de tus compañeros?

P. P.— Pues, no señor. Pero nada de nada, ¿eh? Que dicen que el Buque roncaba y don Santiago tosía sin dejarlo. Pues yo, ni enterarme. Lo único, Patita.

DR.— ¿Qué le ocurría al Patita?

P. P.— La murga que si se dormía o dejaba de dormirse.

DR.— Pero ¿qué era eso?

P. P.— Manías, ya ve. Cosas de la edad. Que lo mismo daba en decir que quería saber cuándo se hacía noche, que cuándo se quedaba dormido.

DR.— ¿Es que no distinguía el día de la noche?

P. P.— No es por ahí, no señor. O sea, para que me entienda, conforme se ponía el sol, Patita ya empezaba: de día, de día, de día… En la galería, ¿se da cuenta? Y, de golpe, o sea, en un momento, decía, de noche, ya es de noche, ¿cuándo se ha hecho de noche? Todas las tardes la misma copla.

DR.— ¿Quieres decir que Patita quería separar el instante en que el día da paso a las tinieblas?

P. P.— Talmente, así era, sí señor.

DR.— Pero eso no es posible.

P. P.— Eso me pensaba yo, doctor. Pero una tarde, va y me dice: Seminarista, ya sé cuándo el día se hace noche. Que yo: ¿Sí?, por seguirle la corriente, a ver. Y él, sí, que yo, ¿cuándo?, y él, así que prenden las luces de la enfermería, ¿se da cuenta? O sea, para que me comprenda, según prendían abajo, el patio se ponía más negro, ¿no?, natural. Bueno, pues él para qué quería más, Patita, digo, don Santiago, ya sé cuándo se hace noche, ya sólo me falta saber cuándo me quedo dormido, voceaba.

DR.— ¿Es decir, que el Patita quería separar también la vigilia del sueño?

P. P.— Bueno, él quería darse cuenta del momento en que se dormía. No sé si me explico.

DR.— En una palabra, darse cuenta de que ya no se daba cuenta.

P. P.— Más o menos, doctor.

DR.— ¡Menudo problema!

P. P.— Calcule.

DR.— ¿Y qué hacía?

P. P.— Ya ve, despertarnos a todos, que, por un ejemplo, a la medianoche, voceaba: ¡Por un poco! Que don Santiago, ¿ocurre algo, Patita? Y Patita, ya estaba casi, don Santiago, pero me he despertado. Y allí vería al Capullo, ¿no puedes callar la boca, tú?, que era muy nervioso el Capullo, oiga, que en todo el día hacía otra cosa que chascarse los huesos de los dedos, ¿sabe? Y, al decir de Patita, de la celda volvió peor.

DR.— ¿De la celda de castigo?

P. P.— De la celda, sí señor. Cuando aquello de lo del plante.

DR.— ¿Tan mala era?

P. P.— No es eso, oiga. Lo que pasa es que se tiró trece días encerrado con un muerto.

DR.— ¿Con un muerto?

P. P.— Un muerto, a ver, el Morris, de la Sala de San Vicente. O sea, al decir del propio Capullo, el Morris las dobló a los dos días de encerrarle, que le vino el pujo y se quedó. Pero el Capullo candó el pico.

DR.— ¿Quieres decir que estuvo dos semanas en la celda junto al cadáver sin decir nada?

P. P.— Así es, sí señor.

DR.— Pero ¿con qué objeto hizo eso?

P. P.— Ande, para comer ración doble.

DR.— ¿Era escasa la comida, Pacífico?

P. P.— Mire, sobre ese particular yo no soy voto, doctor. Yo me conformo con lo que me echen. Desde chaval fui de poco comer, la verdad, que hay que ver el calvario que pasó mi difunta madre a cuenta de eso.

DR.— Pero ¿y los otros?

P. P.— Por lo que respecta a don Santiago no había problema, ya lo sabe. O sea, le subían la comida del pueblo. Pero el Capullo sí era muy hambrón, doctor. A cada rato andaba en la parada para ver lo que caía. Muy goloso era, sí señor.

DR.— ¿En la parada?

P. P.— De taxi, quiero decir.

DR.— ¡Ah, ya!

P. P.— Y cada vez que caía una propina, a él le faltaba tiempo para ir donde el economato a mercarse un paquete de galletas o una libra de chocolate. El caso era llenar la andorga, como yo digo.

DR.— ¿Y qué pensaba el Capullo? ¿Hablabais alguna vez de vuestro pasado?

P. P.— Ande, natural, muchas veces. Allí encerrados ya ve de qué íbamos a hablar.

DR.— ¿Y por qué condenaron al Capullo, Pacífico?

P. P.— Por asesinato, ya ve.

DR.— ¿Te importa contarme el caso?

P. P.— No señor, ¿por qué había de importarme? Pero le participo que la culpa fue de la Isabelita.

DR.— ¿Qué Isabelita?

P. P.— La novia de él, o sea, la querida; del Capullo, digo.

DR.— ¿Es que tenía una novia?

P. P.— Aguarde. Él estaba liado con una viuda que le decían la Isabelita, ¿entiende?

DR.— Ya.

P. P.— Bueno, pues, en éstas, el Capullo se puso de aquí, del pecho, ¿comprende?, y le mandaron a un sanatorio de pobres. Nueve meses, no se piense que dos ni tres. Así que cuando regresó, se la encontró con otro, casada por la Iglesia, la Isabelita, digo, un peón caminero de la parte de Lugo.

DR.— ¿Y no se conformó?

P. P.— Natural, doctor, menudo era. Él quería a la Isabelita, que sólo de mentarla se le caían las lágrimas, que no es aquello de hablar por hablar.

DR.— Está bien. Sigue.

P. P.— Pues eso, volvió y se la encontró casada con el caminero. Que lo que él decía, el Capullo, digo, que él no tenía nada contra el caminero, lo único que le había birlado a la Isabelita. Conque, conforme regresó, se fue donde ella y se lo propuso. Pero ella, la Isabelita, que nones, que ella era una mujer honrada y que lo pasado, pasado. Entonces, el Capullo porfió, y ella, la Isabelita, que se largase, que él, el caminero, o sea, su marido, ¿entiende?, era muy celoso y andaría al caer. Que era mejor que no les encontrara juntos porque, de lo contrario, no respondía, ¿se da cuenta?

DR.— Y no se fue.

P. P.— Un momento. Se fue, qué hacer, el Capullo, digo. Pero entonces dio en pensar en la manera de conquistar a la Isabelita, o sea la llevaba bollos y golosinas, que dice que por aquellos años se pasaba mucha hambre, pero que nada, la Isabelita, por lo que fuese, que yo en eso no me meto, ya no estaba por él. Y lo que pasa, doctor, el Capullo se puso medio loco, a ver, con los desdenes, que, bien mirado, oiga, tenía derecho, que él había sido primero, pero el caminero andaba por medio, y no había nada que hacer.

DR.— Y entonces decidió suprimirlo.

P. P.— Tal cual, doctor, le juró la vida. O sea, dio en imaginar la mejor manera de despacharle, ¿entiende? Que dice que por aquellos entonces, el Miguel, o sea, el caminero, andaba en la ribera cavando hoyas para una plantación. Así que, de vísperas, el Capullo se llegó a la ribera con el alba, sólo por ver si las hoyas estaban hechas, que él, de primeras, ya se pensó en enterrarle en una de ellas. O sea, que, como suele decirse, había cavado su sepultura, el caminero, digo. Así que, ese mismo día, según cayó el sol, el Capullo agarró la bici, un saco, dos cuerdas, una horca y un pañolón de esos de liar ropa y le aguardó orilla un molino abandonado, ¿sabe?, en el camino de regreso. Que dice que cuando le sintió venir cantando, tan ajeno, al caminero, digo, se le puso como un postillón arriba del pecho, que ni respirar le dejaba. Y un comezón por las manos que no vea. Así que el Capullo salió al camino con la horca y, conforme pasaba el otro, le voceó, ¡para! Que el caminero, a ver, paró, por no atropellarle, ¿sabe? Y según tenía agarrado así el manillar y un pie en el suelo, fue el Capullo y le arrimó una mano de palos detrás de las orejas hasta que le dejó privado. Que, entonces, a su decir, le arrastró tras el molino, ¿se da cuenta? y luego quitó de allí la bici por si venía alguien, natural. Pero como vio que el otro, o sea, el caminero, todavía rebullía, agarró la horca y se la hincó en el pescuezo lo menos diez veces, como si fuera un acerico, oiga. Todo por la Isabelita, hágase cuenta.

DR.— Sigue, hijo, sigue.

P. P.— Bueno, conque, a su decir, como todavía había luz, el Capullo fue y escondió al muerto en una pila de leña, orilla el molino, mientras él descabezaba una siesta en el granero, ¿entiende? Luego, así que cerró la noche, volvió orilla la leña, sacó al muerto, le amarró las rodillas contra el vientre y lo metió en el saco. Que así y todo, al decir del Capullo, no podía con él, con una mano sólo en el manillar, dese cuenta, y hubo de aferrar el saco por fuera, echárselo a las espaldas y atárselo a la frente con el pañolón, que dice que aquel hombre pesaba como un tonel. Conque de estas trazas fue y se montó en la bicicleta, ¿sabe?, que todo se tortoleaba, como un toro en la plaza, natural, de un lado a otro. Y así se llegó a la ribera, donde las hoyas, que ya era noche ciega, y en una de ellas metió el saco, el pañuelo y todo y lo enterró, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Y cómo le descubrieron?

P. P.— Ella, ya ve. O sea, después de eso, él se fue donde ella, la Isabelita, digo. Y ya te estás largando que el Miguel andará al caer, dice que le dijo. Pero el Capullo, a ver, descuida, ése ya no viene, y ella, lárgate o voceo. Que,

en éstas, al Capullo se le puso la cabeza como volada, que dice que ni regía, agarró a la Isabelita y la forzó. Pero ella, conforme el Capullo se largó, en vista de que el otro no venía, se llegó donde la guardia y dio cuenta. Y al día siguiente, las pesquisas, natural, ¿dónde andaba el Miguel?, pues en la ribera. Y a la ribera se fueron todos y esa hoya está cubierta, ¿se da cuenta? Total, que en cinco minutos levantaron la tierra y dieron con él.

DR.— ¿Qué condena le salió al Capullo?

P. P.— Ésa es otra, doctor. Veinticinco años por lo del caminero, artículo 406, ¿se da cuenta?, como el mío. Seis por lo de la Isabelita. Y por si fuera poco, otra pena por enterramiento ilegal. ¿No le parece que esto ya es ensañarse?

DR.— La ley es la ley, Pacífico.

P. P.— Y que lo diga, doctor, pero yo me pienso que esto de enterrar a un muerto debería ser una atenuante.

DR.— Con los muertos también rige la ley, hijo. Para enterrar a un muerto hacen falta una serie de requisitos.

P. P.— Mire, a mí siempre me enseñaron que enterrar a los muertos era una obra de misericordia, ¿sabe? Pues ve ahí, para el Capullo eso no rige: otro delito. O sea, las cosas son según se las mire.

DR.— Como quieras, Pacífico. Esta discusión no tiene objeto. El Capullo enterró al caminero no por piedad sino por borrar las huellas de su crimen. Su propósito no era hacer una obra de misericordia sino burlar la ley. Como verás, hay una notable diferencia. Pero vamos a dejar esto. ¿Dónde sosteníais estas conversaciones?

P. P.— Donde se terciase, mire. En la galería, o en el patio, o en la misma sala el día que nos daba la vagancia y nos quedábamos en el petate. Según.

DR.— Y el Patita y el Buque, ¿contaban también lo suyo?

P. P.— Qué hacer, sí señor, todos.

DR.— ¿Don Santiago inclusive?

P. P.— Por mayor, don Santiago no hablaba de sus cosas, no señor. O sea, lo suyo lo conocíamos por fuera aparte. Pero él escuchaba y daba consejos, ¿entiende?, que se sabía el Código de memoria. De usted para mí, a don Santiago le decíamos el Cerebro, pero a él, don Santiago por aquí, don Santiago por allá, no lo sabía.

DR.— ¿Y por qué esas diferencias?

P. P.— Por respeto, ya ve. A don Santiago nadie quería faltarle.

DR.— ¿Y tú, Pacífico? ¿Contabas tú lo del Teotista?

P. P.— A ver qué remedio.

DR.— ¿Y qué decían tus compañeros?

P. P.— ¿Quiere la verdad?

DR.— Naturalmente, Pacífico.

P. P.— Pues que dejara quieto al Teotista y contase lo de la Candi.

DR.— ¿Es que contaste también tus relaciones con la Candi?

P. P.— Una tarde solté el mirlo, ya ve, que ni cuenta me di, y conté lo de Prádanos, cuando ella corría desnuda por las camberas. Y luego, cuando quise dar marcha atrás, ya no era el caso.

DR.— ¿Por qué?

P. P.— Aquello les gustaba más que comer con los dedos, doctor, no quiera saber, que había días que Patita me hacía referir tres veces la misma historia.

DR.— ¿Era el Patita ese el más mujeriego de todos?

P. P.— Mire, sobre este particular, yo me pienso que por un igual. O sea, a todos les gustaban, las mujeres, digo. Que el Buque, hasta ponía el ojo en blanco y rebuznaba cuando yo contaba lo de Prádanos, hágase cuenta. Pero las cosas como son, doctor, Patita, si estaba allí, entre rejas, digo, era por hombre, ya ve, eso sí, por demasiado hombre, como él decía.

DR.— ¿Abusó de alguna mujer?

P. P.— ¡Quia, no señor! Un hombre intentó abusar de él, que es distinto.

DR.— ¿Un hombre?

P. P.— Un hombre, sí señor; el Juan José Viñat, por más señas.

DR.— ¿Te importa que dejemos esto para mañana, Pacífico? Ando un poco resfriado y voy a meterme en cama.

P. P.— ¿Es que está usted enfermo?

DR.— No es eso, Pacífico. Unas décimas, cosa de poco.

P. P.— Haberlo dicho, oiga, y lo dejamos antes.

DR.— No te preocupes, hijo. Con una copa de coñac y una aspirina, mañana como nuevo.

PACÍFICO PÉREZ.— Buenas noches, doctor. ¿Está usted bien?

DR.— Bien, Pacífico.

P. P.— ¿Se le pasó?

DR.— Ya se pasó, gracias.

P. P.— Mire que, si no, lo dejamos para mañana.

DR.— No es necesario, hijo. Estoy perfectamente. Anda, siéntate… ¿Recuerdas lo que hablamos ayer?

P. P.— Ande que si no lo fuera a recordar.

DR.— Empezabas a contarme del Patita, de su hombría.

P. P.— Así es, sí señor.

DR.— Que un hombre intentó abusar de él, ¿recuerdas, Pacífico?

P. P.— Sí, señor, el Juan José Viñat.

DR.— ¿Quién era ese sujeto?

P. P.— Un compañero. De Patita, digo.

DR.— Compañero ¿de qué?

P. P.— De tajo, mire. Andaban en una dehesa. En Extremadura.

DR.— ¿En qué trabajaban?

P. P.— Pues eso, oiga, en una dehesa; de gañanes.

DR.— Pero ¿llevaban tiempo allí los dos?

P. P.— Mire, si llevaban tiempo o no, eso sí que no puedo decírselo. Lo único que una noche una vaca se puso de parto y se acostaron en el establo, uno orilla del otro, el Patita y el Juan José Viñat. Así empieza la historia que yo me sé.

DR.— ¿Para asistirla?

P. P.— Digo yo que sería para asistirla, doctor. Ya ve para qué, si no.

DR.— ¿Y qué ocurrió?

P. P.— Bueno, al decir del Patita, él se quedó traspuesto conforme se acomodó en la paja.

DR.— Ya.

P. P.— O sea, que dice que al rato despertó porque el otro, el Juan José Viñat, digo, le estaba tentando tal que así, en las partes, ¿entiende?

DR.— Ya.

P. P.— Conque Patita, de que despertó, dice que le dijo, para quieto, tú, ¿entiende? Pero el Juan José Viñat dice que se pegó a él y fue Patita,

entonces, y se puso de pies de un brinco.

DR.— Sigue.

P. P.— Pues, según parece, oiga, el Juan José Viñat ese tenía unos lentes tamaños, tres veces los míos, de gruesos, digo, que, al decir de Patita, como culos de vaso ¿sabe? O sea, el Juan José Viñat era cegato.

DR.— Ése es un detalle insignificante, sigue.

P. P.— ¿Insignificante, dice? ¡Que se lo ha creído usted! Si a Patita le cayeron veinte años fue por los lentes.

DR.— ¿Por los lentes le condenaron a veinte años?

P. P.— Tal como lo oye, sí señor, que eso fue lo que le perdió. Que si se los puso, que si se los dejó de poner, ya sabe. Que, al decir de los jueces, el Juan José Viñat sin los lentes era un hombre perdido, o sea, no podía valerse, ¿se da cuenta?

DR.— Está bien. El Patita se incorporó. Continúa.

P. P.— Pues eso, que se iba a echar un buche de agua. O sea, salió a la cocina, que estaba orilla la cuadra, ¿comprende? Que dice que serían sobre las tres de la madrugada.

DR.— Ya.

P. P.— Conque el Juan José Viñat se quedó en la cuadra aguardando. Y, en éstas, fue Patita, agarró una reja de arado y volvió donde el otro, como si nada.

DR.— ¿A la cuadra?

P. P.— A ver, a la cuadra, sí señor. Que el Juan José Viñat fue verle y a sacarle el faldón de la camisa, que, al decir de Patita, andaba encendido. Pero lo que es la vida, oiga. Con unas cosas y otras, el Juan José Viñat se había quitado los lentes y los había puesto orilla un pesebre, ¿entiende? Que esto fue lo que perdió a Patita.

DR.— Le atacó sin las gafas, ¿no es eso?

P. P.— Tal cual, doctor. Le arreó con la reja en la cabeza. Y así que cayó, le siguió sacudiendo con ella sin duelo. Que al decir de los jueces murió, el Juan José Viñat, digo, de hemorragia cerebral traumática.

DR.— ¡Vaya por Dios!

P. P.— Conque una vez que le despachó, salió al zaguán, orilla la escalera, y llamó al amo, ¿sabe?, le voceó: ¡Don Félix, baje! Y conforme bajó don Félix, se llegaron a la cuadra, le mostró el cadáver y se lo dijo, le dijo: Don Félix, he matado al Juan José Viñat por maricón; avise a la guardia civil, ¿se da cuenta?

DR.— ¿No intentó huir?

P. P.— ¡De qué, doctor! ¿No le estoy diciendo que él mismo pidió al amo que mandara razón al cuartelillo?

DR.— Y así y todo ¿le salieron veinte años?

P. P.— Veinte, oiga. Artículo 406, o sea, homicidio con alevosía, por lo de los lentes, natural. Que lo que yo digo, doctor, ¿qué lo mismo le hubiera dado a Patita atizarle con la reja con los lentes puestos? Pues, no señor, alevosía, ya ve. Así son las cosas. Que lo que don Santiago decía, oiga: Tú no eres un criminal, Patita. Tú eres un justiciero.

DR.— ¿Decía eso don Santiago?

P. P.— Qué hacer, doctor. Al decir de don Santiago, un hombre que mata a otro por defender su hombría no debiera ser culpado. O séase, oiga, que las leyes hacen a los maricones.

DR.— ¿De veras crees tú eso, Pacífico?

P. P.— Mire, yo no entro ni salgo, don Santiago lo decía. Y en el caso del Buque, parejo, doctor. Que el Buque no era un criminal, era un justiciero, ¿se da cuenta?

DR.— Pero, hijo, ¿también el Buque estuvo a punto de ser violado?

P. P.— No es eso, no señor, no es por ahí. Lo del Buque es otro cuento, a ver si me explico. O sea, lo que decía don Santiago es que ni el Buque ni Patita eran culpables, ¿sabe? Pero eso no quita para que lo del uno y lo del otro fueran cosas distintas.

DR.— ¿Y qué fue lo del Buque, Pacífico?

P. P.— De primeras, nada, doctor, cosas de chicos, o sea, travesuras.

DR.— Pero ¿qué es lo que hizo?

P. P.— Mire, a mí no hay quien me saque de la cabeza, doctor, que el Buque padecía eso que en mi pueblo le dicen «mal de muertos», ¿sabe? Si no, ¿a qué ton lo de la carroza que le aguardaba, por los entierros? Una manía.

DR.— ¿Quieres decir que sufría necrofilia?

P. P.— Algo así me pienso yo que sería, sí señor.

DR.— Pero cuenta, ¿qué es lo que hizo el Buque?

P. P.— Pues eso, doctor. De principio, se juntó con una partida de mangantes, y por las noches saltaban las tapias del camposanto y robaban las cruces y las cadena de las tumbas, para venderlas como chatarra. Cosas de chicos.

DR.— ¿Tú crees?

P. P.— Ande, como lo otro, oiga. Que de unas cosas pasaron a otras. O sea, una vez que arramblaron con todo, se le alcanzó al Buque mandar uno de la pandilla a los duelos para ver a los muertos. O sea, las cosas con las que les metían en el ataúd, ¿no? Que ya se puede usted imaginar, unas veces era una sortija, otras unos pendientes, o los mismos zapatos o el traje del difunto, a saber. Y, a la noche, tal cual, saltaban las tapias y apandaban con ello. Que el Buque no tiene mucho de aquí, oiga, que para mí el más ignorante de todos, dónde va. Conque así un día y otro día, conforme es de testarrón, hasta que una noche les aguardaron, ¿no?, o sea, les pusieron de cebo un collar de perlas falsas, y ellos, ciegos, a ver, que les agarraron con las manos en la masa, como suele decirse.

DR.— ¿Era muy joven el Buque cuando le prendieron?

P. P.— Cuando empezó con éstas, dieciocho años, usted dirá, un chaval, que luego, no, o sea, cuando el collar, veintitrés, que ya estaba casado y todo. Que al Buque, le ve usted así, y lo que menos, un tísico. ¡Menuda envergadura, oiga! Yo, a su lado, un canene.

DR.— ¿Le pusieron a la sombra?

P. P.— Quince años le cayeron.

DR.— ¿Y cómo te explicas que un profanador de tumbas le pareciera a don Santiago un justiciero?

P. P.— Un momento, oiga, que no es por ahí. O sea, el Buque, con redención, amnistías y esas cosas, a los seis andaba en la calle. Que luego vino lo de la otra, lo gordo, como yo digo, lo de la Catalina.

DR.— ¿Qué fue?

P. P.— Pues eso, la mujer. A los cinco años de andar enchiquerado fue a verle al penal, ella, ¿entiende?, y le dijo, con toda la cara, que estaba preñada.

DR.— ¿Le confesó que estaba encinta de otro?

P. P.— Que no señor, ahí está el chiste. Le dijo que aguardaba un hijo suyo, o sea, del Buque, de antes de enchiquerarle. Que el Buque, si será ignorante, se lo creyó.

DR.— ¿Que se creyó el Buque que al cabo de cinco años su mujer estaba encinta de él?

P. P.— ¡Que sí señor, que usted no le conoce! Que el Buque ese ni estaba maliciado ni nada. Un ignorante, eso es lo que era. Que, aunque me esté mal el decirlo, ni quitarse los mocos sabía.

DR.— Me parece demasiado, Pacífico.

P. P.— Como quiera, mire. Yo le juro por la luz bendita que en Góyar todavía se pensaba que el hijo que aguardaba la Catalina, o sea, la barriga, era suyo.

DR.— Está bien. Continúa.

P. P.— Conque así que salió del penal, se llegó donde ella. Y la Catalina con muchas zalemas que qué bien que hubiera llegado a tiempo, o sea, le engatusó. Y al cabo, que el hombre que estaba en la cocina con ella, el Francisco Rincón, digo, paraba allí, de huésped, en lo que él estuviera encerrado. Que el Buque, oiga, ni sospechar, que no vea hombre más infeliz. Y a la noche, según se llegó donde su hermana, que si había visto a la zorra de su mujer, ¿comprende?, a las claras. Que el otro, así, de primeras, se la quiso espetar, el Buque, digo, pero de que la otra, o sea, su hermana, porfió, él se volvió para casa. Y dice que en la puerta la alcoba había, tal que así, un montante de cristal y él se empinó en un taburete, y los vio amartelados en la cama, a la Catalina y su huésped, ¿entiende? O sea, entonces se dio cuenta el Buque que su hermana llevaba razón, agarró un cañivete, arreó una patada a la puerta y adentro. Que dice que el Francisco Rincón se tembló al verle oiga, natural, y salió a la calle dando voces, en calzoncillos, hágase cuenta. Pero que ella, la Catalina, se le echó a los pies todo lo larga que era, oiga, que para mí no hay más hombre que tú, dice que le decía, ya ve, a buena hora. Pero el Buque esta vez no tragó, ¿de qué?, que dice que ni reparó en la barriga ni nada, natural, con el sofoco, y conforme es de corpulento, oiga, agarró a la Catalina por los pelos, la levantó en vilo y la arrimó una mano de puñaladas con el canivete que la dejó tiesa.

DR.— ¿Y la criatura?

P. P.— A eso voy, que a la Catalina la autopsiaron, a ver. Y llevaba dentro una criatura de ocho meses ya, imagine, muerta también. Pero lo que el Buque decía, oiga, que qué más quisiera él que haber salvado a la criatura.

DR.— Ese tipo de delitos, Pacífico, están previstos y penados por el Código.

P. P.— ¡Qué me va usted a decir! Parricidio y aborto. Veintitrés años y ocho meses, más accesorias, dese cuenta.

DR.— En resumidas cuentas, que en la Sala de San José, la pena más leve era la tuya.

P. P.— Así era, sí señor. Pero ésa no era cuenta. O sea, Patita cumplía para el verano.

DR.— Al empezar a hablar de vuestros respectivos delitos, ¿qué tiempo llevabas en Góyar?

P. P.— ¡Qué cosas tiene, doctor! Desde que entré, todos los días, ¿entiende? Puede decirse que no hablábamos de otra cosa.

DR.— Y la visita de la Candi, ¿fue al poco tiempo?

P. P.— Mire, eche cuentas. Yo ingresé allí, en Góyar, un diecisiete de agosto. Y la Candi vino con el chaval, si no me equivoco, para octubre. Que me recuerdo que en la galería ya se conocía el relente.

DR.— Por supuesto, para entonces tú ya tenías noticia de las hazañas de tus compañeros.

P. P.— Qué hacer.

DR.— Y a pesar de todas esas atrocidades que te contaban, ¿no sentiste deseos de irte tranquilamente al pueblo con tu hijo?

P. P.— ¿Tranquilamente, dice? Pues, no señor. Si me apura, menos.

DR.— ¿Por qué razón menos?

P. P.— Ande, por eso. ¿Quién me decía a mí, oiga, que si salía, no iba a tropezarme con un Juan José Viñat, o un caminero, o una Catalina, que me hicieran la santísima?

DR.— Pero, Pacífico, pienso yo que peor sería encontrarte con un Capullo que te enterrase en una hoya, o con un Patita que te rompiera la crisma con la reja de un arado o con un Buque que te cosiera a puñaladas, ¿no? Vamos, creo yo.

P. P.— Por eso, oiga. Lo de salir, mayormente, no crea usted que me tentaba.

DR.— Pero si pensabas de esta manera, ¿puedes aclararme por qué participaste en la evasión de Góyar?

P. P.— Mire, doctor, de eso más vale no hablar.

DR.— ¿Por qué, Pacífico? Yo no voy a decir una palabra, ya lo sabes.

P. P.— No es eso, doctor.

DR.— ¿Qué es, entonces?

P. P.— Bueno, vamos, o sea, mi tío Paco me recordaba siempre en sus cartas que de ahí no podía pasar.

DR.— ¿Te escribía entonces tu tío Paco?

P. P.— Qué hacer, doctor. A menudo. De que ingresé en Góyar, todos los meses. No fallaba.

DR.— Bien. Habla.

P. P.— ¿Qué quiere que le diga, oiga? Pues que me llevé un desengaño de órdago. Ni más, ni menos.

DR.— ¿Con tu tío Paco?

P. P.— A qué ton, doctor. Conforme me habló don Santiago.

DR.— A ver si nos entendemos, Pacífico. ¿Qué quieres decir con eso de que te habló don Santiago?

P. P.— Mire, yo lo que no quiero es perjudicar a nadie.

DR.— Pacífico, aquí estamos conversando entre dos amigos. Es decir, nadie va a saber por mí nada que tú no quieras que sepan.

P. P.— Si usted lo dice…

DR.— Ése ha sido nuestro acuerdo, ¿no?

P. P.— Sí señor, talmente así me dijo.

DR.— ¿Entonces?

P. P.— Mire, la verdad por delante, doctor. Yo lo último que pensaba era largarme del penal. O sea, no entraba en mis cálculos, para que lo sepa.

DR.— ¿Por qué cambiaste de parecer?

P. P.— La mala suerte, ya ve.

DR.— ¿En qué consistió la mala suerte?

P. P.— Bueno, o sea, la tarde que estuvo en Góyar la Candi, los otros andaban en la galería, para que se entere. Que yo pensaba para entre mí, qué sol más rico me estoy perdiendo. Conque la Candi me dejó unos chorizos y unos bollos de los de casa y yo me llegué a la sala y los puse en la taquilla, para la noche, ¿se da cuenta? Bueno, pues luego de la retreta, así que el boqueras nos trancó la puerta, yo me arrimé al petate del Capullo, que era el más hambrón de todos, y le dije: Levanta, ha llegado la intendencia. Para darle un chorizo y unos bollos, ¿se da cuenta?, o sea, no iba con segundas, que ésa era mi intención. Y fui y tiré de la manta, o sea, le destapé, pero el Capullo no estaba allí, oiga.

DR.— ¿Qué quieres decir?

P. P.— Lo que oye, doctor, no estaba. Que había allí un rebujo de ropas y una caja, sólo eso, pero el Capullo, no. Que todos a mirarme como si me hubiera ciscado en su madre, no vea. Que todavía me recuerdo del ojo blanco del Buque, oiga, que no lo creerá, doctor, pero yo me las temblaba.

DR.— ¿Y con qué finalidad dejaron allí el rebujo de ropas y la caja?

P. P.— Para hacer bulto, mire. O sea, que si el boqueras asomaba por la mirilla, se pensara que dormíamos.

DR.— ¿Y tú qué hiciste?

P. P.— Me quedé quieto parado, doctor, ya ve qué iba a hacer. Y entonces Patita y el Buque se volvieron para don Santiago, que andaba leyendo un libro como de costumbre. Y, en éstas, don Santiago levantó los ojos y dio en

mirarme que no paraba, oiga, que yo, la verdad, mientras él me miraba, don Santiago, digo, ni mover un dedo me atrevía.

DR.— ¿Y no te dijo nada?

P. P.— Al cabo de qué sé yo el tiempo.

DR.— ¿Qué te dijo?

P. P.— Pues me dijo, va y me dice: Acuéstate y cierra el pico, Seminarista. El Capullo está topeando. Mañana hablaremos. Sólo eso, ¿entiende?

DR.— ¿No te dio más explicaciones?

P. P.— Por el momento, no señor. Que yo tapé el petate del Capullo aprisa y corriendo y me metí en el mío, más acobardado que otro poco. Que no pude pegar ojo en toda la noche, como lo oye.

DR.— ¿Y cuándo te habló, al fin, don Santiago?

P. P.— A la mañana. O sea, me llevó así a un aparte y me dijo que preparaban una evasión y que si yo quería sustituir al Honorable, que el Honorable ya se había fugado, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Quién era el Honorable?

P. P.— El otro, el de antes de mí, ¿sabe?, el que yo sustituí en la sala.

DR.— ¿Se había fugado realmente?

P. P.— No señor, era una manera de decir. El Honorable la había palmado.

DR.— Ya. ¿Qué le respondiste a don Santiago?

P. P.— Imagine, que a mí me pilló de nuevas, o sea, que no, que yo estaba a gusto allí, que no lo tomase a desprecio.

DR.— ¿Y él?

P. P.— ¡Huy, don Santiago, menudo pico se gastaba!, que nadie iba a obligarme si ése era mi deseo, ¿comprende? Pero que si en la vida había pensado en hacer algo por los demás, y yo, entonces, me recordé de mi tío Paco y que ése no era el caso, que si había que echar una mano, pues gustoso. Que entonces, don Santiago, me tomó por la palabra; nadie va a pedirte más, me dijo. Y ya ve, en ésas quedamos.

DR.— Es decir, te pusiste de acuerdo con ellos.

P. P.— Aguarde, para arrimar el hombro, sí señor. Pero que yo me quedaría allí, en el penal. Ése fue el trato. Que entonces don Santiago me dijo, ¿cuándo quieres empezar a topear?, que yo, cuando usted mande, don Santiago. Total, que a la tarde ya andaba yo metido en el agujero.

DR.— ¿Un agujero? ¿En el suelo?

P. P.— En el suelo, no señor. ¡Qué cosas tiene usted! Hubiéramos ido a parar al economato. El agujero le hacíamos en el muro, ¿se da cuenta? Todo a lo largo, de la parte adentro del torreón. O sea, tal que así, a la derecha, quedaban los váteres. Y del otro lado, conforme se sale al corredor, entre nuestra sala y la de San Vicente, quedaba el despacho del boqueras, para vigilar las escaleras que llevaban al patio del castillo, ¿entiende ahora?

DR.— Más o menos, Pacífico.

P. P.— Quiero decirle que entre medias del agujero y del boqueras, quedaba la sala, la nuestra digo, la de San José, de forma que malamente podía oírnos.

DR.— ¿Y cómo horadabais el túnel? ¿A lo ancho del muro?

P. P.— ¿Cómo a lo ancho? No le digo, todo a lo largo. O sea, entre medias de nuestra sala y los váteres había un muro disforme, de lo menos tres metros, de grueso, digo, que de largo ya tendría ocho o diez. Bueno, pues la idea de don Santiago era horadar esos ocho o diez metros, quitar una piedra del torreón y largarse por ahí. ¿Me comprende?

DR.— No muy bien, hijo.

P. P.— Es fácil, ¿tiene usted un lápiz a mano?

DR.— Toma.

P. P.— Yo no sé dibujar, ¿sabe? Pero esto iba así y el torreón, ve ahí. O sea, éstos eran los váteres. Y entre medias, tal que así, corría el muro. Bueno, pues en este muro, talmente en la dirección que va, hacíamos el agujero. Que lo que don Santiago quería era llegar al rincón este y quitar la piedra. Talmente donde el torreón se separa de los váteres.

DR.— Ahora me hago una idea, Pacífico. Pero ¿cómo demonios os las arreglabais para perforar la piedra?

P. P.— La piedra no la perforábamos, no señor. La quitábamos.

DR.— Pero ¿el muro?

P. P.— El muro no era todo piedra, aviados estaríamos. O sea, entre piedra y piedra llevaba un macizo de hormigón, mazacote, ¿comprende? Y ahí es donde rascábamos.

DR.— ¿Y cómo empezasteis el túnel? ¿Cómo es que no se veía la boca desde la sala?

P. P.— No señor, de qué. Ellos, de principio, Patita y los otros, levantaron una piedra orilla el petate de don Santiago, debajo del tapiz. Y así que hubo hueco dentro, la empujábamos, la piedra, digo, y, luego, conforme entraba el

topo, la volvíamos a poner, ¿se da cuenta? Que ni aun quitando el tapiz se reparaba en ella, no se veía.

DR.— Así y todo, el hormigón es duro de pelar.

P. P.— ¡Y que lo diga! Pero ¿qué echa usted que llevaban el día que don Santiago me habló?

DR.— ¿Que llevaban dónde, hijo?

P. P.— Afanando en el túnel, digo.

DR.— ¡Qué sé yo! Meses.

P. P.— Y más de un año también. Que empezaron por San Pedro, de forma que, día más, día menos, un año y dos meses cuando yo ingresé.

DR.— ¿Y qué utensilios empleabais?

P. P.— Mire, por mayor, los rabos de las cucharas y dos cuchillos. Allí no había otra herramienta.

DR.— ¿Nada más?

P. P.— Bueno, teníamos también una barra de hierro, ¿sabe? Pero de noche, en la completa, no se utilizaba. Lo único, de día, cuando armaban barullo en el patio.

DR.— ¿De dónde sacaron una barra de hierro?

P. P.— Eso no me lo pregunte porque no lo sé, doctor.

DR.— Así que cuando tú te incorporaste, el túnel iba ya muy avanzado.

P. P.— Qué hacer, más de seis metros. Y don Santiago calculaba siete y medio, con piedra y todo. O sea, de perforar, poco más del metro, que don Santiago siempre decía: Para año nuevo con la música a otra parte. Y mire si lo cumplió.

DR.— Lo que no me entra en la cabeza, Pacífico, es cómo pudiste convivir durante dos meses con tus compañeros sin sospechar que preparaban una fuga. ¿O es que en ese tiempo dejaron de trabajar?

P. P.— Dejaron, sí señor, a ver, que luego me lo dijo don Santiago. O sea, únicamente topeaban de día. A la noche, paraban. Que ellos no querían comprometerse mientras no supieran que yo no era un chivato, ¿entiende? Ya ve usted, la noche que me tropecé con la ropa y la caja en el petate del Capullo era la segunda que topeaban desde que yo llegué.

DR.— ¿Cómo organizabais el trabajo? ¿Por turnos?

P. P.— Por turnos, sí señor. Don Santiago lo tenía todo pensado. O sea, a las ocho, después del desayuno, entraba el primero. A la una, luego del almuerzo, el segundo. Y a las ocho, después de la retreta, el tercero. Que el

que entraba el último, luego de la retreta, digo, se tiraba doce horas metido en el agujero, que se dice pronto, doctor.

DR.— ¿Y por qué no hacíais un turno más?

P. P.— Por precaución, mire. El boqueras andaba pared por medio y podía habernos pillado. Que les había, boqueras, digo, que se asomaban por la mirilla a cada rato, que no nos dejaban ni orinar.

DR.— ¿Poníais siempre en la cama el rebujo y la caja para disimular?

P. P.— Siempre, a ver, sí señor.

DR.— Entonces, desde el momento que te uniste a ellos, ¿pasabas una noche de cada cinco en vigilia?

P. P.— A decir verdad, de cada cuatro, oiga.

DR.— ¿Es que no erais cinco en la Sala?

P. P.— Cinco, sí señor, pero don Santiago no topeaba. Él, don Santiago, digo, llevaba la dirección.

DR.— ¿Decía él eso, que llevaba la dirección?

P. P.— A ver, doctor, no se guasee, que así era. Don Santiago guardaba un plano y una hoja con los horarios, y decía cuándo había que parar y llamaba para los relevos, ¿se da cuenta? O sea, él llevaba la responsabilidad, que entre nosotros le decíamos el Cerebro.

DR.— ¿Cómo avisaba para el relevo?

P. P.— Con tres golpes. Daba tres golpes espaciados en la piedra. Dentro se sentían bien. Digo yo que sería por el eco.

DR.— No tendría agujetas don Santiago, ¿eh, Pacífico?

P. P.— ¡Qué cosas tiene, doctor! Don Santiago era el responsable, es lo que le quiero decir. Que, por un ejemplo, el boqueras andaba cerca, pues cuatro golpes rápidos en la piedra. Y el topo sobre aviso, a ver, no se impacientaba.

DR.— ¿Y de día? ¿Tampoco topeaba de día don Santiago?

P. P.— Tampoco, no señor. Él sólo decía lo que habíamos de hacer, ¿entiende?, si rascar de arriba, de abajo o de los lados. Lo que es una dirección.

DR.— Ya. Dime, Pacífico: ¿no había riesgo de que durante el día echasen en falta al que trabajaba en el túnel?

P. P.— Por mayor, era difícil, oiga. Los bacilíferos no formábamos más que en la retreta, de día no había recuento. Y como cada quien andaba por su lado, que si en el pilón, que si en el patio, que si en la biblioteca, pues no había de qué. Lo único, las comidas y la retreta. Lo único. Y para eso don Santiago andaba al quite. O sea, era muy difícil.

DR.— Te impresionaría entrar en el túnel la primera vez.

P. P.— Calcule. Creí que me ahogaba.

DR.— ¿Tan angosto era?

P. P.— Bueno, vamos, o sea, de primeras, no, doctor, que había un hueco grande para la piedra. Pero, luego, oiga, habíamos de andar como las culebras, a la rastra. Y conforme volvían a poner la piedra en su sitio, no vea las fatigas. Talmente como si a uno le hubieran enterrado vivo; una agonía.

DR.— ¿Y trabajabais a oscuras?

P. P.— Natural, oiga.

DR.— Pero, no sabríais lo que hacíais.

P. P.— A santo de qué, doctor. Para eso teníamos manos.

DR.— ¿Os guiabais por el tacto?

P. P.— A ver.

DR.— La primera vez que entraste, ¿fue de día o noche?

P. P.— De noche, ya ve. La completa.

DR.— ¿La llamabais la completa?

P. P.— Así la decíamos, sí señor. Calcule, doce horas sin parar.

DR.— ¿Y lo aguantaste bien?

P. P.— ¿Bien? Mire, lo aguanté que no es poco. Que así, de principio, conforme puse la piedra, pensé para entre mí que iba a vocear, oiga, que inclusive me tapé la boca con las manos y todo. Un postillón en lo alto del pecho que no vea.

DR.— ¿Te habituaste pronto?

P. P.— Al encierro, a ver. Lo peor, luego, eran el polvo y el frío.

DR.— ¿Es que trabajabais sin tabardo?

P. P.— ¿Tabardo, dice? ¡En elástica y gracias! Para eso don Santiago era muy estricto. Por una mota de polvo podemos echarlo todo a perder, nos decía. Que el Buque y Patita, en cueros vivos, hágase cuenta. Que yo, le digo, mi verdad, había días que salía del agujero esmorecido, temblando como una hoja.

DR.— ¿Y no podíais usar otra ropa de abrigo distinta del uniforme?

P. P.— Sí, o sea, no, doctor. El sábado, en la revista de taquillas, lo hubieran notado. Don Santiago era muy estricto, ya le digo, que estaba en todo, don Santiago. Ya ve, los días de completa, yo salía entumido, pero allí estaba él para darme unas friegas antes de bajar al patio. Estaba en todo, ya le digo. Sin él malamente se hubieran podido hacer las cosas como se hicieron.

DR.— ¿Y dónde metíais la tierra que rascabais?

P. P.— La sacábamos fuera, mire.

DR.— ¿Cómo?

P. P.— En las bolsas de plástico de los caramelos y los cacahuetes. Que según las que sacábamos, sabía don Santiago si trabajábamos o nos tumbábamos a la bartola.

DR.— ¿Qué promedio de bolsas sacabais?

P. P.— Por mayor, cuatro en el turno de la mañana, cuatro en el de tarde y seis en la completa.

DR.— ¿Qué hacíais con ellas?

P. P.— Las repartíamos, ¿se da cuenta? O sea, nos las atábamos a la cintura, bajo el tabardo, y luego, en el patio, las vaciábamos. Vamos, la desparramábamos, la tierra, digo.

DR.— Pero el patio se llenaría de tierra, Pacífico,

P. P.— Mire, allí era todo tierra, de forma que un poco más tampoco crea que llamaba la atención.

DR.— ¿No estaba el patio enlosetado?

P. P.— Aguarde, doctor, no trabuque las cosas. El patio del castillo, el de la parte de adentro, sí estaba enlosetado, qué hacer. Pero ése no era el nuestro. Los bacilíferos andábamos de la parte de fuera, ¿entiende?, o sea, en el patio que quedaba bajo la galería de reposo, junto al depósito, orilla la enfermería.

DR.— Ya.

P. P.— O sea, una vez que salíamos al patio, dábamos vuelta a las bolsas y desparramábamos la tierra.

DR.— ¿No había riesgo de que os descubrieran?

P. P.— Qué hacer, eso siempre. Pero para eso poníamos cuidado, oiga. Que, por un ejemplo, el Buque, nunca bajaba bolsas.

DR.— ¿No vaciaba bolsas el Buque?

P. P.— NO señor, nunca. Don Santiago le decía que era el que mejor topeaba y por eso quedaba rebajado de servicio. Por no hacerle de menos delante de los demás, ¿entiende? No era cosa de decirle que era por ignorante.

DR.— ¿No perjudicaría a tu salud el trabajo en el túnel?

P. P.— Eso fijo, doctor, natural. Que allí dentro el polvo del mazacote se metía hasta las mismísimas entrañas. Que yo me colocaba un pañuelo tal que así, ¿comprende?, por la nariz y la boca. Pero, créame, con eso y con todo me venía la tos que era el no parar. Y que había que aguantarla, además, ¿se da cuenta?, que por las noches, en la completa, podían sentirse las toses desde los váteres. Fíjese usted si el oficio aquel sería perro que el médico me lo

conoció un día. O sea, un día debió de ver algo raro en los pulmones, ¿comprende?, y me dijo: Tú has fumado. Que yo, no señor, se lo juro por mi madre. Pero él porfiaba, tú has fumado, y a la noche, a la hora de la retreta, se presentaron en la sala don Avelino y el Vegas con el médico de guardia. A hacer una inspección, ¿entiende?

DR.— ¿No encontraron nada?

P. P.— Del túnel, no señor.

DR.— ¿Y todos los planos y los papeles que guardaba don Santiago?

P. P.— ¿De qué, oiga? Eso quedaba en el almacén, o sea, detrás de la piedra. Lo peor, oiga, fue cuando don Avelino tentó el tapiz. Se me cortó el habla, se lo juro, ya ve usted qué me iba a mí y qué me venía.

DR.— ¿Se fueron sin más?

P. P.— Bueno, o sea, todavía echaron un párrafo sobre un libro que leía don Santiago. Don Alberto, el médico, era muy aficionado a esas cosas.

DR.— ¿No volvieron a encontrarte nada sospechoso en los pulmones?

P. P.— Mayormente, no señor. Don Santiago tomó sus medidas.

DR.— ¿Qué medidas tomó?

P. P.— Mire, el veintisiete de cada mes, o sea, tres días antes del reconocimiento, dejábamos de topear.

DR.— ¿Todos?

P. P.— Todos, sí señor. Fue una medida general. Que don Santiago hacía eso para que Patita, el Capullo y el Buque no se pensaran que yo llevaba trato de favor, ¿me entiende? Don Santiago veía crecer la hierba, menudo era.

DR.— ¿No le preocupaban los retrasos?

P. P.— No, ve ahí. Nunca le vi preocupado por las prisas. Es más, él siempre decía, don Santiago, digo, si queremos llegar a tiempo hay que ir despacio. Y no le faltaba razón, oiga, que el caso era hacerlo bien, o sea, no levantar sospechas.

DR.— ¿Os hablaba de lo que pensaba hacer una vez que llegaseis a la piedra de fuera, a la del torreón?

P. P.— A mayores, no se piense que don Santiago se fuese del pico, no señor. O sea, iba diciendo las cosas por sus pasos, ¿entiende? Que yo me malicio que él andaba con la escama por el Buque, que hablase de más o que interpretara mal las órdenes, que no vea hombre más ignorante.

DR.— Así que no decía nada.

P. P.— Aguarde, nos iba informando poco a poco. Por un decir, allá, promediado el mes de diciembre, estuvo la mujer a verle y le llevó la lía.

DR.— ¿La mujer del perfume?

P. P.— A ver, la de siempre, que cuando volvió a la sala, oiga, echaba un tufo que tiraba para atrás, don Santiago, digo. Bueno, o sea, conforme subió, nos dijo: ya tenemos una cuerda. Que el Capullo, ¿dónde, don Santiago? Conque él entonces se fue al rincón, a cubierto de la mirilla, ¿entiende?, y se quedó en cueros vivos. ¡Qué cosas, oiga! Tal que así, enrollada en el cuerpo, traía una cuerda no muy gruesa, ¿sabe?, pero fuerte, de guita, vamos, buena para aguantar a un hombre. Que Patita, ¿con eso basta?, y don Santiago, para fin de mes tendremos el resto, ¿se da cuenta? O sea, hablar por hablar no le gustaba a don Santiago, es cierto, pero según iban saliendo las cosas, nos iba informando.

DR.— ¿Y es que quedaba muy alto el hueco por donde pensabais descolgaros?

P. P.— Entiéndame, era un piso, el segundo, pero usted ya sabe, de las alturas disformes de los castillos esos. Por mayor, abajo, estaba el talud, casi cortado a pico, sobre la roca viva, que el penal quedaba tal que así, en un alto, arriba un otero. Total, con unas cosas y otras, don Santiago echaba, por lo bajo, veinte metros. De cuerda, digo.

DR.— ¿Y cuántos le llevó la mujer?

P. P.— Por mayor, diez o doce. Más, no.

DR.— ¿Qué hicisteis con ella?

P. P.— Mire, enrollarla con cuidado y ponerla en el almacén.

DR.— ¿Qué almacén?

P. P.— Bueno, en el hueco de la piedra. Yo me entiendo.

DR.— Imagino yo, Pacífico, que según avanzaban los preparativos de la evasión, tus compañeros dejarían de hablar del pasado y se ocuparían del futuro, de lo que pensaban hacer una vez en libertad, ¿no es así?

P. P.— Ande, entre ellos debían hablarlo de atrás.

DR.— ¿Cómo de atrás?

P. P.— En realidad, oiga, desde que yo empecé a topear, ya hablaban menos de lo que habían hecho y más de lo que pensaban hacer, pero mucho antes de lo de la lía, dónde va.

DR.— ¿Qué proyectaban? Concretamente el Buque, ¿qué pensaba hacer el Buque si la evasión tenía éxito?

P. P.— ¡Madre, el Buque! Buscar al Francisco Rincón. Para ése no había duda.

DR.— ¿El que le quitó la mujer?

P. P.— El mismo. Le había jurado la vida, ¿comprende? Él decía que por culpa del Francisco Rincón había espetado a su hijo y que mientras no le viera bajo tierra no dormiría tranquilo. Era muy testarrón el Buque ese, doctor, se lo digo yo.

DR.— ¿Y después? ¿Qué pensaba hacer después?

P. P.— Ande, qué cosas tiene. Para el Buque no había después. Ése no podía pensar dos cosas al mismo tiempo. Él con despachar al Francisco Rincón se daba por conforme.

DR.— ¿Y el Patita?

P. P.— Bueno, Patita seguía con la manía del dormido y del despierto. Para él lo más importante era sentir en qué momento se quedaba dormido, que rara era la noche que no nos daba la murga.

DR.— Pero ¿cuáles eran sus planes para el futuro?

P. P.— A saber, doctor. Patita siempre andaba pensando en la tierra, ¿comprende?, que no entendía la vida sin trabajar la tierra. Para él, arar, sembrar y recoger era vivir. De manera que eso, él hablaba de irse a algún lugar donde no hubiera un alma, ¿se da cuenta?, y vivir a solas con la tierra. Imaginaciones, ya ve, que hoy los hombres llegan a todas partes, no sé cómo se las arreglan.

DR.— Eso no, Pacífico, mira Prádanos.

P. P.— Pues sí que ha ido usted a mentar buen sitio, Prádanos. Solos y, de repente, todo el vecindario en las ventanas.

DR.— Con la mano en el corazón, Pacífico, ¿sigues creyendo que los vecinos de Prádanos volvieron para reírse de ti? ¿Piensas seriamente que estaban allí, asomados a las ventanas, con sus trajes de fiesta, sólo para veros?

P. P.— No empecemos, doctor. ¿A santo de qué cree usted que iba yo a inventarme una historia así?

DR.— Está bien, Pacífico. Sigamos con el Patita.

P. P.— ¿Qué más quiere usted saber?

DR.— Pues eso, todo ¿dónde esperaba encontrar, en estos tiempos, una tierra solitaria?

P. P.— Digo yo que en Extremadura. Pero no haga caso.

DR.— Pero anoche, o tal vez anteanoche, tú me dijiste que el Patita ese estaba para cumplir.

P. P.— Cierto, sí señor. En verano cumplía. Si no me informó mal, para finales de julio.

DR.— ¿Qué tiempo llevaba allí?

P. P.— ¿Patita? ¿Enchiquerado, dice? Para la Virgen, doce años, imagine. Doce años por matar a un maricón. Ya es condena, ¿no le parece?

DR.— No lo entiendo, Pacífico.

P. P.— ¿Qué es lo que no entiende?

DR.— Eso, lo que cuentas, hijo. Si el Patita llevaba doce años encerrado y le faltaban unos meses para cumplir, ¿cómo se embarcó en la aventura del túnel con los riesgos que eso implicaba?

P. P.— Bueno, doctor, Patita no era el Buque, pero tampoco inventó la pólvora, no se crea.

DR.— ¿Era distraído también el Patita?

P. P.— Bueno, vamos, o sea, por lo general, allá, en el penal, o sea, aparte don Santiago, no se piense usted que fueran ingenieros. Patita, prudente sí era, pero no quita.

DR.— ¿No sería don Santiago el que le embaucó?

P. P.— La ha cogido usted modorra con don Santiago.

DR.— No es eso, Pacífico. Pero por ésta y por otras razones, tengo la impresión de que don Santiago utilizaba su inteligencia en beneficio propio.

P. P.— ¿A qué ton? Él proponía una cosa y nosotros la aceptábamos o no la aceptábamos, según. O sea, por mayoría.

DR.— Mucha democracia, pero mira a ti cómo te enredó.

P. P.— No señor. Está usted pero que muy equivocado. Si yo empecé a topear, es porque se me puso, o sea, gustoso. Yo quería hacer algo por los demás.

DR.— Pero si tú no pensabas evadirte, ¿por qué razón ibas a reventar tus pulmones un día y otro dentro de un túnel?

P. P.— Ellos querían largarse, doctor, y yo, ve ahí, pues arrimé el hombro de voluntario. Por mayor, talmente como cuando cataba colmenas en el pueblo, ¿entiende?, que si no es por Padre, yo ni una peseta, ya lo sabe. ¡Ande que si en la vida se fueran a cobrar también los favores, aviados estaríamos!

DR.— Bien, como quieras. ¿Y el Capullo? ¿Cuáles eran los planes del Capullo?

P. P.— Arrimarse a la Isabelita, mire.

DR.— ¿Después de matar a su marido?

P. P.— Ande, pues para eso le mató, ¿no? ¡También tiene usted cada cacho salida!

DR.— ¿Tan enamorado estaba?

P. P.— No se puede usted ni imaginar. El Capullo llevaba tal que así, en la faena, una foto de la Isabelita, y no se separaba de ella ni a sol ni a sombra. Y un día le dijo al Buque que le tatuara en lo alto del pecho la cara de ella, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Y se la tatuó?

P. P.— Qué hacer. Vamos, o sea, le pintó una mujer allí.

DR.— ¿Cómo hacía los tatuajes el Buque?

P. P.— Fácil, oiga. Con un alfiler y un bote de tinta, mire. O sea, metía con la punta la tinta bajo la piel y ya no se marchaba, no, que no salía ni con jabón y estropajo. Se daba maña el Buque para eso, ya ve.

DR.— Dime. ¿Y don Santiago? ¿Hablaba don Santiago de sus proyectos para después de la fuga?

P. P.— Pues, no señor. A este respecto don Santiago no abría la boca.

DR.— ¿No mencionaba los treinta millones de Londres?

P. P.— Bueno, por mayor, ésas eran cosas de radio petate.

DR.— ¿Él no aludió jamás a ese dinero?

P. P.— No señor. Ni a ése ni a ninguno.

DR.— ¿Le preguntabais vosotros?

P. P.— De qué, oiga. Nadie le preguntaba nada a don Santiago. ¡Sólo faltaría!

DR.— ¿Y tú, Pacífico? ¿Qué decías tú cuando los demás hablaban de sus planes?

P. P.— Ande, mire, candar el pico y alargar la oreja.

DR.— ¿No les extrañaba a ellos tu silencio?

P. P.— A mayores, una vez, Patita. O sea, un día, según se explicaron todos, Patita va y me dice: ¿Qué piensas hacer tú, Seminarista? Que yo, la verdad, doctor, yo estoy a gusto aquí, le dije. Y Patita, ¿habéis oído? Y los otros, no vea, oiga, locos, natural, el Capullo y el Buque, digo, hasta que don Santiago terció: ¡Basta! Aquí no se le dice a nadie lo que tiene que hacer.

DR.— Pero luego te lo dijeron, ¿no es así?

P. P.— Cuando las cosas se enredaron, mire.

DR.— Ya.

P. P.— ¡Qué manía, oiga! Usted, si no le busca las vueltas a don Santiago, parece como que no quedara conforme.

DR.— Tú no quieres entenderme, Pacífico, pero confío en que algún día abrirás los ojos. Don Santiago jugó con vosotros como el gato con el ratón.

P. P.— Como quiera, mire, por mí…

DR.— Disculpa, Pacífico. A ratos pongo en esta charla excesiva pasión, yo mismo lo comprendo. Continúa: ¿cuándo os expuso don Santiago los pormenores de la fuga?

P. P.— Luego de alcanzar la piedra, o sea, el torreón.

DR.— ¿Quién llegó a ella?

P. P.— Un servidor. En una completa.

DR.— Te daría mucha emoción, ¿no?

P. P.— Calcule, tanto afanar. Pero, de primeras, no me lo creía, oiga, y seguí rascando, pero que nada. Que pensé para entre mí: ¿a ver si es la piedra ya? Y a la mañana, se lo conté a don Santiago. Pero ni por ésas perdió la flema, menuda. O sea, se llegó donde Patita y le dijo: Parece que el Seminarista ha alcanzado la piedra. Procura ensanchar el hueco y encontrar las juntas.

DR.— ¿Y lo hizo?

P. P.— ¡Calle usted! Si ese día no se escachó todo fue porque Dios nos tuvo de su mano.

DR.— ¿Qué sucedió?

P. P.— Patita, oiga. Se quedó privado dentro.

DR.— ¿Sin conocimiento?

P. P.— A ver. Como un tarugo.

DR.— Una lipotimia, ¿o qué?

P. P.— Eso él sabrá. Lo cierto es que se quedó privado y el corneta para tocar a fagina, imagine, el apuro. Que don Santiago pegaba tres golpes y el otro, nada, ni contestar, que, por lo general, respondíamos con el pie, a ver, por la postura. Pero Patita, nada, que don Santiago, asustado, algo ha pasado ahí dentro.

DR.— ¿Qué hicisteis?

P. P.— Allí vería a don Santiago, oiga, tomando disposiciones, como un general: Tú, Seminarista, al corredor y si llega el boqueras, entretenle, aunque sea echándole de cabeza al patio. Tú, Capullo, quédate a la puerta y que nadie se arrime, como en los relevos. O sea, el Buque, que era el más fuerte de todos y él, don Santiago, iban a hacer por sacarle, ¿comprende? A Patita, digo.

DR.— ¿Y lo sacaron?

P. P.— Al decir de don Santiago, no salía ni a la de tres, oiga. Que estaba como encasquillado y ni para atrás ni para adelante. O sea, como tampoco se podía hacer fuerza, ¿entiende?, porque el hueco era angosto, pues que nada,

que no se meneaba. Que dice don Santiago que en la vida las ha pasado más putas, y que Dios Padre me perdone. Y el Buque, oiga, con medio cuerpo dentro, del agujero, digo, agarrando a Patita por los pies y tirando, a la desesperada. Que a mí, no vea, se me hacía una eternidad. Y, en estas, el boqueras Vegas que sube, oiga, calcule, que yo pensé para entre mí, hay que pararle como sea, ¿se da cuenta? Conque con el plato como estaba, me arranqué escaleras abajo para tropezármele en la vuelta, ¿entiende la intención? Que le pegué un metido que le aculé en el rellano, oiga. Y allí vería cómo se puso. De todo me llamó. Que yo, usted disculpe, es la hora de fagina. Y fui y le ayudé a ponerse de pies. Y hasta le sacudí las perneras de los pantalones y todo. Pero él porfiaba que lo había hecho aposta y, quieras que no, donde el oficial de guardia. Y allí, la misma copla, yo que corría por la fagina, y él, el Vegas, digo, que había ido por él por lo derecho, o sea, lo había hecho aposta. Y dale. Y duro. Que yo, de propósito, lo alargaba, ¿se da cuenta?, a ver, pensando en Patita. Y, al cabo de qué sé yo el tiempo, que tres días a la celda, a la de castigo, vamos. O sea, que eso fue todo. A los tres días volví donde ellos y don Santiago, muy atento, me felicitó, ya ve, que si no es por mí todo se hubiera escachado, que, a su decir, el Buque demoró más de un cuarto de hora en sacar a Patita del agujero, hágase cuenta.

DR.— ¿Y qué me dices de tu nueva experiencia?

P. P.— ¿Cuál nueva?

DR.— La de la celda.

P. P.— ¿La de castigo, dice?

DR.— Claro.

P. P.— Bueno, o sea, bien. Angosta sí era. Y oscura, oiga. Pero, mire, hecho al túnel aquello se me hacía jauja.

DR.— ¿No te angustiaba la soledad?

P. P.— ¿De qué, oiga? Mejor.

DR.— ¿Te agradaba estar solo?

P. P.— Ande, ¿a quién no? O sea, yo me tumbaba en el petate y a imaginar, ¿se da cuenta? Que lo mismo daba en imaginar al Hibernizo florecido entre la nieve, o que miraba alentar las chimeneas del Humán desde el Crestón. Lo que fuera gustoso. Por lo demás, tranquilo, mire, que así descansé tres días de topear.

DR.— ¿Y una vez que volviste?

P. P.— Lo celebramos, mire.

DR.— ¿Tu regreso?

P. P.— ¡A qué ton mi regreso!, lo de la piedra, que el Capullo confirmó que era la piedra, o sea, que habíamos acabado el túnel, dese cuenta. Y don Santiago me felicitó por lo del Vegas, el haberle sentado, digo. Y luego mandó al Buque por chocolate, magdalenas y refrescos y lo celebramos.

DR.— ¿Recuerdas, Pacífico, qué día llegasteis a la piedra?

P. P.— Un veintiuno de noviembre, no se me olvida. O sea, ponga el veintidós porque fue de madrugada.

DR.— ¿No les entraron a tus compañeros prisas por escapar?

P. P.— Don Santiago nunca tenía prisas, doctor, ya se lo he dicho. Él quería hacer las cosas como es de ley, atar todos los cabos, como suele decirse. Ya ve, un veintidós de noviembre dimos con la piedra, y la fuga no fue hasta el seis de enero del año siguiente. Conque, eche cuentas. Casi dos meses aguardó todavía don Santiago. Pero esto, entre usted y yo.

DR.— Descuida, Pacífico.

P. P.— Además, todavía quedaba la piedra.

DR.— Pero eso sería cosa de poco.

P. P.— ¡Que se lo ha creído usted! Despegar la piedra nos llevó también más de dos semanas.

DR.— ¿Quitarla?

P. P.— Oiga, hágase usted cuenta que eso no podía hacerse de cualquier manera, que tampoco era cosa de echarla a rodar por el talud abajo, ¿entiende? O sea, había que despegarla y meterla para adentro con cuidado, talmente como la otra, girándola, como si fuera una puerta, ¿comprende?

DR.— ¿Y cómo lo conseguisteis?

P. P.— Con paciencia, mire, ésta es la derecha. De primeras, con la hoja de un cuchillo y, luego, con un alambre, royendo, como los ratones.

DR.— ¿Con un alambre?

P. P.— Un alambre, sí señor, que la hoja no pasaba del mango, natural, que la piedra era doble de gruesa, que la hoja del cuchillo, digo. O sea, meter la punta del alambre por la grieta y rascar, eso era todo. Pero que no vea, con el alambre ese se aguantaba poco. No se piense usted que sacábamos más de una bolsa cada turno; de tierra, digo. Y para remate, Patita, después de la avería, se puso de baja.

DR.— ¿Quedó lastimado?

P. P.— Eso no, no señor, como quedar, quedó bien, como usted y como yo. Lo único, la tirria, que dio en aborrecer de ello, ya ve.

DR.— Aborrecer, ¿de qué?

P. P.— Del túnel, mire, del agujero. Que era arrimarle al tapiz y ya se ponía loco. No hacíamos vida de él, créame.

DR.— Quedasteis tres, entonces.

P. P.— Mire, el Buque, el Capullo y yo.

DR.— ¿Y proseguíais al mismo ritmo?

P. P.— Sí señor, o sea, no. Una noche de cada cuatro, librábamos. La que correspondía a Patita.

DR.— Se me ocurre, Pacífico, que si en la celda había una ventana con una reja, ¿no hubiera sido más corto limar los barrotes? La amiga de don Santiago, o lo que fuera, podía haberos proporcionado todas las limas que hubieran hecho falta, ¿no?

P. P.— La ventana de la sala, querrá usted decir.

DR.— Bueno, como tú quieras, de la celda o de la sala, me es igual.

P. P.— Pero hágase usted cargo que el boqueras quedaba a un paso, pared por medio.

DR.— Podíais haberlo hecho de día.

P. P.— ¡Que se cree usted eso! Mañana y tarde el boqueras echaba una ojeada a la reja, a ver qué se cree. A la de nuestra sala y a la de todas. Y, luego, los barrotes, oiga. Si no tenían el grueso de mi brazo no tenían ninguno. Don Santiago ya estaba enseñado, no se piense que no, y si él dijo el túnel es porque no había otra proporción.

DR.— Está bien, hijo. De modo que tardasteis dos semanas en despegar la piedra, ¿no es eso?

P. P.— Día más, día menos. Lo que sí puedo decirle es que el Capullo vio luz por primera vez metidos ya en diciembre, la víspera de la Virgen.

DR.— Sería para él un acontecimiento.

P. P.— Calcule, que dice que al verla, la luz, digo, apretó los puños y se arrancó a llorar como un niño. Y así se estuvo hasta la hora del relevo.

DR.— ¿Fuiste tú detrás?

P. P.— A mí me tocó, sí señor.

DR.— ¿Y qué?

P. P.— ¿Que qué? Pues que daba gloria arrimar las narices a la rendija y respirar, oiga.

DR.— ¿Respirar el aire de la libertad?

P. P.— ¡A qué ton de la libertad! Respirar el aire, oiga. Que llevaba qué sé yo el tiempo encerrado en aquel agujero. O sea, uno afanaba con más brío

viendo aquella raya de luz, ¿entiende? Pero ya había que poner más cuidado. No vea los últimos días.

DR.— ¿Qué pasó los últimos días, Pacífico?

P. P.— Como pasar, nada de particular, doctor. Pero eso, que había que poner más cuidado. O sea, don Santiago dijo: Que no caiga fuera un cascote más grande que una uña, ¿se da cuenta? A ver, todos los miramientos eran pocos.

DR.— ¿Y por qué razón tantas precauciones?

P. P.— Los centinelas, mire.

DR.— ¿Es que podían veros los centinelas? ¿No estaban los centinelas en las almenas y los cubos del castillo?

P. P.— En Góyar, ni hablar. Andaban todos de la parte de fuera.

DR.— Pues será un caso único.

P. P.— Lo será, no digo que no. Pero allá en Góyar las garitas de los centinelas quedaban por la parte de fuera, o sea, rodeando el penal, dándole cara, ¿entiende? Una cada sesenta o setenta metros. Que muchas tardes, desde la galería de reposo, a falta de mejor cosa que hacer, mirábamos el relevo, el cabo guardia iba con uno y se llevaba al otro, ¿sabe? Así, de garita en garita. Se pasaba el rato.

DR.— ¿Es decir que las garitas estaban enfrente del castillo, todo alrededor?

P. P.— Dándole cara, ya le digo. Arriba, en la torre, sólo había el proyector y la ametralladora.

DR.— La fuga así sería más difícil, ¿no?

P. P.— Usted dirá. Por eso don Santiago decía que lo mejor era aguardar a un día de niebla, escurrirse entre dos centinelas aprovechando la niebla.

DR.— Pero de esa forma podían darse de bruces con uno de ellos. La niebla es muy engañosa, Pacífico.

P. P.— Muy falsa es la niebla, sí señor, muy traicionera, eso es cierto. Digo yo que por eso cambiaría de parecer don Santiago.

DR.— ¿Cambió de parecer?

P. P.— A ver qué vida. O sea, como venía la Navidad, se pensó que lo más prudente sería aprovecharse de ella.

DR.— Y escapar un día de fiesta, claro.

P. P.— No señor, todo lo contrario. O sea, don Santiago decía que todos los presos aguardan a la Nochebuena o la Navidad para largarse, con el barullo, ¿entiende? Conque los guardianes andaban sobre aviso en esas fechas, que

inclusive recibían instrucciones especiales. Así que don Santiago dijo que nos iríamos cuando menos lo esperasen. Por un ejemplo, luego de una fiesta, así que los centinelas anduvieran con la cabeza trascordada de comer y beber.

DR.— ¿De modo que una vez que despegasteis la piedra, don Santiago expuso sus planes?

P. P.— Aguarde. Luego de despegar la piedra, el Buque, el Capullo y yo nos tiramos otras dos semanas, que se dice pronto, ensanchando la salida del túnel, haciendo el «livin», ¿entiende?

DR.— ¿Al final del túnel?

P. P.— Talmente, sí señor, orilla la piedra del torreón.

DR.— ¿Con qué objeto?

P. P.— Mire, lo que don Santiago quería es que los cuatro cogieran en el «livin» el día de la fuga, y, a mayores, se salió con la suya. Pero no vea cómo trajinamos esos días. ¡Como yunques trabajamos, oiga!

DR.— Pero entraría ya algo de luz y de aire por las rendijas.

P. P.— Algo, dice. Mire usted, Góyar, para estas fechas, es peor que el Polo Norte, como yo digo. Menudas heladas, oiga. Así que yo, allí dentro, con la elástica por todo abrigo, esmorecido, natural. Era entrar allí y ya empezaba el vientre a darme guerra, que no lo dejaba. Y al día siguiente, tate, que ni tiempo de recobrarme tenía.

DR.— ¿Y el Patita? ¿Seguía sin poder ayudaros en nada el Patita?

P. P.— Patita ya le digo que dio en aborrecer de ello. O sea, Patita no volvió a entrar en el túnel hasta la noche de la fuga. Y para eso porque le empujamos. El que sí entró una vez fue don Santiago.

DR.— ¿Entró en el túnel don Santiago? ¿A trabajar?

P. P.— De inspección, no señor. Pero quedó complacido, ya ve. Y entonces mandó colocar allí las lías, las alpargatas, la ropa y todo lo que pudiera servirles, ¿se da cuenta? A raíz de eso, fuera del Capullo una mañana, nadie volvió a meterse dentro.

DR.— ¿Y para qué entró el Capullo?

P. P.— Para montar la piedra sobre un palo, de forma que pudieran girarla sin esfuerzo. El Capullo había hecho de barruco en su pueblo y conocía el oficio.

DR.— Y el resto de la cuerda, ¿no lo trajo la mujer de don Santiago?

P. P.— Ande, para esas fechas ya llevaba dos semanas en el «livin». La mujer de don Santiago, para que lo sepa, conforme se acercaban las fiestas, se

vino un día con la lía y un ropero completo, oiga. No vea: tabardos, mantas, abrigos, alpargatas. De todo; no lo lloró, no señor.

DR.— ¿Qué queríais hacer con toda esa ropa?

P. P.— Pues los bultos de los petates, ¿no comprende? O sea, el plan era largarse después del toque de silencio. Y si el boqueras asomaba la gaita, lo prudente era que viese los petates ocupados, ¿no?

DR.— ¿No se escamó la guardia al ver ese ropero?

P. P.— ¿A cuento de qué, oiga? Por esas fechas, ya se sabe, el que más y el que menos, un paquete, ¿entiende?, el que no era de casa, de caridad, natural. Conque los mandos ya sabían que el Buque y los otros no tenían posibles, ¿no?, mientras que don Santiago y su señora, por lo que fuese, que yo en eso no me meto, eran gente de posición. O sea que ella dejó dicho que las ropas para los compañeros de don Santiago, que el boqueras, con cachearla, registrar la ropa, digo, se dio por conforme.

DR.— ¿Cuándo os comunicó don Santiago sus planes?

P. P.— Mire, tal día como hoy, el Capullo colocó el gozne, ¿no? Bueno, pues tal día como mañana don Santiago empezó con las instrucciones.

DR.— ¿Qué instrucciones os dio?

P. P.— Bueno, oiga, cada noche hablaba de ello. Una vez que el Capullo puso el gozne, no se hablaba de otra cosa en la sala. Y don Santiago, una vez y otra, repetía las cosas y miraba para el Buque, ¿entiende? Que, para mí, que no se fiaba de él, o sea, se las temblaba. Y con razón, oiga, no vea hombre más ignorante.

DR.— Concretando, Pacífico, ¿qué fecha fijó don Santiago para la evasión?

P. P.— De primeras, el dos de enero.

DR.— ¿Es que cambió luego?

P. P.— Cambió, sí señor. La definitiva la marcó para el seis, o sea, la noche de Reyes.

DR.— ¿No era fiesta esa noche?

P. P.— Por mayor, para los reclusos, no señor. Pero para los mandos y los boqueras, sí. O sea, ese día no era día de barullo en el penal, aunque los boqueras y la guardia sí lo celebraran por su cuenta, ¿entiende? Que, inclusive, al decir de don Santiago, ese día se reducía el servicio, que el que más y el que menos tenía familia en casa, a ver. Conque esa noche, con la resaca de las fiestas, el personal andaría abotargado y, además, no había luna. O sea, la cosa era bien sencilla, ¿no? Bueno, pues el Buque, dale, doctor, ¿hay

niebla esa noche, don Santiago?, que don Santiago, no vea hombre más paciente, olvídate de la niebla, Buque, ya no importa la niebla, ¿se da cuenta?

DR.— Ya.

P. P.— Bueno, pues lo primero, al decir de don Santiago, conforme tocasen silencio, era armar los bultos en los petates, ¿entiende?, que, la piedra de abajo, la de la sala, digo, ya estaría corrida, o sea, luego de la retreta, la correría el Capullo, y el hueco quedaría tal que así, cubierto por el tapiz, ¿comprende? Conque, en un momento, todos adentro, del túnel, digo.

DR.— ¿Y el vigilante? ¿No quedaba el vigilante pared por medio?

P. P.— Aguarde. El boqueras, luego de tocar silencio, daba la ronda por la galería, todo alrededor del patio, que iba de una sala a otra llamando la atención del personal para que callaran la boca. Y había salas, como la de San Vicente pongo por caso, con más de veinte, donde nunca faltaba un patoso que alborotara, natural. Conque, entre unas cosas y otras, el boqueras demoraba un cuarto de hora o veinte minutos en llegar a nuestra sala, a la mirilla, digo, o sea, en hacer la ronda. Para entonces, al decir de don Santiago, todos andarían ya dentro del túnel. Pero, por un por si acaso, irían descalzos, que en el «livin» habían puesto las alpargatas, y don Santiago se arrancaría a toser y no lo dejaría mientras no acabaran, ¿se da cuenta?

DR.— ¿No te asignó a ti don Santiago algún papel especial?

P. P.— Ande, a ver; yo andaría en la mirilla mientras ellos armaban los muñecos en los petates. Para vigilar al boqueras, ¿comprende? Luego, así que el boqueras asomase, yo estaría de pies, aposta, en medio la sala, que por los bultos de los petates él se pensaría que los otros andaban ya acostados. Entonces él, el boqueras, digo, me reprendería, como de costumbre, a ver, venga, aviva, Seminarista, ya es hora, ¿se da cuenta? Conque, en éstas, yo, sin prisas, me metería en el petate delante suyo, y el boqueras se iría tranquilamente a descabezar una siesta.

DR.— Y los del túnel, ¿qué?

P. P.— Bueno, ellos aguardarían en el «livin» hasta la hora del relevo.

DR.— ¿El relevo de la guardia?

P. P.— De la guardia, talmente, sí señor. La guardia relevaba a las horas pares, de forma que si el toque de silencio, por un ejemplo, era a las nueve, ellos aguardarían en el «livin» hasta las diez.

DR.— Y a esa hora, ¿qué harían?

P. P.— Correr la piedra, pinarla, para que no pasara por el hueco, amarrar la soga y a correr.

DR.— ¿Quién bajaría primero?

P. P.— Don Santiago, a ver.

DR.— ¿Y por qué don Santiago?

P. P.— Él dirigía, ¿no? A ver si me explico. Don Santiago bajaría primero y, una vez en el foso, pegaría tres tirones de la soga. Entonces Patita, que iba detrás, al sentirlos, los tirones, digo, bajaría. Y así que llegara al foso, don Santiago pegaría otros tres tirones y bajaría el Buque. Y detrás, pues, el Capullo.

DR.— Y tú, ¿mientras tanto?

P. P.— Tranquilo, mire, en el petate.

DR.— ¿No temía don Santiago que te hicieran cantar al día siguiente?

P. P.— Le traía sin cuidado. Vamos, eso me dijo. O sea, que cantara o no cantara, a cosa pasada, no le daba frío ni calor.

DR.— ¿Estás seguro?

P. P.— Ande, ¿y por qué había de engañarme?

DR.— Entonces, ¿por qué crees que luego hizo lo contrario de lo que pensaba o de lo que te había dicho?

P. P.— ¡Qué cosas, oiga! Porque todo se enredó. Que si el boqueras no asoma la gaita no hubiera pasado nada, ¡de qué! Pero no sé qué mala idea le dio que, contra costumbre, se vino primero donde nosotros y todo se escachó.

DR.— Está bien, Pacífico. Una vez los cuatro en el foso, abajo, ¿qué pensaban hacer?

P. P.— Emprenderla a correr por él, por el foso, digo. Allí abajo malamente podían verlos, ¿no? Así que darían vuelta al torreón y seguirían corriendo hasta llegar donde la enfermería, de la parte afuera. Don Santiago calculaba, así, a ojo, que a las diez y media podrían andar los cuatro allí, ¿sabe? De forma que todavía tenían hora y media por delante hasta el siguiente relevo.

DR.— ¿Y cómo pensaban franquear la línea de centinelas?

P. P.— Pues ahí estaba el chiste, oiga. O sea, desde la galería de reposo, ¿se da cuenta?, se veía la enfermería. Y, de la parte afuera, un arroyo seco, una escombrera y cuatro chaparros, que lo mismo podían ser pimpollos que enebros, que a esa distancia ni se podían distinguir. Bueno, pues para que se haga una idea, los árboles esos quedaban entre medias de dos garitas, que si había treinta metros de un lado, treinta había del otro. Promediados, a ver si me entiende. Bueno, pues don Santiago se agarraba al Buque y lo mismo se tiraba cuatro horas enseñándole, primero, el arroyo, luego la escombrera y, después, los pimpollos, ¿comprende? Y a la noche menuda juerga, oiga, le

examinaba pero que no acertaba, el Buque, digo, que no era capaz de repetir las palabras por orden, hombre más ignorante.

DR.— ¿Y los demás?

P. P.— De carrerilla, imagine.

DR.— ¿Se enfadaba don Santiago?

P. P.— Ni por asomo, oiga. Como quien enseña a un niño. Papel y lápiz y a dibujárselo. Y así horas y horas, que no vea la paciencia que se gastaba.

DR.— Pero el arroyo y la escombrera quedarían a la vista de los centinelas, ¿no es así?

P. P.— Así es, sí señor. Por eso tenían que alcanzar los pimpollos andando con los codos y las rodillas, sin ponerse de pies. A la rastra, talmente como las culebras.

DR.— ¿Y eso sí lo entendía el Buque?

P. P.— Qué hacer, eso sí. Inclusive por las noches, sin meter ruido, yo me ponía a la mirilla y ellos se enseñaban a andar así. ¡Y no vea el Buque qué maña se daba! El que más aguantaba, oiga, pero con mucho.

DR.— ¿Es decir, que del foso a los pimpollos habían de ir reptando de uno en uno?

P. P.— De uno en uno, sí señor, tal como usted dice.

DR.— ¿Y pensaban reunirse de nuevo allí, en los pimpollos?

P. P.— Eso, no señor. O sea, de que salieran del foso, cada uno había de hacer por él, arrastrarse hasta la cerviguera, los primeros robles, para que me entienda. Una vez allí, a cosa de trescientos metros del penal, ya podían alzarse, subir la cuesta, cruzar la vaguada, trepar la otra cerviguera, atravesar el camino y un bosquecillo de hayas hasta tropezar con la vía, ¿comprende? Que ya en la vía, no tenía pierde, que, al decir de don Santiago, bastaba echar a mano derecha, orilla de ella, hasta el túnel. Y allí, en la boca del túnel, es donde debían juntarse todos otra vez, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Cómo era posible meter todo eso en la cabeza del Buque?

P. P.— Bueno, don Santiago lo dejaba un poco a su caer, ¿me entiende? Don Santiago se conformaba con que el Buque orillara a los centinelas. Por eso le decía todo el tiempo: el arroyo, la escombrera y los pimpollos, Buque, ¿te enteras? Y el Buque que sí, que se enteraba, pero hasta el día la víspera no fue capaz de repetirlo.

DR.— Esto significa que, una vez burlados los centinelas, don Santiago se desentendía del Buque.

P. P.— No señor, no la líe. El Capullo iba a su cuido. Que el Capullo iba cerrando marcha, de cabo chuletas como suele decirse. Y una vez en la cerviguera, orilla los robles, el Capullo se haría cargo. O sea, así que pudieran ponerse de pies, el Capullo y el Buque la emprenderían a correr juntos por el sardón hasta alcanzar el túnel.

DR.— ¿Cómo conocía don Santiago los accidentes que había en los alrededores del penal?

P. P.— Por el mapa, mire.

DR.— ¿Tenía un mapa?

P. P.— Ande, a ver, eso siempre, desde que yo ingresé. Un mapa de esos que usan los ingenieros, ¿sabe?

DR.— ¿Un plano cartográfico?

P. P.— Así creo que les dicen, sí señor.

DR.— Pero por un plano cartográfico difícilmente podía saber si en las laderas había roble o encina, o si detrás había un bosque de hayas, ¿no?

P. P.— Mire, la cerviguera bien claro la veíamos nosotros; desde la galería, digo. En cuanto a las hayas y esas cosas, digo yo que se lo explicaría ella.

DR.— ¿La mujer?

P. P.— Ya ve quién va a ser.

DR.— Dime, Pacífico. Y una vez en el túnel, ¿qué pensaban hacer?

P. P.— Agarrar el mixto de la una y cinco.

DR.— ¿Había un tren a esa hora?

P. P.— Atienda. Al decir de don Santiago, era un mixto de cercanías. O sea, cada noche, a la una y cinco, minuto más, minuto menos, le sentíamos resollar, ¿entiende? Que el mixto ese entraba en el túnel al paso, y ellos, don Santiago y toda la tropa, digo, treparían a un vagón de mercancías y allí, tan ricamente, hasta Madrid. ¿Se da cuenta?

DR.— ¿No temía don Santiago que descubrieran la evasión antes de esa hora?

P. P.— De qué, no señor, imposible. Hasta la diana no tenían por qué descubrirla.

DR.— Pero los vigilantes…

P. P.— Por mayor, el boqueras relevaba a la una. A esa hora, y luego a las cuatro, daba una vuelta por la galería, ¿entiende? Pero por rutina, no se piense, que muchas noches ni se molestaba.

DR.— ¿No entraba en las salas?

P. P.— De eso puede usted estar seguro. De no ser que alguno se pusiera enfermo, entiéndame. O sea, ellos hacían la ronda por rutina, como suele decirse. Entonces, don Santiago me encargó que, para la ronda de la una, yo cambiase de petate, metiera un rebujo de ropa en el mío y rebullera, ¿comprende? Que lo que don Santiago quería es que los boqueras no encontrasen siempre despierto al mismo, o sea, no recelaran.

DR.— Ya.

P. P.— La cosa estaba bien traída, no crea que no. Que estoy por apostar que don Santiago no se olvidó ni de la yerba donde debían poner los pies. Todo se lo tenía aquí, en la cabeza, que no había cosa que no se le alcanzase, oiga. Con decirle que cada noche, conforme daba la una, les zarandeaba a los tres, para que escucharan el pito del tren, está dicho todo.

DR.— ¿El del mixto?

P. P.— A ver. El que tenían que coger.

DR.— Y a ti ¿no te despertaba?

P. P.— A mí, no señor. Ya ve qué pintaba yo en eso.

DR.— ¿Cómo lo sabes, entonces? ¿Es que, para esas fechas ya no dormías bien?

P. P.— Pues, no señor, la verdad. Desde que me metieron en estos trajines yo no dormía como antes, dónde va, no paraba tranquilo, qué sé yo, los nervios, o lo que fuera, pero como un dominguillo. Y luego, con las fiestas, las Navidades, digo, no vea. Allí vería a don Santiago, hay que meter más bulla que nadie. Y para qué querían más, calcule, de la mañana a la noche voceando, con las panderetas. Que el Capullo no paraba, que estaba en todas las salsas, como el ajo y el perejil. Y tenía buena voz, el condenado. O sea, los boqueras, que a dirigir el coro, ¿entiende? Pero ellos estaban a lo que estaban, los boqueras, digo, que no nos quitaban ojo, oiga, con disimulo, eso sí. Y don Santiago detrás del Buque, ni a sol ni a sombra, Buque, tenlo presente, el arroyo, la escombrera y los pimpollos, ¿entiendes? Que el otro, sí señor, pero ni cuenta se daba de lo que decía. Y para remate, de vísperas, se cae y se tronza un hueso. Lo que faltaba para el duro, vamos.

DR.— ¿Se cayó el Buque la víspera?

P. P.— Bueno, la víspera es un decir. Se cayó cinco días antes, el treinta y uno de diciembre, el cabo de año, ya ve qué ocurrencia. Y no vea cosa más tonta, escaleras abajo, como un fardo. Que para mí que andaba con dos copas, si no, no se explica. Ya ve, le tuvieron que agarrar entre cuatro y a la enfermería, que no vea las penalidades que pasamos.

DR.— ¿Por tener que aplazar la evasión?

P. P.— Eso era lo de menos, doctor. Don Santiago nunca tenía prisa. Lo que recelaba don Santiago, y con razón, era que el Buque soltara el mirlo, ¿entiende? Que era muy charlatán el Buque, oiga.

DR.— ¿Y tardó mucho en regresar?

P. P.— ¿El Buque a la sala?

DR.— Claro.

P. P.— A los tres días, ya ve. Pero que se nos hicieron como tres años. Que don Santiago no sabía qué inventar. Para tenernos entretenidos, digo. Imagine, los nervios. Que entonces fue cuando se le alcanzó hacer una baraja con una caja de zapatos, ¿se da cuenta? Que no vea qué arte se dio. Que al Capullo todo se le volvía decir: al caballo de oros le ha sacado usted talmente, con la misma cara de gilipollas. Por él, ¿entiende?, o sea, por el que va montado, que ya lo creo que estaba propio. Menuda juerga nos trajimos a cuenta de eso.

DR.— ¿Y jugabais a las cartas?

P. P.— ¡Ande, qué remedio! Menos a la tarde, que andábamos en la galería, al abrigaño, todo el día de Dios dándole a las cartas. Que don Santiago decía: Al primero que haga cien tutes, le pagan una comida los demás, ¿se da cuenta? Para cuando se largaran, a ver.

DR.— Es decir, don Santiago ya contaba contigo.

P. P.— No señor, eso lo dice usted. Don Santiago quería entretener a Patita y al Capullo. De mí se fiaba más.

DR.— ¿Quién ganó los cien tutes?

P. P.— Ni nos dio tiempo de terminar, oiga. Antes llegó el Buque.

DR.— ¿Qué le había ocurrido?

P. P.— Lo peor, mire. El peroné tronzado, el derecho.

DR.— ¿No andaba?

P. P.— Qué hacer. O sea, tal que así, de rodilla abajo, le pusieron un yeso duro como una piedra. Que lo mismo pesaba cinco kilos el yeso ese, oiga, no vea. Pero a los dos días, como si nada, con dos bastones corría por el patio como una liebre. Dios Padre me perdone, doctor, pero el Buque ese era más bruto que la pila un pozo.

DR.— ¿Así que se desenvolvía bien?

P. P.— Como usted y como yo, mire.

DR.— ¿Qué dijo don Santiago?

P. P.— Así, de primeras, le anduvo sonsacando. Por ver si se había ido del pico, ¿comprende?

DR.— ¿No había hablado?

P. P.— Al decir de él, del Buque, digo, en tres días no abrió la boca más que para comer. Que entonces don Santiago le propuso aplazar la fuga si no estaba en condiciones.

DR.— ¿Qué respondió el Buque?

P. P.— Que si ellos, o sea, los otros, no iban, él se largaba solo. Ya ve usted qué salida.

DR.— ¿Y don Santiago?

P. P.— Calcule, ni le dejaba parar quieto. O sea, desde que dijo eso, a cada rato detrás suyo, que lo que quería era enseñarle a valerse, ¿entiende? Y por las noches, en la sala, a andar a la rastra. Que usted no lo creerá, doctor, pero con el hueso tronzado y el yeso, aguantaba más que todos ellos.

DR.— ¿Confirmó entonces don Santiago la fecha del seis de enero?

P. P.— Qué hacer sino confirmarla.

DR.— Y a medida que se aproximaba el día, ¿no tomó alguna nueva disposición?

P. P.— Mayormente, que yo sepa, no señor. Lo único que como todos daban en pintarle en el yeso al Buque, él, don Santiago, digo, le dibujó allí el arroyo, la escombrera y la pimpollada, ¿entiende?, para que se lo estudiara. Por lo demás, al decir de don Santiago, él bajaría uno de los bastones del Buque y el Capullo el otro. Fuera de eso, harían las cosas tal y como lo habían planeado.

DR.— Las vísperas serían muy inquietas, ¿no es así, Pacífico?

P. P.— No se piense, doctor. O sea, la noche antes, don Santiago les tuvo a todos despiertos hasta la una y, de que se oyó el pito del tren, les dijo: Mañana tomaremos ese tren, ¿habéis oído? Y no dijo más, oiga, aunque yo me sé que se las temblaba con el Buque.

DR.— ¿Y al día siguiente?

P. P.— Al día siguiente, como si tal cosa, oiga, como uno más. Lo único que don Santiago no se movió del petate. Pero esto no era raro en él, ¿entiende?

DR.— Está bien, Pacífico. Vamos con la fuga.

P. P.— Me parece que le llaman, doctor.

DR.— ¿A mí? ¿Que me llaman a mí? ¿Ahora?

P. P.— En la puerta, digo, sí señor. Han pegado con los nudillos.

DR.— ¿Qué hora es?

P. P.— A saber.

DR.— Pero si son más de las tres, Pacífico. ¿Te importa que dejemos la charla para mañana?

P. P.— Mire, por mí… Yo no tengo prisa.

PACÍFICO PÉREZ.— ¿Era algo grave lo de ayer, doctor?

DR.— Lo de siempre, Pacífico. Gajes. ¿Qué tal has dormido?

P. P.— Así, así, ya ve. Como de costumbre.

DR.— ¿Tuviste pesadillas?

P. P.— No señor. ¿A cuento de qué?

DR.— De lo que hablamos, ¿no?

P. P.— Eso ya pasó, mire.

DR.— ¿Recuerdas dónde dejamos nuestra conversación?

P. P.— Qué hacer no recordarme.

DR.— Empezabas a hablarme de la fuga cuando nos interrumpieron, ¿no es eso?

P. P.— Así es, sí señor.

DR.— Está bien. Cuenta.

P. P.— ¿Y qué quiere que le cuente?

DR.— Todo, Pacífico. Desde el principio. Si no me equivoco habíais convenido poneros en movimiento con el toque de silencio, tan pronto el vigilante iniciara la ronda, ¿no es así?

P. P.— Así es, sí señor.

DR.— ¿Y lo hicisteis?

P. P.— Natural.

DR.— ¿Como lo habíais pensado?

P. P.— Tal cual, doctor.

DR.— Pero dime. Tu misión consistía en asomarte a la mirilla y vigilar al vigilante, ¿lo cumpliste?

P. P.— A ver, sí señor.

DR.— ¿Y qué?

P. P.— Pues eso, les avisé, doctor.

DR.— Pero les avisaste, ¿de qué?

P. P.— Pues eso, oiga, de que el boqueras empezaba la ronda.

DR.— ¿Cómo les avisaste?

P. P.— Levantando la mano derecha, tal como habíamos acordado.

DR.— ¿Había corrido la piedra ya el Capullo?

P. P.— Iba para rato, cuando la retreta.

DR.— Bueno, habla. Tú levantaste la mano. ¿Qué hicieron ellos?

P. P.— Descalzarse, eso lo primero.

DR.— ¿Y luego?

P. P.— Pusieron los zapatos en el petate y se fueron donde las taquillas.

DR.— ¿Para coger la ropa?

P. P.— Para eso, sí señor.

DR.— No estás muy explícito esta noche, Pacífico. ¿Te sucede algo?

P. P.— ¿A mí? No señor.

DR.— Bien, sigue. Metieron la ropa bajo las mantas simulando que dormían, ¿verdad?

P. P.— Eso hicieron, tal cual. Pero antes don Santiago decidió otra cosa. O sea, escaparse en camisa y calzoncillos.

DR.— ¿Sin ropa de abrigo?

P. P.— Ya ve, medio en pelotas.

DR.— Pero ¿por qué razón?

P. P.— Mire, a la atardecida del día cuatro se puso la nevisca y no lo dejó en dos días. Así que al amanecer del seis, estaba el campo más blanco que la pared.

DR.— Y don Santiago temería que resaltaran mucho sobre la nieve, ¿no es así?

P. P.— Talmente, sí señor.

DR.— ¿Y nadie objetó nada?

P. P.— ¿Cómo dice?

DR.— Quiero decir que si ninguno protestó,

P. P.— Lo que él mandaba, don Santiago, digo, iba a misa. Así que nadie rechistó.

DR.— Bien, continúa. Se pusieron a hacer los rebujos, ¿qué más?

P. P.— De más, nada, ya ve. Que ni tiempo de terminar tuvieron.

DR— ¿Qué ocurrió?

P. P.— Eso quisiera saber yo, mire. O sea, el boqueras, yo no sé qué idea le dio que se volvió. Y en lugar de caminar galería arriba como cada noche, pegó media vuelta y se vino donde nosotros. El porqué no lo sé.

DR.— Pero ¿es que hicisteis ruido o algo que pudiera llamarle la atención?

P. P.— ¡Qué va, que no señor! De ruido, nada. Qué se yo, esas cosas, la corazonada.

DR.— Menuda situación. ¿Qué hiciste tú?

P. P.— Imagine, ¡que viene!, ¿comprende? Les chistaba, ¡ojo, que viene! Que inclusive levanté la voz y todo.

DR.— ¿Y ellos?

P. P.— Bueno, ellos. De cabeza al petate, a ver. Por la cuenta que les tenía.

DR.— ¿Todos?

P. P.— Esto ¿va a quedar entre usted y yo, doctor?

DR.— Por supuesto, Pacífico,

P. P.— ¿Seguro?

DR.— ¿No crees en mi palabra?

P. P.— Bueno, pues don Santiago, no señor, no se metió en el petate.

DR.— ¿Qué hizo don Santiago?

P. P.— Don Santiago agarró la barra y se puso arrimado a la pared, orilla la puerta.

DR.— ¿Quién era el vigilante?

P. P.— ¿Quién iba a ser? El Vegas.

DR.— ¿Por qué tenía que ser el Vegas?

P. P.— ¡Qué sé yo! Este hombre tenía la negra con nosotros, oiga. El día del plante de los retretes, él de servicio. El día que se atascó Patita en el túnel, tal cual. Y lo chusco es que no era mal prójimo el Vegas ese, oiga, pero por pitos o por flautas siempre le tocaba la china.

DR.— Dime, Pacífico, la barra que enarbolaba don Santiago, ¿de dónde procedía?

P. P.— ¡Ah, no me diga! La barra esa estaba en la sala desde siempre, o sea, desde que yo ingresé. Pero me recuerdo que la noche esa, don Santiago le amarró un tapabocas en la punta.

DR.— ¿Para que no se oyeran los golpes?

P. P.— Eso me pienso yo, pero no me haga mucho caso.

DR.— Bien. ¿Qué hizo el vigilante?

P. P.— Se arrimó orilla la puerta y, de primeras, miró dos veces por la mirilla. Luego metió la llave y conforme la metió, don Santiago amagó con la barra, ¿entiende? Pero esto, entre usted y yo, doctor.

DR.— Descuida, Pacífico. ¿Y por qué crees tú que el vigilante se decidió a entrar? ¿Es que en el petate de don Santiago no hacía bulto la ropa?

P. P.— Dejaría de hacer, oiga. Pero digo yo que estaría mal hecho, o que el Buque con la ropa dentro abultaría de más. ¿Quién puede saberlo, doctor? Lo único que al boqueras le dio la escama, por lo que fuese, eso le perdió.

DR.— Cuenta.

P. P.— Pues eso, mire, fue él y dio vuelta a la llave, ¿entiende? Que no vea el postillón que se me armó arriba del pecho. O sea, en lo que demoró el entrar, el Vegas digo, ni respirar podía. Conque no había puesto el pie en la sala y don Santiago le atizó un porrazo que lo tumbó, así. Todo visto y no visto, oiga, en menos tiempo de lo que tardo en decirlo.

DR.— ¿Murió en el acto el vigilante?

P. P.— A saber, oiga. Yo, cuando le agarré del brazo para esconderle en mi petate, todavía le latían los pulsos, eso fijo. O sea, en lo que le movimos y le tapamos con las mantas debió de morir el hombre.

DR.— Cuando os metisteis en el túnel ya estaba muerto, ¿verdad?

P. P.— Sí señor, eso fijo, con toda seguridad. Que don Santiago le miró el ojo y le escuchó el corazón y dijo que nada, que las había doblado.

DR.— ¿Y me puedes decir, Pacífico, por qué razón le metisteis en tu petate y no en otro?

P. P.— Fácil, mire. Era el único libre, los demás tenían ropa.

DR.— ¿Y no podíais haberla cambiado?

P. P.— Qué hacer, por poder… Pero usted me dirá, en el alboroto que se armó, qué lo mismo daba un petate que otro.

DR.— ¿Es que don Santiago perdió la serenidad?

P. P.— No señor, él no. Don Santiago, tan terne. Usted no le conoce. Pero todo cambió, natural. Que el que más y el que menos se las temblaba en ese momento, a ver.

DR.— ¿Hizo mucho ruido el vigilante al caer?

P. P.— Ruido no, de qué. Ya ve usted qué ruido puede hacer un hombre al caer en unas losas, menudo como era, además, el Vegas. En cuanto al golpe, menos, mire, que don Santiago tuvo buen cuidado de atizarle con la parte del tapabocas. O sea, de eso que se piensa, nada, lo que pasa, para que usted me entienda, es que la cosa empezaba mal, que no contábamos con ello, vaya.

DR.— ¿Y dónde pensaba don Santiago que tú te metieras si habíais puesto el cadáver del vigilante en tu cama?

P. P.— Ya me lo dijo, oiga. Don Santiago, digo. O sea, conforme cargamos con el muerto, me dijo, dice: Apura, Seminarista, tú te vienes con nosotros.

DR.— Es decir, que automáticamente te incorporó a la fuga.

P. P.— A ver, sí señor.

DR.— ¿Y tú?

P. P.— Yo le dije que nones.

DR.— ¿Le dijiste que no ibas?

P. P.— Así se lo dije, sí señor. Que yo estaba a gusto allí y que no.

DR.— ¿Qué te respondió?

P. P.— ¿Don Santiago?

DR.— Naturalmente, hombre, don Santiago.

P. P.— Bueno, me dijo, dice: Lo siento, Seminarista, no hay opción. Así me dijo, ¿se da cuenta?

DR.— Pero tú insististe, ¿no es eso?

P. P.— Así es, sí señor, yo porfié que me quedaba.

DR.— ¿Se enfureció él, don Santiago?

P. P.— ¿Enfurecerse? No señor, tranquilo, con todo aplomo. Lo único que agarró la barra y me dijo: Rápido, Seminarista, decide. Si no vienes, tendré que golpearte.

DR.— ¿Con la barra? ¿Te amenazó con darte con la barra?

P. P.— Con la barra, natural.

DR.— ¿Es decir que te fugabas o te mataba?

P. P.— Él nunca habló de matarme, no la líe.

DR.— Tú me dirás.

P. P.— Bueno, oiga, ésas son cosas suyas. Él sólo dijo, don Santiago, digo, que me largaba o tendría que sacudirme.

DR.— ¿Y no te explicó? ¿No te dio una razón?

P. P.— La dio, sí señor.

DR.— ¿Qué te dijo?

P. P.— Pues eso, que ahora no le interesaba que cantase y si me quedaba me harían cantar.

DR.— ¿Qué decidiste, entonces?

P. P.— Por mayor, todavía porfié un poco, poca cosa, no crea, pero de que él amagó con la barra, don Santiago, digo, enseguida me determiné.

DR.— ¿Qué le dijiste?

P. P.— Que de acuerdo, que me largaba con ellos.

DR.— Y os fuisteis todos al túnel.

P. P.— Bueno, vamos, o sea, de primeras, don Santiago trancó la puerta de la sala y se colgó las llaves. Luego, sí, levantó el tapiz y se metió dentro. Del agujero, digo.

DR.— ¿Y tú? ¿En qué lugar ibas tú?

P. P.— Don Santiago ordenó que en el medio. Desconfiaba, a ver. O sea, yo debía entrar después de Patita y primero que el Buque.

DR.— ¿Dejabais la sala en orden?

P. P.— En orden, sí señor, curiosa, que el Vegas ni sangró ni nada. Lo malo fue al tocarle el turno a Patita, ya ve, que ninguno había pensado en ello.

DR.— ¿Qué ocurrió?

P. P.— Que gritó, ¿le parece poco?

DR.— ¿Gritó? Pero ¿gritó fuerte?

P. P.— Con toda su alma, mire.

DR.— ¿Para avisar a los vigilantes?

P. P.— De qué, no señor. Lo que pasa es que Patita, desde que se quedó privado, dio en aborrecer de ello, del túnel, digo. Que estas cosas son así, oiga. Que yo me recuerdo del Krim, el perro de casa, de que el Abue le construyó una perrera nueva, él que no, el Krim, digo, que dio en aborrecer de ella, por lo que sea, y que no entraba ni por cuanto hay. Y se pasaba las noches orilla de ella, aullando como un poseído, ¿entiende? Pues a Patita, tal cual.

DR.— ¿Le obligasteis?

P. P.— ¡Mire! O sea, el Capullo se llegó donde él y le sacudió dos moquetes. Pero bien dados, no crea usted que por broma. Luego, quieras que no, le agarró la cabeza y se la metió dentro, del túnel, digo. Total, que con unas cosas y otras demoramos más de la cuenta, que yo pensaba para entre mí, nos agarran antes de bajar.

DR.— ¿Es que subió alguien a la sala?

P. P.— Según parece, no señor, nadie.

DR.— ¿Cómo es posible, Pacífico, si el Patita dio el alarido que dices, que no cundiera la alarma?

P. P.— Por mayor, andaban acostumbrados, oiga, que allí el que no soñaba alto, roncaba o voceaba, ¿entiende? Ya ve usted Patita. Pues así todos. O sea, si el boqueras no daba razón, en el centro de vigilancia, ni caso, natural. Por un decir, ellos confiaban en el boqueras de cada galería, y mientras el boqueras no chistara, pues como si no.

DR.— Ya. Así que os encerrasteis y a aguardar.

P. P.— A ver, mire. Pero como el «livin» estaba hecho para cuatro, el último, o sea, el Capullo, se quedó dentro del túnel, que sólo asomaba la gaita, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Qué os dijo don Santiago una vez reunidos?

P. P.— Que serenidad. Que las cosas se habían complicado un poco, pero que serenidad. Que con los nervios sueltos no íbamos a ninguna parte, ¿entiende? Y allí vería, como sardinas en banasta, a oscuras, las rodillas del uno contra las rodillas del otro, no cogíamos, oiga. Y luego, el yeso del Buque.

DR.— ¿No aludió don Santiago a tu incorporación?

P. P.— Qué hacer. Me preguntó si tenía alguna duda.

DR.— ¿Y qué?

P. P.— Pues que no, a ver. Después de repetírselo al Buque más de mil veces, ya ve usted qué duda iba a tener.

DR.— ¿Nada más?

P. P.— Por mayor, no señor, o sea, sí. Habló de la nieve, que la nieve es muy traicionera, ¿se da cuenta?, y que ojo con el arroyo, la escombrera y los pimpollos, que siguiéramos la huella que él dejaría. Y allí, en la oscuridad, yo ni veía al Buque, ¿entiende? Sólo le sentía gruñir. Conque, al cabo, don Santiago, así que nos sintió más tranquilos, que la novedad más importante era la muerte del boqueras. Que con el boqueras muerto, lo más tarde que descubrirían la fuga sería cuando el relevo, o sea, a la una. Y que a esa hora andaríamos en la vía cogiendo el tren, ¿se da cuenta? Así que don Santiago dijo que había que cambiar los planes, que lo mismo registraban el tren en cualquier estación o al llegar a Madrid. Así que debíamos dividirnos, cada quién hacer por él. Por un ejemplo, uno podía apearse en un pueblo, otro agarrar otro tren en cualquier apeadero, pero el que determinase llegar a la capital, debería tirarse en marcha antes de que el tren entrase en la estación. Que a mí el Buque no se me quitaba del pensamiento, oiga, cómo se las iba a apañar, pero allí todos que bien, que de acuerdo, que habían entendido, ¿se da cuenta?

DR.— Y el Patita, ¿no estaba nervioso?

P. P.— Una vez que se acomodó, no señor. El único el Buque, rutaba todo el tiempo. No podía parar quieto, no le dejaba el genio.

DR.— ¿Le tranquilizabais?

P. P.— Natural, ¿no?, por la cuenta que nos tenía. Allí vería a don Santiago, quieto, Buque; aguarda, Buque; calma, Buque. Como puede hablársele a un perro, tal cual. Pero a él, al Buque, digo, se le ponía blanco el ojo, el revirado, que le brillaba en lo oscuro como los de los gatos.

DR.— Ya.

P. P.— Pero lo peor, oiga, es cuando al Buque le dio por preguntar: ¿Qué es un pimpollo? Ya ve qué salida, un mes enseñándole para esto.

DR.— ¿Qué le dijo don Santiago?

P. P.— Que se olvidara de los pimpollos y se fuera a la rastra por la huella que dejáramos en la nieve él, Patita y un servidor.

DR.— ¿Y tú? ¿Qué pensabas tú en ese trance, Pacífico?

P. P.— Como pensar, nada. ¿Qué quiere usted que pensase?

DR.— Pero ¿cómo te sentías?

P. P.— Contrariado, ya ve.

DR.— ¿Por la fuga?

P. P.— A ver. Yo estaba asentado allí, ¿comprende? Y, de repente, ¡hala!, con la música a otra parte.

DR.— Te molestaba que te forzaran contra tu voluntad.

P. P.— Algo parecido a eso digo yo que sería.

DR.— Pero ¿estabas sereno?

P. P.— Ande, eso sí, doctor, ¿por qué no había de estarlo? Lo único el frío, ya ve. Que pasados los nervios de la sala, con lo del boqueras Vegas y todo eso, allí, en el «livin» ese, se quedaba uno esmorecido. Y el vientre, hágase cuenta, no hacía vida de él.

DR.— ¿Te habías quitado la faja?

P. P.— No señor, la faja estaba en su sitio, pero con todo. Era muy frío y muy húmedo aquello.

DR.— Pero duraría poco la espera, ¿no?

P. P.— Mire, como cosa de media hora. Al cabo de ella, don Santiago mandó volver la piedra y que calláramos la boca. Que entonces fue cuando le dio al Capullo por chascarse los huesos de los dedos. ¡Ya ve qué ocurrencia! Cosas de los nervios, ya se puede usted imaginar. Conque, al rato, sentimos al cabo con el relevo para la garita orilla la olma, frente por frente del torreón, o sea, que eran las diez. Así que don Santiago mandó pinar la piedra y amarrar la lía. Luego dijo que nos pusiéramos las alpargatas, ¿entiende?, que entonces me di yo cuenta de que para mí no había alpargatas, que el Buque se las puso inclusive en el pie lastimado. O sea, que tenía que largarme descalzo, hágase cuenta, con la nieve que caía, unas cimarras como platos. Conque aún aguardamos hasta que pasó el cabo con el relevo de la pimpollada, o sea, el último. Que volver el cabo y saltar fuera don Santiago fue todo uno. Y que «suerte», ¿se da cuenta? Que él se bajó un bastón del Buque, don Santiago, digo, y que aguardáramos a los tirones.

DR.— ¿No se le oía bajar a don Santiago?

P. P.— No señor, ni a él ni a nadie. Con las alpargatas, mire. Cuánto más a un servidor, descalzo.

DR.— ¿Esperasteis a los tirones?

P. P.— Natural. Desde que bajó. Pero demoraban más de la cuenta y el Buque se ponía de malas, que era muy morugo el Buque, que todos, quieto, Buque, aguarda, Buque, y él, dale, rutando, que ni sé cómo le pudimos sujetar, que era un hombre que aburría a las ovejas, oiga, menos mal que, a poco, Patita sintió los tirones y se fue para abajo y yo me puse en el hueco y agarré la lía. Así hasta que sentí los tirones. Que no vea las calamidades, que el hueco era angosto, tal que así, ¿comprende?, y había que salir de culo, sin soltar la soga. Que una vez que uno fijaba los pies en la piedra ya era otra cosa. Conque me bajé el torreón y, luego, el talud y, de repente, se me acabó la soga y me quedé como un pelele, con los pies colgando, que ni sabía dónde me andaba. Entonces sentí la voz de don Santiago, muy bajito, ¿se da cuenta? ¡Salta, Seminarista! Y salté, ¿comprende? O sea, dentro del foso, que tenía medio metro de nieve y, nada, pero yo pensaba para entre mí, el Buque se desgracia, fijo. Imagine ese salto, oiga, un hombre de su envergadura, para más con un hueso tronzado.

DR.— ¿Y cómo lo resolvisteis?

P. P.— Verá, de primeras, don Santiago se quitó la camiseta y nos pidió las nuestras, las de Patita y un servidor, digo, ¿entiende? Luego trepó por el talud, aguantándole nosotros por el culo. Así que amarró las camisetas a la soga, para que el Buque pudiera bajar un metro más, ¿se da cuenta? Luego nos hizo apilar nieve, bajo la lía, de forma que cuando el Buque brincó ni medio metro, así que ni lastimarse ni nada.

DR.— ¿Dejasteis colgadas las camisetas?

P. P.— Ni hablar, oiga. Y no por el frío, que si las cogimos fue por la nieve, por el centinela, para que no reparase, ¿comprende?

DR.— ¿Seguías con frío, Pacífico?

P. P.— Esmorecido, calcule, que los pies ni los sentía.

DR.— Continúa. ¿Qué hicisteis luego?

P. P.— Una vez juntos, en el foso, digo, don Santiago dijo que le siguiéramos sin decir nada, o sea, ni una palabra, que yo me las temblaba por el Buque, oiga, pero no. Conque agarramos foso adelante, rodeamos el torreón y nos llegamos orilla la enfermería, ¿entiende?, de la parte de fuera.

DR.— Ahí es donde debíais abandonar el foso y burlar a los centinelas, ¿no es cierto?

P. P.— Cierto, doctor.

DR.— ¿No dio nuevas instrucciones don Santiago?

P. P.— Por mayor, no señor. Aguarde, sólo repitió que yo iría detrás de Patita. Y que el Buque no tenía más que seguir la huella que nosotros dejáramos en la nieve. Eso dijo.

DR.— ¿Nada más?

P. P.— Nada más. Bueno, vamos, nos saludó. O sea, nos dio la mano a todos, uno detrás de otro. Era muy atento el tal don Santiago.

DR.— Sigue.

P. P.— De manera que él salió del foso y, antes de asomar la gaita, ya se tumbó todo lo largo que era. Al cabo, dejamos de verle. Entonces subió Patita y tal cual, o sea, a la rastra.

DR.— ¿Qué tiempo dejabais entre uno y otro?

P. P. —¿Para salir del foso?

DR.— Sí.

P. P.— Se hacía largo, ¿sabe? Pero ponga cinco minutos. Más, no.

DR.— Está bien. Subiste tú. ¿Cómo te las arreglaste?

P. P.— Aguarde, antes vino el perro.

DR.— ¿Un perro de la guardia?

P. P.— ¡A qué ton de la guardia!, no señor. Del pueblo digo yo que sería, que no acababa de largarse Patita y sentimos ruido arriba y un perro, ¿entiende? Un perro buscón, de esos que siempre andan a las basuras, ¿se da cuenta? Conque el Capullo, ¡largo, chito! Y el Buque no vea, empeñado en darle con la muleta en los hocicos, que el bicho, natural, a gruñir. Ya ve qué rato.

DR.— ¿Qué hiciste tú?

P. P.— Mire, lo que había aprendido de mi tío Paco. O sea, hacer como si me desatornillaba la cabeza y se la tiraba.

DR.— ¿Se la tirabas al perro?

P. P.— Qué hacer, al perro, sí señor.

DR.— Pero ¿la cabeza?

P. P.— Entiéndame, uno amaga, no hace más que amagar, pero no falla, oiga; el perro da la espantada y no vuelve; se acobarda.

DR.— ¿Y se marchó?

P. P.— Se fue, sí señor. Faltaría más.

DR.— ¿Sin ladrar?

P. P.— Un aullido sí dio, pero cosa de poco.

DR.— ¿Saliste del foso después?

P. P.— Natural, sin demorarme. Ya me había retrasado bastante.

DR.— ¿Y qué?

P. P.— ¿Que qué? Calcule. De que puse el vientre en la nieve bien creí que las palmaba. Y luego la torva. ¡Qué manera de nevar! Se congelaba uno, oiga. Y, por si fuera poco, la nieve desbarataba la huella de los otros. Que yo me las temblaba por el Buque, doctor, qué iba a ser de él. Pero, a ver, me eché al suelo, y hasta que di con los carrizos del arroyo.

DR.— ¿No se oía nada?

P. P.— Ni se oía, ni se veía, oiga, como un camposanto. Un silencio que imponía, la verdad.

DR.— ¿Encontraste pronto el arroyo?

P. P.— De seguida, al minuto, sí señor, allí estaba. Y entre los carrizos, al abrigaño, se notaba mejor la huella de don Santiago y Patita; o sea, su paso.

DR.— ¿La seguiste?

P. P.— Seguí por ella lo que duró el arroyo. Luego anduve un rato buscando la escombrera. ¿Y qué dirá usted que me dio por pensar para entre mí todo el tiempo, desde que me eché por la cuerda abajo?

DR.— ¿Qué, Pacífico?

P. P.— En el Abue, ya ve, que no le mentaba hacía qué sé yo los meses. Pues en él, oiga, en lo de Igueriben, en el fuerte, cuando se echaron por una cuerda abajo para engañar al Abd-el-Krim. No se me quitaba del pensamiento, ya ve qué cosas.

DR.— En realidad era una situación semejante.

P. P.— Tal cual, doctor. Lo único nieve en lugar de arena.

DR.— Bueno, ¿y encontraste la escombrera?

P. P.— ¡Faltaría más! Allí andaba. Pero para no llevarme el pego metí la mano en los montones y saqué dos cascotes, ¿entiende?

DR.— Pero ¿es que no se advertían allí las huellas de don Santiago y el Patita?

P. P.— Mire usted, malamente. Así que pensé para entre mí que, una vez que alcanzase la pimpollada, aguardaría al Buque.

DR.— Pero eso no entraba en los planes.

P. P.— No entraba, no señor. Pero tampoco entraba la cellisca, ni entraba

yo, ¿no?, lo de escaparme. Pero así, de repente, sentí lástima de él, ¿me comprende?

DR.— Perfectamente. Sigue, Pacífico.

P. P.— Pues mire usted, desde la escombrera, forzando un poco la vista, hasta veía los pimpollos, ¿sabe?, que la ventisca venía del norte y, como yo andaba de la parte de poniente, pues eso, los veía negrear. Que si me apura, le diría que inclusive veía la garita del centinela, calcule. Y yo no hacía más que decirme para entre mí: Ojo, Pacífico, no vayas a escachar la operación, ¿se da cuenta? O sea, que me hablaba a mí mismo, como los viejos, ¿entiende?, para tener prudencia.

DR.— Y del que te precedía y del que te seguía, es decir, del Patita y del Buque, ¿no sabías nada?

P. P.— Ni palabra, no señor. Ni se les veía, ni se les sentía. Talmente como si se los hubiera tragado la tierra. Pero así que alcancé la escombrera sí pensé que don Santiago se habría arrancado ya cerviguera arriba, y que el Buque andaría en la nieve y el Capullo se habría quedado solo en el foso. Me hacía mis componendas, pero verlos, lo que se dice verlos, no señor, no se los veía.

DR.— ¿Llegaste a la pimpollada sin dificultades?

P. P.— ¿Dificultades, dice? Todas las que quiera y más, que las manos y los pies los tenía congelados, un comezón por ellos que me abrasaba, oiga. Y el vientre no quiera saber. Lo que no sé es ni cómo tuve fuerzas para seguir.

DR.— Pero seguiste.

P. P.— A ver qué remedio, sí señor. Pero no había alcanzado la pimpollada cuando empezaron las voces. Que así, de primeras, me quedé quieto parado, oiga, que imponían.

DR.— Pero ¿qué voces?

P. P.— ¡Cuáles habían de ser! Las de los centinelas.

DR.— ¿Es que descubrieron a alguno?

P. P.— Qué van a descubrir, no señor. Hablo de las voces que se daban entre ellos, ¿entiende?, de ordinario, para no quedarse traspuestos. El de la garita de la olma voceaba, por un ejemplo, ¡centinela, alerta!, y el otro, el del camino, respondía: ¡alerta está! Que luego, el del camino, la misma copla y así hasta que daban vuelta al penal, ¿me comprende? Pero que así, de noche, en el silencio, entre la nieve, qué sé yo qué parecía aquello.

DR.— Ya.

P. P.— Así que me amoné como un conejo hasta que las voces se alejaron, o sea, dieron vuelta al torreón. Entonces me llegué a los pimpollos, que no

eran tales pimpollos.

DR.— Pues ¿qué eran, Pacífico?

P. P.— Enebros, lo que yo había sostenido.

DR.— ¿Y no podía eso desorientar al Buque?

P. P.— ¡Ya ve usted que lo mismo le daba al Buque un pimpollo que un enebro! Un hombre que en el «livin», luego de un mes de andar mentándoselo, nos sale conque qué era un pimpollo. El Buque era un ignorante, para que lo sepa, que yo creo que ni quitarse los mocos sabía.

DR.— Está bien, Pacífico. Si no me equivoco, la pimpollada, perdona, quiero decir los enebros esos, estaban en línea con las garitas de los centinelas, ¿no es así como iba la cosa?

P. P.— Talmente, doctor, así era. De forma que, tirando por derecho, contra la cerviguera, estaba uno del otro lado.

DR.— Y tú ¿qué hiciste?

P. P.— Aguardé un rato para tomar resuello.

DR.— ¿Esperando al Buque?

P. P.— No señor, todavía no. Aguardaba por el comezón, que me ardía. Y, para más, el postillón arriba del pecho, dese cuenta, con el centinela orilla mía. ¡Si inclusive le sentía rebullir!

DR.— ¿Sentías rebullir al centinela?

P. P.— A ver. Y frotarse las manos y canturrear, que se conoce que tenía frío.

DR.— Pasarías un mal trago.

P. P.— Calcule. Así que, de que me recuperé un poco, tiré para adelante, que digo yo que andaría a la rastra cosa de cuarenta metros, más no. O sea, más o menos a mitad de camino entre los enebros y la cerviguera. Promediado, ¿entiende? Allí tropecé con una carrasca y me puse al abrigo de ella, que la torva arreciaba.

DR.— ¿Llegó el Buque?

P. P.— A eso aguardaba yo.

DR.— ¿Y no?

P. P.— Ni por pienso, oiga. Ni sombra de él, que yo pensaba para entre mí: este bruto es capaz de pasarse la noche dándole vueltas al penal. O sea, desconfiaba.

DR.— ¿Y qué es lo que había pasado?

P. P.— Lo que me temía, oiga. Que a saber dónde se trabucaría el Buque, lo cierto es que al rato sentí ruido orilla la garita.

DR.— ¿Ruido? ¿Qué clase de ruido?

P. P.— Como bufidos y trompazos, ¡qué sé yo! Pero orilla la garita, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Y luchaban efectivamente?

P. P.— Aguarde. Para mí que el Buque equivocó la garita con los pimpollos. O sea, él salió de la escombrera y se fue a topar con el centinela, ¿comprende? Que yo sentía los ahogos y los golpes, inclusive lo que se decían el uno al otro.

DR.— Pero ¿es que se hablaban?

P. P.— Entiéndame, oiga; cabrón, y Dios Padre me perdone, me cago en la leche que has mamado, esas cosas, ¿no? Hablar, lo que se dice hablar, ya ve usted qué iban a decirse el uno al otro.

DR.— Pon atención, Pacífico. Te agradecería que te esforzaras para darme una versión exacta de los hechos a partir de este momento. Y tanto como la exactitud, me interesa el orden como se desencadenaron los sucesos, ¿me comprendes?

P. P.— Qué hacer, doctor.

DR.— Entonces, dime: lo primero que oíste fue el rumor de la lucha, el forcejeo y cómo se insultaban entre sí el Buque y el centinela; ¿qué se oyó luego, quiero decir, inmediatamente después?

P. P.— El tiro.

DR.— ¿Qué tiro?

P. P.— ¡Ande, cuál ha de ser! El del centinela.

DR.— ¿Disparó el centinela que luchaba con el Buque?

P. P.— A ver, no podía ser otro, el fogonazo vino de ahí, orilla mía, que no vea la luz y el eco. ¡Menudo estampido!

DR.— Entraría en conmoción todo el penal.

P. P.— Calcule, el belén que se preparó en un momento. ¡Voces, timbres, la órdiga! Y mientras, el Buque dándose leña con el centinela, o sea, no le debió acertar, el tiro, digo. Y, al rato, sentí un crujido como si cascasen algo, ¿entiende? Que para mí que fue entonces cuando el Buque le quebró la cabeza al guardia con el yeso.

DR.— Perdona que te interrumpa, Pacífico. Este momento es crucial y te agradecería que te pronunciases con el mayor rigor. Cuéntame, punto por punto, la sucesión de los acontecimientos. Después del disparo del centinela, ¿qué fue lo primero que oíste?

P. P.— Cómo el Buque le tronzaba la cabeza con el yeso.

DR.— ¿Y luego?

P. P.— Esto quedará entre usted y yo, ¿no es cierto, doctor?

DR.— Por supuesto, Pacífico, no tengas reparo. Mientras no me autorices, lo que tú digas no saldrá de aquí.

P. P.— ¿No lo parlará el chisme ese?

DR.— Descuida, hijo. El chisme, como tú dices, no dirá una palabra mientras yo no lo ordene. Dime, ¿qué oíste después del golpe del Buque?

P. P.— La sirena en la torre y, al poco rato, un motor.

DR.— ¿Oíste poner en marcha un motor?

P. P.— Sí señor, arriba, en la cerviguera, o sea, del otro lado.

DR.— ¿Estás seguro?

P. P.— Ande, como que a estos ojos se los ha de comer la tierra.

DR.— ¿Y después?

P. P.— Bueno, vamos, o sea, el desbarajuste, ¿me entiende? Las voces, la alarma, los tiros. No vea la que se preparó en un momento.

DR.— Pero antes de toda esa conmoción, oíste el motor, ¿no es cierto?

P. P.— Cierto, sí señor, arriba, en la cerviguera.

DR.— ¿Y qué te pensaste que era?

P. P.— Una patrulla, mire. Yo pensé para entre mí que estábamos rodeados; vamos, que no había escape, ¿entiende? Que a mí, la verdad, no se me había alcanzado.

DR.— ¿Qué es lo que no se te había alcanzado, Pacífico?

P. P.— Que hubiera un coche arriba, ya ve. Que detrás de la línea de los centinelas, hubiera otra patrulla vigilando.

DR.— ¿Y no se te ocurrió por un momento que pudiera ser don Santiago?

P. P.— ¿Quién?

DR.— El del coche.

P. P.— ¿Don Santiago?

DR.— Naturalmente, Pacífico. La mujer le esperaba en el camino del alto con ropa y un automóvil para escapar. Está claro. Don Santiago nunca pensó coger el tren con vosotros.

P. P.— ¿Quién le ha dicho a usted eso?

DR.— Como decírmelo, nadie, Pacífico. Pero es algo que sale de ojo, es de sentido común.

P. P.— Pues eso no me lo creo yo ni loco, fíjese.

DR.— Como quieras, Pacífico. Pero ¿por qué no pruebas de pensar con la cabeza? ¿Dónde ibais a ir los cinco en paños menores? ¿Tú crees que es posible pasear por la Gran Vía en calzoncillos sin llamar la atención de nadie?

P. P.— Eso no, doctor. Por un ejemplo, para eso están los espantapájaros.

DR.— ¿Espantapájaros en enero?

P. P.— En enero, sí señor. En mi pueblo los poníamos orilla las colmenas por los pico-relinchos, para que lo sepa.

DR.— Está bien, Pacífico. Sigamos. ¿Qué hiciste tú al oír los primeros disparos?

P. P.— ¡Ya ve qué iba a hacer! Agavillarme en la carrasca y aguardar. Y, al cabo de un rato, empecé a chistar al Buque, pero que no contestaba. Entonces le llamé.

DR.— ¿Qué dijiste?

P. P.— Buque. O sea, le llamé por su nombre.

DR.— ¿Y nada?

P. P.— Nada, como una tumba, oiga, que yo pensaba para mí: ¿dónde se habrá metido este zoquete?

DR.— ¿No insististe?

P. P.— No señor, si hubiera estado allí me hubiera oído. ¿A santo de qué iba a volver a llamarle?

DR.— ¿Te fuiste al monte, entonces?

P. P.— Atienda. Al rato, pararon los tiros pero prendieron el proyector arriba la torre, ¿comprende? Y empezó de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, que no quedaba mato por registrar. Y allí vería, en la luz del foco, digo, ¡qué formas de nevar! Parecía que en la vida hubiera hecho otra cosa, ¡madre!

DR.— ¿Te quedaste quieto, entonces?

P. P.— A ver. En lo que vi lo que demoraba pasar por la carrasca.

DR.— ¿La luz del foco?

P. P.— Natural; la luz del foco. Que no paraba quieta, ¿sabe?, la luz, digo. Que iba de un lado a otro sin dejarlo. Y si tropezaba con algo sospechoso, un bulto o así, más, a ver, en lo que tiraba la ametralladora.

DR.— ¿Tiró también la ametralladora?

P. P.— Ande, claro, todo el tiempo.

DR.— Está bien, Pacífico. Y una vez que cogiste el ritmo del proyector, ¿te decidiste a abandonar la carrasca?

P. P.— Talmente, sí señor. Me levantaba y corría. Me volvía a tumbar y vuelta a correr. ¿Se da cuenta?

DR.— ¿Hacia dónde corrías?

P. P.— Hacia la cerviguera, mire, a escabullirme entre los robles.

DR.— ¿Qué idea tenías en esos momentos?

P. P.— ¿Ideas? Yo corría por correr, doctor, parigual a los conejos, o sea, para que no me cazaran.

DR.— ¿No pensabas ya en coger el tren?

P. P.— ¡Dale! Si le digo que no pensaba nada es porque no pensaba nada, oiga. Lo único que no me arrearan un tiro. Lo natural, digo yo, en esas circunstancias.

DR.— De modo que te movías a compás de la luz, ¿no es eso?

P. P.— Talmente, según venía la luz, yo, ¡pum!, al suelo, ¿se da cuenta? Pero sin duelo, oiga, que metía cabeza y todo bajo la nieve.

DR.— ¿Qué distancia calculas que había entre la carrasca y los robles?

P. P.— Ponga usted cincuenta metros. Más no.

DR.— ¿Y cuántas carreras te llevó?

P. P.— Cuatro creo que fueron, pero no me haga mucho caso, que en la última me descubrieron, la guardia, digo, y menudo tiroteo. ¡No quiera usted saber!

DR.— ¿Qué hiciste?

P. P.— Ya ve qué iba a hacer, correr todo lo que me daban las piernas. Pero no por derecho, no se crea, o sea, haciendo eses, regateando, ¿entiende? El caso es que no hicieron puntería, de forma que en cuanto alcancé el primer roble, allí me ovillé.

DR.— ¿Y seguían tirando?

P. P.— Y de qué formas, oiga, por demás. Y yo detrás del tronco, aguantando, talmente como cuando la cantea en el Humán, ¿se recuerda?

DR.— Ya recuerdo, Pacífico. ¿Y permaneciste mucho tiempo allí?

P. P.— Un rato largo, que el ruido que hacían las astillas al saltar me tenía acobardado, oiga, que no era para menos. Pero, al cabo, pegué un brinco y me arranqué hasta el roble de delante, y así, saltando de uno a otro, me metí para dentro. Entonces los de la torre dejaron de tirar, y otra vez las voces, que yo, en lugar de subir, tal que así, al camino, tiré a mano izquierda, sin salir de los robles.

DR.— ¿Es que volviste a oír el motor en el camino?

P. P.— No señor, de qué, no volví a sentir ningún motor.

DR.— ¿Y por qué no saliste al camino, entonces?

P. P.— Por miedo, a ver. ¿Quién me decía a mí que no estaban los de la patrulla agazapados allí, aguardando a que yo asomara?

DR.— Es decir, que temías que los coches estuvieran estacionados en la carretera del alto.

P. P.— Talmente, sí señor, eso temía.

DR.— ¿Hacia dónde caminabas entonces?

P. P.— Como caminar, contra el pueblo, pero, entiéndame, no por derecho. O sea, dando un rodeo, sin salirme de la cerviguera.

DR.— ¿Habías desistido de escapar?

P. P.— ¿Escapar? Usted se sabe de sobras que yo nunca quise escapar.

DR.— ¿Ni cuando don Santiago te dijo que tendría que golpearte?

P. P.— Bueno, entonces sí, pero no por voluntario, sino para que no me lastimara don Santiago con la barra. Pero, ya ve, tal y como se habían puesto las cosas, la derecha era volver a casa.

DR.— ¿Al penal?

P. P.— Al penal quiero decir, sí señor. Lo que pasa es que si yo asomaba a destiempo lo mismo me espetaban de un balazo.

DR.— Está claro, Pacífico. Tú querías entregarte, ¿no es eso?

P. P.— Qué hacer, oiga. Una vez que se había escachado todo, ya me dirá usted qué pintaba yo allí en pelotas, entre la nieve.

DR.— ¿Corrías?

P. P.— Bueno, corría y me paraba, a ratos, ¿no? ¿Usted ha visto correr a las liebres una vez que se las levanta de la cama? Pues, tal cual.

DR.— ¿Temías que algún centinela pudiera estar emboscado en el monte, acechando?

P. P.— Ande, a ver. Yo veía a la guardia por todas partes. O sea, yo caminaba con tiento, y unas veces corría y otras me quedaba quieto parado, escuchando.

DR.— Y al detenerte, ¿oías alguna cosa?

P. P.— Usted no lo creerá, doctor, pero lo que mejor sentía era mi corazón.

DR.— ¿Con ruido?

P. P.— Ande, como un bombo hacía, oiga, como un tambor con repique y todo. Que yo me pienso que sería por el postillón, que ni respirar me dejaba.

DR.— ¿Y voces? ¿No oías voces?

P. P.— Ande, cantidad, como órdenes, a gritos. Si parecía aquello el fin del mundo.

DR.— ¿Y llegaste al pueblo por el robledal?

P. P.— Aguarde, antes me tropecé con el calvero, dese cuenta. Y allí me paré porque no acababa de determinarme. O sea, una de dos, o me volvía por donde había venido, o me arrancaba por la monda, ¿comprende?, que si malo era lo uno, yo creo que lo otro era peor.

DR.— ¿Qué decidiste?

P. P.— ¿Qué quiere? A mayores, me eché al suelo y lo atravesé a la rastra, talmente como al salir del foso para alcanzar los enebros.

DR.— Sigue.

P. P.— Bueno, o sea, una vez que alcancé la otra punta del sardón ya veía las luces del pueblo orilla mía, ¿sabe? El penal, no. El penal quedaba a trasmano, de la otra parte. Pero esto era lo de menos, que lo que yo quería ahora era entregarme antes de que me sacudieran un tiro.

DR.— ¿Y qué hiciste?

P. P.— De momento, aguardar, cerciorarme de que no había centinelas allí. Pero conforme estaba así, aguardando, al abrigaño de un roble, ¿qué dirá usted que sentí?

DR.— ¿Qué, Pacífico?

P. P.— El pito del tren, ya ve.

DR.— ¿El del mixto?

P. P.— Talmente, doctor, el del mixto, nuestro tren.

DR.— ¿Y qué?

P. P.— Calcule. Di en pensar en los compañeros y me olvidé hasta de mi nombre.

DR.— ¿Te imaginabas dónde podían andar?

P. P.— Mire, por lo que respecta a don Santiago, inclusive a Patita, o sea, por tiempo, no pasaba cuidado, que bien podían andar cogiendo el tren. Lo malo eran el Buque y el Capullo, que venían detrás.

DR.— ¿Te temías lo peor?

P. P.— Mire, a decir verdad, por el Buque no daba ni dos reales.

DR.— ¿Y por qué ese temor, Pacífico?

P. P.— Usted dirá, a un individuo que le llama usted por su nombre, como quien dice a voces, después de los tiros, y no responde, ya me dirá dónde podía andar.

DR.— Eso no, Pacífico. Podía haber escapado en dirección contraria a la tuya.

P. P.— ¿Sin sentirle? ¿Cree usted que el Buque podía arrancarse a correr con los bastones, orilla la garita como estaba, sin que yo le sintiera?

DR.— Puede que tengas razón, Pacífico. Continúa.

P. P.— Poco queda por contar, mire. Así que sentí el pito del tren, como le digo, me quedé un momento reflexionando. Luego salí de detrás del roble, agarré un lindazo y me llegué a un palomar. Del palomar pasé al transformador y, después, por un callejón sin luz, como quien dice a tientas, entré en el pueblo.

DR.— ¿Y te entregaste?

P. P.— Bueno, oiga, me entregué. Eso se dice fácil.

DR.— ¿Qué ocurrió?

P. P.— Vamos, mi voluntad era ésa, ya usted lo sabe, que entre el cansancio y el frío no podía ni con mi alma. De modo que me saqué la elástica, por eso que dicen de la bandera blanca, y me asomé a la calle Mayor, moviéndola arriba y abajo, para que me vieran, ¿se da cuenta? Pero, ya, ya. ¡Mírale!, voceó uno, y no había terminado de decirlo y, ¡pum!, un tiro, pero a veinte pasos, ¿eh?, que sentí silbar la bala y todo, oiga, que ni a un dedo de la cabeza me pasó. Conque, visto lo visto, agarré otra vez por el callejón y a galope, oiga, que ni debían vérseme las piernas, de la velocidad, digo, menuda. Y conforme doblé el callejón, eché a la derecha, luego a la izquierda, luego, otra vez a la derecha, un laberinto, que ni sabía dónde me andaba, ésta es la pura verdad.

DR.— ¿Dónde fuiste a parar?

P. P.— Eso quisiera saber yo, mire. El caso es que donde andaba, orilla la calle Mayor otra vez, había un cobertizo con un carro dentro. Conque, me metí entre las varas y, tal que así, de la parte atrás, había un montón de basura, ¿sabe? y ¿qué dirá que se me alcanzó?

DR.— ¿Qué?

P. P.— Meterme dentro, mire. Pero hasta las orejas, oiga.

DR.— ¿Del estiércol?

P. P.— Del estiércol, ya ve, con lo que siempre me ha repugnado a mí el olor ese. Pues hasta las orejas, oiga, como se lo digo.

DR.— ¿Y qué sentías?

P. P.— Alivio, oiga, que fue meterme dentro y un calorcito piernas arriba, que no vea. ¡La gloria bendita! Que si no es por eso, por la ocurrencia, lo

mismo quedo tieso en una esquina.

DR.— De frío, claro.

P. P.— Usted dirá de qué, si no.

DR.— Y el cobertizo ese, ¿estaba a oscuras?

P. P.— Bueno, vamos, en la esquina había un farol, ¿entiende?, que es donde yo veía trapear. Pero, por mayor, el carro quedaba a la sombra. O sea, yo veía un cacho calle, la esquina por más señas, pero a mí era difícil, cuando más cubierto por la basura como estaba.

DR.— ¿Cuánto tiempo permaneciste allí?

P. P.— Ande, bien mirado, yo ya no tenía prisas. O sea yo pensé para entre mí, mientras no se pasen los nervios, tú quieto, Pacífico, ¿entiende?

DR.— ¿En qué notabas tú los nervios?

P. P.— ¡Concho!, ¿y todavía lo pregunta? Después del tiro, que le sentí silbar así a un dedo de la cabeza, y las carreras y las voces, todavía pregunta que en qué conocía los nervios. ¡Si aquello parecía la guerra, oiga!

DR.— ¿Les oías?

P. P.— ¡Pues no les iba a oír! Tal que así, orilla mía el oficial, o lo que fuese, daba órdenes, ¿no? Que debía de haber un ejército allí, el barullo. Y luego, al vecindario, ¡cierren las ventanas!, ¿se da cuenta?, la curiosidad, natural. Conque, el oficial, mandó una patrulla a la cerviguera, que yo le oí, y otra donde el transformador de la parte de los corrales y los cobertizos, donde yo asomé, ¿entiende? Ya ve, allí iba yo a andar, aguardándoles.

DR.— El tuyo ¿no lo registraron?

P. P.— ¿El qué?

DR.— El cobertizo.

P. P.— El mío, no señor, pero el oficial puso un número en cada esquina. Lo que mandó registrar, lo único, fue el callejón donde asomé, o sea, la manzana, para que me entienda. Pero yo andaba ya a una legua de allí.

DR.— ¿Quedó alguien en la esquina que tú veías?

P. P.— Qué hacer, un número.

DR.— ¿No se movía?

P. P.— Iba y venía, ¿no? De la luz a la sombra y de la sombra a la luz. Que entonces es cuando me daban a mí los brillos del tricornio.

DR.— ¿No le dijiste nada?

P. P.— De primeras, no señor, ni mus. Parecía muy joven el guardia ese, que yo pensaba, para entre mí, lo mismo es la primera vez que se ve en un lío de éstos, se acobarda y tenemos un disgusto. Total, que no me determiné.

DR.— Entonces, ¿no te moviste?

P. P.— No señor, por la cuenta que me tenía. Además, ¿quiere usted decirme adónde iba a ir? A mayores, yo estaba a gusto allí, ¿no? Que al cabo de media hora ni sentir el olor ni nada, o sea, tan ricamente. Con estas cosas de las repugnancias pasa lo mismo que con los miedos, oiga, que se mete uno dentro y, al rato, ya ni los siente.

DR.— ¿Qué hiciste en todo ese tiempo?

P. P.— Abrir el ojo y alargar la oreja, ya ve qué iba a hacer.

DR.— ¿Y qué?

P. P.— ¿Qué? Pues que a ratos se sentían carreras y tiros y a ratos, nada. Que en una de ésas, un guardia le voceó al mío: ¡otro!, ¿se da cuenta? O sea, que le habían cazado, que yo me pensaba, ¿quién será?

DR.— ¿No respondió nada tu guardia, el de tu esquina?

P. P.— Qué hacer, sí respondió.

DR.— ¿Qué dijo?

P. P.— Dijo, dice: Ya sólo faltan dos.

DR.— ¿Quiénes imaginaste que serían?

P. P.— ¡Qué cosas tiene usted!, uno, yo.

DR.— ¿Y el otro?

P. P.— Don Santiago, mire.

DR.— ¿Por lo del coche?

P. P.— ¡La ha cogido usted modorra con lo del coche!

DR.— ¿Pues por qué razón pensaste que el otro pudiera ser don Santiago?

P. P.— Natural, ¿no? Él salió primero y, a poco, tenía más cabeza que los demás, dónde va.

DR.— ¿Continuó el guardia en la esquina una vez que prendieron al que buscaban?

P. P.— Allí siguió, sí señor, aguantando la nieve.

DR.— ¿Más tranquilo?

P. P.— Eso de tranquilo vamos a dejarlo.

DR.— ¿De qué te ríes, Pacífico?

P. P.— Las cosas, oiga. Que ni en los peores tragos falta un detalle que le haga a uno reír.

DR.— ¿Qué sucedió?

P. P.— Un gato, ya ve.

DR.— ¿Un gato?

P. P.— Tal cual, un gato negro, grandote, oiga, que se le enredó entre las piernas, al guardia, digo, y a poco le esmorra. ¡Allí le vería usted! Se echó el mosquetón al hombro y no le fusiló de puro milagro, que todo se le volvía decir: ¡Cacho cabrón, qué susto me has dado! Se tiró un cuarto de hora con la misma copla.

DR.— Está bien, Pacífico. ¿Cómo terminó aquello?

P. P.— Pues como tenía que terminar, doctor. Ni más ni menos.

DR.— ¿Cómo fue?

P. P.— Pues eso, conforme empezó a amanecer, yo levanté los brazos y le chisté.

DR.— ¿Al guardia?

P. P.— Al guardia, natural.

DR.— ¿Qué hizo él?

P. P.— ¡Allí le vería!, se volvió, me apuntó y dale: ¡Quieto no te muevas o te acribillo!, pero a voces, oiga. Que yo: Pare, soy gente de paz. Y él: ¡No te muevas o te acribillo! Que yo: Ojo, guardia, no se le dispare el chisme ese y tengamos algo que lamentar, ¿se da cuenta? Pero que si quieres, él me apuntaba, que no me quitaba el caño de la barriga, y, de cuando en cuando, voceaba: ¡Sargento!

DR.— ¿No saliste del estiércol?

P. P.— ¿De qué, doctor? Como estaba cuando le chisté, tal que así, así me quedé; ni a respirar me atrevía.

DR.— ¿Y el guardia seguía apuntándote a pesar de tener los brazos en alto?

P. P.— Todo el tiempo, oiga. O sea, de vez en cuando voceaba al sargento y, a poco, vuelta: Quieto, no te muevas o te acribillo, ¿entiende? Ni por cuanto hay desviaba el mosquetón, que a saber quién se pensaba que era yo.

DR.— ¿Llegó el sargento?

P. P.— Llegó, a ver qué vida. Lo de pronto vamos a dejarlo.

DR.— ¿Qué dijo?

P. P.— Dijo, verá: Mírale dónde andaba el pájaro, sólo eso. Que entonces salí de entre la basura y me agarró una tiritona que para qué.

DR.— ¿Del miedo?

P. P.— Del miedo y del frío, todo junto.

DR.— ¿Y qué hicieron contigo?

P. P.— Pues ya ve, en cueros vivos, tal como estaba, me pusieron entre cuatro guardias y al penal, en procesión. Que ya era día y estaban los balcones

y las calles del pueblo que no cabía un alfiler, parecía fiesta.

DR.— ¿Te miraban pasar?

P. P.— A ver, natural.

DR.— ¿Con compasión?

P. P.— ¿Compasión? De qué, no señor.

DR.— ¿Hostilmente, entonces?

P. P.— ¡Qué sé yo cómo me miraban, oiga! Pues como a un bicho raro, ¿se da cuenta? Como si no fuera uno de ellos.

DR.— ¿Te mortificaba que te mirasen así?

P. P.— ¡Ande! ¿Y cómo quería usted que me mirasen? Pero yo no penaba por ello, no se crea. De sobras sabía que en Góyar andaban de uñas con el penal.

DR.— ¿No les agradaba tenerlo allí?

P. P.— ¡Quia, no señor! Al decir de don Santiago, las autoridades llevaban años intentando que se lo llevaran. O sea, que por gusto suyo nos hubieran fusilado a todos, ¿se da cuenta? Bien mirado, a nadie le peta que le quiten la tranquilidad, doctor.

DR.— Bueno, vayamos al asunto. ¿Volviste a tu celda?

P. P.— ¿A la sala, quiere decir?

DR.— A la sala, claro, perdona.

P. P.— ¿Y cómo iban a meterme allí sin tapar antes el agujero?

DR.— Tienes razón, Pacífico. No sé lo que me digo. ¿Qué hicieron contigo, entonces?

P. P.— De primeras me encerraron en una celda de castigo.

DR.— ¿Solo?

P. P.— Solo, natural.

DR.— ¿No te interrogaron?

P. P.— Eso después. O sea, al salir del depósito.

DR.— ¿Para qué te llevaron al depósito?

P. P.— Para que reconociera los cadáveres, mire.

DR.— ¿Quiénes estaban allí?

P. P.— El centinela y el Vegas, claro.

DR.— ¿Y de los tuyos?

P. P.— El Buque y el Capullo, ya ve. Que éste me cogió de sorpresa, le digo mi verdad, que no me lo imaginaba.

DR.— ¿Qué impresión sentiste al verlos allí?

P. P.— Nada, bien. O sea, me recordé de la Catalina y del Francisco Rincón, eso sí. Y que todo para nada, ¿se da cuenta? En lo que respecta al Capullo, pues eso, me recordé de la Isabelita y de sus proyectos, los del Capullo, digo. Y de los meses que se había tirado cavando el túnel con el mango una cuchara para terminar en éstas.

DR.— ¿Sentiste lástima de ellos?

P. P.— A mayores no pené por ellos, no señor. Me hice a la idea de que era ley de vida y en paz.

DR.— ¿Te parece ley de vida, Pacífico, morir achicharrado a balazos en un descampado?

P. P.— Entiéndame. Vivir para morir, ésa es la ley, doctor, el modo poco importa.

DR.— Dime, hijo, ¿y estaban muy desfigurados?

P. P.— No lo crea, doctor. El Buque tenía dos agujeros tal que así, orilla la tetilla izquierda. En cuanto al Capullo, sólo uno en el vientre, pero que le formaba un moratón sobre la parte que no vea. ¡De miedo!

DR.— ¿Y los guardianes?

P. P.— El Vegas, por mayor, como dormido, oiga, tal cual le dejamos en el petate, sólo que tieso. El otro, sí, el otro tenía la cabeza escachada, que se conoce que el Buque le arreó con el yeso en forma.

DR.— ¿Qué dijiste? ¿Que les reconocías?

P. P.— A ver. Ya ve qué iba a decir.

DR.— ¿Allí mismo?

P. P.— Bueno, de primeras, allí. Y, luego, en la dirección, o sea, lo repetí. Pero se conoce que a don Santiago no le habían pescado y todo se les volvía preguntarme por él.

DR.— Y tú, ¿qué decías?

P. P.— La verdad, mire. Que sabía lo mismo que ellos.

DR.— ¿Lo aceptaron?

P. P.— Eso pregúnteselo a ellos, pero por las formas de abanicarme, yo me pienso que no.

DR.— ¿Qué más te preguntaron?

P. P.— Ande, de todo. De quién fue la idea, cómo escapamos, qué pensábamos hacer, quién mató al Vegas…

DR.— ¿Qué respondías tú?

P. P.— Mire, la verdad. Con la verdad se va a todas partes.

DR.— ¿Les dijiste que don Santiago pensaba coger el tren?

P. P.— Eso, no señor. Pero tampoco les dije otra cosa. O sea, yo no mentí. En lo que pudiera comprometerle, a don Santiago, digo, yo callaba la boca.

DR.— ¿Tampoco les contaste que fue don Santiago el que mató al vigilante de un porrazo?

P. P.— ¿Lo del Vegas? No señor, eso tampoco.

DR.— Y ellos, ¿qué decían?

P. P.— Hacerme más preguntas y abanicarme.

DR.— ¿Dijeron algo por el hecho de que el cadáver del vigilante estuviera en tu cama?

P. P.— Eso lo primero, natural.

DR.— Y tú ¿qué alegaste?

P. P.— ¿Cómo dice?

DR.— Que qué les contestaste tú.

P. P.— Ya ve, la verdad. Que le pusimos ahí como pudimos ponerle en otra parte. O sea, lo más a mano.

DR.— ¿Y qué razón diste para justificar que tú no viste quien mató al vigilante?

P. P.— Ande, pues eso, que yo andaba en el petate con la ropa hasta los ojos y no me enteré de más.

DR.— ¿Aceptaron esa explicación?

P. P.— No señor, no les gustó, eso fijo.

DR.— ¿Insistieron?

P. P.— Bueno, porfiaron un rato, sí señor, pero como no sacaban nada en limpio volvieron a abanicarme.

DR.— ¿Y tú qué?

P. P.— Chitón, a ver.

DR.— ¿Y por qué estando el Buque y el Capullo muertos no les echaste las culpas?

P. P.— Ande, porque no era cierto.

DR.— ¿Y qué lo mismo daba ya?

P. P.— No le entiendo, doctor.

DR.— Digo que, puesto que al Capullo y al Buque nada podían hacerles, ¿cómo no les achacaste la muerte del vigilante y los demás quedabais a cubierto?

P. P.— ¡Está bueno eso! O sea, que para usted eso de mentir con los muertos no rige, ¿no?

DR.— Entiéndeme, Pacífico, era una salida.

P. P.— Pero no era cierto, oiga.

DR.— Puestos a ver tampoco era cierto, Pacífico, que tú estuvieras en la cama cuando don Santiago mató al vigilante… ¿eh? ¿Por qué callas?

P. P.— ¿Sabe que tiene usted razón, oiga? Ni me había dado cuenta.

DR.— ¿Entonces?

P. P.— Bien mirado, doctor, yo no perjudicaba a nadie con eso. Al contrario, si me apura. O sea, si yo digo que lo había visto pero que no quería decirlo, me hubieran puesto la cara como un pan, ¿entiende?

DR.— Es decir, que para ti el mentir o no mentir depende de las consecuencias que eso pueda tener.

P. P.— No señor, eso tampoco. O sea, ahora, en el juicio, diré la verdad entera, como me llamo Pacífico.

DR.— Supongo que no serás tan insensato.

P. P.— ¿De qué, oiga?

DR.— Escucha, Pacífico. Tu asunto está ya lo suficientemente embrollado como para que ahora lo compliques más. Desde que mataste al Teotista, no has hecho otra cosa que echarte tierra encima. Luego hablaremos de esto, si no te importa. Ahora dime cómo concluyó aquello. La muerte del centinela, ¿te creó también complicaciones?

P. P.— Eso, no señor. Desde un principio le cargaron las culpas al Buque. O sea, los cadáveres estaban uno orilla del otro, ¿entiende? Y, a mayores, entre los pelos del guardia había cachos de yeso, de la pierna del Buque, quiero decir. O sea, más claro, agua.

DR.— Dime, Pacífico, ¿cómo terminó el interrogatorio?

P. P.— Bueno, así que solté todo, va el director y me dice: Pues el otro no opina como tú, ¿se da cuenta? Que por eso se me alcanzó que a Patita no le habían apiolado, o sea, le habían agarrado vivo.

DR.— ¿Y qué dijeron que decía el Patita?

P. P.— Pues que al Vegas le había cascado yo, dese cuenta.

DR.— ¿Te lo creíste?

P. P.— No señor, de qué. Yo les veía venir de lejos. Que luego él, Patita, digo, me lo confirmó.

DR.— ¿Es que volviste a ver al Patita?

P. P.— Sí señor, la noche que nos trasladaron, en lo que aguardábamos a la furgoneta, cosa de un momento.

DR.— ¿Qué te dijo?

P. P.— Imagine, que también había sido mala suerte.

DR.— ¿Dónde le agarraron a él?

P. P.— En el hayedo, orilla la vía.

DR.— ¿Cambiasteis impresiones de lo que debíais de decir en el juicio?

P. P.— No señor, ni tiempo nos dio. Sólo me dijo si era cierto que yo había dicho que él había matado al Vegas, ¿se da cuenta la malicia que se gastaban? Unos contra otros, o sea, nos enviscaban. Patita andaba muy postrado, el hombre.

DR.— ¿Sabías ya dónde te mandaban?

P. P.— Sí señor, a Navafría, el boqueras me lo dijo. Me dijo: Ya verás, un sanatorio de postín.

DR.— Por broma, ¿no?

P. P.— Digo yo que sería por broma, a ver. Y ya ve usted, aquí estoy porque he venido.

DR.— Está bien, Pacífico. Ahora lo importante es el juicio. ¿Has hablado claro con el abogado?

P. P.— Qué hacer, él habla, sí señor; menudo pico se gasta.

DR.— Y tú, ¿qué dices?

P. P.— Por mayor, poca cosa, oiga. Él parla por los dos.

DR.— Escucha, Pacífico, yo no sé si te has dado cuenta de que tu situación es muy grave.

P. P.— Más o menos, doctor.

DR.— ¿Se te ha ocurrido pensar que de ésta puedes ir al patíbulo? ¿Sabes que te pueden dar garrote?

P. P.— Tampoco creo yo que sea para tanto, doctor, que se pone usted de unas formas.

DR.— Mira, Pacífico, tú por mucho que digas no te has percatado de la gravedad del caso. Pero estoy por asegurarte que si te atribuyen la muerte del vigilante, nadie te salva de la última pena. ¿Y sabes tú, por casualidad, lo que es la muerte en garrote?

P. P.— Le ahorcan a uno, ¿no?

DR.— Peor que eso, Pacífico. Te trincan la garganta con un cepo de hierro y te aprietan un tornillo hasta que te ahoga; te asfixia, vamos. Pero esperar con plena lucidez, día tras día, que eso ocurra, es todavía mayor tormento, ¿me comprendes?

P. P.— ¡Concho, doctor, qué hacer sino comprenderle! Si me he arrancado a sudar y todo.

DR.— Pues esto es lo que hay que evitar, Pacífico. Y para evitarlo, lo único que se me ocurre es que declares que don Santiago mató al vigilante con la barra.

P. P.— Yo no quiero perjudicar a nadie, mire. Ni a don Santiago ni a nadie.

DR.— Pero de esta manera te perjudicas a ti, Pacífico, ¿no te das cuenta? A estas alturas, don Santiago llevará cinco meses en el extranjero tocándose la barriga. ¿Qué crees que puede importarle a él que tú digas aquí una cosa u otra?

P. P.— Eso tampoco, doctor. El mundo da muchas vueltas. Y si un día, por una de esas cosas que pasan, le echaran mano, tampoco iba a llevar frío.

DR.— Y por una probabilidad tan remota, digamos, una entre un millón, ¿vas a correr el riesgo de que te agarroten?

P. P.— En tal caso, ya se ocuparía don Santiago de que no paguen justos por pecadores.

DR.— ¿Crees de verdad lo que dices?

P. P.— Ande, doctor, no sería la primera. Ya lo hizo una vez.

DR.— Honradamente, Pacífico: ¿te crees tú todo ese cuento de que don Santiago se presentó para evitar que condenaran a un inocente?

P. P.— Mire, doctor, otra cosa no, pero radio petate andaba bien informada. O sea, usted puede decirme cualquier otra cosa, pero que no es cierto que don Santiago se presentó de voluntario, eso sí que no.

DR.— En el mejor de los casos, Pacífico, treinta años no te los quita nadie.

P. P.— ¿Y es malo eso, doctor?

DR.— Hombre, tú me dirás. Pasarte una vida a la sombra no parece un porvenir muy lisonjero.

P. P.— Tampoco es tan malo, oiga. Yo estoy bien aquí, o sea, tranquilo.

DR.— ¿No te importa nada de lo que pueda ocurrir fuera?

P. P.— Lo que ocurre fuera ya me lo sé, mire, los unos contra los otros.

DR.— ¿Lo dices por «tu guerra»?

P. P.— Ande, ¡qué cosas tiene! Y por los del Otero, y por la Candi, y por el Bisa y por todos. ¿Es que ya no se recuerda de lo que me dijo Padre una vez?

DR.— ¿Qué vez? ¿Qué te dijo?

P. P.— Cuándo va a ser, oiga, cuando cataba las colmenas sin interés, ¿se recuerda? Pues va y me dice: Pacífico, sangra o te sangrarán. En la vida no hay otra alternativa. ¿Qué le parece?

DR.— ¿Y piensas que aquí estás libre de eso? ¿Qué hizo don Santiago con vosotros más que sangraros hasta dejaros exangües?

P. P.— Usted si no deja tranquilo a don Santiago parece como que no quedara conforme, oiga.

DR.— Escucha, Pacífico, mientras no nos metan de nuevo en el vientre de nuestras madres para que nos paran distintos, allí donde alcance el hombre, el hombre estará amenazado.

P. P.— Eso es muy cierto, sí señor.

DR.— Entonces, hijo, si algo en la vida no nos gusta, lo que procede no es achicarse sino tratar de cambiarlo.

P. P.— ¿Como don Prócoro y mi tío Paco? Pues aviados andaríamos. Ya ve usted el pelo que han echado en el empeño. Por ahí fuera, para que usted se entere, no saben más que competir, y yo, de eso, nada, doctor.

DR.— Atiende, Pacífico, si no es por tu bien, hazlo al menos para que por una vez resplandezca la verdad. Y la verdad es que tú no querías evadirte, pero don Santiago mató al vigilante y entonces te obligó a ello. Incluso te amenazó con matarte a ti si no le secundabas.

P. P.— Eso no cuenta, doctor. Yo no quería pero me largué, ésa es la derecha.

DR.— No seas obstinado, Pacífico. Te largaste porque te amenazaron. Y la verdad es que tú no mataste al vigilante. De momento, esto es lo que mayor importancia tiene.

P. P.— Bien mirado, no lo hice, no señor. Pero en su pellejo, en el de don Santiago, digo, hubiera hecho otro tanto. Todos somos culpables, ¿no cree?

DR.— Nadie te pregunta eso.

P. P.— Pero yo lo sé, oiga. ¿Es que va a decirme qué no llevo la falta dentro?

DR.— Eres muy testarudo, Pacífico. El tribunal te juzga y te condena por lo que has hecho, no por lo que podrías haber hecho de estar en el lugar de otro.

P. P.— Mire, doctor, mejor es dejar las cosas quietas.

DR.— ¿Es que no quieres entenderme? La intención no es punible. En moral cristiana tal vez sea así, pero no es éste el caso.

P. P.— Yo sé lo que me digo, doctor.

DR.— Mira, Pacífico, sólo voy a pedirte un favor…

P. P.— Usted dirá.

DR.— Que tu abogado me señale para declarar ante el tribunal. Tu caso es un caso de médico.

P. P.— ¿También se va a salir usted ahora con lo de que estoy chalado? Pues no estoy chalado, para que lo sepa.

DR.— De acuerdo, hijo, pero te advierto una cosa: esto de la chaladura no es lo que tú te crees, hay matices. El hombre es una máquina muy complicada.

P. P.— Vaya una novedad que me saca usted ahora.

DR.— En ese caso, Pacífico, todo lo que hagamos para interpretar correctamente tu comportamiento será lícito, ¿no?

P. P.— No lo sé, oiga. Pero usted lo que busca es enredarme.

DR.— Escucha, Pacífico, y no te alteres, por favor. Tú te niegas a que yo intervenga. Bien, lo acepto. Pero ¿por qué no hablar con el abogado para que exija un examen pericial médico?

P. P.— ¿Otro? ¿Como el de antaño?

DR.— Exactamente. Como el de antaño.

P. P.— Y usted lo hace, ¿no es eso?

DR.— No, Pacífico. Yo quedo al margen, te lo prometo. Pero aparte los análisis y las pruebas directas, tú me autorizas a que ponga en manos de los peritos estas cintas con el magnetófono. ¿Entiendes?

P. P.— ¿El chisme este?

DR.— Eso es, hijo.

P. P.— ¡Me cago en diez! Antes lo escacho, fíjese.

DR.— ¡Quieto, Pacífico! ¡Suelta esa silla!

P. P.— Usted me prometió…

DR.— Calma, Pacífico, serénate. Yo te prometí que sin tu autorización no haría público nada de lo que hemos hablado. Y lo prometido es deuda, ¿me comprendes? Por eso te pedía autorización. Pero si tú no me la das, yo no moveré un dedo. ¿Qué te pasa? ¿Te pones malo?

P. P.— Deje, no es nada, doctor.

DR.— Siéntate un rato, anda. ¿Quieres un vaso de agua?

P. P.— Mejor me acuesto, oiga.

DR.— Espera un poco. ¿Estás mejor?

P. P.— Sí señor, ya se me pasa.

DR.— Antes de marcharte, Pacífico, yo quisiera hacerte una última pregunta, ¿te importa?

P. P.— De qué, no señor.

DR.— ¿Qué puedo hacer yo por ti en esta difícil situación en que me has colocado?

P. P.— Tenerse quieto, oiga. O sea, que me deje tranquilo, ¿entiende? Se lo agradezco igual.

El recluso Pacífico Pérez falleció en el Sanatorio Penitenciario de Navafría, donde cumplía condena, el 13 de septiembre de 1969. Ocho años antes fue condenado a muerte en garrote por el Tribunal que le juzgó, pena que le fue conmutada por la de treinta años de reclusión por clemencia del Jefe del Estado.

*El día 11 de septiembre del mencionado año, el recluso Pacífico Pérez sufrió, con brevísimas intermitencias, tres hemoptisis, por lo que fue internado en la enfermería del penal y sometido a tratamiento de urgencia. A requerimiento suyo, fueron avisados su padre, don Felicísimo Pérez, y su tío, don Francisco Pérez, entrevistas a las que asistió el que suscribe por voluntad expresa del finado. En presencia de sus familiares, el susodicho Pacífico Pérez manifestó al que suscribe que, dado el tiempo transcurrido, y si éste era su deseo, podía dar a la estampa las conversaciones sostenidas entre ambos ocho años atrás, actitud que ratificó rubricando la correspondiente autorización. Seguidamente, el finado se dirigió con voz muy débil a su tío, don Francisco Pérez, y le dijo con un leve matiz de reproche: «Estaba usted equivocado, tío; del suelo sí se puede pasar», a lo que el aludido asintió, asentimiento que el recluso Pacífico Pérez acogió con una lejana sonrisa. A continuación, se dirigió a su padre, don Felicísimo Pérez, expresando su deseo de contraer matrimonio con la señorita Cándida Morcillo, palabras que irritaron a don Felicísimo, quien manifestó textualmente que «si casarse con esa zorra», a lo que el recluso Pacífico Pérez replicó que «nada importaba ya lo de cabrón puesto que iba a morirse y que lo único dar padre a su hijo». Acto seguido, a petición propia, el finado confesó y recibió la Comunión con plena lucidez, entrando una hora más tarde en estado de coma, pese a lo cual, don Anastasio Gómez, capellán de la prisión, tan pronto compareció la señorita Cándida Morcillo, les bendijo «*in articulo mortis*», asistiendo a la ceremonia como testigos, ante la negativa reiterada de don Felicísimo Pérez, el tío del finado don Francisco Pérez y el que estas líneas suscribe.*

FRANCISCO DE ASÍS BURGUEÑO

Doctor en medicina

El disputado voto del señor Cayo

1978

A Marysia y Narciso Yepes, tan próximos.

I

Subió las escaleras de tres en tres, el tronco adelantado, los brazos inertes a lo largo del cuerpo, la boca entreabierta, pero al llegar al segundo piso su respiración empezó a agitarse y se detuvo en el rellano a tomar aliento, la mano izquierda asida al pasamanos. En el techo, una lámpara enrejada, de escasa potencia, iluminaba los desconchones de las paredes, los nobles escalones de madera, desgastados en los bordes, los balaustres torneados del antepecho, cubiertos de polvo, las puertas de los dos pisos —izquierda y derecha— encaradas, como observándose, con sus desorbitadas mirillas de bronce, sus orlas y molduras relevantes, de un recargamiento barroco. En una de ellas, la que Víctor tenía junto a sí, una placa blanca, desportillada, decía: «Dimas Reglero. Médico. Garganta, nariz y oídos».

Víctor respiró hondo y se acarició pausadamente las barbas: «No soy el que era, coño. Se notan los años de inactividad», se dijo en voz apenas audible, en un murmullo. Oyó el portazo en el cuarto piso y, de inmediato, los pasos mesurados, uniformes, de alguien que descendía las escaleras. Aguardó. Arturo, con su traje claro de entretiempo, su corbata a listas marrones y blancas, sujeta con un alfiler de oro con el emblema del Partido, apareció en el recodo. Se sorprendió al verlo:

—¿Qué haces aquí? ¡Pareces un desenterrado!

Se miraron mutuamente, Arturo con cierta altanería. En el hueco de la escalera se confundían las voces de los compañeros, arriba, en la sede del Partido, con la del locutor de televisión y la de Leonard Cohen en *Canciones desde una habitación*.

—¿Está Dani arriba?

—Ha preguntado por ti.

Arturo se mordía el labio inferior y adelantaba el mentón, de cuando en cuando, como si pretendiera estirar la piel del cuello que quedaba oculta bajo la camisa. Víctor sonrió. Sacó del bolsillo de la cazadora un folleto plegado y lo desdobló:

—¿Y esta propaganda a la americana que te gastas? —dijo.

Arturo carraspeó, visiblemente turbado. Le azoraba contemplar su propia imagen en una fotografía de estudio, la pipa entre los dientes, sonriendo con fingida campechanía. Estiró la barbilla. Dijo con voz sofocada:

—No te lo vas a creer, pero esta propaganda a lo Kennedy funciona.

Víctor movió la cabeza dubitativo:

—Quizá —dijo—. Pero ¿no te habrás pasado un pelín?

—No irás a sentir escrúpulos ahora…

Víctor no respondió. Abrió el folleto y en la plana de la izquierda apareció un Arturo juvenil, en calzones cortos, corriendo por una pradera tras una pelota inalcanzable. Una leyenda decía debajo: «Por un deporte popular». En el grabado de la derecha, Arturo, retrepado en los cojines de un diván, el brazo sobre los hombros frágiles de Laly, su mujer, miraba tiernamente a dos niñas rubias jugando a sus pies con unos muñecos de trapo. Debajo rezaba la leyenda: «Por una educación sin privilegios». Víctor cerró el folleto sin dejar de sonreír. Levantó sus ojos grises, un poco fatigados:

—¿Y esto? —dijo, mostrando la contracubierta.

En la fotografía, Arturo aparecía en mangas de camisa, despechugado, sentado en un poyo, protegido por una pared de adobes, entre los ancianos de la solana de un pueblo. El pie decía: «Por una tercera edad digna». Y más abajo aún, cubriendo el último blanco del papel, con caracteres tipográficos más gruesos: SI DESEAS UNA ESPAÑA MÁS JUSTA, VOTA A ARTURO GONZÁLEZ TORRES, UN HOMBRE PARA EL SENADO. En los ojos de Víctor apareció una chispa de ironía. Arturo tornó a contraer los labios y a adelantar la barbilla:

—Te guste o no, esto vende —dijo—, da la imagen, macho. No confundas el Senado con el Congreso. El Senado es una opción personal.

—Quizá —dijo Víctor. Y como Arturo no replicara, añadió—: Bueno, me subo.

—Hale, hasta luego.

Víctor ascendió lentamente los tramos que le separaban del cuarto piso y empujó la puerta, donde un cartón mal recortado decía: «Pase sin llamar».

El vestíbulo, alto de techo, decorado con banderas, posters y emblemas del Partido y gigantescas hacinas de impresos adosados a las paredes, estaba en plena ebullición. Había humo de cigarrillos y voces y risas y apremios y octavillas y folletos desprendidos de los rimeros, desparramados por el suelo entarimado, fregado precipitadamente dos semanas antes, y un trasiego incesante de muchachas y muchachos con grandes insignias en el pecho y vistosas pegatinas publicitarias en las culeras de los pantalones vaqueros. A ratos, cuando el rumor de las risas y conversaciones decrecía, se oía una música rítmica, de una radio o un magnetófono, procedente de las piezas posteriores de la casa, entremezclada con la voz monocorde del locutor de televisión en una habitación más próxima. En primer término dos muchachos, uno espigado y rubio, de cabellos ensortijados y mirada dulce, y otro bajo, macizo, de brazos increíblemente cortos, vertían cola en unos cubos azules de plástico. De frente, bajo un lienzo de pared ilustrado por la ancha sonrisa del

líder, un pequeño grupo charlaba apasionadamente con Juanjo Merino, embutido, como de costumbre, en su jersey rojo, tan holgado y dado de sí que le cubría hasta los muslos.

Víctor se detuvo en el dintel, ante los cubos de plástico. El muchacho de cabello ensortijado enrollaba ahora unos carteles y contaba a su compañero que la noche anterior le habían pedido cola los de Alianza Popular:

—¿Y se la diste?

—Joder, era demasié, ¿no?

—Tampoco es eso, tío.

Por la esquina del pasillo apareció la almidonada calva de Carmelo sobre las gafas de gruesa montura, del brazo de Laly, a la que hablaba confidencialmente, como dándole instrucciones. Laly caminaba con el largo cuello erguido, el pelo descuidadamente recogido en cola de caballo por detrás de la cabeza, ingrávida y fragante como si acabara de salir del baño. En aquel ambiente denso, ruidoso y destartalado, su grácil figura era como una aparición. Posó sus ojos un instante en Víctor y sonrió imperceptible, remotamente. También Carmelo, con su frondosa humanidad, su brillante calva desolada, lo divisó y le hizo una seña con la mano. Soltó el brazo de Laly y dijo:

—Perdona. —Se dirigió a él—: ¿Has cenado?

—Bueno, tomé unos pinchos abajo —dijo Víctor.

—Vale. Dani ha preguntado por ti.

—Voy enseguida.

Salió Andrés de la habitación central y se encaminó hacia la puerta de la calle. Vestía una camisa blanca, demasiado amplia, sin cuello, y el pelo, muy largo y fosco, le desbordaba las orejas. Al pasar, propinó a Víctor unas palmaditas en la espalda:

—¿Cómo fue eso, Diputado?

—Así, así… —respondió Víctor.

Carmelo se ajustó las gafas, con un dedo, en el caballete de la nariz y le observó con desdibujada mirada bovina:

—¿Es que no fue bien?

—Lo de siempre —dijo Víctor—. El alcalde empezó con las coñas habituales y terminamos en el teleclub.

—¿Y eso?

—Dicen que hace dos días anduvo allí ese tal Agustín y montó el número de tapar el Cristo con la bandera. Ya les conoces, esos tíos creen que seguimos en el treinta y seis.

La reluciente calva de Carmelo osciló de un lado a otro:

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con Agustín?

—Nada, por supuesto, pero el alcalde anda como encabronado. Dice que no cede el salón de sesiones ni a San Pedro bendito que baje del cielo, que nos arreglemos en el teleclub y que si queremos concentración de masas, a la plaza. Chorradas, tú verás.

Carmelo soltó una risita entrecortada, como si bisbisease:

—¿Una concentración de masas en Vadillos?

—Tampoco es tan chico, tú. Nos juntamos más de cien personas.

—¿Y qué?

—Bueno, salimos del paso.

—¿Hablasteis?

—Formalmente, no. Hoy, el campesino es más pragmático, no aguanta el rollo.

Carmelo volvió a encajar las gafas con un dedo en el montante de la nariz:

—¿Una mesa redonda?

—Una rueda informativa, diría yo. Llámalo como quieras.

El muchacho del pelo ensortijado rozó con un cubo de engrudo la pierna de Carmelo. Éste se apartó:

—Cuidado, tú.

—¡Joder, cuidado! ¿Qué tal si os quitarais del medio?

Carmelo dio un paso atrás. Tomó a Víctor por un brazo y abrió la primera puerta a su izquierda:

—Pasa aquí —dijo.

Cerró tras sí. Félix Barco y Ayuso, que escribían afanosamente sobre una mesa de cocina, levantaron los ojos al entrar ellos. Sobre el tablero se veían varios folios garrapateados y llenos de tachaduras. Aparte de la mesa y cuatro sillas, y los carteles, pasquines, banderas, pegatinas y emblemas que cubrían las paredes, la amplia habitación estaba vacía. En ella se hacía más perceptible la voz mecánica del locutor de televisión. Ayuso sonrió con media boca. En el pómulo derecho tenía un aparatoso hematoma y el labio superior inflamado y tumefacto:

—Oye, Diputado, majo, échanos una mano —dijo.

—¿Qué es?

Carmelo flexionó su copiosa humanidad sobre la mesa y tomó un folio. Pasó la vista distraídamente por él:

—Cosas de Dani —aclaró—: Quiere acompañar las candidaturas con una carta al elector.

—¿Más rollo?

—Dice que hay que contrarrestar la estrategia de Suárez.

Ayuso pestañeó como un muñeco mecánico.

Vestía un extravagante chaleco de lona parda, sin mangas ni solapas, con grandes bolsos a los costados y un fuelle, como un acordeón, en la cintura. Dijo entre dientes, sin mover apenas los labios:

—Dani es así, como un poco maximalista.

Víctor recogió el folio de manos de Carmelo y le echó un vistazo mientras éste le observaba por encima de los cristales de sus gafas:

—¿Qué dice aquí?

—Ominosa.

Víctor concluyó de leer, arrugó la nariz y denegó con la cabeza:

—No me gusta —dijo.

Félix Barco agitó su mano pequeña y morena, con las uñas negras, descuidadas, en ademán de protesta:

—Jo, tío, eres la pera —volvió los ojos a Ayuso—. Dos horas rompiéndonos la crisma y ahora el Diputado que no le gusta.

—Entiéndeme —dijo Víctor—: A mi juicio os enrolláis demasiado.

—¿Y puedes decirme cómo le comes el coco tú al personal sin darle el coñazo?

Víctor frunció la frente, pensativo:

—Muy sencillo —dijo al cabo—: Con ideas concretas. A estas alturas de la campaña nadie se traga un rollo de éstos así le den veinte duros.

Terció Carmelo:

—Creo que Víctor lleva razón, estamos ahogando al pueblo en literatura; en mala literatura.

Víctor prosiguió imperturbable, como si nadie le hubiese interrumpido:

—Al elector sólo hay que decirle tres cosas, así de fácil: primera, que vote. Segunda, que no tenga miedo. Y tercera, que lo haga en conciencia.

La voz de Félix Barco salió tonante pero tamizada entre sus lacios y frondosos bigotes:

—¡Joder, estoy harto de vaselina! ¡Estoy de conciencia hasta los mismísimos huevos! ¿Y si la conciencia no coincide con nuestro programa? —preguntó.

—Mala suerte.

Carmelo se inclinó nuevamente sobre la mesa, ordenó los folios con calma, golpeando el canto contra el tablero y, finalmente, los ojeó sin leerlos:

—Es demasiado —insistió—: A Dani tampoco va a gustarle esto.

—¡Ostras, que lo haga él! —voceó Félix Barco.

—Tampoco es eso, coño.

Inopinadamente, a través de las rendijas del balcón, penetró en la estancia una voz lejana, metálica, que fue progresivamente aumentando, hasta llegar a la estridencia, sofocando todo otro rumor. En las pausas, entre frase y frase, se oía el zumbido de un motor. Paulatinamente, de la misma manera que surgió, el vocerío se fue alejando, apagándose, y la casa fue recobrando sus ruidos de fondo habituales.

—Joder, esos macarras no dejan al pueblo ni descansar —dijo Ayuso entreabriendo penosamente su labio tumefacto.

Víctor asintió, pero no parecía asentir a las palabras de Ayuso sino a su propio razonamiento interior:

—¿Conocéis el sondeo del Instituto Consulta? —preguntó.

—Lo he leído —dijo Félix Barco con suficiencia, como advirtiendo que a él era difícil sorprenderle en un renuncio.

—Habrás visto que hay mucho vacile; que todavía quedan un cuarenta por ciento de indecisos en el país, ¿no? Bueno, pues lo que interesa es decidirlos, ganárnoslos. ¿Con triunfalismos? Al contrario, con pocas palabras, con palabras sencillas, exponiendo nuestra verdad.

Ayuso puso una mano encima del brazo de Félix Barco:

—Vamos a dejarlo, tío, demos de lado a Suárez y hagamos como dice el Diputado.

Víctor sonrió tenuemente:

—Tampoco creáis que gobernar ahora vaya a ser una pera en dulce.

Carmelo asintió, moviendo de arriba abajo su impúdica calva almidonada. Félix Barco accionó vivamente con sus pequeñas manos morenas y expresivas:

—También eres tú de los que piensan que ganar ahora sería la leche, ¿no?, una especie de catástrofe.

—Tampoco es eso —respondió Víctor—, pero procuro ser realista.

—Vale —dijo Ayuso. Y, sin consultar con Félix Barco, cogió la media docena de folios y los rasgó en dos mitades arrojando los fragmentos al suelo. Miró a Víctor con ojos apagados—: Lo enfocaremos como tú dices y punto.

Carmelo, visiblemente complacido, se ajustó las gafas, dio media vuelta y entreabrió las puertas correderas que comunicaban con la pieza inmediata, una habitación espaciosa, con una potente lámpara, sin pantalla, en lo alto, pendiente de una moldura circular de escayola, y una gigantesca mesa ovalada debajo, alrededor de la cual se sentaban, en sillas desiguales, una

veintena de muchachos y muchachas cuyos rostros se difuminaban entre el humo del tabaco. Hablaban todos al tiempo y sus voces se confundían con la voz del televisor sobre una banqueta minúscula, en el rincón que formaba la pared con la puerta de acceso al vestíbulo. Olía a posos de café, a alcohol y a tabaco revenido, mal apagado en los ceniceros. En los espacios libres que dejaban las tazas vacías, las botellas, los paquetes de cigarrillos y los ceniceros, se apilaban los impresos rectangulares de las candidaturas y montones de sobres blancos y amarillos. Como en otras habitaciones de la casa, también aquí detonaba el chafarrinón de los posters y banderas y la sonrisa triunfal del líder, sujetos con chinchetas a las paredes. La irrupción de Víctor provocó un relajamiento general:

—¡Coño, el Diputado! —dijo Darío con su habitual tono reticente.

Rafa, a la derecha de Laly, que ocupaba una de las cabeceras, frunció cómicamente su rostro infantil:

—¡Joder! —voceó—. ¿Podéis decirme qué sería de nosotros, pobres provincianos, sin los fichajes madrileños?

Ante cada asiento había unas largas relaciones de nombres y direcciones meticulosamente punteadas. Ángel Abad alargó a Víctor una de las papeletas.

Dijo:

—Di que no queda fardona la candidatura con tu nombre en cabeza, tío.

Víctor sonreía y asentía. Intercambiaba frases con unos y otros:

—Ya veo que esto funciona —dijo.

Parecía intimidarle el hecho de que aquella concentración humana se hubiera puesto en movimiento en homenaje a su persona. Tras los cuarterones del mirador, dos chicas extremadamente jóvenes continuaban embutiendo papeletas en los sobres, ajenas a su presencia. A pesar de los pocos años de todos ellos, del conjunto trascendía un cierto clima de enervamiento. Apenas Laly, altiva y segura de sí misma, se erguía en su silla en contraste con el cansancio general. Víctor la miró y Laly señaló con el mentón, un mentón bien conformado pero enérgico, levemente masculino, las puertas de comunicación que Carmelo acababa de cerrar:

—¿Han terminado ésos?

Víctor enarcó las cejas:

—Están con ello.

Rafa se alteró todo:

—¡Joder, están con ello! Llevan con ello toda la tarde, los tíos no saben ni de qué va.

—¿Tanta prisa corre?

—Toda, joder. Mientras ellos no terminen, esto no funciona, y son más de cien mil sobres los que hay que despachar.

Adosados a las paredes, salvando los vanos, se apilaban más candidaturas, millares de sobres blancos y amarillos. En un silencio, se escuchó la voz del locutor de televisión: «No lo olvide, Suma, el toque de seguridad».

Rafa cruzó los brazos sobre el pecho y se rascó cómicamente los sobacos como un mono:

—El toque de seguridad, ¿no te jode? Lo que es como el tiempo no cambie ya van a hacer negocio los desodorantes este año.

Una muchacha menuda, morena, poco agraciada, con una insignia en la solapa de su blusa rosa y a la que Víctor veía por primera vez en el Centro, le dijo a Rafa, autoritariamente:

—Menos cachondeo, tío, y a lo que estamos. Esta hoja está terminada, ¿no?

Rafa hizo una ceremoniosa reverencia:

—Está terminada, señoría.

—Pues táchala y retírala, no la liemos.

Se iba reanudando la actividad interrumpida. Pedrito, el Perplejo, con sus diecisiete años mal cumplidos, se dirigió sumisamente a Laly:

—¿Dónde pongo estos sobres?

Laly señaló otro montón:

—Con ésos, encima, pero sin mezclarlos. Del norte de la provincia no tenemos aún las direcciones.

Carmelo se asomó al mirador y contempló, en silencio, la calle desierta, sembrada de panfletos. Al cabo de un rato, se agachó y abrió una de las hojas de la parte baja. Dijo:

—¿Os molesta? Hay una atmósfera irrespirable aquí.

Ángel Abad denegó con la cabeza. Rafa hizo un cilindro con la mano izquierda, tapó la salida con la derecha y echó el aliento en el hueco:

—Si no fuera por la campaña… —dijo—: ¡Joder, machos, vaya un junio!

La muchacha morena, de la blusa rosa, inquirió:

—¿A qué hora necesita Arsenio el texto de la carta?

—A las ocho —dijo Darío—. Si se la entregamos a esa hora, a las doce tendrá hecha la tirada.

Rafa indicó con un ademán de cabeza las puertas correderas. Dijo burlonamente:

—A lo mejor les da tiempo.

Se abrió una pausa. A compás de las monótonas voces del receptor de televisión, las manos se movían diligentemente, con un automatismo y una eficacia que únicamente podían provenir de incontables horas de ejercicio. Ángel Abad hizo un alto. Preguntó a Víctor:

—¿Viste esta tarde a los del Pecé en la tele?

—Me han dicho que han estado hábiles.

Rafa hizo un gesto despectivo:

—De cagarse, macho.

—A mí no me ha parecido mal.

—Lo siento, pero a mí ese tipo de propaganda no me mola.

—Pero bueno, ¿qué han dicho?

—Lo justo, mira.

—¡Ostras!, si es lo justo sacar al Camacho, al Rabal, la Ana Belén y la tira diciendo que van a votar comunista porque sí, porque les sale de los huevos, que baje Dios y lo vea.

—Tú estás encabronado por lo de anoche.

—No, macho. Yo parto de un hecho: el pueblo está alienado después de cuarenta años sin abrir el pico, de acuerdo. Entonces, si queremos mentalizarlo, lo que hay que darle no son latiguillos sino argumentos, así de fácil.

—Me estás dando la razón, macho. Si el pueblo ni sabe de qué va y sale el divo de turno y le dice: «Yo voy a votar esto», el personal detrás, a ver, lógico, ni se preguntan por qué.

Carmelo levantó sus manos regordetas en actitud apaciguadora, un tanto clerical. Después, cogió a Víctor por un brazo y le enfocó sus ojos miopes, implorantes:

—Oye, ya está bien, Dani te está esperando.

Rafa guiñó un ojo:

—No me jodas, tú, no seas clasista. ¿Es que no vas a dejar al Diputado que tome un cafetito con la base? A ver, ¿quién se apunta?

Recorrió la mesa, señalando uno a uno con el dedo:

—Doce solos, tres cortados y dos Veteranos —dijo cuando terminó el recuento. Levantó la voz para llamar—: ¡Primo!

—Deja, ya voy yo; no te va a oír —dijo Laly.

Arrastró la silla hacia atrás y se incorporó. Caminó hasta la puerta marcando inconscientemente la ondulación de sus caderas. Los ojos de Rafa, bizqueando, se fueron tras sus pantalones vaqueros:

—Esta niña —dijo cuando salió— cada día está más buena. ¿En qué estará pensando Arturo?

—¿Qué Arturo? —preguntó tímidamente Pedrito, el Perplejo.

—¡Ostras! ¿Qué Arturo va a ser? ¡Su marido!

—El Senador —aclaró Ángel Abad.

Añadió Rafa como para sí:

—En dos años la hace dos hijos y, luego, si te he visto no me acuerdo.

La muchacha morena, de la blusa rosa, intervino:

—Tampoco te pienses que es oro todo lo que reluce, tío.

—¡Ostras! ¿A qué te refieres?

—Yo sé lo que me digo.

Se abrió la puerta y reapareció Laly:

—Ahora lo traen —dijo. Se dirigió a Víctor—: Dani te reclama. Está muy excitado. Yo te pasaré el café.

—Vale, gracias —dijo Víctor.

II

En la habitación trasera, ante la doble puerta de cristales que daba acceso a la galería, armada de tres teléfonos —negro, blanco y crema—, una vieja máquina de escribir, una carpeta roja de plástico, dos ceniceros, un bote con lápices, bolígrafos y rotuladores, un flexo, una caja de cigarros y una botella de güisqui, había instalado Dani su mesa de trabajo. Alrededor, gran profusión de carteles, pasquines y banderas alusivas al Partido y el mismo aire de provisionalidad que caracterizaba al resto de la casa. Al entrar Víctor, Dani, embutido en un jersey azul marino de cuello alto, el teléfono blanco pegado a la oreja, tiraba pataditas al aire con una pierna montada sobre la otra, levantaba intermitentemente la ceja derecha y tabaleaba con los dedos de la mano izquierda el brazo plano del sillón frailero en que se sentaba. Tras él, los cristales oscuros de la galería y, detrás de los cristales oscuros de la galería, del otro lado del gran patio, los cristales de las galerías de las casas de enfrente, algunos de los cuales estaban aún iluminados. Al aparecer Víctor, Dani le hizo un gesto de resignación indicando el teléfono y le señaló la butaca tapizada de plástico rojo del otro lado de la mesa para que se sentara. Le dijo al auricular irónicamente:

—Yo paso de eso, majo, ya lo sabes…

Frunció su rostro, enjuto y vivaz, con impaciencia. En su ceja derecha levantada, las pataditas que tiraba al aire por debajo de la mesa y el tabaleo de sus dedos, se manifestaba una tensión reprimida. Víctor se recostó en el brazo de la butaca roja, junto a Carmelo, en esa actitud de violencia propia de quien sorprende una conversación que no deseaba escuchar. Miró mecánicamente a un lado y a otro de la habitación y, al advertir que Carmelo le susurraba algo al oído, inclinó su cabeza hacia él:

—Es de Madrid —dijo Carmelo señalando el teléfono.

—Ya —dijo Víctor.

Volvió la cabeza hacia la alcoba italiana y descubrió nuevas hacinas de impresos, folletos y octavillas y tres grandes cajas de ceniceros, insignias y encendedores del Partido que no estaban allí la víspera. Dijo al oído de Carmelo: «¿Cuándo vamos a distribuir ese arsenal?». Carmelo se ajustó las gafas con un dedo y encogió los hombros. Dani adelantó la palma de la mano para que callasen:

—Precisamente el personaje está aquí en este momento —dijo al auricular—: Un montón… Cantidad… ¿Sin visitar? No más de una docena… Medio vacíos… En la montaña, claro…

Guardó un silencio atento y prolongado. De pronto, se ladeó en el sillón, desmontó la pierna derecha, se inclinó sobre la mesa y dijo con irritación:

—¿Yo?… ¿Nosotros?… ¡Joder, yo no me puedo dividir!… Llevo cuatro noches sin acostarme…

Conforme se acaloraba se hacía más hondo el silencio de las pausas:

—Sí… No… Tampoco es eso… Sí, me hago cargo… Bueno… lo otro es demencial… Leoncio o San Leoncio, me la trae floja… El que os parezca más majo…

Movía ostensiblemente la cabeza de un lado a otro para que Carmelo y Víctor fueran testigos de que se las tenía tiesas con los cuadros:

—¡Joder, yo no puedo estar en todas partes, Silvino, majo, cómo te lo voy a decir!… No… no… Tampoco es eso… A Víctor le necesitamos aquí… Mañana tiene viaje…

Sonó el teléfono negro y, cuando Carmelo adelantó la mano para cogerlo, las timbradas se interrumpieron. Dos muchachos entraron en la alcoba por el falsete, vacilaron unos segundos ante las pilas de papel y, finalmente, hicieron dos grandes rollos con unos carteles, los ataron burdamente con cuerdas y se marcharon. La voz de Dani volvió a sonar contundente, notoriamente alterada:

—De vacilón, nada, macho… Él tiene que dar la cara… Literalmente tiene que mostrar la cara… Desde ya… Ten en cuenta que aquí no le conoce ni dios…

Se interrumpió unos instantes. Agregó:

—¡Joder, claro que me importa!… ¡Me importa todo, coño!… Eso es otra cuestión… Descuida… Vale… Vale… Vale… Lo haremos como dices… ¡Hale!… Otro para ti…

Colgó el auricular, infló los carrillos enjutos y expulsó el aire de golpe, como si con ello se liberara de su contrariedad. Se encaró con Víctor:

—Tus paisanos son la pera, macho. No saben andar solos por el mundo. ¿Pues no querían ahora que fuésemos mañana a Madrid a grabar el programa de la tele?

—¿Tú?

—Yo y tú. Tanto monta. ¿Para qué quieren allí la plana mayor? —preguntó—. Dicen que están liados. ¡Creerán que aquí estamos tocándonos los cojones!

Entró Laly con el café de Víctor:

—Perdonad —dijo.

Lo dejó en una esquina, sobre la mesa. Dani se agarró el centro de la boca con dos dedos y sopló hasta formar un ocho con los labios. Luego la soltó y le dijo a Laly con voz apagada:

—Oye, Laly, maja, ¿te importa decirle a Primo que suba otro para mí?

A Dani se le mudó la expresión mirando el trasero de la chica cuando salía:

—¿Te has fijado cómo está esta criatura? Tiene unas nalgas que son un reto para el futuro.

Una música insistente llegaba de alguna parte. Víctor comentó:

—Su marido no parece estar de acuerdo.

—¿Quién? ¿Arturo?

—Arturo, claro. Me lo encontré en la escalera, iba más bonito que un San Luis.

Dani sonrió. El juego reiterado de su ceja derecha imprimía a sus palabras una malicia muchas veces inexistente:

—El tío no se ha quitado la corbata desde que hizo la comunión.

Víctor sacó del bolsillo de la cazadora el folleto publicitario:

—Te equivocas —dijo.

Dobló el papel por la mitad y señaló la fotografía de Arturo equipado de futbolista. Volvió a plegarla y mostró el grabado de la solana. Añadió:

—Él dice que da la imagen, lo que no dice es qué imagen da. La única foto que se agradece es ésta que está con Laly, y, para eso, todo el mundo sabe que lo suyo con la chica ya no funciona.

La mirada de Dani se ensombreció. Señaló el folleto:

—Lo conozco. Tenemos cantidad ahí —indicó con un gesto la alcoba italiana—: Me lió. Él dice que para el Senado eso vende y no me atreví a contradecirle. La verdad es que después de cuarenta años de silencio no hay dios que sepa lo que va a funcionar en el país en este momento. Personalmente sí, tengo que reconocer que toda esa publicidad a la americana, con la sonrisa estereotipada de la bonita mujer colaboradora, los rubios niñitos inocentes y los ositos de trapo, me da por el mismísimo culo. Pero ¿qué vas a hacer? No puedes hacer nada…

Se abrió la puerta principal y entraron Julia y Miguel. Julia, con su abigarrada ruana salvadoreña y su pelo corto, dijo «¿Qué hay?», al grupo, mientras Miguel se aproximó hasta la mesa de Dani, con movimientos envarados, rígidos, de muñeco mecánico, en la sumisa actitud del contable que se dirige al jefe para rendir cuentas:

—¿Qué tal por Algera? —preguntó Dani.

—Bueno, Algera, Tubillos, Casares… ¡La tira, macho! Hemos visitado cinco pueblos.

La música que llegaba de alguna parte elevó el tono. Dani apeló a Carmelo:

—Diles que bajen eso, joder. Aquí no hay dios que se entienda.

Salió Carmelo. Dani se acodó en el borde de la mesa:

—¿Y qué? —preguntó.

—Bueno, cuatro paletos. Tenemos los alcaldes a la contra. Me da la impresión de que Alianza los tiene bien trabajados.

El tono de la música descendió tanto que casi se hizo inaudible. Carmelo regresó discretamente por la puerta del falsete. Dani se esforzaba por conservar la moral:

—Pero Algera farda, agrícolamente digo.

—Jo, farda. Quinientos veinte vecinos.

—¿Soltasteis el rollo?

—Tratamos de comerles el coco, pero no es fácil, macho. En el llano el personal es más receloso que la leche. El minifundio es conservador.

La ceja derecha de Dani subía y bajaba a intervalos rapidísimos. Dijo:

—Eso no es nuevo, majo. El problema está en mentalizarlos. No se trata de quitarles nada.

—Ya se lo dije. Les hablé de la necesidad de una nueva política agraria, de una racionalización de cultivos, la hostia…

—¿Y nada?

—No reaccionan, macho, están *out*, parecen estatuas. No saben hacer una O con un canuto pero les jode que alguien trate de enseñarles algo.

Dani sacudió la cabeza:

—Eso precisamente es lo que hay que arreglar —dijo.

—¿Cuál?

—Pues, eso. Enseñarles a hacer una O con un canuto. Volverles un poco más permeables. En una palabra, lo de siempre: escuelas, escuelas y escuelas.

Sonó el teléfono negro y Dani lo descolgó:

—Sí… —dijo.

Miguel cuchicheaba con Carmelo. Julia cogió distraídamente el folleto que Víctor acababa de dejar sobre la mesa y sonrió:

—¿Es que Arturo ha jugado al fútbol alguna vez? —le preguntó.

Dani hizo un contundente ademán para que callasen:

—¿Otra vez? —dijo al auricular—: ¡Joder, estoy de broncas hasta los cojones, Paco…! Por supuesto… Yo no digo que tengáis la culpa pero Madrid

no quiere violencias. Ya… ya… Pues, antes de liarla, agarráis los carteles y os vais con la música a otra parte… En ningún caso… En último extremo, como si fuerais de Ruiz Giménez: calláis la boca y ponéis la otra mejilla… ¡Hale!… Hasta luego.

Colgó el teléfono. Parpadeó tres veces antes de hablar:

—El pleito de cada noche —dijo—. Este Paco es la repera. ¡Que le tapan los carteles! ¡Joder, qué novedad! Nosotros se los tapamos a ellos. Es la guerra de los carteles, ya se sabe.

Julia aprovechó la pausa para mostrar el folleto que había estado examinando y preguntó de nuevo:

—¿Es que Arturo ha jugado al fútbol alguna vez?

Todos rieron. Dani se puso serio:

—Vamos a dejar tranquilo al Senador —dijo gravemente. Sonó una voz ronca desde el falsete:

—¿Se puede?

Sin aguardar respuesta, entró Primo, el ordenanza, con el café de Dani. Primo, escorado del lado izquierdo, tenía un rostro inexpresivo y un algo agarrotado en las cortas piernas, que le hacía detenerse cada dos pasos. Depositó el café sobre la mesa. Dani cogió la taza con la mano izquierda y bebió un sorbo. Lo paladeó con delectación. Dijo:

—Tenían que hacer un monumento al tío que inventó el café.

Al ver que Primo se marchaba, separó la taza de los labios y voceó:

—Primo, por favor. Dile a Ayuso que qué pasa con esa carta, que es para hoy.

Bebió el café hasta los posos, cerró los ojos, se pasó los dedos por los párpados, oprimiéndolos, volvió a abrirlos y miró a Miguel:

—Si no os importa —dijo—, vosotros esperad fuera. Hay otra salida mañana.

—¿Otra?

—Sí, joder. ¿Qué quieres que yo le haga? No hay gente, no hay tiempo. Todo este tinglado está montado sobre cuatro tíos. El pueblo nos votará o no nos votará, eso está por ver, pero se resiste a la militancia.

—Vale, coño, tampoco te pongas así.

Pasó el brazo por los hombros de Julia y salieron. Dani se encaró decididamente con Víctor:

—También vosotros tendréis que mover las tabas mañana —dijo—. Aquí no se salva ni dios…

—De acuerdo —dijo Víctor.

—Es cosa de Madrid —se disculpó—. Más que nada, cuestión de amor propio.

—Tú dirás.

—Silvino quiere que llevemos nuestra voz hasta el último rincón, que no dejemos una aldea, por pequeña que sea, sin visitar. En realidad, eso ya está hecho, pero si miramos el mapa encontraremos una docena de pueblos en blanco. Pasa un momento, majo.

Separó el sillón de la mesa y se incorporó. Dani, de pie, era más pequeño y escurrido de lo que parecía sentado, más ligero:

—Mira —repitió pulsando el interruptor de la galería que, tras unos breves parpadeos, se iluminó con tres grandes tubos de neón, una luz blanca, cruda, en contraste con la amarillenta del flexo, que, momentáneamente, los deslumbró. Un mapa de la provincia de más de tres metros de largo, adosado al muro, encaraba la cristalera. Todo él se hallaba sembrado de chinchetas rojas y azules. Dani tomó un pequeño puntero y, brincando de un lugar a otro, le fue exponiendo a Víctor la situación. Carmelo, con su mirada cansada, observaba todo desde un segundo plano. Los cristales de las galerías de enfrente, a excepción de uno, se habían apagado ya. Dijo Víctor:

—Esto parece un cuartel general.

Dani asintió:

—En realidad no es otra cosa.

Con el extremo del puntero señaló la zona sur de la provincia, allí donde los nombres de los pueblos se amontonaban:

—Observa. Esto está copado. Las chinchetas rojas indican los lugares que hemos recorrido dos veces. Corresponden, por lo general, a las cabeceras de comarca, lo que antes decíamos partidos judiciales. Hay también algún pueblo grande, como La Sala, que cuenta con modestas industrias. Curiosamente La Sala es el único pueblo de la provincia que demográficamente ha ido a más desde la guerra. Bien, todos estos pueblos han sido trabajados a fondo. No es necesario volver. Si acaso, en Montejos, con sus quince mil habitantes, tiraremos unas octavillas el día trece y punto.

—¿Y Bocigas? —apuntó Víctor.

—En Bocigas estuvo Ayuso con su equipo y luego Miguel o no sé qué otro. Es igual. Además anda allí de veterinario Chucho Medina y no lo deja de la mano. —Levantó el puntero y dibujó un círculo imaginario en la zona oeste—: Esta comarca —añadió— quizá sea la más descuidada. Únicamente hay chinchetas azules, lo que quiere decir que nuestra gente no ha visitado

estos pueblos más que una vez. En realidad, son pueblos de una emigración tan fuerte que apenas quedan en ellos niños y viejos.

—Pero los viejos también votan —interrumpió Víctor.

—Tranquilo —prosiguió Dani, a quien el café parecía haber insuflado una verbosidad desacostumbrada—: Aquí estuvo Juanjo hace tres días y encontró un ambiente bastante mollar. Está sembrado de propaganda mural, cantidad. Tan sólo este rincón, la zona de Corcuenda, está por ver. Mañana irán allí Miguel y Julia a dar un repaso. La familia de Julia procede de allí. El abuelo fue cacique en su tiempo, no creo que haya problema.

Dani hizo un alto. Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo del pantalón y prendió uno con un encendedor del Partido:

—Por último —agregó, guardando el tabaco y el encendedor y llevando el puntero a la zona más alta del mapa— nos quedan estos tres pueblecitos entre Refico y Palacios de Silos. ¿Los ves? Como de todo el norte, tenemos los datos de los colegios, pero andamos a falta de direcciones. Tal vez no valgan la pena, pero en fin…

—Eso es ya la montaña, ¿no? —preguntó Víctor.

—Exacto, majo, son pueblos serranos, pueblos pobres, de costumbres ancestrales, que malviven de pequeñas hazas de cereal, frutales y miel. No sé si merecerán el viaje, pero por nosotros que no quede.

Bajó el puntero hasta el empeine de sus zapatos y dio una larga chupada al cigarrillo. Enarcó la ceja derecha para preguntar:

—¿Tienes algo que hacer mañana por la mañana?

Víctor consultó una pequeña agenda que sacó del bolsillo interior de la cazadora:

—Por la mañana, imposible —dijo.

—¿Ni siquiera a mediodía?

—Imposible —insistió Víctor—: A las diez tengo la entrevista de la radio, ya sabes. A las once y media, la encuesta esa de la *Gaceta*: «Si sale usted diputado, ¿qué piensa hacer por la provincia?». Una chorrada, de acuerdo, pero no puedes decir que no —guiñó un ojo—: Con los medios de comunicación hay que estar a bien.

Dani bajó la cabeza y quedó unos momentos pensativo. Al callar se diría que sus facciones se serenasen. Finalmente dijo mirando al vacío:

—En todo caso, si salís a la una podéis comer en Refico. Por la tarde despacháis holgadamente los tres pueblos, hay luz hasta las tantas. Yo no sé la carretera, son cincuenta kilómetros, pero de seguro enrevesados y de mal piso. Échale dos horas. Con otra que dediquéis a cada pueblo es suficiente.

Víctor asintió:

—Vale —dijo.

Repentinamente, Dani alzó la cabeza hacia el techo y continuó hablando en esta postura:

—Paco y Ángel Abad pueden salir a las once en el Dos Caballos y anunciar los actos. A las cinco en Cureña, a las seis y media en Quintanabad y a las ocho en Martos. Todavía os da tiempo de cenar aquí, llegáis con luz.

—Vale —repitió Víctor.

Dani volvió a poner la cabeza en posición normal:

—Queda la compañía —dijo—. Yo había pensado en Rafa. Es un chaval simpático y charlatán, un poco ligero pero majo. Ya le conoces, para una tarde, vale; conduce bien, además. Luego está Laly, conviene que vaya una mujer. Laly es una tía muy maja, ya la conoces, lo más decorativo de que disponemos, y muy inteligente; lo único que tiene que hacer es dejar, por una vez, su feminismo a un lado. Hablar de movimientos de liberación en la montaña resultaría grotesco, debes disuadirla, hay que ir por partes.

Víctor tornó a asentir:

—De acuerdo —dijo.

Dani se volvió a Carmelo:

—¿Quieres avisarles?

Carmelo salió silenciosamente. Dani encogió los hombros y, súbitamente, levantó la cabeza de nuevo.

—¿Te pasa algo? —preguntó Víctor.

—No, nada, un punto doloroso. Cuando estoy fatigado se me fija en la primera vértebra y me hace la puñeta.

Al regresar Carmelo con Laly y Rafa, Dani había recobrado su posición normal. Rápidamente, con una gesticulación muy viva, les expuso el programa. Cuando concluyó de hablar, Rafa se aproximó al mapa y fue recorriendo con el dedo el trayecto Refico-Palacios de Silos:

—¿Aquí? —dijo—. ¡Joder, si esto es las Hurdes!

—¿Has estado alguna vez?

—No, joder, ni tú, ni éste, ni nadie. Por eso digo que es las Hurdes. O sea, con las Hurdes pasa como con *El Capital*, que todo el mundo habla de ellos pero nadie los conoce.

—Habrá que intentarlo —dijo Dani.

—Desde aquí te aseguro que ahí no quedan ni las ovejas. Cincuenta vecinos entre los tres a todo tirar.

—Mira, si están casados pueden ser cien votos.

—Menos votos, macho.

Sonó el teléfono en la mesa de Dani:

—¿Quieres cogerlo? —dijo éste.

Carmelo tomó el auricular:

—Sí… Sí, estuvo aquí… Con los carteles, claro… Varios grupos… No puedo decirte… No… no… no… Nunca ha pasado nada… No tienes por qué preocuparte…

Rafa continuaba estudiando el mapa con concentrada atención. Víctor le aclaró:

—El plan es comer en Refico y, por la tarde, subir a Cureña, Quintanabad y Martos. A la hora de la cena podemos estar de vuelta.

Rafa se llevó las dos manos a la cabeza:

—¡Ostras! —dijo—: ¿Os habéis fijado que es carretera blanca? ¡De cagarse, machos! —sonrió—: La única compensación son las truchas de Refico.

Regresó Carmelo a la galería:

—Matilde —dijo suavemente—: Que si estaba aquí Manu. A saber dónde andará el pollo ese ahora.

Víctor al oír el nombre de Matilde se desentendió del asunto. Cerró corro con Dani, Laly y Rafa. Se dirigió a estos últimos:

—A la una aquí abajo, en la cafetería, ¿vale?

—Vale, Diputado.

Intervino Dani:

—Una cosa —dijo—: A Miguel ya sabéis que no hay quien le apee del ciento treinta y uno, una manía. ¿Os importa llevar el ciento veinticuatro?

—Mejor —dijo Laly—. El ciento treinta y uno queda como burgués.

Rafa se apresuró:

—Cojonudo —dijo—. El ciento veinticuatro tiene casete —miró a Laly, le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí—. Además, es más chico e iremos más juntos.

III

Grupos bulliciosos de jóvenes se arracimaban, charlando y fumando, ante la barra de la cafetería, en un hervor humano, confuso y excitante. Por el suelo se entremezclaban desperdicios de marisco, huesos de aceituna, puntas de cigarrillos, envolturas de azúcar y servilletas de papel arrugadas. Víctor se situó en un pequeño hueco, en el extremo de la barra, junto a la caja. La muchacha más vistosa —una rubia, de brazos pecosos y sonrosados— de las cuatro que atendían al mostrador, se dirigió sonriente a Víctor al divisarlo:

—¿Un vinito? —preguntó.

—Un vinito, vale —dijo Víctor.

Puso un vaso en la barra, cogió una botella de la estantería y le sirvió:

—¿De viaje otra vez?

—¡Qué remedio!

—Siempre de viaje. ¿Cómo marchan las cosas?

—Marchan, que no es poco.

Por la puerta de cristales abierta entraba un vaho de humedad, pues apenas habían transcurrido cinco minutos desde el último chaparrón. En las aceras, húmedas, se veían centenares de octavillas de colores, embarradas, pegadas al suelo. Por la calzada pasó un coche con un altavoz estridente, pero iba tan rápido que apenas pudo escucharse el comienzo de la alocución antes de que sus voces fueran sofocadas por el rumor del resto de los automóviles que circulaban por la amplia avenida:

—Coño, qué cargantes son estos tíos —dijo un muchacho imberbe, a su lado.

Apareció Laly, con su escotado suéter azul, que ceñía sus pequeños pechos, y unos pantalones vaqueros:

—¡Hola! —dijo—: ¿Qué tal has dormido?

—Poco y mal —confesó Víctor.

La sonrisa de Laly era jugosa y elástica, sin ese acartonamiento que suele acompañar a las sonrisas tras varias horas de sueño.

—¿Qué tomas?

—Nada; no me apetece —dijo la muchacha.

Víctor se peinó las barbas frondosas con los dedos de la mano derecha. Agregó Laly:

—¿Qué tal fueron las entrevistas?

—Un purete.

—¿Y eso?

—Ya sabes. —Víctor engoló la voz con cómica solemnidad—: «¿Qué va usted a hacer en las Cortes si es elegido diputado?». ¡Coño, pues qué voy a hacer en las Cortes! Seguir la corriente de las Cortes e intervenir cuando me parezca oportuno.

—No les dirías eso, queda como desairado.

—Más o menos. Templando gaitas, naturalmente.

Se hallaban de espaldas a la puerta y cuando Rafa entró y les puso los brazos por los hombros, Laly no acertó a evitar un estremecimiento:

—¿Qué dicen los diputados? —dijo Rafa. Aproximó su rostro al de Laly—: Un besito, amor. —Laly le besó mecánicamente en la mejilla—. Si le echaras un poquito más de entusiasmo a la cosa tampoco creas que iba a pasar nada, tía —se dirigió a la camarera rubia—: ¡Un tinto, tú, rápido!

—¿Dónde has dejado el coche? —preguntó Víctor.

—En la esquina. Está mal aparcado.

Bebió el vaso de un trago y dejó unas monedas sobre la barra. Desde la puerta divisaron la avioneta que sobrevolaba la ciudad. Atravesaba un retazo azul de cielo y la cinta blanca, amarrada a la cola, ondeaba como una serpentina.

—Joder, machos, anda y que tampoco se están poniendo pesados con el avión ese.

Laly corroboró:

—Suárez se está pasando un pelín.

Víctor miró a un lado y a otro:

—¿Dónde anda el coche, tú?

—Sigue, macho, a la vuelta.

Era un 124 amarillo claro y en el costado derecho figuraba la sonriente efigie del líder y un gran emblema del Partido en el costado izquierdo. Rafa abrió la portezuela posterior, invitó a Víctor:

—Tú detrás —al ver que remoloneaba añadió—: ¡Joder, no seas vacile, para eso eres cabeza de candidatura!, ¿no?

Víctor obedeció. Dijo Laly:

—¿Quieres que lo lleve yo?

Rafa daba vueltas al llavero entre los dedos:

—¿Qué dices? —se sentó al volante—: Tú observa las normas de tráfico y ciñe tu hermoso busto con el cinturón de seguridad.

Puso el coche en marcha. La calle parecía un hervidero. Los automóviles circulaban en ambas direcciones y los peatones, muy numerosos, descendían a la calzada al menor entorpecimiento. Rafa sorteaba a unos y a otros con

frívola desenvoltura y deslizaba el automóvil por espacios inverosímiles, con objeto de ganar puestos en los semáforos:

—Tranquilo, tú. No me gustaría llegar al mitin con los nervios descompuestos —dijo Víctor.

La calle estaba alfombrada de folletos y octavillas y los coches imprimían en ellas las huellas de sus neumáticos. En las fachadas de las casas, en las tapias de las obras, en los mármoles de los bancos, abigarrados cartelones invitaban a votar a un partido o a otro. De vez en cuando, algún letrero indeleble trazado con *spray*:

—Mira ése —dijo Laly riendo.

Entre las lunas de un gran establecimiento de tejidos, una mano anónima había escrito: «Vota o no votes. Haz lo que te salga de los cojones».

Rafa soltó una carcajada:

—Es bueno —dijo—: ¡Mira ese otro!

Poco más allá, la misma mano había escrito con caracteres análogos: «Curiel, autonomía». Víctor preguntó:

—¿No es Curiel el pueblecito ese de las salchichas? ¿El de la iglesia mozárabe?

—Ése —dijo Laly.

Bajaban raudos hacia los puentes y la circulación iba remitiendo, haciéndose paulatinamente más fluida. Víctor se ladeó, sacó del bolsillo una casete y se la entregó a Laly por encima del hombro:

—¿Te importa poner eso? Vamos a amenizar un poco el viaje.

Laly miró la cinta por los dos lados y volvió la cara hacia Víctor con una sonrisita de conmiseración:

—Pero Víctor… —dijo.

—¡Ostras!, ¿qué es? —inquirió Rafa, mirando la cinta con el rabillo del ojo.

—*La del manojo de rosas* —dijo Laly.

—Jo, Diputado, no seas quedón.

Laly introdujo la cinta en la ranura. Su sonrisa era ahora tierna y condescendiente, la sonrisa que se dibuja en el rostro de un adulto cuando se dirige a un niño. Las últimas casas de la ciudad iban quedando atrás y, en unos segundos, accedieron a campo abierto. Sonaron los primeros compases:

—Es demasiado, tío —dijo Rafa.

Laly añadió, sin cesar de sonreír:

—Víctor está como *out*, sigue en la zarzuela y la zarzuela no encaja con nosotros.

Víctor flexionó el tronco. Agarró a Laly por el pelo y dio un tironcito hacia él:

—¿Crees de veras que cada opción política tiene su música?

—Tampoco es eso —dijo Laly—, pero tú me dirás cómo casas el género chico con una alternativa progresista.

El coche verde que les precedía disminuyó repentinamente la velocidad y Rafa dio un frenazo y lo sorteó airosamente por el lado izquierdo:

—¡Cuidado, tú!

—¡Joder, cuidado! Ni siquiera ha dado al intermitente, el tío.

Laly miró hacia atrás:

—Tía —dijo.

El altavoz cantaba melifluamente: «Qué tiempos aquéllos, qué tiempo querido, qué tiempo perdido, ¡qué pronto se fue…!».

—¡Escuchad! —dijo Víctor—: ¿No es bonito? —seguía el compás con la cabeza—: Yo creo que si me gusta esto es porque me ayuda a recordar mis diecisiete años, cuando empecé en la Universidad y me enamoré por primera vez.

—¡Coño, Diputado! ¿Es que tú te has enamorado alguna vez? —preguntó Rafa.

—Muchas —respondió Víctor—. ¿Por quién me has tomado?

—Y has cumplido treinta y siete y nada. ¡También manda cojones!

Intervino Laly, imperceptiblemente molesta:

—Por si no te has enterado, Víctor ha pasado encerrado siete de los últimos quince años. No es que sea un récord, pero no está mal.

Rafa soltó el volante un momento y estiró los dedos:

—Vale —dijo—, pero, aparte empollarse en la Edad Media, ¿puede saberse qué hizo este hombre en los ocho que estuvo libre?

El motor zumbaba alegre, regularmente. Los chopos de las cunetas desfilaban a gran velocidad. Desde las ventanillas se divisaba el campo abierto, de un verde tierno, con diferentes matices, las perspectivas acotadas por suaves ondulaciones, moteadas, en sus lomos, por pequeñas matas de aulagas. Entre las siembras, aquí y allá, se abrían esponjosos barbechos de tierra rojiza, profundamente subsolados y, de pronto, a mano izquierda, en un perdido poblado de amarillas y amapolas, apareció, muy apiñado, un rebaño de ovejas. Rafa señaló con el dedo un extenso barbecho:

—Y eso, machos, ¿por qué no lo siembran? ¿Es que en España sobra trigo?

—¿Eh? —dijo Víctor inclinándose hacia adelante—: Baja un poco ese chisme, Laly, haz el favor.

Laly giró el botón y ladeó la cabeza para que Víctor la oyese:

—Los barbechos —dijo—: A Rafita le chocan los barbechos, no sabe de qué van. Todavía no se ha enterado de que la tierra, como todo el que trabaja, tiene que descansar.

Víctor se interesó en el tema:

—A esa rotación le llaman aquí de alguna manera.

—De año y vez —dijo Laly.

—¡Joder, tía! —terció Rafa—: Sabes de campo cantidad, sabes de campo más que el que lo inventó.

—De año y vez —repitió Víctor—. Es hermoso, ¿no?

Rafa escoró la cabeza:

—Un besito, campesina, aunque esté fuera de programa. Con el tatachín este de los cojones me estoy quedando traspuesto.

Laly adelantó los labios y le besó en la mejilla. Rafa soltó la mano derecha y se la pasó a la muchacha por la espalda:

—Con más ardor, compañera. No seas estrecha.

La atrajo hacia sí. Laly movió los hombros incómoda:

—Agarra el volante y no hagas chorradas, cacho puto.

Víctor miraba por la ventanilla ensimismado. Aquel campo verde, recién lavado, con las rojas amapolas enhiestas, le fascinaba:

—Hay muchas amapolas.

—Las amapolas son malas, ¿no, macho?

—Eso dicen —dijo Laly.

Los agudos pitidos del magnetófono anunciaron el final de la cinta. Laly pulsó el botón:

—¿Le doy la vuelta?

—¡No jodas! —exclamó Rafa.

Laly se quedó con la cinta en la mano:

—¿Qué pongo?

—Por ahí andan el *Te recuerdo Amanda* y el *The Dark Side of the Moon*, de Pink Floyd. Cualquiera.

La carretera empezaba a retorcerse y cada vez eran menos frecuentes los tramos rectos. Los árboles de los flancos eran ahora castaños de Indias y la topografía más accidentada. Rafa metió la tercera velocidad, aceleró súbitamente y adelantó a un camión entre dos curvas:

—¡Cuidado, tú! Has hecho un adelantamiento antirreglamentario.

—Tranquilo, macho, no había raya.

—¿Y eso qué? Con raya o sin ella, si viene otro de frente nos pegamos la leche.

—¡Ostras!, con la razón por delante —apuntó Rafa—: A mí no me importaría darme una leche con la razón por delante.

Por el interior del automóvil se desbordaron, como el aroma de un perfume, el tic-tac doméstico, el timbre del despertador, las notas inconexas de la nueva cinta. Víctor hizo una mueca de desagrado:

—Pero ¿te gusta eso?

—¿Pink Floyd? ¡Mola cantidad!

Víctor se recostó en el asiento, resignado. Laly giró la cabeza y apoyó la barbilla en el respaldo del sillón:

—Y a todo esto, ¿de qué va a ir hoy el rollo?

—Más o menos de lo de siempre.

—Oye, macho, ¿y a qué llamas tú lo de siempre? —preguntó Rafa.

Víctor pareció reflexionar:

—Tú, por de pronto —dijo, tras una breve pausa—, de pensiones y seguridad social. Dani dice que ésta es tierra de emigración fuerte, que no quedan en los pueblos más que niños y viejos.

—Vale —dijo Rafa—: El tema es fardón.

Víctor continuó hablando monótonamente como para sí:

—Por mi parte soltaré la parida de costumbre: abandono secular, estructuras medievales y justiprecio de los productos agrícolas.

La cinta de Pink Floyd producía unos sonidos áridos, remotamente melódicos:

—¿Y yo? —preguntó Laly.

Víctor carraspeó:

—Habrá que pensar un tema adecuado.

—¿Por qué no de la equiparación de la mujer?

Víctor no respondió.

—¿No te gusta? —agregó Laly.

—No es eso, Laly, pero estas gentes de la montaña desconocen esos movimientos, no saben ni de qué van.

Laly levantó la cabeza del respaldo, dijo, encrespada:

—Pues en 1977 ya es hora de que se enteren.

Víctor se adelantó hasta quedar sentado en el borde del asiento. Sus labios casi rozaban la oreja izquierda de Laly:

—No te cabrees —dijo—: Ya sabes que en este punto estoy de acuerdo contigo, pero no debemos precipitarnos, hay que dar tiempo al tiempo.

—¿Lo dejamos para las Cortes? —preguntó Laly irónicamente—: ¿También tú eres de los ingenuos que creen que es éste un problema de Cortes?

—Bueno, tampoco es eso —dijo Víctor sin convicción.

Laly se iba exasperando y su rostro en tensión, vibrante, levemente congestionado, se tornaba más atractivo:

—Desengáñate —añadió—, el planteamiento social del problema es machista. La batalla, sobre el papel, está tirada, no ofrece dudas. O sea, la cuestión estriba en cambiar la mentalidad de una sociedad patriarcal; pero si hay un reducto del viejo patriarcado, ése está aquí, Víctor, en estos pueblos. ¿Y cómo coños vas a llegar a ellos desde las Cortes, di? Ten por seguro que los derechos fundamentales no se van a legislar.

—¡Toma castaña! —exclamó burlonamente Rafa.

Víctor se rebulló inquieto:

—Te pones muy bonita hablando de estas cosas —dijo finalmente con una sonrisa, buscando la conciliación.

—¡Chorradas! —dijo Laly sarcástica—: Ése es el viejo truco del macho ibérico. Lo que sucede es que tú, y tú, y la totalidad de los hombres y el noventa y nueve por ciento de las mujeres, en el fondo, sois machistas y punto.

Rafa la miró de reojo:

—Tampoco faltes, tía. Yo paso de eso.

La voz de Víctor se tornó implorante:

—No te enojes, Laly. Sabes de sobra que el Partido os apoya.

Laly se encolerizó aún más:

—¡No me toques ese punto, por favor! —voceó—. El Partido me dirá que sí, que muy bien, que todo eso de la reivindicación de la mujer es positivo, el rollo de costumbre. Pero, a la hora de la verdad, ¿qué? Encogimiento de hombros y sonrisitas condescendientes, eso es lo que nos da el Partido. No te engañes, Víctor, nuestra lucha se acepta como un coñazo social; no nos la tomamos en serio más que cuatro docenas de mujeres.

Tímidamente, la mano de Víctor se posó sobre la cabeza de Laly y la empujó suavemente hacia sí hasta que sus frentes se rozaron:

—Por favor —dijo—, no me tomes a mal lo de bonita. Es cierto que me pareces bonita y especialmente cuando te enfadas.

—¿Y qué arregla eso? —dijo Laly con dureza.

—Nada, ciertamente, pero no deja de ser importante. ¿Quieres decirme qué será del mundo el día que alcancéis vuestros derechos si las mujeres habéis dejado de atraernos?

La voz de Laly acusó un imperceptible desfallecimiento:

—Son cosas compatibles —dijo.

Rafa emitió un prolongado silbido:

—¡Es demasiado!, ¿no?

Se ciñó a una curva y metió la tercera velocidad para aliviar al motor. Laly agachó la cabeza, prendió un cigarrillo y dijo en tono reticente:

—Resumiendo, hoy me toca callar.

—¿Por qué callar? Temas sobran, la cultura, por ejemplo, el derecho a la cultura; ya lo has hecho otras veces.

—Vale, la cultura. Ante todo disciplina.

Rafa ladeó ligeramente la cabeza:

—¿Me pones fumando?

Laly le colocó un cigarrillo entre los labios y le dio fuego.

Rafa aspiró una fumada profunda:

—¡Camaradas! —dijo enfáticamente mientras expulsaba el humo—: Me parece que os estáis pasando. A estos paletos con decirles que les vas a subir las pensiones y doblarles el precio del trigo, te los metes en el bolsillo.

Volvieron a sonar los intermitentes pitidos del magnetófono:

—Dale la vuelta —dijo Rafa.

Laly sacó la cinta, la volvió y la hundió malhumorada en la ranura:

—Miguel dice que andan recelosos y no le falta razón —arguyó Víctor.

—¿Desde cuándo? —preguntó Rafa.

—¿Tú qué crees?

—En cierto modo —dijo Rafa—, ganarte el voto de un paleto es fácil. Lo difícil es mentalizar a un paleto.

El coche subió una empinada rampa, giró bruscamente a la izquierda, en una curva muy pronunciada, y alcanzó el páramo. A lo lejos se dibujaba, azulada y escueta, la línea dentada de la montaña con las cumbres espolvoreadas de blanco:

—¡Joder, pero si hay nieve! —exclamó Rafa.

Las siembras habían desaparecido y, salvo los castaños de Indias que flanqueaban la carretera, el campo no ofrecía otro ornamento que media docena de enebros raquíticos y las matas rastreras de brezos y espliegos sin florecer aún. Rafa se inclinó repentinamente sobre el volante:

—¡Adiós! —exclamó—: Mirad quién anda ahí.

A ambos lados de la carretera se agrupaban varios jóvenes embutidos en jerseys chillones y otros deambulaban alrededor de tres coches aparcados en las cunetas, entre los árboles. Dos muchachos ataban a un tronco una gran cartela pero, al divisarlos, interrumpieron su actividad y se unieron a los otros abriendo calle. Rafa bajó rápidamente el cristal de la ventanilla y aceleró. El primer muchacho de la izquierda lanzó una piedra que rebotó ruidosamente en el capó, mientras otro, con barba y pelo afro, disparado, les hizo un corte de mangas. Los demás agitaron los puños y vocearon:

—¡Fascistas, maricones!

Rafa los rebasó a ciento veinte, sacó la mano izquierda por la ventanilla, el dedo corazón erecto entre los otros cuatro abatidos, y voceó:

—¡A tomar por el culo, machos!

Subió el cristal y soltó la carcajada, el ojo en el espejo retrovisor:

—Lo que faltaba —dijo—, el macarra de Agustín.

—¿Qué Agustín? —preguntó Víctor.

—¡Joder! ¿Qué Agustín va a ser? El que las urde en todas partes, el que se metió una mañana en Kansas a tirar pasquines y quiso salir tan aprisa que se aplastó contra la vidriera como un sello.

Víctor sonrió:

—He oído contar esa historia.

Añadió Rafa:

—Pues si el Viejo no la dobla, todavía andaría a la sombra. ¡Tres años, jo, qué tío!

—Pero ¿qué hacían ahí? —preguntó Laly.

—A saber, pegaban carteles. Estarán preparando en la carretera una fiesta de carnaval. Tú no conoces a Agustín.

Concluyó la recta e iniciaron las revueltas del descenso. Tras una de ellas, apareció, abajo, un vallejo angosto y, entre el follaje nuevo de los frutales, media docena de casas con las tejas ennegrecidas.

—Berrueco —dijo Rafa—: Pago un vinito.

—¿Qué hora es? —preguntó Víctor.

—Y diez. Sobra tiempo.

Víctor se inclinó hacia delante:

—¿Qué queda para Refico?

—Once kilómetros. Está hecho, macho.

Se deslizaban entre dos hileras de casas de piedra amarilla, con tiestos en las ventanas y blancas galerías colgantes. Las calles estaban desiertas y en la plaza, sin pavimentar, con una olma en el centro, brillaban los charcos. Rafa

buscó el vado y aparcó a orillas del árbol, frente a la cantina. Se apearon. Desde el ábside de la iglesia, el líder les sonreía, entre cuatro carteles desgarrados. Rafa se aproximó al póster y lo palpó por dos veces:

—Está húmedo aún —dijo—: Ángel acaba de pasar.

—¿Qué Ángel? —preguntó Laly.

—Joder, el Cojo, ¿qué Ángel va a ser?

—¡Ah, Ángel Abad! Habla, hijo, por Ángel no le conoce nadie.

En la cantina en penumbra, con un ventano enrejado orientado a mediodía, dos hombres de edad, las boinas caladas hasta los ojos, fumaban parsimoniosamente ante dos vasos de tinto, junto al mostrador. En el momento de entrar, el más viejo, un octogenario con las encías deshuesadas, decía con voz chillona:

—Y también más tardío que el sesenta y cinco.

—Natural —dijo el tabernero—: Si no ha calentado, si no ha habido primavera.

No alteró la expresión para dirigirse a ellos:

—¿Qué va a ser?

—Tres vinitos —dijo Rafa.

Les sirvió lentamente, en silencio, la atención concentrada en los vasos que iba llenando. Detrás de él, en la estantería, se amontonaban latas de conserva, chicles, cajetillas de tabaco, cajas de galletas y botellines de cerveza y coca-cola. A lo largo de los puntales pendían botijos, cazuelas, lías de cuerda y ristras de ajos. Laly preguntó:

—¿Sabe si ha pasado por aquí un muchacho cojo con una bufanda a rayas?

El hombre se le quedó mirando largamente, sin decir palabra, como si aquello que preguntaba resultase difícilmente inteligible:

—¿Iba con otro? —preguntó al fin.

—Sí —miró a Víctor—, Paco.

El hombre hizo otra pausa:

—¿Iban por eso de las elecciones?

—Sí —dijo Laly.

Tornó a quedar en suspenso el tabernero:

—Por aquí pasaron, sí señora. Hace ya rato —dijo, al cabo.

—¿Como cuánto?

Los ojos del hombre revelaban un absoluto desconcierto:

—¿Cuánto, qué?

—Tiempo —dijo Laly un poco irritada—: ¿Cuánto tiempo hace que pasaron por aquí?

Vocalizaba y elevaba la voz como cuando se le habla a un sordo. Desde el rincón, los dos viejos la observaban, fumando, con socarrona curiosidad. El tabernero se rascó prolongadamente la nuca:

—A punto fijo no le puedo decir. El correo ya había bajado —se dirigió a los dos parroquianos como buscando ayuda—: ¿O no?

—El correo bajó hace un par de horas —dijo el de la voz chillona.

El otro negó reiteradamente con la cabeza:

—Un par de horas de ninguna manera. Hace un par de horas saqué yo la cabra y el correo no había bajado aún.

—Está bien —terció Víctor—: ¿Qué le debemos?

—Doce pesetas.

Víctor le alargó un billete de cien. El hombre movió la cabeza de un lado a otro:

—No tengo vueltas.

Rafa depositó tres monedas de cinco pesetas sobre el mostrador de madera:

—Hale —dijo—: Hasta luego.

Ya en el coche, Laly estalló:

—¡Joder, qué tíos! Yo no sé si están carrozas o se quedan con nosotros.

Víctor sonreía. Rafa metió la marcha atrás y giró el volante a tope.

Aguardó. Un gitano renegrido con un niño de la mano cruzaba bajo la olma. Cuando se apartaron, arrancó, salió a la carretera y rompió a reír:

—¿Sabéis el de los gitanos?

—¿Eh? —dijo Víctor.

—Un chiste de gitanos —aclaró Laly.

Rafa fue cambiando las velocidades y, cuando metió la directa, se retrepó en la butaca. Dijo:

—Van los del Pecé a las chabolas de Almedina y preguntan por el jefe de los gitanos. ¿El jefe, el jefe? Todo dios buscando al jefe. Al fin aparece el jefe y uno del Pecé empieza con la de siempre, que el Partido va a redimirles, que el Pecé es el partido de los marginados y que si tal y que si cual. A todo esto, el jefe de los gitanos no le quita ojo a la hoz y el martillo de la bandera. Y el del Pecé, dale, que es una injusticia más de la sociedad capitalista, joder, y que la solución está en que se afilien todos al Partido. Cuando acaba, el jefe de los gitanos les dice que bien, que está muy bien, pero que con esto de la democracia él no puede tomar una determinación sin consultar a la tribu y

que, si no les molesta, vuelvan al día siguiente. Los del Pecé se van jodidos, pero vuelven a la mañana siguiente y preguntan por el jefe. ¿El jefe, el jefe? Todo dios a buscar al jefe. Al fin sale el jefe y se queda mirando la hoz y el martillo todo el tiempo. «Bueno —le dice el del Pecé—, supongo que ya os habréis decidido, camaradas». «Pues sí señor —contesta el jefe de los gitanos —: Hemos determinado por unanimidad afiliarnos al Partido». Al del Pecé, joder, se le hace la boca agua. «Dile a tu pueblo, camarada, que agradecemos su confianza y…». En éstas, el jefe de los gitanos levanta una mano: «Un momento, tú. Todos estamos de acuerdo en afiliarnos al Partido, pero con una condición». El del Pecé sonríe y pregunta en tono conciliador: «¿Qué es ello?». Entonces, el jefe de los gitanos se adelanta, apunta con un dedo a la hoz y el martillo y dice muy serio: «Que quitéis la herramienta de la bandera».

Víctor rió con ganas. Laly movió la cabeza sonriendo:

—¡Qué chorrada! —dijo.

—¡Joder, es bueno!, ¿no?

Ante el «*stop*» de la general, Rafa detuvo el coche, miró a un lado y a otro y reanudó la marcha. Al doblar la primera curva, surgió un chalé en la falda de la montaña:

—Refico, parada y fonda —dijo Rafa.

Y continuó en tercera velocidad hasta alcanzar las primeras casas del pueblo.

IV

En el espacioso aparcamiento, bajo la blasonada casa de la torre, reposaban media docena de camiones, cuatro turismos y una furgoneta azul, ocupada por dos hombres, que arrancaba en ese momento. Cincuenta metros más allá, flanqueada por la carretera, se abría la plaza, rectangular, de casas de piedra, de dos pisos, montadas sobre los arcos de los soportales, con largas galerías abiertas, animadas de geranios y petunias. En el centro de la plaza, regada de asfalto, una gran cruz de piedra y, a los costados, cuatro bancos metálicos, pintados de colores distintos —rojo, amarillo, verde y azul— en cuyos respaldos se leía: «Caja de Ahorros Municipal». Encarada a la carretera estaba la fonda, con un mirador colgante, a cuya puerta conversaban tres hombres, uno de ellos muy alto, vencido de espaldas, con aspecto de ilustrado, que vino hacia ellos sonriente tan pronto se bajaron del coche.

Rafa advirtió en voz baja:

—Ojo, es el alcalde. Candad el pico si no queréis que nos mande la competencia detrás.

Se encontraron en el centro de la plaza:

—Buenas —dijo el hombre—: ¿Otra vez por aquí?

—Vamos de paso —dijo Víctor.

El alcalde tenía el pelo engomado, los cabellos partidos al medio por una raya y unos ademanes ceremoniosos, como de jesuita preconciliar:

—Hace un rato pasaron también los de Falange —dijo.

—¿Auténtica? —indagó Laly.

Los ojos del alcalde se redondearon de inocencia:

—No me pregunte —dijo—: Los de Fernández Cuesta eran. Supongo que para ellos la auténtica será la suya, ¿no?

Nadie respondió. Rafa tiró del grupo, encaminándose lentamente hacia la fonda y los demás le siguieron. El alcalde miró al cielo:

—Mal tiempo traen.

—¿Lloverá?

El hombre estiró los labios:

—De momento, no. Contra la tarde es posible que truene.

A la puerta del bar, Rafa se volvió hacia el alcalde en actitud de despedida:

—¿Si quiere comer con nosotros?

—Gracias, yo ya lo hice…

El local, alargado y bajo de techo, tenía las vigas de roble descubiertas y, en el centro, una vieja estufa de hierro, pintada de purpurina, cuyo tubo de salida de humos se acodaba al alcanzar la viga maestra y seguía la linea de ésta hasta desaparecer por el tabique del fondo. A la derecha, en el rincón, sobre una repisa de pino apuntalada por dos listones, el televisor iniciaba el noticiario de las tres, sin que los hombres que jugaban a las cartas o al dominó le prestasen atención alguna:

—¡Arrastro!

—¡Pito doble!

Al descubrir el naipe o colocar la ficha golpeaban rudamente el mármol y alzaban la voz como tratando de imponerla a la de sus compañeros. Varios hombres, tocados de boina, levantaron la cabeza al pasar ellos y sus ojos se fueron instintivamente, sin perder su impasibilidad, tras las caderas de Laly.

En el extremo del mostrador arrancaba una escalera, y un rótulo decía: «Comedor». En el primer rellano Rafa empujó la puerta de cristales granulados y una bocanada de humo y conversaciones entrecruzadas los acogió. Las ocho mesas del local se hallaban ocupadas y dos muchachas muy jóvenes se multiplicaban por atenderlas. Una de ellas se aproximó a Rafa con una servilleta sucia en la mano:

—Si no quieren aguardar —dijo— la galería está libre.

Rafa miró a Víctor:

—Vale, ¿no? —dijo éste.

En la galería cubierta —un mirador desahogado— había dos mesas, con migas de pan y restos de comida, que la muchacha se apresuró a echar al suelo con la servilleta. A través de la cristalera se divisaba la cinta gris topo de la carretera punteada de amarillo y, del otro lado, el emparrado de un merendero con mesas de madera carcomida por las lluvias y la intemperie. Más allá, corría el río, torrencial y cristalino y, en la ribera opuesta, se iniciaba la ladera, muy pina, abrigada de robles con hoja nueva y coronada por abruptos tolmos, en torno a los cuales planeaban pausadamente los buitres. La muchacha recitó la lección cotidiana:

—Tienen judías verdes y potaje; la paella se ha terminado.

De segundo, truchas, pichones y huevos.

Rafa se frotó las manos:

—Truchas, truchas —dijo con entusiasmo.

—¿Y de primero?

Laly sonrió a la muchacha:

—¿Son frescas las judías?

—No señora, el campo viene muy tardío este año.

Víctor les consultó con la mirada:

—¿Un potajito? —preguntó. Y sin esperar respuesta agregó—: Venga, potaje para tres.

Se retrepó en la silla y tendió la mirada por el panorama que tenía ante los ojos:

—Es increíble —dijo—. En ochenta kilómetros el paisaje da un vuelco total. No parece Castilla.

Rafa se ofendió:

—¡Joder! ¿Qué idea tienes tú de Castilla? Los viejos maestros os malmetieron, macho. —Ahuecó la voz y añadió en tono campanudo—: «Señora, en Castilla no hay curvas». Anda que si las llega a haber. ¡Tócate los cojones!

La muchacha les sirvió:

—¿Qué vino quieren?

—Del país, una jarra.

Los camioneros iban saliendo de dos en dos. Pagaban de pie, con las farias o un pitillo entre los dientes, y mientras les daban las vueltas requebraban a las chicas, que se reían con ellos y hacían gestos escandalizados. Víctor miró fijamente a Laly y le preguntó:

—Tus oposiciones son en diciembre, ¿no es eso?

—En teoría —dijo ella—: Somos más de quinientos para cuarenta plazas.

—¿Tenéis tribunal?

—No, ése es el problema.

Rafa terció con la boca llena:

—¡Es alucinante! —dijo—: Una chica como tú, licenciada en Exactas. Eres una virguera, escandalizas al personal.

Laly se volvió bruscamente hacia él:

—¿Qué querías? ¿Qué opositara a *Miss* Universo?

—Tampoco es eso, joder, pero hay otras opciones, me parece a mí.

Laly añadió maliciosamente:

—O seguir tus pasos, veintitrés años y segundo de Derecho. Es una manera como otra cualquiera de realizarse.

—¡Ostras! —dijo Rafa—. ¿Por qué no terminas el melodrama? Hijo de viuda y cuatro hermanitos a su cargo.

Víctor se pasó por los labios la servilleta de papel. Bebió un sorbo de vino y puso la mano sobre el antebrazo desnudo, blanco, sin apenas vello, de Rafa. Dijo:

—Pues me temo que en esta convocatoria te vas a lucir.

—¡Joder! Antes es el Partido, ¿no?

—Pero con la mano en el corazón, ¿has mirado un libro en los últimos seis meses?

Rafa soltó la cuchara, levantó exageradamente las manos por encima de la cabeza y trenzó los dedos en ademán solidario:

—Tengo fe en la democracia —dijo—: Éstos van a ser los primeros exámenes democráticos en cuarenta años, no lo olvides.

—Y confías en el aprobado general.

—Tampoco es eso, macho.

—¿Entonces?

—Mira. A mí los exámenes no me molan, son pruebas absurdas, memorísticas, puro anacronismo.

—¿Y por qué los sustituimos?

—¡Ah! Ése es otro cantar. Yo sólo te digo una cosa, si el Partido quiere ganarse a la juventud tendrá que acabar con los exámenes. O sea, el primero que levante esa bandera se los lleva de calle, tenlo presente, macho.

Laly descarnaba la trucha manejando delicadamente los cubiertos. Levantó la cabeza:

—No te enrolles, cacho puto —dijo—: Con lo que el Partido tiene que acabar es con los señoritos y los parásitos.

Víctor soltó una risotada:

—¡Vaya corte!

—¿Va por mí? —inquirió Rafa.

—¿A qué ton por ti? Va por los señoritos y los parásitos —dijo Laly.

—Eres la pera, tía —dijo Rafa inclinándose sobre el plato. Hizo una pausa —: La trucha está cojonuda, ¿eh?

Laly le miró con ojos compasivos:

—Reúnes todos los vicios del pequeño burgués, las tres Pes, como dice Ayuso: pereza, pito y paladar.

La cara aniñada de Rafa expresó auténtico estupor:

—¡Manda cojones! —dijo—: Yo no oculto que me gusta vivir bien. Soy un tío a quien le mola comer y ligar tías. ¿Por qué no? O sea, si las tengo a punta de pala, ¿qué le voy a hacer? Te juro que no soy un frustrado por eso.

Víctor intervino gravemente:

—Ten en cuenta que nosotros predicamos austeridad.

—Austeridad, los cojones. ¿Dónde está la austeridad de los cuadros? En el Eurobuilding, con sopa de tortuga y pato a la naranja. ¡No te jode! Así

también soy austero yo.

—¿Se puede saber, entonces, qué es lo que pretendes?

Rafa se impacientó:

—¡Ostras! Vivir. ¿Te parece poco? Yo no soy un pasota, macho, si me he enrolado aquí es para que todo dios pueda vivir a gusto.

—Pero sin pasarse.

—¡Joder, pasarse! Yo no me estoy escornando de la mañana a la noche para que la gente se muera de hambre, te lo prometo, para eso se basta la oligarquía. Pero tampoco soy un empollón, ¿qué quieres? Lo que me mola es esto, un día aquí y otro allá. Comer una trucha cojonuda con dos diputados cojonudos y merendarme luego un pedazo de queso y un vaso de vino con un paleto infumable. O sea, yo no soy un clasista, macho. Me molan tanto los unos como los otros.

Laly mondaba la naranja, que la chica acababa de servirle, con el cuchillo y el tenedor. Clavó, de pronto, los ojos en Rafa con cierta dureza:

—Mira, monigote —dijo—, si no quieres encabronar la fiesta, no vuelvas a repetir eso de los dos diputados.

Rafa quedó un momento desconcertado; luego, rió francamente, se inclinó hacia Laly y la besó en la mejilla:

—Eres cojonuda —dijo—: Si no quieres ser diputado, ¿a qué te presentas? Había más de veinte esperando su oportunidad.

—Obedecí —dijo Laly—: Nunca pensé que hubiera ni la más remota posibilidad.

Víctor la miró paternalmente:

—¿Tanto te importa?

—Todo —respondió Laly.

—¿Y eso?

—¡Qué sé yo! Me pone a mil, no lo puedo remediar.

—¿Desde cuándo?

—Desde ya —dijo Laly terminante.

Se aproximó la chica. En el comedor no quedaban más que dos mesas ocupadas. Dijo Víctor:

—Tres cortados, por favor —y cuando la chica daba media vuelta añadió —: Y la cuenta.

Dijo Rafa:

—Laly me está resultando una mujer de su casa.

—No seas quedón, tú.

—Hablo en serio. Tú estás construida para el matrimonio. A mí, en cambio, el matrimonio me da por el culo. Ésa es una piedra en la que nunca tropezaré.

Víctor se quedó boquiabierto:

—¡Anda! —dijo—: ¿pues no querías casarme a mí?

—Es distinto, joder. Tú estás carroza, macho, eres un espécimen de otra generación.

—¿Y qué pensáis vosotros?

—Por de pronto que los niños son un coñazo. La gente nueva está por la píldora, el aborto, el amor libre y punto.

Víctor miró a lo lejos, a la ladera de los viejos robles, con su mirada ausente, ensoñadora. Dijo:

—Yo no tengo una familia, pero creo en la familia. —Bajó la voz para añadir—: Tal vez porque el matrimonio de mis padres funcionó.

Rafa insistió:

—¿Cómo puedes defender a la familia cuando la crisis ha llegado hasta sus cimientos?

Víctor se peinó con los dedos su frondosa barba:

—Y eso ¿qué? —dijo gravemente—. El cine también está en crisis y, sin embargo, creo en el cine.

Rafa miró a Laly:

—Amor, ya sabes de qué va el rollo —dijo, como invitándola.

Laly sacudió la cabeza:

—Lo mío no quiere decir nada, cacho puto —respondió cortante—. El hecho de que yo haya tropezado con un gilipollas únicamente demuestra que no se puede tomar una decisión seria, como yo la tomé, a los diecinueve años.

Rafa le cogió una mano:

—En estas circunstancias, lo mejor que podrías hacer es no ser tan estrecha y venirte unos meses conmigo.

Sonrió Laly teatralmente:

—Exactamente en eso estaba pensando.

Se acercó la chica con la nota en un plato. Víctor la retiró, le echó una ojeada y alargó un arrugado billete de mil:

—Es barato, tú —dijo cuando la chica se alejó—: No llega a trescientas por barba.

Se levantó, hizo un gurruño con la servilleta de papel y añadió:

—No debemos dormirnos, Cureña queda cerca, pero a saber cómo estará la carretera.

En el comedor permanecían dos camioneros, con aspecto fatigado, fumando y charlando a media voz. Abajo, en la cantina, proseguían las partidas de cartas y dominó y el televisor exhibía, en ese instante, una cartela anunciando que se cerraba el espacio político:

—¿No era hoy Cantarero? —preguntó Laly.

—Es verdad —dijo Víctor—: Nos lo hemos perdido.

—No me digas que os interesaba Cantarero —dijo Rafa.

Víctor asintió:

—Me parece un tío aprovechable.

—¡Joder, aprovechable! Un fascistón de tomo y lomo.

El cielo seguía nublado pero se sostenía sin llover.

Al entrar en el coche, Rafa advirtió:

—Tenemos que coger gasolina.

Llenó el depósito ante la primera casa del pueblo, en un viejo surtidor de manivela, luego atravesó el puente y dobló a la izquierda, por una carretera angosta, sin pavimentar, de un tono rosa-violáceo, salpicada de charcos:

—¡Joder, la que nos espera!

—Tranquilo, tú.

El motor renqueaba y Rafa metió la segunda velocidad. El desnivel era muy acusado y las curvas se sucedían sin pausa. El coche botaba en los baches:

—Con un poco de suerte llegamos a la nieve —dijo Rafa.

A medida que ascendían, el río se convertía en una cinta verde, reverberante, que se ensombrecía en los tozos profundos y, a trechos, blanqueaba en cachones espumeantes. En la ribera opuesta, los tejados de Refico detonaban entre el verde uniforme de la fronda, y alguna viejecita, menuda y negra como un insecto, atravesaba una de las callejas enlodadas. Dijo Rafa, que, inclinado sobre el volante, concentraba su atención en la carretera, procurando inútilmente eludir los baches:

—A este paso no sacamos una media de veinte.

—Vamos bien —dijo Víctor—: El acto de Cureña está anunciado a las cinco.

Sacó una cinta magnetofónica de la cazadora y se la entregó a Laly. Se arrellanó en el asiento:

—Pon esto; va bien con el paisaje —dijo.

Rafa echó una ojeada a la cinta:

—¡Joder, macho, no empecemos!

—¿Tampoco te gusta Cuco Sánchez?

—¡Un montón! —bromeó Rafa.

Dijo Víctor en tono profesoral:

—A las nuevas generaciones os jode la melodía, eso es lo que os pasa. Os alucinan los ruidos descoyuntados, lo único que os interesa es romper.

Rafa sonreía piadosamente:

—Tampoco es eso, macho, pero esa música es de la época del Diluvio. Es la que le gusta a mi madre y punto.

—No es tan vieja tu madre —apuntó Víctor.

—¡Joder, cuarenta y cinco! ¿Te parecen pocos?

Cuco Sánchez cantaba *Guitarras, lloren guitarras*. Rafa acompañaba ahora su sonrisa con reiterados balanceos de cabeza:

—Huy, la leche —dijo—: Apuesto a que también te mola la María Dolores Pradera.

—Claro —dijo Víctor—: Y la Baez y Machín, y la Piquer, y Atahualpa, y la Tuna.

—¡No sigas, macho! Estás definitivamente *kitsch*.

—¿Es malo? A mí me estimula la música popular. Me concentra. ¿Soy un reaccionario por eso?

Laly, que llevaba un largo rato en silencio, dijo conmiserativamente:

—Más bien un sentimental.

Víctor alzó los hombros:

—A lo mejor —dijo.

Agregó Laly:

—Afortunadamente tienes algo aquí —se señaló la frente con un dedo— y eso te salva.

Rafa aproximó la cabeza al parabrisas y alzó los ojos:

—Parece que quiere abrir —dijo.

La carretera se rizaba como un tirabuzón. A la izquierda, en la falda de la ladera, crecían las escobas florecidas de un amarillo ardiente, luminoso, y, más arriba, una ancha franja de robles parecía sostener la masa de farallones grisientos que remataba la perspectiva por ese lado. A la derecha, el terreno, encendido asimismo por las flores de las escobas, se desplomaba sobre el río, flanqueado de saúcos y madreselvas y, una vez salvado, volvía a remontarse en un pliegue casi vertical, exornado, en las cumbres, por extrañas siluetas de piedra erosionada que resaltaban contra la creciente luminosidad del día:

—¡Joder! El Cañón del Colorado —exclamó Rafa.

La hoz se hacía por momentos más angosta y tortuosa. En la desembocadura de las escorrentías, las lluvias habían arrastrado tierra a la

carretera y las ruedas traseras del coche derrapaban en las curvas. Víctor miró alternativamente por ambas ventanillas:

—Es increíble —dijo.

Laly apuntó a una piedra enhiesta, exenta, entre el bosque apretado de robles:

—¿Te fijas? Las rocas hacen figuras raras. ¡Mira ésa! Parece una Virgen con el Niño.

Rafa rió:

—Y detrás, San José con la borriquilla. ¡No te jode! Os pierde la imaginación.

Al coronar el puerto, la topografía se hizo aún más adusta e inextricable. Detrás de los farallones aparecieron, de pronto, las oscuras siluetas de las montañas con las crestas blancas de nieve. Al pie, en un nuevo y angosto valle, se adensaba la vegetación, dividida en dos por el río. Víctor dio a Rafa unos golpecitos en la espalda:

—Para, tú. Nunca vi una cosa igual.

—Vale, Diputado.

Rafa detuvo el coche en el borde de la carretera:

—¿No te orillas más?

—Tranquilo. Por aquí no pasa un alma desde el treinta y seis.

Víctor se asomó cautelosamente al borde del abismo. De pronto, el sol, que desde hacía rato pugnaba con las nubes, asomó entre ellas y el paisaje, adormecido hasta entonces, adquirió relieve, animado por una insólita riqueza de matices. La mirada ensoñadora de Víctor ascendió desde el cauce del río hasta la flor amarilla, estridente, de las escobas, a las hojas coriáceas, espejeantes ahora, del bosque de robles y, finalmente, se detuvo en lo alto, en los dentados tolmos, agrupados en volúmenes arbitrarios pero con una cierta armonía de conjunto. De lo más profundo del valle llegaba el retumbo solemne, constantemente renovado, de las torrenteras del río. Permaneció un rato en silencio. Al cabo, repitió en voz baja, como un murmullo:

—Es increíble.

Dijo Rafa, frívolamente:

—Alucinante, macho, pero si un día me pierdo no me busques aquí. Esto está bien para las ovejas.

La mirada de Víctor siguió ahora el curso del río y se detuvo en una poza verde, transparente, a la vera de un frondoso nogal. Dijo:

—Pues a mí no me importaría instalarme aquí para los restos con la mujer que me quisiera.

Rafa hizo un cómico visaje con los ojos:

—Vale —dijo—, pero a ver dónde encuentras esa mujer.

Terció Laly:

—¿Puede saberse por qué tienes ese concepto tan particular de las mujeres?

Rafa no respondió. En el silencio se hacían más perceptibles los golpes del agua contra las rocas, allá abajo, en lo más profundo de la hoz.

—Esto me recuerda —dijo Víctor, de pronto, adoptando una actitud de gravedad— el pleito que plantea Zanussi en *La estructura del cristal*. ¿Os acordáis?

—Cojonuda película —dijo Rafa.

Laly observó a Rafa con curiosidad:

—Tú, ¿con quién te identificas? —preguntó.

—Identificarme, ¿de qué?

—Con el tío que se integra en el pueblo y asume serena y responsablemente la vida rural o con el becario, ávido de subir.

Rafa se apresuró a responder:

—Con éste, joder. El otro es un alienado.

Intervino Víctor:

—No seas maximalista.

—¡Ostras! —voceó Rafa—: Un pueblo, una tía buena, tus libritos, tus discos… Muy bien, cojonudo. Y los demás que se jodan. Muy cómodo pero socialmente inútil.

Víctor se acarició la barba, acuclilló las piernas, tomó una hierbecilla de la cuneta y se la puso entre los dientes. Dijo suavemente:

—¿Por qué inútil?

—Egoísta, me es igual.

—¡Coño, egoísta! Según lo mires —dijo Laly—: Más egoísta es la postura del tío que sólo piensa en medrar para alcanzar la fama y el dinero. Puro arribismo.

—Pero es un servicio, tía. ¿No hemos quedado en que si estamos aquí es para servir? ¿No te presentas tú a diputada por espíritu de servicio?

Víctor mordisqueaba la hierbecilla. Se incorporó y dijo apaciguador:

—Simplificas demasiado. El meteorólogo tampoco está en el pueblo tocándose los huevos, simplemente no es ambicioso, opta por servir desde un puesto modesto. Que en las horas de ocio se entretenga con un libro o agarre la caña y se vaya al río a coger un pez no es ninguna deserción.

Rafa se agachó, cogió una piedra del borde de la carretera y la lanzó con todas sus fuerzas intentando, en vano, alcanzar el río. Víctor sonrió e hizo lo propio. Su piedra se sumergió con un glup seco en la tablada más próxima:

—Los chicos de ahora no sabéis ni tirar piedras —dijo con indulgente menosprecio.

El rostro de Rafa cambió de expresión. Observaba insistentemente el abismo, el rotundo tajo del sol dividiendo en dos el angosto valle. Dijo con una seriedad impropia de él:

—Luces y sombras. Ahí lo tenéis en vivo, coño. ¿No era ése el invento de los Lumiére?

La mirada gris de Víctor se tornó, de nuevo, ensoñadora y remota:

—Luces y sombras —repitió como para sí—: Tenebrismo puro. ¿Y en qué ha ido a parar todo? Mera experimentación para encubrir la mediocridad.

Rafa recuperó en un instante su despreocupación habitual:

—Joder, macho, tampoco te pongas así.

Laly asintió:

—Estoy de acuerdo —dijo—: El cine o la literatura que no exploran el corazón humano no me interesan. Las artes de laboratorio son pura evasión.

Víctor la miró profundamente a los ojos:

—¿Realismo crítico? —apuntó.

Laly denegó con firmeza:

—No —dijo—, no quería decir eso ahora. Pensaba en el neorealismo italiano, *Cuatro pasos por las nubes*, *Milagro en Milán*, ya sabes.

—Cochambre, joder —dijo Rafa—. Antonioni enterró eso y bien muerto está.

Laly levantó de pronto su brazo, mostrando el reloj, escandalizada:

—Pero ¿sabéis qué hora es?

—Joder, las cinco, tú —dijo Rafa—: Somos la pera. Los paletos llevarán media hora en la plaza aguardando a sus ilustres visitantes.

V

A la derecha del camino, el pueblo se apiñaba al abrigaño de la roca, entre la fronda de las hayas, emergiendo del soto-bosque de zarzamoras, hierbabuena y ortigas. La vaguada se remataba allí, en una abrupta escarpadura cuyas crestas hendían el cielo anubarrado y en torno a las cuales revoloteaban las chovas, graznando destempladamente.

De la piedra donde se asentaba el caserío brotaba un chorro de agua, desflecado en espuma, que se precipitaba desde una altura de veinte metros para perderse bajo el puentecillo, que ahora atravesaban, y encontrarse con el río en lo hondo del valle.

Víctor golpeó con dos dedos el hombro de Rafa:

—Métete por ahí, tú.

—¿Por ahí? ¡Joder, si no cabemos!

Rafa, empero, dobló el volante y el automóvil abocó a una calleja estrecha y pina, flanqueada por casas de piedra de toba, con puertas de doble hoja y galerías de balaústres de madera, deslucidos, en los pisos superiores. Los tejados vencidos, los cristales rotos, los postigos desencajados, la mala hierba obstruyendo los vanos, producían una impresión de sordidez y ruina. Laly sacó la cabeza por la ventanilla. Miró a un lado y a otro. Dijo:

—Esto está completamente abandonado.

—Sigue un poco —dijo Víctor.

La calleja serpeaba y, a los lados, se abrían oscuros angostillos de heniles colgantes, apuntalados por firmes troncos de roble, costanillas cenagosas generalmente sin salida, cegadas por un pajar o una hornillera. Frente a una casa de piedra labrada, con arco de dovelas, Rafa detuvo el coche. Salvo el ligero zumbido del motor y los gritos lúgubres de las chovas en la escarpa, el silencio era absoluto:

—¿Y esto? —señaló el arco—: ¿Qué pinta esto aquí?

Víctor examinó la casa con ojos expertos:

—Ya vi otras en Refico —dijo—. Incluso dos con portadas blasonadas. Esta zona tuvo su importancia en el siglo diecisiete.

Rafa meneó la cabeza dubitativo y reanudó la marcha. La calle se estrechaba aún más:

—Joder, macho, da como miedo —dijo.

Dobló la esquina de un pajar desventrado, con las piedras al pie, y, al fondo de la calle, se hizo la luz. El coche accedió a una amplia explanada por

medio de la cual corría un riachuelo cristalino —que parecía provenir de una gruta, excavada en la base de la escarpa— sobre un lecho de guijos blancos.

Entre las hayas, en torno al arroyo, picoteaban unas gallinas rojas y, del otro lado de aquél, junto a un nogal, donde había amarrado un borrico ceniciento, se alzaba una casa con emparrado sobre la puerta y una galería con tiestos y ropa blanca tendida en un alambre.

Laly suspiró y se apeó del coche:

—Alguien ya hay —dijo aliviada.

En el muro ciego de un pajar, Ángel había pegado dos cartelones del líder y una leyenda debajo convocando al vecindario para un mitin a las cinco:

—Un mitin aquí, ¡no te jode! —dijo Rafa—: Este Dani es un quedón.

—¿Y qué sabía Dani?

—Tampoco era tan difícil averiguarlo, macho.

Víctor guardó silencio. Contempló la doble fila de edificaciones paralelas al arroyo y luego levantó la cabeza hacia las concavidades de las rocas en lo alto, donde las chovas armaban su loca algarabía. Respiró hondo y, finalmente, sonrió:

—¿Sabes qué te digo? Que sólo por ver esto, ya valía la pena el viaje.

—Joder, si es por eso, me callo.

Una voz levemente empañada, comedidamente cordial, les alcanzó desde el otro lado del riachuelo:

—Buenas…

Los tres se sobresaltaron. Un hombre viejo, corpulento, con una negra boina encasquetada en la cabeza y pantalones parcheados de pana parda, les miraba taimadamente desde la puerta, bajo el emparrado de la casa. Víctor, al verlo, franqueó la lancha que salvaba el arroyo y se dirigió resueltamente hacia él:

—Buenas tardes —dijo al llegar a su altura—: Dígame: ¿podríamos hablar un momento con el señor alcalde?

El hombre le miraba con sus azules ojos desguarnecidos en los que aparecía y desaparecía una remota chispa de perplejidad:

—Yo soy el alcalde —dijo jactanciosamente.

Portaba una escriña en la mano derecha y una escalera en la izquierda. Víctor se aturdió:

—¡Oh!, perdone —dijo—: Venimos por lo de las elecciones, ¿sabe?

—Ya —dijo el hombre.

—Sabrá usted que el día quince hay elecciones, ¿verdad?

—Algo oí decir en Refico la otra tarde, sí señor.

Víctor observaba los bordes pardos, deslucidos por el viento y las lluvias, de la boina del hombre, su hablar mesurado y parsimonioso. Vaciló. Al fin se volvió atropelladamente hacia Laly y Rafa:

—Éstos son mis compañeros —dijo.

En el rostro del hombre, de ordinario impasible, se dibujó una mueca ambigua. Adelantó hacia ellos, a modo de justificación, la escriña y la escalera:

—Tanto gusto —dijo—: Disculpen que no les pueda ni dar la mano.

En la puerta de la casa apareció un perro descastado, la oreja derecha erguida, la izquierda gacha, el rabo recogido entre las patas, y se dirigió a Víctor rutando imperceptiblemente.

—¡Quita, chito! —dijo el hombre, moviendo enérgicamente la cabeza hacia un lado.

El perro cambió de dirección y se parapetó tras él.

El viejo apoyó los pies de la escalera en el suelo y penduleó la escriña. Dijo Víctor:

—Diga usted, ¿no habrá por aquí un local donde reunir a los vecinos?

—¿Qué vecinos? —preguntó el hombre.

—Los del pueblo.

—¡Huy! —dijo el viejo sonriendo con represada malicia—: Para eso tendrían ustedes que llegarse a Bilbao.

—¿Es que sólo queda usted aquí?

—Como quedar —dijo el viejo indicando con la escriña la calleja— también queda *ése*, pero háganse cuenta de que si hablan con *ése* no hablan conmigo. De modo que elijan.

Rafa, tras Víctor, le dijo a Laly a media voz: «Ahora sí que la hemos cagado». Sacó del bolsillo del pantalón un paquete de tabaco y ofreció al hombre un cigarrillo:

—Gracias, no gasto.

Víctor insistió:

—¿De modo que sólo quedan ustedes dos?

—Ya ve, y todavía sobramos uno. Aquí contra menos somos, peor avenidos estamos.

Víctor puso el pie derecho en el poyo de la puerta y se acodó en el muslo. Dijo forzadamente, con notoria incomodidad:

—En realidad nosotros sólo pretendíamos charlar un rato con ustedes, informarles.

Brilló de nuevo el asombro en las pupilas del viejo:

—¡To!, lo que es por mí, ya puede usted informarme.

La cabeza de Víctor osciló de un lado a otro:

—Bueno —dijo, al cabo—, así, en frío, mano a mano, no es fácil, compréndalo… Pero en fin, lo primero que debemos decirle es que estas elecciones, las elecciones del día quince, son fundamentales para el país.

—Ya —dijo lacónicamente el viejo.

—O sea, que es una oportunidad, casi le diría la oportunidad, y si la desaprovechamos nos hundiremos sin remedio, esta vez para siempre.

El rostro del viejo se ensombreció. Parpadeó por dos veces. Se tomó un poco de tiempo antes de preguntar:

—¿Y dónde vamos a hundirnos, si no es mala pregunta?

Víctor se acarició las barbas:

—Bueno —respondió—, eso es largo de explicar. Nos llevaría mucho tiempo.

Bajó el pie al suelo y dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, desalentado. Laly se llegó al riachuelo y metió la mano en el agua. La sacó al instante, como si se hubiese quemado:

—Está helada —dijo.

El hombre miró a la gruta:

—A ver, es agua de manantial.

Laly se aproximó a él:

—¿Es éste el arroyo que arma la cascada ahí abajo, a la entrada del pueblo?

—¿Las Crines?

—No sé, digo yo que serán las Crines.

—Esta agua es —sentenció el hombre.

En el hueco negro de la puerta, bajo la parra, apareció una mujer vieja, de espaldas vencidas, enlutada, con un pañolón atado bajo la barbilla y una lata entre las manos temblorosas. El hombre ladeó la cabeza y dijo a modo de presentación:

—Aquí, ella; es muda.

Laly y Víctor sonrieron:

—Buenas tardes.

La vieja correspondió con una inclinación de cabeza, se adelantó hasta el borrico, bajo el nogal, y comenzó a emitir unos ásperos sonidos guturales, como carraspeos, al tiempo que desparramaba, a puñados, el grano de la lata. Las gallinas rojas de la cascajera acudieron presurosas a la llamada y

comenzaron a picotear en torno a ella. Rafa miró a lo alto, a las chovas de los cantiles:

—¿Y no les hacen nada los bichos esos a las gallinas?

En la boca del viejo se dibujó una mueca despectiva:

—¿La chova? —inquirió burlonamente—: La chova, por lo regular, no es carnicera.

Al concluir el grano, la mujer dio la vuelta a la lata y sus dedos descarnados tamborilearon insistentemente en el envés, y dos gallinas rezagadas corrieron hacia ella desde la gruta. Víctor se sacudió una mano con otra. Le dijo al viejo:

—Bueno, creo que estamos importunándole.

—Por eso, no —replicó el hombre. Y añadió como justificándose—: Iba a coger un enjambre, si ustedes quieren venir…

A Víctor se le iluminó la mirada:

—¿De veras no le importa que le acompañemos?

—¡To! ¿Y por qué había de importarme?

—En realidad —prosiguió Víctor, intentando de nuevo una aproximación —, todavía no nos hemos presentado. Yo me llamo Víctor; mi amiga, Laly, y mi amigo, Rafael. ¿Cuál es su nombre?

—Cayo, Cayo Fernández, para servirles.

—Pues nada, señor Cayo, si me permite, le echo una mano —asió la escalera por un larguero.

El señor Cayo sonrió. La mirada perspicaz ennoblecía su media sonrisa desdentada, entre condescendiente e irónica. Le cedió la escalera:

—Si ése es su gusto.

Víctor la tomó. Exclamó sorprendido:

—Si no pesa, parece corcho, ¿de qué madera es esto?

—Chopo. El chopo es ligero y aguanta.

Precedidos por el señor Cayo, doblaron la esquina de la casa y abocaron a un sendero entre la grama salpicada de chiribitas. A mano izquierda, en la greñura, se sentía correr el agua. Laly se acercó a la maleza y arrancó una flor silvestre, formada por la conjunción de muchos botones, blanca y grácil, abierta como una breve sombrilla:

—¿Qué flor es ésta? —preguntó, y la hacía girar por el tallo, entre dos dedos.

El señor Cayo la miró fugazmente:

—El saúco, es la flor del saúco. Con el agua de cocer esas flores, sanan las pupas de los ojos.

Laly se la mostró a Víctor:

—¿Te das cuenta?

El señor Cayo, penduleando la escriña, ascendió por la senda, bordeada ahora de cerezos silvestres, y, al alcanzar el teso, se detuvo ante la cancilla que daba acceso a un corral sobre cuyas tapias de piedra asomaban dos viejos robles. En un rincón, al costado, se levantaba un cobertizo para los aperos y, al fondo, en lugar de tapia, la hornillera con una docena de dujos. Dentro de la cerca, las abejas bordoneaban por todas partes. El señor Cayo se aproximó al primer roble, levantó el brazo y señaló a la copa con un dedo:

—Miren —dijo, y sonreía complacido—: Hace más de quince años que no agarro un tetón así.

Laly, Víctor y Rafa miraron hacia la copa del roble. De una de las ramas altas pendía un gran saco negruzco, en torno al cual revoloteaban las abejas en vuelos espasmódicos, de ida y vuelta.

Fue Rafa el primero en advertir:

—¡Joder, si son todo abejas!

—¿Cuál es todo abejas? —preguntó Laly.

—¡Joder, cuál! El saco ese que cuelga de la rama. ¿Es que no las ves?

Víctor exultó:

—¡Es cierto, tú! Están unas encima de otras. ¿No las ves moverse?

El viejo los contemplaba con pueril satisfacción. Las abejas caminaban unas sobre otras, avanzaban, retrocedían, sin levantar el vuelo. El señor Cayo se empinó, cortó un carraspo de la rama más baja y lo introdujo en la escriña, sacando el rabo por el agujero. Se llegó al chamizo, cogió el humeón y rellenó de paja el depósito. Parsimoniosamente raspó un fósforo y le prendió fuego. La paja ardía sin llama, como un pequeño brasero de picón de encina. Depositó el humeón en el suelo, tomó con un dedo una pella de miel y untó las hojas exteriores del carraspo. Reunió todo y regresó junto al árbol. Laly, Víctor y Rafa continuaban embobados, observando las evoluciones de las abejas del tetón:

—¿Qué?

Dijo Víctor sin dejar de mirar a lo alto:

—Oiga usted, ¿y por qué se posan todas juntas?

—La abeja posa donde posa la reina.

—¿Y si la reina se larga?

—Todas detrás, es la regla.

Las preguntas se encadenaban en los labios de Víctor:

—Y si usted no las coge ahora, ¿se quedarían ahí de por vida?

Bajo el añoso roble, la voz calmosa del señor Cayo cobraba un noble acento profesoral:

—¡Quia, no señor! Las emisarias andarán ya por ahí, desde hace rato, buscando casa.

—¿Y si no la encuentran?

—Raro será. Pero, mire, si no la encuentran o en la casa que han escogido se las hostiga, los animalitos vuelven a la madre.

—¿A la madre?

—Al dujo de donde salieron.

Víctor se cruzó de brazos, sonriente. Miró a Laly:

—Es increíble.

El señor Cayo afianzó la escalera en el primer camal:

—Lo que va a hacer ahora el señor Cayo —dijo— es darles la casa que buscan. ¿Me aguanta usted la escalera?

Víctor puso el pie en el primer peldaño. El señor Cayo cogió la escriña con una mano y el humeón con la otra y comenzó a trepar, sujetándose a los largueros con las muñecas, ágilmente, sin vacilaciones. Una vez arriba, comenzó a hablar en un murmullo apenas audible, en un tono monocorde, entre amistoso y de reconvención, persuasivo:

—Ahora, en diez minutos, todas adentro. Así, a ver, con calma. Un poquito de humo y arriba.

Colocó la escriña boca abajo de forma que las hojas del carraspo untadas de miel rozasen la rama de la que pendía el tetón y accionó el fuelle del humeón lentamente, con las dos manos:

—Vamos, poco a poco, así. Otro poquito de humo y todas adentro.

Paulatinamente, la gran bolsa oscura se iba disolviendo. El tetón ya no tenía vértice, se había convertido en un fondo de saco romo, distendido, y las abejas seguían trepando unas sobre otras, hacia la boca de la escriña, sin levantar el vuelo. Cuando todas estuvieron dentro, el señor Cayo dejó caer al suelo el humeón y comenzó a descender por la escalera con la misma resolución que ascendiera antes. Víctor lo observaba atenta, admirativamente.

—¿Qué edad tiene usted, señor Cayo?

—¿Yo? Para San Juan Capistrano los ochenta y tres.

Rafa agitó ruidosamente el dedo índice contra los otros tres:

—¡Ostras, ochenta y tres años y subiéndose a los árboles!

Laly estaba pendiente de la escriña que se balanceaba en la mano del viejo mientras descendía la escalera. Dijo asombrada:

—Pero no se cae ninguna, oiga.

—¡To!, ¿y por qué habían de caerse? Ya saben agarrarse, ya —dijo el señor Cayo.

Cuando llegó al suelo, metió la mano en el bolsillo del remendado pantalón y sacó de él un trapo blanco. Se acuclilló junto a la hornillera y extendió aquél en el suelo, haciendo coincidir el extremo con la hendidura de un dujo. El señor Cayo se movía lenta, aplicadamente, sin un solo movimiento superfluo. Víctor no le quitaba ojo. Dijo de pronto:

—Diga usted, ¿y esos troncos metidos en la tapia?

El señor Cayo señaló a la hornillera, los troncos grises, hendidos, empotrados entre las piedras amarillas:

—¿Esto? —dijo—. Los dujos son, a ver, las colmenas.

Las abejas entraban y salían por las hendiduras, entraban lentamente, mediante un esfuerzo, y salían ligeras, dispuestas nuevamente al vuelo. Añadió el señor Cayo:

—Mire, mire, cómo se afanan.

Cogió la escriña y la sacudió golpeando el suelo reiteradamente con uno de los bordes. Del cesto se desprendió el enjambre que quedó amontonado, burbujeante y negro, sobre el trapo. Algunas abejas aisladas, levantaban el vuelo y zumbaban, insistentes, en torno suyo. Rafa comenzó a hacer nerviosos aspavientos con ambos brazos. Dijo el señor Cayo:

—Déjelas quietas, no las hostigue.

—¡Joder, no las hostigue!, ¿y si me pican?

—Qué han de picar, la abeja enjambrada no pica.

Víctor contemplaba arrobado el montón de insectos, que, poco a poco, pero de manera ostensible, como minutos antes en el árbol, se iba reduciendo. Las primeras avanzadillas, caminando ligeras sobre el trapo, se adentraban ya por la ranura del dujo:

—Ya entran —dijo Víctor—. Es alucinante.

El señor Cayo, que vigilaba de cerca el comportamiento de los insectos, frunció sus cejas canosas con reprimido enojo:

—Entran, entran, pero no muy voluntarias.

Agarró delicadamente las puntas exteriores del trapo y levantó éste lentamente, formando un plano inclinado, empujando con suavidad al enjambre hacia la colmena. Varias abejas treparon por sus dedos, a paso vivo, por sus brazos, y se le apiñaban luego en la espalda y la culera de los pantalones. Otras mosconeaban alrededor del grupo, encolerizadas. Rafa se excitó:

—¡Tiene usted más de una docena posadas en el culo, señor Cayo!

El señor Cayo, arqueado sobre el trapo, le miró de soslayo:

—¿Y qué mal hacen ahí? —preguntó—: Déjelas estar, una vez que entre la reina, todas detrás.

Se inclinó sobre el enjambre y prosiguió, como hablando consigo mismo:

—No entran muy voluntarias, no señor. Yo no sé qué las pasa hoy.

Eran cada vez más las abejas que levantaban el vuelo y zumbaban alrededor de los robles. El señor Cayo se volvió hacia Víctor:

—¿Me alcanza el humeón?

—¿El fuelle ese?

—El fuelle, sí señor.

Víctor alargó el humeón al señor Cayo. Dijo éste:

—No, usted, haga el favor.

—¿Yo? —dijo Víctor, intimidado.

—Usted, sí señor, es fácil. Arrime la boca al enjambre y dé tres soplidos, sólo tres, ¿oye?

Víctor, poseído de una alegría infantil, accionó torpemente el fuelle por tres veces. Rafa rompió a reír y se golpeó los muslos con las palmas de las manos:

—¡Joder, qué foto tienes, Diputado!

Dijo el señor Cayo:

—Ya basta.

Acosadas por el humo, las abejas que aún yacían en el trapo comenzaron a desplazarse apresuradamente hacia el gárgol. Añadió el señor Cayo:

—Cuando yo le diga, dé usted otros tres, haga el favor.

Al cabo de unos minutos, el montón de abejas había desaparecido por la hendidura y apenas quedaban unas cuantas revoloteando alocadamente alrededor. El señor Cayo se enderezó, las manos en los riñones, plegó el trapo y volvió a guardarlo en el bolsillo. Luego volcó la paja del humeón en el suelo y aplastó la lumbre con el pie. Se sujetó la boina:

—Ya vale —dijo.

Se encaminó lentamente hacia el chamizo de los aperos. Laly, Víctor y Rafa le seguían, comentando. Inopinadamente, el señor Cayo se detuvo, la cabeza ladeada, las pupilas en los vértices de los ojos, inmóvil como un perro de muestra:

—Quietos —dijo con energía. Se dirigió indistintamente al grupo, sin moverse:

—¿Me alarga usted un palo?

Víctor se adelantó hasta unas leñas amontonadas al costado del chamizo y le entregó una:

—¿Vale?

—Qué hacer.

Con insospechada rapidez, el señor Cayo levantó el palo por encima de su cabeza y lo descargó contundentemente contra el suelo, junto a un tomillo. Arrojó el palo lejos de sí y rompió a reír al tiempo que se agachaba e izaba, prendido con dos dedos por la pata trasera, un lagarto verde con la cabeza destrozada. Dio media vuelta y se lo mostró:

—¿Se dan cuenta? Este bicho, para las abejas, peor que el picorrelincho. ¡Peor, dónde va! El lagarto, cuando se envicia, se hace muy lamerón.

VI

El señor Cayo puso la escalera en posición horizontal y la colgó de dos clavos de pie, herrumbrosos, encima de las baldas, y la escriña, en el inmediato. Sobre los vasares, alabeados, se alineaban los frutos arrugados del último otoño. Olía intensamente a manzanas viejas y a alholvas. Al fondo de la manzanera se abría un cuchitril ahumado, sin cielo raso, difusamente iluminado por un ventano cuyos cristales rajados estaban cubiertos de mugre y telarañas. Dijo el señor Cayo, con cierta solemnidad, tal que si presentase a una persona:

—La hornera. Ella y yo cocemos el pan aquí.

Dijo Víctor sorprendido:

—¿El pan? ¿Es que también hace usted con sus manos el pan que come?

—Qué hacer, ¿qué ciencia tiene eso?

Los ojos iban habituándose a la penumbra y Víctor descubrió, sobre las piedras desnudas y amarillentas del muro, junto a los clavos herrumbrosos donde el señor Cayo acababa de colgar la escriña y la escalera, varios útiles y aperos de labranza. Víctor los examinó superficialmente y ante un cepillo de madera con cerdas metálicas preguntó:

—Y esto, ¿qué es?

—Una cardancha.

—¿Y para qué sirve?

—¡To, para cardar lino! Antaño estos vallejos no daban otra cosa.

A Víctor le espoleaba una curiosidad insaciable:

—¿Qué años hará de eso?

El señor Cayo se rascó ruidosamente la barba:

—Ponga setenta años, menos no. Era yo un chiquito entonces.

—¿Y por qué dejaron el lino?

—Era muy esclavo, mire. Y cuando el Cipriano volvió de la mili y se trajo los primeros manzanos, lo dejamos. ¡Qué sé yo qué año sería! Eche cuentas. El Cipriano murió en el setenta y uno y para la víspera de la Virgen hubiera cumplido los noventa y tres.

—¡Ostras! —terció Rafa—, aquí todo dios llega a viejo.

El señor Cayo hizo una mueca de suficiencia:

—Otra cosa no —dijo—, pero sano sí es esto.

Apuntó irónicamente Víctor:

—Será la miel, la jalea real esa.

—Será, mire, no digo que no.

En las baldas más bajas se hallaban esparcidas las nueces desconchadas. Rafa cogió una, la echó al suelo y la cascó de un taconazo. Víctor preguntó:

—¿También trajo las nueces el Cipriano?

—¡Quia, no señor! Los nogales llevan aquí desde siempre, como las piedras. ¡Qué sé yo! Lo mismo dos mil años.

Entró el perro subrepticiamente y se puso a olisquear entre los estantes. El señor Cayo le tiró un puntapié:

—¡Quita, chito!

El animal aulló, recogió el rabo y salió a la explanada trompicando en el banzo de la puerta. Víctor daba vueltas entre las manos a un extraño artilugio de alambre con dos correas:

—¿Y esto que parece un bozal?

—Un bozal es.

—Pues menudos perros se gastan ustedes.

—No es de perro, es de burro.

—¿Es que también muerden los burros en este pueblo?

—No es que muerdan, no señor, pero se pone usted a acarrear mieses con un burro sin bozal y no llega una espiga a casa.

Víctor asintió:

—Ya entiendo.

Laly, a su lado, alargó el brazo y tomó una manzana de la tabla más próxima:

—¿Puedo comérmela?

—Coma, cómala, aproveche, este año ni las vamos a catar.

—¿Tan malo viene? —inquirió Víctor.

—Malo es algo. Las heladas de abril quemaron la flor, lo malrotaron todo.

Tras ellos, en lo negro, sonó un gemido lastimero. El señor Cayo sonrió y se rascó insistentemente una mejilla:

—¿Lo sintieron?

—¿Qué es?

—El cárabo es. Hace dos años que le ha dado por anidar aquí, ya ve.

—¿Es que antes anidaba fuera?

—De siempre, pero parece como que ahora se sintieran solos.

Ciñó el puntal con el brazo izquierdo, agachó la cabeza para esquivar la zapata y les invitó:

—Pasen, pasen.

Él avanzaba despreocupadamente y ellos le seguían medio a tientas, titubeando, en la penumbra, entre las tablas desiguales. En el rincón más

oscuro, el señor Cayo se detuvo y prendió un fósforo. Dos animales gemelos, como dos pelotitas de plumón ingrávido, les miraban desde el suelo, junto al montón de heno, con sus redondos ojos negros. El señor Cayo tomó una paja y anduvo un rato hostigándoles y los cárabos bufaban y mostraban las garras, unas uñas largas, corvas, afiladas como navajas. Sin cambiar de postura, el señor Cayo cogió dos bolas grises, resecas, de color de estaño, junto a los pájaros y sacudió la mano con el fósforo. Prendió otro, se incorporó y mostró las bolas sobre la palma de la mano. Amusgó los ojos:

—¿A que no saben qué es esto?

—¡Coño, dos cagadas! —dijo Rafa sin vacilar.

El señor Cayo rió:

—Pues, no señor, no son cagadas, ya ve lo que son las cosas. Esto lo echa el cárabo por la boca. Todo lo que no es momio lo escupe, para que me entienda, huesecillos y pellejos por lo regular.

Deshizo las pellas entre los dedos para que comprobasen su afirmación, arrojó los restos con la cerilla al suelo, pisó ésta y volvió a acuclillarse para sortear la viga. Contra la claridad de la puerta era más fácil caminar. El señor Cayo se detuvo ante los trebejos del muro. Escogió cuidadosamente una azada:

—Ahora he de bajar a la huerta —dijo como excusándose.

Víctor se sacudió las manos:

—¿Podemos bajar con usted? —preguntó.

—Mire, por mí, como si quieren quedarse. Y, si ése es su gusto, luego les enseño el pueblo.

—¿Es que hay algo que valga la pena?

—¡To!, dejará de haber. Arriba, en el cerral, orilla del cementerio, tiene usted una ermita de mucho mérito, de cuando los moros, sí señor. Luego tiene la gruta de las Crines, no la hay más capaz en toda la provincia; cuando la guerra nos encerrábamos allí todo el vecindario, hágase cuenta.

Víctor escuchaba atentamente las palabras del viejo mientras avanzaba junto a él hasta la puerta de la manzanera. De la parte de la calleja, las sombras empezaban a estirarse sobre la explanada, en tanto el sol reverberaba en el riachuelo y doraba la escarpa. En los silencios intermitentes de las chovas, se sentía el arrullo del agua entre los guijos y el estruendo lejano de la cascada sobre el camino. Rafa se acercó a Víctor:

—¿Sabes qué hora es, Diputado?

Víctor le consideró displicentemente:

—¿Qué importa eso ahora? —dijo—. Estamos bien aquí, ¿no? —Y, como para acallar su conciencia, preguntó al señor Cayo—: ¿Qué vecinos quedan en Quintanabad?

—En Quintana, por mayor, ninguno.

—¿Ninguno?

—Ninguno, no señor.

—¿Y en Martos?

—En Martos, cinco. Aguarde, digo mal, cuatro, el Baudilio falleció el mes pasado.

Víctor se encaró con Rafa:

—Tú dirás.

—¡Joder, tampoco es eso! A Dani le importan tres cojones los vecinos, ya lo sabes, él lo que quiere es poner en el mapa la última chincheta y punto.

Víctor levantó los hombros:

—Lo siento —dijo—. Yo no juego a eso.

La mujer enlutada volvió a salir de la casa con el perro detrás y Víctor la siguió con los ojos hasta el nogal. Una vez allí, desató al borrico, lo tomó de la soga y desapareció tras la esquina de la casa, seguida del perro. El señor Cayo, que desde hacía un rato golpeaba la azada contra el suelo, la levantó finalmente, la inspeccionó y dijo como para sí:

—A esta azada hay que mangarla.

—Mangar, ¿es poner mango?

—Natural.

—En la ciudad, mangar es robar.

El viejo no se dio por aludido:

—Para mangarla, ¿sabe usted?, no vale un palo, ha de ser un enterizo.

—¿Un enterizo?

—El palo con su raíz. Solo, no sujeta.

A Víctor le brillaban los ojos de entusiasmo. Dijo a Laly:

—¿Te das cuenta?

Laly insinuó a media voz, débilmente:

—Aunque en Martos no hablemos, deberíamos al menos hacer acto de presencia, Víctor. Tal vez Dani se cabree.

—Dani, Dani, Dani, no se os cae Dani de la boca, coño. ¿No podéis dejar a Dani de una puñetera vez?

—Como quieras.

Víctor dio media vuelta, malhumorado:

—Vamos a la huerta, señor Cayo.

El viejo flanqueó el arroyo por su margen derecha y, al alcanzar el talud, tomó un senderillo sinuoso, entre los helechos, dejando a su izquierda un pilón con entrada y salida de agua. En el primer bancal, formado por tierras de aluvión, estaba el huerto, parcelado en cuadrículas simétricas, primorosamente cuidadas en contraste con los eríos circundantes, asfixiados por la mala hierba. Apenas llegados, Rafa se agachó y observó la disposición de las habas, la vaina erecta sobre el tallo, contrariamente a los guisantes, de vaina desmayada:

—¿Qué planta es ésta? —preguntó.

—Habas —respondió el señor Cayo.

Rafa rió. Le dijo a Laly en voz baja:

—¿Te fijas? Un símbolo fálico perfecto. ¡Si lo coge Freud! Ahora queda claro eso de «tócame el haba».

Laly puso su mano ligera en el hombro del muchacho:

—Rafita —dijo—, mucho me temo que no tengas remedio. Eres un obseso sexual.

Víctor miraba en torno, los bancales escalonados hasta el río, los manzanos puntisecos, y, en la ladera opuesta, los pastos tiernos del monte sofocados por las aulagas:

—¿Qué? —preguntó el señor Cayo tendiendo la vista hacia la montaña.

—Esto parece pobre, es cierto, pero tal vez en régimen de cooperativa podría funcionar.

El señor Cayo, instalado en su parcela, apoyado en el mango de la azada, replicó:

—Ya hubo de eso, no crea.

—¿Cooperativas?

—Eso, sí señor. Más de trescientas ovejas llegaron a juntar Misael y los otros el año sesenta y cuatro. Pero ¿me quiere usted decir qué hacían con ellas si ninguno quería ser pastor?

Víctor parecía reflexionar:

—En realidad, no pensaba en eso ahora —dijo—, me refería a los frutales. En pocos años, el campo ha experimentado una verdadera revolución en Lérida. ¿Y sabe usted con qué? Con los frutales enanos y una comercialización eficiente, así de fácil.

Sonrió socarronamente el señor Cayo:

—¿Hiela en mayo en el pueblo ese que usted dice?

Víctor se llevó una mano a las barbas:

—Tal vez no le falte a usted razón.

El viejo escupió en la palma de una mano y la frotó enérgicamente con la otra, cogió la azada y comenzó a cavar pequeños hoyos en las crestas de los cerros. Trabajaba a un ritmo sosegado, pero activo y regular. Víctor le observaba atentamente:

—Usted nunca tuvo prisa, ¿no es cierto, señor Cayo?

—¡To! ¿Y a cuento de qué iba a tener prisa?

El sol se abrió de nuevo paso entre dos nubes e inundó de luz el vallejo. Laly se adelantó hasta Víctor, regateando entre las patatas, en tanto Rafa caminaba cansinamente hasta el límite del huerto y se sentaba en el ribazo, a la sombra de un nogal. Al verle, el señor Cayo interrumpió su labor, echó la boina hacia atrás y se pasó el antebrazo por la frente sudorosa:

—Ahí no debería sentarse —dijo.

—¿Yo? —inquirió Rafa, alarmado.

—La sombra de la nogala es muy traicionera.

—¡Ostras!, ¿y qué lo mismo da una sombra que otra?

—Pues, no señor, no da lo mismo, hay sombras y sombras. Y, si no, vaya usted a preguntárselo al señor Benito.

—¿Qué le ocurrió al señor Benito?

—Pues eso, se sentó un jueves a la tarde, tal que usted ahí, y el domingo, a la mañana, ya le habíamos dado tierra. Eso le ocurrió.

Rafa se puso en pie de un salto y se palmeó ardorosamente el trasero con ambas manos. Rió forzadamente:

—¡No joda! —dijo—, no sea usted quedón.

El señor Cayo movió levemente la cabeza como diciendo: «Más vale así», luego se inclinó de nuevo sobre la tierra y reanudó su tarea lenta, aplicadamente. Al cabo de unos minutos, dejó la azada en el suelo, se aproximó al cuadro sembrado de remolachas, agarró la hoja más larga y rizada de la primera planta y se la mostró. Dijo despectivamente:

—Ve ahí, de que se las deja, se espigan —fue extrayendo de la tierra húmeda pequeñas remolachas rojas, apenas formadas, y amontonándolas a un lado—. Si se las junta, no crecen para abajo, como debe ser, sino para arriba; se espigan. Hay que entresacarlas y ponerlas cama aparte.

Hablaba monótonamente, en tono menor, mientras trasladaba los frutos extraídos hasta la cuadrícula virgen. Una vez allí, las fue colocando con meticuloso recreo, una a una, en las hoyas que acababa de abrir. Al acabar, comenzó a enterrarlas mediante tres hábiles golpes de azada. Laly contemplaba sombríamente el perfil afanoso del hombre, sus manos grandes, sarmentosas, engarfiadas en el mango de la azada. Inesperadamente estalló:

—¡Esto es lo que no se puede consentir!

El señor Cayo dejó de mover la tierra y levantó los ojos humildemente, como si hubiera sido sorprendido en falta:

—¿El qué? —preguntó.

Laly le señalaba acusadoramente:

—Esto —dijo—, que un anciano, a los ochenta y tres años, tenga que seguir trabajando de sol a sol para ganarse la vida.

El señor Cayo parpadeaba sin salir de su asombro. Volvió a pasarse el antebrazo por la frente y se rascó la mejilla en un movimiento mecánico:

—Ande —dijo al fin, en tono de soterrada protesta—, ¿es que también va usted ahora a quitarme de trabajar?

A Laly le había nacido en la frente la vena del mitin, una leve protuberancia azulada que denotaba un ardoroso apasionamiento. Añadió resueltamente, en tono conminatorio, con voz firme pero impersonal:

—Una sociedad que tolera una cosa así, no es una sociedad justa.

El señor Cayo la miraba estupefacto, parecía un niño enfurruñado. Dijo:

—¡To! ¿Y si me quita usted de trabajar el huerto, en qué quiere que me entretenga?

Las cabezas de Víctor y Rafa penduleaban de uno a otro, a compás del diálogo. Los labios de Víctor esbozaban una expresión irónica. Agregó Laly visiblemente acalorada:

—¿Y qué pasa si usted enferma mañana?

—¡To! Ella me cuidará.

—¿Y si es ella la que enferma?

—Mire, para eso están los hijos.

Laly separó los brazos del cuerpo y abrió sus dedos crispados en ademán patético. Su silueta, recortada sobre las rocas doradas del despeñadero, tenía algo de teatral:

—¡Ya salió! —dijo—. Eso es lo que esperaba oírle decir.

El señor Cayo se mostraba cada vez más desconcertado:

—¿Es de ley, no? —apuntó tímidamente—. Si uno miró por ellos cuando no podían valerse, justo es que miren por uno cuando uno se queda de más.

Laly pareció renunciar a su empeño dialéctico. Murmuró algo relativo a las dificultades de desmontar una sociedad patriarcal, mas como el señor Cayo permaneciese expectante, sin comprenderla, Víctor intervino tratando de aliviar la tensión:

—¿Tiene usted muchos hijos?

—Dos tengo, la pareja —respondió el señor Cayo mirando de reojo a Laly, sin salir aún de su asombro, como esperando una nueva invectiva—: El hijo anda en Baracaldo, en una fábrica de cojinetes, y la otra en Palacios, está casada allí, ¿sabe?, lleva la tienda y el bar —sonrió tenuemente y aclaró—: Los dos tienen coche.

Intervino Rafa:

—¿Y por qué se fueron del pueblo?

El señor Cayo dibujó con ambas manos un ademán ambiguo:

—La juventud —dijo—, se aburrían.

—¡Joder, se aburrían! ¿Quiere usted decirme qué horizontes les ofrecía esto?

Las chovas aleteaban alrededor de los tolmos, graznando lúgubremente.

—Necesidad no pasaban —puntualizó tercamente el señor Cayo.

—¡Ostras, necesidad! Según a lo que usted llame necesidad.

El señor Cayo ladeó levemente la cabeza y le examinó un rato con remota indiferencia. Finalmente agarró la azada y siguió cubriendo las remolachas espigadas con cachazuda eficacia. Murmuró:

—Me parece a mí que no vamos a entendernos.

El sol descendía lentamente a la izquierda de los cantiles, sobre el río. Las nubes, cada vez más densas y oscuras, cruzaban raudas en dirección sudeste. A intervalos dejaban en sombra un sector del valle y, de inmediato, volvían a levantar y el sol expandía una dulce luminosidad anaranjada. Víctor, las manos en los bolsillos de los pantalones, se dirigió conciliador al señor Cayo:

—Dígame, señor Cayo, ¿cuándo empezó aquí el éxodo?

El señor Cayo le enfocó sus ojos romos. Aclaró Víctor:

—¿Qué año comenzó a marchar la gente del pueblo?

—¿La emigración, dice?

—Eso, la emigración.

—A ciencia cierta no sé decirle, pero de la guerra acá ya empezó el personal a inquietarse.

—¿De la guerra? ¿Tan pronto?

—Qué hacer, sí señor. Por aquellos entonces, más de uno y más de dos marcharon a la mili y no regresaron. Luego, la cosa fue a mayores.

—¿Cuándo?

—Ponga de quince años a esta parte.

—Pero este pueblo, ¿ha sido grande algún día?

Los ojos acuosos del señor Cayo se iluminaron:

—¿Grande dice? Aquí, donde lo ve, hemos llegado a juntarnos más de cuarenta y siete vecinos, que se dice pronto. Y no ha habido en la montaña pueblo más jaranero, que, no es porque yo lo diga, pero en la fiesta de la Pascuilla hasta de Refico subían. ¡No vea!

Rafa arrojó una colilla al suelo, la tapó con el pie, bajó la cabeza y murmuró con sorna: «¡Joder, Nueva York!». El señor Cayo concluyó de cubrir las hoyas, se arrimó a la acequia y, mediante dos golpes de azada, abrió la camella y el agua corrió alegremente por la reguera hasta la cuadrícula donde acababa de replantar las remolachas. Sonreía. Dijo, haciéndose destinatario de su propia voz:

—Si el agua no aprieta, la remolacha no fija. —Alzó imperceptiblemente los ojos hacia el cielo y añadió—: Y en menguante, como debe ser.

Rafa deambulaba por los eríos inmediatos, los viejos huertos abandonados y, de pronto, descubrió la cruz entre la greñura y se detuvo:

—¡Eh, señor Cayo! —voceó—: ¡Aquí hay una cruz!

El señor Cayo entrecerró los ojos:

—Natural —dijo pausadamente—: Yo la puse.

—¿Es que hay un muerto aquí debajo?

—Tal cual, sí señor, mi compadre Martín. El cementerio está arriba, hágase cuenta, yo no podía subirle solo.

Cansinamente, con la azada al hombro, se llegó hasta la cruz. Laly y Víctor le seguían. Aclaró:

—Por mejor decir, el compadre no era él, sino ella, la Andrea, la madre de la difunta Eloísa, pero él, el Martín, se casó en segundas con la madre de su primera y todavía tuvo un hijo con ella.

—¡Leche! —dijo Rafa—: ¿Es que va usted a decirme que después de enviudar le hizo un hijo a su suegra?

—Tal cual, sí señor, ¿es que le choca?

—¡Joder, vaya un serial!

—Tampoco se piense lo que no es. Para entonces apenas si quedaba personal en el pueblo, o sea, era difícil emparejar.

Rafa miró a Víctor divertido:

—Es increíble, macho.

El señor Cayo empezó a caminar por el borde del almorrón, la azada al hombro y la cabeza gacha:

—Son cosas que pasan —dijo filosóficamente.

Descendió unos peldaños socavados en el mismo sendero y ladeó la cabeza para decirles:

—Ahora pasaremos un momento por el río y, luego, si tienen tiempo, les enseño el pueblo.

—De acuerdo —dijo Víctor tratando de parear su paso al del viejo.

Descendían por la trocha de uno en uno, entre ringleras de manzanos chamosos, el caserío arriba, en el cantil, y abajo, en la hondonada, el río, las torrenteras rugientes, con un rumor sordo y cambiante como el del mar. Ya en la orilla, el señor Cayo caminó a paso rápido por la sirga hasta alcanzar un restaño:

—Cada día tiendo la red aquí —aclaró.

Víctor vigilaba sus movimientos con concentrada curiosidad. Le vio buscar una horquilla entre los zarzales, coger un cordel enredado en la salguera, pasarlo por aquélla y extraer del remanso un gran retel de tela metálica donde bullían dos docenas de cangrejos. Rafa se excitó todo:

—¡Joder! —exclamó—: Luego vas a un bar y te clavan una pasta por uno.

El señor Cayo sonreía vagamente. Sacó un fardillo listado de bajo las mimbreras y volcó los cangrejos en él. Chascó la lengua:

—Para dar gusto al arroz, valen —dijo. Y añadió—: Cuando gusten.

Se abrió paso por la sirga, entre los espinos, hasta abocar a la parte baja de la hoz, donde el estero se ensanchaba. Junto a la playita de guijos se abría una braña insignificante cubierta de malvas:

—¡Qué maravilla! —dijo Laly.

El viejo se volvió:

—¿Las malvas, dice?

—¿Son malvas?

—Malvas son, claro. Con las humedades de este año criaron bien. La flor esta es buena para aligerar el vientre.

Dijo Rafa burlonamente:

—¡Joder! En este pueblo todo sirve para algo.

—Natural —replicó el señor Cayo reanudando la marcha—: Todo lo que está, sirve. Para eso está, ¿no?

VII

El recial rompía contra la roca, deshaciéndose en espuma, y se precipitaba luego en el vacío desde una altura de veinte metros. Bajo la cola blanca de la cascada, zigzagueaba el camino y, bajo éste, encajonado, corría el río en ejarbe, arrastrando troncos y maleza, regateando entre los arbustos. Un suave viento del sur humedecía sus rostros con finísimas partículas de agua espolvoreada. El señor Cayo apoyó su mano en la roca y alzó la voz para dominar el fragor de la catarata:

—A la cascada esta le decimos aquí las Crines. De siempre. Pasen —afianzó el pie derecho en una leve cornisa cubierta de verdín y añadió—: Ojo no resbalen.

Se ciñó a la roca, giró ágilmente el cuerpo y, en un segundo, desapareció tras el abanico de espuma. Víctor le imitó y detrás entraron Laly y Rafa. Rebasada la angostura de la boca, el antro se ensanchaba en una caverna espaciosa, suelo y techo de roca viva, rezumante de humedad. El estruendo de la catarata se hacía más sordo allí. Al fondo, se divisaban las sombras torturadas de las estalactitas y, en las oquedades del suelo, huellas de fuego y, en torno a ellas, diseminados, troncos de roble a medio quemar, pucheros desportillados, latas vacías y unas trébedes herrumbrosas. Rafa paseó su mirada en derredor y sus ojos terminaron posándose en la hendidura de acceso, tras la cortina de agua, a través de la cual se filtraba, tamizada, la claridad de la tarde. Le dijo al señor Cayo:

—Vaya un escondrijo más cojonudo, oiga. Aquí no hay dios que le encuentre a uno.

El señor Cayo, en la penumbra, parecía más corpulento. Asentía mecánicamente con la cabeza. Dijo:

—Cuando la guerra, ¿sabe usted?, de que asomaban los unos o los otros, el vecindario se refugiaba aquí. Al decir de los entendidos, que yo en esto no me meto, no es fácil fijar la línea de trincheras en estas quebradas, ¿entiende? De forma que hoy estaban aquí los unos y mañana los otros. El cuento de nunca acabar.

—Y se metían con ustedes, claro —apuntó Víctor.

—Mire, tal día como el dieciocho de julio, al Gabino, que hacía las veces de alcalde, le pegaron cuatro tiros arriba, orilla del camposanto. A la semana, día más día menos, se presentaron los otros y le pegaron cuatro tiros al Severo, que había sido alcalde hasta el año treinta y uno. ¿Quiere usted más?

—O sea, que no sabían a qué carta quedarse.

—¡A ver! De esta forma, una tarde, don Mauro nos juntó a todos en la iglesia y nos lo dijo, o sea, nos dijo: «Hay que poner centinelas en los tolmos y, tan pronto asome un miliciano, todos a la cueva de las Crines». Y dicho y hecho, oiga. Metimos avío aquí y de que se veía bajar o subir un soldado, ¡todos adentro!

—¿Niños y todo? —dijo Víctor, antes que por afán de puntualizar por tirarle al viejo de la lengua.

—Todos, no le digo, hasta los perros, si es caso el ganado —sonrió—: Algo había que dejarles, ¿no?

—Pero ¿no lloraban los niños? ¿No alborotaban?

—Dejarían de alborotar. Las criaturas son criaturas, ya se sabe. Pero lo que es aquí ya puede usted tirar un cañonazo que arriba ni se siente.

Laly se cogió los hombros, cruzando los brazos sobre el pecho, como si sintiese frío. Rafa, con un fósforo en la mano, curioseaba entre las estalactitas. Dijo Laly:

—¿Y cuánto tiempo llegaron a estar encerrados?

—Según —respondió al fin—; la vez que le echamos más larga, un par de semanas.

—Dos semanas aquí dentro, ¿y qué hacían?

—Pues, ya ve, los vasos y la partida, como una fiesta. Y ahí, orilla esa laja, donde está el señor, el Rosauro no hacía más que tocar la flauta, que buena murga nos daba.

—¿Y cuándo salían?

—Aguardábamos a que el Modesto diera razón. El pastor, ¿sabe? ¡Buen espabila era ése! Por las noches, salía de descubierta y luego volvía y decía, pues están en casa del uno o están en casa del otro, según, lo que fuera. Hasta que un día llegaba y decía: «Venga, arriba, ya se largaron», y, entonces, todos a casa, ¿comprende? Y así hasta que otro día don Mauro volvía a dar tres repiques cortos y uno largo, que era la señal, y otra vez a la cueva. Esto duró, si no me engaño, hasta bien metido setiembre que se armó el frente definitivamente ahí arriba, en los Arcos, y entonces montaron un hospital de urgencia en la parroquia, que me recuerdo que fue un enfermero de ese hospital el que despatarró a la Casi, para que me entienda, la hija del Paulino, que eso no lo olvidó el hombre.

—Ese don Mauro de que tanto habla sería el cura, ¿no?

—El párroco era, tal cual, sí señor. Alto y seco como un varal, con las gafas así de gordas, allí le vería —el señor Cayo posó sus ojos nostálgicos en

los de Víctor—: Por aquellos entonces, en el pueblo había cura fijo, ¿sabe?, y a falta de alcalde, él hacía las veces, natural.

Se fijó en Laly que tiritaba:

—Pero vamos arriba —dijo—. Aquí tiene frío.

Salieron. Las nubes, unas nubes cárdenas de ribetes blancos, cubrían enteramente el cielo. El señor Cayo las observó un momento:

—Lo mismo se pone a tronar ahora —dijo.

Víctor se había quitado la cazadora y se la colocó a Laly sobre los hombros. Subían por una calleja enfangada, flanqueada de casas y pajares despanzurrados, casi obstruida por las piedras y la maleza. Dentro de los edificios, bajo los dinteles sin puertas o tras los postigos desencuadernados, se veían arcones de nogal, viejos arados, ganchos, escañiles y yugos llenos de polvo y telarañas. De cuando en cuando, el señor Cayo se detenía para mostrarles alguna peculiaridad del pueblo o contarles anécdotas nimias, en cuyo relato ponía un énfasis desproporcionado:

—Ve ahí, en esa casa, vivió la señora Laureana, la Saludadora. Nos quitaba las lombrices a los chiquitos partiendo una por la mitad y haciéndonosla comer frita, media antes del almuerzo y otra media a la hora de la cena.

Rafa frunció la nariz en un gesto de repugnancia:

—¡Joder! —dijo—. ¿Se comían ustedes las lombrices?

—¡To, natural! Ya sabe usted lo que dicen: No hay peor cuña que la de la misma madera.

En la esquina se detuvo muy ufano el señor Cayo. Señalaba una vieja inscripción, en una piedra, sobre las dovelas del portón:

—Vean —dijo con orgullo.

Víctor deletreaba con dificultad:

—JESÚS-MARÍA, ÉSTA ES CASA DE PLACER Y LA GENTE DE ALEGRÍA, ABE MARÍA AÑO 1692.

Rafa se escandalizó:

—¡No jodas! —dijo—, ¿es posible que haya habido aquí alguna vez una casa de putas?

Víctor objetó:

—Tampoco es eso, macho. Una casa de placer en el campo, en el siglo diecisiete, era una casa de reposo. La urbanización de la época, para que lo entiendas.

El señor Cayo contemplaba la larga balconada de hierro con una sonrisa evocadora:

—A esta casa venía cada verano el doctor Sanz Cagiga, que era hijo de Cureña.

—Muy conocido en su casa a las horas de comer —dijo Rafa.

—¡To! —saltó el señor Cayo ofendido—. ¿Es que nunca oyeron mentar al doctor Cagiga? Hasta de Palacio lo llamaron una vez para atender al rey.

—¡Joder, un tío virguero! —dijo Rafa. Propinó unos golpecitos amistosos en el hombro al señor Cayo y añadió conmiserativamente—: Que nos está usted hablando de la época del Diluvio, señor Cayo, hágase cuenta, que se nos ha quedado usted un poquito *kitsch*.

Al concluir, Rafa puso los brazos en cruz, como si fueran alas, y trató de salvar un pequeño fangal saltando de piedra en piedra, pero resbaló y se precipitó contra una gran mata de ortigas. Arrugó su rostro infantil y agitó repetidamente su mano lastimada:

—¡Joder, me ortigué!

Laly y Víctor rieron. Dijo cachazudamente el señor Cayo:

—Deje, no se toque, si se rasca es cuando se irrita.

Rafa se acariciaba el dorso de la mano y la muñeca, repentinamente enrojecidas:

—¡Leche, no se toque! ¡Qué fácil se dice!

De lo alto de los riscos descendían los gritos destemplados de las chovas y, a intervalos, todas ellas parecían hallar acomodo y callaban y, entonces, se abría en derredor un gran silencio, acentuado por el rumor cristalino del riachuelo al atravesar el pueblo y el eco lejano, solemne, de la cascada, abajo, a sus pies.

Laly y Víctor, que caminaban delante, se habían detenido a la entrada de un angostillo, cerrado por una casa con los marcos de los vanos recientemente encalados, puertas y postigos pintados de verde y grandes latas de geranios a lo largo del balaustre de madera de la galería. Víctor señaló con el dedo:

—En esa casa vive alguien —dijo.

El señor Cayo pasó de largo frente al angostillo, sin mirar. Dijo, al cabo:

—Ahí vive *ése*. Ya se lo dije.

Víctor pareó su paso al del señor Cayo:

—¿Es que no se tratan?

El señor Cayo no respondió:

—¿Están regañados? —insistió Víctor.

El señor Cayo se detuvo. Se aclaró la voz con un carraspeo:

—Ése —dijo—, por si lo quiere saber, levanta la pata para mear, como los perros.

—¿Y qué quiere decir con eso?

El señor Cayo perdió su habitual aplomo:

—Que es un animal —dijo.

—¿Es que le ha hecho a usted algo?

—¿Hacerme? El jueves pasado, sin ir más lejos, me ahorcó la gata en la nogala de casa, ¿le parece poco?

—¡Manda cojones! —dijo Rafa tras él—: Son ustedes dos y no se hablan, ¡pues sí que están divertidos!

El señor Cayo reanudó la marcha sin responder. Al final de la calleja se abría una minúscula plaza, la fuente y el abrevadero en el centro, un costado de soportales y, frente a él, el muro ciego de una iglesia de traza reciente, cuya torre cobijaba un reloj con una sola manecilla. Víctor se fijó en él:

—Ese reloj anda —dijo sorprendido.

—A ver, yo le doy cuerda.

—¿Para qué?

El señor Cayo se encogió de hombros. Sonrió:

—Llena —dijo.

En los soportales, entre dos pilares de roble, una viga gris, vencida, a duras penas soportaba el peso de una casa a punto de derrumbarse. Un cartelón ladeado, casi ilegible, decía: bar. El señor Cayo dio un rodeo para orillar los escombros y empujó la puerta entornada. En el local, entre cuatro paredes desconchadas, se amontonaban cajas con cascos de vidrio, envases de madera y, sobre el mostrador apolillado, una vieja balanza de pesas cubierta de telarañas. Al señor Cayo se le ensombreció la mirada. Dijo:

—Ande, que buenas las hemos formado aquí.

—¿En las fiestas?

—¡To! Y los domingos, y en el sorteo de los quintos y a cada paso —se volvió de espaldas al mostrador y añadió—: Tal que aquí se sentaba el Paulino.

Víctor, desde la puerta, contemplaba la espadaña de la iglesia, con el reloj bajo la campana. Dijo:

—No será ésta la ermita que usted decía.

El señor Cayo se llegó a la puerta:

—¡Quia, no señor! La que yo le digo está arriba, orilla del camposanto. Ésa sí que tiene misterio.

Salieron de los soportales. Agregó Víctor:

—Y para cuarenta vecinos, ¿necesitaban ustedes dos iglesias?

El señor Cayo se pasó la lengua por los labios agrietados:

—Mire usted, al decir de don Senén, ésta debieron levantarla más tarde. En los inviernos, con las nevadas tan grandísimas que caían, ni se podía uno arrimar a la ermita.

—Don Senén, ¿fue otro párroco?

—Tal cual, sí señor, el último. Él fue el que inventó lo de bajar a la Virgen la noche del Viernes Santo para que no se quedase sola. Luego, para Pascua, la subíamos en andas y armábamos una romería arriba, en la pradera del Hacha —movió la cabeza de un lado a otro, los ojos enternecidos—: Aquí, donde lo ve, éste ha sido un pueblo muy jaranero.

Hizo una pausa. Al cabo añadió:

—También fue don Senén quien, de primeras, le negó tierra sagrada al Paulino por lo de la apuesta.

Inquirió Víctor:

—¿Qué historia es ésa?

—Las cosas —dijo el señor Cayo, que hablaba ahora fluida, ininterrumpidamente, como si le hubieran dado cuerda—: El Paulino se las daba de brujo, ¿entienden? Y algo raro debía de tener aquel hombre cuando sólo con ver un huevo ya sabía a ciencia cierta si lo que había dentro era pollo o polla.

—Sexador —dijo Víctor—: Eso lo hacen bien los japoneses, pero con pollitos ya nacidos.

El señor Cayo sonrió, desdeñoso:

—Pues el Paulino, no señor, antes de romper el cascarón ya lo sabía; recién puestos.

—¿Y cómo se las arreglaba?

Frunció las cejas blancas el señor Cayo y se ajustó la boina en el cogote:

—Eso no me pregunte, él los miraba al trasluz y lo sabía. Había quien decía que era por la sombra de la galladura. No me diga. El Paulino no daba explicaciones.

—¿Y acertaba siempre?

—En sesenta años no le cogimos en un renuncio.

Los paulatinos desvelamientos del señor Cayo avivaban la curiosidad de Víctor:

—Y antes de morir, ¿no reveló el secreto?

El señor Cayo ladeó la cabeza y denegó después obstinadamente:

—Ya ve, conforme fue a morir el hombre, ¿qué podía haber dicho?

—Pues, ¿cómo murió?

—¡To, ése es el chiste! Que acertó el día de su muerte, que lo adivinó, oiga.

Ante los tres pares de ojos expectantes, el señor Cayo se iba creciendo:

—Aguarden —dijo, y adelantó la mano derecha abierta como implorándoles calma—: El Paulino echaba también las cartas, ¿entienden? Y una tarde, en el bar, estábamos tal que así y va y dice: «Ya que estamos todos reunidos os voy a decir en qué año y en qué día me voy a morir», que el Bernardo le dijo: «Eso no puede ser, Paulino, eso sólo Dios lo sabe». «Pues yo también lo voy a saber», le contestó el Paulino. Esto sucedía, si no me engaño, allá por el año cincuenta y siete. Conque el Paulino puso una carta sobre la mesa, el seis de bastos. «Mira, ya sabemos el día —dijo—: un seis». Y, ya ven, ante una cosa así, todos armamos corro alrededor de la mesa, que me recuerdo que don Senén le advirtió: «No juegues con esas cosas, Paulino, no tientes a Dios». Pero el Paulino estaba ciego, oiga, volvió otra carta y el cinco de oros. Contó con los dedos y dijo: «Mayo», miró al corro y dijo: «Un seis de mayo. Ahora vamos a ver qué año», que don Senén le advirtió: «No sigas, Paulino, no tientes a Dios». Pero el Paulino cuando la cogía, la cogía modorra, oiga, que era muy testarrón el Paulino. Así que sacó otra carta, y el seis de copas, y, antes de que don Senén pudiera evitarlo, mostró otra y era el cuatro de oros. «¡El 64! —voceó—: ¡Yo me voy a morir el seis de mayo de 1964!». Que el Bernardo, que era muy llevacontrarias el hombre, le dijo: «Te juego un billete a que no». Y el Paulino: «Va». Que, entonces, tercié yo y le dije al Bernardo: «¿Y cómo le vas a pagar el billete si las dobla?». Y el Bernardo se rascó la cabeza y dijo: «Pago la caja, las copas y el funeral, ¿vale?». «Hecho», dijo el Paulino. Y, en éstas, don Senén se marchó de la cantina y le dijo al Paulino: «Los demonios te están inspirando ese juego, yo no quiero ser testigo».

Laly, Víctor y Rafa miraban al señor Cayo sin pestañear. A Rafa se le consumía el cigarrillo entre los labios inútilmente. Al concluir de hablar aquél, se lo quitó de la boca para decir:

—No me joda, señor Cayo, no me vaya a salir ahora con que el Paulino se murió ese día. Se está usted quedando con nosotros.

El señor Cayo volvió a adelantar la mano:

—Aguarde —dijo—. Tal día como el cinco de mayo del sesenta y cuatro, o sea, la víspera, el Bernardo, que se gastaba muy mala leche, dijo a la hora de la partida: «Mañana le toca morirse a ése, ¿os recordáis?», que entonces, todos, «Es cierto». Y el Paulino, que estaba ese día más bueno que Dios, nos miró uno por uno con unos ojos que echaban chispas, oiga, no vean qué ojos,

y dijo: «Así es, mañana las doblo. Y no te olvides de pagar la caja, las copas y el funeral», que lo dijo de tales formas, oiga, que todos nos quedamos mohínos, como acobardados, pero amaneció el día siguiente y el Paulino seguía tan terne, así que pensamos, una broma, echamos la partida como si tal y al marchar dijo: «Que lo paséis bien». Sólo eso dijo, pero a la mañana, cuando salió don Senén a tocar la misa, le encontramos colgado de la galería de su casa, con el traje de fiesta y la gorra puesta, ¿qué les parece?

—¡Increíble! —exclamó Rafa.

El señor Cayo asintió repetidamente con la cabeza:

—Era muy testarrón el Paulino, pero que muy testarrón, ustedes no le han conocido —dijo.

—¿Y le pagó la caja el Bernardo?

—A ver, sí señor, la caja, las copas y el funeral, tal como había prometido.

Las chovas, al recogerse, armaban una inextricable algarabía arriba, en los tolmos. También los vencejos planeaban ahora chirriando agudamente entre las hayas, rasando los viejos tejados. En la esquina de la iglesia, un gorrión se bañaba en el polvo, bajo el alero, ahuecando las plumas. Dijo Víctor, de pronto:

—¿Y le negó el cura tierra sagrada por suicida?

El señor Cayo parpadeó:

—De primeras, así fue, sí señor. Pero de que don Senén consultó a la capital, le dijeron que nones, que eso era lo antiguo, pero que ahora se tenía entendido que el que se quitaba la vida tenía la cabeza trastocada. O sea, le dieron tierra en el camposanto como es de ley.

Se abrió un profundo silencio. Al cabo de unos segundos, el señor Cayo añadió, como respondiendo a un oculto proceso mental:

—A la Casi, la hija del Paulino, la despatarró un enfermero del hospital, cuando la guerra. La dejó colgada con una barriga y el hombre no lo olvidó nunca.

Las chovas, cada vez más inquietas, graznaban desde las concavidades y cornisas de los farallones. Sobre los tolmos planeaba ahora, describiendo círculos incesantes, una baribañuela. Dijo Víctor, de pronto:

—Vamos a la ermita, ¿le parece? Se nos va a ir la luz.

El señor Cayo pareció volver de otro mundo:

—Es cierto —dijo—, lo había olvidado.

Se dirigió hacia una trocha bajo las hayas, en la trasera del templo, pero en el momento de iniciar la subida sonó la llamada doméstica, casi humana,

del cuco por encima de su cabeza. El señor Cayo se volvió hacia ellos, una sonrisa maliciosa en sus labios:

—¿Le sintieron cómo reclama?

—¿Quién reclama?

—El cuclillo, ¿no le sintió?

Bajó la voz para añadir en tono confidencial:

—Es pájaro de mala ralea ése.

El cuco repitió la llamada —cu-cú— mientras Laly trataba inútilmente de localizarlo entre la fronda de las hayas.

Preguntó:

—¿Y por qué es pájaro de mala ralea el cuco?

Las pupilas del señor Cayo se avivaron:

—¿Ése? Ese pone los huevos en nido ajeno, donde los pájaros más chicos que él, para que le saquen los pollos adelante.

Víctor rió:

—Como algunos hombres.

—Eso.

—Los amos y los jefes.

—Eso.

La mirada fluctuante del señor Cayo quedó prendida de repente de las barbas oscuras, severas, de Víctor. Dudó un momento. Apuntó, al fin, tímidamente:

—Pero usted es jefe, ¿no?

—¿Yo? De ninguna manera, señor Cayo.

—Pero va para jefe, ¿no?

Víctor se turbó:

—No… no es exactamente eso.

Laly le miraba divertida. Añadió Víctor:

—En realidad yo voy para diputado.

El señor Cayo se rascó el cogote:

—Y ésos, ¿no son jefes?

Víctor bajó la voz, como si intentara hurtar sus palabras a los oídos de sus compañeros. Dijo:

—En cierto modo, entiéndame, un diputado es un hombre elegido por el pueblo para representar al pueblo.

—Ya —dijo el señor Cayo.

Rafa rió burlonamente:

—No has estado como muy convincente, macho —dijo.

Víctor levantó los hombros:

—¿Qué hubieras dicho tú?

—Yo paso de eso —respondió Rafa sin cesar de reír.

Terció el señor Cayo desde el arranque de la trocha:

—¿Quieren ustedes ver la ermita o no?

—Claro, la ermita —dijo Víctor.

Subieron en fila india por el sendero, entre los brezos florecidos. El señor Cayo trepaba ligero, sin esfuerzo aparente, flexionando la cintura, la cabeza entre los hombros. Rafa lo hacía penosamente, en último lugar, aferrándose a cada paso los muslos con las manos, como si quisiera apuntalarlos. En el tozal, sobre el precipicio, se alzaba la tapia del pequeño camposanto, de la que sobresalían cuatro negros y esbeltos cipreses, y, contigua, en la explanada, estaba la ermita. Víctor se aproximó a ella pausadamente, como deslumbrado:

—Coño, coño, coño… —murmuró.

—Románico —dijo Laly, tras él.

—O pre —sugirió Víctor.

El señor Cayo se llegó a ellos. Dijo con orgullo:

—Ahí donde la ven, mil años tiene esta ermita.

—O quizá más —dijo Víctor.

Dio media vuelta el señor Cayo y oteó el cielo, hacia el oeste, un negro nubarrón asentado sobre las lejanas cumbres nevadas:

—Apuren —dijo—. Miren la que se está preparando.

Laly y Víctor contemplaban arrobados la portada, el juego caprichoso de las grecas de las arquivoltas sostenidas por unas ligeras columnas de capiteles primorosamente trabajados. Víctor señaló con el índice el Pantocrátor, sobre el dintel:

—¿Te fijas?

—Ya —dijo Laly.

Él se aproximó al pórtico y observó atentamente la larga serie de relieves bíblicos de las arquivoltas:

—Atiende —dijo—: Mira qué Degollación.

A Laly se le iluminaron los ojos:

—Es la repera —dijo reverentemente.

—¡Coño, qué sentido de la composición tenían los tíos!

El señor Cayo, inmóvil tras ellos, seguía escrutando el horizonte, de donde llegó ahora un ligero, sordo retumbo, apenas audible:

—Ya está rutando la nube —dijo.

—Y eso, ¿qué quiere decir? —preguntó Rafa.

—Agua —dijo lacónicamente el señor Cayo.

A Rafa le entró el apremio. Se adelantó hasta Laly y Víctor:

—¿Oís? Va a llover.

Pero no le oían. Rafa agarró por un brazo a Laly y la zarandeó:

—¡Joder, estás alucinada, tía! ¿Tanto te gustan las piedras?

—Todo —dijo Laly.

—Pues abrevia, coño, va a caer agua a punta de pala.

Víctor forcejeó con el portón en vano. Alzó la voz:

—¿Tiene usted la llave, señor Cayo?

—Natural —se acercó a la puerta—: Aquí no hay más portero que yo.

La ermita, apenas iluminada por dos sórdidas rendijas en los costados, producía una impresión de frío y humedad. Laly y Víctor avanzaban despacio por el pasillo central, entre los escañiles negros, desvencijados. Cada poco tiempo se detenían y miraban fascinados a lo alto, al frente, a los costados. Ante el ábside, Víctor levantó la cabeza:

—Arquerías ciegas —dijo—: Me lo imaginaba.

Laly asintió, contemplaba las aristas de la bóveda cuando les alcanzó la voz perentoria, impaciente, de Rafa, desde la puerta:

—No seáis coñazos, joder. Está tronando ya.

Regresaron sobre sus pasos sin apresurarse y ante la portada se detuvieron de nuevo. Laly miró a lo alto, a los canecillos del tejado:

—Mira, el tercero de la izquierda —dijo—: están en plena cópula.

—Bueno —dijo Víctor señalando con el mentón el cementerio—: Eros y Tánatos. Eso es frecuente en la época.

De súbito vibró un relámpago en el aire y, casi simultáneamente, tableteó el trueno sobre ellos y comenzaron a caer las primeras gotas, unas gotas espaciadas pero gruesas, prietas, que reventaban sordamente contra el suelo:

—Vámonos, tú —dijo Laly.

Oscurecía. La luz era tan difusa que, por un momento, pareció que iba a hacerse de noche. Antes de llegar a la cambera, la lluvia se formalizó. Rafa les precedía a buen paso y, al alcanzar la revuelta, voló alborotadamente un pájaro negro entre el follaje de un avellano. Rafa dio un respingo:

—¡Joder, me ha asustado la chova esa de los cojones! —dijo.

El señor Cayo, tras él, sentenció circunspecto:

—No era una chova, eso; era un mirlo.

La lluvia arreciaba y, progresiva, insensiblemente, se convirtió en un violento aguacero, mezclado con granizos. El grupo descendía

apresuradamente por la cambera, mientras el cielo se rasgaba a intervalos en relámpagos vivísimos y los truenos rebotaban ensordecedoramente contra las anfractuosidades de los cantiles. El señor Cayo se ajustó la boina, ocultó las manos en los bolsillos de los pantalones, apresuró el paso y dijo:

—Me parece que nos vamos a mojar.

VIII

La viga, ennegrecida por el humo, delimitaba el hogar y, sobre ella, se veían cazos de cobre, jarras, candiles y una negra chocolatera de hierro con mango de madera. Tras la viga se abría la gran campana de la cocina y, flanqueándola, un arca de nogal y un escañil con las patas aserradas. El fuego, que acababa de encender el señor Cayo, crepitaba sobre el hogar de piedra, revestido de mosaicos con figuras azules desdibujadas por el tiempo. Del lar colgaba el perol ahumado y, al fondo, empotrado en el muro, el trashoguero de hierro con un relieve indescifrable. De la gran viga, sujetos por los candiles y la chocolatera, pendían la camisa y la cazadora de Víctor y el jersey de Rafa, puestos a secar. En las poyatas, a los lados de la chimenea, se apilaban cazuelas, sartenes, pucheros, platos y, colgados de alcayatas, cacillos, espumaderas y un gran tenedor de latón. Sobre la cabeza de Víctor, sentado en el escañil, sujeta al muro por una taravilla, estaba una perezosa que medio ocultaba un calendario policromo.

Laly deambulaba de un lado para otro, curioseando, por el pequeño tabuco. Frente al lar, el señor Cayo hurgaba en una alacena y Rafa, que había permanecido unos minutos inmóvil, sentado en el arcón de nogal, acodado en los muslos, se incorporó de improviso y se sacó el niqui por la cabeza, dejando al descubierto un torso enteco y pálido:

—Esto está también calado —dijo.

Víctor sonrió indulgentemente, contemplándolo:

—Pareces un Tarzán.

Rafa sujetó la manga del niqui con un almirez de la poyata. Miró a Víctor, su ancho pecho velludo y musculado, con cierta inquina. Dijo:

—Pues lo que tengo más desarrollado no se me ve.

Laly, que curioseaba unas fotografías que había sobre una cómoda, dijo sin mirarle:

—Ya salió el macho ibérico.

El señor Cayo se acercó a Víctor. Sostenía en las manos una camisa blanca cuidadosamente planchada y, en el antebrazo, un traje negro que olía a naftalina:

—¿Por qué no se pone esto? —dijo—. Las mojaduras de nublado son malas.

—Deje —dijo Víctor.

El señor Cayo miró a Rafa:

—Gracias —dijo éste—, yo todavía soy joven.

El señor Cayo hizo un gesto de resignación y colocó las ropas en el respaldo de un taburete. En ese momento, Laly se dirigió a él con una fotografía en la mano:

—¿Es usted? —preguntó.

—Yo soy, qué hacer. Es de cuando la boda.

Laly aproximó la fotografía a los ojos:

—Su mujer era muy guapa —dijo.

Tendió la fotografía a Víctor y se sentó junto a él en el escañil. El señor Cayo se apoyó en la viga, sosteniendo el peso del cuerpo en su mano poderosa. Aclaró la voz, tal vez empañada por el recuerdo, mediante un carraspeo:

—En realidad —dijo—, no es porque yo lo diga, pero no había en el pueblo una cara más bonita. Y las hermanas, tal cual. Pero, lo que son las cosas, ninguna de las tres hablaba —se cogió con dos dedos la garganta a modo de explicación y, tras una pausa, añadió—: Claro que para lo que hay que hablar con una mujer.

Rafa miró a Laly, Laly miró a Víctor y Víctor sonrió. La sonrisa de Víctor pareció estimular al señor Cayo:

—El Bernardo decía que lo más práctico con una mujer era taparle la boca con la almohada.

Rió brevemente y añadió:

—Pero ya ven, ella se casó conmigo y también se casaron las hermanas, la una en Refico y en Quintana la otra. A ninguna le faltó proporción.

El señor Cayo se irguió de repente, como si recordara algo, y salió de la cocina ladeando la cabeza para no tropezar en el dintel. Apenas desapareció, dijo Rafa indicando la puerta con el pulgar:

—Laly, amor, ¿por qué no le hablas a la muda de la emancipación de la mujer?

Laly se agachó, furiosa, sobre el hogar, cogió un leño a medio quemar y se lo arrojó a Rafa a la cabeza:

—¡Vete a la mierda, maricón! —dijo.

Rafa lo esquivó sin cesar de reír:

—Tampoco es eso, coño. No vamos a hacer la guerra por tan poco, tía.

Regresó el señor Cayo con su mujer. Ella traía un plato de barro con rajas de chorizo y trozos de queso y, en la otra mano, apretadas contra el pecho, media docena de rosquillas de palo. El señor Cayo llevaba una jarra de vino que depositó en la mesa antes de soltar la taravilla y bajar la perezosa, que calzó, entre Laly y Víctor. Laly le miraba hacer, sorprendida:

—¡Qué mesa tan divertida! —exclamó—: ¿De dónde la ha sacado usted?

—¿Esto? —replicó el señor Cayo—: La perezosa. Va agarrada al muro para que no estorbe, por eso no la ha visto usted. Así se puede comer al abrigo de la lumbre sin necesidad de levantarse.

Trasladó a la perezosa los platos y la jarra, vertió vino en las tazas y se lo ofreció. Víctor cogió un pedazo de queso y bebió un trago de vino. Dijo luego:

—Apuesto a que este queso lo ha hecho usted.

—Natural, ahí tiene el entremijo —señalaba una mesita, en el rincón, junto a la cómoda.

—Y el chorizo, también.

—A ver, ya ve. ¿Qué misterio tiene eso? Y los roscos, ella.

La vieja, que se había sentado en una sillita de paja, un poco apartada, orilla de la alacena, los observaba, inmóvil, con sus ojillos afilados, cercados de patas de gallo. Aclaró el viejo:

—Los roscos son de la fiesta del domingo.

—¿Hicieron fiesta?

—La Octava, de siempre, desde chiquito la recuerdo.

—Octava, ¿de qué?

—De Pentecostés, claro. O sea, por mayor, bajamos todos a Refico en carros o en borricos, donde se tercie. Y a la puerta de la iglesia se subastan los roscos y los mojicones. Y lo que se saca para la Virgen. No crea que tiene más ciencia.

Hizo un alto el señor Cayo, que se había sentado en un tajuelo, cerrando el corro, y se quedó mirando fijamente para las llamas. Al cabo de una larga pausa, añadió:

—De regreso de una de estas romerías, el año que llevé el pendón, o sea, el veintitrés, que ya ha llovido, nos comprometimos. Yo la aupé a ella al borrico y la dije: «Sube». Y ya se sabía, que así era la costumbre, si ella subía era que sí y si ella no subía era que no. Pero ella subió y para diciembre nos casamos.

—Estaba por usted, vamos —dijo Rafa, prendiendo un cigarrillo con una ascua de la chimenea.

—Mire.

Volvió a llenar las tazas el señor Cayo. Luego se levantó, salió y volvió con una brazada de leña que depositó sobre las brasas, en el hogar:

—¿Todavía tienen frío? —preguntó.

Víctor se palpó los bajos de los pantalones, que humeaban:

—Ya están casi secos —dijo.

La llama rompió ruidosamente entre los sarmientos. Rafa apartó la cara. Laly miró en derredor y dijo:

—¿No tienen ustedes televisión?

El señor Cayo, acuclillado en el tajuelo, la miró de abajo arriba:

—¿Televisión? ¿Para qué queremos nosotros televisión?

Laly trató de sonreír:

—¡Qué sé yo! ¡Para entretenerse un rato!

Dijo Rafa, después de mirar en torno:

—¿Y radio? ¿Tampoco tienen radio?

—Tampoco, no señor. ¿Para qué?

Rafa se alteró todo:

—¡Joder, para qué! Para saber en qué mundo viven.

Sonrió socarronamente el señor Cayo:

—¿Es que se piensa usted que el señor Cayo no sabe en qué mundo vive?

Víctor seguía el diálogo con interés. Intervino, conciliador:

—Entonces, señor Cayo, ¿pueden pasar meses sin que oiga usted una voz humana?

—¡Quia, no señor! Los días quince de cada mes baja Manolo.

—¿Qué Manolo?

—El de la Coca-Cola. Baja de Palacios a Refico, en Martos todavía hay cantina.

—¿Y entra en el pueblo?

—Entrar, no señor, bajo yo al cruce y echamos un párrafo.

Víctor se mordió el labio inferior. Dijo:

—Pero vamos a ver, usted, aquí, en invierno, a diario, ¿qué hace? ¿Lee?

—A mí no me da por ahí, no señor. Eso ella.

Rafa cogió el cabo de un palo sin quemar y lo colocó con las tenazas sobre las ascuas. Luego, sopló obstinadamente con el fuelle de cuero ennegrecido hasta que hizo saltar la llama. La vieja, junto a la alacena, ladeaba mecánicamente la cabeza, como para escuchar o para dormitar, pero en el instante de cerrársele los párpados, la enderezaba de golpe. Víctor bebió otra taza de vino y se la alargó, luego, al señor Cayo para que la llenara de nuevo. Añadió al cabo de un rato:

—Pero si usted no lee, ni oye la radio, ni ve la televisión, ¿qué hace aquí en invierno?

—Mire, labores no faltan.

Insistió Víctor:

—¿Y si se pone a nevar?

—Ya ve, miro caer la nieve.

—¿Y si se está quince días nevando?

—¡To, como si la echa un mes! Agarro una carga y me siento a aguardar a que escampe.

Víctor movió la cabeza de un lado a otro, desalentado. Laly tomó el relevo:

—Pero, mientras aguarda, algo pensará usted —dijo.

—¿Pensar? ¿Y qué quiere usted que piense?

—Qué sé yo, en el huerto, en las abejas… ¡Algo!

El señor Cayo se pasó su mano grande, áspera, por la frente. Dijo:

—Si es caso, de uvas a brevas, que si me da un mal me muero aquí como un perro.

—¿No tienen médico?

—Qué hacer, sí señora, en Refico.

Saltó Rafa:

—¡Joder, en Refico, a un paso! ¿Y si la cosa viene derecha?

El señor Cayo sonrió resignadamente:

—Si la cosa viene por derecho, mejor dar razón al cura —dijo.

A Rafa se le habían formado dos vivos rosetones en las mejillas que acentuaban su apariencia infantil. Hizo un cómico gesto de complicidad a Laly:

—Alucinante —dijo.

El señor Cayo aproximó un rosco a la muchacha:

—Pruebe, están buenos.

Laly partió un pedazo con dos dedos y lo llevó a la boca. Masticó con fruición, en silencio:

—Tienen gusto a anís —dijo.

La vieja asintió. Emitió unos sonidos guturales, acompañados de un desacompasado manoteo, y sus manos, arrugadas y pálidas, con la toquilla negra por fondo, eran como dos mariposas blancas persiguiéndose. Al fin, de una forma repentina, se posaron sobre el halda. El señor Cayo, que no perdía detalle, dijo cuando la mujer cesó en sus aspavientos:

—Ella dice que lo tienen. Y también huevos, harina, manteca y azúcar.

—Ya —dijo Laly.

Víctor volvió a la carga:

—Díganos, señor Cayo, ¿cómo baja usted a Refico?

—En la burra.

—¿Siempre bajó en la burra?

—No señor, hasta el cincuenta y tres, mientras hubo aquí personal, los martes bajaba una furgoneta de Palacios. Y, antes, hace qué sé yo los años, estuvo la posta —sonrió tenuemente—, donde Tirso cambiaba los caballos.

Víctor apartó los pies de la lumbre:

—Y ahora, ¿quién le trae el correo?

—¿Qué correo?

—Las cartas.

El hombre rompió a reír:

—¡Qué cosas! —dijo—. ¿Y quién cree usted que le va a escribir al señor Cayo?

—Los hijos, ¿no?

Hizo un ademán despectivo:

—Ésos no escriben —dijo—. Tienen coche.

—¿Y vienen a verle?

—Qué hacer. El mes que viene vendrá él, con los dos nietos, ¿se da cuenta? A ella no le pinta esto. Dice que qué va a hacer ella en un pueblo donde no se puede ni tomar el aperitivo, ya ve. ¡Cosas de la juventud!

Víctor y Rafa bebían sin cesar. Dijo Víctor:

—Este vino entra bien.

—Es de la tierra.

—¿De aquí?

—Como quien dice, de la parte de Palacios.

A Víctor le ganaba por momentos una locuacidad expansiva:

—Pero tal como se explica, señor Cayo, usted aquí ni pun. Así se hunda el mundo, usted ni se entera.

—¡To! ¿Y qué quiere que le haga yo si el mundo se hunde?

—Bueno, es una manera de decir.

Rafa se inclinó hacia el tajuelo. Tenía los ojos turbios. Dijo con voz vacilante, un poco empastada:

—Un ejemplo, señor Cayo, la noche que murió Franco usted dormiría tan tranquilo…

—Ande, ¿y por qué no?

—No se enteró de nada.

—Qué hacer si enterarme, Manolo me lo dijo.

—¡Jo, Manolo! ¿No dice usted que Manolo baja con la furgoneta a mediados de mes?

—Así es, sí señor, los días quince, salvo si cae en domingo.

—Pues usted me dirá, Franco murió el veinte de noviembre, de forma que se tiró usted cuatro semanas en la inopia.

—¿Y qué prisa corría?

—¡Joder, qué prisa corría!

Laly alzó su voz apaciguadora:

—¿Qué pensó usted, señor Cayo?

—Pensar, ¿de qué?

—De Franco, de que se hubiera muerto.

El señor Cayo dibujó con sus grandes manos un ademán ambiguo:

—Mire, para decir verdad, a mí ese señor me cogía un poco a trasmano.

—Pero la noticia era importante, ¿no? Nada menos que pasar de la dictadura a la democracia.

—Eso dicen en Refico.

—Y usted, ¿qué dice?

—Que bueno.

Laly lo miraba comprensiva, amistosamente. Añadió:

—De todos modos, al comunicárselo Manolo, algo pensaría usted.

—¿De lo de Franco?

—Claro.

—Mire, como pensar, que le habrían dado tierra. Ahí sí que somos todos iguales.

Rafa bebió otra taza de vino. Tenía las orejas y las mejillas congestionadas. Dijo excitado:

—Pues ahora tendrá usted que participar, señor Cayo, no queda otro remedio. ¿Ha oído el discurso del Rey? La soberanía ha vuelto al pueblo.

—Eso dicen.

—¿Va a votar el día quince?

—Mire, si no está malo el tiempo, lo mismo me llego a Refico con Manolo.

—¿Votan ustedes en Refico?

—De siempre, sí señor. Nosotros y todo el personal de la parte de aquí, de la montaña.

—¿Y ha pensado usted qué va a votar?

El señor Cayo introdujo un dedo bajo la boina y se rascó ásperamente la cabeza. Luego, se miró sus grandes manos, como extrañándolas. Murmuró al fin:

—Lo más seguro es que vote que sí, a ver, si todavía vamos a andar con rencores…

Rafa se echó a reír. Levantó la voz:

—Que eso era antes, joder, señor Cayo. Ésos eran los inventos de Franco, ahora es diferente, que no sabe usted ni de qué va la fiesta.

—Eso —dijo humildemente el señor Cayo.

La voz de Rafa se fue haciendo, progresivamente, más cálida, hasta alcanzar un tono mitinesco:

—Ahora es un problema de opciones, ¿me entiende? Hay partidos para todos y usted debe votar la opción que más le convenza. Nosotros, por ejemplo. Nosotros aspiramos a redimir al proletariado, al campesino. Mis amigos son los candidatos de una opción, la opción del pueblo, la opción de los pobres, así de fácil.

El señor Cayo le observaba con concentrada atención, como si asistiera a un espectáculo, con una chispita de perplejidad en la mirada. Dijo tímidamente:

—Pero yo no soy pobre.

Rafa se desconcertó:

—¡Ah! —dijo—, entonces usted, ¿no necesita nada?

—¡Hombre!, como necesitar, mire, que pare de llover y apriete la calor.

Víctor se incorporó a medias, presionado su estómago por el tablero de la perezosa. Se dirigió a Rafa:

—No te enrolles, macho, déjalo ya.

Rafa se levantó a su vez:

—Ya lo oye, señor Cayo. Mi amigo quiere que me calle. Mi amigo es muy modesto y quiere que me calle, pero si yo he llegado hasta aquí no es para callar la boca.

Le subían y le bajaban los puntos sonrosados de las tetillas sobre su pecho escuálido, blanco, sin vello. Agregó:

—El país ahora es libre. Por primera vez en cuarenta años, vamos a hacer con él lo que nos parezca razonable, ¿entiende?, pero algo que funcione. Su mujer, usted, yo, todos vamos a decidir cómo queremos gobernarnos, si dejamos los resortes del poder en manos de los de siempre o se los entregamos al pueblo…

Víctor soslayó la perezosa y puso un pie en el hogar. Repitió:

—Déjalo, Rafa, coño, es suficiente.

Pero Rafa no le escuchaba. Metió la mano en el bolsillo posterior del pantalón y sacó media docena de candidaturas del Partido arrugadas, dobladas en las esquinas, las alisó burdamente con el dorso de la mano y se las entregó al señor Cayo:

—Vea —dijo—: Ahí van los nombres de mis amigos, éste es él y ésta es ella. Si usted cree que mis amigos son personas decentes, coge y los vota. Y si cree que son unos sinvergüenzas, las parte por la mitad y punto.

Sin darle tiempo a echarles una ojeada, Víctor arrebató las candidaturas de manos del señor Cayo:

—Tampoco es eso —dijo. Rasgó los papeles y los arrojó al fuego, unas soflamas mortecinas. En unos segundos, los impresos fueron arrugándose, asurándose, hasta que brotó la llama y los consumió—: Usted vote la opción o la persona que le merezca confianza, señor Cayo, ¿me comprende? Y si no hay ninguna que le merezca confianza, vote en blanco o no vote.

Laly se puso en pie también:

—Son las diez menos diez —dijo—. Es hora de marchar.

Las pupilas desguarnecidas del señor Cayo brincaban inquietas de uno a otro. Víctor descolgó la camisa de la viga y se embutió en ella. Rafa, a su vez, se vestía en su rincón. La vieja empezó a manotear y a emitir unos ronquidos inconexos. El señor Cayo la miraba atentamente. Al final se volvió a ellos:

—Dice —aclaró— que se lleven ustedes los roscos.

Laly puso una mano sobre el hombro de la mujer:

—Muchas gracias —dijo.

Víctor estrechaba efusivamente la mano del señor Cayo. Dijo éste:

—Deje, salgo con ustedes hasta el coche.

En la explanada, con los pájaros guarecidos, no se oía ahora más que el rumor cristalino del arroyo en la cascajera y el apagado retumbo de la cascada, abajo, en las Crines. Una brisa muy fina había barrido el nubazo que ahora relampagueaba vivo sobre las crestas de poniente. De súbito, sobre el murmullo del agua y el remoto fragor de la catarata, se alzó un ronroneo uniforme, mecánico. El señor Cayo ladeó la cabeza:

—¡Un coche! —dijo sorprendido.

Ante la lancha que franqueaba el riachuelo se detuvieron en silencio. El señor Cayo miraba fijamente la sombra oscura de la vaguada. Se pasó la lengua por los labios antes de hablar:

—Baja de Quintana —aclaró.

Durante largo rato permanecieron inmóviles, escuchando la intensidad intermitente del zumbido del motor, de acuerdo con la orientación de las curvas. De repente, el ronroneo acreció, como si el coche avanzara a una velocidad más corta. Dijo el señor Cayo:

—Ha cogido el camino. Viene al pueblo.

Rafa frunció el rostro, contrariado:

—¿Quién puede ser?

El señor Cayo rió sofocadamente:

—A saber —dijo—, lo cierto es que el señor Cayo nunca en la vida recibió tantas visitas.

IX

Desde la roca de las Crines, Rafa oteaba la curva baja de la vaguada, el rojo camino serpenteado junto al río, entre ringleras de manzanos abandonados, y, aunque el sol estaba vencido, hizo pantalla con su mano derecha y amusgó los ojos para concentrar su mirada. Dijo, de pronto:

—Un R-12 blanco.

—¿Quién puede ser? —se preguntó Víctor inquieto. Rafa se incorporó al grupo y los cuatro aguardaron expectantes a que el coche apareciera y, cuando lo hizo, fue aquél el único que reconoció al conductor:

—Mauricio —dijo a media voz—, la cagamos.

—¿Quién es Mauricio? —preguntó Víctor.

Rafa no respondió. El coche se detuvo junto al otro, en la desembocadura de la calleja. Tres jóvenes, dos delante y uno detrás, miraban a través de los cristales con retadora altanería. El primero en apearse, el conductor, apenas un muchacho, vestía un niqui verde y unos pantalones vaqueros. Se dirigió al señor Cayo sin saludar:

—Qué, ya le habrán liado éstos, ¿verdad? —sonrió. Se volvió hacia Rafa, que era el más próximo, y agregó sin cesar de sonreír—: ¿Qué hacéis aquí? En la plaza de Quintanabad tenéis gente a manta. Hace más de dos horas que os esperan.

Rafa hizo ademán de chuparse el dedo:

—¿Y qué más? —dijo.

—¿Es que no te lo crees?

—Sí, hombre, con banderas y estandartes. Y la charanga estará recorriendo las calles, entonando alegres pasacalles, ¡no te jode!

Los otros dos jóvenes bajaron del coche. Uno de ellos, bajo, fornido, con el pelo a cepillo, iba envuelto en un chubasquero amarillo tan holgado que apenas dejaba asomar por las bocamangas las yemas de sus dedos. El otro era alto, descarnado, con un mentón pugnaz y unos dedos largos, expeditivos. Sin mediar palabra, automáticamente, como cumpliendo un rito, lanzó al aire dos puñados de octavillas de colores. Los impresos revolaron unos momentos y cayeron al suelo o al arroyo blandamente sin que nadie se tomara la molestia de mirarlos. El muchacho del niqui verde se encaró de nuevo con el señor Cayo:

—¿El alcalde? —preguntó.

—Yo soy el alcalde —dijo el señor Cayo golpeándose el pecho con los cinco dedos apiñados.

—Dígame. ¿Dónde podríamos reunir a los vecinos? Es cosa de un momento.

El señor Cayo meneó la cabeza ladinamente:

—¡Huy! —dijo—. Para eso tendría que llegarse a Bilbao.

—¿Tan lejos?

—¡Qué remedio!

Víctor se adelantó hasta el señor Cayo y le tendió la mano:

—Bueno, señor Cayo, se nos hace tarde. Nosotros nos vamos.

El muchacho del niqui verde se interpuso:

—No se fíe de éstos —dijo—. Vienen a quitarle sus tierras.

La frente del señor Cayo se llenó de pliegues horizontales:

—Por eso no —dijo—. Tierra hay aquí para todos. ¿Ha visto cómo están los bajos? Pues el páramo, tal cual. Doce años que no se mete el arado allí.

El muchacho del niqui verde siguió con la suya la mirada del viejo hasta los huertos cubiertos de mala hierba, erizados de caducos manzanos. Dijo con convicción:

—Confíe en nosotros. Arreglaremos esto.

El señor Cayo advirtió:

—Roto no está.

El muchacho del niqui verde se dirigió al del chubasquero amarillo:

—¿Le oyes, Goyo? Es un quedón, el tío.

Intervino Laly:

—Nosotros nos vamos.

El muchacho del niqui verde se impacientó:

—¡Coño, niña, que no mordemos!

Se cruzó de brazos ostentosamente y alzó la cabeza hacia el señor Cayo:

—Éstos le han malmetido, ¿verdad, tío?

Intervino Rafa, conciliador:

—Mira, Mauricio, tengamos la fiesta en paz.

—¡Paz! —dijo Mauricio con guasa—. ¿Oíste, Goyo? También le han hablado de paz al viejo. Eso queda siempre de lo más fardón.

Se encaró con el señor Cayo:

—Le han hablado de paz, tío, ¿no es cierto?

Víctor se colocó entre los dos. Le dijo a Mauricio:

—¿Por qué no dejas tranquilo a este hombre?

—¿Tranquilo? ¡Joder, tranquilo! Eso quisieras tú. Pero el país, este pueblo, este tío, son de todos. Eso es la democracia, ¿o no?

Víctor asintió:

—De acuerdo —dijo—. No me molesta que le hables, me molesta que lo hagas en ese tono.

Mauricio se dirigió de nuevo al del chubasquero amarillo:

—¿Oíste, Goyo? Al candidato le desagradan nuestros modales, va por el voto del viejo —se encaró con Víctor y su voz fue subiendo de tono—. Pero para conseguir el voto del viejo debes decirle toda la verdad. O sea, que al día siguiente de ganar las elecciones le prenderéis fuego a la iglesia del pueblo y le pegaréis cuatro tiros junto a la tapia del cementerio. Eso es lo primero que debes decirle al viejo.

Se agachó, tomó una de las octavillas que acababa de arrojar su compañero y la puso entre las manos pasivas del señor Cayo:

—Mire, tío —añadió—, si quiere usted orden y justicia, vote a esta candidatura.

El señor Cayo lanzó una ojeada convencional al papel arrugado y, al cabo, posó sus ojos mansos, desguarnecidos, en Mauricio y esbozó una sonrisa:

—¿Orden dice? Eso aquí de más. Ya ve.

Goyo adelantó un paso hacia él y Mauricio le sujetó por un brazo. Víctor observaba sin dejarlo las largas mangas del chubasquero amarillo. Dijo Mauricio:

—¿Oíste? Lo han trabajado a fondo, le han lavado el cerebro, me está encabronando el tío —bajó la cabeza y, de pronto, como si renunciase a algo, cambió de tono y le dijo al muchacho alto que permanecía impasible, recostado en la portezuela del coche—: Tú, Pepe, pega por ahí cuatro pasquines y vámonos. Ya son más de las diez y aquí no hay nada que hacer.

El muchacho alto se dirigió a la parte trasera del automóvil, abrió la maleta y sacó de ella un rollo de papel, un bidón de cola y una bruza. Mauricio le quitó el impreso de las manos al señor Cayo, lo hizo un gurruño y se lo puso en la boca, entre los labios, como un puro. Rió:

—Te guste o no te guste, tío, esto te lo tendrás que tragar.

Víctor le asió por la muñeca:

—¿No crees que te estás pasando?

El chico alto y desgarbado engomaba el cartel y cuando concluyó se encaminó al muro ciego del pajar y lo superpuso a la imagen sonriente del líder. Víctor soltó la muñeca de Mauricio y avanzó hacia él:

—Ahí, no —dijo—. ¿No tienes el pueblo entero para pegar tus carteles?

Agarró el pasquín de una punta y lo arrancó. El muchacho alto se volvió a Víctor con el otro engomado y se lo restregó repetidamente por la cara al tiempo que le propinaba un rodillazo en los testículos. Todo fue como un

relámpago. En la mano, casi invisible, de Goyo, apareció una cadena, la levantó y fustigó por dos veces, duramente, el cuerpo caído de Víctor. Simultáneamente, Mauricio saltó al volante, conectó el motor y abrió las portezuelas del coche. Goyo se acomodó a su lado y el muchacho alto en el asiento posterior:

—¡Venga, tira! —dijo éste.

El automóvil reculó unos metros y embocó, petardeando, la calleja. Laly y Rafa se acuclillaron junto a Víctor, que se retorcía en el suelo:

—Cabrones —dijo Rafa entre dientes—. ¿Te han hecho daño?

Le empujó por los hombros, pretendiendo incorporarlo:

—Déjame —dijo Víctor.

Le temblaban las manos, y los muslos se plegaban sobre el bajo vientre, como protegiéndolo. Su rostro estaba lívido, con pegotes de engrudo en el pelo, la barba y las mejillas. Laly intentó desabotonarle la camisa:

—Deja —repitió Víctor—. Eso no importa.

El señor Cayo, de pie, inmóvil como una estatua, contemplaba la escena. Víctor se retorcía, apretando los labios y, al ver que Rafa trataba nuevamente de incorporarlo, dijo:

—No me toques, por favor.

Rafa se irguió, las manos en los riñones. Le preguntó a Laly:

—¿De dónde salieron ésos?

—Vete a saber, tuvieron la misma idea que nosotros.

Paulatinamente, Víctor se relajaba, aunque, de cuando en cuando, fruncía el rostro en un gesto de dolor. Agregó Rafa, quien, tras la agresión, se había convertido en un niño desvalido y perplejo:

—Mauricio y los suyos son una pandilla de matones.

Desde la nogala negra, les alcanzó el quiú-quiú lastimero del cárabo y, como si aquello fuera una señal, Laly consultó el reloj y dijo:

—Vamos a acomodarlo atrás. Dani estará impaciente.

—Vale —dijo Rafa.

Se dirigió hacia Víctor:

—Un momento —dijo Laly.

Se aproximó al riachuelo y mojó un pañuelo de papel. Luego, se llegó a Víctor y le lavó las pellas de engrudo de la cara y le pasó un pequeño peine de bolsillo por el pelo y las barbas:

—Cuando quieras —dijo.

Rafa tomó a Víctor bajo las axilas y le ayudó a incorporarse, mientras Laly sostenía abierta la portezuela del coche. Víctor se introdujo en él y se

tumbó de costado, hecho un ovillo, en el asiento trasero. El señor Cayo le miraba a través del cristal y Víctor trató de sonreírle pero en su boca se dibujó una mueca indescifrable.

—Volveré a verle —dijo.

El señor Cayo asintió. Laly se acomodó al volante, en silencio, y se abrochó el cinturón. Rafa, fumando, se sentó sumisamente a su lado. Giró el cuello:

—¿Qué tal, tío?

—Ya va mejor.

El señor Cayo metió la cabeza por la ventanilla abierta de Laly:

—Vaya despacio —dijo—, la carretera está es muy traicionera.

Laly arrancó y agitó por tres veces la mano fuera de la ventanilla. El señor Cayo iba quedando atrás, solo en la explanada, junto al riachuelo que rebrillaba a la mortecina luz crepuscular. Atravesaron el pueblo sin cambiar palabra y, una vez en el camino, Rafa aplastó el cigarrillo en el cenicero lleno de colillas, se abrochó el cinturón y dijo:

—Vaya numerito que nos han montado los pijos esos.

Laly miraba fijamente más allá del parabrisas, procurando sortear los baches y las piedras del camino. A la derecha, en lo más profundo del tajo, corría el río y, a su izquierda, sobre los bancales de manzanos, formando un semicírculo, se alzaban las siluetas dentadas, abrumadoras, de las rocas erosionadas, resaltando sobre el cielo rojizo del crepúsculo. Al llegar al cruce, Laly se distendió. Dijo sin mover la cabeza, los ojos en el espejo retrovisor:

—¿Duele?

—Ya se va pasando, no te preocupes.

El coche ascendía penosamente un repecho en tercera velocidad y, al afrontar una curva cerrada, Laly metió la segunda y dio la luz de cruce. Un conejo atravesó fugazmente la carretera. Rafa cogió mecánicamente una cinta y la introdujo en la ranura del magnetófono. Dijo burlonamente mientras encendía otro cigarrillo:

—*Hotel California*, de Eagles. Se la dedico a mi jefe, Dani, que me estará escuchando.

Sonó estridente la orquesta.

—¿Por qué no pruebas de ponerlo más bajo? —preguntó Laly—. Marea.

Rafa lo desconectó:

—Tranquila —dijo.

Volvió el silencio. Laly tomaba las curvas sin frenar, ciñéndose al monte, con resolución. Rafa entrecerró los ojos para chupar del cigarrillo. Dijo luego,

expulsando el humo voluptuosamente:

—Mauricio está encabronado. Sabe que el día quince no tiene nada que hacer y está encabronado.

Nadie le respondió. La noche les iba envolviendo y Rafa se dobló por la cintura para mirar a Víctor de frente:

—¿Cómo vamos, macho?

Repentinamente rompió a reír:

—¡Joder! —añadió—. Tienes unos ojos como si acabara de aparecérsete el apóstol Santiago.

La voz de Víctor sonó apagada pero firme:

—Ese tío, coño, es como Dios, de la nada saca cosas.

—¿El señor Cayo? —preguntó Laly.

—Claro.

Rafa volvió a reír:

—Estás traumatizado, macho. No es para tanto, joder. ¿Es que es la primera vez que ves a un paleto de cerca?

—Sí —reconoció Víctor—. La primera.

Rafa accionó cómicamente con las manos:

—Es que los tíos de Madrid sois la pera. Os creéis que Madrid es el ombligo del mundo, joder, y estáis pero que muy equivocados. Hay que asomarse a los pueblos, macho. Ahí, ahí es donde está la verdad de la vida —añadió con sorna.

Víctor se incorporó:

—No te lo tomes a cachondeo —dijo.

El cono de luz de los faros enfocó, entre la fronda, las primeras casas derrumbadas de una aldea sin vida:

—Quintanabad —dijo Laly.

Víctor inspiró por la nariz con precaución, pero cada vez con mayor profundidad, lentamente, la mano derecha en el pecho, como si esperase la aparición de un dolor. Al no producirse éste, repitió la operación otras dos veces, más relajado. Miró por la ventanilla, a la última luz, los tejados vencidos, los pajares desventrados, la yedra agrietando los muros, las pilas de piedras en las callejas enlodadas:

—No hay derecho —murmuró. Y recostó la nuca en el respaldo del asiento.

—¿A qué no hay derecho, macho?

—A esto —dijo Víctor, apuntando a los últimos edificios del pueblo—. A que hayamos dejado morir una cultura sin mover un dedo.

Rafa volvió la cabeza y le miró con unos ojos redondos, como platos.

—Tampoco es eso, joder, no te pases. El señor Cayo será un casta y todo lo que tú quieras, pero no es Einstein.

Víctor recostó de nuevo la nuca en el borde del respaldo. Habló monótonamente, sin inflexiones, sin pretender encontrar interlocutor:

—Yo veo una cosa aleteando en el cielo y sé que es un pájaro. Veo una cosa verde agarrada a la tierra y sé que es un árbol. Pero no me preguntéis sus nombres —bajó la cabeza de golpe y ocultó el rostro entre las manos—: Yo no sé una puñetera palabra de nada.

Rafa miró el perfil de Laly como buscando apoyo y dijo:

—Ni falta que te hace, macho.

Víctor adelantó el busto:

—¿Cómo que no me hace falta?

—¿Para qué?

—Eso es la cultura, ¿no?

Rafa rompió a reír:

—No digas chorradas —dijo—, eso es el escenario, pura exterioridad que diría el maestro —puso la yema del dedo índice en medio de la frente y añadió—: La cultura va aquí dentro.

Víctor balbució:

—La vida es la cultura.

La carretera, angosta y agujereada, llaneaba ahora sobre el teso y, por los costados, en las tinieblas, desfilaban las sombras difusas, amedrentadoras, de los robles. De pronto, al iniciar el descenso, brillaron tres lucecitas abajo, en el valle.

—Martos —anunció Laly—. El próximo, Palacios de Silos, allí empalmaremos con la general.

Víctor aproximó sus labios a la nuca de Laly:

—El señor Cayo dijo que en Martos había cantina. ¿Por qué no paras un momento? Necesito un trago.

Laly arrugó la frente. Consultó el reloj luminoso del salpicadero

—Son más de las once —dijo—. A Dani no le va a gustar este retraso.

—¿No puedes dejar de pensar en Dani siquiera cinco minutos?

—Como quieras.

Levantó el pie del acelerador al adentrarse en el pueblo, entre las casas dormidas, y en una esquina, bajo una lámpara mortecina sin protección, detuvo el automóvil. Por la puerta entreabierta de la casa inmediata se

divisaba un elemental mostrador y cuatro estanterías abarrotadas de botellines y latas de conservas:

—¡Coño, a la primera, eres la leche! —dijo Rafa apeándose.

La cantina estaba vacía, tan sólo una mujer enjuta, renegrida, de media edad, de ojos inexpresivos y boca hermética, enjuagaba unos vasos en una fregadera de cinc. Los miró recelosa, sin decir palabra:

—Un Veterano —dijo Víctor.

Rafa se acodó en el mostrador:

—Que sean dos.

La mujer les sirvió lentamente, en silencio, como con desgana. Rafa la señaló con el pulgar, por detrás del mostrador:

—¿Te fijas? Parece de piedra.

Ambos bebieron y tendieron de nuevo los vasos vacíos hacia la mujer. Laly, impaciente, preguntó:

—¿Qué kilómetros hay a Palacios?

Los labios de aquélla apenas se movieron:

—Nueve —dijo.

Rafa reía bobamente a la nada y, por cuarta vez en cinco minutos, tendió su vaso a la mujer. Laly se encaró resueltamente con él:

—¿Qué os proponéis? Porque os advierto que a mí el coñazo no me lo dais.

Víctor puso delicadamente su mano sobre el antebrazo de Laly:

—Tr… tranquila —dijo—. El señor Cayo nunca tiene prisa —levantó su vaso—. ¡Por el señor Cayo!

—¡Por el señor Cayo, macho! —respondió Rafa con entusiasmo.

Bebieron. La mujer les servía sumisamente. Víctor, después de observarla, aproximó los labios al oído de Rafa y le dijo a media voz:

—El viejo Juan Jacobo tenía razón.

Rafa levantó los brazos eufóricos para abrazarle, pero sus ojos toparon con la figura muda de la mujer y quedó inmóvil, paralizado, a medio camino. Dijo decepcionado:

—Son como muertos vivos, coño, ¿te das cuenta?

Víctor apuró el vaso, lo levantó vacío y dijo en tono grandilocuente:

—Yo vengo a hablar por vuestras bocas muertas.

Rafa exultó:

—Eso —voceó—: Neruda. ¡No nos moverán!

Pasó el brazo sobre los hombros de Víctor y éste sobre los suyos, trenzándolos por detrás de las cabezas. Se recostaban uno contra el otro, como

una yunta, y sin haberse puesto de acuerdo, ambos empezaron a cantar estentóreamente en el silencio de la noche:

No, no, no nos moveránno, no, no nos moveránigual que el pino junto a la riberano nos moverán.

Al concluir, se desuncieron y se miraron el uno al otro, como dos desconocidos, y Rafa vio un rebrillo en los ojos de Víctor y rió en corto y dijo:

—No irás a llorar ahora, ¿verdad, Diputado?

Víctor dio un paso atrás, trastabilleó y se pasó dos dedos por los vértices de los ojos. Parecía ensimismado:

—Los años de lucha… la Universidad —dijo.

Presentó su vaso vacío a la tabernera. Ésta apuró la botella y salió a la trastienda en busca de otra. A Laly le había nacido de nuevo en la frente la vena del mitin. Se enfrentó con ellos, zamarreó a Rafa; dijo furiosa:

—¿A qué viene esto? —fulminó a Víctor con la mirada y añadió con desprecio—: ¿Y eres tú el tipo que pretende representar a la provincia dentro de dos semanas? ¡Un diputado de libro! ¿Por qué no tratas de guardar las formas al menos por el Partido?

Regresó la mujer desempolvando la botella con un trapo. Rafa se encaminó hacia ella pero trompicó en una banqueta caída y se sujetó torpemente a los hombros de Laly y, al ver tan próximo el rostro de la muchacha, olvidó su propósito, se inclinó hacia ella y la besó ruidosa, teatralmente, en la mejilla:

—No te cabrees, Laly, amor —dijo.

Ella le apartó, tirando de sus cabellos, con una mueca de repugnancia:

—No te acerques a mí, cacho puto, ¿me oyes?

La mujer, indiferente, después de descorchar la botella, completó el vaso de Víctor, quien se bebió el contenido de un trago:

—Por el Partido —dijo al acabar de beber, en un gruñido casi ininteligible —. Yo le tengo ley al Partido, Laly, aunque tú pienses otra cosa.

La muchacha le volvió la espalda y puso sobre el mostrador un billete de quinientas pesetas.

—Cobre —le dijo a la mujer.

Recogió la vuelta y agregó dirigiéndose a la puerta:

—Yo me voy. Vosotros podéis hacer lo que os dé la gana.

Salió a la noche y Rafa, doblado por la cintura, la seguía como un perrillo faldero, babeando, y Víctor seguía a Rafa, mas, al llegar al banzo de la puerta, tropezó y cayó arrodillado en un charco, junto a la carretera, y Rafa, doblado

por la cintura, reía espasmódicamente, hasta que Víctor levantó sus ojos graves hacia él, y Rafa cesó repentinamente de reír y preguntó:

—¿Qué pasa ahora, Diputado?

—Pasa —dijo Víctor con una expresión extrañamente reflexiva— que hemos ido a redimir al redentor.

Rafa estalló en una risotada estruendosa:

—¡Eso! —dijo—: Hemos ido a redimir al redentor —y, sin cesar de reír, como obedeciendo a una exigencia imperiosa, ladeó ligeramente el cuerpo y se puso a orinar.

Laly abrió las portezuelas del automóvil y cuando Víctor, tras dos tentativas fallidas, logró incorporarse, lo introdujo en él a empellones. Ella se acomodó al volante y se ajustó el cinturón:

—Nosotros nos vamos —le dijo a Rafa por la ventanilla.

Rafa se acercó balanceándose, subiéndose la cremallera de la bragueta, se sentó junto a Laly y volvió a reír, apagadamente ahora, mientras repetía: «Está bueno eso; redimir al redentor». Cabeceó. Laly pasó el brazo por delante de él y cerró de golpe la portezuela. Arrancó. Dio la luz larga y metió la segunda velocidad. Conducía deprisa, en silencio, enfurruñada, y antes de entrar en las curvas hacía parpadear los faros sin reducir la marcha. Rafa seguía cabeceando rítmicamente, arrullado por el traqueteo del coche y, en pocos minutos, se quedó dormido, la cabeza recostada en el vidrio, el mentón caído, la boca abierta. Laly le miró de reojo y suspiró aliviada. Aceleraba en la recta cuando oyó a Víctor rebullir detrás, su voz quejumbrosa:

—Para, Laly, por favor, me mareo.

Dobló el volante para meter la rueda derecha en la hierba de la cuneta, y, cuando se apeó, Víctor vomitaba violentamente en medio de la carretera. Le sujetó la frente y la nuca con ambas manos. Sudaba frío y se convulsionaba a cada arcada. Dijo Laly con un hilo de voz:

—Tranquilo, ya se te pasa.

Él alzó la cabeza y se limpió la boca con un pañuelo. Tenía un algo extraviado en los ojos. Suspiró profundamente y la miró:

—P… perdona —dijo.

En las brañas, en las dos orillas del camino, cantaban los grillos. Levantó los ojos al cielo estrellado:

—Qué… qué hermosa noche —añadió—, ¿por qué no damos un paseo? Estoy muy borracho, Laly.

Comenzaron a caminar carretera adelante, Laly los brazos cruzados sobre el pecho, Víctor tambaleándose a su lado. Dijo ella:

—Os habéis comportado como dos gilipollas.

Víctor se detuvo. Sus pupilas parecían ausentes. Dijo patéticamente:

—Ese hombre no nos necesita.

Laly reanudó la marcha. Dijo:

—¿Por qué no pruebas de olvidarte del señor Cayo? En definitiva no pasa de ser un ser prehistórico.

Víctor manoteó apasionadamente:

—¿Pr… prehistórico? ¿P… puedes decirme, Laly, por qué es más cultura nuestra cultura?

Laly se manifestaba en tono condescendiente, procurando no soliviantar a Víctor:

—Víctor, por favor —dijo—, la cultura del señor Cayo es de la época del Diluvio.

Víctor hizo dos eses y, por un momento, pareció que iba a caer, pero, en última instancia, conservó la estabilidad y se puso frente a Laly, cerrándole el paso:

—¿De… de veras te parece más importante recitar Althusser que conocer las propiedades de la flor del saúco?

Miraba a la muchacha fija, insidiosa, perentoriamente, esperando una respuesta. Laly bajó los ojos:

—Vamos a dar la vuelta —dijo.

Al final de la recta se divisaban las luces de posición del coche. Desde las cunetas de la carretera, los grillos aturdían ahora. Víctor titubeó. Dijo:

—¿C… con qué derecho pretendemos arrancarle de su medio para meterlo en el engranaje?

Laly lo consideró profesoralmente. Dijo:

—¿Sabes, Diputado, que tienes una lúcida borrachera?

Víctor se volvió hacia ella y, en un impulso, agarró ávidamente su pequeña, nerviosa mano, como buscando protección:

—No me dejes —casi gritó.

Laly sonrió tenuemente:

—Tranquilo —dijo.

Caminaban a pasos vacilantes, desiguales, juntándose y separándose alternativamente, sin soltarse de la mano. Al llegar al coche, se detuvieron:

—¿Sabes qué te digo? —dijo Víctor, de pronto, y su voz se iba caldeando a medida que hablaba—: Que nosotros, los listillos de la ciudad, hemos apeado a estos tíos del burro con el pretexto de que era un anacronismo y… y los hemos dejado a pie. ¿Y qué va a ocurrir aquí, Laly, me lo puedes decir, el

día en que en todo este podrido mundo no quede un solo tío que sepa para qué sirve la flor del saúco?

La excitación de Víctor iba en aumento y Laly agitó su mano apresada con una mueca de dolor:

—¡Suelta! —dijo—. Me haces daño.

—¡Oh, perdona! —dijo Víctor—. Perdona, ni me daba cuenta.

Laly se cogió los dedos de la mano lastimada con la otra, luego abrió la puerta trasera del coche y ayudó a Víctor a acomodarse:

—Así —dijo, como si hablara a un niño—. Ahora podemos seguir charlando pero sin levantar la voz, no me despiertes a éste.

X

La Avenida, como el resto de la ciudad, salvo espaciados grupos que entraban y salían de las discotecas y cafeterías, estaba desierta. El pavimento negro, mate de humedad, hacía aún más mezquina la luz, lo que contrastaba con el aire festivo de los pasquines en las fachadas y los millares de octavillas multicolores desparramadas por el suelo. Laly dio vuelta a la glorieta para cambiar de dirección y, mientras aguardaba en el semáforo, se soltó el cinturón y le dijo a Víctor:

—No me montes números ahora, Diputado.

Víctor, adormilado en un rincón, pareció despertar al sentirse aludido, se incorporó y, al hacerlo, se llevó una mano al pecho como para conjurar un dolor y miró por la ventanilla desorientado:

—¿Dónde estamos?

Laly puso el coche en marcha:

—En casa —dijo.

Se desvió por el andén lateral y en un pequeño hueco, a diez metros de la cafetería, reculó y aparcó diestramente. Antes de que llegara a quitar el contacto, Víctor agarró a Rafa por el cuello:

—¡Eh, tú, espabila! ¡Ya hemos llegado!

Rafa abrió desmesuradamente los ojos y cerró la boca de golpe. Paladeó la lengua durante un rato y, al cabo, automáticamente, cogió el paquete de cigarrillos de la guantera y se puso uno entre los labios. A la puerta de la cafetería se estacionaba un grupo de gente. Laly torció el gesto al tiempo que agachaba la cabeza junto al volante para verificar si en el cuarto piso había luz. Sin venir a cuento, Rafa rompió a reír:

—¡Ji, ji, ji!

Se volvió a Víctor y dijo, como si continuara con una broma recién interrumpida:

—Hemos ido a redimir al redentor.

Víctor entreabrió la portezuela.

—No bajes ahora —dijo autoritariamente Laly.

—¿Por qué?

—Es mejor, luego te explicaré.

Reparó Víctor en el grupo de hombres, a la puerta de la cafetería. Hizo un nuevo ademán de apearse.

—Voy a decir a ésos cuatro cosas.

—Espera —dijo Laly.

—Yo también quiero bajar —dijo Rafa, forcejeando con la manija.

Laly lo cogió del brazo y lo retuvo:

—Tú te quedas aquí hasta que yo diga —dijo.

—Joder, Laly.

—Nada de joder, monigote.

Víctor hablaba laboriosamente, como si tuviese la lengua de estopa, pero pretendiendo aparentar naturalidad.

—El jefe dice… —dijo—. El jefe dice que un buen militante debe hacer proselitismo a toda hora: cuando trabaja, cuando pasea, cuando come, incluso cuando duerme…

Sin que Laly pudiera impedirlo empujó de golpe la portezuela y se apeó, pero su pie izquierdo se hundió en el alcorque de la acacia inmediata, trastabilleó y quedó sentado en la acera, los ojos cómicamente abiertos, como asombrado de su propia impericia. Rafa reía a carcajadas detrás del vidrio.

De pronto, cesó de reír, accionó rápidamente la manija del cristal y voceó por el hueco:

—¡Viva el señor Cayo, macho!

Los hombres que se estacionaban ante la cafetería interrumpieron la conversación y miraron hacia ellos. Víctor intentaba incorporarse, aferrado al tronco de la acacia con las dos manos. Laly saltó del coche y le ayudó, empujándole, de nuevo, hacia el interior, mientras Víctor repetía: «Yo estoy bien, Laly, déjame». Cuando ya casi le tenía dentro, Rafa se apeó a su vez y empezó a caminar por la ancha acera, describiendo eses y voceando:

—¡Laly, joder, dile al suelo que se pare!

Laly abandonó a Víctor y corrió hacia Rafa desolada, le cogió del brazo y le arrastró violentamente hacia el automóvil, pero, antes de llegar, vio a Víctor nuevamente de pie, recostado en el capó del coche, y dejó a Rafa agarrado al árbol y se llegó a Víctor y, cuando forcejeaba con éste, vio salir del portal la abigarrada ruana de Julia y la llamó a voces, y, tras Julia, apareció el jersey rojo de Juanjo, y, por último, Ángel Abad, arrastrando su pie derecho por el pavimento.

Julia se acercó a Laly:

—Laly, guapa, tenéis unos huevos como el caballo del Cid —divisó a Víctor y Rafa tortoleándose—: ¿Qué les pasa a ésos?

Dijo Laly sofocada:

—Ayúdame a subirlos.

Los hombres del grupo no les quitaban los ojos de encima. Víctor y Rafa se desmandaban y daban voces incoherentes, cada uno por su lado. Juanjo

sujetó firmemente a Víctor por un brazo:

—Vaya mierda de puta madre que te has agarrado, Diputado —murmuró —. ¿Cómo ha sido eso?

Laly y Julia conducían a Rafa cada una por un brazo, como a un preso, simulando naturalidad, pero Rafa se resistía, intentando zafarse, y repetía obstinadamente: «¡Joder, sois la pera!; el Partido es libertad». Al pasar junto al grupo, uno de los hombres dijo: «¡Qué vergüenza!», y Rafa respondió: «A tomar por el saco», y Julia le propinó un empellón y lo introdujo en el portal.

En el piso se advertía la misma excitación de jornadas anteriores. Ayuso, que salía de la primera habitación, se detuvo al ver la comitiva que atravesaba el vestíbulo en ese momento y a cuyo paso se habían interrumpido todas las actividades y conversaciones. Darío miró a Víctor con la boca abierta:

—Joder, el Diputado —dijo— trae una mierda como un paralís.

La reluciente calva de Carmelo se empinó sobre el hombro de Ayuso. Manoteó nerviosamente, se acomodó las gafas con un dedo y preguntó:

—¿Son ellos?

Ayuso encogió los hombros. El moratón de la tarde anterior se le había acentuado, se le extendía ahora hasta el labio tumefacto. Dijo oscuramente, con media boca:

—El Diputado viene colocado, macho.

Carmelo dijo: «Déjame pasar», lo apartó bruscamente y se puso al frente del grupo, que avanzaba pasillo adelante, hacia los cuarteles de Dani. Abrió la puerta. Dani, sentado en el sillón frailero, cetrino y flaco, con cierto aire de inquisidor, hablaba por el teléfono negro. Del otro lado de la mesa, Miguel, sentado en el brazo del sillón rojo, fumaba. Carmelo entró triunfalmente:

—Ya están aquí.

Dani agitó la mano reclamando silencio:

—Sí —dijo—, así lo haremos… vale, majo… Te dejo —miraba, con creciente asombro, los visajes, los rostros sucios, las cabezas desgreñadas de Víctor y Rafa—: Sí… aquí están… de acuerdo… Hale… Un abrazo.

Colgó el teléfono, se acodó en la mesa y se quedó mirando al grupo triste, como penitencial, que formaban Laly, Julia, Juanjo, Víctor, Carmelo, Rafa y Ángel Abad. Dijo enarcando sus cejas espesas:

—Un espectáculo edificante.

Rafa se adelantó torpemente, riendo, hasta la mesa:

—¡Vaya corte, Dani! Hemos ido a redimir al redentor.

Dani no se dignó mirarle. Daba ahora golpecitos con la alianza de oro en el borde de la mesa y sus cejas se movían arriba y abajo espasmódicamente.

Víctor se había desplomado pesadamente en el butacón rojo, la mano derecha en el pecho, y los demás mostraban una actitud sumisa y expectante.

Dani interrogó a Laly con la mirada:

—Supongo que todo esto tendrá una explicación —dijo.

Laly no se alteró:

—¿Qué quieres que yo le haga?

Reventó la tensión de Dani:

—¡Cojones, qué quiero que tú le hagas! Que los sujetes, ¡joder! Que te líes a leches con ellos si hace falta. ¿Sabes lo que puede representar esto a cuatro días de las elecciones?

—Lo comprendo —dijo serenamente Laly—, pero ¿cómo crees tú que puedo sujetarlos?

Dani dio un manotazo en la mesa y se levantó:

—¡Coño! ¿No vales tú lo que un hombre?

—No desbarres, Dani, no empieces a decir tonterías, estás nervioso.

Rafa hizo un cómico aspaviento. Repitió:

—¿Sabes, Dani? Hemos ido a redimir al redentor.

Dani se llevó las manos a la cabeza:

—¡Quieres callar la boca de una puta vez! —se encaró con Miguel y Juanjo—: Tú y tú, vosotros, quitadme a este gilipollas de delante, metedle donde se os ocurra. Que Primo le suba un café y llevadlo a su casa a que la duerma.

Dijo Rafa con su voz tartajeante:

—Tampoco es eso, macho.

Miguel tomó a Rafa por los hombros:

—Vamos, liberado.

Salieron con Juanjo por la puerta del falsete. Víctor, sin levantarse del sillón, adelantó el busto y dijo con voz pastosa, pero con inesperada energía:

—Un momento, Dani, tú no le has visto, tú no puedes juzgar.

Dani arrugó la nariz:

—¿De quién está hablando? —preguntó a Laly.

—Del señor Cayo, un viejo campesino de Cureña.

Víctor bajó la cabeza:

—Increíble, Dani. Él es como Dios, sabe hacerlo todo, así de fácil. ¿Y qué le hemos ido a ofrecer nosotros? —preguntó—. Palabras, palabras y palabras… Es… es lo único que sabemos producir.

Dani volvió a sentarse. Su mano derecha tabaleaba impaciente sobre el tablero de la mesa:

—Siempre tendrá que haber dirigentes, supongo —apuntó.

Víctor alzó la cabeza:

—¿Dirigentes?, ¿y para qué quiere el señor Cayo que le dirijan? Desengáñate, Dani, él no nos necesita.

Los nerviosos ojos de Dani recorrieron los rostros de los presentes. Se advertía en ellos como un desfondamiento, un desencanto, una conciencia enervante de inutilidad. Dijo Ángel Abad tras una pausa:

—El Diputado tiene una extraña borrachera, Dani.

Laly puntualizó:

—Una lúcida borrachera, diría yo.

Dani la miró:

—¿Es que estás con él?

—Bueno, le comprendo.

Dijo Ángel Abad:

—Esos pueblos de la montaña están vacíos, Dani, ya te lo advertí.

Dani tiraba pataditas al aire por debajo de la mesa:

—¿Y por qué no disteis media vuelta al ver que estaban vacíos?

Dijo Laly:

—Debimos informarnos antes, Dani. Ése ha sido el error.

Dani se encolerizó de nuevo:

—¿Quieres decir que yo tengo la culpa de que esos pueblos estén vacíos? ¿Quieres decir, joder, que yo tengo la culpa de que, en vista de que esos pueblos están vacíos, los dos primeros hombres de nuestra lista se vayan por ahí de farra, armando…?

Víctor propinó un rotundo puñetazo en la mesa y los teléfonos, los ceniceros, los libros y las botellas retemblaron. Dani calló. Víctor asía ahora el borde del tablero y las yemas y las uñas de sus dedos se le pusieron blancas:

—Escucha, Dani —dijo desgarradamente—: tú no quieres entenderme. Ese tío sabe darse de comer, es su amo, no hay dependencia, ¿comprendes? Ésa es la vida, Dani, la vida de verdad y no la nuestra —le señaló admonitoriamente con el dedo índice y prosiguió—: Tú estás sofisticado, yo estoy sofisticado, éste está sofisticado, todos estamos sofisticados. No hemos sabido entenderles a tiempo y ahora ya no es posible. Hablamos dos lenguas distintas.

Calló y miró al vacío, detrás de Dani, a las apagadas cristaleras de las casas de enfrente. Sus ojos no tenían el brillo del alcohol sino la patética

perplejidad del vidente. Al cabo de unos segundos, Carmelo carraspeó, intimidado. El ojo derecho de Dani parpadeó repetidamente:

—Digo, Laly… —balbució.

—Un momento —añadió Víctor—, aún no he terminado —levantó las dos manos, pausadamente, sobre la mesa—: Una hipótesis, Dani, todo lo absurda que tú quieras, pero es una hipótesis. Imagina, por un momento, que un día los dichosos americanos aciertan con una bomba como ésa de neutrones que mata pero no destruye, ¿no? Bueno, es una hipótesis, una bomba que matara a todo dios menos al señor Cayo y a mí, ¿te das cuenta? Es una hipótesis absurda, ya lo sé, pero funciona, Dani. Pues bien, si eso ocurriera, yo tendría que ir corriendo a Cureña, arrodillarme ante el señor Cayo y suplicarle que me diera de comer, ¿comprendes? —casi sollozaba—: El señor Cayo podría vivir sin Víctor, pero Víctor no podría vivir sin el señor Cayo. Entonces, ¿en virtud de qué razones le pido yo el voto a un tipo así, Dani, me lo quieres decir?

Los ojos de Víctor seguían brillando de una manera especial. Al concluir su discurso se desplomó en el sillón, la mano derecha abierta sobre el pecho, como si se sintiera agotado por el esfuerzo.

Ángel Abad sonrió conmiserativamente:

—Es alucinante —dijo—. Más que una mierda, lo que tiene el Diputado es un mal rollo.

Dani se puso en pie. Le dijo a Víctor:

—Está bien, ahora debes descansar, tal vez mañana veas las cosas de otra manera.

Se dirigió a Laly bajando la voz:

—Y en los otros pueblos, ¿qué?

—No había otros pueblos, Dani. Quintanabad está deshabitado y en Martos no quedan más que cuatro gatos.

Sonó el timbre del teléfono blanco:

—Contesta tú —le dijo imperativamente Dani a Carmelo.

—¿Sí? —dijo Carmelo al auricular y miró a Dani. Dani dijo que no con un dedo:

—Salió —dijo Carmelo empujando las gafas con el dedo índice—; ni idea… Supongo yo que sí, no lo sé… si no es urgente, mejor mañana… Vale… bien… de acuerdo… Hale, otro para ti.

Colgó. Dijo suavemente:

—Félix.

Dani recorría ahora la habitación a largas zancadas, en silencio, el mentón en el pecho, meditabundo. Llegaba hasta los rimeros de impresos de la alcoba italiana y regresaba a la mesa. A la segunda vuelta se detuvo ante Laly. Dijo colérico:

—Resumiendo, que habéis hecho un pan como unas hostias.

—Tampoco es eso, Dani.

—Tú dirás.

—No tenía otra alternativa, creo yo.

—Creo yo, creo yo… ¿También crees tú que era necesario agarrarse una cogorza y…?

Laly movió la cabeza de un lado a otro con resolución:

—No empecemos, Dani, te lo suplico.

Dani se cruzó de brazos. Víctor parecía dormitar en el sillón rojo. Ángel Abad encendió un cigarrillo y se sentó en el borde de la mesa:

—Está bien, vamos a dejar eso —dijo Dani—. El problema, ahora, es este hombre. No podemos dejarle suelto. ¿Le ha visto alguien en este estado?

—Unos cuantos abajo, en la cafetería.

Apretó los labios Dani:

—¿Eran muchos?

—Cuatro o cinco.

—¿Lo habrán reconocido?

—¡Yo qué sé, Dani!

La ceja derecha de Dani se arqueaba hasta casi rozar el nacimiento del pelo. Su mano vacilante se posó en la máquina de escribir y pulsó nerviosamente, sin objeto, varias teclas. Dijo, como respondiendo a un tortuoso razonamiento interior:

—¿No habría entre ellos algún periodista…?

—Imagino que no.

Dejó la máquina y reanudó sus paseos a lo largo de la habitación, mientras decía:

—No quiero pensar que este *affaire* llegue a oídos de la prensa. ¿Os imagináis? «El candidato Víctor Velasco, más conocido por V. V., encogorzado hasta los cojones, recorre la provincia en viaje electoral» —cerró los puños—: ¡Joder, lo que nos faltaba!

Paró en seco y se encaró nuevamente con Laly:

—¿Y en los pueblos? —preguntó inquisitivamente—: Dilo ya, acaba. Imagino que en los pueblos habréis dado también el mitin.

—En Martos —admitió Laly—, pero sólo estaba la cantinera.

—¿Y el coche? Con los emblemas y toda la hostia habéis ido dejando por todas partes la tarjeta de identidad.

Laly suspiró hondo. Trataba de dominarse. Dijo:

—Tranquilo, Dani, el coche no lo vio nadie. La mujer no salió de la cantina y en las calles no había un alma. De Martos a aquí no hemos parado.

Dani volvió a cruzarse de brazos. Suavizó el tono de voz, como tratando de serenarse:

—En realidad esto no es más que una chiquillada, lo comprendo, pero el momento ha sido demencial, Laly, reconócelo. Si la prensa se entera y saca punta ya podemos ir haciendo las maletas.

Laly se aproximó a él. Le miró decididamente a los ojos:

—No le des más vueltas, Dani —dijo—: Lo ocurrido ya no tiene remedio, no podemos dar marcha atrás. Lo discreto es tomar medidas a partir de ahora.

—Exactamente —respondió Dani—, medidas. ¿Dónde coños metemos a este hombre esta noche? Aquí no puede dormir, llevarle al hotel en estas condiciones es impensable.

Sonó el picaporte del falsete y entró Pedrito, el Perplejo:

—¿Qué buscas tú aquí? —dijo Dani, intemperante.

—Unos posters —dijo Pedrito tímidamente.

—Está bien, cógelos y lárgate.

El muchacho se agachó, acobardado, y tomó unos rollos. Cuando salía, Dani le voceó:

—¡Eh, tú, dile a Primo que suba un café doble y bien cargado, haz el favor!

Se volvió a Laly:

—Yo creo que esto es lo procedente —miró hacia el sillón donde Víctor dormitaba—: En todo caso no creo que esta diarrea oratoria se le pase antes de un par de horas. ¡Imagina que le diera por soltar el rollo en el vestíbulo del hotel!

Laly inquirió suavemente:

—¿Por qué no lo llevamos a mi casa?

—¿A tu casa? ¿Y las niñas?

—Las niñas están con mi madre, no son problema.

—¿Y Arturo?

Laly alzó la cabeza arrogantemente:

—¿Quieres decirme qué pinta Arturo en mi casa a estas alturas?

Sonrió Dani. Le dio una palmadita en el antebrazo:

—Bueno, Laly, no te cabrees, maja, me gusta tu plan, pero, entonces, quizá sea mejor no espabilar a éste con el café.

—Es lo mismo —dijo Laly—, en casa le atizamos dos Valium diez y punto.

—¿Valium? ¿No está contraindicado con el alcohol?

—Chorradas —respondió Laly—. Dímelo a mí.

Ángel Abad hizo un contundente ademán con la mano:

—No seas vacile, Dani, vamos a acabar de una puta vez con este asunto.

Entró Primo, escorado, deteniéndose cada dos pasos, la taza de café temblándole en la mano. La dejó sobre la mesa y salió. Dani tomó la taza y se acercó al sillón rojo:

—Bebe, Diputado.

Víctor abrió los ojos, unos ojos atónitos, muy lejanos, los miró a todos, uno por uno, y bebió dócilmente. Ángel Abad se inclinó hacia Laly:

—¿Te fijas? Está como alienado.

Mediada la taza, Dani le dijo a Ángel Abad:

—Vete bajando, nosotros iremos detrás. Abre el coche y si hubiera alguien en la calle nos haces una seña antes de salir del portal.

Se dirigió a Carmelo:

—Procura que la salida esté expedita, que no se concentre gente en la puerta. Cuanto menos barullo armemos, mejor.

Laly entregó a Ángel Abad las llaves del coche y éste y Carmelo salieron. Dani pasó un brazo por la cintura de Víctor, Laly le cogió por el brazo del otro lado y lo incorporaron:

—Andando, Diputado.

—¿Adónde vamos ahora?

—A dormir. Es muy tarde.

—Yo… no quiero dormir.

—Bueno, no te preocupes.

Caminaba tambaleándose y la pobre humanidad de Dani y la fragilidad de Laly apenas bastaban para sostenerlo en pie. Carmelo había amontonado tras de la puerta los cubos, las bruzas y los posters. En el descansillo del primer piso Víctor se detuvo.

—Yo no quiero dormir —repitió.

—Está bien, pero hay que descansar, Víctor. Mañana, a las diez, tienes que hablar por la radio.

Lo miró como si no lo conociese:

—¿Del señor Cayo?

—Del señor Cayo, de lo que quieras. Ya lo pensaremos despacio, ahora baja.

Tardaron cinco minutos en llegar al portal. Carmelo había sustituido a Laly y ésta se adelantó. Vio a Ángel Abad junto al coche, apremiándoles. En la cafetería no había más que un hombre joven, de espaldas, los codos en la barra. Volvió al portal:

—Vamos, deprisa —dijo.

Ya en el coche, Laly suspiró. Dani y Carmelo, con Víctor entre ellos, se acomodaron en el asiento posterior. Dani sacó un gran pañuelo blanco y se lo pasó varias veces por la frente, luego se inclinó de medio lado para guardárselo en el bolsillo del pantalón:

—Vaya un coñazo —dijo.

Laly puso el motor en marcha. Añadió Dani:

—Lo peor de estas cosas es la prensa, los periodistas son la pera. De una cosa pueril como es agarrarse una mierda, a lo mejor mañana, una montaña.

El coche atravesaba velozmente las calles sin tráfico y las ruedas siseaban suavemente sobre el asfalto húmedo, empapelado de octavillas. Víctor rebulló detrás, se medio incorporó. Le dijo a Dani, mirándole fijamente:

—¿Sabes, Dani, para qué sirve la flor del saúco?

Dani le pasó el brazo por los hombros:

—Déjalo ya, majo, ¿te importa?

Víctor se volvió a Carmelo:

—¿Y tú?

Dijo Laly doblando el volante:

—Aunque es prohibida, voy a entrar por aquí, si no tenemos que dar la vuelta por Tirso de Molina.

—Ten cuidado, tú, no la caguemos.

Laly detuvo el automóvil frente a un moderno edificio de ladrillo de diez pisos, de puertas encristaladas y carpintería de aluminio. Se apeó y abrió la portezuela del lado de Carmelo. Ayudaron a bajar a Víctor, que miraba desorientado en todas direcciones. Laly cruzó la acera, metió la llave en la cerradura y, en ese instante, se iluminó el portal. Sacó la llave sin hacer intención de abrir:

—Pronto, al coche —dijo—, alguien baja.

Ángel Abad, Dani y Carmelo forcejearon con Víctor, que se movía torpemente. Le empujaron sin miramientos dentro del coche. Laly se puso al volante y dio al contacto en el momento en que dos hombres y dos mujeres salían del ascensor. Laly miró de refilón:

—Es Caviedes —dijo.

—¿El abogado?

—Sí.

—Mejor hemos hecho largándonos. Da la vuelta a la manzana.

Las dos parejas se despedían amistosamente en la esquina:

—A ver si se enrollan ahora.

—Ese Caviedes es un vacile, no se casa con nadie. Ahora dicen que anda con Areilza —explicó Ángel Abad.

Al regresar, la calle estaba de nuevo vacía y Laly aparcó frente al portal de su casa. Dani le dijo a Carmelo:

—Tú quédate en el coche, sobramos gente.

El piso de Laly tenía una acogedora gracia intelectual. Libros, bocetos, grabados, posters por las paredes, un minúsculo receptor de televisión rojo, entre los libros, y en el estante inferior, protegido por una cubierta de plástico transparente, un tocadiscos con los bafles en la parte alta, junto al techo. Bajo la librería, un diván y, ante él, una mesita enana con revistas, un cenicero de Murano y una rosa roja en un vaso. Víctor se tambaleaba entre Dani y Ángel Abad:

—¿Dónde lo acostamos?

—Aquí, pasad.

Laly los precedía encendiendo luces, abriendo puertas, hasta llegar al fondo del breve pasillo, una pieza con dos camas gemelas con cabeceros de bambú y dos mesillas de noche, llenas de libros de colecciones de bolsillo, a los costados. Dio la luz de dos quinqués con pantallas verdes y tiró de una punta de la colcha:

—Metedlo aquí —dijo—: Yo dormiré donde las niñas.

Entró en el cuarto de baño contiguo y durante un rato se oyó el repiqueteo de frascos medicinales sobre una repisa de vidrio, mientras Dani y Ángel Abad despojaban a Víctor de la cazadora y los pantalones y lo metían en la cama. Regresó Laly con un frasquito diminuto y un vaso de agua en la mano:

—A ver —dijo—, abre la boca.

Le puso a Víctor dos comprimidos azules en la lengua:

—Bebe —añadió.

Víctor se ladeó dificultosamente y bebió dos buches de agua. Laly depositó el vaso sobre el cristal de la mesilla de bambú y ayudó a Víctor a acomodar la cabeza en la almohada. Dani inspiró profundamente y Laly le sonrió:

—¿Tranquilo?

—Una cosa —dijo Dani—, mañana, sobre las diez, vendré a buscarlo. Es mejor que no os vean salir juntos.

Laly estiró su largo cuello y se echo a reír:

—Así queda como más decente, ¿no?

Dani enarcó las cejas espesas:

—Hay que guardar las apariencias —dijo.

—¡Dani!

Les alcanzó la voz de Víctor, una voz imperiosa y sombría. Laly y Dani se volvieron hacia la cama.

Víctor, recostado contra la almohada, se asía el cuello de la camisa por ambas puntas:

—Una cosa, Dani —dijo—, una cosa que todavía no te he dicho acerca de él.

—¿Del señor Cayo?

—Del señor Cayo.

Dani enarcó las cejas espesas y ladeó ligeramente la cabeza. El tono de voz de Víctor era excitado y dolorido:

—Él también odia, ¿sabes? —dijo pausadamente—: Odia como nosotros… A última hora estuvieron allí, en el pueblo, ésos, Mauricio, o como se llame. ¡Mira!

Tiró violentamente de las puntas de la camisa, saltaron dos botones y dejó al descubierto su pecho cruzado por dos costurones sanguinolentos. Alzó sus ojos melancólicos y añadió:

—Esto no tiene remedio, Dani, es como una maldición.

Dani miró a Laly con un fondo de reconvención antes de inclinarse sobre la cama:

—¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado?

Laly se llevó instintivamente las manos a la boca.

—¡Qué horror! —dijo—. ¿Por qué no lo dijiste antes?

Viejas historias de Castilla la Vieja

1964

Nota del autor a la edición de las Obras Completas

A menudo he dicho en las entrevistas que nunca escribí ni una línea al dictado. Esencialmente esto es cierto. Personalmente nunca escribí lo que me dictaban; todo lo más, a veces, «traduje» en los periódicos las consignas que la censura imperante ordenaba publicar íntegras. Sin embargo, al llegar a este título, sin llegar a decir que me traicioné, sí debo decir que hubo otra persona que me facilitó una idea: Jaume Pla, grabador catalán que había trabajado unos meses en la zona de Tordesillas. Allí realizó una serie de grabados al buril para un libro que iba a titular Castilla, *y me rogó que le echara un vistazo y, si me parecía bien, escribiera unos textos para acompañar a los grabados. Los trabajos eran una maravilla. Me cautivaron por su finura y expresividad. Y desde este pedestal, levanté una bonita serie de historias en mi mejor castellano. A lomos del idioma y de los grabados de Pla recogí en cincuenta páginas la Castilla que me gustaba de la mitad del siglo* XX, *una Castilla estática, que no cambiaba, siquiera los propios castellanos tampoco parecieran desearlo. Simplemente vivían: trabajaban, se enamoraban, celebraban pequeñas fiestas y no aspiraban a más. Tan pronto terminé aquellas historias —en apenas una semana— advertí una cosa: aquel medio centenar de páginas decían más que ningún otro libro mío sobre lo que era Castilla y lo que eran los castellanos. El paisaje árido, sus habitantes, las costumbres, los secretos del campo, las siembras de año y vez… cabían en cuatro líneas y no necesitaban mayor explicación. Entonces concluí que* Viejas historias de Castilla la Vieja *era mi obra preferida por su limpio perfil de Castilla, y tan sólo cuando nacieron más tarde* Los santos inocentes *y* El hereje *apelé al viejo truco de dividir mis obras en breves, medianas y largas. De las primeras,* Viejas historias de Castilla la Vieja *era la más representativa*; Los santos inocentes *lo era de las segundas y, finalmente, lo era* El hereje *de las novelas largas. Una manera de no dejar nada en el tintero y todos contentos*.

M. D.

Abril de 2008

El pueblo en la cara

Cuando yo salí del pueblo, hace la friolera de cuarenta y ocho años, me topé con el Aniano, «el Cosario», bajo el chopo del Elicio, frente al palomar de la tía Zenona, ya en el camino de Pozal de la Culebra. Y el Aniano se vino a mí y me dijo: «¿Dónde va el Estudiante?». Y yo le dije: «¡Qué sé yo! Lejos». «¿Por tiempo?», dijo él. Y yo le dije: «Ni lo sé». Y él me dijo con su servicial docilidad: «Voy a la capital. ¿Te se ofrece algo?». Y yo le dije: «Nada, gracias, Aniano».

Ya en el año cinco, al marchar a la ciudad para lo del bachillerato, me avergonzaba ser de pueblo y que los profesores me preguntasen (sin indagar antes si yo era de pueblo o de ciudad): «Isidoro, ¿de qué pueblo eres tú?». Y también me mortificaba que los externos se dieran de codo y cuchichearan entre sí: «¿Te has fijado qué cara de pueblo tiene el Isidoro?» o, simplemente, que prescindieran de mí cuando echaban a pies para disputar una partida de zancos o de pelota china y dijeran despectivamente: «Ése no; ése es de pueblo». Y yo ponía buen cuidado por entonces en evitar decir: «Allá en mi pueblo…» o «El día que regrese a mi pueblo», pero a pesar de ello, el Topo, el profesor de Aritmética y Geometría, me dijo una tarde en que yo no acertaba a demostrar que los ángulos de un triángulo valieran dos rectos: «Siéntate, llevas el pueblo escrito en la cara». Y a partir de entonces, el hecho de ser de pueblo se me hizo una desgracia, y yo no podía explicar cómo se cazan gorriones con cepos o colorines con liga, ni que los espárragos, junto al arroyo, brotaran más recio echándoles porquería de caballo, porque mis compañeros me menospreciaban y se reían de mí. Y toda mi ilusión, por aquel tiempo, estribaba en confundirme con los muchachos de ciudad y carecer de un pueblo que parecía que le marcaba a uno, como a las reses, hasta la muerte. Y cada vez que en vacaciones visitaba el pueblo, me ilusionaba que mis viejos amigos, que seguían matando tordas con el tirachinas y cazando ranas en la charca con un alfiler y un trapo rojo, dijeran con desprecio: «Mira el Isi; va cogiendo andares de señoritingo». Así, en cuanto pude, me largué de allí, a Bilbao, donde decían que embarcaban mozos gratis para el Canal de Panamá y que luego le descontaban a uno el pasaje de la soldada. Pero aquello no me gustó, porque ya por entonces padecía yo del espinazo y me doblaba mal y se me antojaba que no estaba hecho para trabajos tan rudos y, así de que llegué, me puse primero de guardagujas y después de portero en la Escuela Normal y más tarde empecé a trabajar las radios Philips que dejaban una punta de pesos sin ensuciarse uno las manos. Pero lo curioso es que allá

no me mortificaba tener un pueblo y hasta deseaba que cualquiera me preguntase algo para decirle: «Allá, en mi pueblo, el cerdo lo matan así, o asao». O bien: «Allá en mi pueblo, los hombres visten traje de pana rayada y las mujeres sayas negras, largas hasta los pies». O bien: «Allá, en mi pueblo, la tierra y el agua son tan calcáreas que los pollos se asfixian dentro del huevo sin llegar a romper el cascarón». O bien: «Allá, en mi pueblo, si el enjambre se larga, basta arrimarle una escriña agujereada con una rama de carrasco para reintegrarlo a la colmena». Y empecé a darme cuenta, entonces, de que ser de pueblo era un don de Dios y que ser de ciudad era un poco como ser inclusero, y que los tesos y el nido de la cigüeña y los chopos y el riachuelo y el soto eran siempre los mismos, mientras las pilas de ladrillo y los bloques de cemento y las montañas de piedra de la ciudad cambiaban cada día y con los años no restaba allí un solo testigo del nacimiento de uno, porque mientras el pueblo permanecía, la ciudad se desintegraba por aquello del progreso y las perspectivas de futuro.

Aniano, «el Cosario»

El día que me largué, las Mellizas dormían juntas en la vieja cama de hierro y, al besarlas en la frente, la Clara, que sólo dormía con un ojo y me miraba con el otro, azul, patéticamente inmóvil, rebulló y los muelles chirriaron, como si también quisieran despedirme. A Padre no le dije nada, ni hice por verle, porque me había advertido: «Si te marchas hazte a la idea de que no me has conocido». Y yo me hice a la idea desde el principio y amén. Y después de toparme con el Aniano, bajo el chopo del Elicio, tomé el camino de Pozal de la Culebra, con el hato al hombro y charlando con el Cosario de cosas insustanciales, porque en mi pueblo no se da demasiada importancia a las cosas y si uno se va, ya volverá; y si uno enferma, ya sanará; y si no sana, que se muera y que le entierren. Después de todo, el pueblo permanece y algo queda de uno agarrado a los cuetos, los chopos y los rastrojos. En las ciudades se muere uno del todo; en los pueblos, no; y la carne y los huesos de uno se hacen tierra, y si los trigos y las cebadas, los cuervos y las urracas medran y se reproducen es porque uno les dio su sangre y su calor y nada más.

El Aniano y yo íbamos por el camino, y yo le dije al Aniano: «¿Tienes buena hora?». Y él miró para el sol, entrecerrando los ojos, y me dijo: «Aún no dio la media». Yo me irrité un poco: «Para llegar al coche no te fíes del sol», dije. Y él me dijo: «Si es por eso no te preocupes. Orestes sabe que voy y el coche no arranca sin el Aniano». Algo me pesaba dentro y dejé de hablar. Las alondras apeonaban entre los montones de estiércol, en la tierra del tío Tadeo, buscando los terrones más gruesos para encaramarse a ellos, y en el recodo volaron muy juntas dos codornices. El Aniano dijo: «Si las agarra el Antonio»; mas el Antonio no podía agarrarlas sino con red, en primavera, porque por una codorniz no malgastaba un cartucho, pero no dije nada porque algo me pesaba dentro y ya empezaba a comprender que ser de pueblo en Castilla era una cosa importante. Y así que llegamos al atajo de la Viuda, me volví y vi el llano y el camino polvoriento zigzagueando por él y, a la izquierda, los tres almendros del Ponciano y, a la derecha, los tres almendros del Olimpio y, detrás de los rastrojos amarillos, el pueblo, con la chata torre de la iglesia en medio y las casitas de adobe, como polluelos, en derredor. Eran cuatro casas mal contadas pero era un pueblo, y a mano derecha, según se mira, aún divisaba el chopo del Elicio y el palomar de la tía Zenona y el bando de palomas, muy nutrido, sobrevolando la última curva del camino. Tras el pueblo se iniciaban los tesos como moles de ceniza, y al pie del Cerro Fortuna, como protegiéndole del matacabras, se alzaba el soto de los

Encapuchados donde por San Vito, cuando era niño y Madre vivía, merendábamos los cangrejos que Padre sacaba del arroyo y una tortilla de escabeche. Recuerdo que Padre en aquellas meriendas empinaba la bota más de la cuenta y Madre decía: «Deja la bota, Isidoro; te puede hacer mal». Y él se enfadaba. Padre siempre se enfadaba con Madre, menos el día que murió y la vio tendida en el suelo entre cuatro hachones. Aquel día se arrancó a llorar y decía: «No hubo mujer más buena que ella». Luego se abrazó a las Mellizas y las dijo: «Sólo pido al Señor que os parezcáis a la difunta». Y las Mellizas, que eran muy niñas, se reían por lo bajo como dos tontas y se decían: «Fíjate cuánta gente viene hoy por casa».

Sobre la piedra caliza del recodo se balanceaba una picaza y es lo último que vi del pueblo, porque Aniano, el Cosario, me voceó desde lo alto del teso: «¿Vienes o no vienes? Orestes aguarda, pero se cabrea si le retraso».

Las nueces, el autillo y el abejaruco

El tendido de luz desciende del páramo al llano y, antes de entrar en el pueblo, pasa por cima de la nogala de la tía Bibiana. De chico, si los cables traían mucha carga, zumbaban como abejorros, y en estos casos la tía Marcelina afirmaba que la descarga podía matar a un hombre y cuánto más a un mocoso como yo. Con la llegada de la electricidad, hubo en el pueblo sus más y sus menos y a la Macaría, la primera vez que le dio un calambre, tuvo que asistirla don Lino, el médico de Pozal de la Culebra, de un acceso de histerismo. Más tarde el Emiliano, que sabía un poco de electricidad, se quedó de encargado de la compañía y lo primero que hizo fue fijar en los postes unas placas de hojalata con una calavera y dos huesos cruzados para avisar del peligro. Pero lo más curioso es que la tía Bibiana, desde que trazaron el tendido, no volvió a probar una nuez de su nogala porque decía que daban corriente. Y era una pena, porque la nogala de la tía Bibiana era la única del pueblo y rara vez se lograban sus frutos debido al clima. Al decir de don Benjamín, que siempre salía al campo sobre su Hunter inglés seguido de su lebrel de Arabia, semicorbato, con el tarangallo en el collar si era tiempo de veda, las nueces no se lograban en mi pueblo a causa de las heladas tardías. Y era bien cierto. En mi pueblo las estaciones no tienen ninguna formalidad y la primavera y el verano y el otoño y el invierno se cruzan y entrecruzan sin la menor consideración. Y lo mismo puede arreciar el bochorno en febrero que nevar en mayo. Y si la helada viene después de San Ciriaco, cuando ya los árboles tienen yemas, entonces se ponen como chamuscados y al que le coge ya no le queda sino aguardar al año que viene. Pero la tía Bibiana era tan terca que aseguraba que la flor de la nogala se chamuscaba por la corriente, pese a que cuando en el pueblo aún nos alumbrábamos con candiles ya existía la helada negra. En todo caso, durante el verano, el autillo se asentaba sobre la nogala y pasaba las noches ladrando lúgubremente a la luna. Volaba blandamente y solía posarse en las ramas más altas y si la luna era grande sus largas orejas se dibujaban a contraluz. Algunas noches los chicos nos apostábamos bajo el árbol y cuando él llegaba lo canteábamos y él entonces se despegaba de la nogala como una sombra, sin ruido, pero apenas remontaba lanzaba su «quiú, quiú», penetrante y dolorido como un lamento. Pese a todo nunca supimos en el pueblo dónde anidaba el autillo, siquiera don Benjamín afirmara que solía hacerlo en los nidos que abandonaban las tórtolas y las urracas, seguramente en el soto, o donde las chovas, en las oquedades del campanario.

Con el tendido de luz, aparecieron también en el pueblo los abejarucos. Solían llegar en primavera volando en bandos diseminados y emitiendo un gargarismo cadencioso y dulce. Con frecuencia yo me tumbaba boca arriba junto al almorrón, sólo por el placer de ver sus colores brillantes y su vuelo airoso, como de golondrina. Resistían mucho y cuando se posaban lo hacían en los alambres de la luz y entonces cesaban de cantar, pero a cambio, el color castaño de su dorso, el verde iridiscente de su cola y el amarillo chillón de la pechuga fosforecían bajo el sol con una fuerza que cegaba. Don Justo del Espíritu Santo, el cura párroco, solía decir desde el púlpito que los abejarucos eran hermosos como los arcángeles, o que los arcángeles eran hermosos como los abejarucos, según le viniera a pelo una cosa o la otra, lo que no quita para que el Antonio, por distraer la inercia de la veda, abatiese uno un día con la carabina de diez milímetros. Luego se lo dio a disecar a Valentín, el secretario, y se lo envió por Navidades, cuidadosamente envuelto, a la tía Marcelina, a quien, por lo visto, debía algún favor.

La Pimpollada del páramo

Todo eso es de la parte de poniente, camino de Pozal de la Culebra. De la parte del naciente, una vez que se sube por las trochas al Cerro Fortuna, se encuentra uno en el páramo. El páramo es una inmensidad desolada, y el día que en el cielo hay nubes, la tierra parece el cielo y el cielo la tierra, tan desamueblado e inhóspito es. Cuando yo era chaval, el páramo no tenía principio ni fin, ni había hitos en él, ni jalones de referencia. Era una cosa tan ardua y abierta que sólo de mirarlo se fatigaban los ojos. Luego, cuando trajeron la luz de Navalejos, se alzaron en él los postes como gigantes escuálidos y, en invierno, los chicos, si no teníamos mejor cosa que hacer, subíamos a romper las jarrillas con los tiragomas. Pero, al parecer, cuando la guerra, los hombres de la ciudad dijeron que había que repoblar, que si en Castilla no llovía era por falta de árboles, y que si los trigos no medraban era por falta de lluvia, y todos, chicos y grandes, se pusieron a la tarea, pero, pese a sus esfuerzos, el sol de agosto calcinaba los brotes y, al cabo de los años, apenas arraigaron allí media docena de pinabetes y tres cipreses raquíticos. Mas en mi pueblo están tan hechos a la escasez que ahora llaman a aquello, un poco fatuamente, la Pimpollada. Mas, antes de ser aquello la Pimpollada y antes de traer la luz de Navalejos, Padre solía subir a aquel desierto siempre que se veía forzado a adoptar alguna resolución importante. Don Justo del Espíritu Santo, el señor cura, que era compañero de seminario de mi tío Remigio, el de Arrabal de Alamillo, decía de Padre que hacía la del otro, y, al preguntarle quién era el otro, él respondía invariablemente que Mahoma. Y en el pueblo le decían Mahoma a Padre aunque nadie, fuera de mí y quizá don Benjamín que tenía un Hunter inglés para correr las liebres, sabía allí quién era Mahoma. Yo me sé que Padre subió varias veces al páramo por causa mía, aunque en verdad yo no fuera culpable de sus disgustos, pues el hecho de que no quisiera estudiar ni trabajar en el campo no significaba que yo fuera un holgazán. Yo notaba en mi interior, desde chico, un anhelo exclusivamente contemplativo y tal vez por ello nunca me interesó el colegio, ni me interesó la petulancia del profesor, ni el tablero donde dibujaba con tizas de colores las letras y los números. Y un domingo que Padre se llegó a la capital para sacarme de paseo, se tropezó en el patio con el Topo, mi profesor, y fue y le dijo: «¿Qué?». Y el maestro respondió: «Malo. De ahí no sacaremos nada; lleva el pueblo escrito en la cara». Para Padre aquello fue un mazazo y se diría por sus muecas y aspavientos y el temblorcillo que le agarraba el labio inferior, que le había proporcionado la mayor contrariedad de su vida.

Por el verano él trataba de despertar en mí el interés y la afición por el campo. Yo miraba a los hombres hacer y deshacer en las faenas y Padre me decía: «Vamos, ven aquí y echa una mano». Y yo echaba, por obediencia, una mano torpe e ineficaz. Y él me decía: «No es eso, memo. ¿Es que no ves cómo lo hacen los demás?». Yo sí lo veía y hasta lo admiraba porque había en los movimientos de los hombres del campo un ritmo casi artístico y una eficacia palmaria, pero me aburría. Al principio pensaba que a mí me movía el orgullo y un mal calculado sentimiento de dignidad, pero cuando me fui conociendo mejor me di cuenta de que no había tal sino una vocación diferente. Y al cumplir los catorce, Padre me subió al páramo y me dijo: «Aquí no hay testigos. Reflexiona: ¿quieres estudiar?». Yo le dije: «No». Me dijo: «¿Te gusta el campo?». Yo le dije: «Sí». Él dijo: «¿Y trabajar en el campo?». Yo le dije: «No». Él entonces me sacudió el polvo en forma y, ya en casa, soltó al *Coqui* y me tuvo cuarenta y ocho horas amarrado a la cadena del perro sin comer ni beber.

Los hermanos Hernando

El páramo de Lahoces desciende suavemente hacia Villalube del Pan y desde mi pueblo tiene dos accesos —uno por delante del cerro y otro por detrás— por los que sólo puede subirse a uña de caballo. De la parte de mi pueblo el cueto queda flotando sobre los rastrojos y cuando le da la luz de cierta manera se pone turbio y agrisado como una ballena. Y a pesar de que el páramo queda más próximo de Villalube del Pan que de mi pueblo, las tierras son nuestras y pertenecían cuando yo era chico a los hermanos Hernando. Hernando Hernando, el mayor de los tres, regentaba además la cantina del pueblo y despachaba un clarete casi incoloro que engañaba la vista porque bastaban tres vasos para apañar una borrachera. El vino ese lo pisaban en los lagares de Marchamalo, a tres leguas de mi pueblo, y, al decir de los entendidos, no era recio tan sólo por las uvas de sus bacillares, un verdejo sin pretensiones, sino porque los mozos trituraban la uva sin lavarse, con la acritud del sudor y del polvo aún agarrada a los pies. Bueno, pues los hermanos Hernando limpiaron el páramo de cascajo y luego sembraron el trigo en cerros, como es de ley, pero a los pocos años lo sembraron a manta y recogieron una cosecha soberana. Y todos en el pueblo querían conocer el secreto porque el trigo sembrado a manta cunde más, como es sabido, y nadie podía imaginar cómo con una huebra y un arado romano corriente y moliente se podía conseguir aquel prodigio. Mas los hermanos Hernando eran taciturnos y reservones y no despegaban los labios. Y al llegar el otoño ascendían con sus aperos por la vereda sur y, como eran tres, según subían por el sendero, parecían los Reyes Magos. Una vez allí, daban la vuelta a la tierra para que la paja pudriera y se orease la tierra. Luego binaban en primavera como si tal cosa, pero lo que nadie se explicaba es cómo se arreglaban para cubrir la semilla sin cachear los surcos. Y si alguno pretendía seguirles, Norberto, el menor de los tres, disparaba su escopeta desde el arado y, según decían, tiraba a dar.

En todo caso, la ladera del cerro es desnuda e inhóspita y apenas si con las lluvias de primavera se suaviza un tanto su adustez debido a la salvia y el espliego. Por la ladera aquella, que ignoro por qué la llaman en el pueblo la Lanzadera, se veían descender en el mes de agosto las polladas de perdiz a los rastrojos. Los perdigones andaban tan agudos que se diría que rodaban. Caminaban en fila india, la perdiz grande en cabeza, acechando cualquier imprevisto, mientras los perdigones descendían confiados, trompicando de vez en cuando en algún guijarro, piando torpemente, incipientemente, como

gorriones. Luego, al ponerse el sol, regresaban al páramo con los buches llenos, de nuevo en rigurosa fila india, y allí en lo alto, en las tierras de los hermanos Hernando, pernoctaban.

Silos, el pastor, era más perjudicial para la caza que el mismo raposo, según decía el Antonio. Silos, el pastor, buscaba los nidos de perdiz con afán, y por las noches se llegaba con los huevos a la cantina de Hernando Hernando y se merendaba una tortilla. Una vez descubrió en la cárcava un nido con doce huevos y ese día bajó al pueblo más locuaz que de costumbre. El Antonio se enteró y se llegó a la cantina y, sin más, agarró la tortilla y la tiró al aire y le voceó al pastor: «Anda, cázala al vuelo. Así es como hay que cazar las perdices, granuja». El Silos se quedó, al pronto, como paralizado, pero enseguida se rehízo y le dijo al Antonio: «Lo que te cabrea es que te gane por la mano, pero el día que mates tú una hembra te la vas a comer con plumas». Después se puso a cuatro patas y engulló la tortilla sin tocarla con la mano siquiera, como los perros. Cuando el Antonio se fue, el Silos se echó al coleto tres tragos de clarete de Marchamalo y sentó cátedra sobre lo justo y lo injusto y decía: «Si él mata una hembra de perdiz, yo no puedo protestar aunque me deja sin huevos, pero si yo me como los huevos, él protesta porque le dejo sin perdices. ¿Qué clase de justicia es ésta?».

El teso macho de Fuentetoba

La tía Marcelina no es de mi pueblo, sino de Fuentetoba, una aldea a cuatro leguas. Tanto da, creo yo, porque Fuentetoba se asemeja a mi pueblo como un huevo a otro huevo. Fuentetoba tiene cereales, alcores, cardos, avena loca, cuervos, chopos y arroyo cangrejero como cualquier pueblo que se precie. No obstante, Fuentetoba ofrece dos particularidades: los chopos están flacos como esqueletos y sobre el pueblo hay un teso que no es redondo, sino arisco y con la cresta erguida como si fuera un teso macho, un teso de pelea. A este teso, que está siempre de vigilia sobre la aldea medio escondida entre los chopos y la tierra, le dicen allí la Toba. Y la Toba, en contra de lo que es frecuente en la región, no es de tierra calcárea, sino de piedra, una piedra mollar e ingrávida que se divide con el serrucho como el queso y que se utiliza en la comarca para que los pájaros enjaulados se afilen bien el pico frotándose con ella.

Con la tía Marcelina ocurrió en casa algo muy chocante. En realidad, la tía Marcelina era tía nuestra por parte de madre y yo pensaba que siempre había sido tan viejecita y desmedrada como la conocí, aunque Padre aseguraba otra cosa. Mas, así y todo, tenía una sonrisa infantil y bondadosa y era ella la única vieja soltera del pueblo que tenía el valor de sonreír así. Yo la apreciaba y ella me quería a mí también. En su casa todo era orden y pulcritud y frescura y silencio. Y Padre decía que su casa era como una tumba, pero si las tumbas son así no debe ser cosa mala estar muerto. La tía Marcelina coleccionaba hojas, mariposas, piedrecitas y las conservaba con los colores tan vivos y llameantes que hacía el efecto de que las había empezado a reunir ayer.

A mí, de chico, lo que me encantaba era el abejaruco disecado que le regalara el Antonio, allá por la Navidad del año ocho, cuyo plumaje exhibía todos los colores del arcoiris y más. La tía Marcelina lo tenía en la cómoda de su alcoba junto a una culebra de muelles dorados que al agarrarla tras la cabeza movía nerviosamente la cola como si estuviera viva y furiosa. Muchas veces yo me extasiaba ante el abejaruco disecado o prendía a la culebra tras la cabeza para hacerla colear. En esos casos la tía Marcelina me miraba complacida y decía: «¿Te gusta?». Yo contestaba: «Más que comer con los dedos, tía». Y ella decía: «Tuyo será». O bien: «Tuya será». Padre me advertía: «Antes tendrá que morir ella». Y esta condición me ponía triste y como pesaroso de desear aquello con toda el alma.

También Padre apreciaba mucho a la tía Marcelina y siempre que recogíamos los frutos tempranos hacía un apartadijo y me decía: «Esto se lo

llevas a tu tía». Y en septiembre, las primeras perdices que se mataban en las laderas vecinas eran para la tía, y para la tía eran las brevas de mayo y las sandías tempranas de agosto. Y una vez que fuimos a la capital, Padre me compró una postal de colores con dos enamorados bajo una parra y me dijo que se la enviase a la tía, a pesar de que nosotros llegábamos en el coche de Pozal de la Culebra al mismo tiempo.

Pero mi pueblo es tierra muy sana y, por lo que dicen, hay más longevos en él que en ninguna parte, y el año once la tía Marcelina cumplió noventa y dos. Padre dijo en el jorco que se armó tras el refresco: «Está más agarrada que una encina». Y Madre dijo enfadada: «¿Es que te estorba?». Pero a las pocas semanas a la tía Marcelina le dio un temblor, empezó a consumirse y se marchó en ocho días. En el testamento dejaba todos sus bienes a las monjas del Pino y Padre, al enterarse, se subía por las paredes y llamaba a la difunta cosas atroces, incluso hablaba de reclamar judicialmente contra las monjas y exigirlas, al menos, el importe de tantas perdices y de tantos frutos tempranos y de la postal de los novios bajo la parra que yo le envié desde la ciudad. Pero como no tenía papeles se aguantó y yo, al pensar en lo que habría sido del hermoso abejaruco, sentía que me temblaban los párpados y había de esforzarme para no llorar.

Las cangrejadas de San Vito

El arroyo Moradillo nace en la Fuente de la Salud, discurre por la chopera, que en mi pueblo llamamos los Encapuchados, y se lanza luego perezosamente entre dos murallas de carrizos y espadañas camino de Malpartida. Poco más allá tengo entendido que vierte en el arroyo Aceitero; las aguas de éste van a desembocar en las del Sequillo, cerca de Belver de los Montes; las del Sequillo engrosan después las del Valderaduey, y las del Valderaduey, por último, se juntan con las del Duero justamente en la capital. Como es sabido, las aguas del Duero vierten en el Atlántico, junto a Oporto, lo que quiere decir que en mi pueblo, de natural sedentario, hay alguien que viaja y éstas son las aguas de la Fuente de la Salud que, según dicen, tienen excelentes propiedades contra los eczemas, los forúnculos, la psoriasis y otras afecciones de la piel, aunque lo cierto es que la vez que a Padre le brotó un salpullido en la espalda y se bañó en las aguas del Moradillo lo único que sacó en limpio fue una pulmonía. Sea de ello lo que quiera, mi pueblo es un foco de peregrinaje por este motivo, peregrinaje que se incrementó cuando la joven Sisinia, de veintidós años, hija del Telesforo y la Herculana, fue ultrajada por un bárbaro, allá por el año nueve, y murió por defender su doncellez. Don Justo del Espíritu Santo, el cura párroco, se obstinó en canonizarla y elevarla a los altares, y en ésas andan metidos en el pueblo todavía. Pero ése es otro cantar.

Tengan o no tengan eficacia las aguas del Moradillo contra las afecciones de la piel, lo que está fuera de duda es que es un regato cangrejero y que, allá por el comienzo del siglo, con un esparavel y cuatro apaleadores llenaba uno, en una tarde que saliera el norte, tres o cuatro sacos con poco esfuerzo. Por entonces las cosas no estaban reglamentadas con rigor y uno podía pescar cangrejos con reteles, como es de ley, o con araña, esparavel o sencillamente a mano, mojándose el culo, como dice el refrán que debe hacer el que quiera comer peces. Lo cierto es que por San Vito, según es tradición, las familias del pueblo nos desperdigábamos por el arroyo a pescar cangrejos y al atardecer nos reuníamos en los Encapuchados a merendar. Cada cual tenía su sector designado en las riberas, y Madre, Padre, las Mellizas, la tía Marcelina y yo nos instalábamos junto a los siete chopos rayanos al soto que en el pueblo les dicen, no sé por qué, los Siete Sacramentos. Una vez allí, Padre depositaba cuidadosamente los reteles en los remansos más profundos, apartando los carrizos con la horquilla. Padre solía cebar con tasajo, pero si las cosas venían mal me entregaba la azuela y me hacía cavar en la tierra

húmeda para buscar lombrices. Los cangrejos rara vez desdeñan este cebo. En cambio, el Ponciano cebaba los reteles con patatas fritas, y Valentías, el secretario, con bazo de caballo, y aún había quien lo hacía, como don Justo del Espíritu Santo, el cura párroco, con corteza de pan de centeno. Los más vivos, sin duda, eran los hermanos Hernando, los de la tierra del páramo de Lahoces, que colocaban el esparavel y después apaleaban las aguas de su sector hasta que la red se llenaba de cangrejos. Al anochecer, en el soto, cada cual los cocinaba en hogueras a su modo y los chicos hacíamos silbatos con las patas más gruesas debidamente ahuecadas. Recuerdo que Madre poseía una receta que venía de mi bisabuela y que consistía en poner los cangrejos a la lumbre vivos con un dedo de aceite y un puño de sal gorda y cuando los animales entraban en la agonía les echaba un ajo triturado con el puño. La fórmula no tenía otro secreto que acertar con la rociada de vinagre justo en el momento en que los cangrejos comenzaban a enrojecer. Pero la fiesta en el soto terminaba mal por causa de Padre, que siempre empinaba la bota más de la cuenta, y ya es sabido que el clarete de Marchamalo es traicionero y enseguida se sube a la cabeza.

La Sisinia, mártir de la pureza

Mi pueblo, visto de perfil, desde el camino que conduce a Molacegos del Trigo, flanqueado por los postes de la luz que bajan del páramo, queda casi oculto por la Cotarra de las Maricas. La Cotarra de las Maricas es una lomilla de suave ondulación que, sin embargo, no parece tan suave a los agosteros que durante el verano acarrean los haces de trigo hasta las eras. Pues bien, a la espalda de la Cotarra de las Maricas, a cien metros escasos del camino de Molacegos del Trigo, fue apuñalada la joven Sisinia, de veintidós años, hija del Telesforo y la Herculana, una noche de julio allá por el año nueve. El asesino era un forastero que se trajo don Benjamín de tierras de Ávila para hacer el agosto y que, según dijeron luego, no andaba bien de la cabeza. Lo cierto es que, ya noche cerrada, el muchacho atajó a la Sisinia y se lo pidió, y, como la chica se lo negara, él trató de forzarla, y, como la chica se resistiera, él tiró de navaja y la cosió a puñaladas. Al día siguiente, en el lugar donde la tierra calcárea estaba empapada de sangre, don Justo del Espíritu Santo levantó una cruz de palo e improvisó una ceremonia en la que se congregó todo el pueblo con trajes domingueros y los niños y las niñas vestidos de Primera Comunión. Don Justo del Espíritu Santo asistió revestido y, con voz tomada por la emoción, habló de la mártir Sisinia y de lo grato que era al Altísimo el sacrificio de la pureza. Al final, le brillaban los ojos y dijo que no descansaría hasta ver a la mártir Sisinia en las listas sagradas del Santoral.

Un mes más tarde brotaron en torno de la cruz de palo unas florecitas amarillas y don Justo del Espíritu Santo atribuyó el hecho a inspiración divina, y cuando el Antonio le hizo ver que eran las quitameriendas que aparecen en las eras cuando finaliza el verano, se irritó con él y le llamó ateo y renegado. Y con estas cosas, el lugar empezó a atraer a las gentes y todo el que necesitaba algo se llegaba a la cruz de palo y se lo pedía a la Sisinia, llamándola de tú y con la mayor confianza. En el pueblo se consideraba un don especial esto de contar en lo alto con una intercesora natural de Rolliza del Arroyo, hija del Telesforo y de la Herculana. Y por el día los vecinos le llevaban flores y por las noches le encendían candelitas de aceite metidas en fanales para que el matacabras no apagase la llama. Y lo cierto es que cada primavera las florecillas del campo familiares en la región —las margaritas, las malvas, las campanillas, los sonidos, las amapolas— se apretaban en torno a la cruz como buscando amparo y don Justo del Espíritu Santo se obstinaba en buscar un significado a cada una, y así decía que las margaritas, que eran

blancas, simbolizaban la pureza de la Sisinia, las amapolas, que eran rojas, simbolizaban el sacrificio cruento de la Sisinia, las malvas, que eran malvas, simbolizaban la muerte de la Sisinia, pero al llegar a los sonidos, que eran amarillos, el cura siempre se atascaba, hasta que una vez, sin duda inspirado por la mártir, don Justo del Espíritu Santo afirmó que los sonidos, que eran amarillos, simbolizaban el oro a que la Sisinia renunció antes que permitir ser mancillada. En el pueblo dudábamos mucho que el gañán abulense le ofreciese oro a la Sisinia e incluso estábamos persuadidos de que el muchacho era un pobre perturbado que no tenía donde caerse muerto, pero don Justo del Espíritu Santo puso tanta unción en sus palabras, un ardor tan violento y tan desusado, que la cosa se admitió sin la menor objeción. Aquel mismo año, aprovechando las solemnidades de la Cuaresma, don Justo del Espíritu Santo creó una junta probeatificación de la mártir Sisinia, a la que se adhirió todo el pueblo a excepción de don Armando y el tío Tadeo, y empezó a editar una hojita en la que se especificaban los milagros y las gracias dispensadas por la muchacha a sus favorecedores.

Las murallas de Ávila

Don Justo del Espíritu Santo publicaba trimestralmente la hojita en loor de la mártir Sisinia y en ella dejaba constancia de los favores recibidos.

Y un buen día, la tía Zenona afirmaba en ella que, careciendo de dinero para retejar el palomar, acudió a la mártir Sisinia y al día siguiente cobró tres años de atrasos de la renta de una tierra, que aunque menguada —un queso de oveja y seis celemines de trigo— le bastaron para adquirir la docena de tejas que el palomar requería. Otro día era el Ponciano quien, necesitando un tornillo para el arado, halló uno en el pajero, que aunque herrumbroso y torcido pudo ser dispuesto por el herrero para cumplir su misión. Dicha gracia la alcanzó igualmente el Ponciano después de encomendar el caso a la mártir Sisinia. En otra ocasión fue la tía Marcelina quien, después de pasar una noche con molestias gástricas, imploró a la mártir Sisinia su restablecimiento, y de madrugada vomitó verde y con el vómito desapareció el mal. Aún recuerdo que, en la hojita del último trimestre del año once, el Antonio agradecía a la mártir Sisinia su intercesión para encontrar una perdiz alicorta que se le amonó entre las jaras, arriba en Lahoces, una mañana que salió al campo sin el Chinda, un perdiguero de Burgos que por entonces andaba con el moquillo. Todas estas gracias significaban que la joven Sisinia, mártir de la pureza, velaba desde arriba por sus convecinos, y ellos correspondían enviando al párroco un donativo de diez céntimos y, en casos especiales, de un real, para cooperar a su beatificación. Mas don Justo del Espíritu Santo suplicaba al Señor que mostrase su predilección por la mártir Sisinia, autorizándola a hacer un milagro grande, un milagro sonado, que trascendiera de la esfera local.

Y un día de diciembre, allá por el año doce, don Justo del Espíritu Santo recibió desde Ávila un donativo de veinticinco pesetas de una señora desconocida para cooperar a la exaltación a los altares de la mártir Sisinia, a quien debía una gracia muy especial. Como quiera que el asesino de la Sisinia fuera también abulense, don Justo del Espíritu Santo estableció entre ambos hechos una correlación y, en la confianza de que se tratase del tan esperado milagro, el cura marchó a Ávila y regresó tres días más tarde un tanto perplejo. Los feligreses le asediaban a preguntas, y, al fin, don Justo del Espíritu Santo explicó que doña María Garrido tenía un loro de Guinea que enmudeció tres meses atrás, y después de ser desahuciado por los veterinarios y otorrinolaringólogos de la ciudad, el animal recobró el habla tras encomendarle doña María a la mártir Sisinia. No obstante fracasar en su

objetivo esencial, el viaje de don Justo del Espíritu Santo le enriqueció interiormente, ya que a partir de entonces raro fue el sermón en que el párroco no apelara a la imagen de las murallas de Ávila para dar plasticidad a una idea. Así, unas murallas como las de Ávila debían preservar las almas de sus feligreses contra los embates de la lujuria. El paraíso estaba cercado por unas murallas tan sólidas como las de Ávila, y con cada buena obra los hombres añadían un peldaño a la escala que les serviría para expugnar un día la fortaleza. La pureza, al igual que las demás virtudes, debía celarse como Ávila cela sus tesoros, tras una muralla de piedra, de forma que su brillo no trascienda al exterior. Fue a partir de entonces cuando, en mi pueblo, para aludir a algo alto, algo grande, algo fuerte o algo importante empezó a decirse: «Más alto que las murallas de Ávila», o «Más importante que las murallas de Ávila», aunque por supuesto ninguno, fuera del párroco y del gañán que asesinara a la Sisinia, estuvimos nunca en aquella capital.

Los nublados de Virgen a Virgen

Cada verano, los nublados se cernían sobre la llanura y, mientras el cielo y los campos se apagaban lo mismo que si llegara la noche, los cerros resplandecían a lo lejos como si fueran de plata. Aún recuerdo el ulular del viento en el soto, su rumor solemne y desolado como un mal presagio que inducía a las viejas a persignarse y exclamar: «Jesús, alguien se ha ahorcado». Pero antes de estancarse la nube sobre el pueblo, cuando más arreciaba el vendaval, los vencejos se elevaban en el firmamento hasta casi diluirse y después picaban chirriando sobre la torre de la iglesia como demonios negros.

El año de la Gran Guerra, cuando yo partí, se contaron en mi pueblo, de Virgen a Virgen, hasta veintiséis tormentas. En esos casos el alto cielo se poblaba de nubes cárdenas, aceradas en los bordes y, al chocar unas con otras, ocasionaban horrísonas descargas sobre la vieja iglesia o sobre los chopos cercanos.

Tan pronto sonaba el primer retumbo del trueno, la tía Marcelina iniciaba el rezo del trisagio, pero antes encendía a Santa Bárbara la vela del Monumento en cuyo extremo inferior constaba su nombre en rojo —Marcelina Yáñez—, que ella grababa con un alfiler de cabeza negra pasando después cuidadosamente por las muescas un pellizco de pimentón. Y al comenzar el trisagio, la tía Marcelina, tal vez para acrecentar su recogimiento, ponía los ojos en blanco y decía: «Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal». Y nosotros repetíamos: «Líbranos Señor de todo mal». En los cristales repiqueteaba la piedra y por las juntas de las puertas penetraba el vaho de la greda húmeda. De vez en cuando sonaba algún trueno más potente y al *Coqui*, el perro, se le erizaban los pelos del espinazo y la tía Marcelina interrumpía el trisagio, se volvía a la estampa de santa Bárbara e imploraba: «Santa Bárbara bendita, que en el cielo estás escrita, con jabón y agua bendita», y acto seguido reanudaba el trisagio: «Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal», y nosotros respondíamos al unísono: «Líbranos Señor de todo mal».

Una vez, el nublado sorprendió a Padre de regreso de Pozal de la Culebra, donde había ido, en la mula ciega, por pernalas para el trillo. Y como dice que la piel de los animales atrae las exhalaciones, todos en casa, empezando por Madre, andábamos intranquilos. Únicamente la tía Marcelina parecía conservar la serenidad y así, como si la cosa no fuese con ella, prendió la vela a santa Bárbara e inicio el trisagio sin otras explicaciones. Pero, de pronto, chascó, muy próximo, el trallazo del rayo, y, no sé si por la trepidación o qué, la vela cayó de la repisa y se apagó. La tía Marcelina se llevó las manos a los

ojos, después se santiguó y dijo, pálida como una difunta: «Al Isidoro le ha matado el rayo en el alcor; acabo de verlo». El Isidoro era mi padre, y Madre se puso loca, y como en esos casos, según es sabido, lo mejor son los golpes, entre las Mellizas y yo empezamos a propinarle sopapos sin duelo. De repente, en medio del barullo, se presentó Padre, el pelo chamuscado, los ojos atónitos, el collarón de la mula en una mano y el saco de pernalas en la otra. Las piernas le temblaban como ramas verdes y sólo dijo: «Ni sé si estoy muerto o vivo», y se sentó pesadamente sobre el banco del zaguán.

Una vez que la nube pasó y sobre los tesos de poniente se tendió el arcoiris, me llegué con los mozos del pueblo a los chopos que dicen los Enamorados y allí, al pie, estaba muerta la mula, con el pelo renegrido y mate, como mojado. Y el Olimpio, que todo lo sabía, dijo: «La silla le ha salvado». Pero la tía Marcelina porfió que no era la silla sino la vela, y aunque era un cabo muy pequeño, donde apenas se leía ya en las letras de pimentón: «elina Yáñez», la colocó como una reliquia sobre la cómoda, entre el abejaruco disecado y la culebra de muelles.

A la sombra de los Enamorados

Al pie del cerro que decimos el Pintao —único en mi pueblo que admite cultivos y que ofrece junto a yermos y perdidos redondas parcelas de cereal y los pocos majuelos que perviven en el término— se alzan los chopos que desde remotos tiempos se conocen con el nombre de los Enamorados. Y no cabe duda, digan lo que quieran los botánicos, que los árboles en cuestión son macho y hembra. Y están siempre juntos, como enlazados, ella —el chopo hembra— más llena, de formas redondeadas, recostándose dulcemente en el hombro de él —el chopo macho—, desafiante y viril. Allí, al pie de esos chopos, fue donde la exhalación fulminó a la mula ciega de Padre el año de los nublados. Y allí, al pie de esos chopos, es donde se han forjado las bodas de mi pueblo en las cinco últimas generaciones. En mi pueblo, cuando un mozo se dirige a una moza con intención de matrimonio, basta con que la siente a la sombra de los chopos para que ella diga «sí» o «no». Esta tradición ha terminado con las declaraciones amorosas, que en mi pueblo, que es pueblo de tímidos, constituían un arduo problema. Bien es verdad que, a veces, de la sombra de los Enamorados sale una criatura, pero ello no entorpece la marcha de las cosas, pues don Justo del Espíritu Santo nunca se negó a celebrar un bautizo y una boda al mismo tiempo. En mi pueblo, digan lo que digan las malas lenguas, se conserva un concepto serio de la dignidad, y el sentido de la responsabilidad está muy aguzado. Según decía mi tía Marcelina, en sus noventa y dos años de vida no conoció un mozo que, a sabiendas, dejara en mi pueblo colgada una barriga. Pocos pueblos, creo yo, podrán competir con esta estadística.

Cuando yo hablé —y es un decir— con la Rosa Mari, la muchacha que desde niña me recomendaba la tía Marcelina, visité con frecuencia los Enamorados. Fue una tontería, porque la Rosa Mari jamás me gustó del todo. Pero la Rosa Mari era una chiquilla limpia y hacendosa que a la tía Marcelina le llenaba el ojo. La tía Marcelina me decía: «Has de buscar una mujer de su casa». Y luego, como quien no quiere la cosa, añadía: «Ve, ahí tienes a la Rosa Mari. El día que seas mozo debes casarte con ella». De este modo, desde chico me sentí comprometido y al empezar a pollear me sentí en la obligación de pasear a la Rosa Mari.

Y como nunca tuve demasiada imaginación, el primer día que salimos la llevé a los Enamorados. Para mi fortuna la sombra de los chopos estaba aquel día ocupada por el Corpus y la Lucía, y la Rosa Mari no tuvo oportunidad de decirme «sí» o «no». Al otro día que lo intenté, el Agapito me ganó también

por la mano y en vista de ello seguimos hasta el majuelo del tío Saturio, donde al decir del Antonio solía encamar el matacán. Esto del matacán tiene también su importancia, pues en el pueblo llegaron a decir que en él se encarnaba el demonio, aunque yo siempre lo puse en duda. Sea como quiera, cada vez que conducía a la Rosa Mari a la sombra de los Enamorados alguien se me había anticipado, de forma que, pese a mis propósitos, nunca llegué a adquirir con ella un verdadero compromiso. Ahora pienso si no sería la mártir Sisinia la que velaba por mí desde las alturas porque, aunque la Rosa Mari era una buena chica, y hacendosa y hogareña como la tía Marcelina deseaba, apenas sabía despegar los labios, y entre eso y que yo no soy hablador nos pasábamos la tarde dándonos palmetazos para ahuyentar los tábanos y los mosquitos. Por eso, cuando decidí marchar del pueblo, el recuerdo de la Rosa Mari no me frenó, siquiera pienso algunas veces que si yo no me casé allá, cuando amasé una punta de pesos, se debiera antes que nada al recuerdo de la Rosa Mari. Por más que tampoco esto sea cierto, que si yo no me casé allá es porque desde que salí del pueblo tan sólo me preocupé de afanar y amontonar plata para que, a la postre, el diablo se la lleve.

El matacán del majuelo

El matacán del majuelo del tío Saturio llegó a ser una obsesión en el pueblo. El matacán, como es sabido, es una liebre que se resabia y a fuerza de carreras y de años enmagrece, se la desarrollan las patas traseras, se la aquilla el pecho y corta el viento como un dalle. Por otra parte, la carne del matacán no es codiciada, ya que el ejercicio la endurece, el sabor a bravío se acentúa y por lo común no hay olla que pueda con ella. Esto quiere decir que el afán por cazar el matacán no lo inspiraba la apetencia de la presa sino que era una simple cuestión de amor propio. La liebre aquella se diría que tenía inteligencia y, sabedora de que en el pueblo había buenos galgos, encamaba siempre en el majuelo del tío Saturio. De esta forma, cuando el galguero la arrancaba, sus fintas y quiebros entre las cepas le daban una ventaja inicial que luego incrementaba en el Otero del Cristo, ya que las liebres, como es sabido, corren mejor cuesta arriba que cuesta abajo. El matacán regateaba muy por lo fino, y así que alcanzaba las pajas de la vaguada podía darse por salvado, ya que las laderas del Otero del Cristo la conducían al perdedero y, en fin de cuentas, a la libertad. De otro lado, si el Antonio o el Norberto lo acechaban con la escopeta, el matacán se reprimía si el majuelo tenía hoja, o se arrancaba largo si no la tenía, y, en uno u otro caso, tanto el Antonio como el Norberto siempre erraban el disparo. Yo asistí a varios duelos entre los galgos del pueblo y el matacán y en todos, a excepción del último, salió vencedor el matacán. Al Sultán, el galgo del Ponciano, que era blando de pies, le dejaba para el arrastre después de cada carrera, mientras el Quin, el galgo de los hermanos Hernando, que agarraba la sarna cada primavera y andaban todo el tiempo untándole de pomada del Perú, rara vez se acercó al matacán más de tres cuerpos. En vista de ello, don Benjamín se creyó en el deber de poner su lebrel de Arabia y su caballo Hunter inglés al servicio del pueblo, pues ya empezaba a rumorearse por todas partes que el matacán era el mismísimo diablo, pese a que don Justo del Espíritu Santo nos instaba domingo tras domingo a acorazarnos contra la superstición lo mismo que se acorazaba Ávila tras sus murallas. Así, el día que el Silos, el pastor, cantó la presencia del matacán en el majuelo y don Benjamín con su Hunter inglés y su lebrel de Arabia se puso en movimiento, todo el pueblo marchó tras él. El duelo entre el matacán y el lebrel fue violento. El matacán, de salida, hizo uno de sus típicos esguinces tras la primera cepa, pero el lebrel, intuyéndolo, lo atajó y llegó a tener por un momento el rabo de la liebre entre sus fauces. Luego, en las parras siguientes, el matacán regateó con tanta

sabiduría que le sacó dos cuerpos al lebrel. Don Benjamín galopaba en el Hunter inglés voceando: «¡Hala, hala!», y así llegaron a las pajas del Otero del Cristo y, una vez que comenzó la pendiente, el matacán fue sacándole ventaja al perro hasta que se perdió de vista. Al cabo de un tiempo el lebrel regresó derrotado. Era un perro que desbarraba mucho y como el terreno estaba duro se le pusieron los pies calientes. Durante una semana, don Benjamín le tuvo amarrado con unos botines de algodón empapados en aceite de enebro, y cuando lo dio por curado se reunió con el Ponciano, el Antonio y los hermanos Hernando para estudiar la estrategia a seguir en su lucha contra el matacán. La encerrona que le prepararon fue tan alevosa que el Antonio lo derribó, al fin, de dos disparos desde su puesto, camino del perdedero, cuando el matacán se había zafado ya del Sultán, del Quin, del lebrel de Arabia y de la escopeta del Norberto. Al cabo lo guisaron en la cantina de Hernando Hernando, pero nadie pudo probar bocado porque el animal tenía un gusto que tiraba para atrás.

Un chusco para cada castellano

Conforme lo dicho, las tierras de mi pueblo quedan circunscritas por las de Pozal de la Culebra, Navalejos, Villalube del Pan, Fuentetoba, Malpartida y Molacegos del Trigo. Pozal de la Culebra es la cabeza y allí están el Juzgado, el Registro, la notaría y la farmacia. Pero sus tierras no por ello son mejores que las nuestras, y el trigo y la cebada hay que sudarlos al igual que por aquí. Los tesos, sin embargo, nada tienen que ver con la división administrativa, porque los tesos, como los forúnculos, brotan donde les place y no queda otro remedio que aceptarlos donde están y como son. Y de eso —de tesos— no andamos mal en mi pueblo, pues, aparte el páramo de Lahoces, tenemos el Cerro Fortuna, el Otero del Cristo, la Lanzadera, el Cueto Pintao y la Mesa de los Muertos. Éste de la Mesa de los Muertos también tiene sus particularidades y su leyenda. Pero iba a hablar de las tierras de mi pueblo que se dominan, como desde un mirador, desde el Cerro Fortuna. Bien mirado, la vista desde allí es como el mar, un mar gris y violáceo en invierno, un mar verde en primavera, un mar amarillo en verano, y un mar ocre en otoño, pero siempre un mar. Y de ese mar, mal que bien, comíamos todos en mi pueblo. Padre decía a menudo: «Castilla no da un chusco para cada castellano», pero en casa comíamos más de un chusco y yo, la verdad por delante, jamás me pregunté, hasta que no me vi allá, quién quedaría sin chusco en mi pueblo. Y no es que Padre fuese rico, pero ya se sabe que el tuerto es el rey en el país de los ciegos, y Padre tenía voto de compromisario por aquello de la contribución. Y, a propósito de tuertos, debo aclarar que las argayas de los trigos de mi pueblo son tan fuertes y aguzadas que a partir de mayo se prohíbe a las criaturas salir al campo por temor a que se cieguen. Y esto no es un capricho, supuesto que el Felisín, el chico del Domiciano, perdió un ojo por esta causa, y otro tanto le sucedió a la cabra del tío Bolívar. Fuera de esto, mi pueblo no encerraba más peligros que los comunes, pero el más temido por todos era el cielo. El cielo a veces enrasaba y no aparecía una nube en cuatro meses, y cuando la nube llegaba, al fin, traía piedra en su vientre y acostaba las mieses. Otras veces, el cielo traía hielo en mayo y los cereales, de no soplar el norte con la aurora que arrastrara la friura, se quemaban sin remedio. Otras veces, el agua era excesiva y los campos se anegaban arrastrando las semillas. Otras, era el sol quien calentaba a destiempo, mucho en marzo, poco en mayo, y las espigas encañaban mal y granaban peor. Incluso una vez, el año de los nublados, el trigo se perdió en la era, ya recogido, porque no hubo día sin agua y la cosecha no secó y no se

pudo trillar. Total, que en mi pueblo, en tanto el trigo no estuviera triturado, no se fiaban, y se pasaban el día mirando al cielo y haciendo cábalas, y recordaban la cosecha del noventa y ocho como una buena cosecha, y desde entonces era su referencia y decían: «Este año no cosechamos ni el cincuenta por cien que el noventa y ocho». O bien: «Este año la cosecha viene bien, pero no alcanzará ni con mucho a la del noventa y ocho». O bien: «Con coger dos partes de la del noventa y ocho ya podemos darnos por contentos». En suma, en mi pueblo los hombres miran al cielo más que a la tierra, porque aunque a ésta la mimen, la surquen, la levanten, la peinen, la ariquen y la escarden, en definitiva lo que haya de venir vendrá del cielo. Lo que ocurre es que los hombres de mi pueblo afanan para que un buen orden en los elementos atmosféricos no les coja un día desprevenidos; es decir, por un por si acaso.

Y allí, en la enorme extensión de tierras que se abarca desde el Cerro Fortuna, silban los alcaravanes en los crepúsculos de junio, celebran sus juicios los cuervos durante el invierno y se asientan en el otoño los bandos nuevos de avutardas, porque en un campo así, tan pelado y desguarnecido, no es cosa fácil sorprenderlas.

Grajos y avutardas

En la gran planicie que forman las tierras de mi pueblo, de la parte de Molacegos del Trigo, hay una guerrilla de chopos y olmos enanos, donde al decir del Olimpio celebraban sus juicios los grajos en invierno. El Olimpio aseguraba haberlos visto por dos veces, según salía con la huebra al campo de madrugada. Al decir del Olimpio, los jueces se asentaban sobre las crestas desnudas de los chopos, mientras el reo, rodeado por una nube de grajos, lo hacía sobre las ramas del olmo que queda un poco rezagado según se mira a la izquierda. Al parecer, en tanto duraba el juicio, los cuervos se mantenían en silencio, a excepción de uno que graznaba patéticamente ante el jurado. La escena, según el Olimpio, era tan solemne e inusual que ponía la carne de gallina. Luego, así que el informador concluía, los jueces intercambiaban unos graznidos y, por último, salían de entre las filas de espectadores tres verdugos que ejecutaban al reo a picotazos sin que la víctima ofreciera resistencia. En tanto duraba la ejecución, la algarabía del bando se hacía tan estridente y siniestra que el Olimpio, la primera vez, no pudo resistirlo y regresó con la huebra al pueblo. Cuando el Olimpio contó esta historia, Hernando Hernando dijo que había visto visiones, pero entonces el Olimpio dijo que le acompañáramos y allá fuimos todo el pueblo en procesión hasta el lugar y, en verdad, los grajos andaban entre los terrones, pero así que nos vieron levantaron el vuelo y no quedó uno. Hernando Hernando se echó a reír y le preguntó al Olimpio dónde andaba el muerto y el Olimpio, con toda su sangre fría, dijo que lo habrían enterrado. Lo cierto es que dos años después regresó al pueblo con el mismo cuento y nadie le creyó. Yo era uno de los escépticos, pero, años más tarde, cuando andaba allá afanando, cayó en mis manos un libro de Hyatt Verrill y vi que contaba un caso semejante al del Olimpio y lo registraba con toda seriedad. Sea de ello lo que quiera, los cuervos constituyen una plaga en mi pueblo y de nada vale trancar los palomares durante la sementera una vez que los grajos andan sueltos, porque ya es sabido que allá donde caen estos pajarracos remueven los sembrados y acaban con la simiente.

De la misma llanada que se extiende ante los árboles eran querenciosas, en el otoño, las avutardas una vez los pollos llegaban a igualones. Eran pájaros tan majestuosos y prietos de carnes que tentaban a todos, incluso a los no cazadores, como Padre. Sin embargo, su desconfianza era tan grande que bastaba que uno abandonara el pueblo por el camino de Molacegos del Trigo para que ellas remontasen el vuelo sin aguardar a ver si era hombre o mujer, o

si iba armado o desarmado. En cambio, de las caballerías no se espantaban, de forma que en el pueblo empezaron a cazarlas desde una mula, el cazador a horcajadas cubierto con una manta. El sistema dio buenos resultados e incluso Padre, que no disparaba más que la bota durante las cangrejadas de San Vito, cobró una vez un pollo de seis kilos que estaba cebado y tierno como una pava. Pero el pollo ese no fue nada al lado del macho que bajó el Valentín, el secretario, que dio en la báscula trece kilos con cuatrocientos gramos. El Valentín andaba jactancioso de su proeza, hablando con unos y con otros, y decía: «El caso es que no sé si disecarlo o hincarle el diente». Don Justo del Espíritu Santo le aconsejaba que lo disecara, pero el Ponciano abogaba por una merienda en la bodega de la señora Blandina. Así pasaron los días y cuando el Valentín se decidió y, finalmente, reunió a los amigos en la bodega de la señora Blandina y tenía todo dispuesto para asarla, vino un mal olor y el Emiliano dijo: «Alguien se ha ido». Pero nadie se había ido sino que la avutarda estaba podrida y empezaba a oler. Pero al animal no le quedaban más plumas que las del pescuezo y el obispillo, y tampoco era cosa de disecarla así.

Las Piedras Negras

Próximo a la Pimpollada, sin salirse del páramo, según se camina hacia Navalejos, en la misma línea del tendido, se observa en mi pueblo un fenómeno chocante: lo que llamamos de siempre las Piedras Negras. En realidad, no son negras las piedras, pero comparadas con las calizas, albas y deleznables, que, por lo regular, abundan en la comarca, son negras como la pez. A mí siempre me intrigó el fenómeno de que hubiera allí una veta aislada de piedras de granito que, vista en la distancia —que es como hay que mirar las cosas de mi pueblo—, parece un extraño lunar. Allí fue donde me subió mi tío Remigio, el cura, el que fue compañero de seminario de don Justo del Espíritu Santo, en Valladolid, la vez que vino por el pueblo a casar a mi prima Emérita con el veterinario de Malpartida. Yo le dije entonces a bocajarro: «Tío, ¿qué es la vocación?». Y él me respondió: «Una llamada». Y yo le dije: «¿Cómo siente uno esa llamada?». Y él me dijo: «Eso depende». Y yo le dije: «Tengo dieciséis años y nada. ¿Es cosa de desesperar, tío?». Y él me dijo: «Nada de eso; confía en la misericordia de Dios».

Mi tío Remigio era muy nervioso y movía siempre una pierna porque sentía como corrientes y en ocasiones, cuando estaba confesando, tenía que abrir la puerta del confesonario para sacar la pierna y estirarla dos o tres veces. Mi tío Remigio era flaco y anguloso y nada había redondo en su cuerpo fuera de la coronilla, y cuando yo le pregunté si se sabía cura desde chico, tardó un rato en contestar y al fin me dijo: «Yo oí la voz del Señor cazando perdices con reclamo, para que lo sepas». Yo me quedé parado, pero, al día siguiente, el tío Remigio me dijo: «Vente conmigo a dar un paseo». Y pian pianito nos llegamos a las Piedras Negras. Él se sentó en una de ellas y yo me quedé de pie, mirándole a la cara fijamente, que era la manera de hacerle hablar. Entonces él, como si prosiguiera una conversación, me dijo: «Yo nunca había cazado perdices con reclamo y una primavera le dije a Patrocinio, el guarda: “Patro, tengo ganas de cazar perdices con reclamo”. Y él me dijo: “Aguarda a mayo y salimos con la hembra”. Y yo le dije: “¿La hembra?”. Y él me dijo: “Es el celo, entonces, y los machos acuden a la hembra y se pelean por ella”. Y de que llegó mayo subimos y en un periquete, sobre estas mismas piedras, hizo él un tollo con cuatro jaras y nos encerramos los dos en él, yo con la escopeta, vigilando. Y, a poco, él me dijo: “¿No puedes poner quieta la pierna?”. Y yo le dije: “Son los nervios”. Y él me dijo: “Aguántalos, si te sienten no entran”. Y la hembra, enjaulada a veinte pasos de la mirilla, hacía a cada paso: “Core-ché, co-re-ché”. Entonces me gustaban mucho las mujeres y

a veces me decía: “¿Qué puede hacer uno para librarse de las mujeres?”. Y cuando la hembra ahuecó la voz, Patrocinio me susurró al oído: “Ojo, ya recibe… ¿No puedes poner quieta la pierna?”. De frente, a la derecha de mi campo visual, apareció el macho majestuoso. Patrocinio me susurró al oído: “¡Tira!”. Pero yo apunté y bajé luego la escopeta. Y me dijo Patrocinio: “¡Tira! ¿A qué demonios aguardas?”. Volví a armarme y apunté cuidadosamente a la pechuga del macho de perdiz. “¡Tira!” volvió a decirme Patrocinio, pero yo bajé de nuevo la escopeta. “No puedo; sería como si disparase contra mí mismo”. Él entonces me arrebató el arma de las manos, apuntó y disparó, todo en un segundo. Yo había cerrado los ojos y cuando los abrí el macho aleteaba impotente a dos pasos de la jaula. Al salir del tollo me dijo Patrocinio de mal humor: “Esa pierna adelantarías más cortándola”. Pero yo sentí náuseas y pensaba: “Ya sé lo que he de hacer para que las mujeres no me dominen”. Y así es como me hice religioso».

Yo tenía la boca seca y escuchaba embobado, y al cabo de un rato le dije a mi tío Remigio: «Pero en la jaula era la hembra la que estaba encerrada, tío». A mi tío Remigio le brillaban mucho los ojos, dio dos pataditas al aire y me dijo: «¿Qué más da, hijo? Lo importante es poner pared por medio».

La Mesa de los Muertos

A mí, como ya he dicho, siempre me intrigaron las deformidades geológicas y recuerdo que la vez que le pregunté al profesor Bedate por el fenómeno de las Piedras Negras, se puso a hablarme de la época glacial, del ternario y del cuaternario y me dejó como estaba. Es lo mismo que cuando yo le pregunté al Topo, el profesor de Matemáticas, qué era *pi* y él me contestó que «tres, catorce, dieciséis», como si eso fuera una respuesta. Cuando yo acudí al Topo o al profesor Bedate, lo que quería es que me respondieran en cristiano, pero está visto que los que saben mucho son pozos cerrados y se mueven siempre entre abstracciones. Por eso me libré muy mucho de consultar a nadie por el fenómeno de la Mesa de los Muertos, el extraño teso que se alzaba a medio camino entre mi pueblo y Villalube del Pan. Era una pequeña meseta sin acceso viable, pues sus vertientes, aunque no más altas de seis metros, son sumamente escarpadas. Arriba, la tierra, fuerte y arcillosa, era lisa como la palma de la mano y tan sólo en su lado norte se alzaba, como una pirámide truncada, una especie de hito funerario de tierra apelmazada. En mi pueblo existía una tradición supersticiosa según la cual el que arara aquella tierra cogería cantos en lugar de mies y moriría tan pronto empezara a granar el trigo de los bajos. No obstante, allá por el año seis, cuando yo era aún muy chico, el tío Tadeo le dijo a don Armando, que era librepensador y hacía las veces de alcalde, que si le autorizaba a labrar la Mesa de los Muertos. Don Armando se echó a reír y dijo que ya era hora de que en el pueblo surgiera un hombre y que no sólo podía labrar la Mesa sino que la Mesa era suya. El tío Tadeo hizo una exploración y al concluir el verano se puso a trabajar en una especie de pluma para izar las caballerías a la meseta. Para octubre concluyó su ingenio y tan pronto se presentó el tempero, armó la pluma en el morro y subió las caballerías entre el asombro de todos. La mujer del tío Tadeo, la señora Esperanza, se pasaba los días llorando y, a medida que transcurría el tiempo, se acentuaban sus temores y no podía dormir ni con la tila de Fuentetoba, que, al decir de la tía Marcelina, era tan eficaz contra el insomnio que el Gasparín, cuando anduvo en la mili, le tuvieron una semana en el calabozo sólo porque tomó media taza de aquella tila y se quedó dormido en la garita, cuando hacía de centinela. El caso es que, al comenzar la granazón, todos en el pueblo, antes de salir al campo a escardar, se pasaban por la casa del tío Tadeo y le preguntaban a la Esperanza: «¿Cómo anda el Tadeo?». Y ella respondía de malos modos, porque por aquellas fechas estaba ya fuera de sí. Sin embargo, una cosa

chocaba en el pueblo, a saber, que don Justo del Espíritu Santo no se pronunciase ni a favor ni en contra de la decisión del tío Tadeo, y tan sólo una vez dijo desde el púlpito que no por rodear nuestras tierras de unas murallas tan inexpugnables como las de Ávila sería mayor la cosecha, ya que el grano lo enviaba Dios.

El Olimpio y la Macaria creyeron entender que don Justo del Espíritu Santo aludía con ello veladamente a las escarpaduras de la Mesa de los Muertos, pero don Justo del Espíritu Santo no dio nunca más explicaciones. No obstante, el trigo creció, verdegueó, encañó, granó y se secó sin que el tío Tadeo se resintiera de su buena salud, y cuando llegó la hora de segar y el tío Tadeo cargó la pluma con los haces, no faltaba al pie de la Mesa de los Muertos ni el Pechines, el sacristán. Y resultó que las espigas del tío Tadeo eran dobles que las de las tierras bajas, y al año siguiente volvió a sembrar y volvió a recoger espigas como puños, y al siguiente, y al otro, y al otro, y esto, que puede ser normal en otro país, es cosa rara en nuestra comarca, que es tierra de año y vez, y al sembrado, como ya es sabido, sucede el barbecho por aquello de que la tierra tiene también sus exigencias y de cuando en cuando tiene que descansar.

El regreso

De allá yo regresé a Madrid en un avión de la SAS, de Madrid a la capital en el Taf, y ya en la capital me advirtieron que desde hacía veinte años había coche de línea a Molacegos y, por lo tanto, no tenía necesidad de llegarme, como antaño, a Pozal de la Culebra. Y parece que no, pero de este modo se ahorra uno dos kilómetros en el coche de San Fernando. Y así que me vi en Molacegos del Trigo, me topé de manos a boca con el Aniano, el Cosario, y de que el Aniano me puso la vista encima me dijo: «¿Dónde va el Estudiante?». Y yo le dije: «De regreso. Al pueblo». Y él me dijo: «¿Por tiempo?». Y yo le dije: «Ni lo sé». Y él me dijo entonces: «Ya la echaste larga». Y yo le dije: «Pchs, cuarenta y ocho años». Y él añadió con su servicial docilidad: «Voy a la capital. ¿Te se ofrece algo?». Y yo le dije: «Gracias, Aniano». Y luego, tan pronto cogí el camino, me entró un raro temblor, porque el camino de Molacegos, aunque angosto, estaba regado de asfalto y por un momento me temí que todo por lo que yo había afanado allá se lo hubiera llevado el viento. Y así que pareé mi paso al de un mozo que iba en mi misma dirección, le dije casi sin voz: «¿Qué? ¿Llegaron las máquinas?». Él me miró con desconfianza y me dijo: «¿Qué máquinas?». Yo me ofusqué un tanto y le dije: «¡Qué sé yo! La cosechadora, el tractor, el arado de discos…». El mozo rió secamente y me dijo: «Para mercarse un trasto de ésos habría que vender todo el término». Y así que doblamos el recodo vi ascender por la trocha sur del páramo de Lahoces un hombre con una huebra y todo tenía el mismo carácter bíblico de entonces y fui y le dije: «¿No será aquél que sube Hernando Hernando, el de la cantina?». Y él me dijo: «Su nieto es, el Norberto». Y cuando llegué al pueblo advertí que sólo los hombres habían mudado, pero lo esencial permanecía, y si Ponciano era el hijo del Ponciano, y Tadeo el hijo del tío Tadeo, y el Antonio el nieto del Antonio, el arroyo Moradillo continuaba discurriendo por el mismo cauce entre carrizos y espadañas, y en el atajo de la Viuda no eché en falta ni una sola revuelta, y también estaban allí, firmes contra el tiempo, los tres almendros del Ponciano, y los tres almendros del Olimpio, y el chopo del Elicio, y el palomar de la tía Zenona, y el Cerro Fortuna, y el soto de los Encapuchados, y la Pimpollada, y las Piedras Negras, y la Lanzadera por donde bajaban en agosto los perdigones a los rastrojos, y la nogala de la tía Bibiana, y los Enamorados, y la Fuente de la Salud, y el Cerro Pintao, y los Siete Sacramentos, y el Otero del Cristo, y la Cruz de la Sisinia, y el majuelo del tío Saturio, donde encamaba el matacán, y la Mesa de los Muertos. Todo

estaba tal y como lo dejé, con el polvillo de la última trilla agarrado aún a los muros de adobe de las casas y a las bardas de los corrales.

Y ya, en casa, las Mellizas dormían juntas en la vieja cama de hierro, y ambas tenían ya el cabello blanco, pero la Clara, que sólo dormía con un ojo, seguía mirándome con el otro, inexpresivo, patéticamente azul. Y al besarlas en la frente se le despertó a la Clara el otro ojo y se cubrió instintivamente el escote con el embozo y me dijo: «¿Quién es usted?». Y yo le sonreí y le dije: «¿Es que no me conoces? El Isidoro». Ella me midió de arriba abajo y, al fin, me dijo: «Estás más viejo». Y yo le dije: «Tú estás más crecida». Y como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, los dos rompimos a reír.

La caza de la perdiz roja

—¿Roja, jefe? ¿A qué ton le dice usted roja a la perdiz?

—Se dice roja, ¿no?

En el rostro del Juan Gualberto, el Barbas, se dibuja un gesto socarrón, displicente. Alza los hombros:

—¡Hombre, por decir!

—La perdiz tiene el pico rojo, ¿no?

—A ver.

—Y las patas rojas, ¿no?

—A ver.

—Entonces…

El Juan Gualberto es taimado y sentencioso. Lo era ya veinte años arriba, a raíz de cumplir los cincuenta. El buen perdicero, el perdicero en solitario, reserva la premura para una necesidad. Verbigracia: cuando el bando apeona hacia la ladera y es preciso sorprenderlo a la asomada. Por lo demás, el Juan Gualberto, el Barbas, es cauto y cogitabundo; gusta de llamar al pan, pan, y al vino, vino:

—Por esa regla de tres lo mismo podía decirle usted roja a la chova de campanario.

—Lo mismo.

Pero el Cazador, que conoce la perdiz pardilla, la perdiz andina y la perdiz nórdica, sabe que ninguna como la patirroja:

—Mire usted, Barbas, para bajar una pardilla o una perdiz cordillerana basta con reportarse.

El Barbas, para aculatar mejor la escopeta, saca el brazo derecho fuera de la americana.

Su hombro izquierdo está tazado, deshilachado por el tirón del morral. El Juan Gualberto, el Barbas, lleva más de cincuenta años en el oficio y conoce el ganado y sus trochas y sus querencias. Cuando echa un cacho en el campo se coloca en el cruce de dos caminos, al amparo de un carrasco, porque la liebre, como es sabido, busca el perdedero por las veredas.

—La caza no avisa.

—No avisa; no, señor.

—Ya conoce usted el refrán: al cazador, leña; al leñador, caza.

—Así es.

El Juan Gualberto utiliza una escopeta de gatillos exteriores, mohosa y desajustada, que no vio la grasa desde la guerra de Marruecos. Cuando tira,

para extraer el cartucho vacío, introduce por la boca del cañón una ramita seca de fresno a modo de baqueta y empuja hasta que sale. El Juan Gualberto, el Barbas, fuma sin echar humo; fuma una vieja colilla que es en su boca como la lengua, un apéndice inseparable. A veces la prende con un chisquero de mecha, de fuego sin llama, y, en esos casos, en torno al Barbas se forma una atmósfera irrespirable, de paja quemada. Pero el Barbas prende su colilla para dejarla apagar otra vez:

—Es la manera de sacarle el gusto al tabaco, jefe.

El perro del Juan Gualberto, el Barbas, atiende por Sultán, y está viejo y sordo y desdentado como el amo. Es un perrote carniseco y zambo, fruto de un cruce pecaminoso de loba y pastor. Pero aún rastrea y se pica y, si la pieza aguarda, hasta hace una muestra tosca y desangelada; las muestras del Sultán son inevitablemente toscas y desangeladas, pero advierten; sirven, al menos, para que uno se ponga en guardia. Y si la liebre se arranca, ladra y alborota como un podenco.

—¿Qué tiene usted que decir de este perro?

—Nada.

—Por eso —el Barbas mira tiernamente para el bicho—. Al animal sólo le falta hablar.

El Juan Gualberto, el Barbas, para todo encuentra salida, y si el Cazador le dice que su perro es viejo, ya se sabe, replicará que los años dan experiencia. Y si el Cazador le dice que nada para Castilla como un perdiguero de Burgos, dirá que los perros de raza son como esos señoritos de escopeta repetidora y botas de media caña que luego no pegan a un cura en un montón de nieve. Y si el Cazador le dice que su perro ha perdido los vientos, le saldrá con que los vientos únicamente sirven para enloquecer a los perros y levantar las perdices en el quinto pino.

A menudo, el Juan Gualberto se queda como pensativo, la colilla perdida entre los pelos de la cara, la frente fruncida noblemente bajo la boina pringosa, la misma boina que dejó en el pueblo, allá por el año nueve, para sentar plaza.

—Digo yo que qué tendrá esto de la caza que, cuando le agarra a uno, uno acaba siendo esclavo de ella.

—Así es.

—Digo yo, jefe, que esto de la caza tira de uno más fuerte que las mujeres.

—Más fuerte.

—Y más fuerte que el vino.

—Más.

Al Barbas es punto menos que inútil andarle con altas filosofías. La caza tira de uno porque sí, porque se nace con este sino, como otros nacen para borrachos o para mujeriegos. Para Juan Gualberto, el Barbas, la caza tira de uno y sanseacabó. Al Barbas es punto menos que inútil mentarle a don José Ortega y Gasset.

—¿Era ese señor una buena escopeta?

—Era una buena pluma.

—¡Bah!

Don José Ortega entendía que mediante la caza todavía el hombre civilizado «puede darse el gusto durante unas horas o unos días de ser paleolítico», es decir, de retornar a un estado provisional de primitivismo. No es una mala razón. Mas aún cabe preguntarse si un ejercicio que requiere tamaño sacrificio queda compensado por el hecho de sentirse paleolítico durante una jornada. El Cazador presume que don José Ortega omitió volver la medalla, es decir, recapacitar en las ventajas del retorno, o sea en la revalorización de las pequeñas cosas, en las satisfacciones que ordinariamente desdeñamos: unas zapatillas, unas alubias calientes, un baño tibio o un brasero de picón de encina. De este modo, la caza se convierte en un doble placer, en un placer de ida y vuelta. Durante seis días de la semana el Cazador se carga de razones para olvidar durante unas horas los convencionalismos de la civilización, la rutina cotidiana, lo previsible. Al séptimo, sale al campo, se satura de oxígeno y libertad, se enfrenta con lo imprevisto, siente la ilusión de crear su propia suerte… pero, al propio tiempo, se fatiga, sufre de sed, padece calor o frío. En una palabra, en una sola jornada el Cazador se carga de razones para abandonar su experiencia paleolítica y retornar a su estado de domesticidad confortable.

—Desengáñese, jefe, el torero torea porque tiene sangre torera y el cazador caza porque tiene sangre cazadora. Esto de la caza nace con uno; se mama. Todo lo demás son cuentos.

El Juan Gualberto mira de frente y al mirar ahonda, le desnuda a uno por dentro, y el Cazador titubea. En la frente, bajo la boina, se le dibujan al Juan Gualberto unos surcos profundos, paralelos, como los de la nava, abajo, en derredor del Castillo.

—Madrugar —añade, y escupe, y el escupitajo tiembla unos segundos en la púa de un cardo reseco—. Para el cazador no es sacrificio madrugar. El sacrificio es acostarse la noche del sábado. ¿Es cierto eso, jefe, o no es cierto?

Al Cazador le basta el presentimiento de una perdiz para que en su interior se desate una revulsión psíquica. El Cazador puede asegurar que ni un solo día de caza oyó el despertador. Es él —el Cazador— quien a las seis y media de la mañana —hora que durante el resto de la semana salta sobre él en la total inconsciencia— despierta al despertador oprimiéndole el ombligo para que no alborote. Antes, de doce a seis, el Cazador se ha despertado media docena de veces. Contra esto no hay quien luche.

—Tanto le digo del hambre, el frío o el dolor de pies. ¿Es que le duelen a usted los pies, jefe, cuando se le arranca una perdiz bien recia de entre unas escobas?

—No, señor; no duelen.

—¿Y siente frío entonces?

—No, Barbas.

—¿Y siente hambre?

—Tampoco.

El Barbas levanta el dedo índice a la altura de su boina:

—Por eso —dice.

El Juan Gualberto, el Barbas, tiende la noble, profunda mirada sobre la nava apuntada de cereales. Del otro lado, se encadenan los tesos, blancos y desguarnecidos, como una muralla.

En puridad, el Cazador no siente la fatiga o el hambre o el frío sino cuando la ausencia de caza es total; cuando tras horas y horas de patear el monte no salta pieza, ni se observa rastro de ella, como si ese trozo de mundo hubiese sido previamente arrasado para su propio escarnio. Basta, sin embargo, que una perdiz se arranque en ese instante para que toda molestia se disipe; para que surja, de nuevo, el hombre íntegro y ávido que era el Cazador al iniciarse la jornada. Ante una perdiz que apeona surco arriba o en raudo vuelo hacia el monte, el Cazador se electriza, en fulminante metamorfosis se convierte en hombre primitivo, se estimulan sus facultades de acecho, mimetismo y simulación. En suma, ante una perdiz que escapa, el Cazador se siente desafiado. Toda una ardua jornada de fatigas e incomodidades no logrará sino enconar el reto. El Cazador no cejará mientras no procure a «su rival» un escarmiento.

—¿Sabe usted, Barbas, lo que decía don José Ortega sobre lo que el cazador siente en el momento de disparar?

El Juan Gualberto se atusa las barbas complacidamente.

—Ese don José —dice— ¿era una buena escopeta?

—Era una buena pluma.

—¡Bah!

Don José Ortega y Gasset afirmaba que al cazador, en el momento de disparar, le invade una suerte de vacilación compasiva, «como un fondo inquieto de conciencia ante la muerte que va a dar al encantador animal». Empero, el Cazador vacila ante este noble gesto de vacilación que tan generosamente le atribuye don José Ortega en el trance culminante de la caza.

—Déjese de monsergas. Se ve que ese don José no sudó nunca una perdiz por una ladera.

Al subir de precio la munición, el Juan Gualberto empezó a fabricar los cartuchos en casa. Hacía la pólvora con clorato y azúcar y en vez de perdigón metía pedazos de clavos. El pistón lo recargaba con dos cabezas de cerillas, de forma que, al oprimir el gatillo, la explosión demoraba cuatro o cinco segundos. Primero hacía *psssssss* y cuatro o cinco segundos después retumbaba el disparo. El Juan Gualberto, el Barbas, había de seguir todo ese tiempo la pieza por los puntos de la escopeta si aspiraba a derribarla.

—Aviado iría uno si se le ocurriera vacilar, ¿eh, jefe?

El Cazador confiesa, con un poco de rubor, que nunca vaciló ante una perdiz, entre otras razones porque unos instantes de vacilación ante una perdiz en Castilla bastan para desperdiciar la oportunidad de cobrarla. El Cazador es de natural pacífico y le repugna, por ejemplo, el sacrificio a sangre fría de las aves de corral. El fenómeno natural de la muerte le trastorna. Pero con la caza es distinto. El Cazador jamás caza a sangre fría. Las perdices se la calientan de inmediato; le basta el primer vuelo, el desafío inicial. Todos los esfuerzos que seguidamente realiza el Cazador van encaminados a abatirla. La persecución, ladera arriba, en agotadora caminata, va avivando en él un instinto de crueldad que llegado el momento decisivo no le permite vacilar sino, si es caso, precipitarse y pensar: «Paga tú por todas». Las perdices no tuvieron compasión del Cazador, le han traído y llevado, le han hecho subir y bajar, literalmente le han extenuado… Sería inconsecuente que en el instante de apretar el gatillo el Cazador vacilase. La caza origina en el cazador una segunda naturaleza. Esa hipersensibilidad que muchos seres sentimos ante la agonía de una bestia se esfuma en el monte. Es más, el cazador menos amigo de las escenas cruentas se siente muy capaz, en plena, ardorosa faena, de

cortar el último resuello del animal herido con las propias manos. Horas después, enrolado nuevamente en la vida doméstica, es muy posible que el cazador vacile en el momento de propinar un palmetazo a una mosca.

—¿Sabe usted lo que me dice la Celsa cada vez que mata el capón allá para Navidad?

—¿Qué le dice?

—Que sujete y no me acobarde, que con las perdices no me ando con tantos miramientos.

—¿Y usted qué hace?

—Ya ve, sujetar, pero, cada vez que salta la sangre, créame que me da una vuelta así el estómago; se me hace que voy a devolver.

El Sultán merodea en torno al Barbas. El Juan Gualberto no necesita hablarle al Sultán. Le basta con mirarle. A veces el animal olfatea ansiosamente las tres perdices que penden de la cintura del Barbas y una pluma dorada y gris se alza en el aire transparente del páramo.

El sol declina y la sombra maciza del Castillo se proyecta, como un oscuro monstruo, sobre la nava. El Juan Gualberto chupetea la colilla ávidamente, como si, de pronto, le hubieran asaltado las prisas.

—Atienda; cuando la perdiz valía dos reales nadie se tomaba el trabajo de salir al campo por ella. Pero ahora que la perdiz da la peseta, ocurre lo que con el cangrejo: se acaban el primer día.

Hay otras dos razones que ayudarán a explicar el porqué del placer de la caza de la perdiz: la primera, el hecho de que las piezas cuya captura se busca sean, en cierto modo, animales preciados, y, segunda, el que la perdiz esté dotada por la naturaleza de unos instintos sutiles y unas dotes físicas que se traducen en una estrategia defensiva verdaderamente admirable. A menudo, en circunstanciales reuniones de cazadores, el Cazador escucha frases como ésta: «A mí tanto me da una perdiz como una urraca; el caso es tirar tiros». Esto es posible, mas también es indudable que el que esto afirme no tiene nada de cazador; será, a lo sumo, un consumado pirotécnico. El Cazador se goza en perseguir a un animal que, sobre saber defenderse, encierra un valor en sí. Esto quiere decir que abatir una perdiz no es lo mismo que abatir un alcaraván; no depara el mismo placer cinegético pese al éxito de ambos disparos. Quedamos, pues, en que únicamente la caza de animales que «sirven para algo» justifica el ejercicio venatorio. Entre cazadores se emplea despectivamente la frase de «ése va a por carne», cuando, en realidad, todos, en mayor o menor medida, vamos a por carne. De lo contrario,

organizaríamos cacerías de grajos, más abundantes y que por su carácter esquivo sirven también para ejercitar la puntería. Para el Cazador, carece de gracia abatir un animal cinegética y gastronómicamente inútil.

Ahora bien, no basta que la presa sea apetitosa para despertar la satisfacción cinegética; es preciso, además, que el animal sepa defenderse y que no debilitemos esas posibilidades defensivas mediante una estrategia alevosa. La satisfacción que procura derribar desde un *jeep* una perdiz a peón es muy modesta al lado de la satisfacción que depara derribarla tras la accidentada persecución por una ladera. El Cazador no ha cazado nunca urogallos durante el celo del macho, pero imagina que la sigilosa aproximación por el bosque, al ritmo del canto amoroso y confiado del animal, buscando el ángulo de tiro más adecuado, podrá ciertamente levantar en un alma cazadora furtivas emociones, pero nunca la pura y decantada emoción venatoria cuya última manifestación, y no por cierto la más importante, es el disparo. A este respecto convendrá advertir que no es mejor cazador quien más afina la puntería; la caza es un proceso muy complejo en el que se conjugan factores más decisivos que el de la simple destreza. De otro modo el tiro al blanco llenaría más cómodamente nuestras exigencias de este orden.

—Parece como que hablara usted del año veinte, coño.

—No es eso, Barbas. No hablo de lo que es, sino de lo que debería ser.

—Por eso.

Allá por el año veinte, el Juan Gualberto era un hombre libre, tras un animal libre, sobre una tierra libre. Aún no había subido la munición y el Juan Gualberto compraba cartuchos de pólvora con humo, que eran más económicos. Por entonces, el Juan Gualberto no había oído hablar del ojeo. Por entonces, para comer peces todavía era necesario mojarse el culo. Pero aquellos tiempos quedan muy lejos.

—Antaño las perdices se cazaban con las piernas, ¿es cierto esto, jefe, o no es cierto?

—Cierto, Barbas.

—Hoy basta con aguardar.

—Así es.

—¿Y sabe quién tuvo la culpa de todo?

—¿Quién, Barbas?

—Las máquinas.

—¿Las máquinas?

—Atienda, jefe, las máquinas nos han acostumbrado a tener lo que queremos en el momento en que lo queremos. Los hombres ya no sabemos aguardar.

—Puede ser.

—¿Puede ser? El hombre de hoy ni espera ni suda. No sabe aguardar ni sabe sudar. ¿Por qué cree usted que va hoy tanta gente al fútbol ese?

El Cazador se encoge de hombros.

—Porque en la pradera hay veintidós muchachos que sudan por ellos. El que los ve, con el cigarro en la boca, se piensa que también él hace un ejercicio saludable. ¿Es cierto esto o no es cierto?

—No lo sé, Barbas.

El Juan Gualberto consiguió su primera escopeta cuando era aún un rapaz. Se la cambió al Cirilo, el Sacristán, por un reloj de bolsillo que se paraba cada dos horas. A los veinte minutos del trueque, el Juan Gualberto, que era aún un rapaz, se llegó donde el Cirilo y le dijo para cubrirse: «Cirilo, para que no me viera mi madre con la escopeta la tiré por encima de las bardas del corral y con el golpe se ha marrotado toda». El Cirilo, el Sacristán, rompió a reír. «Peor para ti —le dijo—. Nadie te mandó ser tan bruto». Pero, al día siguiente, el Cirilo buscó al Juan Gualberto y le dijo: «Oye, ¿tú sabes que tu reloj se para cada dos horas?». El Juan Gualberto puso cara de inocente. «Bueno —dijo—. Al fin y al cabo ahora estamos iguales».

El Juan Gualberto se enmaraña las barbas con sus dedos nerviosos. Añade:

—Los hombres de hoy ni saben aguardar ni saben sudar, se lo digo yo. Por eso se inventaron el ojeo. Antes la perdiz se cazaba con las narices del perro y las piernas del cazador. Sólo ahora se matan con escopeta. Pero yo digo, jefe, cuando el hombre tiene que esconderse para hacer una cosa, es que esa cosa que hace no está bien hecha.

La nava se incendia con el último sol de noviembre y la sombra negra del Castillo gatea por el sembrado y alcanza ya casi las faldas peladas de los cerros de enfrente. El sol muerde la línea de las colinas y parece ensancharse e inflamarse. El Barbas apunta el inmenso globo incandescente con su dedo grande y áspero:

—Se hincha cuando se acuesta, como las gallinas.

—Sí.

El Juan Gualberto se pasa los dedos por las barbas y se rasca con un ruido como de rastrojos hollados:

—Desengáñese —dice—, los hombres de hoy ya no tienen paciencia. Si quieren ir a América agarran el avión y se plantan en América en menos tiempo del que yo tardo en aparejar el macho para ir a Villagina. Y yo digo, si van con estas prisas, ¿cómo coños van a tener paciencia para buscar la perdiz, levantarla, cansarla y matarla luego, después de comerse un taco tranquilamente a la abrigada charlando de esto y de lo otro? Y no es aquello de que lo hagan los señoritos. Los señoritos empezaron con ello pero el mal ejemplo cunde y hoy, como yo digo, todo cristo caza al ojeo.

En principio el ojeo requería para sus practicantes una holgura económica que hoy no es necesaria, al menos para su sucedáneo, el ganchito. Sin duda, el ojeo mediante una dilatada cuadrilla de ojeadores, con banderolas, cuerno de avisos, pantallas, secretarios y caballerías en los costados, continúa siendo un deporte aristocrático. Pero, de hecho, el ojeo, en su versión popular, el ganchito, puede practicarse hoy con cuatro perras gordas; son suficientes cinco chavales —los primogénitos de las escopetas— para que el acoso de los pájaros hacia la línea de fuego se produzca. El caso es alterar la esencia misma de la caza y que en lugar de buscar la pieza con un gasto personal de energías, sea la pieza la que se desgaste buscándonos a nosotros, sus matadores. De este modo la caza se convierte en un deporte pasivo; en un ejercicio de tiro aséptico y sin sorpresa.

—Luego le vendrán a usted con que no se matan más perdices al ojeo que cazando a rabo. ¡Mentira podrida! Precisamente anteanoche me leía don Ctesifonte, el maestro, una entrevista con uno de esos señorones de postín, que se ufanaba de haber cobrado quinientas perdices en una sola cacería. ¿Cree usted que ese señor, moviendo las pantorrillas y con el perro al lado, puede hacer una carnicería semejante en una ladera que yo me sé?

—No es fácil, Barbas.

—Bueno, pues don Ctesifonte dale con que a esos señores que nos visitan, políticos o lo que sean, hay que entretenerlos de alguna manera. Pero lo que yo me digo, si lo que esos señores quieren es matar el rato, que les suelten cuatro pichones en una pradera y todos contentos.

El morral del Juan Gualberto, deshinchado como un globo deshinchado, ofrece un aspecto desolador.

—Y lo que pasa. Liebres no quedan, ¿de qué? Y de las perdices no se fíe usted mucho. Ya ve, sin ir más lejos, en Villagina, el año pasado. De que se abre la veda, se planta allí un autobús con treinta escopetas: veinte adelante y diez de retranca. Bien. Van y contratan veinte mozos del pueblo. Ojeo va, ojeo viene, las que no mataban los unos, las mataban los otros. ¿Qué cree

usted que quedó allí al cabo de tres días? Si levanto los cinco dedos de la mano tenga usted por seguro que exagero. Y luego los extranjeros esos. ¿Sabía usted, jefe, que ahora a los extranjeros les da por venir a divertirse a España matando nuestras perdices?

—Necesitamos divisas, Barbas.

La frente del Juan Gualberto se pliega como el fuelle de un acordeón, como su morral, como la nava abajo ya medio adormecida.

—Déjese de coplas. Por lo que dice don Ctesifonte, la vida en España para los únicos que está cara es para los españoles. ¿No es hora de que la pongamos también cara para los extranjeros esos que vienen por nuestras perdices? Y si no, vea usted mismo lo que pasó con los toros.

—¿Qué pasó con los toros, Barbas?

—No se haga de nuevas. Los extranjeros esos se metieron en las plazas de toros por ver cómo nos divertíamos los españoles. Sólo por eso. Pero todo les chocaba tanto que a los españoles que aún iban a los toros les divertía más que la fiesta ver las caras que ponían los turistas esos. Y como ellos venían con la bolsa bien repleta, pues nada, que los toros empezaron a subir de precio y se pusieron por las nubes. Y un día los extranjeros esos dijeron: «Bueno, ya está; ya sabemos cómo se divierten los españoles». Y dejaron de ir a la plaza. ¿Y qué cree usted que pasó entonces?

—¿Qué, Barbas?

—Pues pasó que los precios ya no bajaron. Pero los españoles no podíamos subir a los precios. Y las plazas, pues eso, se quedan, desde entonces, medio vacías.

El Juan Gualberto hace una pausa. Mecánicamente se acaricia la barba y tiende la mirada por la nava oscurecida. En el páramo reina el silencio. De pronto, sobre el montículo de tomillos, un macho da el *co-re-ché*. El Barbas ladea la cabeza:

—Mire donde anda la zorra de ella.

El caso es que la perdiz roja se ha puesto de moda en el mundo. El hecho tendría una importancia relativa si esta especie se diera en todas partes. Pero si concluimos que la patirroja común apenas pervive —malvive— en limitadas zonas de Francia y en la península ibérica, es muy comprensible que los españoles pongamos un apasionado fervor en conservarla. El Cazador no llega a aquello de decir que lo que haya en España deba ser de los españoles —entre otras razones porque la gran tirana del siglo XX, la divisa, también reclama sus fueros—, pero sí que los españoles debemos ser los privilegiados

en su disfrute, de forma que las trabas que el extranjero encuentre para hacerse con una perdiz española sean al menos parejas con las que encuentre un español, digamos, para hacerse con un Volkswagen.

—Don José Ortega decía que la caza se justifica en razón de su escasez, Barbas. ¿Qué le parece?

El Juan Gualberto mira al Cazador esquinadamente, casi torvamente.

—A saber con qué se come eso.

—Barbas, don José Ortega quería decir que si las perdices se nos metieran en casa por la ventana, no nos molestaríamos en cazarlas.

Los pardos ojos del Juan Gualberto se han vuelto escépticos.

—Ese don José —dice— ¿era por un casual una buena escopeta?

—Era una buena pluma.

—¡Bah!

Según Ortega, la suprema razón que explica el hecho de que en el mundo se cace es que hay y ha habido siempre poca caza. En efecto, la superabundancia de piezas ocasionaría, enseguida, saciedad y hastío. El confitero no come caramelos ni paladea el farmacéutico pastillas para la tos. No obstante, el Cazador debe aclarar que no caza por el hecho de que haya pocas piezas, sino instigado por la esperanza, repetida cada jornada, de que por una vez se quiebre la racha de escasez. No hay cazador que al salir al campo no piense en hacer una buena percha. Luego viene el tío Paco con la rebaja y, un día tras otro, el Cazador ha de regresar con las orejas gachas. Porque con la caza sucede como con todo, que el forastero jamás encuentra lo que busca en su fase de mayor abundancia o plenitud. Si el Cazador interroga a un pastor o a un campesino, le dirá que «para perdices, el año pasado» y «para liebres, cuando la guerra». Es presumible, sin embargo, que si el Cazador hubiese subido al mismo páramo «el año pasado» o «cuando la guerra» no hubiera encontrado allí mayor abundancia de perdices o de liebres. Pero, pese a todo, el Cazador no abdica porque cada vez espera que se repita la eventualidad de «el año pasado» o de «cuando la guerra». En toda cacería hay un momento propicio, a veces unos minutos, que hay que aprovechar para poblar la percha y llenar el zurrón. Éste es un fenómeno no sometido a una causalidad definida pero que habrá comprobado todo el que sea cazador. Mas luego acontece que, como con la guerra, el Cazador, en su tertulia, hace tabla rasa de las horas amargas que pasó en el monte sin ver pieza y, por contra, reconstruye, amorosa y morosamente, los instantes más gloriosos de cada cacería. El Cazador no quiere recordar los malos tragos; es un desmemoriado consciente. Al igual que el hombre enamorado, se oculta los defectos del

objeto de su pasión y sobrestima sus virtudes. De aquí que, para el Cazador, el momento más feliz de toda cacería esté fuera de la cacería, es decir en ese momento en que, concluidos los preparativos, se dispone a partir y presiente ante sí una jornada afortunada, diáfana e inacabable.

—Mire, y perdone si le ofendo, jefe, pero a ustedes, los que escriben, siempre les gustó enredar las cosas. En mi pueblo, desde chico oí decir que valen más las vísperas que las fiestas. ¿No es eso lo que usted quiere decir?

—Algo parecido a eso, Barbas.

—Pues podía ahorrarse tanto rodeo. En cuanto al señor Ortega ese, si lo que le gusta es que haya poca caza que aguarde un poco. A la vuelta de diez años no van a quedar aquí tampoco media docena de perdices resabiadas. Se lo dice el Juan Gualberto.

—¿Por el ojeo, Barbas?

—Por el ojeo y por lo que no es ojeo.

El Juan Gualberto se acoda enfurruñado en las rodillas y sus pupilas se ensombrecen. Tras las colinas, allí donde se ha puesto el sol, el cielo toma un color encendido, rojo escarlata. Del tomillar llega otra vez la llamada del macho de perdiz. Por el cielo cruza, muy alto y bullicioso, un bando de calandrias que suben a acostarse entre los rastrojos del páramo.

El tono de voz del Juan Gualberto se hace confidencial.

—¿Quiere usted saber las perdices que se apiolan en este término con el reclamo de marzo a junio?

—¿Cuántas?

—Si le digo que un ciento de parejas seguramente me quede corto.

—¡Qué barbaridad!

—Qué barbaridad, eso digo yo, qué barbaridad. Y lo que yo me digo, eso del reclamo es como si a usted el día de la boda le aguarda el antiguo novio de su mujer con un trabuco detrás de la cortina. ¿Es eso caza, jefe?

Las barbas del Juan Gualberto, veinte años atrás, eran unas barbas macizas y negras, rígidas como las púas del erizo. Hoy, las barbas del Juan Gualberto son ralas y blancas, aceitadas como el pelo del castor. Él las acaricia con fruición, sin advertir la metamorfosis. Chupa, ahora, de la colilla como si en ello le fuera la vida. Luego mueve la cabeza de un lado a otro como con desesperanza:

—Mal camino, créame. Hágase cuenta además de que las licencias, que ayer eran diez, son hoy mil, y que con los automóviles y las motos y los «jepes» esos no queda mato por registrar. ¿Dónde se va a meter la perdiz?

El Cazador piensa que, si las actuales condiciones se prolongan, la perdiz española va a pasarlo muy mal. El campo se domestica, la destrucción de nidos queda impune, la caza de polladas a caballo en agosto y septiembre es un ejercicio normalmente aceptado, la matanza de perdices en la temporada de codorniz es un episodio cinegético sin importancia, los alaristas y lancheros actúan con la venia oficial…

—¿Tenía usted noticia, jefe, de que en Belver de los Montes agarraron quinientas parejas vivas para los americanos esos? Bueno, pues por si fuera poco, el lacero estaba autorizado a quedarse con las estranguladas. Imagine; en todo el término no se ha vuelto a ver un pájaro. Y va para cinco años.

El Juan Gualberto se incorpora y se echa las manos a los riñones. Las tres perdices muertas se balancean en su cintura. El Sultán da dos vueltas en torno suyo observando sus movimientos. El Juan Gualberto se estira poco a poco pero no llega a hacerlo del todo. Sus setenta años le pesan en las paletillas. El crepúsculo es quedo y transparente. Abajo, en la nava, las chimeneas de las casitas de adobe alientan ya en torno al Castillo.

—Se nota el relente. Vamos bajando.

El Juan Gualberto y el Cazador toman un camino de herradura. La escarcha empieza a rebrillar en las rodadas. De vez en cuando, el Barbas se detiene:

—Si lo que quiere su amigo, el señor Ortega ese, es que haya poca caza, que aguarde de aquí a diez años. Para entonces todo escoñado. Y si no, al tiempo.

El Juan Gualberto, el Barbas, camina un poco encorvado, la escopeta colgada de un raído portafusil, pero sus zancadas son firmes, de una decadente pero bien llevada dignidad. La escarcha desciende mansa, calladamente sobre el páramo, y de vez en cuando crepita levemente el rastrojo. En la punta de la nariz del Juan Gualberto empieza a formarse una gotita minúscula, transparente, que, al cobrar volumen, rueda entre sus bigotes, como una gota de rocío.

—Digo, Barbas, que aún los cotos pueden salvar la perdiz.

El Juan Gualberto escupe recio, sin detenerse. El Juan Gualberto escupe por el hueco que le queda junto al colmillo izquierdo, en el maxilar superior. El Cazador no sabe aún lo que el escupitajo del Juan Gualberto entre los relejes helados quiere decir. El Sultán, sin embargo, olfatea obstinadamente en el barro, allí donde el escupitajo del amo ha hecho blanco.

—Los cotos, ¿sabe lo que piensa un servidor de los cotos?

—¿Qué, Barbas?

—Que me gustarían si el Juan Gualberto pudiera entrar en ellos.

El camino alcanza el borde de la vaguada y abajo parpadean tímidamente las cuatro bombillas del pueblo.

—Mire usted, jefe, en los cotos cría tan ricamente la perdiz, cierto. Pero las cuatro que crían fuera también se meten en ellos de que suenan cuatro tiros. ¿Puede decirme qué saca en limpio, con los cotos esos, el Juan Gualberto?

El ideal cinegético es incontestablemente el ejercicio de la caza en libertad: hombre libre, sobre tierra libre, contra pieza libre. Y así fue como la caza se ejercitó en los primeros tiempos de la historia. Pero aquella época era otra época. El hombre cazaba para alimentarse pero también para defenderse. El hombre, centrado en una naturaleza hostil, estaba en condiciones de inferioridad con sus armas rudimentarias. Mas las circunstancias fueron cambiando. Los hombres se extendieron, progresaron, dominaron la tierra. Al arco sucedió el fusil, y a la naturaleza abrupta y hosca sucedió el campo productivo, la tierra domesticada. Al propio tiempo que el hombre se multiplicaba, la caza disminuía y, ante tal contingencia, fueron surgiendo las trabas y cortapisas. La caza empezó a dejar de ser un hecho natural y pasó a ser un hecho reglamentado. El hombre perdía su libertad, es decir debía someter su impulso cinegético a un control personal y a un límite de tiempo. La naturaleza dejaba de ser libre y aparecieron los cotos y los vedados. El animal dejaba, asimismo, de ser libre desde el momento en que su acoso se sujetaba a un límite de tiempo y lugar y su multiplicación se activaba artificialmente. En una palabra, surgió la ley con sus papeles para evitar que en este duelo hombre-animal, tan viejo como el mundo, el segundo terminara por extinguirse, y, con ello, el hombre-cazador pasara a ser un recuerdo histórico.

—Pues yo digo, Barbas, que de no ser por los cotos, a la perdiz ya podíamos cantarle un réquiem. Y de la liebre, mejor es no hablar.

Las perdices que cuelgan de la cintura del Barbas se bambolean y, a cada paso, sacuden su trasero enjuto. La gota que se desbordó por sus bigotes se ha fraccionado en minúsculas partículas y sus pelos brillan ahora como los tallos truncados de los rastrojos.

—Ése es otro cantar, jefe. Pero yo digo, el terreno libre nunca debe ser más chico que los vedados. Y al paso que vamos el Juan Gualberto tendrá que cazar en el tejado de su casa. ¿Es cierto esto o no es cierto?

El proceso de la caza ha culminado en nuestro tiempo con la democratización de este deporte. En las edades pasadas se reservaba la caza para el señor. El señor —o lo que se entendía por tal— dedicaba sus ocios a la caza para conservarse en forma para la guerra. El plebeyo, entonces, no era sino un morralero. Hoy la caza se ha popularizado. Esto no quita para que continúe habiendo cacerías más o menos aristocráticas, pero el derecho de cazar debe ser defendido y protegido no sólo pensando en aquéllos sino en el último peón de la jerarquía social. La hora de los privilegios está agonizando y todos debemos esforzarnos para que sea lo más breve posible.

El Cazador debe anticipar que al hablar de abolir privilegios no aboga por una proscripción sistemática de cotos y vedados, sino por que la extensión de éstos sea suficiente para facilitar la procreación de las especies, pero no tan dilatados que conviertan el derecho del pueblo para ejercitar la caza en una quimera.

—¿Quiere saber usted qué haría yo si fuera Franco algún día?

—¿Qué, Barbas?

El Juan Gualberto se pasa por los bigotes el envés de la mano y con un rápido ademán apaga las puntitas incandescentes de sus pelos.

—Pues mire usted, si yo fuera Franco algún día, pondría un coto aquí y otro allá. Pero cotos de verdad, ¿comprende? Unos cotos cerrados para todos, con una guardería fina, donde no se diera entrada ni al Espíritu Santo. Así la caza criaría desahogada y todos contentos; los pobres y los ricos.

Tras la pelada muralla de los tesos, asoma un cuerno de luna. Es una luna anaranjada, friolenta, que imprime forma y consistencia a la bruma que sube del arroyo.

El goce más completo para el Cazador estriba en derribar una perdiz en terreno de nadie. Los cotos, dígase lo que se quiera, dejan siempre un poso de amargura. Aquellas piezas, tal vez cobradas en abundancia, «son de alguien», «tienen un dueño», no son enteramente silvestres. Quiérase o no, el coto emana un tufo de privilegio y lo que uno haga dentro de él es fruto de una concesión. Por otra parte, y como consecuencia de esto, la pieza de coto trasciende domesticidad, se le antoja al Cazador enervada y vacilante; carece, en resumen, de la estupenda bravura, pongo por caso, de la perdiz de ladera, rodeada de mil peligros, ágil y nerviosa, siempre al acecho.

—Además…

—¿Es que hay más, Barbas?

—Aguarde. Luego traería a los extranjeros esos para exterminar las alimañas. Ellos lo pasarían en grande y nosotros agradecidos. ¿Sabe usted que un águila con crías necesita por lo bajo tres perdices diarias o liebre y media para alimentarlas? No le digo nada del turón, la urraca o el raposo. Ésos no se sacian nunca de comer.

—Pero, Barbas…

—Aguarde, jefe, aún no he concluido. Luego diría, los furtivos a la cárcel; el que mate una perdiz en veda, fuera la escopeta y fuera la licencia. Y si quiere seguir cazando que las corra a pie. ¿Cree usted que si la guardería empezase a retirar licencias estas cosas se iban a repetir? Ya ve usted, sin ir más lejos, este año en Villagina, los cazadores del pueblo, de que se abrió la codorniz, dale con la perdiz hasta que acabaron con ella. Y yo le decía al Mamerto: «¿Es que estáis locos, Mamerto?». Y el Mamerto decía: «Más vale así que no que nos las maten los de fuera». A ver, ellos se recordaban de lo del autobús ese y se comprende.

El Juan Gualberto parte un dedo con otro dedo y concluye:

—Perdices así se cogieron en agosto en Villagina. Ni lo que un gurriato abultaban, que hasta mentira parece.

La noche se ha echado del todo y, cuando el Barbas calla, se sienten las pisadas sobre los relejes helados. La luna levanta con prisas, como si quisiera terminar cuanto antes su recorrido. El Cazador olfatea ya el aroma a paja quemada y el Sultán inicia un trotecillo camino adelante hasta que se pierde en la oscuridad.

—Déjese estar, Barbas, la perdiz es dura.

—¡Coño, jefe, duro es el hierro y se mella! Y, si no, mire los caños de mi escopeta.

Las callejas del pueblo, con los relejes hinchados, bordeados de estiércol, están desiertas y silenciosas. En la esquina, la taberna de la señora Elisea bulle de animación y, cada vez que se abre la puerta, las palabras calientes forman un vaho dulce y confortador en la noche. A mano derecha, pegando a la iglesia, está la casa del Barbas. Es una casita molinera, de adobe, con dos pequeñas ventanas y la boquera de la cuadra al lado. El Juan Gualberto, el Barbas, se recuesta en el dintel antes de entrar.

—Aún nos queda un consuelo, Barbas. ¿Sabe usted que en algunas granjas están criando perdices como quien cría gallinas?

El Juan Gualberto escupe con fuerza, con despecho, con una mal reprimida irritación.

—¡Perdices de gallinero! ¡Lo que nos faltaba! ¿Es que cree usted que la perdiz de una ladera que yo me sé puede fabricarse en casa?

—Dicen que se aclimatan bien, Barbas.

—Se aclimatan, se aclimatan… Por ahí terminaremos. Por matar gallinas y patos de corral, eso. ¡Eso es lo que nos aguarda si Dios no pone remedio!

Del baile —una cuadra encalada— frente a la taberna de la señora Elisea, llega una musiquita un sí es no es triste y como abortada. Por encima de ella retumba, de pronto, la voz de la Celsa, una voz áspera, gastada, que se amplifica en el desnudo zaguán y rebota en la calleja oscura.

—¡Juan Gualberto! ¿Es que te has dormido, di?

El Juan Gualberto mueve la cabeza de un lado a otro parsimoniosamente. Mira de frente al Cazador y señala la puerta con el pulgar:

—Ellas no se acostumbran. Tienen celos siempre.

—Ya.

El Juan Gualberto, el Barbas, se descuelga la escopeta y la toma del guardamanos. Se queda unos instantes quieto, como pensativo:

—¿Sabe usted qué me decía ella, la Celsa, allá por el año diez, a poco de casarnos?

—¿Qué, Barbas?

El Juan Gualberto sonríe resignadamente; levanta la mano izquierda y toca con ella el hombro del Cazador.

—Oiga, jefe, no lo va usted a creer, pero de que ella, la Celsa, me veía así, con la canana a la cintura y el morral a las espaldas, se me ponía blanca como la cera y me decía: «¿Otra vez? ¿Pero puede saberse qué tienen las perdices que no tenga yo?».

El Barbas cabecea de nuevo sin dejar de sonreír. Se inclina sobre la hoja inferior de la puerta y descorre el cerrojo. Al cabo, se vuelve.

—Y bien pensado —dice— no le faltaba razón. ¿Quiere usted decirme, jefe, qué tienen las perdices que no tengan ellas?

—Hombre, Barbas…

El Juan Gualberto empuja la media hoja de la puerta y ya en el oscuro zaguán se toca con un dedo el vuelo de la boina y dice formulariamente:

—Con Dios.

Tres pájaros de cuenta

1982

A mis nietos, que desde que nacen ya se interesan por los pájaros.

A MIS LECTORES

Habréis observado que los pájaros, bestezuelas por las que siento una especial predilección, se erigen a menudo en personajes de mis libros. *Diario de un cazador* está lleno de perdices, codornices, patos, tórtolas y palomas. *Viejas historias de Castilla la Vieja*, de avutardas, grajos y abejarucos. El gran duque es pieza esencial en *El camino*, como la picaza lo es de *La hoja roja*. Las águilas, los cernícalos y los camachuelos forman el entorno del pequeño Nini en *Las ratas…* Finalmente, en *El disputado voto del señor Cayo* y *Los santos inocentes*, intervienen tres pájaros que juegan papeles fundamentales: el cuco y las grajillas en la primera, y éstas y el cárabo en la segunda. De los tres me he servido para componer el libro que ahora tenéis entre manos, no un libro de cuentos ni de historias inventadas, sino un libro de historias auténticas, vividas por mí y de las cuales son aquellos pájaros verdaderos protagonistas.

La grajilla

Al llamar a la grajilla, al cuco y al cárabo pájaros de cuenta no quiero decir que sean malos. No hay pájaros buenos ni malos. Las aves actúan por instinto, obedecen a las leyes naturales, aunque, a los ojos de los hombres, algunas de sus acciones puedan parecer buenas y otras reprobables. Por ejemplo, el comportamiento de los tres protagonistas de este libro ofrece aspectos positivos y negativos. La grajilla, pongo por caso, roba la fruta de los árboles, especialmente de ciruelos y cerezos, pero, al mismo tiempo, nos libra de insectos perjudiciales y de carroña. El cuco, en la época de cría, deposita sus huevos en los nidos de otros pájaros más pequeños que él para que se los empollen, pero, en compensación, destruye orugas y arañas peligrosas para el hombre. Finalmente, el cárabo puede eliminar algún pinzón que otro, o cualquier otro pajarito que le molesta o le apetece, pero, a cambio, limpia el campo de ratas, ratones, topillos y otros roedores perjudiciales.

A los tres los conocí siendo niño —aunque al cuco, que es un pájaro encubridizo, sólo de oídas—, cuando mi padre, que era un hombre maduro, serio y circunspecto, se volvía niño también, en contacto con la Naturaleza, y nos enseñaba a distinguir el cuervo de la urraca, la perdiz de la codorniz, la alondra de la calandria y la paloma de la tórtola. Mi padre, ferviente enamorado del campo, conocía sus pequeños secretos, y el más remoto recuerdo que guardo de él es cazando grillos en una cuneta, haciéndoles cosquillas con una pajita larga y fina que introducía en la hura y movía con paciente tenacidad. A veces cazaba media docena y los guardaba bajo el sombrero, de forma que al regresar a casa, entre dos luces, armaban un alegre concierto sobre su calva, sin que a él, que en casa anteponía el silencio a todas las demás cosas, parecieran molestarle.

Un día, en el Castillo de la Mota, hace ya muchos años, vi por primera vez una colonia de grajillas. Revoloteaban en torno a las almenas y con sus «quiá-quiá-quiá», reiterativos y desacompasados, organizaban una algarabía considerable. De lejos parecían negras y brillantes como los grajos, pero, cuando las vi de cerca, observé que eran más chicas que aquéllos —más o menos del tamaño de una paloma— y no totalmente negras, sino que el plumaje de la nuca y los lados del cuello era gris oscuro, y sus ojillos, vivaces y aguanosos, tenían el iris transparente.

Viviendo en Castilla, la grajilla se me ha hecho luego familiar, porque está en todas partes. Es un pájaro muy sociable, que divaga en grandes bandadas, a veces de cientos de individuos que, mientras vuelan alrededor de

las torres o los acantilados, sostienen entre ellos interminables conversaciones. No son racistas, y a menudo se las ve asociadas con pájaros más grandes o más chicos que ellas, cuervos y estorninos preferentemente, no siempre de la misma familia pero inevitablemente de plumaje negro. Al parecer no les une una razón de parentesco sino el uniforme.

De ordinario, estas aves asientan en lugares próximos a cortadas rocosas y en torres antiguas o abandonadas, incluso dentro de las grandes ciudades. De la familia de los córvidos es el único pájaro que he visto con aficiones urbanas. La corneja, el cuervo, la graja no sólo rehúyen la ciudad sino que ante el hombre se muestran hoscos y desconfiados. En viejos edificios de altas torres, con agujeros y oquedades, la grajilla es huésped casi obligado, aunque luego, para comer, y, en ocasiones, para dormir —como sucede en Sedano—, hayan de desplazarse varios kilómetros al caer la tarde, buscando acomodo.

La grajilla es sedentaria, vive, generalmente, en el mismo lugar que nace durante las cuatro estaciones del año. Sin embargo, he advertido que el bando que merodea por los frutales de Sedano no crece, no es hoy más nutrido que hace seis lustros, de lo que deduzco que, como sucede con las abejas, hay grupos que se escinden cuando la puesta es abundante. Géroudet nos recuerda que una grajilla anillada en Suiza fue hallada en los Pirineos, y en Normandía otra anillada en Bélgica, lo que quiere decir que hay grajillas que viajan, que efectúan desplazamientos, aunque nunca tan largos y regulares como los que llevan a cabo anualmente cigüeñas y gansos.

La vida sedentaria obliga a las grajillas a comer de todo, adaptando su dieta a los alimentos que les facilita cada estación. Las bayas y frutos de pequeño tamaño les entusiasman, pero se avienen a sustituirlos por caracoles y patatas cuando aquéllos escasean. La grajilla es buscona, ratera; como la urraca, roba de todo, desde fruta del granjero hasta los huevos de los nidos de pequeñas aves, que se come en primavera. Por robar, roban a veces hasta la casa, nidos de otros pájaros, que ocupan tranquilamente aunque luego los acondicionen y decoren a su gusto. El nido de una grajilla evidencia las aficiones coleccionistas de la especie.

En las escarpas rocosas que flanquean el río Rudrón entre Covanera y Valdelateja, en la carretera general de Burgos a Santander, es fácil tropezar con nidos de grajilla. Precisamente al pie de uno de estos cantiles fue donde encontramos a Morris, un simpático pájaro que amaestraron mis hijos y del que luego hablaré. Estos nidos constituyen un verdadero muestrario de los más diversos objetos y materiales que puedan imaginarse. Sobre la simple estructura de un viejo nido de corneja, pájaro que gusta de renovar sus

habitaciones y construye su casa cada año, encontré un día un nido de grajilla revestido con los siguientes ingredientes: papel, trapos, boñiga seca, plumas, pedazos de saco, crines de animales, lana, plástico, barro… La grajilla había conseguido un hogar confortable aprovechando los restos de otros anteriores, lo que significa que este pájaro no desaprovecha ocasión de ahorrarse un esfuerzo.

La puesta de la grajilla oscila entre tres y seis huevos, aunque hay ocasiones excepcionales en las que se ha observado una puesta de ocho. La eclosión es lenta, alrededor de cinco semanas, y los primeros desplazamientos de los pollos, tímidos y cortos, cosa sorprendente siendo la grajilla uno de los pájaros que mejor vuelan, que pica o se repina en pocos metros, airosamente, con una gracia y una agilidad singulares.

Pese a frecuentar como hemos dicho las viejas torres de las ciudades —siempre a los niveles más altos—, la grajilla se muestra recelosa con el hombre, y sin embargo es una de las aves que se domestican con mayor facilidad y hasta, según aseguran ciertos autores, es posible hacerles pronunciar algunas palabras sencillas, de una o dos sílabas.

A lo largo de tres meses, yo conviví en Sedano con Morris, una grajilla que encontró mi hijo Miguel, aún en carnutas y medio muerta de inanición, en los acantilados de San Felices. El animalito se había caído del nido y, al verla tan débil y depauperada, no di un real por su existencia. No obstante, mis hijos Juan y Adolfo, muy chicos por aquel entonces, le habilitaron un nido en una caja de zapatos y empezaron a alimentarla con pienso humedecido que Morris devoraba glotonamente. En pocos días, la grajilla se repuso, empezaron a asomarle los primeros cañones y, cuatro semanas más tarde, estaba completamente emplumada.

Pero lo más sorprendente de Morris era la naturalidad con que aceptaba la vecindad de las personas, especialmente la de Juan y Adolfo, que la habían criado. Únicamente, en su trato con el hombre, le repugnaba una cosa: que le pusieran la mano encima. Es decir, Morris reposaba erguida y tranquila sobre el antebrazo o el hombro de cualquiera de nosotros, pero si el mismo porteador u otra persona, incluidos Juan y Adolfo, intentaban agarrarla, el pájaro se escabullía, revoloteaba y terminaba por caer al suelo. Esta repulsión instintiva a ser apresada le duró hasta que la perdimos. Morris hacía causa común con la familia, le divertía vernos comer alrededor de la rueda de molino, participaba a su manera de nuestras tertulias, no extrañaba las visitas, pero rechazaba terminantemente la caricia y cualquier tipo de contacto. Yo creo que la situación de mi refugio a media ladera, en alto, sobre el valle de

frutales, facilitó la adaptación de la grajilla. Ella no podía disfrutar, ciertamente, de la compañía de sus congéneres, pero la visión del mundo era la que le correspondía en su condición de ave, desde arriba, «a vista de pájaro».

Una mañana, cuando Adolfo, en traje de baño, se dirigía hacia la piscina con ella al hombro, Morris empezó a aletear con cierta torpeza, se afirmó gradualmente en el aire, tomó altura y se posó en la copa del olmo que sombrea la mesa de piedra. La reacción de la familia fue semejante a la que suscitan los primeros pasos de un niño: alegría y estupor. Pero, enseguida, se presentó el dilema: ¿había elegido Morris la libertad y escaparía, o simplemente era aquello la prueba de la culminación de su desarrollo? Confieso que me incliné por lo primero. La abierta curiosidad con que contemplaba el valle desde una nueva perspectiva, el notorio placer que le deparaba su balanceo en la ramita del olmo, su indiferencia ante nuestras voces al pie del árbol, parecían indicar que Morris ya no nos necesitaba y que, en lo sucesivo, podría prescindir de nosotros.

El hecho de que la grajilla permaneciera durante largo rato en la punta del olmo, despiojándose, realizando su aseo cotidiano, desinteresada de cuanto sucedía a su alrededor, me reafirmó en mi opinión. No obstante, al cabo de una hora, Juan, que solía imitar, al darle de comer, la voz peculiar de estas aves, remedando los arrumacos maternos, apareció con el cacharrito donde mezclaba el pienso con agua y moduló un «quiá-quiá-quiá» aterciopelado, dulce, digno de enternecer a la grajeta más esquiva. Morris acusó el golpe. Empezó a inquietarse, a mover la cabeza de un lado a otro, y, por primera vez desde que se encaramó en el árbol, prestó atención a lo que ocurría bajo ella y fijó en Juan sus ojillos transparentes como abalorios. Mi hijo repitió entonces la llamada con mayor unción, y, al instante, Morris se lanzó al vacío, desplegó sus amplias alas negras, describió un pequeño círculo alrededor de nuestras cabezas y fue a posarse blandamente sobre su hombro, al tiempo que reclamaba el alimento con un «quiá-quiá-quiá» perentorio.

Así inició Morris una nueva era. Mis hijos la trasladaron de la caja de zapatos a una cesta de mimbre, destapada, y al llegar la noche la cobijaban en una cueva-despensa, junto a la casa, dejando la puerta entreabierta. De este modo, los más madrugadores podían sorprender cada mañana al pájaro en el alero del tejado, la copa del olmo o el bosquecillo de pinos de la trasera del refugio, esperando que le sirvieran el desayuno. En principio, Morris rehusaba ser alimentada por desconocidos, sólo admitía las pellas de pienso cuando le eran ofrecidas por sus padres adoptivos, pero, con el tiempo, cambió de

actitud y, a medida que se hacía adulta, fue aceptando las golosinas cualquiera que fuera el oferente.
El mundo de Morris se iba ampliando poco a poco. Desde que aprendió a volar, se dejaba bajar gustosamente hasta la carretera, aunque le desagradaba que la alejasen demasiado de casa. Y, cuando esto ocurría, se alborotaba, protestaba y terminaba regresando sola, por sus propios medios. Pero una mañana, ante nuestro asombro, aceptó que la condujeran hasta la plaza, a trescientos metros de distancia. Morris empezó así a relacionarse con otras personas ajenas a la familia, a conocer la vida del pueblo, a convivir. Su sociabilidad progresó en poco tiempo, hasta el punto que, con frecuencia, se lanzaba en picado desde lo alto del olmo sobre un pequeño grupo de desconocidos que charlaba en la carretera y se posaba, indiscriminadamente, sobre el hombro de cualquier contertulio. Estas espontáneas efusiones de Morris no siempre eran bien interpretadas, sobre todo por las mujeres, que chillaban y manoteaban, al verla llegar, como si se aproximara el diablo. Pero, en general, la domesticidad de la grajilla despertó primero curiosidad y más tarde simpatía entre los vecinos. La gente la conocía por su nombre y Morris saltaba de grupo en grupo, de hombro en hombro, con una confianza absoluta. Tan sólo tenía en el pueblo dos solapados enemigos a quienes su presencia molestaba: los perros y los gatos. Pero Morris se zafaba de sus asechanzas en rápidas fintas, con suaves pero enérgicos aletazos, recurso que utilizaba también cuando alguien, cualquiera que fuera, trataba de apresarla. Su repugnancia a ser prendida por una mano humana continuaba tan viva en ella como el primer día.

En este momento de su evolución fue cuando intenté enseñarle a pronunciar alguna palabra, palabras sueltas, sencillas, como «hola» y «adiós», pero, pese a que la grajeta fijaba en mis labios sus grises ojos aguanosos y ladeaba atentamente su cabeza, como si escuchara, nunca conseguí una respuesta aceptable. Morris callaba o, a lo sumo, formulaba su «quiá-quiá» monótono y displicente.

A medida que la grajeta ensanchaba las fronteras de su libertad, empezó a hacérsele aburrida la larga espera matinal. Morris, como buen pájaro, era madrugadora, y desde las seis y media que amanecía hasta las nueve y media o diez que amanecían mis hijos era demasiado tiempo sin compañía. Mas a las siete de la mañana todo el pueblo descansaba excepto los panaderos, Vicente y Abelardo, a los que Morris, con una sagacidad maravillosa, descubrió un día, amasando pan en el horno. A partir de entonces, su primera

visita matinal era para los panaderos, con los que pasaba agradablemente el rato:

—Mucho madrugaste hoy, Morris.

—Quiá.

—Te aburres en casa, ¿eh?

—Quiá.

—¿Tan mal te tratan los del chalé?

—Quiá.

Abelardo la obsequiaba con una bolita de masa que Morris engullía con satisfacción. Y a las nueve de la mañana en punto, tan pronto Vicente y Abelardo comenzaban a cargar la furgoneta, Morris levantaba el vuelo y regresaba a casa, a esperar en la copa del olmo la aparición de mis hijos.

Paulatinamente el pueblo se le iba quedando pequeño a la grajilla que, en su avidez descubridora, empezó a acompañar a mis hijos en sus excursiones, fatigosas caminatas de veinte o treinta kilómetros. Al atardecer, regresaba feliz, sobrevolando al bullanguero grupo adolescente, sus claras pupilas impresionadas por otros bosques, otros páramos, otros vallejos, otros horizontes. Juan, amigo de ensayar cada día nuevas experiencias, decidió una tarde pasearla en bicicleta. Morris soportó un poco intimidada los primeros metros de carrera, pero, conforme la máquina fue adquiriendo velocidad, levantó el vuelo aterrada, emitiendo gritos de alarma. Mas la tenacidad de mi hijo era superior al miedo de la grajilla, y, dos días más tarde, Morris no se espantaba ya de la bicicleta, la aceptaba de buen grado y resultaban divertidas sus periódicas escapadas a los tilos y castaños de la carretera y sus retornos apresurados al hombro del ciclista lanzado a toda máquina.

El verano avanzaba de manera insensible y a primeros de septiembre alguien planteó el problema del traslado de la grajilla a Valladolid. ¿Se avendría a vivir en el balcón de una casa de vecinos? ¿No la acobardaría la gran ciudad? ¿Era honesto por nuestra parte desarraigarla, arrancarla de su medio natural e insertarla, sin más, en un medio hostil? Así surgió la idea de la gran prueba. Antes de conducirla a Valladolid era preciso ponerla en contacto con sus hermanas, en los riscos de San Felices, de donde procedía, para que ella misma decidiera si prefería quedarse o marchar. Los preparativos fueron meticulosos. Morris viajaría en automóvil, encerrada en una cesta, hasta la ribera del río Rudrón, justo en el lugar donde la encontramos. Una vez allí, Juan, mi hijo, se ocultaría entre las mimbreras de la orilla, mientras yo, con la cesta cubierta, remontaría el río hasta la piscifactoría y soltaría el pájaro tan pronto oyera el pitido del cornetín que Juan portaba al efecto. No puedo

ocultar que cuando me desplazaba río arriba con la cesta en la mano me embargaba una cierta emoción. La colonia de grajillas alborotaba en los farallones inmediatos, y yo temía que Morris, al verse libre, volara sin vacilar a reunirse con sus congéneres. Al alcanzar la piscifactoría, me detuve. El corazón se me aceleró cuando oí el pitido del cornetín, destapé la cesta y empujé con ella al pájaro hacia lo alto. En los primeros momentos, Morris vaciló, pero enseguida se repulló, rebasó las copas de los árboles del soto y continuó subiendo en vertical, como buscando una perspectiva. Los «quiá-quiá» fervorosos de mi hijo Juan se confundían ahora con los «quiá-quiá» de las grajillas del acantilado, más vivos y apremiantes, y yo miraba impaciente hacia lo alto, esperando la decisión de Morris. Y mi entusiasmo se desbordó cuando la grajilla, haciendo oídos sordos a las incitaciones de la colonia, se lanzó en picado sobre la margen del río y no paró hasta reposar en el hombro de mi hijo.

Al día siguiente, de manera inesperada, murió Morris. Su cadáver medio desplumado apareció en el sobrado del Bienvenido, a cuatro pasos de la panadería. Su gata, la Maula, que siempre había mostrado una abierta inquina hacia el pájaro, unos celos injustificados, lo atacó cuando confiadamente se despiojaba en el alféizar de la ventana. La Rosa Mari, la niña, que fue testigo de la cobarde acción, asegura que el zarpazo de la Maula fue rápido como un relámpago y la muerte de Morris instantánea e indolora. Más vale así.

El cuco

El cuco anuncia la primavera en Sedano con mayor puntualidad que la cigüeña en otras partes. A veces, cuando llego al pueblo en la segunda quincena de marzo, y, con toda seguridad, a primeros de abril, le oigo reclamar desde la pinada de Ciella, sobre mi casa, con su «cu-cu» disciplinado y doméstico. Aunque los especialistas aseguran que este pájaro, en ocasiones, hace trisílabo su reclamo —«cu-cu-cu»— y hasta tetrasílabo —«cu-cu-cu-cu»—, yo, la verdad sea dicha, únicamente le he oído bisar el número. Eso sí, un «cu-cu» penetrante, con una resonancia especial, que se difunde por todas partes, como si las montañas que circundan el valle se peloteasen con él.

Esta llamada suele ser indicio de apareamiento, pero el cuco, aunque con menos frecuencia, sigue cantando hasta junio, e incluso julio si la puesta es tardía. Luego, terminada ésta, el cuco adulto, que carece de sentimientos familiares y, como los antiguos nobles con sus bastardos, encomienda la crianza de sus hijos a aves subalternas, se va, emigra, navegaciones largas, más allá del Sahara, a Kenia y países del África del Sur, hasta el año siguiente, que vuelve para anunciar la primavera en Sedano.

El cuco es pájaro de alrededor de sesenta centímetros de envergadura y hasta ciento cincuenta gramos de peso, gris en las partes altas, y castaño, listado de blanco, en pecho y vientre. En vuelo guarda semejanzas con el gavilán, del que se diferencia por su pico fino, sus alas puntiagudas y su cola, larga y moteada. A pesar de sus dimensiones y de su canto, audible a kilómetros de distancia, este pájaro no se deja ver con facilidad. De niño, mi padre me llevaba a oírlo cantar a los bosques de San Martín de Quevedo y Doña Jimena, en Molledo-Portolín, pero nunca tuve oportunidad de verlo. Necesité muchos años y mucha astucia para tomar contacto con él. En Sedano, el prieto bosque de roble de las laderas se diluye, prácticamente desaparece, en las inmediaciones del pueblo, y surgen, a cambio, dispersas arboledas de olmos, castaños y pinos, aparte arbustos y arbolillos de menor entidad, como cerezos, endrinos y avellanos, donde suelen anidar los pequeños insectívoros (mosquiteros, petirrojos, herrerillos) en cuyos nidos, minuciosamente construidos, gusta el cuco de depositar sus huevos. Pues bien, el canto del cuco, aunque desorientador en lo que se refiere a la distancia, es muy indicativo en lo que atañe a su dirección. No hay, pues, más que seguir ésta para encontrarlo, si no en el primer bosquecillo, en el segundo, pues, como estas arboledas son reducidas y poco densas, es fácil divisarlo en

los calveros, cuando se desplaza de una a otra, como una flecha, nuca, dorso y cola en línea recta, las alas en anzuelo, las cortas patas recogidas, como el tren de aterrizaje de un diminuto avión. Yo lo vi por primera vez hace más de treinta años y, después, he vuelto a verlo, con relativa frecuencia, cada vez que me lo he propuesto, turbando su soledad, ya que este pájaro, contrariamente a la grajilla, es un auténtico anacoreta.

Pero lo verdaderamente característico del cuco es su incapacidad para incubar y nutrir a sus crías, quizá porque su puesta es tan numerosa —ocho a doce huevos— y el apetito de la prole tan voraz que una pareja por sí sola no bastaría para alimentarla. El cuco no se toma, pues, el trabajo ni de construir su casa. Llegado el momento de la postura, observa en derredor a los pajaritos que se afanan en hacer sus nidos y, una vez concluida la obra, y aovados éstos, el cuco empieza a repartir sus huevos entre ellos, mezclándolos con los otros, aprovechando la ausencia de los padres. Son muchos los pájaros a los que el cuco elige para su invitado forzoso, principalmente, como he dicho, a las avecillas más chicas, pero como su huevo desentonaría por su tamaño y color en casa de los anfitriones, la naturaleza —¡prodigio increíble!— ha dotado al cuco de una rara facultad, que permite a la hembra colorear los cascarones de sus huevos del tono de los de la especie elegida para sus depósitos: rojizos donde los otros huevos son rojizos y moteados donde son moteados. Este mimetismo no basta naturalmente para igualar el huevo del cuco a los de sus padres adoptivos, ya que su volumen no puede disimularse, pero los pajaritos, ciegos con su maternidad, lo incuban con el mismo celo que a los propios. Únicamente algunas aves advierten el engaño y rechazan al entrometido. La alondra, por ejemplo, empolla al huevo gigante pero, llegada la eclosión, tan pronto advierte la presencia del parásito, le niega el alimento y lo deja morir de inanición. Los insectívoros, en cambio, en su candorosa inocencia, los nutren solícitamente hasta el fin, hasta que el intruso puede valerse por sí mismo. Con una particularidad: el cuco, cuya dieta alimenticia de adulto es muy definida, a base de gusanos, lombrices, bayas, etc., cuando está hospedado en nido ajeno come lo que le echan, lo que sea costumbre en la casa, incluso hace gala de un formidable apetito; en una palabra, se conduce como un pupilo bien educado.

Desde mi refugio de Sedano, un observatorio insuperable de la naturaleza, he tenido oportunidad de asistir varias veces al desarrollo de un cuco parásito, las últimas que recuerdo en 1979 y en el verano de 1981. Uno y otro pájaro tuvieron suertes distintas, pero trataré de resumir ambas experiencias.

La primera fue un acontecimiento previsto. Durante varios días advertí cómo un pequeño petirrojo tejía su nido en el hueco de una tapia de piedra que delimita mi huerto, en la ribera del río Moradillo. Simultáneamente, un cuco no cesaba de cantar desde la fronda del soto. Junto a la tapia se alza una higuera silvestre, de grandes hojas, que me permitió hacer un escondedero desde donde poder observar el nido sin ser visto. Una mañana, ya en trance, la hembra del petirrojo puso un huevo en él y otros tres en los tres días siguientes. Al caer la tarde del cuarto día, cuando me dirigía a mi observatorio, advertí que en el nido del petirrojo había un huevo más y de doble tamaño que los anteriores. El cuco había iniciado la distribución de su prole. Antes de las dos semanas, el huevo del cuco hizo eclosión y surgió un feo; pájaro rosado, de huesudos alones, ojos ciegos y abultados y boca desproporcionada. A partir de aquí comenzó el calvario del infeliz petirrojo, un afanar incesante, sin pausa, apremiado por la glotonería de su huésped, que no se saciaba nunca. Lo mismo daba que el petirrojo le ofreciese una lombriz, una semilla o una miga de pan. El gran gorrón todo lo ingería. Pero no contento con tener siempre en jaque a la pajarita, empezó a deshacerse de sus huevos, a eliminar, uno a uno, a los verdaderos hijos de su patrona. El procedimiento, aunque yo no tuve oportunidad de verlo porque me faltó paciencia, es conocido por los libros de los naturalistas. El joven cuco apoya la cabeza en el fondo del nido, toma el huevo con la punta de las alas, lo hace resbalar hacia arriba por su espalda, luego por sus riñones y termina lanzándolo por el borde del nido, estrellándolo contra el suelo. A los tres días de nacer, el cuco había logrado desembarazarse de estorbos y, al pie del nidal, quedaron los huevecillos rotos del petirrojo, que, a pesar de todo, continuaba alimentando al intruso con una ternura y un celo verdaderamente conmovedores.

El cuco, desde que nace, propende a la soledad, rehúye la compañía, aspira a ser único. Intuye tal vez que, de tener que compartir la comida acarreada por su tutora, su ración sería insuficiente. El egoísmo de este pájaro es muy cerrado. A veces, cuando los cucos en disposición de puesta son varios y los hogares donde hospedar a sus hijos limitados, hay dos que ponen su huevo en el mismo nido y en el mismo día. La eclosión de los pájaros es, pues, simultánea. Entonces se desencadena un duelo a muerte entre los dos polluelos, que luchan por adueñarse del espacio vital. Ambos quieren para sí el nido entero y los halagos en exclusiva de la nodriza de quien dependen. De esta lucha sale un vencedor, el más vigoroso, que acaba imponiéndose y matando a su rival. Como se ve, en cualquier circunstancia, los pollos de cuco

recién nacidos son exclusivistas, no están dispuestos a compartir la pensión con nadie. Seguramente se atienen a una ley natural que vela por la conservación de la especie, ya que ninguno de los minúsculos insectívoros de quienes dependen tendría energías para alimentar dos pollos al mismo tiempo. Desde mi escondite de la higuera asistí, como digo, al crecimiento del cuco a costa de los desvelos del petirrojo. El pollo pelechaba deprisa, encorpaba a ojos vistas y, en pocos días, llegó a ser de triple tamaño que su tutor, y resultaba un espectáculo entre cómico y repugnante ver a éste, encaramado en el hombro de su pupilo, ofreciéndole pico a pico el bocado que había logrado conquistar.

En esta fase, el cuco, con un plumón aparente y los ojos vivos y sagaces, observaba cuanto ocurría a su alrededor. En ocasiones, cansado de las idas y venidas del petirrojo, yo salía de entre el follaje de la higuera y hostigaba al pájaro con una paja. El joven cuco se irritaba conmigo y me bufaba como un gato. Para mí, su enojo comportaba una satisfacción, pues no puedo ocultar que veía con verdadera antipatía este acto de parasitismo.

A las tres semanas de su nacimiento, el cuco, completamente emplumado, aparentaba estar ya en condiciones de volar. Una tarde, Pancho, mi yerno, en su visita vespertina, encontró el nido vacío, pero, cuando se retiraba por la huerta hacia la carretera, vio revolotear algo en la cuadrícula de cebollas: era el cuco. Después de muchos intentos logró dejarlo de nuevo en el nido, pero a la mañana siguiente el pájaro había volado definitivamente.

Los cucos suelen permanecer en el territorio donde nacen hasta septiembre, época de emigración de muchas otras aves como la tórtola y la codorniz. Lo sorprendente es que los cucos, al alcanzar los tres o cuatro meses de edad, levanten sus reales y, sin guiones expertos que les dirijan, orientados únicamente por el instinto, emigren a los países africanos de donde procedían sus padres, para regresar a la tierra en que vieron la luz medio año después. He aquí un prodigio de orientación difícilmente comprensible para el limitado entendimiento humano.

Mi segunda experiencia con el cuco, la del verano de 1981, no por su final dramático deja de ser interesante y, sobre todo, reveladora de los duelos y tensiones que a diario tienen lugar en la naturaleza. En líneas generales, los preliminares en nada se diferenciaron de los de mi experiencia anterior: canto insistente del cuco madre, silencio posterior y emigración tras colocar sus huevos en otros tantos nidos ajenos. Uno de ellos —de verderón, con dos huevos— lo descubrimos sobre el camal de un avellano, cerca del palomar de la Tobaza, casona rayana a la mía. Y fuese porque el cuco se retrasó, incurrió

en un error de cálculo o no halló a tiempo mejor acomodo para su vástago, el caso es que uno de los verderones y el cuco nacieron al mismo tiempo. Aquello representaba para mí una novedad. ¿Qué haría el joven cuco con su pequeño hermanastro? ¿Lo respetaría una vez nacido y conviviría con él? ¿Recurriría al fratricidio? La respuesta fue inmediata. El afán exclusivista del cuco se puso otra vez de manifiesto. A los dos días de la eclosión, sacrificó al verderoncillo y, al día siguiente, arrojó por la borda al huevo que le incomodaba, de tal forma que quedó solo al cuidado de la madre verderona, envanecida por haber empollado un hijo tan hermoso.

El pelechado y desarrollo del cuco del avellano fue normal. La madre adoptiva se desvivía por atenderlo y el pollo crecía visiblemente. Pero una noche, a las tres semanas de nacido, una serie de acontecimientos inesperados pusieron al proceso un colofón dramático. Mi hijo Adolfo, al descender a oscuras por el sendero que conduce de mi casa a la Tobaza, pisó el rabo de un joven e inexperto garduño, quien, después de soltar una presa que portaba en la boca, logró desasirse y, empujado por el pánico, se escabulló entre la maleza hasta la carretera. A la mañana siguiente encontramos vacío el nido del verderón; el cuco había desaparecido. Horas más tarde, cuando mi hijo Adolfo buscaba cagarrutas de garduño en el sendero de la Tobaza, donde tropezó con él, halló el cadáver del cuco entre la hojarasca, al pie de una zarzamora. El pájaro había ido a morir de la misma muerte que él proporcionó al tierno verderoncillo: violentamente. El viejo dicho de que el que a hierro mata a hierro muere suele tener en el mundo animal una aplicación rigurosa.

El cárabo

De las aves que conozco, el cárabo es —aparte la gaviota reidora— la única que tiene la propiedad de reírse: una carcajada descarada, sarcástica, un poco lúgubre, un «juuuj-ju-juuuuuj» agudo y siniestro que le pone a uno los pelos de punta. Parece ser que estas risotadas del cárabo están relacionadas, en cierto modo, con el celo y la procreación, ya que, después de la puesta, su canto se dulcifica y, aunque se siguen produciendo, no es tan fácil escuchar aquellas carcajadas.

El cárabo es rapaz de noche, hábil cazador, cabezón, ligero y, a diferencia de otras aves nocturnas, como el búho o el autillo, desorejado, con un cráneo redondeado y liso. Color castaño moteado, pico curvo amarilloverdoso, y con unos discos grises o rojizos alrededor de los ojos que le dan la apariencia de una viejecita con gafas, escéptica y cogitabunda, el cárabo no tiene las pupilas amarillas como el resto de las rapaces nocturnas, sino marrones oscuras o negras. Semejante a un pequeño tronco de árbol debido a su plumaje mimético, al cárabo, cuando se inmoviliza de día en el interior del bosque, es difícil distinguirlo, parece una rama más. Pero, en ocasiones, las pequeñas avecillas lo descubren y entonces se arma en torno suyo una algarabía de mil demonios, con pitidos y silbidos de todos los matices, atemorizados intentos de agresión, etc., pero el cárabo suele permanecer impasible, indiferente, como si la cosa no fuera con él. La tropa menuda del bosque siente hacia este pájaro una suerte de fascinación, mezcla de odio y pánico, fascinación semejante a la que experimentan águilas y córvidos hacia el búho gigante o gran duque, de la que se vale arteramente el hombre para cazarlos.

Y no es que el cárabo sea exclusivamente pajarero. El cárabo come básicamente ratones pero también cualquier clase de animal que le salga al paso: gusanos, babosas, caracoles. Su afición a establecerse en la proximidad de ríos o arroyos le lleva a ingerir también, como he comprobado varias veces, ranas y cangrejos. El cárabo suele cazar en ataques silenciosos y súbitos. Yo lo he visto matar a un ratoncillo de un solo picotazo en la cabeza antes de que el minúsculo roedor pudiese pensar en defenderse. Con los pajarillos, su método de caza es más astuto. En el corazón de la arboleda, el cárabo aletea blandamente entre el follaje, golpeando las frágiles ramas con las alas y espantando a las avecillas que duermen en ellas, para capturarlas antes de que se repongan de su desconcierto.

Una noche, mientras leía en mi refugio de Sedano, me sorprendió un golpeteo reiterado en los cristales de la puerta vidriera. Levanté la cabeza y,

ante mi asombro, divisé a un chochín diminuto que pugnaba por penetrar en la habitación. Detrás de él, a la luz del farol, divisé por dos veces la sombra del cárabo. Apenas abrí la puerta, el pajarito se introdujo en la casa y se posó en el respaldo de una silla. Nunca en la vida he visto un ave tan agitada como aquel chochín (al que puse a salvo sacándolo por la puerta trasera, bajo los olmos), lo que prueba que, una vez desaparecido o a punto de extinguirse el gran duque, el cárabo ha pasado a convertirse en el rey de la noche, en el fanfarrón de la grey ornitológica.

Los jóvenes cárabos nos visitan puntualmente todos los estíos en mi refugio de Sedano. Deben de anidar en las concavidades de las rocas o entre las ramas de los altos pinos, sus querencias predilectas, aunque a veces lo hagan en torres o casas derruidas o en los pajares de casas habitadas. En la primavera del año 1977, la pareja de cárabos anidó en la manzanera de la Tobaza, lugar que sirve de trastero y es frecuentado por la familia Fisac Gallo. Ello prueba que el cárabo es proclive a la convivencia con el hombre y que su proximidad no sólo no le desazona, sino que la busca.

La historia que refiero a continuación da idea de la sociabilidad del cárabo. Antonio Nogales y Pilar Fisac —de la familia antes citada— atraparon un día un pollo al pie de un alcornoque, en su finca de El Gamo, próxima a Mérida. Lo acogieron con mucho afecto, lo alimentaron durante dos semanas y, en tan poco tiempo, el pájaro se avino, gustosamente, a vivir con ellos. Ya volandero, pasaba el día oculto en la sierra próxima y, al caer el sol, regresaba a casa y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, penetraba como un rayo por una ventana, se colgaba de una lámpara de pesas en el salón y durante horas se dedicaba a subir y bajar como en un tiovivo. Era un huésped simpático pero poco deseable: enredaba con todo, rompía cristales y porcelanas, se ensuciaba sobre los muebles. Total, que el matrimonio Nogales, ante la imposibilidad de corregirlo, decidió un día, como en el cuento de Pulgarcito, abandonarlo en el bosque. Lo trasladaron en coche a diez kilómetros de la finca y lo dejaron allí. Pero, ante su sorpresa, al retornar a casa se lo encontraron columpiándose en la lámpara del salón, como si nada hubiera ocurrido. La segunda vez, el matrimonio lo llevó aún más lejos, a veinte kilómetros, pero los resultados fueron los mismos: el cárabo regresó. Un tercer intento, hasta más allá de Mérida, a treinta y cinco kilómetros de la finca, tampoco sirvió de nada. La querencia del animalito y su sentido de orientación eran capaces de vencer cualquier obstáculo. El matrimonio Nogales, en el fondo un poco conmovido por la afectuosidad del bicho, no tuvo más remedio que resignarse a su compañía; renunciaron a deshacerse de

él y juntos convivieron dos años, hasta la muerte accidental del pájaro, guillotinado por una ventana.

Con leves variaciones, estos casos de domesticación, fidelidad y mansedumbre son relativamente frecuentes, lo que significa que, si esta rapaz recibiera por parte de granjeros y campesinos una acogida amistosa, como la recibe la cigüeña, por ejemplo, sería sin duda una compañía habitual del hombre en los pequeños caseríos. Pero en los pueblos suele existir una prevención supersticiosa contra las aves nocturnas —verdadera animosidad en el caso de la lechuza—, que se agudiza con el cárabo debido, seguramente, a sus carcajadas siniestras.

Pero estábamos con la pareja de cárabos que anidó en la manzanera de la Tobaza. Aquello representó para mí una oportunidad de observar las diversas fases de la cría, desde el momento en que la hembra depositó dos huevecitos blancos y casi esféricos en las pajas, en un nido elemental, hasta que los pollos emplumaron y estuvieron en condiciones de volar. Después de la postura, la hembra permaneció echada alrededor de dos semanas, período durante el cual el macho se ocupó de su sustento con puntualidad y diligencia.

En torno al nido, se amontonaban las pelotitas grises de las egagrópilas, formadas por los residuos de las presas —pelos, huesos, plumas— que el cárabo, como otras rapaces, devuelve por la boca ante la imposibilidad de digerirlas. El análisis de estas pelotitas nos permite conocer la alimentación de este pájaro, y, merced a ellas, pude averiguar yo que las parejas de cárabos que habitan en los farallones que festonean el río Moradillo, cerca del barrio de Lagos, comen —o comían, puesto que estoy hablando de antes de la epidemia de afanomicosis— cangrejos en cantidad.

Las egagrópilas, por otra parte, delatan, cuando son muchas, la presencia del cárabo. De ahí el cuidado que pone el macho en no deglutir los alimentos en las proximidades del nido o en cambiar de comedero para evitar su localización. No deja de ser curioso que el cárabo aproveche al máximo las noches de caza favorables, puesto que, en esos casos, caza no sólo lo que necesita sino lo que puede, y si las piezas exceden de su capacidad de ingestión y de la de sus polluelos, oculta las sobras en algún escondrijo para comerlas al día siguiente. En las comarcas donde el alimento escasea y la familia es numerosa, el cárabo madre, convencido de la imposibilidad de sacar adelante a toda la prole, abandona a los más débiles y alimenta únicamente a los fuertes. Incluso se da el caso de que la madre sacrifique a los polluelos más endebles para reforzar la alimentación de los más vigorosos, caso de canibalismo no exclusivo de esta especie.

Pero esto es infrecuente. De ordinario, el cárabo —como sucede en Sedano— asienta en lugares boscosos, de bosque no excesivamente denso, y con una corriente de agua próxima, con lo que la arboleda y el río, donde suele bañarse con fruición, le suministran víveres frescos y abundantes para abastecer su despensa. También son raras las polladas numerosas. De ordinario, las crías de cárabo no exceden de cuatro, aunque, según afirman los ornitólogos, se han observado casos de hasta ocho y nueve huevos en un nido.

A mi refugio de Sedano, en el mes de julio, llegan los cárabos nuevos, nuestros vecinos, los nacidos en algún nido próximo, y se establecen en los árboles de los alrededores. Nunca se presentan más de tres y, alegres y locuaces, se pasan las noches en amistosos coloquios, con su «ti-juic» agudo y estridente, que intercambian entre los hermanos desde árboles diversos, nunca demasiado separados entre sí, y a veces desde lo alto de un poste de la luz, observatorio del que son muy querenciosos. En un territorio reducido, en los frutales de las huertas del valle o entre los pinos de la ladera, permanecen más de dos semanas, tan charlatanes a veces y tan inmediatos a la casa, que perturban nuestro sueño. Es la etapa del aprendizaje, cuando los padres les enseñan los distintos procedimientos de caza y los lugares más favorables para ejercitarla. Sin embargo, dado que las presas de estas rapaces son, salvo las orugas y, en cierto modo, los cangrejos, escurridizas y ágiles, su captura ofrece dificultades, por lo que, si los padres no muestran constancia en sus lecciones, puede ocurrir que los pollos, prematuramente abandonados, mueran de inanición antes de haber aprendido a cazar. Un año, creo que fue el de 1967, encontramos un cárabo joven muerto junto al transformador de la luz, a doscientos metros de la casa. Durante noches enteras, el pollito reclamó en vano; sus padres, considerándolo maduro, lo habían abandonado ya. Según los naturalistas, los pollos que mueren por esta razón sobrepasan en algunas comarcas el cincuenta por ciento. En ciertas zonas poco pródigas en alimento, el cárabo adulto caza también de día y sus reflejos y volatines no desmerecen a la luz del sol.

Mi hijo Adolfo, que cada verano observa pacientemente a los cárabos nuevos y los atrae con su «ti-juic» remedado a la perfección, ha llegado a intimar con ellos de tal modo que los pájaros permanecen inmóviles a metro y medio de su linterna y de su persona. Hubo un pollito, encantadoramente sociable, en el año 1978 que a las once en punto de la noche llegaba al pino más próximo a la casa a exigir nuestra presencia y, hasta que no comparecíamos en el jardín, su llamada no cesaba. Mi yerno Pancho y yo salíamos con Adolfo y, ¡durante horas!, coloquiábamos con él, le enfocábamos con la linterna y le

retratábamos sin que el animal se espantase de los fogonazos del *flash*. Su carita de viejecita escéptica llegó a hacérsenos tan familiar como el frágil petirrojo que baja cada tarde a picotear las migas de pan bajo la mesa de piedra donde comemos. A veces, un ruidito sospechoso le hacía volver la cabeza, y nos causaba asombro la elasticidad, la capacidad de giro de su ancho cuello, con un plumón todavía sedoso. Nuestro amigo el cárabo era capaz de retorcer el gaznate como se retuerce una camiseta lavada para extraerle la última gota de agua, sin resentirse. La conversación y el clic del disparador de la cámara, en cambio, no le sobresaltaban. Todos nosotros conocíamos el rapto de agresividad de un cárabo que saltó sobre el fotógrafo Hosking cuando pretendía retratarlo y le sacó un ojo, pero este hecho, sin duda, ocurrió en la fase en que el cárabo hembra acompaña a sus polluelos aún no volanderos a la salida del nido y está dispuesta a defenderlos hasta la muerte. El objetivo de nuestra cámara era distinto: un cárabo nuevo, confiado y sin resabiar. Cabía, claro está, la posibilidad de que la madre acechara entre el follaje y nos atacara de improviso, pero la verdad es que no tuvimos conciencia de este riesgo. Otorgamos nuestra confianza al carabito y él nos correspondió. Y la noche que, por una causa o por otra, tardábamos en aparecer para la consabida tertulia, él requería nuestra presencia a voz en cuello. Ciertamente se trataba de un cárabo excepcionalmente simpático, bien dotado para la convivencia.

Mas al cabo de veinte días, más o menos, ocurrió algo chocante: el cárabo se fue. Oíamos su «ti-juic» insistente desde el castaño de indias de la carretera, pero no se acercaba a la casa, a pesar de las reiteradas llamadas de Adolfo. Su decisión de abandonarnos parecía inconmovible, definitiva. A la noche siguiente, nuestro amigo reclamaba desde el tilo de Valdemoro, doscientos metros más abajo. Y así continuó su huida, alejándose gradualmente cada noche, de cien a ciento cincuenta metros, carretera adelante. Las primeras noches lo acompañamos, incluso trabamos diálogo con él, pero ya no era el coloquio confianzudo de antaño. Cubierto por el follaje, el cárabo se mostraba desabrido y adusto, y la posibilidad de acercarnos y fotografiarlo había desaparecido.

Adolfo, valiéndose de la bicicleta, siguió al joven cárabo en su éxodo y cada mañana nos daba el parte: el pájaro había avanzado otros doscientos metros, estaba ya en las Revueltas, a tres kilómetros de Sedano. Noche a noche, con tenacidad y constancia, mi hijo visitaba al cárabo en su progresiva huida, charlaba con él estacionándose bajo el árbol que delimitaba cada nueva etapa. De esta forma, a mediados de septiembre, el cárabo llegó a Covanera,

el pueblecito inmediato, a cinco kilómetros de Sedano, y allí, definitivamente, se perdió. ¿Subiría por la carretera de Santander? ¿Cogería la de Burgos hacia Tubilla del Agua? ¿Cortaría monte a través? ¿Adónde se dirigía en esta espantada lenta pero inexorable? Los merodeos de Adolfo por una carretera y otra, sus llamadas estridentes y melosas, «ti-juic», no tuvieron el menor éxito, no recibieron respuesta. El joven cárabo había roto sus lazos familiares, no sólo con sus padres y hermanos, sino también con nosotros, sus amigos.

Meses más tarde, mi hijo Miguel, biólogo en Doñana, vino a visitarnos y nos aclaró el misterio. Los cárabos, como muchas otras aves y no pocos mamíferos, delimitan un terreno, su cuartel, donde viven como dueños y señores. No admiten intrusos. De ahí que al llegar a su pleno desarrollo hayan de abandonar el lugar donde nacieron, su patria chica y cuartel de sus progenitores, para buscar otro sin titular, tarea a veces tan aleatoria como encontrar una plaza vacante de médico rural. Los jóvenes cárabos inician así su peregrinaje, que nadie sabe dónde puede terminar. En ocasiones bastan unos kilómetros, pocos; otras, necesitan cientos de ellos para encontrar un territorio libre. Su llamada nocturna, acogida por el «juuuj-jujuuuuuj» sarcástico o furibundo de un adulto, les indica que es preciso proseguir viaje, que aquella parcela está ocupada. Así, hasta que un buen día, o, por mejor decir, una buena noche, su llamada no halla respuesta. Al fin ha encontrado el cárabo adolescente un lugar donde establecerse, un lugar a la luna donde poder vivir y procrear, fundar una familia para que, a su vez, los pollos nuevos reincidan al otoño siguiente en la aventura del exilio.

A veces, en la soledad de nuestro refugio de Sedano, cuando el grito o la risotada del cárabo quiebran el silencio de la noche, nos preguntamos qué habrá sido de nuestro amigo, aquel pájaro afable, confiado y charlatán, con cara de viejecita escéptica, que sostenía nuestra mirada y soportaba los destellos de los *flashes* con la gracia y la naturalidad de una empingorotada estrella de Hollywood.



MIGUEL DELIBES SETIÉN (Valladolid, España, 1920 - 2010). El apellido Delibes proviene de Toulouse (Francia), ya que su abuelo paterno, Frédéric Delibes Roux —emparentado lejanamente con el compositor Léo Delibes— se asienta en España en 1860, adonde emigra para participar en la construcción de una línea de ferrocarril en la provincia de Santander. En uno de sus pueblos, Molledo-Portolín —escenario luego de una de las primeras novelas delibeanas, *El camino*— se casa con Saturnina Cortés, y con los años traslada el matrimonio su residencia a Valladolid.

Miguel Delibes es el tercero de los ocho hijos del matrimonio Adolfo Delibes, profesor y director de la Escuela de Comercio de Valladolid, y de María Setién, burgalesa de origen. El niño Miguel estudia en el colegio de La Salle y, en 1938, con 17 años, y antes de que le movilicen como soldado en la guerra civil que asola España desde 1936, decide enrolarse como voluntario en la Marina. «Casi con seguridad iban a destinarme a Infantería y me horrorizaba la idea del cuerpo a cuerpo, la guerra en el mar era más despersonalizada, el blanco era un barco, un avión, nunca un hombre. Yo lo veía como un mal menor».

Delibes, sin embargo, queda profundamente marcado por el conflicto bélico. «Si fuera posible —ha escrito— hacer un estudio médico de las personas que participamos en aquella terrible guerra, resultaría que los mutilados síquicos somos bastantes más que los mutilados físicos que airean sus muñones».

Regresa a Valladolid recién terminada la guerra y estudia Comercio y Derecho. Sin embargo, ninguna de estas carreras le complace. Y sólo el azar

quiere —él mismo lo ha reconocido así— que desemboque en el mundo del periodismo y de la literatura. Un azar que comienza cuando, al estudiar el *Manual de Derecho Mercantil* de Joaquín Garrigues, descubre la belleza del lenguaje y la eficacia de la metáfora y el adjetivo oportunamente empleado. Como también le gusta el dibujo —su padre le ha matriculado en la Escuela de Artes y Oficios—, Miguel Delibes ingresa como caricaturista, en 1941, en *El Norte de Castilla*, el periódico de su ciudad, y pasa luego a ser redactor.

Ya es por entonces novio de Ángeles de Castro y ésta —que luego será su esposa— le anima a leer y a satisfacer el espontáneo deseo de ponerse a escribir. De esta manera, casi por puro azar y con una formación eminentemente autodidacta en lo que a lo literario se refiere, escribe su primera novela, *La sombra del ciprés es alargada*, que consigue el prestigioso premio Nadal, en la noche de Reyes de 1948.

Es el espaldarazo. Dos años antes se había casado con Ángeles de Castro y había conseguido la cátedra de Derecho Mercantil en la Escuela de Comercio de su ciudad.

A partir de ahora compaginará la enseñanza, el periodismo y la literatura.

Miguel Delibes es nombrado subdirector de «El Norte de Castilla» en 1952 y director en 1958. Emprende una serie de campañas en favor del medio rural castellano y ello le lleva a enfrentarse con el régimen y la censura reinantes, viéndose obligado a dimitir de su cargo en 1963. Pero no ceja por eso en su denuncia de la postración de Castilla y, cuando no puede hacerlo desde el periódico, lo hace desde la narrativa. Nace así su novela *Las ratas* (1962), verdadera epopeya novelada de la tragedia del campo castellano.

Pero ya antes había publicado varios títulos más, en especial *El camino* (1950), su tercera novela y arranque y confirmación de lo que habrá de ser su auténtico estilo narrativo.

Junto a títulos señeros como *La hoja roja* (1959), *Cinco horas con Mario* (1966), *Parábola del náufrago* (1968) —su novela más experimental—, o *Las guerras de nuestros antepasados* (1975), Delibes publica también sus primeros libros de caza y crónicas de viajes, principalmente *USA y yo* (1966), consecuencia de su estancia de seis meses en Estados Unidos, como Profesor visitante de la universidad de Maryland.

En 1973, con más de veinte libros publicados y varios premios en su haber, Miguel Delibes es elegido miembro de la Real Academia de la Lengua, ocupando el sillón e minúscula. La toma de posesión tiene lugar el 25 de

mayo de 1975, y su discurso versa sobre «El sentido del progreso desde mi obra».

Sólo unos meses antes, en noviembre de 1974, había muerto su esposa Ángeles, a la que el novelista había calificado como su «equilibrio» y la «mejor mitad de mí mismo». En una novela que Delibes publicará diecisiete años más tarde, *Señora de rojo sobre fondo gris* (1991), evocará la singular figura de esta mujer.

La muerte de su esposa deja sumido al escritor en una profunda depresión, de la que comienza a salir tres años más tarde con la publicación de su novela *El disputado voto del señor Cayo* (1978). Siguen nuevas novelas, nuevos libros de caza, alguna nueva crónica viajera, y varios de sus relatos —doce en total— son llevados al cine o al teatro. *Los santos inocentes* en la pantalla y *Cinco horas con Mario* en los escenarios son los logros más notables en sendos géneros.

Llegan también para Miguel Delibes los reconocimientos y los premios: el Príncipe de Asturias, en 1982; el premio de las Letras de Castilla y León, en 1984; el de las Letras Españolas, en 1991; y dos años más tarde, en 1993, el premio Cervantes, el más prestigioso galardón para escritores de habla hispana. Su discurso de aceptación del premio ha sido considerado como uno de los más bellos y profundos de cuantos se hayan pronunciado en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares. Y aun cuando en él parece dar a entender Miguel Delibes que da por clausurada su creación literaria, cinco años más tarde, en 1998, publica la que puede considerarse su novela más ambiciosa: *El hereje*, un alegato en favor de la libertad de conciencia. La novela se desarrolla en el Valladolid del siglo XVI, y «a Valladolid, mi ciudad» dedica Delibes el libro. Ciudad donde nació y donde ha vivido siempre porque, como él mismo ha repetido, «soy como un árbol, que crece donde lo plantan».

Tras la publicación de *El hereje* su carrera literaria prácticamente se detuvo, principalmente por el cáncer de colon que padecía el escritor precisamente desde la última fase de redacción de su última gran novela.

Recibió en 2007 el Premio Quijote de las Letras Españolas. El escritor trataría aún de sacar adelante una nueva novela corta mediada la década del 2000. La obra, que iba a llevar por título *Diario de un artrítico reumatoide*, fue finalmente abandonada después de medio centenar de cuartillas manuscritas. Por su incapacidad, tras ser galardonado con el Premio Vocento a los Valores

Humanos, Juan Carlos I y Sofía de Grecia, Reyes de España, visitaron personalmente al escritor en su domicilio vallisoletano. La comunidad autónoma de Castilla y León le entregó en noviembre de 2009 la Medalla de Oro de Castilla y León como reconocimiento por «su defensa del castellano», calificando al autor como «maestro de narradores». De igual modo, numerosas entidades culturales e intelectuales españolas e internacionales propusieron en varias ocasiones al escritor como candidato al Premio Nobel de Literatura.